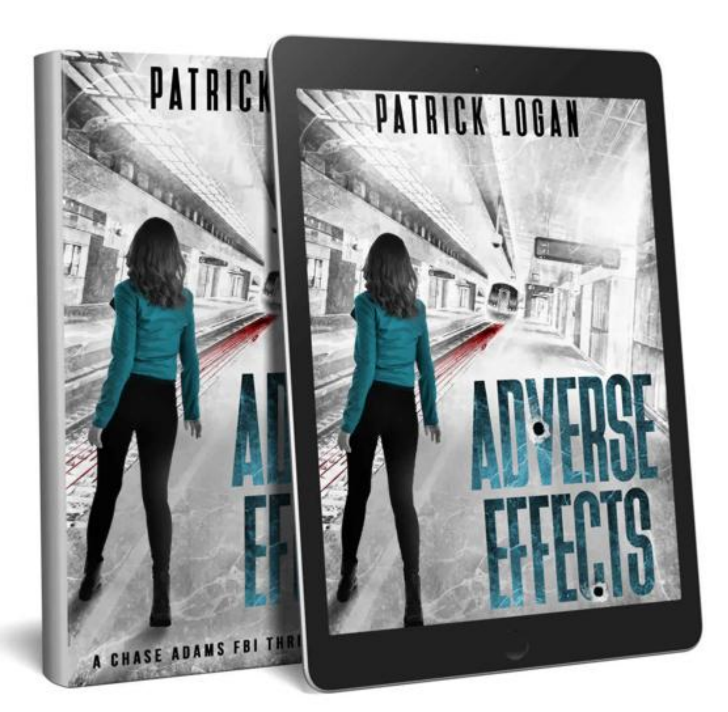

PATRICK LOGAN
EFECTOS
ADVERSOS
UN THRILLER DEL FBI DE CHASE ADAMS LIVRO 8


PATRICK LOGAN
EFECTOS ADVERSOS
UN THRILLER DEL FBI DE CHASE ADAMS LIVRO 8



Suscríbase a *mi* boletín de noticias para estar al día de las novedades, participar en concursos especiales y recibir descuentos exclusivos. Para empezar, dirija su navegador a www.PTLBOOKS.com.

No deje de visitar mi grupo de Facebook para hablar de mis libros y de todo lo relacionado con el terror y el thriller: www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Efectos adversos

Un thriller del FBI de Chase Adams

Libro 8

Patrick Logan

PARTE III - Revelaciones

Dedicado a Trevor Justin Bailey.

Descansa en paz, amigo.

Ya se te echa de menos.

Efectos adversos

Prólogo

Mientras las largas piernas de Madison Bailey la guiaban sin esfuerzo hacia la boca de metro de la calle 14, sorbía su carísimo café con leche. En algún lugar muy por debajo de ella, oyó y sintió el característico zumbido de un tren acercándose al andén. Con la mano libre, Maddie sacó el móvil de su bolso.

Pero no abrió ninguna aplicación. Ni siquiera echó un vistazo a las fotos de sus amigos, ni siquiera echó un vistazo al último iPhone que tenía entre los dedos.

No tenía que hacerlo, Maddie sólo tenía que esperar.

Y ella podía hacerlo. Después de todo, había esperado diecisiete, casi dieciocho años por este momento.

Unos minutos más no vendrían mal.

Pasadas las siete de la mañana, los escalones de cemento que conducen a la estación solían estar tan llenos que Maddie y su equipo tenían que bajar en fila india.

Pero hoy no.

La multitud era sorprendentemente escasa, lo que permitió a las cuatro chicas caminar en forma de V, con Maddie en el centro y ligeramente por delante, y Victoria y Kylie a su izquierda, mientras Brooke se instalaba a su derecha.

Justo antes de entrar en el túnel, una brisa fresca levantó la falda del uniforme de Maddie, poniendo la piel de gallina en sus muslos desnudos.

Maddie apenas se dio cuenta.

Ahora mira el móvil, pero sólo para sacar el abono del metro. Lo escaneó en el lector de tarjetas, usó la cadera para girar la barra metálica y entró en la estación.

Los demás le siguieron.

Maddie condujo a su troupe al andén norte, donde esperaron con los dedos de los pies rozando la línea amarilla pintada a sus pies.

Y entonces ocurrió.

El teléfono que tenía en la mano zumbó y a Madison Bailey le dio un vuelco el corazón. Con el pulgar tembloroso, abrió el mensaje, pero no lo leyó inmediatamente. En lugar de eso, miró a su derecha.

Brooke Pettibone era alta y delgada, con largas piernas que sobresalían por debajo de su falda de uniforme a cuadros azules y negros. Su pelo, como el de todas ellas, era de un rubio platino que rozaba el blanco. Y aunque los rasgos de Maddie eran más suaves que los de Brooke, a menudo las confundían como hermanas. Sin embargo,

no eran parientes, pero habían sido amigas durante tanto tiempo que bien podrían haberlo sido.

Lo que compartían -lo que compartían todos- era algo incluso más fuerte que un vínculo familiar.

Algo más profundo, más intrínseco.

Más potente.

A pesar de que Brooke tenía los ojos clavados en su teléfono -sorprendentemente, ella también había recibido el mensaje-, Maddie no necesitó decir nada para llamar la atención de su amiga. Al cabo de un momento de mirar fijamente, Brooke levantó la vista de la pantalla y la miró. Si hubiera fruncido el ceño, o si hubiera habido siquiera un atisbo de miedo en los pálidos ojos azules de la chica, Madison podría haberse convencido de no seguir adelante con su plan. Aunque ella era la líder indiscutible de su unido círculo de amigas, Brooke era la única persona a la que consideraría siquiera ceder.

Pero no había aprensión en el rostro de su amiga.

Intercambiaron una sutil inclinación de cabeza antes de que Madison dirigiera su atención a Kylie y Victoria.

Como Brooke y Maddie, ellas también habían recibido el mensaje.

Y lo habían leído.

Kylie sonreía, una enorme sonrisa que se extendía de oreja a oreja, y tenía los ojos húmedos.

Vic, como era típico de su carácter, era más reservada. Pero ni siquiera el más ecuánime de la tripulación de Maddie daba la impresión de querer cambiar de opinión.

Después de asentir a ambos, Maddie finalmente bajó la vista hacia su teléfono.

El mensaje que todos habían recibido era del último miembro de su grupo de amigos: era de Sky. Normalmente, Sky habría estado allí con ellos, junto a Brooke, pero la chica se había resfriado y llevaba un día en cama.

La sonrisa conservadora de los labios rosados de Maddie creció sin pudor al leer la única línea de texto de su amiga.

Con los ojos húmedos, Maddie respiró hondo y volvió la vista al frente.

Deseó que Sky, el más pragmático y calculador de su grupo, estuviera aquí con ellos, que estuvieran todos juntos en sus últimos momentos. Pero hoy era el día y ahora era el momento.

Sky podría estar sola por ahora, pero no sería por mucho tiempo. Pronto volverían a estar juntos.

Muy pronto.

Cuando el sordo estruendo del tren que se acercaba se hizo más pronunciado, Maddie activó una aplicación oculta, volvió a meter el móvil en su bolso y cerró los ojos.

No tenía miedo.

Maddie había pensado que cuando llegara ese momento, tan inevitable como era, se asustaría, tal vez incluso se aterrorizaría, pero no sintió ninguna opresión en el pecho, ningún caleidoscopio de mariposas bailando una danza descoordinada en la boca del estómago.

Y cuando extendió la mano, su mano derecha encontró la de Brooke, la izquierda la de Kylie, no fue para recibir u ofrecer apoyo.

Era para disfrutar de este momento juntos.

Cuando las vibraciones que subían por las piernas de Maddie llegaron a su pecho, empezó la cuenta atrás.

Tres…

Madison volvió a respirar, contuvo el aire y exhaló lentamente por la boca.

Dos…

El temblor de sus huesos había alcanzado cotas casi eufóricas. Aunque esta sensación se originaba en las plantas de sus pies, sentía como si estos zarcillos de placer se extendieran desde la coronilla de su cráneo hasta las yemas de sus dedos que se entrelazaban con los de Brooke y Kylie.

Uno…

Justo cuando los frenos del metro empezaron a activarse, pero antes de que empezara a frenar, Madison Bailey y sus tres amigas saltaron del andén y se pusieron delante del tren que se aproximaba.

PARTE I - Actos

Capítulo 1

El dron surcó el cielo despejado de media tarde. Volaba lo suficientemente alto como para que el suave zumbido generado por sus cuatro hélices sólo pudiera ser oído por las aves más atrevidas, abrumadas por la curiosidad. Un cuervo particularmente desinhibido se acercó a menos de medio metro del dron, lo que hizo que el aparato mecánico se sumergiera y descendiera rápidamente hacia la colina cubierta de hierba que había debajo. El cuervo graznó, giró a la izquierda y se alejó volando más deprisa de lo que lo había hecho impulsado por la necesidad de investigar el extraño objeto aéreo.

El dron siguió acelerando y pasó a escasos centímetros de una hilera de arbustos descuidados. A medida que avanzaba por el terreno, la cámara frontal, montada en un cardán, giraba de izquierda a derecha, con la lente de ojo de pez siempre escrutando.

Cuando llegó a un campo de margaritas que llegaban hasta la cintura, la parte delantera del dron se inclinó y empezó a subir de nuevo. Incluso cuando el dron había alcanzado una altura de más de seis metros, la cámara seguía enfocando no lo que tenía delante o encima, sino el terreno ondulado que había debajo.

Y, de repente, se detuvo y se quedó suspendido en el aire, como sólo un avión teledirigido podría hacerlo, utilizando manipulaciones imperceptibles de sus hélices para permitirle permanecer completamente inmóvil a pesar de una importante corriente ascendente.

La cámara había visto algo.

Agachada sobre una rodilla, inspeccionando un segundo brote de margaritas silvestres, había una niña con un vestido azul pálido. Unos espesos rizos de pelo anaranjado le caían sobre los hombros, de un color casi idéntico al de su madre cuando era niña.

El dron permanece fuera del alcance del oído mientras la cámara sigue los movimientos de la niña. Tras mirar subrepticiamente a derecha e izquierda, la chica arrancó una margarita. Se detuvo un momento, como si le preocupara que pudieran pillarla, antes de llevarse la flor a la nariz e inhalar profundamente. Cuando la retiró, la cámara de alta definición captó una ligera mancha amarilla de polen en la punta de la nariz.

La chica se frotó el polvo con la palma de la mano justo cuando el dron empezó a descender.

Cuando alcanzó una altura de cuatro metros, la niña aguzó el oído y miró a su alrededor. Al no encontrar el origen del zumbido, frunció el ceño.

Finalmente, cuando el dron descendió por debajo de los tres

metros, la chica levantó la vista.

Sus iris verdes tardaron un momento en contraerse, pero cuando lo hicieron y vio al zángano, una sonrisa se dibujó en sus labios. Risueña, la muchacha saludó con la mano regordeta que sostenía la flor y el zángano se balanceó de derecha a izquierda como devolviéndole el saludo.

Entonces, la cámara dio un fuerte tirón hacia la izquierda y el dron se precipitó contra el suelo.

***

Chase Adams observó a su sobrina oler la flor y sonrió. Las grandes gafas que cubrían la mitad superior de su cara, que parecían un casco de RV, le permitían no solo una visión en primera persona a través de la cámara, sino que le permitían controlar el objetivo solo con la cabeza.

Cuando Georgina saludó con la mano, Chase movió suavemente la cabeza de un lado a otro, imitando el gesto.

Este era su acuerdo: Georgina podía jugar en cualquier lugar de la propiedad, incluido el campo de tres acres detrás de la casa, siempre y cuando la niña regresara cuando viera el dron.

Y Georgina nunca había desobedecido.

Hasta ahora.

"Hora de volver a casa, Georgie", se susurró Chase. "Hora de..."

El suelo de madera crujió detrás de ella y Chase se dio la vuelta mientras se quitaba las gafas de la cara.

"Tranquilo, tranquilo, Chase", dijo una mujer. "Sólo soy yo."

Al igual que los ojos de Georgina habían tenido que adaptarse al sol, también lo hicieron los de Chase tras quitarse el casco.

A pesar de que hacía casi un año que había abandonado el FBI, inmediatamente después de lo ocurrido en los Jardines de las Mariposas, el corazón de Chase seguía acelerándose y su cuerpo se preparaba para la acción al menor indicio de peligro.

Se preguntó, no por primera vez, cuánto tiempo tardaría en desaparecer.

Para que lleve una vida normal.

¿Un año? ¿Dos años? ¿Nunca*?*

Chase se dio cuenta de que su pulgar estaba atascando el joystick hacia la izquierda y lo soltó antes de que el dron se estrellara contra la tierra o, peor aún, contra Georgina.

"¿Chase?"

Louisa estaba de pie justo dentro de la puerta de la modesta cabaña de madera, con una bolsa de la compra a reventar en cada mano. Al igual que Chase, lo que había ocurrido en el Jardín de las Mariposas

había cambiado a Louisa.

Cuando se conocieron en Recuperación de Base, Louisa era otra. No era sólo el hecho de que hubiera perdido unos treinta kilos desde entonces, o que su pelo hubiera pasado de rizado a liso, era algo más.

Algo que no se podía ver desde fuera.

"Sí, lo siento", dijo Chase después de recomponerse. Aunque Louisa no representaba ninguna amenaza, la adrenalina que corría por sus venas tardaría cinco minutos en desaparecer. "Le estaba diciendo a Georgina que volviera a por algo de comer".

Louisa miró el mando a distancia en una de las manos de Chase y las gafas en la otra.

"El momento perfecto entonces", dijo. "Tengo el almuerzo y por lo que parece, podrías comer. Maldita sea, estás flaco".

Chase se miró a sí misma. No se sentía delgada, al menos no más de lo habitual. Pero ahora que lo pensaba, la ropa le quedaba más holgada últimamente.

"He estado corriendo mucho", ofreció a modo de explicación.

"Y no comer lo suficiente". Louisa colocó las bolsas sobre la encimera y empezó a descargar su contenido. Chase la vio sacar una barra de pan, un paquete de beicon, varios tomates grandes y un cogollo de lechuga Boston. ¿"BLT"?

Chase no tenía hambre, pero sabía que debía comer aunque sólo fuera para dar buen ejemplo a Georgina.

Asintió y Louisa sonrió.

"Bien, porque Mike no me deja comerlos en casa. Dice que el beicon tiene demasiada grasa saturada y nitratos, es decir, demasiado sabor. Lo que significa", levantó el paquete de bacon y usó la otra mano para revelarlo como si fuera una ficha de la Rueda de la Fortuna, "que me lo tengo que comer aquí".

"Me parece bien".

Louisa se había acostumbrado a pasar por su casa un par de veces a la semana y, aunque Chase sabía que lo hacía sólo para ver cómo estaba, para asegurarse de que no estaba haciendo nada autodestructivo, apreciaba el gesto.

Después de todo, por mucho que quisiera a Georgina, Chase echaba de menos hablar con adultos.

"¿Sigues usando ese dron?" preguntó Louisa mientras le daba la espalda a Chase y sacaba una sartén de la alacena.

"No", dijo Chase, sosteniendo el mando y las gafas. "Sólo un nuevo juguete sexual".

Louisa soltó una risita, pero no dijo nada más.

Mientras que el marido de la mujer podría no aprobar su elección del producto porcino, Louisa no aprobaba el uso del dron por parte de Chase.

Y lo había dejado muy claro en varias ocasiones.

Chase sabía por qué, por supuesto: era una lente a través de la cual podía ver la realidad. Una lente que añadía una capa de amortiguación, una que la ponía al alcance de la mano, entre ella misma y su vida.

Una vida que se había detenido en seco tras el brutal asesinato de su hermana.

Pero a Chase no le importaba.

Le encantaba el dron. Le encantaba la libertad que le proporcionaba, la sensación de volar sin estar encapsulada en un tubo de metal. El dron hacía que Chase se sintiera como si se deslizara por el aire, rozando las briznas de hierba con la punta de los dedos.

"¿Cuándo me vas a dejar volar la maldita cosa?" Louisa dijo mientras empezaba a freír el tocino.

"Ni hablar", respondió Chase con una risita. Miró el mando y pulsó el botón "HOME". El dron regresaría al punto exacto desde el que había despegado, evitando automáticamente los obstáculos que encontrara por el camino.

"¿Por qué no? No me estrellaré", protestó Louisa.

"No a propósito", replicó Chase.

Louisa era una buena amiga y sabía mantener a Chase con los pies en la tierra. Lo había hecho muy bien cuando se conocieron en Grassroots y lo hacía muy bien ahora cuando venía de visita.

Chase también sentía cierta responsabilidad por la mujer, dado que Louisa había sido secuestrada y casi asesinada por su culpa.

Pero Louisa no era buena en nada mecánico.

En los pocos años que Chase llevaba conociéndola, la mujer había tenido al menos nueve accidentes de coche: pequeños golpes, para ser justos, pero todos habían sido culpa suya.

La situación había empeorado tanto que a Louisa le costaba convencer a las principales compañías de seguros para que aseguraran su vehículo. No es que fuera agresiva o no tuviera una buena percepción del espacio, sino que su mente divagaba y tendía a perder el hilo.

Así que no, Chase no iba a dejar que Louisa controlara el dron.

"¿Cómo está Georgina?"

"Ella es..."

Georgina, resoplando, irrumpió por la puerta trasera e inmediatamente se dobló y se agarró los muslos. Tenía la cara roja y la frente cubierta de sudor.

"¿He sido rápida?", preguntó entre grandes bocanadas de aire.

Chase sonrió.

¿"Rápido"? No, rápido no. *Ardiente*. Probablemente tu mejor tiempo".

"Impresionante", exclamó Georgina. Se enderezó y Chase se dio cuenta de que aún sostenía la margarita en la mano. "Hola, Louisa".

Louisa se apartó de la estufa y abrió los brazos. A pesar de que aún no había recuperado el aliento, Georgina corrió hacia la mujer y la abrazó con fuerza.

"Hola, cariño", dijo Louisa, apretándole la espalda.

Chase odió el nudo de celos que se formó en sus entrañas, pero eso no hizo que desaparecieran. Georgina quería a su tía, eso era innegable, pero nunca actuaba así con Chase. Nunca corría hacia ella y le daba un fuerte abrazo, ni le ofrecía besos de ningún tipo.

Cuando Chase adoptó a Georgina por primera vez, había intentado forzar esas muestras de emoción en la niña, pero eso sólo había provocado que la niña se opusiera.

A los siete años, Georgina tenía una comprensión bastante sólida de la vida y la muerte, lo que significaba que lo que había vivido había tenido un profundo efecto en ella. Chase estaba asombrado de que Georgina se hubiera convertido en una niña cariñosa y bien adaptada después de todo lo que había pasado.

Aun así, a Chase le molestaba que, cuando Georgina por fin había salido de su caparazón, fuera Louisa quien había sido, y seguía siendo, la destinataria de su afecto.

Y esto hizo que Chase se preguntara si Georgina la culpaba de lo que le había ocurrido a su madre.

Con lo que habrían sido dos.

"Tienes que preguntarle a tu madre", dijo Louisa.

Chase sacudió la cabeza y se concentró en los grandes ojos de Georgina y en su rostro suplicante.

"¿Puedo? Chase, ¿puedo?"

"¿Puedes qué?" preguntó Chase.

"¿Puedo ir a ver a Brandon y Lawrence?"

La expresión de Chase se endureció, pero sólo por un momento.

"Ella preguntó, no yo", dijo Louisa a la defensiva.

Chase confiaba en Louisa, confiaba en ella con su vida y con la de Georgina. Pero no estaba preparada para dejar marchar a Georgina. Ambas aún tenían cosas que curar.

Además, ¿qué pasaría si uno de los hijos de Louisa mencionara a la madre de Georgina? No con mala intención -ambos, Brandon y Lawrence, eran niños estupendos-, sino por pura curiosidad.

¿Cómo reaccionaría Georgina?

"Ya veremos", dijo Chase.

A Georgina se le cayó la cara de vergüenza.

"Vamos, tía Chase. Déjame ir a verlos. Quiero jugar con ellos".

"He dicho que ya veremos", repitió Chase, esta vez un poco más severo.

Georgina empezó a hacer pucheros y cuando Chase abrió la boca para reiterar su respuesta por tercera vez, Louisa intervino.

"Un día", prometió. "Un día podrás jugar con ellos. Pero ahora", Louisa levantó una tira de tocino goteando grasa, "vamos a comer... porque *me muero de hambre*".

Capítulo 2

El agente del FBI Floyd Montgomery saludó con la cabeza al policía de Nueva York mientras pasaba por debajo de la cinta amarilla de la escena del crimen.

Mientras bajaba las escaleras de hormigón que conducían a la estación de metro de la calle 14, respiró hondo. No sentía la misma pasión por los vagones de metro que por las locomotoras de vapor, pero pertenecían a la misma categoría general. Y estar en ese lugar, cerca de un tren, siempre le reconfortaba, desde que era un niño.

Desde entonces, el único juguete que había tenido para jugar, y que seguía teniendo hasta hoy, era un oxidado Thomas the Tank Engine.

Sin embargo, la sensación de confort y tranquilidad duró poco; además del olor a grasa y suciedad, una constante en casi todas las estaciones de metro de Norteamérica, había otro olor subyacente que resultaba aún más empalagoso.

El hedor de la muerte.

Floyd se había preparado de camino a Nueva York desde Virginia, pero por muchas escenas del crimen que hubiera vivido de cerca, viscerales, violentas y perturbadoras, nunca se había sentido realmente cómodo cerca de la muerte.

No desde sus propias experiencias cercanas a la muerte, que ahora coqueteaban con los dos dígitos.

El corazón de Floyd empezó a latir con más fuerza en su pecho y, a pesar del aire fresco que le seguía hasta el túnel desde la calle de arriba, se le formó sudor en la frente. Se lo secó distraídamente con dos dedos y siguió avanzando hacia el grupo de agentes que se apiñaban junto al andén norte. Contó casi una docena de policías en total, así como la mitad de técnicos del CSU, de pie alrededor, pero Floyd supo inmediatamente quién estaba al mando.

El agente de policía vestido de paisano que estaba cerca del centro de la reunión, al que los demás miraban fijamente en busca de orientación, parecía tres décadas mayor que Floyd, aunque su diferencia de edad real se aproximaba a los diez años.

Era el detective Stephen Dunbar.

El rostro del hombre se había vuelto más curtido desde la última vez que Floyd lo había visto. Tenía bolsas oscuras en la parte inferior de los ojos y una postura decaída. El detective también parecía haber perdido algo de peso, pero Floyd no creía que fuera el resultado de comer sano o hacer ejercicio.

Era obvio que, como Floyd, Dunbar no se había acostumbrado a estar rodeado de muerte día tras día. Hacía mella en una persona.

Cuando Floyd se acercó, el detective Dunbar se abrió paso entre la

multitud.

"Dunbar", dijo Floyd, con un movimiento de cabeza. Aunque sólo se habían visto un puñado de veces, lo que habían vivido juntos era suficiente para que se dirigieran el uno al otro de manera informal. Además, Floyd sabía que el hombre prefería que lo llamaran Dunbar y no detective Dunbar o algún derivado de éste.

"Floyd", respondió Dunbar, que era como Floyd también lo prefería. Se estrecharon la mano y el detective empezó a guiarle hacia el andén del metro. "Gracias por venir, y tan rápido. Sé que el FBI no suele...".

"No hay problema", dijo Floyd, cortando al hombre. Dunbar se quedó callado, que era como a los dos les gustaba trabajar. Aunque Floyd no poseía ninguna de las habilidades especiales de Chase, su subconsciente altamente afinado, su "vudú" como lo llamaba Stitts, a veces le gustaba fingir que sí.

No le permitió conocer la mente del asesino ni la de la víctima, pero le dio un poco más de confianza en sí mismo.

Y esto requería silencio.

Cuando vio el tren subterráneo, Floyd cerró los ojos y respiró hondo. Cuando los abrió de nuevo un segundo después, se armó de valor para enfrentarse a lo que sabía que se avecinaba, a lo que había visto en las fotografías.

Por desgracia, ninguna imagen podía hacer justicia a la carnicería que se extendía ante él.

El tren se había detenido a tres cuartas partes de su recorrido en la estación, dejando un espacio de aproximadamente seis o siete metros desde la parte delantera del primer vagón hasta el túnel de salida.

Y casi toda esta distancia estaba cubierta de sangre o vísceras. Había trozos de cuerpos bajo el tren, en las vías y aún pegados al parabrisas delantero.

El expediente abreviado del caso había dejado bien claro que aquí habían muerto cuatro chicas. Pero a juzgar por los restos, no habría sido difícil convencer a Floyd de que el número de muertos era el doble o incluso el triple.

Había tanta sangre... charcos espesos y coagulados en las vías, salpicaduras en las paredes, en el techo, en el propio andén.

Y luego estaba el pelo. Enormes mechones enmarañados se aferraban a la parte delantera de la cola plateada.

Floyd desvió la mirada. Sabía que Dunbar le estaba mirando ahora, observándole, y también sabía que sus acciones no iban a inspirarle confianza.

Pero todo era demasiado.

Cuatro chicas... cuatro chicas que aún no habían cumplido los dieciocho años...

La idea le revolvió el estómago.

"¿Por qué harían esto?" Floyd preguntó en voz baja. "¿Por qué saltarían?"

Ese detalle también se había incluido en el expediente.

"En eso esperaba que pudieras ayudarme", respondió Dunbar. "Por lo que sé, estas chicas eran populares, felices. Tenían todo a su favor".

Floyd tragó saliva. Las cuatro chicas procedían de familias acomodadas y asistían a un lujoso instituto católico. Sus perfiles en las redes sociales indicaban una vida social activa y sugerían que tenían más amigos que los que Floyd había tenido en toda su vida.

Pero no era ingenuo: Floyd sabía que las redes sociales no eran reales, que esas imágenes, vídeos e interacciones a menudo se fabricaban y en ocasiones enmascaraban un infierno personal que yacía justo bajo la superficie.

¿Pero cuatro de ellas? ¿Qué podía ser tan malo para que estas cuatro chicas pensaran que la única salida era suicidarse en masa?

Floyd se armó de valor y miró de Dunbar a la carnicería del metro.

"¿Qué *te* llevaría a hacer esto?", preguntó.

Una vez más, el detective Stephen Dunbar optó por guardar silencio.

Floyd no le culpó.

Capítulo 3

Chase tuvo que reconocer que Louisa, aunque últimamente no tenía mucho apetito, preparaba un buen BLT. Chase tardó dos minutos en comerse el sándwich y después se comió dos lonchas de bacon que le habían sobrado.

Acabó antes de que Georgina hubiera terminado siquiera la mitad de su ración, mucho más pequeña.

"Lo siento", refunfuñó Chase. "No tuve oportunidad de comer después de correr esta mañana".

Georgina enarcó una ceja, soltó una risita y siguió masticando su bocado de sándwich.

"Todavía no me puedo creer que seas capaz de correr ocho kilómetros cada mañana", comenta Louisa entre bocado y bocado de su propio BLT.

Chase se debatió corrigiendo a la mujer, diciéndole que cinco millas se consideraban ahora un día ligero, pero no quería presumir. Lo último que quería hacer era decirle a alguien que luchaba con su peso que corría diez millas diarias con facilidad.

"Me ayuda a despejarme", dijo.

Louisa puso los ojos en blanco.

"Claro, pues en vez de despejarte la cabeza, ¿por qué no infundirle conocimiento?".

"¿Qué quieres decir?"

"Tú no. *Georgina*", aclaró Louisa. "¿Han pensado a qué escuela quieren ir?"

El labio superior de Chase se curvó.

Éste era otro punto de discordia entre Chase y su sobrina, algo que Louisa no podía saber. Pero, ignorante o no, la mujer parecía tener el don de tocar todas las teclas equivocadas.

"Todavía estamos ultimando los detalles", dijo Chase, tratando de esquivar la mina terrestre. "¿No es así, Georgina?"

Georgina se detuvo a medio masticar, dudó y luego tragó saliva.

Cuando habló a continuación, sus ojos verdes apuntaban a Louisa.

"Chase dice que podría educarme en casa. Dice que podría no ir a la escuela".

Chase creyó ver que la comisura de los labios de Louisa se crispaba.

"¿Es eso cierto?"

"Sí, le ha ido tan bien en casa -ya se ha puesto al día- que la educación en casa podría ser la mejor opción".

Aunque Chase sabía que sus palabras sonaban a excusa, lo que decía era cierto. Al no haber tenido educación formal previa, Georgina se vio obligada a empezar desde el principio. Pero era una niña

brillante y captaba los conceptos muy rápidamente. Para medir su progreso, Georgina había hecho un examen en línea para el Grado Uno hacía unas semanas y lo había superado con nota.

"Hmm."

Antes de que Louisa pudiera explayarse en su gruñido de desaprobación, Chase se levantó de la mesa, recogió el plato de su amiga y dejó caer los dos en el fregadero.

Luego suspiró y apoyó las palmas de las manos en la encimera.

Si no se sentía cómoda enviando a Georgina a pasar una tarde con Brandon y Lawrence, ¿cómo podía justificar enviarla a *la escuela*?

Beacon, Nueva York, la ciudad real más cercana, estaba casi tan lejos como se podía estar de Franklin, Tennessee, sin salir del territorio continental de Estados Unidos, pero eso no importaba. La policía de Nueva York había hecho un trabajo excepcional al mantener los nombres de Georgina fuera de los medios de comunicación tras el incidente de Butterfly Gardens. Pero si Georgina le decía a alguien de dónde venía, una búsqueda en Internet podía sacar a relucir su pasado.

Y con él, Brian y Timothy Jalston.

Chase volvió a respirar hondo.

Le encantaban las visitas de Louisa, pero últimamente le resultaban más estresantes que útiles. Cuantas más preguntas hacía la mujer, más le parecía a Chase que la estaban juzgando o interrogando. Aún le resultaba difícil aceptar que algunas personas no quisieran nada a cambio de su ayuda más que amabilidad y amistad.

Hacía tiempo que había quedado claro que Tyler Tisdale la había corrompido de muchas maneras, y no todas estaban relacionadas con la aguja.

"Lo siento", se disculpó Chase, aunque estaba claro que no era necesario. Puso una sonrisa falsa y se volvió para mirar a Georgina y Louisa.

"Como he dicho, estoy un poco cansado de mi carrera anterior."

"¿Sí?" Louisa preguntó.

El cambio involuntario de tema parece haber funcionado.

"Sí."

"No sé cómo lo haces. El otro día salí a correr tres kilómetros, sólo tres. Quiero decir, no es gran cosa, ¿verdad? Debería poder hacerlo. No estoy tan en forma como tú, pero soy mucho más ligera de lo que solía ser. Pero resulta que *no puedo* hacerlo. Corrí durante diez minutos y luego tuve que parar y tomarme un descanso".

"Diez minutos no está mal", ofreció Chase, "Hay que empezar despacio".

"Ves, esa es la cosa", continuó Louisa. "Intenté empezar despacio, intenté empezar apenas trotando, pero luego, sigo yendo cada vez más

rápido hasta que no puedo respirar y tengo que parar".

Chase conocía esa sensación. Aunque había sido corredora durante años y, después de dejar atrás sus diversos vicios, era capaz de hacer un tiempo muy respetable de diez millas, todavía había días en los que le costaba.

Hoy era uno de esos días. A mitad de los 16 kilómetros previstos, sus emociones se apoderaron de ella y, sin darse cuenta, Chase empezó a esprintar.

Había terminado la carrera, pero enseguida se había desplomado en un charco.

"Sólo tienes que ir a tu ritmo", dijo Chase en voz baja.

"He terminado", exclamó Georgina, poniéndose en pie. Evidentemente, no tenía ningún interés en la discusión sobre la forma física de los adultos. "¿Puedo jugar un poco más? Quiero volver a las flores".

"Saca tu plato primero, luego puedes ir a jugar".

Georgina hizo sus tareas y luego se volvió hacia Louisa.

"¡Me alegro de verte!"

"Yo también me alegro de verte, Georgina."

Y con eso, la chica se puso los zapatos y salió por la puerta trasera como si el interludio calórico nunca hubiera ocurrido.

"¡Recuerda, cuando veas el dron, es hora de volver a casa!" Chase gritó tras ella, pero Georgina ya se había ido.

"Es una buena chica", comentó Louisa. Algo en su tono sugería que quería añadir algo más, algo menos elogioso, y Chase le llamó la atención.

"Sí, ¿y...?"

Louisa se chupó el labio inferior.

"Oh, vamos, sólo dilo."

"Vale, pero tienes que prometerme que no te enfadarás".

Chase se quedó mirando. Los dos sabían cuánto odiaba ella esas declaraciones de relleno.

"Bien, bien", continuó Louisa con una risita nerviosa. "Pero primero, realmente creo que Georgina es una gran chica, y tú has tenido mucho-no, no mucho, pero *todo* que ver con eso".

"Guay, genial", Chase dio una palmada y empezó a levantarse, más que un poco molesta por lo mucho que tardaba su amiga en ir al grano.

"Pero... pero tienes que dejarla salir más, que despliegue sus alas. No puedes mantenerla encerrada para siempre".

Louisa parecía nerviosa cuando dijo esto último, pero Chase no se ofendió. De hecho, se sintió aliviada. Tal vez el Dr. Matteo tuviera razón, tal vez hablar de sus pensamientos en voz alta realmente ayudara.

"Lo sé. Lo intento, Louisa, lo intento".

"Bueno, lo estás haciendo muy bien". Louisa no necesitaba decir más, el punto había sido hecho y tomado. "¿Quieres un café o algo?"

No, quiero algo más fuerte.

Y ahí estaba. Un momento de introspección que llevó a toda una vida de culpa.

La triste realidad de que Chase estaba fracasando en la crianza del hijo de su hermana se veía magnificada por el hecho de que hacía meses que no hablaba con su propio hijo.

"Claro", respondió ella con un gruñido.

Mientras Louisa preparaba los cafés, Chase se acercó al sofá cercano y se dejó caer. Unos minutos después, un café apareció en su mano y Louisa se sentó a su lado.

"Podrías extender tus alas un poco, también, ¿sabes? ¿Cuándo fue la última vez que saliste de este lugar? Y no me refiero a salir a correr".

Estaba claro que Louisa *no había* terminado. En lugar de contestar de inmediato, Chase prefirió dar un sorbo a su café y se arrepintió al instante.

Le escaldó el paladar.

"Sabes cuánto tiempo ha pasado".

Louisa asintió.

"Bien. ¿Cuándo fue la última vez que *hablaste* con alguien que no fuéramos Georgina y yo?"

"Tú también sabes la respuesta a eso".

Ahora, Chase estaba empezando a molestarse.

"¿Y Stitts?"

Chase negó con la cabeza.

"¿Qué hay de ese chico guapo y melancólico con barba? ¿Drake? Está en Nueva York, ¿no?"

Una imagen de la cara de Drake apareció en la mente de Chase.

"No he hablado ni visto a nadie desde... bueno, ya sabes cuándo".

Louisa suspiró, lo cual era extraño porque Chase tenía la sensación de que debería haber sido ella la que emitiera el sonido exasperado.

"Bueno, ¿no crees que ya es hora?"

Chase estaba a punto de decirle a su amiga que lo dejara cuando la interrumpió un sonido extraño. Era una especie de traqueteo, como si alguien hiciera rodar un pesado dado sobre una mesa de madera.

Tardó varios segundos en encontrar la fuente, y su mirada se posó en la mesita que había junto a la puerta principal. Encima estaba su teléfono móvil, que zumbaba.

Chase frunció el ceño.

Después de dejar el FBI, había querido deshacerse de la maldita cosa, cortar toda conexión con su pasado. Pero lo había conservado,

diciéndose a sí misma que era sólo para emergencias, por si le ocurría algo a Georgina.

Inmediatamente después de los Jardines de Mariposas, había recibido algún que otro mensaje preguntándole cómo le iba o si necesitaba algo, pero después de haber sido ignorada durante tanto tiempo, dejaron de hacerlo.

Chase no recordaba la última vez que sonó, con un mensaje o una llamada.

"¿Vas a contestar?" Louisa preguntó.

"No, probablemente es sólo un vendedor telefónico."

Louisa hizo una mueca, se levantó y se dirigió hacia la puerta principal.

"Louisa, déjalo", suplicó Chase, pero ya era demasiado tarde.

La mujer ya había llegado hasta su teléfono y lo había cogido. Chase observó cómo cambiaba su expresión al leer la pantalla.

"¿Ves? Te dije que era sólo un vendedor telefónico."

Louisa le tendió el teléfono a Chase y su sonrisa se desvaneció.

"No es un teleoperador".

Ahora le tocaba a Chase fruncir el ceño.

"¿No? ¿Entonces quién es?"

En el identificador de llamadas aparecía un solo nombre, y sintió que el corazón se le caía a la boca del estómago.

Capítulo 4

Al cabo de unos minutos, la repulsión que sentía Floyd empezó a desvanecerse. Algunos se referían a esto como experiencia, mientras que él prefería el término desensibilización.

"¿Alguna imagen de estas chicas antes... antes de que ocurriera?" preguntó Floyd mientras desviaba su atención de la escena y observaba sus alrededores.

"Sí, tres cámaras", respondió Dunbar mientras las señalaba. "Esto es Nueva York, hay cámaras por todas partes".

Floyd centró su atención en la mugrienta cámara de vídeo que estaba montada en lo alto de la pared, al otro lado de las vías.

"Ese parece..."

"Un paso por delante de ti".

Dunbar sacó su móvil y cargó un vídeo.

"Por eso te he llamado, y porque el fiscal quiere acabar con esto lo antes posible".

A pesar de su obtuso comentario, las palabras del detective no requerían más explicación.

El vídeo contaba el resto de la historia.

"Esto no ha sido un accidente", dijo Floyd sin aliento cuando terminó de reproducirse el vídeo de un minuto de duración.

Había visto a las cuatro chicas rubias platinadas, todas con idéntica indumentaria -faldas plisadas y blusas blancas-, caminar hacia el andén. Sonreían, expresiones que solo se intensificaron cuando sus teléfonos móviles parecieron sonar, todos al mismo tiempo.

Floyd no había participado personalmente en ninguna investigación de suicidios, y mucho menos de suicidios en masa, pero había recibido formación para ambos durante su estancia en la Academia. Y aunque las circunstancias subyacentes cambiaban de un caso a otro, de una motivación a otra, había algunos puntos en común.

En primer lugar, la gente rara vez se preparaba para ir al trabajo o a la escuela para acabar con su vida en el camino. Las exhibiciones públicas de suicidio eran raras: la gente prefería realizar este acto tan íntimo en la comodidad de su propia casa. Se necesitaba un tipo especial de persona que quisiera hacer un espectáculo de su muerte, y normalmente encajaban en un perfil: bulliciosos, odiosos, descarados.

No era ningún secreto que el suicidio adolescente estaba aumentando en Estados Unidos, pero esto... cuatro chicas acomodadas, pulcramente vestidas y sonriendo antes de saltar delante de un tren de metro en marcha... bueno, esto era algo con lo que Floyd no tenía experiencia.

"¿Puedes volver a poner el vídeo?", preguntó.

Dunbar obedeció y esta vez Floyd se concentró en los móviles de las chicas. No era una llamada lo que habían recibido, como él había pensado en un principio, sino un mensaje de texto. También parecía que, aunque todas participaban voluntariamente en el suicidio -todas saltaron por voluntad propia-, la más alta del grupo, la del centro, era la aparente líder. Asintió a los demás y levantó el pie primero, justo antes de saltar.

"Los técnicos ya han recogido muestras de sangre y las están enviando al laboratorio para ver qué hay en su organismo", dijo Dunbar. Era lo obvio, pero en este caso era más complicado, dada la mezcla de fluidos que cubría las huellas. "También tengo a un par de informáticos investigando los perfiles de las chicas en las redes sociales, a ver qué pueden averiguar. Novios, acosadores, ese tipo de cosas".

Floyd dudaba de que esto proporcionara alguna información sobre el estado mental de las chicas, pero esto, al igual que enviar la sangre, era normal.

"¿Y sus teléfonos?", dijo Floyd mientras sus ojos buscaban entre los restos alguna señal de los móviles que había visto en el vídeo.

El detective Dunbar hizo señas a un técnico que empezaba a bajar a las vías para que se acercara.

"¿Has encontrado ya sus móviles?"

El técnico del traje de plástico blanco asintió.

"Dos de ellos", confirmó. "Completamente destruidos, sin embargo. Han sido embolsados y etiquetados".

"Quiero que cojan lo que queda de los móviles y lo lleven directamente al laboratorio". Luego, dirigiéndose a Floyd, Dunbar añadió: "Si no pueden sacar ninguna información de los restos, me pondré en contacto directamente con los proveedores de los móviles. Dudo que..."

"No", interrumpió Floyd.

Dunbar y el hombre del traje blanco le miraron enarcando las cejas.

"¿No?"

Floyd negó con la cabeza.

"No, lo que quiero decir es que llevaré los restos a los técnicos. Si te parece bien".

Dunbar se le quedó mirando un momento antes de contestar.

"Sí, claro. Como quieras".

Cuando el técnico continuó allí de pie, Dunbar se dirigió a él directamente.

"Ya has oído al agente", dijo con severidad. "Ve a buscar los teléfonos".

El hombre se alejó a toda prisa, con su traje de plástico haciendo un molesto ruido al marcharse.

Cuando se fue, Floyd volvió a mirar la escena del crimen. Dunbar debió notar un cambio en él entonces, porque dijo: "¿En qué estás pensando?".

Floyd no contestó, no sabía qué pensar.

Pero el verdadero problema era que cuanto más miraba las partes del cuerpo que los técnicos recogían lentamente e intentaban embolsar, menos parecía entender.

"¿Estás bien?"

Floyd se dio cuenta de que estaba sacudiendo la cabeza y se obligó a parar.

No estaba bien.

Permanecieron en silencio durante casi un minuto antes de que Floyd volviera a hablar.

"Creo que necesitamos ayuda en este caso". Dolía tener que admitirlo tan pronto en la investigación, y sobre todo porque era el primer caso de Floyd como agente en solitario, pero esas chicas... se merecían algo mejor que él. Se merecían a alguien que pudiera meterse en sus cabezas, entender lo que pensaban antes de hacer lo impensable.

Floyd sacó el móvil del bolsillo y buscó un número que hacía tiempo que no marcaba.

"Y sólo se me ocurre una persona a la que c-llamar".

Capítulo 5

"Bueno, ¿vas a contestar?"

Los ojos de Chase no se movieron del nombre en la pantalla: *Floyd*.

"¿Tierra a Chase? ¿Vas a contestar el teléfono, o qué?"

Chase consiguió por fin mirar a Louisa.

Luego sacudió la cabeza.

No, no, no lo estoy, fue su reacción instintiva.

"Como quieras", dijo Louisa, volviendo a dejar el teléfono sobre la mesa. Mientras seguía zumbando en la madera, Louisa se dirigió hacia el sofá.

Chase no le siguió.

A lo mejor sólo quiere saludar, pensó, aunque sabía que no era probable. En el fondo de su estómago, Chase sabía exactamente por qué llamaba.

La necesitaba. Floyd la necesitaba, el FBI la necesitaba y, fueran quienes fueran las víctimas, también la necesitaban.

Sin embargo, la verdadera pregunta era si Chase los necesitaba.

Sin pensarlo, cogió el teléfono y lo descolgó.

Debería contestar. Después de todo, ¿no es eso lo que Louisa quiere? ¿Que contacte con amigos, que tenga vida social? ¿Salir? ¿Follar? ¿Hacer algo más que correr y cuidar de Georgina?

Si hubiera sido cualquier otra persona, cualquiera que no estuviera relacionada con el FBI, Chase estaba casi seguro de que ella contestaría. El problema era que no conocía a nadie fuera del trabajo, aparte de Louisa, claro. E incluso su relación había sido dictada por el FBI.

"¿Chase?"

Chase ignoró a su amigo y siguió mirando el teléfono. Había saltado el contestador y no le sorprendió que Floyd hubiera decidido no dejar ningún mensaje.

Estás asustado, Chase.

La voz dentro de su cabeza esta vez no era la suya. Y, sin embargo, le resultaba familiar.

Era Jeremy Stitts, y se negaba a callarse. Irónico, dado que el hombre prefería permanecer callado en la vida real. Pero esta versión mística tenía otras ideas.

Es porque tienes miedo, Chase, tienes miedo porque has perdido tu vudú y crees que ya no eres lo bastante buena para ser agente del FBI. Pero tu talento especial no era lo único que te hacía bueno en tu trabajo.

Chase gruñó.

Vete a la mierda, Stitts.

Con la mandíbula totalmente apretada, Chase se desplazó hasta sus

llamadas recientes y pulsó enviar.

"¿Hola?", respondió una voz familiar con un leve tartamudeo.

¿"Floyd"? Soy yo, Chase. ¿Llamaste?"

Cuando el hombre exhaló con fuerza, el sonido pareció resonar.

"¿Dónde estás?", preguntó, frunciendo el ceño.

"Estación de metro de la calle Catorce", dijo Floyd rotundamente.

Eso explicaba el eco, pero Chase resistió el impulso de hacer más preguntas. Al fin y al cabo, había sido Floyd quien se había puesto en contacto con ella y no al revés.

Sin embargo, Chase podía sentir cómo su subconsciente empezaba a agitarse, cómo los engranajes de su cabeza se presionaban unos contra otros, rechinando lentamente, como si estuvieran oxidados por el desuso.

"Ha habido... un a-accidente", dijo Floyd.

El óxido se desprendió al instante, y su mente estaba ahora totalmente lubricada por el miedo.

¿"Accidente"? ¿Fue Stitts? ¿Drake? ¿Qué pasó, Floyd? ¿Estás bien?" A Chase ya no le preocupaba que Louisa la oyera y dejó su tono desprevenido.

"No, no", dijo Floyd rápidamente. "Nada de eso. "Es sólo que... Es sólo que..."

Chase cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz.

La última vez que había hablado con Floyd, su tartamudeo había mejorado hasta el punto de ser casi imperceptible y sólo aparecía cuando estaba muy agitado.

Ésta era, al parecer, una de esas veces.

Chase volvió a respirar hondo y su ritmo cardíaco disminuyó al darse cuenta de que no había ocurrido nada grave a las pocas personas que le importaban.

"Yo-yo-yo necesito tu ayuda. Necesitamos tu ayuda".

Y esto era lo que Chase había estado temiendo, ser arrastrada de nuevo al fango, ser arrastrada por el pantano. Claro que su capacidad para vivir el momento, para existir en el presente, como le había inculcado el Dr. Matteo en todas sus sesiones, estaba bien desarrollada, pero el trabajo seguía afectándole.

Afectaba a todos, sin duda, pero especialmente a Chase, dada su historia.

"¿Chase?" Preguntó Floyd.

Los ojos de Chase se abrieron de golpe.

"No puedo", dijo ella. "No puedo ayudarte. Lo siento".

La mirada de Chase se desvió hacia la puerta trasera por la que Georgina había salido.

Ha estado fuera un rato. Debería enviar el dron pronto.

"Lo siento", dijo Floyd tras una breve pausa. Su tono seguía siendo

llano, pero escondía un matiz de decepción.

Me echa de menos. Puede que me necesite en cualquier caso en el que esté, pero también me echa de menos.

La verdad era que Chase también le echaba de menos.

Pero no estaba preparada para volver.

Todavía no.

Quizá nunca.

"Siento haberte molestado, Chase", continuó Floyd. "Espero que estés bien".

"No es molestia, Floyd. Y espero que entiendas que..." Chase dejó de hablar cuando se dio cuenta de que el teléfono se había apagado.

Respiró hondo por última vez, se apartó el móvil de la oreja y volvió a dejarlo sobre la mesa.

Una parte de ella esperaba que volviera a sonar, que Floyd volviera a llamar y la reprendiera por ser tan cobarde.

Pero el teléfono permaneció en silencio.

"Creo que me voy a ir ahora", dijo Louisa en voz baja.

Chase miró a su amiga y vio tristeza en sus ojos, algo que sabía que se reflejaba en su propia mirada.

Chase asintió solemnemente mientras cogía las gafas y el mando del dron.

"Sí, creo que es una buena idea".

Capítulo 6

Floyd guardó el móvil y evitó deliberadamente mirar a la detective Dunbar.

Aunque había esperado -*desesperadamente* esperado- que Chase dijera: "*Diablos, sí, estoy en camino, Floyd. Te he echado de menos. Te ayudaré en lo que pueda,* él no era tan optimista. Sabía que Chase tenía problemas y que su decisión de dejar el FBI no había sido fácil.

La primera vez que marcó su número, Floyd calculó que la probabilidad de que Chase accediera a echar una mano era del cincuenta por ciento. Pero cuando ella no respondió a su llamada, la probabilidad bajó a menos del uno por ciento.

"¿Alguien más a quien puedas contactar?" Preguntó Dunbar. Aunque Floyd no le había dicho al hombre a quién llamaba, lo sabía.

El público en general creía que el agente del FBI Chase Adams estaba muerto, cortesía de la fotografía escenificada que habían enviado a la prensa para sacar a Marcus Slasinsky de su escondite. Pero eso había ocurrido hacía casi un año, y los medios de comunicación, junto con sus legiones de seguidores, hacía tiempo que habían pasado página. El detective Dunbar, en cambio, había estado allí, y era uno de los pocos elegidos que sabían lo que le había ocurrido realmente a Chase. Sabía que se había tomado un año sabático indefinido del FBI y que no se estaba pudriendo en una tumba olvidada en algún lugar. Sin embargo, al ver la decepción en el rostro del hombre, Floyd deseó que el detective se hubiera mantenido al margen, ya que aquella reacción no contribuía en absoluto a infundirle confianza.

"¿Floyd? ¿Se te ocurre alguien más a quien llamar?" Repitió Dunbar.

Floyd se sintió atraído de vuelta al presente mientras docenas de nombres se desplazaban por su mente como una especie de hoja de Excel mental, pero se obligó a apartarlos.

"No", dijo con severidad, acomodando la mandíbula y mirando a Dunbar. "No voy a llamar a nadie más".

Al principio, el detective parecía tener preparada una respuesta, quizá una protesta, quizá la sugerencia de que Floyd no estaba hecho para este caso, al menos no sin ayuda. Y si el detective hubiera hablado, la fachada de bravuconería y valentía de Floyd se habría desmoronado.

Pero no lo hizo.

Si fue porque el técnico eligió ese momento para acercarse con dos bolsas de móviles aplastados o no, Floyd nunca lo sabría.

"Voy a llevar esto al laboratorio, a ver si pueden sacar los últimos

mensajes de las chicas", sugirió Floyd.

"Sí, claro. ¿Sabes dónde está?" preguntó Dunbar mientras examinaban de nuevo la escena.

Chase le había dicho una vez a Floyd que si considerabas a las víctimas de los horribles crímenes que investigaban como personas, en lugar de sólo eso, víctimas, se quedarían contigo, que los sentimientos de empatía podrían abrumarte.

Durante un tiempo, Floyd había seguido el consejo de su compañero y había considerado a los cadáveres elementos de una lista de comprobación y no seres humanos recién fallecidos.

Pero eso no había funcionado.

Esa era la estrategia de Chase, ámala o déjala, pero no era la de Floyd Montgomery.

Por eso, a pesar de su mandíbula firme y su mirada de acero, Floyd sintió un estremecimiento cuando vio a un técnico levantar una pierna pálida parcialmente cubierta por una media blanca ensangrentada.

"No, no estoy seguro de dónde está", respondió al fin.

"Bueno, no hay mucho más que pueda hacer aquí; los técnicos van a tardar horas en procesar la escena. ¿Te importa si voy contigo?" Dunbar preguntó.

"Claro", respondió Floyd, un poco demasiado rápido para el gusto de ambos.

***

Con el tráfico, tardaron más de cuarenta minutos en llegar desde la estación de la calle 14 hasta la comisaría 62 de la policía de Nueva York. Tres cuartas partes de ese tiempo transcurrieron en silencio, sólo interrumpido por la ocasional maldición de Dunbar cuando alguien se cruzaba delante de ellos.

Por la razón que fuera, el detective optó por no encender la guinda de su coche camuflado ni circular por el arcén. A medida que se prolongaba el silencio, Floyd empezó a sospechar que Dunbar solía utilizar ese tiempo para intentar reconstruir elementos del caso. Al final, debió de darse por vencido al caer en una conversación casual.

"¿Cómo has estado, Floyd?" Dunbar preguntó.

"He estado bien", respondió Floyd con sinceridad. A menudo se referían al FBI, y a todo lo relacionado con él, como una bestia sin corazón, pero él tenía compañeros con los que le gustaba estar. Hasta el momento, ninguno de ellos se había extendido a una relación fuera del trabajo, pero él estaba bien con eso.

Estar rodeado de personas que experimentaron lo mismo que él durante el día sólo serviría para reforzar los sentimientos asociados a su trabajo.

Reunirse con otros Agentes fuera del trabajo también era algo que Chase había desaconsejado. Lo irónico era que la propia Chase no cumplía esas normas. Estaba claro que su relación con Stitts había trascendido a algo más que profesional, y quizás incluso había sobrepasado la zona de amigos. Floyd recordó lo extrañas que fueron las interacciones del dúo mientras buscaban la Guarida del Diablo.

Lo enfadado que se había puesto Stitts, que solía ser de lo más sensato, lo mucho que había cambiado.

Y por poco dispuesto que estuviera a creerlo, Floyd estaba bastante seguro de que Chase era la causa fundamental de los cambios de humor del hombre.

La mujer tenía un efecto en la gente, incluido el propio Floyd.

Cuando recibió la noticia de que Chase Adams no volvería al FBI, le dolió. Ella había sido la responsable de traerlo, y su marcha justo cuando se estaba asentando le había parecido una traición.

Sin embargo, Floyd se había dado cuenta de que lo mejor para Chase era alejarse.

Y entonces la llamaste hoy, suplicando ayuda, se amonestó Floyd. *Intentó meterla de nuevo en esta pesadilla.*

"La verdad es que ha sido bastante duro".

Dunbar asintió.

"¿Cómo has estado?" contraatacó Floyd antes de que el detective pudiera bombardearle a preguntas.

"Para mí también ha sido un poco duro", respondió Dunbar. Fue un momento de sinceridad que rara vez se producía en estos intercambios amables.

Floyd lo encontró refrescante.

"He oído lo del Hombre de Paja", dijo, tratando de adivinar el origen del disgusto del hombre.

"Un caso jodido", dijo Dunbar. "Lo resolvimos rápido, gracias a la ayuda de algunos."

Floyd recordó que había visto la rueda de prensa del fiscal. Había visto a Drake allí, a un lado, con Leroy y Screech cerca. Su presencia le había sorprendido, sobre todo cuando el fiscal había elogiado a otra empresa de detectives, de la que Floyd nunca había oído hablar, por su ayuda.

Había algo más profundo en aquella historia, pero Floyd sospechaba que no era el momento de indagar. Aun así, a menudo pensaba en el primer compañero de Chase, cuando ella todavía era sargento de la policía de Nueva York. Y ahora que estaba en Nueva York, Floyd se hizo la promesa de visitar a aquel hombre, si tenía tiempo.

"¿Cómo está Drake?"

Dunbar se encogió de hombros.

"Hemos tenido nuestras diferencias. Para ser sincero, hace tiempo que no sé nada de él. I-" Dunbar vaciló, sus ojos iban de un lado a otro: "-Me pasé por su empresa de detectives, *Investigaciones DSLH*, para ver cómo estaba, pero no estaba".

Una curiosa elección de palabras, pensó Floyd. "*Controlarlo".*

La conversación se interrumpió en cuanto entraron en el aparcamiento de la comisaría.

Pero las preguntas en la cabeza de Floyd no.

"¿Dónde está todo el mundo?", preguntó, más que nada para distraerse. En su limitada experiencia, los aparcamientos de la policía rara vez estaban tan desiertos, y siempre se podía encontrar a uno o dos agentes merodeando fuera.

Ese no era el caso ahora.

Dunbar suspiró.

"No lo sé. Pero si tuviera que adivinar..."

Floyd sintió que le brotaba un sudor frío de la frente al predecir lo que el detective iba a decir a continuación.

"Se están preparando para la tormenta de mierda mediática que va a tener lugar cuando la gente se entere de lo que les pasó a las cuatro chicas". Otra respiración profunda y entonces Dunbar se volvió y miró directamente a los ojos de Floyd. "Floyd, espero que estés preparado para esto porque tengo la sensación de que este caso va a ser como ninguno en el que ni tú ni yo hayamos trabajado antes".

Floyd tragó con fuerza, pero el grueso fajo que había aparecido repentina e inexplicablemente en su garganta se negaba a bajar.

Espero estar listo, también. Dios, espero estar listo.

Capítulo 7

"¿Por qué no quieres que vaya al colegio?". preguntó Georgina mientras Chase le metía las mantas bajo los brazos.

"¿Qué quieres decir?" Chase contraatacó.

Georgina se encogió de hombros.

"No sé... cuando Louisa preguntó por la escuela, vi tu cara. Parecías enfadada".

Chase trató de mantener su mirada suave.

"No estoy enfadado, Georgie. Para nada. Pero hablamos de esto... educar en casa es la mejor opción para ti en este momento".

De repente, a Georgina se le llenaron los ojos de lágrimas.

"¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?"

Georgina apartó la mirada y sacudió la cabeza. Era evidente que estaba conteniendo los sollozos.

"Georgina, ¿por qué estás molesta?"

El pecho de la chica se estremeció y luego se volvió para mirar directamente a Chase.

"No quiero que te enfades", dijo en voz baja.

Chase se echó hacia atrás.

"No me enfadaré. Puedes hablar conmigo, quiero que te sientas cómoda hablando conmigo. Quiero que puedas contarme todo, Georgie".

Era algo que intentaba reforzar a diario. Después de las mentiras y la manipulación a las que Georgina había estado expuesta la mayor parte de su vida, era natural que quisiera guardarse las cosas para sí misma, aunque sólo fuera por simple confusión. Hablar podía ayudar, pero cavilar no.

Chase había recorrido ese camino y sabía adónde conducía: a una dependencia química.

"...por eso."

Chase enarcó una ceja y miró a Georgina.

No se había dado cuenta de que la chica le había estado hablando, y se perdió la mayor parte de lo que se había dicho.

¿Quieres que hable? Entonces tienes que escuchar, Chase. Tienes que permanecer en el momento, y tienes que escuchar.

"Quiero que puedas contarme cualquier cosa, Georgina", reiteró Chase. "Si quieres ir a la escuela, quiero que me lo digas. Si quieres quedarte en casa, también quiero que me lo digas. Es más importante ser sincero que preocuparse por herir los sentimientos de alguien".

¿Como si fueras honesto con Floyd?

Georgina asintió.

"Me encanta estar contigo, me encanta pasar tiempo contigo", dijo

suavemente. "Pero echo de menos a mi mami".

Una punzada de tristeza golpeó a Chase en el centro del pecho y ahora le tocaba a ella luchar contra las lágrimas.

"Yo también la echo de menos".

Chase se acercó y besó a Georgina en la frente, sorprendido de que la piel de la chica estuviera fría en sus labios.

"Ahora duerme un poco y por la mañana podemos volver a hablar de colegios". Dudó antes de añadir: "Y a cuáles querrías ir".

Georgina esbozó una amplia sonrisa.

"¿En serio? ¿Puedo ir a la escuela?"

Chase se puso en pie.

"Hablaremos de ello mañana", dijo. "Buenas noches, Georgina."

"Buenas noches, tía Chase."

Con eso, Chase salió de la habitación de Georgina y cerró la puerta casi por completo detrás de ella.

Luego suspiró y se frotó los ojos.

Le dices que quieres que sea honesta, y lo único que haces es mentir. Debería darte vergüenza, Chase.

***

La televisión estaba encendida, pero Chase no la veía. De hecho, no tenía ni idea de lo que estaban pasando, ya fueran las noticias o un drama criminal.

Sus ojos estaban fijos en el móvil que había en el centro de la mesa, el móvil que había trasladado desde el vestíbulo y dejado junto a un vaso medio lleno de vino tinto.

Chase no sabía qué hacer.

Pero lo que sí sabía era que estaba empezando a perder el control de nuevo.

La única buena noticia era que estar en la cabaña aislada con Georgina limitaba su acceso a sus habituales mecanismos de adaptación trastornados.

Unos que el calvo bastardo del Dr. Matteo le había señalado en muchas ocasiones.

Chase no podía acostarse con nadie, eso era imposible.

Tampoco podía consumir drogas, a menos que contaras el vaso de vino que tenía delante o la cafetera de la encimera. La única medicación que Chase guardaba en casa eran antibióticos por si Georgina se raspaba la rodilla o se golpeaba la barbilla jugando fuera.

Su mirada se centró de nuevo en el móvil.

Sólo le quedaba un mecanismo de supervivencia... pero no podía volcarse en su trabajo, ¿verdad?

Floyd no habría llamado si no la necesitara. Hacía casi un año que

se había alejado del FBI, y durante ese tiempo sospechaba que Floyd había participado en docenas de casos. Y hasta hoy, nunca la había llamado.

¿Qué tenía este caso que le había hecho parecer tan desesperado? ¿O era sólo porque estaba en Nueva York, a no más de dos horas en coche del lugar al que Chase llamaba hogar? ¿Por eso había llamado Floyd?

Apartó los ojos del móvil y forzó la mirada hacia el televisor en un intento de distraerse.

No funcionó.

Empezaron las noticias y varias de las preguntas que le había hecho a Floyd fueron respondidas como si alguien hubiera estado escuchando sus pensamientos y no quisiera dejarla colgada.

Una extraña coincidencia si creyera en esas cosas. Lo cual, por supuesto, no creía.

Gracias por eso también, Stitts.

"La policía no ha dado muchos detalles sobre lo ocurrido en la estación de metro de la calle 14, que lleva cerrada desde primera hora de la mañana", dijo un hombre con gruesas gafas de pasta. Tenía un montón de papeles delante, a los que de vez en cuando echaba un vistazo. Esto molestó a Chase. ¿Para qué servía el periódico si todo lo que decía aquel hombre estaba escrito en un teleprompter delante de él? ¿Le hacía parecer más legítimo? ¿Como si él mismo estuviera al tanto? ¿Más accesible, quizás? "Pero sabemos que no estará abierto mañana, y hemos visto un aluvión de técnicos de la escena del crimen entrando y saliendo del lugar durante todo el día. La policía de Nueva York, sin embargo, nos ha asegurado que esto no es un incidente relacionado con el terrorismo. Nuestra corresponsal Barbara Kane está en la escena ahora. Barbara, ¿hay algo nuevo que puedas decirnos sobre por qué la estación ha sido cerrada?"

El vídeo incrustado se amplía y acaba por tapar al hombre de las gafas y llenar todo el encuadre. En su lugar había una mujer con el pelo rubio cortado en ángulo y un pintalabios demasiado oscuro para sus pálidas facciones.

"Sí, Ken, gracias, acabamos de recibir noticias de que habrá una rueda de prensa sobre la situación aquí en poco menos de una hora. Lo que puedo decirles es que no sólo han estado aquí los técnicos de la escena del crimen, sino que también se ha llamado al FBI. Aunque la policía aún no ha hecho ninguna declaración oficial, se rumorea por testigos que una o más personas saltaron delante de un tren que venía en sentido contrario esta mañana temprano". La mujer hizo una pausa y se llevó un dedo al auricular. Bajó la mirada y luego asintió, como si no se diera cuenta de que estaba en directo.

"¿Bárbara?" La voz de Ken sonó desde algún lugar fuera de cámara.

La mujer asintió una vez más.
"Sí, Ken, sólo estoy recibiendo un segundo-"
La escena volvió bruscamente a Ken, que barajaba sus malditos papeles.
"Les agradecemos su paciencia. Como saben, la información sobre lo sucedido está llegando lentamente. La policía ha sido particularmente hermética sobre..."
"¿Ken?" Otro incómodo corte hacia la mujer de la melena rubia. "Acabo de recibir una actualización, y aunque no hay nada confirmado, dos testigos dicen que no fue una sola persona la que saltó delante del tren, sino tres o posiblemente incluso cuatro. Y un testigo dice que todas eran mujeres jóvenes".
"Qué horrible tragedia", dijo Ken, con una voz extrañamente desprovista de sentimiento.
Como los dos presentadores iban y venían sin revelar más información, Chase los ahogó mentalmente.
¿Cuatro personas saltaron delante de un vagón de metro? ¿Cuatro mujeres jóvenes, nada menos?
No podía entenderlo.
No es tu caso... no es tu caso, Chase. Ya no trabajas para el FBI. Olvídalo.
Y, sin embargo, Chase sabía que iba a quedarse allí sentada, sin moverse de su sitio, haciendo girar los pulgares, hasta la rueda de prensa. Y entonces intentaría ponerse en el lugar de una de esas chicas, imaginarse allí con el estruendo del vagón de metro acercándose...
"Para", susurró. "Para, Chase."
Pero los pensamientos no se detuvieron.
Chase alargó la mano, cogió su vino y se bebió lo que quedaba en el vaso.
Luego, con gran esfuerzo, apagó el televisor y se dirigió hacia el dormitorio de Georgina. Empujó un poco la puerta y se alegró de ver que la joven seguía en su cama, con los ojos cerrados y la cabeza apuntando en dirección contraria a la puerta.
Chase observó durante unos instantes para asegurarse de que su pecho subía y bajaba, y luego se retiró a su propia habitación.
Tras ponerse el pijama, Chase se tumbó encima de la cama con los ojos abiertos e intentó emplear las técnicas de relajación que le había enseñado el doctor Matteo.
Pero incluso con estas herramientas, Chase sabía que el sueño tardaría en llegar.
Si es que llegó.
Y si lo hacía, estaba segura de que soñaría con el metro.

Capítulo 8

"¿Nada?" Floyd trató de mantener la decepción fuera de su voz, pero fracasó miserablemente.

"Nada", reiteró el hombre sentado detrás del ordenador.

Los ojos de Floyd y Dunbar estaban fijos en la pantalla, que sólo mostraba una serie de caracteres ininteligibles dentro de un cuadro de texto.

"No puedo sacar ningún dato de los móviles: las tarjetas de memoria de ambos estaban completamente destrozadas. Normalmente, puedo recuperar *algo de* información, pero no en este caso. *No tengo nada*".

Floyd oyó a Dunbar maldecir en voz baja y luchó contra el impulso de maldecir con él.

Ambos tenían la esperanza de obtener algún dato de los teléfonos móviles, preferiblemente el contenido de los mensajes de texto que habían recibido las chicas y que les habían dado ganas de saltar delante de un vagón de metro en marcha de camino al colegio.

Pero, como Floyd había temido, y Dunbar había predicho, este caso no iba a ser tan fácil.

Y ahora, pasadas las siete de la tarde, estaban desesperados. El fiscal se había puesto en contacto con el detective Dunbar y había insistido en una rueda de prensa en una hora. Necesitaban *algo* para calmar a las hordas de periodistas que ya se estaban instalando frente a la comisaría 62.

"¿Qué pasa con las compañías de telefonía móvil? ¿Alguna novedad sobre nuestra petición de acceso a los mensajes de las chicas?"

El técnico informático, un hombre que a Floyd le recordaba al aspecto que tenía Dunbar cuando se conocieron -cara redonda, ojos muy abiertos, la palidez de alguien que se pasa todo el tiempo detrás de una pantalla-, puso una expresión que hizo que le temblaran ligeramente la papada y la segunda barbilla.

"Presenté una solicitud como pedías, pero recibí la respuesta estándar: sin una orden judicial, no podían bla, bla, bla, leyes de privacidad".

Esto también era de esperar. Según la experiencia de Floyd, conseguir que las grandes empresas cooperaran con las investigaciones penales era tan difícil como conseguir que pagaran sus impuestos.

"Haré que el sargento Yasiv se ponga en contacto, a ver si puede presionarlos para que entreguen lo que tengan", dijo Dunbar distraídamente.

Floyd tuvo otra idea.

"Siempre podemos preguntar a sus padres", dijo. Ambos le miraron

y Floyd se sonrojó un poco. "Si las chicas hicieron una copia de seguridad de sus teléfonos en sus ordenadores, hay una buena probabilidad de que sus textos estén grabados allí también".

Cuando Dunbar desvió la mirada, Floyd frunció el ceño y el color de sus mejillas desapareció.

"Mierda, ¿nadie se lo ha dicho a sus padres?"

Un inquietante silencio se apoderó de la sala antes de que Dunbar dijera: "Todavía no".

Y, en ese momento, Floyd se dio cuenta de que Dunbar no era diferente a él. Claro, tenía más experiencia que Floyd, había visto mucho más también, pero aún estaba verde, aún no estaba hastiado de alguna manera incluso después de años de presenciar violencia como la que normalmente se reserva para las películas de terror. Dunbar no se había olvidado de dar a los padres la noticia de sus hijos.

Lo había evitado deliberadamente.

En su mente, Floyd imaginaba a los padres de las niñas llegando a casa después de un largo día de trabajo, cansados, irritados, con ganas de una cerveza o un vaso de vino. Y, tras unos sorbos, empezarían a preguntarse si sus hijas habían llegado tarde porque estaban estudiando con una amiga, o si se habían olvidado de apuntar en el calendario el entrenamiento de fútbol.

Floyd se dio cuenta de que Dunbar le miraba expectante, y habló sin considerar las palabras antes de que salieran de su boca.

"Hablaré con los padres", afirmó, sorprendido de que su voz no se quebrara en un tartamudeo.

"Enviaré a uno de mis hombres contigo", dijo Dunbar, claramente aliviado de que Floyd hubiera tomado las riendas en este caso.

"No, quiero hacerlo solo", dijo, sintiéndose fortalecido. Si había algo positivo que sacar del hecho de que Dunbar le hubiera pedido ayuda era que dejaba claro a Floyd que éste era *su* caso. No había ningún hombro sobre el que llorar, nadie a quien recurrir cuando se requería un trabajo pesado. El director del FBI Hampton le había dado este caso y era su momento de dar un paso al frente. Se aclaró la garganta. "¿Tienes las direcciones de los padres?"

Dunbar miró al técnico, que volvió a la pantalla de su ordenador. El archivo de datos corrupto desapareció y fue sustituido por cuatro imágenes diferentes: los carnés de conducir de las chicas fallecidas.

Floyd inhaló bruscamente e inmediatamente deseó tener la resolución de Chase a la hora de tratar a esas chicas como simples víctimas.

Al ver sus caras sonrientes, no pudo evitar imaginarse la sangre en la estación de metro.

¿Por qué lo haces?

"¿Quiere que los imprima?", preguntó el técnico.

Floyd bajó los ojos y asintió. Unos instantes después, Dunbar le entregó las impresiones.

Mi caso... este es mi *caso.*

Con gran esfuerzo, Floyd se obligó a mirar la imagen de cada una de las chicas, a leer sus nombres en su cabeza.

Madison Bailey. Brooke Pettibone. Kylie Grant. Victoria Dumoulin.

Chase estaba equivocado. No eran víctimas. Eran personas reales.

O al menos lo habían sido.

"¿Seguro que no quieres que envíe a uno de mis hombres contigo, Floyd?" preguntó Dunbar.

"No, puedo hacerlo", respondió Floyd.

Una vez más, su mirada se desvió hacia los rostros sonrientes de las chicas.

Tengo que hacerlo.

Capítulo 9

Floyd se sentó en el coche que Dunbar le había prestado junto a la acera del edificio de apartamentos del Upper Eastside donde vivía Madison Bailey.

Bajó la mirada hacia el carné de conducir de la chica y se encontró de nuevo a punto de perderse en sus pensamientos, de intentar comprender qué podría haber llevado a Madison a suicidarse con sus amigas.

Estás estancado, Floyd. Sal del coche.

Cuando el director Hampton le dijo que se iba a Nueva York solo, lo primero que pensó Floyd fue que la falta de un compañero era el resultado de la escasez del FBI debido al aumento de la violencia en la Costa Este.

Pero ahora consideraba otra opción: que el Director le estuviera poniendo a prueba. No era ningún secreto que en sus otros casos, incluso después de Chase, su compañero había tomado la iniciativa.

Era su primer caso en solitario y quería demostrar a Hampton que estaba a la altura.

Incluso era posible que este caso hubiera sido seleccionado a dedo para Floyd, ya que no entraba dentro de las competencias típicas del FBI. Según los rumores, la ayuda del FBI había sido solicitada como un favor, y delgado o no, el director Hampton accedió a enviar a alguien.

Floyd.

Tal vez el hombre pensó que estas circunstancias facilitarían el caso, que Floyd podría encargarse de él, dado que ni siquiera cumplía los criterios habituales exigidos para la intervención del FBI.

Aunque Floyd estaba decidido a darle la razón al hombre, deseaba que el caso fuera algo con lo que estuviera familiarizado, algo no tan... *extraño*.

¿Por qué lo has hecho? preguntó con la hoja de papel en la mano. *¿Por qué?*

La impresión se arrugó y estuvo a punto de romperse antes de que Floyd se obligara a relajarse.

Y entonces, enfadado consigo mismo por haberse puesto tan sensible, salió del coche y se dirigió al edificio de apartamentos. Junto a la entrada principal, encontró una caja metálica de interfono y su pulgar se posó sobre la 2A.

Floyd aspiró hondo, contuvo la respiración y pulsó el botón. La respuesta inmediata fue un zumbido áspero, como si una bandada de abejas hubiera despertado de repente del interior de la caja.

Soltó el botón y esperó.

Y esperó.

Cuando no pasó nada al cabo de quince segundos, Floyd se debatió entre girar sobre sus talones y volver al coche de Dunbar.

Le diré a Dunbar que no había nadie en casa, que traiga un uniforme mañana, tal vez.

Pero eso era patético y equivocado.

Y Floyd lo sabía.

Volvió a pulsar el botón, y esta vez la voz de un hombre interrumpió el estruendo de las abejas mecánicas.

"¿Sí?"

"Mi n-nombre es Floyd Montgomery y soy del FBI."

"No puedo oírte... vas a tener que hablar más alto. Si estás vendiendo algo, yo no..."

"Me llamo Floyd Montgomery y soy del FBI", volvió a decir Floyd, esta vez a punto de gritar.

Hubo una pausa.

"¿El FBI?"

"Sí. ¿Es usted el Sr. Bailey?"

"Oh Dios, es sobre ella, ¿verdad? ¿Es sobre Madison?"

La angustia en la voz del hombre era palpable incluso a través del intercomunicador y Floyd sintió que su valor decaía.

"Sr. Bailey, ¿podría por favor dejarme entrar? Necesito hablar con usted".

Algo entre un grito y un sollozo fue interrumpido por el sonido de la puerta principal al ser desbloqueada. Floyd entró en el vestíbulo bien iluminado y miró a su alrededor.

Los Bailey vivían en un barrio de clase alta, pero enseguida quedó claro que este edificio de apartamentos estaba en el extremo inferior del tótem financiero. La iluminación de tubo era apenas un peldaño superior a la que podría encontrarse en un antiguo instituto, pero las paredes parecían recién pintadas y los suelos laminados recién encerados.

Floyd consideró la posibilidad de tomar el ascensor, pero optó por las escaleras, aunque sólo fuera por prolongar lo inevitable.

Durante cada uno de los catorce escalones que conducían al rellano del segundo piso, Floyd ensayaba mentalmente una nueva versión de lo que iba a decir al desconsolado padre.

Nada de lo que se le ocurría sonaba bien. Y si así era dentro de los confines de su cabeza, sólo podía imaginar cómo sonaría para el señor Bailey.

"Se trata de ella, ¿no?"

Sobresaltado, Floyd casi pierde pie y se agarra a la barandilla.

"¿Señor Bailey?", preguntó mientras se enderezaba y echaba un vistazo al pasillo.

Era una pregunta estúpida: ¿quién iba a ser si no el hombre que se

asomaba a su puerta?

"¿Qué le ha pasado?" suplicó el Sr. Bailey. Había sudor en el cuello y se extendía por las axilas de la camiseta blanca del hombre.

"Sr. Bailey, podemos por favor..."

"Es ella-el metro-era ella, ¿no? ¿Era Madison?" El bigote del señor Bailey temblaba mientras hablaba, y sus grandes ojos estaban húmedos. "Por favor, dime que sigue viva. Por *favor*".

La desesperación del hombre era desgarradora, y Floyd necesitó todas sus fuerzas para acorralarlo y obligarlo a volver a su apartamento.

"¡Por favor!" volvió a suplicar el hombre, ahora con lágrimas en los ojos. Floyd resistió el impulso de hablar hasta que estuvieron dentro del 2A y la puerta se cerró tras ellos.

La televisión estaba encendida, y a Floyd le bastó un vistazo para confirmar que emitían noticias sobre la tragedia del metro.

Joder.

Esperaba que el fiscal aplazara la rueda de prensa hasta que al menos se hubiera notificado a los padres.

El nudo en la garganta de Floyd había vuelto, al igual que su tartamudeo.

"Creo que tal vez deberías s-s-s-sentarte".

Esta vez no había forma de aplacar al hombre. El señor Bailey, que tenía varios centímetros y tal vez treinta libras más que Floyd, lo agarró por los hombros y apretó.

"¡Dime!" La ira iba apareciendo poco a poco en las facciones del hombre. "¡Dime qué le pasó!"

Floyd se soltó del agarre del Sr. Bailey y dio un paso atrás.

"Por favor..."

Esperar más me pareció cruel, así que Floyd salió con ello.

"Sr. Bailey, siento tener que decirle esto, pero..."

"*¡No!*", gritó el hombre mientras se derretía en el suelo. Sus rodillas y codos golpearon las baldosas del parqué con tanta violencia que Floyd estaba casi seguro de que debía de haberse roto algo.

"Lo s-s-siento, pero Madison está muerta."

Aunque Floyd había alzado la voz, no estaba seguro de que el señor Bailey le hubiera oído entre sus lamentos.

"Madison está muerta", repitió Floyd.

Esta vez, el hombre definitivamente oyó. Se quitó la cara de las manos y miró a Floyd, con furia en los ojos.

"¿Quién le ha hecho esto a mi chica? ¿Quién le ha hecho esto?", gritó. "¡Los mataré!"

Floyd abrió la boca para contestar, pero no le salió ningún sonido. La transición del señor Bailey de la miseria a la rabia absoluta fue sorprendente.

"¿Quién *coño ha* hecho esto?", preguntó, con la cara aún más roja.

El Sr. Bailey se levantó de un salto y se encaró con Floyd. El aliento del hombre era casi tan agrio como el olor corporal que desprendía en oleadas.

¿Por qué no acepté la oferta de Dunbar de enviar un uniforme conmigo? ¿En qué estaba pensando?

"¿Quién hizo esto? ¿Quién mató a Madison?"

Floyd sabía que tenía que tener tacto, no sólo para evitar ser agredido, sino que estaba bastante seguro de que lo que dijera a continuación prepararía el terreno para una nueva serie de emociones. Pero cuando el Sr. Bailey agarró la parte delantera de su cazadora del FBI y tiró de él hacia delante, la delicadeza se esfumó y Floyd soltó lo primero que se le ocurrió.

"Lo hizo", dijo. "Madison se suicidó. Sr. Bailey, su hija se suicidó".

Capítulo 10

Chase saltó por encima de un tronco caído sin romper el paso, bombeando los brazos al compás de las piernas. Su respiración, aunque superficial, ofrecía ráfagas rítmicas de oxígeno que alimentaban sus músculos desesperados.

Al darse cuenta de que iba a ser una de sus carreras de ocho kilómetros más rápidas hasta el momento, se animó a correr aún más, aprovechando el motor que era lo único capaz de frenarla: no su cuerpo, sino su mente.

Chase era incluso más rápida y ágil ahora que en sus días de juventud, antes de su adicción.

Como solía ocurrir en los momentos de intenso malestar, el dolor se manifestó como una revelación.

Este récord no ha sido una excepción.

La heroína no había sido la enfermedad de Chase, sino un síntoma. La sustancia parecida al alquitrán que solía inyectarse casi a diario había sido adictiva, sin duda, tanto física como psicológicamente, pero su verdadera obsesión había sido encontrar a su hermana.

Y cuando por fin la había localizado...

Una imagen de Georgina -no de su hermana, sino de su sobrina-relampagueó en la mente de Chase. Sonreía, sus ojos eran grandes y verdes y...

"Que te jodan", espetó Chase. La maldición no iba dirigida a su sobrina, sino a la materia gris que tenía entre las orejas. Aquellos pensamientos sobre la obsesión y la familia no eran más que una cruel distracción, un método inventivo, y a menudo eficaz, utilizado por su mente para hacerla perder la concentración, para ralentizar su ritmo.

Nunca en la historia de la vida en la Tierra había existido una estructura basada en patrones tan evolucionada como el cerebro humano.

Ni uno tan sádico, despiadado o introspectivo.

Incluso la adicción, en cierto modo, era simplemente la mente tratando de volver a familiarizarse con el patrón que una vez conoció.

El verdadero progreso sólo podrá lograrse cuando se rompan estas pautas.

Y ahora mismo, el patrón que estaba intentando romper era su tiempo de 8 kilómetros. Chase luchó contra sus pensamientos errantes acelerando aún más sus rodillas, exprimiendo hasta la última molécula de glucógeno de sus muslos, nalgas e incluso pantorrillas.

Y entonces, al llegar a la cima de la última colina y ver su humilde hogar, por fin ocurrió.

Claridad.

La mente de Chase renunció a intentar sabotearla y se quedó en silencio. Y era ese silencio, una quietud mental tan vasta como las ondulantes llanuras que la rodeaban, lo que buscaba desesperadamente.

Pero un instante antes de que pudiera apreciar realmente la calma, sobrevino el desastre. El pie izquierdo de Chase aterrizó en un trozo de hierba especialmente húmeda y su dedo resbaló, haciéndola perder el equilibrio. Con un ritmo normal, podría haber corregido el paso en falso y recuperar el equilibrio, pero aquella no era una carrera normal. Chase estaba enfadado por la visita de Louisa, por las súplicas de Georgina sobre el colegio y por la llamada de Floyd.

Giró y cayó sobre una rodilla, para luego caer de culo. El impulso la llevó varios metros por el césped antes de detenerse. El dolor le subió por la cadera, pero no fue eso lo que hizo que una retahíla de maldiciones saliera de su boca.

Era su hora.

Al mirar el reloj, Chase confirmó que había tropezado justo antes de completar ocho kilómetros. Se levantó, cojeó hasta el porche y se desplomó sobre los gastados tablones de madera.

Y entonces, como si se burlara de ella, el reloj de Chase sonó, indicando que su carrera planeada había terminado.

"Maldita sea", juró. La palabra apenas se oía entre enormes bocanadas de aire, así que redobló sus esfuerzos. "¡Maldita sea!"

"No digas palabrotas, Chase, no está bien decir palabrotas".

El sonido la sobresaltó y Chase giró la cabeza.

Georgina estaba en la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

Chase se debatió entre informarle a la chica de que no había jurado, en realidad no, pero en lugar de eso apartó la mirada.

"Tienes razón, cariño", asintió ella, posando los ojos en el trozo de hierba que había saboteado su carrera.

Detrás de ella, Georgina bostezó.

"¿Qué ha pasado? ¿Te has caído?"

Chase se frotó distraídamente la hierba y la suciedad de las espinillas y el lateral de los pantalones cortos.

"Sí, algo así".

"¿Estás bien?"

Con un gruñido, Chase se levantó y miró a su sobrina. Ahora que sus pálidos brazos colgaban a los lados, se veía el pingüino en el centro de su arrugado camisón. Esto sirvió como recordatorio contundente de que, a pesar de todas las cosas horribles, que eran muchas, por las que había pasado la joven, seguía teniendo sólo seis años.

"Estoy bien", dijo Chase, rodeando con el brazo el hombro de su

sobrina y guiándola de vuelta a la casa. "¿Quieres desayunar?"

Georgina asintió.

"Muy bien, ¿qué tal unos cereales? ¿No? ¿Tostadas, entonces? ¿Tocino y huevos?"

Georgina volvió a bostezar.

"Tocino y huevos", confirmó, con la boca aún abierta.

Chase sonrió.

"Esa es mi chica."

***

Chase pasó la mayor parte del día con Georgina explorando las hectáreas de terreno que había detrás de la casa. No era en absoluto una experta en actividades al aire libre, pero sabía lo suficiente como para que los objetos que Georgina le señalaba -un nido de avispas disecadas, un grupo de setas gigantes, musgo y cosas por el estilo- resultaran fáciles de explicar. Fue cuando se toparon con una ardilla muerta hacía mucho tiempo -no mucho más que un esqueleto y una cola enmarañada, en realidad- cuando las cosas adquirieron un significado más profundo. Chase, que nunca rehuyó ni siquiera las preguntas difíciles, renunció a los eufemismos y le contó la verdad a su sobrina. Con la franqueza que la caracterizaba, le explicó que todos los seres vivos morían. Como era de esperar, esta respuesta suscitó más preguntas, algunas de ellas más difíciles de responder. Pero en lugar de reprimir la creatividad y la curiosidad por igual con "Te lo contaré cuando seas mayor" o "Eres demasiado joven para entenderlo", Chase explicó que cuando los organismos vivos morían, sus restos enriquecían el suelo, permitiendo así que echara raíces una nueva vida.

Pero cuando Georgina le preguntó si su madre, la hermana de Chase, también estaba en el suelo alimentando la tierra, Chase dudó.

Las lágrimas amenazaban con salir al imaginar a su hermana en los Jardines de las Mariposas. Una de las balas del arma de Marcus Slasinsky había seccionado la columna vertebral de la mujer, que se desangraba rápidamente.

"Chase, te perdono. Lo recuerdo y te perdono".

"Sí", respondió Chase en voz baja, mientras su mirada se desviaba del rostro de la chica hacia el estanque que se extendía ante ellos. En el centro había tres grandes rocas, que a ella le gustaba imaginar que representaban a cada una de ellas: Chase, su hermana y la pequeña Georgina. "Sí, lo es".

Chase inspiró, esperando que Georgina rompiera a llorar. En lugar de eso, la chica imitó la respuesta de Chase y se quedó mirando el tranquilo estanque, casi como un espejo.

"Eso está bien entonces", dijo Georgina casi demasiado bajo para que Chase lo captara.

Chase asintió y tragó saliva. Pero antes de que pudiera asimilar lo que acababa de ocurrir entre ellos, Georgina formuló una pregunta que, más que todas las demás, pilló a Chase con la guardia baja.

"¿Y papá?"

Era todo lo que Chase podía hacer para mantener la mirada neutra y no apretar la mandíbula con tanta fuerza que le rechinaran los dientes.

Un rastro de amargura le subió a la garganta al recordar la mazmorra de tierra en la que tanto ella como su hermana habían estado cautivas. Suciedad que Chase había saturado hacía tiempo con la sangre de Timothy Jalston.

Pero a pesar de sus esfuerzos, la otra mitad del retorcido dúo seguía viva.

El sádico bastardo que era Brian Jalston. Estaba entre rejas, pero eso no consolaba a Chase.

Debería estar muerto, pensó.

"¿Chase?"

No había forma de evitar la pregunta. Por mucho que quisiera cambiar de tema, aunque la chica lo permitiera, iba en contra de todo lo que Chase representaba.

"¿Y mi padre, Chase? ¿Él también alimenta la tierra?"

Chase miró del estanque a la chica.

"Sí", dijo. Le dolía mentir a su sobrina, pero la verdad era mucho más perjudicial.

"Mi papá no era el hombre de las mariposas, ¿verdad?"

Chase se imaginó a Marcus Slasinsky tumbado de espaldas, con una sonrisa en la cara incluso cuando Drake le metió una bala en la cabeza.

"No, ese hombre no era tu padre".

"¿Pero está muerto? ¿Mi padre está muerto?"

Chase se mordió el interior del labio y apartó la mirada mientras mentía por segunda vez.

"Sí, cariño. Lo siento."

Su mente trabajaba furiosamente, tratando de dar con una respuesta adecuada a la siguiente pregunta lógica -¿Quién *es mi padre*?-, pero nunca se materializó. Lo que le había ocurrido a la niña, o su vida antes de los Jardines de Mariposas, no era algo que surgiera a menudo. Hablar de *antes* era tan raro que Chase se había convencido a sí misma de que Georgina no recordaba nada en absoluto.

Pero era una ilusión. Después de todo, la niña tenía seis años, no dos y medio. Aun así, Chase sabía de primera mano que los sucesos traumáticos y sus consecuencias podían alterar tanto la mente

maleable que la realidad podía convertirse en un lío deformado y distorsionado.

Y llevar a uno por un camino oscuro.

Permanecieron en silencio, ambos sumidos en sus pensamientos mientras se empapaban de la serenidad del estanque, hasta que la escena se vio interrumpida por una pequeña rana que saltó de la hierba alta al agua.

"¿Cuándo podemos hablar de escuelas?"

Por segunda vez en cuestión de minutos, Chase quedó desconcertado.

"I-"

"Lo prometiste", le recordó Georgina.

"Sí, supongo que sí", respondió Chase, poco dispuesto a mentir dos veces en un mismo día. Ella suspiró. "¿Quieres ir a hablar de ello ahora? Podemos volver a la casa y hablar de ello si quieres".

Una extraña y triste sonrisa apareció en los labios de Georgina.

"Sí, me gustaría", dijo. "Me gustaría mucho".

Capítulo XI

El Sr. Bailey soltó la chaqueta de Floyd y lo empujó hacia atrás.

"¿Qué?", jadeó el hombre. "¿De qué estás hablando?"

Floyd se tranquilizó y se aclaró la garganta.

Tú eres el agente del FBI aquí, Floyd. No lo olvides.

"Lo siento mucho, Sr. Bailey, pero su hija Madison se suicidó esta mañana".

El hombre parecía estupefacto.

"Es Todd, y eso... eso es imposible. Es *jodidamente* imposible."

Floyd negó con la cabeza.

"Lo siento, Sr. Bail-Todd, quiero decir, pero tenemos imágenes de vídeo de..."

El confundido hombre de la camisa blanca olfateó agresivamente y Floyd se llevó instintivamente la mano a la culata de su pistola. No llegó a sacarla de la funda, pero estuvo a punto. Y, por muy mala que fuera inevitablemente la óptica, se prometió a sí mismo que no dudaría si Todd Bailey volvía a agarrarle.

"Ella nunca-Madison *nunca* se suicidaría. Tiene que haber un error. El vídeo está mal".

De nuevo, Floyd negó con la cabeza.

"Lo siento mucho, Todd, sé que..."

El hombre alargó la mano y Floyd inspiró bruscamente, tensando los dedos. Sin embargo, en lugar de agarrarlo, Todd se apoyó en la pared más cercana.

"No", gimió. "No Madison. No mi *Maddie*".

Floyd no pudo evitar las imágenes del pelo rubio blanquecino de la chica que había visto tanto en la grabación de vídeo como en su carné de conducir, y el contrastado desorden rojo mate pegado a la parte delantera del tren subterráneo que inspiraban los sollozos del afligido padre.

Lo peor de todo era que la incredulidad de Todd estaba justificada si todo lo que Dunbar había dicho sobre las chicas era cierto: que eran jóvenes populares, atractivas y, en general, bien adaptadas.

Floyd se encontró negando con la cabeza e, inseguro de cómo lo interpretaría Todd, se obligó a parar. Sin embargo, el estribillo que acompañaba a este gesto se negaba a entrar en su subconsciente.

¿Por qué? ¿Por qué harías esto?

A esto le siguió rápidamente otro pensamiento: *Los mensajes de texto... ¿De qué trataban los mensajes de texto?*

"¿Tiene Madison un ordenador?" soltó Floyd.

"¿Qué?"

Una vez más, Floyd se aclaró la garganta.

"¿Un c-ordenador-tiene Madison uno?"
Todd se secó las lágrimas con el dorso de la mano. La ira empezó a aparecer de nuevo en sus facciones.
"Sí, claro, tiene un ordenador".
Ira y recelo.
"¿Puedo...?" Floyd se detuvo. "¿Puede el *FBI echar* un vistazo?"
Una extraña calma se apoderó de repente del hombre, como si la involuntaria distracción le hubiera hecho olvidar por completo la muerte de su hija.
"Sí... claro."
Sin decir nada más, Todd giró y echó a andar por el pasillo. Floyd vio al hombre pasar por una modesta cocina, observando atentamente su andar. No era del todo robótico, pero había algo extrañamente rítmico en el movimiento. Algo demasiado perfecto, como si la mente del hombre se hubiera desconectado por completo y el acto de caminar fuera puramente de codificación. A Floyd le recordó a un coche nuevo, completamente eléctrico, conduciendo de forma autónoma. Estos vehículos aceleran y frenan a la perfección: no hay arranques bruscos, ni conductores distraídos que frenan un poco tarde y provocan una parada incómoda.
En una palabra, era inquietante.
Por suerte, Todd desapareció en una habitación lateral y, cuando regresó, el portátil gris que llevaba en la mano fue suficiente distracción como para que Floyd no prestara atención al extraño andar del hombre.
"Toma."
Floyd cogió el portátil que le tendieron y le dio las gracias. Se quedaron mirándose el uno al otro durante unos incómodos instantes antes de que Floyd se diera cuenta de que Todd le miraba para saber qué hacer a continuación.
¿Me voy?
No, esa no era la respuesta, no podía serlo. Al igual que la forma de andar de Todd, había algo desconcertantemente superficial y transaccional en la visita hasta ese momento.
Y esto no le sentó bien a Floyd.
"¿Estaba Madison... estaba su hija d-deprimida?" Antes de llegar a la mitad de la frase, Floyd se arrepintió de su decisión de hablar. "Lo que quiero decir es, ¿estaba medicada?"
Peor aún, pensó, sabiendo que sus palabras podrían interpretarse como una culpabilización de la víctima. Y no importaba si Madison Bailey y sus amigas dieron voluntariamente el paso fuera del andén del metro o si fueron empujadas: eran víctimas.
Pero si Todd consideraba así su consulta, no se le notaba en la cara: las palabras de Floyd ni siquiera parecían registrarlo en lo más

mínimo.

"Ella era... era mi pequeña. ¿Y ahora se ha ido?"

Floyd luchó contra el impulso de volver a darle el pésame, pero sabía que no serviría de nada. Al parecer, Todd había agotado toda la gama de emociones y ahora se tambaleaba al borde de un colapso mental total.

"¿Hay alguien a quien puedas llamar? ¿Alguien que pueda quedarse contigo, sólo por un tiempo, tal vez?"

Todd siguió con la mirada perdida, lo que hizo pensar a Floyd que no había oído o no había entendido la pregunta.

"¿Hay...?"

"Sí", dijo Todd.

"Vale, bien. Entonces te recomiendo que les llames. Alguien de la policía de Nueva York debería estar aquí en una hora o menos para venir a recogerte y es mejor que te acompañe un amigo".

Sólo otra mirada vacía en forma de respuesta. Esta nueva versión apática de Todd Bailey era simplemente demasiado y aunque sabía que se estaba saltando información vital, Floyd tenía que salir de allí.

Ahora.

Pero no sin un último cliché de mal gusto. Se sacó del bolsillo una tarjeta de visita, en cuyo reverso tenía garabateado su número personal de un caso anterior, y se la tendió al hombre.

"Toma, llévate esto... y otra vez, siento mucho tu pérdida", dijo Floyd mientras salía a toda prisa del apartamento, dejando al desconsolado padre a su paso.

En su haber, Floyd llegó hasta su coche, y dentro del vehículo, antes de desmoronarse por completo.

Capítulo 12

"Elm Ridge Elemen... tary", leyó Georgina mientras entrecerraba los ojos en la pantalla.

"Muy bien", dijo Chase, e inmediatamente se arrepintió de su tono condescendiente. Georgina era una chica inteligente, capaz de leer y escribir muy por encima de su edad. Y no era a Chase a quien tenía que agradecérselo: sus conocimientos avanzados habían sido evidentes desde los primeros días de convivencia. Claro que Chase había invertido mucho tiempo en centrar los esfuerzos de Georgina, haciendo hincapié en lo que exigía el Estado de Nueva York, pero había sido la madre de la niña quien había sentado las bases.

Aunque Georgina, que no había recibido ningún tipo de educación formal, hubiera ido muy por detrás de sus futuros compañeros de clase, esto no habría influido en la decisión de Chase de mantener a la niña en casa.

Lo que más temía no tenía nada que ver con las matemáticas o la gramática. Era el aspecto social de la escuela lo que más le preocupaba. Que Chase supiera, Georgina nunca había pasado tiempo con niños de su edad. Si lo había hecho, y simplemente no lo había mencionado, era con otros que sólo estaban vivos porque a sus madres las habían secuestrado, lavado el cerebro y violado.

"Parece... parece bonito", dijo Georgina vacilante, ladeando la cabeza.

Chase no estaba segura de estar de acuerdo: la imagen de la fachada de la escuela mostraba un toldo desgastado, de aspecto casi cansado, rodeado de ladrillos amarillos.

"¿Es ahí adonde voy? ¿A Elm Ridge?" preguntó Georgina, apartando los ojos del portátil. Había una mezcla de excitación y aprensión en el rostro redondo de la chica.

"No... no lo sé".

Chase desvió la mirada.

Sí, por supuesto, puedes ir a la escuela que quieras.

Eso es lo que debería haber dicho. Eso es lo que una buena madre o tutora habría dicho.

Te llevaré todas las mañanas. Te prepararé el almuerzo y pondré cara de circunstancias cuando sonrías y saludes al entrar en el colegio. Luego me sentaré en el coche mucho después de que te hayas ido, secándome las lágrimas silenciosas de las mejillas. Pero lo superaré, quizá no me acostumbre, pero lo superaré, como todo el mundo.

Chase se aclaró la garganta, que se le había secado, pero antes de que pudiera hablar, Georgina volvió a intervenir.

"¿Es aquí donde los hijos de Louisa van a la escuela? ¿Brandon y

Lawrence?"

Chase negó con la cabeza.

"No. Mientras hablaba, Chase sacó rápidamente otra página web, una bastante más pulida que la de Elm Ridge Elementary. "Van *aquí*".

"Me gusta ésta", dijo Georgina mientras Chase se desplazaba por las imágenes de niños sonrientes que aparecían en la portada. "Este me gusta *mucho*".

Desapareció la aprensión de su voz.

Chase emitió un sonido *hmmph* involuntario, pero esto no hizo nada para disuadir la excitación de la chica.

"¿Puedo ir a ésta? ¿Puedo ir a este colegio?". Georgina volvió a entrecerrar los ojos y se inclinó cerca de la pantalla, utilizando un dedo regordete para subrayar el nombre. "Academia Bi-shop's".

Pronunció el nombre "por tiendas".

"*Bishop's*", corrigió Chase.

Georgina repitió la palabra.

"¿Puedo ir aquí? ¿Puedo ir a la escuela con los chicos de Louisa?"

Chase copió la dirección y la introdujo en Google Maps.

"¿Por favor?" Georgina suplicó.

"No, es demasiado..."

Cuando Georgina bajó la mirada, Chase se detuvo en seco.

¿Por qué no puede *ir a esta escuela?* se preguntó Chase. *Puedes mudarte. O puedes llevarla.*

Pero no era tan sencillo.

Elm Ridge encajaba mejor, no porque estuviera más cerca ni por las comodidades que aparecían en las respectivas páginas web de los colegios, sino por una sencilla razón: era más pequeño. Y menos niños significaba que era menos probable que se dieran cuenta de quién era exactamente Georgina.

"¿Por favor?"

Chase frunció el ceño y cerró el portátil.

"Ya veremos", afirmó.

Georgina empezó a hacer pucheros y Chase señaló con un dedo el pecho de la chica.

"No hagas eso", me advirtió. "Ya sabes lo que pasa cuando haces eso".

El labio inferior de Georgina se volteó completamente ahora en una expresión casi cómica.

"Te lo advierto, Georgina. Conoces las reglas, no hagas pucheros".

Georgina estaba haciendo una mueca tan fuerte que los músculos de su cuello habían empezado a sobresalir.

"¡Eso es!" Chase gritó. Agarró a la chica por debajo de los brazos y la tiró de espaldas en el sofá. Luego empezó a hacerle cosquillas en ambas axilas al mismo tiempo.

Georgina chilló, e instantes después le suplicó a Chase que se detuviera.

Capítulo 13

Floyd se sentó al volante de su coche con el motor apagado hasta que por fin dejaron de temblarle las manos.

¿Cómo puede la gente hacer esto? se preguntaba.

Cuando había trabajado extraoficialmente con Chase y Stitts, había sido el primero el encargado de dar la terrible noticia. Y Chase lo había hecho casi sin emoción. A continuación, Stitts se abalanzaba sobre ellos y les dirigía unas palabras de ánimo, las justas para no parecer condescendiente, pero también para dar a los que quedaban atrás el empujón que necesitaban para iniciar el proceso de duelo.

Pero no había ni Chase ni Stitts: ambos se habían ido, se habían dedicado a otras cosas.

Pastos más verdes, como se suele decir.

Ahora sólo estaba Floyd.

"Puedes hacerlo", se dijo, y luego puso los ojos en blanco.

Tienes *que hacer esto.*

Floyd recogió las copias impresas de los carnés de conducir de las chicas del asiento del copiloto y puso el de Madison al final de la pila. Antes de mirar al siguiente de la fila, cerró los ojos.

Como un niño pequeño asustado al mirar un dedo sangrante, aspiró, apretó los párpados y luego los abrió.

La cara sonriente de Kylie Grant le devolvió la mirada.

Floyd esperaba que viviera lejos de aquí, de Madison, para darle tiempo a recuperarse. Pero no tuvo tanta suerte.

Nunca lo fue.

La dirección que figuraba en el carnet de conducir de Kylie estaba a sólo unas manzanas.

Sabiendo que si esperaba aquí más tiempo podrían llegar los agentes de policía uniformados que iban a escoltar al señor Bailey de vuelta a la comisaría, Floyd se obligó a arrancar el coche y alejarse de la acera.

Condujo despacio, muy por debajo del límite de velocidad, pero finalmente llegó a una casa unifamiliar de piedra rojiza con un gran patio delantero y una valla de hierro forjado que recorría toda la propiedad.

Se sintió como en un déjà vu cuando pulsó el botón de hablar en el interfono de la puerta.

"¿Hola?", preguntó una voz masculina.

¿Por qué esta gente no puede tener casas normales? ¿Unas con paseos y timbres en lugar de vallas y estúpidas cajas grises?

"¿Hola?", repitió el hombre.

Floyd sacudió la cabeza, despejando sus pensamientos.

"Me llamo Floyd Montgomery y soy del FBI", consiguió decir al fin.

"¿El FBI? ¿Se trata de Kylie?"

"¿Puedo p-p-p-por favor sp-sp-hablar contigo in-in-in-inside?"

Floyd apretó los dientes y cerró los puños.

Hacía años que no tartamudeaba tanto y cuando el hombre no respondió, Floyd consideró que su mensaje no había llegado.

"Estoy con el FB..."

"Sí, pase, por favor".

El pestillo de la verja se desenganchó y Floyd subió por el pasillo hasta la puerta, que se abrió un poco al acercarse.

"¿Tienes alguna identificación?"

Floyd buscó a tientas su placa del FBI y la sostuvo ante el único ojo que le miraba.

Esperó pacientemente mientras la persona detrás de la puerta tardaba varios segundos en leer sus credenciales.

Entonces abrieron la puerta un poco más. Floyd se sorprendió cuando lo primero que vio fue a una mujer. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta y vestía una blusa blanca y unos vaqueros azules. Detrás de ella había un hombre de bigote oscuro y mandíbula cuadrada. Sus carnosas manos descansaban cómodamente sobre los hombros de la mujer.

"¿Son ustedes el Sr. y la Sra. Kylie?"

¡Joder! ¿Sr. y Sra. Kylie?

Floyd quiso corregirse, pero no recordaba el apellido de la chica.

¿Fue Pettibone? ¿Bailey? No, Bailey era el apellido de Madison. Debe haber sido--

"Sí, se suponía que iba a llamar... hoy no hemos sabido nada de ella. ¿Dijo que era del FBI? ¿Está todo bien?"

Había algo en el tono de la mujer, una inflexión única que sugería que, a pesar de sus preguntas, sabía que Kylie no estaba *bien*.

Criado en un hogar moderadamente religioso, Floyd creía en ciertas cosas contra las que el FBI advertía específicamente: premoniciones, corazonadas, el cielo y el infierno. Cosas que el FBI, con toda su infinita sabiduría, había determinado que no sólo no eran útiles, sino que perjudicaban la resolución de los casos.

Pero Floyd no podía evitar sus creencias -estaban arraigadas- y, aunque todavía no le habían ayudado a resolver ningún caso, sí que arrojaron luz sobre el hecho de que aquella mujer -¡Grant*! El apellido de Kylie era Grant- sabía* que algo le había ocurrido a su hijo, del mismo modo que los gemelos sabían cuando su otra mitad estaba herida.

"¿Puedo... puedo entrar?"

"Por supuesto", respondió el señor Grant en el mismo tono cortante que había utilizado para comunicarse a través del palco situado junto

a la verja.

Floyd siguió a la pareja al interior. Mientras contemplaba el vestíbulo, se recordó a sí mismo que su trabajo aquí no consistía simplemente en informar a la familia de las víctimas, sino en averiguar por qué demonios se habían suicidado.

El señor Grant se detuvo y se volvió, haciendo girar a su esposa en el proceso. Su pose era casi idéntica a como había sido cuando Floyd había estado de pie delante de la puerta.

Excepto que ahora estaba de espaldas a él.

"Por favor, si pasara algo..."

"Kylie ha muerto", dijo Floyd sin rodeos, temiendo que su tartamudeo hiciera estragos en el mensaje.

"*¿Qué*?" Los ojos del señor Grant se abrieron de par en par. "¿De qué estás hablando...?"

"Lo siento mucho, pero no hay forma fácil de decirle esto: su hija está muerta".

La señora Grant chilló entonces, un sonido tan penetrante que Floyd no pudo resistir el impulso de taparse los oídos. Cayó hacia atrás, y su marido detuvo su caída.

La poca compostura que le quedaba a Floyd se evaporó con ese sonido.

"Lo s-s-s-siento", tartamudeó. "Lo siento mucho, pero ella... s-saltó delante del t-t-t-tren".

"¿Ella *qué*?" El tono del señor Grant había adquirido ahora la misma calidad chillona de los sollozos de su esposa.

"Saltó delante del t-t-tren del metro", repitió Floyd. "Lo siento mucho".

La mujer gemía. Era un ruido horrible, el peor que Floyd había oído nunca. Largo, prolongado, parte graznido, parte grito.

Incapaz de controlarse, Floyd soltó un sollozo.

"Yo sólo... habrá un oficial..." retrocedió y metió la mano detrás de él, agarrando el pomo plateado de la puerta.

El señor Grant le ladró varias preguntas, pero Floyd no escuchó ninguna.

Lo único que oía era la voz en su cabeza que le decía que se largara de allí.

"La policía..."

Floyd se rindió, abrió la puerta de par en par y echó a correr.

Esta vez, cuando se puso al volante de su coche, no se sentó en silencio para serenarse.

En lugar de eso, sin volver la vista hacia la puerta de la casa de piedra rojiza, que seguía abierta, puso el coche en marcha. Pisó el acelerador con tanta fuerza que los neumáticos chirriaron, lo que recordaba extrañamente al sonido que había salido del alma de la

señora Grant cuando se enteró de que su hija había muerto.

Que Kylie Grant, toda sonrisas, se había puesto delante de un tren subterráneo y se había suicidado.

Capítulo 14

Floyd agachó la cabeza al entrar en la comisaría 62. Chocó accidentalmente con varios agentes al pasar por el vestíbulo principal, todos los cuales murmuraron su desaprobación, pero ninguno le retó directamente.

Tal vez fuera el cortavientos del FBI que llevaba, o tal vez la expresión de su rostro.

"¿D-D-Dunbar?", dijo en voz baja. Luego, más alto: "¿Dunbar?".

Una mano le agarró suavemente por detrás del brazo y Floyd se volvió para mirar al preocupado detective.

"Floyd", dijo Dunbar en voz baja, "¿qué demonios ha pasado?".

"Yo-yo-yo-yo no puedo."

Al ver que estaba al borde de un colapso total, Dunbar lo sacó rápidamente del centro del vestíbulo y lo llevó a una sala de conferencias privada.

Una vez dentro, empujó a Floyd a una silla.

"Yo-yo-yo no puedo hacer esto", dijo. "No puedo..."

"Sólo espera", ordenó Dunbar. "Espera". Se apresuró por la habitación, cerrando todas las persianas. Cuando terminó, se sentó frente a Floyd.

"¿Qué ha pasado? ¿Qué demonios ha pasado?"

Floyd apartó la mirada, con la cara enrojecida.

"No puedo hacerlo", dijo al borde de las lágrimas. "Simplemente no puedo".

"Respira hondo, Floyd. ¿Qué es lo que no puedes hacer?"

Floyd hizo lo que le ordenaban, aún más avergonzado por la forma en que se le entrecortaba la respiración y por lo cerca que estaba de romper a llorar.

No era justo culpar de esto a Dunbar, ni a nadie, en realidad, pero no tenía a nadie más con quien hablar. Estaba en un lugar extraño como único agente en un caso que le daba vueltas a la cabeza.

"*Esto*. No puedo hacer nada de *esto*".

Dunbar le puso una mano reconfortante en el hombro. Floyd no hizo ningún esfuerzo por quitársela de encima.

"No puedo hablar con esta gente", dijo. "Los padres... los padres de las chicas muertas. No puedo hablar con ellos".

"Oh, joder."

El cambio de tono convenció a Floyd para levantar la vista. El detective Dunbar tenía las cejas levantadas y una expresión de auténtica preocupación en el rostro.

"¿Nunca lo habías hecho? ¿Dar la noticia?"

Floyd sacudió la cabeza. No era el momento de fingir que era duro,

que era un veterano.

"No. Nunca", admitió.

"Mierda, no tenía ni idea, Floyd. Lo siento, Floyd. Debería haber enviado a un oficial contigo. Estabas tan... confiado".

Lo intenté, tenía que hacerlo. Era tan obvio que estabas decepcionado de que el FBI me hubiera enviado a mí en lugar de a Chase. Al menos tenía que fingir que sabía qué demonios estaba haciendo.

Eso es lo que Floyd quería decir, pero estaba decidido a mantener al menos una pizca de profesionalidad. Si eso era posible, a estas alturas.

"Bueno, ahora no tengo confianza".

Floyd sostuvo la mirada de Dunbar durante un momento y luego el detective esbozó una sonrisa.

"Sí", se rió entre dientes, "ya lo veo. Mira, no voy a mentir, ¿darle a la gente esa noticia? ¿Decirle a alguien que han matado a su hermana, a su hermano o a su madre? Es terrible. Y no es más fácil cuantas más veces lo hagas. Necesitas un amortiguador, alguien con quien puedas jugar. Por eso la policía de Nueva York siempre insiste en que vayan dos detectives juntos o, como mínimo, un detective y un uniformado".

Me vino a la mente una imagen endurecida de Chase y con ella el peso de la ironía. Dunbar había pedido un favor para involucrar al FBI en este caso y, sin embargo, era él quien ayudaba a Floyd. Y por mucho que Floyd apreciara este gesto, su prioridad no podía ser facilitar su crecimiento profesional. Su atención debía centrarse en averiguar por qué las chicas habían saltado delante del tren.

"Si te queda alguien, iré contigo", se ofreció Dunbar, con la sonrisa borrada de su rostro. "¿Con quién has hablado ya?"

"Hablé con el padre de Madison y los padres de Kylie..." vaciló. "Pero la última, la de los Grant, no fue muy bien".

Dunbar asintió.

"Conseguiré un par de oficiales para que sigan con los Grant. ¿Qué hay del Sr. Bailey? ¿Te dio algo? ¿Alguna idea de por qué su hija pudo haber hecho esto?"

Floyd negó con la cabeza.

"No-dijo, de ninguna manera. Le conté lo de las imágenes de seguridad, pero dijo que era imposible, que debían estar trucadas. Dijo que Maddie nunca haría algo así".

"Eso es..."

"Espera", interrumpió Floyd. "El-Sr. Bailey me dio su portátil. Tengo el portátil de Madison en mi coche".

La boca de Dunbar se convirtió en un pequeño círculo y Floyd sintió que recuperaba un poco de su orgullo.

"Genial, vamos a cogerlo y pasárselo al departamento técnico. Esperemos que tengan más suerte con él que con los móviles".

"¿Todavía no han conseguido sacarles nada?" Preguntó Floyd.

"Todavía no. Aunque sigo trabajando en ello, lo dudo en este momento".

Dunbar se puso en pie y Floyd hizo lo mismo. Sin embargo, sus piernas tenían otras ideas. Las sentía como gelatina caliente y volvió a sentarse.

"Todo va a ir bien, Floyd", animó Dunbar. "Tómate un momento".

Floyd se masajeó la frente.

"Necesito a Chase", dijo inesperadamente.

Dunbar no dijo nada y Floyd encontró de repente fuerzas para ponerse en pie. Incluso llegó a enderezar la espalda y extender los hombros.

"Necesitamos a Chase", se corrigió Floyd.

"Eso hacemos, Floyd. Eso hacemos."

Capítulo 15

Chase se sobresaltó al oír un golpe y apretó con fuerza a Georgina. La chica gruñó y ella aflojó el abrazo.

Debo haberme quedado dormida, pensó, sentando suavemente a Georgina para que también pudiera levantarse. La chica exhaló ruidosamente pero no se despertó.

Quitándose el sueño de los ojos, Chase se quedó mirando la televisión, que seguía emitiendo la misma película de dibujos animados hecha para niños, pero con algún que otro chiste de adultos, que habían estado viendo antes de quedarse dormidos.

Con un suspiro, Chase miró la hora. Se acercaban las ocho y, por mucho que odiara despertar a Georgina, que dormía tan plácidamente como ella, le tocaba retirarse a su cama de verdad.

"Vamos Georgie, hora de dormir."

Georgina protestó y Chase le dio un codazo.

"Vamos, es..."

El golpe volvió y esta vez Chase identificó lo que era: alguien llamaba a la puerta.

Los últimos vestigios de sueño la abandonaron entonces y cuando Georgina por fin empezó a revolverse y luego a levantarse, Chase la obligó a volver a acostarse.

"Quédate quieto", dijo bruscamente.

"¿Qué?"

Chase apretó el brazo de Georgina.

"Y cállate", siseó.

Los instintos se apoderaron de ella y Chase se levantó en silencio, dirigiendo a su sobrina una última y dura mirada antes de dirigirse hacia la puerta.

Sintió el característico subidón de adrenalina y se obligó a mantener la calma. Sólo era una llamada a la puerta, no disparos en el dormitorio, pero Chase también sabía que no debía bajar la guardia por completo. La experiencia le decía que los que no estaban preparados eran las víctimas más fáciles. También había que tener en cuenta que vivían en medio de la nada y que nunca habían recibido más visitas que Louisa desde que se habían mudado.

Chase vio su teléfono móvil en la mesa junto a la puerta, pero en lugar de cogerlo se dirigió al cajón superior. No dudó en abrir la caja y coger la pistola reglamentaria que había dentro. La primera vez que pidió conservar el arma tras dimitir extraoficialmente del FBI, el director Hampton se mostró reacio a la idea. Sin embargo, después de un poco de persuasión, cedió y aceptó. Chase sospechaba que se trataba de una fachada y que al hombre le gustaba la idea de tener un

vínculo que la uniera al FBI.

Con la pistola en la mano, Chase miró rápidamente por la mirilla y luego retrocedió.

"¿Louisa? ¿Qué haces aquí?", preguntó. "¿Estás bien? ¿Todo bien?"

Su ojo volvió a la mirilla justo a tiempo para ver a Louisa haciendo una mueca.

"Sí, todo está bien. Tranquila. Los chicos sólo querían visitarte".

Chase, aún cansado, miró a izquierda y derecha de la mujer. Lawrence y Brandon estaban de pie a ambos lados de su madre, con las bocas abiertas en sonrisas a juego.

"Louisa, es hora de dormir", comentó Chase mientras volvía a la mesa y devolvía la pistola a la caja de seguridad.

"¿Y qué? Es viernes. Vamos, hemos conducido hasta aquí para visitarte. Déjanos entrar".

Podrías haber llamado primero, estuvo a punto de responder Chase. Se detuvo, sabiendo cuál habría sido la respuesta: *¿Habrías contestado?*

La respuesta a esa pregunta fue igual de predecible.

Chase desenganchó la cadena de seguridad pero no abrió la puerta de inmediato. Con un suspiro, apoyó la frente contra la pesada madera.

¿"Chase"? ¿Va todo bien? ¿Quién es?", preguntó una somnolienta Georgina.

Chase miró a su sobrina y le dedicó una sonrisa cansada.

"Bien, es sólo Louisa."

Con eso, finalmente abrió la puerta y permitió que el tornado entrara.

Brandon y Lawrence pasaron a toda velocidad junto a ella, corriendo hacia Georgina, que parecía sobresaltada mientras saltaban al sofá junto a ella. Louisa les siguió con una botella de vino tinto en cada mano.

"Caray, con esa expresión en la cara, cualquiera diría que se trata de un allanamiento de morada", murmuró la mujer con una risita.

Viendo cómo los chicos habían ocupado inmediatamente el espacio personal de Georgina, hablando a mil por hora, Chase podría haber argumentado que se trataba exactamente de eso. Estaba tan preocupada por su sobrina que estuvo a punto de intervenir. Pero para su sorpresa, Georgina se aclimató rápidamente y empezó a divagar con los chicos de Louisa.

Esto hizo sonreír a Chase.

Debió de estar observando al trío cerca de un minuto, porque la siguiente vez que miró a Louisa, había descorchado una de las botellas y llenado un vaso para cada una.

"Vaya", dijo Chase, cogiendo su vaso. Estaba lleno en más de tres cuartas partes.

"Viernes", le recordó Louisa encogiéndose de hombros y dando un largo trago.

Eso aún significaba algo para algunas personas, supuso Chase. Pero no para ella. Para Chase, era sólo una palabra.

Bebió un sorbo de vino.

"Entonces, ¿has pensado más en escuelas para el pequeño?" preguntó Louisa mientras tomaba asiento en la mesa. Chase se sentó frente a ella y luego miró a Georgina por encima del hombro.

"Oh, no te preocupes por ellos, no pueden oír nada con la tele encendida. Ni siquiera entre ellos. Les han lavado el cerebro al cien por cien". Louisa enarcó una ceja. "¿Qué? ¿No me crees? Mira esto". Se inclinó hacia un lado para ver mejor el sofá detrás de Chase. "¿Brandon? ¿Lawrence? ¿Quieres un helado? ¿No? ¿Una bolsa de Skittles? ¿Un brownie de chocolate, tal vez?"

Fiel a su palabra, ninguno de los chicos respondió.

"Ver. Lavado de cerebro."

"No me digas". Chase bebió otro sorbo de vino. Bajó fácilmente. "No me malinterpretes, me alegro de que hayas venido, pero..."

"¿Qué? ¿Crees que tengo un motivo oculto?"

Georgina rió de repente, una carcajada gutural como Chase no recordaba que la chica hubiera hecho antes.

"No, sólo vine porque los chicos querían ver a Georgina, eso es todo."

"¿Y preguntar por las escuelas? Sin relación, ¿eh?"

Otra carcajada de Georgina.

"Mira, ¿sería tan malo que fueran juntos a la escuela? Se llevan muy bien. Y los chicos... a veces son unos mierdas, pero la cuidarían. Sé que lo harían", dijo Louisa, con un tono repentinamente serio.

Chase se mordió el interior de la mejilla.

"Buscamos en Elm Ridge..."

Louisa se burló.

¿"Elm Ridge"? ¿De verdad? No puedes enviarla allí, Chase".

"No he dicho que fuera a enviarla a ningún sitio", replicó Chase a la defensiva. "Pero si lo fuera, ¿qué tiene de malo Elm Ridge?"

"¿Qué tiene de malo? ¿Qué tiene de *bueno*? Tienes que enviar a Georgina a Bishop".

Chase frunció el ceño.

"Es más de una hora en coche, Louisa."

"¿Y qué? No es como si estuvieras trabajando".

Al mencionar el trabajo, la mente de Chase volvió a la llamada desesperada de Floyd y sus ojos se desviaron hacia el móvil que tenía junto a la puerta.

"Espera, no estarás pensando en volver a trabajar, ¿verdad, Chase?".

El cambio en el tono de la mujer fue alarmante y Chase llamó su

atención.

"No", dijo rápidamente. Tal vez *demasiado* rápido.

"¿Seguro?" Louisa negó con la cabeza. "¿Sabes una cosa? Antes pensaba que volver a trabajar era una idea terrible. Ahora, no sé. Quizá no lo sea".

El comentario fue sorprendente, y no sólo porque Louisa parecía pasar mucho tiempo pensando en la vida de Chase y no en la suya.

Ambos sabían lo que el trabajo le hacía a Chase, cómo la afectaba.

"¿No?", dijo en voz baja.

"No, no quiero. Seamos realistas, no puedes quedarte encerrado aquí para siempre. Tienes que salir, y aunque no creo que el FBI sea lo mejor para ti, ¿qué otra cosa vas a hacer? ¿Hacer hamburguesas?"

Chase dejó que el comentario calara hondo mientras bebía un sorbo de vino. Esperaba que Louisa llenara el silencio con más cháchara, pero no fue así. La mujer se limitó a mirar, lo que probablemente era aún más irritante.

Sin embargo, después de rellenar sus vasos, Louisa no pudo soportarlo más.

"Te diré una cosa, Chase. ¿Por qué no dejas a Georgina conmigo por un tiempo, sólo un par de días? Ve a ver a Floyd, despeja tu cabeza un poco".

"Sí, dudo que eso me ayude a despejarme".

"¿Para alguien más? Por supuesto que no. ¿Para ti?" Louisa se encogió de hombros.

A pesar de todo, Chase se encontró considerando la oferta de la mujer. Se había esforzado tanto por separarse de su antigua vida, incluso dejando que los medios de comunicación publicaran la historia de que había sido asesinada, que casi le parecía deshonesto siquiera pensar en volver.

Pero había alguien más a tener en cuenta: Floyd. El hombre sonaba desesperado y si ella podía ayudar, echar una mano...

Un ruido extraño hizo que Chase diera un respingo. Su codo golpeó su copa de vino, derramando el líquido rojo oscuro por toda la mesa frente a ella.

"Joder", maldijo.

"¡Chase!" Georgina chasqueó.

Oh, has oído eso, ¿verdad?

"Lo siento", refunfuñó Chase.

"Yo lo cojo", dijo Louisa, poniéndose en pie y cogiendo la toalla de papel.

"¿Seguro?"

"Sí, yo lo cojo", repitió Louisa, indicando el vino derramado, "si tú *lo* coges".

El teléfono: el traqueteo provenía de su móvil. Aún le resultaba

extraño.

Chase respiró hondo y se acercó a la mesa junto a la puerta. Había sido fuerte la última vez que Floyd había llamado, pero no estaba segura de poder resistir la atracción una segunda vez.

¿Qué había dicho Louisa hacía un momento?

Solía pensar que volver a trabajar era una idea terrible. Ahora, no lo sé. Tal vez no lo sea.

Chase cogió el teléfono y se quedó mirándolo.

Tal vez no lo sea, repitió en su mente. *Quizá no sea tan mala idea, después de todo.*

Pero también podría ser una de las peores decisiones de su vida. Una vida en la que ya había tomado muchas malas decisiones.

Y consecuencias aún peores.

Capítulo 16

"¿Floyd?"

"No, soy el detective Dunbar". Dunbar no estaba seguro de por qué Chase había esperado que fuera Floyd, dado que llamaba desde su propio teléfono, pero lo tomó como una buena señal.

Quizá estaba esperando a que su antiguo compañero la llamara.

"Oh."

¿Eso fue todo? No, *¿cómo estás? ¿Cómo te va a ti? ¿Cómo va la vida, Dunbar?*

Sólo, *Oh*.

Dunbar decidió saltarse las galanterías e ir directamente al grano.

"Necesitamos tu ayuda, Chase", dijo sin rodeos.

"¿Con quién se ha asociado Floyd?" preguntó Chase, ignorando su petición.

A la segunda mención del nombre del hombre, Dunbar miró a Floyd, quien, aunque le devolvía la mirada, no parecía concentrarse en nada.

"Sin compañero", respondió Dunbar. "Está aquí solo".

"¿Qué?" Chase sonaba incrédulo. "¿Solo?"

"Sí, sólo lo enviaron a él. No sé qué te dijo Floyd o si has visto las noticias, pero estamos investigando cuatro suicidios. Todas chicas de instituto y-Chase? ¿Sigues ahí?"

"¿Por qué enviaron a Floyd?"

Dunbar no estaba seguro de acostumbrarse nunca al tono brusco y sin disculpas de Chase, pero ahora no era el momento de reprender a la mujer por su falta de modales.

"No lo sé. FBI corriendo delgada, tal vez ".

"No, lo que quiero decir es, ¿por qué enviaron a alguien? Cuatro chicas saltan delante de un tren subterráneo... ¿por qué se involucró el FBI?"

Dunbar parpadeó. Es cierto que no conocía bien a Chase, pero se conocían lo suficiente como para llegar a la conclusión de que era una mujer dura, que había visto y pasado por muchas cosas. Pero este nivel de insensibilidad -cuatro *chicas saltando delante de un tren subterráneo- era* inesperado.

También estaba dando rodeos, pensando en cómo expresarle a Chase que no se trataba *sólo* del suicidio de cuatro chicas. Por terrible que hubiera sido aquel acto, también se trataba de la presión de arriba, del sargento Henry Yasiv, que a su vez estaba siendo presionado por el fiscal del distrito. No era ningún secreto que un desastre de esta magnitud tan poco tiempo después de que el Asesino del Hombre de Paja aterrorizara a la ciudad era algo con lo que el

futuro alcalde no quería tener nada que ver.

Dunbar se aclaró la garganta y optó por simplificar las cosas.

"Alguien pidió un favor. Esto es lo último que necesitamos ahora en Nueva York: un pacto suicida o una secta. Para ser sinceros, no tenemos ni idea de por qué estas chicas decidieron...". Dunbar, temiendo estar a punto de repetir como un loro el comentario de Chase, se detuvo. "Por qué decidieron suicidarse".

Hubo una breve pausa y Dunbar pensó que Chase iba a decir buena suerte y colgar. Tenía razón en una cosa: no era un caso típico del FBI. Quedaba fuera de su jurisdicción.

"¿Has hablado con sus padres? ¿Con sus novios? ¿con sus profesores? ¿Psiquiatras, ese tipo de cosas?".

Dunbar no pudo evitar una pequeña sonrisa. Parecía que se había equivocado. Después de todo, Chase parecía dispuesta a ayudar. El verdadero truco, sin embargo, sería traerla aquí. En persona, Dunbar sabía que no había nadie mejor que Chase Adams para averiguar qué coño estaba pasando.

"Al igual que el FBI, también estamos muy ocupados. Envié a Floyd a hablar con los padres y..."

Dunbar no estaba seguro de cómo continuar. Floyd parecía haberse recuperado de lo que probablemente fuera un ataque de ansiedad, pero seguía siendo frágil. Lo último que quería Dunbar era echar sal en las heridas del hombre.

"Déjame adivinar, ¿está a tu lado?"

"Sí."

"Vale, déjame adivinar: ¿fue contigo a informar a los padres? ¿Tuvo un pequeño colapso?"

Dunbar respiró con dificultad.

"No exactamente. Se fue solo".

La respuesta de Chase fue instantánea.

"No puedes hablar en serio".

Dunbar sabía que había cometido un error al enviar a Floyd a hacer su trabajo sucio. Y aunque había muchas razones por las que lo había hecho, una que no podía pasarse por alto era que Dunbar no estaba seguro de qué más *podía* hacer Floyd.

"Necesitamos tu ayuda. Floyd y yo".

La pausa que siguió fue la más larga desde que Chase había respondido a su llamada. Dunbar no estaba seguro de si era buena o mala señal.

"¿Chase?"

Cuando Chase por fin contestó, su voz estaba ronca.

"No puedo".

Dunbar exhaló con fuerza.

"Nosotros..."

"Lo siento, Dunbar. Desearía poder ayudar, pero para ser honesto, no hay nada que pueda añadir cuando todo lo que hay que hacer es hacer algunas preguntas puntiagudas. Y cualquiera puede hacer eso. Quiero decir, no es como si hubiera una pandemia ahí fuera. Nadie más está en peligro inminente, nadie más va a morir. Lo siento por los padres de las chicas, sus amigos, pero... Lo siento. Tengo gente aquí que me necesita".

Dunbar se pellizcó el puente de la nariz con la mano libre. A pesar de lo inequívoco de las palabras de Chase, tenía la impresión de que ella estaba indecisa. Aun así, había dicho lo que pensaba, había hecho su llamamiento.

Tienes gente aquí que también te necesita, Chase.

Dunbar no era de los que se hacen de rogar. También había algo más en juego: percibió una sutileza en el tono de Chase. Si no la conociera, podría haber pensado que no era tanto que ella no quisiera ayudar, sino que tenía dudas sobre si *podría* hacerlo o no.

Pero no Chase, no la mujer que había detenido y encerrado a tantos asesinos sanguinarios en su época en el FBI que su reputación la precedía.

"De acuerdo. Gracias de todos modos." Estaba a punto de colgar, pero Chase no había terminado todavía.

"Dunbar, cuida de Floyd, ¿quieres?"

Dunbar miró a Floyd. Estaba claro que el hombre había adivinado la respuesta de Chase, sólo por la expresión de su rostro. Si antes el novato agente del FBI se había mostrado cabizbajo, ahora parecía verdaderamente aplastado.

"Haré lo que pueda, Chase", prometió Dunbar. "Haré lo que pueda".

Capítulo 17

"¿*Esta* es la escuela?" preguntó Georgina.

Chase desvió la mirada hacia el rectángulo amarillo a través de la ventanilla del copiloto. Las fotos de la página web habían sido malas, pero la vida real era peor.

"No es... no es *tan* malo", comentó.

"¿No es tan malo? Es feo con *mayúsculas*".

Chase sonrió satisfecho.

"Vale, no estás mintiendo", murmuró.

Elm Ridge Elementary era una escuela de una sola planta rodeada por una valla metálica de tres metros de altura. Casi esperaba ver alambre de espino rodeando la parte superior. Detrás de la escuela había una pista de asfalto agrietado sujeta por redes de baloncesto sin malla. Más allá de lo que ella suponía que podría considerarse una cancha de baloncesto, había un gran campo que era más tierra que hierba.

Mientras entraba en la entrada circular y aparcaba su BMW bajo el descolorido toldo, Chase añadió: "Quizá sea más bonito por dentro".

Chase estaba a medio camino de la puerta cuando se dio cuenta de que Georgina no estaba con ella. Seguía en el asiento trasero, mirando con los ojos muy abiertos las grandes letras mayúsculas que decían: ESCUELA PRIMARIA ELM RIDGE.

"Vamos, Georgina. Sal del coche".

Georgina negó con la cabeza. Chase miró hacia el cielo y se dirigió de nuevo hacia su sobrina. Abrió la puerta trasera y agitó una mano sobre el umbral.

"Vamos, vamos."

Cuando Georgina siguió negándose a salir del coche, Chase metió la mano dentro y tiró de ella.

"No quiero ir aquí", se quejó la chica. "Parece una prisión. Como *j-a-i-l*".

"Por favor, Georgina, ten la mente abierta. Nos están esperando. Sé amable y haz el recorrido. No vamos a firmar nada hoy, no nos vamos a comprometer. Sólo vamos a dar una vuelta".

Una vez más, Georgina negó con la cabeza.

"*No quiero* ir aquí", repitió un poco más alto.

"Georgina."

Georgina se soltó del agarre de Chase.

"Este lugar es feo, y no quiero ir aquí. Quiero ir a la Academia Bishops. Quiero ir a la escuela con Lawrence y Brandon. Quiero..."

"¿Señorita Adams?", dijo una mujer con acento británico.

Tras regañar a Georgina con la mirada, Chase esbozó su mejor

sonrisa falsa y se dio la vuelta.

La mujer que estaba delante de las puertas vestía un traje pantalón azul marino y una blusa amarillo pálido. De su cuello colgaban unas gafas de montura dorada sujetas a una cadena que parecía pertenecer a una bañera, enganchada al tapón del desagüe. Tenía el pelo gris, rizado y encrespado, y no le llegaba a los hombros.

"Mi nombre es Sra. Studebaker", dijo la mujer, extendiendo una mano. Tenía las uñas pintadas de un vivo color púrpura.

"Chase Adams, pero llámame Chase".

Chase se limitó a mirar la mano de la mujer hasta que la bajó.

"¿Y ésta es Georgina?", preguntó torpemente.

Georgina evitó el contacto visual con la Sra. Studebaker, pero asintió débilmente con la cabeza.

"Bienvenida, Georgina", dijo, girando sobre sus talones y volviendo a la escuela. "Por favor, ven conmigo".

Chase tendió la mano a Georgina y agradeció que su sobrina se la cogiera. Sospechó que no era una disculpa silenciosa, sino por necesidad: Georgina estaba asustada.

Y mientras Chase seguía a la señora Studebaker al interior de la prisión, contempló la idea de que tal vez Georgina no era la única que estaba al menos un poco asustada.

***

"Muchas gracias por la visita", dijo Chase mientras conducía a Georgina de vuelta a la luz del sol. En cuanto salieron, Georgina inhaló profundamente en un intento de limpiar sus fosas nasales de las esporas de moho que sin duda había inhalado desde el interior de Elm Ridge.

"De nada. Ahora, ¿cuándo crees que podemos empezar el papeleo para matricular a la pequeña Georgina?".

No sólo era alarmante el número de veces que la mujer lo había preguntado, sino también la desesperación de su voz. Chase tenía la impresión de que Elm Ridge estaba perdiendo alumnos a marchas forzadas -lo que no era de extrañar, dado el estado de la escuela- y que su financiación, por exigua que fuera, estaba a punto de sufrir un recorte aún mayor.

"Bueno, Sra. Studebaker, todavía tenemos que mirar un par de escuelas más antes de tomar una decisión. ¿No es así, Georgina?"

Georgina asintió tan violentamente que a Chase le preocupó que pudiera darse un latigazo cervical.

Cuando volvió a mirar a la señora Studebaker, vio que la mujer había curvado el labio superior. Al darse cuenta de que la observaban, la mujer frunció rápidamente los labios.

Para Chase, esta expresión era peor: La boca de la Sra. Studebaker parecía un gilipollas.

No hay manera de que envíe a Georgina a este agujero de mierda, pensó Chase.

No era sólo el edificio o el interior lo que la hacía tan inflexible. Incluso la fría actitud de la Sra. Studebaker podía pasarse por alto: la disciplina solía ser algo bueno para los niños pequeños.

Fueron los profesores.

Los pocos que les habían presentado se mostraban, en el mejor de los casos, desinteresados. Y éstos habían sido elegidos, sin duda, para mostrar lo mejor que Elm Ridge podía ofrecer.

Chase no podía ni imaginarse cómo debían de estar los demás profesores. Y ni siquiera se sentía un poco decepcionada por el hecho de que ni ella ni su sobrina fueran a tener esa oportunidad.

Se estremeció y ayudó a Georgina con el cinturón de seguridad.

"Gracias de nuevo", dijo Chase y se apresuró a ponerse al volante.

"Por favor, avísame cuando quieras empezar. Puedo enviarle los documentos por correo electrónico. No tardaré mucho. Incluso puedo llamarte".

Chase aceleró, sin importarle la nube de polvo que su estela había generado y que ahora envolvía a la señora Studebaker.

Probablemente era lo más fresco que la mujer había respirado en un mes.

"¿Adónde vamos?" preguntó Georgina cuando llevaban varios minutos conduciendo.

"En cualquier sitio menos aquí", respondió Chase en voz baja.

"¿Bi-tiendas? ¿Podemos ir a Bi-shops?"

Chase suspiró.

"Es *Bishop's* y, sí, podemos dar una vuelta por Bishop's. Pero no quiero que te hagas ilusiones, Georgina. Como vimos en Elm Ridge, las fotos no siempre son exactas".

Como Georgina no dijo nada, Chase levantó los ojos hacia el espejo retrovisor.

Y entonces sonrió. No tan grande como la sonrisa de Georgina, pero casi.

Capítulo 18

Floyd no había notado nada de la visita a la familia de Brooke Pettibone. Lo único que sabía era que el detective Dunbar había dado la noticia y él se había quedado allí. Quería pensar que todo había ido bien -no podía haber ido peor que lo que había hecho él solo-, pero no lo recordaba.

Quizá así es como debe hacerse, pensó Floyd mientras volvía al coche de Dunbar. *Sólo apagado total y absoluto. Sin sentimientos, sin recuerdos. No puedes ser perseguido por cosas que no puedes recordar.*

La verdad era que se sentía inútil; no, se sentía menos que inútil: se sentía como una carga.

Sólo dos veces en la vida de Floyd se había sentido así antes: la primera fue mientras suplicaba a su tío que le diera trabajo en Alaska. La segunda, cuando seguía la pista del responsable del asesinato de varios senadores estadounidenses de alto nivel. El hombre que más tarde se descubrió que era Fred Browe.

En ambas ocasiones, había conseguido redimirse. En Alaska, había llevado a docenas de personas por su tío, incluyendo a Chase. En cuanto a Fred Browe, de no ser por Floyd, Stitts o Chase podrían haber sido asesinados.

Pero esta vez, no pudo evitar pensar que las cosas eran diferentes. ¿Cómo podría compensar lo que le había hecho a la familia Bailey?

A su lado, Floyd oyó un extraño crujido. Sus ojos encontraron la fuente: Dunbar estaba girando el volante con ambas manos.

"Nunca es fácil", refunfuñó el detective.

Tal vez la ignorancia o la apatía no eran la respuesta, después de todo.

"¿Alguna idea, Floyd?" Dunbar sonaba abatido ahora. Roto.

Creo que tal vez debería volver a Alaska, a ver si puedo llevar a la gente de un lado a otro otra vez. Hablando de trenes. No estoy hecho para este trabajo.

"No lo sé."

"Chase dijo que se trataba de un caso sencillo, que lo único que tenemos que hacer es formular las preguntas adecuadas a las personas adecuadas. Incluso entonces, si no obtenemos las respuestas que queremos, podemos simplemente cerrarlo. Cerrarlo. Seguro que los padres armarán un escándalo, pero sin un asesino psicópata suelto, el público y los medios no tardarán en olvidarse del asunto."

"No", dijo Floyd. Se imaginó las caras de las chicas en sus carnés de conducir. Sus caras *sonrientes*.

Dunbar frunció el ceño.

"¿No?"

"No", repitió Floyd, un poco más suavemente esta vez. "No podemos dejarlo".

Dunbar parecía querer decir algo, pero apretó la mandíbula.

Esta interacción, incluida la marcha atrás del detective, pareció sacudir parte de la languidez depresiva que se aferraba a Floyd. Y se encontró pensando no en los padres de las chicas, sino en las chicas mismas.

Cuatro estudiantes de último curso de instituto, todos populares, todos guapos, deciden una mañana dar un sorbo a sus cafés con leche y especias de calabaza momentos antes de arrojarse delante de un tren de metro.

Todo después de recibir un mensaje.

Y ese texto era la clave, Floyd estaba seguro de ello.

"¿Crees... crees que hicieron algo?"

Dunbar entrecerró los ojos.

"¿Hiciste algo? ¿Qué quieres decir?"

"Hubo un caso práctico que nos enseñaron durante la formación del FBI, algo que ocurrió no hace mucho. Dos chicas -no recuerdo exactamente la edad, pero eran jóvenes, diez o doce años, quizá- llevaron a una tercera amiga al bosque. Una vez allí, la apuñalaron unas veinte veces. Casi la matan. No hubo una pelea real, ni una discusión, nada parecido a lo que precedió al incidente. Cuando los detuvieron el mismo día, dijeron que una criatura de ficción llamada Slender Man les obligó a hacerlo".

"Sí, creo que recuerdo haber oído hablar de eso", dijo Dunbar distraídamente. "¿Tuvo lugar en Wisconsin?"

"Creo que sí. De todos modos, la razón por la que este caso se utilizó en el entrenamiento fue que, entre otras cosas, no había ninguna razón real detrás del ataque. Todo eso del Slender Man fue sólo una justificación a posteriori. Lo más aterrador es que cualquiera de las tres chicas podría haber sido la víctima". Floyd se asombró de que recordara tanto como lo hacía y por el hecho de que no hubiera tartamudeado ni una sola vez durante el relato.

"No te sigo. Quiero decir, entiendo el caso, pero ¿qué tiene que ver esto con Madison y sus amigas? No fueron atacadas. Saltaron".

Floyd asintió.

"Sí, vi las imágenes de seguridad. Pero las chicas Slender Man, eran completamente normales antes de intentar matar a su amigo".

"Sí", respondió Dunbar, sin seguirle.

"Pero la cosa es que también eran normales después. Quiero decir que uno de ellos se sentía culpable, ¿pero el otro? Nada. Siguieron como si nada hubiera pasado".

"¿Y?"

"¿Y si ese fuera el caso de Madison y sus amigos? ¿Y si hicieron

algo malo y siguieron viviendo? Excepto que al final, volvió para atormentarlos".

Los ojos de Dunbar se iluminaron de repente.

"Y lo que sea que hayan hecho... alguien lo captó en cámara, les envió el video, ¿es eso?"

Floyd se encogió de hombros.

"O enviaron una foto o tal vez sólo un texto. No, eso no sería lo suficientemente convincente. Un video, sin embargo, eso suena posible".

"¿Crees que mataron a alguien? ¿Esas chicas del instituto?"

Floyd volvió a encogerse de hombros. Cuantas más preguntas hacía Dunbar, menos probable parecía su teoría.

"N-no. Pero tal vez no sea m-asesinato". Se aclaró la garganta y dijo su nombre mentalmente para vencer el tartamudeo. "¿Y si... y si hicieron algunos vídeos por su cuenta, ya sabes? Lascivos. Tal vez eso es lo que era el texto: alguien enviándoles el video, chantajeándolos. Slut shaming, o como se llame". La confianza de Floyd seguía disminuyendo. "No lo sé."

¿"Los cuatro"? Pero parecían... parecían felices cuando saltaron. No parecían para nada forzados o alterados. Pero puede que tengas algo. Podemos investigar si fueron los autores de un crimen hace un tiempo. ¿O sabes qué? A lo mejor estaban como una puta cabra". Dunbar se rascó la barbilla. "Al menos eso lo sabremos con certeza cuando vuelva el análisis toxicológico".

Antes de que Floyd pudiera opinar sobre este último comentario, Dunbar paró.

"Falta uno más", le informó el detective. "Un par de padres más a los que dar la noticia".

Floyd sintió que su ritmo cardíaco aumentaba inmediatamente y se le formó sudor en la frente.

"¿Vas a estar bien?" le preguntó Dunbar.

Eso fue lo último que Floyd recordó antes de volver al coche. Sin embargo, esta vez se recuperó más rápido, espoleado por un fuerte timbre.

Sobresaltado, miró a su alrededor, tratando de encontrar la fuente.

Dunbar lo identificó por él.

"¿Vas a contestar al teléfono?" Hubo un ligero repunte en la voz del detective y Floyd creyó saber por qué.

Dunbar aún mantenía la esperanza de que Chase hubiera cambiado de opinión.

Pero no era Chase, a no ser que hubiera decidido llamar desde el teléfono de otra persona; la persona que llamaba no era alguien que él hubiera programado en su móvil. Con un dedo tembloroso, Floyd contestó al teléfono.

La mujer de la otra línea gritaba tan alto que parecía que estaba en el coche con ellos.

"¿Dónde está Madison? ¿Dónde está *mi Maddie?*"

Capítulo 19

Bishop's Academy era todo lo contrario a Elm Ridge Elementary en casi todos los sentidos. Nueva, limpia y sin vallas de estilo carcelario. A los pocos segundos de estacionarse frente a la entrada, Chase fue abordado por una mujer con un chaleco naranja y una sonrisa que revelaba unas carillas demasiado grandes.

"Lo siento, señora, pero no puede aparcar aquí. ¿Viene a recoger a su hijo?"

Chase se estremeció al oír la palabra "señora".

"No, he venido a dar una vuelta con mi sobrina", dijo, indicando el asiento trasero.

La mujer sonrió aún más y Chase vio que las carillas eran demasiado grandes para su boca.

"Genial", exclamó la mujer. "Puede aparcar justo ahí, en el aparcamiento de visitantes, y puedo llevarle dentro y presentarle al director, el señor Clark".

"Gracias".

Chase entró en el aparcamiento y, antes incluso de apagar el coche, Georgina empezó a salir.

"¡Espera!" suplicó Chase. Luego maldijo en voz baja y persiguió a la niña. La alcanzó a las pocas zancadas y le dio la vuelta, agachándose para que quedaran a la altura de los ojos. "Sé que estás emocionada, Georgie, pero sólo hemos venido a hacer el recorrido, ¿vale? Como en Elm Ridge, hoy no vamos a firmar nada".

"¡Lo sé, lo sé, Chase!"

"Lo digo en serio."

"Vale, caramba."

"Muy bien, vamos entonces."

Georgina buscó instintivamente la mano de Chase, pero éste evitó el contacto de la chica y, en su lugar, se deslizó detrás de ella. Aunque hacía tanto tiempo que no experimentaba nada de su "vudú" que le resultaba difícil creer que en algún momento lo hubiera utilizado para ayudarla a resolver crímenes, no merecía la pena arriesgarse, sobre todo con Georgina. Chase se había convencido a sí misma de que era su forma de respetar la intimidad de su sobrina, en caso de que su vena clarividente regresara milagrosamente. Pero la verdad era que a Chase le aterrorizaba lo que pudiera ver y experimentar a través de los ojos de la hija de su hermana. Sin embargo, Chase puso la palma de la mano en la espalda de Georgina y la acercó suavemente a la mujer del chaleco.

"Lo siento", dijo la mujer mientras se acercaban. "Es que tenemos que mantener este carril despejado en todo momento: es una ruta de

incendios".

"Claro, no hay problema".

"¿Sois nuevos en el barrio?", la pregunta iba dirigida a Georgina, pero cuando ella trastabilló en la respuesta, Chase tomó la palabra.

"No. En realidad no somos de por aquí".

Chase esperaba algún tipo de juicio, pero la sonrisa de la mujer permaneció pegada a su rostro.

"Bueno, está bien. Tenemos muchos estudiantes de todo Nueva York que vienen a Bishop's. Y no quiero presionaros, pero si venís aquí, os va a encantar".

"Hmm", dijo Chase.

Sin presiones.

El interior de la escuela no sólo olía neutro, o terrible como Elm Ridge, sino que olía bien, cosa que a Chase le parecía imposible. Su escuela primaria había sido un pozo negro de sudor y hormonas que ningún spray corporal podía enmascarar.

A pesar de lo diligentemente que la gente lo había intentado.

"No quiero estropear la visita, pero éste es el pasillo principal", dijo la mujer del chaleco, que aún no había dicho su nombre.

Sí, esto es un pasillo.

La mujer se volvió hacia ellos y empezó a caminar hacia atrás.

"A nuestra izquierda hay otro pasillo que lleva al gimnasio y a nuestra *derecha...* la oficina".

La guardia de cruce, o quienquiera que fuese, se los pasó a una secretaria de pelo castaño que parecía inexplicablemente aún más alegre.

"Ustedes deben de ser Georgina y la señora Adams", las saludó calurosamente la secretaria. Chase temía que si la sonrisa de la mujer aumentaba más, su cara se partiría en dos. "Lo siento muchísimo, pero el director Clark, que les hará la visita guiada, está en una reunión muy importante y llega un poco tarde. Quiero asegurarles que sabe que han llegado y que está *muy* emocionado con la visita, pero tardará unos cinco minutos más. Por favor, tomen asiento y enseguida estará con ustedes".

Chase miró a su alrededor y observó que el pequeño despacho, con dos habitaciones, una con el nombre del *director Clark* y la otra con *el del padre Torino, estaba* vacío.

"Claro, no hay problema", dijo ella, tomando asiento.

Georgina estaba a punto de hacer lo mismo cuando la secretaria le ofreció: "Georgina, ¿quieres un caramelo?" Sus ojos se desviaron hacia Chase. "Si a tu madre le parece bien, claro".

La chica se adelantó y le tendió la mano.

"No es mi madre, es mi tía".

La secretaria soltó una risita.

"Bueno, aún tienes que preguntarle si puedes tener uno".

"Está bien", dijo Chase, empezando a molestarse. Volvió los ojos hacia la puerta abierta que daba al pasillo principal justo cuando pasaba un hombre bajito vestido con una bata oscura.

"¿Y usted, Sra. Adams? ¿Le apetece un café? ¿Un espresso, quizás?"

"No, estoy bien", respondió ella, con los ojos aún fijos en el pasillo. El hombre de la túnica reapareció de repente y, aunque sonreía, la expresión no era tan odiosa ni grandilocuente como la que ofrecían la mujer del guardia de cruce o la secretaria.

"Hola", dijo el hombre. Aunque su bata negra carecía del típico cuello blanco, no cabía duda de quién era.

Chase respondió en forma de asentimiento, esperando que el padre Torino cambiara de opinión y siguiera caminando.

Y tal vez lo habría hecho si Georgina no se hubiera adelantado.

"Hola, ¿cómo te llamas?", preguntó, moviendo el caramelo duro de una mejilla a la otra.

El capellán tomó esto como una señal para entrar de lleno en la puerta.

"Me llamo Padre Torino, pero puedes llamarme Tony".

"¿Es usted profesor?" Más chasquidos mientras el caramelo cambiaba de lado una vez más.

¿Qué coño estamos haciendo aquí, Chase? ¿Un cura? ¿Ah, sí?

"Sí, supongo que se podría decir eso".

"¿Qué asignatura enseñas?" Georgina frunció el ceño. "¿Y todos los profesores llevan vestido?"

"Georgina..."

"No, está bien", dijo el padre Torino, cortando a Chase. "Soy el único que lleva esta túnica por aquí", dijo, hurgando en la tela. "Pero estoy de acuerdo en que parece un vestido. ¿Y qué enseño? Bueno, supongo que intento ayudar a la gente a responder un montón de preguntas diferentes".

Chase tenía que darle crédito al hombre; estaba haciendo un buen trabajo de desvío.

"¿Como un científico? Mi tía dice que los científicos ayudan a responder preguntas difíciles".

El padre Torino se rió.

"Ayudo a responder preguntas sobre aquí", dijo dándose golpecitos en el pecho, indicando claramente su corazón, "y no tanto sobre aquí". Se llevó el dedo a la sien.

"Entonces, ¿eres cardiólogo?"

El capellán volvió a reír.

"Podría decirse que sí".

Aparentemente satisfecha, Georgina se encogió de hombros.

"De acuerdo".

"Bueno, ya te he hablado de mí. ¿Cómo te llamas?"

"Georgina. Me llamo..." La cortó el timbre, cosa que Chase agradeció. Pocas cosas la incomodaban más que estar rodeada de curas y capellanes.

Sólo sirvieron para traerle recuerdos de su padre.

"Encantado de conocerte, Georgina". Estaba claro que el hombre quería añadir algo más, pero fue interrumpido por dos cabezas rubias que lo empujaron y se abrieron paso hasta el despacho.

"¡Brandon! ¡Lawrence!" Georgina exclamó. Con su atención en otra parte ahora, el Padre Torino tomó esto como su señal para irse.

Pero no sin antes asentir a Chase.

Chase asintió pero no sonrió.

¿Por qué cada vez que una persona religiosa te hace un gesto con la cabeza, parece acusatorio? ¿Es algo que enseñan en los seminarios? ¿Asentimientos de culpabilidad 101?

"Hola, chicos", dijo Chase, dirigiéndose a los hijos de Louisa. Ellos le dedicaron un saludo abreviado y luego siguieron charlando con Georgina. Habiendo salido tarde de casa de Chase la noche anterior, no podían haberse acostado antes de las once. Sin embargo, parecían descansados y animados.

"Oh, ¿conoces a los chicos de Louisa?", preguntó la secretaria.

"Sí, somos amigos", respondió Georgina.

"Bueno, Sra. Adams, los chicos están de descanso ahora... si quiere, Georgina puede ir con ellos a la cafetería para ver cómo es almorzar en Bishop's".

Chase frunció el ceño.

"No, creo que es mejor que nos quedemos aquí y esperemos al director".

"Chase, por favor", suplicó Georgina.

Chase miró a su sobrina y se sorprendió al ver cuánto deseaba la niña ir con sus amigos. Sus brillantes ojos verdes estaban muy abiertos, casi desesperados.

"Srta. Adams, está perfectamente bien. Tenemos tres monitores de almuerzo y..."

"Métete en tus asuntos", le espetó.

La secretaria inhaló bruscamente.

"Lo siento", dijo Chase inmediatamente. "Es que esto es muy estresante".

"Sí, claro", respondió la secretaria, totalmente recuperada de la puya. "Elegir colegio puede ser muy estresante".

"Chase, ¿por qué no puedo ir con ellos?" Georgina se quejó.

"Cuidaremos bien de ella", prometió Lawrence.

"Sé que lo harás, pero creo que estamos esperando a que el director nos dé la visita oficial".

"Pero nosotros..."

"Id a disfrutar de vuestro almuerzo, Lawrence y Brandon", dijo la secretaria a los chicos, con los ojos clavados en Chase. "No querréis que se enfríe".

Los chicos se miraron entre sí y luego a Georgina, antes de despedirse y salir corriendo.

Enfurruñada, Georgina se sentó en la silla junto a Chase. Sin embargo, antes de que pudiera reprenderla, la puerta del director Clark se abrió y el hombre salió. Era alto, por lo menos 1,80 m, con gafas redondas y la cara bien afeitada. En resumen, tenía exactamente el aspecto que uno se imagina en un director de un colegio como Bishop.

"¿La Sra. Adams, supongo?"

"Sólo Chase, por favor."

"De acuerdo, Chase. Siento haberte hecho esperar".

"Está bien, no es para tanto".

El Sr. Clark le sostuvo la mirada un momento antes de dejarse caer sobre sus ancas para quedar a la altura de Georgina.

"Y eso te convierte en Georgina, ¿tengo razón? Soy el Sr. Clark, el director de la Academia Bishop".

Georgina se levantó y le tendió la mano, que el Sr. Clark estrechó sin demora.

"Encantada de conocerte", dijo.

"Y encantado de conocerle a usted también". Luego, dirigiéndose a Chase, el Sr. Clark añadió: "Muy educado, por lo que veo".

"La mayoría de las veces", dijo Chase, dejando que una pequeña sonrisa se dibujara en su rostro. A pesar de lo predecible que estaba resultando este encuentro, también era algo desarmante.

El Sr. Clark se puso en pie.

"¿Están listos para la gira? ¿Y tú, Georgina?"

La chica se había olvidado por completo de Brandon y Lawrence.

"Creo que sería estupendo", dijo Georgina, radiante. Al mismo tiempo, Chase sintió que la sonrisa se le borraba de la cara.

Sí, cuanto antes empecemos, antes acabaremos con esto. Y más rápido podré romperle el corazón a Georgina diciéndole que va a ser educada en casa después de todo.

Capítulo 20

"Por favor, va a tener que calmarse; no le entiendo", le indicó Dunbar tras requisar el móvil de Floyd. "¿Quién es?"

Floyd tragó saliva al ver que Dunbar abría mucho los ojos.

"*¿Quién*?"

Más comentarios estridentes llenaron el coche, durante los cuales Dunbar se apartó el teléfono de la oreja y pronunció el nombre de "Leslie Bailey". Floyd metió inmediatamente la mano bajo los pies y cogió la carpeta llena de notas sobre el caso. Al hojear las páginas, el corazón se le aceleró. Cuando encontró el nombre, le brotó un sudor frío en la frente.

Su madre, respondió Floyd. El detective, claramente no tan experto en leer los labios, se encogió de hombros.

"Su madre", dijo en voz baja. "Leslie Bailey es la madre de Madison".

Dunbar pareció momentáneamente confuso, y entonces se le encendió una bombilla en la cabeza.

"Leslie-espera, espera un segundo. ¿Eres... eres la madre de Madison?"

Finalmente, harto de tanto chillido, el detective volvió a apartar el teléfono de su oreja y esta vez lo puso en altavoz.

"¡Sí, por supuesto! Recibí una llamada de mi ex-marido... ¡le dijo que mi Maddie estaba muerta! ¡Que se había suicidado!"

Los ojos de Dunbar se entrecerraron y Floyd supo exactamente lo que el hombre estaba pensando.

¿Por qué le dio al Sr. Bailey su número de teléfono personal?

El problema era que su encuentro con Todd Bailey había sido tan desastroso que no recordaba ningún detalle.

¿Le di mi número de móvil?

"Leslie, siento mucho no haberte informado directamente, pero..."

"Estás mintiendo", siseó la mujer. "Estás mintiendo, *joder*".

Dunbar se detuvo a un lado de la carretera.

"Leslie, ¿sería posible reunirnos en persona?"

"¡Mentiroso!"

"Sra. Bailey..."

"Soy la Sra. Carson, estoy divorciado."

"Sí, lo siento, Sra. Carson. Mi nombre es Detective Dunbar, y mi número de placa es..."

Floyd volvió a centrar su atención en el expediente del caso. Había un comentario que indicaba que los padres de Madison estaban divorciados, pero el apellido Carson no aparecía por ninguna parte. No es que le sirviera de consuelo. La había cagado, y ambos lo sabían.

¿"Detective"? Todd no dijo nada de un detective. Dijo que lo visitó un agente del FBI. Un tal Floyd Montgomery".

Dunbar suspiró e intentó establecer contacto visual con Floyd.

Floyd se negó.

"Sí, lo sé... hemos llamado al FBI para que nos ayude, para intentar...". Dunbar hizo una pausa y se masajeó la frente. Por primera vez desde que aceptó la llamada, Leslie guardó silencio. "Me gustaría mucho hablar con usted en persona. Podemos ir a verte".

Floyd trató frenéticamente de localizar la dirección de la mujer en el archivo, pero no pudo. No ayudaba que las manos le temblaran tanto que el texto se veía borroso.

"¡No encuentro su dirección!", susurró.

"Vale", dijo Leslie, bajando la voz varias octavas.

"Sólo dime dónde encontrarte".

Leslie le dio su dirección y Floyd, que ya se había hundido en su asiento, la anotó.

"Estaremos allí en breve, Sra. Carson."

Se hizo un silencio incómodo en el coche cuando Dunbar se puso en marcha hacia la casa de la Sra. Carson. Incluso después de su conversación en la estación, Floyd sintió la necesidad de explicarse.

"No sabía que estaban divorciados. Quiero decir, sólo hablé con el Sr. Bailey. Pensé..."

Dunbar no reaccionó.

"P-p-p-pero debería haberlo comprobado. Lo siento.

"No te disculpes. No pasa nada".

Pero por el tono del hombre, estaba claro que no estaba nada bien. Y Floyd tendía a estar de acuerdo. En lugar de pasar su tiempo tratando de averiguar por qué estas chicas hicieron lo que hicieron, estaban conduciendo por toda la ciudad para limpiar el desorden de Floyd.

"Gira aquí a la derecha", le ordenó Floyd. Ahora apretaba los puños, disfrutando del dolor. "Está a la vuelta de la esquina".

En marcado contraste con el apartamento de Todd Bailey, la ex mujer de éste vivía en una zona más parecida a la de los Grant: lujosa y cara. Quizá no tan exclusivo, pero definitivamente fuera del alcance del neoyorquino medio.

"Seamos breves. Yo hablaré más". Era una orden y no una petición, pero por mucho que a Floyd le molestara que le hablaran como a un niño, no estaba en condiciones de quejarse.

Al fin y al cabo, un niño lo habría hecho mejor que él.

"De acuerdo".

Estaban a medio camino de la puerta cuando ésta se abrió de golpe y una mujer morena salió disparada. Parecía una versión más curtida de la Madison del carné de conducir.

"¿Sra. Carson?"

En lugar de responder, la mujer se acercó a Dunbar. El detective debía de estar preparado para ello, porque se apartó hábilmente y levantó la mano para detener su avance.

"Ella no haría esto", dijo Leslie Carson con una expresión casi de suficiencia. "No puede ser Maddie".

Las palabras de la mujer eran inquietantemente parecidas a las que había murmurado el padre de Madison ese mismo día.

"Por favor, Sra. Carson, deberíamos entrar".

El dolor se reflejaba en los ojos de la mujer, pero el botox impedía que la emoción apareciera en su rostro.

"Por favor", suplicó Dunbar.

Leslie finalmente cedió y volvió a entrar en la casa. Los dos hombres la siguieron.

"Madison ha muerto", dijo Dunbar rotundamente. "Siento su pérdida".

"¿Qué?" jadeó Leslie. Esta reacción le resultó extraña a Floyd, teniendo en cuenta que la noticia no podía haberle pillado por sorpresa. "¿Qué ha pasado?"

Floyd entornó los ojos, que iban de Leslie a Dunbar. Este último no parecía inmutarse ante el interrogatorio.

"Su hija murió atropellada por un vagón de metro esta mañana".

Los ojos de Leslie se desviaron y finalmente se posaron en Floyd.

"¿La empujaron?" Era una súplica esperanzada.

"Aún estamos ultimando los detalles".

"Pero dijiste... *dijiste* a Todd que Maddie se había suicidado", dijo Leslie, dirigiendo sus palabras a Floyd.

Floyd, preparándose para hablar, se aclaró la garganta, pero Dunbar mantuvo el control.

"Como he dicho, estamos trabajando en los detalles, pero estamos bastante seguros de que Maddie se quitó la vida".

Volvió la incredulidad y Leslie sacudió violentamente la cabeza.

"De ninguna manera. Ella no lo haría. Maddie *no* haría eso".

"Como he dicho, todavía estamos investigando, tratando de averiguar exactamente..."

Un ruido por detrás y por encima de Leslie atrajo toda su atención.

"¿Mamá?" Un niño de unos siete u ocho años estaba en lo alto de la escalera. Como su hermana, tenía el pelo rubio, casi blanco.

"¡Randy! ¡Vuelve a tu habitación!" Leslie ladró.

Floyd se encogió ante el tono de la mujer, pero el chico no. Rápidamente se dio la vuelta y desapareció de la vista. Un momento después, era como si nunca hubiera mostrado su cara.

"Ella no lo haría. Conozco a mi Maddie. Ella no haría esto", proclamó Leslie.

Mientras Dunbar seguía reiterando que la investigación estaba en curso, Floyd se desentendió de la conversación, lo que no fue difícil teniendo en cuenta que no estaba tan involucrado en primer lugar.

¿Qué haría Chase? se preguntó. *Mientras dejaba que Dunbar se encargara del trabajo sucio, ¿qué haría ella?*

Floyd creía saber la respuesta, pero seguía sin servir de nada.

Simplemente no tenía sus habilidades.

Pero lo que sí tenía eran ojos, así que les dio un buen uso.

A lo largo de la pared que conducía a la escalera había una serie de fotografías enmarcadas. Algunas mostraban al joven que acababa de aparecer en lo alto del rellano. Una, en particular, le hizo reflexionar. El niño tendría unos cinco años y su pelo era extrañamente más oscuro. Casi parecía teñido. Floyd se inclinó aún más, tratando de no llamar la atención de Leslie.

Randy estaba sentado en la fotografía y, aunque estaba cortada por la cintura, se veía la parte superior de lo que parecía ser un neumático de bicicleta junto a su cadera derecha.

Floyd quiso sacar el móvil y hacer una foto, pero no se atrevió. Además del chico, también había fotos de Madison, la mayoría de las cuales mostraban a una joven no muy contenta de tener que disfrazarse y hacerse fotos. Su pelo cambiaba en cada imagen, de oscuro a claro, de corto a largo, al igual que su ropa, por supuesto. La única constante era el collar que llevaba en cada imagen: una sencilla cadena de oro con una cruz colgando.

¿Encontraron el collar en la estación de metro? se preguntó Floyd. No estaba seguro de por qué le interesaba; después de todo, no tenía nada de especial, pero así era. *¿Lo llevaba puesto cuando saltó?*

Floyd siguió mirando a su alrededor y observó otros objetos religiosos esparcidos por la entrada: una cruz sobre la puerta, un rosario sobre la mesa junto a un juego de llaves de coche.

"Vamos", resopló Dunbar en su oído.

Floyd no se había dado cuenta de que el detective se le había acercado por detrás y dio un respingo.

"Vamos", repitió el detective, esta vez poniéndole una mano en el hombro.

Asintiendo, Floyd se apresuró hacia la puerta principal, sin molestarse en lanzar una mirada en dirección a Leslie. Ninguno de los dos dijo nada hasta que volvieron al coche.

"Vaya pieza", murmuró Dunbar en voz baja.

"Ya veo por qué Leslie y su marido no se llevaban bien", comentó Floyd.

Dunbar le miró con curiosidad y Floyd aclaró su afirmación.

"Fue tan agresivo como ella, vino directo hacia mí. Aunque él es mucho más grande que ella".

Dunbar emitió un sonido *hmph y se detuvo* en el aparcamiento de la comisaría 62.

"Deberíamos comprobar si alguna vez llegaron a las manos... ver si se presentaron cargos antes del divorcio", comentó Floyd.

"Sí, buena idea. ¿Viste la forma en que le habló al chico?" Dunbar preguntó.

En lugar de responder, Floyd volvió a sacar el expediente. Hojeó varias páginas hasta encontrar la hoja que buscaba.

"Randy Bailey, ocho, casi nueve años. Deberíamos hablar con él".

"Sí, apuesto a que podría contarnos algunas historias. El problema es que es menor y dudo que Leslie o el señor Bailey nos dejen charlar con el pequeño Randy. Especialmente si la familia tiene secretos. ¿Y qué familia no los tiene?"

Floyd hizo una mueca.

El detective tenía razón. Por mucho que quisieran hablar con Randy, preferiblemente a solas, probablemente no iba a suceder. Si se tratara de un homicidio sería diferente, podrían presionar a los padres. Pero no lo fue. Era un suicidio colectivo.

Justo antes de que Dunbar apagara el coche, la radio del salpicadero cobró vida.

"¿Detective Dunbar?"

Dunbar cogió la radio y pulsó el botón de hablar.

"Detective Dunbar aquí. Acabo de llegar a la comisaría. ¿Qué pasa?"

"Tenemos un problema", dijo Dispatch.

Dunbar miró a Floyd, pero esta vez no tenía ni idea de qué se trataba: ya habían atado los cabos sueltos del desastre de esta mañana.

"Continúa".

"Tenemos otro", continuó Dispatch.

¿Otra? ¿Otra qué?

Aunque las palabras sólo se habían pronunciado en su cabeza, Dispatch se apresuró a responder.

"Detective Dunbar, tenemos otro suicidio."

Capítulo 21

"Me encanta", exclamó Georgina. "*Me encanta*. Por favor, tía Chase, por favor, quiero ir aquí. Quiero ir a Bishop's. Por *favor*, ¿puedo ir?"

Chase se pellizcó el puente de la nariz.

"Te dije que no te hicieras ilusiones, que hoy sólo íbamos a mirar escaparates".

Georgina la ignoró.

"Me encanta estar aquí. Quiero ir aquí".

Chase suspiró.

"Sí, lo entiendo. Pero..."

"*Por favor*", suplicó Georgina.

Chase miró a su sobrina por el retrovisor.

"Hablaremos de ello más tarde", dijo ella, tratando de poner fin a la conversación.

La chica frunció el ceño y cruzó los brazos sobre el pecho.

"Sólo dije que lo hablaríamos más tarde, no dije que no", aclaró Chase.

El guardia que paraba les saludó al pasar y Chase le hizo un gesto con la barbilla.

"Sí, pero lo vas a hacer. Vas a decir que no", replicó Georgina.

"Georgina, por favor. Estoy tratando aquí."

"Bueno, ¿por qué no puedo ir aquí? Louisa manda a sus hijos aquí. Es una buena escuela y todos fueron muy amables conmigo".

Joder.

"Es que no quiero hablar de esto ahora".

Pero Georgina sí. El modo en que la chica se aferraba a las cosas, la forma en que era incapaz de soltarlas después de concebir una idea o un plan, le recordaba a Chase a su difunta hermana.

De cómo solían pelearse cuando eran niños por esta misma razón.

Pero Georgina no era su hermana y Chase ya no era un niño.

"Realmente quiero ir aquí. No quiero ir a esa escuela de mierda de Elm Ridge. Sólo quiero ir aquí". Georgina dio un pisotón enfadada. "Sólo quiero ir a Bishop".

"Cuidado con lo que dices, Georgina."

"Mierda, mierda, mierda."

"¡Georgina!"

"¿Qué? Tú dices palabrotas todo el tiempo. ¿Por qué yo no puedo jurar?"

"Porque yo soy un adulto y tú sólo eres un niño".

"¡Sí, y los niños deben ir a la escuela!"

Chase frunció el ceño.

"Dije..."

"Oh, sí, hablaremos de ello", se burló la chica. "¡No quiero hablar de eso! ¡Quiero ir a Bishop's! ¿Por qué *coño* no puedo ir a Bishop's?"

Chase se volvió loco. Metió la mano en el asiento trasero y agarró la pierna de la chica justo por encima de la rodilla.

"¡Porque no puedo cuidarte si estás aquí!" Chase gritó, su voz mucho más fuerte de lo que había sido la de Georgina. "¡Por eso no puedes ir a Bishop's!"

Algo cruzó el rostro de Georgina entonces, algo que Chase no había visto en mucho tiempo. Tal vez incluso desde aquel día en los Jardines de las Mariposas, cuando su madre había sido asesinada.

Miedo.

Chase soltó inmediatamente la pierna de Georgina y volvió los ojos a la carretera.

"Lo siento", refunfuñó. "No quise decir eso, lo siento".

***

"¿Qué quieres para cenar, Georgina?" preguntó Chase cuando por fin estaban de vuelta en los confines seguros de su casa.

"No tengo hambre", dijo Georgina, quitándose los zapatos y dirigiéndose a su habitación.

"Dije que lo sentía. No quise gritar, y no quise..."

"Y yo he dicho que no tengo hambre", replicó Georgina. Se apresuró a ir a su habitación.

No dio un portazo, pero estuvo cerca.

Chase se quedó mirando la puerta cerrada, debatiendo qué hacer a continuación. Su parte más testaruda quería irrumpir allí y solucionar el problema de inmediato, pero eso no funcionaría con Georgina, como tampoco lo habría hecho con su hermana. Por mucho que le doliera, Chase decidió dejar que la chica tuviera su tiempo y su espacio.

En lugar de dejarse llevar por sus pensamientos y remordimientos, Chase se dejó caer en el sofá y encendió la televisión. Esperaba que algo le distrajera la mente, pero no funcionó. Estaba tan desinteresada por el subido clon de Bachelor que su mente empezó a divagar.

Nunca le había gritado así a Georgina. Claro que habían tenido muchos desacuerdos y Chase se había enfadado, había levantado la voz, incluso había gritado, pero nunca había perdido de vista que Georgina era sólo una niña. Pero hoy sí. No sólo eso, sino que cuando se había puesto colorada, Chase había tratado a Georgina como a uno de los sospechosos a los que intentaba sacar una confesión.

Quizá Louisa tenga razón, pensó Chase. *Quizá necesite un descanso,* quizá *los dos la necesitemos*.

No era el fin del mundo, pero reveló algo oscuro en Chase. Algo

que ella creía *-esperaba-* que desapareciera cuando dejara el FBI.

Sacudiendo la cabeza, Chase hizo un esfuerzo consciente por distraerse esta vez no con porno blando, sino con las noticias.

Tuvo éxito, pero al instante deseó haberse quedado en la imitación de Bachelor.

Un boletín de noticias anunció que Sky Derringer, estudiante de último curso de secundaria, había sido hallada muerta en su habitación de un aparente suicidio. La foto de la cabeza incrustada revelaba que la chica era guapa, con unos vibrantes ojos verdes. Casi parecían brillar, incluso a través de la pantalla del televisor.

Y su parecido con el de Georgina era casi asombroso.

"¿Qué demonios?"

Chase subió el volumen unos clics, pero no fue el audio lo que despertó su interés.

Era la imagen en pantalla. Además del retrato de Sky, aparecía otra fotografía en la que aparecía con otras cuatro chicas rubias.

Chicas rubias a las que Chase no necesitaba oír nombrar para saber quiénes eran.

Ni de coña.

"Esta misma mañana, cuatro amigas de Sky se han visto implicadas en un accidente mortal de metro. La policía de Nueva York ha dado a conocer muy pocos detalles sobre ambos incidentes, pero testigos presenciales afirman que las chicas saltaron voluntariamente delante del tren."

Chase se quedó con la boca abierta.

No cuatro chicas muertas, sino cinco.

Sus propias palabras resonaron en su cabeza, las palabras que había utilizado al decir a Dunbar y Floyd que no estaba interesada en ayudar con el caso.

Quiero decir, no es como si hubiera una pandemia ahí fuera. Nadie más está en peligro inminente, nadie más va a morir.

Con las piernas débiles, Chase se acercó a la mesa junto a la puerta principal y cogió el teléfono. Se desplazó hasta uno de sus contactos y realizó la llamada. Mientras sonaba el teléfono, los ojos de Chase se desviaron hacia la puerta de Georgina, que seguía cerrada.

Lo siento, Georgina. Lo siento, Georgina.

"Chase, ¿qué pasó en la escuela? ¿En Bishop's?" Louisa preguntó.

La pregunta confundió a Chase.

"¿Qué? Nada. Yo sólo..."

"Los chicos dijeron que te vieron allí y que les gritaste".

Chase se encogió de hombros.

¿Les grité? ¿Les grité como le grité a Georgina?

No lo creía, pero no lo recordaba con exactitud.

"¿Chase? ¿Estás bien?" Ahora había verdadera preocupación en la

voz de su amiga, el tipo de preocupación que Louisa había expresado cuando Chase se había tragado un frasco entero de pastillas allá en Grassroots.

"Louisa, creo que necesito tu ayuda."

"Por supuesto, lo que necesites".

"¿Puedes... puedes venir aquí? ¿Puedes venir a cuidar a Georgina un rato?"

"Sí, puedo hacerlo. Puedo recogerla y traerla a mi casa para que pueda pasar el rato con los chicos. No hay ningún problema. Pero, ¿qué está pasando? ¿Pasó algo?"

Chase cerró los ojos e imaginó la bonita cara de Sky Derringer.

"Sí", dijo secamente. "Sí que ha pasado algo. Y creo-Louisa, creo que tengo que volver al trabajo ".

PARTE II - Números

Capítulo 22

A Chase Adams le bastaron tres llamadas para volver al redil.

La primera había sido para Louisa, ya que su prioridad, a pesar de los últimos acontecimientos, seguía siendo la seguridad de su sobrina y de su sobrina. La segunda fue a Floyd, que se había mostrado entusiasmado con la idea de que Chase regresara y les echara una mano con su caso actual. Su última llamada, la que más había dudado en hacer, fue al director Hampton del FBI.

Aunque Hampton le había ofrecido carta blanca si quería volver a trabajar, o cuando quisiera, en el fondo Chase le guardaba rencor. Había sido utilizada y maltratada durante buena parte de su vida adulta y conocía las señales. Aunque su relación con el Director afectado por el pinchazo era muy diferente de la que había tenido con Tyler Tisdale, había similitudes que no podía pasar por alto.

El director Hampton podía ser cordial, profesional, pero también era un hombre que sabía cómo explotar sus talentos. Estaba familiarizado con los problemas de Chase y no había tenido ningún problema en meterla en el campo.

A pesar de sus palabras, la principal preocupación del Director era, y quizá siempre sería, resolver casos. El bienestar de sus subordinados siempre estaría en segundo lugar.

Como era de esperar, la respuesta de Hampton coincidió con la de sus amigos. El hombre se había apresurado tanto a ofrecerle un billete de avión a Manhattan -que Chase había rechazado de inmediato, ya que estaba a sólo unas horas en coche- que ella consideró que su decisión de enviar a Floyd solo a este caso había sido estratégica.

Una diseñada para que el hombre fracasara. Hampton era muchas cosas, pero estúpido no era una de ellas. Sabía que Floyd le tendería la mano y...

No, no se trata de ti, Chase. Se trata de las chicas. No importa cómo o por qué llegaste aquí.

Aun así, por mucho que este razonamiento tuviera sentido, la sensación de ser manipulado era desagradable.

Chase ni siquiera estaba segura de por qué estaba conduciendo hasta Manhattan. Al fin y al cabo, el suicidio de cinco chicas, por trágico que fuera, no se ajustaba a la definición de crisis del FBI.

Eran sus ojos... eran los ojos de Sky Derringer.

Esta idea pasó por su mente y, por tonta que fuera, se negó a soltar su agarre sobre sus neuronas.

El rasgo más llamativo de la foto de Sky Derringer que había aparecido en todas las noticias eran sus brillantes ojos verdes.

Ojos que le recordaban a Chase a Georgina.

Chase negó con la cabeza.

Un caso, eso es todo. Uno y listo.

Se burló.

No había persona más fácil en el mundo a la que mentir que a uno mismo.

Durante su breve conversación, Hampton se ofreció a remitirle el expediente del caso, que, según admitió, contenía poco más que detalles sobre las víctimas.

Chase se había negado amablemente.

Del mismo modo, Floyd había sugerido que se reunieran en la comisaría 62, pero ella también había desechado esa idea, y por un motivo relacionado.

No quería saber nada de las víctimas y lamentaba la información que ya había absorbido de los medios o de Floyd. Chase no quería ser parcial. Todo lo que necesitaba saber sobre lo que les había ocurrido a aquellas chicas estaría en la escena del crimen. Todo lo que Chase tenía que hacer era oler el aire, saborear la muerte en su lengua.

Y necesitaba tocar, sentir...

Súbitamente inquieta, Chase se acercó al asiento del copiloto y cogió su par de guantes de cuero marrón, elegantes pero prácticos, y se los puso. Disfrutó del sonido que hacían en el volante cuando volvía a colocar las manos en las posiciones diez y seis.

El trayecto hasta la ciudad fue en general agradable, a pesar del cambio de ritmo, y el tráfico sólo empezó a aumentar cuando estaba a menos de treinta minutos de Manhattan. A medida que se acercaba a la estación de metro, el tráfico se hacía más denso. A pesar de que Floyd le había advertido de que la estación de la calle 14 había sido reabierta menos de cuarenta y ocho horas después de que cuatro chicas se suicidaran allí, ver a toda la gente deambulando como si nada hubiera pasado le hizo sonreír con desprecio.

Sin embargo, la afluencia de gente no dejaba poco espacio para los medios de comunicación. Chase solo pudo ver una cámara apuntando a la boca del metro.

Y eso estuvo bien.

Lo último que quería era que algún periodista impaciente la fotografiara y averiguara quién era.

Y el hecho de que se suponía que estaba muerta.

Chase no tenía ningún deseo de hacer que este caso se tratara de otra cosa que no fueran las chicas muertas.

Se detuvo, aparcó el BMW en doble fila y buscó a Floyd entre la multitud.

No era difícil verle.

El hombre estaba apoyado en la barandilla de la escalera que baja a la estación. Floyd era alto y delgado, siempre lo había sido, pero ahora

parecía *atraído de* algún modo. Más delgado y, si cabe, más alto, a pesar de su actual encorvamiento.

Chase recordó sus conversaciones con Dunbar.

Sí, me necesita.

Esta revelación puede hacer sentir bien a otras personas, utilizarla para reforzar su autoestima, pero no a Chase.

Una vez más, le hizo sentirse utilizada.

Suspirando, Chase salió del coche e inmediatamente se sintió acosada por los sonidos y las vistas de Nueva York. Estaba lejos de casa y eso casi la abrumaba.

Chase cerró los ojos y apoyó las manos en el capó del coche para enderezarse.

"¿Chase?"

En el momento, quédate en el momento.

"¿Chase?"

Chase respiró hondo y abrió los ojos.

Floyd se abría paso hacia ella. A medida que se acercaba, Chase notó que, aunque sus mejillas eran hoscas, el alivio en sus ojos era casi cristalino.

"Floyd, yo..."

Un fuerte abrazo le robó las palabras.

"Te extrañé, Chase", dijo Floyd.

"Yo también te he echado de menos".

Chase se sorprendió de lo automáticamente que devolvió el abrazo al hombre. Cuando se dio cuenta de lo que hacía, Chase apartó suavemente a Floyd.

Si estaba dolido por esto, no se le notaba en la cara.

"Me alegro de que hayas decidido venir", dijo. "Porque yo..."

"Llévame a la escena, Floyd", interrumpió Chase. "Podemos hablar de todo lo demás más tarde. Ahora mismo, sólo quiero que me lleves a donde murieron las chicas".

Capítulo 23

"¿Es aquí?" preguntó Chase mientras se asomaba por las escaleras que descendían a la estación de metro.

"Aquí es. Saltaron a la pista norte", le informó el detective Dunbar. Aunque su reintroducción también había sido cordial, carecía de la naturaleza íntima de la de ella y Floyd.

Sin embargo, al igual que Floyd, el hombre parecía increíblemente estresado.

El detective siguió hablando mientras bajaban las escaleras, pero Chase le ignoró. Ya era bastante difícil recorrer los escalones de hormigón resbaladizos de grasa si el lugar había sido acordonado, y mucho más cuando estaba repleto de gente.

Deseó haber venido en un momento menos ajetreado, pero entonces recordó que esto era Nueva York.

No existía una época menos ajetreada en Nueva York.

A pesar de la falta de práctica, Chase sólo necesitó un puñado de pasos cuidadosos para poner en marcha sus instintos. El efecto fue sutil al principio: el ruido a su alrededor se desvaneció. Pasó de ser ensordecedor a ser un ruido de fondo.

La gente fue lo siguiente. No desaparecieron en una sola toma, sino que fueron eliminadas poco a poco, como si un artista digital borrara minuciosamente la multitud de una foto por lo demás perfecta.

En algún lugar lejano oyó la voz de Dunbar.

"¿Está bien?"

Para su sorpresa, Floyd hizo callar al detective y Chase puso más espacio entre ellos.

Cuando llegó al rellano y se acercó a la plataforma norte, Chase estaba sola.

Espera, eso no estaba bien.

Oyó voces. Cuatro voces.

A pesar de llevar guantes, la mano izquierda de Chase se sintió de repente fría y húmeda, como si estuviera agarrando un café helado.

Guantes, llevo guantes.

Allá en Alaska, cuando había tocado un cadáver con la mano desnuda, algo había sucedido: había revivido los últimos momentos de la víctima como si fueran suyos. Sólo más tarde Chase descubrió que no se trataba de magia ni de una forma bastarda de necrotelepatía. Por lo que ella sabía, la combinación de terapia de electrochoque a una edad temprana y, más tarde, años de abuso de drogas intravenosas habían cambiado algo en su cerebro.

Su subconsciente había sido alterado. Sintonizado.

Pero después de lo ocurrido en la Guarida del Diablo, estos cambios

parecían haberse invertido.

Su talento, o "vudú", como lo había bautizado Stitts, ya no existía.

Los pensamientos sobre su ex pareja amenazaron con sacarla de su ensueño, pero Chase no se lo permitió. Respiró hondo, aspirando el aroma por excelencia del metro de Nueva York, y pasó los sabores por su lengua, intentando desesperadamente permanecer en el momento.

Funcionó.

Examinó las vías, tratando de detectar cualquier rastro de sangre o sangre. Pero la vía norte de la estación de la calle 14 tenía el mismo aspecto que las demás vías del metro. No había ni rastro del horror que había ocurrido aquí no hacía mucho.

Chase cambió de táctica y cerró los ojos mientras imaginaba que era una de esas chicas.

¿Qué les preocupa a las adolescentes? Estoy aquí en el metro, café con leche helado en la mano, y yo...

Entonces se dio cuenta.

¡Teléfono móvil!

Chase metió la mano en el bolsillo y empezó a sacar la suya. Entonces volvió a abrir los ojos.

Lo primero que vio fue a Brooke Pettibone. Alta, rubia y con los labios pintados de rojo intenso, la chica la miraba fijamente.

Sólo que no era Brooke. Esta chica llevaba un uniforme similar, pero no era ella.

De repente, Chase ya no estaba sola. Ahora había docenas de personas a su alrededor, empujándola, gritando para que la escucharan por encima del estruendo. También había un zumbido en el aire, un quejido eléctrico que, una vez oído, era imposible ignorar.

Sintiéndose abrumada, Chase encontró un lugar vacío en la pared y se apoyó en él.

"¿Estás bien, Ch-Chase?" Esta vez era Floyd y no Dunbar.

"Estoy bien", respondió entre dientes apretados. Un escalofrío recorrió a Chase mientras intentaba localizar a la chica del pintalabios rojo. O se había ido o nunca había estado allí.

Apostó por lo segundo.

"Teléfonos móviles", dijo. "Tenían algo... recibieron una llamada o algo antes de saltar".

Dunbar, que ahora estaba junto a Floyd, hizo una mueca.

"Un texto", corrigió. Chase enarcó una ceja, indicándole que diera más detalles. Dunbar obedeció. "La cámara de seguridad del otro lado de las vías lo captó todo. Cada una de las chicas recibió un mensaje y luego se cogieron de la mano y saltaron".

"Y parecían felices por ello", añadió Floyd.

¿Contento?

"¿Qué demonios?" murmuró Chase.

Mientras reflexionaba, Dunbar le ofreció información adicional.

"La quinta chica, parte de la misma camarilla, se unió a sus amigos esta mañana".

Sky Derringer, el de los ojos verdes.

"¿Cómo? ¿Cómo lo hizo?" preguntó Chase, sus ojos se movían entre la multitud de gente que empujaba hacia el andén mientras el tren se acercaba.

Dunbar bajó la voz aunque la probabilidad de que le oyeran era casi nula.

"Se cortó las venas. Murió en su cama".

Mismo resultado pero metodología muy diferente.

"¿Conseguiste recuperar los móviles de las chicas?"

Dunbar negó con la cabeza.

"Destruido".

"¿Y el de Sky?" Se sintió extraño al referirse a la chica por su nombre de pila, y esto pareció inquietar a Dunbar, pero Chase no se corrigió.

"Aún no he terminado de procesar la escena", dijo Floyd. "Paré allí primero y luego vine aquí para encontrarme contigo".

Chase asintió y volvió a mirar a su alrededor, tratando de obtener información adicional de la escena, cualquier cosa que Dunbar y Floyd pudieran haber pasado por alto.

Lo has perdido, Chase, le dijo una vocecita en la cabeza. Tardó un momento en darse cuenta de que la voz pertenecía a Stitts. *¿De qué sirves si tu "vudú" ha desaparecido?*

"¿Quieres bajar a las vías?" Preguntó Floyd. "Podemos coger el..."

"No", respondió tajante. Si había pruebas escondidas aquí, estaban fuera de su alcance. "Quiero irme".

Dunbar asintió.

"Podemos ir directamente a casa de Sky, o podemos volver a la comisaría 62 si quieres. Reagrupaos, mirad si el departamento técnico ha conseguido..."

"No", repitió Chase. Una escena del crimen bulliciosa o una comisaría ajetreada no le ayudaban a entender el caso. Puede que Dunbar y Floyd quisieran su ayuda, que prácticamente se la suplicaran, pero eran buenos en su trabajo. Si había algo en las cintas de seguridad o en los archivos de las chicas, ya lo habrían encontrado. "Quiero ir a otro lugar, un lugar tranquilo".

Dunbar parecía incómodo mientras se rascaba la nuca.

"Mi apartamento es..."

Una vez más, Chase negó con la cabeza. Algo que Louisa había dicho cuando Floyd la llamó por primera vez resonó en ella.

"No, tengo otro lugar en mente. Un lugar que posee un viejo amigo mío".

Capítulo 24

"No sé si es una buena idea, Chase", protestó Dunbar cuando los tres se pusieron en marcha hacia *Investigaciones DSLH*.

Chase, que iba en cabeza, miró entrecerrando los ojos las letras de la puerta y luego se volvió para mirar a Dunbar y a Floyd.

"¿Por qué no?"

"¿Has... has visto las noticias últimamente?" Dunbar preguntó tentativamente.

Chase balanceó la cabeza de un lado a otro.

"Rara vez demasiado deprimente. Lo único que he visto últimamente son las noticias sobre Sky".

"Sí, bueno, Drake y *DSLH* están pasando por algunos cambios". Había una mirada extraña en la cara de Dunbar cuando dijo esto, y Chase se preocupó.

"Drake no va a..."

¿"Volver a la cárcel"? No, al menos todavía no. Escucha, es una larga historia, pero digamos que hay problemas en el paraíso".

Chase frunció el ceño.

"No tengo tiempo para dramas", refunfuñó, volviendo su atención a la puerta. Si hubiera estado indecisa, se habría marchado. Pero Chase ya se había decidido.

"Entonces probablemente deberías alejarte de Drake", dijo Dunbar con voz apenas audible.

Chase abrió la boca para contestar, pero resistió el impulso. Se sorprendió al ver que la puerta estaba cerrada y se llevó las manos a los ojos, intentando mirar a través del cristal esmerilado.

No vio nada.

"¿Qué coño está pasando?"

Chase llamó una vez y esperó.

"Tal vez deberíamos irnos", sugirió Dunbar.

Chase se lo pensó, pero cuando volvió a probar el pomo de la puerta, ésta se abrió.

Las luces del interior *de DSLH* eran sorprendentemente duras y, cuando se derramaron sobre su cara, Chase quedó momentáneamente cegada.

"¿Chase? ¿Chase Adams?"

Aunque le costaba ver la cara del hombre, reconoció su voz rasposa.

"Screech, me alegro de volver a verte", dijo, con los ojos empezando a ajustarse.

Frente a un moderno escritorio de cristal estaba Stephen "Screech" Thompson. Al igual que Floyd, era alto y larguirucho, pero en lugar de

ir bien afeitado y con el pelo corto, Screech llevaba la cabeza rapada y una fina perilla rubia en la barbilla.

"Hola, Chase", dijo una segunda persona, atrayendo su mirada.

Se parecía a Leroy Walker, la *"L"* de *DSLH*, sólo que no podía ser él. Esta versión era mucho más grande y musculosa. Tenía la misma piel oscura que Floyd, pero era como tres de los hombres apilados juntos.

"¿Leroy?", la palabra salió como una pregunta.

"Me alegro de verle", respondió el hombre, confirmando sus sospechas.

¿Qué demonios le ha pasado?

Como no quería que la cogieran por sorpresa por segunda vez, Chase miró a su alrededor. Había tres mesas de cristal idénticas frente a la pequeña zona de asientos en la que se encontraba, así como otra mesa al fondo de la oficina. Este último era de madera desgastada y parecía rescatado de una escuela de los años veinte.

Y ese debe ser el escritorio de Drake.

"Hola, Screech, Leroy", dijo el detective Dunbar, entrando por fin en el despacho. Floyd le siguió con una serie de saludos y una breve presentación. Tras estas formalidades, Screech volvió a centrar su atención en Chase.

"Drake no... Drake no está aquí", le informó. Había algo en la forma en que el hombre dijo el nombre de Drake que le pareció extraño a Chase.

Era de naturaleza casi agresiva.

"Está bien, no estoy aquí para verlo."

Screech enarcó una ceja.

"Yo tampoco estoy aquí para verte".

"Bueno, es amable de tu parte pasar, para ponernos al día, pero estamos ocupados aquí".

Chase necesitó toda su fuerza de voluntad para no mirar a su alrededor de forma dramática, para no llamarle mentiroso con una simple mirada.

"Necesito usar este espacio", dijo con calma.

Screech se sorprendió.

"Actualmente está ocupado".

"Ya lo veo. Pero acabo de llegar de fuera de la ciudad..."

"¿El caso de las chicas suicidas?" interrumpió Leroy.

Chase apretó los labios e ignoró el comentario. Esto no iba tan bien como esperaba. Pero fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, fuera el drama al que Dunbar había aludido para que Screech se mostrara tan hosco, Chase aún sabía cómo conseguir exactamente lo que quería.

"y necesito un lugar donde quedarme. No estoy buscando una limosna, sin embargo. Te pagaré cinco de los grandes por una semana,

sólo por usar esta oficina para trabajar, para dormir. Si me quedo otra semana, otros cinco mil".

La cara de Screech cambió: sus ojos se abrieron de par en par, los músculos de su cuello se aflojaron.

"Chase, no creo...", empezó Dunbar desde detrás de ella, pero Chase lo silenció levantando un dedo.

"Efectivo", añadió.

Mientras que a Screech le molestaba que lo manipularan de esa manera, Leroy no tenía reparos. Se encogió de hombros, cogió una bolsa de deporte del escritorio y se la colgó al hombro.

"Ha sido genial ver a todo el mundo, pero me voy a tomar el resto del día libre. A entrenar".

Leroy se dirigió hacia la puerta, pero cuando se dio cuenta de que Screech no le seguía, volvió a mirar a su compañero.

"Screech, démosles un poco de privacidad, ¿sí?"

Screech sólo podía aguantar un rato.

"Tenemos que ir y venir", dijo. "Todavía tenemos que dirigir nuestro negocio. No podemos cerrar por..."

"No hay problema. No busco tomar el control, Screech, ni causar problemas. Sólo necesito un lugar tranquilo para pensar".

Esto inclinó la balanza y Screech empezó a recoger sus cosas, que estaban en un estado de desorden mucho mayor que las de Leroy.

"No puedes usar los ordenadores", dijo en un intento poco convincente de recuperar el control de la situación.

"No hace falta", dijo Floyd, sosteniendo una mochila que contenía un ordenador portátil.

"Vale, volveré antes de las cinco para cerrar. Si quieres quedarte más tarde, te daré una llave entonces. También necesitaré un anticipo de algún tipo".

"Lo tendrás a las cinco", dijo Chase asintiendo. "Todo."

Satisfecho, Screech se reunió con Leroy junto a la puerta, pero antes de que el dúo saliera, Chase tenía una pregunta más para ellos.

"Entiendo que Drake no está aquí, pero ¿dónde está Hanna?"

Algo oscuro cruzó las facciones de Screech.

"No creo que la veamos pronto. A ella o a Drake".

Capítulo 25

"¿Qué demonios fue todo eso?" preguntó Chase cuando sólo quedaban ellos tres en *Investigaciones DSLH*.

"Una larga historia", dijo Dunbar. Era la segunda vez que aludía a algo más serio pero, como la primera, Chase no estaba de humor para dramas.

Su comentario fue de pasada, una reflexión personal, no una solicitud de información.

"¿Qué estamos haciendo aquí?" Preguntó Floyd.

Agradecido por el cambio de tema, Chase respondió: "No hay ningún motivo oculto. Sólo necesito un lugar tranquilo para trabajar".

Y no necesito que un montón de chicos de azul me miren boquiabiertos, haciéndome preguntas sobre Marcus Slasinsky y lo que realmente ocurrió en los Jardines de las Mariposas.

Al notar la expresión de Dunbar, añadió: "Y no te preocupes por el dinero. Yo me encargo. Ahora, Floyd, ¿quieres ponerme al corriente del resto de detalles del caso?".

Floyd se apresuró a compartir lo que habían encontrado en el lugar de los hechos, así como información sobre las chicas en general. Según sus amigos, sus padres y las redes sociales, las cinco chicas eran populares, queridas y se preparaban para ir a la universidad.

"¿Algo que destacar cuando hablaste con sus padres?"

Floyd y Dunbar intercambiaron una mirada.

"N-n-no", dijo su compañero. Hasta esta palabra de una sola sílaba, Floyd no había tartamudeado en absoluto. "E-Espera. Los padres... están d-divorciados".

"¿Los padres de quién?"

"Madison B-B-Bailey's."

"¿Y?"

"Tanto la madre como el p-padre eran agresivos conmigo y con Dunbar."

Chase hizo una mueca.

"Y, por lo que sabemos, Madison era el alfa del grupo".

El disgusto de Chase se manifestó en forma de gruñido.

"¿Qué?" Preguntó Dunbar.

"Agarrarse a un clavo ardiendo".

"P-podría ser algo", dijo Floyd encogiéndose de hombros. "Familia abusiva".

"¿Y qué?" Chase espetó antes de ajustar rápidamente su tono, no queriendo avergonzar a Floyd. "Mira, si Madison sufrió abusos, ¿por qué se suicidaron sus amigas?".

"Especialmente Sky", dijo Dunbar.

"Sí, sobre todo ella. Aunque pasara algo entre todas, algo lo suficientemente malo como para que las chicas quisieran suicidarse, ¿qué posibilidades hay de que Sky las siguiera *después* del hecho?".

Chase no era en absoluto una experta en suicidios, pero esto no tenía ningún sentido. Se sentó en la silla de plástico duro detrás del escritorio de madera.

"Y eso no explica los textos", dijo Floyd, subiendo a bordo.

Chase se tomó un momento para respirar.

Intentó transportar su mente al metro para volver a ponerse en el lugar de las chicas, pero sólo podía pensar en los ojos verdes de Sky.

"¿Violación? ¿Violación? ¿Aborto?"

Al no obtener respuesta, abrió los ojos. Dunbar y Floyd la miraban fijamente, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

"Oh, vete a la mierda. No me mires así. ¿Qué más hace que las chicas-mujeres-se suiciden?"

Dunbar se aclaró la garganta.

"Hicimos algunas indagaciones pero no pudimos encontrar nada".

"No significa que no haya pasado nada. ¿Hablaste con sus amigos? ¿Novios?"

"Todavía no. Floyd también sugirió que quizá las chicas no eran víctimas de un crimen, sino sus autores. Sin embargo, hasta ahora no ha aparecido nada en ninguna base de datos a la que tenga acceso."

"Joder", maldijo Chase.

DSLH guardó silencio por segunda vez. Chase sabía que ambos hombres esperaban de ella alguna pista y, sin embargo, no tenía nada que decir. Si se tratara de un asesino sádico, tendría mucho que decir. Pero, ¿suicidio? ¿Qué experiencia tenía con el suicidio?

"¿Ch-Ch-Chase?" El tartamudeo de Floyd era aún más pronunciado ahora.

"¿Sí?"

El hombre bajó la mirada y la voz.

"¿No se suicidó tu p-p-p-padre?

Chase inhaló bruscamente.

"¿Qué quieres decir?"

Los ojos de Floyd empezaron a desviarse.

"Sólo estaba en tu expediente".

Chase sintió que se le encendían las mejillas y miró a Dunbar. El hombre parecía confuso y, aunque estaba enfadada con Floyd por sacar el tema ahora, al menos la reconfortaba el hecho de que no parecía que fuera algo de lo que hubieran hablado antes.

A decir verdad, hacía mucho tiempo que no pensaba en ninguno de sus padres. Incluso estos cinco suicidios no habían desencadenado recuerdos de su padre.

"Sí, bueno, no creo que un hombre de mediana edad metiéndose

una pistola en la boca tenga relevancia en este caso, ¿verdad?".

Floyd no la miró.

"P-p-pero tal vez si..."

"Tal vez, nada. Déjalo, Floyd". De nuevo, sus palabras son más duras de lo esperado. Pero ella consiguió su punto a través.

Dunbar seguía mirando como un niño pequeño que ve cómo sus padres se maltratan verbalmente.

"Lo siento.

"No te preocupes".

El tercer silencio de los últimos minutos fue el primero que Chase no quiso.

"De acuerdo, no vamos a resolver esto metiéndonos los pulgares en el culo antes de chupárnoslos, ¿verdad?".

El crudo comentario hizo que Dunbar volviera a centrarse.

"¿Quieres salir de aquí? ¿Ir a casa de Sky?"

Chase se lo pensó.

"No", decidió. "Quiero ver el vídeo. Quiero ver a las chicas justo antes de que saltaran delante del tren".

Capítulo 26

Incluso después de que Dunbar hubiera cargado las imágenes de la estación de metro en el portátil de Floyd y Chase se hubiera colocado frente a él, dudó antes de pulsar el botón de reproducción.

No era ningún secreto que en su primera etapa en el FBI, el director Hampton la había aislado de casos específicos, principalmente los que afectaban a niños.

El problema era que esos eran los únicos casos que le interesaban a Chase. Chase quería encontrar a su hermana, estaba desesperado por hacerlo.

Y cuando lo hizo, las cosas volvieron a cambiar.

Ahora, su vacilación tenía su origen en algo diferente. Chase se dio cuenta de que eran los brillantes ojos verdes de Sky Derringer. Eran increíblemente parecidos a los de Georgina.

¿De qué tienes miedo?

Era una pregunta retórica, pero también tenía una respuesta.

Madison y su equipo estaban en el instituto cuando se quitaron la vida. Y Chase acababa de pasar los dos últimos días con Georgina recorriendo escuelas. Escuelas primarias, claro, pero ambas significaban lo mismo: ceder el control.

Y eso era algo que odiaba hacer.

"¿Chase?"

"Sí, lo siento, sólo pensaba".

A continuación, pulsó "play".

Por desgracia, el vídeo no ofrecía más información sobre la mentalidad de las chicas. Chase esperaba que se viera algo a través de la pantalla, pero sólo vio lo que Floyd describía: cuatro chicas de aspecto feliz recibiendo un mensaje, cogidas de la mano y saltando.

Y tenía razón: todos parecían... *felices.*

El vídeo continuó durante varios segundos después de que el tren se detuviera.

"No hay nada..."

Chase hizo callar al detective y siguió observando. El maquinista, blanco como una rebanada de Wonder Bread, abrió la puerta, tropezó y se desplomó. Cuando el pobre hombre empezó a vomitar, Chase apagó por fin el vídeo.

"¿Qué era ese mensaje?", se preguntó en voz alta. Chase volvió a tener la sensación de que estaban perdiendo el tiempo. Si no averiguaban qué les habían enviado a las chicas, las perspectivas de resolver todo este asunto eran escasas.

"Ni idea", dijo Dunbar. "Mi equipo está trabajando en ello, pero..."

"¿Pantalla de tóxicos?" Chase interrumpió. "¿Algo sobre tóxicos?"

"Otra vez", dijo Dunbar, sonando abatido. "Trabajando en ello".

"Eso es lo que yo también pensé", añadió Floyd. "Tomaron algo que les hizo pensar... no sé, ¿les hizo pensar que estaban en otro lugar? ¿Como un espejismo?"

De todas las veces que Chase se había drogado, nunca había experimentado nada parecido a un espejismo. Había visto cosas, cosas horribles, pero la mayoría de las veces las drogas servían para hacer lo contrario: despejar su mente. Adormecerla. Hacerla olvidar.

"Si es así, tiene que haber algo nuevo en la calle".

"Y luego está Sky", dijo Dunbar.

"Sí, Sky".

Chase no necesitó decir nada más. Por sí sola, esta narración era una exageración considerable, pero la separación, tanto temporal como espacial, entre ambos sucesos la hacía extremadamente improbable.

Un fuerte dolor de cabeza empezaba a formarse detrás de los ojos de Chase. Había venido a ayudar, pero estaba haciendo cualquier cosa menos eso.

"Maldita sea", maldijo.

Ni siquiera debería estar aquí. Debería estar con Georgina.

Un teléfono móvil empezó a sonar, sobresaltando tanto a Dunbar como a Floyd. Era el de este último y tanteó para sacarlo del bolsillo. Observó la expresión de su rostro mientras leía el identificador de llamadas, oculto a sus ojos, y retrocedía lentamente antes de contestar.

Chase siguió mirando fijamente hasta que Floyd se inclinó hacia él.

"Me alegro de que hayas vuelto".

Había miedo en los ojos del hombre. Cuando había dejado el FBI, Chase se había preocupado por Floyd. Pero pensó que era capaz de manejarse solo.

Hasta que Hampton lo puso en un caso solo... un caso que involucraba a chicas adolescentes.

La ligera sospecha de que estas circunstancias no eran accidentales empezaba a regresar.

No creo en las coincidencias, dijo Stitts dentro de su cabeza.

Chase estuvo de acuerdo.

"Quiero decir que es bueno estar de vuelta", comenzó Chase, imitando el tono del hombre. "Pero no estoy tan seguro".

Tampoco estoy muy seguro de poder ayudaros.

"Lo sé, lo sé. Pero ha pasado... ha pasado un tiempo".

"Así ha sido", concedió Chase. "Demasiado tiempo".

Tuvo que recordarse a sí misma que Floyd no era Stitts. No tenía la experiencia ni la fortaleza.

Pero eso no significaba que no pudiera ser un buen agente del FBI.

O un buen compañero.

"¿Chase?"

Tanto ella como Floyd miraron a Dunbar, que sostenía su teléfono en una mano carnosa.

"Era mi técnico... Acaba de recibir un mensaje de la compañía de celulares".

"¿Y?" Floyd y Chase preguntaron al unísono.

"Aparentemente, no tuvieron problema en entregar el texto. No necesitaron una orden ni siquiera..."

"¿Qué decía, Dunbar?" Preguntó Chase.

El detective tragó saliva.

"No vas a creer esto..."

Capítulo 27

"Estás bromeando, ¿verdad?"

"Yo no". Como para probar su punto, la boca de Dunbar se convirtió en una delgada línea.

Las cuatro chicas recibieron un mensaje de texto en blanco, completamente vacío, y eso les hizo sonreír y saltar...

"No tiene sentido. ¿De quién era este mensaje en blanco?" Chase preguntó.

"No lo saben", respondió Dunbar.

"¿Qué?"

"¿Puedes siquiera enviar un mensaje en blanco?" Preguntó Floyd.

"¿Qué quieres decir?" replicó Dunbar.

"Quiero decir, no se puede enviar un mensaje que no contiene caracteres. No irá, al menos eso creo".

"¿Y un mensaje sólo lleno de espacios?" Dunbar preguntó. "¿O una línea en blanco, ya sabes, un enter?".

Chase ya estaba aburrido de esta discusión. No era útil y no les iba a acercar más a averiguar por qué saltaron las chicas.

"¿Fue así?"

"Yo no... espera, ¿los espacios son datos?"

Floyd asintió.

"Bueno, la compañía celular dijo que el mensaje no contenía datos. El técnico fue bastante específico con la redacción".

"¿A quién le importa? No sirve de una puta mierda. Espacio, no espacio, datos, no datos..." Floyd hizo una mueca, y Chase se dirigió a él directamente. "Floyd, si tienes algo que decir, dilo".

"Bueno, he oído hablar de este programa que se puede conseguir-que se puede descargar. Un clic, y puede borrar todos los mensajes y luego el propio programa. No sólo eso, sino que se mete con el proveedor. Pone en blanco su sistema, borra sus registros de alguna manera". Floyd miró a Dunbar. "Quizá sólo el contenido. No estoy completamente seguro".

Chase no era en absoluto una experta en informática, pero tenía una idea de cómo funcionaba el "borrado" de datos de un disco duro. En realidad, los datos nunca se perdían, sólo se olvidaba su ubicación. Y hasta que algo escribía sobre esos bits, en teoría eran recuperables.

"Y el..."

Dunbar debió de leer sus pensamientos porque respondió a su pregunta no formulada.

"Los teléfonos fueron destrozados. Si aún había datos en ellos, no son recuperables".

"Bueno, otra vez estamos en la puta nada", proclamó Chase,

levantando las manos. "No tenemos ni idea de por qué estas chicas decidieron saltar delante del tren o por qué su amiga se cortó las venas. ¿Leche de almendras en mal estado en sus cafés con leche? ¿Se perdieron las rebajas en JC Penney's? Tal vez ellas..."

"Cuatro de ellos."

Chase fulminó a Floyd con la mirada.

"¿Qué?"

"Cuatro de ellos", repitió.

"¿De qué demonios estás hablando?"

Esta vez, Chase fue incapaz de contener su frustración. Hacía tiempo que no salía al campo y aún más que no se sentía tan inútil.

"Bueno, cuatro de los teléfonos fueron destruidos, pero el quinto no. El móvil de Sk-Sk-Sky no fue destruido, yo-yo-yo no creo".

La mirada de Chase se convirtió en un entrecerrar de ojos antes de girarse y centrar su atención en Dunbar.

"¿Sky también recibió un mensaje?"

"No lo sé."

"¿Cómo que no lo sabes?"

Dunbar se encogió de hombros, pero fue Floyd quien contestó.

"Sólo estuvimos en la s-s-scena un ratito antes de venir a m-conocerte".

"¿Y no comprobaste el móvil de Sky?"

"No", dijo Dunbar.

"¿Por qué coño no?"

"Porque no pudimos encontrarlo. Por eso, Chase".

Estaba claro que Chase no era el único que se estaba frustrando.

Dunbar exhaló con fuerza.

"Mira, sus padres descubrieron el cuerpo. Estuvieron trabajando todo el día y al volver a casa la encontraron en la cama. Avisaron y apareció la policía de Nueva York", aclaró el detective. "Ni siquiera nos enteramos, no supimos que estaba relacionado hasta un par de horas después. Para entonces..."

"Espera", interrumpió Chase, asegurándose de controlar su tono. "¿Cuánto tiempo después de que las cuatro chicas saltaran delante del tren se suicidó Sky?".

Dunbar tardó en contestar más de lo que le hubiera gustado.

"Un par de horas. Seis, máximo".

Chase se mostró incrédulo.

"¿Tan poco tiempo? Las noticias hacían parecer que las muertes estaban separadas por un día o más".

"Bueno, estaban equivocados y no iba a corregirlos. Puedo encontrar la hora exacta si quieres".

Chase se mordió el interior de la mejilla mientras pensaba en esta nueva información.

Una de las cosas que le había resultado extraña era el tiempo transcurrido entre que las chicas saltaron delante del tren y Sky se cortó las venas. No le cabía duda de que ambos sucesos estaban relacionados, pero si todas las chicas hubieran hecho algún tipo de pacto suicida, lo habrían hecho juntas. Había algo que decir sobre el poder de la mentalidad colectiva o la presión de grupo, pero ambas se habrían debilitado cuanto más tiempo pasara Sky sin saber de sus amigas.

Pero ahora que los dos sucesos habían ocurrido más cerca...

"Sí, mira a ver si puedes averiguar exactamente cuándo ocurrieron las muertes. ¿Los padres confirmaron que Sky tenía un móvil?"

Dunbar hizo una mueca.

"Sí, vale, adolescente, lo entiendo", dijo Chase, respondiendo a su propia pregunta. "Por supuesto, ella tenía un... espera. ¿Qué dijiste acerca de dónde vino el texto?"

"La compañía de telefonía móvil no pudo decírnoslo".

"Tenemos que encontrar ese móvil", dijo Chase distraídamente. "Creo que deberíamos hacer una visita a los padres de Sky".

Dunbar asintió.

"No está lejos. Puedo..." sonó el teléfono del detective, interrumpiéndole de nuevo. "¿Otra vez? Jesús, espera."

Mientras respondía, Floyd preguntó: "¿En qué estás pensando, Chase?".

Chase miró al hombre a la cara.

"Lo que estoy pensando es que podría saber quién envió el mensaje a Madison y sus amigas".

Floyd se lamió los labios.

"¿Quién?", la palabra le salió como si se le hubiera secado la garganta.

"Sky Derringer", respondió Chase sin dudarlo. "Ese es".

Capítulo 28

"¿Adónde vais?" preguntó Dunbar en cuanto colgó el teléfono.

"La casa de Sky Derringer. Tenemos que encontrar su celda. ¿Vienes con nosotros?" Chase respondió.

Dunbar negó con la cabeza.

"No puedo. Era el forense. Llegó el análisis toxicológico". Chase podía decir por la mirada en la cara del detective que esto no iba a resolver el caso. "Nada en el organismo de las chicas. Nada en el sistema de las chicas. Ni alcohol, ni THC, ni opiáceos, nada".

¿"Toxicología completa"?

Dunbar asintió.

"Toxicología completa".

"Mierda. ¿Qué pasa con Sky?"

"Sigo esperando los resultados, pero no tengo esperanzas".

"Yo tampoco", concluyó Chase.

"Pero tengo que entrar de todos modos", continuó Dunbar. "Había algo en el pelo de las chicas... algo en el tinte que usaban".

"¿Qué?" Chase podía estar de acuerdo con algunas teorías descabelladas, pero la que se le ocurrió ahora era ridícula.

Tinte para el cabello filtrándose en los cerebros de las chicas...

"¿Tinte de pelo?" Preguntó Floyd.

"Sí, no lo sé. La forense dijo que lo explicaría en persona. ¿Van a visitar la casa de los Derringer?"

Chase asintió.

"Sí."

"¿Vas a estar bien sin mí?"

La expresión de Chase se agrió.

"No, papá, necesitamos un hombre grande y fuerte que nos mantenga a salvo".

"Está bien", dijo Floyd. "Estaremos bien."

A Chase le pareció extraño el comentario, pero lo dejó pasar, aparte de lanzarle una mirada a su compañera.

"Tú ve a averiguar qué demonios les pasa en el pelo, y nosotros iremos a buscar el móvil de Sky".

"¿Y encontrarnos más tarde aquí?" Dunbar preguntó.

"Claro".

"¿Qué pasa con Screech? ¿Y *DSLH*?" preguntó Floyd.

Chase consultó su reloj. Aún no eran las dos.

"Volveremos a las cinco."

"¿Pero vamos a dejar las puertas abiertas? ¿Sin cerrar, quiero decir?"

Chase miró a su alrededor. Los escritorios eran elegantes y los

ordenadores probablemente costaban un dineral, pero no eran precisamente portátiles.

"¿Por qué no? ¿Crees que alguien va a venir a robar a una empresa de IP?".

"*La* empresa de IP *de Damien Drake*", especificó Dunbar.

Chase se rascó un picor.

"Buena observación, pero no voy a quedarme aquí sentada... Me arriesgaré". Luego, dirigiéndose a Floyd, añadió: "¿Vienes, o sólo quieres cuidar la oficina todo el día?".

***

"¿Has... has hablado con Stitts?" Chase preguntó mientras salía del estacionamiento *DSLH*.

"Sí, vino a Quantico no hace mucho", respondió Floyd.

Chase intentó no parecer demasiado emocionada. La última vez que había visto a Jeremy Stitts había sido en el hospital y le había regalado a la perra, Piper, antes de despedirse.

Le echaba mucho de menos. Estar aislada con Georgina le había hecho olvidar muchas cosas, entre ellas a su ex compañero. Pero ahora que estaba de vuelta en el campo le dolía el vacío que normalmente llenaba Stitts.

Sin embargo, Chase no se engañaba a sí misma: hacía tiempo que las cosas no iban bien entre ellos y habían llegado a un punto crítico después de acostarse juntos. Ambos estaban dañados, intrínsecamente unidos y se ponían de los nervios.

Pero eso era lo que les hacía funcionar tan bien juntos.

Y si estuviera aquí ahora...

Chase no había hablado con nadie de su pasado después de dejar el FBI, ni siquiera con Louisa, hasta que la mujer la había cazado. Floyd había llamado a menudo, sobre todo al principio, pero ella no había contestado.

Ni siquiera había comprobado los mensajes de su buzón de voz.

Si hubiera sido Stitts quien llamaba, Chase no estaba segura de poder ser tan diligente como para ignorarlo. Pero no había llamado ni enviado mensajes.

Ni una sola vez.

Chase sabía que no podía estar amargada por ello con razón, teniendo en cuenta que ella tampoco le había tendido la mano, pero estaba decepcionada.

"¿Quantico? ¿Está pensando en alistarse otra vez?" No pudo evitar el deje ascendente de su voz.

Durante la última conversación que habían mantenido, Stitts le había dicho sin ambages que estaba harto, que había terminado con el

FBI. A diferencia de ella, ni siquiera había dejado una puerta abierta a un posible regreso.

"No", dijo Floyd rápidamente. "Creo que no. No al servicio activo, al menos". Sacudió la cabeza. "No después de lo que pasó con-con-con-"

"Marcus Slasinsky", terminó Chase por él.

"Sí, él".

"¿Qué estaba haciendo en Quantico, entonces?"

Floyd se movió en su asiento.

"Enseñanza", dijo simplemente.

se burló Chase.

"*¿Enseñanza?*"

"Sí, el director Hampton le pidió que viniera a hablar con los nuevos reclutas. Debió ir bien porque le ofrecieron un puesto a tiempo completo".

"Huh."

Chase no podía ocultar su decepción. Estaba segura de que Stitts sería un gran profesor, pero aceptar un trabajo a tiempo completo significaba que realmente había dejado atrás el trabajo en el campo. Lo que descartaba cualquier idea romántica de reencontrarse con su compañero más adelante.

Jesús, Chase, te estás ablandando.

"Va a ser un buen profesor", dijo casi solemnemente.

El resto del trayecto hasta la casa de los Derringer transcurrió en silencio, sólo interrumpido por las ocasionales instrucciones del teléfono de Chase sobre dónde girar. Cuando la aplicación anunció que habían llegado, Chase volvió a comprobar la dirección. La casa era estrecha, adosada por ambos lados y estaba bien cuidada.

"Aquí es", dijo, aparcando, y luego salió de su coche. Se detuvo a medio camino cuando se dio cuenta de que Floyd no la seguía.

Seguía sentado en su asiento con las manos sobre el regazo, los dedos entrelazados.

"¿Hola? Tierra a Floyd, necesitamos encontrar ese móvil".

"Lo sé", dijo el hombre en voz baja. "Lo sé".

Chase suspiró, recordando lo que Dunbar le había dicho sobre el hecho de que Floyd fuera el encargado de dar la noticia a los padres de las chicas. Aunque no conocía los detalles, estaba claro que lo que había ocurrido había tenido un profundo efecto en el hombre.

No tenían tiempo para esto, pero Floyd tampoco merecía ser intimidado. Era fuerte cuando tenía que serlo, pero no era el tipo de persona que se endurecía automáticamente cuando se le enfrentaba.

"Mira, yo hablaré. Tú sígueme la corriente, ¿vale? No tienes que decir nada".

Floyd asintió, pero siguió sin moverse.

"Floyd", espetó.

Cuando él se volvió para mirarla, ella se sobresaltó al ver lágrimas en sus ojos.

Tal vez realmente no está hecho para este trabajo, pensó.

Pero no le correspondía a ella decidir si eso era cierto o no. Tampoco era algo que Chase quisiera plantear ahora.

Había cosas más urgentes de las que ocuparse.

"Estarás bien", dijo. "Sólo haz lo que yo hago".

La desesperación llenaba sus ojos.

"Vamos, Floyd. Vámonos."

Chase lo dejó entonces y se encaminó hacia la casa, decidido a encontrar el maldito móvil con o sin Floyd.

Unos segundos después, oyó los pasos arrastrados del hombre detrás de ella y, a pesar de todo, Chase sonrió.

Capítulo 29

Ni el Sr. ni la Sra. Derringer habían dormido nada desde que su hija se había suicidado. La Sra. Derringer iba vestida con una camiseta blanca y un pantalón de chándal granate. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta suelta y no llevaba maquillaje. Tenía las mejillas empapadas de lágrimas.

El Sr. Derringer llevaba vaqueros y su cara arrugada le recordó a Chase sus manos después de pasar demasiado tiempo en la bañera.

"¿Eres del FBI?", preguntó el hombre, su voz coincidía con su aspecto.

"Sí, señor, agente especial Chase Adams", dijo Chase. El hombre no preguntó por Floyd, así que ella resistió el impulso de presentarlo. No tenía sentido dirigirse a su aterrorizado compañero si no era necesario. "Sé que es un momento increíblemente difícil, pero esperaba poder hacerle unas preguntas. Estamos tratando de entender por qué su hija pudo haber hecho esto".

La señora Derringer rompió a sollozar y su marido la consoló estrechándola contra su pecho.

"Eso es todo lo que queremos", dijo el hombre. "Eso es todo lo que queremos, también."

"¿Te importa si entramos?"

El hombre negó con la cabeza y los condujo al interior.

"Fuimos a trabajar...", empezó el Sr. Derringer, pero Chase le cortó.

"Ya tengo la declaración que diste a la Policía de Nueva York y lo último que quiero es que tengáis que revivir el que sin duda es el peor día posible de vuestras vidas".

El alivio cruzó el rostro del hombre.

"Mi principal razón para venir aquí es porque necesitamos encontrar el móvil de su hija".

La señora Derringer sacó la cara del pecho de su marido y se limpió los mocos y las lágrimas de la cara con el dorso de la mano.

"No sabemos dónde está", susurró. "No podemos encontrarlo".

"¿Recuerdas la última vez que lo usó?"

La Sra. Derringer asintió.

"Sí, lo estaba usando la noche... la noche *anterior*".

Lo que significa que tiene que estar aquí en alguna parte.

A juzgar por su aspecto, Chase dudaba de que encontrar el móvil de su hija fallecida fuera una de sus prioridades.

Pero estaba en lo más alto de la suya.

"¿Te importa si echo un vistazo?"

La sospecha cruzó el rostro del Sr. Derringer y Chase hizo todo lo posible por desarmarlo.

"Sólo estoy buscando su móvil. Si quieres..."
"Sí, está bien", dijo la Sra. Derringer.
"Gracias.
Los ojos de Chase se desviaron hacia la escalera.
"Segunda puerta a la izquierda", le informó el Sr. Derringer.
Chase asintió con la cabeza y se puso en marcha, pero se detuvo a los pocos pasos cuando se le ocurrió algo.
"¿Por qué Sky no fue ayer al colegio?", preguntó.
"Ella... ella estaba teniendo, uhh, problemas de mujer. También se quedó en casa el día anterior".
Chase frunció el ceño.
¿La hija de este hombre acaba de suicidarse y a él le cuesta decir que ella estaba en su trapo?
"¿Y los dos os fuisteis a trabajar?"
"Temprano. Salimos sobre las seis".
Chase gruñó afirmativamente y subió las escaleras.
"¿Chase?" Era Floyd.
Maldita sea.
"Sí, ahora vuelvo", dijo, esta vez sin girarse.
Se sentía mal por Floyd, mal por abandonarle después de lo que habían hablado en el coche, pero esto no era como cuando Dunbar le había enviado a hablar con los padres a solas.
Los Derringer ya sabían de la muerte de su hija. Además, Chase estaba aquí, justo arriba.
"Dame un segundo", dijo, subiendo las escaleras a toda prisa.
Cuando llegó al rellano, Chase aminoró la marcha y pasó las puntas de sus dedos extendidos por la pared.
Segunda puerta a la izquierda.
Aunque el señor Derringer no se lo hubiera dicho, Chase no habría tenido ningún problema para encontrar la habitación de Sky: era exactamente igual que cualquier otra habitación perteneciente a una ordenada chica de diecisiete años.
Las paredes eran de un gris pálido y los detalles, de un amarillo apagado. La mayoría de los muebles, incluidos un armario, un escritorio, una silla y una cómoda, parecían nuevos.
Este pequeño vistazo al lugar donde Sky pasaba gran parte de su tiempo fue revelador y Chase se empapó de los detalles. Sin embargo, el objeto que más le interesaba no le ofrecía ninguna información.
Aparte de un marco que parecía de madera recuperada, la cama de Sky no estaba. No había colchón ni somier. Parte de la alfombra que había debajo de la cama había sido sustituida y, aunque no coincidía a la perfección -la parte nueva era precisamente eso, nueva, mientras que la vieja estaba ligeramente descolorida-, era lo bastante parecida como para que Chase llegara a la conclusión de que un profesional

había limpiado el lugar.

Y esto distaba mucho de ser ideal.

"Mierda", refunfuñó.

Cualquier esperanza de ponerse en el lugar de Sky mientras la chica se tumbaba en su cama y se pasaba la cuchilla por las muñecas se desvaneció.

Si los policías tuvieran medio puto cerebro, habrían relacionado los dos casos y preservado la escena.

Chase negó con la cabeza.

Esta amonestación no era justa, y ella lo sabía. Si hubiera aceptado el caso cuando Floyd llamó la primera vez, Chase habría insistido en que todo quedara exactamente como estaba.

O si las chicas nunca recibieron ese mensaje, entonces todavía podrían estar vivas.

Quieres decir si Sky no lo hubiera enviado.

Chase no estaba segura de por qué había estado tan convencida de que así era en *DSLH*, pero seguía *sintiéndose bien.*

"¿Chase?" La voz de Floyd llegó hasta ella. "¿Ha habido suerte ahí arriba?"

"Un segundo", gritó.

Su compañera sonaba desesperada, y Chase sabía que no le quedaba mucho tiempo antes de que se rompiera por completo.

Si yo fuera Sky, ¿dónde guardaría mi móvil?

Recordó lo que Floyd había dicho sobre el programa que las chicas podrían haber utilizado para borrar su historial de mensajes.

Si quisiera esconder *mi móvil, ¿dónde lo pondría? ¿En el retrete? ¿En un compartimento secreto? ¿En la basura?*

Un vistazo en este último reveló que estaba casi vacío. No había ningún móvil, sólo envoltorios vacíos de tampones.

Chase empezó a abrir cajones, pero después de un puñado, se detuvo. No sólo se sentía increíblemente intrusiva, sino que no tenía ningún sentido.

Sky no enviaría un mensaje a sus amigos para luego tirar el teléfono a un cajón y cortarse las venas.

¿Quizás se le cayó?

Esto parecía aún menos probable, pero sin más ideas, Chase se puso a cuatro patas y miró a su alrededor.

No había nada debajo de la cama, por supuesto, pero ¿la cómoda...?

Al principio, sus dedos sólo encontraron la moqueta, pero al estirarse más, la mano de Chase rozó algo duro. Intentó agarrarlo, pero estaba fuera de su alcance.

Gruñendo, empujó aún más fuerte, sintiendo cómo la madera festoneada se clavaba en el espacio entre su pecho y su hombro.

Vete a la mierda, no me hagas llamar a Floyd para que mueva esta maldita cosa.

Volvió a tocarlo y de repente se convenció de que era el móvil de Sky.

Una narración comenzó a formarse en su cabeza.

Sky envía el mensaje mientras se corta las venas... el móvil cae al suelo mientras ella se desangra. La Sra. Derringer sube las escaleras después del trabajo, encuentra a su hija y grita. El Sr. Derringer entra corriendo y, con las prisas, patea accidentalmente el teléfono debajo de la cómoda.

"A la mierda".

Chase le empujó el brazo con tanta fuerza que la madera se levantó un poco. Pero funcionó.

Lo agarró... *lo* que fuera.

La sonrisa de Chase se desvaneció.

No era un móvil, ni remotamente *parecido a* un móvil.

En la mano llevaba una cruz de madera que colgaba de una cadena de cuentas.

Le recordaba al que solía llevar su padre, lo que enfureció aún más a Chase.

"Sí, esto te ha sentado de puta madre".

Sin pensarlo, Chase arrojó la cruz a un rincón de la habitación. El sonido que hizo al golpear el escritorio de la chica fue sorprendentemente fuerte.

"¿Lo has encontrado?" Le gritó el Sr. Derringer. "¿Encontraste la celda de Sky?"

Chase gruñó y salió de la habitación.

El Sr. Derringer, con cara de preocupación, estaba de pie en el tercer escalón del vestíbulo, mientras que la Sra. Derringer, con la cara ya empapada, no parecía haberse movido en absoluto.

Chase no se atrevió a mirar en dirección a Floyd.

"¿Dónde lo puso?", preguntó.

"¿Qué?"

"La celda. ¿Dónde guardaría Sky su celda?"

El Sr. Derringer parecía confuso.

"No... no lo sé."

¿"Mochila"? ¿Escondite secreto? *¿Dónde*?" Chase era consciente de que su tono rozaba lo acusatorio, pero no pudo evitarlo.

"La policía de Nueva York se llevó su mochila. Y no sé de ningún escondite secreto".

"Buscamos por todas partes", sollozó la Sra. Derringer.

Chase frunció el ceño y decidió cambiar de táctica. Si ahora no estaba en la habitación, alguien debía de haberlo quitado.

"¿Quién más estaba en su habitación?"

"¿Qué? tartamudeó el señor Derringer.

"¿Quién estaba en su habitación... después de encontrar a su hija, quién más entró en la habitación?"

"Sólo nosotros dos", respondió el hombre, desviando la mirada. Solo pensar en la habitación causaba un gran dolor a ambos padres, pero Chase tenía un trabajo que hacer.

"*Después de que* ustedes encontraron a Sky."

"Paramédicos", dijo el Sr. Derringer, ahogando un sollozo. "Y luego la policía".

"¿Nadie más?"

El hombre se lo pensó un momento y negó con la cabeza.

"Eso es... entonces tú."

Chase negó con la cabeza.

"No, alguien más estuvo allí. ¿Quién limpió la cama, reemplazó la alfombra?"

"No podía soportar el olor", gimoteó la Sra. Derringer. "Toda la sangre, por mucho que fregara, necesitaba...".

El Sr. Derringer se acercó a su mujer y la abrazó mientras se derrumbaba de nuevo.

Por muy decidida que estuviera, Chase no podía evitar sentir una punzada de culpabilidad por el dolor que estaba haciendo pasar a esa gente.

"Lo siento", dijo. "Pero esto es importante. ¿Quién limpiaba la habitación? ¿Cómo se llamaba la empresa?"

El Sr. Derringer sacó su cartera y entregó una tarjeta de visita a Chase.

"La policía... nos dijeron que los contratáramos. Dijeron que eran los mejores".

Chase cogió la tarjeta y la miró.

"Voy a quedarme con esto, ¿vale? Y siento lo que le pasó a tu hija, lo que le pasó a Sky".

Al no obtener respuesta de los Derringer, Chase agarró a Floyd por el brazo y lo sacó literalmente de la casa.

"¿Qué... dónde...?"

Chase empujó la tarjeta de visita en dirección a Floyd.

"Limpieza Wilde... ese es el *qué* y el *dónde*, Floyd. Vamos a hacer una pequeña visita a Wilde Clean-up".

Capítulo 30

"Chase, creo que deberías venir a ver esto", dijo el detective Dunbar.

Los ojos de Chase se desviaron de la carretera a su teléfono, que había colocado en el salpicadero.

"¿Sigues en el forense?"

"Sí."

"Bien. Quédate ahí, hay algo que tenemos que hacer primero, luego iremos para allá".

"De acuerdo. ¿Encontraste el móvil de Sky?"

El coche que iba delante de Chase frenó de repente y ella se vio obligada a dar un volantazo para evitar chocar por detrás.

"Joder", maldijo, mirando al conductor mientras pasaba. El hombre del volante tenía la cara tan pegada al parabrisas que habría jurado que tenía la nariz aplastada contra él.

"¿Qué?" Dunbar ladró.

Floyd la miró y cogió el teléfono.

"Nada", le dijo al detective. "No pude encontrar el teléfono. Los padres no tienen..."

"Oye, Dunbar", interrumpió Chase. "¿Sabes algo de una empresa de limpieza de escenas del crimen llamada Wilde Clean-up? ¿Wilde con 'E'?"

Hubo una breve pausa antes de que Dunbar dijera: "Sí, la mayor operación de limpieza de Manhattan. Llegó a un acuerdo con el fiscal para ser el primero en limpiar todas las escenas del crimen de la ciudad".

Chase frunció el ceño.

"Dirigida por un tipo llamado Tommy Wilde", continuó Dunbar. "Larga historia, pero se metió en problemas hace un tiempo después de que encontraran muertos a unos policías corruptos. Pero fue absuelto. Ahora, casi todos los policías del cuerpo tienen instrucciones de recomendar a Limpieza Wilde para cualquier escena del crimen que necesite un fregado."

El ceño de Chase invirtió su curso y se levantó.

"¿Es eso... legal?"

Sabía poco de cómo funcionaba el negocio de la limpieza de escenas del crimen, pero un contrato de exclusividad le parecía, cuando menos, extraño.

"No lo sé. El fiscal lo preparó".

Chase deja que esto se marine durante unos segundos.

"¿Y desde la larga historia a la que aludías? ¿Este tal Tommy tiene un historial limpio desde entonces?"

"Brillante. Todo su trabajo ha sido impecable. Sólo grandes elogios para Wilde Clean-up".

"Tomo nota".

"Espera, no irás a ver a Tommy Wilde, ¿verdad?". preguntó Dunbar, con preocupación en la voz. "Porque está muy unido al fiscal del distrito. Yo iría con mucho cuidado".

A Chase le gustaba Dunbar. Era un buen detective y alguien en quien creía poder confiar, pero su miedo constante a la autoridad, a irritar a los demás, era más que irritante.

"Gracias por avisarme", comentó. Antes de que Dunbar pudiera protestar más, le cogió el teléfono a Floyd y colgó.

"¿De verdad crees que ese tal Tommy robó el móvil de Sky?"

"No", dijo Chase con sinceridad. No tenía ningún sentido que un hombre con un enorme contrato con la policía de Nueva York lo arriesgara todo por un teléfono móvil. ¿Pero que uno de sus empleados ganara el salario mínimo y limpiara la moqueta de sangre? Tal vez.

Chase entró en un aparcamiento en el que había varios vehículos para peatones y un puñado de grandes furgonetas de mudanzas. En el lateral de cada una de ellas aparecía el logotipo de Wilde-Clean up: un semicírculo granate con el nombre y el año de fundación.

"Supongo que ha llegado el momento", murmuró, mientras sus ojos se desviaban hacia el almacén que se veía al fondo.

"Tiene que ser", comentó Floyd.

Chase aparcó justo delante del edificio y saltó de su coche. Floyd le siguió.

Se enfadó al comprobar que la puerta principal estaba cerrada y lo demostró pulsando varias veces seguidas el botón del interfono.

"¿Cuál es la jugada aquí, Chase?" Floyd le susurró al oído.

Estaba a punto de contestar cuando el interfono se activó.

"Limpieza Wilde, ¿en qué puedo ayudarle?"

La voz pertenecía a lo que parecía una mujer joven.

"Estoy aquí para ver a Tommy Wilde."

"¿Tiene una cita?"

"Sin cita".

"Bueno, lo siento, pero el Sr. Wilde es..."

"Pero tengo una placa".

Tenía *una placa.*

Hubo una pausa de dos respiraciones.

"Si eres de la policía de Nueva York, entonces te sugiero que hables con..."

"No estoy con la policía de Nueva York. Soy del FBI".

La pausa que se produjo esta vez fue mucho más larga que la primera.

Chase esperó y finalmente la secretaria regresó.
"Muy bien, Sra. Adams. Le avisaré".
Floyd la miró, con los ojos muy abiertos.
Ambos pensaban lo mismo: alguien sabía que ella venía.
"Pensé que lo harías", dijo Chase. "Pensé que lo harías".

Capítulo 31

La mujer que los recibió en la puerta era mayor de lo que Chase sospechaba. Parecía tener entre cuarenta y cuarenta años, los hombros anchos pero la cintura ceñida, acentuada por un cinturón rojo que segmentaba su traje gris.

"¿Nos esperabas?" Chase preguntó.

"No", dijo la mujer.

Chase esperó más explicaciones, pero no las obtuvo.

"Por favor, síganme".

La mujer se dio la vuelta y empezó a caminar hacia una sala de conferencias acristalada en la parte trasera de lo que, por lo demás, no era más que un almacén glorificado.

Floyd la miró y Chase se encogió de hombros.

Todas las persianas de la gran oficina estaban cerradas y la puerta de cristal estaba fuertemente esmerilada, ocultando por completo todo lo que había dentro.

La secretaria llamó una vez y, sin esperar respuesta, abrió la puerta y se asomó.

"¿Tommy? La Sra. Adams del FBI está aquí para verte".

"Bien, entra."

La secretaria le abrió la puerta a Chase y le sonrió.

Era la sonrisa más falsa que Chase había visto nunca.

El interior de la sala de conferencias era fiel al exterior: liso, sencillo, sólo una gran mesa redonda con sillas esparcidas a su alrededor.

Chase esperaba que le recibiera un hombre con un caro traje de raya diplomática abrazado a una flexible silla de cuero.

Estaba decepcionada.

Tommy Wilde llevaba una camiseta negra con el logotipo de la empresa en el pecho derecho y unos vaqueros. Llevaba una cazadora de cuero desgastada colgada de la silla de al lado y un ordenador portátil cerrado delante de él.

El hombre se levantó cuando entraron y les ofreció la mano, que Floyd estrechó pero Chase rechazó. Evitó hábilmente cualquier tipo de incomodidad utilizando dicha mano para alisarse el pelo rubio de longitud media.

"Tommy Wilde", dijo a modo de presentación. A sus treinta y tantos años, la voz del hombre era sedosa pero aún parecía pertenecer a la de un hombre mayor.

"Chase Adams", dijo rápidamente, tomando asiento antes de que el hombre se lo indicara. "Pero eso ya lo sabías. Y éste es mi compañero, el agente especial Montgomery". Chase, no Tommy, indicó a Floyd que

tomara asiento a su lado.

Cuando los tres estuvieron sentados, Tommy volvió a dirigirse a ellos.

"Tengo amigos en la policía de Nueva York."

"Amigos que mencionaron que el FBI estaba en la ciudad", dijo Chase.

Tommy se encogió de hombros.

"¿Qué puedo hacer por ti, Chase? ¿Qué puedo hacer por el FBI?"

Tanto su tono como su expresión eran suaves, pero la sensación que Chase percibía del hombre era diferente. Extraña de una manera que no podía comprender.

"Estoy aquí por una escena del crimen que su empresa limpió recientemente."

"Hacemos entre diez y catorce escenas del crimen al día, así que tendrá que ser más específico", respondió Tommy sin una pizca de actitud defensiva.

"Sky Derringer", dijo Chase simplemente.

Tommy asintió, confirmando que conocía el nombre.

"Una joven se suicidó en su cama: se cortó las venas. Los padres no pudieron soportar la visión ni el olor y nos hicieron limpiar el lugar en cuanto la policía de Nueva York les dio el visto bueno."

"¿Es normal?"

Tommy se encogió de hombros.

"¿Qué es normal?"

De cualquier otra persona, Chase habría considerado este comentario, en el mejor de los casos, agresivo pasivo. No le dio importancia a Tommy, dado el tipo de trabajo que realizaba, pero resistió el impulso de volver a hablar. Si algo le había enseñado Stitts era que, a veces, callando se hacían todas las preguntas correctas sin decir ni una palabra.

Tommy no decepcionó.

"La gente se aflige de diferentes maneras", continuó. "He visto todo tipo de respuestas cuando aparecemos en la escena de un crimen, desde ira, resentimiento, violencia, hasta incluso algo cercano a la excitación, si puedes creerlo. No creo que haya una forma normal de comportarse cuando se está pasando por algo horrible que nunca se ha experimentado antes."

La forma en que Tommy dijo esta última parte hizo que Chase estuviera bastante seguro de que había experimentado su propia pérdida. Sus palabras también sonaban ciertas.

"¿Y cómo actuaron el Sr. y la Sra. Derringer?"

De repente, Tommy se inclinó hacia delante y apoyó los codos en el escritorio.

"No sabría decirte, Chase, yo no estaba allí. ¿Quieres que busque en

los registros qué tripulación llevó ese caso y los traiga para que puedas preguntárselo tú misma?".

Chase dudó y decidió ir al grano. Ya habían perdido bastante tiempo.

"Estoy buscando el móvil de Sky".

La postura de Tommy se relajó.

"Después de que la policía de Nueva York retira las pruebas y nos entrega la escena, estamos a merced de la familia: nos deshacemos de todo lo que no quieren".

Una línea de partido, si Chase alguna vez había oído una.

"Pero", continuó Tommy, levantando un dedo, "guardamos la mayoría de las cosas durante una semana o dos, por si acaso".

"¿Tiene una lista de lo que fue retirado de la casa Derringer?"

Tommy asintió y abrió el portátil que tenía delante.

"Todo está registrado. Pero si encontráramos un móvil, no lo tiraríamos, aunque los padres no quisieran saber nada de él. Se lo entregaríamos a la policía de Nueva York".

"Entiendo". Chase arrugó la nariz. "Pero por si acaso..."

Tommy se dirigió a su portátil y dijo: "Un colchón de dos plazas, dos fundas de almohada con dos almohadas dentro, un cojín y un trozo de moqueta de dos por tres". Miró a Chase. "Sin móvil".

Chase frunció el ceño.

"¿Saben qué? Tal vez consiga una lista con los nombres del equipo que trabajó en la escena de la Derringer".

Los ojos de Tommy se nublaron. Hasta ese momento, el hombre no había sido más que servicial. Evidentemente, estaba al final de su cuerda, sin embargo.

"Sí, estoy pensando que esa información podría ser..."

"Puedo conseguir una orden. Sé que tú y el fiscal sois íntimos". Por el rabillo del ojo, vio a Floyd tenso. Dunbar y su miedo a la autoridad parecían estar haciendo mella en el hombre. "Pero también conozco gente".

Tommy la miró desde el otro lado de la mesa, que de repente parecía de seis metros en lugar de cinco.

"Tienes razón, lo siento. Quiero ayudar. ¿Qué te parece esto? Traigo a mis chicos, hablo con ellos, veo si se dieron cuenta de que había un móvil pero se olvidaron de denunciarlo".

Chase leyó entre líneas. La tripulación del hombre se sentiría más cómoda hablando con él que con un miembro de las fuerzas del orden. Y también añadía una capa de aislamiento en caso de que alguien hubiera encontrado el móvil de Sky y "olvidara" denunciarlo.

Reprimió una sonrisa y buscó en su bolsillo una tarjeta de visita. Pero no tenía ninguna.

Volviéndose hacia Floyd, le dijo: "Floyd, dale tu tarjeta. Y también

tu número de móvil".

Floyd hizo una mueca pero hizo lo que ella le pedía.

Tommy cogió la tarjeta.

"Estaré en contacto."

Chase se levantó, indicando a Floyd que hiciera lo mismo.

"Sí, sé que estás ocupado, pero probablemente te convenga hacer de esto una prioridad".

"Por supuesto".

Chase sonreía cuando salió de la sala de conferencias, pero en cuanto puso un pie fuera de la Limpieza Wilde la expresión se desvaneció. Siempre ganaba este tipo de *interacciones*, siempre, pero esto no era exactamente una derrota, pero seguía teniendo la sensación de que Tommy Wilde la había engañado.

Y la sensación no era buena.

Capítulo 32

"¿Crees que lo van a encontrar? ¿El móvil?" preguntó Floyd mientras se dirigían a la oficina del forense, que estaba incrustada en el vientre de NYU Med.

"Ojalá, pero lo dudo. Puedo asegurarte una cosa: Tommy Wilde no lo robó. ¿Y si Sky Derringer salió y lo tiró a la basura antes de suicidarse? Entonces estamos perdidos".

Chase quiso añadir que, de ser así, más le valía hacer las maletas e irse a casa, pero Floyd no parecía estar en condiciones de recibir ese tipo de noticias.

Ella optó por permanecer en silencio, lo que resultó bastante cómodo para ambos. Sin embargo, en cuanto entró en el aparcamiento del NYU Med, sintió algo extraño.

Esto sólo aumentó al ver la plaza de aparcamiento reservada para el Médico Forense Jefe.

Chase no conocía muy bien al Dr. Beckett Campbell, pero no hacía falta pasar mucho tiempo con aquel hombre irreverente para hacerse una idea de él. Y lo que vio, le gustó.

Y ahora se había ido.

Después de aparcar, Chase nos guió por el laberinto que hay bajo el NYU Med, sorprendiéndose incluso a sí misma de que aún supiera cómo llegar a la morgue.

La puerta principal de la propia morgue no estaba señalizada, lo cual, sospechaba Chase, era un designio para evitar que los civiles tropezaran accidentalmente con ella o para disuadir a los morbosos de buscarla intencionadamente.

Chase se detuvo ante la anodina puerta, llamó tres veces y esperó. Diez minutos después, ella y Floyd fueron recibidos por un detective Dunbar de aspecto cansado.

"Bueno, no recibí ninguna llamada del sargento ni del jefe, así que supongo que no le diste tanta paliza a Tommy Wilde".

"Tampoco encontré el móvil", comentó Floyd.

Dunbar frunció el ceño y los guió al interior de la morgue.

Al fondo de la sala había una serie de taquillas refrigeradas en las que se guardaban los cadáveres hasta que llegaba su turno para la autopsia. Frente a ellos había tres camillas, dos de las cuales estaban cubiertas con sábanas blancas que disimulaban los cuerpos que había debajo.

Sky Derringer yacía en el tercero.

Dunbar le dijo algo a Chase, pero ella estaba tan paralizada por el cadáver que no oyó ni una sola palabra.

Sky parecía incluso más joven que en las fotos, lo cual resultaba

paradójico dado que llevaba muerta más de veinticuatro horas y su piel se había vuelto de un gris claro. La chica desnuda estaba de espaldas, con los brazos a los lados y las palmas hacia arriba. En cada muñeca había una incisión que iba desde la base de la mano hasta la mitad del codo.

A primera vista, Chase no lo vio como un grito de ayuda. No había marcas de vacilación, ni antecedentes visibles de intentos de suicidio en el pasado.

Incluso la forma en que se habían cortado las muñecas -en sentido vertical, no horizontal- sugería que se trataba de un intento deliberado e inflexible de quitarse la vida.

Y con éxito.

Una profunda y repentina tristeza invadió a Chase mientras miraba el cuerpo. Aunque la palidez de Sky había cambiado, por alguna razón, los ojos de la chica parecían tan brillantes y verdes como siempre. No podía ser, pero así era... eran exactamente iguales a los de Georgina. Tanto, de hecho, que Chase se sintió abrumada y se vio obligada a estirarse y apoyarse contra la camilla.

Sólo que falló y, en su lugar, su mano desnuda aterrizó en el muslo de la chica justo por encima de la rodilla.

Chase inhaló bruscamente, en parte por la piel fría bajo sus dedos y en parte porque esperaba ser transportada a la mente de Sky Derringer momentos antes de que la chica se suicidara.

Preparándose para la desorientación que esperaba, Chase se tensó y cerró los ojos.

Pero no pasó nada.

No vio Sky Derringer tendida en su cama, no vio la hoja de afeitar en su mano.

No hubo sangre ni lágrimas.

Nada.

Y esto era de alguna manera más aterrador que revivir el suicidio de la chica.

"¿Chase?"

Al oír la voz de Floyd, Chase retiró inmediatamente la mano de la pierna de Sky.

"Estoy bien", dijo Chase preventivamente. Miró de Floyd a Dunbar y luego a una tercera persona de la que acababa de darse cuenta que estaba en la habitación con ellos.

La ME no podía ser más opuesta a la difunta Beckett Campbell. Mientras que el hombre era descarado y deliberadamente ostentoso, esta mujer era diminuta y recatada.

Pequeña incluso para los estándares de Chase, la sombra de Dunbar la bloqueaba casi por completo.

"Por favor, no toquen el cuerpo", instruyó la doctora Karen

Nordmeyer con un chillido agudo.

Chase no hizo caso del comentario mientras observaba de nuevo el cadáver de Sky.

"¿Qué es eso de su pelo?", preguntó, con un sorprendente nudo en la garganta.

"Mi nombre es Dra. Karen Nordmeyer, y soy la Jefa Médica Forense del Estado de Nueva York. ¿Y usted debe ser Chase Adams del FBI?"

Si sabía algo del pasado de Chase, de su supuesta muerte, no había ningún indicio de ello en su voz.

Chase gruñó afirmativamente y dijo: "Y ésta es la agente especial Montgomery". Se acercó a un escritorio rodante que albergaba un microscopio y otros equipos genéricos de laboratorio. "Ahora, ¿qué es esto del pelo?"

"Déjeme enseñárselo", insistió la Dra. Nordmeyer. Se inclinó hacia el microscopio y ajustó el ocular antes de echarse hacia atrás. "Eche un vistazo".

Chase miró por el microscopio.

"¿Qué estoy viendo aquí?", preguntó, mirando lo que parecía un mechón de pelo perfectamente normal.

"Esto fue tomado de la cabeza de Sky Derringer. Y esto", Chase esperó a que el forense cambiara la diapositiva, "es de la cabeza de Madison Bailey".

Otro pelo.

Chase empezaba a molestarse. No entendía por qué la gente como Karen Nordmeyer sentía la necesidad de hacer gala de sus conocimientos en lugar de limitarse a explicar qué coño estaba mirando.

"Dunbar, ¿qué coño tiene que ver esto con por qué se suicidaron las chicas?"

Por el rabillo del ojo, vio que la doctora Nordmeyer se encogía al oír la maldición.

¿Cuánto más fácil sería esto si Beckett estuviera aquí?

"Son iguales", ofreció Dunbar. "Son exactamente iguales".

Chase seguía sin darse cuenta. Por las imágenes, sabía que todas las chicas tenían el pelo rubio. Pero, ¿qué adolescente no lo tenía?

"No tengo tiempo para esto. ¿Qué importa?"

"Todos sus cabellos son idénticos. Las cuatro chicas del metro y Sky Derringer", dijo la forense con su voz nasal.

se burló Chase.

"¿Y qué? Todos se tiñeron el pelo igual. Probablemente consiguieron un descuento de grupo".

"Esa es la cuestión, no se teñían el pelo".

"¿Qué?"

"Así es", dijo el Dr. Nordmeyer con una sonrisa condescendiente.

"No teñido, sino amelanótico, completamente blanco".

Chase entornó los ojos.

"¿Blanco? ¿Cómo que blanco?"

"Mira por el ocular..."

"No voy a volver a mirar por el ocular, dime lo que quieres decir. ¿Por qué estas cinco chicas todas en su adolescencia tardía tienen el pelo blanco?"

La expresión de suficiencia abandonó el rostro del médico.

"Bueno, puedo decirte que todo su pelo carece de color. Cero pigmentación. Y no hay ningún daño debido a decapado químico. Esto no se hizo en un salón o mediante el uso de algún tipo de kit casero. En cuanto a por qué, no puedo estar seguro".

"¿La mejor suposición?" Chase dijo en voz alta.

La pregunta directa incomodó a la Dra. Nordmeyer, que se movió en su sitio.

"Esa es la cosa... si fueran mayores... quiero decir, mucho mayores..."

"Continúa".

Chase miró a Floyd. Esto era como sacar los dientes y casi preferiría dar la noticia a las familias de las chicas antes que esto.

"Drogas", dijo rotundamente el Dr. Nordmeyer. "No puedo estar seguro, por supuesto, pero usted me obligó a ofrecer una hipótesis. Así que creo que su pelo es amelanótico por el uso de medicamentos".

Capítulo 33

Chase tenía mucha experiencia en lo que a drogas se refiere, pero ni una sola vez, mientras trabajaba de incógnito en Seattle, se había topado con un compuesto que hiciera que tu pelo se volviera blanco. Si te metías suficiente metanfetamina, se te caía el pelo, ¿pero se volvía blanco?

"¿Qué tipo de drogas?"

"Esa es la cuestión", empezó el doctor Nordmeyer, "esto puede ocurrir, pero es extremadamente raro".

"¿Qué tipo de drogas?" Chase repitió.

"Sobre todo medicamentos contra el cáncer. Anticuerpos monoclonales, en particular".

Chase miró a Dunbar, que parecía tan estupefacto como ella.

"¿Drogas anticancerígenas?" Sus ojos se desviaron naturalmente hacia el cadáver de Sky Derringer. "¿Todos ellos?"

"Todas las chicas", confirmó el forense. "Todos sus cabellos carecían de pigmentación".

"¿Tenían cáncer?" Dijo Floyd.

Chase enarcó una ceja. Era una pregunta válida, obvia, pero no se le había ocurrido formularla.

Si todos padecían algún tipo de cáncer inoperable, podrían haber decidido renunciar al sufrimiento y tomarse la muerte por su mano.

Pero el Dr. Nordmeyer rechazó inmediatamente esta idea.

"No encontré ningún indicio grave de que sufrieran algún tipo de malignidad". La voz del médico volvió al tono profesional que Chase detestaba. "Pero en realidad no hacemos pruebas en profundidad de esa naturaleza en casos de suicidio".

"Pero si estuvieran sufriendo, serías capaz de decirlo, ¿verdad? Es decir, si el cáncer fuera tan grave como para querer acabar con todo", dijo Floyd, pensando claramente lo mismo que Chase.

"Lo más probable", confirmó el Dr. Nordmeyer.

"¿Qué hay de una autopsia?" Chase preguntó.

El forense hizo una mueca.

"¿Por un suicidio?"

"No, no *un suicidio*", respondió Chase. "Cinco suicidios."

La doctora Nordmeyer parpadeó y luego miró a Dunbar antes de decir: "No hacemos autopsias en casos de suicidio, ni en uno ni en cinco".

Chase frunció el ceño.

"Bueno, si crees que tienen cáncer..." Floyd dijo, tratando de mantener la paz.

"No *creo que* tengan cáncer. I-"

"Vale, lo entendemos", Dunbar esta vez. "Si llega el caso, haremos la autopsia. Por ahora, asumamos que no estaban *todas* enfermas. Si ese es el caso, ¿por qué estas chicas estarían tomando estos medicamentos contra el cáncer?"

"Para drogarse o las cogieron por accidente", respondió Chase, con los ojos aún clavados en el forense. Una sonrisa de satisfacción apareció lentamente en el rostro tímido de la mujer, lo que hizo estallar a Chase. "¿Qué? ¿Qué tiene eso de gracioso?".

La sonrisa se evaporó.

"Nada tiene gracia, pero no puedes colocarte con anticuerpos monoclonales. ¿Y consumirlos por accidente? No lo creo. Estos fármacos están diseñados para provocar que el sistema inmunitario se dirija a una proteína específica. Son muy caros, están muy regulados y normalmente hay que inyectárselos. No son como la toxoplasmosis que contamina el suministro local de agua".

Y, sin embargo, estaban a un suicidio más de una epidemia.

Como no quería darle más vueltas a lo mismo, Chase cambió de rumbo.

"¿Sabes qué tipo de anticuerpos monoclonales tomaron? ¿Para qué tipo de cáncer?"

La Dra. Nordmeyer negó con la cabeza.

"Ni siquiera puedo estar seguro al cien por cien de que eso *es* lo que tomaron; sólo hago una hipótesis basada en la falta de pigmentación sin pruebas de tratamiento químico".

Chase se masajeó las sienes.

"Sí, de acuerdo. Pero vamos con eso", dijo Chase, y Dunbar asintió con la cabeza. "Si resulta otra cosa, no le diré a nadie que te equivocaste. Tu impecable reputación permanecerá intacta. Ahora, ¿puedes analizar estas drogas?"

"No aparecen en los análisis toxicológicos normales, ni siquiera en los avanzados". Chase frunció el ceño y la Dra. Nordmeyer continuó rápidamente. "Pero debería poder pedir un panel ELISA muy especializado para determinar si tenían anticuerpos monoclonales en su sistema. Sin embargo, es una prueba *muy* cara".

"Bien, hazlo", dijo Chase, pero la forense miró a Dunbar en busca de aprobación. Antes de que Chase pudiera reprender a la mujer, Dunbar intervino.

"Haz las pruebas. Ejecuta todas las que puedas para averiguar en qué estaban las chicas".

La Dra. Nordmeyer se rascó la nuca.

"Como he dicho, va a salir caro".

"Hazlo de una puta vez", espetó Chase.

La cara de ratón de la mujer se contorsionó de nuevo, el puente de su nariz se convirtió en una red de pliegues.

"Por favor, hágalo lo más rápido que pueda", le ordenó el detective Dunbar, suavizando las cosas.

"Hay cola y..."

La frustración de Chase se apoderó de ella y cerró los puños.

"No me importa. Tan rápido como puedas".

Finalmente, el forense cedió.

"Te llamaré si las pruebas detectan algo".

"Gracias", dijo Dunbar.

Floyd y él se volvieron hacia la puerta y el Dr. Nordmeyer se deslizó tras el microscopio. Pero Chase aún no estaba listo para irse. Volvió hacia el cuerpo de Sky, ladeando la cabeza mientras se acercaba.

¿Por qué tomaba medicamentos contra el cáncer? ¿Estabas enfermo? ¿Envenenado? ¿Por qué?

Aparte de las marcas en las muñecas, Sky parecía una chica de diecisiete años perfectamente sana. Era delgada, pero no escuálida, y su pelo, por incoloro que fuera, era largo y liso, recién cepillado.

Sin embargo, eso no significaba nada; Chase sabía que las verdaderas cicatrices no siempre se veían por fuera.

"No toques el cuerpo", le ordenó la Dra. Nordmeyer desde detrás de ella.

Chase no dijo nada, pero reconoció indicando que sus manos seguían firmemente plantadas en los bolsillos.

Hubo un tiempo en que se vio obligada a llevar guantes para evitar rozar accidentalmente un cadáver.

Pero eso fue en otra vida.

Chase era normal ahora, y la normalidad era algo ajeno a ella.

Y algo que detestaba.

"No lo haré", dijo en voz baja, alejándose del cadáver. Luego Chase se dirigió enérgicamente hacia la puerta, asegurándose de no hacer contacto visual con el médico. "No te preocupes, no lo haré".

Capítulo 34

"¿Los padres de las chicas dijeron algo sobre que sus hijas estaban enfermas?"

Floyd se miró los dedos de los pies, así que Chase dirigió la pregunta a Dunbar.

"No."

"¿Ves algún medicamento? ¿Frascos de pastillas por ahí? ¿Bolsas de suero? ¿Algo así?"

La respuesta de Dunbar fue la misma.

"Joder. ¿Qué significa esto? ¿Anticuerpos monoclonales?" Preguntó Chase.

Esta vez, nadie respondió.

Los tres se quedaron en el aparcamiento, esperando a que les dieran una respuesta. Pero lo único que tenían eran más preguntas.

"¿Y los historiales médicos? ¿Podemos acceder a ellos?"

Dunbar se encogió de hombros.

"Podemos pedírselo a los padres. Si se niegan, conseguir que un juez nos los entregue será más complicado".

"¿Por qué se negarían?"

Chase estaba más que frustrado.

¿Por qué no vi lo que vio Sky cuando le toqué el muslo? ¿Por qué coño no puedo ver *más?*

"Creo que es para ti."

Chase volvió al presente y vio que Floyd le tendía el móvil. Ni siquiera lo había oído sonar.

"Es Tommy", dijo su compañera asintiendo con la cabeza.

Chase cogió el teléfono vacilante. El identificador de llamadas indicaba Wilde Clean-up. Consciente de los profundos lazos existentes entre la empresa de limpieza de escenas del crimen y la policía de Nueva York, Chase le dio la espalda antes de contestar.

"¿Sí?"

"¿Es Chase?"

"Sí."

Hubo una vacilación de dos tiempos antes de que Tommy dijera: "Creo que he encontrado lo que buscas".

Los ojos de Chase se desorbitaron y giró la cabeza para mirar a Floyd.

"¿Lo encontraste? ¿Encontraste el móvil de Sky?"

"Sí. Uno de mis chicos lo cogió accidentalmente... estaba metido dentro de una funda de almohada".

A Chase le sonó más que sospechoso, pero no le importó. Era el descanso que necesitaban.

"Genial. ¿Puedes traerlo a...?"
"Me gustaría quedar".
Los ojos de Chase se entrecerraron. Era consciente de que Dunbar y Floyd se cernían sobre ella e hizo un gesto para que salieran de su espacio personal.
"No sé si es una buena idea. Alguien lo cogió por accidente, ¿verdad? ¿Uno de tus chicos? Sólo quiero..."
"Me gustaría dártelo en persona".
Chase odiaba los juegos por encima de todo, y eso era exactamente lo que parecía, pero con Dunbar tan cerca no podía amenazar a Tommy Wilde. Aunque en un principio hubiera rechazado el caso, ahora que estaba en él, Chase lo llevaría hasta el final. Y cabrear a Dunbar, que técnicamente estaba al mando, no era la jugada.
"¿Dónde?", concedió.
"Hay un bar llamado Barney's. Está sobre..."
"Sé dónde está. Nos vemos allí en diez minutos".
Chase colgó y le devolvió el teléfono a Floyd. Ambos la miraron expectantes, así que ella les confirmó lo que ya sabían.
"Tommy encontró el móvil de Sky. Quiere reunirse y entregárselo".
"Iré contigo", se ofreció Floyd.
Chase se negó.
"No, creo que nuestro amigo quiere tener un poco de tiempo personal".
Floyd rodó el labio superior.
"¿Por qué no charlamos con los padres de Victoria o de Brooke?". Dunbar se ofreció, tirando del brazo de Floyd. El hombre tenía experiencia y sabía que no debía interponerse en su camino. "A ver si las chicas tenían algún tipo de enfermedad, cáncer o cualquier otra".
Floyd parecía físicamente enfermo, pero Chase no se echó atrás. Tenía que aprender, tenía que endurecerse.
"Bien. Quedamos dentro de una hora o así".
Con eso, Chase saltó a su BMW y cerró la puerta antes de que Floyd le diera un puñetazo o le vomitara encima.

***

Aunque Chase había perdido su vudú, algo en su interior empezó a apretarse a medida que se acercaba a Barney's.
En parte se debía a la nostalgia, por haber estado aquí antes con Drake.
La mayor parte de la sensación, sin embargo, no podía ubicarla.
Todavía no.
Aún era temprano, por lo que Chase no tuvo problemas para encontrar aparcamiento justo delante del bar. Antes de salir del coche,

por alguna razón, se miró en el retrovisor.

Jesús.

Prácticamente sin maquillaje, su palidez rozaba lo espantoso. Un pequeño paso adelante de Sky Derringer.

Hubo un tiempo en que lucía unos Jimmy Choo, incluso en el trabajo, así como una bonita blusa y pantalones de diseño.

Pero ese era el viejo Chase.

Ahora le molestaba incluso levantar los ojos hacia el espejo.

¿Qué coño importa mi aspecto?

Chase salió del coche y, enfadada, cerró la puerta tras de sí.

El gran portero de la entrada debió de verlo, porque se apartó de su camino y la dejó pasar sin siquiera asentir con la cabeza.

Una música tranquila la recibió al entrar, confirmando la sospecha de Chase de que Barney's se había sometido a otro lavado de cara. A juzgar por la escasez de clientes, estaba claro que el cambio no había funcionado.

Había dos hombres con trajes a juego y pelo perfecto sentados en la barra. El dúo tenía el aspecto que ella había esperado de Tommy antes de conocerlo. También había una pareja sentada en un reservado a su derecha, con las caras incómodamente juntas, pero aparte de eso, Barney's estaba vacío.

"¿Chase?", llamó una voz desde el fondo del bar.

Tommy estaba en la cabina más alejada, vestido con la chaqueta de cuero que había visto colgada del respaldo de la silla de su despacho. Chase se irguió mientras caminaba hacia él. Aunque no se sentía en peligro, comprobó instintivamente los rincones de la habitación.

"¿Tienes el teléfono?" preguntó Chase mientras se acercaba.

El hombre asintió.

"¿Por qué no te sientas y tomas algo, Chase?"

"No quiero una copa. Quiero el móvil".

Chase esperaba que Tommy se opusiera, que dijera que sólo le daría el teléfono si tomaba una copa con él, una especie de chantaje romántico, pero el hombre la sorprendió. Sacó una bolsita de plástico del bolsillo y la deslizó por la mesa.

El iPhone que había dentro estaba cubierto por una funda protectora de color amarillo brillante.

"¿Esto es de Sky Derringer?"

"Lo es", confirmó Tommy.

Chase cogió el teléfono y, mientras lo hacía, Tommy se llevó un vaso de cerveza a los labios y bebió un sorbo.

Era guapo, eso no se podía negar, y le recordaba un poco a Drake.

Y si sigue bebiendo aquí, pensó Chase*, en un par de años será la viva imagen de aquel hombre.*

"¿Sabes qué? Creo que podría tomar una copa, después de todo".

Tommy no hizo ninguna mueca ni sonrió. Lo único que hizo fue levantar la mano y el camarero se dio cuenta.

"¿Qué desea?", preguntó el hombre del bigote rizado. El local estaba tan vacío que, incluso de pie junto a la cabina más alejada, Chase pudo hacer su pedido con sólo levantar un poco la voz.

"Escocés. Que sea doble".

Esta vez, Tommy sonrió y Chase no pudo contenerse: le devolvió la sonrisa mientras se sentaba frente a él. Permanecieron en silencio hasta que el camarero le trajo su bebida menos de un minuto después.

Tommy le permitió el privilegio de un solo sorbo antes de entrar en materia.

"Chase, quiero asegurarte que todo esto ha sido un error". Indicó el teléfono que aún estaba al alcance de la mano. "En Limpiezas Wilde no nos gusta robar. Aunque a veces ocurren accidentes".

Esta era una de esas veces en las que lo que el interlocutor decía y lo que quería decir era totalmente opuesto. Por supuesto, el móvil había sido robado, pero lo que importaba era que Tommy se había puesto firme y lo había recuperado.

Chase podría haber visto que este escenario se desarrollaba de otra manera. Tommy podría haber fingido haber preguntado a su tripulación sólo para decirle que no estaba en ninguna parte. También podría haber interrogado a sus hombres pero, tras descubrir que se lo habían robado, haberse deshecho él mismo de él para evitar cualquier tipo de complicación potencial.

Pero no había hecho ninguna de las dos cosas. Se había armado de valor, había encontrado el móvil y se lo había dado.

Chase apreció la fortaleza del hombre.

"Lo comprendo. Me alegro de que hayas conseguido encontrarlo".

"No lo encontré", dijo Tommy.

"Tú..." Chase se detuvo. "Por supuesto que no. Tú no lo encontraste. Yo lo hice. Lo encontré en la casa de los Derringer".

Tommy sonrió y levantó su copa.

Parecía algo muy extraño -animarse mutuamente tras encontrar el móvil de una joven que se había suicidado-, pero Chase se sintió obligado a hacerlo.

Y el whisky... Hacía mucho tiempo que no tomaba whisky. En casa, Chase sólo bebía vino tinto, e incluso así, sólo una o dos copas por noche. Necesitaba estar despejada y fresca cuando saliera a correr por la mañana, antes de que Georgina se despertara.

Pero no habría carrera ni hoy, ni mañana, ni en un futuro próximo. Y Georgina estaba a kilómetros de distancia.

Por eso, cuando Chase terminó su whisky, pidió otro.

El alcohol le soltó la lengua y entabló una cómoda conversación con el hombre que tenía enfrente.

Las cosas se pusieron aún más fáciles tras la tercera copa. No tanto después del cuarto.

Capítulo 35

Chase no sabía si era el alcohol o el hecho de que había tenido muy poca interacción social en los últimos dieciocho meses, pero Tommy le caía bien. Le gustaba tanto que pasaba la mayor parte del tiempo en Barney's escuchando hablar al hombre, lo cual era una desviación de su carácter habitual.

Y Tommy hablaba *mucho*.

Al poco tiempo, Chase tuvo la impresión de que el hombre también estaba privado de interacción social.

"¿Cómo te metiste en la limpieza de escenas del crimen?" preguntó Chase durante una pausa en la conversación.

Tommy esbozó una sonrisa irónica.

"Esto va a sonar a flexión, pero pasé mucho tiempo en la escuela. Quiero decir *mucho*".

"Entonces, ¿eres médico?"

Tommy se encogió de hombros.

"De los buenos, no de los buenos". Cuando Chase entornó un ojo, Tommy aclaró. "Tengo un par de doctorados. Química y Biología".

Chase estaba impresionado, pero no lo demostró.

"PhD para limpiar, ¿eh?"

"Te lo digo, incluso con una sopa de letras después de mi nombre, no es fácil conseguir trabajo. Pero en realidad, me harté de la burocracia... tanto en el mundo académico como en el empresarial. Así que decidí montar mi propia empresa, intentar llevar las cosas de otra manera". Agitó la mano a su alrededor, indicando a Chase y su situación actual. "Obviamente, sigo trabajando en ello".

La respuesta era plausible, pero Chase no acababa de creérsela.

"Parece una exageración. ¿Por qué la limpieza de la escena del crimen, de todas las cosas? "

Tommy soltó una risita y se pasó la mano por el pelo, que inmediatamente volvió a su sitio. Chase tenía la sospecha de que la media melena del hombre volvería a la perfección segundos después de haber sido atacado por una bandada de gaviotas rabiosas.

"Sí, vale, me has pillado. La verdad es que nunca me habría metido en esta línea de trabajo si no fuera por un amigo mío. Un médico de *verdad* y también el mayor vago que jamás hayas visto. Cuando estaba en la facultad de medicina, trabajaba unas horas locas -horas loc*as*- y su apartamento era un desastre perpetuo. Contrató a varias criadas y servicios de limpieza, pero todos renunciaron después de una semana. Estaban disgustados, horrorizados. Yo le ayudé, utilizando disolventes del laboratorio químico para quitar las peores manchas". Tommy se estremeció. "De todos modos, después de graduarse y convertirse en

médico forense, sugirió que...".

A Chase casi se le cae el vaso de whisky que tenía en la mano.

"¿Cómo se llamaba?"

"¿Qué?"

"El doctor, ¿cómo se llamaba?"

Tommy bajó los ojos.

"Ahora está muerto, falleció no hace mucho".

Chase no podía creer lo que oía.

"Beckett", dijo sin aliento.

Ahora le tocaba a Tommy sorprenderse. De hecho, se le cayó la cerveza, pero por alguna razón cayó boca arriba y sólo salió un poco de líquido por la parte superior.

"¿Conoces a Beckett? *¿Conocías* al Dr. Campbell?"

Chase asintió.

"Lo conocía, no éramos íntimos, pero me ayudó en un montón de casos cuando trabajaba como detective aquí en Nueva York. Era raro... no, no era *sólo* raro, era fuera de lo común, pero me caía bien. Un tipo recto".

Tommy parecía desconfiado, pero el estado de reconfortante nostalgia triunfaba sobre cualquier otra emoción. Al menos por el momento.

"Era raro, quizá uno de los tipos más raros que he conocido", dijo Tommy distraídamente. "Pero me encantaba".

Chase observó cómo la barbilla del hombre se dirigía lentamente hacia su pecho como atraída por un débil imán. Temiendo que se dirigieran a un lugar del que su conversación no pudiera regresar, Chase apretó con fuerza su vaso y lo levantó.

"A Beckett", dijo.

Tommy levantó la vista y, una vez más, alzó la copa.

"Por Beckett".

Chase se terminó el whisky y dejó el vaso vacío sobre la mesa.

"¿Uno más?" preguntó Tommy.

Chase negó con la cabeza.

"Creo que he terminado por ahora. ¿Quieres salir de aquí?"

Tommy vaciló y luego asintió. Se bebió el resto de la cerveza, se levantó y se puso la chaqueta de cuero. Al pasar junto al camarero, Tommy hizo un pequeño gesto circular con el dedo, indicándose a sí mismo y a Chase.

"¿Y la cuenta?" preguntó Chase cuando quedó claro que Tommy no tenía intención de detenerse ante la puerta.

"Está bien, irá a mi cuenta".

Normalmente, este tipo de chauvinismo enfurecería a Chase, pero había algo en el comportamiento de Tommy que lo hacía aceptable. Fuera, el sol ya se había puesto y había una fila de clientes esperando

para entrar en Barney's. Ambos hechos sorprendieron a Chase, sobre todo porque no se había fijado en ninguno de ellos. Ambos hechos sorprendieron a Chase, sobre todo porque no había reparado en ninguno de ellos.

"¿Estás bien para conducir?", preguntó mientras Tommy cruzaba la calle en dirección a un sedán oscuro, que supuso que era el suyo. Ni siquiera pensó en su propio vehículo, aparcado justo enfrente.

"Sí", dijo dubitativo.

Estaban a un puñado de metros del coche de Tommy antes de que el hombre se volviera para mirarla.

"Escucha, yo no..."

Chase no le dejó terminar: alargó la mano, le agarró por la nuca y tiró de él para acercarlo. Los labios del hombre eran suaves y sabían a su última cerveza.

Al principio, Tommy se mostró cauteloso y se apartó de ella, pero cuando le metió la lengua en la boca, se relajó. Luego se implicó más, rodeándole la cintura con los brazos y acercándosela. Chase le correspondió, haciéndole retroceder hasta que chocó contra el coche.

Se besaron con hambre durante varios segundos antes de que Chase se diera cuenta de que Tommy ya no la agarraba con fuerza, sino que luchaba por empujarla hacia atrás.

Chase accedió.

"No puedo", dijo Tommy, desviando la mirada.

Las mejillas de Chase pasaron de estar sonrojadas por el alcohol a un profundo escarlata por la vergüenza.

Qué fácil había sido caer en los viejos hábitos... sólo hacían falta cuatro copas y un hombre guapo.

"Joder", refunfuñó. "Lo siento."

"No, es..." Tommy luchó por encontrar las palabras. "No está bien para mí, ahora."

"Yo tampoco", dijo Chase, dándose la vuelta y dando zancadas hacia su coche.

"No, no es-Chase? ¿Chase?" Tommy gritó tras ella.

Chase no miró atrás. El rechazo no le sentó bien, pero eso no era lo que más le escocía.

Fue el hecho de que apenas unas horas después de llegar a Nueva York y no avanzar en el caso bastaran para arruinar todo por lo que había trabajado. Todo el tiempo que había pasado en Grassroots con el Dr. Matteo aprendiendo a controlarse y a controlar sus impulsos no había servido para nada.

¿Qué es lo siguiente, Chase? ¿Cruzar las calles intentando ligar?

Sacudiendo la cabeza, Chase se metió en el coche y salió del aparcamiento a trompicones. No quería mirar por el retrovisor, pero no pudo evitarlo.

Tommy ya había cruzado media calle y estaba de pie con los brazos extendidos, las palmas hacia arriba como si le suplicara en silencio. Cuando Chase empezó a girar a la izquierda, quedó momentáneamente oculto por el brillante letrero de neón de Barney's.

Cuando recuperó la visión, sólo durante una fracción de segundo antes de que el propio bar bloqueara por completo la vista de Chase, la figura ya no era la de un hombre avergonzado.

En cambio, era una niña.

Una chica con el pelo blanco.

Al igual que Tommy, tenía las palmas de las manos abiertas, pero no secas y ligeramente agrietadas.

Estaban llenos de sangre que se filtraba de dos incisiones idénticas que iban desde la mitad del antebrazo hasta el talón de la mano.

Y luego estaban sus ojos.

La chica tenía unos brillantes ojos verdes que parecían brillar en la oscuridad.

Ojos que eran idénticos a los de Georgina.

Capítulo 36

Tap, tap, tap.

Chase se sobresaltó y trató inmediatamente de incorporarse. Un dolor en la parte baja de la espalda le recorrió las dos piernas y se estremeció.

"Joder".

Buscó el pomo de la puerta por encima de la cabeza y la abrió.

"¿Estás bien?", preguntó una voz familiar.

Esta vez lentamente, Chase se agarró al asiento de cuero y se sentó.

"Estoy..." Chase chasqueó la lengua, que sentía gruesa y borrosa. "Bien.

Floyd se movió hacia un lado, lo que permitió que más luz brillante llenara el BMW. Chase respondió echándose hacia atrás, dejando que la forma del hombre bloqueara parte del asalto.

"Te estuve llamando toda la noche; me preocupaba que... ya sabes... que... tú...".

Chase paró en seco a Floyd lanzándole una mirada.

"Me quedé fuera", dijo simplemente, con voz inexpresiva. "Volví para trabajar y me encontré la puerta cerrada. Y no tengo el número de Screech".

Pero tienes el de Floyd... y el de Drake.

"Vengo cargado de regalos", anunció Dunbar, apareciendo de la nada. Con los dos hombres de pie ante la puerta trasera de su coche, casi no entraba luz, lo que ofreció a Chase el momento que necesitaba para serenarse.

Y darse cuenta de que había una tercera persona detrás de los otros dos, con las manos metidas en los bolsillos.

"Lo siento", dijo Screech.

Chase se limpió la costra de las comisuras de los ojos e hizo un gesto a Dunbar y Floyd para que retrocedieran. Ellos accedieron y ella salió del coche con un pequeño gruñido. Luego cogió el café que le ofrecía Dunbar.

"No es culpa tuya", le dijo a Screech. El café estaba tibio, lo que Chase prefería, ya que le permitía ingerir la cafeína más rápidamente. Con un poco de suerte, también ayudaría a contener la resaca que aún no la había atacado, pero que planeaba atacar pronto. "¿Cómo te fue con los padres de las chicas?"

Floyd se miró los dedos de los pies, pero Chase no estaba de humor para hacer de niñera.

"Floyd", espetó, y el hombre levantó la vista.

"Las niñas no estaban enfermas", respondió, sin tartamudear. "Al menos no que los padres supieran".

"¿Les crees?" Chase indicó la puerta principal a *DSLH,* y Screech le abrió paso.
"Sí", respondió Dunbar.
"Hmm."
"¿Y tú?" preguntó Floyd.
Screech abrió la puerta y todos entraron en el despacho.
"¿Y yo qué?" La mente de Chase volvió a la noche anterior, a su encuentro con Tommy Wilde fuera de Barney's.
¿En qué coño estabas pensando, Chase?
"Yo, uhh, yo sólo..."
"¡Mierda!" exclamó Chase, recordando la razón por la que había quedado con aquel hombre en el bar en primer lugar. Se palpó la parte delantera de los vaqueros, pero no encontró nada.
"¿Qué pasa?"
"Sujeta esto", le indicó Chase, pasándole el café a Floyd. Tanteó con la taza, pero Chase no se quedó a ver si se le caía o no. Ya había salido por la puerta, volviendo a toda prisa a su coche.
No había ningún móvil en el asiento trasero ni bajo los asientos delanteros.
"¿Dónde estás?" susurró Chase. Metió un dedo entre los cojines del asiento trasero y su uña rozó algo duro. Empujando la mano con más fuerza, consiguió pellizcar la esquina del objeto y liberarlo.
"¡Tengo el móvil de Sky!", exclamó, sosteniendo en el aire la bolsa de plástico que contenía el teléfono. "¿Alguien tiene un cargador?"
"Aquí", dijo Screech desde la puerta.
Chase ignoró a Dunbar y Floyd, que la miraban con idéntica expresión de asombro, y le entregó la bolsa a Screech.
"Cárgalo, entonces. Quiero ver lo que hay en esta cosa".

***

"¿Por qué no nos llevamos el teléfono a comisaría? Puedo hacer que uno de mis chicos lo revise allí", ofreció Dunbar, claramente incómodo con la idea de dejar que Screech intentara entrar por la fuerza en el móvil de Sky.
"Si no puede sacar nada, claro".
A Screech le dio un pellizco en la cara, que era exactamente la razón por la que Chase había hecho el comentario. Ahora era un reto, y ella confiaba en que el hombre estuviera preparado para la tarea.
"Probablemente se secó igual que la de las otras chicas", murmuró Floyd. Cuando Screech empezó a intentar abrirse paso, con Dunbar rondándole, Floyd se dirigió a ella directamente. "¿Qué pasó anoche, Chase?"
Chase le devolvió la taza de café y resistió el impulso de decirle que

no era asunto suyo.

"Nada especial". Luego, a Screech, le preguntó: "¿Hay algún sitio aquí donde pueda refrescarme?".

"No hay baño en la oficina", contestó Screech, con los ojos aún fijos en la pantalla del ordenador. "Pero hay un baño público al final del centro comercial".

Chase asintió y pensó en la mísera bolsa de viaje que se había traído a Nueva York. Aunque sólo fuera eso, sugería que, al menos inconscientemente, no esperaba quedarse mucho tiempo en la ciudad.

"De acuerdo, sólo..."

"También voy a necesitar ese pago".

Mierda.

Se había olvidado por completo de su promesa de pagar al hombre cinco mil dólares por adelantado.

"Iré al banco después de limpiarme".

"Bien."

Chase asintió a Floyd y dio dos pasos hacia la puerta principal antes de que Screech volviera a hablar.

"El pago puede esperar". Se giró en su silla, con una gran sonrisa en la cara. "Me apunto".

"¿Qué? ¿Ya?"

"Sí."

Chase cambió de rumbo y se acercó a Dunbar.

"¿Qué hay ahí?"

"No lo sé todavía... dame un segundo."

Screech se giró de nuevo y empezó a teclear furiosamente. Aparecieron varias carpetas, pero no parecían contener nada.

"Genial", refunfuñó Dunbar. "Borrado, al igual que los demás."

"No-no, espera, no tan rápido."

Screech tecleó unas cuantas teclas más.

"No hay mensajes entrantes, esos se borraron... pero... *¡Bingo*!".

"¿Qué pasa?" Floyd preguntó, respirando en el oído de Chase.

"Un texto saliente, que fue enviado a las 7:16 de la mañana de ayer."

A Chase se le cortó la respiración.

"¿Qué dice?"

"Compruébelo usted mismo".

Un único mensaje que contenía ocho sencillas palabras apareció de repente en el centro de la pantalla.

"¿Qué?" exclamó Floyd. "¿Qué demonios...?"

Capítulo 37

"-¿Quiere decir eso?" Dunbar terminó por Floyd.

"¿Eso es todo?" preguntó Chase, ignorando el comentario del dúo.

"Eso es. Un mensaje".

Chase lo leyó una vez mentalmente y luego en voz alta para asegurarse de que no se le escapaba nada.

"Lo he visto, es real, todo es real".

"¿Qué coño es esto?" soltó Floyd, que rara vez juraba. Chase observó cómo el hombre apretaba el respaldo de la silla de Screech con frustración.

Ella compartía su sentimiento, pero habría añadido varios improperios más creativos.

"No tengo ni idea", dijo Dunbar.

Screech estaba igual de confuso, evidente por la forma en que seguía intentando hurgar en los árboles del directorio en busca de más información.

"Ni siquiera puedo decir a quién se lo enviaron", comentó el hombre.

Pero esto era lo único de lo que Chase estaba seguro: Sky envió el mensaje a sus amigas antes de que saltaran delante del tren subterráneo. La hora, la fecha y las circunstancias coincidían.

Como diría Stitts, no fue una coincidencia.

"Se lo envió a las otras chicas", anunció Floyd.

"Sí", confirmó Chase.

El dolor de cabeza y las náuseas eligieron este momento de debilidad para atacar. No era la peor de sus resacas y ni siquiera se acercaba a algunos de los síntomas de abstinencia que había sufrido a manos de la heroína, pero era molesto.

Y en general la hizo sentir como una mierda.

"¿Por qué sigue pasando esto?", murmuró mientras se bebía el resto del café y se acariciaba las sienes.

El comentario podía referirse a muchas cosas, pero en este caso, Chase se refería a la cantidad de callejones sin salida a los que les llevaba este caso aparentemente sencillo. Empezó con los móviles borrados de las chicas suicidas y continuó con su extraño color de pelo. Y ahora este texto críptico. Cada vez que Chase pensaba que habían descubierto algo que les haría avanzar, sólo les hacía entrar en una espiral.

La verdadera cuestión era que Chase, por debajo de la resaca que ahora se acumulaba, sentía algo en el fondo. Algo que no era tan fuerte como una de sus visiones, pero era más que una simple indigestión.

Sky no fue el último alumno del instituto San Ignacio que iba a acabar con su vida.

Lo he visto, es real, todo es real.

Chase se aclaró la garganta.

Sí, es real. Tan real como una cuchilla de afeitar en las muñecas o un tren subterráneo a gran velocidad.

"¿Por qué? ¿Qué es real?" Chase dijo de repente. "¿El cáncer? ¿Las drogas? ¿Qué vio Sky tumbada en su puta cama?".

Floyd y Dunbar intercambiaron miradas.

"Dunbar, ¿puedes sacar las imágenes de la estación de metro?" Chase preguntó.

Dunbar miró a Screech, que le cedió amablemente su asiento.

"Escucha, no sé cuánto más puedo ayudar..."

"Está bien", dijo Chase. "Gracias."

"Sí, gracias", repitió Floyd.

"Oh, y te traeré tu dinero más tarde hoy."

Screech se detuvo en la puerta como si quisiera decir algo importante, pero en lugar de eso se limitó a decir: "Claro".

"Toma", dijo Dunbar, y Chase dirigió su atención al monitor del ordenador.

Vio el vídeo hasta el momento en que las chicas reciben el mensaje y pidió a Dunbar que lo rebobinara. Era exactamente como lo recordaba, hasta la reacción de las chicas.

Pero había algo en Madison en lo que Chase no se había fijado antes. Era su forma de andar y la rapidez con la que cogía el teléfono después de que hubiera vibrado.

"Es casi como si Madison estuviera esperando el texto", comentó Chase. "Como si lo estuviera esperando".

"Sí, o simplemente cree que uno de sus posts de Instagram ha explotado", sugirió Dunbar.

En otras circunstancias, Chase habría estado de acuerdo con el detective. Pero no era el caso esta vez.

"Ahí...", dijo Chase, señalando la pantalla. "¿Ves eso? Madison saca su móvil, lo mira y luego asiente a los demás. *Estaban* esperando este mensaje".

Ahora que ella había verbalizado sus pensamientos, éstos cobraban más peso en la mente de Chase.

"¿Pero por qué?" Preguntó Floyd. "¿Y qué vio Sky?"

"Algo que todos han visto, supongo", comentó Dunbar de improviso.

Esta idea tocó la fibra sensible de Chase.

"Sí, es difícil de decir a partir de un texto, pero me suena como Sky está confirmando algo. ¿Qué sabemos de estas chicas? ¿Su camarilla?"

"*Phf*, ¿me estás preguntando cuál es el orden jerárquico en un

grupo de chicas de instituto?". Dijo Dunbar.

"Creo que Madison era el líder. No, estoy seguro", dijo Floyd. Cuando Chase le miró, sus mejillas empezaron a enrojecer.

"Continúa".

La verdad era que Floyd era el más parecido en edad a las chicas aunque era diferente en muchos aspectos.

Chase y Dunbar estaban completamente despistados.

"Bueno, basándome en sus redes sociales, estoy segura de que Madison es la líder. Los otros sólo la siguen."

"Entonces, ¿por qué el texto vino de Sky? Sabemos que se quedó en casa, no fue a la escuela, envió el mensaje y luego se suicidó. ¿No tendría más sentido viniendo de Madison?"

Floyd se detuvo un segundo antes de abrir mucho los ojos.

"Porque ella es la inteligente".

"¿Qué quieres decir?" preguntó Dunbar.

Floyd rebuscó en una carpeta del escritorio y sacó una hoja de papel.

"Sky tenía un viaje completo a Yale."

Chase alargó la mano y cogió el papel de Floyd y confirmó que era cierto.

"¿Y las otras chicas?"

Dunbar respondió a la pregunta sin necesidad de información sobre el caso.

"Estaban todos preparados para ir a la universidad, Yale, Brown, ese tipo de cosas".

"Pero sólo Sky tuvo un viaje completo", añadió Floyd.

"Muy bien, digamos que Sky es la inteligente, entonces, y que Madison es la líder. Pon el vídeo una vez más, Dunbar".

Cuando Madison sacó su teléfono, Chase se la imaginó leyendo el mensaje de Sky: *Lo he visto, es real, todo es real.*

"No lo entiendo", dijo Dunbar después de que el vídeo dejara de rodar. "Sigo volviendo a la idea de que alguien les estaba chantajeando. El mensaje de texto tiene sentido: Sky hizo un poco de, no sé, investigación y descubrió que no estaban siendo trolleados, y le dijo a sus amigos que era real. Que estaban jodidos".

Chase se mordió el labio. Quería estar de acuerdo con el detective, pero se quedó corta.

"Pero entonces, ¿por qué sonríen? ¿Por qué están contentos? Se cogen de la mano y saltan. ¿Por qué?"

La frustración que sentía Chase no hacía más que aumentar sus síntomas de resaca.

"¿Las drogas?" Floyd se ofreció.

"¿Medicamentos contra el cáncer?" Dunbar sacudió la cabeza. "Esto no tiene sentido. Necesito un puto cigarrillo".

Chase no fumaba pero sentía un pequeño cosquilleo en los dedos.

Le vendría bien *algo*.

"¿Qué pasa con el portátil de Madison?" Preguntó Floyd.

"Todavía nada. No puedo entrar en la cosa, los técnicos están trabajando en ello. Quizá deberíamos pedirle a Screech que les eche una mano".

"Puede ser. Pero las drogas y el mensaje de texto... están relacionados, ¿verdad?". Floyd sonaba desesperado, y Chase no lo culpaba. Todos estaban desesperados, frustrados y molestos.

"Sí", dijo ella sin vacilar. Entonces Chase suspiró. Sabía lo que tenían que hacer a continuación, lo sabía desde que Dunbar le dijo que los padres de Victoria y Brooke no tenían ni idea de la medicación contra el cáncer. Y Chase lo temía. "Los padres no tienen ni idea de lo que estaban tomando sus hijos, no me extraña. Pero apuesto a que conozco a alguien que sí".

"¿Sí?" Dunbar arrugó el ceño. "¿Quién?"

"Alguien del instituto. Siempre hay un tipo que sabe en qué está metido todo el mundo en el instituto. Y lo que podría llevar a alguien al límite".

"O en este caso", dijo Floyd, "empujar a cuatro chicas delante de un tren de metro en marcha".

Capítulo 38

"Sé dónde está: San Ignacio, ¿verdad?". Dunbar preguntó.

Chase se encogió, recordando la interacción de Georgina con el Padre Torino en la Academia Bishop.

Otra escuela católica. Estupendo.

Floyd volvió al expediente del caso.

"Secundaria San Ignacio. No sé la dirección-espera, es aquí. Fountain Drive-uno-doce Fountain Drive."

Dunbar asintió.

"Sí, lo conozco. No muy lejos. Te llevaré, *joder*. Lo juro, mi teléfono no ha sonado tantas veces en un mes. Espera." Dunbar contestó su teléfono. "*¿Qué*?"

"¿Quieres que vaya contigo?" preguntó Floyd, pero Chase, al ver que las mejillas de Dunbar se hundían, le hizo callar.

"No puedes hablar en serio... ¡no, no, *no*! No dejes que nadie se acerque al cuerpo, ni siquiera el forense. Quiero ser el primero en verlo".

Dunbar colgó y antes de que pudiera hablar, Chase dijo: "Ha habido otro suicidio".

Floyd tragó saliva a su derecha y Dunbar, aún adusto, asintió.

"Sí, pero esta vez no una chica de instituto, sino un hombre de mediana edad. Aparentemente, el hombre entró en un parque en medio de Nueva York, se sentó, se metió una pistola en la boca y se voló la cabeza".

Floyd se quedó boquiabierto.

"¿Quién es?"

"Ni idea. Ni siquiera puedo obtener una imagen clara de su cara dado el daño. Le dije a nadie que se acercara al cuerpo hasta que yo llegue".

"¿Crees que está relacionado?" Preguntó Floyd.

Chase respondió con una pregunta.

"¿Cuántos suicidios hay al año en Nueva York?".

Dunbar se encogió de hombros.

"Unos mil quinientos, algo así". Mientras hablaba, Dunbar se apartó del escritorio y se puso la chaqueta. Como Chase y Floyd no se movieron, los miró con desconfianza.

"¿Vienen?"

Floyd aplazó a Chase.

"Voy a la escuela, dudo que esto tenga algo que ver con Sky o sus amigos".

"¿Seis suicidios en menos de dos días?" Cuestionó Dunbar.

¿"Cinco chicas y un hombre de mediana edad"? Sí, me arriesgaré. Si

encuentras algo que relacione estos casos, háznoslo saber".

Dunbar no parecía contento, pero no tenía elección.

"Estaré en contacto."

Cuando se fueron, Chase se volvió hacia Floyd.

"¿Vas a estar bien en la escuela?"

"Sí, por supuesto. ¿Por qué no iba a estarlo?"

Chase quiso decir que, como no podía hacer de niñera suya, cuando Stitts era su compañero, él la animaba a divagar y hacer sus cosas, por extrañas que parecieran. Pero eso sería echarle a él la culpa de su propia falta de perspicacia.

"Sólo comprobaba... puede que tengamos que... separarnos mientras estamos allí."

"Estoy bien, Chase. Puedo manejarlo".

***

Aunque San Ignacio estaba a más de dos horas de Bishop's Academy, y era un instituto y no una escuela primaria, la escena a la que Chase llegó era inquietantemente familiar.

El hecho de que estuviera con otra persona -Floyd, no Georgina- aumentaba la ilusión.

Sin embargo, a diferencia de Bishop's, no había ningún guardia de cruce ansioso de castores en la entrada. Chase se dirigió directamente a la puerta principal y la abrió.

Estaba cerrada, así que Chase levantó las manos y miró a través del cristal mientras Floyd pulsaba el timbre. Vio a un puñado de estudiantes caminando por el pasillo con los libros bajo el brazo.

"¿En qué puedo ayudarle?", preguntó un hombre a través del interfono. Su voz era firme y reservada. La escuela estaba en alerta máxima tras lo ocurrido con las chicas.

A Chase le sorprendió que no hubiera ningún coche de policía delante. Habría esperado que al menos un agente rondara por el campus.

"Floyd Montgomery, FBI. Y éste es el agente especial Adams".

"¿Tienes identificación?"

Floyd sacó su placa y luego miró a su alrededor en busca de la cámara. Chase, al no tener placa propia, siguió mirando a través del cristal, observando a los estudiantes mientras paseaban.

"La cámara está detrás de ti y a la derecha, mira hacia arriba".

Floyd apuntó su placa a la cámara.

"Alguien le acompañará enseguida a la oficina. Por favor, espere".

Chase se apartó respetuosamente de la puerta y se quedó con los brazos cruzados hasta que apareció un hombre.

"Mierda", murmuró.

Era el párroco o el cura del colegio o como demonios se llamaran. A diferencia del padre Torino, este hombre era mayor, con pelo blanco alrededor de las sienes que le rodeaba la nuca. La parte superior estaba completamente calva. A pesar de estos hechos, tenía la cara de un hombre mucho más joven.

"Encárgate de este tipo, ¿de acuerdo?" Chase dijo en voz baja.

"¿Qué? ¿Por qué...?"

La puerta se abrió y el hombre de bata oscura y cuello blanco les saludó con una sonrisa.

"Soy el Padre Gregory David. Vosotros debéis de ser los agentes Adams y Montgomery, ¿es eso?". Como muchos antes que él, tendió la mano, pero cuando Chase declinó Floyd hizo lo mismo.

"Nos gustaría hablar con el director", dijo Floyd, tomando la iniciativa como había sugerido Chase.

"Sí, por supuesto, director Hendrix. Por favor, acompáñeme". Extendió el brazo para indicarles que entraran en la escuela, pero cuando Chase se adelantó, Floyd le cerró el paso.

"Después de usted, Padre."

Chase puso los ojos en blanco y se colocó detrás de los dos hombres. Captó un fragmento de su conversación mientras recorría el pasillo.

"...trágico. Verdaderamente trágico. Me he abierto y he abierto la capilla a todo el mundo. También me he quedado hasta tarde todos los días por si alguien quiere venir a charlar".

Vaya, qué santo.

Los pasillos estaban pintados de azul claro, con rayas blancas y rojas que los recorrían longitudinalmente a la altura de la cintura. Las taquillas, que ocupaban la mayor parte de las paredes entre las puertas de las aulas, eran de un azul más oscuro.

"¿Han venido muchos estudiantes?" preguntó Floyd. Chase no podía saber si su compañero sólo estaba entablando conversación o si intentaba sonsacar información al sacerdote.

Esperaba que fuera lo segundo.

"Por desgracia, los alumnos suelen pasar más tiempo con sus teléfonos que hablando conmigo o con el Señor. Pero está bien, sólo quiero estar aquí por si alguna vez necesitan a alguien con quien hablar".

Todas las taquillas eran iguales, excepto una.

"El Sr. Hendrix y yo también organizaremos una asamblea esta tarde. Sería estupendo que os unierais a nosotros".

La taquilla que hizo dudar a Chase era la de Madison Bailey. Lo supo porque estaba cubierta de tarjetas hechas a mano que expresaban su incredulidad por la desaparición de la chica.

"¿Chase? ¿Qué te parece?"

Chase tragó saliva y apartó los ojos de la taquilla de Madison.

"¿Sobre qué?"

"Sobre la asamblea de esta tarde". Floyd estaba avergonzado por su tono, pero Chase no se disculpaba.

"Sí, ya veremos".

Esperaba que el padre David perdiera por fin la sonrisa, pero no fue así. Sin embargo, Floyd fruncía el ceño lo suficiente por los dos.

"Agentes", dijo un hombre. Chase se giró para ver al hombre que sospechaba que era el señor Hendrix, de pie frente a la puerta del despacho. Tenía el pelo en forma de herradura similar al del padre David, pero de color castaño. El hombre tenía ojos serios y pómulos altos.

"Adams y Montgomery".

"Derrick Hendrix."

"¿Hay algún sitio donde podamos charlar?"

"Por supuesto".

El Sr. Hendrix atravesó el despacho exterior, pasó por delante de una mesa de secretaria y entró en la suya personal. Se sentó detrás de su escritorio y Floyd tomó asiento frente a él. Chase decidió quedarse de pie.

"La policía ya estaba aquí, como sabes, pero no hay mucho que yo, o cualquiera, pudiera decirles".

"No somos la policía de Nueva York", empezó Chase antes de darse cuenta de que el padre David estaba detrás de ella. Le miró por encima del hombro. "¿Crees que podemos tener un poco de privacidad?"

El hombre parecía realmente sorprendido por la pregunta.

"Oh, por supuesto, sólo pensé..."

"Chase...", advirtió Floyd. Chase le lanzó una mirada furiosa.

"No, está bien. Lo entiendo perfectamente. Estaré fuera de la oficina por si tienes alguna pregunta".

"Bien."

Chase esperó a que el hombre se retirara y se volvió hacia el director.

"Siento lo de sus alumnos".

"No sé... no sé qué pasó".

Al igual que el padre David, el dolor de Derrick Hendrix parecía auténtico. Chase lo sentía por el hombre, pero todavía tenía un trabajo que hacer. Lo que significaba que las galanterías habían terminado.

"Eso es lo que intentamos averiguar".

"La policía de Nueva York ya registró sus taquillas y escritorios y..."

"Quiero saber sobre las chicas", interrumpió Chase. "Cómo eran, quiénes eran sus amigos. Ese tipo de cosas".

Y quién podría haberles estado vendiendo drogas.

El Sr. Hendrix suspiró.

"Buenas chicas, todas ellas. Inteligentes, populares. No lo entiendo."

Esta no era la información que Chase buscaba y por mucho que la incomodara, incluso la ensuciara, sabía que tenía que presionar un poco más.

"¿Cómo de bien los conocías?"

La insinuación no pasó desapercibida para el hombre, pero se negó a morder el anzuelo.

"Los conocía bien, en realidad. El padre de Madison solía hacer bastantes donaciones a la escuela. En cuanto a los demás, siempre me saludaban cuando me cruzaba con ellos en el pasillo. Y ayudé a Sky con la parte escrita de su solicitud para Yale. No eran perfectos, no me malinterpretes, pero nunca se metieron en problemas serios. Llevo aquí quince años, agente Adams. Y las cuatro -no, cinco- chicas estuvieron aquí cuando eran novatas".

Sin obtener aún las respuestas que necesitaba, Chase se negó a bajar el ritmo.

"¿Qué pasa con los novios? ¿Alguna de las chicas salía con alguien?"

El Sr. Hendrix se detuvo un momento a pensar en esto.

"Realmente no lo sé. Eran populares, así que imagino que salieron un poco. Aunque no creo que tuvieran a nadie serio".

Esto coincidía con lo que Dunbar le había dicho.

"¿Y un profesor?"

Finalmente, el Sr. Hendrix dejó traslucir su emoción en el rostro.

"¿Qué quieres decir?"

"¿Un profesor especial, tal vez? ¿Alguien con quien estuvieran cerca, con quien hablaran a diario?".

"Agente Adams, mi personal está..."

"Sólo responde a la pregunta".

El señor Hendrix frunció el ceño, lo que hizo que sus pómulos parecieran aún más prominentes.

"Si tuviera que elegir a un profesor con el que se relacionaran a menudo, sería su profesor de inglés, Vic Horace. Pero si estás insinuando..."

"No estoy insinuando nada. Sólo hago preguntas. Intento aprender todo lo que puedo sobre estas chicas".

"Como por qué harían esto", dijo el Sr. Hendrix, con el ceño fruncido.

"Exacto", dijo Floyd, hablando por primera vez en un rato.

"Si dices que este Vic Horace los conocía bien, me gustaría hablar con él. Si le parece bien".

"Puedo preguntar, pero le seré sincero, el representante del sindicato de profesores ya estaba aquí, dando a todo el personal

instrucciones específicas de no hablar con ningún agente de la ley sin representación".

Por supuesto que sí.

"Está bien", dijo Chase. "Pregúntale al Sr. Horace si quiere venir a charlar conmigo. Si no quiere sin su representante, traeremos a su representante aquí. Tan sencillo como eso".

El señor Hendrix asintió y cogió el teléfono de su mesa. Pidió amablemente a la secretaria, que debía de haber vuelto de comer o de fumar, que llamara a Vic Horace.

"Sólo tengo una pregunta más para usted, señor Hendrix", dijo Chase después de que el director colgara el teléfono.

"¿Sí?"

El dolor del hombre era palpable. Chase seguía sin saber por qué se habían suicidado las chicas, pero sospechaba que el señor Hendrix no tenía nada que ver.

"¿Sabes si alguna de las chicas tenía cáncer?"

El Sr. Hendrix volvió a perder la compostura.

"*¿Cáncer*?"

Chase asintió y miró fijamente al hombre.

"No. Al menos, no lo creo. ¿Por qué lo preguntas?"

"Sólo algo..."

Chase fue interrumpido por el teléfono que había sobre la mesa del Sr. Hendrix. Le indicó que contestara.

El hombre escuchó un momento antes de decir: "¿Seguro?". Una breve pausa. "¿Puedes indagar en su expediente personal y sacar su número de móvil? Llámame cuando lo tengas. Gracias, Kevin".

"Déjame adivinar, Vic Horace no está aquí hoy", dijo Chase.

"No, no apareció esta mañana. No es propio de Vic".

Chase miró a Floyd y estaba a punto de decir algo cuando su propio teléfono empezó a sonar. Frunció el ceño y contestó.

"¿Dunbar? ¿Qué pasa?"

"Acabo de llegar a la escena. Esto es un puto desastre, pero conseguimos una identificación. El nombre del hombre es..."

A Chase se le encogió el corazón.

"¿Vic Horace?"

"*¿Qué?"* Dunbar graznó. "¿Cómo lo has sabido?"

Chase miró al Sr. Hendrix.

"Porque estoy en la escuela", le dijo a Dunbar. "¿Y adivina quién no está? La profesora de inglés de las chicas, Vic Horace".

Capítulo 39

Chase pensó que al señor Hendrix le iba a dar un infarto. El hombre había sido director durante quince años, pero era imposible que alguna vez hubiera tenido que enfrentarse a algo así: cinco alumnos y un miembro del personal suicidándose sin motivo aparente.

Una epidemia en espera.

"¿Por qué están haciendo esto? ¿Por qué está pasando esto?" se quejó el Sr. Hendrix.

"Eso es lo que estamos tratando de averiguar, Sr. Hendrix. Mientras tanto..."

La puerta del despacho se abrió y Chase se giró, esperando ver entrar a Kevin, el secretario, con el número de móvil del difunto Vic Horace.

Sólo que no era él.

Era el cura.

"¿Todo bien aquí, Sr. Hendrix?" Preguntó el padre David, con cara de preocupación.

"Vic..." el director casi sollozó. "Vic ha muerto".

"¿Qué?"

"Él..." El Sr. Hendrix volvió los ojos hacia Chase. "¿Qué le ha pasado?"

Chase se sentía incómoda ahora. No era sólo la presencia del sacerdote, que le recordaba a su padre y lo mucho que valoraba al ser místico del cielo, sino que sentía como si hubiera dicho demasiado.

"No puedo... no puedo hablar de los detalles ahora mismo". Chase se sintió mal por dejar al director en la estacada, pero de repente sintió la necesidad de salir de allí. "Tengo que irme".

Floyd la miró y Chase le hizo un gesto para que la siguiera fuera.

"¿Pero qué le pasó a Vic?" volvió a preguntar el Sr. Hendrix.

"Volveré. Cuando sepa exactamente qué le pasó, volveré y te lo diré directamente".

En lugar de esperar más preguntas, Chase se apresuró a salir de la oficina principal y Floyd se unió a ella.

"Chase, ¿Vic es el hombre que se suicidó? El profesor de inglés..."

"Baja la voz", advirtió Chase. "Pero sí. Era el hombre del parque al que Dunbar fue a ver".

La clase debía de estar a punto de terminar, ya que ahora había más estudiantes en el pasillo que cuando llegaron. Y cada uno de ellos parecía tener su teléfono móvil fuera. Tal vez fuera paranoia, pero Chase sintió como si todos estuvieran enfocando sus lentes en ella.

"¿Por qué no se lo dijiste?" Preguntó Floyd. Su tono era acusador. "Podrías habérselo dicho sin más".

"Porque..." Chase vaciló y miró a su compañera. "¿Por qué me preguntas esto?"
Floyd se lamió los labios.
"Me siento mal por ellos, ¿sabes?"
"¿Te sientes mal por ellos?" Chase estalló. "Me importa una mierda cómo se sientan, especialmente el cura. Lo único que me importa es averiguar cómo evitar que esta gente -gente relacionada con esta escuela- se suicide".
Floyd hizo un gesto de dolor.
"¿Por qué estás tan enfadado? El sacerdote, ¿es por tu padre?"
Chase empezó a ponerse rojo.
¿Ahora tienes una maldita columna vertebral?
"Mantén a mi familia fuera de esto", advirtió. "Esto no tiene nada que ver con ellos".
"No, lo sé, es..."
"¿Sabes qué?" Chase miró por la ventana de la puerta del despacho y vio al cura intentando consolar al señor Hendrix. "Debería quedarse aquí. Quédese aquí y asista a la asamblea. Entérese de este caso a través de la palabra del Señor".
La cara de Floyd se contorsionó.
"Lo siento, yo... ¿Chase? *¿Chase?*"
Pero Chase ya se había dado la vuelta y se dirigía hacia la entrada de la escuela.
"No tengo coche", gritó Floyd tras ella. "¿Cómo vuelvo a *DSLH* desde aquí?"
El timbre sonó de repente, haciendo que la respuesta de Chase fuera inaudible para todos menos para ella misma.
"Capricho y una oración, Floyd. Haz que Dios te prepare una alfombra mágica o una maldita nube voladora. A ver hasta dónde te lleva eso".

***

Chase tenía que reconocérselo a Dunbar. El hombre era muy meticuloso.
Toda la manzana que rodeaba el parque donde Vic Horace se había metido una pistola en la boca estaba acordonada. Chase redujo la velocidad de su vehículo y se detuvo por completo cuando un agente de policía se puso delante de su coche, con la mano en alto.
Chase bajó la ventanilla.
"Lo siento, señora, no puede estar aquí."
Frunció el ceño.
"Lo siento, *señor*, pero seguro que puedo serlo".
El hombre frunció el ceño.

"Tienes que girar tu..."
"Soy del FBI."
"¿Tienes identificación?"
Mierda.
Chase empezaba a arrepentirse de su decisión de dejar a Floyd en el instituto.
"No, no tengo identificación. Pregúntale al detective Dunbar".
"¿Quién?"
"Tu puto jefe. Ve a preguntar..."
"Está bien", gritó alguien detrás del policía. "Déjenla pasar".
El agente levantó a regañadientes la cinta amarilla y Chase pasó lentamente por debajo, mirándole todo el rato.
Había sido el propio Dunbar quien le había permitido pasar. Cuando Chase llegó hasta él, aparcó el BMW y bajó de un salto.
"¿Dónde está Floyd?", preguntó la detective antes de que saliera del coche.
"Ha vuelto a la escuela".
Dunbar quería más información, pero Chase se negó a dársela.
"Llévame al cuerpo".
Dunbar asintió y abrió paso a través de un laberinto de agentes de policía que no parecían hacer otra cosa que quedarse quietos. Finalmente, se detuvo frente a un pequeño parque con una hierba extrañamente frondosa y un banco.
"Te presento a Vic Horace", dijo el detective.
El difunto profesor de inglés seguía sentado en el banco del parque. De cuello para abajo, todo era paz, incluso serenidad. El hombre vestía caquis grises y camisa de botones. Su mano izquierda descansaba suavemente sobre su regazo, la derecha a su lado con la palma hacia arriba.
Pero cuando los ojos de Chase se desviaron de los pies de Vic a su cintura, luego al pecho y finalmente a su cuello, las cosas se deterioraron rápidamente.
La cabeza del hombre era un desastre sangriento. La mandíbula inferior sólo estaba unida por un puñado de tendones húmedos y colgaba unos centímetros más abajo de lo que debería. La mayor parte de los dientes superiores habían desaparecido y, aunque tenía algo parecido a una nariz, la frente le sobresalía tanto que los ojos estaban cubiertos de piel. Chase cambió de ángulo para ver mejor la parte posterior de la cabeza del hombre. El orificio de salida era mucho más violento y destructivo que el de entrada, por lo que parecía haber estallado un pequeño artefacto incendiario en su cerebro en lugar de haber sido reventado por lo que ella sospechaba que era un arma de fuego.
En el banco junto a Vic había un cartel amarillo de pruebas con un

"1": claramente, el lugar donde había estado el arma con la que el hombre se había suicidado.

Moviéndose ahora puramente por instinto, Chase se arrodilló cerca del hombre, inspeccionándolo, observando su postura así como su entorno. Al cabo de un momento, alargó la mano para tocar la de Vic. Por el rabillo del ojo, vio a un hombre con un traje de protección contra materiales peligrosos que se disponía a intervenir, pero fue detenido por el detective Dunbar.

Chase inhaló bruscamente, contuvo la respiración, cerró los ojos y luego tocó la mano de Vic Horace.

Hubo un destello, casi como si alguien le hubiera iluminado la cara con una luz tan brillante que pudo detectarla incluso con los párpados completamente cerrados.

Cuando el flash se desvaneció, Chase vio a Vic. Estaba paseando por el extremo sur del parque, con la mirada fija en este mismo banco. Se sentó, con una sonrisa en la cara, y luego, con aire tranquilo, sacó la pistola del bolsillo. Sin vacilar, se llevó el cañón a la boca y...

Tan rápido como apareció esta visión, desapareció.

Chase exhaló, abrió los ojos y se puso en pie. No estaba tan mareada como esperaba, pero tampoco estaba en equilibrio.

Dunbar estaba a su lado, pero prefirió permanecer callado.

"Era el profesor favorito de las chicas", informó Chase a la detective mientras intentaba hacerse a la idea de lo que acababa de ver.

"Me lo imaginaba. He enviado un equipo a la casa del hombre. Tienen instrucciones de recoger todos los aparatos electrónicos que encuentren".

"¿Y un teléfono móvil?"

Dunbar levantó una bolsa de plástico para pruebas con el móvil del hombre dentro.

"Ya eché un vistazo, y no está borrado. Pero no he visto nada fuera de lo normal o de interés. Haré que los técnicos se pongan a ello en cuanto vuelva a comisaría".

"Con toda esa sangre, no puedo ver su pelo."

"¿Su pelo?" preguntó Dunbar, enarcando una ceja.

"Necesito un guante".

Dunbar parpadeó y Chase repitió la petición.

"¡Eh, dale un guante!", ordenó el detective al técnico de criminalística más cercano.

Rápidamente le pasó a Chase un guante de nitrilo morado y ella se lo puso. Luego pasó un dedo por un pequeño mechón de pelo ensangrentado de la sien de Vic. Esto no aclaró mucho el color, así que continuó frotando el puñado de mechones hasta que la mayor parte del enrojecimiento desapareció.

"Mierda", susurró.

"¿Qué pasa?"
Chase se volvió para mirar al detective.
"¿Cuántos años dijiste que tenía Vic?"
"No lo sabía, pero creo recordar por su licencia que nació a mediados o finales de los setenta".
Mediados de los setenta... eso situaría la edad de Vic en cuarenta y cinco-cincuenta como mucho.
"¿Por qué lo preguntas?"
Chase se levantó el mechón de pelo y se apartó para que Dunbar pudiera verlo mejor.
"Porque nuestro hombre Vic Horace tiene el pelo blanco, por eso."

Capítulo 40

Floyd sabía que había metido la pata incluso antes de que Chase le echara la bronca.

Y él no la culpaba.

Prácticamente le había suplicado que viniera a ayudarle con este caso, y se había pasado la mayor parte del día que llevaban juntos cuestionando a la mujer.

Lo peor era que ni siquiera estaba en su naturaleza. Floyd se sentía más cómodo en un segundo plano, observando en silencio antes de poner en orden sus pensamientos y palabras. Esto era en parte consecuencia de haber crecido con un tartamudeo debilitante que, hasta hacía poco, se había curado casi por completo. Era el estrés y la frustración, concluyó Floyd, lo que le hacía comportarse así.

Al principio se había puesto en contacto con Chase porque se sentía cómodo con ella, y era la única persona del FBI en la que podía confiar y con la que podía ser sincero. Pero cuanto más pensaba en ello, más se convencía Floyd de que Chase debía tener información sobre este caso en particular.

Aunque, que él supiera, Chase nunca había intentado explícitamente quitarse la vida, la drogadicción y el abuso de drogas podían considerarse un tipo de suicidio lento y agónico.

Floyd recordó el momento, que le pareció que había pasado hacía décadas, en que Chase estuvo a punto de morir. Si no hubiera sido por Stitts -y por él, Screech, Louisa y Stu Barnes-, no le cabía duda de que habría perecido en aquella cantera de Virginia.

Ahora que lo pienso, quizá había sido un intento intencionado de suicidarse.

En cualquier caso, cada vez que Chase se preguntaba por qué se suicidaban esas chicas, Floyd se sentía perdido. No tenía idea de cuál era su motivación y Dunbar tampoco. Sería mejor que Chase ahorrara saliva y buscara respuestas en su interior.

Por si su experiencia personal no fuera suficiente, también estaba el hecho de que su padre se había suicidado.

Así que, mientras Chase insistía en que este caso no tenía nada que ver con su familia, Floyd podía discrepar.

Y, sin embargo, debería haber sabido que no debía desafiarla directamente. Chase estaba a la defensiva, sobre todo cuando se trataba de sus seres queridos.

¿Qué vas a hacer ahora? ¿Traer a Georgina? ¿Meterla en este lío, de alguna manera?

Eso no sólo lo dejaría tirado en la escuela, sino que probablemente le daría un puñetazo en la oreja.

No, pensó Floyd, *algo mucho peor que eso.*

"Agente Montgomery", dijo una voz agradable detrás de él, sacando a Floyd de sus pensamientos. Se volvió para mirar al padre David, que salía del despacho. El hombre tenía una expresión plana en su rostro juvenil. "¿Se queda para la asamblea?"

Floyd intentó que no se le notara la frustración que sentía, pero no tenía la misma experiencia que un hombre cuyo trabajo consistía en permanecer neutral mientras escuchaba los problemas de todos y cada uno.

"Sí", respondió secamente. "Pensé en g-g-obtener una lectura de la atmósfera."

¿Conoce la atmósfera?

Floyd sacudió la cabeza, reprendiéndose en silencio por un comentario tan ridículo.

Pero, ¿qué se supone que tenía que decir?

En realidad, padre, he cabreado a mi compañera y, en vez de hablar de ello, se ha largado.

"Me alegro. Iba a prepararme para la asamblea, por si quieres acompañarme". El sacerdote miró su reloj. "Está previsto que empiece dentro de media hora".

Floyd miró a su alrededor, ahora rodeado de una plétora de adolescentes. Intentó convencerse de que podría comprender mejor a Madison y a su equipo observando a otros estudiantes, pero era mentira.

Lo único que hacía aquí parado era agobiarse.

"Sí, claro."

El sacerdote cruzó las manos delante de la cintura y se adelantó por el pasillo, deslizándose sin esfuerzo entre los estudiantes como si no estuviera allí.

Esto me inspiró una pregunta.

"Padre, sé que probablemente esté obligado por la confidencialidad, pero ¿ha tenido oportunidad de hablar con alguna de las chicas? ¿Con Madison o Sky?" Floyd hizo una pausa mientras recordaba los nombres de las otras chicas. "¿O con Kylie, Victoria o Brooke?".

El sacerdote le dedicó una pequeña sonrisa.

"Tiene razón, agente Montgomery, estoy obligado por la confidencialidad".

"Oh, yo-yo-yo entiendo. Y p-por favor, sólo llámame Floyd."

La cálida sonrisa permaneció en el rostro del padre David.

"Pero eso no es realmente un problema, porque hace mucho que no hablo con ninguna de las chicas. Madison solía visitarme hace tiempo, cuando estaba en primer y segundo año, pero últimamente no tanto".

Esta respuesta no sorprendió a Floyd. Sabía que el catolicismo estaba de capa caída, al menos en el norte de Estados Unidos. No

estaba seguro de por qué, ya que siempre encontró consuelo en la religión. Especialmente durante los tiempos oscuros. Tal vez fuera el auge del ateísmo o simplemente el hecho de que la gente tenía menos tiempo para cosas como el culto.

Para las deidades, los famosos eran otra historia.

"¿Qué pasa con Vic Horace?"

La respuesta del padre David fue similar a la primera.

"Muy pocos miembros del personal acuden a mí, lo cual es una de las principales motivaciones de esta asamblea que el Sr. Hendrix y yo decidimos organizar juntos. Si alguna vez hubo un momento en que estos jóvenes y el personal necesitan al Señor, o simplemente alguien con quien hablar, es ahora."

Floyd lo pensó mientras entraban en el auditorio. Había un puñado de estudiantes montando las gradas, y había lo que parecía una secretaria o profesora ajustando un micrófono en un podio que le recordaba a un púlpito.

"¿Eso te molesta?" preguntó Floyd. Tan pronto como las palabras salieron de su boca, deseó poder retirarlas.

¿Qué te pasa, Floyd? se preguntó. *¿Por qué sueltas estas cosas sin pensar?*

Pero a diferencia de Chase, el sacerdote no se tomó esta pregunta como un desafío.

Sin embargo, se lo tomó con calma.

"No, hijo mío. No me molesta. Es la realidad del mundo en que vivimos". El sacerdote se detuvo de repente y se volvió para mirar directamente a Floyd. "Ahora, no quiero parecer fuera de lugar, pero ¿puedo hacerte una pregunta?"

A Floyd no le gustaba estar acorralado y miró a su alrededor. Vio una mesa llena de botellas de vino escondida detrás de la cortina del escenario.

"¿Haces la comunión?", preguntó, intentando cambiar de tema.

El padre David rió entre dientes.

"No, hoy no. Hoy se trata de ofrecer una oreja a los estudiantes y al personal". El sacerdote siguió la mirada de Floyd. "Esos son para el Día de Todos los Santos".

"Ah."

"¿Y bien? ¿Puedo hacerte una pregunta?"

Es justo, supongo.

"Por supuesto".

"¿Cuándo fue la última vez que hablaste con el Señor?"

Floyd se sorprendió. Por alguna razón, pensó que el cura iba a preguntar por Chase.

Sorprendido o no, le costó dar una respuesta. Había crecido en un hogar católico y seguía siendo creyente. Chase le había dicho una vez

que dejó de creer el día que se llevaron a su hermana. Decía que los horrores del hombre eran demasiado atroces para creer en un poder superior.

Ningún Dios permitiría jamás que algo como lo que había ocurrido en Nuevo México sucediera en Su Tierra.

Pero Floyd no era como Chase. No tenía su experiencia, pero había visto suficiente.

Y, sin embargo, su conclusión había sido la contraria a la de su compañero. El hecho de que él y Chase estuvieran aquí para detener a esa gente era prueba suficiente de la existencia de un poder superior. ¿Qué otra cosa podría evitar que la sociedad degenerara en la locura?

"Ha pasado... ha pasado mucho tiempo", dijo al fin.

El sacerdote asintió.

"Bueno, tenemos otros quince minutos antes de que empiece la asamblea. ¿Quiere hablar conmigo ahora? En privado, por supuesto".

Una vez más, Floyd se sintió incómodo. Miró a su alrededor y luego señaló las gradas que sólo estaban parcialmente montadas.

"¿No tenemos que prepararnos para la asamblea?", preguntó, tratando de no parecer desesperado.

El cura se echó a reír.

"Ya casi está, hijo mío. ¿Por qué no vamos a charlar un rato? Eso te dejará tiempo más que suficiente para preparar unas palabras reconfortantes para los alumnos. Tengo algo preparado, al igual que el señor Hendrix, pero significaría mucho si pudiéramos contar con alguien de tu autoridad para asegurarles que todo irá bien... que al final las cosas saldrán bien. ¿Qué me dice?"

Floyd no estaba seguro de qué le aterrorizaba más: la idea de confesarse o la de hablar delante de un grupo de estudiantes.

De cualquier forma, le iba a llevar mucho tiempo sacar las palabras.

Capítulo 41

"Estás de broma", dijo Dunbar.

Chase ni siquiera matizó esto con una respuesta.

"De acuerdo, de acuerdo. Tomaré una muestra y la enviaré al forense".

"Sangre, también. Que haga el mismo análisis toxicológico que las chicas".

"Si es que queda algo", refunfuñó Dunbar.

El comentario convenció a Chase para echar un último vistazo al cadáver. Dunbar tenía razón. La hierba de detrás del banco estaba empapada con la sangre de Vic Horace. También había salido de la herida y había seguido el contorno del banco hasta acumularse a los pies del hombre.

"¿Qué es eso?" preguntó Chase, señalando con su dedo aún enguantado el tobillo izquierdo del hombre.

"¿Qué es qué?"

"Eso".

Había un bulto en el calcetín izquierdo del hombre, cerca del tobillo.

Dunbar se volvió hacia el técnico, expectante, y el hombre se puso inmediatamente en acción. Se agachó, como había hecho Chase momentos antes, y utilizó unas pequeñas pinzas para retirar el calcetín del hombre.

"Parece una hoja de papel doblada".

"Pues sácalo, entonces", le ordenó Dunbar, claramente molesto.

El técnico retiró el papel y lo levantó.

"¿Debería...?"

"Ábrelo", ordenó Chase.

Los labios del hombre se convirtieron en una fina línea, pero desdobló lenta y meticulosamente la hoja de papel.

Entonces sus ojos brillantes se entrecerraron hasta que apenas fueron visibles.

"Es real".

"¿Qué es real?" Chase exigió.

"No, eso es lo que pone". El técnico giró el papel para que ella y Dunbar pudieran verlo por sí mismos. "Eso es lo que pone: 'es real'".

A Chase se le hizo un nudo en la garganta.

"Lo he visto: es real, todo es real", susurró Dunbar en un tono inquietante. Ella le miró. "¿Qué coño significa esto, Chase?".

Chase apartó la mirada.

"¿Detective? ¿Quieres que lo embale?"

"¡Por supuesto, quiero que lo embolses!" Dunbar arremetió.

Ambos observaron cómo el hombre se retiraba y colocaba el papel en una bolsa de pruebas.

"No tengo ni idea", admitió Chase. Se quitó el guante y lo arrojó con rabia al césped junto al técnico. "No tengo ni puta idea de lo que significa nada de esto".

Gruñó e instintivamente cerró los puños en respuesta al cosquilleo que sentía en los dedos.

No estoy preparada para esto, pensó. *Louisa se equivocaba: volver al trabajo era una mala idea.*

Un recuerdo apareció en la mente de Chase. Era ella, inclinada sobre el lavabo de su pequeña habitación en Grassroots. Louisa luchaba con ella, intentando que vomitara el frasco de pastillas que acababa de tragar.

Me pregunto si Louisa me habría animado a aceptar este caso si conociera los detalles. Si supiera que giraba en torno al suicidio.

Chase pensó que no.

"¿Chase?"

Sacudió la cabeza, pero no aflojó los puños, que estaban tan apretados que se mordía las palmas con las uñas.

"¿Sí?"

"Creo que voy a volver a la morgue, a ver si puedo conseguir una actualización sobre el tóxico. ¿Quieres unirte?"

Chase se lo pensó.

Su resaca se había atenuado, pero seguía presente.

Más que eso, era la mala calidad del sueño que había tenido en la parte trasera de su BMW lo que estaba contribuyendo a su estado de niebla mental.

"No, tengo que hacer otra cosa", dijo.

Y en algún momento, también necesito coleccionar a Floyd.

Chase empezaba a sentirse culpable por la forma en que había tratado a su compañero. Aunque atribuía sus actos a la resaca y a la falta de sueño, eso no la excusaba.

"Si vuelve el análisis toxicológico, llámame. Si no, quiero estar solo un rato".

Chase se marchó en su coche, mirando fijamente al agente de policía que le había dado problemas al llegar.

Su teléfono le indicaba que el banco más cercano estaba a sólo un puñado de manzanas del parque. Esto no era sorprendente, pero sí lo era el giro radical que había dado el barrio en tan sólo esa corta distancia. El parque había sido frondoso y agradable y estaba rodeado de edificios de oficinas de tamaño medio que, aunque anticuados, distaban mucho de estar descuidados.

En cambio, los alrededores del banco estaban casi abandonados. El banco era nuevo y reluciente, y estaba custodiado por dos guardias de

seguridad armados que la miraron más de lo conveniente cuando entró.

Chase les ignoró y mostró a la cajera su tarjeta bancaria y su documento de identidad.

"¿Qué puedo hacer por usted, Sra. Adams?", preguntó el cajero.

"Necesito hacer un retiro."

La mujer tecleó algo en su ordenador antes de responder.

"Ciertamente. ¿Cuánto querías retirar hoy?"

"Cinco mil".

La mujer ni siquiera pestañeó. Sin embargo, volvió a mirar la pantalla del ordenador y pulsó unas cuantas teclas más.

Entonces el cajero asintió.

"Volveré en un momento."

Volvió menos de un minuto después con el dinero de Chase. Después de contarlo todo en el mostrador, haciendo hileras ordenadas de billetes de cien dólares, dijo: "¿Quiere un sobre?".

"No, sólo un elástico".

Y ahora, por primera vez desde que Chase se había acercado a la mampara de cristal reforzado, la expresión de la mujer cambió.

"¿Seguro?"

Chase miró a su alrededor. Sólo había unas pocas personas más en el banco, pero con los guardias apostados junto a la puerta principal, lo que le preocupaba no era que pasara algo dentro, sino fuera del edificio.

"Estoy seguro".

"De acuerdo. Por favor, firme aquí".

Chase firmó el resguardo, cogió el dinero y se lo metió en el bolsillo.

Al salir del banco, se aseguró de mantener los ojos bien abiertos. No había nadie alrededor y Chase llegó a su coche sin incidentes, pero en lugar de subir enseguida, echó un vistazo al banco. Estaba flanqueado por dos callejones envueltos en sombras. Lo primero que pensó Chase fue que estaban vacíos, pero entonces vio a alguien escondido a sólo metro y medio de la acera.

Era una mujer; Chase estaba seguro de ello. Pero no era por su silueta apenas visible. Esta mujer estaba demacrada hasta el punto de parecer andrógina. El indicio era la forma en que estaba de pie. Chase conocía la postura -cabeza hacia delante, caderas hacia atrás, pie contra la pared para apoyarse- porque en otro tiempo ella había estado de pie de la misma manera.

Cuando había vendido drogas para Tyler Tisdale a cambio de su propia heroína.

Los dedos de Chase empezaron a hormiguear de nuevo.

Sube al coche, Chase. Llévale el dinero a Screech y luego échate una

merecida siesta.

El hormigueo se extendió desde la punta de los dedos hasta las muñecas. Cuando llegó al interior de los codos, se había convertido en un picor perceptible.

Sólo vete.

Ahora sus pensamientos eran desesperados.

Pero también lo eran sus impulsos.

Chase no subió al coche. En lugar de eso, se agachó detrás de la ventanilla y sacó un billete de cien dólares del montón que llevaba en el bolsillo.

Luego cruzó la calle en dirección al adicto con los huesos de la cadera pronunciados.

Capítulo 42

A Chase no le sorprendió encontrar a Screech en *Investigaciones DSLH*, a pesar de que ya había pasado al menos una hora de la hora propuesta para la reunión de ayer.

Esta vez la puerta estaba desbloqueada y lo encontró sentado en uno de los escritorios, el resplandor azulado de la pantalla del ordenador proyectaba sobre su rostro una luz etérea.

"Tengo tu dinero", dijo Chase al entrar.

Screech levantó la vista cuando Chase se acercó y colocó la pila de billetes sobre su escritorio.

"Gracias".

"Me faltan cien pavos, tenía que hacer algunas compras", dijo.

Screech se encogió de hombros.

"No hay problema, de todas formas estás pagando de más". El hombre se mostró extrañamente recatado, e inmediatamente volvió a lo que había estado haciendo antes de que ella entrara.

Screech había dejado deliberadamente disponible el ordenador en el que habían estado trabajando ayer -*su* ordenador, si Chase no recordaba mal-, pero ella no acudió a él.

Sus movimientos se habían vuelto lentos. Tanto, que cuando llegó al sofá del fondo del despacho, casi se desplomó sobre él. Al menos, el picor había desaparecido.

"¿Quieres que me vaya? Puedo irme". La conmoción había llamado la atención de Screech. "Has pagado por el lugar y no estoy haciendo mucho, de todos modos".

"No", dijo Chase bostezando. "No me importa si te quedas".

Sus ojos se agitaron y se cerraron lentamente.

"No sé si Drake va a volver", dijo Screech de sopetón. El comentario la sacó de un ligero sopor.

"¿Qué quieres decir?"

Screech se aclaró la garganta.

"Las cosas... las cosas no han ido bien entre nosotros".

Chase no tenía ganas de hablar, pero después de lo que Screech había hecho por ella en el pasado, no podía ignorarlo.

"¿Está bien?"

Una breve pausa.

"No lo sé. Está al borde, Chase".

Chase sabía exactamente a qué se refería aquel hombre. Damien Drake tenía problemas que rivalizaban con los suyos, y eso ya era mucho decir.

También tenía demonios.

Demonios que querían salir.

"¿Tiene algo que ver con Hanna?". Los ojos de Chase seguían cerrados cuando habló, pero se vio obligada a abrirlos cuando Screech no respondió.

La miraba sin comprender.

"Creo que sí", dijo por fin el hombre. "Al menos, en parte".

Chase no sabía qué decir.

Todos los que entraron en su vida acabaron viendo la salida de una forma poco favorable.

Drake, Beckett, Stitts... su marido.

Su hijo.

"¿Chase?"

Chase se estremeció y levantó la cabeza. Se le cayó la baba de la comisura de los labios al sofá y se la limpió.

"Jesús", gimió. "¿Estaba durmiendo?"

Screech asintió y Chase miró a su alrededor.

Ya no entraba luz por el escaparate de cristal.

"¿Estaba roncando?"

Screech sonrió.

"No, vale, quizás un poco".

"Lo siento. Yo no..."

"No te preocupes. Escucha, iba a salir a comer algo".

Chase se incorporó.

"¿Qué hora es?"

"Casi las ocho. ¿Quieres venir?"

Chase tenía hambre y se dio cuenta de que Screech quería continuar la discusión que se había interrumpido al quedarse dormida.

"Sí, creo... *¡mierda*!"

"¿Qué? ¿Qué pasa?"

"Lo siento, no puedo acompañarte a cenar."

Screech parecía decepcionado, pero no discutió.

"Aquí están las llaves. Cuando te vayas, por favor, cierra".

Le entregó un juego de llaves que Chase cogió al tiempo que sacaba su teléfono.

"Gracias", dice, y ya está consultando las llamadas recientes. Rápidamente marcó el número de su compañero. "Floyd, lo siento, me olvidé por completo. ¿No sigues ahí, verdad? ¿En San Ignacio?"

"No."

La brusquedad de la respuesta era una clara indicación de cómo se sentía.

"Bueno, ¿necesitas *que* te recoja, o algo así?"

"Chase, estoy en el hotel."

"Ah, claro. Bueno, ¿quieres ir a cenar?"

"Son las nueve. Ya he comido".

Joder.

"Lo siento, Floyd."
"Eso ya lo has dicho".
Chase suspiró.
"Mira, yo sólo... estoy perdido aquí. No creo que estuviera preparado para esto. Este caso, es..."
"Me hicieron hablar delante de toda la escuela".
Chase cerró los ojos y se agarró la frente con la mano libre.
No podía imaginarse lo que debía de ser para alguien como Floyd, alguien que tartamudeaba cuando estaba estresado.
Alguien que le hizo prometer que no le dejaría solo.
"Duerme un poco, Chase."
"De acuerdo. De nuevo, yo..."
Lo siento.
Pero Floyd ya había colgado.
Cuando Chase abrió los ojos, vio que Screech se había ido.
Ahora estoy sola, pensó. *Puedo cerrar la puerta y nadie me molestará.*
Su mente se volvió hacia la mujer que había conocido en el callejón, a la que había dado cien dólares.
Nadie me molestará.
Chase se dirigió a la puerta principal, la abrió y se asomó al exterior. No había nadie. Confiada en que no la molestarían, Chase cerró la puerta y volvió, no al sofá, sino a la mesa del ordenador.
Respirando agitadamente, volvió a sacar su teléfono.
"¿Hola?"
"Louisa, soy Chase. ¿Puedo hablar con Georgina?"
"Por supuesto, se lo está pasando muy bien por cierto. ¿Cómo te va a ti?"
Chase tragó saliva.
"¿Puedo hablar con Georgina?", dijo entre dientes.
"Sí, claro."
Se oyó un ruido sordo en el teléfono y luego otra voz en la línea.
"¿Tía Chase?"
"¿Georgina?"
"¡Hola!" Georgina respondió alegremente. "¡Tengo tanto que contarte!"
Chase se secó una lágrima que corría por su mejilla.
"Yo también, Georgina... Te echo de menos... Te echo tanto de menos".

Capítulo 43

Esta vez, cuando Dunbar y Floyd llegaron a *DSLH Investigations*, Chase no estaba dormida en su coche ni en el sofá.

Estaba bien despierta y tenía café recién hecho para los dos.

"Buenos días", dijo, abriendo la puerta y permitiéndoles entrar. "Antes de que digas nada, tengo que disculparme". Chase miró directamente a Floyd. "Este caso... bueno, me está fastidiando. No sé por qué, pero es así. Pero eso no me excusa de ser un gilipollas, así que lo siento".

Dunbar retrocedió.

"¿Estás drogado o algo así? Floyd, ¿sabes quién es esta persona y lo que hizo con Chase?"

No sabes lo cerca que estás de la verdad.

"Está bien", dijo Floyd. Chase esperaba algo más, pero no parecía que fuera a conseguirlo.

Está bien, lo superará. No tiene elección.

"Muy bien, ahora beban sus malditos cafés y vayamos al grano".

Dunbar sonríe.

"Sí, señora", dijo el detective mientras tomaba su café.

Chase no estaba seguro de si Dunbar era consciente de su extrema aversión por la palabra "señora" y se estaba metiendo con ella o si se trataba de una coincidencia al azar.

No hay coincidencias, le recordó la voz de Stitts.

Chase decidió dejarlo pasar una *vez*.

"He tenido noticias del Dr. Nordmeyer esta mañana", empezó Dunbar. "No hay cáncer detectable en ninguna de las chicas, incluida Sky".

No fue ninguna sorpresa.

"¿Qué pasa con el análisis toxicológico?" Preguntó Chase.

Dunbar hizo una mueca.

"Sí, tengo los resultados de eso, también. Dijo que no había anticuerpos monoclonales en el sistema de las chicas".

Ahora, estas fueron noticias impactantes.

"*¿Qué?*"

"Lo sé, pero eso es lo que dijo".

"Joder, así que todo este tiempo andamos preguntando a todo el mundo si las chicas tenían cáncer porque la forense nos dijo que estaban tomando esos medicamentos anticancerígenos, y ahora, ¿qué? ¿Simplemente se equivocó?"

"Para ser justos, el Dr. Nordmeyer nunca dijo..."

"Me importa una mierda", ladró Chase, interrumpiendo a Floyd a mitad de la frase. "¿Qué coño hizo que su pelo se volviera blanco,

entonces? ¿Te dio alguna pista al respecto?"

La mueca de Dunbar se acentuó.

"Ella no lo sabe."

Chase se mostró incrédulo.

"¿No *lo sabe*? ¡Entonces dile que haga más pruebas! ¡Dile al forense que averigüe por qué coño su pelo se volvió blanco!"

"Chase", advirtió Floyd.

Chase le tendió la mano.

"Vale, vale, estoy tranquilo. Jesús."

Chase, que se había sentido muy bien después de correr por la mañana, de repente se sintió débil y cansada.

"Este puto caso", refunfuñó. "Volvemos al principio: ni idea de por qué se suicidaron estas chicas".

"Aún no tengo el análisis toxicológico de Vic Horace, pero apuesto a que también está limpio", dijo Dunbar.

"Sin duda", dijo Floyd. "Pero tenemos algo: el mensaje de texto".

"Y la nota", concedió Dunbar. Cuando Floyd se quedó con la mirada perdida, el detective pasó a describir el papel que habían encontrado metido en el calcetín de Vic.

El enfado de Chase, que se había calmado tras la reprimenda de Floyd, volvió tras la mención de los mensajes crípticos.

"Lo veo... es real... ¿qué significa?", preguntó. "¿Qué coño vieron que era tan malo que se suicidaron? ¿Y el profesor? ¿Cómo demonios estaba involucrado en todo esto? ¿Estaba tonteando con las chicas y alguien grabó un vídeo? ¿Eso es lo que vieron?"

"¿Crees que abusaba de los cuatro?" Dunbar preguntó.

Este comentario habría molestado aún más a Chase, pero estaba demasiado sorprendida de que alguien siguiera escuchando sus divagaciones como para dejar que le afectara.

"No sé, ¿quizás? ¿Y si alguien grabó un vídeo del profesor manoseándoles y les chantajeaba con él, amenazándoles con hacerlo público?".

"Todos vimos las imágenes de seguridad: ¿parecía que las chicas estaban siendo chantajeadas?". preguntó Dunbar.

"No", replicó Chase inmediatamente, "parecía que estaban viendo putos memes de gatos, por el amor de Dios. Pasando un buen rato. Y nada de esto se acerca a explicar su pelo".

Un manto de silencio cayó sobre *DSLH*.

Chase llevaba más de dos días en Nueva York y no estaba más cerca de averiguar qué les había pasado a Madison y a sus amigas de lo que había estado en su acogedora casa de campo.

Y los cadáveres seguían acumulándose.

"Floyd, ¿qué pasó ayer en la asamblea?" preguntó Dunbar al cabo de casi un minuto.

"N-no mucho. El director y el sacerdote dijeron algunas palabras. Se ofrecieron a escuchar a quien quisiera hablar. Hablaron de que el suicidio nunca es la respuesta. Bastante genérico".

"¿No viste a nadie sospechoso?". preguntó Chase, dándose cuenta de que la pregunta era injusta pero sin importarle.

Floyd se encogió de hombros.

"Es el instituto. Todo el mundo parece sospechoso".

Me parece justo.

"Bueno, alguien en esa escuela sabe qué clase de mierda estaban tomando que hizo que su cabello se volviera blanco... alguien lo sabe". Chase se tragó lo que quedaba de café y dio dos pasos hacia la puerta.

"¿Vas a volver a la escuela?" Floyd sonaba nervioso ahora.

"Sí. Le prometí al director que le contaría lo que le pasó a Vic y luego voy a averiguar qué estaban tomando esas chicas". Hizo una pausa. "Y Floyd, tú vienes conmigo."

Chase casi logra salir por la puerta antes de que Dunbar hable.

"Uhh, ¿Chase?"

"¿Qué?", espetó.

Dunbar sostenía su teléfono para que ella lo viera.

"Tenemos un problema".

La mente de Chase se dirigió inmediatamente a otro suicidio y su corazón se hundió. Se hundió aún más cuando vio la foto de Instagram y el pie de foto.

De vuelta de la muerte.

"¿Qué demonios es eso?"

Dunbar giró el teléfono hacia sí mismo y luego volvió a girarlo hacia Chase.

"Eres... eres tú, Chase. Eres tú."

Capítulo 44

"Era uno de esos chicos de San Ignacio, tenía que ser. Bastardos descarados deben haber tomado la foto cuando yo estaba allí hablando con el director ".

"¿Quieres que vea si puedo hacer que lo quiten?" Preguntó Dunbar.

Chase volvió a leer todo el pie de foto.

De vuelta de la muerte. ¿No se parece exactamente al agente del FBI Chase Adams? ¿El que supuestamente fue asesinado por el asesino en serie Glenn Brick?

Hubo una docena de comentarios, la mayoría de los cuales confirmaban que la foto se parecía efectivamente a Chase.

Le devolvió el teléfono a Dunbar.

"No, no me importa. Ni siquiera pierdas el tiempo. Un chico que... espera, ¿quién publicó el artículo?"

Dunbar entrecerró los ojos ante la pantalla.

"Alguien llamada Annie_B_73."

Chase se lo pensó un momento.

"Tengo una idea. No hagas nada con el puesto". Luego, a Floyd, le dijo: "¿Estás listo?"

"Supongo".

"Bien. Dunbar, mira a ver si puedes hacer que el forense haga más análisis toxicológicos, tenemos que averiguar qué hizo que el pelo de las chicas se volviera blanco. Busca todos los compuestos que se te ocurran. Entonces nos encontraremos aquí más tarde hoy".

Dunbar lo confirmó y se dirigieron a sus respectivos vehículos, uniéndose Floyd a Chase.

Esta vez, la escuela les esperaba y, aunque aún tuvieron que esperar a que abrieran la puerta, por suerte el padre David no estaba cerca para escoltarles.

Kevin, un hombre delgado, con bigote y prognatismo, les informó de que el Sr. Hendrix estaba en su despacho y que entraran directamente.

Chase iba delante, observando que Floyd, a pesar de su aprensión a ir al colegio, parecía estar ganando confianza ahora que estaban allí. Deseó haber estado en la asamblea, haberle visto dar el discurso que fuera a los alumnos.

"Agentes Adams y Montgomery", dijo el señor Hendrix, poniéndose en pie cuando entraron en el despacho. El hombre parecía no haber salido de allí desde ayer: el poco pelo que tenía era un desastre y su camisa de botones estaba arrugada.

"Prometí que volvería y te contaría lo que le pasó a Vic", dijo Chase, yendo directo al grano. "Por ahora, su muerte está siendo

tratada como un suicidio".

La considerable nuez de Adán del Sr. Hendrix pareció temblar. Al igual que sus labios, pero no le salieron palabras.

"Ahora tenemos cinco estudiantes y un profesor que se suicidaron. ¿Sigues con tu historia de que no pasaba nada entre ellos?"

Los ojos del director se abrieron de par en par.

"¡No! Yo nunca... nunca ha habido ninguna acusación. Nada de eso. Y conozco a Vic desde..."

"La policía de Nueva York está revisando su ordenador mientras hablamos, así que si hay algo ahí, lo encontrarán".

El Sr. Hendrix parecía al borde de las lágrimas y Chase retrocedió un poco.

"Hablando de medios digitales, la última vez que estuve aquí alguien me hizo una foto y me gustaría hablar con él".

"¿Qué?"

Chase frunció los labios.

"Necesito hablar con Annie_B_73."

"¿Quién?"

"Floyd, muéstrale la foto".

Cuando Floyd no reaccionó, ella le miró.

"Floyd, muéstrale al hombre el post de Instagram".

Su compañero sacó el teléfono y se desplazó hasta el post. Luego hizo clic en la imagen de perfil de Annie_B_73 y le entregó el teléfono al director.

"Esa es Annie Bertrand". El Sr. Hendrix levantó la mirada. "¿Ella publicó una foto tuya? Se supone que los estudiantes no deben usar las redes sociales en la escuela. Diablos, ni siquiera se supone que..."

"No importa", interrumpió Chase, sacudiendo la cabeza. "Sólo quiero hablar con ella".

"Claro. Bien."

El Sr. Hendrix transmitió el mensaje a Kevin y luego miró a Chase.

"Si pasaba algo entre Vic y esas chicas, no tenía ni idea".

"No estamos diciendo que algo *estaba pasando*", Floyd, siempre el pacificador, comenzó. "O que tuvieras conocimiento de ello. Sólo estamos tratando de averiguar qué pasó, por qué estas chicas y su profesor hicieron lo que hicieron. Estamos explorando todas las opciones en este momento".

Muy político de tu parte, Floyd.

En esto, y sólo en esto, el hombre le recordaba a Chase a Stitts.

"Lo sé, lo entiendo. Y ya lo he dicho antes, pero si hay alguna manera de que yo, o alguien aquí en San Ignacio, pueda..." El señor Hendrix se detuvo cuando llamaron suavemente a la puerta. "Adelante."

La puerta se abrió y una joven entró en el despacho. Lo primero

que vio Chase fue el pelo de Annie. Era castaño oscuro, no blanco.

"¿Annie_B_73?" Preguntó Chase.

La chica regordeta con gafas y pecas o acné en el puente de la nariz se puso blanca.

"Oh, mierda", dijo Annie.

"Oh, mierda, es cierto", repitió Chase. "Ahora, ¿quieres contarme sobre este post de Instagram?"

Capítulo 45

"¿Qué puesto?"

Chase se quedó mirando a Annie. Floyd empezó a hablar, pero ella le hizo callar.

Finalmente, Annie suspiró y su labio inferior empezó a temblar. Sólo entonces habló Chase, temerosa de perder a la chica.

"Está bien, no tienes problemas".

"Ni siquiera sabía quién eras. Sólo pensé que era una foto guay, ¿sabes?"

"Está bien, es... espera, ¿la publicaste porque pensabas que era una foto chula?". Chase recordó el pie de foto.

Algo no tenía sentido aquí.

"Lo siento mucho."

Annie se derrumbó y se agarró la cara mientras las lágrimas empezaban a brotar.

Chase miró hacia el cielo.

"Está bien, no tienes problemas por el puesto".

"Era él". Annie señaló a Floyd. "En la... en la asamblea, si él no hubiera hablado de ti... *nunca lo habría hecho*".

Chase se enderezó y ella miró a Floyd.

¿Qué carajo?

Ahora realmente quería oír lo que el hombre había dicho en la asamblea. Y por qué demonios había pensado que era buena idea hablar de *ella*.

"Eso no nos importa", dijo Floyd, intentando cambiar de tema.

Chase, aún con el ceño fruncido, volvió lentamente los ojos hacia Annie.

"Sí, contrólate".

Oyó un resoplido colectivo de Floyd y el Sr. Hendrix, pero su duro enfoque pareció funcionar. Annie resopló, se secó los ojos y miró fijamente a Chase.

"Bien. Ahora, no me importa tu estúpida foto de Instagram: quién, qué, dónde, no me importa. Lo que me importa son las chicas que murieron. Las conocías, ¿verdad?"

"Sí, claro, todo el mundo los conocía".

"Quiero saber qué estaban tomando".

Los ojos de Annie estaban ligeramente aumentados por sus gafas, que fue la única razón por la que Chase los vio parpadear hacia el señor Hendrix durante una fracción de segundo.

"¿Qué quieres decir?"

"No, no hagas eso", advirtió Chase. "No empieces con esas tonterías. Te he preguntado... ¿quieres que se vaya? ¿Quieres que el Sr. Hendrix

se vaya? Porque no tiene por qué estar aquí".
Una vez más, Annie miró a su director.
"No, yo sólo..."
"Sr. Hendrix, ¿puede salir, por favor?"
"¿Qué?"
Chase miró al director.
"Salgan para que pueda hablar con Annie a solas."
"No estoy seguro..."
"¡Fuera!"
El señor Hendrix se quedó tan sorprendido por el arrebato que se limitó a levantarse, llevarse la cabeza a la barbilla y salir del despacho sin decir ni una palabra más.
Incluso cerró la puerta tras de sí.
"¿Qué tomaban las chicas, Annie? ¿Qué tomaban?"
"No lo sé".
Chase ladeó la cabeza.
"Eso no va a volar aquí. ¿Alguna vez has oído hablar de obstrucción a la justicia? Porque..."
Las lágrimas estaban a punto de brotar de nuevo.
"No, lo juro. No lo sé. Sé quiénes eran las chicas, sí, ¡pero no éramos amigas ni nada!".
Annie arrugó la nariz y Chase se dio cuenta de que las marcas que le cruzaban el puente eran granos y no pecas. No hacía falta ser un genio para ver las diferencias entre aquella chica regordeta con gafas y acné y Madison y sus amigas.
"Bien. Entonces, no lo sabes. Entonces, ¿quién lo sabría? ¿Quién en esta escuela, en San Ignacio, es el que proporciona las drogas?"
"¿Drogas?"
Chase gruñó.
"Oh, no me vengas con esa mierda. ¿Quién te vende Adderall antes de un gran examen? ¿Quién te proporciona coca para tus fiestas de fin de semana?".
"Yo-yo-yo realmente-"
Chase dio un paso adelante y agarró la muñeca de Annie. La chica se acobardó, pero Chase tiró de ella para acercarla en lugar de echarse atrás.
"¡No me mientas, joder! ¿Quién te vende...?"
"¡Jimmy!" Annie casi gritó. "¡Jimmy Isadore!"
Chase soltó a la chica y la rodeó.
"Gracias", dijo mientras salía del despacho, dejando a Floyd atrás para consolar a Annie.
El Sr. Hendrix estaba de pie junto a Kevin, ambos con idéntica expresión de asombro.
"Necesito que llames a Jimmy Isadore. Necesito hablar con él".

Kevin no dudó ni esperó a que el señor Hendrix le diera permiso. Simplemente cogió el interfono y dijo: "¿Puede venir Jimmy Isadore al despacho, por favor? Jimmy Isadore a la oficina, por favor".

"¿Qué hizo Jimmy?" preguntó el Sr. Hendrix. Se parecía más a Annie -una estudiante asustada- que a la persona a cargo de toda la escuela.

"Sólo quiero hablar con él. I-"

Algo le llamó la atención fuera de la oficina principal. Un chico rubio, con los hombros caídos y la cabeza gacha pasaba por allí.

Mientras Chase lo observaba, el estudiante lanzó una mirada furtiva en su dirección y luego apartó rápidamente la vista.

"¿Quién es?", preguntó.

"¿Quién?"

"¡Ese!" Dijo Chase, señalando al chico.

"¿Ese es Jimmy?"

"¡Mierda!"

Chase empujó al Sr. Hendrix y empezó a correr.

Jimmy también.

Irrumpió en el pasillo y habría llegado hasta Jimmy fácilmente, de no ser porque sonó el timbre. En un puñado de segundos, fue como si Chase hubiera caído en Pamplona durante el encierro.

Los estudiantes aparecieron aparentemente de la nada llenando el pasillo como el agua que fluye por la rejilla de una alcantarilla. Llenaban el espacio entre ellos y mientras Chase se veía obligado a detenerse por la multitud, Jimmy era como una serpiente engrasada.

Zigzagueó entre la multitud hasta que Chase lo perdió de vista.

"¡Joder!", gritó. Varios de los estudiantes más cercanos a ella se detuvieron en respuesta a la maldición. "¿Sí? Bien, ¡sacad vuestros teléfonos! Haced una foto, colgadla en Instagram porque ¡me la suda*!"*.

Capítulo 46

"¿A dónde va?" preguntó Chase. Cuando Kevin y el señor Hendrix se limitaron a parpadear, ella dijo: "¿Adónde va Jimmy Isadore?".

Más estupefacción. Parecía que nadie en esta escuela, ni nadie involucrado en este caso, quería *hacer* nada. Y en las raras ocasiones en que lo hicieron -caso concreto del Dr. Nordmeyer- no sólo no fueron de ayuda, sino que les enviaron por el camino equivocado.

"¿Adónde va Jimmy?", repitió.

"No lo sé. Puedo averiguar su horario, pero me llevará...", empezó Kevin.

"¿Annie?" Dijo Chase, interrumpiendo a la secretaria. "¿A dónde va Jimmy?"

La chica parecía que iba a vomitar ahora.

"Pete's Pizza, supongo. Siempre está ahí".

"¿Dónde está Pete's Pizza?"

Fue el Sr. Hendrix quien contestó.

"No muy lejos, dos manzanas al este. Pero los estudiantes generalmente no se les permite salir de la propiedad de la escuela sin permiso ".

Chase no podía creer que el hombre hablara en serio. Tenían cinco suicidios en sus manos, y él estaba preocupado por romper las reglas de la escuela.

"Jimmy es un buen chico."

Chase sólo quería decirle al director que se callara la boca, pero la repentina aparición de Floyd la convenció de lo contrario.

Al igual que Annie, estaba al borde de una especie de crisis nerviosa. En lugar de decir algo más de lo que se arrepentiría, Chase levantó los brazos y volvió al pasillo principal.

Aún había estudiantes, pero no tantos como antes. Aun así, a Chase le resultaba sofocante y le costaba respirar. Se dirigió hacia la entrada, chocando por el camino con varios adolescentes desconcertados.

"Oh, joder", refunfuñó.

El padre David apareció de la nada y venía directo hacia ella.

Chase giró bruscamente a la izquierda, aunque pudo ver que el cura le hacía señas como si quisiera charlar.

Eso era lo último que quería hacer ahora mismo.

Llegó hasta las puertas y las abrió de un empujón, luego se dobló por la cintura, aspirando enormes bocanadas de aire.

¿Qué coño me pasa?

"¿Chase?"

Al principio, pensó que era Floyd, pero esta voz procedía del aparcamiento y no de detrás de ella.

"¿Dunbar? ¿Qué demonios estás haciendo aquí?"
"Vine...", se detuvo a mitad de frase. "¿Estás bien?"
"Estoy bien."
"¿Dunbar?" Floyd fue quien dijo el nombre del detective esta vez.
"Sí", Dunbar parecía confuso y alarmado. "¿Qué ha pasado aquí?"
"Nada", respondió Chase, erguido.
Los ojos de Dunbar se desviaron hacia Floyd.
"No he dicho nada. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí?" Chase estalló.
El detective la fulminó con la mirada y Chase se dijo en silencio que debía calmarse. Le habían pedido ayuda, claro, pero Floyd y Dunbar no estaban dispuestos a aguantar tanta mierda. Y a juzgar por la mirada del detective, estaban cerca del límite.
"Perdona. ¿Qué pasa?"
Dunbar, aún molesto por los gritos, carraspeó antes de contestar.
"¿Quieres ir a un lugar más privado para hablar?"
Chase miró a su alrededor. Sólo había un puñado de estudiantes fuera y todos se apresuraban para llegar a clase.
"No, aquí está bien".
"De acuerdo -dijo Dunbar tímidamente-, mientras esperaba a que la doctora Nordmeyer realizara los análisis toxicológicos adicionales, decidí investigar un poco. Adivina quién..." Al ver la expresión de Chase, sacudió la cabeza. "-No importa, te lo diré. Todd Bailey solía estar en la junta de una compañía farmacéutica llamada Verdant Pharmaceuticals".
Chase bajó la barbilla.
"*¿Qué?*"
"Sí. Verdant Pharma ya no existe, pero Todd solía..."
Chase se dio la vuelta y miró a Floyd.
"¿Por qué no me lo dijiste?"
Floyd levantó las manos a la defensiva.
"No lo ponía en el expediente". Rápidamente empezó a rebuscar en su maletín. "¡Lo juro, decía que el hombre estaba desempleado!"
"*Solía* trabajar allí", confirmó Dunbar.
Chase no le quitaba los ojos de encima a Floyd. Primero fue la putada de no saber que los padres de Madison estaban divorciados, y ahora esto. Habían pasado dos días hablando de extraños medicamentos contra el cáncer y ¿a nadie se le ocurrió comprobar si alguno de los padres de los chicos trabajaba para una empresa farmacéutica?
"Podría no ser nada, pero creo que deberíamos tener una charla con Todd Bailey, no obstante", sugirió Dunbar. "Ver de qué va todo esto de Verdant Pharma".
"Mira", dijo Floyd, levantando el expediente y señalándolo con un

dedo. "Aquí dice que Todd Bailey está desempleado".

"¡Maldita sea, Floyd, no importa!" Chase gritó. "¡Sólo ve a hablar con él! Por *favor*".

Floyd guardó lentamente la carpeta.

"De acuerdo. Ahora parecía un animal herido y Chase sintió otra punzada de culpabilidad. El sentimiento era casi crónico, ahora.

No estaba segura de si era el tiempo libre, el hecho de que se suponía que era un caso sencillo, que echaba de menos a Georgina o que estaba exigiendo a Floyd el nivel que Stitts había establecido, un nivel *imposible*, pero ella no era así.

El tiempo que Chase pasó con el Dr. Matteo le había dado cierto concepto de la introspección y sabía que a veces podía ser franca hasta el punto de resultar grosera. Pero su franqueza siempre tenía una razón de ser.

Esto era diferente. Esto era sólo ella siendo cruel.

Y a Chase no le gustaba la persona en la que se estaba convirtiendo.

Tal vez debería haberle comprado heroína a esa mujer del callejón en lugar de darle una limosna, pensó.

"¿Adónde vas?" Floyd llamó mientras se alejaba a toda prisa de la escuela.

"Tengo un hambre de mil demonios... Voy a por pizza", dijo Chase, sin mirar atrás.

Capítulo 47

En el momento, Chase, quédate en el momento.

Sintiendo que las cosas empezaban a descontrolarse aún más, Chase se detuvo en su coche antes de dirigirse a la pizzería.

Esperó a que Floyd y Dunbar se marcharan y se miró en el espejo. Si iba así a Pete's Pizza, en cuanto alguien la viera -los amigos de Jimmy, estudiantes cualquiera- sabría que era de las fuerzas del orden.

Especialmente en un lugar como Pete's Pizza. Aunque Chase nunca lo había visto, conocía el tipo. Era un grasiento antro al que iban los chavales después del bar para empaparse de todo el alcohol barato que les llenaba el estómago.

Y dónde compraban sus drogas recreativas, si les apetecía.

Lo primero que hizo Chase fue recogerse el pelo en una coleta alta. Luego rebuscó en su bolso y encontró un pintalabios rojo brillante de origen sospechoso. Debatió si maquillarse, pero por mucho maquillaje que se pusiera no ocultaría las arrugas y líneas que se había ganado con los años y una desafortunada adicción a la heroína.

Correr y mantenerse en forma la ayudaban a parecer joven, al igual que su diminuta estatura, pero Chase no era tan ilusa como para pensar que podía pasar por una adolescente. Se quitó el abrigo, se desabrochó la camisa blanca y, tras un momento de indecisión, se desabrochó los dos botones superiores, lo que aumentó la ilusión de juventud. No era un disfraz magistral, pero desde la distancia, Chase pensó que su aspecto no gritaría inmediatamente "Narco".

Satisfecha, se volvió hacia el asiento del copiloto, con la intención de preguntarle a Floyd qué aspecto tenía, sólo para darse cuenta, con injustificada sorpresa, de que estaba sola en el coche.

Jesús, Chase, mantén la calma.

Estaba cansada y le apetecía conducir, pero su BMW haría irrelevante su disfraz. En lugar de eso, caminó. Por suerte, Chase no tuvo problemas para encontrar Pete's Pizza. Estaba, como le había dicho el Sr. Hendrix, exactamente a dos manzanas al este del Instituto de Enseñanza Secundaria San Ignacio. Pero a pesar de su afirmación de que estaba fuera de los límites durante el horario escolar, había al menos ocho chicas, todas con sus uniformes escolares, en la puerta y al menos la mitad dentro.

Pete's Pizza también era exactamente como ella esperaba, excepto porque no era una tienda independiente. Estaba encajado entre un salón de manicura y un videoclub abandonado con el letrero "Se alquila" descolorido por el sol en el escaparate.

Todo el bloque apestaba a grasa y queso fundido.

Entrecerrando los ojos al otro lado de la calle, Chase intentó

identificar a Jimmy Isadore por el pelo largo hasta los hombros que había visto en el pasillo. Nadie se ajustaba a la descripción, pero no se desanimó.

Estaba aquí, en alguna parte. Cualquiera que huyera como él casi siempre iba a un lugar que conocía bien, un lugar que ofrecía comodidad y la ilusión de control.

Chase cruzó la calle, pero recelosa de acercarse demasiado a los chicos que estaban fuera de Pete's, optó por caminar hacia el salón. Actuó como si tuviera una cita para hacerse las uñas, lo que, a decir verdad, no habría sido mala idea, sólo para dar un brusco giro a la derecha en el último momento. Deslizándose sin ser vista por el callejón, Chase se detuvo antes de dirigirse detrás de las tiendas para prepararse por si tenía que volver a correr.

Y si lo hacía, no había ninguna posibilidad, sin cientos de estudiantes bloqueando su camino, de que Jimmy se escapara esta vez.

Chase dobló la esquina y vio a cuatro jóvenes de pie, de espaldas a ella, fumando cigarrillos junto al contenedor desbordado de Pete. Uno de ellos tenía el pelo rubio y ensortijado hasta la nuca, y Chase sintió que una pequeña sonrisa le hacía cosquillas en los labios.

Sabía que estarías aquí.

Ahora se movía con rapidez, agachando la cabeza tanto para ocultar su rostro como para evitar resbalar en los grasientos triángulos de cartón.

Estaba a dos metros del chico más cercano cuando por fin repararon en ella. Uno de los estudiantes, que llevaba una gabardina mal ajustada, debió de oírla acercarse porque fue el primero en girarse. A pesar del cigarrillo casi consumido que colgaba de sus labios, cubiertos por un bigote ralo, el chico se las arregló para mirarla con desprecio.

"Hola", dijo en el que posiblemente sea el peor intento de ser guay, sexy o provocativo.

"Hola", contestó Chase, levantando por fin la vista.

Todos los chicos se giraron y, en cuanto Jimmy vio su cara, dejó caer el cigarrillo.

"No corras", advirtió Chase. "Si huyes, Jimmy, te pondré las cosas mucho peor".

A pesar de sus consejos, Jimmy parecía a punto de salir corriendo. Sin embargo, no fue él quien la desafió, sino el chico del bigote.

"Escucha, zorra, no sé quién eres..."

Perra estaba bien, perra con la que Chase podía lidiar.

Señora, no pudo.

"Esta zorra se llama Chase Adams", dijo, sin apartar los ojos de la cara de Jimmy. "Y soy del FBI".

Ahora todos los chicos se apartaron de ella. Chase igualó este movimiento avanzando un metro hacia Jimmy.

"*Nuh-uh uh,* recuerda lo que dije: corre, Jimmy, y vas a tener un día muy, muy malo."

Capítulo 48

"Sé que Chase es dura, pero ¿siempre es *así*?" preguntó Dunbar.

Floyd miraba por la ventanilla mientras conducían, sin fijarse en nada en particular.

"No lo sé."

Pero lo sabía. Este no era el Chase al que estaba acostumbrado. Floyd pensó que esta versión de su compañero, si eso era lo que eran, podría ser incluso peor que la versión adicta.

Al menos cuando estaba enganchada a la heroína, tenía una excusa. Este Chase era simplemente malo.

"El expediente no decía nada de que Todd Bailey estuviera involucrado en la industria farmacéutica", murmuró, sobre todo para sí mismo.

"Sí, lo sé."

Floyd estaba convencido de que la razón por la que Chase actuaba así tenía que ver con la naturaleza de los crímenes que estaban investigando: suicidio. En todo el tiempo que llevaban conociéndose, no había oído a Chase mencionar siquiera a su padre. La única razón por la que sabía lo que le había ocurrido al hombre, lo que se había hecho a sí mismo, era por Stitts. Al parecer, mientras Chase se dedicaba a exorcizar sus demonios, el suicidio de su padre no lo había hecho.

Sea cual sea la razón, el resultado no fue bueno. No era bueno para este caso, para su relación, o para Chase.

La espalda y las axilas de Floyd se sintieron húmedas de repente. Su subconsciente debía de haber captado el hecho de que estaban en el barrio de Todd Bailey y su trastorno de estrés postraumático había empezado a actuar.

Dunbar debió notar este cambio en él porque le dijo: "Puedes quedarte en el coche si quieres. Pero si decides entrar, ten en cuenta que no sabemos si esta Verdant Pharma tiene algo que ver con la muerte de las chicas. No olvidemos que este hombre acaba de perder a su hija".

Floyd asintió.

"Voy a entrar."

Dunbar aparcó y salió del coche.

"Bien. ¿Es aquí?", preguntó, frunciendo el ceño.

"Sí", respondió Floyd secamente.

Dunbar se ajustó el cinturón.

"Ya veo por qué no pensaría que el Sr. Bailey era un pez gordo de la industria farmacéutica". Dunbar intentó abrir la puerta del apartamento principal y la encontró sin llave. "¿Segundo piso?"

Floyd sólo pudo asentir.

A medida que subían las escaleras, Floyd se sentía cada vez más lento. A pesar de las seguridades de Dunbar, seguía temiendo que la detective hiciera exactamente lo mismo que había hecho Chase: abandonarle. Lo había hecho en el colegio y lo había hecho en casa de los Derringer.

No creía que pudiera soportar eso otra vez, especialmente de Dunbar.

El detective le devolvió la mirada mientras llamaba a la puerta y su rostro, marcado por un ceño perpetuo, se hundía aún más en el cuello de la camisa.

"¿Vienes?"

Floyd aceleró el paso, pero sólo un poco. Le avergonzaba que le hubieran llamado para llevar este caso y que ahora le acompañara como un cachorro desesperado.

Pero no podía hacer nada al respecto.

Ni siquiera fue el hecho de que el Sr. Bailey se hubiera puesto violento con él la última vez. Fue la expresión que vio en el rostro del afligido hombre cuando Floyd le dio la noticia.

La forma en que Todd Bailey se desmoronó como si se hubiera congelado y luego caído desde una gran altura, fue algo que Floyd nunca olvidaría.

Y tal vez nunca lo supere.

La puerta se abrió y el Sr. Madison se asomó. Había tenido mal aspecto cuando Floyd había estado aquí hacía unos días, pero ahora tenía peor.

Todd tenía los ojos hundidos en el cráneo, visibles sólo por su contorno rojo. La camiseta blanca del hombre tenía manchas en el pecho y llevaba un pantalón corto a pesar de la fresca temperatura.

"¿Hola?"

Incluso desde detrás de Dunbar, Floyd podía oler el alcohol. Provenía del aliento del Sr. Bailey, del apartamento y, muy probablemente, de sus poros.

"Me llamo detective Dunbar y soy de la policía de Nueva York", dijo Dunbar, mostrando su placa. "Y esta es la agente Montgomery del FBI. ¿Podemos pasar?"

Los ojos del hombre se entrecerraron cuando miró directamente a Floyd.

"¡Tú! ¿Averiguaste lo que le pasó a mi hija?"

Dunbar se deslizó hacia su derecha rompiendo la línea de visión del Sr. Bailey.

"De eso venimos a hablarte. ¿Podemos entrar?"

Parecía que el señor Bailey iba a denegar la petición, pero entonces frunció el ceño y abrió la puerta con tanta fuerza que chocó contra la

pared de detrás.

"Bien, como quieras, entra".

El Sr. Bailey se desplomó en el sofá, enviando más olor desagradable al aire.

Dunbar cerró la puerta principal y se acercó a la mesita de café llena de latas de cerveza. Floyd se mantuvo a una respetuosa distancia del detective.

"Seguimos investigando la muerte de su hija", dijo. Floyd observó que Dunbar utilizaba la palabra muerte en lugar de suicidio y se preguntó si era intencionado. "Sólo quería hacerle un par de preguntas. ¿Trabajó en Farmacéuticas Verdant?"

"¿Dónde?"

Dunbar lanzó una mirada a Floyd.

"Usted estaba en el Consejo de Administración de Verdant Pharmaceuticals, ¿es eso cierto?"

El señor Bailey miró fijamente a Dunbar como si le estuvieran acusando de un delito.

"Hace años. ¿Por qué?"

"Aquí está la cosa, traté de averiguar lo que ustedes hicieron en Verdant, pero hay muy poca información por ahí. ¿Ustedes hicieron investigación sobre el cáncer? ¿Con, uh, anticuerpos monoclonales?"

Floyd no estaba seguro de por qué Dunbar preguntaba por el tratamiento contra el cáncer cuando el forense ya lo había descartado, pero su principal interés era observar las reacciones de Todd Bailey ante estas preguntas.

"Sí, estaba en el Consejo de Administración".

Esa no es realmente una respuesta, pensó Floyd.

"Claro, no es un científico, lo entiendo, pero debe haber sabido qué tipo de drogas Verdant estaba investigando, ¿verdad?"

"¿Qué tiene esto que ver con la muerte de Maddie?"

La postura de Dunbar se endureció.

"Probablemente nada, pero por eso estamos haciendo preguntas".

El señor Bailey cogió una lata de cerveza, la agitó para asegurarse de que aún tenía líquido y bebió un sorbo.

"¿Preguntas sobre la maldita Verdant Pharma? ¿Qué coño tiene eso que ver?"

Ahora Dunbar cruzó los brazos sobre el pecho. La postura pasivo-agresiva parecía funcionar.

"No sé qué estábamos investigando, la verdad".

Pero esa es la cosa, Todd, no estás siendo honesto.

"Está bien, pero usted debe haber conocido el lado de los negocios, ¿verdad? ¿Qué pasó con Verdant? ¿Por qué ya no están por aquí?"

La expresión de Todd Bailey cambió. Ahora parecía más que molesto, parecía enfadado.

"La misma razón por la que la mayoría de las compañías farmacéuticas fracasan. Los medicamentos no funcionaron".

"Pensé que habías dicho que no sabías qué tipo de..."

El señor Bailey terminó lo que quedaba de cerveza, la golpeó contra la mesa y se puso torpemente en pie.

"Quiero que te vayas", ordenó.

"Sr. Bailey, estamos tratando de averiguar qué le pasó a su hija."

La cara del hombre se torció.

"¿Haciendo preguntas sobre Verdant? No sé a dónde van mis impuestos, pero está ladrando al árbol equivocado, detective". Hizo un gesto con la mano a Floyd. "¿Y usted? La última vez-"

"Vale, vale." Dunbar soltó las manos de su pecho. "Gracias por su tiempo. Si se le ocurre algo..."

"Sí, lo que sea. Si *se te* ocurre una razón por la que mi hija y sus amigas... ¿sabes qué? Sólo vete a la mierda".

Dunbar le hizo un gesto a Floyd para que se marchara primero, por si el señor Bailey pensaba actuar de acuerdo con su ira.

Pero lo único que hizo el doliente fue coger otra cerveza a medio terminar.

"Tocó un nervio", comentó Dunbar una vez que estuvieron de vuelta en el coche.

"No estás mintiendo. La pregunta es, ¿por qué?"

"Sólo hay una forma de averiguarlo", dijo el detective con la comisura de los labios. Giró la llave y el coche rugió a la vida. "Parece que tenemos que hacer una visita a lo que queda de Farmacéuticas Verdant".

Capítulo 49

"No sé nada", dijo Jimmy, mientras sus ojos se desviaban de la cara de Chase a los dedos de sus pies.

Ahora estaban solos detrás de Pete's Pizza. Los amigos de Jimmy habían huido en cuanto Chase mencionó que estaba en el FBI.

Y según la experiencia de Chase, cuando alguien empezaba diciendo que no sabía nada, probablemente estaba mintiendo.

"Déjame decirte lo *que* sé, entonces. ¿Crees que podrías seguirme la corriente y quedarte a escuchar? Esto no llevará mucho tiempo".

Jimmy levantó la vista. El rostro acnéico del chico estaba pellizcado como si estuviera estreñido.

"¿Tengo que hacerlo?"

"¿Tienes que qué? ¿Escucharme? No, no tienes que hacerlo. No aquí, al menos. Pero voy a hacer una conjetura salvaje: ¿ese vape en tu bolsillo? Creo que no sólo está lleno de nicotina. Creo que tal vez, sólo tal *vez, también* tenga un poco de THC. *Y* apuesto a que llevas otros productos ilícitos. ¿Qué te parece?"

Jimmy volvió a bajar la mirada.

"Bueno, eso responde a eso. Esto es lo que sé, Jimmy: sé que cinco chicas y un profesor de tu escuela se suicidaron".

"¿Un profesor? ¿Quién?"

Maldita sea, pensó Chase. No se había dado cuenta de que el nombre de Vic aún no se había hecho público.

Sacudió la cabeza y trató de mantener el rumbo.

"No importa. Lo que importa es que tenemos seis personas que se suicidaron sin razón aparente. Y creo que podrías tener una idea de por qué harían algo tan horrible".

La expresión de Jimmy cambió. Cualquier rastro del obstinado adolescente desapareció. Ni siquiera parecía asustado, sólo parecía triste.

Chase se acercó aún más al chico. Era unos diez centímetros más alto que ella, pero Jimmy era tan encorvado que ella se sentía como un gigante comparada con él. Debatió si empujar como había hecho con Annie, pero pensó que un enfoque diferente podría dar mayores dividendos en este caso.

"No pasa nada, no pasa nada", calmó Chase con su mejor voz maternal. Era incómodo; ni siquiera hablaba así con Georgina. "Sólo quiero saber qué les pasó. Si sabes algo que pueda ayudar..."

Jimmy resopló y se frotó la nariz con el dorso de la manga.

"He oído que se llevaban algo", dijo en voz baja.

Chase reprimió una sonrisa. Sabía que Jimmy tendría respuestas.

"Tienes que hablar más alto".

"Oí que tomaban algo", repitió Jimmy, esta vez sólo un poco más alto. "Algo para ayudarles a estudiar".

"¿Cómo qué?"

Jimmy negó con la cabeza.

"¿Qué estaban tomando, Jimmy?"

Cuando el chico se quedó allí de pie, con las manos colgando casi hasta las rodillas, olfateando constantemente, Chase alargó la mano y lo agarró por los hombros.

"Jimmy, dime qué estaban tomando las chicas. ¿Eran drogas para el cáncer? ¿Estaban tomando drogas para el cáncer?"

La confusión cruzó las húmedas facciones del hombre.

"¿No-qué? ¿Drogas para el cáncer? Estaban tomando algo para ayudarles a estudiar. No sé lo que era. ¿Adderall, tal vez?"

Chase frunció el ceño.

Las chicas no tomaban Adderall, eso habría aparecido en el informe toxicológico básico.

"¿No sabes lo que estaban tomando?"

Una vez más, Jimmy negó con la cabeza.

"No lo sé, lo juro. Sólo oí que se llevaban algo, nunca los vi llevárselo".

"Vamos", animó Chase.

"Hace un par de semanas escuché a Madison hablando con Sky, algo sobre una gran prueba que se avecinaba, cómo podrían necesitar un poco de ayuda". Se encogió de hombros. "No lo sé."

"¿De dónde lo sacaron. ¿De ti? ¿De alguien de la escuela?"

La reacción de Jimmy fue instantánea.

"¿Yo? De ninguna manera. La escuela tiene una política súper estricta sobre las drogas".

Chase vio que el hombre se llevaba instintivamente la mano al bolsillo que contenía el vaporizador de THC.

"Si pillan a alguien, lo expulsan al instante. No hay segundas oportunidades. No importa cuánto dones a la escuela".

El comentario le recordó a Chase algo que había dicho el señor Hendrix la primera vez que había visitado San Ignacio. Algo sobre que el señor Bailey hacía donaciones al colegio, o que *solía* hacerlo.

Parece que Floyd no es el único que flojea, pensó Chase, condenándose por no haber captado antes el sutil detalle.

"¿Sabes qué? Creo que voy a llevarte de cualquier manera".

El terror apareció en la cara de Jimmy.

"No, por favor, es sólo un poco de hierba. No es nada".

Chase suspiró.

"Esto no podría ser más simple, Jimmy. Dime de dónde sacaron las drogas y me olvidaré de tu vaporizador de hierba".

A Chase no podía importarle menos la hierba. Sólo esperaba que la

clásica táctica del matón funcionara. Si la cara de Jimmy era una indicación, debería.

Pero las siguientes palabras que salieron de la boca del adolescente la decepcionaron.

"Sinceramente, no lo sé. Por favor. No sé qué estaban tomando ni de dónde lo sacaron. Sólo les oí hablar de *algo*".

"¿Por qué huiste entonces, Jimmy?" preguntó Chase, aunque pensaba que ya sabía la respuesta.

"Porque... por la hierba. Pensé que venías a por mí por la hierba".

Y eso, a Chase, le parecía la verdad. Annie había delatado al chico muy rápido, pero Chase tenía la impresión de que lo único que Jimmy traficaba, como él decía, era un poco de hierba.

Otro puto callejón sin salida.

"Vete", refunfuñó.

"¿Qué? ¿Puedo... puedo irme?" El chico estaba tan sorprendido que al principio no se movió.

"Sólo vete."

Cuando Jimmy siguió sin moverse, Chase le gritó.

"¡Lárgate de aquí!"

Jimmy se dio la vuelta y echó a correr, sin molestarse en mirar atrás.

Cuando se hubo ido, Chase se puso las manos en las caderas y miró hacia el cielo.

"Este puto caso", dijo en voz alta. Una respiración profunda llenó sus fosas nasales con el aroma de la masa cocida, recordándole a Chase que hacía tiempo que no comía.

"¿Todo bien por aquí?"

El hombre que hizo la pregunta era Pete. Tenía que ser Pete, con su enorme barriga apenas contenida por un delantal manchado de salsa de tomate.

"Estaré mejor después de un trozo de pizza".

Capítulo 50

"¿Es aquí?" Preguntó Floyd, mirando por la ventanilla del pasajero. "No puede ser aquí".

Estaba mirando un edificio de ladrillo que parecía un bungalow de una habitación que había sido reutilizado y recalificado para los negocios. Tenía revestimiento azul, un techo en pico, y un pequeño letrero en el frente que decía Farmacéuticas Verdant.

"Ahí dice, *Farmacéuticas Verdant*", declaró Dunbar.

"Lo sé, pero no puede ser tan pequeño. ¿Verdad?"

Dunbar se encogió de hombros.

"Lo poco que pude averiguar sobre la empresa decía que quebró hace años".

"¿Por qué tener una tienda entonces? ¿Paraíso fiscal?"

"Ni idea". El detective abrió la puerta del coche. "Podemos seguir adivinando o podemos entrar y preguntar".

El hombre tenía razón.

Floyd siguió a Dunbar hasta la puerta, aún pensando que les estaban troleando de alguna manera. Pero la puerta estaba abierta y ambos entraron sin incidentes.

El interior de Verdant Pharma era tan sorprendente como el exterior. A pesar de la fachada poco propicia, Floyd había esperado al menos un puñado de piezas de equipo de laboratorio: una campana extractora, un microscopio, una centrifugadora, tal vez.

Pero no había nada que diferenciara este lugar de la oficina de un contable.

Sentada detrás de un solitario escritorio había una mujer gruesa con cejas severas y labios de un rojo brillante que claramente se pintaron así para distraer la atención del bigote que crecía sobre ellos. Detrás de la mujer había filas y filas de archivadores.

Ese fue el alcance de Verdant Pharmaceuticals.

"Detective Dunbar, de la policía de Nueva York", dijo Dunbar, mostrando su placa. Según la experiencia de Floyd, la mayoría de la gente reaccionaba ante una placa. Era la naturaleza humana. Pero la Dama del Bigote ni siquiera se inmutó.

"¿Qué puedo hacer por usted?" Ella ni siquiera miró a Floyd, lo que estaba bien para él.

"Eso depende. ¿Esto es Farmacéutica Verdant?"

La mujer puso los ojos en blanco.

"Eso es lo que dice el cartel".

Esto no va a ser fácil, pensó Floyd.

"¿Solía trabajar aquí un tal Sr. Todd Bailey?"

La mujer ni siquiera se molestó en ocultar su enfado.

"No lo sé. Todo lo que sé es que soy el único que trabaja aquí. Soy el último y único empleado de Verdant Pharma".

"¿Eres sólo tú?" preguntó Dunbar.

La mujer asintió, haciendo temblar la pesada piel bajo su barbilla.

"Lo que dije. Y sólo estoy aquí porque la FDA lo requiere".

Floyd estaba perdido, pero parecía que no era el único.

Dunbar se rascó la nuca.

"Bueno, yo-nosotros-queríamos hablar con alguien sobre una droga en particular que Verdant estaba desarrollando".

"*Umm, hmm*. Bueno, todos los archivos relacionados con drogas están en los armarios detrás de mí. Pero te advierto que salgo a las cinco de la tarde en punto".

"Medicamentos para el cáncer", soltó Floyd.

Pensó que estaba siendo inteligente, pero la mujer no se dejó impresionar.

"¿Perdón?"

"Drogas c-c-cáncer. Estamos buscando drogas c-c-cáncer."

"Eso no lo reduce exactamente". Intentó cruzar los brazos sobre el pecho, pero sus pechos eran demasiado grandes. Después de tres intentos, la mujer se rindió.

"Vamos, ayúdanos", suplicó Dunbar.

"Esto no es un McDonald's. Esto es autoservicio. Puedes mirar los expedientes que quieras, pero no te los puedes llevar. Y me voy a las cinco".

Floyd le dio un codazo a Dunbar.

"Vale", dijo empezando hacia el fondo de la habitación. Abrió el primer cajón del armario de la izquierda. Floyd sacó todas las carpetas que pudo. "¿Está bien si nos instalamos aquí?"

Antes de que pudiera responder, Floyd dejó las carpetas en la esquina de su escritorio.

"Dunbar, ¿quieres echarme una mano? Coge un montón de carpetas. Llénate los brazos con ellas". Luego, a la secretaria, le dijo: "No le importa, ¿verdad? Tienes que irte a las cinco, ¿verdad? Sí, dispara, no estoy seguro de que vayamos a ser capaces de devolver todo esto a tiempo..."

La mujer parecía estar dando a luz a un puercoespín.

"Dime lo que buscas", espetó, con los ojos reducidos a rendijas. "Y no c-c-drogas para el cáncer."

Floyd ignoró la burla.

"Bueno, esa es la cuestión, no estamos muy seguros de lo que buscamos", intervino Dunbar.

"¿Por qué se hundió Verdant?" Floyd preguntó de repente. "¿Qué...?"

La mujer se levantó tan bruscamente que Floyd retrocedió,

pensando que iba a golpearle.

No lo hizo.

La mujer se acercó a la fila de armarios, pareció leer los títulos y abrió un cajón concreto. Un momento después, regresó con una gruesa carpeta en la mano.

"Este es el que quieres."

Floyd cogió la carpeta.

"¿Cerebro?", leyó en voz alta.

"Es la razón por la que Verdant se retiró, la razón de las demandas".

Floyd dejó la carpeta sobre el escritorio y la abrió.

La mayor parte de la información que leía se le escapaba por completo. Números de registro de fármacos, fórmulas de compuestos, medidas de resultados e intervención.

"Floyd, ¿has encontrado algo interesante?"

Floyd siguió escaneando el texto y luego se detuvo.

"Oh, sí, creo que sí", dijo, con una sonrisa formándose en sus labios. Floyd dejó caer un dedo sobre la sección *Efectos adversos*. "Saca tu cámara, Dunbar, porque tenemos que empezar a hacer fotos. Creo que acabamos de encontrar lo que se llevaban las chicas".

PARTE III - Revelaciones

Capítulo 51

"¿Qué demonios es Cerebrum?" Preguntó Chase al entrar en *Investigaciones DSLH*.

"Eso es lo que he preguntado", dijo Dunbar. Estaba de pie detrás de Floyd, que estaba sentado en el escritorio de Screech. Cuando la miró, hizo una doble toma. "*Uhh*".

"*Uhh*, ¿qué?" Chase respondió.

"Tu pintalabios", dijo Floyd, apartando la vista de la pantalla del ordenador.

¿Pintalabios?

Entonces Chase recordó el penoso disfraz que se había puesto cuando buscaba a Jimmy. Localizó un rollo de toallitas de papel al fondo de la habitación, cerca de la cafetera, y utilizó una de ellas para limpiarse los labios.

"¿Mejor?" Para disuadir a cualquiera de los dos de responder, se acercó al ordenador y le echó un vistazo, tratando de obtener alguna información sobre Cerebrum.

Por teléfono, Floyd le había dicho que Verdant Pharmaceuticals había quebrado a causa de un medicamento llamado Cerebrum. Algo sobre los efectos secundarios que habían dado lugar a numerosas demandas que habían dejado seca a la empresa.

Se había negado a decir más hasta que se conocieran en persona.

El galimatías que Chase leyó en la pantalla no sirvió para apaciguar su confusión. Por suerte, la lengua de Floyd parecía haberse liberado de los confines más o menos familiares *del DSLH*.

"Cerebrum fue desarrollado por Verdant como un tratamiento contra el cáncer", comenzó Floyd, sin tartamudear. "Llegó a la Fase I de ensayos clínicos".

Los ojos de Chase se entrecerraron.

"Sí, no exactamente anticuerpos monoclonales, sino tratamiento contra el cáncer para tumores cerebrales", intervino Dunbar. El comentario puso de manifiesto que estaba fuera de su alcance.

"¿Tumores cerebrales?" Preguntó Chase.

"Sí, glioblastoma. Una forma particularmente mortal de tumor cerebral".

Las esperanzas de Chase empezaron a desvanecerse. Al principio, Cerebrum había sonado como una pista prometedora, pero ahora tenía dudas de que aquello estuviera relacionado con los suicidios de las chicas. El forense había insistido en que ninguna de ellas tenía cáncer manifiesto, y algo como un tumor cerebral habría sido difícil de pasar por alto.

"¿Qué hace este...?"

"Espera", dijo Floyd, cortándola. Ahora parecía concentrado como un láser. "La fase I es la primera prueba en humanos, lo que significa que Cerebrum ya ha pasado el control de seguridad en dos especies animales diferentes. El objetivo de un ensayo de fase I es determinar la tolerancia y la seguridad en humanos. Y se hace en voluntarios sanos".

Chase sintió que se le secaba la boca y su esperanza de que ésta pudiera ser la oportunidad que estaban buscando empezó a volver a su mente.

"Jesús, ¿eran parte de las pruebas? Las chicas -Madison y su equipo- eran las voluntarias del ensayo clínico, ¿no?". Sus palabras salieron con una ráfaga de aire y Chase sintió que su ritmo cardíaco aumentaba con la excitación que sentía.

"No lo creo", dijo Floyd, de repente indeciso. "La lista oficial de voluntarios no está en el archivo que tenemos, y dudo que podamos acceder a ella debido a la confidencialidad".

"Entonces, ¿cómo sabes que no estaban involucrados en las pruebas?" Chase desafió. "Si la lista es confidencial, entonces tal vez ellos..."

"Dieciocho años o más: los criterios de inclusión para el ensayo de fase I de Cerebrum exigían que los participantes tuvieran al menos dieciocho años. Cosa que ninguna de las chicas tenía".

Chase se mordió el interior de la mejilla.

"¿Y si falsificaron su solicitud o lo que sea?". Sabía que empezaba a sonar desesperada, pero no importaba, porque lo estaba.

Floyd bajó la mirada.

"No lo sé". A pesar de sus palabras, estaba claro que Floyd pensaba que ella estaba equivocada.

Chase levantó los brazos.

"Esto es una locura. Una búsqueda inútil. No hay nada..."

"E-espera", interrumpió Floyd, "yo pensé lo mismo. Pero luego miré por qué la droga nunca llegó a la Fase II de pruebas".

A Chase le estaba empezando a molestar que la cortaran constantemente, pero decidió darle una oportunidad más a su compañera.

No le decepcionó.

Una rápida mirada a Dunbar reveló que el detective estaba casi mareado por la emoción, pero se contuvo mientras Floyd se desplazaba por el documento en pantalla.

"Ya está", dijo Floyd, poniendo un dedo en la pantalla.

Al principio, Chase no vio más que más de la misma jerga legal.

Entonces Floyd movió el dedo un centímetro y a ella se le heló la sangre.

"Dios mío", susurró.

Floyd sonrió, lo cual era totalmente inapropiado dadas las circunstancias. Pero su excitación estaba definitivamente justificada.

"¿Suicidio?" Chase jadeó, dando un paso atrás. "¿Los efectos adversos fueron todos suicidios?"

"Sí", confirmó Floyd. "Doce personas se inscribieron en el ensayo clínico, y nueve se suicidaron".

Capítulo 52

Chase se quedó estupefacto.

"Eso no puede ser normal, ¿verdad?"

"De ninguna manera", dijo Floyd, sacudiendo la cabeza. "De ninguna manera eso es normal. Normalmente, si ocurre algo así, algo catastrófico, el juicio se detiene inmediatamente. Pero con Cerebrum, ocurrió tan rápido que no pudieron hacer nada. Incluso sucedió en dosis múltiples, también. Y es poco probable que algo así se hubiera detectado en las pruebas preclínicas. No es como un ataque al corazón o algo así. Ni siquiera creo que los ratones o las ratas sean capaces de suicidarse".

"Jesús-Dunbar, ¿llamaste al forense?"

Dunbar la miró con extrañeza.

"¿La ME? ¡Llámala para averiguar si esta droga está en su sistema!"

Este debería haber sido el siguiente paso lógico, pero por alguna razón, ambos hombres parecían sorprendidos. Dunbar tardó una vez más en hacer lo que ella le pedía.

Cuando el hombre se apartó de la silla de Floyd para hacer la llamada, Chase se instaló en su sitio.

"¿Cómo conseguirían esta droga?" preguntó Chase, hablando rápidamente. "¿Cómo conseguirían las chicas la droga? ¿En Cerebrum?"

"No lo sé. Pero ni siquiera estamos seguros..."

Ahora le tocaba a Chase cortarle el rollo a su compañera.

"Jimmy dijo que las chicas estaban tomando algo para ayudarlas a estudiar, alguna droga que las ayudaría a aprobar su examen".

"¿Mencionó Cerebrum?"

"No, dijo que no sabía qué droga era o de dónde la habían sacado. ¿Crees que tal vez la obtuvieron de Todd? ¿Del padre de Madison?"

"*Si* se lo llevaran".

"Si, *si*, *si*."

"No olvides el *porqué*".

La mente de Chase iba a toda velocidad. Estar tan empalmada con las pistas la había puesto hambrienta y se estaba olvidando de masticar.

"¿Un accidente, tal vez? No, es más probable que alguien se lo diera: Vic Horace. Apostaría..."

"Oye, ¿cómo se llama la droga?" preguntó Dunbar, inclinándose hacia ellos, con el móvil pegado al pecho.

"Cerebro", dijeron Floyd y Chase al unísono.

"No, eso no. El Dr. Nordmeyer quiere la fórmula química".

Floyd echó un vistazo al ordenador y leyó algo que Chase ni

siquiera se acercó a comprender.

"¿Dilo otra vez? No, espera, dilo más alto".

Dunbar le tendió el teléfono a Floyd y repitió la fórmula química.

La interrupción frenó los pensamientos de Chase.

"Demos un paso atrás por un segundo. Jimmy dijo que las chicas estaban tomando algo para ayudarlas con sus exámenes... ¿podría ser Cerebrum?".

Floyd parecía confundido.

"¿Un fármaco diseñado para tratar el glioblastoma que también te ayuda con tus tareas escolares?".

Chase curvó el labio superior.

"Sí, suena ridículo".

"Pero quizá no. Viagra fue diseñado inicialmente para tratar enfermedades del corazón o algo así, y el efecto secundario-" Floyd comenzó a ponerse rojo, "-bueno, es el efecto secundario para el que se utiliza ahora."

Chase no tenía tiempo para ser educado. Nunca lo había tenido, no cuando la gente se arrojaba delante de los trenes y se cortaba las venas.

No olvides ponerte una pistola en la boca.

"Entonces, algo así, un efecto secundario positivo, ¿estaría listado en alguna parte?"

Floyd se desplazó por el documento.

"No soy un experto, pero tal vez. Sin embargo, no veo nada parecido aquí".

"Quizá no lo incluyeron en la lista porque todo se cerró tras los suicidios".

"Tal vez, pero para ser honesto, Chase, estoy fuera de mi liga aquí."

"Yo también", respondió Chase sin vacilar. Iba a añadir algo más cuando Dunbar retomó la conversación.

"La forense dijo que duda que haya una prueba para este compuesto... uhh, lo llamó *experimental*. Pero dijo que todas las chicas tenían leves rastros de un IMAO en su organismo". Dunbar repitió el acrónimo muy despacio, intentando no meter la pata.

¿"IMAO"? preguntó Chase, una vez más perdido.

"El forense dijo que es un antidepresivo antiguo", les informó Dunbar.

¿Antidepresivo?

"¿Alguno de los padres de las chicas mencionó que estaban deprimidas?" preguntó Chase.

Floyd bajó la mirada mientras Dunbar respondía.

"No."

"Tampoco el Sr. Hendrix", comentó Chase. "Entonces, ¿por qué se lo llevarían?"

En lugar de contestar, Floyd volvió a su ordenador. Tanto Chase como Dunbar le vieron sacar información sobre los IMAO.

"No puede ser", dijo, desplazándose tan rápido que todo estaba borroso. "Escucha esto: un efecto secundario potencial de los IMAO son los pensamientos suicidas".

"Joder", comentó Chase. "Entonces, ¿estaban tomando *dos* cosas que les daban ganas de suicidarse?"

"No sabemos a ciencia cierta que estuvieran tomando Cerebrum", les recordó Dunbar, la voz de la razón.

"Y el riesgo de pensamientos suicidas por los IMAO es bastante bajo", añadió Floyd.

No existen las coincidencias, Chase, dijo Stitts dentro de su cabeza.

Reacio a tener visión de túnel, Chase no pudo, sin embargo, sustraerse a la idea de que esas chicas tomaban drogas y que por eso se suicidaron.

Pero aunque así fuera, distaba mucho de ser el fin del misterio. Además de la eterna pregunta de *por qué,* también estaba el hecho de que parecían contentos con la hazaña.

"Creo que tenemos que traer a alguien que sepa un poco más sobre este tipo de cosas: medicamentos, efectos secundarios, todo eso", dijo Dunbar.

Chase estuvo de acuerdo, pero tenía otro curso de acción en mente.

"¿Cómo quién? ¿Alguien de la policía de Nueva York?" preguntó Floyd. Antes de que Dunbar pudiera contestar, Floyd respondió a su propia pregunta. "Espera, ¿qué pasa con Leroy?"

"¿Leroy?" preguntó Chase, imaginándose al musculoso hombre en su mente.

"Sí, solía ser una especie de sabio cuando se trataba de química, creo. ¿Deberíamos traerlo?" La pregunta iba dirigida a Dunbar.

"¿Por qué coño no? No tenemos a nadie en la policía de Nueva York que tenga idea de estas cosas y el Dr. Nordmeyer es lo más alejado de ser útil".

"Muy bien, llamaré a Screech y transmitiré el mensaje. ¿Chase? Chase, ¿qué opinas?" Preguntó Floyd.

"Creo que es una buena idea".

Floyd la miró con desconfianza.

"Para nosotros, ¿verdad? Pero, ¿y tú? ¿Qué vas a hacer?"

Parecía que el hombre la conocía bien.

"Voy a hablar con alguien que tomó Cerebrum", dijo rotundamente.

"¿Quién?" Preguntó Dunbar.

Chase se quedó mirando.

"No, no, esos nombres son confidenciales, Chase", dijo Floyd. "No hay espera, Chase. No se puede".

"¿Sois telepáticos o algo así? ¿Qué demonios está pasando?" Dunbar

dijo.

"Ella es..."

"Voy a preguntarle a nuestro amigo Todd Bailey quiénes son los supervivientes del Cerebrum, los pocos afortunados que entraron en el ensayo clínico y no se suicidaron". Dijo Chase. Luego se dio la vuelta y abandonó *DSLH*.

Antes de que la puerta se cerrara tras ella, oyó a Floyd gritar: "¿Chase? ¡¿Chase?!"

Pero Chase ya se había ido.

Capítulo 53

¿"Drogas"? ¿De verdad? No sé nada de drogas", dijo Leroy Walker, cruzando sus gruesos brazos sobre un pecho aún más grueso. A juzgar por las manchas de sudor de su camiseta deportiva, acababa de llegar del gimnasio. "¿Por qué crees que sé de drogas? ¿Por mi hermano o porque soy negro?".

Dunbar abrió la boca para hablar, pero Floyd pensó que era algo que él estaba más cualificado para comentar.

"Tampoco: es por tu experiencia en química y biología".

"Bioquímica", corrigió Leroy. Los miró con desconfianza durante unos instantes y luego se encogió de hombros. "De acuerdo, claro, ¿con qué necesitas ayuda?"

Eso fue fácil, pensó Floyd. Temía que lo que venía a continuación iba a ser considerablemente más difícil.

"Bueno, tenemos..."

"Primero, tienes que entender que esto es confidencial", intervino Dunbar. "Cualquier cosa que..."

"Sí, sí, lo tengo. Floyd ya me dio el resumen".

Dunbar parecía disgustado por el comentario de Leroy, pero Floyd tomó la iniciativa.

"Está bien, ha sido informado. Y trabaja con Drake".

"Eso es lo que me preocupa", susurró Dunbar.

Leroy estaba a punto de replicar al detective, pero Floyd le distrajo.

"Cerebrum", dijo señalando la pantalla del ordenador. "Un fármaco en investigación para el tratamiento del cáncer cerebral".

Sin decir nada más, Leroy tocó a Floyd en el hombro, indicándole que se levantara de detrás del ordenador. Floyd le obedeció mientras continuaba explicando.

"El fármaco se canceló durante la fase I debido al abrumador número de participantes que se suicidaron".

Leroy enarcó una ceja.

"¿En serio?"

"Sí. Nueve de doce".

"Pelo blanco", le recordó Dunbar a Floyd.

"Sí, aunque no está en la lista, la droga también puede hacer que el pelo del usuario se vuelva blanco".

Los dedos de Leroy bailan sobre el teclado.

"Ajá", habló como si ni siquiera estuviera escuchando.

La sala permaneció en silencio durante un buen minuto, minuto y medio, antes de que Dunbar se impacientara.

"¿Algo que puedas decirnos?"

Leroy emitió la misma respuesta.

"Ajá".

Pasaron más minutos, lo que hizo que incluso Floyd, que conocía la aptitud de Leroy, empezara a dudar de que el hombre pudiera ayudar.

"Si necesitas..."

"Cerebrum" es una triptamina, aunque no una que haya visto antes. También parece estar vinculado a algún tipo de-bueno, no estoy seguro. Parte de un complejo de anticuerpos, creo. Con estos fármacos de investigación, no siempre está claro al cien por cien".

Floyd miró a Dunbar y vio que los ojos del detective estaban vidriosos.

"¿En inglés?"

Leroy suspiró.

"¿Alguno de ustedes ha oído hablar de DMT o psilocibina?"

"¿Más inglés?" Preguntó Dunbar.

Esto hizo que Leroy soltara una risita.

"El principio activo de las setas mágicas es la psilocibina y el de la ayahuasca es el DMT. Ambos son alucinógenos muy potentes".

Floyd lo entendió, pero seguía con los ojos vidriosos.

"¿Alucinógeno? ¿Estás seguro?", dijo tras una pausa.

"Sí. Cerebrum contiene dimetiltriptamina, igual que las otras drogas psilo. Pero tiene una cadena al final que parece parte de un anticuerpo monoclonal".

A Floyd sólo se le ocurrió una pregunta.

"¿Por qué se usaría un alucinógeno para tratar el cáncer cerebral?"

Leroy volvió a encogerse de hombros.

"¿La mejor suposición? Barrera hematoencefálica". Levantó una palma carnosa, indicando que seguiría explicando. "Lo que pasa con la mayoría de las drogas o compuestos es que no pueden cruzar la barrera hematoencefálica. El DMT es diferente: sí puede. Así que, aunque la mayor parte de la información sobre el fármaco es confidencial, incluso con la patente en trámite, mi mejor conjetura es que estaban utilizando la molécula de dimetiltriptamina como una lanzadera para llevar el ingrediente activo a través de la barrera hematoencefálica, la parte de los anticuerpos." Se rascó la barbilla. "Pero eso significa... espera un segundo".

Floyd y Dunbar se miraron fijamente mientras intentaban digerir aquel exceso de información.

"Sí, vale-bien, ya lo veo", se dijo Leroy antes de dirigirse a la sala. "Lo que pasa con el DMT y algunos de sus derivados es que hay que fumarlo o inyectárselo". Se rió entre dientes. "A la FDA no le gusta demasiado ese método de administración. Una forma de sortearlo es desarrollar una formulación oral junto con un IMAO".

"*¿Espera-qué*?" Floyd casi jadea. "¿Has dicho IMAO?"

"Sí. Si no fumas o te inyectas Cerebrum, las enzimas viscerales de la

monoaminooxidasa lo descompondrán en tu intestino. Por eso tomas un IMAO, que es un *inhibidor de* la monoaminooxidasa". Al ver sus expresiones coincidentes, Leroy negó con la cabeza. "No importa. Pero tío, esta fórmula es una locura. La FDA debía estar dormida o drogada cuando dejaron que esto llegara a la Fase I".

"¿Qué quieres decir?" preguntó Floyd, repentinamente pensativo.

"Pshh, hasta hace muy poco, la FDA no permitía *ninguna* prueba de drogas usando alucinógenos. Para ser sincero, probablemente sea por eso: no tienen ni idea de lo que están aprobando. Te diré una cosa, aunque Cerebrum -brutal nombre, por cierto- no tuviera ningún efecto sobre el cáncer cerebral, los consumidores iban a tener un viaje de mil demonios". Se rió. "Se van a sentir bien, pase lo que pase. O eso he oído".

Floyd se quedó boquiabierto.

"¿Qué? ¿Qué he dicho?" preguntó Leroy, apartándose del ordenador.

Floyd sentía la garganta tan estrecha como un alfiler. Aunque quisiera hablar, no creía que fuera posible.

Afortunadamente, Dunbar, aunque igualmente conmocionado por la reciente revelación, aún tenía capacidad de palabra.

"Acabas de confirmar lo que dijo Chase: estas chicas... joder, estas chicas *estaban* tomando Cerebrum. La pregunta ahora es, *¿por qué*?"

Capítulo 54

"Estoy harto de hablar con vosotros", gritó el señor Bailey desde detrás de la puerta cerrada. "Si queréis volver a hablar conmigo, hablad con mi abogado".

Chase esperaba esta respuesta basándose en su visita anterior. Y sólo iba a empeorar, ella lo sabía. Todd había estallado después de simplemente mencionar Verdant Pharma, su reacción a preguntas específicas sobre Cerebrum iba a ser diez veces peor.

"No soy como mi colega del FBI, o el detective, Todd." Dejó que esto se cocinara por un momento. "Me importa una mierda todo excepto lo que le pasó a tu hija y a sus amigas. Si no tuviste nada que ver con eso, entonces no podría importarme menos todo lo demás".

El silencio del Sr. Bailey fue una señal positiva.

"Voy a asumir que todavía estás escuchando. Así que, aquí va: Sólo tengo una pregunta para ti".

Chase esperaba oír cómo se abría la puerta, pero se sintió decepcionada. Al menos recibió una respuesta.

"¿Cuál es la pregunta?"

"Es mejor que te pregunte dentro".

"No lo creo, a menos que tengas una orden, y dudo que la tengas".

Chase suspiró y apoyó una mano contra la tosca puerta de madera.

Lo que dijo a continuación la hizo sentirse sucia, pero al señor Todd Bailey se le habían acabado las oportunidades y a ella se le estaba acabando el tiempo.

"Vale, bien, la pregunta que tenía era sobre el ensayo clínico Cerebrum -ya sabes, el fármaco de Verdant Pharma, la empresa de la que formabas parte del consejo de administración-. Lo que quería saber es, ¿por qué diste un fármaco a esos voluntarios cuando sabías que se suicidarían?".

Chase oyó que la puerta se abría y vio cómo se abría unos centímetros.

"Baja la voz", siseó Todd. Aunque parecía imposible, los ojos del hombre estaban aún más rojos que antes.

Chase hizo exactamente lo contrario.

"Todd, ¿no crees que es un poco extraño que diste esta droga que hace que la gente se suicide y luego tu propia hija..."

La puerta se abrió de par en par y el señor Bailey la miró fijamente. Chase sintió que la cabeza le daba vueltas por el olor a alcohol.

"¿Qué quieres?" Preguntó el hombre.

"Déjame entrar".

"Es un desastre".

La respuesta cogió a Chase por sorpresa.

"¿Parece que me importa una mierda? Déjame entrar".

Con un gruñido audible, Todd dio un paso atrás. No la condujo hasta el sofá como antes, sino que le dejó el espacio justo para que entrara en el maloliente apartamento.

Chase cerró la puerta tras ella.

"¿Qué?"

Chase miró fijamente a los ojos del hombre. Sus pupilas se movían continuamente de un lado a otro, pero ella sospechaba que era el resultado del perpetuo estado de embriaguez del señor Bailey y no algo deliberado.

Aun así, se concentró mucho, con la intención de averiguar si decía la verdad cuando le hiciera las preguntas de verdad.

"¿Le diste Cerebrum a tu hija?"

La reacción de Todd fue visceral.

"¿Estás de coña?"

Chase se quedó mirando hasta que respondió a la pregunta.

"No, yo no le di Cerebrum a Maddie. No lo tengo, nunca lo tuve, y ni siquiera sabría de dónde coño sacarlo. ¿Cómo te atreves a acusarme...?"

Chase no tenía tiempo para esto.

"Necesito la lista de personas que participaron en el juicio".

"*¿Qué? Lárgate* de aquí".

Todd la alcanzó entonces, pero Chase estaba preparado, y él estaba borracho. Ella evitó fácilmente su intento de agarre.

"Usted no quiere hacer eso. Créame, Sr. Bailey, no quiere tocarme".

Todd frunce el ceño.

"¿Qué vais a hacer? Eres del FBI".

El alcohol estaba confundiendo al hombre, pero Chase no tenía ganas de corregirle.

Técnicamente, sólo estoy de préstamo. Pero aunque estuviera en el FBI, no dudaría en romperte la muñeca.

"Sin embargo, tienes razón. No tengo una orden y no puedo obligarte a entregar información confidencial. Lo que puedo hacer, es llegar a uno de mis contactos en la prensa. Les diré que estuviste involucrado con Verdant y Cerebrum y que eres el padre de Madison". Los ojos de Todd se convirtieron en rendijas, pero Chase no se detuvo. "Entonces, no sólo todo Internet te acosará, para siempre, sino que harán sus pesquisas como con ese imbécil de Lucas Lionelle, el asesino de gatos. Averiguarán los nombres de la gente del ensayo clínico, puedes apostar tu culo a que lo harán. O puedes ponerte tus malditos pantalones de niño grande y entregar la lista ahora. Sin embargo, lo que dije en la puerta sigue en pie; mantendré tu nombre fuera de los medios mientras no tengas nada que ver con la muerte de Maddie."

"Yo no...", empezó a decir el señor Bailey con los dientes apretados.

La miró fijamente y luego sacudió la cabeza. "Joder... Paul Baker".

"¿Qué?"

"Uno de los supervivientes se llama Paul Baker. Dolor en mi puto culo, ese tipo."

Estaba muy lejos de ser una lista con los nombres de todos los participantes, pero era algo.

"¿Y los demás?" Chase presionó.

"No sé nada de los demás. Incluso si lo supiera... No voy a decirte nada más", espetó Todd. "He terminado con esto. Me das asco".

Chase apretó la mandíbula. La habían llamado cosas peores, pero esta le escocía porque era potencialmente cierta.

Lo triste era que si el Sr. Bailey no estaba involucrado, ella sólo había acosado a un hombre que había perdido a su hija. Si ese era el caso, entonces ella era realmente repugnante.

Pero Chase lamentaría esta posibilidad en otra ocasión.

"Necesito más. Una fecha de nacimiento, una dirección".

"¿Crees que tengo esa mierda memorizada? ¿Eh?"

A pesar de su advertencia previa, Chase se dio cuenta de que el hombre cerraba los puños con el rabillo del ojo.

Estaba pisando hielo fino.

"¿Cuántos años tiene?"

Todd gruñó.

"Joder si lo sé".

¿"Joven"? ¿Viejo? *¿Qué*?"

Todd dio un paso adelante y Chase dejó que su mano serpenteara detrás de ella.

Buscó el pomo de la puerta y lo agarró.

"¿Era un maldito viejo, Todd? ¿Era un viejo borracho como tú?"

El señor Bailey estaba tan cerca que, cuando volvió a hablar, la cara de Chase se moteó de saliva caliente.

"Paul es un gilipollas joven como tú, tonta del culo."

Sin decir nada más, Chase abrió la puerta de un tirón y salió al pasillo. Luego la cerró de golpe en la cara de Todd, fallándole la nariz por menos de un octavo de pulgada.

Capítulo 55

"Deberíamos llamar a Chase", exclamó Dunbar. "Decirle lo que hemos encontrado. Lo que encontró *Leroy*".

Floyd asintió, pero no hizo ningún movimiento para hacer lo que el detective le sugería. Tenía otra cosa en mente en ese momento.

"Leroy, nunca he probado setas mágicas ni DMT, ni alucinógenos. Pero he oído historias. ¿Qué pasa realmente después de tomar una de estas drogas?"

Leroy parecía desconfiado.

"Bueno, en ese caso, yo tampoco los he probado nunca".

"No, en serio", insistió Floyd, "¿qué pasa cuando ingieres DMT?".

"¿Química o psicológicamente?"

Floyd lo consideró.

"Ambos".

"Bueno, lo que has oído es probablemente cierto. Aunque la vida media de la DMT es sólo de unos quince minutos, cuando estás alucinando puede parecer una eternidad. La ayahuasca puede parecer incluso más larga". Leroy se rió. "No la llaman la molécula divina por nada. Es como estar inmerso en el sueño más vívido... o en una pesadilla. Puedes oler cosas, ver cosas, sentir y oír cosas. Tocar cosas. Es indistinguible de la realidad. Más real, quizá, por el hecho de que puede hiperactivar todos tus sentidos a la vez. Una cosa es segura, tomas suficiente de cualquiera de estas drogas, y algo va a pasar. Eso es un hecho".

Floyd levantó la vista bruscamente.

"¿Puede ser una pesadilla?"

"Por supuesto, los malos viajes son, no sé, raros, pero ocurren".

"¿Qué tan malos pueden ser?"

Leroy frunció los labios.

"¿Qué es lo peor que se te ocurre?"

Hablar en público.

Leroy observó los rasgos ahora retorcidos de Floyd.

"Sí, así de mal".

"¿Crees que estas chicas tuvieron un mal viaje?" Preguntó Dunbar.

"No lo sé."

Dunbar se volvió hacia Leroy, que seguía frente al ordenador.

"Dijiste que estos malos viajes son raros. ¿Cuáles son las probabilidades de que cuatro personas que toman Cerebrum al mismo tiempo tengan un mal viaje?"

Leroy se encogió de hombros.

"Imposible saberlo. No creo que nadie sepa por qué algunos viajes son malos y otros buenos. Siempre es un error tomar un alucinógeno

si tienes una mentalidad retorcida, pero las buenas vibraciones tampoco garantizan siempre un viaje positivo. Diré esto: si una persona tiene un mal viaje, las probabilidades de que otros a su alrededor también lo tengan son probablemente mayores".

Floyd no pudo evitar recordar las expresiones de las caras de las chicas antes de saltar delante del tren.

No parecía que tuvieran un mal viaje.

Todo lo contrario.

Lo he visto, es real, todo es real.

Floyd sacudió la cabeza, tratando de mantener la mente clara.

"¿Podría esto ayudarles de algún modo en una prueba?", preguntó distraídamente.

"¿Qué quieres decir?" preguntó Leroy.

"Chase dijo algo sobre que las chicas querían un empujón en un examen. ¿Podría Cerebrum ayudarlas con un examen?"

La cara de Leroy se contorsionó.

"Quiero decir, tomar DMT antes de un examen te joderá. No hay posibilidad de que te ayude, estarás en Marte. Sin embargo, no estoy tan seguro de este Cerebrum o como se llame. Diría que no es probable que te ayude a corto plazo, pero ¿quién sabe lo que hará añadir un anticuerpo al extremo del culo de una molécula de dimetiltriptamina?".

"Sí, pero dijiste que la vida media era de quince minutos, así que no tendría sentido tomar Cerebrum por la mañana antes de coger el metro para ir al colegio", comentó Dunbar.

"Hmm", dijo Leroy.

"¿Qué quieres *decir*?" preguntó Dunbar.

"Bueno, aunque la vida media es corta, tienes un mal viaje, y te puede dejar mal durante meses. Mierda, he oído historias de gente que tuvo el viaje del infierno que les dejó sintiéndose como una mierda durante casi un año después."

"¿Un *año*?"

"Sí, un año. No jodas con esta mierda. ¿Y estás añadiendo este anticuerpo al final? Tío, sé que este anticuerpo se supone que ataca a los tumores, pero ¿y si le hace algo a la gente normal? Aparte de hacer que quieran suicidarse, supongo. El DMT funciona afectando los receptores de serotonina en el cerebro. ¿Añadir un anticuerpo? ¿Quién sabe cuánto pueden durar los efectos?"

"¿Pueden ser permanentes?"

"Probablemente no, pero no se lo daría a los niños, eso seguro".

Floyd retrocedió en su cabeza.

"¿Qué quieres decir con niños?" preguntó Dunbar, apuntando con sus palabras.

"Vamos, ¿crees que no sé de qué va esto? Incluso si Floyd no me

hubiera informado... Soy investigador privado por el amor de Dios. En cuanto vi 'tendencias suicidas' supe que se trataba de esos chicos". Leroy tenía una expresión de suficiencia en la cara cuando dijo esto.

Dunbar, por su parte, no estaba contento, pero no podía hacer nada al respecto.

"Tenían diecisiete años, no eran exactamente niños".

Fue un comentario benigno y defensivo del detective, pero hizo que algo en el cerebro de Floyd hiciera clic.

Y haz clic *fuerte*.

"N-n-no, no, n-n-no son k-k-k-niños pero h-h-él sí".

Todos los ojos estaban puestos en Floyd, lo que hacía aún más difícil hablar.

"¿Quién?" Leroy y Dunbar preguntaron al unísono.

“R-R-R-Ran-n-n-n-ndy.”

"¿Quién demonios es Randy?" Dunbar exigió.

"E-e-e-e"

Floyd cerró los ojos y respiró hondo. Entonces se imaginó al chico que había visto en casa de la madre de Madison. El chico que había subido las escaleras antes de que Leslie Carson le gritara que volviera a su habitación. El mismo chico cuyas fotografías estaban pegadas por toda la pared.

Sólo que en esas fotos, el pelo de Randy había sido castaño. En la vida real, sin embargo, su pelo era de un blanco crudo, igual que el de su hermana.

Aún preocupado por no ser capaz de comunicar lo que pensaba, Floyd apartó a Leroy del ordenador e hizo una búsqueda de Randy Bailey en Google.

Le llevó un par de intentos, pero finalmente encontró una mención al chico. Y con esto, cualquier duda que Floyd tuviera sobre que Randy se llevara a Cerebrum se disipó de inmediato.

Además, se añadió un elemento adicional a la mezcla cáustica de DMT, setas mágicas, anticuerpos y cáncer.

"Randy Bailey", logró Floyd. "Ese es el hermano de Madison."

Giró la pantalla y la dirigió tanto a Leroy como a Dunbar, que respondieron aspirando colectivamente.

"Esto es una broma, ¿verdad?" refunfuñó Dunbar. Luego leyó el titular en voz alta. "Un niño de nueve años vence a un cáncer cerebral justo antes de registrar la puntuación más alta jamás obtenida en el test de inteligencia WISC-V".

Capítulo 56

Con sólo un nombre y una edad aproximada, encontrar al Paul Baker adecuado parecía una tarea imposible. Por eso Chase se sorprendió cuando tardó menos de diez minutos.

No fue la foto de perfil de Facebook del hombre de cabeza rapada y ojos oscuros lo que le delató.

Era el rosario que rodeaba su rostro y la inscripción en la parte inferior que decía: *Jesús salva*.

Chase no quería que ese Paul Baker *fuera uno* de los cientos de hombres llamados Paul Baker que vivían en Nueva York y que tenían más o menos su edad, que Todd calculó en cuarenta y pocos años.

El que había entrado y sobrevivido a los ensayos clínicos de Cerebrum.

Pero ella sabía que lo era.

Chase supuso que era algo parcial debido a sus recientes interacciones con el padre Torino primero y con el padre David después, pero eso no cambiaba el hecho de que *sabía que era* el hombre adecuado.

"Joder".

Lo último que quería era relacionarse con otro chiflado religioso, pero no veía otra opción.

El único factor redentor era que parecía que el único trabajo de Paul Baker era, según él, "Difundir la Palabra del Señor". Aparentemente convencido de que Dios le salvaría del robo de identidad, el hombre había publicado su número de teléfono en su perfil de Facebook.

Al ver una oportunidad, por repugnante que fuera, Chase se conectó a una antigua cuenta que había utilizado una o dos veces años atrás, cuando trabajaba de incógnito en Seattle. Tardó más en redactar su mensaje que en encontrar al señor Baker.

Al final se decantó por algo derivado y trillado, que parecía apropiado para un hombre de la ideología de Paul Baker.

Chase: *Estoy perdiendo mi fe. Estoy luchando con mi fe.*

La respuesta que recibió fue casi instantánea.

Paul: *Me encantaría charlar. Pero esto parece algo que es mejor discutir en persona. ¿Podemos quedar?*

Chase tuvo otro pensamiento.

¿Y si este Paul Baker era un depredador? ¿Y si utilizaba la religión como artimaña para atraer a adolescentes confundidos?

Eso sería casi más fácil.

Y mejor.

Chase: *Claro …* tan *pronto como sea posible.*

Paul: *Puedo reunirme ahora…*

Chase: *Perfecto. ¿Dónde?*

Por favor, no digas una iglesia. Por favor, no digas una iglesia, suplicó Chase en silencio.

Blessed Sacrament en W 43rd.

Joder.

Chase miró hacia el cielo.

Chase: *Puedo estar allí en diez minutos.*

Paul: *Yo también estaré allí. Estoy deseando conocerte.*

Chase se alejó del complejo de apartamentos de Todd Bailey, pero a los pocos segundos de conducir, Floyd llamó.

Sabiendo que el hombre sólo intentaría disuadirla de su siguiente paso, rechazó la llamada. Como era de esperar, volvió a llamar y Chase volvió a rechazarla. Si llamaba una tercera vez, ella podría haber considerado otra opción: contestar al teléfono, ignorar las peticiones de Floyd de que *no* visitara a Paul Baker e indicarle que fuera a visitar al Jesus Freak en su lugar. Pero el hombre había demostrado ser poco fiable, algo que ella nunca habría asociado con él antes de este caso.

También había que tener en cuenta la debacle de la asamblea de Floyd, sobre todo cuando mencionó su nombre y Dios sabía qué más. En general, Chase consideraba que el estado religioso y las creencias de una persona eran asunto suyo, pero la evidente debilidad de Floyd por la religión le había soltado la lengua.

Por ejemplo, las largas charlas de su compañera con el padre David.

Lo último que Chase quería era que un hombre con una pegatina de Jesús salva en Facebook la acosara sobre su creencia en Dios.

O la falta de ella.

Probablemente tendré que cambiar de número después de esto, pensó cabizbaja.

El Santísimo Sacramento era una modesta iglesia encajonada entre dos condominios de cristal que la empequeñecían tanto en tamaño como en magnificencia.

Chase se sorprendió de que aún existiera, de que algún promotor no hubiera arrojado una enorme suma de dinero sobre la iglesia en un intento de hacerse con el valioso inmueble.

Estás perdiendo el tiempo, Chase, se reprendió a sí misma. *Acaba de una vez.*

Chase aparcó el BMW en doble fila delante de la iglesia y subió a toda prisa los escalones de cemento hasta la impresionante puerta de madera. Tras otra vacilación, más breve que la anterior, la empujó y entró.

Por mucho que a Chase le disgustaran las iglesias y lo que

representaban, había algo innegablemente hermoso en las antiguas, como la del Santísimo Sacramento. Dentro de la puerta principal, había un puñado de escalones más que conducían a la nave. Tras una docena de filas de bancos a ambos lados, estaba el escenario y, por encima, lo que parecía ser una especie de altillo. Aún más arriba, incrustada en el muro de piedra, había una gran vidriera circular que era la obra maestra de la iglesia. Hacia el mediodía, el sol caía en el ángulo perfecto sobre el cristal, inundando la nave con ondas de luz multicolor segmentada.

Chase estaba tan distraída con este espectáculo que no oyó que un hombre se le acercaba por detrás.

"Tú debes de ser Chase", dijo el hombre con calidez.

Chase se giró y vio a Paul Baker, que había salido de lo que ella sospechaba que eran los aposentos de los curas o como se llamaran, a la derecha de la puerta principal. Su aspecto era casi idéntico al de su foto de perfil de Facebook, sin la pegatina de Jesús salva.

La misma edad que yo, una mierda, pensó Chase, recordando lo que había dicho Todd Bailey. *Tiene casi cincuenta años.*

"Y tú debes ser Paul".

"De hecho, ahora, ¿qué puedo hacer por ti, Chase?"

Chase miró hacia la vidriera.

"Bueno, lo primero es asegurarme de que no estallo en llamas".

"¿Perdón?" Paul parecía perplejo.

"Nada... sólo... sólo necesito alguien con quien hablar".

El hombre sonrió y, al hacerlo, se inclinó un poco, mostrándole a Chase la coronilla.

"Bueno, entonces, has venido al lugar correcto".

Paul llevaba el pelo corto, casi rapado, pero Chase pudo ver que la barba incipiente era blanca.

"¿Sabes qué?" Chase dijo con una sonrisa propia. "Creo que sí".

Capítulo 57

"No contesta", dijo Floyd. No estaba seguro de por qué su voz estaba llena de desesperación, dado que Chase Adams había demostrado que podía cuidar de sí misma. A menos, claro...

No, ese era el viejo Chase. Ella ya no hace eso. No lo haría.

"Llámala otra vez. Llámala otra vez, maldita sea", ordenó Dunbar mientras encendía la vieja cereza roja del salpicadero del coche. Quitar la mano del volante sólo una fracción de segundo casi resultó desastroso con la velocidad a la que conducía hacia el apartamento de Todd Bailey.

"Lo intento, pero no contesta", replicó Floyd. Para enfatizar su argumento, puso el teléfono en altavoz. Inmediatamente saltó el buzón de voz.

"Mierda", maldijo Dunbar. "Espera, espera."

Tomó un giro brusco a la izquierda que hizo que Floyd se estrellara contra la puerta del pasajero.

"¿Qué tipo de coche conduce Todd Bailey?" preguntó Dunbar cuando llegaron a la calle del hombre.

Floyd se devanó los sesos buscando una respuesta.

"No lo sé", dijo.

"¿Es un sedán azul? ¿Un Mazda?"

Una vez más, Floyd intentó recordar su primera visita al apartamento de Todd, pero no recordaba haber visto un coche... no recordaba casi nada.

Todo estaba borroso.

"¡No lo sé!"

"¡Piensa, Floyd!"

"Yo no..." Algo destelló en la mente de Floyd. Una imagen de una llave en la mesa junto a la puerta. Más concretamente, un llavero con el logotipo de Mazda. "¡Mazda!" gritó. "¡Todd conduce un Mazda!"

Dunbar asintió y, en lugar de detenerse frente al apartamento de Todd, aceleró a fondo, con los ojos fijos en el Mazda azul que tenían delante.

Incluso con la luz roja intermitente, el Mazda no aminoró la marcha. Dunbar tocó el claxon y se acercó justo detrás.

Aún no hay respuesta del conductor.

"Al diablo con esto", refunfuñó Dunbar. "Espera otra vez."

Al incorporarse al carril contrario de la calle residencial, el detective aceleró hasta que su parachoques delantero pasó justo por delante del guardabarros trasero del Mazda. Entonces realizó una maniobra PIT casi perfecta. Con un chirrido agudo, el Mazda dio una vuelta de campana antes de detenerse. Dunbar pisó a fondo el freno

justo antes de embestir de frente al otro vehículo.

Floyd salió de un salto, pistola en mano, y corrió hacia el Mazda. Dentro del coche, pudo ver a Todd Bailey luchando por volver a poner el vehículo en marcha. Estaba sucio, con el pelo grasiento y la ropa manchada.

"¡Fuera!" Floyd gritó, apuntando con el arma al hombre. "¡Salga del coche!"

A su favor, Todd intentó escuchar. De hecho, llegó a abrir la puerta. Pero estaba ciego de borrachera y se olvidó de desabrocharse el cinturón de seguridad antes de intentar salir. Todd gruñó y cayó medio fuera del coche antes de que el cinturón se le enganchara en la garganta. Saliva o vómito o una mezcla de ambos rezumaba de entre los labios agrietados.

Dunbar apareció al lado de Floyd, también con el arma desenfundada.

"¿Deberíamos...?", empezó el detective. Ambos se quedaron mirando mientras la cara de Todd empezaba a enrojecer y su respiración se reducía a un doloroso resuello.

"Sí, deberíamos".

Floyd enfundó su arma y se acercó a Todd. Luego le desabrochó sin contemplaciones el cinturón de seguridad. Todd intentó sacar las manos por delante, pero era demasiado descoordinado y lento. Su frente golpeó sonoramente contra el pavimento.

Mientras el hombre en el suelo gruñía de dolor, Dunbar, que también había enfundado ya su arma, le puso un pie en la espalda. Luego arrancó los brazos de Todd por detrás.

"Todd Bailey, está bajo arresto."

Todd finalmente encontró su voz.

"¿Qué? ¿Para qué?", las palabras del hombre se fundieron en una sola.

"Contribución a la delincuencia de un menor", le informó el detective. Cuando incluso Floyd pareció confuso, aclaró: "Les dio drogas a su hijo y a su hija, señor Bailey. Drogas no aprobadas".

Todd levantó la cabeza, mostrando un bulto rojo en el centro de la frente. También intentó darse la vuelta, pero no pudo con las manos esposadas y el pie de Dunbar en la parte superior de la espalda.

"¿Qué carajo? No les di nada". Floyd miró fijamente al hombre mientras hablaba, tratando de entenderlo. Todd debió percibirlo porque desvió su atención del detective hacia Floyd. "Tu compañero... tu maldito compañero lo prometió".

Floyd enarcó una ceja en respuesta, pero no dijo nada.

Esto enfureció a Todd, y su rostro adquirió el mismo tono que el bulto que tenía en la cabeza.

"¡Ella me lo prometió! ¡Esa zorra! ¡Esa *zorra!*"

"Vale, ya basta", dijo Dunbar, cada vez más impaciente. Levantó a Todd de un tirón, le dio un momento para orientarse y luego lo empujó hacia su coche.

La furia abandonó el rostro de Todd y fue sustituida por tristeza e incredulidad.

"Lo juro", dijo arrastrando mínimamente las palabras ahora, "¡lo juro, no le di nada a Madison!".

Para cuando Dunbar depositó a Todd en el asiento trasero, el hombre estaba berreando. Las lágrimas le empapaban la cara y en cada orificio nasal se formaban burbujas de mocos idénticas.

"¡No le hice nada a mi Maddie!" Todd Bailey gritó. "¡No le hice nada a mi Maddie*!*"

Capítulo 58

"Mencionaste que estabas perdiendo la fe, Chase", dijo Paul Baker mientras ambos caminaban por el pasillo central de la nave.

Chase quería ir al grano, preguntar por Cerebrum, pero sabía que primero tenía que jugar.

"Sí, he estado luchando últimamente, Padre."

Paul se detuvo y se volvió hacia ella.

"Oh, no soy un cura, Chase."

Chase fingió sorpresa.

"¿De verdad? ¿Esta no es tu iglesia?"

El hombre le dedicó una sonrisa apaciguadora.

"No, un amigo mío es el párroco aquí en el Santísimo Sacramento. Yo sólo soy un devoto discípulo de Dios, un oído para los que necesitan que alguien les escuche."

Chase reprimió una arcada.

¿Por qué estos fanáticos religiosos siempre tienen que ser tan condescendientes?

Al darse cuenta de que Paul la miraba expectante, Chase continuó con el juego.

"Bueno, tal vez puedas ayudarme, entonces."

"Sólo puedo intentarlo".

"Alguien cercano a mí se suicidó hace poco", dijo Chase. Empezó a imaginarse a Madison Bailey, pero la imagen saltó y empezó a difuminarse. Sacudió la cabeza, tratando de recuperar la concentración.

"Ya veo."

Pero no vio lo que vio Chase. Vio a su padre. Vio a Keith Adams sonriendo, con la cruz que solía llevar siempre colgada del cuello brillando a la luz de la luna. Luego se lo imaginó tal como lo describía el informe policial.

Le faltaba la cruz y tenía una herida de bala autoinfligida en la cara.

No tan diferente de Vic Horace.

"Ese es el peligro de perder la fe, Chase".

Una vez más, intentó conjurar a Madison y a su grupo de amigos, pero la cara de su padre estaba pegajosa.

Chase gruñó, pero se quedó sin palabras.

No había pensado en su padre en mucho tiempo, quizá desde su funeral, así que era extraño que apareciera ahora. Maldijo a Floyd por haber sacado el tema.

"¿Has... *has* perdido alguna vez la fe?", preguntó ella a trompicones. Chase pensó que estaba bien, que sólo serviría para aumentar su

engaño.

Pero la forma en que Paul la miraba sugería lo contrario.

"Nunca".

Chase borró todas las imágenes de su mente.

"¿Cómo te mantienes devoto con tanto caos a nuestro alrededor?".

"Porque lo he visto, Chase. He visto lo que Dios tiene para ofrecer".

Los ojos de Chase se entrecerraron.

"¿Qué has dicho?"

En lugar de responder, Paul empezó a caminar hacia el escenario. Chase se apresuró a alcanzarlo y se quedó a punto de agarrar al piadoso hombre por los hombros.

"¿Qué acabas de decir? Paul, ¿qué has...?"

El hombre giró.

"Chase, ¿por qué no me dices por qué estás aquí realmente?"

Chase intentó mantener viva su estratagema un poco más.

"Estoy aquí porque..."

"-porque quieres saber sobre Madison, ¿verdad? ¿Sobre Madison Bailey, Sky Derringer, Kylie Grant, Victoria Dumoulin y Brooke Pettibone? Porque ese es tu caso, ¿verdad, agente especial del FBI Chase Adams? ¿El caso de la chica suicida?"

Si el objetivo de Paul había sido conmocionarla con este diluvio de información, funcionó.

"¿Cómo...?"

"El Señor me ha imbuido con un conocimiento increíble, Chase. Así es. Si sólo creyeras... bueno, me temo que podría ser demasiado tarde para ti".

Chase se tensó.

"¿Es así como ayudas a toda la gente a la que prestas oídos? ¿Les dices que es demasiado tarde?"

Paul sonrió satisfecho y Chase sintió el impulso de arremeter contra él.

"No todos, Chase. Sólo los que no tienen salvación".

"Pensaba que con tal de que te arrepintieras o alguna gilipollez, Dios te aceptaría de nuevo... Pensaba que nadie estaba más allá de la salvación".

Una sonrisa lasciva adornaba ahora el rostro del hombre.

"¿Es eso lo que te dijo tu padre? ¿Es eso lo que Keith Adams te dijo?"

"¿Qué coño sabes de mi padre?"

Lo único que impidió que Chase estallara fue darse cuenta de que, aunque ella jugaba, Paul Baker inventaba las reglas.

Había subestimado al hombre, probablemente por lo religioso que era.

Chase se prometió a sí misma que no dejaría que eso volviera a

ocurrir.

"¿Qué sé de tu padre? Bueno, sé que perdió la fe, Chase. Eso es lo que sé. Sé que perdió la fe en Nuestro Señor y se puso una pistola en la boca". La cara de Paul casi se partió por la mitad su sonrisa era tan grande, ahora. "Él estaba pensando en ti cuando lo hizo, sabes. En ti y en tu *hermana*".

Esa fue la gota que colmó el vaso.

Chase sabía que la estaban engañando, pero su rabia era insostenible. Extendió la mano con la intención de estrangular al hombre, pero Paul se anticipó y le agarró las manos. Fue un contragolpe extraño e inesperado que tuvo consecuencias desastrosas para Chase.

El contacto piel con piel hizo que su mente diera vueltas y girara, y que los colores de la vidriera se fundieran en un caleidoscopio de sentimientos y emociones.

También había algo más, algo inesperado en la visión.

Algo extrañamente hermoso.

"¿Lo ves, Chase?" La voz de Paul resonó desde algún lugar lejano. "Porque lo he visto. Lo he visto y es real. Pero a diferencia de ti, yo esperaré al éxtasis para volver. Tú, en cambio, lo visitarás mucho antes. O eso ruego".

Si Paul no hubiera hablado, Chase se habría perdido en la visión. Pero se las arregló para enraizarse en la voz del hombre, tan etérea como era, y soltarse.

Se alejó de Paul a trompicones, casi chocando con una de las aparentemente infinitas filas de bancos de madera mientras intentaba desesperadamente alcanzar la puerta.

"¡No necesitas Cerebrum para ver, Chase! Sólo tienes que abrir los ojos!" Paul gritó tras ella.

Chase consiguió salir, pero no llegó a su coche antes de que le invadieran las náuseas. En las escaleras del Santísimo Sacramento, Chase se dobló y vomitó.

Capítulo 59

Todd Bailey se despejó y se calmó cuando se dio cuenta de que Dunbar conducía directamente a la comisaría 62 para ser procesado.

Entre incómodos silencios, Todd repetía en voz baja que lo que le había pasado a Maddie no era culpa suya.

Era chirriante y a Floyd le resultaba casi imposible pensar.

"¿Quieres hacer el favor de callarte?", se quejó al fin.

Dunbar le lanzó una mirada, pero no dijo nada. Las palabras de Floyd, sin embargo, sólo animaron aún más a Todd.

"Yo no... tienes que creerme. Maddie, ella era mi... mi..."

Floyd se volvió para mirar al lloriqueante hombre del asiento trasero y, aunque Todd bajó los ojos, no se calló.

"Nunca haría nada para herir a Maddie".

"No directamente, ¿verdad? Pero le diste Cerebrum, ¿no?"

"No, nunca."

Floyd no estaba dispuesto a rendirse todavía. Había demasiadas preguntas que aún necesitaban respuesta.

"Sin embargo, se lo diste a Randy", insistió. "Le diste Cerebrum a tu hijo".

Todd levantó sus ojos rojos.

"Tuve que hacerlo", se mofó. "No tuve elección".

Aunque una confesión era lo que Floyd pretendía, esto le sorprendió y le quitó las palabras.

"¿Por qué?"

"¿Por qué?" Todd se quedó boquiabierto. "Se estaba muriendo, por eso".

Floyd miró a Dunbar para asegurarse de que el detective le prestaba atención.

"Así que, ¿le diste a tu hijo una droga que sabías que podría hacerle cometer s-s-suicidio?"

"No todos se suicidaron", replicó Todd. "Además, ¿qué es lo que no estás entendiendo aquí? Se estaba *muriendo*. Tumor cerebral inoperable. Ningún tratamiento ayudó. Mi hijo -mi niño- era jodidamente paliativo. Cerebrum mostró buenos resultados en animales, ¿así que cuál era el daño?"

Floyd se quedó mirando al hombre, incrédulo, lo que no hizo sino incitar aún más su ira.

"¡Estaba en una puta silla de ruedas! ¡Apenas podía moverse! ¿Cómo podría Randy suicidarse aunque quisiera?"

"Pero eso no ocurrió, ¿verdad?". Dunbar comentó, con los ojos todavía en la carretera.

"¡Funcionó!" Todd gritó. "*¡El puto cerebro funcionó!*"

Floyd sintió una abrumadora punzada de simpatía por el Sr. Bailey. Aunque no tenía hijos propios, durante la formación había visto casos de padres que hacían cosas increíbles para mantener a salvo a sus hijos.

A veces, sacrificaban su cordura o incluso sus vidas en el proceso.

¿El Sr. Bailey dando a su hijo un medicamento que podría curarle de su tumor cerebral a riesgo de fuertes tendencias suicidas?

Ni siquiera era una decisión tan difícil de tomar.

Ilegal, sin duda, pero moralmente aceptable.

"Pero Madison no estaba enferma, ¿verdad?" Preguntó Floyd.

Este fue un empujón de más.

Todd se golpeó la cabeza contra el respaldo del asiento delantero.

"¡No le he dado nada!", volvió a golpearse la cabeza, esta vez sacudiendo a Floyd.

"Cálmate de una puta vez", advirtió Dunbar.

"¡Entonces deja de decir eso! ¡Yo no le di nada a Maddie!"

"Vale, vale", cedió Floyd. Esto pareció calmar un poco a Todd.

"Admito que le di Cerebrum a Randy, porque *tenía* que hacerlo, pero eso es todo. Perdí todo cuando Cerebrum fracasó y Verdant fue demandado. Mi trabajo, mi esposa, toda mi maldita vida. No iba a perder a mi hijo también".

Floyd se lo pensó.

Consideró las diferencias en las condiciones de vida de Todd y su ex mujer Leslie. El primero vivía solo en un apartamento de mierda mientras que la segunda vivía en una bonita casa con sus hijos.

Niño... antes había niños, ahora sólo está Randy.

Había algo más que era muy diferente en sus casas, pero Floyd no podía precisarlo.

"¿Qué le pasó a su hijo después de tomar Cerebrum?" preguntó Floyd distraídamente.

"¿Qué quieres decir? El tumor retrocedió y, en una semana, estaba fuera de su silla de ruedas. Diablos, se recuperó por completo, era incluso más inteligente que antes. Los médicos lo llamaron milagro, pero no lo fue. Ya no creo en esas tonterías. Fue Cerebrum".

Floyd también interiorizó estos comentarios.

"¿Algún efecto secundario?"

"No era un suicida, si eso es lo que preguntas. Era feliz. Por una vez, Randy era normal".

Floyd no estaba convencido.

"Vale, no era suicida. ¿Pero hubo algún otro efecto secundario?"

Todd pareció pensárselo un momento.

"Se volvió... más listo. No sé cómo explicarlo, pero Randy sabía cosas que no debía. Siempre fue un chico inteligente, pero después de vencer al tumor..."

"Un niño supera un cáncer cerebral y se convierte en genio", susurró Dunbar con la comisura de los labios el carnicero titular.

"No sé si genio, pero parecía -todavía lo es- un chico muy listo".

Floyd se quedó callado mientras seguía tratando de averiguar la molesta diferencia entre las residencias de Leslie y Todd, aparte de lo obvio.

Cerró los ojos y recordó cuando había estado en casa de Leslie. Dunbar había estado hablando, dándole la noticia a la mujer, cuando Randy había llegado al final de la escalera.

Leslie se volvió y le gritó que volviera a su habitación. Cuando Floyd miró hacia arriba, su mirada se posó en las fotografías de la pared.

Se dio cuenta de que *tenía algo que ver con las fotografías*.

"¿Qué pasó con Cerebrum después del juicio?" Dunbar preguntó. "¿Qué pasó con la droga en sí?"

"Incinerado", supongo. No lo sé. El ensayo aún estaba en curso cuando Randy enfermó. Sabía que Cerebrum tardaría años en salir al mercado, y eso sólo si lo hacía bien. Así que... tomé un poco. Ni siquiera estaba seguro de que fuera a usarlo, o si Randy lo necesitaría, pero tomé un poco. Aunque no mucho. Sólo lo que pensé que sería suficiente para ayudarlo".

Dunbar negó con la cabeza.

"Algo no está bien en tu historia, Todd. ¿Cuáles son las probabilidades de que trabajes para Verdant? Quiero decir, ¿estaban investigando tratamientos para tumores cerebrales raros y tu hijo casualmente desarrolló uno?".

Todd se calló.

"¿Todd? Estás mintiendo, ¿verdad?"

El hombre del asiento trasero respiró con dificultad.

"¿Qué es lo que no nos estás diciendo, Todd?"

Todd suspiró y finalmente cedió.

"Joder, vale. Randy ya estaba enfermo, ¿de acuerdo? Eso es lo que querías oír, ¿eh? Yo trabajaba en finanzas -tenía un trabajo estupendo, ganaba mucho dinero- en el momento del diagnóstico de mi hijo y sabía que era malo. Lo supe enseguida, aunque los médicos, los curas y todo el mundo nos decían a Leslie y a mí que fuéramos positivos, que las cosas se arreglarían. Pero todo eso era mentira. Y cuando los tratamientos no hicieron nada para frenar el crecimiento del tumor, empecé a investigar por mi cuenta. Fue entonces cuando conocí a un tipo llamado Paul. Como yo, también trabajaba en finanzas. Él fue quien me habló de Verdant, acerca de su investigación. Acerca de Cerebrum. Dijo que invirtió en ellos al principio y cuando se enteró de Randy, dijo que trataría de meterme en la junta. Pensé que era imposible. Después de todo, no sabía nada de medicina. Pero Paul...

Paul tiene una forma de ser muy especial: movió algunos hilos, no sé cómo, pero lo hizo: me metió en el consejo. Las pruebas ya habían comenzado en ese momento, y de inmediato supe que los resultados no eran buenos. Un suicidio, luego dos... lo iban a retirar. Sin embargo, Paul me dijo que Cerebrum seguía siendo prometedor, que para algunas personas, un grupo específico de personas, podía hacer maravillas." Todd frunció los labios. "Tenía que hacerlo, tenía que robarlo. Tuve que hacer todo lo posible para salvar a Randy. Tú harías lo mismo".

Salva a Randy...

Por alguna razón, probablemente basada en su reciente confesión con el padre David, estas palabras parecían casi de naturaleza religiosa.

Y fue entonces cuando Floyd se dio cuenta. Fueron los objetos religiosos en la casa de Leslie y la falta de ellos en la de Todd. Era la cruz que colgaba del cuello de Maddie en las fotos y que, por lo que él sabía, nunca se encontró en el desorden dejado por el tren subterráneo.

"No tengo *hijos*", empezó a decir Dunbar, pero Floyd le interrumpió.

"¿Eres un hombre religioso, Todd?"

¿"Un hombre religioso"? *Ha*. Hace mucho tiempo. ¿Pero cómo podría serlo después de lo que le pasó a Randy? ¿Qué clase de Dios le daría a un chico un cáncer cerebral inoperable?"

"¿Y su hijo? ¿Es Randy religioso?"

La ira brilló tras los ojos de Todd.

"Sí, pero culpo de eso a su madre más que a Cerebrum. Esa es una de las razones por las que me dejó. Perdí a Dios cuando Randy enfermó, y ella se enamoró más de ese bastardo".

...culpar a su madre más que a Cerebrum...

Fue una curiosa elección de palabras, y no pasaron por delante de Floyd sin que éste se diera cuenta.

"¿Cambió su actitud hacia Dios después de tomar Cerebrum?"

"Fue Leslie..."

"Sí, lo entiendo, pero después de Cerebrum, ¿Randy se volvió más r-r-religioso?"

Todd se mordió el labio inferior antes de contestar como si estuviera recordando algo traumático.

"Después de su primera dosis, los ojos de Randy se pusieron en blanco y pensé que estaba teniendo un ataque. Leslie se asustó y me dijo que llamara a emergencias. Le dije que esperara, sabiendo que si venía la policía me preguntarían qué había tomado Randy. Ese habría sido mi fin. Habrían confiscado Cerebrum, me habrían metido en la cárcel y mi hijo habría muerto. Después de un minuto más o menos, pensó, el ataque o lo que fuera pareció pasar. Entonces los ojos de

Randy se pusieron en blanco y susurró: "Lo vi, papá, vi a Dios. Vi a Dios y el Cielo y un día estaré allí con Él'. Cuando le dije que aquello no era real, que sólo era una alucinación, Leslie me echó. No he vuelto desde entonces. No había visto a Maddie en casi un año. Y ahora se ha ido".

Todd siguió hablando pero Floyd dejó de escuchar. Se quedó boquiabierto al recordar el mensaje de texto que Sky había enviado a sus amigas.

Lo he visto, es real, todo es real.

En ese instante, Floyd supo lo que habían visto las chicas y por qué habían saltado delante del tren.

Capítulo 60

Chase se apresuró a volver a su coche, escupiendo bilis en los escalones de la iglesia mientras avanzaba.

Se dejó caer al volante y cerró los ojos.

Mala idea.

La extraña visión regresó y sus ojos se abrieron de golpe.

¿Qué coño ha sido eso?

Y luego repitió la pregunta en voz alta.

Se sentía como cuando tocaba a una víctima y veía a través de sus ojos, sólo que era diferente. Aquellas veces, lo que veía era real o, al menos, parecía real. Pero *aquello*... fuera lo que fuera... era demasiado Elíseo para ser otra cosa que una fantasía.

Su teléfono sonó y Chase contestó con dedos temblorosos.

"Floyd", jadeó. "Necesito..."

"¿Sra. Adams?"

No era Floyd.

Era otra persona, alguien que me resultaba vagamente familiar.

"¿Quién es?", espetó. Los efectos de la visión seguían afectándola, pero se desvanecían a cada momento.

"Es el Sr. Hendrix. ¿El director Derrick Hendrix de San Ignacio?"

Chase cerró los ojos y aspiró profundamente, exhalando por la boca un largo chorro.

"¿Sra. Adams? ¿Es un mal momento?"

¿Mal momento? No podría ser peor. Es como si me acabara de despertar después de haberme dado un atracón de heroína durante una semana y me diera cuenta de que se me ha acabado la reserva.

"No, está bien", mintió Chase.

"Bueno, siento interrumpirle o molestarle, pero me he encontrado con algo que creo que debería ver". La voz del hombre era tensa, y Chase inmediatamente se levantó en su asiento.

"¿Otro suicidio? ¿Hubo otro suicidio?"

"No", respondió el Sr. Hendrix. "No, gracias a Dios, no."

Chase flexionó los dedos, intentando que desaparecieran el temblor y el hormigueo.

"¿Qué pasa entonces?", preguntó más enfadada de lo que pretendía.

"Como dije, encontré algo que quizás quieras ver".

"Entendido." Chase puso el coche en marcha y se alejó del Santísimo Sacramento. No volvió la vista a la iglesia por miedo a ver a Paul de pie en la puerta con esa horrible sonrisa en la cara. "¿Qué pasa?"

"Deberías ver esto en persona. ¿Puedes venir a la escuela?"

Chase suspiró pesadamente.

"No, no puedo entrar. Sólo envía lo que tengas a mi teléfono".

"No estoy seguro de si la privacidad de los estudiantes permite..."

"¿De verdad? ¿Le preocupa la privacidad de los estudiantes? Sr. Hendrix, sus malditos estudiantes se subieron a un tren y se suicidaron. Otro se cortó las venas tumbado en la cama. Uno de sus profesores se voló la puta cabeza en mitad del día. Si tienes algo que crees que puede ayudar, envíamelo a mi maldito teléfono. Si no, vete a la mierda".

Chase colgó y golpeó el volante con la mano libre.

Unos segundos después, su teléfono volvió a sonar, esta vez con un mensaje y no con una llamada. Lo abrió y se sorprendió de que el Sr. Hendrix hubiera hecho lo que le había pedido y le hubiera enviado un vídeo.

Mientras seguía conduciendo, Chase apoyó el teléfono en el volante y pulsó play.

Era un vídeo corto, de unos 15 segundos, y granulado. Parecía una grabación de una cámara de seguridad tomada en el exterior de San Ignacio.

Chase lo jugó una vez, pero tuvo que levantar la vista a mitad de camino para evitar que un coche que venía en dirección contraria le tocara el claxon. Luego lo repitió una segunda vez.

"¡Mentiroso!", gritó mientras pisaba el acelerador. "¡Pequeña mierda, me mentiste!"

Aunque le había dicho al Sr. Hendrix que no tenía tiempo para ir a la escuela, parecía que iba a tener que hacer tiempo para otro trozo de pizza.

***

Chase no se molestó en disfrazarse ni en ser sutil en su segunda incursión en Pete's Pizza. Entró por la puerta principal, empujando a un puñado de estudiantes uniformados.

"Te dije que era la mejor pizza de la ciudad", dijo Pete, que seguía luciendo el mismo delantal sucio, cuando ella se acercó al mostrador.

Chase no le hizo caso, atravesó la sección reservada a los empleados e irrumpió por la puerta trasera.

"¡Oye, no puedes volver ahí!" Pete gritó.

Chase vio a Jimmy al instante. Estaba en el mismo sitio que ayer, con una pipa entre los labios.

Él también la vio.

"Oh, joder", dijo, el vape cayendo y estrellándose contra el suelo.

Jimmy se dio la vuelta para echar a correr, pero Chase lo agarró por detrás del pelo y tiró de él. Chilló y sus amigos salieron corriendo como las ratas que eran.

Muy leales, tus amigos, pensó mientras hacía girar a Jimmy, cambiando el agarre de su pelo por el cuello de su camisa.

"Me has mentido", siseó Chase. Lo acercó tanto que pudo oler la hierba en su aliento. "Me has mentido, joder".

"No sé de qué estás hablando", dijo el chico aterrorizado. "Te lo he contado todo. No he mentido".

Los ojos de Jimmy empezaron a desorbitarse y Chase le retorció el cuello con más fuerza. El enrojecimiento de la garganta del chico empezó a extenderse a la barbilla y luego a las mejillas.

"Mentiste", siseó Chase.

"¡No, no lo hice! Te lo he contado todo".

"Te vi hablando con Vic Horace", dijo entre dientes apretados.

Jimmy empezó a mirar hacia abajo, pero Chase le obligó a enderezar la mirada.

"¿Qué le dijiste a Vic?"

"YO-YO-"

El collar retorcido le constreñía la respiración, pero el agarre de Chase no era tan fuerte como para impedirle hablar. Jimmy lo utilizaba como excusa para evitar contestar, pero Chase vio en sus ojos que sabía exactamente de qué estaba hablando.

"Esto va a ir muy, *muy* mal para ti, Jimmy. Te preocupa que te expulsen, pero lo que va a pasar es..."

"El Sr. Horace me preguntó por las chicas... vino después... ya sabe... y me preguntó qué estaban tomando Madison y su equipo. Igual que usted, señora. Joder, incluso me dijo lo mismo... que no me expulsarían ni nada".

"¿Qué le dijiste?"

Los ojos de Jimmy se abrieron de par en par.

"¡Lo mismo que te dije! Madison necesitaba algo que la ayudara a salir adelante; algo sobre un examen o... no sé. Su madre la presionaba, su hermano era un genio o lo que fuera. Joder, su madre es un poco psicópata".

"Concéntrate".

"Vale, pero eso es lo que le dije a Vic, porque es todo lo que sé".

"¿De dónde lo sacó, Jimmy? ¿De dónde sacó Madison Cerebrum?"

Jimmy balbuceó cuando Chase pronunció la palabra Cerebrum.

"¿Cómo...?"

"¿De dónde lo sacó? ¿Fuiste tú? ¿Estás traficando con Cerebrum?"

Jimmy intentó dar un paso atrás, pero tropezó. Empezó a caer, pero Chase luchó para que se pusiera en pie.

La cara del chico estaba casi morada.

"No", jadeó. "No voy a traficar con nada. Ni siquiera tocaré esas cosas".

"Si no fuiste tú, ¿entonces quién fue? ¿Alguien más de la escuela?

¿Otro traficante?"

Los ojos de Jimmy le delataron.

"Jimmy, juro por Dios que si no me dices quién..."

"Ella lo hizo, la perra. Ella se lo dio a Madison."

Chase frunció el ceño.

"¿La zorra? ¿Quién es la zorra?"

"Su madre... la madre de Madison es la que le dio el Cerebrum".

Capítulo 61

Todo este tiempo habían hecho las preguntas equivocadas.

Chase le había preguntado a Floyd qué podía ser tan malo como para que Maddie y sus amigas se suicidaran por ello. Floyd se había hecho una pregunta parecida una docena de veces de mil maneras diferentes.

Pero los suicidios de las chicas no tenían nada que ver con un mal viaje. Y no se trataba de que intentaran escapar de algo.

Todo lo contrario.

Se habían matado para *llegar a* algo.

Y la pista había estado delante de sus narices todo el tiempo.

Lo he visto, es real, todo es real.

Leroy incluso les había contado lo sucedido, aunque él no lo sabía y ninguno de ellos se había dado cuenta en ese momento.

Ayahuasca... se llama la molécula de dios.

Madison y sus amigos habían visto a Dios o al Cielo, o a ambos. Floyd sólo podía imaginar lo que eso debía de suponer. Aunque nunca había probado ninguna droga más fuerte que el café o el alcohol, Leroy había descrito bastante bien los efectos de esos alucinógenos. Si lo que las chicas habían visto era indistinguible de la realidad, entonces lo que habían hecho, por morboso y retorcido que fuera, tenía algún sentido.

Floyd era creyente y, aunque no era alguien que asistiera regularmente a la iglesia, los rumores sobre el esplendor del Cielo eran omnipresentes. Si creías, si creías *de verdad* que el Cielo era real y te proporcionaba todo lo que quisieras, ¿qué hacía este terrestre...?

"¿Floyd? Tierra a Floyd".

-¿Qué puede ofrecer la Tierra?

Dunbar le golpeó en el brazo.

"¿Floyd? ¿Qué está pasando?"

Floyd ignoró al detective y se volvió hacia el asiento trasero una vez más.

"Dijiste que Cerebrum hacía que Randy supiera cosas que no debía... ¿esto se detuvo?"

Todd parecía perplejo y Floyd aclaró.

"Lo que quiero decir es, digamos que Cerebrum abrió su mente..."

"¿Abrir su mente?"

"Floyd, ¿de qué estás hablando?" Dunbar ladró.

"Espera-Todd, ¿pasaron los efectos del Cerebrum? Cuando dejó de tomarlo, ¿volvió a parecer... no sé... normal? ¿O sigue siendo extremadamente brillante?"

"Siempre ha sido un chico listo", comentó Todd. "Sigue siendo *muy*

listo".

No era una respuesta concreta, pero era suficiente.

Floyd no era un experto, ni mucho menos, pero pensó que había dado con algo. O bien el viaje de Cerebrum tenía efectos duraderos, como lo que Leroy había dicho de su amigo que había permanecido deprimido durante casi un año, o bien el anticuerpo que lo acompañaba estaba haciendo algo permanente en el cerebro de la gente. Por eso no importaba cuándo Madison y sus amigos tomaran las drogas. Además, ya habían visto el Cielo y no era algo que se pudiera dejar de ver chasqueando los dedos.

Con este nuevo conocimiento, el críptico mensaje de texto de Sky Derringer cobraba todo su sentido. Ella era la inteligente, después de todo, la más racional de la tripulación de Madison.

Todas las piezas estaban encajando en su sitio y todo sucedía tan deprisa que a Floyd le costaba seguir el ritmo.

Las chicas del metro habían tomado Cerebrum y *lo habían visto*. Luego, para asegurarse de que no se habían vuelto todas locas, habían esperado a que Sky lo probara.

Y había confirmado lo que ya sabían.

Lo he visto, es real, todo es real.

Ese fue el último empujón que necesitaban.

"¿Por qué no lo hacen todos, entonces?" susurró Floyd.

"¿Qué?"

Floyd no estaba seguro de quién había hecho la pregunta, si Todd o Dunbar. No importaba. Estaba demasiado absorto en sus propios pensamientos como para responder.

En el ensayo clínico, nueve personas se habían suicidado.

Y lo que es más importante, tres no lo habían hecho.

¿Por qué?

De repente me vino a la mente otra cosa que también había dicho Leroy.

Una cosa es segura, si tomas suficiente de cualquiera de estas drogas algo va a pasar. Eso es un hecho.

Basándose en esto, Floyd asumió que todos los participantes en el ensayo veían a Dios, lo que significaba que había otros factores en juego.

¿Podría ser el género?

Poco probable.

Vic era un hombre y Madison y sus amigas eran todas mujeres. La edad también quedaba descartada por los mismos criterios.

Entonces, ¿qué?

Dunbar hizo un giro bastante agresivo y Floyd miró por la ventanilla. Estaban llegando a la comisaría 62, pero eso no fue lo que le hizo desencajar la mandíbula.

Se trataba de la señal de la calle o, más concretamente, de las dos señales de la calle que se cruzaban y el poste sobre el que ambas se apoyaban.

La sombra que hacía formaba una cruz casi perfecta.

¡Ya está!

Randy creía, pero su hermana no.

El padre David incluso lo había insinuado.

Madison solía visitarme hace tiempo, cuando era estudiante de primer y segundo año, pero últimamente no tanto.

También había expresado un sentimiento similar sobre los amigos de Madison.

No he hablado con ninguna de las chicas en mucho tiempo.

Floyd no era un experto en cristianismo ni en catolicismo, pero todo el mundo sabía que el suicidio era un pecado mortal. Era uno de los pocos pecados que, si se cometía, te garantizaba *no* entrar en el Cielo.

Por alguna razón, Floyd pensó entonces en Chase, en lo mucho que la mujer detestaba la religión.

Sobre cómo su padre había sido creyente hasta el momento en que se quitó la vida. ¿Había perdido la fe? ¿Es por eso que Keith Adams se suicidó?

Chase ya se automedicaba mucho cuando el hombre había muerto, pero era posible que este suceso hubiera influido en su opinión sobre la religión y alimentado su adicción.

Adicción.

La palabra destelló en la mente de Floyd como un faro en la noche.

"Querían volver", susurró. "Querían volver al Cielo".

"¿Floyd? ¿Qué has dicho?"

Eso fue todo.

Es como estar inmerso en el sueño más vívido... o en una pesadilla. Puedes oler cosas, ver cosas, sentir y oír cosas. Tocar cosas. Es indistinguible de la realidad. Más real, quizá, por el hecho de que puede hiperactivar todos tus sentidos a la vez.

Leroy lo había dicho, y ahora tenía sentido.

O Madison y sus amigos ya no podían conseguir Cerebrum, o simplemente querían una versión más permanente de su experiencia.

En cierto modo, eran adictos. Al igual que Chase se había enganchado a la heroína, estaban enamorados de las sensaciones que experimentaban tras consumir su droga preferida: Cerebrum.

Y sin creencias religiosas que les retuvieran, sonreirían sabiendo que estaban a punto de entrar en un lugar mejor tras quitarse la vida.

O eso creían.

La realidad de las chicas había sido permanentemente alterada por Cerebrum. Y eso lo convertía quizá en el compuesto más mortífero de

la Tierra.
O más allá.
De repente, Floyd se atragantó con su propia saliva.
"Floyd, ¿qué demonios está pasando? ¿Tienes un ataque o algo?" Dunbar preguntó mientras entraba en el aparcamiento de la comisaría.
El hecho de que aún pudiera haber Cerebrum ahí fuera era aterrador.
Seis personas ya se habían suicidado por ello, sin contar a los implicados en el juicio.
Si Cerebrum llegaba de algún modo a la corriente dominante, no había límite para el número de personas que podrían sucumbir a él y a sus promesas.
Floyd tenía que encontrar el resto de la droga.
Se apresuró a coger el expediente del caso que tenía a sus pies y se puso a hojearlo. Dunbar fue el que había sugerido imprimir las fotos que habían tomado de Verdant y añadirlas al archivo, y Floyd estaba ahora agradecido. Inmediatamente comenzó a buscar en los datos del ensayo clínico Cerebrum la información que necesitaba.
"Floyd, voy a llevar a Todd para que lo procesen. Si sientes la necesidad de..."
"Deja las llaves", dijo Floyd sin levantar la vista.
"¿Qué?"
"Lleva a Todd adentro, pero deja las llaves".
No era una petición, sino una exigencia.
Dunbar debió de quedarse atónito porque dejó el coche en marcha mientras arengaba a Todd desde el asiento trasero.
"Su compañero dijo que ustedes no harían esto", suplicó el hombre mientras se lo llevaban a rastras. "¡Dijo que me dejaría en paz!".
Floyd ignoró a Todd y siguió buscando en la hoja de datos del ensayo clínico.
Y entonces lo encontró.
En la parte inferior, había una línea para la eliminación de drogas. Había un nombre y una dirección.
Floyd tiró la carpeta al suelo y trepó por la mampara central hasta el asiento del conductor.
Luego salió del aparcamiento, rociando a un Dunbar confuso y a un Todd desesperado con una lluvia de tierra suelta y guijarros.

Capítulo 62

"¡Leslie! ¡Leslie Carson, abre la puerta!" Chase gritó mientras golpeaba la puerta con el puño. "¡FBI! ¡Abre la puta puerta!"

Oyó movimientos en el interior e instintivamente se llevó una mano a la pistola que llevaba en la funda.

"¡Leslie! FBI, abre."

Chase oyó que alguien se acercaba a la puerta desde el otro lado y se planteó por un momento derribarla a patadas. Pero era sólida y si intentaba derribarla probablemente se rompería un pie o se torcería un tobillo.

Esto requería tacto.

"Te escucho, Leslie", dijo Chase, bajando la voz. "Yo también soy madre. Sé por lo que estás pasando. Tengo información sobre tu hija, sobre Madison. Por favor, abre la puerta para que podamos charlar".

Chase escuchó con atención y oyó lo que le pareció una respiración procedente del otro lado.

"Por favor".

La voz que respondió no era la de Leslie Madison.

Ni siquiera pertenecía a un adulto.

"Mi madre no está en casa", dijo Randy Bailey. "Y se supone que no debo abrir la puerta cuando ella no está en casa".

Chase miró hacia el cielo.

"¿Dónde se fue, Randy? ¿Dónde fue tu madre?"

"Ni siquiera debo hablar con nadie cuando ella no está en casa".

"Estoy con el FBI, Randy. Es como la policía. Yo sólo..."

"Sé lo que es el FBI. ¿Tienes una placa?"

Por el amor de Dios.

Chase pensó en mentir, pero dijo: "No lo llevo encima".

"Entonces, ¿cómo voy a saber si eres un verdadero agente federal?"

¿Qué demonios es esto? ¿La Inquisición española?

"No tienes que dejarme entrar, sólo quiero saber..."

"¿Quién es el Director del FBI?" Preguntó Randy.

Los ojos de Chase se entrecerraron.

¿Cómo demonios iba a saberlo?

"Hampton". Chase dudó. Quería decir el nombre de pila del hombre, pero por su vida no podía recordarlo. "Director Hampton."

"¿Desde dónde trabaja?"

"Quantico. Estuve allí..."

"¿Quién fue tu primer compañero?"

"Randy..."

"¿Quién fue tu primer compañero?"

Parecía una pregunta capciosa, pero Chase respondió con el primer

nombre que le vino a la mente.

"Chris Martinez, supongo. Aunque es complicado".

"¿Y su pareja actual?"

"Agente Floyd Montgomery."

Randy hizo una pausa y Chase supuso que se había tirado un farol. Pero el chico volvió a sorprenderla.

"¿Chase Adams?"

Chase estaba tan estupefacta que se limitó a balbucear una respuesta.

"¿Agente Especial Chase Adams?" Randy repitió.

Se aclaró la garganta.

Debe estar jugando, pensó Chase. *O quizá Floyd o Dunbar dijeron mi nombre y me estaba poniendo a prueba. ¿De qué otra forma sabría Randy quién soy? ¿Teléfono celular, tal vez?*

El chico parecía joven para estar en Instagram, pero si se hubiera topado con la foto que Annie había publicado...

"Sí, ese soy yo, Chase. Ahora, por favor, Randy, ¿a dónde fue tu mamá?"

Otra pausa, esta vez más corta que la primera.

"Se fue hace media hora con su hermano, con el tío David".

Mierda.

Chase se mordió el labio.

¿Tío David? ¿Quién es el tío David?

"¿Te dijo adónde iba? ¿Cuánto tardaría?"

"No, no me lo ha dicho", dijo Randy, casi desolado. "Mamá dijo que podría volver para la cena, pero si no, dejó algunos bocadillos fuera. A las cuatro suele..."

"Maldita sea."

"No deberías decir eso", reprendió Randy. "El tío David dice que nunca debes usar el nombre del Señor en vano".

Tío David... si puedo localizarlo, encontraré a Leslie.

"¿Qué hace el tío David? ¿Cuál es su trabajo?" preguntó Chase.

"Es cura", responde Randy con naturalidad. "Yo le llamo tío David, pero todos los demás le llaman padre".

Capítulo 63

Cuando Floyd llegó a *MediSafe*, tuvo que volver a comprobar la dirección.

Después, compruébalo tres veces.

Porque ya no era *MediSafe*. Era *Wilde Disposal*.

Floyd reconoció inmediatamente el nombre y supuso que se trataba de una filial de *Wilde Clean-up*.

Mientras enseñaba su placa al hombre de la puerta principal, Floyd no pudo evitar pensar que el propietario, Tommy Wilde, parecía estar metido en muchos asuntos.

Y estos no eran de los recién horneados. Eran viejos y estaban empezando a estropearse.

El guardia de seguridad informó a Floyd de que la información relativa al material incinerado podría estar guardada en una lista maestra junto al muelle de carga.

Floyd dio las gracias al hombre y se dirigió a la parte trasera del almacén. Allí vio cuatro muelles de atraque, que le recordaron a lo que uno podría ver detrás de un Walmart rural.

Sentado en el borde de la última bahía, había un hombre grueso con delantal fumando un cigarrillo. Floyd aparcó delante de él y salió de su coche.

"¿Puedo ayudarle?", preguntó el hombre mientras exhalaba un chorro de humo por ambas fosas nasales.

Floyd tanteó su placa mientras se acercaba y casi se le cae antes de poder mostrarla.

"F-Floyd Montgomery, FBI", dijo, encogiéndose por su tartamudeo.

Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro del hombre mientras daba otra calada.

"¿Qué puedo hacer por usted, F-Floyd Montgomery, FBI?"

Floyd curvó el labio superior mientras se acercaba al hombre.

"Me pregunto si lleváis un registro de todo lo que se ha in-incinerado".

"Sí, claro, es la ley". Pasó un pulgar por encima de su hombro. "Registrado allí mismo en el portapapeles."

"¿Todo está ahí?"

El hombre se rascó la barba pelirroja.

"No, sólo cosas recientes".

"¿Y si quisiera ver registros de algo más antiguo? Digamos, ¿algo de hace dos o tres años?".

Sólo ahora se molestó en levantarse. Dio una última calada y tiró el cigarrillo al suelo, a los pies de Floyd.

"Si quisiera ver *algo*, viejo o nuevo, la forma de hacerlo sería

mostrándome una orden. ¿Tienes una orden?"

Floyd sintió que le subía la temperatura y de repente comprendió por qué Chase era como era.

Al menos en parte.

El gordo del pelo naranja estaba en su derecho de pedir una orden judicial, pero dado lo que estaba en juego, esto no sólo parecía trivial, sino francamente obstructivo.

Floyd no tuvo tiempo de conseguir una orden. Tampoco tenía tiempo para discutir con este hombre.

Tenía que encontrar el Cerebrum restante antes de que más niños le pusieran las manos encima.

Normalmente, en situaciones como ésta, se remitiría a Chase, pero ella ya había rechazado sus llamadas. Dunbar era otra opción, pero este era *su* caso.

Nadie creía que Floyd fuera capaz de hacer las cosas por sí mismo, ni siquiera él mismo.

Pero eso había sido antes.

Antes le había hecho a Todd las preguntas *correctas,* mientras Dunbar y Chase seguían exigiendo respuestas a las incorrectas.

Era él, y sólo él.

Este es tu caso, Floyd. Este es tu caso.

"¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?" espetó Floyd.

Al hombre le sorprendió el repentino cambio de tono y su postura se volvió defensiva.

"Llevo aquí muchos años. Estaba aquí cuando aún era *MediSafe, antes de que* Tommy se hiciera cargo".

"Conozco a Tommy", dijo Floyd, su tono seguía siendo severo. "Mi compañero habló con él el otro día".

El ordenanza se encogió de hombros.

"¿Y?"

"Entonces, ¿quieres que lo llame? Porque estoy segura de que si se lo pidiera, él..."

"Adelante".

Floyd frunció el ceño. Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba. Chase siempre hacía que el engaño pareciera tan fácil.

"¿Sabes qué? Tengo otra idea. ¿Por qué no te digo lo que busco y tú decides si quieres ayudarme?".

"No diré nada sin una orden".

A pesar de las palabras del hombre, la clave, Floyd lo sabía, era encontrar su punto débil, su debilidad, y explotarlo.

"Escúchame. Quiero saber sobre un fármaco que se utilizó en un ensayo clínico hace un par de años". Las cejas anaranjadas del hombre se crisparon cuando Floyd dijo la palabra "fármaco". "Sólo quiero saber qué pasó con él, eso es todo. Si fue incinerado o no".

"Orden".
"¿En serio?"
"De verdad".
"Voy a aventurarme a decir que estabas trabajando aquí, en este mismo lugar, cuando Cerebrum fue entregado para su eliminación".
No hay respuesta.
"Lo tomaré como un sí". Floyd recordó su reunión con Tommy Wilde y lo que Dunbar había dicho sobre el hombre y su acuerdo con el fiscal. "¿Qué crees que diría Tommy si lo llamara y le dijera que drogas que se suponía que debían ser destruidas llegaron a manos del público. Drogas que ya costaron la vida a seis personas. Diablos, ¿qué pensaría el *fiscal de* eso?"
Eso era, esa era la debilidad del hombre. Floyd podía verlo en sus ojos.
"Necesito saber qué pasó con esas drogas, con Cerebrum".
Como el hombre seguía sin contestar, Floyd sacó el móvil, con la firme intención de llamar a Tommy esta vez.
No tuvo que hacerlo.
"Digamos... hagamos algunas hipótesis, ¿de acuerdo?"
"Claro", respondió Floyd.
"Cerebro", ¿eh? Bueno, digamos que durante la transición de *MediSafe* a *Wilde Disposal*, algunos artículos que estaban destinados a ser quemados se mezclaron. Olvidado, tal vez. "
"Continúa".
"Sí, sería raro, pero *podría* ocurrir". El hombre hizo una pausa para encender otro cigarrillo. "Lo que también podría pasar, es que las pastillas se pesaran en una estación y luego, después de la transición, no se volvieran a pesar, ¿me entiendes? Algunas se cayeron, o lo que sea".
Aunque había corrido a *Wilde Disposal*, Floyd esperaba que todo el Cerebrum se hubiera agotado o destruido.
Ahora que no parecía ser el caso, su desesperación aumentó.
"Necesito un nombre".
El celador negó con la cabeza.
"No sé ningún nombre. Esta situación hipotética no tiene nombres. Pero digamos que alguien vino a ti, te dijo que necesitaba algunos medicamentos. Dijo que su hijo estaba enfermo. Dijo que era su única oportunidad".
"¿Todd Bailey?" Floyd soltó.
"¿Quién?"
No había reconocimiento en el rostro del hombre.
"Dijiste que el hijo de alguien..." Floyd dejó escapar la frase.
Tenía que ser Todd. No había nadie más.
"Sí, el hijo de alguien". El hombre miró fijamente a Floyd mientras

repetía la afirmación.

El hijo de alguien... no Todd Bailey. Pero su hijo, sin duda.

Floyd se apresuró a volver a su coche y subió.

"Eh, esto es sólo hipotético", le gritó el hombre. "¡Hipotético! No he regalado ningún fármaco de ensayo clínico".

Mientras subía a su coche, Floyd se acordó de un viejo acertijo sobre prejuicios de género. Un hombre y su hijo tienen un accidente de coche y el padre muere. Llevan al hijo al hospital, pero el médico dice: "No puedo tratar a este niño. Es mi hijo. ¿Cómo es posible?

Floyd se alejó de *Wilde Disposal* con una sonrisa en la cara.

Randy Bailey tenía dos padres: Todd Bailey y Leslie Carson.

Quizá pueda hacerlo, pensó. *Quizá pueda hacerlo yo solo.*

Capítulo 64

"¿Por qué no me dijiste que el padre David era el tío de Madison Bailey?" Chase gritó al teléfono. "¿Por qué coño no me lo dijiste?"

"¿Qu-qué?" El Sr. Hendrix jadeó. "Yo... yo no... ¿Él es *qué*?"

Chase no había considerado la posibilidad de que el Sr. Hendrix ignorara este hecho.

"El cura de tu colegio es el tío de Madison", reiteró. "¿Cómo puedes no saberlo?"

"No lo sabía. ¿Estás seguro?"

Chase rechinó los dientes.

"Sí, estoy seguro. ¿No investigas a tus empleados? ¡Jesucristo!"

"Él estaba aquí antes que yo. No puedo creerlo. Todo este tiempo, él nunca..."

"¿Dónde está ahora?" ladró Chase, cortando al director. "¿Está el padre David en la escuela?"

"No, no está aquí. Se fue temprano. ¿Está bien?"

No, no está bien.

Chase, que conducía hacia la escuela a gran velocidad, aminoró la marcha.

"¿Adónde iba?"

"No lo dije. Sra. Adams, ¿qué pasa?"

Chase ignoró la pregunta.

"¿Adónde iría? ¿A su casa? ¿Dónde vive? Y si me dices alguna de esas tonterías sobre la confidencialidad, yo..."

"No, no está en casa. Probablemente se dirija a su iglesia".

"¿Cómo se llama la iglesia?"

"Santísimo Sacramento. En el oeste cuarenta y tres."

Ahora era el turno de Chase de sorprenderse.

"*¿Qué?"*

"La parroquia del padre David es el Santísimo Sacramento en la 43 oeste. ¿Está bien, o...?"

Chase colgó el teléfono, esta vez no con rabia, sino con incredulidad.

Era la misma iglesia en la que había conocido a Paul Baker.

Las coincidencias no existen, Chase, le recordó Stitts.

"Cállate la boca."

Chase giró en U y pisó a fondo el acelerador.

Tenía sentido, de una manera retorcida. Paul Baker, el Padre David, y Leslie Carson, todos trabajando juntos. Todos locos religiosos intentando... ¿qué? ¿Convertir a la gente? ¿Matar a todos los no creyentes?

Chase no estaba segura de esa parte, pero mientras chirriaba hasta

detenerse frente al Santísimo Sacramento, estaba segura de que iba a averiguarlo.

Chase empezó a salir del coche, pero vio su vómito en los escalones de la iglesia, aún húmedo a pesar del sol que le daba de lleno, y se detuvo. Había subestimado a Paul Baker una vez y no iba a volver a hacerlo.

En lugar de ir desprevenida, abrió la guantera y metió la mano dentro. Chase se sentía ridícula poniéndose guantes de cuero con una camiseta, pero no quería arriesgarse a que el cabrón de Paul volviera a tocarla.

Se habría puesto un traje de nieve si hubiera habido alguno disponible.

Al salir del coche y subir los escalones, Chase desenfundó su arma. Era peligroso cazar a Leslie Carson por su cuenta, pero no porque la mujer hubiera demostrado ser capaz de algunos actos terribles, que incluían, muy probablemente, ser responsable de la muerte de su hija.

Sino porque la propia Chase era capaz de cosas peores.

"¡Leslie! ¡Leslie Carson!" Chase gritó mientras ponía una mano en la puerta. "Soy Chase del FBI. ¿Estás ahí?"

No hubo respuesta, pero Chase no la esperaba.

Abrió la puerta con cautela, metió la cabeza dentro y se echó hacia atrás.

La luz a través de las vidrieras era ahora diferente, menos intensa, lo que dificultaba la visión en el interior de la iglesia.

¿"Leslie"? ¿Padre David? ¿Paul?"

Aún no hay respuesta.

A la mierda, pensó. Voy *a entrar.*

Chase lo hizo: empujó la puerta y entró en el Santísimo Sacramento. Lo primero que hizo una vez dentro fue despejar las esquinas. Paul Baker había aparecido aparentemente de la nada la última vez que estuvo aquí y Chase no quería que la sorprendieran de nuevo.

Pero ahora no estaba aquí. Vio la puerta por la que debía de haber salido y la abrió de un empujón. Chase se asomó al interior, utilizando la misma técnica de mirada y retroceso que con la puerta principal de la iglesia, pero no había nadie.

"¿Leslie?" Chase se dirigió hacia la nave.

Dos mujeres estaban arrodilladas delante del banco más cercano al escenario.

Lo primero que pensó Chase fue que una de ellas era Leslie, pero a medida que se acercaba se dio cuenta de que no podía ser así.

Ambos eran mucho mayores que Leslie Carson.

"¿Hola?"

Por fin, una de las mujeres se volvió. No era sólo vieja, sino

anciana, con papada pesada y expresión severa. La mujer se fijó en Chase y en su pistola, pero no reaccionó. Se limitó a juntar las manos, volver la mirada al frente y rezar.

Chase se encogió de hombros y continuó hacia delante, con los ojos desviándose lentamente hacia arriba.

El desván era el único lugar que quedaba para mirar.

Chase cruzó el escenario hasta otra puerta, ésta marcada con un cartel de plástico que decía "PRIVADA".

Estaba a punto de coger el picaporte, medio esperando que estuviera cerrado, cuando la puerta pareció abrirse por sí sola.

¿Qué coño?

Dentro de la puerta había una escalera de caracol que conducía al desván.

¿"Leslie"? ¿Padre David? ¿Paul?"

La única respuesta fue el eco de su propia voz.

Una regla cardinal de las casas de compensación, o iglesias, era no entrar nunca en un espacio con una sola salida.

Sobre todo si está solo.

"¡Sé que estás ahí arriba!"

Deberías esperar una copia de seguridad.

"Cállate, Stitts", volvió a gruñir Chase.

Los refuerzos no vienen.

Chase entró en la escalera y, guiándose con la pistola, inició un lento ascenso.

"¿Leslie?"

Chase llegó al desván y se quedó helada. Pensó que estaba mentalmente preparada para cualquier cosa, pero no era el caso.

Leslie Carson estaba aquí. Estaba de pie sobre una silla de plástico frente a la vidriera, bloqueando parcialmente la luz que entraba, lo que explicaba por qué la iglesia estaba tan en penumbra.

Tenía los ojos muy abiertos y vidriosos y una expresión de cera en el rostro.

Chase quería decir algo, sabía que *debía* decir algo, pero se quedó paralizada mientras asimilaba toda la escena.

La mujer se esforzaba por pasarse un lazo de cuerda por la cabeza, cuyo otro extremo colgaba de unas vigas en lo alto.

Leslie la miraba fijamente pero no parecía ver nada.

"Agáchate", le ordenó Chase después de encontrar su voz. Empezó a levantar el arma y luego se detuvo, dándose cuenta de que esa acción no tenía sentido. "Leslie, bájate de la silla".

La mujer siguió mirando fijamente a Chase, sin pestañear, mientras expandía el lazo.

"Leslie, para..."

"Es real", dijo la mujer en un tono inquietante y aireado. "Todo es

real. Puedo *verlo*".

Chase, que desde entonces había dado dos pasos hacia delante, se congeló de nuevo.

"¿Qué ves?", susurró. "Leslie, ¿qué ves?"

Sin pestañear, Leslie abrió aún más los ojos. Los párpados parecían estirados hasta el punto de rasgarse.

"Es-es hermoso."

Las lágrimas empezaron a derramarse por las mejillas de Leslie, que seguía negándose a pestañear.

Chase volvió a avanzar.

"¿Qué es? ¿Qué es lo que ves?", su voz era desesperada. "Dime lo que *ves*".

Una ráfaga de movimientos a la derecha de Chase hizo que la hipnotizante escena se rompiera.

Intentó reaccionar, apuntar el arma en esa dirección, pero llegó un momento tarde y un segundo demasiado despacio.

Un destello de cobre fue seguido de una oleada de dolor.

Chase se puso a cuatro patas. Su visión empezó a nublarse y luchó por mantenerse consciente lo mejor que pudo.

"¿Qué... ves...?". Chase consiguió graznar.

Esta vez, recibió una respuesta, pero no de Leslie.

"No te preocupes", le susurró el padre David al oído. "No te preocupes, porque pronto, tú también lo verás, Chase".

La realidad de Chase se desvaneció y lo último que vio antes de que su mundo se oscureciera fue a Leslie atándole la cuerda por encima de la cabeza y bajándose de la silla.

Capítulo 65

Floyd intentó varias veces contactar con Chase, pero o bien ella había apagado el teléfono o se había dado a la fuga.

"¿Dónde diablos estás, Chase?"

Estaba sentado en su coche frente a la casa de Leslie Carson mirando los grandes pilares que sostenían el voladizo sobre la puerta principal.

La confianza que había ganado en *Wilde Disposal había* sido efímera. Solo ver este lugar le traía malos recuerdos, no solo de sus interacciones con Leslie, sino también de las que tuvo con su ex marido Todd.

"Vamos, Chase."

Floyd volvió a llamar a su compañera, pero le saltó el contestador. Maldijo y tiró el teléfono al asiento del copiloto.

Cuanto más tiempo pasaba sentado en el coche, más dudas empezaban a asaltarle.

Llama a Dunbar, a Screech, a Leroy. Llama a alguien. *No lo hagas tú mismo.* No puedes hacerlo *tú solo, Floyd.*

Pero eso llevaría tiempo. Tiempo que otros estudiantes podrían utilizar para hacerse con Cerebrum. Tiempo que podría significar un desastre para Chase, dondequiera que estuviera.

En algún lugar de la boca del estómago, o de los primeros centímetros de intestino, Floyd sintió una punzada persistente. No había sido bendecido con el vudú de Chase, pero de vez en cuando sentía algo. Y ésta era una de ellas. Chase lo necesitaba.

Floyd se mordió el labio inferior con tanta fuerza que saboreó la sangre. Esto tuvo el efecto deseado y le hizo entrar en acción. Salió del coche, cerró la puerta y se dirigió a casa de Leslie con decisión.

Llegó a la mitad del camino y tuvo que detenerse. Su respiración era entrecortada y Floyd se sentía al borde de la hiperventilación.

Date la vuelta. No lo hagas. Sólo vas a tartamudear y agarrotarte.

Forzándose a aspirar grandes bocanadas de aire, la sensación de estar a punto de desmayarse empezó a desvanecerse.

No. Hazlo. Lo.

Pero Floyd lo estaba haciendo. Antes de saber exactamente qué estaba pasando, llegó a la puerta y llamó.

"FBI", dijo en voz baja. Sabía que probablemente también debería anunciar su nombre, pero temía que incluso eso fuera difícil de decir sin tartamudear.

Floyd volvió a llamar y oyó que alguien se movía dentro de la casa. Inmediatamente le entró un sudor frío por todo el cuerpo.

"F-F-F-B-B-I."

Se maldijo a sí mismo.

No puedes hacer esto.

"¿Otra vez?"

El comentario y la voz -la de un niño- desconcertaron a Floyd.

"¿A qué te refieres?"

"El agente Chase Adams acaba de estar aquí. Supongo que usted es su compañero, el agente Floyd Montgomery".

"S-sí". Floyd estaba confuso pero siguió. "¿Supongo que tu madre no está aquí?"

"No. Como le dije al agente Adams, se fue con su hermano, el padre David".

Su hermano... ¿El padre David? ¿El Padre David es el hermano de Leslie Carson?

Floyd estaba atónito.

Pero eso significaría... ¿qué? ¿Qué significaría exactamente?

"¿Sigue ahí, Agente Montgomery?"

"S-s-sí, estoy aquí. ¿Dijiste que el padre Greg David es tu tío? ¿El hermano de tu madre?"

"Sí. Mi padre no tiene hermanos".

Floyd negó con la cabeza.

"¿Y se fueron juntos? ¿Adónde fueron?"

"Mi madre no lo dijo."

Mierda.

"Espera, ¿qué hora es?"

"Casi las cuatro."

"Suele ir a misa a la iglesia del padre David a las cuatro entre semana".

Floyd se puso rígido.

"¿Qué iglesia? ¿Cómo se llama la iglesia del Padre David?"

"Santísimo Sacramento".

Ahí es donde están, pensó Floyd. *Y ahí es donde Chase estará también.*

"Gracias", dijo. "Randy, quédate dentro y mantén la puerta cerrada. Voy a enviar a un oficial de policía a tu casa. No abras hasta que aparezcan, ¿entendido?"

"Les pediré su nombre y número de placa".

"Sí, hazlo, Randy. Sólo espera a que aparezcan".

Con eso, Floyd volvió corriendo al coche de Dunbar. Rápidamente encontró la dirección de Blessed Sacrament y encendió la guinda mientras se alejaba a toda velocidad de la residencia Carson.

Sus sospechas se confirmaron cuando vio el BMW de Chase aparcado frente a la iglesia. Floyd detuvo el coche de Dunbar detrás del de su compañero y dejó la guinda intermitente. La adrenalina se disparó al pasar por encima de un montón de lo que parecía vómito, y Floyd se aseguró de que su pistola estaba en su funda. Sin embargo,

no llegó a sacarla; no le parecía bien desenfundar en la casa del Señor.

Pero la llevaba consigo por si la necesitaba.

No es que pensara que lo haría. Después de todo, Leslie estaba aquí con el padre David y había conocido al hombre, incluso se había confesado con él.

En el mejor de los casos, Leslie estaba aquí para redimirse.

El sudor, que había empezado en forma de gotas en la frente y el labio superior, se había unido y amenazaba con formar riachuelos.

Floyd confiaba en el mejor de los casos, pero no quería ni pensar en cuál podría ser el peor.

Capítulo 66

Chase abrió los ojos. Le palpitaba la nuca y tenía el pelo enmarañado y pegajoso.

Sangre, alguien me golpeó por detrás con algo duro.

Con la vista todavía borrosa, Chase trató de concentrarse en su entorno, de averiguar dónde estaba. Vio algo delante de ella, algo colgando, pero la luz era extraña y no podía distinguirlo.

Chase parpadeó, hizo una mueca de dolor y volvió a mirar a su alrededor.

La luz de colores procedía de una ventana situada a su izquierda: una gran vidriera.

Esperó a que sus ojos se adaptaran al apagado resplandor antes de volver a centrar su atención en el objeto colgante.

La respiración de Chase, ya entrecortada, se entrecortó en su garganta.

No era un objeto, como había pensado al principio, sino una persona.

Era Leslie Carson y se había ahorcado.

Las imágenes se agolpaban ahora, imágenes de los ojos abiertos de Leslie, su boca floja pronunciando aquellas palabras de algún modo horripilantes.

Es real. Todo es real. Puedo verlo.

Leslie seguía teniendo la misma mirada, pero ahora no había nada detrás de ella. Al igual que su hija, la mujer se había quitado la vida. No fue tan dramático como saltar delante de un vagón de metro, pero sí más personal.

A medida que su visión mejoraba, los demás sentidos de Chase también lo hacían.

El aire estaba cargado del olor agrio de las heces. Chase no tardó en identificar la fuente. Los pantalones caqui de Leslie estaban manchados desde la entrepierna hasta la rodilla izquierda.

El olor era tan fuerte que Chase sintió que su estómago empezaba a rebelarse. Si no hubiera vomitado hacía unas horas, lo habría hecho ahora.

"Bien, veo que estás despierto", dijo una voz masculina tranquilizadora.

Chase giró la cabeza en la dirección del sonido e inmediatamente se arrepintió.

Un dolor agudo le recorrió la columna vertebral, un dolor tan intenso que se vio obligada a cerrar los ojos para intentar librarse de la sensación. Intentó moverse, pero por primera vez desde que se despertó, Chase se dio cuenta de que su parálisis tenía menos que ver

con el golpe en la cabeza que con el hecho de que alguien le hubiera atado las muñecas y los tobillos a la silla.

"¿Puedo hacerle una pregunta?", continuó el hombre. Su voz sonaba familiar ahora. "¿Estaría bien, Agente Adams?"

Chase, con la cara aún contorsionada por el dolor, volvió a abrir los ojos.

El padre Greg David había pasado de detrás de ella a la izquierda del cadáver de Leslie. Llevaba puesta su túnica de sacerdote y tenía una expresión condescendiente y paternalista en el rostro. El hombre pasó un dedo por la parte exterior del muslo de Leslie mientras hablaba.

"¿Una pregunta, Chase?"

"No voy a responder a ninguna pregunta", replicó Chase. Sentía la lengua espesa y las palabras más gruesas.

El padre David rió entre dientes y dio un paso más a su izquierda, dejando al descubierto una mesa parcialmente bloqueada por él y Leslie.

Sobre la mesa había una montaña de pastillas y más de una docena de botellas de vino sin marcar.

"¿Crees en Dios? ¿En el más allá?", preguntó el sacerdote mientras cogía una de las pequeñas píldoras blancas.

"Creo que en cuanto me libere de estas ataduras, uno de los dos va a averiguar si es real o no", dijo Chase. A cada momento que pasaba, sentía que recuperaba más facultades.

Que siga hablando, instó Stitts. *Recupera tus fuerzas.*

"Era una pregunta retórica, hija mía. Supe desde el momento en que entraste en San Ignacio que no creías". Aunque sus palabras iban dirigidas a Chase, parecía que la labia del sacerdote era sobre todo en beneficio propio. "Eso es lo que nuestra sociedad ha perdido, Chase. Y con cada día que pasa, cada publicación en Facebook o Instagram, cada baile lascivo en Tik Tok, cada transmisión de jacuzzis en Twitch, nuestra sociedad continúa degradándose. Y cuando la gente deja de creer... bueno, entonces es cuando tenemos tiroteos en escuelas, asesinos en masa, crimen desenfrenado en todo este país."

Chase quiso decir que, según su experiencia, los peores crímenes solían ser perpetrados por los creyentes más devotos, pero pensó que eso no ayudaría en nada a su propósito.

"Esta, esta pequeña píldora, es la respuesta. Con esta píldora, podemos empezar de nuevo, de nuevo. Imagina un país donde todos creyeran, Chase. Imagina... lo *hermoso que* sería".

El padre David expuso la píldora a la luz. Reflejaba los colores de la vidriera y parecía brillar.

"Cerebro", no pudo evitar pronunciar Chase.

Los ojos del padre David se clavaron en los suyos.

¿"Cerebrum"? No, no, no, Chase. Cerebrum fue sólo un nombre acuñado por algún desalmado hombre de negocios que pensó que era ingenioso y que así sería más fácil reunir capital". El sacerdote volvió su atención a la píldora y la miró fijamente como si esperara que se moviera o creciera. "No, esto no es Cerebrum. Se llama *Salvador"*.

Ahora Chase se rió.

"¿Salvador? Jesucristo, te has vuelto loco".

La expresión del padre David se endureció.

"No uséis el nombre del Señor en vano", advirtió.

Junto con su fuerza, la actitud de Chase también había vuelto.

"¿O qué? ¿Me va a fulminar?", se burló. "¿Esa puta pastilla que tienes ahí? Le costó la vida a seis personas". Sus ojos se desviaron hacia el cuerpo de Leslie. "Que sean siete".

"Esta píldora no le costó la vida a nadie". El Padre David respondió. "Se lo hicieron ellos mismos, Chase. Si hubieran creído, sus vidas se habrían *enriquecido. Habrían* alcanzado un plano superior de existencia como yo. Habrían difundido la palabra del Señor. En cambio, eligieron acabar con todo. Pero esa es la ironía, Chase. Se quitaron la vida para acceder a algo que siempre estará fuera de su alcance. Un verdadero creyente nunca tomaría su vida porque no es suya para tomarla. Es de tu Señor. Y aquí está la mejor parte, Chase: al hacerlo, la única vez que estos paganos verán la tierra prometida es el breve vistazo que tienen después de consumir al Salvador."

Chase sabía que estaba pisando hielo fino, pero el golpe en la cabeza le había hecho perder cualquier filtro que pudiera haber tenido alguna vez.

"Suenas como..." se rió. "Suenas como el Papa Ron Popeil. Dios tenga en su gloria a ese hombre. Déjalo y olvídalo, trágatelo y sálvate. La belleza está en la simplicidad".

Al padre David no le hizo ninguna gracia.

"Tú ríete, adelante, haz tus chistes", le enganchó un pulgar a Leslie. "¿Pero sabes a quién no le hace gracia? A Leslie-Leslie o a las otras chicas que han *visto"*.

Chase apretó los dientes y fulminó al sacerdote con la mirada.

"Esa es tu maldita hermana. Se suicidó por culpa de esa pastilla. También tu sobrina. Espera, ¿sabes qué?" Sacudió la cabeza. "No, no *se* suicidaron. Tú las mataste. Mataste a tu propia familia".

El gruñido del padre David se afianzó.

"Yo no los maté".

"Sí, lo hiciste. No me guío por la corte mística en el cielo, Greg, me guío por cortes reales. Tribunales estadounidenses. ¿Y si le das a alguien drogas? ¿Drogas mezcladas con, digamos, fentanilo, y mueren? Vas a ser procesado. Dependiendo del fiscal, podría ser homicidio involuntario o asesinato en primer grado. ¿Y adivina qué?

En Nueva York, he oído que el fiscal es muy estricto cuando se trata de cargos relacionados con drogas".

"Ya está bien de hablar", espetó el padre David.

"¿Ah, sí? Sólo tú puedes predicar, ¿verdad? Así no puedes..."

El padre David se acercó agresivamente y Chase se retorció. Pero aunque ahora era fuerte, las ataduras eran imposibles de romper.

El hombre le agarró la barbilla y le mantuvo la cara erguida a pesar de sus forcejeos. Era obvio lo que intentaba hacer incluso antes de pellizcarle la nariz.

"Verás a Dios", siseó el padre David. Consiguió meterle un dedo en la boca, lo que fue un error.

Chase mordió y le soltó la mano.

"Ya lo he visto, y es un hijo de puta..."

Chase había mordido el dedo del hombre lo bastante fuerte como para notar el sabor de la sangre y había pensado que necesitaría al menos un momento o dos para recuperarse.

Estaba equivocada.

La mano herida del sacerdote salió disparada hacia delante con increíble rapidez y el padre David le introdujo la píldora en la boca. Chase giró la cabeza hacia un lado e intentó escupirla, pero el hombre rápidamente le tapó la boca con una palma mientras le pellizcaba la nariz con el pulgar y el índice de la otra mano.

Chase se agitó desesperadamente, pero el padre David le echó la cabeza hacia atrás para que mirara al techo.

Pasaron diez segundos, luego veinte.

El dolor del lugar donde la había golpeado el sacerdote empezó a regresar entonces, enturbiando sus pensamientos.

"*Ya verás*", susurró el padre David.

Treinta segundos.

Cuarenta.

A Chase le temblaba el diafragma, pero seguía sin respirar. Sin embargo, la píldora empezó a disolverse y sintió el sabor de un polvo amargo en la lengua.

"Y creerás", continuó el padre David. "O morirás".

Alrededor de un minuto después, Chase sintió que se le caían los párpados. Al minuto quince, sus pulmones sufrieron espasmos y su cuerpo se estremeció, pero el padre David seguía sin soltarla.

Justo cuando la oscuridad empezaba a cerrarse de nuevo, el sacerdote soltó por fin su boca.

Chase aspiró profundamente e inmediatamente giró la cara hacia un lado, liberando su nariz de entre los dedos del padre David. Y luego escupió.

Para su horror, lo que había producido estaba casi todo claro.

Cerebrum o Savior o como se llamara ya se había disuelto y se

abría camino desde los pequeños capilares bajo su lengua y en sus mejillas hacia su cerebro.

"Vete a la mierda", gruñó. "¡Vete a la mierda!"

El padre David parecía que iba a arremeter, pero en lugar de eso hizo algo totalmente inesperado.

Se arrodilló y empezó a desatar las ataduras de Chase.

Capítulo 67

Floyd entrecerró los ojos al entrar en la iglesia, esperando que fuera más oscura por dentro que por fuera. Aunque lo era, también era extrañamente colorida.

Después de que sus ojos se ajustaran, se dio cuenta de que el Santísimo Sacramento estaba vacío. Esto era extraño, teniendo en cuenta lo que Randy le había contado sobre la asistencia de su madre al servicio del padre David. O Randy se había equivocado, y Floyd tenía la impresión de que algo así era extremadamente raro, o algo estaba pasando aquí. Algo que había mantenido alejados a todos los demás.

Una sensación de que las cosas no estaban bien, de que no funcionaban, como la leche un día o dos después de su fecha de caducidad.

Un sentimiento que Floyd experimentó en su interior en ese mismo momento.

Se cruzó de brazos instintivamente y luego caminó en silencio por el pasillo central, echando un vistazo a lo largo de los bancos mientras avanzaba.

"¿Chase?", susurró. "Chase, ¿estás aquí?"

Con el corazón martilleándole en el pecho, Floyd pasó por delante de la última fila de bancos y observó el escenario. Era modesto, con un pequeño y anodino altar a un lado y un sencillo púlpito en el centro sobre el que yacía abierta una biblia.

Floyd subió al escenario e instintivamente miró la biblia, anotando la sección y el pasaje que estaban resaltados.

Era una de las pocas que conocía bien, de Hebreos 11:6.

Y sin fe es imposible agradarle, pues quien quiera acercarse a Dios debe creer que existe y que recompensa a los que le buscan.

Qué apropiado, pensó Floyd.

Un sonido procedente de algún lugar por encima de él distrajo sus pensamientos. La mirada de Floyd se dirigió instintivamente hacia el desván. Era difícil distinguir nada dada la luz de colores, pero le pareció ver la silueta de una persona allí arriba.

"¿Chase?", susurró de nuevo, sin esperar respuesta y sin obtenerla.

¿Dónde diablos estás, Chase?

Floyd se apresuró a cruzar el escenario hacia la puerta marcada como "PRIVADA".

Casi lo consigue antes de que se abriera de golpe y diera un salto hacia atrás, llevándose la mano a la pistola.

"¿Padre David?"

El hombre parecía conmocionado. También parecía tener la cara

cubierta de sudor.

"¡Agente Montgomery, me alegro tanto de que esté aquí! Algo... oh, Señor, ¡algo está pasando!"

Floyd dejó caer la mano de la culata de su pistola reglamentaria.

"¿Qué ha pasado? ¿Es Chase? ¿Es Chase?"

"¡Ven, ven rápido! ¡Tienes que ver esto!"

El sacerdote le abrió la puerta y Floyd entró en una estrecha escalera. Subió los escalones de dos en dos, con la sangre corriendo en sus oídos casi tan fuerte como su propia respiración de pánico.

En su mente se sucedían docenas de escenarios, ninguno de los cuales tenía un final feliz.

Floyd subió el último escalón y se detuvo.

"¡Chase!", gimió. "¡No, Chase! *Noooo...*"

Su compañera colgaba de una cuerda de las vigas, con el cuerpo completamente inmóvil.

Floyd se desplomó sobre sus rodillas.

"*¡Nooooo!"*, gimió. "*¡Noooooooo!*"

Las lágrimas inundaron sus ojos, se derramaron y empaparon sus mejillas.

¿Por qué? ¿Por qué, Dios, por qué?

Capítulo 68

La iglesia había desaparecido.

El cadáver de Leslie Carson había desaparecido.

El padre Greg David se había ido.

En su lugar había un campo de margaritas.

Chase sabía que aquello no era más que una ilusión, pero se sentía tan... tan *real*. Las margaritas se mecían con una brisa fresca que Chase sintió en las mejillas y la frente. El aire transportaba el suave aroma floral de las margaritas hasta sus fosas nasales y Chase inhaló profundamente.

Entonces cerró los ojos y estiró la mano. Al principio, no sintió nada y la ilusión vaciló. Pero entonces se dio cuenta de que era porque aún llevaba puestos los guantes. Chase se los quitó de uno en uno y los dejó caer sobre la hierba a sus pies.

Las flores parecían reales y Chase se perdió en el momento, tal y como el Dr. Matteo le había ordenado en innumerables ocasiones. La brisa, el olor, el tacto, todo era tan real.

Y luego estaban las risas.

La risa de un niño, suave y dulce.

Chase abrió los ojos e inmediatamente divisó la parte superior de una cabellera pelirroja, apenas visible por encima de las margaritas.

Dio un paso adelante y sintió que algo le rozaba los tobillos y las piernas desnudas. Confundida, miró hacia abajo.

Ya no llevaba vaqueros ni camiseta. En su lugar llevaba un vestido blanco que le llegaba por las rodillas.

Otra carcajada llamó la atención de Chase, que volvió a levantar la vista.

Georgina estaba de pie frente a ella, con un vestido similar y una amplia sonrisa.

"No he cogido ninguna margarita, tía Chase", dijo la niña, extendiendo sus pequeñas manos como prueba. Sus brillantes ojos verdes centelleaban a la luz del sol. "Lo juro.

"Puedes elegir uno o dos", dijo Chase. "Pero no puedes elegirlos todos".

Pellizcó el tallo de una margarita especialmente grande y estaba a punto de arrancarla cuando alguien habló desde detrás de ella.

Era una voz que Chase no había oído desde los Jardines de las Mariposas, la última vez que alguien había oído esa voz.

"¿Georgina?"

A Chase se le heló la sangre de repente, a pesar del cálido sol que le daba en la cara.

Tragó saliva y giró la cabeza hacia la izquierda.

"Georgina, ¿con quién estás hablando?"

Chase dejó de respirar por completo cuando vio que la mujer del vestido blanco se acercaba a ella.

"Oh, eres tú, no sabía que estabas aquí abajo", dijo la hermana de Chase, con una sonrisa en su bonita cara. Tenía el pelo casi idéntico al de Georgina: mechones anaranjados con rizos sueltos que le caían más allá de los hombros. Incluso compartía la boca en forma de corazón de la chica.

Sus ojos también eran verdes, pero un poco más oscuros que los de la niña.

"Esto no es real", consiguió graznar Chase. "Sé que esto no es real".

La mujer se rió.

"Oh, es real." Y luego, a su hija, la mujer le dijo: "No escuches a la tía Chase, sólo está siendo tonta".

"¿Riley?" Chase preguntó.

La mujer parecía confusa.

"¿Quién?"

Chase empezó a llorar lágrimas silenciosas que dejaban huellas en sus mejillas. Su hermana se acercó a ella y la abrazó.

"No llores, Chase. No necesitas llorar más. Yo estoy aquí. Estoy aquí, y puedes quedarte conmigo".

Georgina Adams, su hermana, también estaba llorando. Chase levantó la mano y frotó con el pulgar las lágrimas que caían bajo los ojos de la mujer. Tenía la cara caliente, pero las lágrimas estaban frías.

"Quiero *estar contigo*", dijo Chase, con una respiración temblorosa. "Quiero *estar contigo*".

Georgina soltó su abrazo y luego tomó la mano de Chase entre las suyas. Al cabo de dos pasos, Chase sintió que su sobrina le cogía la otra mano. Juntas, las tres caminaron por el campo de margaritas. Parecía que las flores iban a ser eternas, pero al cabo de unos minutos llegaron al final. Unos metros más allá de las últimas flores altas había un estanque.

Se dirigieron hacia la orilla. La brisa seguía en calma, pero era más fresca ahora que se abría paso sobre el agua antes de acariciarles la piel.

"Puedes... si quieres quedarte conmigo, con *nosotros*, todo lo que tienes que hacer es saltar, Chase".

Chase miró a su hermana, aún confusa por lo que estaba pasando, pero ya no convencida de que todo *fuera una* ilusión.

Ninguna ilusión podría ser tan real. Ningún espejismo o alucinación podría hacerte oler y ver y saborear y *sentir*.

Su hermana asintió animada y Chase volvió a centrar su atención en el estanque.

Era un estanque en el que había nadado docenas, si no cientos, de veces. Cuando el tiempo era especialmente cálido, o después de una agotadora carrera, Chase se quitaba el sujetador y la ropa interior y se metía en el agua helada, dejando que enjuagara su sudor.

Y era la misma agua, de eso no había duda. Tenía el mismo olor vegetal y tres rocas, de distintos tamaños, sobresalían del centro del estanque.

En muchas ocasiones, Chase había nadado hasta las rocas con Georgina y había ayudado a la niña a subir a lo alto de las más grandes.

Luego se hacían pasar por sirenas, esperando desesperadamente que pasara un velero.

"Vamos, Chase", instó Georgina.

El suelo bajo sus pies pasó de la hierba a la arena húmeda, y entonces Chase metió el dedo del pie en el agua.

"¿Esto es real?", preguntó. Su voz sonaba aún más pequeña e infantil que la de su sobrina. "¿De verdad estás aquí?"

Su hermana asintió.

"Esto es real, Chase. Puedes estar conmigo. Sólo tienes que saltar". Georgina le soltó la mano, al igual que la sobrina de Chase. "Pero nadie puede saltar por ti; tienes que hacerlo tú mismo".

Chase se quedó mirando el agua, el trío de rocas.

¿Por qué dudas? se preguntó. *¿Cuál es el problema?*

Chase cerró los ojos y apretó los talones. Luego estiró los brazos a los lados todo lo que pudo.

"¿Chase?"

Chase intentó ignorar la voz: no pertenecía a ninguna de las Georginas.

"¿Chase?"

No, vete, suplicó en silencio. *Déjame en paz.*

Por fin tenía la oportunidad de ser libre, de estar con su hermana y de librarse de la culpa y la vergüenza perpetuas que la perseguían a todas partes.

Estar en el momento, de verdad, completamente.

"Sólo quieres olvidar, Chase". La voz se burló. "Y yo puedo hacer que lo olvides *todo*".

Chase empezó a sollozar.

No, ahora no.

"Chaaaaaaaaaaaaaaaaaase... déjame enseñarte cómo olvidar".

Chase abrió los ojos y se giró. Al moverse, el sol se desvaneció, el aire se enfrió y sintió un olor nauseabundo.

Su hermana se había ido.

Su sobrina se había ido.

En su lugar había un hombre delgado con una sonrisa lasciva y las

mejillas llenas de viruelas.

Sostenía un objeto familiar entre los dos primeros dedos de la mano derecha.

Su pulgar descansaba sobre el émbolo de la jeringuilla.

"Olvídate de mí, Chase", le espetó un lascivo Tyler Tisdale. Chase se estremeció y un escalofrío la recorrió. "Olvídate de mí".

Capítulo 69

Chase se movió.

Floyd, aún de rodillas, no podía creer lo que estaba viendo.

Chase, que estaba muerto y colgado de las vigas, se movió de verdad; su mano derecha se crispó.

"¿Chase?", gimió.

Y entonces la vio. Fue una combinación de que los ojos de Floyd finalmente se ajustaron a la extraña luz y el hecho de que las últimas lágrimas se estaban secando.

La mujer que se había ahorcado no era Chase Adams.

Era Leslie Carson.

Floyd torció el labio, confundido, y se frotó los ojos.

Sin embargo, Chase estaba allí, y probablemente había estado allí todo el tiempo. Estaba de pie detrás de Leslie y, mientras observaba con algo parecido al horror, Floyd vio cómo su compañera tomaba la mano de la muerta entre las suyas.

"¿Chase?"

Ella no parecía oírle, tal vez porque estaba en una profunda conversación con el cadáver. Floyd, normalmente experto en leer los labios, se concentró mucho en la boca de Chase, pero no pudo distinguir las palabras.

Quizá aún más aterradora que observar la retorcida sesión de espiritismo era la expresión de Chase. Tenía las pupilas dilatadas y la piel pálida como la cera derretida. Floyd sólo la había visto así una vez: en Virginia, cuando encontraron su cuerpo inerte en una cantera.

¿Qué coño está pasando?

Floyd quiso correr hacia su compañero, pero se quedó paralizado ante la extraña escena que tenía delante.

Chase murmuró algo que al parecer fue definitivo porque soltó la mano de Leslie. El cadáver se balanceó un instante antes de volver a quedarse completamente inmóvil. Entonces los ojos en blanco de Chase se volvieron hacia Floyd, pero ella no lo vio.

Sin mediar palabra, ni con los muertos ni con los vivos, la mujer se dirigió al balcón que daba al escenario y se encaramó a la cornisa, que le llegaba hasta la cintura.

Ahora, Floyd tenía que actuar.

Se levantó y se dirigió hacia su compañero. Acortó la distancia a la mitad antes de que unas manos fuertes bajaran sobre sus hombros.

Floyd giró la cabeza y miró al padre David. El hombre parecía menos un sacerdote en ese momento que algo siniestro, algo implacable.

"Déjala", susurró, ofreciendo a Floyd una mirada cómplice.

De repente, todo se volvió muy claro.

"No", jadeó Floyd.

El padre David asintió.

"¿Ella se lo llevó? ¿Chase se llevó a Cerebrum?" Preguntó Floyd, aunque el sacerdote ya había confirmado este punto en silencio.

"Sí."

Floyd intentó liberarse, pero el padre David parecía tener una fuerza casi antinatural.

"¡Tenemos que salvarla, se va a suicidar! Va a saltar".

La expresión del padre David no cambió.

"Depende de ella, Floyd. Esta es la prueba, la prueba para ver si Chase realmente cree".

"¿Qué estás...?" Floyd hizo una pausa y examinó de cerca las facciones del hombre. "¡Eras *tú*!"

El cura empezó a sonreír, y Floyd por fin se soltó de su agarre.

"Te llevaste a Cerebrum". Con esta revelación vinieron muchas otras. "Tú se lo diste". A Floyd se le desencajó la mandíbula. "¡Las chicas, tu propia sobrina! Tu propia *hermana*".

La expresión del padre David cambió.

"No creían".

"¿No *c-creyeron*? ¿Cómo pudieron...?"

"Es real..." Chase murmuró, esta vez lo suficientemente alto para que todos lo oyeran.

Floyd, recordando a su compañero, se apartó del padre David.

Chase estaba ahora de pie al borde de la caída de seis metros, con los pies juntos y los brazos extendidos.

"¡No!" gritó y corrió hacia ella.

Chase se tambaleó y estuvo a punto de caerse por la borda, pero entonces se giró y vio su rostro, esta vez sí que lo vio. Y aunque sus ojos seguían siendo esos extraños orbes negros, había un atisbo de reconocimiento en ellos.

O eso esperaba Floyd.

"¡No es real!", gritó. "¡Chase, no es real!"

La mujer ladeó la cabeza y algo en su interior se quebró. Chase abandonó el salto y giró hacia él.

"¿Chase?"

Floyd, imbuido por el miedo y cogido completamente por sorpresa, fue derribado hacia atrás por la poderosa embestida de su compañero.

Gruñendo, Chase le rodeó la garganta con las manos y empezó a apretar.

Capítulo 70

La rabia que Chase sintió en ese momento fue total. El mero hecho de ver a Tyler Tisdale, su sonrisa cómplice, la forma en que hablaba por un solo lado de la boca, le provocó sentimientos tan intensos que se desquició por completo.

También eran las cosas que decía tanto como la forma en que las decía.

"Puedo quitarte el dolor".

Y Tyler, a pesar de todos sus defectos, no era un mentiroso. Él la había presentado y le había proporcionado acceso a la sustancia que moldearía su vida para siempre y haría que Chase olvidara quién era.

Había conseguido escapar de su dominio y del de la heroína, pero el hombre nunca había abandonado sus pensamientos.

No del todo.

Y ahora tenía la oportunidad de llevar a cabo la venganza que no sabía que necesitaba. Lo paradójico era que cuanto más apretaba Chase la garganta de Tyler, más oscuro se volvía su entorno.

Y cuanto más lejos parecían su hermana y su sobrina.

"Tú hiciste esto", gruñó Chase. "Tú hiciste todo esto".

Ahora flexionaba con tanta fuerza que a Tyler se le saltaron los ojos. El hombre intentaba decir algo, pero con las vías respiratorias tan restringidas lo único que consiguió fue soltar un débil chorro de saliva.

Si no fuera por Tyler Tisdale, su hermana seguiría viva. Si Chase no hubiera pasado casi una década en un estupor inducido por la heroína, habría encontrado a su hermana antes. Quizá antes de que sus sádicos captores le hubieran lavado el cerebro por completo.

Antes de que la fecundaran con su semilla, que acabaría convirtiéndose en la niña de la que Chase era ahora responsable.

"Te veo... *te veo* y *eres* real", gritó Chased mientras apretaba aún más fuerte.

Capítulo 71

"*¡No!*"

Lo primero que pensó Chase fue que era Tyler quien le gritaba, pero eso era imposible. El hombre tenía los ojos en blanco y la boca floja.

Era incapaz de hablar.

"¡No! Tienes que dar el salto, Chase. No puedes matarlo, él *cree*".

Chase levantó la vista y escudriñó en la oscuridad que la rodeaba, tratando de localizar la voz.

"Tienes que saltar, Chase. Lo ves... sabes que es real".

Chase divisó una figura que emergía de entre las margaritas sombrías.

Su agarre de la garganta de Tyler se aflojó, pero no lo soltó del todo.

"¿Quién es usted?"

"No importa quién soy, Chase. Importa quién eres *tú*. Importa lo que crees".

El hombre dio un paso adelante y Chase por fin lo reconoció.

Era Brian Jalston, uno de los hombres que las había secuestrado a ella y a Georgina en la Feria del Condado de Williamson hacía tantos años.

La visión del odiado hombre bastó para revigorizar la ira de Chase. Sus antebrazos se tensaron y Tyler Tisdale croó. Había estado en suficientes escenas del crimen como para saber lo que ocurría a continuación. El pequeño hueso de la garganta del hombre, el hueso hioides, se rompía y luego el cartílago se colapsaba. Su esófago y tráquea serían aplastados...

Tyler se asfixiaría y moriría en uno o dos minutos.

Como se merecía.

Y entonces Chase mataría a Brian Jalston.

Pero el gran hombre del mono tenía otras ideas. Mientras Tyler se mostraba extrañamente complaciente ante su inminente muerte, Brian adoptó un enfoque más proactivo. Se echó hacia atrás y abofeteó a Chase en la mejilla con una palma carnosa.

Una chispa de dolor le recorrió desde la cara hasta el cuello. Luego llegó a la nuca, que ya le dolía por alguna razón.

Ahí es donde el Padre David te descerebró.

Chase parpadeó dos veces y Brian Jalston desapareció, al igual que las margaritas ilusorias, para ser sustituido por un hombre escuálido vestido de sacerdote.

"¿Padre David?"

El rostro del hombre se contorsionó.

"No puedes matarlo; necesitas saltar. ¿Por qué no funciona? No crees... *¡tienes que saltar*!"

Chase se había sobresaltado tanto con la bofetada que había soltado a Tyler. Lo miró y luego soltó un grito ahogado.

No era Tyler Tisdale, no podía ser él.

Tyler estaba muerto.

Agarrado por las rodillas, luchando por respirar, estaba el agente especial Floyd Montgomery.

"Dios mío", dijo Chase, poniéndose en pie de un salto. Pensó que lo había matado. A su propio compañero. A su amigo.

Pero entonces Floyd tosió, giró la cabeza hacia un lado y escupió un fajo de sangre.

Chase dejó escapar un suspiro de alivio.

No era real. Nada de eso era real.

Un mareo siguió al respiro y empezó a preguntarse si lo que estaba ocurriendo ahora era también una alucinación.

"Ha sido la puta droga", gimió, y sus ojos volvieron a posarse en el padre David.

El sacerdote había empezado a alejarse de ella, dándose cuenta de que Cerebrum, con su corta vida media, ya empezaba a hacer efecto.

"Esto es... imposible", dijo el padre David tragando saliva con dificultad. Su voz estaba a punto de quebrarse. "No crees... Sé que no crees. Tienes que saltar. *Tienes que hacerlo*... como todos los demás. Eso es lo que hace el *Salvador*. ¡Sólo los verdaderos creyentes sobreviven! ¡Sólo los más dignos pueden ver todo lo que el Señor tiene para ofrecer y vivir!"

La duda apareció en el rostro del sacerdote y empezó a extender sus horribles tentáculos.

El aterrorizado hombre siguió retrocediendo mientras Chase presionaba hacia delante.

Una miríada de escenarios pasó por su mente a la velocidad del rayo. Pensó en coger su pistola, que debía de estar en algún lugar cercano, o simplemente empujar al sacerdote a través de la vidriera. Pedir ayuda era otra opción, al igual que atar al padre David como había hecho con ella.

Pero Chase no hizo nada de eso. Sin pensarlo, simplemente alargó la mano y agarró la del hombre, acunando su carne húmeda entre las suyas.

Y entonces ocurrió algo.

Algo que había ocurrido, aunque brevemente, cuando Paul Baker la había tocado. Algo que ocurría cada vez que la piel desnuda de Chase entraba en contacto con una víctima reciente.

Algo que Jeremy Stitts había apodado su vudú.

Chase vio a través de los ojos del Padre Greg David.

Capítulo 72

"Me llamo Paul Baker", dijo el hombre de pelo blanco. "Y quiero ayudar en lo que pueda".

A pesar del color de su pelo, el padre Greg David vio ante sí a un hombre joven. Paul tenía unos ojos intensos y un comportamiento aún más intenso. Una sola mirada y el padre David supo que había algo raro en él. Pero la congregación del Santísimo Sacramento se había reducido a lo largo de los años y, a juzgar por la falta de alumnos que acudían a visitarle a la capilla del colegio, era poco probable que ese número aumentara pronto.

Él, y la iglesia, necesitaban toda la ayuda posible.

"Ya he ayudado a muchos", proclama Paul, "incluso a alguien que conoces. Pero ahora quiero llegar a un público mayor. Un público *mucho* mayor".

Palabras curiosas, sin duda, pero el padre David no les dio demasiada importancia. Mucha gente venía a la iglesia porque quería ayudar a los demás.

"Siempre estamos buscando voluntarios. ¿Te interesaría...?"

"He visto cosas", interrumpió Paul. "He visto al Señor. He visto Su Paraíso".

El padre David entornó los ojos.

"Me alegro por ti, Paul. Pero es importante recordar que el Señor está con nosotros aunque no le veamos."

Paul se rió.

"No, usted no entiende, Padre. Siempre he sido creyente. Pero entonces le *vi* de verdad".

"Parece que has tenido una experiencia reveladora. Si estuvieras tan dispuesto, compartir esta experiencia podría inspirar a otros a dejar que el Señor entre en sus vidas. ¿Sería algo en lo que estarías interesado?"

Otra carcajada, esta con más cuerpo que la primera.

"Oh, sí. Me gustaría compartirlo. Me encantaría compartirlo contigo y con todo el mundo. Juntos, Padre, vamos a hacer grandes cosas. Vamos a recompensar finalmente a los creyentes con lo que realmente merecen. Y castigaremos a los que dudan".

Capítulo 73

Chase jadeó al retirar la mano de la cara del padre David. Las náuseas amenazaron con desbaratar sus pensamientos, pero se negó a permitirlo.

"Fue Paul", exclamó. "Él es el verdadero creyente, no tú".

El padre David retrocedió y Floyd, que al menos se había recuperado en parte de haber estado a punto de morir estrangulado, acudió al lado de Chase, con una extraña expresión en el rostro.

Ella le ignoró.

"Fue idea suya; tú simplemente le seguiste la corriente. Pero tú... ya no crees, ¿verdad?"

Durante su visión, Chase había sentido la duda del sacerdote. Era sutil, pero estaba ahí, igual que en la cara del padre David cuando Chase había conseguido romper el dominio de Cerebrum sin quitarse la vida.

"¡Claro que sí!", gritó el sacerdote.

"No, no lo sabes. Por eso necesitabas reclutar a tu hermana para que te ayudara. Estabas demasiado asustado para hacerlo tú solo. Hablas de Facebook y Tik Tok, pero querías una prueba social antes de dar el paso, ¿verdad, David?".

El padre David movió violentamente la cabeza de un lado a otro.

"¡Te equivocas! ¡Siempre he creído! Paul... él sólo... sin mí..."

"Empezaste a dudar cuando Randy enfermó por primera vez", espetó Floyd.

"¡Él-él-él se salvó!" protestó el padre David. "El Señor lo salvó".

"Cerebrum le salvó", corrigió Chase. "Pero luego le arrebató a su hermana y a su sobrina".

"¡No!" El rostro del padre David se contorsionó. "¡Yo creo!"

"No, no crees", replicó Floyd, sin perder el ritmo. "Tú no crees. Si fueras un verdadero creyente, no necesitarías una píldora para probar la fe de los demás. Dejarías que Dios lo hiciera".

La furia abandonó las facciones del sacerdote y fue sustituida por la tristeza.

"Yo no... Madison... ella... pensé que creía. Leslie dijo... dijo que Maddie creía. Ella lo prometió. Y Leslie..." Todos los ojos se desviaron hacia la mujer ahorcada. "Ella creía; *sé que* lo hacía. Pero cuando Maddie..."

El padre David se derrumbó y empezó a llorar, pero Chase no sintió empatía por aquel hombre.

"Madison no merecía morir, sólo era una niña. ¿Querías poner a prueba su fe? ¿Realmente? ¿Eso es lo que tu Dios quería? ¿Poner a una adolescente en esa situación?". Chase sacudió la cabeza con

disgusto. "Tu sobrina no merecía morir y tampoco esas otras chicas. Tampoco Sky, Brooke, Kylie o Victoria. ¿Y tu hermana? Ella tampoco merecía morir, ¿verdad? Quiero decir, era creyente, ¿verdad? Al menos una vez. ¿Qué pasó con ella? ¿Qué? ¿Su fe vaciló un poco después de que su hija se suicidara? ¡Qué puto crimen es ese! Cuestionar es un maldito crimen para ustedes, ¿no? Siempre me escuchan, no preguntan, lo que digo es lo único que importa. Bueno, lo que yo digo importa, imbécil. Y lo que yo digo, es que tú no *crees*".

"Yo estaba..." las palabras del sacerdote fueron interrumpidas por un sollozo. "Intentaba ayudarla... ¡Leslie acudió a mí con dudas, y yo intenté ayudarla! Pero... pero ella fue la que le dio el Cerebro a Madison. Nadie pensó que moriría... ¡Nadie pensó que lo compartiría con sus amigos! ¡Nada de esto debía pasar! ¡Esto no era parte del plan!"

"¿El plan de quién?" Chase exigió. "¿De Paul Baker? ¿Era el plan de Paul?"

El padre David retrocedió hasta la cornisa.

"De Paul, del Señor, no sé... Sólo pensé... Pensé..."

El hombre apretó la cintura contra la barandilla.

"Pensé que era lo que quería. Pero ahora... ahora no lo sé. Ya no sé qué es real".

Chase se abalanzó entonces sobre el sacerdote, pero en el momento en que sus palmas hicieron contacto con su pecho, el padre Greg David se lanzó por la borda.

"¡No!" Floyd gritó.

Pero llegó demasiado tarde.

Se oyó un ruido nauseabundo cuando la sien del padre David se estrelló contra la esquina del púlpito. Se tambaleó y luego cayó. La Biblia, sin embargo, se las arregló para caer boca arriba y abierta, con el texto salpicado de rojo.

Tanto Floyd como Chase apoyaron las manos en la barandilla y contemplaron el cuerpo inmóvil del padre Greg David mientras la sangre se acumulaba alrededor de su cabeza.

Capítulo 74

"No sabes cuánto lo siento, Floyd", dijo Chase mientras se sentaba en los escalones de cemento fuera de la iglesia. Floyd, que estaba sentado a su lado, se masajeó la garganta.

"No es culpa tuya, Chase. No te culpo. Fue la droga. Fue Cerebrum".

Chase asintió.

"Lo sé, pero casi te mato".

Este fue un pensamiento aleccionador que los empujó a ambos dentro de sus cabezas durante varios momentos.

Finalmente, Floyd habló.

"¿Puedo preguntarte algo, Chase?"

"Por supuesto", respondió ella, girando la cabeza para mirar a su compañero.

"¿Qué viste? Cuando tomaste Cerebrum, ¿qué viste?"

Chase miró su regazo.

"Mi hermana. Vi a mi hermana y a mi sobrina".

"¿Y querías unirte a ella? ¿Por eso ibas a saltar?"

Ahora Chase cerró los ojos.

"No", mintió. "No iba a saltar".

Floyd respiró hondo.

"¿Por qué me atacaste, entonces? Todos los demás no creyentes que tomaron la droga se suicidaron, pero tú arremetiste. ¿Por qué?"

Chase se aclaró la garganta.

"No creo que mi cerebro funcione igual que el de los demás, Floyd. De hecho, sé que no. Quizá sea el tratamiento de electroshock que recibí de niño o quizá sean los años de abuso de heroína, no lo sé. Pero no es normal, eso seguro. No soy normal".

"Puedo dar fe de ello". Dijo Floyd. Las palabras encadenadas, pero no estaba siendo malicioso. Sólo honesto. "O tal vez... tal vez tu vudú... tal vez sea el Señor trabajando a través de ti, Chase. Tal vez tu habilidad especial es tu forma de creer".

Chase no estaba seguro de si el hombre hablaba en serio o en broma.

"O tal vez..."

La puerta de la iglesia, detrás de ellos, se abrió ruidosamente y el detective Dunbar salió furioso.

Como de costumbre, tenía una expresión severa en el rostro.

Mientras observaban, el detective encendió en silencio un cigarrillo y se sentó junto a ellos. Tras dos inhalaciones masivas, dijo: "Sigo intentando averiguar qué ha pasado aquí exactamente, y espero que vosotros podáis ayudarme".

Chase y Floyd asintieron pero ninguno habló.

"Muy bien, déjame decirte lo que creo que pasó. Chase, llegaste al Santísimo Sacramento y viste a Leslie colgada, ya estaba muerta. La mujer estaba angustiada después de lo que le pasó a su hija - triste, malo tiene sentido. Luego llegaste aquí, Floyd, y corriste escaleras arriba. El padre David, que había nacido padre Carson, vio lo que le había pasado a su hermana y... -el detective dejó que su frase se detuviera a la espera de que alguien la terminara por él-.

"Se cayó".

"Saltó".

Chase y Floyd dijeron exactamente al mismo tiempo.

Dunbar frunció el ceño.

"Bueno, ¿cuál es? ¿Saltó o se cayó? No pueden ser las dos".

Chase miró a Floyd, pero ambos se abstuvieron de hablar.

Dunbar suspiró, expulsando más humo de segunda mano.

"De acuerdo, saltó, cayó, ¿qué importa?" dijo el detective. "Y ni siquiera me voy a molestar en preguntar cómo se hizo el cura una mordedura en la mano".

Dunbar dio otra calada a su cigarrillo.

"Encontramos suficiente Cerebrum para llenar mil botellas de vino de Comunión, por si te interesa".

Los ojos de Chase se entrecerraron.

Parecía mucho fármaco. No tenía ni idea de la cantidad necesaria para un ensayo clínico, pero con sólo una docena de voluntarios inscritos en la fase I, parecía demasiado.

El padre David no le parecía alguien con los conocimientos necesarios para crear o conseguir más, pero había alguien que ella creía capaz de ambas cosas.

Paul Baker.

"Todos los Santos", murmuró Floyd.

"¿Perdón?" Dunbar preguntó.

"Todos los Santos", repitió Floyd con más entusiasmo. "Cuando fui a la asamblea de San Ignacio, el padre David tenía vino preparado para el día de Todos los Santos".

El detective frunció el ceño.

"¿En serio? ¿Vino en un instituto? Espera, ¿no creerás que...?"

"Sí, probablemente deberías destruir esas botellas", sugirió Chase.

"Siempre y cuando no uses *Wilde Disposal*".

Esto hizo reflexionar tanto a Chase como a Dunbar, pero ninguno de los dos desafió al hombre por su comentario. ¿Qué sentido tenía?

"¿Eso es todo, entonces? ¿Se acabó?" preguntó Dunbar. Fumaba furiosamente, tratando de disimular su fatiga.

"Sí."

"No."

Una vez más, Floyd y Chase estaban enfrentados.

"Tienes que encontrar a Paul Baker", aclaró Chase.

"¿Quién es...?"

"Participó en el ensayo clínico Cerebrum", continuó. Quiso añadir algo más, pero se contuvo. Sólo complicaría más las cosas si Chase intentaba explicarle lo que había ocurrido la primera vez que vino al Santísimo Sacramento.

"De acuerdo", aceptó Dunbar. "Voy a ver si encuentro a ese tal Paul Baker". El detective se puso en pie. "Una cosa más: por fin hemos entrado en el ordenador de Vic Horace, y no te lo vas a creer".

Chase lo dudaba mucho. Después de lo que había pasado hoy, pensaba que muy pocas cosas podían sorprenderla.

Sin embargo, una vez más se equivocó.

"Tenía una relación con Brooke Pettibone. Encontré docenas de emails yendo y viniendo. Algunos de ellos eran bastante picantes. Otros, francamente repugnantes."

"Jesús". Entonces, ¿qué? ¿Ese pedazo de mierda se sintió culpable después de lo que le pasó a Brooke y decidió suicidarse? ¿O sabía lo del Cerebrum y decidió tomarlo para intentar reunirse con ella?". preguntó Chase, negando con la cabeza.

El detective dijo: "No lo sé", pero lo que quería decir era "*No me importa"*.

A decir verdad, Chase tampoco, así que dejó el tema estar.

"Muy bien, voy a terminar aquí". Una vez más, Dunbar emprendió el camino de vuelta hacia la iglesia, que se estaba llenando rápidamente de técnicos del CSU, antes de detenerse por última vez. "¿Qué coño le pasa a tu voz, por cierto, Floyd?"

Floyd se frotó la nuez de Adán.

"Hoy he fumado mi primer cigarrillo".

Dunbar tiró al suelo el humo que había desperdiciado y lo apagó de un pisotón.

"¿Puedo darte un consejo? No tengas un segundo, es un hábito asqueroso".

Chase esperó a que el detective se marchara antes de ponerse en pie.

"Creo que yo también tengo que irme".

Floyd también se levantó. Fue a estrecharle la mano, pero Chase, que no tenía ni idea de dónde habían ido a parar sus guantes, se negó.

En lugar de eso, le abrazó con fuerza.

Cuando por fin se apartó, Floyd la miró directamente a los ojos y le dijo: "¿Estás pensando en volver al FBI, Chase?".

Por regla general, Chase odiaba los eufemismos, las figuras retóricas y las analogías. Pero en este caso concreto, sólo se le ocurría una forma posible de responder.

Agarrando con fuerza el hombro de su compañero, dijo: "El FBI es

como una droga, Floyd, y creo que si algo hemos aprendido en los últimos días es que todas las drogas tienen efectos adversos."

Epílogo

"¿Puedo mirar ahora? Por favor, tía Chase, ¿puedo mirar ahora?"

"No, Georgina, no puedes mirar. No será una sorpresa si miras", dijo Chase mientras aparcaba el coche.

"Pero odio las sorpresas", se quejó Georgina. "Por favor, tía Chase".

"Un segundo, sólo un segundo, espera". Chase salió del coche y dio la vuelta hasta la puerta trasera. La abrió y desabrochó a Georgina. "Mantén los ojos cerrados. Agárrate a mi brazo y te ayudaré a salir del coche".

Georgina gimoteó, pero hizo lo que le pedían; sus pequeñas zapatillas buscaban desesperadamente el suelo. Juntos dieron tres pasos y luego Chase dijo: "Ahora puedes abrir los ojos, Georgina".

Chase miró a su sobrina mientras parpadeaba varias veces.

"¿Qué?", preguntó la chica, confusa. "¿Por qué he vuelto aquí?"

Chase desvió la mirada hacia las puertas abiertas de la Academia Bishop.

"Ya verás".

Louisa apareció en la entrada de la escuela, con sus dos hijos a cuestas. Les seguía de cerca el director Clark.

"Hola, Lawrence. Hola, Brandon", dijo Georgina con una sonrisa confusa. "Hola, Louisa."

"Hola, cariño", respondió Louisa.

Los chicos también saludaron.

Chase se dejó caer sobre sus rodillas y sujetó a su sobrina por los hombros.

"Esta va a ser tu escuela, Georgina", dijo suavemente. "Si quieres que lo sea, por supuesto".

Georgina hizo una mueca.

"En serio, si quieres ir a Bishop's, puedes".

"¿En serio?" la palabra salió como un mero gemido.

A Chase casi se le rompe el corazón.

"De verdad", dijo ella. "Sólo quiero que seas feliz".

Georgina abrazó a Chase con tanta fuerza que ambos estuvieron a punto de caer.

"¡Gracias, gracias, gracias!"

La chica besó descuidadamente a Chase en las mejillas y la frente.

"Muy bien, muy bien, ya basta", dijo Chase con una risita.

Georgina le dio un último beso, esta vez directamente en los labios, antes de retirarse.

Chase se sacudió y se levantó.

"¿Por qué no vas a jugar con Lawrence y Brandon?" Chase sugirió. "Necesito hablar con Louisa."

"Gracias", contestó Georgina por enésima vez antes de salir corriendo con los dos niños. Mientras el señor Clark guiaba a los niños al colegio, Louisa salió a saludar a Chase.

"Me gusta lo que te has hecho en el pelo", comentó Louisa.

Desconcertada, Chase se pasó la mano por la cabeza.

Tenía el pelo un poco más largo de lo que solía tenerlo -como mucho a la altura de los hombros-, pero aparte de eso, se sentía igual.

Al ver la expresión de su cara, Louisa explicó: "Es más claro. Casi como un rubio sucio, ahora. ¿Te lo has teñido o algo?"

Cerebrum. El Cerebrum me está volviendo el pelo blanco.

"Sí, algo así".

"¿Señora Adams? Sólo unos cuantos formularios más que rellenar", informó el director Clark a Chase mientras ella y Louisa caminaban hacia el colegio. "Y estamos muy contentos de que haya elegido Bishop's. A Georgina le va a encantar estar aquí".

Chase asintió.

"Sé que lo hará".

Casi habían llegado al despacho cuando un hombre en bata se puso delante de ellos.

A Chase se le apretó el pecho.

Lo primero que pensó fue que se trataba del padre Greg David. Louisa la sintió tensa y enganchó su brazo al de Chase para asegurarse de que seguían avanzando.

No era el Padre David, por supuesto.

Era el Padre Tony Torino.

"Hola, padre Torino", dijo el director Clark, levantando la mano en un gesto de saludo.

"Buenos días. Ahora, no quiero entrometerme, pero ¿significa esto que la pequeña Georgina va a asistir a Bishop's?"

Chase no podía responder, así que Louisa lo hizo por ella.

"Ya lo creo. Se está matriculando".

"Es una noticia maravillosa", dijo el sacerdote. "Estoy deseando pasar más tiempo con ella".

Por inocua que fuera esta frase, a Chase no le sentó bien.

"Yo no..."

Louisa tiró de su brazo y la boca de Chase se cerró de golpe.

"Venga, vamos."

Mientras la llevaban al despacho del director, Chase no apartaba los ojos del padre Torino.

Y entonces, una fracción de segundo antes de que se perdiera de vista, juraría que vio moverse ligeramente los labios del hombre.

Es real... todo es real.

"¿Qué?"

"He dicho que sólo tiene que rellenar unos formularios", repitió el

director Clark, pensando que la pregunta iba dirigida a él.

Chase firmó rápidamente los formularios, dio las gracias al hombre y apartó a Louisa.

"Ese sacerdote, ¿es... extraño?"

Louisa frunció el ceño.

"¿Padre Torino? No, está bien".

Chase entornó los ojos con desconfianza, pero Louisa ya se había marchado.

"Oye, ¿qué quieres hacer ahora? ¿Ir a algún sitio a celebrarlo? ¿Las clases terminan en menos de una hora y podríamos llevar a los niños a uno de esos restaurantes con máquinas recreativas? ¿Podrías contarme lo que hiciste en la gran ciudad?". Louisa se rió entre dientes. "¿Por qué decidiste teñirte el pelo de gris o blanco o lo que demonios sea?".

Chase dudó antes de contestar.

"Louisa, ¿crees que podrías hacerme un favor? Te agradezco mucho que cuidaras de Georgina cuando estuve en Nueva York, y no quiero agobiarte más, pero..."

"¿Me estás tomando el pelo? Georgina se porta veinte veces mejor que mis hijos, Chase. No fue para tanto. En serio".

Chase asintió y se mordió el labio inferior.

"Bueno, ¿crees que sería mucha molestia si te pidiera que la cuidaras una noche más? ¿Sólo una más?"

Louisa la miró como sólo otra adicta en recuperación podría hacerlo. Finalmente, ella accedió.

"No es un problema, pero ¿está todo bien, Chase?"

Es real... todo es real.

"Sí, todo está bien", mintió. "Todo está perfecto".

***

Chase se sentó a la mesa de la cocina con las luces apagadas. La única iluminación de la cabaña de madera era la luz de la luna que se filtraba por la ventana que había sobre el fregadero.

Cogió su vaso, bebió un sorbo de vino y lo volvió a dejar sobre la mesa.

Ante Chase había tres cosas, aparte del vino, que se había traído de Nueva York.

A su izquierda estaba su placa del FBI, que Floyd había conseguido de algún modo tras los sucesos ocurridos en el Santísimo Sacramento.

A su derecha había una única pastilla Cerebrum, que había encontrado en su bolsillo, aunque no tenía ni idea de cómo había llegado allí.

En el centro estaba la pistola reglamentaria de Chase, cargada con una bala.

"¿Lo *he visto*? ¿Era real?", se preguntó.

Chase cerró los ojos y de la oscuridad empezó a materializarse un rostro.

Un rostro que reconoció.

Era la cara de Georgina, su hermana.

"Esto es real, Chase. Puedes estar conmigo. Sólo tienes que saltar".

Y entonces, con los ojos aún cerrados, Chase extendió la mano y cogió uno de los objetos de la mesa.

Fin

Nota del autor

¡Chase ha vuelto! Ha estado fuera *demasiado* tiempo y la he echado mucho de menos.

Sé que tú también.

Chase es, y siempre será, uno de mis personajes favoritos para escribir. Me recuerda mucho a Humpty Dumpty. Se cae una y otra vez, recoge los pedazos y vuelve a recomponerse. Luego, como el Día de la Marmota, vuelve a caer.

Y otra vez.

Y otra vez.

Creo que eso hace que la quiera aún más... la forma en que sigue luchando incluso cuando las probabilidades están en su contra y hay muchas salidas más fáciles, Chase persevera. A su manera especial, por supuesto.

Fue muy divertido escribir este libro. Fue difícil, no me malinterpreten, pero muy divertido. Disfruté especialmente trayendo a la tripulación de Drake al redil a pesar de que él no aparecía por ninguna parte (por cierto, si quieres saber por qué él y Hanna estaban ausentes, echa un vistazo a STRAW MAN en la serie de Drake).

Espero que algún día Chase y Drake puedan reunirse. Tal vez incluso Beckett, también. Pero, ¿quién sabe?

¿Qué? ¿Crees que lo hago? *Ja*. ¿Me estás tomando el pelo? Yo no controlo a estos animales, ellos me controlan a mí.

La buena noticia es que no tendrás que esperar mucho para otra retorcida aventura de Chase. Volverá, junto con unos cuantos amigos, en YA MUERTOS, que saldrá en menos de dos meses. A menos, claro, que el mundo se vea asolado por otra pandemia.

Cruza los dedos para que eso no ocurra. Por Chase, por ti, por mí, por todos.

Mantente feliz, sano y salvo, #thrillogans.

Tú sigue leyendo, yo seguiré escribiendo.

Pat
Montreal, 2021

P.D. Si quieres estar al día o simplemente echarte unas risas, puedes seguirme en todas las redes sociales (Facebook, Instagram y Tik Tok - todas @authorpatricklogan).

P.P.D. Puedes apoyar a tu serie favorita haciéndote con una gorra, un bloc de notas, una sudadera o una taza de la marca #*thrillogan*. Visita https://streamlabs.com/patricklogan2/merch.

SIGA DESPLAZÁNDOSE PARA VER UN ADELANTO DEL LIBRO 9th DE LA SERIE CHASE ADAMS, YA MUERTO.

Ya muerto

Prólogo

La muerte es un curioso estado del ser.

O, más exactamente, lo sería si tuviera algún estado alternativo con el que compararlo. Por desgracia, Ruth Pierce, de 22 años, nunca tuvo ese lujo.

Si bien es cierto que respiraba y que de vez en cuando comía, aunque escasamente y sólo cuando se le indicaba explícitamente que lo hiciera, Ruth no estaba realmente viva.

No en su opinión, al menos.

Y tal vez ésta fuera una de las razones por las que nadie le prestaba atención. Eso, y el hecho de que estaba sucia, con el pelo oscuro y enmarañado cubriéndole la mayor parte de la cara, y apestaba a orina y heces. Ruth estaba sentada sola en la acera, con la espalda cubierta de harapos apoyada contra una pared de ladrillo. El edificio sobre el que descansaba estaba desocupado, pero eso no tenía nada que ver con su presencia.

Ese honor recayó en el club nocturno situado a menos de diez metros. Aunque este local atraía a algunos de los clientes más adinerados de Columbus, la música era ruidosa y detestable.

Si Ruth hubiera pensado en el edificio ante el que merodeaba, habría llegado a la conclusión de que probablemente permanecería vacío durante algunos años.

Al anonimato de Ruth contribuía el hecho de que, cuando la mayoría de los clientes salían del club y abandonaban la comodidad de las luces de neón -que, irónicamente, o quizás por idiotez, deletreaban el nombre del club, que casualmente era NEON-, giraban a la derecha. Luego caminaban, tropezaban y se caían hasta la zona de recogida de taxis, Uber, Lyft y prostitutas. Entonces se montaban en el coche y gritaban al conductor que iban a la parte rica de la ciudad; no, no a *esa* parte, con los viejos estirados con su dinero antiguo, sino a la parte *nueva*. La parte donde vivían los criptomillonarios. Donde el tacto y lo hortera se habían invertido de alguna manera.

Nadie giró a la izquierda fuera de NEON, nadie se dirigió hacia el aparcamiento y se encontró sin querer con la chica muerta que olía mal.

Bueno, tal vez no *nadie*. Había una persona que había conducido hasta el club esta noche. Un hombre que normalmente utilizaba un servicio de coches, pero que esta noche se lo había tomado con calma. El Dr. Wayne Griffith III tenía una operación programada para la mañana: iba a realizar un aumento de pecho a la esposa de un

congresista local, y quería estar fresco. No se trataba sólo de que fuera amigo tanto del congresista como de su esposa, sino de que hacer un trabajo excepcional le daría más trabajo de clientes de alto perfil. El negocio iba bien, incluso genial, pero por si acaso las cosas con la señora Griffith III no llegaban a buen puerto, Wayne necesitaba asegurarse de que tenía suficiente dinero para mantener los hábitos de ambos, o al menos el cincuenta por ciento de ellos.

Por desgracia, la mujer que colgaba del brazo de Wayne sugería que la resolución de sus conflictos matrimoniales no iba en una dirección positiva.

"Estoy aparcado aquí", dijo, guiando a Julia hacia el edificio abandonado.

A diferencia de algunos de los hombres que salían de NEON con una o varias acompañantes femeninas, Wayne sabía el nombre de la chica que llevaba del brazo: Julia Dreger. Era alguien que le importaba de verdad, lo que hacía que la operación de mañana fuera aún más importante.

No estaba seguro de querer que las cosas con la Sra. Griffith III se volvieran copacéticas.

Además, ambos necesitaban empezar de nuevo, hacía tiempo que debían haberlo hecho. Las cosas no habían sido lo mismo desde que Rebecca se fue.

Y eso fue hace dos años.

"¿Estás bien para conducir?" preguntó Julia. Tenía los labios pintados de rojo intenso y, cuando hablaba, no llegaban a rozarse. Había bebido bastante más que él.

"Estaré bien. Yo sólo..."

Un cruce entre un gruñido y un gemido le interrumpió en mitad de la frase. Puede que la mayoría de la gente ni siquiera lo hubiera notado o supusiera que se trataba simplemente de uno de esos sonidos generados por la noche, pero Wayne no.

Lo había oído antes, años atrás, cuando Wayne era residente en Urgencias. Dos veces, para ser exactos. Pero ambas experiencias fueron lo suficientemente inquietantes como para que se le quedaran grabadas durante más de dos décadas.

Era un estertor.

"¿Wayne?" preguntó Julia mientras se ajustaba la blusa blanca. Los dos botones superiores estaban desabrochados, dejando al descubierto unos pechos grandes y redondos. La mayoría de los hombres que no compartían la experiencia profesional de Wayne habrían supuesto que eran falsos.

Sabía que eran muy reales.

Con o sin estertores, Wayne estaba distraído, aunque sólo fuera por un momento.

"¿Has oído eso?", preguntó, apartando la mirada del pecho de Julia y escudriñando los alrededores. Sólo funcionaba una de las tres farolas más cercanas y la triste luz amarilla que emitía no revelaba más que una acera vacía.

"No he oído nada", miró por encima del hombro. "Excepto la música".

Intentó hacer avanzar a Wayne, pero él permaneció anclado.

"Espera un momento".

Cuando los ojos de Wayne se adaptaron a la tenue iluminación, observó el oscuro edificio situado junto a NEON.

Después de casi treinta segundos, por fin localizó el origen del sonido: alguien estaba acurrucado en lo que podrían ser toallas sucias o una manta y apoyado torpemente contra la pared de ladrillo.

"¿Hola? ¿Estás bien?", preguntó tímidamente.

"Wayne, vámonos", instó Julia. "Por favor."

A Wayne se le erizaron los pelos de la nuca y sintió que le invadía una extraña sensación de inquietud. Había algo extrañamente antinatural en la situación y, fuera lo que fuese, había activado su sistema nervioso autónomo.

Wayne anuló la respuesta de lucha o huida y se acercó a la persona desplomada contra la pared. Su deber como médico era comprobar si se encontraba bien y si necesitaba ayuda, como sin duda era el caso.

Julia no sintió tal compulsión y permaneció unos metros más atrás.

"¿Hola?" Cuanto más se acercaba Wayne a la figura, más fuerte se hacía el olor. Había los olores característicos de la vagancia -orina agria, heces pútridas-, pero también había algo más. Algo mucho peor.

Wayne se vio obligado a taparse la nariz y la boca con el codo.

"¿Perdón?"

Extendió la mano libre para tocar lo que creía que era el hombro de la figura y, al hacerlo, el gemido se repitió.

El sonido estaba tan cargado de dolor y angustia que provocó escalofríos a Wayne.

Uno de los que ahora veía como harapos se deslizó hacia abajo, revelando un brazo desnudo.

Wayne había visto muchas cosas que habrían hecho vomitar a otros hombres, pero era la primera vez que casi sucumbía a las ganas.

El olor que parecía abordar no sólo su nariz, sino todos sus sentidos a la vez, derivaba de la carne humana en descomposición. El brazo desnudo estaba cubierto de pústulas exudativas, la mayoría rodeadas de zonas oscuras de piel necrótica.

"Jesucristo", susurró Wayne mientras retrocedía.

La figura se movía, sólo un leve temblor, pero aún así resultaba sorprendente: era casi inconcebible que alguien con ese grado de putrefacción y gangrena pudiera seguir vivo.

"¿Julia?" Al no obtener respuesta, Wayne giró la cabeza. Julia había olido claramente el hedor porque se había echado hacia atrás. "Llama al 911. Diles...", se detuvo cuando la mujer levantó una mano y señaló no a Wayne, sino detrás de él.

"¡Wayne! *¡Wayne!*"

Un movimiento en el rabillo del ojo de Wayne atrajo de nuevo su mirada hacia el cadáver putrefacto.

Vio un destello de pelo grasiento, y unos ojos reumáticos y sin vida. Lo que no vio hasta que fue demasiado tarde, fue el cuchillo en la mano que no estaba expuesta.

"Tienes que quedarte quieto", imploró. "La ayuda es..."

La figura, que ahora veía que era una mujer, se abalanzó sobre él. Fue tan inesperado que Wayne se desplomó, aunque su atacante no podía pesar más que un perro pequeño.

Un lado de su cuello seguía cubierto con el pliegue de su codo, pero el otro estaba al descubierto.

La mujer no dudó. Clavó el cuchillo en la suave bolsa de carne justo debajo de la mandíbula de Wayne. Instintivamente, Wayne la empujó hacia atrás, lo que resultó ser un error. Antes de que la hoja se soltara, le atravesó desde la mandíbula hasta debajo de la barbilla, llenándole la boca y el esófago de sangre.

"¡Wayne!", oyó gritar a Julia desde algún lugar detrás de él. Intentó ponerse en pie, pero se tambaleó. Había sangre por todas partes.

Wayne intentó desesperadamente ejercer presión sobre su garganta, utilizando ambas manos, pero el líquido caliente y viscoso salía rociado de entre sus dedos. Era como intentar taponar una fuga en la presa Hoover con una bolita de plastilina.

"Julia", intentó decir, pero la palabra se convirtió en un desastre descuidado y húmedo en sus labios.

Wayne experimentó un único momento de claridad antes de que la oscuridad se apoderara de él.

Vio a su agresor levantar la espada cubierta de su sangre. La vio mirar hacia el cielo y apartarse de la cara mechones de pelo saturados de aceite.

Entonces vio a la mujer enfermiza clavarse el cuchillo que le había quitado la vida en su propia garganta y arrastrarlo sin un solo momento de indecisión.

PARTE I - Duelo

Capítulo 1

"Georgie, tienes que prepararte antes", regañó Chase. "No puedes llegar tarde todo el tiempo".

Metió la fiambrera de su sobrina en la mochila arco iris. La cremallera protestó ruidosamente mientras luchaba por contener el contenido de la bolsa.

Jesús, ¿de verdad tenía que llevar tanta mierda al colegio cuando era niño?

"Tuve problemas para dormir", dijo Georgina Adams al girarse para mirar a Chase.

Aunque iban con retraso -*otra* vez- y a pesar de las amenazas del conductor del autobús, el señor Edwards, de que si no estaban en la parada a las ocho y cuarto, se iría sin ellos, Chase no iba a dejar pasar este comentario.

"¿Por qué no? ¿Malos sueños?", preguntó mientras observaba a Georgina.

La chica no mentía, eso era seguro; tenía ojeras, que resaltaban sobre su piel pálida. Los ojos estaban vidriosos.

El primer pensamiento que me vino a la mente fue que Georgina estaba siendo acosada, que de alguna manera, se habían enterado de su pasado y se estaban burlando de ella.

Chase negó con la cabeza.

Era poco probable. La Academia Bishop no sólo tenía una política de un solo golpe contra el acoso, sino que Lawrence y Brandon habían tomado a la chica bajo su protección y la cuidaban.

No dejarían que le pasara algo, o se enfrentarían a la ira de Louisa.

"No lo sé", dijo Georgina encogiéndose de hombros. "Creo que sí, sólo que no puedo recordarlos".

Cuando la chica apartó la mirada, Chase sospechó que mentía. Pero en lugar de retarla al respecto, lo que sólo haría que ella levantara un muro más fortificado, Chase le preguntó suavemente: "¿Quieres hablar de ello?".

Cuando vio el conflicto en la cara de Georgina, Chase casi deseó que hubieran sido matones. Sabía cómo lidiar con los matones. El estrés psicológico que Georgina estaba experimentando, ella no. Sin embargo, la falta de voluntad de la chica para discutir la base de sus problemas, por frustrante que fuera, era algo con lo que Chase podía identificarse.

"No", dijo Georgina, su voz apenas un paso por encima de un susurro. "No me acuerdo".

Necesita ayuda, pensó Chase. *Y por mucho que quiera, no estoy capacitado para dársela.*

Aunque su estancia con el Dr. Matteo no había sido ni mucho menos una panacea, Chase no podía negar la influencia del hombre. Había identificado astutamente sus desencadenantes y le había ofrecido mecanismos de afrontamiento adecuados.

El buen doctor también le había proporcionado técnicas para evitar caer en la degeneración.

No fue su culpa que Chase eligiera un camino diferente.

Pero quizá el doctor Matteo, o alguien como él, pudiera ayudar a Georgina antes de que su obstinación se afianzara.

Ahora, ya con diez minutos de retraso para coger el autobús, sin embargo, no era momento para psicoanálisis.

"Está bien, cariño. Date prisa, ¿vale? No queremos perder el autobús".

Georgina asintió y le mostró la espalda. Mientras se ataba los zapatos, Chase se puso la mochila, que pesaba tanto que casi derriba a la chica.

Con un gruñido, Georgina se levantó y juntas corrieron hacia la puerta.

A ninguno de los dos le sorprendió que el autobús estuviera esperando al final de la calle. Al entrecerrar los ojos bajo el sol de primera hora de la mañana, Chase vio la silueta familiar del señor Edwards a través del parabrisas delantero. El hombre estaba construido como un muñeco de nieve, hecho en su mayor parte de formas redondas. En lugar de nieve, estaba cubierto de una capa de pelusa gris parecida al rocío.

Chase no podía ver la expresión del hombre a esta distancia, pero sabía qué cara estaba poniendo.

"Mierda", refunfuñó Chase. Puso la mano en la espalda de Georgina y la guió hacia el camino de grava.

"Me debes un dólar", dijo Georgina, con un tono repentinamente jovial.

"No, me deberás un dólar si tengo que llevarte hoy", replicó Chase.

Echaron a correr cuando el autobús empezó a rodar. Chase no estaba seguro de si el señor Edwards la había visto, pero el momento parecía terriblemente sospechoso.

"¡Vamos! *¡Deprisa!"*

El Sr. Edwards los vio o decidió no castigarlos más y paró el autobús.

Resoplando, Chase llegó a la puerta antes que Georgina.

Como estaba previsto, el Sr. Edwards parecía haberse tragado un puñado de púas de puercoespín.

"Lo siento", dijo Chase entre jadeos. Levantó una mano. "Es culpa mía, lo siento".

Su disculpa preventiva no sirvió para disuadir al Sr. Edwards de

reprender a Chase como si fuera una ocupante indisciplinada de su sagrado autobús amarillo.

"Todos los días de esta semana".

"Lo sé, es sólo que..."

"Ha llegado tarde todos los días de esta semana, señora Adams", continuó el señor Edwards como si ella no hubiera hablado.

Sra. Adams.

No era "señora", pero era casi igual de malo. Tal vez incluso peor.

Lo que el Sr. Edwards no sabía ni podía saber es que Brad, el marido de Chase, le había enviado los papeles del divorcio a principios de mes.

Los papeles del divorcio junto con una solicitud de custodia exclusiva de su hijo, Félix.

Al más puro estilo Chase Adams, su respuesta inicial había sido de rabia. Pero una vez pasado ese *momento,* se dio cuenta de que el hombre al que una vez había amado intentaba hacer lo correcto.

Había seguido adelante, literalmente. Con su permiso, Brad se había trasladado a Suecia por motivos de trabajo y se había llevado a Felix con él. El hombre había hecho numerosos intentos de ponerse en contacto con ella durante los años siguientes, sobre todo para tratar de fomentar la poca relación que le quedaba con su hijo, pero Chase había rechazado el contacto.

Se había dicho a sí misma que era para protegerlos de ella, pero probablemente era mentira.

Lo más probable es que se debiera a su sentimiento de culpa, cuyo germen había sido el secuestro de su hermana décadas atrás. Pero de eso hacía mucho tiempo. Desde entonces, la semilla había brotado y había crecido un árbol. Las raíces eran su drogadicción, el tronco la muerte de su hermana y la rama principal la herida casi mortal de Stitts. Otras ramas incluían a Drake, Beckett, Floyd, Hanna, Louisa, Tom, Georgina... la lista seguía y seguía.

Si no te perdonas, Chase, nunca podrás seguir adelante, le había dicho el Dr. Matteo.

Pero no quería seguir adelante, significara eso lo que significara. Chase sólo quería vivir el momento, que resultaba ser un pozo negro de culpa y lástima.

Así era ella, y no se podía cambiar.

"Lo siento, no volverá a ocurrir", dijo Chase, mientras acompañaba a Georgina al autobús. "Adiós, cariño, te quiero."

Georgina se giró en el segundo escalón, con una sonrisa genuina en la cara.

"Yo también te quiero, Chase."

"No, no lo hará", refunfuñó el Sr. Edwards. "Porque la próxima vez, no esperaré".

Chase se mordió la lengua hasta que el polvo de los neumáticos del autobús se arremolinó a su alrededor.

"Ni de coña".

Sintió una punzada en la boca del estómago al ver desaparecer el autobús entre la bruma.

El Sr. Edwards no importaba. El hecho de que llegaran tarde cada mañana no importaba. Los papeles del divorcio tampoco importaban.

Lo que importaba era que Georgina estuviera fuera de la vista de Chase.

Y eso significaba que existía la posibilidad, por remota que fuera, de que alguien se la llevara.

Capítulo 2

Chase acababa de terminar su carrera matutina de ocho kilómetros y estaba a punto de meterse en la ducha cuando sonó su teléfono.

Después de lo ocurrido en Nueva York, ya no le daba miedo, pero seguía guardado en la mesa junto a la puerta principal. Chase se acercó y abrió el cajón. Lo primero que vio no fue el móvil, sino la funda de su pistola. Dentro no sólo estaba su pistola y su placa del FBI, sino también la última pastilla de Cerebrum.

Quizá el último de su especie en la Tierra.

Volvió a sonar el teléfono, lo cogió y cerró el cajón de golpe. Normalmente, Chase inspeccionaría el número antes de contestar, pero necesitaba olvidarse de la píldora e incluso un vendedor telefónico podía servir para ese propósito.

Además, podría ser Louisa llamando o la escuela.

Puede que le haya pasado algo a Georgina.

"¿Hola?", preguntó desesperada.

"Sí, estoy... ¿Estoy buscando al agente especial Chase Adams?"

No era Louisa, y en la escuela, al igual que el Sr. Edwards, sólo la conocían como la Sra. Adams. Esto no empezaba bien.

"¿Quién es?"

Chase se quitó el teléfono de la oreja y miró la pantalla. El número no figuraba en la guía.

"Soy Terrence Conway, del TBI". El hombre, que tenía un suave y tranquilizador acento sureño, hizo una pausa, esperando claramente que su nombre le sonara. Cuando no lo hizo, continuó: "¿Es... es el agente Adams? Porque trabajamos juntos en un caso hace un par de años".

La vista de Chase se estrechó de repente.

Terrence Conway... Terrence Conway...

No me sonaba de nada.

"Lo siento", respondió secamente. "Ya no estoy con el FBI, pero este es Chase. Si necesita que alguien testifique, por favor póngase en contacto con..."

"No, no necesito que nadie testifique. Sólo quería hablar con usted sobre los hermanos Jalston".

A Chase se le cortó la respiración y se le escapó el teléfono de las manos. La esquina golpeó el suelo y una telaraña de cristales rotos atravesó la pantalla.

No hizo ningún movimiento para recogerlo.

¿"Agente Adams"? ¿Chase? ¿Sigues ahí?"

Chase respiró hondo y cerró los ojos.

Vive el momento.

Pero cuando la gorda cara de Brian Jalston y sus icónicas gafas de sol de aviador aparecieron en su mente, el momento en el que ella existía no era el presente. Era el pasado.

Y su pasado era oscuro.

Chase apretó la mandíbula y cogió el teléfono.

"Sí, estoy aquí", dijo, con la voz llena de ira.

Hacía tanto tiempo que Chase no oía pronunciar el nombre de Jalston en voz alta que le resultaba extraño. Pero no así los sentimientos que despertaba en su interior.

Me resultaban extrañamente familiares.

"Y me acuerdo de ti".

Junto a las imágenes de Brian Jalston en su mente estaban las de Terrence Conway. Los dos hombres no podían ser más opuestos en casi todos los aspectos. Terrence tenía la piel oscura, en contraste con la rosada y quemada por el sol de Brian, y era delgado en lugar de esponjoso.

Terrence también había sido fundamental para ayudar a Chase a encontrar a los dos hombres responsables del secuestro de Georgina. Además, el hombre había mirado convenientemente hacia otro lado cuando Chase se había vengado de uno de los hermanos.

"Chase, tengo algunas noticias inquietantes que pensé que deberías saber."

Chase tenía la esperanza de que Terrence la llamara para decirle que el hombre había muerto. Que Brian se había suicidado en la cárcel o que alguien había asesinado a ese pedazo de mierda violador de niños.

"¿Qué?"

No era la forma más amistosa de inquisición, pero su mandíbula estaba tan apretada que era todo lo que podía hacer.

"No sé otra forma de decirlo, pero..."

"Sólo dilo".

Terrence se aclaró la garganta.

"Brian Jalston será liberado la próxima semana. Pensé que querrías saberlo".

Por segunda vez en un minuto, el teléfono amenazó con caerse de la mano de Chase. Esta vez, logró ajustar su agarre y luego apretó los lados con la fuerza suficiente para extender las grietas de la pantalla.

"Me estás tomando el pelo. Tienes que estar bromeando."

"Me gustaría ser-lo siento, Chase. Esto no es una broma. Brian va a salir."

Ninguna respiración acompasada era suficiente para calmarla.

"¿Ese pedazo de mierda secuestró a cuántas chicas? ¿A cuatro? Y eso sin contar a las otras... sin contar a mi hermana. ¿Cómo coño va a salir, Terrence? Dime cómo *coño va a salir* ese enfermo de mierda".

Hubo una breve pausa y ella pudo oír lo que parecía el roce de la oreja de Terrence contra el teléfono mientras negaba con la cabeza.

"Inicialmente se le acusó de cuatro cargos de secuestro especialmente agravado con una pena mínima de quince años por cada uno. El fiscal estaba preparado para ir a juicio, pero las cosas se... complicaron".

"¿Qué quieres decir con complicado?"

Otra pausa, esta vez el doble de larga que la primera.

"Su hermano, Chase. Brian empezó a hablar de su hermano, Tim, de cómo... bueno, empezó a armar jaleo".

Terrence no necesitó decir las palabras-Chase sabía lo que quería decir ahora. Recordaba haber estado a punto de ser violada por aquel cabrón flacucho. También recordaba haberle cortado el cuello de oreja a oreja.

"Sí, pero sólo ha sido..."

¿Cuánto tiempo había pasado, se preguntó Chase? *¿Dos años? ¿Tres? Cuatro como mucho*.

Habían pasado muchas cosas desde entonces, desde el asesinato de su hermana hasta la búsqueda y adopción de Georgina.

"Dos años y medio, casi tres. El fiscal llegó a un acuerdo, lo eliminó especialmente por el hermano del hombre. Agravado fue, también, cuando el..." Terrence suspiró. "Cuando las mujeres se presentaron y hablaron en su favor".

Chase estaba cabizbajo. Hubo un tiempo en que Georgina había sido una de esas mujeres. Tal vez aún lo era, al final. En cualquier caso, su destino era probablemente peor.

"Entonces, después de servir dos años, Brian se presentó con información sobre..."

"Para", susurró Chase. "Para. Por favor".

Su ira se había transformado en tristeza y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Terrence se quedó callado mientras ella se serenaba.

"Voy a verle". Chase respiró entrecortadamente. "Vengo a Tennessee a ver a Brian Jalston".

Terrence gruñó.

"Dijiste que no eras del FBI..."

"No me importa. Ya voy".

"Chase, es-Escucha, creo que de alguna manera Brian anticipó esto. Se niega a hablar con nadie, ni siquiera con sus mujeres hasta que..."

Chase añadió incredulidad a su tsunami de emociones.

"*¿Todavía* vienen a verlo? ¿Después de todo?"

"Joder", dijo Terrence, claramente abatido. "Sí, lo han estado viendo todas las semanas desde que lo encerraron".

Nada de esto tenía sentido para Chase. Los había liberado, había

roto el hechizo que Brian y Timothy Jalston tenían sobre ellos.

Y, sin embargo, se habían quedado.

¿Por qué?

"Lo siento mucho, Chase. De todos modos, pensé que deberías saberlo".

Al sentir que Terrence estaba terminando la conversación, Chase se animó.

"Ya voy", afirmó desafiante. "Voy a bajar".

"No habla con nadie. Ni siquiera con su abogado. Sólo estarás desperdiciando..."

Chase gruñó.

"Oh, sí que hablará conmigo. Puedes apostar tu puto culo a que hablará conmigo".

"Chase, yo no..."

Chase se sintió mal por colgarle a Terrence porque el tipo le caía realmente bien.

Pero hubo un tiempo para hacer amigos, y hubo un tiempo para aplastar a tus enemigos.

Y no había mayor enemigo en este mundo para Chase Adams que Brian Jalston.

Ya muerto

Prólogo

La muerte es un curioso estado del ser.

O, más exactamente, lo sería si tuviera algún estado alternativo con el que compararlo. Por desgracia, Ruth Pierce, de 22 años, nunca tuvo ese lujo.

Si bien es cierto que respiraba y que de vez en cuando comía, aunque escasamente y sólo cuando se le indicaba explícitamente que lo hiciera, Ruth no estaba realmente viva.

No en su opinión, al menos.

Y tal vez ésta fuera una de las razones por las que nadie le prestaba atención. Eso, y el hecho de que estaba sucia, con el pelo oscuro y enmarañado cubriéndole la mayor parte de la cara, y apestaba a orina y heces. Ruth estaba sentada sola en la acera, con la espalda cubierta de harapos apoyada contra una pared de ladrillo. El edificio sobre el que descansaba estaba desocupado, pero eso no tenía nada que ver con su presencia.

Ese honor recayó en el club nocturno situado a menos de diez metros. Aunque este local atraía a algunos de los clientes más adinerados de Columbus, la música era ruidosa y detestable.

Si Ruth hubiera pensado en el edificio ante el que merodeaba, habría llegado a la conclusión de que probablemente permanecería vacío durante algunos años.

Al anonimato de Ruth contribuía el hecho de que, cuando la mayoría de los clientes salían del club y abandonaban la comodidad de las luces de neón -que, irónicamente, o quizás por idiotez, deletreaban el nombre del club, que casualmente era NEON-, giraban a la derecha. Luego caminaban, tropezaban y se caían hasta la zona de recogida de taxis, Uber, Lyft y prostitutas. Entonces se montaban en el coche y gritaban al conductor que iban a la parte rica de la ciudad; no, no a *esa* parte, con los viejos estirados con su dinero antiguo, sino a la parte *nueva*. La parte donde vivían los criptomillonarios. Donde el tacto y lo hortera se habían invertido de alguna manera.

Nadie giró a la izquierda fuera de NEON, nadie se dirigió hacia el aparcamiento y se encontró sin querer con la chica muerta que olía mal.

Bueno, tal vez no *nadie*. Había una persona que había conducido hasta el club esta noche. Un hombre que normalmente utilizaba un servicio de coches, pero que esta noche se lo había tomado con calma. El Dr. Wayne Griffith III tenía una operación programada para la mañana: iba a realizar un aumento de pecho a la esposa de un

congresista local, y quería estar fresco. No se trataba sólo de que fuera amigo tanto del congresista como de su esposa, sino de que hacer un trabajo excepcional le daría más trabajo de clientes de alto perfil. El negocio iba bien, incluso genial, pero por si acaso las cosas con la señora Griffith III no llegaban a buen puerto, Wayne necesitaba asegurarse de que tenía suficiente dinero para mantener los hábitos de ambos, o al menos el cincuenta por ciento de ellos.

Por desgracia, la mujer que colgaba del brazo de Wayne sugería que la resolución de sus conflictos matrimoniales no iba en una dirección positiva.

"Estoy aparcado aquí", dijo, guiando a Julia hacia el edificio abandonado.

A diferencia de algunos de los hombres que salían de NEON con una o varias acompañantes femeninas, Wayne sabía el nombre de la chica que llevaba del brazo: Julia Dreger. Era alguien que le importaba de verdad, lo que hacía que la operación de mañana fuera aún más importante.

No estaba seguro de querer que las cosas con la Sra. Griffith III se volvieran copacéticas.

Además, ambos necesitaban empezar de nuevo, hacía tiempo que debían haberlo hecho. Las cosas no habían sido lo mismo desde que Rebecca se fue.

Y eso fue hace dos años.

"¿Estás bien para conducir?" preguntó Julia. Tenía los labios pintados de rojo intenso y, cuando hablaba, no llegaban a rozarse. Había bebido bastante más que él.

"Estaré bien. Yo sólo..."

Un cruce entre un gruñido y un gemido le interrumpió en mitad de la frase. Puede que la mayoría de la gente ni siquiera lo hubiera notado o supusiera que se trataba simplemente de uno de esos sonidos generados por la noche, pero Wayne no.

Lo había oído antes, años atrás, cuando Wayne era residente en Urgencias. Dos veces, para ser exactos. Pero ambas experiencias fueron lo suficientemente inquietantes como para que se le quedaran grabadas durante más de dos décadas.

Era un estertor.

"¿Wayne?" preguntó Julia mientras se ajustaba la blusa blanca. Los dos botones superiores estaban desabrochados, dejando al descubierto unos pechos grandes y redondos. La mayoría de los hombres que no compartían la experiencia profesional de Wayne habrían supuesto que eran falsos.

Sabía que eran muy reales.

Con o sin estertores, Wayne estaba distraído, aunque sólo fuera por un momento.

"¿Has oído eso?", preguntó, apartando la mirada del pecho de Julia y escudriñando los alrededores. Sólo funcionaba una de las tres farolas más cercanas y la triste luz amarilla que emitía no revelaba más que una acera vacía.

"No he oído nada", miró por encima del hombro. "Excepto la música".

Intentó hacer avanzar a Wayne, pero él permaneció anclado.

"Espera un momento".

Cuando los ojos de Wayne se adaptaron a la tenue iluminación, observó el oscuro edificio situado junto a NEON.

Después de casi treinta segundos, por fin localizó el origen del sonido: alguien estaba acurrucado en lo que podrían ser toallas sucias o una manta y apoyado torpemente contra la pared de ladrillo.

"¿Hola? ¿Estás bien?", preguntó tímidamente.

"Wayne, vámonos", instó Julia. "Por favor."

A Wayne se le erizaron los pelos de la nuca y sintió que le invadía una extraña sensación de inquietud. Había algo extrañamente antinatural en la situación y, fuera lo que fuese, había activado su sistema nervioso autónomo.

Wayne anuló la respuesta de lucha o huida y se acercó a la persona desplomada contra la pared. Su deber como médico era comprobar si se encontraba bien y si necesitaba ayuda, como sin duda era el caso.

Julia no sintió tal compulsión y permaneció unos metros más atrás.

"¿Hola?" Cuanto más se acercaba Wayne a la figura, más fuerte se hacía el olor. Había los olores característicos de la vagancia -orina agria, heces pútridas-, pero también había algo más. Algo mucho peor.

Wayne se vio obligado a taparse la nariz y la boca con el codo.

"¿Perdón?"

Extendió la mano libre para tocar lo que creía que era el hombro de la figura y, al hacerlo, el gemido se repitió.

El sonido estaba tan cargado de dolor y angustia que provocó escalofríos a Wayne.

Uno de los que ahora veía como harapos se deslizó hacia abajo, revelando un brazo desnudo.

Wayne había visto muchas cosas que habrían hecho vomitar a otros hombres, pero era la primera vez que casi sucumbía a las ganas.

El olor que parecía abordar no sólo su nariz, sino todos sus sentidos a la vez, derivaba de la carne humana en descomposición. El brazo desnudo estaba cubierto de pústulas exudativas, la mayoría rodeadas de zonas oscuras de piel necrótica.

"Jesucristo", susurró Wayne mientras retrocedía.

La figura se movía, sólo un leve temblor, pero aún así resultaba sorprendente: era casi inconcebible que alguien con ese grado de putrefacción y gangrena pudiera seguir vivo.

"¿Julia?" Al no obtener respuesta, Wayne giró la cabeza. Julia había olido claramente el hedor porque se había echado hacia atrás. "Llama al 911. Diles...", se detuvo cuando la mujer levantó una mano y señaló no a Wayne, sino detrás de él.

"¡Wayne! *¡Wayne!*"

Un movimiento en el rabillo del ojo de Wayne atrajo de nuevo su mirada hacia el cadáver putrefacto.

Vio un destello de pelo grasiento, y unos ojos reumáticos y sin vida. Lo que no vio hasta que fue demasiado tarde, fue el cuchillo en la mano que no estaba expuesta.

"Tienes que quedarte quieto", imploró. "La ayuda es..."

La figura, que ahora veía que era una mujer, se abalanzó sobre él. Fue tan inesperado que Wayne se desplomó, aunque su atacante no podía pesar más que un perro pequeño.

Un lado de su cuello seguía cubierto con el pliegue de su codo, pero el otro estaba al descubierto.

La mujer no dudó. Clavó el cuchillo en la suave bolsa de carne justo debajo de la mandíbula de Wayne. Instintivamente, Wayne la empujó hacia atrás, lo que resultó ser un error. Antes de que la hoja se soltara, le atravesó desde la mandíbula hasta debajo de la barbilla, llenándole la boca y el esófago de sangre.

"¡Wayne!", oyó gritar a Julia desde algún lugar detrás de él. Intentó ponerse en pie, pero se tambaleó. Había sangre por todas partes.

Wayne intentó desesperadamente ejercer presión sobre su garganta, utilizando ambas manos, pero el líquido caliente y viscoso salía rociado de entre sus dedos. Era como intentar taponar una fuga en la presa Hoover con una bolita de plastilina.

"Julia", intentó decir, pero la palabra se convirtió en un desastre descuidado y húmedo en sus labios.

Wayne experimentó un único momento de claridad antes de que la oscuridad se apoderara de él.

Vio a su agresor levantar la espada cubierta de su sangre. La vio mirar hacia el cielo y apartarse de la cara mechones de pelo saturados de aceite.

Entonces vio a la mujer enfermiza clavarse el cuchillo que le había quitado la vida en su propia garganta y arrastrarlo sin un solo momento de indecisión.

PARTE I - Duelo

Capítulo 1

"Georgie, tienes que prepararte antes", regañó Chase. "No puedes llegar tarde todo el tiempo".

Metió la fiambrera de su sobrina en la mochila arco iris. La cremallera protestó ruidosamente mientras luchaba por contener el contenido de la bolsa.

Jesús, ¿de verdad tenía que llevar tanta mierda al colegio cuando era niño?

"Tuve problemas para dormir", dijo Georgina Adams al girarse para mirar a Chase.

Aunque iban con retraso -*otra* vez- y a pesar de las amenazas del conductor del autobús, el señor Edwards, de que si no estaban en la parada a las ocho y cuarto, se iría sin ellos, Chase no iba a dejar pasar este comentario.

"¿Por qué no? ¿Malos sueños?", preguntó mientras observaba a Georgina.

La chica no mentía, eso era seguro; tenía ojeras, que resaltaban sobre su piel pálida. Los ojos estaban vidriosos.

El primer pensamiento que me vino a la mente fue que Georgina estaba siendo acosada, que de alguna manera, se habían enterado de su pasado y se estaban burlando de ella.

Chase negó con la cabeza.

Era poco probable. La Academia Bishop no sólo tenía una política de un solo golpe contra el acoso, sino que Lawrence y Brandon habían tomado a la chica bajo su protección y la habían cuidado.

No dejarían que le pasara algo, o se enfrentarían a la ira de Louisa.

"No lo sé", dijo Georgina encogiéndose de hombros. "Creo que sí, sólo que no puedo recordarlos".

Cuando la chica apartó la mirada, Chase sospechó que mentía. Pero en lugar de retarla al respecto, lo que sólo haría que ella levantara un muro más fortificado, Chase le preguntó suavemente: "¿Quieres hablar de ello?".

Cuando vio el conflicto en la cara de Georgina, Chase casi deseó que hubieran sido matones. Sabía cómo lidiar con los matones. El estrés psicológico que Georgina estaba experimentando, ella no. Sin embargo, la falta de voluntad de la chica para discutir la base de sus problemas, por frustrante que fuera, era algo con lo que Chase podía identificarse.

"No", dijo Georgina, su voz apenas un paso por encima de un susurro. "No me acuerdo".

Necesita ayuda, pensó Chase. *Y por mucho que quiera, no estoy capacitado para dársela.*

Aunque su estancia con el Dr. Matteo no había sido ni mucho menos una panacea, Chase no podía negar la influencia del hombre. Había identificado astutamente sus desencadenantes y le había ofrecido mecanismos de afrontamiento adecuados.

El buen doctor también le había proporcionado técnicas para evitar caer en la degeneración.

No fue su culpa que Chase eligiera un camino diferente.

Pero quizá el doctor Matteo, o alguien como él, pudiera ayudar a Georgina antes de que su obstinación se afianzara.

Ahora, ya con diez minutos de retraso para coger el autobús, sin embargo, no era momento para psicoanálisis.

"Está bien, cariño. Date prisa, ¿vale? No queremos perder el autobús".

Georgina asintió y le mostró la espalda. Mientras se ataba los zapatos, Chase se puso la mochila, que pesaba tanto que casi derriba a la chica.

Con un gruñido, Georgina se levantó y juntas corrieron hacia la puerta.

A ninguno de los dos le sorprendió que el autobús estuviera esperando al final de la calle. Al entrecerrar los ojos bajo el sol mañanero, Chase vio la silueta familiar del señor Edwards a través del parabrisas delantero. El hombre estaba construido como un muñeco de nieve, hecho en su mayor parte de formas redondas. En lugar de nieve, estaba cubierto de una capa de pelusa gris parecida al rocío.

Chase no podía ver la expresión del hombre a esta distancia, pero sabía qué cara estaba poniendo.

"Mierda", refunfuñó Chase. Puso la mano en la espalda de Georgina y la guió hacia el camino de grava.

"Me debes un dólar", dijo Georgina, con un tono repentinamente jovial.

"No, me deberás un dólar si tengo que llevarte hoy", replicó Chase.

Echaron a correr cuando el autobús empezó a rodar. Chase no estaba seguro de si el señor Edwards la había visto, pero el momento parecía terriblemente sospechoso.

"¡Vamos! *¡Deprisa!"*

El Sr. Edwards los vio o decidió no castigarlos más y paró el autobús.

Resoplando, Chase llegó a la puerta antes que Georgina.

Como estaba previsto, el Sr. Edwards parecía haberse tragado un puñado de púas de puercoespín.

"Lo siento", dijo Chase entre jadeos. Levantó una mano. "Es culpa mía, lo siento".

Su disculpa preventiva no sirvió para disuadir al Sr. Edwards de reprender a Chase como si fuera una ocupante indisciplinada de su

sagrado autobús amarillo.

"Todos los días de esta semana".

"Lo sé, es sólo que..."

"Ha llegado tarde todos los días de esta semana, señora Adams", continuó el señor Edwards como si ella no hubiera hablado.

Sra. Adams.

No era "señora", pero era casi igual de malo. Tal vez incluso peor.

Lo que el Sr. Edwards no sabía ni podía saber es que Brad, el marido de Chase, le había enviado los papeles del divorcio a principios de mes.

Los papeles del divorcio junto con una solicitud de custodia exclusiva de su hijo, Félix.

Al más puro estilo Chase Adams, su respuesta inicial había sido de rabia. Pero una vez pasado ese *momento,* se dio cuenta de que el hombre al que una vez había amado intentaba hacer lo correcto.

Había seguido adelante, literalmente. Con su permiso, Brad se había trasladado a Suecia por motivos de trabajo y se había llevado a Felix con él. El hombre había hecho numerosos intentos de ponerse en contacto con ella durante los años siguientes, sobre todo para tratar de fomentar la poca relación que le quedaba con su hijo, pero Chase había rechazado el contacto.

Se había dicho a sí misma que era para protegerlos de ella, pero probablemente era mentira.

Lo más probable es que se debiera a su sentimiento de culpa, cuyo germen había sido el secuestro de su hermana décadas atrás. Pero de eso hacía mucho tiempo. Desde entonces, la semilla había brotado y había crecido un árbol. Las raíces eran su drogadicción, el tronco la muerte de su hermana y la rama principal la herida casi mortal de Stitts. Otras ramas incluían a Drake, Beckett, Floyd, Hanna, Louisa, Tom, Georgina... la lista seguía y seguía.

Si no te perdonas a ti misma, Chase, nunca podrás seguir adelante, le había dicho el Dr. Matteo.

Pero no quería seguir adelante, significara eso lo que significara. Chase sólo quería vivir el momento, que resultaba ser un pozo negro de culpa y lástima.

Así era ella, y no se podía cambiar.

"Lo siento, no volverá a ocurrir", dijo Chase, mientras acompañaba a Georgina al autobús. "Adiós, cariño, te quiero."

Georgina se giró en el segundo escalón, con una sonrisa genuina en la cara.

"Yo también te quiero, Chase."

"No, no lo hará", refunfuñó el Sr. Edwards. "Porque la próxima vez, no esperaré".

Chase se mordió la lengua hasta que el polvo de los neumáticos del

autobús se arremolinó a su alrededor.

"Ni de coña".

Sintió una punzada en la boca del estómago al ver desaparecer el autobús entre la bruma.

El Sr. Edwards no importaba. El hecho de que llegaran tarde cada mañana no importaba. Los papeles del divorcio tampoco importaban.

Lo que importaba era que Georgina estuviera fuera de la vista de Chase.

Y eso significaba que existía la posibilidad, por remota que fuera, de que alguien se la llevara.

Capítulo 2

Chase acababa de terminar su carrera matutina de ocho kilómetros y estaba a punto de meterse en la ducha cuando sonó su teléfono.

Después de lo ocurrido en Nueva York, ya no le daba miedo, pero seguía guardado en la mesa junto a la puerta principal. Chase se acercó y abrió el cajón. Lo primero que vio no fue el móvil, sino la funda de su pistola. Dentro no sólo estaba su pistola y su placa del FBI, sino también la última pastilla de Cerebrum.

Quizá el último de su especie en la Tierra.

Volvió a sonar el teléfono, lo cogió y cerró el cajón de golpe. Normalmente, Chase inspeccionaría el número antes de contestar, pero necesitaba olvidarse de la píldora e incluso un vendedor telefónico podía servir para ese propósito.

Además, podría ser Louisa llamando o la escuela.

Puede que le haya pasado algo a Georgina.

"¿Hola?", preguntó desesperada.

"Sí, estoy... ¿Estoy buscando al agente especial Chase Adams?"

No era Louisa, y en la escuela, al igual que el Sr. Edwards, sólo la conocían como la Sra. Adams. Esto no empezaba bien.

"¿Quién es?"

Chase se quitó el teléfono de la oreja y miró la pantalla. El número no figuraba en la guía.

"Soy Terrence Conway, del TBI". El hombre, que tenía un suave y tranquilizador acento sureño, hizo una pausa, esperando claramente que su nombre le sonara. Cuando no lo hizo, continuó: "¿Es... es el agente Adams? Porque trabajamos juntos en un caso hace un par de años".

La vista de Chase se estrechó de repente.

Terrence Conway... Terrence Conway...

No me sonaba de nada.

"Lo siento", respondió secamente. "Ya no estoy con el FBI, pero este es Chase. Si necesita que alguien testifique, por favor póngase en contacto con..."

"No, no necesito que nadie testifique. Sólo quería hablar con usted sobre los hermanos Jalston".

A Chase se le cortó la respiración y se le escapó el teléfono de las manos. La esquina golpeó el suelo y una telaraña de cristales rotos atravesó la pantalla.

No hizo ningún movimiento para recogerlo.

¿"Agente Adams"? ¿Chase? ¿Sigues ahí?"

Chase respiró hondo y cerró los ojos.

Vive el momento.

Pero cuando la cara gorda de Brian Jalston y sus icónicas gafas de sol de aviador aparecieron en su mente, el momento en el que ella existía no era el presente. Era el pasado.

Y su pasado era oscuro.

Chase apretó la mandíbula y cogió el teléfono.

"Sí, estoy aquí", dijo, con la voz llena de ira.

Hacía tanto tiempo que Chase no oía pronunciar el nombre de Jalston en voz alta que le resultaba extraño. Pero no así los sentimientos que despertaba en su interior.

Me resultaban extrañamente familiares.

"Y me acuerdo de ti".

Junto a las imágenes de Brian Jalston en su mente estaban las de Terrence Conway. Los dos hombres no podían ser más opuestos en casi todos los aspectos. Terrence tenía la piel oscura, en contraste con la rosada y quemada por el sol de Brian, y era delgado en lugar de esponjoso.

Terrence también había sido fundamental para ayudar a Chase a encontrar a los dos hombres responsables del secuestro de Georgina. Además, el hombre había mirado convenientemente hacia otro lado cuando Chase se había vengado de uno de los hermanos.

"Chase, tengo algunas noticias inquietantes que pensé que deberías saber."

Chase tenía la esperanza de que Terrence la llamara para decirle que el hombre había muerto. Que Brian se había suicidado en la cárcel o que alguien había asesinado a ese pedazo de mierda violador de niños.

"¿Qué?"

No era la forma más amistosa de inquisición, pero su mandíbula estaba tan apretada que era todo lo que podía hacer.

"No sé otra forma de decirlo, pero..."

"Sólo dilo".

Terrence se aclaró la garganta.

"Brian Jalston será liberado la próxima semana. Pensé que querrías saberlo".

Por segunda vez en un minuto, el teléfono amenazó con caerse de la mano de Chase. Esta vez, consiguió ajustar su agarre y luego apretó los lados con la fuerza suficiente para extender las grietas de la pantalla.

"Me estás tomando el pelo. Tienes que estar bromeando."

"Me gustaría ser-lo siento, Chase. Esto no es una broma. Brian va a salir."

Ninguna respiración acompasada era suficiente para calmarla.

"¿Ese pedazo de mierda secuestró a cuántas chicas? ¿A cuatro? Y eso sin contar a las otras... sin contar a mi hermana. ¿Cómo coño va a

salir, Terrence? Dime cómo *coño va a salir* ese enfermo de mierda".

Hubo una breve pausa y ella pudo oír lo que parecía el roce de la oreja de Terrence contra el teléfono mientras negaba con la cabeza.

"Inicialmente se le acusó de cuatro cargos de secuestro especialmente agravado con una pena mínima de quince años por cada uno. El fiscal estaba preparado para ir a juicio, pero las cosas se... complicaron".

"¿Qué quieres decir con complicado?"

Otra pausa, esta vez el doble de larga que la primera.

"Su hermano, Chase. Brian empezó a hablar de su hermano, Tim, de cómo... bueno, empezó a armar jaleo".

Terrence no necesitó decir las palabras-Chase sabía lo que quería decir ahora. Recordaba haber estado a punto de ser violada por aquel cabrón flacucho. También recordaba haberle cortado el cuello de oreja a oreja.

"Sí, pero sólo ha sido..."

¿Cuánto tiempo había pasado, se preguntó Chase? *¿Dos años? ¿Tres? Cuatro como mucho*.

Habían pasado muchas cosas desde entonces, desde el asesinato de su hermana hasta la búsqueda y adopción de Georgina.

"Dos años y medio, casi tres. El fiscal llegó a un acuerdo, lo eliminó especialmente por el hermano del hombre. Agravado fue, también, cuando el..." Terrence suspiró. "Cuando las mujeres se presentaron y hablaron en su favor".

Chase estaba cabizbajo. Hubo un tiempo en que Georgina había sido una de esas mujeres. Tal vez aún lo era, al final. En cualquier caso, su destino era probablemente peor.

"Entonces, después de servir dos años, Brian se presentó con información sobre..."

"Para", susurró Chase. "Para. Por favor".

Su rabia se había transformado en tristeza y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Terrence se quedó callado mientras ella se serenaba.

"Voy a verle". Chase respiró entrecortadamente. "Vengo a Tennessee a ver a Brian Jalston".

Terrence gruñó.

"Dijiste que no eras del FBI..."

"No me importa. Ya voy".

"Chase, es-Escucha, creo que de alguna manera Brian anticipó esto. Se niega a hablar con nadie, ni siquiera con sus mujeres hasta que..."

Chase añadió incredulidad a su tsunami de emociones.

"¿*Todavía* vienen a verlo? ¿Después de todo?"

"Joder", dijo Terrence, claramente abatido. "Sí, lo han estado viendo todas las semanas desde que lo encerraron".

Nada de esto tenía sentido para Chase. Los había liberado, había roto el hechizo que Brian y Timothy Jalston tenían sobre ellos.

Y, sin embargo, se habían quedado.

¿Por qué?

"Lo siento mucho, Chase. De todos modos, pensé que deberías saberlo".

Al sentir que Terrence estaba terminando la conversación, Chase se animó.

"Ya voy", afirmó desafiante. "Voy a bajar".

"No habla con nadie. Ni siquiera con su abogado. Sólo estarás desperdiciando..."

Chase gruñó.

"Oh, sí que hablará conmigo. Puedes apostar tu puto culo a que hablará conmigo".

"Chase, yo no..."

Chase se sintió mal por colgarle a Terrence porque el tipo le caía realmente bien.

Pero hubo un tiempo para hacer amigos, y hubo un tiempo para aplastar a tus enemigos.

Y no había mayor enemigo en este mundo para Chase Adams que Brian Jalston.

para seguir leyendo, ¡consigue tu copia HOY mismo!

Otros libros de Patrick Logan

Detective Damien Drake
Besos de mariposa
Causa de la muerte
Descargar Asesinato
Rey Esqueleto
Tráfico de personas
El Señor de la Droga: Parte I
El Señor de la Droga: Parte II
Lucha premiada
Casi infame
Hombre de paja
Empresa peligrosa
Cara feliz

Chase Adams Thrillers del FBI
Rígido Congelado
Sospechoso en la sombra
Dibujo Muerto
Alerta Amber
La historia de Georgina
Dinero sucio
Guarida del Diablo
Damas pintadas
Efectos adversos
Ya muerto
Pruebas directas

Dr. Beckett Campbell, Médico Forense
Final amargo
Donante de órganos
Inyectar fe
Precisión quirúrgica
No reanimar
Extraer el mal
Residencia Evil (AKA Beckett's First Kill)

Tommy Wilde Thrillers
Una noche salvaje
Dos semanas Wilde
Tres meses Wilde
Cuatro familias Wilde

Penelope June Thrillers
Morir para respirar
Morir para hablar

Veronica Shade Thrillers
El color del asesinato
El perfume del asesinato

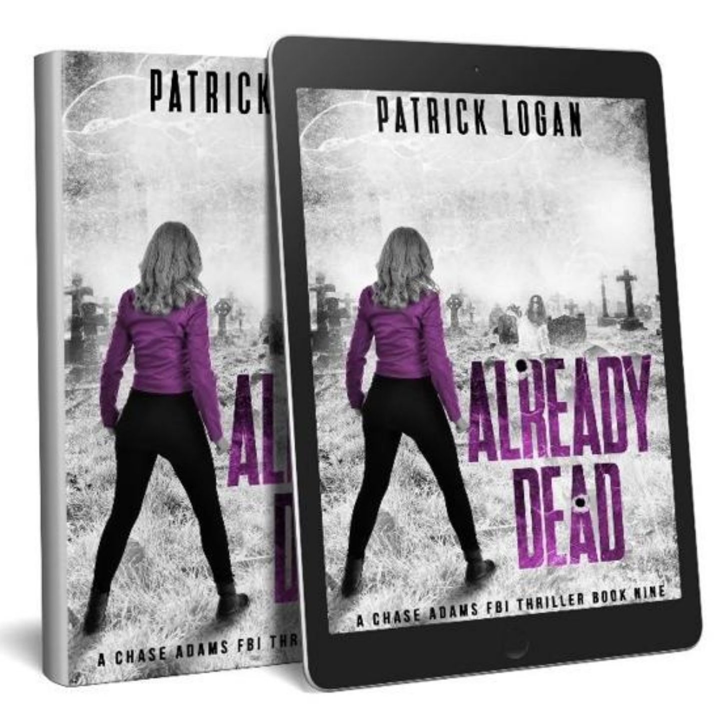
¿Quieres apoyar a tus personajes favoritos? ¡**DRAKE**, **CHASE** y **BECKETT** ya tienen *MERCH!* Consigue desde sudaderas hasta tazas en: https://authorpatricklogan.live/merch

No olvides pasarte por mi grupo de Facebook y saludarme! https://www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes de este libro son totalmente imaginarios o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con lugares, sucesos o localizaciones es pura coincidencia.

Segunda edición: Noviembre 2023


PATRICK LOGAN
YA MUERTO
UN THRILLER DEL FBI DE CHASE ADAMS LIVRO 9



Suscríbase a *mi* boletín de noticias para estar al día de las novedades, participar en concursos especiales y recibir descuentos exclusivos. Para empezar, dirija su navegador a www.PTLBOOKS.com.

Además, no deje de visitar mi grupo de Facebook para hablar de mis libros y de todo lo relacionado con el terror y el thriller: www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Ya muerto

Un thriller del FBI de Chase Adams

Libro 9

Patrick Logan

PARTE III - Control

Ya muerto

Prólogo

La muerte es un curioso estado del ser.

O, más exactamente, lo sería si tuviera algún estado alternativo con el que compararlo. Por desgracia, Ruth Pierce, de 22 años, nunca tuvo ese lujo.

Si bien es cierto que respiraba y que de vez en cuando comía, aunque escasamente y sólo cuando se le indicaba explícitamente que lo hiciera, Ruth no estaba realmente viva.

No en su opinión, al menos.

Y tal vez ésta fuera una de las razones por las que nadie le prestaba atención. Eso, y el hecho de que estaba sucia, con el pelo oscuro y enmarañado cubriéndole la mayor parte de la cara, y apestaba a orina y heces. Ruth estaba sentada sola en la acera, con la espalda cubierta de harapos apoyada contra una pared de ladrillo. El edificio sobre el que descansaba estaba desocupado, pero eso no tenía nada que ver con su presencia.

Ese honor recayó en el club nocturno situado a menos de diez metros. Aunque este local atraía a algunos de los clientes más adinerados de Columbus, la música era ruidosa y detestable.

Si Ruth hubiera pensado en el edificio ante el que merodeaba, habría llegado a la conclusión de que probablemente permanecería vacío durante algunos años.

Al anonimato de Ruth contribuía el hecho de que, cuando la mayoría de los clientes salían del club y abandonaban la comodidad de las luces de neón -que, irónicamente, o quizás por idiotez, deletreaban el nombre del club, que casualmente era NEON-, giraban a la derecha. Luego caminaban, tropezaban y se caían hasta la zona de recogida de taxis, Uber, Lyft y prostitutas. Entonces se montaban en el coche y gritaban al conductor que iban a la parte rica de la ciudad; no, no a *esa* parte, con los viejos estirados con su dinero antiguo, sino a la parte *nueva*. La parte donde vivían los criptomillonarios. Donde el tacto y lo hortera se habían invertido de alguna manera.

Nadie giró a la izquierda fuera de NEON, nadie se dirigió hacia el aparcamiento y se encontró sin querer con la chica muerta que olía mal.

Bueno, tal vez no *nadie*. Había una persona que había conducido hasta el club esta noche. Un hombre que normalmente utilizaba un servicio de coches, pero que esta noche se lo había tomado con calma. El Dr. Wayne Griffith III tenía una operación programada para la mañana: iba a realizar un aumento de pecho a la esposa de un

congresista local, y quería estar fresco. No se trataba sólo de que fuera amigo tanto del congresista como de su esposa, sino de que hacer un trabajo excepcional le daría más trabajo de clientes de alto perfil. El negocio iba bien, incluso genial, pero por si acaso las cosas con la señora Griffith III no llegaban a buen puerto, Wayne necesitaba asegurarse de que tenía suficiente dinero para mantener los hábitos de ambos, o al menos el cincuenta por ciento de ellos.

Por desgracia, la mujer que colgaba del brazo de Wayne sugería que la resolución de sus conflictos matrimoniales no iba en una dirección positiva.

"Estoy aparcado aquí", dijo, guiando a Julia hacia el edificio abandonado.

A diferencia de algunos de los hombres que salían de NEON con una o varias acompañantes femeninas, Wayne sabía el nombre de la chica que llevaba del brazo: Julia Dreger. Era alguien que le importaba de verdad, lo que hacía que la operación de mañana fuera aún más importante.

No estaba seguro de querer que las cosas con la Sra. Griffith III se volvieran copacéticas.

Además, ambos necesitaban empezar de nuevo, hacía tiempo que debían haberlo hecho. Las cosas no habían sido lo mismo desde que Rebecca se fue.

Y eso fue hace dos años.

"¿Estás bien para conducir?" preguntó Julia. Tenía los labios pintados de rojo intenso y, cuando hablaba, no llegaban a rozarse. Había bebido bastante más que él.

"Estaré bien. Yo sólo..."

Un cruce entre un gruñido y un gemido le interrumpió en mitad de la frase. Puede que la mayoría de la gente ni siquiera lo hubiera notado o supusiera que se trataba simplemente de uno de esos sonidos generados por la noche, pero Wayne no.

Lo había oído antes, años atrás, cuando Wayne era residente en Urgencias. Dos veces, para ser exactos. Pero ambas experiencias fueron lo suficientemente inquietantes como para que se le quedaran grabadas durante más de dos décadas.

Era un estertor.

"¿Wayne?" preguntó Julia mientras se ajustaba la blusa blanca. Los dos botones superiores estaban desabrochados, dejando al descubierto unos pechos grandes y redondos. La mayoría de los hombres que no compartían la experiencia profesional de Wayne habrían supuesto que eran falsos.

Sabía que eran muy reales.

Con o sin estertores, Wayne estaba distraído, aunque sólo fuera por un momento.

"¿Has oído eso?", preguntó, apartando la mirada del pecho de Julia y escudriñando los alrededores. Sólo funcionaba una de las tres farolas más cercanas y la triste luz amarilla que emitía no revelaba más que una acera vacía.

"No he oído nada", miró por encima del hombro. "Excepto la música".

Intentó hacer avanzar a Wayne, pero él permaneció anclado.

"Espera un momento".

Cuando los ojos de Wayne se adaptaron a la tenue iluminación, observó el oscuro edificio situado junto a NEON.

Después de casi treinta segundos, por fin localizó el origen del sonido: alguien estaba acurrucado en lo que podrían ser toallas sucias o una manta y apoyado torpemente contra la pared de ladrillo.

"¿Hola? ¿Estás bien?", preguntó tímidamente.

"Wayne, vámonos", instó Julia. "Por favor."

A Wayne se le erizaron los pelos de la nuca y sintió que le invadía una extraña sensación de inquietud. Había algo extrañamente antinatural en la situación y, fuera lo que fuese, había activado su sistema nervioso autónomo.

Wayne anuló la respuesta de lucha o huida y se acercó a la persona desplomada contra la pared. Su deber como médico era comprobar si se encontraba bien y si necesitaba ayuda, como sin duda era el caso.

Julia no sintió tal compulsión y permaneció unos metros más atrás.

"¿Hola?" Cuanto más se acercaba Wayne a la figura, más fuerte se hacía el olor. Había los olores característicos de la vagancia -orina agria, heces pútridas-, pero también había algo más. Algo mucho peor.

Wayne se vio obligado a taparse la nariz y la boca con el codo.

"¿Perdón?"

Extendió la mano libre para tocar lo que creía que era el hombro de la figura y, al hacerlo, el gemido se repitió.

El sonido estaba tan cargado de dolor y angustia que provocó escalofríos a Wayne.

Uno de los que ahora veía como harapos se deslizó hacia abajo, revelando un brazo desnudo.

Wayne había visto muchas cosas que habrían hecho vomitar a otros hombres, pero era la primera vez que casi sucumbía a las ganas.

El olor que parecía abordar no sólo su nariz, sino todos sus sentidos a la vez, derivaba de la carne humana en descomposición. El brazo desnudo estaba cubierto de pústulas exudativas, la mayoría rodeadas de zonas oscuras de piel necrótica.

"Jesucristo", susurró Wayne mientras retrocedía.

La figura se movía, sólo un leve temblor, pero aún así resultaba sorprendente: era casi inconcebible que alguien con ese grado de putrefacción y gangrena pudiera seguir vivo.

"¿Julia?" Al no obtener respuesta, Wayne giró la cabeza. Julia había olido claramente el hedor porque se había echado hacia atrás. "Llama al 911. Diles...", se detuvo cuando la mujer levantó una mano y señaló no a Wayne, sino detrás de él.

"¡Wayne! *¡Wayne!*"

Un movimiento en el rabillo del ojo de Wayne atrajo de nuevo su mirada hacia el cadáver putrefacto.

Vio un destello de pelo grasiento, y unos ojos reumáticos y sin vida. Lo que no vio hasta que fue demasiado tarde, fue el cuchillo en la mano que no estaba expuesta.

"Tienes que quedarte quieto", imploró. "La ayuda es..."

La figura, que ahora veía que era una mujer, se abalanzó sobre él. Fue tan inesperado que Wayne se desplomó, aunque su atacante no podía pesar más que un perro pequeño.

Un lado de su cuello seguía cubierto con el pliegue de su codo, pero el otro estaba al descubierto.

La mujer no dudó. Clavó el cuchillo en la suave bolsa de carne justo debajo de la mandíbula de Wayne. Instintivamente, Wayne la empujó hacia atrás, lo que resultó ser un error. Antes de que la hoja se soltara, le atravesó desde la mandíbula hasta debajo de la barbilla, llenándole la boca y el esófago de sangre.

"¡Wayne!", oyó gritar a Julia desde algún lugar detrás de él. Intentó ponerse en pie, pero se tambaleó. Había sangre por todas partes.

Wayne intentó desesperadamente ejercer presión sobre su garganta, utilizando ambas manos, pero el líquido caliente y viscoso salía rociado de entre sus dedos. Era como intentar taponar una fuga en la presa Hoover con una bolita de plastilina.

"Julia", intentó decir, pero la palabra se convirtió en un desastre descuidado y húmedo en sus labios.

Wayne experimentó un único momento de claridad antes de que la oscuridad se apoderara de él.

Vio a su agresor levantar la espada cubierta de su sangre. La vio mirar hacia el cielo y apartarse de la cara mechones de pelo saturados de aceite.

Entonces vio a la mujer enfermiza clavarse el cuchillo que le había quitado la vida en su propia garganta y arrastrarlo sin un solo momento de indecisión.

PARTE I - Duelo

Capítulo 1

"Georgie, tienes que prepararte antes", regañó Chase. "No puedes llegar tarde todo el tiempo".

Metió la fiambrera de su sobrina en la mochila arco iris. La cremallera protestó ruidosamente mientras luchaba por contener el contenido de la bolsa.

Jesús, ¿de verdad tenía que llevar tanta mierda al colegio cuando era niño?

"Tuve problemas para dormir", dijo Georgina Adams al girarse para mirar a Chase.

Aunque iban con retraso -*otra* vez- y a pesar de las amenazas del conductor del autobús, el señor Edwards, de que si no estaban en la parada a las ocho y cuarto, se iría sin ellos, Chase no iba a dejar pasar este comentario.

"¿Por qué no? ¿Malos sueños?", preguntó mientras observaba a Georgina.

La chica no mentía, eso era seguro; tenía ojeras, que resaltaban sobre su piel pálida. Los ojos estaban vidriosos.

El primer pensamiento que me vino a la mente fue que Georgina estaba siendo acosada, que de alguna manera, se habían enterado de su pasado y se estaban burlando de ella.

Chase negó con la cabeza.

Era poco probable. La Academia Bishop no sólo tenía una política de un solo golpe contra el acoso, sino que Lawrence y Brandon habían tomado a la chica bajo su protección y la habían cuidado.

No dejarían que le pasara algo, o se enfrentarían a la ira de Louisa.

"No lo sé", dijo Georgina encogiéndose de hombros. "Creo que sí, sólo que no puedo recordarlos".

Cuando la chica apartó la mirada, Chase sospechó que mentía. Pero en lugar de retarla al respecto, lo que sólo haría que ella levantara un muro más fortificado, Chase le preguntó suavemente: "¿Quieres hablar de ello?".

Cuando vio el conflicto en la cara de Georgina, Chase casi deseó que hubieran sido matones. Sabía cómo lidiar con los matones. El estrés psicológico que Georgina estaba experimentando, ella no. Sin embargo, la falta de voluntad de la chica para discutir la base de sus problemas, por frustrante que fuera, era algo con lo que Chase podía identificarse.

"No", dijo Georgina, su voz apenas un paso por encima de un susurro. "No me acuerdo".

Necesita ayuda, pensó Chase. *Y por mucho que quiera, no estoy capacitado para dársela.*

Aunque su estancia con el Dr. Matteo no había sido ni mucho menos una panacea, Chase no podía negar la influencia del hombre. Había identificado astutamente sus desencadenantes y le había ofrecido mecanismos de afrontamiento adecuados.

El buen doctor también le había proporcionado técnicas para evitar caer en la degeneración.

No fue su culpa que Chase eligiera un camino diferente.

Pero quizá el doctor Matteo, o alguien como él, pudiera ayudar a Georgina antes de que su obstinación se afianzara.

Ahora, ya con diez minutos de retraso para coger el autobús, sin embargo, no era momento para psicoanálisis.

"Está bien, cariño. Date prisa, ¿vale? No queremos perder el autobús".

Georgina asintió y le mostró la espalda. Mientras se ataba los zapatos, Chase se puso la mochila, que pesaba tanto que casi derriba a la chica.

Con un gruñido, Georgina se levantó y juntas corrieron hacia la puerta.

A ninguno de los dos le sorprendió que el autobús estuviera esperando al final de la calle. Al entrecerrar los ojos bajo el sol mañanero, Chase vio la silueta familiar del señor Edwards a través del parabrisas delantero. El hombre estaba construido como un muñeco de nieve, hecho en su mayor parte de formas redondas. En lugar de nieve, estaba cubierto de una capa de pelusa gris parecida al rocío.

Chase no podía ver la expresión del hombre a esta distancia, pero sabía qué cara estaba poniendo.

"Mierda", refunfuñó Chase. Puso la mano en la espalda de Georgina y la guió hacia el camino de grava.

"Me debes un dólar", dijo Georgina, con un tono repentinamente jovial.

"No, me deberás un dólar si tengo que llevarte hoy", replicó Chase.

Echaron a correr cuando el autobús empezó a rodar. Chase no estaba seguro de si el señor Edwards la había visto, pero el momento parecía terriblemente sospechoso.

"¡Vamos! *¡Deprisa!"*

El Sr. Edwards los vio o decidió no castigarlos más y paró el autobús.

Resoplando, Chase llegó a la puerta antes que Georgina.

Como estaba previsto, el Sr. Edwards parecía haberse tragado un puñado de púas de puercoespín.

"Lo siento", dijo Chase entre jadeos. Levantó una mano. "Es culpa mía, lo siento".

Su disculpa preventiva no sirvió para disuadir al Sr. Edwards de reprender a Chase como si fuera una ocupante indisciplinada de su

sagrado autobús amarillo.

"Todos los días de esta semana".

"Lo sé, es sólo que..."

"Ha llegado tarde todos los días de esta semana, señora Adams", continuó el señor Edwards como si ella no hubiera hablado.

Sra. Adams.

No era "señora", pero era casi igual de malo. Tal vez incluso peor.

Lo que el Sr. Edwards no sabía ni podía saber es que Brad, el marido de Chase, le había enviado los papeles del divorcio a principios de mes.

Los papeles del divorcio junto con una solicitud de custodia exclusiva de su hijo, Félix.

Al más puro estilo Chase Adams, su respuesta inicial había sido de rabia. Pero una vez pasado ese *momento,* se dio cuenta de que el hombre al que una vez había amado intentaba hacer lo correcto.

Había seguido adelante, literalmente. Con su permiso, Brad se había trasladado a Suecia por motivos de trabajo y se había llevado a Felix con él. El hombre había hecho numerosos intentos de ponerse en contacto con ella durante los años siguientes, sobre todo para tratar de fomentar la poca relación que le quedaba con su hijo, pero Chase había rechazado el contacto.

Se había dicho a sí misma que era para protegerlos de ella, pero probablemente era mentira.

Lo más probable es que se debiera a su sentimiento de culpa, cuyo germen había sido el secuestro de su hermana décadas atrás. Pero de eso hacía mucho tiempo. Desde entonces, la semilla había brotado y había crecido un árbol. Las raíces eran su drogadicción, el tronco la muerte de su hermana y la rama principal la herida casi mortal de Stitts. Otras ramas incluían a Drake, Beckett, Floyd, Hanna, Louisa, Tom, Georgina... la lista seguía y seguía.

Si no te perdonas a ti misma, Chase, nunca podrás seguir adelante, le había dicho el Dr. Matteo.

Pero no quería seguir adelante, significara eso lo que significara. Chase sólo quería vivir el momento, que resultaba ser un pozo negro de culpa y lástima.

Así era ella, y no se podía cambiar.

"Lo siento, no volverá a ocurrir", dijo Chase, mientras acompañaba a Georgina al autobús. "Adiós, cariño, te quiero."

Georgina se giró en el segundo escalón, con una sonrisa genuina en la cara.

"Yo también te quiero, Chase."

"No, no lo hará", refunfuñó el Sr. Edwards. "Porque la próxima vez, no esperaré".

Chase se mordió la lengua hasta que el polvo de los neumáticos del

autobús se arremolinó a su alrededor.

"Ni de coña".

Sintió una punzada en la boca del estómago al ver desaparecer el autobús entre la bruma.

El Sr. Edwards no importaba. El hecho de que llegaran tarde cada mañana no importaba. Los papeles del divorcio tampoco importaban.

Lo que importaba era que Georgina estuviera fuera de la vista de Chase.

Y eso significaba que existía la posibilidad, por remota que fuera, de que alguien se la llevara.

Capítulo 2

Chase acababa de terminar su carrera matutina de ocho kilómetros y estaba a punto de meterse en la ducha cuando sonó su teléfono.

Después de lo ocurrido en Nueva York, ya no le daba miedo, pero seguía guardado en la mesa junto a la puerta principal. Chase se acercó y abrió el cajón. Lo primero que vio no fue el móvil, sino la funda de su pistola. Dentro no sólo estaba su pistola y su placa del FBI, sino también la última pastilla de Cerebrum.

Quizá el último de su especie en la Tierra.

Volvió a sonar el teléfono, lo cogió y cerró el cajón de golpe. Normalmente, Chase inspeccionaría el número antes de contestar, pero necesitaba olvidarse de la píldora e incluso un vendedor telefónico podía servir para ese propósito.

Además, podría ser Louisa llamando o la escuela.

Puede que le haya pasado algo a Georgina.

"¿Hola?", preguntó desesperada.

"Sí, estoy... ¿Estoy buscando al agente especial Chase Adams?"

No era Louisa, y en la escuela, al igual que el Sr. Edwards, sólo la conocían como la Sra. Adams. Esto no empezaba bien.

"¿Quién es?"

Chase se quitó el teléfono de la oreja y miró la pantalla. El número no figuraba en la guía.

"Soy Terrence Conway, del TBI". El hombre, que tenía un suave y tranquilizador acento sureño, hizo una pausa, esperando claramente que su nombre le sonara. Cuando no lo hizo, continuó: "¿Es... es el agente Adams? Porque trabajamos juntos en un caso hace un par de años".

La vista de Chase se estrechó de repente.

Terrence Conway... Terrence Conway...

No me sonaba de nada.

"Lo siento", respondió secamente. "Ya no estoy con el FBI, pero este es Chase. Si necesita que alguien testifique, por favor póngase en contacto con..."

"No, no necesito que nadie testifique. Sólo quería hablar con usted sobre los hermanos Jalston".

A Chase se le cortó la respiración y se le escapó el teléfono de las manos. La esquina golpeó el suelo y una telaraña de cristales rotos atravesó la pantalla.

No hizo ningún movimiento para recogerlo.

¿"Agente Adams"? ¿Chase? ¿Sigues ahí?"

Chase respiró hondo y cerró los ojos.

Vive el momento.

Pero cuando la cara gorda de Brian Jalston y sus icónicas gafas de sol de aviador aparecieron en su mente, el momento en el que ella existía no era el presente. Era el pasado.

Y su pasado era oscuro.

Chase apretó la mandíbula y cogió el teléfono.

"Sí, estoy aquí", dijo, con la voz llena de ira.

Hacía tanto tiempo que Chase no oía pronunciar el nombre de Jalston en voz alta que le resultaba extraño. Pero no así los sentimientos que despertaba en su interior.

Me resultaban extrañamente familiares.

"Y me acuerdo de ti".

Junto a las imágenes de Brian Jalston en su mente estaban las de Terrence Conway. Los dos hombres no podían ser más opuestos en casi todos los aspectos. Terrence tenía la piel oscura, en contraste con la rosada y quemada por el sol de Brian, y era delgado en lugar de esponjoso.

Terrence también había sido fundamental para ayudar a Chase a encontrar a los dos hombres responsables del secuestro de Georgina. Además, el hombre había mirado convenientemente hacia otro lado cuando Chase se había vengado de uno de los hermanos.

"Chase, tengo algunas noticias inquietantes que pensé que deberías saber."

Chase tenía la esperanza de que Terrence la llamara para decirle que el hombre había muerto. Que Brian se había suicidado en la cárcel o que alguien había asesinado a ese pedazo de mierda violador de niños.

"¿Qué?"

No era la forma más amistosa de inquisición, pero su mandíbula estaba tan apretada que era todo lo que podía hacer.

"No sé otra forma de decirlo, pero..."

"Sólo dilo".

Terrence se aclaró la garganta.

"Brian Jalston será liberado la próxima semana. Pensé que querrías saberlo".

Por segunda vez en un minuto, el teléfono amenazó con caerse de la mano de Chase. Esta vez, consiguió ajustar su agarre y luego apretó los lados con la fuerza suficiente para extender las grietas de la pantalla.

"Me estás tomando el pelo. Tienes que estar bromeando."

"Me gustaría ser-lo siento, Chase. Esto no es una broma. Brian va a salir."

Ninguna respiración acompasada era suficiente para calmarla.

"¿Ese pedazo de mierda secuestró a cuántas chicas? ¿A cuatro? Y eso sin contar a las otras... sin contar a mi hermana. ¿Cómo coño va a

salir, Terrence? Dime cómo *coño va a salir* ese enfermo de mierda".

Hubo una breve pausa y ella pudo oír lo que parecía el roce de la oreja de Terrence contra el teléfono mientras negaba con la cabeza.

"Inicialmente se le acusó de cuatro cargos de secuestro especialmente agravado con una pena mínima de quince años por cada uno. El fiscal estaba preparado para ir a juicio, pero las cosas se... complicaron".

"¿Qué quieres decir con complicado?"

Otra pausa, esta vez el doble de larga que la primera.

"Su hermano, Chase. Brian empezó a hablar de su hermano, Tim, de cómo... bueno, empezó a armar jaleo".

Terrence no necesitó decir las palabras-Chase sabía lo que quería decir ahora. Recordaba haber estado a punto de ser violada por aquel cabrón flacucho. También recordaba haberle cortado el cuello de oreja a oreja.

"Sí, pero sólo ha sido..."

¿Cuánto tiempo había pasado, se preguntó Chase? *¿Dos años? ¿Tres? Cuatro como mucho*.

Habían pasado muchas cosas desde entonces, desde el asesinato de su hermana hasta la búsqueda y adopción de Georgina.

"Dos años y medio, casi tres. El fiscal llegó a un acuerdo, lo eliminó especialmente por el hermano del hombre. Agravado fue, también, cuando el..." Terrence suspiró. "Cuando las mujeres se presentaron y hablaron en su favor".

Chase estaba cabizbajo. Hubo un tiempo en que Georgina había sido una de esas mujeres. Tal vez aún lo era, al final. En cualquier caso, su destino era probablemente peor.

"Entonces, después de servir dos años, Brian se presentó con información sobre..."

"Para", susurró Chase. "Para. Por favor".

Su rabia se había transformado en tristeza y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Terrence se quedó callado mientras ella se serenaba.

"Voy a verle". Chase respiró entrecortadamente. "Vengo a Tennessee a ver a Brian Jalston".

Terrence gruñó.

"Dijiste que no eras del FBI..."

"No me importa. Ya voy".

"Chase, es-Escucha, creo que de alguna manera Brian anticipó esto. Se niega a hablar con nadie, ni siquiera con sus mujeres hasta que..."

Chase añadió incredulidad a su tsunami de emociones.

"¿*Todavía* vienen a verlo? ¿Después de todo?"

"Joder", dijo Terrence, claramente abatido. "Sí, lo han estado viendo todas las semanas desde que lo encerraron".

Nada de esto tenía sentido para Chase. Los había liberado, había roto el hechizo que Brian y Timothy Jalston tenían sobre ellos.

Y, sin embargo, se habían quedado.

¿Por qué?

"Lo siento mucho, Chase. De todos modos, pensé que deberías saberlo".

Al sentir que Terrence estaba terminando la conversación, Chase se animó.

"Ya voy", afirmó desafiante. "Voy a bajar".

"No habla con nadie. Ni siquiera con su abogado. Sólo estarás desperdiciando..."

Chase gruñó.

"Oh, sí que hablará conmigo. Puedes apostar tu puto culo a que hablará conmigo".

"Chase, yo no..."

Chase se sintió mal por colgarle a Terrence porque el tipo le caía realmente bien.

Pero hubo un tiempo para hacer amigos, y hubo un tiempo para aplastar a tus enemigos.

Y no había mayor enemigo en este mundo para Chase Adams que Brian Jalston.

Capítulo 3

"¿Qué tenemos?" preguntó Floyd mientras se dejaba caer en su silla y sorbía su café.

Tate Abernathy echó un vistazo al expediente que tenía entre las manos. El espacio entre los ojos color avellana del hombre siempre estaba achinado, pero mientras Floyd pensaba que eso le hacía parecer como si estuviera siempre con el ceño fruncido, Tate afirmaba que parecía naturalmente inquisitivo. Lo que Floyd no dijo es que también le hacía parecer mayor de sus cuarenta y siete años, y bien entrado en la cincuentena.

"¿Qué tenemos?" repitió Tate, sus palabras entrecortadas. "¿Qué *tenemos*? ¿Es así como nos referimos a los crímenes que investigamos, agente Montgomery?".

Floyd soltó una risita y se recostó en la silla.

Ese era su truco, desde que se habían asociado hacía unos seis meses.

Floyd se burló de Tate por ser viejo y cascarrabias, mientras que Tate replicó que todo lo que Floyd decía procedía de TikTok. Lo irónico era que Floyd estaba bastante seguro de que su compañero pasaba más tiempo en las redes sociales que él.

Casi.

"Muy bien, Sherlock, ¿qué crimen podríamos estar investigando esta mañana?" Floyd se burló con acento británico.

En lugar de contestar, Tate le lanzó la carpeta. Con una mano sujetaba la taza de café -que Tate le había comprado y que tenía la palabra "MILF" en letras enormes en uno de los lados-.

La alegría se esfumó de la sala más rápido que el aire de un 747 pinchado. La primera foto que vio Floyd era la de un hombre tendido de espaldas y degollado. La víctima tenía los ojos abiertos y en blanco, y la parte delantera de su camisa de botones estaba manchada de sangre.

"Eso es lo que tenemos", dijo Tate. "Dr. Wayne Griffith el tercero, cuarenta y cuatro años, cirujano plástico adinerado de Ohio, Columbus". Mientras el hombre relataba otros detalles del caso, Floyd volvió a colocar las fotografías en la carpeta en el orden correspondiente y le siguió la corriente. "Estaba de marcha cuando se topó con una vagabunda. La chica le cortó el cuello y luego", Tate indicó a Floyd que pasara la página, cosa que hizo, "ella se hizo lo mismo".

Al principio, Floyd no estaba seguro de lo que estaba mirando. Había una persona en la foto, pero su rostro estaba tan sucio que tardó un rato en orientarse. Incluso entonces, identificar la herida resultó

difícil, con toda la grasa y suciedad que cubría su piel.

"Sí, sí". Esta era una de las cosas favoritas de Tate para decir, un retroceso a algún programa de televisión, al parecer, uno que Floyd nunca había visto y no tenía ningún interés en ver. "Yo tampoco podría decirlo". Tate también tenía una extraña manera de saber exactamente lo que Floyd estaba pensando. No es que fuera tan difícil: las emociones de Floyd siempre se reflejaban en su rostro. Era una cualidad entrañable... la mayor parte del tiempo. Ocasionalmente, como cuando jugaba al póquer, era una gran desventaja. "La autopsia inicial reveló que la chica estaba extremadamente desnutrida, pero no pudieron encontrar ningún rastro de drogas en su organismo. El forense ni siquiera está seguro de su edad, pero confirmó que la desconocida es efectivamente una mujer".

Floyd hizo una mueca.

"¿No podría decir cuántos años tiene? ¿No miden los huesos o algo así? Seguro que no es una niña, ¿verdad?".

Tate se encogió de hombros y jugó con su bigote.

"No sabría decirlo. Quiero decir, ella no es un bebé, ella es, *uhh*, en edad de crianza, pero el médico dijo que su nutrición era tan pobre que no podía decir si ella tenía dieciséis o veintiséis. "

"¿Y las huellas dactilares?" preguntó Floyd, con el ceño fruncido por la confusión.

"No, en ningún sistema". Tate ladeó la cabeza. "Aunque el forense tampoco estaba muy seguro de eso. Dijo que la piel de la desconocida se desprendió de sus manos".

"Jesús", comentó Floyd. "¿Quemaduras químicas o...?"

"No, no", dijo Tate, dando un sorbo a su café. "Nada de eso. Sólo dijo que tenía la piel hecha un asco por estar tan sucia y desnutrida. Dijo que el olor era tan malo que casi vomita. Pero, oye, escucha esto: el forense una vez tuvo una víctima, una víctima masculina, cuyas pelotas eran..."

"Sheesh, vale, vale, lo entiendo", dijo Floyd, y Tate se rió entre dientes.

Aunque Tate fingía ser educado y correcto, siempre sacaba a relucir los casos más extraños y viles para asquear a Floyd.

"Entonces, ¿en qué estamos pensando? ¿Un acto de violencia al azar? ¿La mujer simplemente enloqueció? Quiero decir, es raro que una mujer asesine a alguien degollándolo, y más aún que se suicide de esa manera", Floyd miró la foto una vez más. "Pero esta chica no parece normal".

Tate se encogió de hombros.

"Al azar... sí, sí, eso es lo que dijo la mujer que estaba con el Dr. Griffith en ese momento".

Floyd enarcó una ceja y volvió a hojear el expediente. No había

notado que alguien estuviera con el doctor Griffith cuando lo mataron.

"Sí, está ahí, pero el Dr. Wayne Griffith III no salió con su esposa esa fatídica noche. Aparentemente, los que mandan decidieron que el hecho de que saliera con una stripper fuera una nota a pie de página."

Floyd encontró la nota cerca de la parte inferior de la segunda página. La "stripper" en cuestión era Julia Dreger y su breve declaración indicaba que se habían cruzado con la desconocida y el Dr. Griffith intentó ayudarla. La chica atacó a Wayne y luego la degolló.

Floyd aún era un agente subalterno, pero el tiempo que había trabajado para su tío en Alaska le había enseñado que los privilegiados podían alterar los hechos para adaptarlos a sus necesidades.

Incluso post-mortem.

"Por muy raro que sea este tipo de delito, no estoy muy seguro de por qué nosotros -el FBI- lo estamos investigando. Entonces, ¿qué pasa?"

El primer instinto de Floyd fue que les habían llamado para hacerles un favor, que quienquiera que hubiera reducido la declaración de Julia a una nota a pie de página también quería que el FBI investigara. Así lo preguntó, pero Tate, a quien le encantaba jugar a este tipo de juegos de adivinanzas, negó con la cabeza.

"Sigue intentándolo, Kemosabe."

Floyd removió el café en su taza MILF.

"¿Porque también estás viendo a esta chica Julia?"

Tate sonrió y sus ojos marrones centellearon. Echó la mano hacia atrás, cogió otra carpeta de su escritorio y se la lanzó a Floyd.

Esta vez estaba preparado y atrapó el archivo con el hábil toque de un jugador de primera base que recoge una pelota de la tierra. La pregunta de Floyd quedó respondida con la primera fotografía. Aun así, Tate sintió la necesidad de hablar, aunque sólo fuera para poner otra muesca de "enseñanza" en su cinturón.

"Porque lo mismo ocurrió dos días antes cerca de Virginia Occidental, Charleston, por eso, Tonto".

Capítulo 4

A Chase no le gustaba volar, no porque le diera miedo, sino porque prefería la flexibilidad de tener su propio coche. Pero en este caso, conducir hasta Tennessee, Franklin, le llevaría más de doce horas, mientras que el vuelo no llegaba a tres.

Simplemente tenía sentido.

Y cuando aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Nashville, no le sorprendió encontrar esperándola al director de la Oficina de Investigación de Tennessee, Terrence Conway. El hombre no había cambiado nada desde que se conocieron. Seguía siendo delgado, pero no enjuto, con bigote y pelo corto y oscuro.

Aunque a Chase le importaba poco su propio aspecto, se preguntó brevemente si ella también tendría el mismo aspecto que entonces.

Ella lo dudaba seriamente, y una de las primeras cosas que dijo Terrence confirmó este hecho.

"Chase, me alegro de verte", dijo Terrence. El hombre debió de recordar la postura de Chase respecto a los apretones de manos, porque no le ofreció la palma. En lugar de eso, se limitó a asentir cortésmente. "Me gusta lo que te has hecho en el pelo".

Chase se masajeó despreocupadamente el cuero cabelludo, recordando cómo Cerebrum le había dado a su pelo un aspecto gris pálido.

"Gracias", dijo distraídamente.

Y ahí se acabaron las formalidades.

"Estoy aparcado justo aquí", dijo Terrence, indicando un vehículo sin matrícula a unos diez metros, en una plaza de taxis.

Caminaron en silencio, y Chase disfrutó del hecho de que Terrence no sintiera la necesidad de llenar el aire muerto con charla. Al fin y al cabo, no eran amigos. Habían sido colegas y conocidos y, aunque Terrence había visto a Chase en sus peores momentos, eso no los convertía en amigos.

Aun así, el hombre fue muy considerado al llamarla y comunicarle que Brian estaba a punto de ser liberado.

No tuvo que hacerlo.

"Brian Jalston está detenido en la cárcel del condado de Franklin", dijo Terrence una vez que estuvieron dentro de su coche.

"¿Condado? ¿El hombre está detenido en el *Condado*?"

Terrence asintió.

Durante el vuelo, Chase había intentado investigar qué le había ocurrido a Brian Jalston tras su detención, pero los detalles eran escasos. Probablemente se debía al trato que el hombre había alcanzado con el fiscal del distrito. Había intentado acceder a más

información utilizando sus credenciales del FBI, pero su inicio de sesión había sido desactivado. Chase había considerado ponerse en contacto con Floyd y pasar por él, pero había decidido no hacerlo.

Demasiadas preguntas, pocas respuestas.

Todavía estaba intentando hacerse a la idea de que Brian había salido de la cárcel. Aunque esto ya era bastante aterrador de por sí, lo que la enfurecía era la idea de que los tres miembros restantes de su harén -Sue-Ellen, Portia y Melissa Jalston, o sus nombres de pila, Anastasia Blackwood, Kim Bernard y Teresa Long- lo visitaran en prisión. Eso significaba que había una alta probabilidad de que lo tuvieran todo preparado para la liberación de Brian.

Todo para poder repetir el círculo vicioso de secuestrar jovencitas y atraerlas a su sádico redil.

Chase se imaginó la cara de su difunta hermana.

Y luego les lavaba el cerebro, las embarazaba y las despojaba de todo sentido de sí mismas.

"¿Chase?"

Sacudió la cabeza y volvió su atención hacia Terrence.

"¿Sí?"

No se había dado cuenta de que el hombre había estado hablando, pero a juzgar por su expresión, Terrence se había metido de lleno en una conversación unilateral.

"Dijiste por teléfono que ya no estabas en el FBI, pero ¿y tu compañero? ¿Sigue en el FBI?"

"¿Floyd?"

Terrence frunció los labios y enarcó ambas cejas.

"No, creo que se llamaba Jeremy".

"Ah, Stitts. No, él está...", estaba a punto de decir que tampoco está en el FBI, pero entonces recordó lo que Floyd le había dicho sobre ver la enseñanza de Stitts en Quantico. "Sí, sigue allí pero ahora trabaja en un despacho".

Terrence gruñó afirmativamente y ella se sintió mal por él. Puede que no fueran amigos, pero se había desvivido por ayudarla. El hombre prácticamente suplicaba respuestas y, por mucho que le doliera, un poco de charla estaba justificada.

"Me fui", dijo Chase en voz baja. "Dejé el FBI poco después de que mataran a mi hermana".

Chase pasó a contarle a Terrence, con mucho más detalle del que jamás pensó que sería capaz, lo que le ocurrió a Georgina después de que ambos huyeran de Tennessee. También habló de Stitts, de cómo le habían disparado en Nuevo México y de cómo se había resignado a enseñar a hacer perfiles en Quantico. Chase pasó por alto lo sucedido en Nueva York con el padre David y Cerebrum y concluyó su largo relato describiendo su nueva vida cuidando de su sobrina.

No mencionó a Brad ni a Félix y, durante un buen rato después de que terminara su historia, Terrence permaneció respetuosamente callado.

"Siento lo que le pasó a tu hermana, Chase", dijo por fin el hombre.

"Gracias.

Por cortesía social, ahora le tocaba a Chase preguntar por él, pero ella no se atrevía a hacerlo. No sólo temía que su interés pudiera parecer poco sincero, sino que también pudiera interpretarse como un insulto.

Sin embargo, Terrence no la presionó y en menos de diez minutos la cárcel del condado de Franklin se alzaba ante ellos.

El edificio era una estructura plana de color gris azulado y estaba dividido en módulos reservados a distintos tipos de reclusos. Toda la zona estaba rodeada de enormes muros de hormigón, interrumpidos por cortos tramos de valla metálica. La puerta principal estaba custodiada por dos cabinas, una a cada lado, y Terrence aminoró la marcha al acercarse.

"Terrence Conway, Oficina de Investigación de Tennessee", dijo, mostrando su placa.

El guardia tomó nota y miró a Chase en el asiento del copiloto.

"Es el agente del FBI Chase Adams", ofreció Terrence.

"¿IDENTIFICACIÓN?"

Chase dio las gracias en silencio a Floyd por conseguir su placa -aún no sabía cómo lo había hecho- y se la tendió al guardia. El hombre anotó algo en un portapapeles e indicó a su compañero que levantara la puerta.

"Pueden aparcar allí", dijo, indicando un pequeño aparcamiento secundario reservado a las fuerzas del orden. "Atención, van a tener que entregar sus armas de servicio, sin embargo, así que siéntanse libres de dejarlas en su vehículo, si lo prefieren".

Terrence dio las gracias al hombre y aparcó el coche. Chase permaneció sentado, incluso después de que el hombre se hubiera bajado.

Respiraba entrecortadamente y le temblaban las manos.

Con todo lo que había pasado en el último año, año y medio, Brian Jalston había sido lo más alejado de su mente.

Y volver aquí era el último lugar en el que pensó que se encontraría: en Tennessee, Franklin, cerca de donde creció y cerca de donde las vidas de todos los miembros de su familia habían sido destruidas.

"¿Estás bien, Chase?" preguntó Terrence con su tono suave y uniforme.

Chase tragó saliva y se obligó a salir del coche.

Había venido hasta aquí y Chase no iba a permitir que alguien

como Brian Jalston le dictara adónde iba o qué hacía.

"Sí, estoy bien."

Pero el corazón de Chase latía tan deprisa en su pecho que su cuerpo se balanceaba de un lado a otro, y ambos sabían que mentía.

Capítulo 5

Las similitudes entre los crímenes en Columbus, Ohio y West Virginia, Charleston eran asombrosas. No hacía falta ser agente del FBI para verlo.

Dos hombres adinerados salen a pasar una noche en la ciudad cuando se enfrentan a un vagabundo. El vagabundo no tarda en asesinarlos con un cuchillo antes de cortarles el cuello. No sólo los modos y las causas de la muerte son idénticos, sino que incluso los cuchillos utilizados son similares.

Ambos crímenes fueron crueles, violentos y aparentemente aleatorios.

"Vaya", murmuró Floyd mientras miraba la fotografía de la segunda vagabunda. Ella -supuso que era una mujer- estaba aún más decrépita que la primera.

¿"Guau"? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? *No. De* todos modos, el forense no pudo ni siquiera acercarse a sacar huellas de ella, dijo que su piel estaba demasiado, uhh, *macerada*. Se deslizaba como guantes carnosos".

Floyd se encogió.

"¿En serio?"

Tate asintió.

"Sí, sólo tendones y huesos debajo".

"Es horrible", comentó Floyd, a lo que Tate se encogió de hombros.

"Quiero decir, no me siento tan mal por ella. Es una asesina, después de todo".

Floyd dio la vuelta a la fotografía de la mujer y señaló su cuello rasgado.

"Estaba enferma, muy enferma".

Tate frunció los labios.

"Está muerta, realmente muerta".

Ahora Floyd puso los ojos en blanco.

Tate le caía bien, tenían una buena relación de ida y vuelta. Pero no era sólo eso. También era el hecho de que, aunque Tate tenía años de experiencia, no hacía sentir a Floyd como un idiota cuando decía algo incorrecto. Bueno, lo hacía, pero de una forma divertida.

Pero a veces, el hombre podía actuar como un niño en lugar de como un hombre. Floyd supuso que se trataba de un mecanismo de Tate que, aunque a veces podía resultar molesto, era mejor que la forma en que él se enfrentaba a las cosas: congelado como un ciervo.

"Lo que sigo sin entender es por qué se involucra el FBI. Quiero decir, tenemos dos asesinatos no relacionados, similares sí, pero sin vínculos concretos. Ahora, no soy un veterano aquí, pero para mí, eso

no justifica la participación del FBI".

Tate no dudó.

"Dos razones: una, ya hemos deducido que Wayne Griffith tiene algunos amigos importantes; y dos, los jefazos quieren asegurarse de que estos no son el inicio de una serie de asesinatos por todo el Medio Oeste".

Al decir esto último, Tate extendió los brazos a los lados como queriendo decir que yo tampoco lo entiendo.

"Extraño", murmuró Floyd.

"Claro que sí, pero adivina quién se va de viaje por carretera. Este tío", se señaló el pecho con una mano y a Floyd con la otra, "y este tío".

Floyd dio un sorbo a su café.

Acababa de regresar de un caso en el sur de Florida relacionado con un hombre que criaba cocodrilos en su patio trasero con la intención de militarizarlos, y lo último que quería hacer ahora era volver a viajar.

"La verdadera pregunta es, ¿a dónde primero, Floyd?"

Floyd se lo pensó un momento y luego murmuró: "Lo que esté más cerca, Tate. Lo que esté más cerca".

***

Por desgracia, "los jefazos", como Tate se refería al director Hampton y a su círculo íntimo, habían decidido que el doctor Wayne Griffith III era una víctima más importante que el no prefijo Roger Evans.

Charleston estaba fuera, Columbus estaba dentro. Al llegar a Columbus, Floyd deseó haber dedicado más tiempo a informarse sobre el tiempo. Había supuesto que hacía calor por el hecho de que el Dr. Griffith no llevaba chaqueta en el momento de su asesinato, pero no era así. El tiempo era sombrío, ventoso y frío. Floyd estaba acostumbrado al frío -casi siempre hacía frío en Alaska-, pero esto era diferente.

Columbus estaba húmedo y empapado, y resultaba más incómodo que las secas temperaturas bajo cero de Alaska.

Floyd se envolvió bien en su abrigo, metió la barbilla y cruzó la calle a toda prisa hacia la masa de taxis que esperaban. No miró si Tate le seguía, no tenía por qué hacerlo. Tate era como Stitts en ese aspecto, le gustaba quedarse atrás, ver cómo se desarrollaban las cosas delante de ellos. Sin embargo, ahí terminaban sus similitudes; mientras que a Stitts le gustaba mantener la boca cerrada y dejar que otros llenaran el vacío, Tate era todo lo contrario.

"¡Oye, Floyd! ¡Por aquí!" Tate gritó y Floyd se giró. Su compañero

estaba indicando un punto de recogida delante de los taxis. "El teniente Lehner nos va a agarrar aquí".

"¿Teniente?" Preguntó Floyd mientras se unía a Tate. Parecía extraño que un hombre de tan alto rango en la estructura de la organización estuviera en un caso que está, o muy probablemente pronto estará, marcado como cerrado.

"Sí, el teniente Lehner de la división de Homicidios. Como dije, el buen doctor tenía algunos amigos importantes".

"Hmm."

Floyd tembló durante un minuto entero antes de que un coche sin matrícula aminorara la marcha al acercarse. No había duda de quién era el hombre que lo conducía. Si buscaras Teniente de la Policía de Colón en el diccionario, verías a este hombre. Grande, mejillas coloradas, perilla gris y torso grueso, pero no era obeso. Más bien parecía un ex jugador de fútbol universitario que se dejaba llevar un poco, y con la edad y el descuido llegó una capa de grasa.

Floyd levantó la mano, pero Tate se le adelantó, saludando salvajemente. El coche se detuvo y el hombretón al volante se apeó.

"Teniente Lehner", dijo Tate, su tono repentinamente apropiado. "Tate Abernathy y este es mi compañero, Floyd Montgomery."

El teniente Lehner extendió su carnosa mano, que engulló la de Tate Abernathy, a pesar de que el propio Tate no era un hombre pequeño. Cuando el teniente fue a estrechar la mano de Floyd, éste se preparó flexionando los dedos para evitar que se los aplastara. Sin embargo, cada dígito le dolió en cuanto Lehner soltó su mano.

"Entra", dijo Lehner. "¿Supongo que quieres ver los cuerpos primero?"

Floyd estaba a punto de recomendarles que fueran antes a la estación, quizá a tomar un café o algo equivalente que le ayudara a entrar en calor, pero, como de costumbre, Tate intervino primero.

"Sí, vamos a ver los cuerpos", dijo, lanzando una mirada tentativa sobre su hombro a Floyd. "Los dos."

Capítulo 6

"Las armas en esta caja", instruyó el guardia de seguridad. "Todas las demás pertenencias metálicas en ésta".

Chase y Terrence hicieron lo que se les indicaba, y este último pasó primero por el detector de metales.

Permaneció en silencio.

La suerte quiso que, cuando Chase lo atravesó, empezara a pitar.

"Maldita sea, ¿qué pasa ahora?", refunfuñó.

"Señora, puede por favor..."

Levantó los ojos.

"No me llames señora", espetó.

"Yo sólo..."

"Chase, tu cinturón", dijo Terrence, interviniendo antes de que las cosas se descontrolaran.

Chase bajó la mirada, maldijo de nuevo, se quitó el cinturón y lo metió en una de las cajas antes de pasar por el detector de metales por segunda vez.

No se atrevió a pitar de nuevo.

"¿Satisfecho?"

Terrence puso la mano en el hombro de Chase y la guió por el estrecho pasillo que conducía a las salas de visita sin contacto. Llegaron a una sencilla valla de alambre de espino vigilada por un guardia delgado detrás de un terminal informático.

"¿Tiene una cita?", preguntó el hombre, sin apartar los ojos del monitor.

"No hay cita, pero estamos aquí para ver..."

"Brian Jalston", interrumpió Chase a Terrence. De repente sintió unas ganas insólitas de escupir al suelo. El mero hecho de mover los labios de la forma necesaria para formar esas dos palabras hizo que se le formara un sabor asqueroso en la boca.

El hombre tecleó algo y finalmente levantó la vista. Sus ojos tenían el tono de gris más claro que Chase había visto nunca.

"Brian Jalston puede recibir visitas, pero ha dejado claro que no quiere ver a nadie".

"Lo sé, es sólo que..."

Una vez más, Chase cortó a Terrence a mitad de la frase.

"¿Por qué?"

El hombre delgado frunció el ceño.

"No lo sé. Pero ha declarado varias veces que no está interesado en ver a nadie hasta que lo pongan en libertad. Incluso rechazó a un par de sus clientes habituales".

"¿Regulares?"

El hombre tecleó algo mientras decía: "Visitantes habituales".

Chase se chupó la comisura del labio.

"Sé lo que significa", espetó. "¿Quiénes son sus visitantes habituales?"

Chase estaba segura de saber quiénes eran esas personas, pero quería nombres y direcciones.

"¿Tienes identificación?"

Chase sacó su placa y la puso sobre el mostrador. Aunque a la mayoría de la gente le impresiona la presencia de una placa así -gracias, televisión cursi de máxima audiencia-, el hombre de los ojos grises parecía imperturbable. Dada su profesión, probablemente había visto todas las placas imaginables, e incluso algunas que no lo eran.

"Normalmente, se tarda un tiempo en confeccionar una lista de visitantes, pero dado que el señor Jalston va a ser puesto en libertad, intentaré hacérsela llegar lo antes posible". El hombre tecleó furiosamente, y luego añadió: "También le pasaré su nombre -miró rápidamente su identificación-, Chase Adams al señor Jalston en relación con su solicitud de visita, pero como ya he dicho, es muy poco probable que acceda a verla. Ahora, si esto está relacionado con un crimen, puedo contactar con el alcaide y podemos trabajar en-"

"Eso no será necesario", intervino Terrence.

Chase lo miró un momento, con el ceño fruncido. Comprendía la posición del hombre, pero si la hubieran dejado a su aire, habría vuelto allí y arrastrado al gordo bastardo por el cuello.

"Vale, entonces haré la petición".

"Espera", dijo Chase. De repente se le había ocurrido una idea, algo que podría ayudarla a aumentar sus posibilidades de conseguir que Brian accediera a la visita.

Los dedos del hombre se levantaron del teclado como si un cajero de banco hubiera recibido instrucciones de no tocar nada si no quiere que le dispare un atracador en potencia.

"¿Cambiaste de opinión?"

Sacudió la cabeza.

"No, sólo no pongas la petición de Chase Adams".

"Todos los nombres tienen que ser..."

"Sí, lo entiendo, pero ¿podrías poner la petición de *Georgina* Adams?"

El hombre la miró y luego a Terrence.

"Sra. Adams, estoy obligado a usar el nombre de su identificación."

"Por favor, se va en una semana... ¿qué importa si accidentalmente escribes mal Chase?".

Podía sentir a Terrence tenso detrás de ella y supuso que la única vez que el hombre había roto o incluso torcido las reglas era cuando estaba con ella.

Bueno, pensó Chase, *ahora estás de vuelta conmigo, Terrence Conway, viejo amigo, viejo colega.*

"¿Escribir mal Chase como... Georgina?" Preguntó el hombre.

"Qué puedo decir, a veces el Do y el Sol... ya sabes, se confunden".

Chase no estaba acostumbrada a ser encantadora, y no era su fuerte, ni siquiera se acercaba.

Unos ojos grises y pálidos se clavaron en ella, y Chase esperaba que la siguiente serie de preguntas, si es que las había, se refirieran al motivo de su visita.

El guardia la sorprendió.

"¿Sabes qué? Nunca se me ha dado bien la ortografía", dijo en voz baja, luego pulsó la tecla de retroceso y tecleó lo que Chase sospechó que era Georgina. Cuando terminó, el hombre suspiró y se inclinó hacia delante. "Ahora, siéntense, por favor, y les llamaré en cuanto Brian Jalston rechace su visita".

Terrence dio las gracias y empezó a caminar hacia la zona donde habían dejado las armas. Dio unos cinco pasos antes de que Chase lo detuviera.

"¿Sabes qué? Creo que esperaré aquí", dijo. Antes de que el guardia pudiera sugerir lo contrario, Chase se apoyó en la pared.

Terrence se unió a ella.

"Espero que sepas lo que haces", le dijo al oído.

"Yo también", respondió Chase. Terrence, sé que no te sientes cómodo con esto. Pero te diré una cosa*:* hoy veré a Brian. ¿Y después? ¿Quién sabe? Pero probablemente sea mejor que no estés cerca cuando lo haga. Puedo coger un taxi de vuelta al aeropuerto cuando termine".

Terrence la miró como si estuviera estreñido.

"Chase, después de lo que me dijiste, después de lo que tú y tu hermana pasaron... no puedo ni imaginar..."

Chase no estaba de humor para más aplacamiento o condescendencia o lo que sea que esto se estaba convirtiendo.

"Para ser honesto, prefiero ir solo."

La expresión de Terrence no cambió.

"Lo que tú prefieres y lo que es mejor para ti rara vez son lo mismo", replicó. "Voy contigo, Chase".

"Realmente no..."

"¿Agente Adams? ¿Agente Conway?"

Chase se apartó de la pared y miró al guardia de seguridad.

"¿Sí?"

El hombre sacudía un poco la cabeza y tenía una mirada extraña.

"Me acaban de decir que Brian aceptó tu visita... *Georgina*. Ahora, por favor, ven conmigo."

Capítulo 7

"Me alegro de que hayáis podido venir", dijo el teniente Lehner mientras los tres hombres caminaban hacia la morgue. "Es un día triste cuando un vagabundo de mierda le quita la vida a un buen hombre. Nada menos que un médico".

"Te entiendo", comentó Tate. "Definitivamente no es justo".

Floyd se quedó rezagado mientras el teniente y Tate hablaban del Dr. Wayne Griffith III como si ambos hubieran sido los mejores amigos del fallecido. La decisión de Floyd de quedarse atrás no se debía únicamente a que los otros dos hombres tuvieran mucho en común, incluida su educación, color y edad, sino a que le gustaba ver trabajar a su compañera. Aunque Chase tenía sus talentos especiales, también los tenía Tate Abernathy. Puede que no tuviera su perspicacia con los muertos, pero era infinitamente mejor con la gente que ella. En resumen, Tate era un camaleón. A los pocos segundos de conocer a alguien, sabía exactamente cómo hablarle para que se sintiera cómodo. Iba incluso más allá de las palabras y se extendía a los gestos y figuras del lenguaje. Cualquier cosa para desarmar al sospechoso, a la víctima o, como en este caso, a las fuerzas del orden.

Para Floyd, ver cómo esto sucedía era como observar a un actor del método meterse a la perfección en un nuevo papel.

Y además lo hacía parecer tan fácil. En algunas ocasiones, cuando Tate estaba convenientemente indispuesto, Floyd había intentado imitar a su compañero.

Los resultados habían sido desastrosos. Los intentos de Floyd resultaron tan poco sinceros que el sospechoso le llamó la atención. Intentó mantener la calma, seguir con la actuación, pero un segundo desafío, esta vez plagado de maldiciones, y Floyd se deshizo en un lío tartamudeante.

Así que, por ahora, quedó relegado a la observación.

Y eso le parecía bien.

"Sí, lo entiendo, pero usted dijo que se trataba de un hecho puntual y aleatorio", recordó Tate al teniente.

"Cierto, cierto". Lehner sacudió la cabeza al llegar a la puerta que tenía estampado *Morgue* en letras azules descoloridas. "Sólo quiero asegurarme de que no es como una nueva cosa de sales de baño, ¿sabes lo que quiero decir? Lo último que necesitamos es otra droga que haga que la gente pierda la puta cabeza y vaya por ahí matando a gente buena".

Floyd estaba familiarizado con el caso de las sales de baño en Florida hace unos años. También sabía que las drogas no tenían nada que ver. Y, si hubiera sido él quien hablaba con el teniente, podría

haberlo dicho. Por eso permaneció en segundo plano y dejó que Tate hiciera lo suyo.

"¿Surgió algo en toxicología?"

Lehner negó con la cabeza mientras abría la puerta.

"No, pero creo que los dos sabemos que a veces lo bueno de verdad no aparece, ¿me entiendes? No en Columbus, al menos. En cambio, el FBI...". Lehner dejó escapar la frase y la concluyó con algo que podría haberse interpretado como un guiño.

Y algunas cosas ni siquiera aparecen para nosotros, pensó Floyd, su mente volviéndose hacia Cerebrum. *E incluso cuando lo hacen, sólo Dios sabe lo que estos nuevos compuestos le hacen a tu cerebro.*

"Después de ti", dijo Tate, señalando hacia el interior de la morgue.

"No lo creo", respondió Lehner. "Voy a esperar fuera".

Tanto Tate como Floyd enarcaron las cejas. Incluso con la limitada perspicacia de Floyd, el hombretón no le parecía alguien que se acobardara ante la muerte.

"Creedme, chicos, querréis taparos la nariz antes de entrar".

"Cúbrenos..."

Era lo primero que Floyd había dicho desde que se presentaron en el aeropuerto y ni siquiera fue capaz de completar la frase.

El olor era así de malo.

Floyd amordazado.

"Jesucristo", dijo Tate, cubriéndose la nariz con el interior del codo.

"Más bien el aliento de Satanás", contraatacó el teniente. "Te esperaré aquí".

"Después de ti", repitió Tate, esta vez indicando a Floyd.

Floyd, haciendo una mueca y tragando en seco con rapidez, entró en la morgue. Todas y cada una de las docenas de luces fluorescentes parecían estar en las últimas y parpadeaban locamente. Esto causó estragos en los ojos de Floyd, que entrecerró uno y parpadeó incontrolablemente con el otro. Eso, combinado con su nariz arrugada, debió de ser todo un espectáculo. Pero si el forense se dio cuenta, no dijo nada.

El hombre vestía un pesado guardapolvo verde cubierto de manchas de grasa. Llevaba la cara cubierta por una protección de plástico y una pinza nasal, probablemente diseñada para nadar, le tapaba los orificios nasales.

Todo el look era extraño, pero también apropiado.

Lo que Floyd habría dado por una pinza en la nariz en ese momento.

"Dr. Barnaby", dijo el hombre, extendiendo una mano enguantada.

Estaba cubierto de mugre y, en el último segundo, Floyd resistió el impulso de sacudirlo. Había algo extrañamente humano en el hecho

de recibir algo, ya fuera la mano de una persona o un objeto cualquiera, y cogerlo sin pensarlo.

"Agente Especial del FBI Floyd Montgomery", dijo de un tirón.

Floyd se vio obligado a inhalar después de hablar y se alegró al descubrir que su nariz ya se había adaptado al olor... un poco. Seguía siendo muy desagradable, y podía sentir un ligero ardor en algún lugar de la parte posterior de la garganta.

"Agente Especial Tate Abernathy", anunció Tate desde detrás de Floyd.

Oh, ¿ahora te sientas?

El Dr. Barnaby asintió con la cabeza antes de llevarles ante un cadáver que yacía en una camilla metálica. El torso del hombre estaba desnudo, mientras que una sábana blanca lo cubría de cintura para abajo. Parecía sano si no se tenía en cuenta el corte de quince centímetros que tenía en la garganta, desde una oreja hasta la barbilla.

"Supongo que está aquí para ver al Dr. Griffith."

En realidad, Floyd estaba más interesado en ver al vagabundo, pero se lo guardó para sí. Había algo en la forma en que el Dr. Barnaby había dicho el nombre de la víctima que sugería que se conocían. No era tan sorprendente, dado que ambos eran médicos, pero trabajaban en extremos muy diferentes del espectro. El Dr. Griffith era un cirujano plástico que mejoraba la vida, mientras que el Dr. Barnaby descifraba la muerte.

Tal vez Tate se me está pegando después de todo.

"Es una pena", dijo Tate.

"En efecto", dijo secamente el Dr. Barnaby, confirmando la teoría de Floyd. "Como puede ver, el Dr. Griffith se cuidó mucho. Está en excelente forma para su edad, para *cualquier* edad", añadió rápidamente el médico como si su comentario hubiera sido cuestionado. "Como puede ver, la herida de entrada inicial seccionó por completo su arteria carótida. Se desangró en cuestión de minutos".

El Dr. Barnaby cogió una bolsa de pruebas de la mesa que tenía detrás y la mostró a los dos agentes.

"Este es el cuchillo."

Era vieja, con una hoja de 20 cm y mango de plástico marrón.

"Cuchillo de caza corriente", les informó el Dr. Barnaby. "Disponible en casi cualquier Walmart o Target del país".

Floyd asintió, pero sacó un móvil e hizo una foto por si acaso.

Recordando el comentario del teniente Lehner, Floyd preguntó: "¿Algo en el sistema del Dr. Griffith?".

Esto provocó una mirada fulminante tanto del Dr. Barnaby como de Tate. Floyd se encogió sutilmente de hombros como diciendo: "¿Qué? Los dos queríamos preguntarlo.

"El Dr. Griffith salió a tomar unas copas y eso es todo lo que

encontré en su organismo: un nivel razonable de alcohol".

A Floyd le pareció extraño que el forense no mencionara el porcentaje exacto de alcohol en sangre, pero entonces recordó del informe que lo más probable era que el doctor Griffith se dirigiera a su coche cuando lo atacaron.

Sí, pensó Floyd, *definitivamente se conocían.*

"Gracias, Dr. Barnaby. Ahora podemos..." Tate señaló la camilla junto al cadáver del Dr. Griffith. Floyd notó cómo su compañero no mencionaba al autor por su nombre o por otra cosa que no fuera un gesto. Seguramente había sido a propósito.

O tal vez fuera sólo una consecuencia de no tener un título apropiado en la punta de la lengua.

Después de todo, ¿cómo llamas al vagabundo desaliñado que mató al Dr. Griffith? ¿Su asesino? ¿Un psicópata? ¿Un vagabundo trastornado? ¿O sigues al teniente Lehner y te quedas con el vagabundo de mierda?

El Dr. Barnaby curvó el labio superior.

"Por supuesto".

El Dr. Barnaby cubrió la parte superior del cuerpo y la cara del Dr. Griffith con la sábana y se trasladó a la mesa contigua.

"Ustedes, *uhh*, tal vez quieran taparse la nariz."

Floyd no sabía cómo era posible que oliera peor en la habitación, pero cuando el hombre retiró la sábana, casi vomitó sobre sus propios zapatos.

Se le llenó la boca de bilis y tuvo que tragar saliva.

Estaba avergonzado, pero cuando vio que Tate hacía lo mismo, se sintió un poco mejor.

En la cabeza, no tanto en el estómago.

Había una especie de baba, que recordaba a la que había en la parte delantera del delantal del Dr. Barnaby, recubriendo la parte inferior de la sábana.

¿Qué coño es eso? se preguntó Floyd. Luego, cuando miró el cadáver, pensó: ¿Qué coño es *eso?*

"Pensé..." Tate se atragantó. "Creía que el teniente Lehner había dicho que el cuerpo sólo llevaba aquí dos días". Las palabras salieron de un tirón, claramente a propósito; quería limitar el número de partículas de putrefacción que entraban en su boca y garganta.

"Sí, dos días. Como le dije al teniente, nunca había visto algo así en mi carrera. Llevo casi treinta años trabajando en Columbus y sus alrededores. He visto muchas cosas extrañas, déjeme decirle, ¿pero esto? Nada como esto".

Floyd entrecerró un ojo e inclinó la cabeza para alejarse del cadáver y evitar que los vapores invisibles se introdujeran en su cuerpo.

Sobre la mesa había lo que sólo podía describirse como un esqueleto cubierto de una gruesa capa de lodo aceitoso. Si se viera obligado a determinar el sexo, se decantaría por el femenino, pero no apostaría más de un dólar por ello. Lo único discernible era el corte irregular de su cuello. Era similar a la herida del Dr. Griffith, pero parecía más dentada.

Parecían marcas de vacilación, una manifestación de alguien que no estaba seguro de querer llevar a cabo el atroz acto.

"¿Son marcas de vacilación?"

"No lo creo", respondió el Dr. Barnaby. "Imposible saberlo con seguridad, pero creo que lo que ocurrió fue que su carne ya estaba podrida, y cuando intentó cortarse el cuello, fue como usar un cuchillo de mantequilla para cortar un trozo de papel... se fue arrugando y doblando".

Jesús.

"Está bien, está bien", dijo Tate. "Cúbrela de nuevo."

El forense no necesitó que se lo preguntaran dos veces. Volvió a colocar la sábana encima del cadáver, que succionó con un horrible sorbo.

Floyd abrió los dos ojos y respiró superficialmente con la boca. Todavía había un olor nauseabundo en la habitación, pero se había vuelto manejable.

"¿Qué hace que una persona..." Tate negó con la cabeza. Ahora, Floyd no podía decir si la incredulidad del hombre era genuina o parte de su actuación. "¿Cómo sucedió esto? ¿Fue el abuso de drogas a largo plazo? ¿Un descuido? ¿Una enfermedad rara? ¿Una infección? ¿Qué?"

Tate se limitaba ahora a soltar hipótesis, que era otra de las cosas que el hombre hacía de vez en cuando. Floyd aún no estaba seguro de si esta táctica pretendía inspirar o conferir una sensación de superioridad a la otra parte. Tampoco sabía si Tate prefería una idea a otra.

"Podrían ser todas esas cosas, podría no ser ninguna de ellas. No estoy seguro. La teniente Lehner está preocupada por algún tipo de epidemia de drogas, así que pasé la poca sangre que pude extraer por un análisis toxicológico. No hay drogas en su sistema. Sufría de insuficiencia orgánica múltiple -riñón e hígado, principalmente- y su corazón tenía una silueta cardíaca reducida y masa ventricular izquierda disminuida. Síntomas de anorexia y/o uso crónico de drogas intravenosas. No pude encontrar huellas, por la condición de su piel. Te diré esto, va a haber un montón de observaciones "no concluyentes" en mi informe patológico. Como he dicho, nunca..." El Dr. Barnaby hizo una pausa para rascarse la parte superior de la cabeza. Floyd vio cómo parte del lodo del guante del hombre se transfería a su pelo canoso y se encogió. "Ahora que lo pienso, *he* visto

algo parecido. Cuando era residente de patología, pasé un tiempo en una granja de cadáveres en Nueva York, dirigida por un extraño Dr. Swansea. De todos modos, ¿ustedes están familiarizados con una granja de cuerpos?"

Por su breve estancia con el Dr. Beckett Campbell, Floyd sabía lo que era una granja de cadáveres, pero antes de que pudiera decirlo, Tate intervino.

"No, ¿qué es una granja de cadáveres?"

"Un lugar donde colocan cadáveres donados en escenarios únicos, tratando de entender lo que ocurre con el tiempo. Pueden utilizar los datos para compararlos con diferentes escenas del crimen para entender la depredación de la fauna, predecir con más exactitud la hora de la muerte en diferentes condiciones, ese tipo de cosas. En este caso, me recuerda a un cuerpo que se dejó en barro blando durante semanas. Se produce una maceración extrema, y la epidermis comienza a separarse de las capas inferiores. *Eso es* lo que me recuerda esto: un cadáver en el barro durante días y días".

Floyd intentó comprender lo que decía el forense, pero no lo consiguió.

"Gracias por tomarse el tiempo, Doc", dijo Tate. "Realmente lo aprecio."

"Y les agradezco que hayan venido. Creo que se trataba de una persona triste que perdió la cabeza y Wayne estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado."

Tate asintió y, mientras le daba las gracias por última vez, Floyd se apresuró a salir de la morgue.

De vuelta en el pasillo, Floyd se puso las manos en los muslos, tuvo arcadas una, dos veces, y luego no tuvo más remedio que escupir en el suelo de linóleo.

Era demasiado.

"Sí, ya te dije que quizá querrías taparte la cara", dijo el teniente Lehner riendo entre dientes. Luego le dio una palmada en la espalda a Floyd como si fueran viejos compañeros de fútbol en lugar del FBI y el CPD. "No te preocupes, chico, yo hice lo mismo, exactamente lo mismo".

Y entonces, mientras Floyd se esforzaba por serenarse, se dio cuenta de que Tate no le había seguido fuera y que su compañero estaba hablando de algo con el Dr. Barnaby en voz baja.

Capítulo 8

Chase no llevaba en las fuerzas del orden el tiempo suficiente para presenciar el largo camino del corredor de la muerte a la cámara de ejecución de alguien a quien había ayudado a encarcelar. Pero comparaba lo que estaba haciendo ahora con algo parecido. No por la gravedad de la situación -no era tan ingenua como para pensar que encontrarse con un hombre al que detestabas con cada gramo de tu ser era lo mismo que caminar hacia una muerte segura-, pero imaginaba que la sensación que sentía en el pecho era parecida.

No ayudaba el hecho de que el trayecto desde el mostrador de facturación hasta la sala de visitantes sin contacto fuera casi infinito.

Chase se dio cuenta de que iba más despacio, lo que permitió a Terrence acercarse por detrás.

"Quieres que..."

Chase se enderezó y aceleró el paso.

"Estaré bien."

"Pensé que rechazaría tu visita", reflexionó en voz alta el guardia de seguridad. "Realmente debes significar algo para él".

Yo no, corrigió Chase en su cabeza, *sino Georgina.*

La idea le revolvió el estómago.

El guardia de seguridad los condujo hasta una gruesa puerta y empezó a abrirla. Chase respiró hondo y Terrence le dio un codazo.

"Aún no ha llegado", susurró.

Terrence había hecho todo lo posible por bajar la voz, pero el guardia debió de oírlo porque siguió con: "Están trayendo a Brian ahora, así que tardarán unos minutos. ¿Quieren que me siente con ustedes?".

"No", dijo Chase secamente.

"De acuerdo. Bueno, si en algún momento me necesitas, todo lo que tienes que hacer es gritar, dar pisotones, casi cualquier cosa y yo iré enseguida".

Era la única vez en la memoria reciente que la promesa de un hombre de protegerla reconfortaba a Chase.

"Gracias", murmuró y luego se odió a sí misma por haber pronunciado la palabra.

Para compensar, Chase entró desafiante en la pequeña habitación. Era un espacio de dos por tres metros, con una mesa de metal azul en el centro que estaba atornillada al suelo. Sobre la mesa había un anillo de metal soldado. También había dos sillas sentadas una frente a otra, también atornilladas al suelo.

En lo alto de la pared, en la esquina opuesta a la puerta por la que había entrado, había una vieja cámara de vídeo. No había ninguna luz

que indicara si estaba encendida o apagada, pero supuso que era lo primero.

Puedo hacer que lo apaguen. Si se lo pido al guardia, seguro que lo hace.

"¿Quieres estar de pie o sentado?" preguntó Terrence.

Chase se lo pensó un momento y se sobresaltó al oír cerrarse la puerta que tenía detrás. Miró a través del cristal y vio que el guardia la saludaba con la cabeza.

"Me quedaré de pie, por ahora."

"¿Hay algo...?" Terrence dejó escapar la frase al ver la mirada de ella. "Estoy aquí si me necesitas".

La humildad del comentario del hombre, nada menos que el Director del TBI, recordó a Chase que era él quien le estaba haciendo un favor y no al revés. Puede que fuera idea suya utilizar el nombre de Georgina, pero la influencia de él la había hecho entrar. Y su llamada la había alertado de que Brian iba a ser puesto en libertad.

"Gracias, Terrence. Realmente aprecio..."

El ruido de una puerta al abrirse la interrumpió.

Un hombre al que no reconoció entró en la habitación. Llevaba un mono naranja y las manos esposadas por delante de la cintura. Llevaba la barbilla gacha, lo que dejaba ver un pelo castaño corto con un mechón fino cerca de la coronilla. Era de complexión media y tenía una musculatura considerable: Chase podía ver las venas de ambos bíceps y sus hombros eran redondos y gruesos.

Todas las imágenes mentales que tenía de Brian Jalston eran de él encogido, con su enorme barriga temblorosa, su grasienta coleta ondeando al viento, mientras las mujeres de los vestidos blancos se lanzaban delante de su pistola.

Y esa sonrisa...

Con la cabeza y los ojos aún bajos, el hombre del mono naranja fue guiado hasta la mesa. Allí, el guardia que lo había traído, no el hombre de los ojos grises, observó Chase, le desabrochó un puño y lo sujetó a la anilla de la mesa. El prisionero se sentó y se acomodó la silla, sin levantar la vista. Todo era extrañamente ritual.

El guardia salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Luego la cerró con llave.

A Chase le latía el corazón en el pecho y le sudaba la frente. Sus axilas también estaban húmedas. Sin embargo, algo no encajaba.

Trajeron al tipo equivocado, pensó. *Este no es el hombre que nos secuestró a mí y a mi hermana, ni el que la violó y la dejó embarazada. No es el responsable de la muerte de toda mi familia. No puede ser él. No es Brian Jalston alias Bobby Jenson.*

Fiel a su palabra, Terrence estuvo a su lado cuando lo necesitó. Aunque ella no podía pedirle ayuda, él debió sentirlo. Bastó que el

hombre se aclarara la garganta para que el hechizo se rompiera.

Chase abrió la boca para hablar, para decir algo parecido a que *éste no es él*, cuando el prisionero levantó por fin la vista.

Brian Jalston sonrió. Si le sorprendió ver a Chase y no a Georgina esperándole en la sala de visitas, no se le notó en la cara.

Ni sus ojos.

Y era él, Chase lo vio. Era más delgado, estaba más en forma, tenía menos pelo, pero esa puta sonrisa lasciva... era *él*.

"Bueno, tú no eres Georgina", dijo Brian con un acento sureño un poco más grueso de lo que Chase recordaba. "Aún así, estoy muy contento de haber decidido hacer esta visita. Pero a juzgar por tu cara, chica, dudo que sientas lo mismo".

Capítulo 9

"¿Adónde vamos ahora, agentes?" Preguntó el teniente Lehner mientras se amontonaban en el vehículo sin matrícula del hombre.

Floyd estaba desesperado por preguntarle a Tate sobre lo que él y el doctor Barnaby habían hablado en privado, pero no se atrevía a hacerlo delante del teniente. Con el tiempo, supo que su compañero le contaría la conversación secreta, pero eso no calmó su curiosidad.

"Bueno, tal y como yo lo veo, podemos hacer una de dos cosas: podemos indagar un poco más en la vida del doctor Griffith, ver si ha sido un acto al azar; o podemos intentar averiguar de dónde ha salido esta vagabunda, y ver si hay más como ella esperando entre bastidores". Por respeto a la difunta doctora, Tate tardó el doble en decir la primera parte de la frase que la última.

Y Floyd notó algo más sobre este discurso planeado. Era algo menor, y si no hubiera estado prestando mucha atención, podría no haberlo notado. Diablos, si Floyd no tuviera un historial de tartamudeo, probablemente tampoco lo habría notado.

La primera parte de la palabra vagabundo sonaba mucho a *vi-grante*.

Por un momento, el acto camaleónico de Tate se había levantado, lo suficiente como para mostrar sus verdaderos colores.

Basándose en sus muchas discusiones durante las largas horas de vuelo, Floyd sabía que Tate compartía algunas de sus opiniones sobre los delincuentes que cazaban, que eran muy diferentes de las que tenía su anterior compañero, Chase Adams.

Aunque lo que le ocurrió al Dr. Wayne Griffith III fue innegablemente horrible, aquí hubo otra víctima.

La víctima parecía un cadáver viviente y empuñaba un cuchillo con el que había acabado con la vida del médico y con la suya propia. Pero seguía siendo una víctima, y habría que indagar un poco para averiguar por qué había hecho lo que había hecho. Esa era su patología. O, en este caso, *patologías*.

Y Tate casi había dicho *víctima* en vez de *vagabundo.*

"Creo que la decisión es fácil entonces, *¿no*?"

El teniente giró bruscamente a la izquierda, lo suficientemente brusco como para que Floyd se moviera físicamente en el asiento trasero, y le dio gas.

"Sólo hay un puñado de lugares en los que una mierda como esa encajaría, pero ¿sabes qué? Creo que sé justo el lugar donde podría pasar el rato".

Las palabras de Lehner eran definitivas y ninguno de los agentes podía decir nada para hacerle cambiar de opinión.

Se sentaron en silencio mientras Lehner atravesaba Columbus en dirección a los suburbios. Poco a poco, el tamaño y el estado general de las casas que bordeaban la carretera fueron disminuyendo. Al final, el número de ventanas rotas que Floyd divisó desde el asiento trasero superó al de las intactas.

Llegaron a un cruce formado por varias autopistas, pero el teniente no se incorporó a ninguna de ellas. Siguió por una pequeña vía de servicio que pasaba por debajo de un paso elevado.

"Y esto, amigos míos, se llama Junkie Row".

Había un elemento de orgullo en la voz de Lehner que Floyd no acababa de entender, pero el apodo era lo bastante claro.

Había tiendas improvisadas y cubiertas de lona hasta donde alcanzaba la vista de Floyd. También había varios barriles encendidos, lo cual, aunque era pleno día, tenía sentido debido al frío que hacía.

Y luego estaba la gente. Algunos estaban sentados en sillas de jardín, mientras que otros simplemente se tambaleaban. Floyd vio al menos un puñado de personas que llevaban botellas de licor abiertas y al menos dos que parecían estar inyectándose algo en las venas.

No intentaron moverse, y mucho menos dispersarse, ni siquiera cuando el teniente se detuvo a un lado de la carretera. Lehner conducía un coche sin matrícula, pero cualquiera que tuviera experiencia en ambos lados de la ley, y Floyd sospechaba que mucha de aquella gente la tenía, lo habría identificado de inmediato.

"Cielos, ¿no puede ser así todo el día?" Floyd no pudo evitar preguntar.

"Todo el día, todos los días".

"¿Y no les importa que estés aquí?"

"Oh, sí que les importa", dijo el teniente mientras salía del coche y se ajustaba el cinturón. Si antes no sabían que era policía, ahora debían saberlo; después de todo, Lehner llevaba su uniforme. "No hay nada que pueda hacer al respecto. Al menos, no en este momento. Todas las putas cárceles que tenemos están por encima de su capacidad. Normalmente, los yonquis de Junkie Row se quedan aquí, donde pueden inyectarse cualquier compuesto tóxico en las venas sin que nadie les moleste. Pero si esto... ¿Si *ella* vino de este lugar? Entonces puede que tengamos que echarlos a todos, hacinados o no". Lehner dio dos pasos hacia delante y apuntó con un dedo a un hombre con una gorra de béisbol desteñida y una camiseta musculosa manchada. "¡Eh, tú!"

El hombre era delgado como una barandilla y tenía llagas rojas en la cara que se extendían por el cuello hasta la parte del pecho que quedaba al descubierto.

Floyd se dio cuenta de repente de que no podía saber la edad de aquel hombre. Los granos de la pubertad eran indistinguibles de las

llagas de la droga en este caso.

"¿Has visto a esta mujer antes?" preguntó Lehner bruscamente, sacando un teléfono móvil y tendiéndoselo.

El hombre miró la foto e inmediatamente sacudió la cabeza.

"No, nunca la he visto".

El teniente le empujó el teléfono a la cara.

"¿Seguro?"

"Estoy seguro".

"Y una mierda", refunfuñó el teniente.

El vagabundo murmuró algo incoherente y se marchó dando tumbos. Floyd se sintió de pronto inquieto y deseó que hubieran ido a investigar la vida privada del doctor Griffith en lugar de venir aquí.

Tate sintió lo mismo o captó la aprensión de Floyd, porque dijo: "Teniente Lehner, ¿por qué no se toma un respiro en el coche? Déjenos a mí y a Floyd hacer algunas preguntas por aquí".

Al teniente no le gustó que le dijeran lo que tenía que hacer, y se le notó en la cara.

"Aquí te conocen", añadió rápidamente Tate. "Ese tipo estaba cagado de miedo. A nosotros no nos conocen, podrían tener un desliz, ¿sabes? Nos reuniremos contigo en tu coche en media hora".

Un cumplido disfrazado de orden. Inteligente.

El teniente aún no parecía contento al cien por cien, pero aceptó.

"En media hora nos vemos aquí".

Floyd y Tate esperaron hasta que el hombretón estuvo metido dentro de su vehículo.

"Gracias por eso", dijo Floyd cuando se dieron la espalda.

"¿Pensabas que era para ti? No soporto a ese tipo", siseó Tate. La admisión fue tan sorprendente que Floyd se rió. "Muy bien, en marcha. Realmente dudo que vayamos a encontrar nada, pero nunca se sabe. ¿Todavía tienes la foto de la mujer en tu móvil?".

Floyd abrió su teléfono y sacó la foto del cadáver. Luego pellizcó la imagen y acercó el zoom de modo que la herida rasgada del cuello quedara justo fuera del plano.

Tate ladeó la cabeza.

"Quiero decir, probablemente no parecía tan diferente cuando estaba viva, ¿estoy en lo cierto?"

Sondearon a algunos yonquis, de tienda en tienda, de persona en persona, pero no llegaron a ninguna parte.

Nadie había visto nunca a la mujer, ni oído hablar de ella, y nadie tenía ni idea de quién era.

Era casi como si todos en Junkie Row tuvieran el mismo abogado y estuvieran condicionados a responder de la misma manera.

No, señor, nunca la he visto. No sé quién es.

"¿De qué hablaste con el Dr. Barnaby?" Floyd preguntó mientras se

trasladaban a una tienda adyacente.

"Sobre ti, hijo mío", bromeó Tate.

"Muy gracioso. En serio".

"Le pregunté por algunas de las actividades extracurriculares del Dr. Wayne Griffith; tuve la sensación de que eran algo más que conocidos, ¿sabe a lo que me refiero?".

"Sí, tuve la misma sensación".

Tate detuvo a una mujer que vestía bikini y vaqueros cortos a pesar del frío.

"Oye, ¿has visto a esta chica antes?"

Normalmente, a una consulta de este tipo se le añade más información que la foto, como la edad, el color del pelo, el color de los ojos, ese tipo de cosas. En este caso, simplemente no conocían esos detalles.

La respuesta de la mujer sugirió que podrían haber tenido una fecha de nacimiento, un nombre y un número de la seguridad social y eso no habría importado.

"Vete a la mierda."

"Bonito", dijo Tate, y luego bajó el teléfono mientras la mujer se alejaba. "Como iba diciendo, le pregunté al forense por el doctor Griffith y sus viajes regulares al club nocturno".

"¿Y pensaste que no se sentiría cómodo respondiendo delante de mí?"

Tate se encogió de hombros.

"Más o menos. Eres demasiado joven e ingenuo para saber de mujeres de la noche".

Floyd pensó en la pequeña nota a pie de página del expediente que decía que el doctor Griffith estaba con una tal Julia Dreger, no con su esposa, en el momento de la muerte.

"¿Y?"

"Admitió que el Dr. Griffith era un habitual, pero sólo con una mujer en particular: Julia Dreger. No sólo eso, sino que dijo que no era un gran secreto, y llegó a sugerir que la esposa de Wayne probablemente estaba al tanto de la aventura."

Bingo. Motivo.

En la cabeza de Floyd saltaron las alarmas, pero rápidamente evitó que sonaran demasiado fuerte. Tuvo que recordarse a sí mismo que una vagabunda había apuñalado al doctor Griffith en la garganta y luego se había suicidado.

Difícilmente lo que uno describiría como un asesinato por venganza.

"Oye, ¿alguna vez has visto..."

Esta vez, Tate ni siquiera terminó la frase antes de que el hombre encorvado con una larga barba blanca salpicada de manchas de

nicotina marrón oscuro le mandara a la mierda. Al menos, eso es lo que Floyd pensó que dijo. Resultaba difícil deducirlo, ya que la boca del hombre carecía por completo de dientes.

"¿Sabes qué?" Dijo Floyd, su humor mejorando. "Creo que este de aquí es quizás un lugar en el que no puedes encajar".

Tate miró a su alrededor.

"¿Y tú puedes?"

Parecía un reto, y Floyd no se echó atrás.

¿"Flaco, joven negro? Claro, me integro perfectamente".

"¿Llevando un traje de Brooks Brothers?"

Floyd no pudo resistirse y se miró. No llevaba traje, sino abrigo, camisa azul pálido y pantalones.

"Más como J. Crew."

Tate se rió.

"Bien, veamos qué tienes".

Floyd asintió y se alejó de su compañero. Mientras caminaba, sacó del bolsillo trasero su arma secreta: un puñado de billetes de uno y varios de cinco.

Y en menos de diez minutos, no sólo había encontrado a alguien que decía haber visto a su vagabunda, sino que además había hablado con ella.

Capítulo 10

"La tercera vez que nos vemos, tú y yo", dijo Brian con una mirada lasciva.

Incluso en momentos de gran tensión, cuando se le desafiaba, las respuestas de Chase eran automáticas.

"Sólo que esta vez, tú eres el encadenado y no yo".

Brian levantó las manos y la cadena que le unía a la mesa repiqueteó en el metal.

"No recuerdo haberte atado. Quiero decir, *lo haría* si tú quisieras".

El hombre seguía sonriéndole, pero su sonrisa se había transformado en algo francamente siniestro.

Chase frunció el ceño.

"¿Qué crees que habría querido tu hermano?", replicó ella. Los ojos de Brian se entrecerraron de inmediato, y sus labios se convirtieron en una fina línea. "¿Crees que quería que lo atara? Es decir, antes de que le cortara el puto cuello".

Brian se tensó y empezó a levantarse de la silla, con la furia dibujada en sus facciones. Pero luego sacudió la cabeza y volvió a sentarse.

Chase casi había atrapado al hombre. No del todo, pero casi. Y, si nada más, esto demostró una cosa: Brian Jalston podía ser provocado. Mientras pulsara los botones correctos, Chase podría hacerlo reaccionar. Esta comprensión hizo que el monstruo volviera a ser humano.

"Supongo que estamos en paz", murmuró. Chase ni siquiera estaba segura de por qué lo había dicho, pero lo había dicho. Y una vez que las palabras habían salido de su boca, no había manera de recuperarlas.

"¿De qué estás hablando?" gruñó Brian.

Chase levantó los ojos y miró fijamente al hombre que tenía enfrente.

De repente se dio cuenta de que él no lo sabía. Brian Jalston no tenía ni idea de lo que le había pasado a Georgina. ¿Y cómo podía saberlo? El hombre que había tenido un hijo con Georgina Adams no sabía que estaba muerta.

Chase había reclutado a Drake y a los amigos de la policía de Nueva York para mantener en secreto lo que había sucedido en los Jardines de las Mariposas para proteger a la pequeña Georgina. No había pensado ni una sola vez en las implicaciones para ese pedazo de mierda encerrado en una celda.

Chase sintió al mismo tiempo repulsión y una oleada de poder.

"¿Qué estás haciendo aquí, Chase?" preguntó Brian. Su tono y su

acento seguían siendo ásperos, pero menos que la primera vez que entró.

"Sólo pasaba por aquí", dijo Chase. "Evaluándote, tratando de averiguar cómo puedo asegurarme de que nunca salgas de este agujero de mierda".

Brian se rió.

"Hmmm, vamos ahora, cariño, voy a salir en cuatro días. *Cuatro.* Y no hay nada que puedas hacer al respecto."

Chase dio un paso adelante y puso las manos sobre la mesa.

Ahí es donde te equivocas, Brian. Hay un montón de cosas que puedo hacer para mantenerte aquí, y hay aún más maneras en que puedo enviarte a la morgue.

"Sólo quiero que sepas que cuando salgas de aquí, estarás mirando por encima del hombro el resto de tu miserable y patética vida".

Brian volvió a reír.

"¿De qué? ¿De *ti*?"

Chase levantó la barbilla.

"¿Te olvidaste del pequeño Timmy? ¿De lo mucho que sangró?"

La expresión de Brian Jalston se endureció.

"No necesito mirar por encima del hombro", dijo rotundamente el hombre, "porque tendré a mis esposas para que lo hagan por mí".

Aunque Chase se había dado cuenta de que ella podía llegar hasta Brian, él también sabía cómo llegar hasta ella. Mostró los dientes y extendió la mano por encima de la mesa, con la intención de agarrarlo por el cuello, pero el hombre levantó sus grandes manos y ella las tocó en su lugar.

Y entonces ocurrió.

Lo mismo que ocurrió cuando entró en contacto con el padre David.

Chase se metió en la piel de ese hombre, viviendo su vida... viviendo su despreciable, repugnante, censurable...

Pero no era eso. Chase sentía algo, seguro, pero no era lo que ella esperaba de un hombre como Brian Jalston.

La calma se apoderó de ella. Había un amanecer detrás de una casa azul y vestidos blancos en la hierba alta. Había risas y caras sonrientes.

La mente de Chase se rebeló contra esta imagen. Esta no podía ser la vida de Brian. Brian existía en uno de los nueve anillos del infierno de Dante.

Esto fue... relajante. Relajante.

Una mano se posó en su hombro y Chase retrocedió tan violentamente que se habría caído de no ser por la silla. Temblando, tomó asiento.

"¿Estás bien?" preguntó Terrence en voz baja.

Antes de que pudiera contestar, Brian tomó la palabra.

"¿Qué pasa, Chase? ¿No te gustan mis manos suaves como la seda? Me cuidan muy bien aquí. Me cuidan tan bien que..."

"Georgina está muerta", respiró Chase. "Está muerta".

Brian Jalston retrocedió todo lo que le permitió su cadena.

"¿De qué estás hablando?"

Chase se quedó con la mirada perdida en un punto sobre el hombro izquierdo de Brian. Se dio cuenta de que podía haber cierta confusión sobre quién pensaba Brian que era Georgina: su hermana o su sobrina. Así que le hizo un favor al hombre y le aclaró la situación.

"Mi hermana, la que llamabas Riley, pero que en realidad era Georgina Adams fue asesinada. Le dispararon y la mataron".

"Mientes", siseó Brian.

Chase odiaba utilizar a su hermana muerta como palanca en una conversación con el diablo, pero sabía que lo que estaba a punto de hacer a continuación era aún peor.

"No estoy mintiendo, pedazo de mierda. Le dispararon y la mataron". La cara de Brian se volvió de un tono rojo intenso y empezó a sisear. "Oh, ¿te he molestado? Bueno, ¿qué tal esto para molestar: a tu hija? Sí, la pequeña Georgina, mi sobrina". Chase miró las manos de Brian y vio que estaban apretadas como bolas de odio. "Yo la adopté. Tu hija es *mía*".

"¡Mientes!" Brian gritó.

Ambas puertas, la de detrás de Brian y la de detrás de Chase, se abrieron al mismo tiempo.

Pero Chase aún no había terminado.

"¡Mi hermana está muerta y todo es culpa tuya! ¡Y aunque salgas de aquí, nunca volverás a ver a tu hija!"

Brian se puso en pie de un salto, pero la cadena lo agarró cuando estaba a medio camino y lo tiró hacia abajo. Chase aprovechó la oportunidad para agarrarle la nuca y golpearle la frente contra la mesa metálica. Se oyó un sonoro golpe y Brian gritó. Chase, que seguía agarrándole el cuero cabelludo, fue a repetir la acción cuando alguien la agarró por la cintura y la hizo girar.

Era Terrence, y la estaba reteniendo.

"¡Tú eres el que necesita mirar por encima del hombro, Chase!" Brian dijo.

Le salía sangre de un corte en la frente, pero el hombre volvía a sonreír. Esa maldita sonrisa suya.

"¡Vete a la mierda!"

Chase intentó llegar hasta el hombre, pero Terrence era demasiado fuerte y la arrastró hasta la puerta.

"Tengo a mi gente, mis esposas, cuidando de mí, pero ¿quién está cuidando de ti, Chase? ¿Alguien? ¿Alguien en absoluto?"

Entonces, mientras sacaban a Chase de la sala de visitas, Brian Jalston se echó a reír.

Capítulo XI

El hombre del abrigo de piel y poco más se embolsó los dos billetes de cinco dólares que le dio Floyd.

"Sí, la reconozco. La he visto".

Floyd levantó el brazo de inmediato y miró por encima de las tiendas en busca de Tate. Divisó al hombre y le hizo un gesto para que se apresurara a acercarse.

"Sólo un segundo."

Cuando llegó Tate, Floyd dijo: "Repite lo que acabas de decirme".

El yonqui, que tenía unos labios gruesos que parecían demasiado grandes para su cara y unos ojos demasiado pequeños, parpadeó y luego dijo: "Sí, vi a la chica".

Para reforzar este punto, Floyd dio la vuelta a su teléfono y le mostró la imagen de la mujer putrefacta en la morgue.

"*¿La* viste?"

El vagabundo curvó su gordo labio superior, haciéndolo parecer un plátano carnoso.

"Sí, como dije, la vi. Difícil no verla... u olerla".

La mención del olor fue decisiva para Floyd. Todo Junkie Row apestaba a orina, mierda, sudor... y si esta mujer en particular destacaba, tenía que ser la elegida.

Floyd volvió a la morgue y recordó la reacción visceral que había experimentado al retirar la sábana.

Se estremecía sólo de pensarlo.

"Está bien, está bien. ¿Cuándo la viste?"

El hombre se encogió de hombros.

"¿No te acuerdas? Demasiado..."

Floyd silenció a Tate y sacó otros cinco. Esta vez, cuando los dedos agrietados del hombre lo alcanzaron, lo retuvo.

"Esto es para todas nuestras preguntas, no sólo para una".

El hombre se relamió, sin apartar los ojos del dinero.

"Sí, claro. Todas las preguntas que quieras".

Floyd mantuvo el dinero fuera de su alcance durante un segundo más, y luego lo entregó. Desapareció incluso más rápido que los dos primeros.

"Muy bien, así que dijiste que viste a esta chica. ¿Cuándo la viste?"

"Hace tres noches. La vi en Junkie Row hace tres noches. Nunca la volví a ver".

Floyd interiorizó esta información.

"Entonces, ¿sólo estuvo aquí una noche?"

Otro encogimiento de hombros.

"Dijiste que responderías a nuestras preguntas", advirtió Tate,

subiendo el tono de voz. Floyd miró a su alrededor y vio que empezaban a congregarse.

No era una buena señal. Podían ser agentes del FBI, también llevaban armas, pero ser atacado por una docena o más de estas personas sin nada que perder era algo que Floyd quería evitar a toda costa.

"Sí contesté", dijo el hombre, el timbre de su voz igualaba al de Tate. "Dije *que* la vi aquí una noche. No sé cuánto tiempo estuvo aquí".

Genial, pensó Floyd, tenemos al *Capitán Literal ante nosotros.*

"Vale, vale, vamos a calmarnos. ¿Dijiste que la viste y también que hablaste con ella?"

El hombre asintió.

"Sí."

"¿Qué dijo?" Floyd también empezaba a molestarse. Esto era como sacar los dientes y, dada la escasez general de los pequeños cubitos blancos en la boca del vagabundo, tenía especial interés en quedárselos.

"Nada."

Tate levantó los brazos.

"Esto es una puta pérdida de tiempo", dijo.

"Nada", replicó el vagabundo. "Ella no dijo nada".

Si no hubiera sido por la mención del olor, Floyd habría estado seguro de que les estaban tomando el pelo.

El soborno se parecía mucho a la tortura en ese sentido: muestra suficiente dinero o causa suficiente dolor y la gente dirá lo que crea que quiere que oigas.

"¿Nada de nada?" Preguntó Floyd.

"No, ella no hablaba. Intenté hablar con ella... pero no decía nada. Después de que me acostumbré al olor, ella era... no sé... linda. Un culito apretado, ¿sabes lo que quiero decir?"

A Floyd le dio un vuelco el estómago.

¿Bonito?

Incluso la boca sucia en bikini y Daisy Dukes habría sido una opción más apetecible que un cadáver andante.

"¿Seguro que no dijo nada?" Floyd presionó.

"*Nuh-uh*. Ni siquiera sé si podía hablar".

"¿Por qué? ¿Estaba drogada?" Tate preguntó.

Floyd hizo una mueca, deseando que, por una vez, Tate le dejara llevar esta parte de la investigación. Era su testigo, después de todo.

Pero Tate era su superior y tenía mucha más experiencia.

"No. *No estaba* drogada".

De todas las respuestas que el hombre les había dado hasta ahora, ésta era la más definitiva.

"¿Cómo puedes estar seguro?"

El hombre se miró entonces los dedos de los pies, como si se avergonzara de sí mismo.

"Simplemente lo sé", dijo en voz baja.

"¿Cómo?" Tate exigió.

Floyd alargó la mano y la puso en el hombro de su compañero, silenciando su indagación. Ya tenía una idea bastante clara de cómo habían ido las cosas entre la desconocida y aquel hombre. El yonqui la había visto, una cara nueva en Junkie Row, y se había acercado. Tal vez sus intenciones habían sido decentes al principio, pero cuando Jane se negó a responderle, el vagabundo intentó robarle. Al no conseguir nada, probablemente intentó acostarse con ella. Dado que el forense no había mencionado nada sobre actividad sexual reciente en relación con la desconocida, probablemente tampoco tuvo éxito.

"De acuerdo", dijo Floyd. "¿Puede decirnos algo más sobre esta mujer? ¿Hizo algo extraño? ¿Llevaba alguna pertenencia con ella? ¿Algo?"

"No, tío. Ella no tenía nada y no hizo nada. Simplemente se sentó allí". El vagabundo señaló una esquina de la valla cerca de la parte trasera de Junkie Row. "Empezó a llover, pero ella seguía sin moverse. Fue raro, tío. No intentó meterse debajo de una de las lonas o tiendas ni nada. Simplemente se empapó. Luego me quedé dormido, nunca la volví a ver. No vi nada".

Esta fue una señal de que la conversación había terminado, si es que alguna vez hubo una.

No vi nada.

"Vale, gracias".

Mientras Floyd y Tate caminaban hacia el lugar donde les había dejado el teniente Lehner, el hombre refunfuñó algo sobre cerdos, probablemente para quedar bien con sus compañeros vagabundos.

"Bueno, eso fue una completa y total pérdida de tiempo", comentó Tate.

Fiel a su palabra, Lehner les estaba esperando. Pero el hombretón ya no estaba en el coche, sino apoyado en él, con decenas de pipas de girasol esparcidas por el suelo a su alrededor.

"Nos dijo algo", dijo Floyd a su compañero.

"¿Cómo qué? ¿Que nuestro asesino era jodidamente raro? ¿Que no comía nada y no se drogaba? ¿Que le gustaba la lluvia?"

Floyd no dijo nada. Sentía como si *hubieran* aprendido algo, algo importante, sólo que no estaba seguro de qué.

"Oye, no te preocupes por los cinco pavos, yo los gasto", dijo Tate.

Floyd se rió y no se molestó en corregirle sobre la cantidad gastada.

"¿Habéis terminado?", preguntó Lehner sin sonreír. El hombre escupió pipas de girasol peligrosamente cerca de los pies de Floyd.

Tate tomó la delantera, y esta vez Floyd le dejó.

"Todo hecho... aquí, al menos. Pero creo que tenemos que explorar la segunda opción".

El rostro redondo del teniente, que ya estaba torcido por el disgusto, se volvió aún más torturado.

"¿Opción dos?"

Y por primera vez desde que conoció a este rotundo teniente, Tate rompió su carácter.

"Tenemos que visitar a Julia Dreger, la mujer que se acostaba con el Dr. Wayne Griffith III y que estaba con él cuando fue asesinado".

Capítulo 12

"¡Joder!" gritó Chase en cuanto estuvieron fuera de los muros de la cárcel del condado de Franklin. Luego miró al cielo y gritó la palabra.

Consciente de que Terrence la miraba fijamente, controló lentamente su respiración. Todavía furiosa, esperó unos segundos más antes de mirar al hombre.

Había lástima en sus ojos. O tal vez compasión. En cualquier caso, esto sería normalmente el punto de ignición para el barril de pólvora que era Chase Adams, pero ella logró una hazaña hercúlea de autocontrol que la sorprendió incluso a ella misma. Chase no entendía por qué Terrence tenía ese efecto en ella, pero lo tenía. Tal vez fuera su comportamiento, o el hecho de que hubiera estado presente cuando ella encontró a su hermana, o tal vez el hecho de que se hubiera acercado a ella cuando otros raramente lo hacían.

"Lo siento", dijo Chase entre dientes apretados.

Sorprendentemente, Terrence no parecía necesitar nada más de ella, lo cual era bueno, porque Chase no estaba dispuesta a ofrecer más. En su experiencia, una disculpa era sólo la punta del iceberg, un peldaño más. La gente quería múltiples disculpas, luego la alababan por encima de ti, esperaban reparaciones, deudas que saldar, ese tipo de cosas.

Pero no con Terrence. Porque Terrence era diferente, pero Chase no estaba seguro de cómo.

Caminaron en silencio hacia el coche del hombre. Y mientras lo hacían, los pensamientos de Chase empezaron a arremolinarse.

Ese pedazo de mierda. ¿Cree que puede controlarme? ¿Cree que debo ser yo quien mire por encima de mi hombro? ¿De verdad?

Cuando llegaron al coche, ambos subieron sin decir nada.

Chase estaba tan perdida en su cabeza que no se dio cuenta de que Terrence no hizo ningún movimiento para arrancar el vehículo.

Mantente en el momento, susurró el Dr. Matteo. *Mantente en el momento, Chase.*

"No puedo", dijo en voz alta. "Porque este momento... es demasiado jodido".

Al darse cuenta de que no estaba sola, Chase miró a Terrence y su rostro enrojeció de inmediato.

"He dicho que lo siento, eso es todo, eso es todo lo que vas a conseguir".

"Ni siquiera quería eso", dijo Terrence. "Sólo quiero saber si vas a estar bien."

Era una pregunta capciosa y Chase no entendía el motivo. ¿A Terrence le preocupaba ser el responsable si ella cometía una locura?

¿O estaba realmente preocupado por ella?".

"No, no estoy bien. Pero estaré bien. He superado cosas peores. He *sobrevivido a* cosas peores que Brian Jalston".

Terrence asintió.

"¿Quieres que te lleve de vuelta al aeropuerto?"

Chase soltó una carcajada. No estaba segura de si alguna vez había emitido un sonido así, pero si alguna vez había habido un momento para ello, era ahora.

"Ni de coña. Tengo una amiga cuidando a Georgina y no le importará otros cuatro días".

Finalmente, Terrence arrancó el coche y salió del aparcamiento de la cárcel del condado de Franklin.

"¿Cuatro días?"

La entonación del hombre sugería que se trataba de una pregunta, pero no era estúpido. Terrence sabía exactamente por qué necesitaba cuatro días más.

Porque a esa hora estaba prevista la puesta en libertad de Brian Jalston. Y cuando cruzara la puerta de la valla metálica, Chase estaría allí, con los brazos cruzados.

Lo que planeaba hacer a continuación, ni siquiera ella estaba segura.

"No entiendo cómo sólo le dieron dos años", dijo Chase distraídamente. "No tiene sentido".

Terrence suspiró.

"Fue complicado. Las cosas..."

"Eso ya lo has dicho", espetó Chase. "¡Pero no tiene sentido! Brian y su hermano secuestraban niñas y las violaban. A niños. Y luego les lavaron el cerebro para poder violarlas una y otra vez". Su enojo por todo finalmente llegó a un punto de ebullición y se desbordó de manera espectacular en Chase. Y esta vez, ni siquiera la presencia de Terrence pudo detenerla. "¡Durante años! ¡Durante *putos* años! ¡Mi maldita hermana! ¡Se quedaron con ella y lo arruinaron todo! Mi madre, mi padre... *¡todo*! Y cuando finalmente la encontré, se había ido. Antes de que Mark Kruk la matara, ya estaba muerta. Y al responsable de todo esto le dan dos malditos años en un club de campo".

De repente, Terrence apartó el coche a un lado de la carretera. Luego lo aparcó y miró a Chase.

"¿Ya has terminado? ¿Has terminado de acusarme? ¿Has terminado de culparme como si yo fuera el puto juez, jurado y verdugo?"

Chase retrocedió, sorprendida por la repentina agresividad del hombre. Nunca había visto algo así en Terrence.

"Tú..."

"No, tuviste tu oportunidad, Chase. Ahora es mi turno. ¿Quieres

saber por qué le dieron dos años, Chase? ¿La verdadera razón?"
Chase permaneció en silencio.
"Por tu culpa. Por lo que le hiciste a su hermano. Brian le contó al fiscal cómo lo mataste, cómo lo degollaste. Sobre cómo lo asesinaste".
"¿Asesinado?" Chase estaba horrorizado. "Ellos jodidamente..."
"¡Lo sé!" gritó Terrence, golpeándose agresivamente el centro del pecho con dos dedos. "¡Lo sé, *joder*! ¿Pero esas mujeres? *¿Sus* mujeres? Estaban preparadas para testificar contra ti, y contaron una historia cojonuda, Chase. Una jodida historia retorcida sobre cómo habías agarrado a Timothy Jalston, cómo suplicaba por su vida y cómo le cortaste. El fiscal... quería presentar cargos. No contra Brian, sino contra *ti*".
"¿Q-qué?"
Terrence asintió.
"Sí, querían levantarte cargos. No me lo podía creer. Y no me malinterpretes, sé lo que hiciste en esa casa, y maldita sea, yo habría hecho exactamente lo mismo. No fue nada de lo que dijo Brian, pero tenían... tenían... tenían la historia perfecta y la apariencia perfecta. Tenía miedo de que se me pegara". Terrence empezó a calmarse un poco. "No te culpo, Chase. Pero la única forma que tenía de conseguir que Brian se callara la puta boca sobre lo que le pasó a su hermano era ofrecerle este alegato a medias de reducción de condena. No te culpo, pero por favor, *por favor*, no me culpes por esto".
Al final de la revelación del hombre, los ojos de Chase se abrieron de par en par y sintió una sensación inusual.
Sentía que iba a llorar.
Hacía mucho tiempo que nadie le hablaba así, mucho tiempo que nadie le decía las cosas de forma tan directa y concisa. A la gente le gustaba usar guantes de seda con Chase, dado su pasado y lo que había sufrido a lo largo de los años. A pesar de sus esfuerzos por conseguir que la trataran como a una igual, no era frecuente.
Aún más infrecuente que esto venga de alguien como Terrence.
Chase ahogó las lágrimas y se enderezó.
"El bar".
"¿Qué?"
Chase negó con la cabeza.
"No me lleves al aeropuerto, Terrence. Quiero ir al bar".
Terrence levantó los brazos.
"¿El bar? Está en medio del..."
"Llévame al bar, Terrence. Te debo una copa. Puede que incluso dos".

Capítulo 13

"No sé por qué quieres hablar con esa tal Julia", dijo el teniente Lehner. "Puedo decirte exactamente lo que dijo en la entrevista porque yo estaba allí".

Floyd sabía cuál iba a ser la refutación de Tate incluso antes de que abriera la boca. Ya lo había oído muchas veces.

"Lo sé, lo sé. No estoy cuestionando su trabajo, teniente, es sólo... es sólo que tengo esta cosa".

"¿Esta cosa? ¿Qué cosa?"

Tate asintió.

"Sí, como cuando alguien me cuenta algo nuevo, tengo que buscarlo. No importa si es un hecho al azar, o quién me lo dice, *tengo* que investigarlo por mí mismo. Es molesto, incluso para mí, pero..."

Por la expresión del teniente, Floyd no podía saber si el hombre entendía lo que decía Tate o si pensaba que estaba loco de remate.

En realidad no importaba.

Lo único que le preocupaba a Floyd en ese momento era que no tenían coche propio, y que de ninguna manera quería hablar con Julia con Lehner presente.

"Sé que probablemente estés muy ocupado", empezó Floyd, tomando una página del libro de Tate y apelando al sentido de autoridad del hombre. "Así que, si pudieras llevarnos al local de alquiler de coches más cercano, nos quitaremos de encima".

El teniente miró a Tate, que apoyó a Floyd con un movimiento de cabeza.

"Creo que sería más conveniente para todos", dijo Tate.

Lehner gruñó, lo que Floyd empezaba a reconocer como la forma de comunicación preferida del hombre. Luego dijo: "¿Alquilado? No, no puedo dejar que el FBI conduzca un coche de alquiler. Haré que uno de mis chicos te preste su coche. ¿Cuánto tiempo crees que estarás en la ciudad?".

"El tiempo que haga falta", dijo Tate, y esto era algo con lo que el teniente podía estar de acuerdo.

El hombre volvió a gruñir.

"De acuerdo, te dejaré en casa de Julia y luego haré que uno de los chicos te deje un coche".

"Podemos encontrarnos con su oficial en la estación o..."

El teniente se detuvo en la entrada de una gran casa con un cuidado césped delantero.

"Demasiado tarde, estamos aquí."

Floyd miró por la ventana la moderna casa.

"Creía que habías dicho que Julia era una puta... perdón, ¿una

prostituta?", preguntó, confuso.

"Bueno, eso no es lo que pone en su declaración de la renta, pero es lo que es".

Floyd entrecerró los ojos.

Supuso que los inmuebles en Columbus no eran tan caros como los de Nueva York o Virginia, Richmond, para el caso, pero ésta no era una casa en la que se imaginara a una prostituta viviendo en cualquier parte del país.

"Parece que me he equivocado de carrera", murmuró Tate al salir del coche. Floyd le siguió, pero el teniente no.

Se volvió y vio a Lehner asomado a la ventana.

Sin que nadie se lo pidiera, dijo: "No sé si es buena idea que la gente vuelva a ver mi coche aquí. Van a empezar a hacer preguntas".

Floyd no estaba seguro de si Lehner se refería a las preguntas sobre el doctor Wayne Griffith y su relación con la prostituta o a las del propio teniente.

Se alegró de que no tuvieran que convencerle para que se quedara. Preguntas o no, la presencia de Lehner no iba a inspirar una conversación fluida con Julia Dreger. Floyd ya había visto al teniente en acción en Junkie Row y el tacto no era su fuerte.

"Haré que uno de mis hombres traiga un coche."

"Gracias", dijo Tate, mientras el teniente se alejaba.

Floyd se volvió hacia su compañero.

"Bueno, eso fue interesante".

"Claro que sí. Me alegro de librarme de él".

"Yo también. ¿Cómo quieres manejar esto?"

Tate sonrió.

"De la misma manera que siempre lo hago".

Y entonces se marchó, subiendo por el paseo delantero y llamando a la puerta.

Floyd no esperaba que Julia contestara. Después de todo, a las mujeres de la noche, como Tate se había referido a ellas, no solía gustarles que sus visitantes vistieran trajes idénticos y llevaran insignias del FBI, independientemente de la profesión que figurara en sus declaraciones de la renta.

Pero se sorprendió cuando la puerta se abrió y una mujer rubia y menuda se asomó. No llevaba maquillaje y tenía la piel de los ojos enrojecida y agrietada.

Había estado llorando.

"¿Puedo ayudarle?"

"Siento mucho molestarla, Sra. Dreger, pero somos del FBI. Sólo tenemos un par de preguntas para usted".

Julia asintió.

"¿Tienes identificación?"

Tate y Floyd sacaron sus placas y Julia les echó un vistazo despreocupada antes de invitarles a pasar.

"Entra. Y llámame Julia, por favor".

El interior hacía juego con el exterior: bonito, pero no extravagante, decorado con gusto.

"¿Quieren un café o algo?"

Floyd, que nunca había bebido café antes de empezar en el FBI, abrió la boca para decir que sí, pero fue demasiado lento.

"No, gracias", respondió Tate por ellos.

Habla por ti, pensó Floyd.

"Espero que no te importe que me haga uno para mí", dijo.

"Por supuesto", dijo Tate.

Floyd miró a su alrededor mientras Tate mantenía su atención fija en Julia. No estaba seguro de lo que buscaba, pero eso no tenía importancia; en realidad nunca la tenía. Tardé unos instantes más en descartar más ideas erróneas y generalizaciones -Chase *me habría dado una bofetada tonta por esto*- basadas en la profesión de Julia.

La casa de Julia estaba limpia y ordenada y, por lo que él sabía, podría haber pertenecido a un ama de casa de los suburbios. Todo parecía en orden.

Julia terminó de prepararse el café y se dio la vuelta, sosteniendo una taza con las dos manos como para calentarlas aunque la casa, a diferencia del exterior, debía de estar a setenta y dos grados o más.

Parecía aterrorizada. ¿Y por qué no iba a estarlo? Floyd no creía probable que Julia trabajara en las zonas más duras de la ciudad, haciendo trabajos manuales a cambio de promesas de crack que nunca se materializaban.

Además de su casa, también estaba el hecho de que el único cliente del que tenían constancia era un destacado cirujano plástico.

"Julia, sólo tenemos un par de preguntas sobre Wayne."

Julia asintió y dio un sorbo a su café.

"Me... me gustaba Wayne. Me gustaba de verdad. Yo...", hizo una pausa para tomar un sorbo de café y, aunque le dieron muchas oportunidades para continuar, nunca lo hizo.

Floyd quiso señalar que el hombre engañaba a su mujer con ella, pero se mordió la lengua. No quería que su comentario se interpretara como culpabilización de la víctima, porque no estaba sugiriendo que nada de lo que Wayne hubiera hecho justificara su asesinato.

"Bueno, siento mucho su pérdida", dijo Tate, siguiendo la línea del partido. "Somos conscientes de que ya ha hablado con el teniente Lehner."

Cuando Tate pronunció el nombre del teniente, Julia sintió un ligero tic en la comisura de los labios.

"No puedo..." se estremeció. "Fue horrible... tan horrible..."

El recuerdo provocó lágrimas que intentó ocultar bebiendo más café. Este momento de vulnerabilidad desvaneció de la mente de Floyd la idea de que Julia Dreger fuera una prostituta. Era sólo una mujer, una mujer que salía del club con un hombre que le importaba, y él fue asesinado, vilmente asesinado, delante de sus ojos.

Y entonces, mientras intentaba salvarle la vida, Julia se vio obligada a presenciar cómo el agresor se suicidaba.

"No quiero que tengas que repasar todos los detalles, otra vez, Julia", dijo Tate con simpatía. "Sólo estamos tratando de averiguar por qué le pasó esto a Wayne".

Julia resopló, se limpió la nariz y asintió.

"¿Dijo... dijo algo?" No hubo necesidad de describir a la vagabunda como otra cosa que *ella*. Todos en la habitación sabían de quién estaba hablando Tate. "¿Antes de atacar a Wayne? ¿Dijo algo en absoluto?"

Floyd vio el miedo brillar en los ojos de Julia.

"No, nada. Wayne... pensó que estaba enferma, ¿sabes? Pensó que tal vez había tenido una sobredosis. Había estado bebiendo, y le dije que la dejara en paz. No me escuchó. Y ella sólo... sólo lo apuñaló".

Fue la gota que colmó el vaso. Julia se derrumbó y empezó a sollozar.

El instinto de Floyd fue ir hacia ella, abrazar a la angustiada mujer, pero sabía que eso era inapropiado.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan indefenso. Desde Chase, tal vez.

"Lo siento", dijo Julia cuando recuperó algo de control. "Lo siento."

"No", dijo Tate, avanzando y haciendo lo que Floyd quería hacer pero había decidido no hacer: ofrecer a la mujer un toque reconfortante colocando su brazo sobre sus hombros. "No lo sientas, esto no es culpa tuya. Nada de esto es culpa tuya".

"Lo sé... pero... ¿por qué alguien querría hacerle daño a Wayne?"

"Eso es lo que intentamos averiguar".

Tate dio un giro de 180 grados.

"Venís del club, ¿verdad? ¿Estaba lleno esa noche?"

La pregunta puso en marcha la mente de Floyd. Empezó a preguntarse qué hacía el asesino fuera de la discoteca NEON. El hombre de Junkie Row había dicho que la mujer se había sentado bajo la lluvia, ni siquiera se había movido cuando empezó a llover a cántaros. Si sus instintos eran correctos, lo cual no era ninguna garantía, entonces ella ni siquiera se movió cuando alguien intentó robarla y violarla.

Pero el asesino había recorrido una distancia considerable desde Junkie Row hasta NEON. La verdadera pregunta era la misma que Julia acababa de formular.

¿Cuál era su motivación?

"Sí, estaba lleno".
"¿A qué hora saliste del club?"
"Era tarde. Alrededor de las dos, tal vez. No estoy completamente seguro".
"¿Y te llevaba a casa? ¿Es eso correcto?"
"Sí. Wayne tuvo una cirugía en la mañana. Sólo tomó un par de copas. Íbamos a volver aquí".
Floyd tenía en la punta de la lengua la pregunta de *adónde creía la mujer de Wayne que iba aquella noche,* pero él sólo era el observador.
"Sólo tengo una última pregunta para ti, Julia", dijo Tate. "Es personal, y sé que basándome en tu..."
Julia bajó la taza y se irguió.
"Si me prometes que me dirás por qué le pasó esto a Wayne, cuando lo averigües, responderé a cualquier pregunta".
Floyd sabía que era un acuerdo difícil para Tate. Su compañero era realista hasta la médula. Creía firmemente que a veces las cosas malas simplemente le ocurrían a la gente buena, e incluso mala. Accidentes aleatorios, sucesos horribles, pero acontecimientos que no tenían factores precedentes discernibles que pudieran haberse alterado.
Y este caso en particular se parecía cada vez más a un brote psicótico de una persona muy enferma, y Wayne era sólo la desafortunada víctima.
El problema radicaba en que la mayoría de las viudas, hijos e incluso amantes desconsolados no solían estar satisfechos con este resultado. Chocaba con la necesidad intrínseca del ser humano de buscar culpables.
Si Tate accedía a la propuesta de Julia, corría el riesgo real de presionar demasiado, de establecer vínculos que no existían y de generar pistas falsas que siempre acababan siendo pistas falsas. En sí, no era algo tan terrible, pero su tiempo y sus recursos eran limitados.
Y había gente mala ahí fuera a la que había que detener, crímenes aún no realizados que podían evitarse.
Pero aquí es donde entraba Floyd: no tenía por qué compartir la falta de fe de su compañero, ni en un poder mayor ni en la humanidad. Si volvía como él creía -la muerte de Wayne fue completamente aleatoria-, él sería quien le diera la noticia a Julia.
Y terminaría ahí.
"Cuando lo sepamos, se lo diremos", dijo, mostrando su tarjeta y entregándosela. "Incluso puedes llamarme para comprobarlo si quieres".
Julia pareció sorprendida, pero cogió la tarjeta.
Entonces Tate volvió a tomar las riendas.
"¿Wayne tenía otras parejas? ¿Además de usted y su esposa?"
Floyd habría abordado la cuestión de muchas maneras, pero ésta no

era una de ellas. Fue directo, al grano, y pareció insensible en el mejor de los casos.

Pero funcionó.

Julia parecía imperturbable cuando respondió: "No. Sólo yo. Las cosas con su mujer... eran difíciles en el mejor de los casos. Estábamos muy unidos. No quiero inventarme un cuento de hadas sobre un médico que deja a su mujer y salva a una prostituta de la calle, porque no fue así. Pero", suspiró, "sé cómo va a sonar esto, pero nuestra relación era diferente a la que teníamos con los demás".

Lo dejó así, y fue suficiente.

"Gracias por su ayuda", dijo Tate.

Estaban casi en la puerta cuando Floyd no pudo resistirse.

"Julia, siento de nuevo que hayas pasado por esto. Por favor, llámame si tienes alguna pregunta", dijo.

La mujer asintió y Tate y Floyd se marcharon.

"¿Buscas una cita?" Tate preguntó una vez que la puerta detrás de ellos se había cerrado. "¿O un servicio?"

Floyd hizo una mueca ante la broma de mal gusto.

"¿Qué?" preguntó Tate, fingiendo dolor.

"Hablando de servicio", dijo Floyd, agradecido por el cambio cuando vio el coche esperando al otro lado de la calle. "Supongo que lo dejaron mientras estábamos dentro".

Las puertas estaban abiertas y las llaves en el contacto, pero el vehículo estaba apagado. En el salpicadero había una nota con una letra horrible.

Agentes Abernathy y Mongomery, por favor, devuelvan el coche a la División 11 antes de irse. Oficial Larry Holten

El olor a cigarrillos rancios y comida rápida pasada que invadió a Floyd en cuanto abrió la puerta le hizo olvidar rápidamente la falta de ortografía de su apellido.

"Sí, sobre ese servicio", murmuró Tate mientras se ponía al volante. "Al menos no tuvimos que pagar por ello".

Capítulo 14

"Whisky, solo, algo con turba", dijo Chase mientras se sentaba en la barra.

Terrence se acercó a ella.

"Sólo una cerveza, la que tengan de barril".

El camarero hizo la señal universal de pedido recibido -una saludable palmada con una mano en la barra- y se dio la vuelta para preparar las bebidas.

Los dos se sentaron incómodamente, mirando al frente sin decir nada, hasta que les sirvieron las bebidas. Incluso entonces, Chase tardó varios sorbos en romper el hielo.

"Eso fue... jodido".

Terrence se lamió la espuma del bigote.

"Sí."

Más silencio, más sorbos de bebida.

"¿Tú...?"

"Nosotros..."

Ambos intentaron hablar al mismo tiempo y Chase sonrió satisfecho.

Le recordaba a una primera cita, aunque estaban lejos de ser compatibles. Terrence era guapo, pero no estaba lo bastante dañado para su gusto.

"Adelante", dijo.

Terrence se encogió de hombros como si quisiera restar importancia a su afirmación.

"Hemos pasado por algunas mierdas, Chase, pero hay muchas cosas que no sé de ti, y hay cosas que tú no sabes de mí".

"I-"

Levantó la mano.

"Espera, déjame terminar. Sólo quería decir que sé lo suficiente como para considerarte un amigo".

Era extraño oír estas palabras. Sonaban infantiles, tópicas, incluso, pero Terrence era real. Y su revelación la conmovió.

"A mí también. Y aprecio lo que has hecho por mí. Todo".

Terrence bajó la mirada hacia su cerveza y fue entonces cuando Chase se dio cuenta de que había algo más que una simple oda a la amistad.

"Espero que no me encuentre fuera de lugar por preguntar esto, pero..."

"Sí, tengo gente".

Chase se había adelantado a lo que el hombre iba a decir porque era lo mismo que le rondaba por la cabeza.

Tengo a mi gente, mis esposas, cuidando de mí, pero ¿quién está cuidando de ti, Chase? ¿Alguien? ¿Alguien en absoluto?

Brian Jalston le había gritado esas palabras mientras la sacaban de la sala de visitas.

"Bien", dijo Terrence, volviendo a dar sorbos a su cerveza.

A Chase le molestó un poco que no preguntara quién, lo que le hizo pensar.

¿Tengo gente que me cuida?

En una época, había tenido a Stitts; le había confiado su vida en muchas ocasiones. Hubo un tiempo en que Floyd también la vigilaba constantemente. Pero ambos habían seguido adelante. Siempre le quedaba Louisa, que era de lo más fiable.

Pero Chase no podía olvidar dónde se habían conocido y el hecho de que siempre existía la posibilidad de una recaída.

Para los dos.

Chase terminó su primera copa y pidió una segunda.

Con esta bebida vino otro pensamiento.

¿Necesito a alguien más?

No le tenía miedo a Brian.

Pero había una persona que aterrorizaba a Chase.

Ella misma.

"Estaré bien", susurró.

"¿Qué es eso?"

Cuando Terrence se volvió para mirarla, Chase desvió la mirada y se quedó mirando por la ventana.

Y se levantó tan deprisa que se le cayó el vaso de whisky.

"¿Chase?"

Chase ya estaba en marcha, corriendo hacia la puerta. La abrió de un empujón y entrecerró los ojos al sol. Protegiéndose los ojos, miró calle arriba y calle abajo, tratando de localizar lo que había visto desde el interior del bar.

Sólo había un hombre paseando a su perro.

"¿Qué coño?"

Terrence apareció a su lado, respirando agitadamente.

"¿Chase? ¿Qué pasa?"

Chase negó con la cabeza mientras seguía buscando por la calle.

"Creí... creí ver algo", murmuró.

"¿Qué?" preguntó Terrence.

Chase le miró.

Ella sabía lo que él estaba pensando: Terrence pensaba que se estaba volviendo loca. Que se había imaginado a Brian Jalston caminando por las calles de Tennessee, Franklin.

Ella no le culpaba.

Terrence tenía razón en una cosa: había muchas cosas que no sabía

de ella.

Mucho.

Pero Chase no había visto un espejismo. Tampoco había visto a Brian.

Había visto a una mujer con un vestido blanco largo. No cualquier vestido, sino uno de *los* vestidos. Los espeluznantes vestidos fluidos que Brian hacía llevar a sus mujeres. Los que Chase también había usado.

"Nada", dijo Chase. Pero el tiempo entre la pregunta y la respuesta se había desviado hacia la zona extraña.

"¿Vas a estar bien, Chase?"

Chase recogió lo que quedaba de su bebida y se la bebió.

"Sí."

Terrence estaba incómodo. Miró el reloj y dijo: "Tengo que volver al trabajo. ¿Quieres que nos veamos cuando termine? ¿A eso de las seis?"

Chase consideró la oferta. Terrence no estaba cualificado para ocuparse de sus problemas, pero el hombre lo intentaba, como siempre. Pero Chase sabía que si se quedaba aquí, tan cerca de Brian, podría perder la cabeza.

También se conocía a sí misma, y sabía que se volvería loca contando las horas que faltaban para que liberaran a Brian. Sin nada más que hacer, la tentación estaba destinada a asomar su fea cabeza.

Este simple pensamiento le bastó para sentir un picor en el interior de su brazo izquierdo. Imaginado, sin duda, pero ¿importaba eso?

Tras tragar en seco, Chase miró a Terrence, le miró de *verdad*.

No, tampoco puedo hacer eso.

Sólo le quedaba una salida para su locura particular.

Jódete, Dr. Matteo. Jódete por tener tanta razón.

"No puedo", dijo, sacudiendo la cabeza. "No puedo quedarme".

Chase abrazó a Terrence y él le devolvió el abrazo.

"Gracias. Gracias por todo".

Terrence la miró con desconfianza, pero la dejó marchar.

"Cuídate".

"Tú también".

Luego desapareció y Chase volvió a quedarse solo.

"Necesito otra puta copa", dijo, y el camarero la obedeció.

No puedo quedarme aquí, pero siempre puedo volver.

Con esto en mente, Chase sacó su teléfono y marcó un número al que esperaba no tener que llamar nunca más.

"Vete a la mierda, Matteo."

Capítulo 15

"¿Qué pasa con Colón y los olores?" Preguntó Floyd. "Primero la morgue, ahora esto".

Tate se rió mientras arrancaba el coche.

Chisporroteó antes de girar.

"Parece que al teniente no le han sentado bien tus palabras", dijo Tate con una sonrisa.

"¿Mis palabras?" Preguntó Floyd. "¿Por qué siempre soy yo? Apenas he dicho nada".

"Porque lo es. De todos modos, ¿tienes la dirección?"

Floyd sacó el expediente del caso y encontró la dirección del Dr. Griffith. Se la transmitió a Tate, que la introdujo en su teléfono y se puso en marcha.

"De acuerdo, Sherlock," dijo Tate una vez que estuvieron en la carretera. "Sé que recogiste algo allí, ¿por qué...?"

"Oh", se burló Floyd. "¿El sabio no lo sabe?"

"Claro que lo sé", respondió Tate. "Sólo quiero saber *si* sabes lo que *yo sé*".

Floyd se rió entre dientes.

"Muy bien, bueno, aquí está la cosa. Ella no se mueve, ¿verdad? Si creemos al forense y al tipo de Junkie Row, esta chica no se mueve por nada. Pero por alguna razón, ella se encuentra a kilómetros de distancia en NEON".

"Tal vez estaba colocada por algún Special K y cuando volvió en sí, se dio cuenta de lo que el hombre de la chaqueta de cuero le había hecho o había intentado hacerle y huyó".

"No hay drogas en su sistema, ¿recuerdas?"

"El forense no parecía muy confiado", le recordó Tate.

"Vale. Pero hay más. Está fuera de este club, ¿verdad? Un club lleno. ¿Cuánta gente pasó junto a ella después de salir del club? ¿Docenas? ¿Cientos? ¿Y sólo el Dr. Griffith fue el que se detuvo para ver si estaba bien?"

Tate se encogió de hombros.

"¿Interactúas con vagabundos de forma habitual, Floyd? Cuando ves a alguien tirado en la calle, ¿te paras a charlar un rato? ¿Especialmente uno que huele a *muerte*? Ah, y no olvidemos que acabas de salir del club, y los seis vodkas de veintidós dólares cada uno que te has bebido te hacen sentir muy bien contigo mismo".

Floyd se lo pensó un segundo.

"No bebo vodka crans, pero lo que estás diciendo... ese es más o menos mi punto, ¿verdad? La mayoría de la gente va a pasar de largo. Pero no un médico. Siempre van a parar".

El único sonido en el coche durante el minuto siguiente fue el traqueteo del motor.

"Está bien, está bien. Te lo daré", cedió Tate. "Es posible que esto *no haya sido* al azar. Vamos a ver cómo se desarrolla esto, sin embargo, antes de tomar cualquier decisión precipitada, ¿de acuerdo? "

"No estoy haciendo nada. Sólo te lo decía... no, espera, te *educaba*", dijo Floyd con una sonrisa.

Tate volvió a reír.

"De acuerdo, Sherlock. ¿Quizás quieras dirigir esta próxima entrevista, entonces?"

Floyd dejó de sonreír.

Tate estaba bromeando, por supuesto, pero la idea de que hablara con una esposa desconsolada... La sola idea le traía recuerdos del desastre ocurrido en Nueva York cuando había hablado con el señor Bailey. O lo había intentado.

"Diablos, no", dijo.

"Eso es lo que pensaba".

Tate llegó a la casa del difunto Dr. Wayne Griffith y a Floyd le llamó la atención lo parecida que era a la de Julia Dreger. Era un poco más grande y estaba en un barrio mejor, por lo que pudo ver, pero podría haber visto al doctor viviendo en la casa de Julia si hubiera sido un poco más joven y estuviera empezando.

Qué extraño era que dos personas con carreras completamente distintas tuvieran estilos de vida tan parecidos.

Como de costumbre, Tate encabezó la subida a la casa y Floyd lo siguió. Sintió una punzada de ansiedad al acercarse, pero se sintió reconfortado por la presencia de Tate.

Las similitudes entre las casas de las mujeres del Dr. Griffith terminaban ahí. Las mujeres eran muy diferentes. Julia era rubia, mientras que Meredith Griffith era morena. Esta última también estaba en el lado más pesado. No era gorda, pero la mujer tenía un poco de carne extra alrededor de su cintura. La mayor parte de la carne extra de Julia estaba situada un poco más arriba y tenía una firmeza específica. Pero Meredith era guapa, con labios carnosos y ojos brillantes que se veían incluso detrás de sus gafas de diseño.

"Sra. Griffith, mi nombre es Tate Abernathy del FBI. Esta es mi compañera, la Agente Montgomery."

Las diferencias entre las mujeres se acentuaron aún más cuando se consideraron sus actitudes hacia los visitantes en sus puertas.

"Ya le he dicho a la policía todo lo que sé".

No había *llámame Meredith*, no *por favor, entra*, no *¿quieres un café*?

"Sí, lo entiendo, y sentimos mucho su pérdida", dijo Tate.

Parece un disco rayado, pensó Floyd.

"Pero tenemos un par de preguntas para usted", terminó Tate.

Meredith cruzó los brazos sobre el pecho, pero no dijo nada. Tate lo tomó como una señal para continuar.

"Sra. Griffith, ¿puede pensar en alguien que quisiera hacerle daño a su marido?"

La expresión de Meredith no cambió cuando contestó: "Sí, la zorra vagabunda que lo mató".

Vale, tiene razón, pensó Floyd. Se *lo concedo*.

"Por supuesto, pero ¿y alguien más? ¿Se te ocurre alguien más?"

La expresión de Meredith se endureció.

"Mi marido era un cirujano plástico respetable. Nadie quería hacerle daño".

"De nuevo, siento hacer estas preguntas difíciles, Sra. Griffith. Y a partir de ahora, estamos tratando el asesinato de su marido como un caso cerrado. Sólo queremos atar algunos cabos sueltos".

Sin respuesta.

"¿Puedes pensar en un paciente reciente, tal vez, que no estaba contento con los resultados de su cirugía? Y reconozco que usted no es..."

"No", dijo Meredith bruscamente.

Sintiendo que Tate se acercaba al final de esta línea de interrogatorio, Floyd eligió este momento para hablar.

"Gracias, Julia."

Todo el mundo se paralizó. Meredith, Tate y el tiempo mismo parecieron detenerse.

Entonces el teléfono de Floyd empezó a sonar y se apresuró a sacarlo del bolsillo. Estaba seguro de que lo había puesto en silencio antes de la entrevista.

"Lo siento", refunfuñó. Este comentario, o tal vez el timbre del teléfono, pareció reiniciar el tiempo.

"Me llamo Meredith".

"Sí, lo siento", dijo Tate, lanzando una mirada a Floyd. "Mi compañero es terrible con los nombres".

Floyd apenas se dio cuenta porque estaba mirando el móvil. Sacar el móvil durante una entrevista era una cosa, contestarlo era otra.

"Sí", murmuró, con los ojos fijos en su teléfono. "Tengo que contestar. Meredith, siento mucho lo que le pasó a tu marido".

Tanto Tate como Meredith dijeron algo, pero Floyd no los oyó. Ya estaba avanzando hacia el apestoso coche, con el corazón latiéndole en el pecho con la misma autoridad que cuando Tate había bromeado sobre que hablara con Meredith a solas.

La última vez que había hablado con ella, estaban sentados en los escalones de la iglesia, discutiendo lo que le había ocurrido al padre David. Al final, no habían llegado a ninguna conclusión definitiva.

Con un suspiro, Floyd aceptó finalmente la llamada.

"¿Chase? ¿Va todo bien?"

Hubo una breve pausa, durante la cual oyó la respiración de Chase.

"¿Chase?", volvió a preguntar, la alarma asomando a su voz.

"Floyd, es agradable oír tu voz."

Floyd se permitió un pequeño respiro. Chase sonaba lúcido, normal.

Normal para ella, al menos.

"¿Qué estás... qué estás tramando?"

Incluso la torpeza del intento de charla de Chase era normal.

"En un caso".

"¿Necesitas ayuda?"

Floyd enarcó una ceja y miró hacia la casa. Meredith ya había cerrado la puerta y Tate se apresuraba hacia él.

"No, no lo creo."

"¿De qué va el caso?"

"Chase, ¿seguro que estás bien?" Floyd sabía que este tipo de conversación era una tortura para Chase.

"Bien, sólo... sólo necesito alguien con quien hablar".

Floyd se aclaró la garganta.

"Estoy en Columbus. Vagabunda asesinó a un prominente doctor y luego inmediatamente se cortó la garganta".

Hubo una pausa durante la cual Chase esperaba que Floyd añadiera algo más. Se resistió.

"¿Por qué están ahí, entonces? ¿Por qué está involucrado el FBI?"

"Porque hubo otro asesinato como este en Virginia Occidental hace un par de días. Mismo modus operandi: un vagabundo al azar asesina a alguien con un cuchillo y luego se suicida".

"Bien."

Floyd sonrió. Al parecer, el tiempo se había detenido cuando sonó su teléfono y retrocedió cuando contestó a la llamada.

Chase había dicho lo mismo cuando Floyd le había llamado para pedirle ayuda en el caso de las Suicide Girls. La única diferencia era que Chase lo llamaba a él, pidiéndole ayuda, y no al revés.

"Qué puedo decir, yo no hago las reglas, sólo las sigo".

Chase gruñó.

"¿Y no necesitas ninguna ayuda?"

Floyd por fin comprendió que Chase no le estaba preguntando si necesitaba ayuda en el caso, sino afirmando que ella *quería* ayudar.

No se busca, pero se *necesita*.

Tate alcanzó a Floyd y esperó pacientemente a que terminara la llamada.

"Bueno, estoy en Columbus y..."

"He oído que es precioso en esta época del año".

"No estoy seguro de que sea bonito en cualquier época del año",

comentó Ford. "¿Dónde estás?"

"Tennessee".

La preocupación de Floyd volvió con fervor. Sólo se le ocurría una razón para que Chase estuviera en el sur, y no presagiaba nada bueno para ella.

"¿Sabes qué? ¿Por qué no hablo con mi compañero y luego llamo al director Hampton? Si..."

"Ya llamé a Hampton. Lo autorizó. Mientras estés a bordo, puedo volar y reunirme contigo hoy".

Floyd miró a Tate, que parecía ensimismado. Sabía que probablemente debería preguntarle si esto estaba bien, pero entonces Floyd recordó la broma del hombre en el coche.

Sobre él entrevistando a Meredith Griffith a solas.

Además, ya era hora de que se conocieran, dado lo mucho que Floyd había hablado de Chase con su nuevo compañero.

"Nos parece bien".

Tate levantó la cabeza y Floyd sonrió.

"Me hace mucha ilusión".

"Nos vemos pronto, Chase."

Floyd colgó, y Tate se le echó encima inmediatamente.

"¿Era el famoso Chase Adams? ¿El único agente del FBI en la ilustre historia del FBI que ha sido asesinado y resucitado?".

"Sí, era ella".

"¿Y te he oído decir, hasta pronto, Chase?" se burló Tate mientras abría la puerta de su maloliente coche y subía. "¿Significa esto que por fin voy a conocerla?"

Floyd se masajeó las sienes. Tal vez esto no era tan buena idea, después de todo.

"Sí, supongo que eso es lo que significa".

Tate dio una palmada.

"¡Bien! Me aseguraré de tener mi *Sharpie* listo para un autógrafo. Quizá consiga que me firme el pecho. ¿Qué piensas, Floyd? ¿Crees que le gustaría?"

"A ella le encantaría, Tate", dijo Floyd con un suspiro. "Le encantaría, joder".

¿Qué demonios acabo de hacer?

PARTE II - Enfermedad

Capítulo 16

Chase se bajó las gafas de sol por la nariz al entrar en la cafetería. Hubo un tiempo en su vida en que estas gafas habrían sido de diseño, pero de eso hacía ya mucho tiempo. Le seguía gustando la moda de calidad, pero la mayoría de su ropa era poco práctica para vivir en el campo.

En cuanto a sus gafas de sol, no tenía ni idea de dónde habían ido a parar. Perdidas durante el viaje o durante la mudanza.

Cuando vio a Floyd, Chase se quitó por completo las gafas de marca desconocida y se las metió en el cuello de pico de su camisa blanca.

"Floyd", dijo ella con una sonrisa. Se levantó de la cabina y se abrazaron.

"Me gusta lo que te has hecho en el pelo", comentó Floyd cuando se separaron. "Te da un aspecto distinguido".

"¿Distinguidos o viejos?", preguntó con una media sonrisa.

Floyd se encogió de hombros.

"Ambos, supongo".

"Me parece justo".

Chase miró por encima del hombro de Floyd al otro hombre sentado en la cabina. Tendría unos cuarenta años, tal vez incluso más, y estaba claro que se parecía a Tom Selleck: bigote oscuro, pelo corto, ligeramente descuidado. Lo único que le faltaba eran los hoyuelos.

"Ese", dijo Floyd, siguiendo su mirada, "es mi compañero, el agente especial del FBI Tate Abernathy".

Chase ladeó la cabeza.

¿Tate Abernathy? Suena como una línea de ropa de descuento para hombres.

"Encantada de conocerte", dijo. Tate se levantó y le tendió la mano. "Sí, la verdad es que no hago eso".

En lugar de ofenderse, Tate levantó la mano como diciendo que no había problema. Luego abrió los brazos, ofreciéndole un abrazo.

"Yo tampoco lo hago", comentó, sabiendo y sin importarle que había abrazado a Floyd hacía sólo unos segundos.

A Tate tampoco pareció importarle.

"Vale, entonces, ¿qué te parece esto?". Tate se giró, cogió una servilleta y un bolígrafo de la mesa y se lo tendió. "¿Un autógrafo?"

"Claro", dijo ella. Chase garabateó *JÓDETE en* mayúsculas en la servilleta, la dobló y se la devolvió con una cálida sonrisa.

Tate, que había visto lo que ella había escrito, asintió y se guardó la servilleta en el bolsillo.

"Gracias, y me disculpo por todo mi fangirling".

"No hay problema", dijo Chase mientras se deslizaba en el reservado. Había media hamburguesa en un plato con patatas fritas y ella se sirvió la última, mojando una patata frita en ketchup antes de metérsela en la boca. "Entonces, ¿qué es este caso en el que estamos?"

Floyd y Tate se sentaron.

"Adelante, Floyd". Tate dio un gran mordisco a la hamburguesa que estaba delante de Chase. "Deja entrar a Chase en nuestra loca misión de salvar el mundo".

Chase normalmente era excelente leyendo a la gente, pero Tate era imposible. Parecía medio bobo, medio serio, medio sarcástico y un montón de cosas raras.

Lo peor es que pensó que le iba a gustar.

"Entonces, tenemos dos asesinatos..." empezó Floyd, sacando las carpetas y poniéndolas sobre la mesa. Le hizo a Chase un rápido resumen de lo que había ocurrido, incluidas las interacciones con los vagabundos de Junkie Row, la novia y la esposa.

Después, a Chase se le quedaron grabadas varias cosas.

"Esta chica, la asesina, ¿cuántos años tiene?". preguntó Chase, dejando caer un dedo sobre la imagen de la vagabunda de la morgue.

"Esa es la cosa, el ME no podía decirnos. Sólo nos dio un rango. De dieciséis a veintiséis, algo así", dijo Tate.

"¿Qué quieres decir? ¿No pueden saberlo por el tamaño de su fémur?"

"Sí, normalmente", confirmó Tate, "pero en este caso, todo lo que pudo decirnos es que llegó a la pubertad y dejó de crecer. Sus placas de crecimiento estaban fusionadas, pero más allá de eso... imposible de decir. Demasiado desnutrida y descuidada".

Chase se quedó mirando al hombre, confuso.

"No creo haber hecho un trabajo adecuado describiendo en qué estado se encontraba esta chica o mujer", dijo Floyd.

"Está claro que no", convino Tate.

Tanto Chase como Floyd lanzaron una mirada al hombre, pero éste ya había vuelto a comerse la hamburguesa.

"El médico dijo que nunca había visto nada igual, que estaba básicamente muerta antes de morir. Olía a..." Floyd se estremeció y dejó que su frase decayera.

Chase frunció el ceño.

"¿Y la otra chica?"

Floyd hojeó las fotografías antes de encontrar una de la mujer que había asesinado a Roger Evans en Virginia Occidental. Todos la inspeccionaron y entonces Chase dijo: "Parece la misma persona".

"Sí, pero no puede ser, porque ambos están muertos en diferentes estados."

En una inspección más cercana, los dos perpetradores no eran

exactamente gemelos. Tenían varias cosas en común: ambas eran mujeres de una edad indistinguible, caucásicas, aunque esto se concluyó basándose en la estructura ósea y no en el color de la piel, y ambas estaban cubiertas por una gruesa capa de mugre.

La lista continuaba: ojos hundidos, labios agrietados, llagas llorosas en la cara y el cuello. Pelo como espaguetis empapados de grasa.

Luego estaba el corte en sus cuellos. Ellos también se veían extrañamente similares.

"¿Y las armas homicidas?" preguntó Chase, apartando los ojos de las inquietantes imágenes. Ya no le interesaban las patatas fritas, pero Tate siguió mordisqueando su hamburguesa mientras respondía.

"No igual, pero parecido". Tragó saliva. "Cuchillos genéricos utilizados principalmente para la caza".

Chase guardó esta información.

"¿Qué tal", deslizó las fotografías a un lado y leyó el informe del caso, "NEON? ¿Vais al club?"

Tate negó con la cabeza.

"Floyd y yo somos más de NASCAR que de rave. La policía local, dirigida por este tipo super agradable, todo clase, el teniente Lehner, revisó las cintas de seguridad, preguntó a los empleados. Nadie vio a la chica afuera".

A Chase le costaba creerlo, pero no tenía base para contradecirlo y no creía que tuviera ningún valor ir ella misma al club.

"Hace mucho frío aquí", comentó, mirando a Floyd que estaba metido en su abrigo. "¿Quién se apunta a un viaje por carretera a Virginia Occidental?".

"¡Lo estoy haciendo!" Abernathy dijo. "Y estoy conduciendo".

Se levantó pero ni Chase ni Floyd le siguieron.

"¿Qué?", preguntó, alargando la palabra.

Chase y Floyd se le quedaron mirando.

"Oh, vamos", gimoteó Tate, pisando fuerte. "Quiero ir con mamá y papá a Virginia Occidental".

"Creo que es mejor si uno de nosotros se queda aquí", dijo Chase. "Si descubrimos algo en la Montaña Estatal y queremos comprobar este caso, es mejor que nos quedemos con alguien de aquí. No puedo ser yo porque necesito ser compañero en todo momento. El director Hampton dice que soy una especie de bala perdida".

"No es esa la verdad."

Chase esperaba el comentario de Tate, pero había sido Floyd quien lo había dicho.

"Vale", dijo ella, asintiendo. "Y obviamente no puedes ser tú, Floyd, porque mojas los pantalones si tienes que hacer algo solo".

Tate se echó a reír.

"¡Floyd, una broma! ¡Nunca me dijiste que hace bromas!"

"Ella no", gruñó Floyd.

Chase le revolvió el pelo.

"Nuevo pelo, nuevo yo. Hablando en serio, eres el raro, Tate".

No es que no le cayera bien, al contrario, aunque su payasada era un poco absurda, Chase pensó que Tate sería un buen compañero... para cualquier otra persona que no fuera ella. Chase sabía que podía ser difícil... ¡podía*, ja! Mira, otra broma- y no quería* joderle las cosas a Floyd con su nuevo compañero cuando volviera a su casa en el bosque.

"Supongo que voy en el autobús corto".

Tate se lo estaba tomando sorprendentemente bien. No el hecho de que se estuviera quedando solo, en sí, sino que Chase se había hecho cargo de inmediato desde que cruzó las puertas del café. No sólo no tenía jurisdicción, sino que Tate tenía más experiencia en el FBI que ella y Floyd juntos, *y* acababa de entrar en escena. De camino a Columbus, Chase se había dicho a sí misma que dejara que las cosas sucedieran, que observara y esperara hasta su cita con Brian.

Pero una cebra no puede cambiar sus rayas y el escorpión siempre va a picar al sapo.

A la mierda, pensó. *¿Qué pueden hacer? ¿Despedirme?*

"Para ser honesto, sólo estamos aquí para hacer algunas preguntas, y luego terminar las cosas. Dame tu número y te llamaremos si surge algo interesante".

Tate levantó un dedo y cogió la servilleta en la que Chase había escrito. Garabateó en ella, la volvió a doblar y se la devolvió.

"Me quedaré aquí con el coche pedorro y discutiré el mérito histórico de la Bandera Confederada con el Teniente Lehner".

Chase no estaba segura de lo que significaba todo aquello, así que lo ignoró. Se despidieron y se dirigieron a sus vehículos, y Floyd se unió a Chase en el suyo.

Sólo entonces desdobló la servilleta que le había dado Abernathy y la leyó en voz alta.

"Jódete tú también".

Chase sonrió, hizo una bola con la servilleta y la tiró al suelo del coche de alquiler.

"Vamos a tomar algunos caminos rurales, Floyd. ¡Virginia Occidental, allá vamos!"

Capítulo 17

"No voy a entrar ahí, Chase. Ya he pasado por eso".

La mirada de Chase se desvió de Floyd a la puerta de la morgue.

"¿Tan malo es?"

El oficial que estaba detrás de Floyd, el que les había conducido hasta aquí, asintió con énfasis.

"Oh, es peor. Créeme. Vas a querer cubrirte la cara".

Chase ignoró la sugerencia y llamó una vez. La puerta se abrió y se encontró con un preparador. Llevaba guantes desde los dedos hasta el codo, un grueso delantal negro y una máscara antigás verde oscuro.

"Siento lo de la máscara, ¿quieres una?" La voz del forense era apagada, pero Chase fue capaz de entenderla.

"No, soy *Jesús*."

El olor era tan empalagoso que le cubrió el interior de la boca. Chase chasqueó la lengua, pero eso sólo lo empeoró.

El forense se rió.

"Toma, coge esto".

Chase aceptó la máscara antigás que le ofrecieron y se la puso. Incluso con ella puesta, necesitó un puñado de respiraciones para librarse del sabor a podredumbre y putrefacción.

Vaya, eso fue... feroz.

"¿Puedo ver el cuerpo?"

"*Cuerpos*", corrigió el forense.

"Claro, cuerpos".

"Por aquí. Pero incluso con la máscara, te sugiero que te apartes un poco".

Esta vez, al contrario que en el pasillo, Chase escuchó. El forense retiró la sábana que cubría el cadáver y Chase inhaló bruscamente.

Ya había visto la fotografía de la mujer en la camilla, pero aquello, por horrible que hubiera sido, no le hacía justicia. Ante ella había más un montón de carne en descomposición que un cadáver.

Chase, que estaba a un metro de la mesa y llevaba lo que parecía una mascarilla del nivel de Chernobil, seguía sintiéndose mal por el olor.

"¿Por qué no la limpiaste?"

"Lo hice. Lo creas o no, esto es *después de* limpiar el cadáver. No puedo hacer mucho... es difícil decir dónde termina la suciedad y empieza la piel".

Chase no estaba muy versada en patología forense, pero habría apostado una importante suma de dinero a que lo que decía aquel hombre era la pura verdad.

"¿Qué edad tiene?"

"El cuerpo está en tal estado de descomposición que no puedo asegurarlo. La mejor estimación: entre quince y treinta".

"Amplio rango. ¿Hay alguna prueba que podamos hacer para reducirlo?"

"Existe algo llamado reloj de Horvath, que utiliza la metilación del ADN para determinar la edad. Por lo general, puede llegar a los tres años más o menos. Pero eso es en muestras normales. No estoy seguro de la precisión que vamos a obtener de su tejido. Envié una muestra de todos modos, por si acaso".

"Suena caro", comentó Chase.

El forense se encogió de hombros.

"Mi laboratorio está cubriendo el costo. Escribiremos este caso cuando terminemos aquí. Es raro ver este grado de descomposición..."

"Sí, ya lo has dicho", intervino Chase. No le interesaban los planes editoriales ni las aspiraciones profesionales de este hombre. "¿Qué llevaría a alguien a hacerse esto a sí mismo?"

"No estoy seguro. Podría ser un trastorno psiquiátrico, supongo, aunque nunca he visto la autodestrucción a este nivel antes. Si tuviéramos un historial psiquiátrico..." Mientras el forense hablaba, Chase se quedó mirando el cuerpo, haciéndole en silencio al cadáver la misma pregunta que ella le había planteado a él. "Otra posibilidad es que no se lo haya hecho ella misma".

Esto era algo que Chase había considerado. La chica fue secuestrada y retenida sin comida, sin agua, sin acceso a la higiene personal. Ella escapa y caza a su captor y se venga. Avergonzada de lo que había hecho, o tal vez simplemente incapaz de sufrir su propio olor corporal, se quita la vida. Pero el Dr. Wayne Griffith III era cirujano plástico y Roger Evans tenía una tienda de electrónica. Además, no tenían ninguna relación entre ellos y vivían en estados completamente distintos.

"...drogas."

Chase se volvió hacia el forense.

"¿Qué ha sido eso?"

"Dije que el abuso de drogas a largo plazo puede inducir episodios psicóticos, delirios y alucinaciones".

No lo sé, pensó Chase sombríamente.

"¿Tenía drogas en su sistema?"

El forense sacude la cabeza, lo que hace que se le resbale un poco la máscara. Se la ajustó antes de contestar.

"Hice el análisis toxicológico estándar, no apareció nada. Ni drogas, ni alcohol".

Este tipo realmente piensa que esto es una especie de ejercicio académico.

"Haz un panel completo, todo lo que puedas. Quiero saber qué

había en su sistema, no importa lo oscuro o no relacionado".

"¿Por un asesino? ¿Quién va a pagar por...?"

"Mejorará el artículo, ¿no crees?". Chase recordó algo que había dicho Leroy cuando investigaban los posibles motivos del caso de las Suicide Girls y cómo Cerebrum no había aparecido en ninguna prueba normal. "Busca también anticuerpos monoclonales".

En lugar de esperar una respuesta, se acercó al cadáver.

"No estoy seguro de que quieras..." El forense dejó caer las manos a los muslos. "Bien, adelante".

Chase sintió que el hedor la empujaba físicamente, así que retrocedió. Se quitó el guante de cuero de la mano izquierda y la extendió hacia la camilla. Temblaba ligeramente, pero Chase no sabía por qué.

¿Tenía miedo de que, si tocaba el cuerpo, no pasara nada? ¿O temía que, si lo hacía, el contenido de su estómago se evacuara y llenara la máscara? Eso obligaría a quitarse la máscara, lo que empeoraría las cosas.

Sólo hazlo, Chase. Toca el cuerpo.

Sus pensamientos se volvieron hacia lo que había sucedido cuando había entrado en contacto con Brian Jalston.

¿Qué ha sido eso? ¿Por qué parecía tan jodidamente tranquilo? Había hierba alta, vestidos vaporosos... ¿Por eso vi a la mujer del vestido blanco fuera del bar de Franklin? ¿Tenía razón Terrence? ¿Me lo imaginé?

Para la mayoría, lo que veían era la realidad. Pero Chase sabía que esto no era necesariamente cierto. Lo que veías era lo que tu cerebro interpretaba como realidad: *tu* realidad. Las drogas, el alcohol, el estado fisiológico, las experiencias, los recuerdos, las supersticiones y los prejuicios pueden cambiar lo que ves.

Pero eso no lo hacía real.

"¿Señora? ¿Se encuentra bien?"

La voz sobresaltó a Chase.

¿Señora?

Era la motivación que necesitaba. Chase extendió la mano y sintió baba contra la palma al entrar en contacto con el decrépito cadáver.

Capítulo 18

Oscuridad.

No, oscuridad no. La noción de oscuridad sugiere la presencia de luz.

No hay luz.

No hay nada.

"No como, porque estoy muerto. No duermo, porque estoy muerto. No me baño, porque estoy muerto".

Su hígado está descompuesto, su cerebro encefalítico. Sus pulmones, fibróticos. Su piel, ulcerosa.

"Matar".

La palabra viene de ninguna parte y de todas partes y llena cada poro pútrido y cada cavidad fétida.

"Matar".

Tenía algo en la mano.

"Matar".

Algo afilado.

"Matar".

Un cuchillo.

"Matar".

Una promesa.

"Matar".

Una salida.

"Matar".

La palabra había venido de ninguna parte y de todas partes, pero ahora venía de ella.

Capítulo 19

Chase retiró la mano y jadeó. Tenía un nudo en el estómago, pero ya no era por el olor.

¿Qué coño ha sido eso?

Ella gimió y se dobló sobre sí misma.

"Está bien, vas a estar bien".

El forense le puso una mano en el hombro y ella lo apartó de un manotazo.

No como, porque estoy muerto. No duermo, porque estoy muerto. No me baño, porque estoy muerto.

Chase se obligó a enderezarse y entonces, como una mancha de tinta al revés, la oscuridad retrocedió y su visión se aclaró.

"Estoy bien", dijo, pero su voz la traicionó. Era ronca y seca.

Afortunadamente, la máscara atenuó la mayor parte de este cambio.

Chase se apartó de la camilla. Sus ojos se posaron en el cadáver e inmediatamente apartó la mirada por miedo a volver a sentir náuseas.

No tenía ni idea de lo que había pasado. Había habido un tiempo en que su subconsciente tenía valor. Era útil. Una herramienta útil.

¿Pero ahora? Ahora, tocó un cadáver y sintió la muerte. Tocó a un violador pedófilo y sintió alegría.

"Fóllame", susurró.

"¿Quieres ver el otro cuerpo? ¿Roger Evans?"

Chase negó con la cabeza.

"Entiendo. Escucha, uhh, soy bastante inmune a lo que veo aquí, día tras día, pero puede ser bastante alarmante, incluso para un agente del FBI como tú."

La condescendencia en la voz del hombre era más densa que el olor en el aire. Y ambos provocaban las mismas ganas de vomitar.

"Claro", murmuró Chase, poco dispuesto siquiera a justificar el comentario del hombre con un argumento. "Le he dado mi tarjeta a la secretaria. Hazme saber qué detectan los análisis de drogas y cuántos años tiene en realidad".

Chase se dirigió a la puerta y empezó a quitarse la máscara por el camino.

"Puedes dejártelo puesto hasta que te vayas. Sólo ponlo fuera de la puerta y lo cogeré más tarde".

Por mucho que quisiera arrancarle la máscara y tirársela al forense, sabía que eso le causaría más dolor y malestar a ella que a él.

Se lo puso hasta que estuvo fuera y luego se lo arrancó.

Floyd la miró y se echó a reír.

"¿De qué te ríes?"

Tal vez fuera su tono, tal vez fuera su expresión.

Floyd dejó de reír inmediatamente.

"Venga, vámonos", dijo y echó a andar por el pasillo. Floyd y el confuso oficial la siguieron.

"¿Adónde vamos?" Preguntó Floyd.

"Quiero ver dónde la mataron", dijo Chase.

Ella y él, le recordó una voz en su cabeza. *Roger Evans es la verdadera víctima aquí.*

Chase estaba de acuerdo con la voz etérea, pero también sabía que la clave para averiguar qué había pasado realmente estaba en *ella* y no en *él*.

***

Chase puso las manos en las caderas y miró a su alrededor.

Estaban en el exterior de un centro comercial en el que había una tienda de colchones, un dentista y una tienda de electrónica. Esta última era copropiedad de la víctima, Roger Evans.

"¿Lo mataron aquí?"

Por alguna razón, quizá debida a la extraña naturaleza de la propia asesina, Chase esperaba que la escena fuera igual de extraña.

Sin embargo, esto era mundano y rayaba en lo aburrido.

"A la vuelta de la esquina", confirmó el oficial de policía. "Fue asesinado en el callejón. La asesina le apuñaló en la garganta y luego se cortó la suya. Ambos cadáveres fueron descubiertos por el dueño de la tienda de colchones cuando se fueron a pasar la noche".

Chase encontró el lugar casi de inmediato: una mancha oscura en el suelo junto al contenedor de basura. Se puso en cuclillas y miró hacia arriba y hacia abajo por el callejón.

La forma en que estaba inclinada era extraña.

"No se ve la tienda de electrónica y apenas se ve el estacionamiento desde aquí. ¿Estaba su coche aquí?"

"Sí, lo encontramos aparcado justo delante de la tienda".

"Así que Roger tampoco podía ver el callejón desde su coche."

Chase se levantó y se rascó la nuca.

"¿Por qué bajaría aquí?", preguntó distraídamente. "¿Por qué Roger dejaría su tienda y vendría por el callejón?"

"¿Sacando la basura?" Floyd sugirió. "¿O tal vez ella lo llamó?"

El policía era menos interesante y menos útil.

"Nadie lo vio salir de la tienda. Todo lo que sabemos con seguridad es que aquí es donde murieron".

"Pero no podemos estar seguros de que se conocieran aquí", comentó Chase. Era un comentario bastante inocente, pero lleno de insinuaciones. Normalmente, esta idea habría surgido antes -un

hombre que se encuentra con una mujer en un callejón por motivos carnales-, pero la condición del asesino hacía que esto pareciera repulsivo. Pero también lo era la necrofilia y otras innumerables perversiones sexuales igualmente patológicas.

"¿Roger estaba casado?"

El agente negó con la cabeza.

"No."

Chase se acercó a la boca del callejón y dejó que sus ojos rebotaran de la tienda al aparcamiento, al contenedor.

¿Por qué has venido, Roger?

Su mirada se posó en la tienda de Roger, *E-Tronics.* Había un cartel de CERRADO colgado de la puerta -una prueba más de que el hombre se marchaba a pasar la noche cuando fue asesinado- y numerosas pegatinas en el cristal anunciando una venta u otra.

"¿Tenía Roger algún empleado?"

Aunque las luces estaban apagadas, Chase pudo ver el interior lo suficientemente bien como para concluir que se trataba de una tienda pequeña y que las estanterías no parecían estar totalmente abastecidas.

"No había empleados", dijo Floyd, tras consultar el expediente del caso. "La tienda la llevaban Roger y su socio Henry Saburra".

"Parece que otra visita es..."

Justo cuando Chase giraba la cabeza, algo destelló en su periferia. Al fondo del callejón, le pareció ver a una mujer vestida de blanco.

"¿Has visto eso?"

No era sólo *una* mujer vestida de blanco, sino *la* mujer *del* vestido blanco, la misma que había visto fuera del bar en Tennessee.

"¿Ver qué?" Preguntó Floyd.

Chase lo empujó y empezó a caminar a paso ligero por el callejón. Pensó que terminaba en una valla de la que brotaban setos para proteger la intimidad del patio trasero de la vivienda adyacente, pero no era así. Continuaba por detrás del edificio. Había muelles de carga y contenedores adicionales, pero ninguna mujer de blanco.

"¿Qué?" Preguntó Floyd, respirando agitadamente. "¿Qué pasa, Chase?"

"Una mujer con un vestido blanco", dijo Chase mientras seguía escudriñando el callejón detrás del centro comercial.

No había nadie allí, ni una persona ni un coche. Ni una rata. Ni siquiera una rata.

"¿Seguro?"

Chase estaba segura. Estaba tan segura como lo había estado en Tennessee. ¿O no? Eso fue antes del incidente en la morgue.

Chase hizo una mueca.

"Debe haber saltado la valla y entrado en el jardín de alguien". Pero

no había indicios de ello, ni secciones de arbustos deprimidas. "Yo la vi. Ella estaba aquí."

"¿Quieres que vaya por el frente?" Preguntó Floyd.

Entonces le miró. Su ingenuidad era tan patética como entrañable.

"Sí, ve..."

"¿Qué está pasando?" El agente parecía confuso y sin aliento. "¿Has visto algo?"

"El agente Adams vio..."

"Nada", interrumpió Chase. "No he visto nada".

"Entonces, ¿por qué has vuelto corriendo?", preguntó el policía.

"Por nada", repitió Chase, sacudiendo la cabeza. "Floyd, vamos a hacerle una visita a Henry".

El policía exhaló y parecía confundido, pero él no era la preocupación de Chase. Floyd lo era. Y Floyd no parecía confundido, parecía incómodo y ansioso.

"No te preocupes", añadió, "yo hablaré".

Capítulo 20

"Ya veo por qué dejaste el FBI", murmuró Floyd en voz baja. "Todo lo que hacemos es conducir por ahí yendo a casas de gente que nunca podremos pagar".

Chase se detuvo en la entrada de la casa de dos plantas de Henry Saburra, en las afueras de Charleston.

Era bonita, pero Chase rebatió la afirmación de su compañero de que nunca podrían permitírsela. Ella, por su parte, estaba bastante segura de que podría permitirse dos o tres casas así. Pero no valía la pena comentar eso.

"¿Ya estás descontento, Floyd? Acabas de empezar tu carrera".

"Sí, pero parte de ese tiempo fue contigo", respondió Floyd. Estaba agachado y mirando hacia la casa a través del parabrisas cuando dijo esto, pero cuando continuó, su mirada se dirigió a Chase. Tenía una sonrisa en la cara, pero no estaba segura de que fuera auténtica al cien por cien. "Eso vale por lo menos el doble".

Sólo está nervioso. Nervioso porque va a tener que interactuar con alguien afligido. No está nervioso porque esté conmigo.

Tal vez.

Chase giró todo su cuerpo para quedar a la altura de Floyd. A su favor, consiguió sostenerle la mirada durante unas frases antes de apartar la vista.

"Sé que esto es difícil, Floyd. Pero tienes que intentarlo. Tienes que intentar superar esto".

"Lo sé.

Floyd entrelazó los dedos en su regazo y crujió los nudillos en secuencia.

Pop, pop, pop.

Su trastorno de estrés postraumático era profundo.

"Cuando tengo que dar malas noticias a la gente, adopto el enfoque de la tirita. Lo digo y ya está. Lo menos emotivo posible". Chase respiró hondo. "Los trato como víctimas, pongo a la viuda o al padre o lo que sea en un silo. Sólo son..."

"No puedo hacerlo", susurró Floyd.

"Tú puedes. Disociar lo que estás haciendo de la gente-¿por qué meneas la cabeza? ¿Floyd?"

Volvió a mirarla y ella vio que tenía lágrimas en los ojos.

"No puedo hacer eso. Chase, lo he intentado. He intentado ver a esas chicas del metro como un conjunto de piel, sangre y huesos. He intentado compartimentar, fingir que esos... cuerpos no son *personas,* son víctimas o sudes o como coño quieras llamarlos. Pero no puedo hacerlo. Simplemente no puedo".

Chase abrió la boca para hablar y volvió a cerrarla. Sabía que Floyd, la mayoría de la gente, no podía hacer lo que ella hacía. No habían pasado por lo mismo que ella.

No había orgullo en este entendimiento.

Había vergüenza.

Chase asintió continuamente mientras decía: "Vale. Vale, sígueme la corriente. Encuentra lo que te funcione. Pero tienes que encontrar algo. *Tienes que* hacerlo. Porque lo que estás sintiendo no se trata sólo de darle a alguien malas... no, no malas, las peores noticias que puedas imaginar. Se trata de que te enfrentes a las cosas absolutamente viles de las que son capaces los humanos. Se trata de que seas capaz de vivir sin que te atormente tanto lo que ves durante este trabajo que te encuentres descendiendo a un pozo del que nunca *jamás* puedas salir."

Oscuridad.

No, oscuridad no. La noción de oscuridad sugiere la presencia de luz.

No hay luz.

No hay nada.

Floyd se secó los ojos y asintió.

No fue un *hurra, gracias por la charla, entrenador*, que Chase podría haber esperado, pero fue algo.

A decir verdad, ni siquiera estaba segura de dónde habían salido las palabras. No había sido un discurso planeado pero, chico, había sido un discurso.

He pasado demasiado tiempo a solas con Georgina, pensó Chase. *Louisa tiene razón... Necesito pasar más tiempo rodeado de adultos.*

Salió del coche y se acercó a la puerta.

Adultos que no sean pedófilos, asesinos y parásitos.

Abrió la puerta un hombre de pelo rubio, corto y ralo, con gafas de pasta. Llevaba contra el pecho un gato con manchas blancas y negras, al que acariciaba suavemente.

"¿Puedo ayudarle?"

Chase y Floyd mostraron a Henry Saburra sus placas y se presentaron.

"¿Esto es por Roger?"

¿De qué otra cosa podría tratarse?

"Sí, me temo que sí. ¿Le importa si le hago algunas preguntas?"

"Está bien", respondió el hombre de voz suave.

"Gracias. Eres co-propietario de *E-Tronics* con Roger Evans, ¿correcto?"

Henry asintió.

"¿Y su compañero fue asesinado en el callejón al lado de la tienda?"

Los ojos de Henry se abrieron de par en par tras sus gafas.

"Sí. Eso es..." hizo una pausa y luego asintió. "Sí."

"Sé que esto es difícil, pero sólo estamos tratando de darle sentido a esto, ¿de acuerdo?"

Otro asentimiento.

"¿Por qué... tienes alguna idea de por qué Roger estaría en el callejón lateral? ¿Iría regularmente por allí?"

"Yo no... normalmente, nos turnamos para llevar la tienda. No solemos estar juntos".

"Claro, ¿pero tal vez estaría sacando la basura? ¿Recibiendo una entrega, tal vez?"

"Sí. La basura, tal vez. Después de cerrar, solemos tirar la basura en el contenedor del callejón lateral".

Chase miró a Floyd para asegurarse de que estaba entendiendo todo esto.

"Sólo unas pocas preguntas más, Sr. Saburra. ¿Tenía Roger algún enemigo? ¿Conoce a alguien que quisiera hacerle daño?"

"La policía dijo que fue al azar. No creerás que alguien lo eligió a propósito, ¿verdad?".

"No", dijo Chase rápidamente. "Estamos intentando hacernos una idea exacta de lo que le pasó a su compañero, eso es todo".

Los ojos de Henry se entrecerraron.

"Pero eres del FBI. ¿Por qué el FBI...?"

"Por favor", interrumpió Chase. "Entiendo que quieran respuestas, y se las daremos, pero déjennos hacer las preguntas".

Henry parecía disgustado pero, al final, asintió con un movimiento de cabeza.

"Entonces, ¿Roger tenía enemigos?"

"No. Todo el mundo quería a Roger".

Chase volvió a mirar a Floyd. Si él no hubiera estado allí, probablemente le habría dado las gracias a Henry y habría seguido su camino. Pero tenía que enseñárselo.

"Floyd, ¿tu teléfono?"

Floyd parecía confuso, pero empezó a entregárselo. Chase se negó.

"Enséñale la foto".

La foto... la foto del asesino.

Las manos de Floyd empezaron a temblar mientras se desplazaba por las imágenes. Temblaban aún con más fuerza mientras ella le veía pellizcar y hacer zoom.

"Muéstrale", instó Chase.

Floyd le lanzó una puñalada mientras giraba lentamente el teléfono.

"Oh, oh, Jesús", gruñó Henry, apartando parcialmente la cabeza del teléfono. Chase se alegró al ver que Floyd no lo bajaba: lo sostuvo en alto hasta que Henry bajó la vista. "¿Es... es el que mató a Roger?".

La atención de Chase volvió a centrarse en Henry. Ella ignoró su

pregunta.

"¿Has visto a esta persona antes?"

Las comisuras de los labios de Henry se estiraron hacia abajo.

"No. No lo creo. ¿Qué tiene de malo...?"

"Gracias por tu tiempo, Henry."

Chase le indicó a Floyd que volviera al coche. Empezó a girar y luego se detuvo.

"¿Conoce a un tal Wayne Griffith? ¿Un Dr. Wayne Griffith III?" preguntó Floyd de repente, sorprendiendo tanto a Chase como a Henry.

"¿Quién?"

"Dr. Wayne Griffith III", repitió Floyd.

"No. ¿Está involucrado en esto? ¿En el asesinato de Roger?"

Floyd negó con la cabeza.

"No. Gracias de nuevo."

De vuelta en el coche, Chase preguntó: "¿Qué ha sido eso?".

Floyd se encogió de hombros.

"No estoy seguro. Simplemente me salió".

El primer instinto de Chase fue reprenderle, pero se contuvo. ¿Quién era ella para condenar a alguien por actuar por instinto?

"¿Pero viste su cara cuando mencioné el nombre de Griffith?"

"No estaba... no lo vi".

Te estaba mirando, Floyd. Intentando averiguar si estabas bien, si te ibas a romper.

"Parecía... no sé. A mí me pareció sorprendido".

"¿Sorprendido?"

"Sí. Pero, ¿por qué? Quiero decir, sólo un nombre al azar para él, ¿verdad? "

"Está de luto". Levantó un hombro. "La pena puede hacer que actúes de forma extraña."

"Tal vez", vaciló Floyd. "¿Cuál era su relación, de todos modos? ¿La de Roger y Henry?"

"Socios comerciales".

"Crees que tal vez..."

Un golpe en la ventana de Chase los sobresaltó a ambos. Era el agente de policía, su fiel acompañante.

"¿Sí?"

Por alguna razón, el agente parecía avergonzado.

"¿Habéis terminado aquí?"

Chase echó un vistazo a la casa y luego volvió a mirar al agente.

"¿Aquí? Sí".

"¿En la ciudad, quiero decir?"

"¿De qué va esto?" Chase exigió.

"Hay algo que necesito hacer, algo personal. Si no te importa..."

"Estaremos bien por nuestra cuenta".

En realidad, Chase lo prefería así. Cuantas menos interferencias en un caso, mejor.

Caso... esto ni siquiera es un puto caso, pensó. *Esto es un crimen. El asesino está* muerto-definitivamente *muerto. Si había algo más que muerto, entonces eso es lo que es.*

En otras circunstancias, Chase habría terminado aquí mismo y habría vuelto a Quantico, Nueva York o donde fuera.

Pero llevaba aquí menos de un día.

Y aún le quedaban cuatro por matar.

"¿Oficial?"

Ya había empezado a regresar a su coche.

"¿Sí?"

"¿Tienes las llaves de la casa de Roger? ¿Y de la tienda de electrónica?"

En lugar de responder, se metió la mano en el bolsillo y sacó un llavero con media docena de llaves. Se las entregó.

"Los traje de la estación por si acaso".

"Gracias".

"Sólo asegúrate de que los recuperamos antes de que te vayas".

"No hay problema".

El oficial se quedó un momento más.

"¿Tienes idea de cuánto tiempo estarás en la ciudad?"

No es asunto tuyo.

Chase ni siquiera intentó que su sonrisa pareciera genuina.

"Tres días".

Incluso Floyd se sorprendió por la especificidad de su respuesta.

Pero no lo estaba.

Me quedaré tres días, aunque pase el noventa por ciento del tiempo en un bar. Y luego volveré a Tennessee.

Capítulo 21

"¿Ves?" Dijo Chase. "¡Una casa que te puedes permitir!"

En marcado contraste con la casa de Henry Saburra, Roger Evans vivía en lo que sólo podía describirse como una caravana glorificada. También estaba mucho más alejada del centro de la ciudad y, aunque no se encontraba en los suburbios, se tambaleaba en el límite.

"¿Pero querría vivir aquí?" preguntó Floyd.

Subieron por el paseo, con los zapatos crujiendo ruidosamente como si el suelo bajo sus pies estuviera hecho de plástico de burbujas en lugar de grava.

"¿Ves eso?", dijo, indicando la puerta de mosquitera rasgada.

"Lo veo. Aunque no estoy seguro de que esté fuera de lugar. ¿Qué es exactamente lo que esperas encontrar aquí, Chase?"

"Lo sabré cuando lo vea".

Tal vez. O tal vez sólo estoy matando el tiempo.

Por costumbre, Chase llamó a la puerta. No esperaba respuesta -el expediente indicaba que Roger vivía solo- y no la obtuvo. La puerta estaba cerrada, así que se dedicó a la molesta tarea de buscar la llave de la cerradura.

Y, como era de esperar, fue el último de la cadena.

Chase empujó la puerta y se sorprendió por el olor. De no haber sido por su más reciente exposición, habría pensado que la casa de Roger olía a podrido. Ahora sólo olía como si no se hubiera tirado de la cadena desde hacía tiempo.

"¿Qué pasa con este caso y los malditos olores?" Dijo Floyd en voz baja.

La casa de Roger estaba más desordenada que sucia. La encimera no estaba cubierta de una capa de polvo, no había platos sucios amontonados en el fregadero. Pero había revistas, carteles, chucherías, cucharas de adorno y elaboradas jarras de cerveza por todas partes. No llegaba al nivel de acaparador, pero si Roger hubiera tenido unos años más en esta tierra, podría haber pasado a serlo. Había varios sobres con facturas vencidas. Se los mostró a Floyd, que estaba ocupado buscando la fuente del olor.

Lo encontraron en un rincón de la sala de estar. En la esquina había un árbol para gatos desgastado y en la parte inferior una caja de arena llena.

"Aquí, gatito, gatito", dijo Floyd. "Aquí, gatito".

Mientras Floyd intentaba encontrar al gato, Chase continuó su búsqueda por la caravana. El baño era relativamente normal, y quizá la habitación menos desordenada de la casa, pero fue en el dormitorio donde encontró algo interesante.

En la cómoda había un marco con una fotografía.
Chase lo acercó a la luz.
Estaba tomada en el exterior, probablemente en el patio trasero de Henry Saburra, si tenía que adivinar, y en ella aparecían tres personas: un Henry Saburra más joven, Roger Evans y una chica de unos trece o catorce años.
Todos sonreían.
"Parece una familia feliz", dijo Floyd mientras miraba por encima de su hombro.
Chase se inclinaba a estar de acuerdo. Efectivamente, parecía una foto de familia, lo que le hizo preguntarse si la relación entre Roger y Henry había sido algo más que un simple negocio. Pero aunque la chica sonreía, parecía triste.
"¿Quién es?" preguntó Chase, señalando a la chica.
Floyd se encogió de hombros.
"No lo sé."
"¿Podría ser su hija adoptiva, tal vez?" Chase preguntó. "¿Podría ser esto realmente una familia?"
"I-" Floyd levantó las manos. "El expediente no decía nada de que Roger tuviera una hija". Bajó una mano y se metió la mano en el bolsillo. "Llamaré al FBI, a ver si pueden investigar".
Chase le apoyó la palma de la mano en el codo.
"Buena idea, pero terminemos aquí primero".
Floyd asintió con la cabeza.
Chase dio la vuelta al marco, descorrió la parte de atrás y sacó la foto. Fuera del marco, pudo ver mejor a la chica.
"¿Te parece que está contenta?", preguntó.
"Supongo. ¿Qué te parece?"
Creo que es una sonrisa falsa, pensó Chase, *y yo debería saberlo. Llevé una durante años.*
"No estoy segura". Se mordió el interior de la mejilla. "Visitaste a Meredith, ¿verdad? ¿La esposa de Wayne?"
"Sí."
"¿Cómo era ella? Quiero decir, ¿cómo se comportó?"
Floyd ni siquiera se detuvo a respirar.
"Era una zorra. Una verdadera zorra. Cabreada".
"¿Y Julia? ¿La amante de Wayne?"
"Muy bonito. Molesto, sin embargo". Los ojos de Floyd se desviaron hacia la fotografía. "Llorando".
"¿Y Henry? ¿Cómo estuvo Henry?"
A Chase, Henry le había parecido casi indiferente.
"No, sé lo que estás pensando", dijo Floyd. "Chase, soy un novato, pero sé que la gente puede comportarse de todas las maneras cuando se trata de duelo".

Chase señaló a Henry, a la chica y luego a Roger.

"Sí. Créeme, lo sé. Y a diferencia de Julia y Meredith, Roger era el socio de Henry." Dejó esto en el aire. Los segundos pasaron y después de diez de ellos, Floyd de repente se apartó.

"No, ¿tú crees?", sus ojos se desviaron hacia la fotografía y luego hacia Chase. "¿En serio?"

"Tú lo has dicho: una familia feliz. Imagina que fueran una familia... ahora, ¿qué te parece la reacción de Henry cuando le visitamos?".

Floyd suspiró y se masajeó la frente con una mano.

"Joder, no lo sé. Si fuera yo..."

"Yo también". Chase dobló la foto y se la guardó en el bolsillo. Luego volvió al baño y empezó a rebuscar en los cajones.

"¿Qué estás buscando?" Preguntó Floyd.

Chase encontró un cepillo rosa escondido en el fondo del armario bajo el fregadero.

"ADN", dijo, sosteniéndolo. "Si esa chica de la morgue es la misma que la de la foto, esto lo va a demostrar".

La primera vez que se le pasó por la cabeza no era más que una idea superficial, pero ahora parecía tener sentido. Sin embargo, si era cierto, ¿cuál era el papel de Henry en todo esto?

"Sí, no sé", dijo, sobre todo para sí misma.

"Yo tampoco, siempre podemos preguntarle a Henry", sugirió Floyd.

Chase se lo pensó.

"Esta noche no. Vamos a dejarle esto al forense -estoy seguro de que puedo hacer que haga una comparación- y luego comemos algo y descansamos".

Floyd bostezó.

"Descansar estaría bien. ¿Puedo pedirte un favor?"

"¿Qué?"

"¿Podemos conseguir un lugar que se parezca más al de Henry que al de Roger? Y algo que huela bien. Por el amor de Dios, no más olores por hoy".

Capítulo 22

Tras dejar el cepillo que habían conseguido en casa de Roger Evans y obligar al forense a realizar una prueba más, esta vez una comparación de ADN con el cadáver en descomposición, encontraron un hotel. Chase hizo todo lo posible por satisfacer las peticiones de Floyd y consiguió elegir un lugar que olía a limpio. Sin embargo, distaba mucho de ser lujoso; ella quería algo cercano a *E-Tronics*. Se registraron en habitaciones separadas, y Floyd pagó la suya con el dinero del Tío Sam, mientras que Chase lo hizo en efectivo.

Al lado de su hotel encontraron un restaurante con crisis de identidad, a medio camino entre una cafetería y un bar de deportes. Los dos tenían tanta hambre que no les importó.

Servían comida y cerveza.

Parada difícil.

Floyd, que no había terminado lo que había pedido en Columbus cuando Chase había entrado en escena, pidió lo mismo: una hamburguesa doble con queso, una guarnición de patatas fritas y un batido de vainilla. No queriendo desviarse de la norma, Chase copió a su compañero, cambiando el batido por una cerveza, en su lugar.

Se relajaron en silencio mientras esperaban su pedido, pero una vez que llegó la comida y empezaron a llenarse la barriga, la conversación empezó a fluir.

"¿Cómo está Georgina? ¿Ahora va a la escuela?" Preguntó Floyd.

"Sí, empezó poco después de que yo volviera de Nueva York. ¿Recuerdas a Louisa?"

Floyd dio un mordisco impresionante a su hamburguesa y luego se limpió la grasa de la barbilla.

"Sí."

"Tiene dos hijos, los dos un poco mayores que Georgina, pero se llevan bien. Va a la escuela con ellos".

"¿Es con quien se está quedando ahora? ¿Louisa y sus hijos?"

"Sí. Realmente la cuidan".

"Genial. Cuando llamaste, sin embargo, dijiste algo acerca de estar en Tennessee, ¿verdad?"

Y sin más, el espejismo de dos personas, dos colegas y amigos hablando de sus vidas fuera del trabajo se evaporó.

Chase vio a Brian, su sonrisa, e incluso oyó su voz.

Tengo a mi gente, mis esposas, cuidando de mí, pero ¿quién está cuidando de ti, Chase? ¿Alguien? ¿Alguien en absoluto?

Cogió su cerveza y dio un largo trago.

"Lo siento, no tienes que contestar si no quieres".

Chase no quería mentir, así que le dio la vuelta al guión.

"¿Cómo te van las cosas? Tienes buen aspecto".

Floyd hizo una mueca y se miró el estómago. Luego se apretó el vientre, pero de sus dedos salió muy poca sustancia.

"Engordando". A Tate le gusta la comida rápida como no creerías. Tampoco hace ejercicio, pero de algún modo no engorda ni un kilo".

Chase terminó su cerveza y pidió otra. Había tenido hambre cuando entraron, pero no había tocado casi nada de la comida.

Era la bebida que su cuerpo ansiaba.

"¿Quién es este tipo, Tate, de todos modos? Ustedes dos parecen encajar bien".

Floyd se rió entre dientes.

"¿Sabes qué? Creo que yo también tomaré una cerveza". Pidió una y apartó su batido a medio beber. "Tate es... bueno, ya lo conociste. Es interesante".

"Lo siento, no tienes que contestar si no quieres".

Floyd se rió y dio un sorbo a su cerveza.

"No, es genial. De verdad. Hampton me puso en contacto con él después de Nueva York, y no hemos mirado atrás. Tiene mucha experiencia y estoy aprendiendo mucho de él. ¿Adivina quién fue su último compañero?"

Chase se encogió de hombros.

"Ni idea."

"Constantine Striker", Floyd dijo el nombre como si debiera significar algo para Chase. Rápidamente se sintió decepcionado. "¿En serio?"

"En serio. Floyd, no sé si sabes esto de mí, pero no me gustan los cotilleos. Tampoco lo era Stitts, mi compañero antes de ti. ¿Y el anterior a ese? Bueno, Martínez era un psicópata, no hablaba mucho de J. Edgar o lo que fuera".

"Ah, así que sabes algo del FBI", bromeó Floyd.

Chase se dio cuenta de que Floyd quería hablarle de ese tal Constantine, así que le dio el gusto.

"Vamos, háblame del venerado Constantine Striker".

"No sé si venerado, pero como dije, Constantine fue compañero de Tate antes que yo. Él fue quien derribó *al Hombre de Arena,* ¿lo *recuerdas*?"

Chase sí recordaba esto. Veinte años atrás, un asesino en serie apodado "*El Hombre de Arena"* aterrorizaba Los Ángeles. La prensa le había dado ese nombre basándose en la evidencia de que el bastardo enfermo había abrazado y dormido con sus víctimas post-mortem. El hecho de que nunca hubiera pruebas de abuso sexual hacía aún más retorcidos los crímenes de Sandman.

"Constantino fue quien finalmente lo atrapó".

Floyd asintió. Parecía orgulloso por alguna razón.

"Pero esa no es toda la historia. ¿La hermana gemela de Constantine? Bueno, ella fue una de sus víctimas. Pero el truco es que su cuerpo es el único que nunca ha sido encontrado. Y..." Floyd palideció de repente y dejó de hablar. "Lo siento, Chase. Yo no..."

"No, está bien, Floyd. No pasa nada. Yo pregunté."

Floyd parecía incómodo continuando, y era obvio que había abreviado el resto de la historia.

"De todos modos, Constantine sigue en el FBI, pero pasa cada minuto libre investigando el caso, y haciendo peticiones para visitar a *The Sandman* en prisión. Peticiones que siempre son denegadas".

Un hombre perdido, tratando de encontrar a su hermana. Eso es algo con lo que me identifico.

"Tate me contó todo esto. Es capaz de pasar de un personaje a otro, de matón a profesional en una fracción de segundo".

Chase se imaginó al hombre con bigote y traje. No estaba tan segura de que fuera un matón. Entonces recordó la nota que le había dado: "Vete a la mierda *tú también".* Aquello había sido inesperado y le había hecho sonreír.

"Es como un camaleón. No sé cómo lo hace, pero es algo más que convertirse en otra persona. Esa parte es fácil. Lo difícil es saber en *qué* convertirse. Y lo hace muy bien. Dice que lo aprendió de Con y que Con es incluso mejor que él. Y, si conoces a Tate, esa admisión no fue a la ligera".

Otra cosa con la que me identifico, pensó Chase.

Floyd dio un sorbo a su cerveza y luego cambió de tema, deseoso de pasar a algo un poco más ligero.

"Entonces, ¿estás de vuelta, Chase? Quiero decir, ¿el Director Hampton te aprobó para el servicio completo o qué?"

Fue el turno de Chase de sentirse incómodo.

"No, sólo este caso. Sólo... necesitaba algo nuevo, ¿sabes? Atrapado en una casa con un preadolescente... comparado con eso, este caso son juegos de bebé".

Floyd se rió.

"No puedo ni imaginarlo. Pero tú sí que sabes elegir tus casos, ¿no?".

Chase miró a Floyd por encima de su cerveza.

"¿Qué quieres decir?"

Floyd bajó la mirada.

"Nada, lo siento. Es la cerveza, supongo".

Chase no se lo creía. El hombre no había bebido más de cinco sorbos.

"Después de todo lo que hemos pasado, ¿aún no puedes hablarme con franqueza?".

Floyd levantó la vista, con una expresión de "desafío aceptado".

Puede que esto no fuera hablar con los padres de una víctima, pero era un paso en la dirección correcta.

"Decía que el último caso era sobre esas chicas que se suicidaron. Este es sobre una asesina que se suicida después. Y luego está la historia de tu padre y la tuya propia..."

Floyd estaba equivocado. Chase no había seleccionado este caso basándose en nada, simplemente era el caso en el que estaba Floyd cuando necesitaba alejarse de Tennessee.

No fue más que una coincidencia.

Me pregunto qué diría Stitts al respecto.

"¿Chase?"

"Supongo que sé cómo elegirlos", dijo Chase distraídamente. Sacudió la cabeza. Habían cerrado el círculo, volviendo a la razón por la que estaba aquí. "Hablando de este caso, ¿han investigado tú o Tate algún otro caso como estos dos?".

Floyd enarcó una ceja.

"Vagos que asesinan y luego se quitan la vida". Chase consideró esto por un momento. "El arma homicida es probablemente un cuchillo".

"Nada en Charleston o Columbus."

"¿Y los Estados vecinos?"

"Para ser honesto, Chase, la única razón por la que estamos aquí es que el Dr. Wayne Griffith III tenía algunos amigos importantes. Deberías haberlo visto. Vamos a Columbus a investigar su muerte, y envían a un teniente para acompañarnos. ¿Aquí? ¿Para Roger Evans que tiene una pequeña tienda de electrónica y vive en una caravana? Nos envían a Mr. Bean con uniforme. Probablemente nos dejó porque tuvo que irse a AA o algo así".

"No es cómo te matan, es a quién conoces". Chase terminó su cerveza. "Floyd, cuando llames a tu colega del FBI en Quantico para ver si pueden averiguar quién es la chica de la foto, pídeles que investiguen otros casos como estos en estados adyacentes".

"¿Crees que estos casos están relacionados? ¿Wayne y Roger?"

"Podría ser una coincidencia".

Y ahí estaba otra vez. *Coincidencia.*

"Stitts..."

Ambos dijeron el nombre del hombre exactamente al mismo tiempo, lo que les hizo reír. Luego pensaron en los cuatro cadáveres y la risa cesó.

Capítulo 23

Tate Abernathy contestó a su móvil.

"¿Sí, papá?", dijo. "¿Cómo te va con mamá?"

Hubo una pausa incómoda, seguida del sonido de Floyd aclarándose la garganta.

"Oh, lo entiendo-Chase está contigo. Vale, bien, entonces, ¿qué puedo hacer por usted, Agente Montgomery?"

Mientras esperaba la respuesta de Floyd, miró por el parabrisas. Meredith Griffith estaba descargando la compra del maletero y metiéndola en casa.

"¿Crees que puedes hacerme un favor? Intenté llamar a Quántico, pero me dan largas, dicen que están ocupados con otros casos. Pensé que tal vez te escucharían".

"Vivo para servir", dijo Tate. "¿Qué necesitas?"

Meredith se comportaba increíblemente normal para alguien cuyo marido acababa de ser brutalmente asesinado.

"Necesito que investigues a Henry y Roger, a ver si tuvieron un hijo. Una niña."

"*¿Ellos?*"

"Ellos".

Tate se encogió de hombros. No se lo esperaba.

"Lo haré. ¿Algo más?"

"Sí, Chase sugirió que investigáramos crímenes similares -mujeres que matan y se suicidan inmediatamente después, sobre todo con un cuchillo- en los estados colindantes en los últimos tres o cuatro años".

"Oh, así que ahora estoy recibiendo órdenes de Chase, ¿es eso cierto?"

"Tate..."

"Broma, broma. Enviaré la solicitud. ¿Encontraron algo en la hermosa Virginia Occidental?"

Tate oyó una conversación apagada entre lo que sospechaba que eran Floyd y Chase, y luego su compañero volvió al teléfono. A Tate no le importaba compartir a Floyd. Podría ser bueno para el hombre. Sólo deseaba que Floyd tomara alguna iniciativa y temía que sólo estuviera cumpliendo las órdenes de Chase. Había visto destellos de la independencia de Floyd, algo crítico en este negocio. Lo había visto en Junkie Row, y creía haberlo visto aquí mismo cuando Floyd había llamado "accidentalmente" a Meredith, Julia. Pero no era suficiente.

"No hay vínculos concretos. Sólo ponemos los puntos sobre las íes".

"Uh-huh. Y pasar un par de noches con el dinero del gobierno en Virginia Occidental. ¿Estoy en lo cierto?"

"Chase pagó en efectivo. De todas formas, mira a ver si puedes

conseguir que Patricks o Tompsen de vuelta en Quantico lo comprueben por mí, por favor."

Yo, no *nosotros*.

Interesante. Tal vez Floyd está extendiendo sus alas después de todo.

"No hace falta", dijo Tate. Se acercó y cogió su portátil del asiento del copiloto. "Tengo acceso remoto aquí mismo. Las ventajas de llevar en este negocio más tiempo del que tú llevas vivo".

"Sólo tengo veinte años, Tate."

"Tipo gracioso. ¿No vas a preguntarme cómo me va el día? Siento que en esta relación todo lo que hago es dar y todo lo que tú haces es recibir".

Floyd suspiró y Tate se preguntó si no estaría exagerando.

Probablemente no.

Floyd estaba más tenso que un dreidel durante Hanukkah.

"Ok, voy a morder, ¿qué estás haciendo?"

Meredith cerró el maletero y se dirigió al interior.

"Estoy en una vigilancia de alto secreto", dijo Tate. "*Muy secreta*".

"¿Qué?"

Tate percibió algo en la voz de Floyd. Estrés, tal vez. Dejó de actuar.

Un poco.

"Estoy sentado en este coche que huele a pedos de Cheetos y vigilando a Meredith Griffith. Estoy bastante seguro de que está a punto de recibir una fuerte póliza de seguros. No parece hacer mucho más que clases de yoga, que casualmente dirige un semental llamado Juan. Entre tú y yo, creo que debería centrarse más en los ejercicios que en los abdominales de Juan".

"¿Algo fuera de lo común?"

"Ahora, esa es la cosa. Meredith está siendo completa y absolutamente normal. *Dolorosamente* normal. Pero ya conoces las estadísticas. De todos modos, el funeral de Wayne es mañana. Espero que pase algo interesante, si no, estoy perdiendo el tiempo".

"¿Por qué no te tomas una cerveza con el teniente Lehner y charlamos?" Preguntó Floyd.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Tate.

"Creo que voy a pasar de esa. No estoy seguro de querer pasarme la tarde hablando de los peligros de las torres 5G o de cómo la Tierra es plana."

"Dudo que nuestro amigo el teniente Lehner esté discutiendo esas dos cosas", sugirió Floyd.

"Yo no lo pondría más allá del hombre."

"No, piénsalo. Si la Tierra fuera plana, ¿para qué necesitaríamos tantas torres? ¿No se podría poner una en cada extremo?".

Tate asintió para sí.

"No eres sólo una cara bonita, ¿verdad, Floyd? Antes de que se me olvide, investigué a nuestra vagabunda antes de seguir a Meredith. Revisé dos refugios para indigentes y otro de esos lugares de Junkie Row. Incluso utilicé tu técnica consagrada de ofrecer propinas en metálico, aunque fui listo y repartí billetes de uno en lugar de cinco. Nadie recuerda haberla visto u olido. O se escondió antes de matar a Wayne o..."

"¿Tal vez es de fuera de la ciudad?"

Tate se lamió los labios.

Estaba a punto de decir que tal vez pasó desapercibida antes de matar a Wayne, o que su estado empeoró recientemente.

Por alguna razón, no había pensado en lo que Floyd acababa de sugerir, aunque ahora que estaba ahí fuera, era dolorosamente obvio.

"¿Tate?"

"Sí, mierda, es una buena idea. ¿Lo sugirió Chase?"

Silencio.

"Estoy bromeando, Floyd. Es imposible que condujera, y volar sería imposible con el aspecto que tenía", reflexionó Tate. "Autobús. Tuvo que ser autobús".

"Eso es lo que yo pensaría".

"Y si tomaba el autobús, entonces alguien la recordaría. Imposible olvidar ese hedor".

Hubo más de esa conversación amortiguada.

"Tengo que irme, Tate. Por favor, investiga a la chica y otros crímenes similares".

"Sí, sí, Tonto".

Tate colgó y abrió la cremallera de la bolsa del portátil. Estaba a punto de abrirla cuando vio movimiento en el piso de arriba de la casa de los Griffith.

Meredith estaba sudada después de su sesión de yoga. Y qué hace para deshacerse del sudor?

Te duchas, por supuesto.

"Lo siento, Floyd, pero tu pequeña investigación informática va a tener que esperar".

Capítulo 24

"Sí, estoy bien. Escucha, después de la debacle en el Condado, me olvidé de conseguir la lista de los visitantes de Brian Jalston", dijo Chase en su teléfono. "¿Crees que podrías hacerme un favor y recogerla por mí?"

Terrence no respondió enseguida, así que Chase continuó.

"Sólo quiero saber los nombres de sus visitantes, eso es todo".

Terrence suspiró.

"Sí, puedo pasar a recogértelo mañana, es tarde y estoy agotado".

Terrence no sólo sonaba abatido, sino derrotado. Era duro ser colega de Chase, y aún más ser su amigo.

Si eso es lo que eran.

"Gracias, Terrence, te lo agradezco mucho".

Sin esperar respuesta, colgó justo cuando Floyd salía de la cafetería con su propio móvil en la mano.

"Tate va a mirarlo por nosotros. ¿Era Georgina?"

Chase guardó su teléfono.

"Sí."

"¿Cómo está?"

"Bien. No, genial", mintió Chase. "Le encanta pasar tiempo con Louisa y los chicos. Se está haciendo tarde, Floyd. Creo que voy a terminar por esta noche. ¿Quizás mañana le hagamos otra visita a Henry?"

Floyd miró su reloj.

"Sí, vale."

Caminaron juntos hasta el hotel y luego se despidieron en sus habitaciones contiguas. Una vez dentro, Chase sacó el móvil y se quedó mirándolo. No era que se sintiera culpable por mentirle a Floyd -corrección, no era *sólo* porque se sintiera culpable por mentirle a él-, sino también por no haber llamado a Georgina.

Empezó a marcar el número de Louisa y luego se detuvo.

"Maldita sea."

Sólo podía pensar en ese bastardo de Brian. Mirando, burlándose, riendo.

En lugar de llamar a su sobrina, Chase fue al minibar. Cogió una botella de Johnny Walker y se la bebió. Pensó en tomarse otra, pero se quedó sentada en la cama durante diez minutos.

Cuando oyó abrirse la ducha de al lado, Chase salió silenciosamente de su habitación y se dirigió escaleras abajo hacia el bar del hotel.

Sólo una copa más. Algo que me ayude a dormir, eso es todo.

Tomó asiento y pidió un whisky.

La mayoría de los televisores mostraban deportes, pero en uno de ellos había un canal de noticias las veinticuatro horas del día. La *noticia del día* era sobre un hombre de Nueva York. Un empresario llamado Kevin Park. Había sido acusado y había confesado haber asesinado a su socio. La policía dijo que encontraron al hombre durmiendo en el sofá de su trabajo, cubierto de la sangre de su socio.

Las autoridades aún no habían encontrado el cadáver.

"Sí", dijo una voz desde su izquierda, "y por eso odio Nueva York".

El hombre era joven, quizá de unos veinte años, y atractivo. Llevaba el pelo rubio corto por los lados y largo y desordenado por arriba. Llevaba barba cuidada y vestía vaqueros y camiseta.

"No es sólo Nueva York", comentó Chase, con la mente en su propio caso.

"Cierto, cierto". El hombre bebió un poco de su cerveza y luego extendió la mano. "Me llamo Casey", dijo con una leve sonrisa.

Chase se limitó a mirar la mano.

La retiró y la levantó, con una sonrisa creciente.

"Vale, peligro extraño, lo pillo".

Chase soltó una risita. No es que la broma le pareciera divertida -de hecho, si Casey conociera su profesión, dudaba de que a él también le hiciera gracia-, pero las implicaciones eran desternillantes.

Si uno de ellos suponía un peligro para el otro, no era el chico guapo de la fraternidad.

"Chase", dijo. "Me llamo Chase".

"Encantado de conocerte, Chase. Me he dado cuenta de que no tienes acento. ¿Qué te trae a Charleston? ¿Trabajo?"

"Tú tampoco tienes acento", comentó Chase. "¿En la ciudad para tu próxima puesta?"

El hombre soltó una carcajada.

"Picante, me gusta".

Chase estaba tratando de poner un frente, pero no estaba funcionando. Ya fuera por la bebida o por el estrés, no funcionaba.

No ayudaba que el hombre que tenía delante fuera atractivo. Y amable, al menos en apariencia. Podía imaginárselos pagando la cuenta y dirigiéndose a su habitación.

Mierda, Chase quería eso. Lo necesitaba, incluso. Había pasado tanto tiempo...

Sus pensamientos se dirigieron a Floyd, su vecino, a Georgina, a Brian.

Chase terminó su whisky.

"Encantado de conocerte, Casey. Espero que encuentres lo que buscas esta noche".

El hombre asintió.

"Yo también espero que encuentres lo que buscas, Chase",

respondió.

La amabilidad que expresaba aquel desconocido era tan refrescante que, cuando Chase se levantó, estuvo a punto de inclinarse y besarle. No de forma sexual, sino maternal. Pero eso habría llevado a algo más, a algo más, y habría acabado en arrepentimiento.

"Cuídate".

Chase salió del bar menos de diez minutos después de entrar, lo que no fue suficiente para curar su mente errante. Pero en lugar de subir a su habitación, salió. Metiéndose las manos en los bolsillos, Chase echó a andar.

En un bolsillo tenía el móvil y en el otro unas llaves que no reconoció. Chase las sacó.

Eran las llaves de Roger Evans.

Chase levantó la vista. Todo parecía igual aquí, pero le pareció reconocer el centro comercial de enfrente.

E-Tronics.

Sin nada mejor que hacer, Chase se apresuró a cruzar la calle. Era *E-Tronics,* y ella ahuecó las manos y miró a través del cristal. Estaba igual que antes.

Chase se dirigió a continuación a la puerta y comenzó la laboriosa tarea de seleccionar la llave correcta.

"¿Por qué no podría alguien etiquetar estas cosas?"

A diferencia de la casa de Roger, la encontró antes que la última llave.

Era el penúltimo.

Sólo Dios sabía para qué servían los otros.

Entró e hizo una mueca. Olía como la casa de Roger.

Sacudiendo la cabeza, vio otra de esas casitas para gatos cerca del fondo y una caja de arena sin vaciar.

"¿Qué le pasa a esta gente?"

Las estanterías *de E-Tronics* estaban medio llenas. Una sección contenía varios conectores y cables, que probablemente quedarían obsoletos en uno o dos años. En otra sección, detrás de varias cajas cerradas, estaban los artículos de mayor precio. Había aún menos existencias de éstos, pero explicaba las claves.

Chase paseó por la tienda, sin saber muy bien qué buscaba. Inclinaba la cabeza en ángulos extraños y miraba hacia abajo.

El gato. Tu subconsciente superpoderoso te hace buscar un gato, Chase.

Ella lo aceptó.

"Toma, gatito".

Si estaba allí, estaba en silencio. O muerto.

¿Cuánto hace que no te alimentas?

Había dos cuencos peligrosamente cerca de la caja llena de arena para gatos, pero ambos estaban vacíos.

Chase se dirigió al mostrador en busca de una bolsa de comida para gatos, pensando que si el gato estaba escondido, más le valía darle de comer.

No pudo encontrar ninguna.

¿Tal vez en la parte de atrás?

Sin embargo, Chase se dio cuenta de que la basura estaba medio llena, y esto le recordó lo que Henry había dicho sobre que Roger sacaba la basura a la entrada y luego al callejón.

En el pequeño despacho encontró dos cubos de basura. Uno estaba vacío y el otro contenía una cáscara de plátano que no ayudaba a mejorar el olor.

Vale, no sacó la basura, al menos no toda.

Curiosa ahora, se puso en el lugar de Roger, imaginando los pasos del hombre si hubiera sacado la basura. Además de los dos que había en el despacho y uno bajo la caja delantera, encontró un tercero en el almacén de la parte trasera. Éste estaba vacío, y se encontraba justo al lado de la salida trasera. Estaba cerrada con llave, giró el cerrojo y la abrió.

Chase se quedó mirando el callejón trasero. Había un contenedor allí mismo, un metro a la izquierda de la salida.

Se masajeó la nuca y estaba a punto de cerrar la puerta cuando se le ocurrió una idea.

¿Por qué iba Roger a sacar la basura por el callejón lateral, a unos diez o quince metros de distancia, cuando había un cubo aquí mismo? Tendría que volver aquí de todos modos para cerrar esta puerta, ¿no?

Y, sin embargo, estaba bastante segura de que Henry había dicho, o al menos estaba de acuerdo con ella cuando había sugerido que Roger habría sacado la basura a la calle.

Por segunda vez, Chase empezó a cerrar la puerta, pero se detuvo.

Vio un breve destello blanco junto al contenedor.

Chase se llevó la mano a la funda y salió al callejón.

"Hey", gritó. "Hey, ¿quién está ahí?"

Al doblar el cuello, miró alrededor de la parte delantera del contenedor.

Su mente racional le decía que sólo era un trozo de basura flotando en la brisa. Pero la parte irracional quería que fuera un vestido blanco.

Chase dio otro paso alrededor del contenedor cuando oyó un clic detrás de ella. Miró por encima del hombro y vio que la puerta se había cerrado.

Entonces oyó un gruñido. No detrás de ella, sino delante, oculto a la sombra del contenedor. Y entonces la criatura se abalanzó, clavándole algo duro y afilado en el cuello, justo por encima de la clavícula.

Capítulo 25

Floyd estaba a punto de meterse en la ducha y quitarse la suciedad del día de encima, y tal vez incluso deshacerse del hedor, cuando oyó abrirse y cerrarse la puerta de la habitación de al lado.

"Sólo dúchate", se dijo a sí mismo. Dúchate y duerme un poco.

Estaba agotado. Aunque Chase había sido el que había hablado en casa de Henry, su ansiedad había llegado al máximo. Y ahora estaba lidiando con las consecuencias del subidón de adrenalina.

Floyd sabía que tenía que superar de algún modo ese miedo. Si no lo hacía, estaba destinado a ser el asiento trasero de todos los Chases y Tates del mundo. No era lo peor para él, al fin y al cabo, por cada alfa había al menos un beta, pero en el FBI había que ascender o irse.

Y no quería mudarse.

Floyd cerró el grifo. La ducha tendría que esperar.

Dormir, también.

Seguía siendo un subordinado, y aunque no era de su competencia asegurarse de que Chase estuviera a salvo a todas horas del día, sentía que era su deber como amigo de ella.

Ella no estaba bien. Incluso para ella, Chase estaba actuando raro. Y ella mentía. Él lo sabía, aunque Floyd no podía identificar las razones exactas de su confianza. Pero había habido una mirada... cuando Floyd había preguntado por Georgina por primera vez, algo cruzó las facciones de Chase.

Y a pesar de sus mejores esfuerzos, Floyd no pudo suprimir las imágenes que destellaron en su mente. Había habido otra ocasión en la que había visto esa oscuridad en su rostro. No mucho después, habían encontrado a Chase en una gravera, con el cuerpo cubierto de arañazos y el corazón apenas latiendo.

Así que Floyd la siguió. Observó a Chase interactuar con un hombre en el bar y deseó en silencio que la llevara a casa, o viceversa. Al menos eso la mantendría alejada de las calles, donde estaba el verdadero peligro.

Pero no lo hizo.

Y cuando vio a su compañero detenerse frente a *E-Tronics,* sonrió. Era una buena señal. Chase, lanzándose a un caso que, la verdad, ninguno de los dos creía que fuera realmente un caso.

Otro indicio de que no iba a meterse en líos.

Floyd sacudió la cabeza en tono admonitorio.

No es una niña, Floyd. Incluso si lo fuera, no es como si estuvieras calificado para darle consejos. Ye, que ni siquiera puede hablar con un individuo afligido sin romperse.

Floyd, sintiéndose como si hubiera hecho una buena obra, se dio la

vuelta, con la intención de regresar al hotel y darse esa merecida ducha y descansar.

Pero algo le llamó la atención. Ya fuera la historia de Chase sobre la mujer del vestido blanco lo que le había hecho pensar, o simplemente el hecho de que Chase y los callejones no solían llevarse bien, Floyd podría jurar que vio un destello blanco cerca del contenedor.

Se puso en marcha en esa dirección, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. Cuando llegó al contenedor, los ojos de Floyd se fijaron en la mancha del suelo. Tardó unos segundos en apartar la mirada. Como último acto de diligencia, Floyd echó un vistazo alrededor del contenedor.

No había nada allí y lo que momentos antes había parecido una buena acción, ahora sólo se sentía sucio e intruso.

Con la cabeza aún más baja, Floyd se pegó a las sombras mientras regresaba a la calle. Había dado una docena de pasos antes de oír el grito.

Era Chase.

Floyd echó a correr, gritando su nombre mientras rodeaba la parte trasera del edificio. Sin embargo, lo primero que vio no fue a su compañera. Era otra mancha. Una mancha extrañamente parecida a la primera, incluso su proximidad al contenedor era similar.

La única diferencia notable era que éste aún estaba húmedo.

"¡Chase!"

Floyd rodeó el contenedor y lo que vio le hizo detenerse en seco. Chase estaba tumbada boca arriba, con los ojos abiertos pero en blanco. La sangre manaba de una herida en el cuello, empapando el cuello y la parte delantera de la camisa.

Floyd se arrodilló y le puso las manos en el cuello. Su sangre seguía bombeando, pero débilmente.

"Oh, Dios, Chase", susurró, luchando por contener la hemorragia a la vez que marcaba el 911. "¡Necesito ayuda! Por favor.

Transmitió la dirección y luego colgó, necesitando las dos manos para intentar salvar la vida de Chase.

Un gorgoteo salió de su garganta y Floyd gimió, pensando que se trataba de un estertor.

No lo era.

Era Chase tratando de decir algo.

"Shh, tranquilo... guarda tus fuerzas", suplicó Floyd. "Sólo... silencio".

Pero al más puro estilo Chase Adams, se negó a que le dijeran lo que tenía que hacer. Incluso en sus últimos momentos.

"Sálvala", susurró Chase. "*Sálvala*".

"¿Ella? ¿Quién?"

Los ojos de Chase se desviaron hacia su izquierda y Floyd miró en esa dirección.

Una mujer con un vestido blanco -ahora casi rojo- yacía desplomada contra la pared, desangrándose. Junto a su mano derecha había un cuchillo de caza con el mango marrón.

"Por favor, sálvala", volvió a susurrar Chase. También dijo algo más, pero sus palabras fueron silenciadas por el grito de una sirena que llenó el aire nocturno.

Capítulo 26

Tate se encontró de nuevo en la apestosa casa prestada, pero hoy no estaba espiando la casa de Meredith Griffith. La estaba espiando, pero no en su casa, sino en el cementerio Morris.

Desde donde estaba aparcado, Tate tenía una vista despejada del funeral del Dr. Wayne Griffith III. Era bastante normal, y sin nada interesante que destacar, decidió hacer varias cosas a la vez. Con el portátil abierto sobre el regazo, Tate buscó cualquier registro de que Roger Evans o Henry Saburra tuvieran un hijo. Hasta donde él sabía, no lo tenían; al menos, no según ningún registro estatal oficial. Ninguno de los dos era muy activo en las redes sociales, y Tate no pudo encontrar ninguna prueba de que tuvieran un hijo. La única foto reveladora era una de los dos hombres abrazados, con la cara roja por el alcohol y más felices que un cerdo en la mierda.

A continuación, Tate buscó crímenes que coincidieran con los dos que estaban investigando en ese momento. Encontró dos que eran de interés. Al profundizar, uno de ellos resultó ser un simple robo que derivó en asesinato. El otro tenía mérito. Tuvo lugar hace nueve meses, a unas dos horas al sur de Columbus, en una ciudad llamada Portsmouth. Los detalles eran vagos, pero parecía que un traficante de drogas local había sido asesinado en su coche. La asesina estaba en el asiento trasero: una mujer mugrienta que también estaba muerta. La razón por la que este caso no apareció inmediatamente fue porque había muchos signos de interrogación en el expediente. Quienquiera que hubiera estado a cargo había hecho el mínimo trabajo.

Fue la naturaleza de las heridas y el arma homicida lo que puso sobre aviso a Tate. Aunque el traficante tenía varios pinchazos en los brazos y el pecho, murió de una laceración en la garganta. El vagabundo había muerto de forma similar y se había encontrado un cuchillo de caza genérico en el suelo del asiento trasero.

Tate levantó la vista cuando oyó un grito.

"¡Oh, mierda!"

Dejó el portátil en el asiento del copiloto y salió del coche. Wayne celebró un gran funeral, lleno de gente elegante e importante, que eran calcos unos de otros: trajes a medida, camisas con monogramas, pelo blanco y caras bien afeitadas. Eran políticos, banqueros y hombres de negocios.

El alboroto no lo había iniciado ninguno de ellos, sino dos mujeres.

Dos mujeres a las que Tate reconoció: Meredith Griffith y Julia Dreger.

Estaban cerca de la tumba y Meredith señalaba con el dedo a Julia. Tate no podía imaginar nada más incómodo que aquella escena: la

amante y la esposa del muerto peleándose en su funeral.

Nadie parecía saber qué hacer. La mitad de la gente ignoraba el altercado y la otra mitad miraba con incredulidad. Un joven se adelantó y dijo algo, claramente con la intención de calmar la situación. Cuando Meredith le lanzó una mirada, volvió a meterse en su caparazón.

"¿Cuál es el problema?" dijo Tate mientras se acercaba a la multitud. "¿Qué está pasando aquí?"

Sabía que, en situaciones como ésta, al público en general le gustaba ceder ante las autoridades. Esta había sido una especialidad de Constantine Striker, y a Tate le gustaba considerarse un aprendiz digno.

"Esta puta tiene el descaro de venir aquí", espetó Meredith, todavía metiendo el dedo en la cara de Julia. "Esta *puta*."

"Sólo quería despedirme", dijo Julia, con voz suave. "No quiero problemas. Me marcho".

"Oh, no quieres problemas, ¿verdad?" Meredith respondió. Estaba peligrosamente cerca de empujar a Julie sobre el ataúd, que había sido bajado hasta la mitad del suelo por un cabrestante mecánico.

¿No sería irónico? Julia yace encima de Wayne en la muerte mientras Meredith la condena por yacer encima de él en vida.

Sacudió la cabeza, tratando de despejarse de aquel extraño pensamiento.

"Todo el mundo tiene que calmarse", dijo Tate, interponiéndose lentamente entre las dos mujeres.

"¡Ella no debería estar aquí!" Meredith gritó.

Tate se dirigió a Julia.

"Esta es una reunión privada, Julia."

"*¿Julia?* ¿Te tuteas con esta *puta*?"

Tate levantó la mano, haciendo callar a Meredith. No estaba seguro de que ella lo reconociera, pero esperaba que sí; no quería tener que sacar su placa del FBI aquí.

"Ya me iba", dijo Julia, bajando la cabeza.

"Sí, lo estabas".

"Silencio", siseó Tate.

Meredith parecía horrorizada de que le hablaran así, pero no volvió a abrir la boca.

"Lo siento. No quise causar ningún problema. Sólo quería despedirme de Wayne".

Meredith se chupó los dientes al oír el nombre de su marido, pero guardó silencio.

"Comprendo". Hizo un gesto a Julia para que se alejara de la multitud. "Déjame acompañarte a tu coche". Luego, dirigiéndose al resto del funeral, Tate dijo: "Siento la interrupción. Y mis condolencias

a los amigos y familiares".

Capítulo 27

Floyd daba golpecitos incesantes con el pie mientras observaba cómo subía y bajaba el pecho de Chase. El sonido de las monedas sueltas en su bolsillo combinado con el pitido de las máquinas que estaban conectadas a su compañero formaban una interesante sinfonía.

Aún no podía comprender lo que había pasado. Y lo que *podría haber* pasado si no hubiera seguido a Chase la noche anterior.

La mujer que había atacado a Chase era un calco de los asesinos de Wayne y Roger. Hambrientos, sucios y sin ninguna preocupación aparente por su propio cuerpo. No sólo eso, sino que el modus operandi era el mismo. Cuchillo a la garganta, cuchillo a la garganta. Afortunadamente, el atacante de Chase había sido menos eficiente.

Floyd no tenía idea de lo que significaba. Pero una cosa era segura: esto no era una coincidencia. También sugería que todos estos crímenes estaban conectados.

Pero, ¿por qué Chase? ¿Estaba específicamente...?

"¿Está viva?"

Floyd se sobresaltó y dejó de mover la pierna.

"Chase, mierda, me asustaste".

Chase hizo una mueca e intentó incorporarse, pero sólo lo consiguió a medias. Floyd apoyó unas almohadas detrás de su espalda.

"¿Está viva?" Chase repitió.

No gracias por salvarme la vida, no estoy tan contento de que estuvieras allí, Floyd.

Pero ese era Chase para ti.

"Necesitas concentrarte en ti mismo, por ahora. El cuchillo casi corta tu arteria carótida, Chase. Media pulgada a la izquierda y ni siquiera habrías llegado al hospital".

Chase hizo un gesto de dolor y ajustó su posición.

"Por favor, tómatelo con calma".

"Floyd", dijo roncamente. "Necesito saber si está viva".

Floyd miró a su compañera. Sabía que si no se lo decía, probablemente arrastraría el culo fuera de la cama e iría a buscar al hospital por sí misma.

"Está viva", dijo cabizbajo. "Pero está peor que tú, en la UCI. El doctor dice que es probable que salga adelante".

"Maldita sea."

Floyd curvó el labio superior. Estaba demasiado agotado para seguir siendo simpático.

"¿En serio? ¿Estás enfadado conmigo porque *te* salvé la vida? ¿Porque te salvé por encima de ella? ¿Una chica que intentó k-k-k-

asesinarte?"

"¿Qué estabas haciendo allí?" Preguntó Chase. "Floyd, ¿qué estabas haciendo en la tienda de electrónica?"

Floyd apartó instintivamente la vista, pero enseguida volvió a mirar a Chase.

"¿Por qué estaba yo allí? Estas no son las preguntas que deberías hacerte, Chase".

Chase se le quedó mirando, sin pestañear, y Floyd suspiró.

"Te estaba siguiendo, ¿de acuerdo?", dijo a la defensiva. "Te seguía porque estaba preocupada por ti".

Chase siguió mirándole fijamente, con expresión todavía dura, y entonces se quebró.

"Gracias", dijo en voz baja. "Floyd, gracias."

Otro suspiro de Floyd, éste acompañado de un considerable estremecimiento.

Cuando consiguió recobrar la compostura, dijo: "¿Qué ha pasado?".

"Salí a dar un paseo y acabé en la tienda de Roger y Henry. La basura... la basura me estaba molestando".

"¿Basura? ¿Qué quieres decir?"

Chase se mordió el labio inferior.

"Henry Saburra... nos dijo que Roger habría sacado la basura por delante y luego al contenedor del callejón lateral. Pero eso no tiene sentido. Nadie lo haría así. Usarían el contenedor de atrás, está literalmente al lado de la salida trasera".

Floyd entrecerró los ojos.

"Me refería a lo que te pasó, Chase. ¿Qué demonios te ha pasado?"

Chase pareció momentáneamente confuso.

"Me atacaron", dijo lentamente. "La chica de la UCI intentó matarme y luego se cortó".

"Sí, pero por qué..."

El teléfono de Floyd empezó a sonar y lo miró. Era Tate y lo ignoró.

"¿Es Tate? Contesta", animó Chase.

Floyd no quería contestar al teléfono. Sólo quería quedarse aquí hasta que Chase mejorara.

Pero ella insistió.

¿"Tate"? Estoy en..."

"Adivina lo que acabo de hacer".

"Yo no..."

"Oh, acabo de separar una pelea entre Julia y Meredith. ¿Te lo imaginas? ¿Tu novia y tu esposa casi se pelean en tu funeral?"

Floyd miró a Chase.

"Tate, estoy en el hospital."

Tate se puso serio de repente.

"¿Qué ha pasado? Floyd, ¿estás bien?"

"Estoy bien, pero Chase no. Fue atacada. Apuñalada en el cuello".

"*¿Qué?*"

"Sí, la apuñalaron, y la mujer que intentó matarla se puso el cuchillo en la garganta. Ahora está en la UCI. No sé si sobrevivirá. Tate, lo que sea que pensáramos sobre este caso antes, ahora ha cambiado. Están todos conectados y depende de nosotros averiguar cómo".

Capítulo 28

Tate abrió mucho los ojos.

"¿Jesús? ¿Está bien Chase?"

"Se va a poner bien. Ha perdido mucha sangre, pero va a salir adelante".

Tate miró a través del parabrisas y los limpiaparabrisas que se movían a toda máquina mientras aparcaba fuera de la estación de autobuses. La lluvia caía a cántaros.

"¿Quieres que vaya a ti?"

"No, no lo creo. Estaremos bien aquí".

"¿Qué hay de la persona que la atacó? ¿Realmente intentó suicidarse después?"

"Sí. Conseguí que no se desangrara, pero ahora está en coma inducido. Recibí seis unidades de sangre".

Tate apagó el coche y salió a la lluvia.

"Joder", dijo mientras empezaba a correr. "Dile..." Tate dudó. Se había hecho una idea bastante buena de Chase desde su primer encuentro y basándose en lo que Floyd le había contado sobre su ex compañero. Pero ahora no estaba seguro de qué decir, qué le serviría mejor en este caso. Se decidió por algo genuino. "Dile que me alegro de que esté bien".

"Lo haré. ¿Está... está lloviendo allí?"

"Oh, es jodidamente hermoso aquí. Me encanta Columbus. Es precioso en esta época del año".

Floyd soltó una risita estrangulada, un *"ja"* abreviado.

Maldito tipo... no tiene respiro, pensó Tate. Atravesó rápidamente el vestíbulo principal de la estación de autobuses y se dirigió a la taquilla.

"¿Adónde vas?", preguntó una mujer con sombra de ojos azul claro desde detrás de una mampara de cristal.

Tate no contestó. Se limitó a sacar su placa y a golpearla sobre la mesa.

"Escucha, Floyd, investigué a Roger y Henry... ningún chico que pueda ver. Bastante seguro de que eran algo más que socios de negocios, sin embargo. Si eso significa algo". Tate apoyó el teléfono contra su pecho mientras sacaba una fotografía del asesino de Wayne. "¿Habías visto a esta chica antes?"

Los dedos regordetes de la mujer se extendieron a través de la ranura del cristal, y ella succionó sobre su costado. Mientras inspeccionaba la foto, Tate volvió a coger el teléfono.

"También encontré un caso similar - traficante de drogas asesinado en su coche a dos horas al sur de aquí. Modus Operandi similar".

La mujer tras el cristal miró a Tate cuando dijo esto, y él se limitó a asentirle.

"¿Quieres que me dirija allí?" Floyd sólo estaba siendo educado, y ambos lo sabían.

"Diablos, no." Tate bajó la voz. "Tengo que salir de este lugar, hombre."

"Vale, avísame si encuentras algo más".

"Pórtate bien. Y dale recuerdos a Chase".

Tate colgó.

"Bueno, ¿la habías visto antes?", preguntó.

La mujer frunció el ceño.

"No, no lo creo". Volvió a deslizar la foto bajo el cristal. "Lo siento."

Tate se preguntó si la memoria de la mujer mejoraría con un poco de dinero, pero no tenía dinero.

"¿Seguro? Olía *muy* mal. Como la peor cosa que hayas olido antes. Estamos hablando, podrido-"

"¿Aguas residuales?"

Tate se volvió. Detrás de él había un hombre de uniforme azul con un periódico bajo el brazo. Era calvo y, al igual que la mujer que estaba detrás del cristal, más corpulento.

"Iba a decir pañales de bebé -es uno de mis favoritos-, pero las aguas residuales funcionan".

"¿Puedo ver la fotografía?", preguntó el conductor del autobús.

Tate asintió y se lo entregó. El hombre solo necesitó un vistazo para confirmarlo.

"Sí, sí, la reconozco, es ella. Tuve que fumigar el autobús cuando se bajó. Para ser honesto, ni siquiera estoy seguro de por qué la dejé subir al autobús. Quizá porque estaba casi vacío y pensé que...", sacudió la cabeza. "No lo sé. Supongo que me sentí mal por ella".

Esa es nuestra chica. Sólo un desafortunado... asesino.

"Crucemos los dedos, ¿usó un nombre?"

El hombre negó con la cabeza.

"No. No dijo ni una palabra. Cuando se bajó, le pregunté si tenía un lugar donde quedarse o si quería saber dónde estaba el albergue local para los sin techo. Se me quedó mirando y se fue".

Tate no estaba sorprendido. Decepcionado, pero no sorprendido.

Se frotó el bigote.

"¿Y de dónde venía, amable señor?"

Esta respuesta, como la anterior, tampoco fue una sorpresa.

"Charleston", le informó el conductor del autobús. "Charleston, Virginia Occidental".

Capítulo 29

Tate era un buen hombre. Si había alguna duda al respecto antes de su conversación telefónica, ahora se había disipado. Cualquier otro compañero con el que se hubiera podido juntar Floyd habría visto su comunicación de forma muy diferente. Lo más probable es que le hubieran mandado a la mierda, que no iban a aceptar órdenes de alguien que era su subalterno.

Pero no Tate Abernathy.

Tate era complaciente, Tate era atento, Tate era muy diferente de Chase, y era exactamente lo que Floyd necesitaba.

"¿De qué iba eso?"

Floyd dio unos golpecitos en la parte posterior de su móvil antes de guardárselo en el bolsillo. Luego miró a Chase y le transmitió lo que Tate le había dicho. En el último segundo, decidió reservarse la información sobre el traficante. Necesitaba centrarse en su salud, en mejorar. El resto no era más que una distracción.

"¿Algo más?" Chase preguntó.

Floyd no estaba seguro de cómo contestar, no estaba seguro de cuánto había oído Chase cuando había estado al teléfono. Al final, le salvó una enfermera que entró en la habitación. Era guapa, con el pelo oscuro recogido en una coleta y los pómulos altos. Floyd la situó en torno a la veintena hasta que lo miró con desaprobación.

Entonces parecía mucho mayor.

"Sra. Adams, me llamo Audrey. Seré su enfermera por esta noche". Quitó la almohada de detrás de la espalda de Chase. "Necesita descansar. ¿Has hablado ya con el médico?"

Chase negó con la cabeza.

"Bueno, estoy seguro de que vendrá más tarde para hablar contigo. Has tenido mucha suerte". Audrey se tocó el lado izquierdo del cuello, justo por encima de la clavícula. Chase y Floyd miraron el vendaje que cubría su herida. "La parte roma del cuchillo golpeó la arteria carótida y la lesionó gravemente. Necesitas descansar. Cualquier tensión en la arteria podría significar un desastre".

Floyd sabía que la idea de quedarse quieto *-descansando- era* como una sentencia de muerte para Chase, y no hizo ningún esfuerzo por ocultar su disgusto.

"¿Cuánto tiempo?"

"¿Cuánto tiempo, qué?" preguntó Audrey.

Chase parecía visiblemente molesto.

"¿Cuánto tiempo hasta que salga de aquí?"

La enfermera frunció el ceño.

"Tres días, tal vez más. Depende".

"Sí, eso no va a pasar".

Audrey suspiró y comprobó uno de los monitores. Estaba claro que ya había tratado antes con pacientes testarudos como Chase.

O al menos eso creía. Excepto que no había nadie como Chase.

"Si te esfuerzas, esa arteria carótida debilitada puede desarrollar un aneurisma. Eso es potencialmente mortal. Por no hablar de todos los vasos que se cortaron. Perdiste mucha sangre, *mucha*".

Tras leer la habitación como sólo una enfermera sabe hacerlo, Audrey miró a Floyd en busca de apoyo.

Floyd se movilizó inmediatamente.

"Chase, ella tiene razón. Lo que pasó... necesitas descansar. Este caso será..."

"Yo soy el caso", espetó Chase.

Si cualquier otro hubiera pronunciado esas palabras, Floyd las habría considerado las cosas más egoístas jamás dichas.

Pero dadas las circunstancias, le costó discutir con ella sobre este punto. Ella era el caso porque era casi la tercera víctima.

Entonces Floyd recordó lo que dijo Tate.

Tercero o cuarto.

"Descansa, por favor".

Por un momento pareció que Chase iba a quejarse, quizá incluso a levantarse de la cama, pero hizo una mueca y se desplomó.

Era más débil de lo que Floyd había pensado.

"¿Quién es la chica? ¿La que me atacó?"

La pregunta se formuló al éter, y Audrey se encargó de responderla.

"No llevaba identificación cuando fue ingresada. Pero un agente de policía está fuera de su habitación". La enfermera miró a Floyd. "Él podría tener una mejor idea de quién es ella".

Floyd negó con la cabeza.

"Ya he hablado con él... no lo sabe. Nadie sabe quién es ni de dónde viene".

"De acuerdo, creo que ya es suficiente emoción por ahora", sugirió Audrey. Volvió a mirar a Floyd.

"Prueba en el albergue para indigentes", dijo Chase, ignorando por completo a la enfermera. "Floyd, ve a un par de los refugios para indigentes más cercanos y comprueba si tienen algún registro de la chica de la UCI o de la que mató a Roger. Es una posibilidad remota, pero nunca se sabe".

Floyd asintió.

Fue una buena idea. Refugios para indigentes y la versión de Charleston de Junkie Row. Tal vez alguien había visto uno de ellos o, mejor aún, tal vez alguien los *conocía*.

"Lo haré", dijo suavemente. "Descansa un poco, Chase."

Floyd estaba en la puerta cuando la enfermera se dirigió

directamente a él.

"Antes de que se vaya, parece que no tengo ningún tipo de seguro registrado para la Sra. Adams. ¿Le...?"

"Efectivo", dijo Chase rápidamente desde su cama. "Pagaré en efectivo".

"No, está bien", dijo Floyd, confundido por su arrebato. "Llamaré al Director Hampton y él arreglará las cosas".

"No, por favor", insistió Chase. "Debería haber una tarjeta de crédito en mi cartera. Quiero pagar de mi bolsillo".

Floyd habría empujado con más fuerza, pero Chase estaba pálido y la enfermera hacía gestos hacia la puerta. Hizo un último intento.

"Chase, va a ser..."

"No importa. Pagaré en efectivo".

Floyd se encogió de hombros, se despidió una vez más y salió al pasillo, rascándose la cabeza confundido.

Sólo se le ocurría una razón para que alguien quisiera pagar en efectivo, sobre todo si tenía seguro.

No querían tener constancia de dónde habían estado.

Capítulo 30

Chase durmió un total de diez minutos.

Entonces abrió los ojos y miró a su alrededor.

Era consciente de lo cerca que había estado de la muerte, pero no le asustaba. Chase había estado más cerca.

Aún así, sería más una carga que otra cosa si no descansaba un poco. Pero había una cosa que tenía que hacer primero.

Chase se quitó la correa del dedo y retiró lentamente las sábanas. No fue hasta que pasó las piernas por encima de la cama que se sintió débil. Sin embargo, el mareo no apareció hasta que se puso de pie. Mientras Chase esperaba a que se le pasara, con las palmas de las manos apoyadas en la barandilla, intentó comprender por qué la habían elegido.

¿Me estaba acercando a algo? ¿Era una amenaza? Si es así, ¿para qué? ¿para quién?

No tenía sentido. Al menos, no todavía.

Moviéndose lentamente, tratando de no conmocionar más su sistema, Chase cogió su placa del FBI y se arrastró a sí misma y a su bolsa de suero fuera de la habitación.

Miró a su alrededor, sintiéndose más que un poco como un criminal ejecutando una fuga de prisión mal planeada. Pero fue algo pasajero, y cuando Audrey o cualquiera de sus secuaces no intervinieron, Chase siguió las señales hacia la UCI. Aunque la zona no estuviera claramente indicada, el agente uniformado sentado frente a la puerta la delataba.

"¿Puedo ayudarle?", preguntó el hombre con voz ronca.

Chase mostró su placa.

"Chase Adams, FBI."

Este oficial no estaba impresionado por sus credenciales. A decir verdad, Chase dudaba que a ella tampoco. Una mujer en bata de hospital, pálida, frágil, arrastrando un carro de suero, mostrando una placa, del FBI o no, no infundía más que confusión.

Chase había conocido a muchos policías jóvenes e impresionables que habían crecido viendo programas sobre el FBI y se habían enamorado de la idea.

No este hombre.

No era ni joven ni impresionable.

"Quiero ir a verla", dijo Chase sin rodeos.

El hombre negó con la cabeza.

"Lo siento, agente Adams, no se permite entrar a nadie".

Chase le bajó la parte delantera de la bata, dejando al descubierto el vendaje por encima de la clavícula.

"Ella me hizo esto y quiero verla. Necesito hablar con ella".

Los ojos del agente no se apartaron de los suyos.

"Razón de más para que no la veas. Además, aún no está despierta".

Sin embargo, eso era una mejora con respecto a lo que Floyd le había dicho de que las posibilidades de supervivencia del posible asesino no eran más que una moneda al aire.

"Si ella no está despierta, entonces ¿cuál es el problema?" Chase indicó su cuerpo debilitado. "Sólo quiero hablar con ella".

El policía no se inmutó, literalmente.

"Órdenes estrictas de no dejar que nadie la vea *o* hable con ella. No hasta que el médico dé el visto bueno. Ni siquiera puede ver a su abogado o tutor".

Esta última parte sorprendió a Chase.

¿"Guardián"?

El policía se encogió de hombros.

"No estoy seguro de si es menor de edad o no. Lo siento, pero no vas a poder entrar ahí esta noche".

Chase hizo una mueca.

"Por favor, yo...", le sobrevino un fuerte mareo y Chase cerró los ojos. A diferencia del que tuvo en su habitación, éste tardó diez segundos o más en desaparecer.

"¿Agente Adams?"

"Bien", dijo Chase apretando los dientes. "Estoy bien. Déjame verla, por favor".

Había compasión en los ojos del hombre, pero no la suficiente.

"Si tanto quieres verla, puedes mirar a través de la puerta. Es lo más cerca que vas a estar, me temo".

Chase se dio por vencida y se acercó arrastrando los pies a la puerta mientras el policía se apartaba para permitirle el acceso. Se acercó a la puerta como si fuera a asomarse por la ventana, pero en el último momento agarró la puerta, la abrió y se deslizó dentro.

"¡Oye!" siseó el policía. "Maldita sea."

Sólo había un paciente en la UCI. O era una noche tranquila o la policía de Charleston había desalojado a todos.

La mujer que había intentado matar a Chase estaba dentro de una burbuja protectora. Alguien, probablemente el personal de enfermería, había intentado limpiarla. Pero aún tenía el pelo mugriento y la almohada sobre la que reposaba la cabeza estaba manchada. Su piel era del color que Chase sólo había visto antes en los cadáveres y, si no fuera por el monitor de ritmo cardíaco que sonaba con cada latido, Chase la habría dado por muerta.

"Te he dicho que no puedes estar aquí", advirtió el policía.

Chase le ignoró. ¿Qué iba a hacer? ¿Atacarla? ¿Qué tal un abrazo de oso por detrás? ¿Se arriesgaría a reabrir sus heridas? ¿Por qué?

¿Porque se coló en la UCI para ver mejor a alguien que estaba inconsciente?

Chase no lo creía. Pero al final haría algo.

Se acercó a la burbuja y miró a la mujer dormida.

"¿Por qué lo hiciste?", susurró. "¿Por qué trataste de matarme y luego trataste de suicidarte?"

"Agente Adams, no puede..."

"¿Por qué?"

El agente pensó que era una pregunta para él.

"¡Porque está inconsciente, por el amor de Dios! ¡No puedes entrevistar a una persona inconsciente!"

Pero a Chase no le interesaban las entrevistas. Ni siquiera el hecho de que estuviera inconsciente le importaba. Si la mujer no podía hablar, todavía había una manera de que Chase pudiera aprender algo de ella.

Se estremeció al recordar lo que había ocurrido en la morgue.

El hedor de la muerte y la oscuridad opresiva.

Pero Chase no podía entrar en la caja herméticamente cerrada. No había agujeros para las manos enguantadas, ni ranuras ocultas. Parecía imposible, ¿cómo *iban a tratarla los médicos*?

"¡Agente Adams!" El oficial estaba directamente detrás de ella ahora.

Chase maldijo en voz baja y miró a su alrededor. Había una mesa a un lado y sobre ella vio varias bolsas de pruebas extragrandes.

Se alejó de la burbuja.

"¿Son sus cosas?"

El policía no respondió, así que Chase trató de ir a buscarse a sí misma.

Sólo que no pudo.

Su intravenosa estaba atascada.

El policía había descubierto por fin cómo detenerla: sujetando el carro de suero.

"Sólo quiero saber si llevaba un vestido blanco".

"Tienes que irte", ordenó el policía. "Ahora."

Se enzarzaron en un mini tira y afloja en el que ninguno de los participantes estaba dispuesto a aplicar más que un pequeño porcentaje de su fuerza al tubo lleno de líquido que se introducía en el dorso de la mano de Chase.

"Escucha, sólo dime si el vestido es blanco y me iré. Te lo juro."

Ahora le tocaba al policía maldecir. De mala gana, soltó la vía y se acercó a la mesa. Rebuscó en las bolsas antes de coger una de ellas.

"Esto es lo que llevaba puesto", dijo, pinchando la bolsa con rabia.

"¿Es blanco?" preguntó Chase.

El oficial lo miró.

"Es rojo. Está cubierto de su sangre".

Y apuesto a que algunos de los míos también.

"¿Pero es blanco? ¿Es blanco el vestido?"

El policía señaló un pequeño parche que no se había empapado.

"Sí, creo que era blanco. ¿Estás contento ahora?"

No, no estoy contento. Estoy jodidamente cabreado.

"¡Sí, de nada!", gritó el hombre mientras Chase salía de la UCI sin decir palabra. "Imbécil con derecho".

Mientras Chase se retiraba a su habitación, se preguntó si estarían mejor si se hubiera equivocado. Si todo el asunto del vestido blanco hubiera estado sólo en su cabeza.

Porque ahora las cosas estaban complicadas.

¿Tres días? ¿Quieren que me quede aquí tres días?

Chase apoyó la cabeza en la almohada.

Eso no va a pasar. Tengo una cita en cuatro, y tengo que prepararme.

Sorprendentemente, no fue Brian Jalston quien inundó sus sueños aquella noche. No era nada.

Para Chase Adams no había más que oscuridad.

Capítulo 31

Floyd se dio de bruces con la versión de Charleston de Junkie's Row. Ninguna cantidad de dinero que desembolsara le acercaría a la mujer que había intentado matar a Chase.

Con la cartera un poco más ligera, decidió ir a los albergues para indigentes. Floyd pensó que allí tendría más suerte, dadas sus estrictas normas sobre el consumo de alcohol y drogas, y teniendo en cuenta que ninguno de sus asesinos tenía nada en el organismo.

El albergue para indigentes más grande era el más prometedor: había un guardia de seguridad delante y solían ser un poco más fiables que los clientes.

"Floyd Montgomery, FBI", dijo severamente. "Tengo algunas preguntas para usted."

"Sí, está bien", dijo el guardia. "Pero no aquí. No donde la gente pueda vernos".

Floyd accedió y siguió al guardia al interior del refugio. Una docena de personas hacían cola para comer, aunque no parecía que los cocineros estuvieran listos para servir. El guardia los condujo a una oficina contigua y llamó a la puerta antes de abrirla. Una mujer con gafas cuadradas sujetas por una cadena de cuentas levantó la vista de detrás de un escritorio. Sonrió al verlos e hizo un gesto para que entraran.

"Esta es Margaret Stacy, es la directora aquí", dijo el guardia a modo de presentación. "Y este es el agente..."

Floyd mostró su placa al director.

"Agente Montgomery del FBI."

La mujer miró por debajo de su nariz y por encima de sus gafas.

"No muy a menudo tenemos agentes del FBI aquí. ¿Qué puedo hacer por usted, Agente Montgomery?"

"Sólo Floyd, por favor."

"Bien, Floyd, ¿qué puedo hacer por ti?"

Floyd miró a Margaret, luego al guardia, y se preguntó cuál sería el enfoque de Tate en este caso. ¿Qué haría que estos dos se sintieran cómodos? ¿Qué les haría abrirse?

No tenía ni idea. Y cuanto más pensaba en convertirse en otra persona, más se confundía Floyd. Y cuando se confundía y se ponía nervioso, su tartamudeo volvía con fuerza.

"¿Floyd?" Margaret preguntó.

Sacudió la cabeza y respiró hondo.

Tate podría hacer su acto de camaleón, pero no pudo.

"Me preguntaba si alguno de ustedes había visto a esta chica antes".

Floyd mostró primero la foto de la mujer que había atacado a Chase al guardia de seguridad. Le echó un vistazo y negó con la cabeza antes de pasársela a Margaret.

Esta vez con las gafas puestas, lo observó detenidamente.

"No lo creo. Suelo estar en el lado administrativo de las cosas, sin embargo, así que no puedo decir que no estaba aquí ".

"Y he estado fuera la última semana", ofreció el guardia.

Mierda.

Floyd tenía esperanzas.

"¿Hay alguien más a quien pueda preguntar? ¿Alguien que tal vez esté un poco más cerca de los... *eh*... invitados aquí?"

Hasta ahora, el enfoque de Floyd había funcionado. Pero ahora, se estaba quedando corto.

"¿Por qué? ¿Está en problemas?"

No es que Margaret no quisiera ayudar, es que se preocupaba por esa gente y no quería contribuir a sus problemas.

"Está en el hospital".

Floyd estuvo tentado de añadir más información, pero se contuvo. A veces, menos era más. Y pensó, en su limitada experiencia, que éste era uno de esos casos.

"¿Es grave?" Margaret preguntó. "No permitimos drogas ni alcohol dentro del edificio. Pero fuera..."

"Es grave, pero no relacionado con drogas o alcohol por lo que podemos decir. Estoy intentando localizar a los amigos o familiares de esta chica o a alguien que la conozca".

Margaret miró al guardia.

"Steve, por qué no llevas a Floyd a ver a Martin. Si ella estuviera aquí, él la habría visto. Él ve a todo el mundo."

El guardia asintió al director.

"¿Martin?" Preguntó Floyd.

"Cocinero jefe. Si la gente viene aquí, por lo general tienen hambre. Vamos."

"Gracias, Margaret."

Salieron del despacho y entraron en la cafetería. Había más gente en la cola y parecía que había llegado la hora de comer. Un hombre corpulento con un delantal blanco estaba de pie detrás de una enorme olla metálica de sopa hirviendo a fuego lento. Como no había comido desde su hamburguesa de la noche anterior, el estómago de Floyd empezó a refunfuñar.

"Stevie, ¿tienes hambre?", preguntó el cocinero, presumiblemente Martin.

El hombre llevaba rizos oscuros y apretados en la cabeza y un tatuaje de escorpión o araña le trepaba por el cuello desde debajo del

delantal.

"Ahora mismo no, pero huele bien, Martin", respondió Steve. Señaló a Floyd. "Este hombre es del FBI. Quiere saber si has visto a alguien".

Martin sonrió, dejando ver un gran espacio entre sus dos dientes delanteros.

"Si han comido aquí, los he visto. ¿Tienes una foto?"

Floyd le enseñó la foto al hombre que estaba detrás de la cuba de sopa.

"Mis ojos no son tan buenos. ¿Puedo...?"

Floyd se inclinó sobre la sopa y Martin alcanzó la foto. Antes de que se acercara siquiera, su otra mano se levantó y empujó la enorme cuba de metal en dirección a Floyd.

Floyd gritó y saltó hacia atrás, pero aunque evitó la mayor parte del líquido hirviente, una buena cantidad salpicó los muslos de sus vaqueros.

"¡Joder!"

Pensando que había sido un accidente, Floyd puso instintivamente el brazo para proteger al guardia de seguridad de la sopa que aún manaba del caldero volcado.

"¡Está corriendo!" Steve gritó.

Floyd levantó la vista. Martin corría hacia la salida trasera.

Maldijo de nuevo e intentó ir tras la cocinera, pero resbaló con el caldo y cayó de rodillas. Sus muslos quemados gritaron en señal de protesta.

"¡Ve tras él!" Floyd gritó. "¡Atrápenlo!"

Steve, el guardia de seguridad, le miró como si tuviera tres cabezas y no se movió.

"¡Ve tras él!" Floyd gritó. "¡Ve a por él! *¡Ahora!"*

Capítulo 32

"Hidey-ho, soy el agente especial Tate Abernathy, estoy buscando al oficial Dwight Connors..."

"Soy el agente Connors", respondió un hombre delgado, de grandes ojos marrones y cara estrecha.

Tate dejó que la puerta de la estación se cerrara tras él.

"Hablamos por teléfono. Tengo un par de preguntas sobre el caso Owen Allman... traficante de drogas que fue asesinado en su coche hace poco menos de un año".

Una sonrisa se dibuja de repente en el rostro de Conners.

"¿Qué es tan gracioso?" preguntó Tate.

"Ven conmigo. Quiero enseñarte algo".

Pasaron por delante de una gran pizarra blanca con nombres de funcionarios y casos asociados, así como un porcentaje de cierre, y se dirigieron a otra pizarra, ésta de corcho.

En él había varios artículos de periódico. El oficial Dwight Connors señaló un artículo específico cerca de la parte superior.

Un traficante local estafa a una farmacia por miles de dólares en medicamentos contra el herpes.

La fotografía bajo este creativo titular mostraba a un hombre saltando por encima del típico mostrador de farmacia.

"¿Medicamento contra el herpes?", preguntó.

Connors se rió entre dientes.

"Sí, ¿querías saber qué era tan gracioso? Bueno, este imbécil, Owen Allman, aparentemente no sabe leer. Entró en la farmacia y en vez de robar Vicodin cogió..." Connors se inclinó hacia el artículo y entrecerró los ojos, "-Valacyclovir. Medicamento para el herpes".

"No puedes hablar en serio", dijo Tate.

"Eso es lo que pensamos. No lo sabemos con seguridad, porque", Connors arrastró un dedo por su garganta, "se ha ido".

"¿Te importa?" preguntó Tate, indicando el artículo.

"Adelante".

No había mucho más que deducir del artículo, aparte de lo que Connors ya le había dicho. Y aunque Tate no era médico, estaba bastante seguro de que, a menos que el tal Owen Allman tuviera un brote incontrolable, su prisa por tomar la medicación contra el herpes había sido un error.

"Es un poco una leyenda aquí", dijo Connors con un deje de orgullo. "El criminal más estúpido de América".

Tate se apartó de la pizarra y miró al oficial.

"¿Qué le pasó?" Ahora, Tate replicó el corte de garganta de Connors. "Quiero decir... *eso*, pero..."

"Supongo que te mentí, Owen es el *segundo* criminal más tonto de América. Robó la tienda y luego alguien intentó robarle a él". Connors empezó a mover la cabeza y Tate supo por qué: el hombre estaba recordando el olor. "Un yonqui loco. Se pelearon y los dos acabaron muertos".

Tan arrogante, pensó Tate.

"Sí, tengo algunas preguntas sobre lo que pasó en ese coche".

Connors se encogió de hombros.

"Prácticamente ya te lo he contado todo".

"Lo sé, lo sé. Sólo necesito una aclaración".

Esta vez Connors no hizo más que mirar fijamente. Tate continuó.

"¿Es posible que la vagabunda matara a Owen y luego a sí misma?"

"¿Por qué haría eso?"

"Sólo pregunto si es posible".

Por teléfono, Tate había hecho ver que estaba interesado en Owen Allman por un caso relacionado de drogas sin resolver. Ahora que estaba claro que su motivación era otra, Connors no estaba tan dispuesto a echar una mano. A nadie le gustaba que otros perros cagaran en su patio trasero.

"Supongo que es posible", dijo Connors rotundamente. "Pero poco probable. Después de todo, ¿quién se tumba en el asiento trasero para matar a un traficante de drogas sólo para suicidarse después? Para mí no tiene sentido".

Tate se encogió de hombros.

Tampoco tenía mucho sentido para él, pero tampoco lo tenía matar a un médico en la calle, o a un hombre después de sacar la basura de su trabajo, y luego suicidarse.

"¿Por qué el FBI está interesado en este caso, de todos modos?" Connors preguntó.

Tate ignoró por completo la pregunta.

"Me estoy aventurando, la vagabunda del asiento trasero... olía mal, ¿verdad?"

"Ella alguna vez. Jesús, apestaba. Íbamos a subastar el coche de Owen, pero incluso después de dejarlo fuera durante semanas, contratando a cualquiera que se atreviera a intentar limpiarlo, no pudimos quitarle el olor. Tuvimos que quemar la maldita cosa".

"¿Alguien reclamó su cuerpo? ¿Amigos? ¿Familiares?"

Connors negó con la cabeza.

"No. Sigo siendo una desconocida".

"¿Vas a los albergues para indigentes? ¿Preguntas por ella?"

Esto pareció más una acusación que una pregunta, y Tate se aclaró la garganta.

"Sólo quiero ser minucioso, es todo."

Los grandes ojos de Connors se entrecerraron.

"Es una desconocida".

La respuesta puso fin a la discusión.

"Muy bien, gracias por tu ayuda".

"Podías haberlo hecho por teléfono", refunfuñó Connors mientras Tate se dirigía a la entrada de la comisaría.

"Eh, no me gustan mucho los teléfonos", dijo Tate. A decir verdad, sus habilidades especiales funcionaban mucho mejor en persona. "Sólo una última pregunta y luego me iré para siempre."

Connors cruzó los brazos sobre el pecho y frunció el ceño.

"¿Encontraste los medicamentos para el herpes? ¿El Val-como-se-llame?"

Connors negó lentamente con la cabeza.

"No, nunca lo encontré".

Tate se dio un golpecito en la barbilla y dijo: "De acuerdo, gracias".

No entendía que un traficante no supiera leer. No entendió que una vagabunda matara al traficante y luego a sí misma. Y *definitivamente no entendió a* quien vino después y robó un camión cargado de medicamentos contra el herpes.

Capítulo 33

Chase se despertó con el sonido de un pitido procedente de su derecha.

"¿Cómo te sientes hoy?"

La enfermera de ayer estaba comprobando sus fluidos intravenosos.

"Bien". La voz de Chase era seca.

"¿Comparado con ayer?" preguntó Audrey. Cambió una bolsa de líquido transparente por otra. Luego empezó a cambiar el apósito de la herida de la garganta de Chase.

"Un poco mejor". Ella iba a decir que no importa qué, pero se sorprendió al descubrir que era cierto. "¿Cuánto tiempo estuve fuera?"

Chase hizo un gesto de dolor y Audrey se echó hacia atrás.

"Toda la noche".

Fue sorprendente. Recordaba su pequeña visita a la UCI, pero no mucho más después de eso.

Audrey suspiró y bajó el yodo con el que estaba limpiando a Chase.

"Sé que estás deseando salir de aquí, pero tengo que, seriamente, recomendarte que no lo hagas. Si no estuvieras en tan buena forma, Agente Adams, estarías muerto ahora mismo".

"Ya he oído eso antes".

El problema con la advertencia de Audrey era que, a lo largo de los años, nadie había intentado matar a Chase con más ahínco y vigor que ella misma. Y si ella no había tenido éxito, ¿qué posibilidades había de que alguien más tuviera tanta suerte?

Audrey terminó de vendar las heridas de Chase.

"¿Qué está pasando con nuestro amigo en la UCI?"

"Yo también lo he oído", murmuró Audrey en voz baja. "Está despierta".

Chase se sentó sin mucho esfuerzo.

"¿En serio?"

"Sí, me desperté hace tres horas".

"Necesito hablar con ella". Chase se subió la bata y puso los pies en el suelo. La enfermera la miró con desaprobación, pero no intentó detenerla.

"No sé si te dejarán", dijo Audrey. "Y no creo que debas salir de la cama".

Chase sólo oyó la segunda mitad de su frase.

"¿Viejo policía cascarrabias junto a la puerta?"

"Lo cambiaron por alguien más joven".

Eso es bueno, pensó Chase. *Eso está muy bien.*

Chase se levantó lentamente, aferrándose a la cama en previsión de un mareo que nunca llegó.

"No creo que debas..."

Chase miró a Audrey con severidad.

"Entiendo que sólo haces tu trabajo y aprecio tu preocupación. Pero tengo trabajo que hacer y no hay nada que puedas hacer para detenerme".

Audrey parecía como si la hubieran abofeteado físicamente.

"Sé que no puedo detenerte", dijo la enfermera, sonando asustada. Su tono hizo que Chase se arrepintiera inmediatamente de lo que había dicho y de cómo lo había dicho. "Sólo quiero asegurarme de que estás bien".

"Estaré bien", dijo Chase. "Y te agradezco lo que estás haciendo. Pero tengo que hablar con ella".

"Tu habitación estará aquí cuando vuelvas ya que pagaste en efectivo".

Esta última parte hizo dudar a Chase, pero no la frenó. El carro de suero lo intentó -sus ruedas estaban más pegajosas que la noche anterior-, pero ella superó este pequeño obstáculo.

El siguiente sería más formidable.

En el peor de los casos, Chase simplemente hizo lo mismo que anoche. Sólo esperaba que no llegara a eso.

"Agente del FBI Chase Adams", ladró mostrando su placa. El agente de policía, que parecía estar sacándose el GED al mismo tiempo que terminaba la academia de policía, pareció sobresaltarse.

Buen comienzo.

"Necesito hablar con el sospechoso".

El agente empezó a levantarse, pero Chase lo detuvo con la palma de la mano.

"Me han dicho que..."

"¿Sabes quién soy?"

"Creo..."

"Soy del FBI. *F. B. I.* Necesito hablar con el sospechoso. Ahora."

El agente empezó a apartar su silla y Chase pensó: "*Esto está saliendo mejor de lo que podía esperar"*.

Hasta que no lo fue.

Un médico se puso a su lado.

"¿Quién es usted?", preguntó. El hombre tenía unos cincuenta años, barba blanca cuidada y gafas.

"Yo..."

"Sra. Adams, ahora lo veo. No debería estar aquí. Necesita descansar". Había una familiaridad en su voz y Chase concluyó que era él quien la había operado.

Debería darle las gracias por salvarle la vida, pero ya habría otro momento para eso. No era una prioridad.

Hablar con la chica que intentó matarla lo era. Pero aquí se

requería tacto. Este doctor no era joven ni le impresionaban las letras F B e I.

"He oído que está levantada y hablando".

El médico se lamió el labio inferior para ganar tiempo.

"Está despierta, pero no levantada. Muy débil - deficiencias en todos los ámbitos". El doctor miró su garganta. "Para ser honesto, me sorprende que tuviera la energía para atacarte".

"Supongo que tengo suerte de que ella estaba demasiado débil para terminar el trabajo, entonces", dijo Chase. "Sólo necesito tener unas palabras con ella, doctor..."

"Heinlin. Dr. Greg Heinlin." Otro lametón en el labio inferior. "Si le parece bien al oficial, creo que puede tener un minuto o dos."

Chase bajó los ojos hacia el agente de policía que seguía sentado.

"Sí, s-seguro. Me parece bien".

El Dr. Heinlin abrió la puerta de la UCI y se la tendió a Chase.

"Supongo que no, pero ¿encontraste alguna droga en su sistema?"

"Nada."

Chase se acercó a la burbuja. Seguía cerrada, pero la niña tenía los ojos abiertos. Y su pecho subía y bajaba lentamente.

El Dr. Heinlin le tocó suavemente el brazo.

"Sólo unos minutos. En su estado actual, agitarla podría empeorar las cosas".

Chase asintió.

"¿Cómo te llamas?", preguntó a la chica de la burbuja.

Nada. La chica ni siquiera se giró en dirección a Chase.

"¿Puede hablar?" preguntó Chase al médico.

"Hicimos múltiples escáneres -TAC, resonancia magnética- su cerebro está deshidratado, y muestra disminución de volumen en la corteza insular anterior, pero aparte de eso..."

"¿Puede hablar, doc?"

El Dr. Heinlin asintió.

"Debería poder hacerlo".

Chase se volvió hacia la burbuja.

"Hola, ¿puedes hablar?"

Ni siquiera un parpadeo.

"¿Puedes oírme? Hola? ¿Cómo te llamas? Puedes decírmelo, ¿verdad?" Chase podía sentir que su temperamento comenzaba a hervir. Se bajó la parte delantera de la bata. "Intentaste matarme y quiero saber por qué".

Y ahora la mujer giró la cabeza, pero no los ojos. Parecían escrutar el rostro de Chase antes de volver a su posición neutral.

Joder. Arriesgué mi vida diciéndole a Floyd que te salvara porque pensé que podrías ayudar. Háblame. Maldita sea, háblame.

"*Merezco* saber por qué".

"Por favor, no la enfades", le dijo suavemente al oído el Dr. Heinlin.

¿No la disgustes? pensó Chase miserablemente. *Es a mí a quien ha intentado matar.*

"¿Por qué llevabas un vestido blanco? ¿Quién te dijo que te lo pusieras? ¿Brian? ¿Tuvo él algo que ver con esto?". Cuando no hubo respuesta, Chase puso sus manos sobre la burbuja. "¿Por qué llevabas el vestido?", preguntó.

"Es hora de irnos", dijo el Dr. Heinlin.

Chase fulminó al médico con la mirada.

"Necesito saber. Necesito..."

Un ruido de arañazos atrajo de nuevo su atención hacia la burbuja.

"¡No!" El Dr. Heinlin la apartó y corrió hacia su paciente.

La mujer se había quitado el extremo de plástico del puerto intravenoso del dorso de la mano y lo estaba utilizando para arañar los puntos de la garganta.

El médico intentaba salvarla, pero tenía el mismo problema que Chase la noche anterior: no podía entrar en la burbuja de plástico.

"¡Ve a buscar a alguien!", gritó. "¡Ahora!"

Chase tardó unos instantes en darse cuenta de que el hombre le hablaba a ella.

"¡Ve a buscar a alguien antes de que se mate!"

Capítulo 34

Finalmente, Steve, el guardia de seguridad, empezó a perseguir a Martin, pero el hombre ya había salido por la puerta.

Floyd quería seguirle, pero le ardían las piernas y la mano derecha, que seguía aferrando la fotografía como si fuera una posesión preciada.

"¿Dónde está el lavabo?", preguntó.

Los que habían estado esperando su comida se habían reunido a su alrededor, y uno de ellos señaló la esquina de la habitación. Floyd se apresuró hacia la gran palangana de metal y abrió el grifo del agua fría. Se sacó todo de los bolsillos y colocó los objetos en la repisa y luego se salpicó la mano quemada con el agua.

¿Qué demonios ha pasado? pensó, enfadado consigo mismo. *¿Cómo he podido bajar la guardia?*

Floyd miró detrás de él y vio a un hombre de aspecto especialmente salvaje con tatuajes en la cara que lo miraba de arriba abajo.

¿En un lugar como este, Floyd? ¿En serio? ¿Mientras investigas un asesinato/suicidio? ¿Cuando tu compañero *está en el hospital después de casi ser asesinado?*

El agua fría hizo su trabajo y Floyd notó que su mano estaba más escaldada que quemada. A continuación se fijó en las piernas y, aunque no estaba en condiciones de quitarse los pantalones, cogió un rollo de toallas de papel industrial y empezó a empaparse los vaqueros de tanta sopa como pudo.

"¿Qué ha pasado?" Margaret preguntó. "¿Estás bien?"

Margaret cogió la toalla de papel, pero Floyd dijo: "Estaré bien, gracias. Tu cocinero -Martin- intentó quemarme viva y luego huyó".

Margaret parecía realmente sorprendida. Se quitó las gafas de la cara y se las dejó colgar del cuello.

"Lo siento mucho, Floyd. Yo no... ¿por qué hizo eso?"

"No lo sé, pero Steve es... maldición."

Steve reapareció cerca de la puerta trasera, sin aliento y con las manos vacías.

"Lo siento", dijo, respirando hondo. "Demasiados cigarrillos, lo siento. Martin se escapó".

Floyd estaba incrédulo. Fumador o no, Martin medía metro y medio en todas direcciones.

¿Cómo coño se ha escapado?

"Steve, ¿qué pasó?"

Floyd se preguntó si estaría en estado de shock, ya que hacía un momento le había hecho la misma pregunta.

"He-Floyd le estaba mostrando la foto y la sopa se derramó."

"¿Podría haber sido un accidente?"

Ahora era Floyd el que estaba en estado de shock.

¿"Accidente"? Eso no fue un accidente. No se huye de un accidente".

"Nunca habíamos tenido problemas con Martin. Lleva años aquí".

"Bueno, parece que no lo sabes todo sobre Martin".

Margaret pareció ofendida y Floyd se manoseó los vaqueros con rabia.

"Lo siento, lo siento. Supongo que en este lugar, todos tienen secretos que quieren ocultar al FBI".

Y deberías haberlo sabido, Floyd. Por eso no te gusta hacer las cosas solo.

"Te traeré algo para el brazo", dijo Margaret. "Tengo un botiquín de primeros auxilios en mi oficina".

Floyd le hizo un gesto para que se fuera.

"Estoy bien, en serio. Pero necesitaré la dirección de Martin".

"Eso es fácil. Vive aquí".

"¿Qué?"

Margaret asintió.

"Los voluntarios pueden quedarse a dormir si quieren, y siempre tienen una litera. Martin pasa la mayor parte del tiempo aquí".

Margaret pensó que estaba siendo útil, pero eran malas noticias para Floyd. No había forma de que Martin volviera.

"Oye, ¿quién es ese?" preguntó Steve. Señalaba el montón de cosas que Floyd había sacado de su bolsillo.

"¿Qué?"

"Esa fotografía...", empezó Steve, pero Margaret le interrumpió.

"¿Es Henry?", preguntó.

Floyd cogió la foto. Era la que Chase había sacado del marco en casa de Roger. Debía de habérselas cogido en el hospital, aunque no recordaba haberlo hecho.

"¿Conoces a este tipo?"

"Por supuesto", dijo Margaret. "Los conozco a los dos: a Roger y a Henry". Entrecerró los ojos y se inclinó más cerca. "¿Y sabes qué? Creo que yo también la conozco".

Floyd estaba atónito.

Había venido buscando a alguien que conociera a la mujer que había atacado a Chase, no a la chica de la foto de Roger y Henry.

"Claro, Henry y Roger se ofrecieron voluntarios aquí, y estoy bastante segura de que ella también".

Floyd se frotó la frente.

"¿Qué quieres decir con aquí? ¿También era voluntaria?"

"No, era una invitada".

Invitado.

Floyd tardó un segundo en comprenderlo: la chica de la foto estaba utilizando el refugio.

"Espera, ¿ambos Henry y Roger son voluntarios aquí?"

"Sí. Sobre todo Henry porque Roger se ocupa de la tienda".

"¿La tienda de electrónica?" Preguntó Floyd.

"Mmm-hmm."

"¿Alguna idea de por qué estarían juntos en una foto? ¿Eran amigos, o...?"

"Ni idea", respondió Steve, y Floyd miró a Margaret.

"No lo sé. Como dije antes, suelo estar en la oficina la mayoría de los días. Pero como son voluntarios, tengo sus direcciones por si quieres ir a hablar con ellos".

Floyd hizo una mueca.

"Excepto que uno es..." se detuvo en seco. Ella no lo sabía. Ni Steve ni Margaret sabían que Roger había muerto.

"¿Hmm?" preguntó Margaret.

"N-n-nada". De repente, a Floyd le costaba tragar saliva. "Puedo encontrar sus direcciones. Gr-gracias".

Margaret se acercó a él y volvió a tocarle el brazo.

"Floyd, déjame mirarte el brazo en la oficina. Sólo para asegurarme".

Floyd tiró de su brazo.

¿Qué haría Tate? Tate se redoblaría. No dejaría que esto le molestara. Sobre todo, haría su puto trabajo.

"He dicho que estoy bien. Si M-Martin se queda aquí, ¿tiene alguna pertenencia?"

"Iré a buscarlos", se ofreció Steve.

Margaret y Floyd esperaron en silencio a que Steve regresara. Se sentía mal por ella -parecía una mujer agradable que quería ayudar-, pero a Floyd le preocupaba que si decía algo que no estuviera directamente relacionado con el caso, volviera a derrumbarse.

Steve volvió tambaleándose con una bolsa de basura en una mano.

No me extraña que Martin se haya escapado. El hombre tiene dos pies izquierdos y enfisema.

"Esto es..."

Floyd cogió la bolsa e inmediatamente tiró el contenido allí mismo, en el suelo. Había un paquete de cigarrillos abierto, un cepillo de dientes, una novela -Dime *dónde está enterrada-,* algunas prendas de ropa sucia y un frasco de pastillas.

Sin cuchillo de caza. No hay fotos.

Floyd cogió el frasco de pastillas.

"¿Valaciclovir?", leyó en voz alta.

"Son medicamentos para el herpes", soltó Steve y entonces empezó

a sonrojarse. "Tengo herpes labial".

Eso sonaba a mentira.

Floyd no estaba seguro de por qué, pero tuvo el presentimiento de quedarse con las pastillas.

"Voy a guardarlas". Por si a Margaret se le ocurría quejarse, añadió: "Si Martin viene a buscarlos, avísame".

"Lo haría, pero necesito tu número".

Floyd le pasó una de sus tarjetas de visita.

"Si Martin vuelve, por favor llámame. Y gracias".

Se sorprendió al descubrir que no le temblaba la mano. Todo cambió cuando volvió a su coche.

Capítulo 35

"¿Adónde vas?"

Chase, que estaba poniéndose la chaqueta, se dio la vuelta. Se sorprendió, y se enfadó un poco, al ver a Floyd en la puerta de su habitación.

"Estoy..." se fijó en dos grandes manchas, una en cada muslo. "¿Qué te ha pasado?"

"Larga historia, que pensé que tendría tiempo de contarte porque se supone que estarás aquí otros tres días".

Chase hizo una mueca.

"No me voy a quedar aquí."

"Chase, no puedes..."

"Lo juro, si una persona más me dice lo que puedo o no puedo hacer, voy a estallar".

Chase dio un paso, se estremeció y se agarró la clavícula.

Floyd se acercó a ella, pero ella lo apartó con un gesto.

"Estoy bien."

Floyd parecía que iba a discutir, pero luego negó con la cabeza.

"He oído", suspiró profundamente, "he oído que se ha despertado".

Chase asintió.

"Se despertó bien. Se despertó y luego trató de suicidarse de nuevo".

"No puedes hablar en serio".

"Ya me conoces, siempre con las bromas".

Chase cerró la cremallera de su abrigo y registró la habitación para asegurarse de que tenía todas sus pertenencias.

"¿Has dicho intentado? ¿Sigue...?"

La puerta detrás de Floyd se abrió. Chase esperaba a Audrey o al Dr. Heinlin, pero no era ninguno de los dos.

"¿Tate?" Dijo Floyd.

El agente especial Tate Abernathy miró a Chase, luego a Floyd y de nuevo a Chase.

"¿Qué coño está pasando aquí?", preguntó. Y ahora Chase y Floyd estaban intercambiando miradas. "Lucy, ¡tienes que dar algunas explicaciones!"

Ni Chase ni Floyd sonrieron y Tate dejó de acentuar.

"Vamos a tomar algo", sugirió.

Floyd se burló y Chase supo lo que pensaba su compañero: que era una idea ridícula, dado por lo que había pasado. Pero Chase no pensaba lo mismo.

Le pareció una idea espléndida.

"Me parece bien. Larguémonos de aquí".

***

Floyd y Chase tardaron tres pintas y cuarenta minutos en compartir sus historias. La mayor parte del tiempo, Tate permaneció en silencio y sólo intervino en un puñado de ocasiones. Cuando le llegó el turno de hablar, Tate dio un largo trago a su cerveza y se lamió la espuma del bigote.

"Bueno, bueno, bueno... Ojalá mi historia fuera la mitad de emocionante que la tuya, pero no lo es. Sí que conseguí disolver una pelea en un funeral, hablé con un funcionario que se pasó horas limpiando el olor de su autobús, que, por cierto, llevó al asesino del Dr. Griffith de Charleston a Columbus. Luego yo..."

"Espera, ¿la chica que mató al Dr. Griffith vino de aquí?" Chase interrumpió. "¿De Charleston?"

"Así es", confirmó Tate. "Pero espera, aún no he terminado". Bebió un poco más de cerveza antes de continuar. "Conduje hasta Portsmouth y allí conocí a un oficial que me habló de un caso. Un caso que involucraba a un traficante de drogas imbécil y a una mujer particularmente odorífera que lo mató y luego se suicidó. *Tal vez*".

"¿Traficante de drogas?" Chase preguntó, tratando de entender cómo esto era relevante para su investigación actual.

"Sí, traficante analfabeto. Intentó robar Vicodin y consiguió Valacyclovir -medicamentos para el herpes- en su lugar".

Floyd se incorporó de golpe. Su rodilla sacudió la mesa y la cerveza de Chase se tambaleó.

"Lo siento, ¿qué robó?"

"Val-acy-clo-vir", dijo Tate, pronunciando cada sílaba.

Floyd se metió la mano en el bolsillo, sacó un frasco recetado y lo puso sobre la mesa.

"¿Coincidencia?"

Chase se inclinó hacia delante y leyó la etiqueta.

"¿De dónde has sacado esto?", preguntó.

"El cocinero que me quemó las piernas y huyó en cuanto vio la foto de la chica que te había atacado, Chase. Esto estaba entre sus pertenencias".

"Bueno, no me gustan mucho las coincidencias", dijo Tate. "Pero si esto...", indicó el frasco de pastillas, "está relacionado, me gustaría saber cómo".

"Henry Saburra", dijo Chase sin dudarlo. "Esa es la conexión".

"¿Qué quieres decir?" preguntó Floyd.

"Henry trabajaba en el albergue de indigentes, su compañero fue asesinado, y yo fui atacada fuera de su tienda. Y no me sorprendería que volviera el ADN y descubriéramos que la chica de la foto con

Roger y Henry es la misma de la morgue."

Mientras este comentario flotaba en el aire, todos daban sorbos a sus respectivas bebidas.

"¿Por qué te atacaron, Chase?" Tate preguntó. "¿Qué te hace tan especial?"

"Sólo suerte, supongo."

A pesar de su respuesta, Tate había planteado un buen punto. El ataque de Chase no encajaba con la conexión Henry, aparte de la ubicación. Sin embargo, una incoherencia más evidente era el vestido blanco y su relación con Brian Jalston.

Chase decidió reservarse esta última parte. Cuando supiera cómo encajaba todo aquello, lo compartiría.

Tal vez.

"Hablando de suerte", comenzó Tate, "mi antiguo compañero Con me dijo una vez que cuando la gente estaba siendo asesinada a tu alrededor, eso no te hacía afortunado. Te hacía..."

"El culpable", terminó Chase por él.

Tate sonrió.

"Entendido. Entonces, terminemos nuestras cervezas y visitemos al culpable, ¿de acuerdo?"

Capítulo 36

"¿Quieres hablar tú?" preguntó Tate cuando los tres estaban frente a la casa de Henry Saburra.

"Sí, yo hablaré."

Chase miró a Floyd, que parecía nervioso pero mantenía la compostura. Le hizo un gesto de ánimo con la cabeza antes de llamar a la puerta. Al no oír nada en el interior, llamó al timbre.

"¿Tal vez está en *E-Tronics?*" Floyd ofreció.

La mención de la tienda de electrónica hizo que Chase frunciera el ceño.

"¿Cuándo es el funeral de Roger?"

"Dos días", dijo Tate.

"Bueno, si no podemos encontrar a Henry antes de eso, estoy seguro..."

Chase se interrumpió al oír el zumbido de su teléfono. Lo sacó del bolsillo, lo miró y levantó un dedo.

"Vuelvo enseguida. Tate, vuelve a llamar al timbre".

Chase caminó hasta su coche y contestó a la llamada.

"¿Terrence? ¿Tienes la lista de los visitantes de Brian?", preguntó, manteniendo la voz baja.

"Sí", respondió Terrence.

"¿Y? ¿Puedes enviarlo?"

"Lo enviaré", dijo después de aclararse la garganta. "Pero no he llamado por eso".

Los ojos de Chase se entrecerraron.

"No salió temprano, ¿verdad? Ese bastardo..."

"No, no está fuera. Pero..."

Chase no tenía paciencia ni tiempo para esto.

"¿Pero qué, Terrence? Por favor, estoy ocupado".

"Pero vas a recibir una citación".

"¿Una citación? ¿Para qué? ¿Por lo que pasó en la sala de visitas? Apenas..."

"Para Georgina", dijo Terrence.

¿Cómo?

Chase podía sentir una incómoda punzada en el cuello, en la zona donde la habían apuñalado.

"¿Qué quieres decir, Georgina?", preguntó, luchando contra un repentino mareo. Chase no estaba segura de si era consecuencia de las heridas o si todo estaba en su cabeza.

"Chase, lo siento, pero Brian está pidiendo la custodia de Georgina."

La visión de Chase se oscureció. Tropezó y estaba a punto de caer cuando Floyd la atrapó.

"Chase, ¿qué está pasando? ¿Estás bien?"

Chase se sacudió para liberarse de Floyd y obligó a su cuerpo a enderezarse, rechinando la mandíbula para mantener a raya la oscuridad.

"¿Chase?" Esta vez era Terrence quien la llamaba.

"Estoy aquí", susurró, haciendo un gesto a Floyd para que la dejara en paz. "Estoy aquí".

"Correcto, ¿y escuchaste lo que dije? Un amigo del juzgado de familia me ha avisado de que Brian pide la custodia completa de tu sobrina".

Chase no podía creer lo que estaba oyendo.

"Esto es una broma, ¿verdad?"

"No, no es una broma".

"¿Cómo es posible?" Chase estalló. "¿Cómo es posible, *joder?* Brian secuestró y violó a mi hermana. ¿Y ahora quiere el bebé?"

"Chase, cálmate", dijo Floyd, tratando de consolarla. Ella le lanzó una mirada y él retrocedió.

"Sólo soy el mensajero, Chase."

"¡Está en prisión por violar y secuestrar a esas mujeres!" Su voz vaciló. "No me digas que tiene alguna posibilidad. Terrence, ¡no me digas que hay alguna posibilidad de que Brian consiga a mi Georgina!"

Hubo una breve pausa antes de que Terrence dijera: "No soy abogado, Chase, no sé qué posibilidades tiene. Pero es el padre biológico, y aunque secuestró a esas niñas y probablemente las violó, no fue por eso por lo que estuvo en la cárcel."

Chase levantó la cabeza al recordar lo que Terrence había dicho en Tennessee. Sobre el acuerdo de culpabilidad de Brian, sobre cómo ninguna de las mujeres testificaría contra él. Y sobre cómo seguían visitándolo en prisión.

La frenética mente de Chase se asentó entonces sobre otra idea. La idea de que si ella no hubiera ido a ver a Brian, nada de esto habría ocurrido. Que su visita, utilizando el nombre de su hermana y sobrina, había inspirado al hombre a ir tras Georgina.

"Joder", dijo ella.

Las lágrimas amenazaron con derramarse, pero ella las apartó con un duro trago y un severo parpadeo.

"Te enviaré la lista de visitantes, Chase. Siento que sigo diciendo esto, pero lo siento".

"Yo también lo siento", dijo y colgó el teléfono. "Siento no haber matado a ese cabrón cuando tuve la oportunidad".

Chase cerró los ojos e intentó estirar el cuello. No solo le palpitaba la herida, sino que también tenía calambres.

Abrió los ojos y descubrió que sus dos colegas la miraban fijamente.

Si Floyd o Tate hubieran hablado en ese momento, Chase podría haber perdido la cabeza. No importaba si decían algo como *"¿qué pasó?"* o "*¿estás bien*?", si hubieran dicho algo, ella se habría derrumbado en un charco o se habría puesto violenta. Cualquiera de las dos opciones era igual de probable.

Pero no lo hicieron.

Se quedaron mirando y Chase les devolvió la mirada.

Hasta que el teléfono que tenía en la mano volvió a sonar.

Respondió rápidamente.

"¿Terrence?"

"Lo siento, ¿es el agente Adams?"

No era Terrence, era una voz que no reconoció.

"¿Quién es?" Lo primero que pensó fue que se trataba de un abogado, que intentaba ponerse en contacto con ella para decirle que su sobrina, a la que había adoptado legalmente, estaba a punto de ser reclamada por su padre violador en serie y pederasta.

"Es el Dr. Woodley."

"¿Quién?" Chase pensó que había oído mal. "¿Dr. Heinlin?"

"No", dijo vacilante el hombre al otro lado de la línea. "Dr. Woodley. El médico forense. ¿Vino hace unos días con el... vagabundo?"

Ahora Chase lo entendía.

"¿Llegaron los resultados del ADN?"

"Por eso te llamo. Llegaron los resultados, pero no hay coincidencia. Sea quien sea la persona que donó el cepillo, no es la misma que la chica de la morgue".

"Mierda". Ahí va esa teoría. "¿Qué hay de toxicología?"

"Eso también volvió".

"¿Y?"

"Dudo que esto sea relevante, pero..."

"¿Pero qué? ¿Qué has encontrado?"

El Dr. Woodley se aclaró la garganta.

"Niveles muy altos de aciclovir y L-valina. Anormalmente altos".

"¿Dijiste *valaciclovir?*"

"*No-aciclovir*. Es el metabolito activo del valaciclovir. También la L-valina. Se usa para tratar el herpes, pero no veo evidencia de un brote".

Chase se rascó la nuca y esta vez sus ojos se encontraron con los de Tate.

"Gracias".

"Espera, una cosa más", dijo rápidamente el Dr. Woodley.

"¿Qué?"

"También llegaron los resultados de la prueba del reloj Horvath".

"¿El qué?"

"¿La metilación del ADN... para determinar su edad?"

Chase cerró los ojos.

"¿Cuántos años tiene?"

Chase se encogió esperando la respuesta.

"Entre quince y ocho años".

Joder.

"De acuerdo. Gracias de nuevo".

Ha colgado.

"Ese era el forense", dijo Chase. "Nuestra asesina tenía altos niveles de la droga del herpes en su sistema cuando murió. Y era una adolescente".

Tate abrió la boca y volvió a cerrarla sin hablar. Chase estaba seguro de que quería preguntar por la primera llamada, pero la expresión severa de ella lo disuadió o lo asustó.

Floyd habló en su lugar.

"Otra conexión", dijo distraídamente. "¿Pero qué significa? Por favor, *¿alguien* puede decirle a este agente ju-ju-junior qué significa toda esta mierda?".

Capítulo 37

Tate colgó el teléfono y miró a Chase.

"Confirmado. La asesina de Columbus también tenía metabolitos de valaciclovir en su sistema".

Chase no se sorprendió.

"¿Qué pasa con la chica que mató al traficante de drogas?"

Tate hizo una mueca.

"No lo sé, y dudo que el oficial Connors en Portsmouth esté dispuesto a pagar la toxicología".

Por el tono de Tate, Chase tuvo la impresión de que el agente Connors, quienquiera que fuese, tampoco estaría dispuesto a volver a hablar con Tate, pero no importaba.

"Primera orden del día, encontrar a Henry. No podemos esperar dos días para el funeral".

Estoy impaciente.

"Puedo volver a la tienda de electrónica, a ver si está trabajando", sugirió Floyd.

A Chase no le gustaba la idea de dejar a Floyd solo, especialmente para ir a buscar a un hombre que acababa de perder a su compañero, pero tenían que dividir y conquistar. La única otra opción era...

"El refugio", dijo Tate. "Iré a escabullirme por allí a ver si vuelve ese tal Martin". Miró a Floyd. "Él te reconocerá, pero yo pasaré desapercibido".

Apuesto a que sí.

"Y volveré al hospital, hablaré con el Dr. Heinlin sobre la mujer que me atacó. Quizás incluso intente hablar con ella de nuevo".

Entonces se separaron, Tate se fue con Floyd, mientras ella entraba sola en su coche de alquiler. Estaba saliendo de la entrada de Henry cuando recibió un mensaje. Era el registro de visitas.

Como provocado por este mensaje, Chase sintió un dolor en el cuello. Se aseguró de que Tate se había alejado antes de inspeccionar su vendaje. Era de color rojo oscuro y estaba empapada.

Mierda, tienes que tomártelo con calma, se dijo a sí misma.

Pero Chase no sabía tomárselo con calma. Sólo conocía una velocidad: la máxima. Así era como vivía su vida desde que Tim y Brian la habían atrapado hacía tantos años.

Y ahora que su sobrina había sido amenazada, no tenía tiempo para bajar el ritmo. Chase averiguaría por qué la habían atacado, quién estaba detrás de los asesinatos de Roger y Wayne, si era alguien distinto a las chicas de la morgue, y luego estaría esperando a Brian cuando lo soltaran.

La lista sólo contenía cuatro nombres, uno de los cuales -Horatio

Barnes- sonaba a abogado. Los otros tres, Chase los reconoció.

Sue-Ellen, Portia y Melissa Jalston.

El hecho de que estas mujeres utilizaran los nombres que Brian y Tim les habían impuesto enfurecía aún más a Chase. Durante los dos últimos años, las habían visitado todos los lunes, miércoles y viernes, respectivamente.

Chase sacudió la cabeza con disgusto. Le daba asco que esas tres mujeres siguieran adorando a Brian incluso después de que estuviera entre rejas. Era una adicción retorcida, y ella sabía de primera mano lo difícil que era para los humanos romper sus esquemas.

Especialmente las de larga duración.

Romper el patrón significaría admitirse a uno mismo que había desperdiciado una gran parte de su vida. A veces, era más fácil seguir viviendo una mentira que admitir la verdad.

Había, por supuesto, un quinto nombre en la lista.

Su nombre. O, más específicamente, el nombre de su hermana.

¿Por qué fui? ¿Por qué no pude quedarme fuera?

Sacudiendo la cabeza, Chase estaba a punto de tirar su teléfono en el asiento del pasajero cuando vio una entrada adicional cerca de la parte inferior, después del nombre de su hermana.

Melissa Jalston.

Según la lista, Melissa venía los viernes, pero hoy era martes. Y la hora que figuraba en la lista era apenas dos horas después de que Chase se hubiera marchado.

¿La llamó? ¿Le dijo que la visitara? ¿Por qué? ¿Tenía algo de rabia contenida por la visita de Chase? ¿Necesitaba a alguien a quien abofetear un poco?

Eso no encajaba con la calma, la serenidad, que había sentido al tocar las manos de Brian. Pero, ¿hasta qué punto podía confiar en su "vudú"?

Si no estaba roto, estaba torcido. No había funcionado en la morgue, y no había funcionado con Brian. Algo había pasado con el padre David, o eso creía ella, pero quién podía asegurar que no era Cerebrum haciendo de las suyas.

¿Por qué nos visitó?

Chase cerró los ojos un momento y respiró hondo. Un vestido blanco apareció en su mente.

Primero Tennessee, luego el callejón, luego justo antes del ataque.

Stitts tenía razón, no era una coincidencia.

Una punzada de dolor en la garganta la obligó a abrir los ojos.

"Sólo estás perdiendo el tiempo", se dijo a sí misma. "Y sólo tienes dos días más".

Chase arrancó su coche de alquiler y condujo de vuelta al hospital. De camino, marcó el número de Louisa. Antes había evitado hablar

con Georgina por miedo a que le recordara a Brian, pero ese gato ya estaba fuera de la bolsa.

"Hola, ¿qué tal, Chase? ¿Cómo va el trabajo?"

"Bien, va bien", mintió Chase. Todo menos bien. Todo esto había sido un desastre desde el momento en que había entrado en la prisión, con la intención de ver a Brian Jalston.

"Sí, estás mintiendo. Pero no pasa nada. ¿Puedo ayudarte en algo?"

"Sólo necesito hablar con ella", dijo Chase en voz baja. Aparcó en el aparcamiento del hospital y salió del coche.

"¿Georgina? Chase, ahora está en la escuela". Louisa se puso seria. "Es media tarde. ¿Todo bien contigo?"

Chase gruñó y miró hacia abajo. Ahora había sangre en su camisa.

"Simplemente de puta madre. Escucha, Louisa, necesito que mantengas a Georgina en casa. Que no vaya a la escuela los próximos días. ¿Crees que puedes hacer eso por mí?"

Hubo una pausa.

"Vale. Sí, puedo hacerlo".

Bendita seas, Louisa, por no hacer preguntas.

"Gracias. Estaré en casa tan pronto como pueda. En un par de días".

Pero en el fondo de su corazón, Chase sabía que también era mentira. En dos días, estaría en Franklin, Tennessee. En tres, no tenía ni idea.

"¿Sra. Adams? Sra. Adams, está sangrando".

Chase levantó la vista y se sorprendió al ver a Audrey de pie frente a ella, con una expresión de sorpresa en el rostro. Siguió la mirada de la enfermera hasta su propio pecho.

La sangre en su camisa, que hacía unos momentos era un pequeño punto, era ahora del tamaño de su puño.

Y creciendo.

"Lo estoy", dijo Chase. Su voz sonaba débil. Débil y delgada. "Estoy sangrando."

Y entonces se desplomó, cayendo en los brazos de Audrey.

Capítulo 38

"¿Está Chase... soltero?" Tate preguntó mientras conducían hacia *E-Tronics.*

Floyd miró al hombre, parpadeó una, dos veces y luego negó con la cabeza.

"¿No?" Tate dijo, sonando decepcionado.

"Soltero o no, eso es..." Floyd ordenó sus pensamientos. "No estoy seguro de que sea algo en lo que quieras involucrarte".

Floyd amaba a Chase. Amaba a Chase por lo que había hecho por él, por quién era y por lo que había superado.

Y le gustaba Tate.

Pero la idea de que Tate se involucrara sentimentalmente con Chase era incomprensible.

"¿Por qué no? Está buena. Bonito conjunto de..."

"Créeme, Chase es complicado".

Tate se encogió de hombros.

"Puedo hacerlo complicado".

Floyd sabía que el hombre se refería a su anterior compañero, Constantine Striker, y estuvo de acuerdo. Pero Con era una cosa, Chase era otra. Ahora que lo pienso, los dos podrían ser perfectos el uno para el otro.

Pero no para Tate.

"No así de complicado", dijo Floyd, poniéndose serio.

"Meh, tal vez".

Tate entró en el aparcamiento. Las luces estaban apagadas y el cartel de la puerta seguía poniendo "CERRADO".

"¿Tienes las llaves?" Tate preguntó.

Al igual que la fotografía de Henry, Roger y la chica al azar, Floyd había conseguido las llaves de Chase después de haber sido atacada.

"No parece que haya nadie", dijo Floyd con la esperanza de que Tate le sugiriera que fueran juntos directamente al albergue para indigentes.

"Alguien ha estado aquí, sin embargo", dijo Tate distraídamente.

Floyd miró a través de los escaparates de la tienda.

"¿Qué te hace decir eso?"

"Las luces están apagadas".

"¿Y?"

"¿Entonces? ¿Entonces Chase está tan preocupada por el entorno que volvió a entrar, desangrándose, apagó las luces y luego se desplomó en el callejón? ¿Eso tiene sentido para ti?"

Floyd, que seguía mirando *a E-Tronics,* dijo: "Quizá no los encendió. O tal vez los policías los apagaron después de llegar a la escena".

Cuando Tate no respondió, Floyd lo miró. Tenía una expresión extraña en la cara.

"¿Qué?"

"¿Has... has hablado con la policía?"

"Sí", dijo Floyd vacilante. "Les di una declaración después de que admitieran a Chase. ¿Por qué?" Una vez más, Tate no respondió de inmediato. Tenía una mirada lejana, y Floyd casi podía oír cómo giraban los engranajes de su cabeza. "¿Qué estás pensando, Tate?"

"Estoy pensando que cuando estuve en el hospital, no vi mucha presencia policial. Ni detectives, ni tenientes tipo Lehner. Eso es un poco raro, *¿no*? Casi matan a un agente del FBI... uno pensaría que habría algún tipo de investigación, ¿no?".

Floyd se lo pensó.

"Ya tienen al responsable", dijo encogiéndose de hombros.

Era una respuesta débil y ambos lo sabían. Tate tenía razón, la falta de investigación abierta sobre el ataque de Chase era extraña. Pero también lo era todo lo demás sobre este... estos... casos.

"Tal vez". Tate miró a Floyd. "Ve a echar un vistazo a la tienda. Mira si hay otras... fotos, cualquier cosa. Si Roger o Henry tienen papeles, mira si se menciona a Martin en algún sitio. O del medicamento para el herpes".

"¿Como un calendario? ¿Un gran círculo rojo alrededor de una fecha con las palabras 'OUTBREAK'? ¿Qué estoy haciendo realmente aquí, Tate?"

"Convertirse en un niño grande. Vamos, iré a buscarte en menos de una hora".

Floyd intentó recordar algún momento en el que Tate pudiera haber estado a solas con Chase. No creía que lo hubiera habido. Pero esto parecía una trampa.

"I-"

"Vete de una puta vez".

Floyd sacudió la cabeza y salió del coche.

"Si necesitas algo, llámame", dijo Tate por la ventanilla mientras aceleraba.

En cuanto se quedó solo, Floyd sintió una opresión familiar en el pecho. El simple hecho de caminar hacia la tienda le resultaba de repente difícil, como si el aire hubiera sido sustituido por algo más espeso.

¡Vamos, Floyd! Por el amor de Dios, no hay nadie aquí.

Pero ninguna admonición haría que sus piernas se movieran con más fluidez. Imaginó lo que alguien pensaría si le viera caminar así.

Probablemente supondrían que se estaba recuperando de una lesión medular, volviendo a aprender a andar.

No tenía gracia.

Fue vergonzoso.

La respiración de Floyd también se había vuelto dificultosa, pero esto se debía principalmente a la ira. Ira contra sí mismo por ser tan cobarde.

Chase le había dicho que encontrara lo que le funcionara.

Pero, ¿cómo demonios iba a hacerlo?

Le temblaba tanto la mano que el juego de llaves sonaba como una maraca mientras intentaba encontrar la correcta para introducirla en la cerradura. Tardó cinco minutos en abrir la puerta.

No hay nadie aquí... no hay nadie aquí.

El mantra era moderadamente tranquilizador. Y resultó ser correcto.

Pero había olor. No tan penetrante como el de un cadáver, pero tampoco ni remotamente agradable.

Floyd encendió las luces y descubrió la fuente: una caja de arena. Pensó en el gato que Henry había tenido en brazos cuando lo visitaron y en la caja de arena igualmente llena de Roger.

Estaba pensando qué podría tener que ver esto con su caso, si es que tenía algo que ver, cuando oyó movimiento en la parte trasera de la tienda.

"¿Hola?"

Esta vez, al contrario que en el refugio, su mano se dirigió inmediatamente a su pistola.

"¿Hola?"

Floyd escuchó mientras se acercaba lentamente al almacén. Hubo un repentino movimiento y oyó que se abría la salida trasera.

"¡Eh!", gritó y echó a correr. "¡Alto!"

El pie de Floyd golpeó la caja de arena y estuvo a punto de caerse.

"¡Joder!"

Para cuando se recompuso e irrumpió en el callejón, la mujer le llevaba cincuenta metros de ventaja. Floyd levantó el arma, apuntó y luego la bajó.

¿En qué coño estás pensando?

"¡Eh!"

La mujer, que vestía una especie de traje gris, no aminoró el paso. Floyd tampoco pudo distinguir ninguno de sus rasgos, aparte del hecho de que tenía el pelo liso y castaño. Y que esta mujer no era un cadáver.

La puerta se cerró tras él y Floyd la miró.

Todavía había una llave en la cerradura, y colgaba de un llavero. Entrecerrando los ojos, Floyd sacó la llave y la acercó a la luz amarilla que había sobre la puerta.

Sacó sus llaves, las de Chase, y las comparó con este juego.

Eran idénticos.

Floyd miró hacia el callejón, pero la mujer ya no estaba. Quienquiera que fuese, no era una ladrona común y corriente.

Había venido aquí con un propósito.

Había venido buscando algo en concreto.

Y Floyd dudaba sinceramente de que fuera un nuevo iPad.

PARTE III - Control

Capítulo 39

"Tú debes de ser Margaret Stacy", dijo Tate con una pequeña sonrisa.

La mujer del mostrador le devolvió la sonrisa y Tate supo al instante cómo hablar con ella.

"Ese soy yo."

"Y yo soy el agente del FBI Tate Abernathy", dijo extendiendo la mano.

Margaret la sacudió.

"Martin no ha vuelto. ¿Cómo está tu amigo... el otro agente? ¿El agente Montgomery?"

Tate abandonó la sonrisa por una expresión de preocupación.

"Estará bien, dolorido por un tiempo, pero no es nada serio".

"Eso está bien. No es propio de Martin hacer algo así... lleva mucho tiempo trabajando aquí, y como le dije a tu compañero, es uno de los voluntarios más fiables que tenemos."

Tate se lo pensó un momento antes de preguntar: "Henry y Roger también eran voluntarios, ¿no? ¿Conocían a Martin?".

Margaret asintió y se ajustó las gafas.

"Definitivamente. No somos un grupo muy grande". Señaló su despacho. "Mucho espacio, no tantos voluntarios".

"Es difícil encontrar buena ayuda".

"Hablando de eso, ¿cómo están Roger y Henry? No he visto a ninguno de los dos en más de una semana. Tal vez incluso dos".

Tate tuvo que invocar toda su fuerza de voluntad para reprimir el escalofrío que amenazaba con romper su fachada de individuo bondadoso, de agente amable. Debería haber sabido que Floyd habría evitado hablar de la muerte de Roger a toda costa.

Tate inclinó ligeramente la cabeza y se agarró una muñeca por delante de la cintura.

"Siento mucho decirte esto, Margaret, pero Roger falleció hace unos días".

Margaret se quedó con la boca abierta.

"¿Qué? ¿Qué ha pasado?"

Tate desvió educadamente la mirada y se fijó en una cruz que colgaba de la pared.

"No quiero escandalizarte, pero Roger fue asesinado. No puedo discutir ninguno de los detalles porque es un caso en curso, pero tenga la seguridad de que está en un lugar mejor con nuestro Señor."

Tate pensó que tal vez se había pasado un poco, pero Margaret pareció apreciarlo.

"Eso es... eso es terrible."

Tate asintió.

"En efecto, es una pena terrible. Siento mucho darle la noticia de esta manera, pero por eso estamos aquí. Como he dicho, no podemos revelar demasiada información sobre lo sucedido, pero estamos intentando por todos los medios averiguar las cosas."

"I-" Margaret tragó saliva y volvió a ajustarse las gafas. "Si hay alguna forma en que pueda ayudar... ¿no creerás que Martin tiene algo que ver con esto? ¿Verdad?"

Tate negó con la cabeza.

"No lo creo. Ahora mismo, estamos intentando saber más sobre Roger. Mi compañero... te enseñó una foto, ¿verdad? ¿De Henry, Roger y una chica?"

Margaret asintió.

"Sí. Creí reconocer a la chica, así que después de que tu compañero se fuera, miré un poco alrededor. Espera un segundo."

Metió la mano en el cajón del escritorio, rebuscó un momento en su contenido y sacó una foto suya.

"Sabía que la reconocía, pero no me había dado cuenta de que la chica de la foto de tu compañero era la misma persona que esta. Toma."

¿No es la misma persona?

Tate aceptó la foto con un movimiento de cabeza y comprendió al instante.

Vio a Roger y a Henry al instante. Al fondo había un hombre corpulento con delantal, presumiblemente el cocinero, Martin. Luego estaba la chica. Parecía estar conversando con Henry. Estaba... sucia, por decir algo. Pero Tate vio similitudes entre esta chica y la de la fotografía de Floyd. Era como mirar una foto antes y después del uso intensivo de filtros de redes sociales.

Tate tocó la foto.

"Se llama Rebecca", dijo Margaret. "Al menos, estoy bastante segura de que se llamaba Rebecca, pero insistió en que la llamaran Becca".

"¿Tú...?"

Tate se detuvo cuando Margaret empezó a sonreír. A la gente normal, a la gente que no trabajaba para la ley, le encantaba jugar a los detectives. Y a él le encantaba permitírselo.

"Sí, pregunté por ahí. Aparentemente, Henry y Roger tomaron a Becca bajo su ala. La ayudaron a limpiarse, a cambiar su vida. Se hicieron muy amigos".

Tate recordó la foto de Floyd. Efectivamente, parecían una familia feliz.

"¿Cuántos años dirías que tiene Becca?"

Margaret se lo pensó.

"¿Diecisiete?"

Tate miró la foto.

"¿Sabes cuándo fue tomada?"

"¿Hace un año? No estoy seguro. No hacemos muchas fotos por aquí... intentamos proteger el anonimato de nuestros huéspedes".

Tate no pudo encontrar la fecha en la foto, pero pensó que tenía más de un año. Henry parecía tres años más joven. Y eso haría que Becca tuviera *unos* veinte hoy. Tate recordó lo que Chase había dicho sobre la asesina de Roger. Estaba al final de la adolescencia. El ADN había demostrado que no eran la misma persona, pero la chica de la foto estaba sucia igual que el cadáver. No tan mal, pero...

"¿Puedo quedarme con esto?", preguntó.

Margaret se encogió de hombros.

"Claro".

Tate se lo metió en el bolsillo.

"Sólo una última cosa", dijo. "¿Cuándo fue la última vez que viste a Becca?"

"Cielos, ¿un año?", señaló el bolsillo de Tate. "No recuerdo haberla visto después de que se tomara esa foto".

Y tampoco puedes recordar cuándo fue tomada.

A los civiles les encantaba jugar a detectives, pero no se les daba muy bien.

"Bueno, gracias, Margaret. Realmente has sido de gran ayuda. Tienes la tarjeta de mi compañero, ¿verdad?"

"Sí", lo encontró en su escritorio y lo levantó con una sonrisa. "Lo tengo aquí mismo".

"Bueno, si se te ocurre algo más, o si aparece Martin, llama a Floyd". Tate sonrió. "¿Sabes qué?", continuó, entregándole su propia tarjeta de visita. "Puedes llamarme a mí también, si quieres".

Capítulo 40

"Quizá esta vez te lo pienses mejor antes de irte", dijo la enfermera en cuanto Chase abrió los ojos.

Normalmente se habría sentido ofendida, incluso enfadada. Pero no tenía fuerzas y Audrey parecía legítimamente preocupada por ella. Tampoco parecía tener mala leche.

"Tal vez", dijo Chase con voz seca.

Luego pasó los siguientes treinta segundos o un minuto tanteando su cuerpo y observando su entorno. Era como el Día de la Marmota.

Tenía un monitor en el dedo y una vía intravenosa en el dorso de la otra mano. Hizo una mueca de dolor cuando sus dedos le palparon la herida de la garganta. Las vendas estaban limpias y, si la sensibilidad servía de indicación, los puntos de sutura también eran nuevos.

Chase aspiró con fuerza. Quemaba.

"Sra. Adams, necesita descansar".

Sí, el Día de la Marmota.

Audrey suspiró. La mujer sabía que estaba malgastando sus palabras.

"Gracias", dijo Chase con voz ronca. Luego, cuando parecía que la enfermera estaba a punto de marcharse, Chase volvió a llamarla. "Necesito hablar con el doctor Heinlin sobre la chica que intentó matarme. Necesito..."

De repente, Chase empezó a toser y sintió un fuerte dolor que se extendía desde la herida hasta toda la circunferencia de la garganta. Audrey se acercó para ayudarla, pero Chase se negó. Se limpió la parte posterior de la boca con la mano cuando se le pasó el ataque de tos.

"Lo siento, lo siento. Dr. Heinlin..." La puerta detrás de Audrey se abrió y entró un médico, con la cabeza gacha, los ojos en un portapapeles. "Bueno, ya está aquí".

"¿Cómo se están curando los puntos, Sra.-" los ojos de los médicos se dispararon, "-Agente Adams."

Chase hizo lo que pudo para incorporarse y logró un trabajo medio decente.

"Los dejaré solos", dijo Audrey. "Dr. Heinlin, por favor, intente convencerla de que se quede esta vez".

El Dr. Heinlin puso una cara parecida a la que había puesto Audrey antes. Dejó el portapapeles y miró a Chase a los ojos.

"¿Has oído hablar del síndrome de Cotard?", preguntó.

Chase frunció el ceño.

"Si se trata de mí..."

"No, no se trata de usted, Agente Adams. Se trata de la persona que intentó matarte. Supongo que por eso has vuelto, ¿verdad?", le señaló

la garganta. "Y no para un chequeo regular, ¿estoy en lo cierto?"

Chase no dijo nada.

"Sí. Creo que la persona que te atacó padece el síndrome de Cotard".

"Nunca he oído hablar de él."

El médico se relamió, con expresión severa.

"Es raro. Muy rara. Es una condición que tiene varios síntomas, algunos de los cuales pueden ser bastante-"

Chase se aclaró la garganta. Normalmente era el momento de intervenir, de decir algo como *"ve al grano y deja de quejarte",* pero el Dr. Heinlin, tan experimentado como era, levantó la mano.

"Como iba diciendo, una persona con Cotard grave puede experimentar varios síntomas pero-" levantó un dedo, una vez más cortándola preventivamente, "*-pero* el más alarmante es que creen que están muertos".

Chase esperaba que el Dr. Heinlin se explayara al respecto, pero como no lo hizo, ella repitió lo que él acababa de decir.

Las palabras sonaban extrañas saliendo de su boca.

"¿Una persona con Cotard -estoy diciendo bien, Cotard- cree que está muerta? ¿Como, muerto, muerto?"

Chase estaba familiarizado con la psicopatía y la sociopatía, en las que los afectados no valoran la vida de los demás, pero ¿esto?

"¿Son suicidas?", preguntó.

El movimiento que hizo el Dr. Heinlin no fue ni un asentimiento ni una sacudida, sino algo intermedio.

"No de forma clásica. No hacen ningún esfuerzo consciente por acabar con su vida. Tampoco se autolesionan activamente. En realidad creen que están muertos. Y por eso, dejan de bañarse, de limpiar, de comer, de cuidarse. Algunos pueden sufrir delirios, creer que son fantasmas, pensar que todos los demás son fantasmas... la lista de síntomas potenciales es enorme, pero el tema sigue siendo el mismo: no creen estar vivos."

Los ojos de Chase se abrieron de par en par, al igual que sus fosas nasales, mientras era transportada de vuelta al callejón detrás de *E-Tronics*. Olió a la chica, vio el destello del cuchillo, sintió cómo le atravesaba la carne.

"Jesús", susurró Chase. "Lo estuvimos diciendo todo el tiempo... parecía que ya estaban muertos. Olían como si estuvieran muertos... pero ni una sola vez consideramos que *pensaban que* estaban muertos".

El médico frunció el ceño.

"¿Ellos?"

Chase asintió.

"Sí, *ellos*".

"Pero..."

Chase, temiendo que el médico volviera a explayarse, levantó la voz.

"¿Estás seguro de que la chica que me atacó sufre de Cotard?"

"¿Seguro? No. Bastante seguro, sin embargo. Era un diferencial para la disminución del volumen de la corteza insular anterior y dada su condición física... sí, confiado. Creo que la persona que le atacó pensó -piensa- que está realmente muerta".

Chase respiró hondo. Más ardor.

"¿Son las personas con Cotard propensas a la violencia? ¿Asesinato?"

El Dr. Heinlin ladeó la cabeza.

"No. No tradicionalmente. Normalmente, el daño que hacen se limita a su persona".

El médico guardó silencio.

"Esto no tiene sentido", refunfuñó Chase. Sacudió la cabeza, sólo para arrepentirse inmediatamente. Sentía como si tuviera púas de puercoespín en la garganta. "¿Por qué coño me atacó? ¿Y por qué el vestido blanco?"

"¿El blanco...?"

"No importa. Sólo estoy tratando de entender. Esto..." Chase señaló su vendaje, "-Esto no fue un accidente, doc. Me apuñaló, intentó matarme y luego intentó suicidarse. ¿Por qué intentaría matarme?"

Esta vez, cuando Chase se aclaró la garganta, fue para animar a hablar, en lugar de desanimarla.

El Dr. Heinlin suspiró pesadamente.

"No soy experto en el síndrome de Cotard, y un psiquiatra podría..."

"Dímelo, *por favor*. Basta ya de esta cantinela. Lo entiendo, no es tu especialidad. No eres un experto. Bien, pero yo soy un maldito cojín de alfileres y estoy tratando de averiguar por qué. "

El médico se puso rígido.

"¿Mi mejor suposición?"

"Sí, tu mejor..."

"Alguien le dijo que lo hiciera. Alguien le dijo a esa chica de la UCI que te matara, agente Adams. Esa es mi mejor suposición."

Capítulo 41

Floyd volvió a entrar en *E-Tronics* y se puso las manos en las caderas. Los llaveros, uno en cada pulgar, tintineaban con fuerza.

"¿Qué buscabas?", murmuró en voz alta mientras sus ojos recorrían las estanterías.

Si hubiera llegado dos minutos antes... si no hubiera dudado en la puerta, se reprendió*, podría haberle preguntado por qué estaba aquí.*

Cuanto más pensaba en ello, más se convencía Floyd de que no se trataba de un robo cualquiera. La mujer, quienquiera que fuese, probablemente entró por detrás, luego se dirigió al frente para cerrar la puerta y apagar la luz por si alguien pasaba. A continuación, empezó a buscar algo hasta que Floyd la interrumpió tanteando la cerradura. Y eso sin contar que tenía un juego de llaves. ¿De dónde demonios las había sacado?

"¿Y qué buscabas?" Repitió Floyd.

De lo único que estaba seguro era de que no era un cargador de teléfono.

En lugar de perder el tiempo con los artículos genéricos de las estanterías, Floyd volvió a la entrada y se acercó a la caja registradora. Estaba cerrada, pero la llave estaba en el anillo -ambos anillos- y él la abrió. Calculó que había allí cerca de doscientos dólares, pero cuando levantó la bandeja, no encontró nada de interés.

Frustrado, Floyd apoyó ambas manos en el mostrador de cristal y echó un vistazo a la tienda.

Empezaba a tener de nuevo esa sensación, la de ser total y absolutamente inútil.

Era algo con lo que, por desgracia, estaba familiarizado. Empezó en Nueva York con las chicas suicidas: mientras Chase y el detective Dunbar recorrían la ciudad haciendo progresos, Floyd estaba abatido en su coche o temblando en la puerta de alguien. Había estado tan debilitado que casi llegó tarde a la iglesia, al Santísimo Sacramento, y el padre David...

Se estremeció al pensar en lo que podría haberle ocurrido a Chase y a millones de personas más.

Pero ahora, en Charleston, Virginia Occidental, lejos del bullicio de Nueva York, la sensación era aún peor. Era peor porque había estado muy cerca.

Martin.

Martin con su sucio delantal y su maldita sopa.

Floyd podría haberlo agarrado. Pero en vez de eso, no sólo le había dejado escapar, sino que le había asustado. Habría sido mejor si nunca se hubiera presentado en el refugio para indigentes, en primer lugar.

Sacudiendo la cabeza en señal de condena, Floyd se dirigió desde la parte delantera de la tienda a la sala de empleados. Era una habitación diminuta, con apenas espacio para una mesa, un par de sillas y un pequeño frigorífico.

Sin ideas, Floyd abrió la nevera. Dentro encontró una lata de Fresca y dos botellas de salsas picantes Sinaí. Maldijo, y cerró la pequeña tapa que separaba el congelador del frigorífico.

Se levantó un segundo y luego volvió a su sitio.

"Pues que me aspen". Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras levantaba la solapa y la mantenía abierta al tiempo que sacaba el móvil del bolsillo.

Su primera inclinación fue llamar a Chase, pero rápidamente desechó esa idea. Ya había sufrido bastante. Si por él fuera, Chase seguiría en la cama de un hospital descansando.

La verdad es que estaba un poco sorprendido de que el director Hampton le hubiera dejado este caso, teniendo en cuenta lo que había pasado en Nueva York... y en Albuquerque... y en Washington... y... y...

Floyd llamó a Tate en su lugar y contestó al primer timbrazo.

"¿Qué pasa, amigo?"

"Deberíamos reunirnos. Creo que he encontrado algo", dijo Floyd, con los ojos fijos en los objetos del congelador.

"Sabía que podías hacerlo, Kemosabe. Mira eso, ¡también tú solo!"

"Ja, ja, qué gracioso".

La voz de Tate se puso seria.

"Yo también tengo algo que enseñarte".

"Probablemente sea demasiado pequeño para verlo, pero está bien".

"Oh, ¿ahora quién es el gracioso?"

"De todos modos, creo que tenemos que hacerle otra visita a Henry", dijo Floyd. Metió la mano en el congelador y sacó la bolsa de plástico grande.

"Es la primera buena idea que has tenido en toda la semana", dijo Tate. "Te recojo en diez".

Capítulo 42

"Tiene que entender, agente Adams, que los enfermos de Cotard pueden ser muy, muy impresionables".

A Chase aún le costaba hacerse a la idea de esta extraña condición.

"¿Se puede influir en los muertos?"

El médico hizo una mueca, claramente no impresionado por su intento de humor. La cuestión era que Chase no intentaba ser graciosa. Sólo intentaba entender por qué la habían atacado.

"En realidad no están muertos". El Dr. Heinlin hizo una pausa para rascarse la barbilla. "En todos mis años de medicina, sólo me he topado con un paciente con Cotard, y fue hace años, cuando era residente. Una paciente ingresó en la sala de psiquiatría y la opinión general era que sufría algún tipo de psicosis inducida por drogas. Se negaba a comer y a beber, y estaba sucia. Demacrada, al borde de un fallo orgánico múltiple por años de descuidar su nutrición. Esperaba la muerte. Hablé con ella, intenté entenderla. Me dijo que era un espíritu entre los vivos. Le pregunté cómo había muerto, y no lo sabía. No sabía nada excepto que estaba muerta. Unos días después de su ingreso, una de las enfermeras se hartó de su olor -defecaba y orinaba allí mismo- y perdió la calma. Literalmente le gritó a la paciente que se limpiara. Y lo hizo. Fue espeluznante la forma en que la mujer escuchó".

Mata.

La palabra viene de ninguna parte y de todas partes y llena cada poro pútrido y cada cavidad fétida.

Mata.

Chase apretó los ojos con fuerza.

"Entonces, ¿crees que a esta chica le dijeron que me matara?"

Al no obtener respuesta, abrió los ojos. El médico volvía a mover la cabeza en un gesto circular sin compromiso.

"Yo... es casi imposible realizar una evaluación psicológica en este momento, pero si ella tiene Cotard, entonces tal vez. Alguien en su estado... no tendría motivación intrínseca. Ninguna. Dicho esto, si sus alucinaciones y delirios son lo suficientemente poderosos, entonces hay otra opción."

"¿Cuál es?"

"Podría haber pensado que eras un demonio".

Chase se burló y luego hizo una mueca de dolor en la garganta.

"No se equivoca".

Mata.

Pero el vestido blanco hizo que Chase se inclinara por la primera opción.

"Hay muchas cosas sobre el Cotard que se desconocen, teniendo en cuenta lo raro que es y la diversidad de síntomas".

"Espera un segundo. Si le dijeron que me matara, entonces..." Chase se detuvo y se llevó la mano a la garganta.

El Dr. Heinlin frunció el ceño.

"Si estamos procediendo con esa suposición, entonces, sí, es probable que ella fue instruida para suicidarse, también. Por suerte, no era buena en ninguno de los dos."

Este caso había pasado de ser extraño a rozar lo sobrenatural.

De repente, sus pensamientos no se dirigieron a la chica del callejón que la había atacado, sino al vagabundo que había matado a Roger.

Y en el momento en que su piel había tocado el cadáver en la morgue.

Chase se había sentido instantáneamente abrumado por el vacío, la oscuridad. El vacío total y absoluto de todo aquello.

Cerebrum no había hecho nada para cambiar su opinión sobre la religión, o la vida y la muerte, para el caso.

¿Por qué no lo había visto antes?

La expresión tácita de muerte de la mujer se acercaba bastante a las expectativas de Chase.

Oscuridad.

No, oscuridad no. La noción de oscuridad sugiere la presencia de luz.

No hay luz.

No hay nada.

En aquel momento, Chase había pensado que su vudú estaba roto. Ahora, no estaba tan segura.

¿Podría ser que su subconsciente hubiera captado algo? ¿La idea de que la chica -por su aspecto y su olor, antes de morir- pensaba que estaba muerta?

Chase sacudió lentamente la cabeza de un lado a otro, lo que avivó el dolor de garganta. Pero en lugar de distraerla, esto centró sus pensamientos y la arraigó en el presente.

El Dr. Matteo estaría jodidamente orgulloso.

"Doc, usted dijo que esta era una enfermedad rara. ¿Exactamente qué tan rara es?"

El Dr. Heinlin sopló aire.

"*Extremadamente*. Es más común en personas jóvenes, mujeres, principalmente, que tienen antecedentes de depresión, ansiedad, abuso de sustancias, ese tipo de cosas. También hay...", se interrumpió como si ya no se sintiera cómodo hablando de ello.

"¿Qué?"

"Chase, mucho de lo que te he dicho hasta ahora es sólo conocimiento médico general. Y la confidencialidad médico-

paciente..."

Chase fulminó al hombre con la mirada. No podía creerse que ahora sacara esta carta.

"Vale, vale, supongo que como en realidad no tiene herpes..." era como si el médico intentara convencerse a sí mismo para seguir hablando. Y lo hizo bastante bien. "Encontramos metabolitos de un popular medicamento para el herpes en la sangre de la mujer".

Chase se quedó boquiabierto.

"Como he dicho", continuó lentamente el Dr. Heinlin, "no tiene herpes. Hice una revisión rápida de la literatura y descubrí que hay informes de un efecto secundario raro, pero real, del tratamiento con valaciclovir."

De repente, me di cuenta.

"Síndrome de Cotard", susurró Chase.

"Sí, raro, pero..."

Chase dejó de escuchar.

"¡Mi teléfono! Necesito mi teléfono!"

"Es..."

Chase se acercó a la mesa auxiliar y apartó la placa y la cartera, que cayeron al suelo. Sus dedos encontraron el teléfono y se lo llevó inmediatamente a la oreja.

"¿Floyd? ¡Floyd!"

Capítulo 43

"Entra".

Tate se inclinó y abrió la puerta del pasajero.

Floyd saltó al coche y levantó la bolsa del congelador *de E-Tronics*.

Tate lo miró, luego a Floyd.

"Tuvo un brote, ¿verdad?"

Floyd se rió a su pesar. Luego echó un vistazo a la bolsa. Contenía más de cuarenta cajas de cartón con la inscripción "Valacyclovir Tablets, USP, 1 gram".

"Algo así".

Tate se apartó del bordillo con tanta violencia que Floyd fue empujado de nuevo a su asiento.

"¿Tienes prisa?"

"Meh, no he dormido en un tiempo."

Una vez en la carretera, Floyd le contó a Tate lo de la mujer que había entrado en *E-Tronics* y había huido. Mostró a su compañero los dos llaveros y el proceso por el que había llegado a encontrar las drogas. También le explicó que estaba seguro de que la mujer estaba allí buscándolas.

"¿Era un zombi?" Tate preguntó.

"¿Qué? No, parecía normal".

"Huh", se dijo Tate.

"¿Qué has...?"

"Mira esto". Tate lanzó una fotografía en dirección a Floyd.

Lo miró.

"Oye, eso... espera".

Floyd sacó la foto que Chase había sacado de la caravana de Roger. Comparó los rostros de las dos mujeres.

"Son iguales".

"Sí. Margaret dijo que esta chica, la de la foto, cuyo nombre resulta ser Becca, fue básicamente adoptada por Henry y Roger. Dijo que la acogieron, la limpiaron, todo ese tipo de mierda".

A Floyd no le sorprendió que el jefe del albergue para indigentes hubiera compartido con Tate mucha más información que él. Después de todo, esa era la especialidad del hombre. Aun así, era un poco molesto.

Floyd se acercó a la cara la foto que le había dado Tate. La chica tenía tierra en las mejillas y el pelo grasiento. Sus ojos -era difícil decirlo por la imagen- pero a Floyd le parecían vacíos.

"¿Y estamos seguros de que esta Becca no es la que mató a Roger? Quiero decir, no sería la primera vez..."

"Según Chase, el ADN lo ha descartado".

Ninguno de los dos habló durante tres minutos hasta que Tate dijo: "¿Qué crees que está pasando aquí, Floyd?".

La voz de su compañero era extraña, lo que hizo que Floyd lo mirara. Tate miraba fijamente hacia delante, con pequeñas arrugas formándose alrededor de sus ojos mientras entrecerraba los ojos.

"Yo no..." Floyd se detuvo. Esto no era una inquisición; ni siquiera era Tate interpretando un papel. Era su compañero pidiéndole una opinión. "¿Dijiste que la adoptaron?"

Tate se encogió de hombros y se frotó las comisuras del bigote.

"Extraoficialmente".

"De acuerdo", Floyd respiró hondo. "Roger y Henry regentan una exitosa tienda de electrónica y pasan su tiempo libre como voluntarios en el refugio. Conocen a una joven, una joven enferma y perturbada, y la ayudan a rehabilitarse. La llevan a su casa. Pero entonces ocurre algo. La relación de cuento de hadas de Roger y Henry sufre un bache: tienen una gran pelea y se separan. Henry se queda con todo el dinero, mientras que Roger es relegado a la caravana. Entonces... Roger es asesinado".

Tate enarcó dramáticamente una ceja y luego se metió la lengua en la mejilla.

"El noventa por ciento de lo que acabas de decirme no es teoría. Es un hecho".

Floyd no podía discutir.

"Vale, listillo, ¿qué crees que ha pasado?".

Los ojos de Tate volvieron a la carretera.

"Me creo todo lo que ha dicho, fiscal Montgomery, pero me gustaría añadir algo a su teoría. Permítame hacerle una pregunta. ¿Por qué fue la pelea? ¿La que envió a Henry y Roger a extremos diferentes del espectro socioeconómico? ¿Problemas de dinero? No para Henry, al menos. Entonces, ¿qué...?"

"La chica", soltó Floyd. "Becca se escapó. La niña adoptada huye, y..."

Tate negaba con la cabeza.

"-¿Qué?"

"No, no se escapó", contraatacó Tate. "Recuerda, la adoptaron extraoficialmente. No creo que su huida fuera un acontecimiento tan grande como para que se separaran tan dramáticamente. Creo que Becca murió".

Floyd se desplomó en su asiento.

"No puedes asumir..."

"Claro que puedo-Becca murió. Ella murió y entonces los dos hombres se separaron. Por alguna razón, tal vez Henry tiene la polla más grande, se quedó con la casa mientras que Roger se quedó con la puta chabola. Y, aquí está el truco, Floyd, para colmo de males, Henry

hizo que mataran a Roger".

Floyd no dijo nada durante diez segundos.

¿"Yo vuelvo a contar hechos y tú te inventas toda la mierda"? ¿Es así como funciona? Vale, te seguiré el juego. Ignoremos, por un momento, los hechos más extraños de este caso -que un cadáver mató a Roger y luego se suicidó-, ¿por qué querría Henry matar a Roger? ¿No sería más lógico al revés? Dada su relativa situación económica".

Tate no tenía respuesta para esto. O eso, o sólo quería que su teoría se enconara. Y así fue. Floyd se encontró buscando una respuesta a la pregunta que había formulado.

No se les ocurrió nada hasta que entraron en la casa de Henry y los faros del coche de alquiler iluminaron la puerta principal.

"El gato", susurró Floyd.

"¿Qué es eso ahora?"

"El gato", repitió Floyd.

"Sí, el gato, claro".

Tate empezó a abrir la puerta, pero Floyd le agarró del brazo. No sabía por qué se le había metido esa idea en la cabeza, pero aún no estaba dispuesta a salir.

"Tú...", negó con la cabeza. "No, pregunté por qué Henry mataría a Roger. En la tienda, había una caja de arena llena. Lo mismo en la caravana de Roger. Y recuerda cuando vinimos aquí a..."

"¿Te refieres a un ladrón de gatos?" Dijo Tate, liberándose del agarre de Floyd y saliendo del coche.

"No, ¿qué coño te pasa? No un ladrón de gatos, sino un gato de verdad. Ya sabes, *¿miau, miau?*"

Tate levantó un dedo y señaló hacia el lado de la casa de Henry.

"Es un gato ladrón tratando de entrar en la casa de Henry. Ya sabes, como, *miau, miau,* sólo que más grande y más humano".

Floyd saltó del coche e inmediatamente echó a correr.

"Es Martin", gritó por encima del hombro. "¡Es el maldito cocinero!"

Capítulo 44

Chase maldijo mientras colgaba el teléfono, preguntándose por qué demonios no contestaba Floyd. Era tarde, pero no *tanto*. Hacía horas que se habían separado y ni siquiera le había enviado un mensaje de texto.

No sabía nada de su colapso, ni de las nuevas suturas. Y definitivamente no sabía nada de la relación entre su posible asesino y la droga que parecía estar apareciendo por todas partes.

Chase intentó hablar con su compañero una vez más y, como éste seguía sin contestar, cambió de idea. No necesitaba hablar con Floyd.

"Tengo que hablar con *ella*", dijo Chase casi distraídamente. La doctora Heinlin, que había empezado a revisar sus constantes vitales cuando quedó claro que su conversación se había interrumpido, la miró ahora.

"¿Me estás hablando a mí?"

"Sí, necesito hablar con la chica que me apuñaló".

"Está estable y mejorando, así que no me importa. Pero ya no depende de mí".

"¿Qué quieres decir?" preguntó Chase.

"La policía", dijo simplemente, y Chase comprendió.

No podía imaginar que la chica hubiera pedido un abogado, pero era poco probable que los policías se arriesgaran dado su precario estado mental.

"También creo que deberías..." El Dr. Heinlin levantó las manos. "A la mierda."

"Sí, a la mierda", dijo Chase con una sonrisa. Audrey y el Dr. Heinlin eran, evidentemente, rápidos estudios de carácter.

Ahorraos el aliento, gente.

"Tómatelo con calma, sólo puedo coserte tantas veces".

El dolor era tal que Chase dejó de sonreír al levantarse de la cama. Se sorprendió al ver que Audrey, o tal vez el Dr. Heinlin, le había quitado la ropa de calle. Lo único que llevaba puesto era el sujetador, la ropa interior y otra bata de hospital que le quedaba mal.

Su camisa y sus pantalones estaban caídos sobre el respaldo de una silla y los recogió. Los pantalones estaban bien, pero la camisa era un desastre. Estaba cubierta de sangre desde el cuello hasta el pezón del lado izquierdo.

"A la mierda", dijo, optando por permanecer vestida con su atuendo actual. "¿La chica sigue en la UCI?"

El Dr. Heinlin negó con la cabeza.

"La han bajado de categoría, está al final del pasillo. No te la puedes perder porque los mejores de Charleston están sentados en la

puerta".

Chase se asomó al pasillo y, aunque pudo ver al policía, estaba de espaldas a ella.

"¿Joven o viejo?"

"Chico joven".

"Bien. Muy bien, deséame suerte".

"Ojalá te quedaras en la cama", comentó la doctora Heinlin, pero ella ya había salido de la habitación y caminaba hacia el agente de policía.

Cuando se acercó, el policía, el mismo de la otra noche, se enderezó y, por un momento, Chase pensó que iba a saludarla.

Reprimió una sonrisa de satisfacción.

"Necesito hablar con ella".

El agente le dio el alto.

"¿Qué te ha pasado?"

"Ya sabes lo que me pasó".

"Sí, uhh, lo siento."

"¿Puedo hablar con ella?"

El policía entrecerró un ojo.

"Le hemos leído sus derechos y se ha negado a un abogado".

Chase no dijo nada.

"Claro, eres del FBI, sabes todo esto". Su ojo se abrió del todo. "No veo ningún problema en ello. Además está sujeta".

El policía se apartó y Chase miró a través del cristal. Tuvo que ponerse de puntillas para ver.

La burbuja había desaparecido y la chica estaba ahora sentada a un lado de la cama. Tenía la muñeca derecha esposada al marco. Tenía la mirada perdida.

Incluso después de que Chase entrara en la habitación y cerrara la puerta tras de sí, la chica no acusó recibo de su presencia. Pero fue quizás este hecho el que le confirmó que no se había equivocado. Porque la persona de esta habitación era muy diferente de la chica de la burbuja.

Para empezar, no estaba sucia. Las gruesas capas de mugre y suciedad habían desaparecido de su piel. Parecía tener el pelo húmedo, pero se lo habían peinado hacía poco. Al igual que Chase, llevaba una bata de hospital limpia.

Chase siguió observando a la mujer -chica, era una adolescente- mientras se acercaba.

Aunque Chase había deducido que su atacante era caucásica por sus rasgos, por alguna razón no esperaba que fuera tan pálida. Y menuda.

La propia Chase era una mujer pequeña, pero la chica de la cama la hacía parecer un defensa.

A Chase nunca le han gustado las sutilezas ni las formalidades, y no iba a empezar ahora.

"¿Quién te dijo que me mataras?"

La chica se estremeció ligeramente, o tal vez se tratara sólo de un temblor ajeno, pero no contestó. Tampoco levantó la vista. Sus ojos estaban extrañamente fijos en el brazalete metálico de su muñeca.

"Te he hecho una pregunta", dijo Chase, dando un paso adelante. Ella sintió el movimiento agresivo en la garganta. "Hace dos noches, intentaste matarme. Quiero saber por qué".

Todavía nada.

Chase dio otro paso adelante. Ahora estaba a un paso de tocarla y se dispuso a hacerlo. Sin embargo, un segundo antes de hacer contacto, la chica levantó la mirada y Chase se detuvo.

A pesar de sus rasgos huesudos, era guapa. Chase pensaba que si tuviera un peso más saludable, estaría llamando a la puerta de la belleza. Eran sus ojos los que la frenaban. Eran de un marrón apagado. Chase no era el tipo de persona que creía en nociones románticas como el brillo en los ojos, pero había una monotonía que no podía ignorar en muchas de las personas que había apartado a lo largo de los años.

Y más recientemente en los ojos de ese imbécil de Brian Jalston.

Chase se quedó tan sorprendida por este asepticismo que olvidó momentáneamente que estaba interrogando a esta chica.

"¿Por qué intentaste matarme? ¿Por qué intentaste suicidarte?"

"No lo sé", dijo la chica con una voz tan suave que Chase no estaba segura de haber oído bien.

"¿Perdón?"

La niña parpadeó una vez, dos veces, y luego su pecho subió y bajó. Era extrañamente como ver a un recién nacido atrapado en un cuerpo de adulto aprender a parpadear, respirar y hablar.

"No lo sé", volvió a decir. "No sé quién eres. No... no sé quién soy".

Mata.

Chase se miró instintivamente la herida del cuello. No sangraba, pero tenía la sensación de que debería hacerlo.

Mata.

Volvió la sensación de mareo que creía haber dejado atrás. Chase alargó la mano, pero no para tocar a la chica.

Para agarrarse a la cama y estabilizarse.

Mata.

"Pero estabas..." Chase respiró hondo. "Pero te dijeron que me mataras, ¿no?"

Mata.

Durante un largo momento, la chica no dijo nada y Chase pensó que había vuelto a su estado catatónico. Pero entonces hizo eso de

parpadear dos veces y respirar y, con una voz espeluznante y escalofriante, dijo: "Sí, alguien me dijo que te matara".

Y de repente, Chase estaba de vuelta en el vacío.

"No como, porque estoy muerto. No duermo, porque estoy muerto. No me baño, porque estoy muerto".

Su hígado está descompuesto, su cerebro encefalítico. Sus pulmones, fibróticos. Su piel, ulcerosa.

"Matar".

Capítulo 45

Con los muslos y la mano ardiendo por la sopa de bolas de Matzo o lo que demonios fuera, Floyd no tenía ninguna posibilidad de alcanzar a Martin.

¿Pero ahora? ¿Afuera, en una noche templada, sintiéndose fresco? Floyd no tuvo problemas para alcanzar a Martin a pesar de que el hombre tenía una buena ventaja de veinte yardas.

No estaba de más que Martin pesara más de cien kilos.

"¡Alto!", gritó. "¡Alto!"

Se trataba más que nada de una ceremonia. No esperaba que Martin se detuviera, y a diferencia del altercado en el callejón detrás de *E-Tronics*, o tal vez debido a ello, Floyd no tenía intención de sacar su pistola.

Siguió corriendo, agitando brazos y piernas, y en veinte zancadas alcanzó a Martin, el cocinero del albergue para indigentes. La primera opción que consideró fue hacer tropezar a Martin. Simplemente lanzar su dedo del pie derecho y conectar con el talón derecho de Martin, enviándolo a toda velocidad contra su pierna opuesta. Pero eso sería totalmente insatisfactorio, dado lo que había sufrido y las capas de piel que había perdido.

En su lugar, Floyd hizo algo que siempre había querido probar pero que, hasta ahora, nunca había tenido la oportunidad.

Se lanzó de cabeza contra el hombre, clavando su hombro en la parte baja de la espalda de Martin, al tiempo que lo rodeaba con sus brazos. Un placaje perfecto.

El aterrizaje fue sorprendentemente amortiguado, al menos para Floyd.

Martin, por su parte, tuvo una caída poco grácil. La gigantesca barriga del hombre golpeó las piedras del patio justo en la parte trasera de la casa de Henry. Lanzó un grito gutural mientras su impulso le llevaba hacia delante, pero su barriga estaba pegada al hormigón. Floyd casi voló por encima de él, pero se aferró para salvar la vida. También podría haber ayudado a que la frente de Martin se golpeara contra la hierba cuando el látigo se azotó.

Floyd, sorprendido de no estar herido en absoluto y extrañamente vigorizado, se incorporó e intentó hacer girar a Martin.

Eso fue un no-go.

El hombre era simplemente demasiado pesado.

"¿Necesitas ayuda, John Cena?" preguntó Tate, honrando a ambos con su presencia. No parecía sin aliento, así que Floyd supuso que acababa de llegar andando desde el coche. Tampoco entendió la referencia.

"Sí, vamos a darle la vuelta."

Se necesitaron los esfuerzos colectivos de ambos y, aun así, fue difícil. Martin gruñó y su vientre se agitó de un lado a otro como un lastre líquido. La parte delantera de su camisa estaba salpicada de sangre desde el pecho hacia abajo y Floyd hizo una mueca de dolor, pensando en las rozaduras de la carretera bajo la endeble camiseta del hombre.

"Hola, Martin, qué casualidad encontrarte aquí. ¿Tienes sopa?" Tate preguntó.

gimió Martin.

"No importa."

"Levántate", le ordenó Floyd. Hacer rodar al hombre era una cosa, levantarlo estaba fuera de cuestión. "Levántate de una puta vez."

Martin se lamió los labios, gimió y empezó el laborioso proceso de levantar su cincha del suelo. Dos veces se tambaleó, pero como uno de esos sacos de boxeo que siempre vuelven al centro, no se cayó.

"¿Por qué volviste corriendo al refugio?" Preguntó Floyd.

Martin puso los ojos en blanco y se llevó una mano a la frente.

Tate le dio una bofetada.

Esto, como el placaje de Floyd, era algo que nunca había presenciado en la vida real.

Fue más una bofetada de desafío medieval que un intento de herir, pero surtió efecto. La lucidez volvió a los ojos de Martin.

"Martin, mi hombre. ¿Por qué huiste?" Tate preguntó esta vez.

"¿Qué? I-"

amenazó Tate con la palma abierta.

"La foto..." balbuceó Martin.

Ahora que parecía dispuesto a hablar, Tate ya no parecía interesado. Floyd observó a su compañero mirar a su alrededor y luego señalar la entrada lateral de la casa de Henry.

"¿Sabéis qué? Me siento un poco cansado de todo lo que corrieron. Y parece que te vendría bien una silla. ¿Qué te parece si entramos y nos ponemos más cómodos?"

La pregunta se la había hecho al gordo de la camiseta de Disney, pero iba dirigida a Floyd.

Floyd miró hacia la puerta lateral.

"Esta es tu casa, ¿verdad, Martin?" Tate dijo.

"Es..."

Floyd esposó al hombre en la nuca. Era otra cosa que nunca había hecho antes, y se sentía bien.

"Dijo que hablemos dentro. Y voy a asumir que esta es tu casa, dado que estabas tratando de entrar".

Una vez más, Martin parecía a punto de hablar, pero fue disuadido por una fuerza imprevista. O tal vez fue la mano ahuecada de Floyd y

la abierta de Tate.

"Vale, vale. Me voy. La puerta está abierta".

Floyd consideró aceptable este discurso y no arremetió contra él.

"Qué conveniente", dijo Tate. Luego hizo un gesto con la mano. "¿Por qué no nos guías? Ah, y sería maravilloso que nos invitaras a entrar, Martin. Y aunque no tengo mucha hambre, si tienes sopa hirviendo a fuego lento, estoy seguro de que a mi compañero, Floyd, le encantaría probarla".

Capítulo 46

No mentía. Chase supo desde el momento en que empezó a hablar con la chica que todo lo que decía era verdad. Se preguntó brevemente si se trataba de otro síntoma del síndrome de Cotard y consideró que tal vez lo fuera.

Pero eso no importaba.

Chase sabía que decía la verdad porque aquellos extraños ojos planos se lo decían.

Parecía inconcebible que la persona que tenía delante fuera la misma que había intentado matarla, un mugriento vagabundo sin ninguna consideración por la vida humana, incluida la suya.

"La persona que te dijo que me mataras... ¿sabes cómo era? ¿Eran un hombre o una mujer?"

La muchacha arrugó el puente de la nariz. Seguía confusa y frustrada por su incapacidad para recordar.

"No me acuerdo."

Chase estaba igual de frustrada, pero la rabia que había sentido momentos antes había desaparecido. Enfurecerse con aquella chica equivaldría a amonestar a un martillo que te cayera en el dedo del pie.

"Vi una foto tuya y me dijeron que te matara. Luego me dijeron que me suicidara".

Había algo increíblemente desagradable en su naturaleza arrogante. Chase se había topado con algunos de los asesinos más salvajes que el mundo había visto jamás, pero ese nivel de despreocupación no tenía parangón.

"Una foto..." Chase se lamió el interior de la mejilla mientras pensaba en esto. "¿Una foto mía?"

La chica asintió. Debía de ser la forma en que el doctor Griffith y Roger también habían sido blanco de sus ataques.

Y el mensaje era probablemente el mismo: mata a la persona de la foto y luego suicídate.

"¿Y antes?" preguntó Chase. "¿Recuerdas algo de antes de enfermar?"

"I-" La chica parpadeó lentamente, y Chase pensó que podría haber activado algo en ella. No lo había hecho. "No lo sé."

"¿Estás seguro? ¿Puedes recordar de dónde vienes? ¿Quiénes son tus padres, hermanos, algo así? ¿Y tu nombre? ¿Sabes cómo te llamas?"

La chica negó con la cabeza. Empezaba a sentirse abrumada.

"¿Puedes recordar algo antes de ver mi foto?"

"No-lo siento. Todo estaba... *oscuro*".

Oscuridad.

No, oscuridad no. La noción de oscuridad sugiere la presencia de luz.

No hay luz.

No hay nada.

Chase rechinó los dientes.

"¿No recuerdas *nada* de cuando eras niño?"

A pesar de su experiencia de primera mano con experiencias traumáticas que remodelaban su mente y sus recuerdos, a Chase le estaba costando mucho no enfadarse.

¿Cómo pudiste olvidarlo *todo*?

"Lo siento. Realmente no recuerdo nada".

La chica se miró entonces las manos y Chase vio que le temblaban.

"Es que no... no me acuerdo".

La puerta detrás de ellos se abrió y Chase esperó que fuera el policía diciendo que había cambiado de opinión o que su turno había terminado y que la nueva oficial había dicho que tenía que irse. Pero no era un policía. Era el médico.

"Necesita descansar", dijo el Dr. Heinlin, poniendo una mano en el hombro de Chase. Chase se apartó instintivamente.

"Ella no recuerda nada. ¿Cómo puede ser? Cotard... ¿cuándo suele enfermar?".

El médico miró a la niña y luego a Chase.

"No estoy seguro. Suelen ser adolescentes".

"¿Y va a recordar algo? Está claro que está mejorando".

Una vez más, el Dr. Heinlin miró al paciente.

"Podemos discutir..."

"Necesito saber. ¿Ella...?"

Esta vez, cuando el médico la agarró del brazo y la guió hacia la puerta, no hubo forma de quitárselo de encima.

"Probablemente". Es lo mejor que puedo hacer, Agente Adams. Ahora, ella necesita descansar y usted también".

Chase salió de la habitación y reconoció al agente con una inclinación de cabeza. Luego volvió a mirar a través del cristal insertado en la puerta.

La chica volvía a mirarse la muñeca esposada, como si no supiera cómo había llegado hasta allí. Chase sintió un extraño parentesco con la chica, un extraño síndrome de Estocolmo en el que el secuestro se había convertido en intento de asesinato.

También se sintió mal por ella.

Porque Chase sabía lo que era sentirse perdido y confuso, estar tan completamente solo en este mundo que parecía como si estuvieras solo en una isla.

"Deberías descansar", le aconsejó el médico por segunda vez. Sus ojos se desviaron hacia su pecho y Chase siguió su mirada.

Estaba sangrando de nuevo.

"Sí", susurró. "Creo que voy a descansar, aunque sólo sea un rato".

Capítulo 47

Floyd cogió la primera silla que vio, una vieja silla de madera, y le dio la vuelta. Luego empujó a Martin contra ella. El hombre se desplomó con fuerza y se inclinó hacia delante en el último segundo para evitar caerse.

"¿Deberíamos esposarle?" preguntó Floyd, sin apartar los ojos de la camisa de Martin, que estaba manchada de sangre y apestaba a sopa.

Tate negó con la cabeza.

"Él no va a ninguna parte, ¿verdad, Martin?"

Martin, con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza.

"Bien". Para sorpresa de Floyd, se sintió avergonzado por lo que había pasado en el comedor de beneficencia, por cómo había sido superado por este vago. "Ahora, Martin, vas a decirme por qué huiste."

La expresión de Martin se endureció de repente.

"No tengo que decirte nada. Y esto no es..."

Floyd apoyó las manos en los reposabrazos de la silla y se inclinó hacia la cara pastosa de Martin.

"Tienes razón, Martin, no tienes que hacerlo. Pero lo harás. Lo harás, porque si no lo haces, entonces yo..."

Una mano fuerte cayó sobre su hombro y Floyd, con los puños cerrados, se dio la vuelta.

"Permíteme, Floyd", dijo Tate. Floyd se sorprendió de sí mismo y de lo cerca que había estado de golpear al hombre. Esposarlo en la nuca era una cosa. Golpearlo con los nudillos desnudos era otra. Y había estado a punto. "Por favor, permítame."

Floyd frunció el ceño, estiró los dedos y retrocedió con las palmas hacia arriba. No estaba seguro de si estaban haciendo el clásico numerito de "poli bueno, poli malo" o si Tate le estaba salvando de un par de nudillos rotos.

"Martin, aún no nos conocemos. Mi nombre es Tate, y soy del FBI. A mi compañero, Floyd, ya lo conoces. Es al que le tiraste sopa caliente. Ahora, sé..."

"Fue un accidente", suplicó Martin. "La sopa simplemente se derramó".

"Sí, claro. Hay..."

Tate le hizo callar.

"Un accidente, claro, lo que sea. Para ser sincero, me importa una mierda". Floyd quiso quejarse, insistir en que realmente le importaba una mierda, pero se mordió la lengua. Tate estaba trabajando ahora, y le convenía observar y aprender. "De verdad, no me importa. Y creo que mi compañero también puede superarlo. Lo único que me importa", Tate chasqueó los dedos a su espalda. Floyd tardó unos diez

segundos en darse cuenta de lo que quería su compañero. Floyd sacó rápidamente la fotografía de su bolsillo y se la entregó. Tate sacó una segunda fotografía de sus vaqueros y sostuvo ambas frente a la cara de Martin. "¿Es esta chica. ¿Quién es, Martin?"

Martin miró las dos fotos y luego se miró rápidamente los zapatos.

Tiene miedo, se dio cuenta Floyd. *Martin tiene miedo de algo.*

¿Pero qué?

"No lo sé", dijo.

Tate se limitó a sostener las fotos hasta que Martin se sintió obligado a mirarlas de nuevo. Luego dijo: "Martin, *ya sabes*. No entiendo por qué intentas tomarme por tonto, pero ya sabes". Tate suspiró y volvió a guardarse las dos fotos en el bolsillo. "Lo admito, Martin. Tú tienes el control aquí. Mira, si te soy sincero... Probablemente te fichemos. Pero cualquier abogado que se precie, incluidos los de oficio, conseguirá que te declares inocente del incidente de la sopa derramada. Puede que consigamos que el fiscal acepte el cargo de resistencia porque huiste, pero ¿a cuánto va a ascender? ¿Seis meses de libertad condicional, si eso? ¿Qué opinas, Floyd?"

Tate miró a Floyd expectante. Floyd no estaba contento con este desarrollo, pero tenía un papel que desempeñar. Y Tate probablemente decía la verdad.

Dependiendo de los antecedentes, Martin podría obtener seis meses en el condado y no la libertad condicional, pero eso era un gran si.

Floyd asintió.

"Entonces, tú eres el que tiene el control, Martin. Puedes decirnos quién es esta chica y por qué te encontramos aquí, en casa de Henry Saburra, y podemos hablar de ello. Depende de ti".

Ninguno de los tres hombres dijo nada, y Floyd pensó que la táctica de empoderamiento de Tate fracasaría.

Pero entonces los gordos labios de Martin empezaron a temblar y bajó la mirada. Cuando empezó a hablar, su voz era tan baja que Floyd tuvo que inclinarse para escuchar.

"No sé quién es la chica. Quiero decir, he oído hablar de ella, pero nunca la he visto".

"¿Qué has oído de ella?" Tate preguntó en un tono igualmente suave.

Los abultados hombros de Martin se alzaron y luego cayeron.

"Oí que era como una niña para ellos, Henry y Roger, quiero decir. Ella estaba toda jodida, cuando llegó, sucia y esa mierda. Entonces le dieron un lugar para quedarse... ya sabes."

Martin volvió a encogerse de hombros.

"¿Alguna idea de dónde está ahora?" Tate preguntó.

"No. Ni idea".

Tate se dio por satisfecho con esta respuesta y sacó una tercera fotografía. Incluso desde atrás, Floyd pudo ver que era de la chica que había matado a Roger. El corazón de Floyd dio un pequeño vuelco al pensar si Martin sabía o no que Roger estaba muerto. Su ansiedad empezó a aumentar, aunque sabía que aquello era irracional *-más* irracional de lo normal-. No sólo se desconocía la relación entre el difunto y la cocinera, sino que ésta había derramado literalmente la sopa sobre Floyd y había salido corriendo.

Dos veces.

"¿Qué pasa con esta chica?" Tate preguntó.

En lugar de encogerse de hombros, Martin tragó saliva. Los labios temblorosos del hombre se movían ahora como cuerdas de violín hinchadas y pulsadas.

"Martin, ahora es tu oportunidad."

Martin aspiró aire entre los dientes.

"Yo no hice nada", susurró. "No sé qué tramaban, pero no hice nada".

Floyd sabía que ahora estaban cerca. No hice nada" era el precursor universal de una confesión. Era como cuando alguien empieza con un cumplido que termina en "pero". Ninguna de las palabras anteriores al "pero" importaba.

Martin suspiró pesadamente y una gota de baba se formó en su labio inferior y colgó precariamente.

"Roger me pidió que le avisara si entraba una chica, ¿sabes?"

Floyd no lo sabía, pero asintió, no obstante.

"¿Qué quería Roger con estas chicas?" Tate preguntó.

"Roger *y* Henry... no sé. Él los estaba ayudando, supongo. Sé lo que estás pensando, pero no se los estaba follando. El hombre es un marica. Roger dijo que si una chica entraba, muy sucia, apestando a mierda, confundida, pero no adicta, que lo llamara. Eso es lo que hice. He visto lo que hizo con la otra chica", dijo Martin señalando con la cabeza las fotografías que Tate llevaba en el bolsillo. "La ayudó. La arregló. Entonces, ¿qué coño? Cada vez que venía alguien así, le llamaba y me daba un par de pavos, tío. Eso es todo".

Algo no tenía sentido.

"Entonces, déjame entender esto", dijo Tate. "Roger y Henry te piden que reclutes chicas menores de edad..."

"¿Qué...? ¿No-menor de edad?"

"Vale, bien, chicas mayores de edad, que no sean adictas pero que sean guarras. ¿Te parece bien?"

Martin curvó el labio superior.

"De acuerdo, supongo que es lo correcto", concluyó Tate. "¿Por qué... por *qué* quieren a las chicas?"

"No lo sé."

"Vamos, Martin", suplicó Tate.

"He dicho que no lo sé."

"Martin, Martin, Martin", Tate se irguió y estiró la parte baja de la espalda. "Tienes que darme algo."

Martin negó con la cabeza y Tate se volvió hacia Floyd.

"¿Se lo decimos?"

"¿Decirme qué?" preguntó Martin, su voz aumentando una octava.

Floyd, no estoy seguro de a qué se refería Tate, sólo le seguí la corriente.

"Díselo".

"De acuerdo", Tate miró a Martin. "Roger está muerto".

Floyd observó atentamente la reacción de Martin. Sus pupilas se dilataron.

"¿Qué?"

Tate asintió.

"Sí. Roger está muerto, fue asesinado".

Los párpados de Martin se retraían ahora y tenía el aspecto de una cierva borracha.

"¿Crees que es una sorpresa?"

Floyd sintió que se le tensaban los músculos del cuello.

"Escucha esto", continuó Tate. "Fue asesinado por..." Tate volvió a sacar la foto de la chica de la morgue. "¡Tada! ¡Esta chica! La que reclutaste".

Martin se quedó atónito.

"¿Esto qué? No. No, no puede ser, hermano. ¿Ellos tratan de ayudar y ella mata a Roger? ¿Qué pasa con Henry?"

"Henry está bien... bueno, creo que está bien. Pero aquí está la cosa, ¿recuerdas que te dije que tendrías la libertad condicional por Soupgate?"

Martin hizo algo que podría interpretarse como un guiño.

"Bueno, esto de aquí", dio un golpecito a la foto de la chica muerta, "es un asesinato y eso te convierte en...".

"Un cómplice", soltó Floyd.

Martin le miró y su barbilla se levantó rápidamente como si estuviera luchando por tragar un bolo alimenticio.

"No."

"Sí", replicó Tate.

"Tío... no lo sé, joder... yo sólo... estaba intentando ayudar..."

"Todavía puedes ayudar", dijo Tate. "Diciéndonos lo que te estás guardando".

"¡No sé nada, tío! Lo que le pasó a Roger está jodido. ¡Pero yo no tuve nada que ver con eso! ¿Qué hace falta para...?"

"Valaciclovir", dijo Floyd de repente.

Tate y Martin le miraron.

"La droga del herpes", dijo, recordando el frasco que había encontrado entre las pertenencias de Martin.

Martin echó la cabeza hacia atrás como si recordara algún secreto perdido hace tiempo.

"Oh. Sí, les di las pastillas a las chicas, tío. Roger dijo-no, Henry, fue Henry-dijo, en caso de que tuvieran ETS, ¿sabes? Para ayudarlas a limpiarse. No era nada. Incluso lo busqué en Google, tío, sólo para asegurarme de que no era veneno o algo así".

"Ah, ahí lo tienes", dijo Tate. "Una cosa más, Martin."

"¿Qué?"

"¿Por qué estás aquí?"

"¿Qué quieres decir?"

Tate agitó las manos.

"En casa de Henry. ¿Por qué estás aquí?"

"Porque tú..."

"No, porque ya estabas entrando cuando llegamos".

Martin frunció el ceño.

"Cuando te vi", indicó a Floyd, "con la foto, supe que pasaba algo".

"Pero no sabías que Roger estaba muerto, ¿verdad?"

Martin hinchó las mejillas.

"No, no lo hice, pero, mira, ¿viene un poli, o un federal, y empieza a agitar fotos? Sólo significa una cosa. Te lo conté todo, tío, de verdad".

Tal vez fuera su ansiedad, pero Floyd no podía saber si Martin decía la verdad o no. Tate también parecía indeciso, porque no dijo nada durante un rato.

Floyd aprovechó para mirar un poco a su alrededor. Lo primero que le llamó la atención fue que, a diferencia de la casa de Roger, ésta estaba limpia. No había nada más destacable, salvo una foto en la nevera.

Era la misma que Chase se había llevado de la casa de Roger.

"De acuerdo, Martin. Te creo. Sólo un consejo: deberías quedarte un tiempo por la ciudad, por si tenemos más preguntas para ti."

Tate agarró a Floyd del brazo y lo llevó afuera.

"Tate, ¿qué demonios? No podemos..."

"Déjalo", dijo Tate. "Él no sabe nada más."

"Pero él..."

"Sí, derramó un poco de sopa sobre ti. Supéralo. Tenemos cosas más importantes que resolver. Como dónde coño está Henry Saburra. Y a cuántas otras chicas está intentando 'ayudar'".

Capítulo 48

En algún momento de la noche, llamaron a la puerta de Chase. Se despertó sobresaltada y vio entrar al Dr. Heinlin.

"Siento despertarle, Agente Adams."

"Llámame Chase. Nada de esta mierda de 'Agente Adams'".

El Dr. Heinlin parecía agotado, y Chase se preguntó cuántas horas de sueño había dormido aquel hombre. Cada vez que se daba la vuelta, él parecía estar allí.

"Vale, Chase. Sé que te dije que durmieras, pero la desconocida pregunta por ti. Está... agitada y me preocupa que en su estado actual pueda hacerse daño. No puedo sedarla, sus riñones están sobrecargados por el valaciclovir. ¿Crees que podrías...?"

"Hablaré con ella", aceptó Chase. Se incorporó y el médico la ayudó a levantarse de la cama. El dolor que antes había estado aislado en la garganta se había extendido hacia abajo y vio moratones que le cubrían casi todo el pecho izquierdo.

"Cambié el vendaje mientras dormías", comentó el Dr. Heinlin al notar su mirada. "No hay signos de infección".

Chase asintió.

No estaba en condiciones de discutir ni de forzar a un policía, ni siquiera a uno recién salido de la academia, pero no tuvo que hacerlo: el policía apostado en la puerta estaba profundamente dormido.

"Por favor", dijo el Dr. Heinlin en voz baja para no despertar a la agente. "Sólo necesito que se relaje, preferiblemente que duerma un poco".

De nuevo, Chase asintió.

Algo en el rostro del hombre sugería que ya se estaba arrepintiendo de su decisión, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Chase abrió la puerta y entró.

La desconocida levantó inmediatamente la vista, con los ojos desorbitados y el rostro animado.

"Agente-Agente-FBI-I-"

"Chase, me llamo Chase".

"Oh, vale, Chase, yo-yo-yo-"

Había color en la cara de la chica, pero no era un buen color. Era casi rojo brillante.

"Cálmate", instó Chase. "Respira hondo".

"Pero yo..."

Chase levantó la mano.

"No voy a ninguna parte. Sólo respira hondo y trata de relajarte".

La chica hizo lo que pudo. Se estremeció al exhalar, pero el color de sus mejillas perdió intensidad.

"Vale, bien, eso está bien. Ahora, ¿qué quieres decirme?"

"Lo recuerdo", dijo la chica distraídamente. "Recuerdo quién me dijo que te matara".

Chase se estremeció.

"Fue Henry, ¿no?"

Los ojos de la chica se abrieron de par en par.

"No sé quién es".

Ahora, Chase se dijo a sí misma que debía calmarse.

Déjala hablar.

"Lo siento, adelante". Detrás de ella, Chase sintió la presencia del Dr. Heinlin que entraba silenciosamente en la habitación. "No te preocupes por él, sólo dime lo que recuerdas".

La respiración de la chica se aceleró y sus ojos no pudieron mantener la concentración en ninguno de los dos durante mucho tiempo.

"Todo está quieto... Recuerdo que estaba oscuro. Pero no como fuera", los ojos de Jane se desviaron hacia la ventana.

Oscuridad.

No, oscuridad no. La noción de oscuridad sugiere la presencia de luz.

No hay luz.

No hay nada.

"Como que me empujaba, ¿sabes? La oscuridad", continuó la chica. "Es como si tuvieras los oídos taponados y te costara respirar. Como si quisieras llenar tus pulmones de aire, pero no puedes. No se inflan porque no hay nada que inflar. Simplemente no estás ahí. No puedo explicarlo. Pero no existes".

Chase recordó las similitudes entre esta extraña retórica y lo que había sentido en la morgue.

La chica respiró hondo -esta vez sin estremecerse- antes de continuar.

"Pero entonces, justo cuando crees que estás solo, alguien te habla. No-no habla, no, no es eso. Es más como si estuviera en tu cabeza. La voz viene de ninguna parte y de todas partes... No puedo..."

"Está bien", calmó Chase. "Lo entiendo".

Y así fue. Tampoco era sólo su experiencia en la morgue. Lo que la chica estaba describiendo era una experiencia disociativa a la que todos los yonquis aspiran, lo sepan o no.

La chica asintió.

"Tienes que escuchar. *Tengo que escuchar*. Porque... porque no hay nada más. ¿Entiendes? Tú no existes. Y no importa. Nada importa. Sólo... sólo haces lo que la voz te dice que hagas. Yo-yo no-yo-"

El Dr. Heinlin se adelantó, pero Chase se le adelantó.

La chica resopló y se secó las lágrimas.

"Estoy bien, estoy bien", dijo la mujer, levantando la mano. "Es sólo

que nada de eso importa porque ni siquiera estás viva. Estás muerta. Siempre has estado muerta y siempre lo estarás". La chica de repente no estaba bien. Se derrumbó y empezó a sollozar, su cuerpo temblaba violentamente. "No quería hacer daño a nadie, no quería matar a nadie".

Chase se movió por instinto. Extendió la mano y abrazó al desastre de niña que tenía delante. Su cuerpo era diminuto, y podía sentir sus costillas y su columna vertebral sobresaliendo a través de su carne. Chase la abrazó hasta que la respiración de la niña empezó a regularse.

"Lo siento", dijo la desconocida, limpiándose la nariz y la boca con la bata del hospital.

Parecía tan joven y perdida que Chase no pudo evitar acordarse de su propia vida cuando tenía esa edad. Una narcómana que cayó en una trampa de la que tardó décadas en salir.

"No lo sientas. Esto no es culpa tuya".

"Pero intenté...", se quebró la voz de la chica.

"Está bien", repitió Chase. Y lo dijo en serio: no iba a echarle en cara lo sucedido. "Sólo dime lo que recuerdas. ¿Quién te dijo que me mataras?"

"No era Henry o como sea que hayas dicho que se llamaba. Aún está todo borroso, pero no pudo haber sido Henry".

"¿Por qué no?" preguntó Chase.

"Porque era una mujer".

Chase se puso rígido.

No se lo esperaba.

"Era alta, pelo castaño, creo."

Chase intentaba mantener la calma, pero cuando habló a continuación, su voz estaba tensa.

"¿Recuerdas su nombre?"

Para su consternación, la chica negó con la cabeza.

"No recuerdo su nombre, pero recuerdo el mío... al menos, creo que sí". La siguiente palabra que salió de la boca de la chica hizo que Chase se congelara por completo. "Riley. Creo que me llamo Riley".

Esto no puede ser, pensó Chase. No puede ser.

"Ojalá pudiera recordar su nombre, pero no puedo. Pero ese es mi nombre... Riley".

Mientras Chase intentaba hacerse a la idea de lo que estaba pasando, la chica soltó otra bomba.

"Llevaba... llevaba un vestido blanco. Un vestido largo y blanco. Y me dijo que tenía que ponérmelo cuando intentara matarte, Chase".

Capítulo 49

"¿En serio lo vas a dejar ir?" dijo Floyd mientras entraban en el coche. Pensó que era otra de las tácticas de Tate para obtener más información, una que nunca le había visto utilizar, pero no parecía ser el caso.

"¿Dónde va a ir?"

"No lo sé. *Lejos*. Me atacó y tendió una trampa a esas chicas".

"Sé lo que hizo", respondió Tate mientras arrancaba. "También sé lo que *no hizo*. Confía en mí. Él no es el cerebro aquí".

"¿Entonces quién es?"

"Henry, creo."

Floyd vio cómo la casa de Henry se desvanecía en la distancia.

"¿Qué coño está pasando aquí, Tate? ¿Por qué les está dando medicamentos para el herpes? ¿Crees que... se acuesta con ellas? ¿Subastándolas? No lo sé.

Tate negó con la cabeza.

"Yo tampoco estoy seguro. Vamos a pensarlo con una copa".

"Estoy cansado", dijo Floyd, hundiéndose en su asiento. "Muy cansado".

"Duerme cuando estés muerto", soltó Tate e inmediatamente se retractó. "Sheesh, lo siento, se me escapó. Llama a la policía local y pon una orden de búsqueda para el coche de Henry. Tenemos que hablar con ese hombre".

Floyd hizo lo que le pidieron, lo que le costó menos de lo que esperaba. También notó que tenía varias llamadas perdidas de Chase, pero ningún mensaje. Cuando colgó el teléfono, estaba más tranquilo que antes.

"Allá, en la casa de Henry, ¿cómo sabías que intimidar a Martin no funcionaría?"

Tate mantuvo la vista en la carretera cuando respondió.

"No quiero parecer condescendiente, pero cuando era un agente más joven, Constantine me dio el mejor consejo que he recibido nunca".

"Dispara".

"No seas lo que la gente *espera* que seas, sé lo que ellos *quieren* que seas, lo que *necesitan*". Floyd hizo una mueca y Tate se rió. "Vale, sí, lo sé, suena a galimatías. Pero escúchame. Los hombres como Martin esperan que los mangoneen, que los acosen. Lleva toda la vida "a la fuerza", como tú dices. Si le presionas, se hace un ovillo, se va a su lugar feliz y no revela nada". Tate hizo una pausa para que Floyd pudiera asimilarlo. "En cambio, quiere que le den poder. Tú le das el poder, algo que Martin no ha tenido en toda su vida, y no sólo

responderá a tus preguntas, sino que también te dirá cosas que ni siquiera sabías que tenías que preguntar".

Floyd se sintió asentir.

"Pero, ¿cómo lo sabías? ¿Cómo sabías lo que Martin quería que fueras? Ni siquiera dudaste".

"Experiencia", respondió Tate.

Esto, Floyd sabía que era algo que podía rechazar, y lo hizo.

"Mentira".

Tate le dedicó su media sonrisa patentada.

"Algunos llevamos en este trabajo más de seis minutos, Kemosabe".

"¿Algún consejo práctico para un principiante?"

"Claro... el trabajo de Martin, para empezar. Está sirviendo comida a la gente, lo que le da un nivel de poder sobre ellos, aunque todos duerman en el refugio."

"Sí, pero muchos..."

"¡Ansiosos! Me encantan los alumnos ansiosos. ¿Pero por qué no te callas de una puta vez para que pueda hablar?" Tate se burló.

"Adelante, Richard Feynman, continúa".

Tate se rió entre dientes.

"Me encanta la referencia, pero no soy un maestro narrador o profesor. De todos modos, no sólo era el trabajo de Martin lo que lo delataba, sino también el hecho de que olía a sopa. Derramó esa sopa ayer y aún no se había cambiado. Esto indica una de dos cosas: o no tiene otra ropa para cambiarse o tiene muy poca consideración por sí mismo. Yo me inclinaría por lo segundo, sobre todo teniendo en cuenta su tamaño. Pero en este caso, ambas cosas son probablemente ciertas. Y hablando de su tamaño... las personas con obesidad mórbida suelen comer como mecanismo de supervivencia, una forma de ejercer cierto control cuando todo lo demás parece estar fuera de él. También noté otras cosas, pero son más difíciles de explicar".

Floyd estaba impresionado y de repente se acordó de Chase. Tenían mucho en común, sus actuales compañeros. Y lo que Tate estaba describiendo no era tan diferente de lo que Chase hacía. Sólo que lo de él era un esfuerzo más consciente, mientras que lo de ella era más... esotérico.

"Entonces, tal vez no al nivel de Feynman, pero ¿cómo lo hice? ¿Soy un buen profesor?"

"Seguro que estás bromeando". Floyd se rió. "No, eso estuvo bastante bien".

"¿Seguro que no quieres una copa? Me debes una ronda, después de todo".

"¿Para qué?"

Se acercaron al hotel y Tate hizo ademán de entrar en el aparcamiento. Pero en el último segundo, pisó el acelerador y se

dirigió hacia un nuevo destino. Un lugar llamado Harper's Roost, y aunque ninguno de los dos había oído hablar de él, era obvio que se trataba de un bar por la multitud que había fuera y la iluminación. Si hubieran tenido la ventanilla bajada, también habrían reconocido el olor.

"Por la lección, Floyd". Tate levantó dos dedos. "Si me pagas dos rondas, te enseñaré algo más".

Floyd, cuyo teléfono seguía en su regazo, dijo: "¿Invitamos a Chase?". Como Tate no dijo nada, negó con la cabeza. "No, mejor que descanse".

Tate le dio una palmada en la espalda.

"¿Ves? Eres un estudio rápido-sé lo que Chase necesita, no lo que ella espera. Ahora, vamos a tomar una copa. "

Capítulo 50

Una mujer con un largo vestido blanco...

Todo en este caso estaba mal. Chase lo había sabido la primera vez que tocó el cadáver en la morgue.

Pero esto... esto era diferente. Claro, el modus operandi era el mismo. ¿Pero el nombre Riley? ¿El vestido? Eso fue obra de Brian Jalston.

Chase no sabía cómo estaba involucrado en esto, pero lo estaba.

El registro de visitas de la cárcel del condado de Franklin había revelado que Melissa Jalston había visitado a Brian después de salir.

¿Ella me siguió? ¿Le dijo Brian a Melissa que me siguiera?

No sólo sonaba razonable, sino plausible. Cómo Melissa había entrado entonces en contacto con "Riley" era algo que no podía comprender.

¿Quién cuida de ti, Chase? ¿Alguien? ¿Alguien?

La chica de la cama, que sin duda no se llamaba Riley, se había tumbado, pero no dormía. Tenía los ojos abiertos y la mirada perdida en el techo.

¿Cuántos días y noches he perdido a lo largo de los años? ¿Cuántas veces me he colocado tanto que no recuerdo si era martes o domingo?

Chase sintió un extraño parentesco con la mujer, por retorcido que fuera.

"¿Qué le va a pasar?", preguntó.

La Dra. Heinlin miró por encima de su hombro y a través del cristal.

"Nada por ahora; aún no está en condiciones de hacer nada".

Ayer, la chica había sido un cadáver. Hoy, algo más animada.

"¿Cuánto falta para que mejore?"

El médico se mostró indiferente.

"No estoy seguro. Estas cosas pueden llevar tiempo".

"¿Y después de que esté más 'en forma'? ¿Qué pasará entonces?"

"Se someterá a una serie de evaluaciones psiquiátricas. Luego dependerá de usted y..." El Dr. Heinlin señaló al agente que aún dormía. "-la policía, supongo."

Chase pateó el pie del agente. Se despertó y se incorporó.

"¿Agente Adams?" Sus ojos vidriosos se desviaron hacia la doctora. "¿Es ella...?"

"Ella está bien. Ri-" el doctor miró a Chase, y se corrigió. "-Jane Doe está mejorando".

"Entonces..."

Volvió a cortarle.

"Quiero conocer a todas las personas que vienen a visitarla", dijo

Chase, con voz queda.

"No creo que reciba visitas. Usted es el único que ha entrado por esa puerta".

"No, no lo entiendes. Quiero una lista de cada persona que entra en la habitación. Enfermera, médico, criada, lo que sea".

Chase no tenía ninguna autoridad aquí -Floyd y Tate habían sido llamados para ayudar con el asesinato del Dr. Wayne Griffith III, que estaba a dos casos de distancia-, pero hacía tiempo que había aprendido que cuando se carecía de autoridad, la necesidad de hacerla valer era aún mayor.

El agente parecía confuso.

"¡Cada persona!" Chase estalló.

"Sí-sí, Agente Adams."

"Bien".

Chase apretó los dientes contra el dolor que sentía en el pecho mientras se alejaba. Dobló la esquina antes de tener que apoyarse contra la pared.

"Agente Adams, ¿puedo preguntarle algo?" Dijo el Dr. Heinlin mientras esperaba a que recuperara el aliento.

"¿Qué?" Chase jadeaba un poco ahora.

"¿Por qué parecía que habías visto un fantasma cuando la chica dijo que se llamaba Riley?".

Porque lo hice, por eso, pensó Chase. *Vi a una chica muerta que se convirtió en fantasma y adoptó el nombre de mi hermana. Por eso. Un nombre que sólo una persona llamaba Georgina, por eso. Y esa persona resulta ser un pedófilo y un violador, un hombre que está a punto de salir de la cárcel dentro de dos días. Ese es el por qué. Un hombre que está intentando robarme a mi sobrina.* Ese es el puto por qué.

"Nada, sólo el..." se dio un golpecito en el pecho. "-el dolor."

La doctora no se lo creyó, así que le dio un poco de su propia medicina.

"Ya tengo un psiquiatra, doc. Lo que necesito ahora es..." ponte bien para estar ahí cuando Brian salga, "-dormir".

Sin saber si el médico la seguía, Chase regresó a su habitación y se desplomó en la cama.

Cerró los ojos e inmediatamente unas visiones se agolparon tras sus párpados. Visiones de su hermana, agonizando en sus brazos, mirándola con sus brillantes ojos verdes. Y entonces todo se volvió negro. Pero no era algo que pudiera confundirse con el sueño. Era algo diferente.

Era algo que te presionaba, te taponaba los oídos y te hacía temblar.

Chase volvió a abrir los ojos.

El Dr. Heinlin estaba en la habitación con ella.

"Estoy cansada, doc. Necesito dormir".

Una mirada comprensiva cruzó el rostro del médico.

"¿Alguna alergia? ¿Historial con narcóticos?"

¿Historia? No, claro que no. Soy un agente del FBI, por el amor de Dios.

"No. Pero puede que quieras que sea una doble dosis de malos sueños, ¿sabes?"

El médico le volvió a poner la vía y salió de la habitación. Cuando volvió, tenía una jeringuilla en la mano.

"Esto debería ayudarte a dormir".

El Dr. Heinlin inyectó el fármaco en el puerto de la bolsa intravenosa.

No hubo el subidón instantáneo al que Chase estaba acostumbrado. Ni un torrente de endorfinas. Era más suave, y esperaba que el médico le hubiera dado una dosis lo bastante fuerte.

No era una paciente habitual.

"Esto no es algo que quiera convertir en un hábito, agente Adams", dijo suavemente el médico mientras Chase volvía a cerrar los ojos. "Si estas 'pesadillas', como usted dice, continúan, debería buscar ayuda".

"Gracias, doc", murmuró Chase. "Pero, como dije, ya tengo un psiquiatra".

Se puso de lado y, al cabo de un rato, oyó que el médico se marchaba.

Algún tiempo después, llegó el sueño. Pero no vino solo.

Capítulo 51

"Wakey-wakey, huevos, asesinato y bakey."

Floyd no estaba seguro de si fue la desagradable rima o el fuerte golpe en la puerta lo que le despertó de su letargo. En cualquier caso, se levantó en un santiamén y se puso los pantalones. No tenía resaca *propiamente dicha,* pero tenía la garganta seca y empezaba a dolerle la cabeza.

"Vamos, Floyd", gritó Tate desde detrás de la puerta.

"Ya voy, dame un segundo."

Como los golpes continuaban con creciente fervor, Floyd optó por reventar un chicle en lugar de lavarse los dientes. Todavía se estaba metiendo la camisa por dentro cuando abrió la puerta.

Tate, con un aspecto tan fresco como el de la noche anterior, el pelo bien peinado y la sombra de las cinco, ni un minuto más tarde, estaba de pie en el umbral de la puerta, con una expresión seria en el rostro.

"¿Qué está pasando?"

"Venga, vamos", dijo Tate. Se movió rápidamente y Floyd luchó por seguirle el ritmo.

"¿Adónde vamos?"

Tate no dijo nada, se limitó a alejarse del hotel. Al principio, Floyd pensó que se dirigían de nuevo a casa de Henry, que tal vez, además de una orden de búsqueda y captura, la policía local había puesto vigilancia y el hombre había vuelto a casa. Pero entonces giraron hacia el norte, en dirección a *E-Tronics* y el albergue para indigentes. Floyd pudo distinguir la tienda de electrónica cuando vio el primer coche de policía.

"¿Qué pasa, Tate?"

"Es mejor que lo vea usted mismo", dijo simplemente.

Floyd estaba más que frustrado ahora, y su dolor de cabeza había aumentado.

"No estoy de humor para juegos, Tate. Entiendo que intentes enseñarme algo, pero por una vez ¿puedes decirme qué coño está pasando?".

"Oh, una mala palabra."

"Hablo en serio, Tate. Dime..."

Tate se detuvo y señaló por la ventanilla abierta.

Dos coches de policía estaban aparcados frente al callejón junto a *E-Tronics*, un pobre intento de bloquear la escena. Si hubiera sido un barrio más acomodado, probablemente ya habrían montado tiendas de campaña.

Pero no aquí.

No cuando la víctima era Martin el cocinero del albergue para indigentes.

El gordo estaba desplomado contra la pared, con la camiseta manchada de sangre y de sopa. Tenía un gran corte en el cuello, casi oculto por los pliegues de grasa.

Floyd exhaló con fuerza.

"Te lo dije", dijo Tate. "A veces ver es creer".

En este caso, Floyd tendía a estar de acuerdo.

Pero lo que no vio, al menos hasta unos instantes después, fue un segundo cuerpo, debido a que la enorme barriga de Martin le impedía la visión.

Pero Floyd sabía que ella estaría allí. Ambos hombres salieron del coche y se dirigieron al lugar.

Tate saludó al primer oficial que vio.

"Oficial Maguire", dijo Tate con un aire de familiaridad. "¿Todavía no hay coincidencias con el coche de Henry?"

El agente negó con la cabeza.

"No, señor. Sigo buscando".

"Que tus hombres comprueben las cámaras de tráfico, a ver si dan con su matrícula", ordenó Tate. "¿Todavía hay un coche aparcado fuera de su casa?"

"Discreto, tal como me pidió", respondió el agente. Luego transmitió la orden a otro oficial.

Floyd se rascó la nuca. Todavía estaba conmocionado por el hecho de que Martin hubiera sido asesinado, pero ésa era sólo la primera de varias sorpresas. Anoche, él y Tate habían compartido varias copas en el bar, hablando de cosas benignas para distraerse del caso. Era tarde cuando por fin volvieron a sus habitaciones, y Floyd se había desmayado inmediatamente.

Parecía que Tate había seguido trabajando.

Otra lección aprendida, pensó Floyd. *¿Y poner un coche fuera de la casa de Henry? Debería haberlo hecho.*

Mientras el agente y Tate seguían discutiendo su plan para atrapar a Henry, Floyd se escabulló entre los dos y se acercó a un técnico de la escena del crimen que estaba inclinado sobre el cadáver de Martin. Cuando se acercó, el técnico le miró.

"La causa de la muerte es desangramiento", dijo el técnico, señalando la garganta de Martin con un dedo enguantado. "El forense podrá decirnos más, pero parece que es la misma forma de muerte para... bueno, para *ella*".

El hombre se echó hacia atrás, ofreciendo una visión clara de la asesina: una chica mugrienta con el pelo grasiento vestida con harapos.

La sangre que había empapado, y desde entonces secado, su

atuendo era casi indistinguible de la suciedad.

Algo en Floyd se quebró. Se giró y corrió hacia Tate, que seguía hablando con el policía.

"Lo sabías", dijo Floyd mientras agarraba a Tate por el cuello. Tate era un hombre mucho más corpulento que él, y aunque Floyd tenía la juventud de su lado, no era de los que se peleaban. Aun así, ya fuera por sorpresa o porque Tate se dejó mangonear, los dos retrocedieron hasta el coche de policía. "Lo sabías, joder".

Los ojos de Tate permanecieron firmes.

"Anoche dijiste que no sabía nada más, que no iba a ninguna parte", siseó Floyd entre dientes apretados. "Pero lo sabías, ¿no? Sabías que esto iba a pasar".

Tate permaneció en silencio, sosteniendo la mirada de Floyd.

No se defendía, no negaba las acusaciones y no hacía nada.

Se quedó mirando.

Con un último empujón, Floyd soltó a su compañero y retrocedió. Su furia no había obtenido respuesta y empezaba a desvanecerse.

Este no era él. Floyd no era del tipo agresivo. Era de los que se derrumbaban ante la mera posibilidad de tener que revelar malas noticias a un amigo o pariente afligido.

Floyd era de los que lloraban en el coche, sollozaba como un bebé que no tiene chupete.

"La verdadera pregunta", dijo Tate, "es por qué no lo hiciste, Floyd".

No era la respuesta que Floyd esperaba, pero era la que necesitaba.

Ahora se sentía avergonzado, tanto por sus actos como por su falta de previsión.

"Parece que me debes otra copa", dijo Tate en voz baja.

Volvía a lucir esa media sonrisa, y Floyd gruñó.

Debería haberlo sabido. Debería haber sabido que Martin sería el siguiente.

"¿Por qué no me lo dijiste?", preguntó.

Tate se encogió de hombros.

"Ver para creer".

"¿Y cuándo lo supo?

"Supe que era una posibilidad en cuanto le pillamos en casa de Henry".

La cabeza de Floyd latía con demasiada fuerza como para sacudirla, pero sintió el impulso.

Tenía sentido, por supuesto. Habían recorrido un largo camino desde que pensaron que estos asesinatos no estaban conectados. Y cuando admitieron que los casos estaban relacionados, quienquiera que estuviera detrás, Henry, se propuso cubrir sus huellas.

Al fin y al cabo, estos asesinatos -cinco ya, si incluimos al traficante de Portsmouth y el atentado contra Chase- fueron perpetrados por el

arma perfecta: una que se autodestruyó de inmediato. Sin vínculos con quien ordenó el golpe. Y una vez que habían localizado a Martin, bueno, era otro cabo suelto que había que resolver.

"No existe el asesinato perfecto", dijo Tate distraídamente. "Pero este se acerca".

Floyd estaba de acuerdo. Incluso si encontraban a Henry, lo que parecía improbable a estas alturas, ¿de qué podían acusarle? ¿Ayudar a mujeres enfermas en un albergue para indigentes? ¿Cómo se vería esto? ¿Un hombre cuya compañera fue salvajemente asesinada, y la única conexión era porque se ofreció voluntario para ayudar a los menos afortunados? ¿Y el motivo? ¿Cuál podría ser el motivo de ese hombre?

Sí, al fiscal le iba a dar un ataque con esto.

"Todos están muertos... excepto uno".

"¿Qué es eso?" preguntó Tate.

Floyd, que había estado mirando distraídamente a Martin, sacudió la cabeza de repente. Se había olvidado de su dolor de cabeza, y este movimiento lo exacerbaba.

"Dije", aspiró con fuerza, "que todos están muertos. Excepto uno".

A pesar de todo, Floyd sintió una oleada de orgullo cuando se dio cuenta de que Tate aún no se había dado cuenta. En lugar de iluminar al hombre, sacó un teléfono móvil y empezó a marcar un número.

"¿A quién llamas?" preguntó Tate.

"¿Qué es eso?"

"He preguntado a quién llamabas", repitió Tate con dureza.

"Oh, espera, ver para creer".

Capítulo 52

"¿Floyd? ¿Está todo bien?" preguntó Chase. Ya estaba empezando a vestirse aunque Floyd no había dicho nada más que hola. Ella podía decir que algo andaba mal en su voz, incluso después de una sola palabra.

"Tenemos otra muerte", dijo Floyd.

Chase dejó de meter el pie en la pernera del pantalón.

"¿Qué? ¿Cómo que otra muerte? ¿Quién?"

"Martin". Fue asesinado igual que los otros. Apuñalado y luego la chica se suicidó".

Chase terminó de ponerse los pantalones.

"¿Quién es Martin?"

"El hombre del comedor de beneficencia. Nosotros..." Floyd hizo una pausa, y Chase se dio cuenta de que tenían mucho de lo que ponerse al día. "¿Puedes bajar aquí? Estamos afuera de *E-Tronics*. Verás las luces".

"Estaré allí en diez. ¿Alguna noticia de Henry?"

"No, pero Tate tiene a todos los policías de la ciudad buscándolo. Exploramos su casa y..." Otra pausa curiosa. "No estaba allí. Hay un coche fuera esperando a que vuelva".

No va a volver, pensó Chase de repente. Entonces su mente se volvió hacia la chica al final del pasillo. *O quizá sí.*

"Floyd, ¿puedes llamar a Quantico?"

"Claro. ¿Qué necesitas?"

"Que uno de los técnicos investigue el pasado de Henry. Quiero saber si ha vivido en otro sitio que no sea aquí, que no sea Charleston".

"¿Crees que podría estar escondido en alguna parte? ¿Manteniendo a las chicas fuera de la ciudad?"

Chase dudó.

"Sí, pero quiero saber si ha vivido alguna vez en Tennessee".

"¿Tennessee?"

"Tennessee", confirmó Chase. "En cualquier lugar dentro o alrededor del estado".

Chase oyó hablar de fondo y creyó captar la voz de Tate.

"Tal vez mantener esto entre nosotros, también."

"Chase, no creo..."

"¿Aún vas a estar allí dentro de una hora?", interrumpió.

"Sí, podemos serlo. Pero pensé que dijiste diez..."

"Hay algo que tengo que hacer primero".

Chase colgó antes de que Floyd pudiera protestar más. Recogió su camisa y frunció el ceño. Estaba empapada de sangre seca. Doblada en

la silla había una sudadera gris pálido.

Audrey debe de haber dejado esto para mí, pensó mientras se lo ponía. Era un poco grande, pero no demasiado.

"¿Te vas otra vez?" preguntó el Dr. Heinlin. No había sorpresa ni desdén en su voz. El hombre, que había entrado en la habitación mientras Chase se vestía, sólo estaba constatando un hecho.

Por ello, Chase no sintió la necesidad de responder.

"Quieres que facture el..."

"No", dijo Chase rápidamente. "Ustedes tienen mi tarjeta de crédito en el archivo. Usadla".

El Dr. Heinlin asintió.

"¿Cómo va el dolor?", preguntó, bajando la mirada a su pecho.

"Bien."

La verdad es que aún le dolía bastante. Chase sólo podía levantar el brazo izquierdo un poco más de la altura del hombro antes de que el dolor fuera demasiado fuerte y se viera obligada a parar. El hecho de que la sudadera de Audrey fuera demasiado grande le facilitó un poco las cosas.

"No estás bien", observó el médico. Sacó su bloc y empezó a garabatear algo. "Te daré una receta para..."

"Estoy bien", repitió Chase.

El médico arrancó la página del bloc y la arrugó.

"¿Cómo está esta mañana?"

"No lo sé", respondió el Dr. Heinlin. "Acabo de llegar y me he ido a casa a dormir unas horas. Vine a verte a ti primero".

Chase dio las gracias al hombre y recogió sus pertenencias. Luego salió de su habitación por lo que esperaba que fuera la última vez e hizo el familiar recorrido por el pasillo hacia la habitación de la desconocida; se negaba a considerar siquiera la posibilidad de que se llamara Riley.

Al principio, Chase pensó que se había equivocado de camino. No había ningún agente de policía, dormido o despierto, en una silla.

Ni siquiera había una silla.

Sintiendo que su ritmo cardíaco aumentaba, Chase se asomó por la puerta. La cama estaba deshecha, pero no había nadie tumbado en ella.

¿Qué demonios...?

Chase abrió la puerta y se apresuró a entrar.

"Es precioso, ¿verdad?" La desconocida estaba de pie junto a la ventana, con la piel bañada por la luz del sol. "¿El sol, quiero decir?"

A Chase le pareció un día normal, pero no estropeó el momento. Se alegró de ver que la chica ya no estaba esposada. Se sentía mal mantener a esta víctima esposada.

"Supongo que sí".

La chica se volvió lentamente para mirarla, y Chase se alegró de ver que su piel había adquirido un tono normal.

"Vino anoche, vino a visitarme".

Al principio, la voz etérea de la mujer recordaba a una epifanía. A Chase le recordó al padre David después de haber consumido docenas de pastillas Cerebrum.

Chase no se lo echó en cara.

Quizás al notar la confusión en su rostro, la desconocida aclaró: "La mujer del vestido blanco. Sólo que esta vez no llevaba un vestido blanco, sino un traje gris".

Chase levantó las cejas y dio un paso atrás.

"¿Qué quieres decir? ¿Alguien vino a visitarte? ¿Aquí?"

Ahora le tocaba a Jane dar un paso atrás, y parecía asustada.

"No, lo siento, no quería asustarte", dijo Chase con calma. "¿Pero tenías visita?"

Jane se lamió los labios.

"Sí. La misma mujer... la del vestido. Sólo que esta vez no llevaba vestido, y ella... y ella..."

El susto se convirtió en confusión. Hoy estaba mejor, pero seguía sin estar bien.

"Tómate tu tiempo", suplicó Chase. "Por favor, tómate tu tiempo. Dime quién te visitó".

La desconocida intentó recuperar el aliento, pero le costaba un poco. Chase le tendió la mano, pero ella se echó hacia atrás. Jane no estaba preparada para que la tocaran. Parecía que el abrazo de ayer había sido irrepetible.

"No pienses en el pasado, respira hondo y céntrate en el momento. Piensa en el ahora", Chase agitó una mano sobre los grandes ventanales que tenían delante. "Piensa en lo hermoso que es el sol".

Eso pareció funcionar. Al cabo de unos instantes, la desconocida recuperó la compostura.

"Lo siento, todavía estoy confundido. Sólo recuerdo a la mujer. Esta vez", Jane cerró los ojos y sacudió la cabeza. "Esta vez, dijo que era mi abogada. Que no debía hablar con nadie". Jane abrió los ojos y miró a Chase. Seguían apagados, pero ya no eran planos. "Incluido tú".

Chase apretó los labios.

"¿Qué más dijo?"

"Sólo que volvería y me diría qué hacer a continuación". Jane hizo una pausa y un escalofrío sacudió su pequeño cuerpo. "Pensé... pensé que iba a decirme que... ya sabes".

Chase tardó varios segundos en comprender de qué hablaba la chica.

Mata.

Cabos sueltos. Melissa había vuelto para tratar de limpiar los cabos

sueltos. Y eso incluía a Jane.

¿Pero a instancias de quién? Seguramente no de Melissa.

¿De Bryan o de Henry?

"Ella dijo que tomara esto."

Chase se aclaró la cabeza y miró a Jane. Llevaba una pequeña pastilla en la mano. Aunque no podía ver las marcas, Chase sabía exactamente lo que era.

Valaciclovir.

"No-no tomes eso", dijo Chase secamente.

Jane cerró la mano alrededor de la píldora.

"No lo haré."

Pero la chica no lo tiró.

Chase había estado allí. Había guardado bolsas de heroína durante semanas, convenciéndose de que se desharía de ellas más tarde.

Que no lo usaría.

Nunca funcionó.

Las mentiras se abrieron paso lentamente, haciendo tachuelas en su cerebro. Mentiras que le decían que podía controlarlo. Que podía hacer un poco y luego parar.

"Dámelo", insistió Chase.

"Lo tiraré".

Puede que esto no fuera heroína, y ni siquiera te colocaría. Pero era una muleta, era lo único que la desconocida conocía.

"Entrégalo", dijo Chase con firmeza. "*Ahora.*"

Además de la droga, había otra cosa que a Jane le resultaba familiar: la obediencia. Chase se sentía mal por devolverla a aquel lugar, a aquel antro de oscuridad opresiva, pero no tenía elección.

Los dedos de la chica se desplegaron y Chase cogió la pastilla y se la metió en el bolsillo.

Melissa le había dado la droga a Jane y había prometido volver. Jane tenía razón al tener miedo porque Chase no tenía ninguna duda de lo que Melissa le ordenaría hacer.

Mata.

"Gracias.

Chase se dirigió a la puerta.

"Una cosa más", dijo Jane en voz baja.

"¿Sí?"

"La mujer... dijo que *su* nombre era Riley, no el mío. Debo haberme equivocado ayer".

Chase frunció el ceño.

¿Sigues jugando, Brian?

Abrió la puerta de un tirón, pero aún no salió de la habitación.

"¿Cómo... cómo te llamó?" preguntó Chase sin girarse.

Al no obtener respuesta, miró por encima del hombro.

La chica sollozaba.
"Bridget", dijo la chica. "Me llamó Bridget".

Capítulo 53

"No va a venir", dijo Floyd al colgar el teléfono.

Tate le miró.

"¿Qué quieres decir con que no va a venir?"

Floyd levantó un hombro y lo dejó caer.

"Chase dijo que no vendrá".

"Sí, lo entiendo, pero *¿por qué* no viene?"

"No lo dije."

Poco acostumbrado a la forma en que funcionaba el cerebro de Chase, Tate resopló.

"¿Dónde está?" Floyd abrió la boca para emitir una respuesta idéntica cuando Tate añadió: "No importa".

A Floyd le sorprendió lo parecidos que actuaban a veces Chase y Tate.

"Ya hemos terminado, Agente Abernathy. El forense quiere llevarse los cuerpos si le parece bien..."

Tate le hizo un gesto al policía para que se fuera.

"Bien. No hay nada más que podamos hacer aquí".

El teléfono de Tate empezó a sonar y lo contestó. Cuando su compañero le dio la espalda, Floyd sacó su propio teléfono. Sin embargo, no marcó el número de Chase, por mucho que quisiera volver a hablar con ella. Había dejado muy claro que necesitaba hacer algo por su cuenta. Y por muy peligrosa que fuera la propuesta, Floyd sabía de primera mano que no había nada que la detuviera.

Hay un viejo proverbio en el que un sapo y un escorpión están varados a un lado de un arroyo. El agua sube y el escorpión va a ahogarse. Le pide al sapo que le lleve y éste duda, pero acaba accediendo. A mitad de camino, el escorpión pica al sapo. Antes de que ambos mueran, la rana mira al escorpión y le pregunta: "¿Por qué has hecho eso? Ahora vamos a morir los dos".

El escorpión responde: "Porque soy un escorpión y eso es lo que hago".

Chase era Chase, y Chase haría lo que Chase hiciera, sin importar las consecuencias.

Tal vez fuera porque de niña había recibido electroshocks y luego fue adicta a la heroína. O tal vez porque había nacido para ser así. Hacía lo que creía correcto, y si alguien se interponía en su camino, que le ayudara.

Floyd marcó Quantico, en su lugar.

"Agente Summers, ¿alguna novedad sobre la búsqueda que le pedí?"

"Floyd, estaba a punto de llamarte. ¿Tu tipo, Henry Saburra? No hay otras propiedades en Virginia Occidental. Sigo haciendo

búsquedas en otros estados, pero voy a necesitar más tiempo. Hampton nos tiene trabajando en otra mierda. Está todo retorcido por algo".

Floyd hizo una mueca. Cuando el director Hampton estaba de mal humor, lo mejor era apartarse de su camino.

"¿Y Tennessee?"

Floyd escuchó las pulsaciones.

"Sí, parece que Henry fue a la escuela por ahí, la Universidad de Belmont, en Nashville. Esto fue hace veinte, veinticinco años. ¿De qué se trata? Si Hampton pregunta..."

"Dile que estamos trabajando en el caso Columbus, el doctor asesinado. Te debo una, Summers. Si puedes, sigue buscando propiedades de Henry fuera del estado. Gracias.

Floyd vio que Tate tampoco hablaba por teléfono. El hombre miraba fijamente al suelo.

"Tate, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?"

Los pensamientos de Floyd fueron instantáneamente a un lugar oscuro, pensando que algo le había pasado a Chase. Pero eso no tenía sentido: él habría recibido la llamada, no Tate. ¿No?

"Era Margaret", respondió Tate. El hombre parecía conmocionado, algo que Floyd nunca había visto en él. Tate podía transformarse en lo que hiciera falta, un verdadero camaleón en piel humana, pero esto era algo nuevo. ¿Sorprendido? No, Tate nunca se sorprendía.

"¿Quién es Margaret?" Preguntó Floyd.

"La mujer que dirige el refugio para indigentes".

"Mierda, ¿ya se enteró de lo de Martin?" Floyd estaba repentinamente sediento. También le había dado su tarjeta a la mujer de las gafas. ¿Y si le hubiera llamado a él en vez de a Tate? ¿Y si tenía que darle la noticia de que su cocinero había muerto? ¿Que había sido asesinado?

"No", dijo Tate.

Los ojos de Floyd, que se habían desviado hacia la parte trasera de la furgoneta negra del forense, donde tres técnicos intentaban introducir el enorme cadáver de Martin, se dirigieron a su compañero.

"¿Qué? ¿Se lo has dicho? ¿Qué quería?"

"No se lo dije", dijo Tate, sacudiendo la cabeza. "Margaret dijo que, después de mi visita, se puso a buscar en unos documentos antiguos y se encontró con algo. Cuando la chica llegó por primera vez, tenía algún tipo de lesión en la cabeza y necesitaban que la tratara un médico. Y esa vez, llevaba identificación".

Floyd estaba confuso.

"Espera, más despacio, ¿qué chica?"

Tate parpadeó.

"La chica de la fotografía, la que está con Henry y Roger".

Pensando que no era suficiente, Tate sacó la foto de su bolsillo y se la mostró a Floyd.

"Sí, lo entiendo... ¿cómo se llama?"

Tate parpadeó de nuevo, pero no porque Floyd fuera lento de reflejos, sino por pura incredulidad.

"Rebecca Anne Griffith", dijo Tate en voz baja. "Parece que la chica de la fotografía es la hija del Dr. Wayne Griffith III".

Capítulo 54

"¿Esto es por las esposas? Porque ella no va a ninguna parte, sólo pensé..."

"No, no se trata de los puños", dijo Chase. La camisa del joven policía estaba desabrochada. Había estado en el baño cuando ella llegó. "Se trata de que no haces tu puto trabajo".

El policía balbuceó.

"¿M-mi-mi trabajo?"

"¡Sí, tu trabajo! ¡Te dije que escribieras el nombre de cada persona que entra en esta habitación!"

"¡Yo lo hice!", replicó el hombre, tanteando con un trozo de papel que sacó del bolsillo. Estaba gastado y arrugado.

Chase lo cogió, lo abrió y escaneó los nombres. No aparecía Melissa, ni Riley, ni se mencionaba a ningún abogado.

"¿Dónde está el abogado?"

"¿El-el qué?"

Chase sacudió el trozo de papel.

"¡El abogado que la visitó ayer! ¿Dónde está su nombre en esta lista?". Cuando el hombre empezó a lloriquear de nuevo, Chase le empujó el papel contra el pecho. "No importa. Quiero a Jane-Bridget, quiero que trasladen a Bridget".

"¿Perdón?"

Al borde de la desesperación, Chase dio un agresivo paso adelante, ignorando el dolor que sentía en la garganta y el pecho.

"Esa chica de ahí, se llama Bridget. Y quiero que la trasladen", dijo Chase, alzando la voz.

Al final del pasillo, vio al Dr. Heinlin salir de una de las habitaciones de pacientes y mirar en su dirección.

Bien, pensó Chase, *porque también voy a necesitar su cooperación.*

"Me dijeron..." El agente hizo una mueca y se frotó el tríceps con la mano contraria. "Me han dicho que tiene que quedarse aquí".

"Pero te digo, como Agente Especial de la Oficina Federal de Investigación que necesita ser trasladada."

Los ojos del policía se desviaron.

"Aún así..."

"Aún así, *¿qué*? No te estoy pidiendo que traslades a Bridget a otra maldita jurisdicción. Sólo la quiero en otro piso".

Además del masaje en los tríceps y los ojos saltones, el agente empezó a rebotar sobre las puntas de los pies.

"Quiero ayudar, de verdad, pero tengo que llamar a mi jefe. Tomará como dos minutos. No es realmente un gran..."

"¿Qué está pasando aquí?" Preguntó el Dr. Heinlin.

"Agente... la agente del FBI", empezó el agente, claramente incapaz de recordar su nombre, "quiere trasladar a la prisionera".

Cuando el doctor Heinlin le dirigió una mirada, Chase le hizo un sutil gesto con la cabeza. La doctora volvió a mirar al policía y dijo: "Sí, ¿y cuál es el problema?".

"¿El problema?"

"¿Cuál es el problema, oficial?"

"Bueno, n-no es un problema, en realidad, pero tengo que llamar a mi jefe."

"Haga lo que tenga que hacer, oficial. Pero no me importa lo que usted, su jefe o el FBI digan. ¿La chica de ahí dentro? No es una prisionera. Es una paciente. Y quiero que la trasladen". Esto enderezó al policía. "Si quieres ir con ella..."

"Creo que es una gran idea", confirmó Chase. "Asegúrate de que no se aleje".

El policía se quebró.

"Si son órdenes del médico, entonces..."

"Lo es", dijo severamente el Dr. Heinlin.

"Una cosa más", añadió Chase. "Si el buen doctor considera que está en condiciones de ser juzgada y si se presentan cargos...".

"Si los cargos son..."

Chase le interrumpió.

"*Si* se presentan cargos, le contrataré un abogado. No quiero que la represente un abogado de oficio que acaba de aprobar el colegio de abogados".

Todos los ojos estaban puestos en ella, pero Chase no se sentía incómoda. El policía, por otro lado, parecía absolutamente miserable.

"No entiendo. Pensé que habías dicho que su abogado ya estaba aquí. El nombre... no estaba en la lista".

"Ese no era su abogado", intervino Chase. "Como dije, si la acusan entonces contrataré a alguien".

Chase ya tenía en mente a una persona en concreto, el sórdido abogado de Nueva York que había sacado de numerosos apuros al ex detective de la policía de Nueva York Damien Drake: Roger Schneiderman.

Tampoco le importaba si esto era un atroz conflicto de intereses. Chase haría lo que fuera necesario para mantener a Bridget fuera de prisión.

"Vale, vale", cedió el policía. Tanto el doctor Heinlin como Chase vieron cómo entraba en la habitación de Bridget y empezaba a hablar con la chica.

"Gracias por apoyarme", dijo Chase con la comisura de los labios.

"Espero que sepas lo que estás haciendo".

"Yo también".

El policía y Bridget salieron de la habitación, y Chase se alegró de ver que seguía sin esposas.

"Dos pisos más abajo, habitación seis-doce", dijo el Dr. Heinlin, sin saltarse nada.

El policía asintió y empezaron a caminar junto a ellos.

Chase estuvo a punto de soltarlas, pero en el último segundo agarró a la chica del brazo y le dijo: "A veces es mejor que no te acuerdes".

Bridget la miró confusa, pero luego asintió.

Observó cómo llegaban al ascensor antes de dirigirse al Dr. Heinlin.

"¿Te importa si uso esta habitación un rato?" preguntó Chase, indicando la habitación que Bridget acababa de desocupar. "Puedes añadirla a mi cuenta. No necesito enfermera ni médico. Sólo necesito descansar".

"No hay problema. Chase, creo que sé lo que estás planeando, y no quiero decirte cómo hacer tu trabajo, pero..."

"Entonces no lo hagas".

Chase giró y abrió la puerta de la habitación de Bridget. Dentro encontró una bata de hospital sin usar y se la puso por encima. Luego se metió en la cama y se tumbó de lado, de espaldas a la puerta.

Esto era increíblemente incómodo, y podía sentir una horrible presión que subía desde su pecho hasta el hueco de su garganta, pero también era necesario.

Mientras estaba tumbada, Chase se dio cuenta de que no era la primera vez que dormía en la misma cama que un asesino. Pero luego pensó, tal vez Bridget era la más agradable de todas.

Menos de dos horas después de haberse hecho cargo de la habitación de Bridget, y de haberse quedado dormida un puñado de veces, Chase oyó que se abría la puerta.

Ya despierta, siguió haciéndose la dormida.

"¿Bridget?", preguntó una suave voz femenina. Chase escuchó sus pasos acercarse a la cama. "Bridget, soy yo, tu abogado. Te dije que..."

Chase se quitó la sábana de encima, se dio la vuelta y apuntó a la mujer de la puerta con la pistola que sostenía.

"No soy Bridget", dijo con un gruñido. "Y tú no eres abogada, tonta del culo".

Capítulo 55

"No puedes hablar en serio", dijo Floyd aunque sabía que, por una vez, Tate estaba siendo precisamente eso: serio.

Para demostrar su punto de vista, Tate le mostró a Floyd primero la foto que Chase había sacado de la casa de Roger, la misma de los tres que había visto en la nevera de Henry. A continuación, mostró una imagen del Dr. Wayne Griffith III en la morgue.

"¿Ves el parecido?" preguntó Tate, con emoción en la voz. "¿No se parece la chica al Dr. Griffith?"

Floyd no estaba en desacuerdo, pero dos fotografías, una de ellas de un cadáver, distaban mucho de ser pruebas concluyentes.

"¿Quizás?"

"Tienes razón, tienes razón. Coincidencia-podría ser una coincidencia".

Después de todas las veces que Tate había sacado a colación a su anterior compañero Constantine Striker, Floyd finalmente pudo educar a Tate en algo que había aprendido de un compañero suyo: Jeremy Stitts.

"No creo en las coincidencias. ¿Tenemos una identificación que relaciona este crimen con el de Columbus, y los modus operandi son idénticos? Suena como un vínculo definitivo. Escucha, sé que el ADN dio negativo al comparar el cepillo de pelo de la casa de Roger y la chica que lo había matado, pero ¿y la chica que atacó a Chase o la que mató a Wayne?".

"¿Wayne? ¿Crees que su propia hija...?" Tate negó con la cabeza. "Sabes qué, coincidencia o no antes de sacar conclusiones precipitadas, deberíamos ponernos en contacto con Meredith Griffith para ver si realmente tiene una hija".

Floyd sintió que se le subían las pelotas al estómago.

"¿Deberíamos llamarla?"

Tate se lo pensó y luego asintió.

"Llamaré a Meredith Griffith, tantearé el terreno. Si tiene una hija, no sabemos dónde está. Todo lo que sabemos es que alguien con su identificación estuvo en el albergue de indigentes hace un tiempo y que esa chica conocía a Roger Evans y a Henry Saburra."

A Floyd, el monólogo de Tate le sonó como algo que diría como táctica dilatoria.

"¿Estás bien, Tate?"

Tate frunció el ceño.

"No puedo creer que se nos haya pasado esto. ¿Tenemos crímenes cometidos por mujeres jóvenes y no una, sino *dos* de las familias implicadas tienen hijas de las que no sabemos nada? Floyd, la hemos

cagado".

Floyd pensó que Tate estaba siendo excesivamente duro, sobre todo teniendo en cuenta que el hombre no había estado en el mismo estado cuando habían entrevistado a Henry.

Entrevistó a Henry...

"Mierda", maldijo y luego suspiró pesadamente.

"¿Qué?" preguntó Tate. Tenía el teléfono fuera y estaba ansioso por hablar con Meredith Griffith para confirmar la información que le había dado Margaret.

"Tú no metiste la pata, fui yo", dijo Floyd en voz baja. *Y Chase también.*

"Floyd-"

"No, escucha, cuando entrevistamos a Henry, le pregunté si conocía al Dr. Wayne Griffith III. No sé por qué, pero simplemente solté su nombre. Y su cara... la cara de Henry se puso, no sé, rara. Pensé que era extraño en ese momento, pero..."

Estaba a punto de decir, *pero Chase no se dio cuenta, así que lo dejé pasar,* pero no tenía ganas de tirarla debajo del autobús. Floyd terminó su frase encogiéndose de hombros.

Tate asintió consoladoramente.

"Todos metimos la pata".

Marcó el número de la señora Griffith y puso el altavoz. La mujer contestó al cuarto timbrazo.

"¿Sra. Griffith?" Tate comenzó, bajando su voz una octava o dos.

"¿Quién es?", fue la dura respuesta.

"Este es el agente del FBI Tate Abernathy. Nos conocimos hace unos días..."

"Me acuerdo de ti. Estabas allí cuando esa zorra de Julia me atacó en el funeral de mi marido".

Tate miró a Floyd, proyectando en silencio la idea de que esa no era la forma en que recordaba que habían sucedido las cosas.

"Estuve allí. Siento molestarle, pero quería hacerle unas preguntas sobre su hija".

El teléfono quedó en silencio.

Bueno, al menos no contestó inmediatamente con "No tengo una hija, estúpido agente del FBI".

Los segundos pasaban.

"¿Sra. Griffith?"

"¿Qué pasa con ella?" Las palabras de la mujer aún tenían algo de mordacidad, pero mucho menos de masticación.

"No recuerdo haberla visto en el funeral, así que..."

"Ella no estaba allí. Mi marido y yo no la hemos visto en mucho tiempo. No entiendo qué tiene que ver Becca con todo esto. ¿Es esa zorra de Julia? ¿Dijo algo? Porque la he visto merodeando, fingiendo

que pasaba por la casa".

Tate enarcó ambas cejas.

"No, esto no tiene nada que ver con Julia. Nos gustaría hablar con su hija. ¿Es posible?"

"Buena suerte. Ni idea de dónde está. Hace dos años, cogió y se fue. Tenía dieciséis años, no pudimos detenerla aunque lo hubiéramos intentado".

"¿Era la primera vez que se escapaba?"

¿"Primera vez"? No, siempre se escapaba. Esta vez, sin embargo, nunca volvió".

"¿Y su marido y su hija..."

El suspiro de Meredith fue tan dramático y prolongado que a Floyd le sonó a flatulencia incontrolada.

"Mire, Agente Tabernacle, Becca estaba enferma. Creo que estaba metida en drogas, ¿vale? Siempre sucia, olvidándose de lavarse. Olvidándose de comer. La obligué a ir a rehabilitación, pero también huyó de eso. Wayne pensó... mierda, ¿por qué preguntas por ella?"

Floyd estaba bastante seguro de que odiaba a esa mujer, y no usaba esa palabra a la ligera. ¿Cómo podía alguien ser tan insensible? El padre de su hijo muere, ¿y ella no hace ningún esfuerzo por localizarla? ¿Para decirle lo que pasó?

A Tate también le molestó.

"Yo sólo... no la vi en el funeral, eso es todo. Quería..."

"Pero viste a Julia, ¿verdad? ¿Y no estaba... entrando ilegalmente? ¿Qué vas a hacer con ella?"

"Sra. Griffith, lo siento de nuevo por la interrupción que pueda haber causado. Pero Julia Dreger no violó ninguna ley."

Meredith soltó una burla que, aunque no fue tan impresionante como su suspiro, tenía la misma cualidad flatulenta.

"¿No quebrantó ninguna ley? ¿Quieres decir que las putas son legales en Ohio? ¿Follarse a gente como mi marido por dinero? ¿Eso no es violar la ley?"

Tate levantó las manos, rogándole a Floyd que lo ayudara. Pero no había ninguna posibilidad de que Floyd tuviera algo que ver con esta obra.

"De nuevo, siento mucho su pérdida."

"Bueno, si no vas a hacer nada con ella, ¡entonces lo haré yo!"

Ahora le tocaba a Tate suspirar.

"Sra. Griffith, yo..." el teléfono sonó tres veces. "Ha colgado". Tate miró fijamente a Floyd. "¿Qué carajo fue todo eso? ¿Te puedes creer que me haya colgado?".

"Oh, puedo creerlo. Lo que no puedo creer, es cuánto tiempo Wayne la soportó. ¿Y puedes culparlo por buscar algo aparte?"

Tate se rió entre dientes.

"Diablos, no. Deberías haber visto a Meredith y Julia en el funeral, por cierto. Julia no estaba haciendo nada malo, y Meredith estaba a punto de estrangularla".

"No me sorprende", dijo Floyd, poniéndose serio de nuevo. "¿Qué opinas de lo que dijo Meredith sobre su hija? ¿Que dejó de lavarse y de comer? Se parece mucho a nuestros asesinos".

"Claro que sí".

"¿Crees que podría ser... uno de ellos?" Floyd preguntó, volviendo a su pregunta anterior. "¿Podría ser Becca uno de los asesinos?"

"No tengo ni idea, pero hay una persona que podría".

"¿Chase?"

Tate le lanzó otra mirada.

"No, no Chase. La chica del hospital que atacó a Chase. Quién sabe, quizá tengamos suerte y nos diga que se llama Rebecca Griffith".

Capítulo 56

"¿Bridget?"

se burló Chase.

"Mi nombre no es Bridget. Es Chase. Y tú eres Melissa, ¿verdad? ¿O te haces llamar Teresa Long?"

"¿Quién? ¿Qué?", la mujer pálida parecía confusa.

"¿Olvidaste ese nombre? ¿Teresa Long? ¿Te han lavado tanto el cerebro que olvidas el nombre que te dieron tus padres?".

Cuando Melissa dio un paso atrás, Chase levantó la pistola.

"Me llamo Melissa", dijo la mujer mansamente.

"Claro que sí, y yo soy el puto Conejo de Pascua. ¿Qué estás haciendo aquí?"

"Vine a ver a Bridget."

Chase se puso de pie, protegiendo la mitad dolorida de su cuerpo inclinándose en esa dirección.

"Sí, sé que lo eres. Estás aquí para decirle que se suicide".

"N-no", dijo Melissa, pero era una actriz de mierda. Uno pensaría que una mujer adulta que había pasado toda su vida adulta fingiendo ser otra persona sería mejor mintiendo.

"Sí, por eso estás aquí. Pero eso me importa una mierda. Quiero que me digas que Brian te envió aquí para matarme. Quiero que digas las palabras".

Chase esperaba que, incluso hablando ella misma, tuvieran un efecto inquietante y escalofriante, pero parecían naturales. Tal vez fueran las circunstancias, toda la muerte que la había rodeado en los últimos días, o tal vez fuera que se sentía cómoda con la idea de estar muerta.

No hay nada.

"No sé de qué estás hablando", dijo Melissa, reacia a mirarla a los ojos.

Chase arremetió y agarró a la mujer por delante de la camisa con una mano y la acercó tanto que sus narices casi se tocaban.

"Después de conocer a tu pedazo de mierda de marido en el County, él te llamó, ¿no? ¿Qué te dijo? ¿Que la siguiera? No sé cómo descubrió este caso antes que yo, pero lo sabía. ¿Y te dijo que te reunieras con Henry, que consiguieras que una de sus enfermas intentara matarme? ¿No es así? Típico de un hombre como Brian. No dispuesto a hacer su trabajo sucio, contratando a alguien a tres personas de distancia para intentar eliminarme".

Chase pudo ver en los ojos aterrorizados de la mujer que lo que había dicho era verdad, que había dado en el clavo. Pero una cosa era verlo en sus ojos y otra muy distinta oír las palabras de la boca de

Melissa Jalston.

"Dilo", siseó Chase.

En su estado actual, si Melissa decidía intentar zafarse, o simplemente empujar a Chase, ganaría ese concurso de fuerza, sin lugar a dudas. Chase aún tenía su arma, bajada ahora, pero incluso tan furiosa como estaba, la probabilidad de que la usara para algo que no fuera una amenaza era muy improbable.

Pero Melissa Jalston no era una mujer que se defendiera. Brian se había asegurado de eso. Era una mujer que, como la hermana de Chase, había sido secuestrada a una edad temprana y adoctrinada. Había pasado toda su vida sometida a Brian, a Timothy o a ambos.

No, no iba a defenderse ahora.

"No sé de qué estás hablando", dijo Melissa en voz baja. Cada mentira adicional que salía de su boca era dicha en una octava más baja. Unas cuantas más y ni siquiera emitiría sonidos, sólo movería los labios.

"¡Dilo!" dijo Chase dándole a la mujer una fuerte sacudida, la más fuerte que podía lograr en su estado actual con una sola mano.

"Lo siento, no lo entiendo."

Asqueado, Chase lo soltó y dio un paso atrás.

"Por supuesto, lo entiendes. Sabes *exactamente* de lo que estoy hablando".

Y sin embargo, aunque ambos sabían que decía la verdad, Chase también sabía que bajo ninguna circunstancia esa mujer iba a decir nada que incriminara a Brian Jalston. Así lo había demostrado cuando Chase la había rescatado y, sin embargo, Melissa, como todas las demás chicas excepto Georgina, no sólo se había quedado, sino que lo visitaba semanalmente en la cárcel.

Chase maldijo en voz baja y trató de contener su ira.

Al igual que Bridget, Melissa era un implemento, una herramienta, un dispositivo manipulado y coaccionado para actuar.

"Matar".

La palabra viene de ninguna parte y de todas partes y llena cada poro pútrido y cada cavidad fétida.

"Matar".

Chase guardó la pistola en su funda. Melissa no reaccionó. Se quedó allí de pie, como una especie de autómata que hubiera completado su circuito de codificación y esperara nuevas instrucciones.

Las similitudes entre Melissa y Bridget eran asombrosas.

Y aterrador.

Melissa podría no implicar a Brian, pero eso no significaba que no pudiera hablar. Con el fin de llegar a Chase, ella debe haberse comunicado con Henry, de alguna manera. Incluso podría saber dónde

está.

Chase estaba convencido de que el hombre del gato estaba detrás de esto y que probablemente tenía a otras chicas como Bridget bajo su control. Chicas enfermas, chicas ya muertas pero a las que podía convencer para que mataran.

Tenía que encontrar a Henry y detenerlo antes de que muriera más gente.

"¿Te acuerdas de Riley?" preguntó Chase, cambiando por completo su enfoque. Sabía que era la forma más probable de obtener una respuesta sustancial de Melissa, pero también sabía que sus palabras les escocerían profundamente a ambas.

"Por supuesto. Riley es mi hermana".

No es tu hermana; le lavaron el cerebro para que formara parte del harén de Brian y Tim.

Chase bajó la mirada.

"Está muerta. Lo siento... Riley está muerta".

Melissa jadeó, pero como no dijo nada, Chase levantó la vista. Melissa abrió mucho los ojos, pero enseguida los entrecerró con desconfianza.

"¿Brian no te lo dijo? Riley está muerta, Melissa. Por eso vine a visitarle al County, porque también era mi hermana".

Tal vez fuera el tono de Chase, o tal vez la tristeza que sentía se reflejaba en sus facciones.

Pero esta vez, Melissa pareció creerla.

Entonces empezó a sollozar.

Chase tardó unos segundos en darse cuenta de que la mujer decía algo entre estallidos de emoción húmeda.

"¿Qué? No te entiendo".

Melissa se frotó la nariz.

"¿Georgina? Es Georgina... es ella... es Georgina..." Eso fue todo lo que pudo hacer.

Chase se hizo una idea, pero era confusa. Georgina... Riley...

Me di cuenta. Melissa se refería a su sobrina Georgina, no a su hermana. La niña que Brian estaba tratando de secuestrar.

"Ella está viva. Está conmigo".

Chase dejó que sus palabras calaran hondo y vio que Melissa se preocupaba de verdad por Georgina. ¿Y por qué no iba a hacerlo? La mujer había estado con la pequeña Georgina durante los primeros cuatro o cinco años de su vida. Diablos, conocía a la niña desde hacía más tiempo que Chase, y tal vez incluso había influido más en su educación. Y a pesar de haber crecido en una secta de culos, Melissa y sus "hermanas" habían hecho un buen trabajo criando a la niña. Georgina era inteligente, y Georgina estaba de alguna manera bien adaptada.

Y Melissa la quería.

Lo que Chase estaba a punto de hacer, colgar no una zanahoria, sino un niño de pelo naranja, estaba muy, muy mal.

Pero era lo único que creía que funcionaría.

"¿Quieres ver a Georgina?"

La mujer asintió enérgicamente, haciendo que las lágrimas que se habían acumulado en su barbilla cayeran en cascada sobre la parte delantera de su camisa.

"Te dejaré verla".

"¿Dónde está?" preguntó Melissa desesperadamente. "¿Está aquí? ¿Está...?"

La voz de Chase se endureció.

"Te dejaré verla si me llevas con Henry. Si me llevas con el hombre que convenció a Bridget para intentar matarme, te dejaré ver a tu hija".

Melissa siguió asintiendo y llorando mientras hablaba a continuación, y Chase sintió una punzada de culpabilidad. Sucedió que se centralizó alrededor del vendaje que tenía sobre la clavícula.

"De acuerdo", aceptó Melissa. "Te llevaré con él. Pero por favor, no lastimes a Georgina".

Capítulo 57

"¿Mujer bajita con pelo gris claro? ¿Joven?" dijo Tate, llevándose la mano a la altura de la cintura.

El médico miró a los dos agentes con el ceño fruncido.

"Oh, vamos. Me cuesta creer que la aguerrida agente del FBI estuvo aquí, ¿y tú no la recuerdas?".

"Lo siento, acabo de llegar a la sala", respondió el médico. "Uno de mis colegas..."

"¿Todo bien, Dr. Parker?", preguntó otro hombre con bata blanca.

"Sí, estos hombres son..."

Floyd salió de detrás de la sombra de Tate.

"¿Dr. Heinlin? Conoce a Chase... quiero decir, al agente Adams", dijo Floyd.

"Por supuesto, la cosí dos veces". El Dr. Heinlin palmeó la espalda del Dr. Parker, aliviando a este último.

"¿Dos veces?" preguntó Floyd.

El Dr. Heinlin hizo una mueca.

"¿Ella no... no te lo dijo?"

"Chase es una gran agente, ¿pero la comunicación? No es su fuerte", dijo Tate.

Eso sí que es quedarse corto, pensó Floyd.

"El agente Adams llegó ayer por la mañana, se desplomó sobre una de las enfermeras. Deshidratada, desequilibrio electrolítico. Sus puntos se habían roto".

"Jesús, ¿está bien?"

El Dr. Heinlin les hizo un gesto para que le siguieran mientras caminaba por el pasillo.

"Estaría mejor si descansara. Pero creo que todos sabemos que eso no va a pasar".

"¿Qué hay de la chica? ¿La que la atacó?" preguntó Tate.

"Se está recuperando". El médico se detuvo y los miró. "La agente Adams no les dijo nada, ¿verdad?"

Floyd negó con la cabeza.

"Creo que la chica, que dice llamarse Bridget, padece una rara enfermedad psicológica llamada 'Cotard'. Los individuos con Cotard pueden mostrar una miríada de síntomas, pero un tema común es que todos ellos creen que están, de hecho, ya fallecidos."

Floyd y Tate intercambiaron una mirada cuando el Dr. Heinlin echó a andar de nuevo.

"¿Ya está muerto?" preguntó Floyd. La afirmación era tan extraña que exigió confirmación. Llegó en forma de un asentimiento entusiasta.

"Es extremadamente raro y, como tal, sólo hay un puñado de informes de casos en la literatura. El caso de Bridget tiene dos características bastante singulares: la primera es que atacó a su pareja. Casi todos los casos registrados se refieren a autolesiones y no a violencia contra otros. Creo que alguien la estaba convenciendo, no, *influyendo* para que se comportara así".

"¿Y el segundo?"

"Había altos niveles de un popular medicamento contra el herpes en su sistema, niveles *extremadamente* altos. Un raro efecto secundario de este tratamiento puede incluir el Síndrome de Cotard".

Floyd agarró el brazo del doctor y se detuvieron de nuevo.

"¿Valaciclovir?", preguntó.

El médico arrugó el ceño.

"¿Cómo lo hiciste-sí, esa es la droga."

Floyd se volvió hacia Tate.

"Martin no daba la medicina a las chicas para ayudar a limpiarlas, lo hacía para que *enfermaran más*".

Tate asintió y se dirigió al médico.

"Si bombeas a alguien tan lleno de Valacyc-lo-que-sea, ¿podrías convertirlo en zombi?"

Los labios del Dr. Heinlin se torcieron desagradablemente ante el uso de la palabra, pero de algún modo parecía aplicable.

"Lo dudo. Tanto el efecto secundario como la enfermedad son extremadamente raros. Si fuera tan sencillo, habría muchísima más gente como Bridget".

"La gente normal, sin embargo, ¿no?" Tate continuó. "¿La mayoría de la gente que toma esta droga es normal? ¿Pero qué pasa con la gente que ya está enferma? ¿Personas deprimidas, adictas, tal vez sin hogar? ¿Personas con otras afecciones psiquiátricas?"

El Dr. Heinlin lo consideró.

"Tal vez", fue todo lo que el hombre cauteloso pudo ofrecer. "Tu compañero está aquí".

Habían llegado al final del pasillo y Floyd observó que había una silla junto a la puerta.

"No, no lo está", dijo Tate, apartando la cara del cristal.

"¿Qué?" El Dr. Heinlin abrió la puerta y entró. Floyd le siguió. La habitación estaba vacía. "Estuvo aquí", dijo el doctor, dándose la vuelta.

"Bueno, ya no lo es. Floyd-"

"En ello".

Floyd ya estaba marcando el número de Chase.

"Ella *estuvo* aquí", repitió el Dr. Heinlin. "Cambió de sitio con Bridget después de la visita de su abogado".

"¿Su abogado?" Tate preguntó.

Floyd escuchó con una oreja cómo su llamada saltaba al buzón de voz.

"¿Pensé que habías dicho que lo único que le interesa a la gente con Cotard es autolesionarse? ¿Por qué contrataría a un abogado?"

Floyd volvió a intentarlo con Chase con el mismo resultado.

"Yo no... ella estaba mejorando... lo está haciendo", el Dr. Heinlin tropezó con sus palabras. "I-"

"¿Llamó a alguien?" Tate presionó.

El Dr. Heinlin negó con la cabeza.

"Yo... ella... la agente Adams pidió la habitación, para cambiarlos, y yo..."

Estaba claro que el médico se sentía frustrado consigo mismo, pero la culpa estaba mal colocada. Chase tenía un don con la gente, sobre todo con los hombres, una forma de conseguir que hicieran lo que ella quería.

"No contesta", dijo Floyd.

Tate asintió.

"¿Dónde está Bridget?"

"Otro piso, sígueme."

Mientras se apresuraban hacia el ascensor, sonó el teléfono de Floyd.

"¿Chase?"

"Soy Summers. Sólo haciendo un seguimiento."

"Estoy a punto de entrar en un ascensor, date prisa."

El tono de la agente Summers cambió.

"Por supuesto. No encontré ninguna propiedad inmobiliaria adicional dentro o fuera del estado para Henry Saburra".

"Gracias".

Floyd bajó el teléfono, pero Summers aún no había terminado.

"¿Pero investigué al tipo que fue asesinado? ¿Roger Evans?"

Ahora tenía el teléfono pegado a la oreja.

"¿Y?"

"Tiene una cabaña de caza en el extremo sur del Bosque Estatal de Kanawha. Bastante remoto, me imaginé..."

"Gracias. Envíame la dirección".

Esta vez colgó y llegó el ascensor. Floyd transmitió esta información a Tate mientras bajaban unas cuantas plantas. El Dr. Heinlin murmuró para sí mismo durante todo el trayecto.

Las puertas del ascensor se abrieron, pero el médico no hizo ademán de salir.

"¿Doc?" Tate preguntó. "¿Dónde está Bridget?"

Floyd no esperó respuesta. Vio a un joven policía fuera de una habitación y corrió hacia él. El policía lo vio venir y se puso en pie de un salto.

"¿Dónde está?" Preguntó Floyd.

"¿Qué...? ¿Quién?"

Floyd frunció el ceño, apartó al agente y abrió la puerta.

"¡Oye, no puedes entrar ahí!"

Había una mujer joven con el pelo rubio hasta los hombros junto a la ventana. Cuando Floyd irrumpió en la habitación, ella se volvió para mirarle.

Su aspecto era tan sorprendentemente normal que a Floyd le pilló por sorpresa. Pero entonces vio sus ojos y los feos moratones morados que tenía por toda la garganta y supo que no se trataba de un error.

Que ésta era la persona que había atacado y casi matado a su compañero.

Floyd se acercó a ella.

"¿Dónde está?", exigió. "¿Dónde coño está Chase?"

Capítulo 58

El plan inicial de Chase era que Melissa condujera el coche. El problema era que la mujer no tenía ni idea, nadie le había enseñado.

Chase no debería haberse sorprendido. En la Academia había aprendido que una de las primeras cosas que hacían los secuestradores era quitarles todos los medios de transporte razonables. En este caso, la casa de Brian y Timothy Jalston era remota, estaba aislada y, si Chase no recordaba mal, los hombres sólo tenían un vehículo.

Como resultado, Chase se vio obligado a conducir. Mantuvo su pistola en el regazo mientras seguía las indicaciones de Melissa, pero dudaba que fuera necesario. Una vez que el plan que Brian había urdido fracasó, Melissa no supo qué hacer a continuación. Chase se limitó a proporcionarle la orientación que necesitaba y la pauta de obediencia continuó.

"Yo nunca haría daño a Georgina", dijo Chase distraídamente. Le había perturbado el comentario de Melissa en el hospital. Aunque no solía preocuparse por lo que pensaran los demás, la idea de que una desconocida supusiera que había hecho daño a una niña, su sobrina, le decía algo.

Chase no estaba seguro de si era un comentario sobre ella o sobre Melissa.

"Lo sé. El tono de Melissa sugería lo contrario, pero Chase sabía que no debía insistir.

Conducía rápido, demasiado rápido, y salieron rápidamente de la ciudad. Chase vio señales de Kanawha State Forest y preguntó a Melissa si era allí adonde se dirigían.

Esto pareció confundir a la mujer.

"No, no un bosque, una cabaña."

Chase cogió su móvil y luego maldijo.

Estaban fuera de alcance.

"¿Cómo has llegado hasta aquí? Si no conduces, ¿cómo has llegado hasta aquí?". Chase dudaba que los autobuses salieran por aquí.

"No lo hice. Me encontré con Henry en su casa. Después... de que... terminara, se suponía que me encontraría con él en la cabaña".

"¿Ibas a caminar?"

Melissa se encogió de hombros y a Chase se le ocurrió una idea de repente.

"Espera, ¿estabas allí? Cuando Floyd y yo fuimos a entrevistar a Henry, ¿estabas en su casa?"

Melissa asintió.

"Te he visto".

"Joder".

Si hubiera presionado más a Henry, tal vez nos habría dejado entrar. Y si hubiera visto a Melissa...

En ese momento, Chase había estado distraído, intentando ayudar a Floyd a superar su ansiedad.

Debería haber estado más concentrada. Debería haberme concentrado en Henry.

Maldijo por segunda vez y luego se calló.

Después de cinco minutos, Melissa dijo: "Es una izquierda aquí".

El coche se sacudió cuando Chase giró hacia una carretera aún menos cuidada. Ya no tenía ganas de hablar. Sabía que había cometido un error, varios errores, que habían costado la vida al menos a dos personas: Martin y su asesino. Pero Chase también sabía que necesitaba que Melissa le revelara más cosas sobre Brian.

Necesitaba munición para cuando volviera a encontrarse con Brian. Si podía llegar a él con alguna prueba concreta de su implicación en este plan de asesinato a sueldo, quizá se echaría atrás y dejaría de perseguir a Georgina.

En cualquier caso, Brian Jalston nunca iba a tenerla, ni siquiera se acercaría.

"Brian te dijo que me mataras, ¿verdad? Quiero decir, no directamente, ¿pero a través de un apoderado?"

Melissa bajó la mirada.

"No es así".

"Es exactamente así. Brian te dijo que vinieras aquí, a Charleston, para reunirte con un hombre que arreglaría que me mataran".

"No."

"Sí", casi gritó Chase. Melissa dio un respingo pero se negó a levantar la cabeza. "¡Mírame, Teresa! Teresa Long, *¡mírame!*" Y entonces lo hizo. Pero en lugar de que las lágrimas de la mujer calmaran a Chase, sólo sirvieron para enfurecerla. "¡Deja de mentir, joder! ¡Deja de mentir para protegerle! ¡Él te violó! ¡Brian te secuestró y te violó! Deja de mentir por él".

Melissa negó con la cabeza.

"Sólo me dijo que enseñara tu foto y me quedara por aquí. Eso es todo". Se limpió la nariz. "Sólo dale a Henry una foto y algo de dinero".

Henry... es él. Él está detrás de esto. Él y Brian.

Pero esta confirmación no trajo consigo ningún grado de orgullo, sino de repulsión.

"Pero no era eso, ¿verdad?" Chase dijo, su ira se desvaneció. "Porque volviste. Volviste y le diste a Bridget otra pastilla. ¿Qué ibas a hacer? ¿Decirle que se suicidara? ¿Exigirle que terminara el trabajo y se suicidara? ¿Igual que las chicas que mataron al Dr. Griffith y a Roger y Martin?"

Melissa empezó a llorar y se tomó la cara entre las manos.

"No, sólo me dijeron que se lo diera. Eso es todo. Yo no... yo no sé nada. No sé lo que estoy haciendo".

Chase no se lo creía.

"¿Pero sabías que era yo? Tenías la foto y me viste ese día..." *El día que te salvé, el día que te liberé.* "El día que maté a Tim." Había empezado a sentirse mal por la mujer, pero cuando dijo esta última parte y Melissa jadeó, Chase redobló la apuesta. "Tenías que saberlo".

"Sabía que eras tú", admitió Melissa al fin. "Pero no me dijo lo que iba a pasar. Brian sólo dijo que nos estabas separando, que intentabas que se quedara en la cárcel. Y Georgina...", se interrumpió.

"¿Qué pasa con Georgina?" Chase siseó.

"Dijo que la tenías y que no la devolverías".

"Y nunca lo haré. Porque ella no es tuya. ¿Por qué no puedes ver eso?"

Melissa se limitó a negar con la cabeza.

No es culpa suya, le recordó algo en el fondo de la mente de Chase. Agarró con fuerza el volante.

"¿Para qué creías que le pagabas a Henry? ¿Por qué pensaste que necesitaba una foto mía?"

"Yo no pregunté", dijo Melissa simplemente. "Yo sólo... sólo hago lo que Brian me dice que haga".

Los músculos del cuello de Chase se tensaron. Ya lo había oído antes, no con el nombre de Brian, sino con una voz procedente del éter.

Este pensamiento aleccionador provocó otro silencio, interrumpido por alguna que otra indicación de Melissa.

El tiempo hizo su magia y Chase acabó por calmarse. Cuando estuvo casi en estado de reposo, empezó a hacer más preguntas.

"¿Cómo sabía Brian lo de Henry?"

Melissa se encogió de hombros.

"No lo dijo".

Chase se quedó mirando a la mujer durante cinco segundos. Las mejillas de Melissa seguían mojadas, los ojos húmedos, pero ya no lloraba. En cambio, parecía asustada. Parecía una niña asustada y no una mujer a la que habían pillado solicitando un asesinato.

El coche de Chase chocó contra un feo bache de la carretera y ella se vio obligada a desviar la atención. Cuando miró hacia atrás, no vio a Melissa, sino a su hermana.

"¿Cómo era ella?" Chase preguntó en voz baja.

Melissa sonrió, sabiendo exactamente a quién se refería.

"Riley era una de las mujeres más fuertes que he conocido".

Chase pasó por alto deliberadamente el hecho de que la exposición de Melissa a otras mujeres era extremadamente limitada.

"Ella era... era inteligente. Y aunque Brian y Timothy a veces se enfadaban con nosotros, nunca se enfadaban con ella. Porque sabían... sabían que ella no lo soportaría".

Esto hizo sonreír a Chase.

"Riley era especial", continuó Melissa, con la voz un poco quebrada. "No puedo... no puedo creer que se haya ido".

Chase quería hacer más preguntas sobre su hermana, pero temía derrumbarse. Y no quería llorar delante de aquella mujer. No es que le preocupara parecer débil, sino más bien que no podía permitirse aparecer al mismo nivel que Melissa. Tampoco tenía nada que ver con el orgullo: Chase aún tenía trabajo que hacer.

Un trabajo que puede requerir que Melissa obedezca quizá una o dos órdenes más.

"¿Cómo es *ella*?"

Si hubiera sido cualquier otra persona la que hubiera hecho esta pregunta, Chase la habría fulminado con la mirada, pero con Melissa no había segundas intenciones.

Sólo quería saber cómo le iba a una persona, a una niña, a la que quería mucho. Y a Chase, incluso en su hora más oscura, le habría resultado difícil contenerse.

"Es inteligente", dijo Chase en voz baja. "Georgina es lista, muy lista, con los pies en la tierra, divertida. Terca... joder, es terca".

Melissa sonrió y no preguntó nada más. Hablar de Georgina también le resultaba doloroso.

"¿Estamos cerca?"

Melissa miró por la ventana y Chase vio que los labios de la mujer se movían como si estuviera recitando instrucciones en silencio.

"A la izquierda", Señaló un camino aún más pequeño que estaba casi completamente oculto por arbustos. "Allí."

Chase giró hacia el camino de tierra.

La maleza era espesa y, justo cuando pensaba que Melissa se había equivocado, llegaron a un claro.

Y Chase la vio: una pequeña cabaña de caza, de madera, con la mitad inferior cubierta de vegetación.

Chase paró inmediatamente el motor, abrió la ventanilla y escuchó. Oyó sonidos del bosque, pero eso fue todo.

Miró a Melissa y se sintió inmediatamente en conflicto. Chase no quería esposarla; si no regresaba, Melissa estaría atrapada. Pero tampoco podía permitirse que la chica quedara libre.

Chase comprobó su teléfono, aunque sabía que no habría señal.

"Mierda. Lo siento", dijo. "Volveré."

Melissa no protestó. De hecho, extendió una mano para facilitar el acceso de Chase a su muñeca. Chase esposó sin apretar a la mujer al pomo de la puerta.

"Volveré", dijo, y salió del coche, pistola en mano.

Pero cuanto más se acercaba a la cabaña, menos segura estaba Chase de este hecho.

Capítulo 59

"¡Dime dónde está Chase!"

La chica a la que Floyd agarraba por los brazos parecía aterrorizada.

"No lo sé. ¡No lo sé!"

Tate los separó.

"¿Cómo que no lo sabes?" preguntó Floyd. Se dio cuenta de que tanto el doctor Heinlin como el policía se habían unido a él en la pequeña habitación, que empezaba a parecer claustrofóbica. Dio un paso atrás y dejó que Tate se hiciera cargo a partir de ahí.

"Es que no lo sé".

"¿No sabe adónde fue el agente Adams?" Aclaró Tate, su voz sorprendentemente calmada. "¿Sabes de quién estamos hablando?"

La aterrorizada muchacha asintió.

"Chase... estás hablando de Chase. Pero no sé adónde ha ido. He estado aquí", indicó la habitación, "todo el tiempo".

"¿Y antes?" Floyd preguntó, su ira regresando "¿Antes de que la atacaras?"

"Yo sólo... no lo recuerdo. Algún lugar oscuro y..."

"¿Y qué?"

"Eso es."

Floyd no sabía qué le indignaba más, si la falta de información o el convaleciente encogimiento de hombros de la mujer.

"Ella todavía se está recuperando", ofreció el Dr. Heinlin. "Su memoria es imperfecta".

"¿Imperfecto?" Floyd se quedó boquiabierto. "Yo no..."

Tate maniobró con pericia desde su posición entre Floyd y Bridget a entre Floyd y el Dr. Heinlin.

"Es mejor que no la agitemos", aconsejó el médico.

Fue un error decirlo: la principal preocupación de Floyd era su compañera, no su intento de asesinato.

"¿Dónde está Chase?", preguntó a la sala.

El Dr. Heinlin se puso a la defensiva.

"Ella nunca me dijo nada. Sólo que quería usar la habitación".

Floyd levantó los brazos. Sintió un terrible presentimiento. Siempre que Chase desaparecía, ocurrían cosas malas.

Sobre todo a ella.

"¿Dónde *coño* está Chase?"

"Floyd, date un paseo", dijo Tate.

"¿Qué?"

"¡Vamos, fuera!"

Los labios de Tate estaban tan apretados que se ocultaron tras su

bigote.

"¡Joder!" Una última mirada a todos los presentes y Floyd escuchó por fin a su compañero. En el pasillo, volvió a intentarlo con Chase, pero fue en vano. A continuación, volvió a llamar a Summers.

"¿Floyd? ¿Conseguiste la dirección?"

"Sí, necesito que me des la localización del teléfono de Chase". Cuando no hubo respuesta, dijo: "¿Summers? ¿Estás ahí?"

"Sí, estoy aquí. Sólo que no estoy seguro de lo que me estás preguntando".

Para Floyd, había sido dolorosamente claro: la ubicación de todos los agentes activos del FBI podía rastrearse a través de sus teléfonos móviles, y necesitaba saber dónde estaba Chase.

"Agente Adams... necesito que rastrees su móvil."

"No la tengo aquí", respondió Summers.

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir, la Agente Adams no está en mi lista activa. No puedo rastrearla".

Floyd sintió que su visión empezaba a hacerse un túnel.

"¿No lo está?"

"No, no está activo. Floyd, ¿qué está pasando?"

"Nada", dijo mansamente.

"Quieres..."

"No, tengo que irme".

Floyd colgó, pero antes de que pudiera asimilar las palabras de la agente Summers, Tate salió de la habitación.

"El doctor Heinlin se puso en contacto con seguridad", dijo Tate, con el rostro aún severo. "Tienen un vídeo de Chase saliendo del hospital con una mujer".

"¿Una mujer? ¿Quién?"

Tate negó con la cabeza.

"No lo sé."

Floyd miró hacia el cielo.

"¿Qué coño es este puto caso? ¡Nadie sabe nada!"

"Cálmate."

Floyd fulminó a Tate con la mirada.

"¿Que me calme? ¿De qué me estás hablando? ¿Han secuestrado a Chase y me dices que me calme?"

"Floyd, ¡cálmate de una puta vez! Chase no fue secuestrado. Contrólate".

Floyd se lamió los labios y se quedó mirando.

"¿Cómo lo sabes?"

"Porque no era la mujer la que guiaba a Chase fuera del edificio, era al revés".

Floyd no podía creer lo que estaba oyendo.

¿Chase requisó la habitación de Bridget tras la visita de su abogado y luego, cuando viene otra persona, la secuestra y desaparece?

Algo no encajaba. No es que Floyd no creyera a Chase capaz de semejante acto -la había visto hacer cosas peores-, pero la verdadera pregunta era *por qué.* ¿Qué relación tenía esta mujer con Henry o con las otras chicas?

"La persona que estaba con Chase..."

"No, era normal. Una mujer con un traje gris", dijo Tate, prediciendo lo que Floyd iba a decir.

"¿Y estaba el policía cuando llegó el abogado?". preguntó Floyd, aún intentando entender qué estaba pasando. "¿Estaba fuera de la puerta cuando ella la visitó? Quiero saber si el abogado era la misma persona con la que se fue Chase". Floyd hizo una pausa. "Y *cuándo...* quiero saber cuándo se fueron".

"Preguntaré".

Tate asintió y desapareció en la habitación, dejando a Floyd a su suerte.

Chase es ilocalizable. Chase pagó en efectivo su habitación de hotel y su visita al hospital. Chase me hizo llamar a Summers y no lo hizo ella misma.

Floyd negó con la cabeza.

¿Qué demonios está pasando aquí?

Tate volvió a salir de la habitación.

"No puedo saberlo con certeza, pero la descripción de las dos mujeres es la misma". Mientras decía esto, Tate se levantó para pasarse una mano por el pelo. "Y eso fue hace más de una hora".

Tenía una mancha oscura alrededor de la axila de su camisa blanca.

Camisa blanca... Floyd pensó... *vestido blanco.*

Chasqueó los dedos.

"Vamos", dijo, moviéndose ya en dirección al ascensor.

"¿Dónde?"

Al darse cuenta de que Tate no le seguía, Floyd miró a su compañero por encima del hombro.

"Floyd, ¿adónde vamos?"

"Después de Chase", dijo Floyd. Cuando esto fue insuficiente para que Tate se moviera, añadió: "La cabaña de caza de Roger Evans, ahí es donde. Y date prisa de una puta vez porque tenemos que recuperar tiempo".

Capítulo 60

Una vez más, fue el olor lo que hizo saber a Chase que estaba en el lugar correcto. Y entonces se reprendió a sí misma por no estar mejor preparada. Cuando llegó a menos de seis metros de la cabaña de madera, el hedor de la putrefacción era tan horrible que parecía empujarla como una barrera física.

Con arcadas, Chase se tapó la boca y la nariz con la sudadera de Audrey y saboreó el dulce olor de su sudor por llevar dos días sin lavarse. El pequeño porche con barandillas de madera podrida no parecía tener abertura ni escaleras, lo que sugería que Melissa la había conducido a la parte trasera de la cabaña. Chase hizo un gesto de dolor cuando se subió a una de las tablas que sobresalían y luego levantó la pierna por encima de una parte de la barandilla que se había derrumbado casi por completo.

Sintió que algo se estiraba y tiraba de su cuello, pero no se atrevió a mirar si el vendaje sangraba. Romper sus nuevos puntos ahora no tenía importancia.

Sus primeros pasos hacia la puerta trasera de la cabaña fueron suaves y cautelosos. Pero cuando Chase descubrió lo blanda y podrida que estaba la mayor parte de la madera, pasó de hacer el menor ruido posible a no querer caerse y torcerse un tobillo.

La puerta estaba en un estado de deterioro que rivalizaba con la cubierta. Estaba torcida en el marco y una de sus dos bisagras estaba rota. Chase intentó mirar a través de los numerosos huecos de la madera, pero alguien había colocado una gruesa cortina o un tejido similar en el interior. Lo primero que pensó fue que era para evitar que alguien viera el interior, pero al mirar a su alrededor, le pareció poco probable. No sólo la cabaña estaba aislada y la posibilidad de que alguien pasara por allí era muy remota, sino que la puerta no parecía cerrada con llave. Cualquiera podía agarrar la manilla oxidada y abrirla de un tirón.

Esto sólo podía significar una cosa. Las cortinas o lo que fueran, no estaban pensadas para evitar que alguien mirara hacia dentro, sino hacia *fuera*.

Oscuridad.

No, oscuridad no. La noción de oscuridad sugiere la presencia de luz.

No hay luz.

No hay nada.

Chase aspiró profundamente por la boca y abrió la puerta con cuidado. Para su sorpresa, no crujió, sino que se movió suave y silenciosamente. Preocupada por llenar de luz el interior del espacio enmohecido, Chase no realizó las comprobaciones habituales de las

esquinas, simplemente se deslizó dentro y cerró la puerta tras de sí.

Luego se quedó completamente quieta, intentando adaptarse a la oscuridad que la envolvía, tratando de percibir el movimiento, las diferencias en las manchas grises o negras que pudieran indicar la presencia de alguien.

Pasó un segundo, luego cinco. Poco después, se dio cuenta de que el suelo era en su mayor parte tierra húmeda.

Chase se acordó de algo que había dicho Floyd, transmitiendo información del forense sobre cómo era casi imposible tomar las huellas dactilares de estas chicas debido a que su piel estaba tan podada y húmeda.

Estoy en el lugar correcto. Tengo que estarlo.

Vio movimiento en la esquina de la cabina. Un parpadeo, una perturbación en profundidad.

Chase levantó su arma.

"Manos arriba", ordenó. Su voz atravesó el estruendo como la de un herrero que sumerge en agua una espada nueva.

Una forma humanoide se adelantó y levantó dos manos.

Chase se dio cuenta inmediatamente de que se había equivocado. Los brazos eran demasiado delgados, el pelo demasiado largo y grasiento.

Era una persona, como había sospechado, pero no era el hombre de la máscara.

Se oyó un arrastrar de pies detrás de ella y Chase hizo girar los talones sobre el suelo blando.

Era Henry. Al menos, estaba bastante segura de que era Henry. Era difícil saberlo con certeza, con la cara cubierta por una máscara antigás y el resto del cuerpo oculto por ropas oscuras. Pero Chase recordaba esa postura, el modo de andar.

"No te muevas, joder", ordenó, dando un paso atrás para poder distinguir a la chica de la esquina en la periferia mientras mantenía su arma apuntando al hombre. Llevaba algo en la mano derecha.

Un cuchillo de caza, uno que se parecía mucho a los que habían encontrado en las escenas de los dos asesinatos.

Y la que casi acaba con su vida.

"Déjalo", dijo.

"No es lo que piensas".

La voz apagada no hizo nada para confirmar o negar que se trataba de Henry. La máscara daba a las palabras del hombre una extraña propiedad que molestaba a los oídos de Chase. Aunque estaba de pie a menos de tres metros de ella, con los ojos cerrados le habría costado localizar la fuente, la dirección o la ubicación de la voz.

La palabra viene de ninguna parte y de todas partes y llena cada poro pútrido y cada cavidad fétida.

Chase sacudió la cabeza para despejarse de aquel pensamiento extraño e inconexo. Si antes no se le habían roto los puntos, ahora sí. Sintió que un líquido caliente empezaba a salir de la herida.

"Suelta el cuchillo y quítate la máscara". Chase se aclaró la garganta y encogió el hombro izquierdo con incomodidad. "Hazlo".

El hombre levantó una mano y le mostró a Chase la palma mientras se agachaba un poco para bajar el cuchillo a la tierra, sus movimientos lentos y deliberados. Su mano derecha, ahora vacía, se dirigió a la máscara y, cuando empezó a despegársela de la cara, Chase detectó movimiento.

Procedía de la misma esquina que la ocupada por la chica, pero no era ella.

Era otra persona.

Otra chica que ya estaba muerta. No mucho más que un cadáver, era la más decrépita hasta el momento. Piel imposiblemente arrugada, cada ángulo formado por cada articulación aguda. Ojos tan hundidos que se cuestionaba su existencia. Sin labios, sólo una rendija que revelaba más de esa omnipresente oscuridad interior.

"¡Quédate ahí!" dijo Chase, tragando bilis. Además de la sudadera, utilizó el pliegue del codo para taparse la nariz y la boca.

El cadáver obedeció, pero su propósito se había cumplido.

Chase se había distraído el tiempo suficiente para que se produjera el ataque. Pero no procedía del hombre que llevaba la máscara, ni de los dos caparazones de seres humanos.

En cambio, vino de la esquina detrás de ella, la única que Chase no podía ver.

Capítulo 61

La mancha salvaje voló hacia la cara de Chase como una bala orgánica. Ella se dio cuenta justo a tiempo de mover la cabeza para evitar que el gato le arrancara los ojos, pero al hacerlo, la sudadera protectora se le escapó de la cara. Las garras rastrillaron la mejilla de Chase y una de ellas quedó atrapada cerca de la comisura de sus labios. Ella dio un manotazo instintivo al animal y luego chilló cuando la uña se desprendió de su piel, llevándose consigo un trozo considerable de carne. El gato maulló al golpearse y luego rodó por el suelo, arrastrado por una bocanada casi caricaturesca de humo húmedo.

"¡Joder!", se secó la cara, sintiendo una humedad pegajosa.

Más movimiento ahora, esta vez del hombre.

"¡No!" gritó, el tono de su voz rivalizaba con la de Chase de hacía unos momentos. "¡No!"

"¡Alto!" Chase apuntó el arma, su dedo se movió de la guarda al gatillo. "¡No te muevas, joder!"

Henry, ahora se daba cuenta de que era Henry, no estaba dispuesto a obedecer. El atónito hombre se abalanzó, pero no contra ella, sino contra su gato. Chase esquivó la aproximación inconsciente del hombre, y si le quedaba algún punto en el cuello, ahora estaba roto.

"No...", gruñó Chase. Podía sentir la sangre resbalando por su pecho y empapando la tela de su sujetador. "No te muevas."

Henry se tiró al suelo y envolvió con su cuerpo al gato, que no parecía estar peor.

"Vete a la mierda", siseó Henry. "Golpeaste a Anne."

Chase tardó unos segundos en darse cuenta de que la gata se llamaba Anne.

"¿Que me joda?" La sangre le chorreó de la mejilla a la boca y Chase escupió al suelo. "¡Intentaste matarme!"

Ahora tenía sangre en la garganta, pero por mucho que escupiera no se la quitaría: no le salía de la cara, sino del interior.

El hombre no confirmó ni negó su acusación.

"¡Lastimaste a Anne!"

"Si vuelves a moverte, serás..." Chase gruñó y sintió que las piernas le flaqueaban. "Serás tú la que sufra".

Henry enseñó los dientes y sus ojos se posaron en el arma de Chase, que ahora sólo estaba a media asta.

Chase debería haber predicho las siguientes palabras del hombre o algún facsímil de ellas. Después de todo, Henry Saburra, como Brian Jalston, era un cobarde. Podían secuestrar y lavar el cerebro a niñas pequeñas, ¿pero cuando se enfrentaban a un adulto? ¿Un hombre o

una mujer de igual o mayor categoría? Preferían que otros hicieran lo que había que hacer, que se ensuciaran su carne arrugada y moteada.

"Si me dispara", empezó Henry, con una voz varias octavas más baja que hace unos momentos. "Quiero que uno de vosotros se corte el cuello y que el otro se lo corte a ella".

Una sonrisa siniestra apareció en el rostro de Henry.

Chase levantó el arma y sintió que un hilo de sangre le llegaba al ombligo. Sus fuerzas menguaban y sabía que no le quedaba mucho tiempo.

"¿Por qué haces esto? Ellos no se merecen esto..."

Chase podía sentir que su control sobre la realidad se desvanecía.

"¿No se lo merecen? Becca tampoco se lo merecía. ¡Hicimos todo por esa chica! La trajimos, la limpiamos... le dimos la familia que Wayne y la perra de su esposa Julia nunca hicieron".

Chase entornó los ojos.

"¿Qué?"

No me seguía.

"¿Te lo puedes creer? La abandonaron... ¡un médico! ¿Un puto médico abandonó a su hija porque estaba enferma?"

Un médico... ¿El Dr. Griffith III?

"Pero la salvamos", los ojos de Henry estaban desorbitados, su rostro maníaco. "¡La salvamos! Roger y yo... salvamos a Becca. Sí, *sí-sí*".

El hombre ya no miraba a Chase, sino a su izquierda. Siguió su mirada hasta un manto improvisado sobre el que había una fotografía familiar: Roger, Henry y la chica. Los dos primeros sonreían de verdad, la última estaba montando un espectáculo.

¿Podría ser que la chica de la foto fuera la hija del Dr. Wayne Griffith III? ¿Era eso posible?

En el expediente del caso no se mencionaba que Wayne tuviera un hijo, pero eso no significaba que no fuera cierto.

Sin embargo, aún más alarmante era lo que había junto a la foto: un cráneo humano.

"¿Qué le ha pasado a Becca?" Chase preguntó, sus ojos se mueven desde el cráneo de nuevo a Henry.

"Hicimos todo por ella", sollozó. "*Todo*. Fue abandonada por su propia familia, y *nosotros* nos convertimos en su familia".

"¿Qué le ha pasado?" repitió Chase. Ella volvió a escupir y Henry la miró con un odio abrasador.

"¿Qué coño crees que le ha pasado?", chilló. "¿Qué *coño crees que le ha pasado*?"

Henry empezó a levantarse, y Chase quiso detenerle enseñándole la pistola. Pero estaba demasiado débil.

"Se suicidó", Henry acarició al gato entre sus brazos. "Después de

todo... ella sólo... ella sólo vino aquí, con *él*, y él salió a cazar como siempre hacía y ella se quedó aquí y lo esperó, esperó con el cuchillo para cortar cualquier animal que él *asesinara*. Pero ella... ella... debió confundirse... ¡usó el cuchillo en su propia garganta! ¡Maldita sea, nunca debió dejarla! ¿Por qué no se quedó aquí con ella? Nunca debió dejarla sola".

Él... Roger, está hablando de Roger, le informó la mente aturdida de Chase.

"Lo mataste... mataste a Roger".

Henry, ya de pie, negó con la cabeza.

"No, no, no, no. Yo no lo hice. Una de ellas lo hizo", señaló a las dos chicas acurrucadas en la esquina. En algún momento de la frenética diatriba del hombre, ambas se habían procurado cuchillos de caza de aspecto similar. "Es casi poético, ¿no? Esos cuchillos, son del mismo tipo que Becca usó para quitarse la vida. No quieren vivir...", se rió. "Ni siquiera piensan que están vivos. Puedes hacer cualquier cosa -no, *todo*- puedes hacer todo por ellos, y *aun así no quieren vivir*".

"Están enfermos", la voz de Chase era apenas audible.

En su mente, vio dos imágenes de Bridget -una como un cadáver, la otra como una niña de pelo rubio- que se superponían como una escena de una película en 3D mal hecha.

"¿Estoy enfermo?" Henry echó la cabeza hacia atrás y volvió a reír. "*¿Estoy enfermo*? Tú eres la que está sangrando". Le indicó el pecho y el torso, pero Chase no miró hacia abajo, no lo necesitaba. Podía sentir cómo la sudadera de Audrey, ahora empapada, le pesaba, tirando de ella hacia el suelo.

Chase sacudió la cabeza y su mundo empezó a nadar.

"He dicho que *están* enfermos. Pero tú..." cayó sobre una rodilla. "Eres un maldito cobarde."

Con esta última frase, Chase se desplomó y cayó de bruces en el suelo.

"Hazlo", oyó decir a Henry con su voz más grave. "Termina lo que empezaste. Mata".

"Matar".

Un cuchillo.

"Matar".

Una promesa.

"Matar".

Una salida.

"Matar".

La última iteración de la palabra que llegó a oídos de Chase no fue pronunciada por una sola persona, sino por tres.

Capítulo 62

"Su coche no está aquí", dijo Floyd desesperadamente. "¡El coche de Chase no está aquí!"

Algo iba mal. Podía sentirlo. Algo le había pasado a Chase.

Y llegó demasiado tarde.

Tate no respondió cuando se detuvo detrás del Mercedes de Henry Saburra. Floyd saltó del coche antes de que se detuviera del todo y corrió hacia la cabina, pero tropezó con el primer escalón, que se derrumbó bajo sus pies. Cayó con fuerza, con una onda expansiva de dolor que le irradiaba desde la rodilla hasta las pelotas.

Entonces oyó un grito y el dolor desapareció.

"¡Chase!"

Floyd se puso en pie de un salto y abrió la puerta de golpe. El hedor que le estalló en la cara le hizo llorar y revolverse el estómago.

Habría vomitado de no haber visto a las dos mujeres en el suelo. Parecía como si hubieran estado luchando por un cuchillo, pero ya se había nombrado a un claro vencedor.

"¡Matar!", gritó alguien detrás de él. La voz era casi inhumana. "¡Mata*!*"

Floyd se abalanzó sobre los combatientes, apartando al vagabundo de la mujer que estaba en el suelo. La sangre empapaba la parte delantera de ella, desde el cuello hasta el ombligo. Ni siquiera podía distinguir qué tipo de ropa llevaba. Había tanta sangre.

"¡No!", gritó. *"¡No!"*

Los dedos escrutadores de Floyd encontraron la herida en la garganta de Chase y se deslizaron inadvertidamente en ella hasta el segundo nudillo antes de alcanzar ninguna resistencia.

Y ahora sí vomitó, girando la cabeza hacia un lado y dejando escapar un chorro de café, en su mayor parte tibio.

La furia se apoderó de él y buscó en la oscuridad a la mujer que le había arrebatado la vida a su compañero, a su amigo. Pero, una vez más, llegó demasiado tarde.

Se había cortado la garganta y se estaba desangrando.

"¡Joder!"

Floyd acunó la cabeza de Chase entre las manos, intentando limpiar la sangre de sus facciones, pero sólo consiguió mancharla por todas partes.

"No. *¡Noooo!*"

Se había olvidado por completo de las órdenes demoníacas que había oído al entrar en la cabaña, y sus ojos se abrieron de par en par por el miedo. Pero ahora no oía una voz, sino un chapoteo húmedo.

Otra vagabunda, indistinguible de la primera, se desplomó en el

suelo, con el cuchillo que había utilizado para degollarla cayéndosele de la mano.

"¡Tate!" Floyd gritó. "Tate, ¿dónde coño estás?"

Más ruidos y Floyd por fin vio a Henry. El hombre estaba mirando el manto, acariciando a un gato que tenía en brazos. Por una fracción de segundo, Floyd pensó que este hombre, al igual que las chicas que cultivaba, estaba enfermo. Y tal vez lo estaba, pero su aflicción no era la de Cotard. Era algo más... intratable.

"¡Tú! ¡Esto es culpa tuya!"

Henry, que parecía aturdido, negó con la cabeza. Entonces su gato maulló, y el hombre salió completamente de su trance y corrió hacia la puerta.

El gato, pensó Floyd incomprensiblemente, *todo esto es por el gato.*

Luchó por levantarse, pero Chase era pesado y Henry le llevaba ventaja.

El hombre agarró la puerta opuesta por la que había entrado Floyd y la abrió de un tirón.

"*¡Tate!*"

Henry salió corriendo para retroceder inmediatamente. Fue como si alguien hubiera rebobinado los últimos segundos de la vida real. La única diferencia era que el gato había desaparecido y de las fosas nasales de Henry goteaba sangre a chorros.

Tate entró a continuación, agitando su mano derecha.

El gato volvió a entrar en la cabaña y se escabulló hacia un rincón oscuro.

"¡Ana!" gritó Henry mientras intentaba agarrarlo, pero tropezó y cayó. Tate lo inmovilizó allí con el pie, apretándolo con fuerza contra el hombro del hombre.

Anne... Rebecca Anne Griffith, pensó Floyd.

"Quédate abajo", le ordenó Tate.

"Llegamos demasiado tarde", se quejó Floyd. "Chase... Chase está... Chase está..."

"Ella está ahí", exclamó Tate. "¡Floyd, está ahí!"

Floyd siguió el dedo extendido de Tate.

La confusión se apoderó de él y miró a la mujer muerta que acunaba. Sangre... había tanta sangre y la cabaña estaba oscura y...

"¡Ese es Chase!" Tate gritó.

Las esposas lo sellaron. La mujer en brazos de Floyd tenía una esposas atadas a su muñeca.

...no era la mujer la que guiaba a Chase fuera del edificio, era al revés.

Este era el abogado, y eso era...

"¡Chase!"

Tumbada boca abajo en la tierra estaba su compañera. Reconoció su pelo gris blanquecino. La adrenalina se disparó, sus glándulas

suprarrenales bombeando las últimas reservas de la hormona. Floyd se zafó del desconocido y fue a por Chase.

Le dio la vuelta y se sintió aliviado al comprobar que, aunque su sudadera estaba cubierta de sangre, no tenía ninguna herida en la garganta. Es decir, ninguna herida reciente.

Todavía respiraba.

"¡Chase!"

Murmuró algo que él no entendió, y Floyd se dirigió a Tate.

"¡Llama al 911!" gritó. "¡Llama al 911!"

Tate negó con la cabeza.

"No hay señal aquí. Tienes que traerla". Tate clavó su tacón en el hombro de Henry y el hombre gimió. "Pon presión en la herida y llévala al hospital. ¡Ve ahora!"

Este era el estímulo que Floyd necesitaba.

Le registró los bolsillos y encontró las llaves del coche.

"¡Arriba, Chase! ¡Levántate!"

Consiguió ponerla en pie y vio que tenía profundos cortes en la mejilla.

"Vas a estar bien", susurró. Ahora no era el tiempo invirtiéndose unos segundos, sino unos días. Y él no estaba en la cabina. Estaba en un callejón detrás de *E-Tronics.*

Sólo que esta vez, Chase no decía "Sálvala", sino "Sálvame".

Capítulo 63

"No puedo creer que estés comiendo", dijo Floyd.

Tate se encogió de hombros y dio otro mordisco a su bocadillo.

"Tengo hambre. Hoy no he comido nada".

Floyd apartó la mirada. Su estómago aún no se había asentado de la cabaña.

"No puedo creer que tuvieras razón todo el tiempo", dijo Tate, con la boca llena de ensalada de pollo.

"¿Qué quieres decir?"

Floyd seguía sin poder mirar a su compañero. Incluso la idea de comer le hacía hacer una mueca.

"El gato. Todo esto fue por el maldito gato".

Los labios de Floyd se torcieron en una sonrisa y negó con la cabeza.

Maldito Tate.

"No *todo* sobre el gato".

Tate dio otro mordisco a su bocadillo y apuntó con él a Floyd mientras hablaba.

"No todo, seguro, ¿pero el punto de inflexión? Anne... ese era el segundo nombre de Rebecca Griffith, ¿verdad?"

"Dímelo tú".

Tate asintió.

"Sí, así fue. Henry estaba a punto de quebrarse después de que Becca se suicidara -si es que eso fue lo que realmente le ocurrió-, pero ¿si Roger no hubiera intentado obtener la custodia del gato? ¿Quizás las muertes habrían parado con el Dr. Griffith? ¿Quién sabe?"

Floyd lo consideró. Era posible, seguro, ¿pero realista? También había que tener en cuenta al traficante de Portsmouth.

Como no contestó enseguida, Tate agitó el bocadillo con más dramatismo.

"De acuerdo, picaré. ¿Qué crees que pasó? Esta vez no me reiré, aunque te pongas en plan Berkowitz con la teoría del animal parlante".

"¿Qué pienso?" Floyd se tomó otro momento para ordenar sus pensamientos. "Creo que Roger y Henry intentaron ayudar a Rebecca. Estaba enferma, tenía algún tipo de trastorno psicológico. Quizá de Cotard, quizá no. Quizá sólo estaba deprimida. En cualquier caso, Henry y Roger le dan la vida estable que necesita. Tienen un gato. Es su gato, o el de ellos, no importa. Le ponen su nombre y luego...". Floyd ladeó la cabeza cuando se le ocurrió algo. "¿Sabes qué? Creo que tal vez contrajo herpes, o ya lo tenía, y le recetaron Valaciclovir y entonces las cosas se torcieron. Se suicidó en aquella cabaña. Fue

entonces cuando Henry empezó a perder la cabeza. Culpó a la droga, culpó a todos, incluyendo a su padre biológico. Wayne era médico después de todo, pero dudo que como cirujano plástico supiera mucho de trastornos psicológicos raros. ¿Qué? ¿Por qué me miras así?"

Tate sonreía de oreja a oreja.

"Sí, lo que dices tiene sentido. Kemosabe, puede que te hayas convertido en el Llanero Solitario", dijo. "Pero si me permites..."

"Por supuesto".

"No puedo dejar que te lleves todo el mérito", dijo Tate, aún sonriendo. "Supongo que Henry seguirá trabajando en el refugio, incluso después de la muerte de Becca. Se encuentra con otra chica y tal vez tratan de salvarla, también. Más o menos al mismo tiempo, el traficante de drogas tonto de remate sale en las noticias por robar la droga equivocada. Aún furioso, Henry se va con esta nueva chica y la utiliza para intentar robar la droga". Ahora era el turno de Tate de mirar a un lado. "¿Saben qué? El oficial de Portsmouth concluyó que ambos murieron en un forcejeo. Un robo que salió mal. Creo... creo que Dilbert puede haber tenido razón. Tal vez Henry sólo quiere la droga y luego las cosas se joden. Enfurecido, vuelve a Charleston. Aún tratando de culpar a alguien, apunta a Wayne. Después de que lo matan, Roger se siente culpable si estuvo involucrado, o lo descubre, y quiere entregar a Henry. Henry no tiene elección..."

"El gato", interrumpió Floyd. "Roger quiere la gata. Como su único vínculo con Becca, Henry se niega a renunciar a ella. Pero Roger..."

Tate le hizo callar y su expresión se volvió seria.

"¿Qué?"

"Código Azul", sonó por el intercomunicador. "Código Azul, habitación 216".

"La habitación de Chase", soltó Floyd y se puso en pie de un salto. "¡Es la habitación de Chase!"

Tate le pisaba los talones mientras salía corriendo de la cafetería.

Hubo un revuelo de movimientos hacia el final del pasillo y Floyd fue empujado por varias enfermeras. Cerca de la puerta, la multitud de médicos era demasiado densa para que él pudiera entrar en la habitación.

"¿Chase? ¡Chase!"

Un hombre de aspecto familiar agarró a Floyd y lo apartó.

"No es Chase", le informó el Dr. Heinlin. "Es Henry".

Floyd hizo una mueca.

"¿Henry?"

Cuando había salido de la cabaña, Henry tenía como mucho la nariz rota y el hombro dislocado. Floyd miró a Tate, que se encogió de hombros.

"Suicidio", dijo rotundamente el Dr. Heinlin. "Ni siquiera sé cómo lo

hizo. Había un policía apostado frente a su puerta en todo momento".

Floyd suspiró y se agarró la frente.

"Chase está al otro lado del pasillo, habitación 261".

Se oyó un fuerte pitido procedente de la habitación de Henry y luego Floyd vio que la multitud empezaba a disiparse. El doctor Heinlin cruzó una mirada con una enfermera que pasaba por allí, y ella negó con la cabeza.

"Joder", murmuró Floyd.

El Dr. Heinlin le miró y luego a Tate.

"Salgamos de aquí. Vamos a ver cómo está Chase".

Tate puso un brazo alrededor del hombro de Floyd.

"Supongo que nunca lo sabremos", dijo, ya sin humor en los ojos.

"¿Saber qué?" Preguntó Floyd.

"Si todo fuera por el gato".

Capítulo 64

Chase sintió frío en el dorso de la mano derecha y en el brazo. Abrió los ojos e intentó incorporarse, pero una mano la detuvo en el hombro opuesto.

"Sólo quédate ahí, por una vez, Chase. Quédate quieto".

Era el Dr. Heinlin.

Chase estaba a punto de quejarse cuando lo que acababa de inyectarle llegó a su cerebro. Sus párpados se agitaron y una agradable calma se apoderó de ella. No duró mucho. Sin conocer su historial, el Dr. Heinlin probablemente le había administrado una pequeña cantidad de morfina u otro opiáceo similar. Para una persona normal, los efectos podrían persistir durante horas. Pero no Chase. Sus receptores o enzimas o lo que fuera responsable de hacer inerte la droga estaban al máximo por años de abuso.

Al pasar la sensación, Chase se dio cuenta de que había otras dos personas en la habitación con ella: Floyd y Tate.

Floyd parecía preocupado, mientras que Tate sonreía. Pero, como Rebecca en la fotografía, no parecía real.

"Encantado de verla de nuevo, señora", dijo, inclinando un sombrero imaginario en su dirección.

Chase no sonrió, pero tampoco frunció el ceño.

"Henry, él..." empezó Floyd, pero Chase le interrumpió.

No le importaba una mierda Henry.

"¿Y las dos chicas?", dijo con voz ronca. "¿Las de la cabaña?

Floyd desvió la mirada y negó con la cabeza.

"Mierda", maldijo. "¿Y Melissa?" Cuando esta pregunta fue recibida con miradas vacías, aclaró: "¿La mujer esposada a mi coche?".

Chase vio cómo se tensaban los músculos del cuello de Floyd.

"¿Qué? ¿Qué le ha pasado?"

"Ella te salvó".

"¿Qué?"

Tate intervino.

¿"La mejor suposición"? Henry le dijo a una de las chicas que te atacara y Melissa se interpuso. Salvó tu vida, pero le costó la suya".

Chase gimió.

"¿Cuánta gente tiene que morir por conocerme?" Se levantó. Esta vez, cuando el Dr. Heinlin trató de obligarla a volver al suelo, ella le fulminó con la mirada. "¿Cuánta puta gente tiene que morir?".

"Sra. Adams, tiene que calmarse".

"A la mierda la calma. Quiero hablar con Henry". Ahora a Chase le importaba una mierda el hombre, era el único enlace que quedaba. Todos los demás que podrían haber sabido cómo Brian se había puesto

en contacto con él estaban muertos. Tate se había puesto incómodo de repente, al igual que el Dr. Heinlin. "¿Qué? ¿Qué pasa ahora?"

"Intenté decírtelo", empezó Floyd. "E-e-está muerto".

"¿Qué?" Chase estaba incrédulo. "¿Cómo?"

"Suicidio", dijo Tate rotundamente.

Chase dejó caer la cabeza sobre la almohada. Egoístamente, estaba enfadada. Racionalmente, pensó que tal vez este era el único final apropiado para el hombre.

"Necesita descansar", oyó decir Chase al médico. "¿Por qué no...?"

Con los ojos aún cerrados, Chase dijo: "¿Qué día es hoy?".

"El decimotercero. ¿Por qué?"

Los ojos de Chase se abrieron de golpe. Esta vez, cuando empezó a levantarse, nadie en el mundo podría haberla detenido.

"Tengo que irme". Empezó a levantarse y se sintió mejor que la última vez que la habían ingresado.

"Chase, tienes que descansar. Es la tercera vez que te coso. No puedes arriesgarte a volver a desgarrarte la herida", aconsejó el Dr. Heinlin, pero su tono sugería que sus palabras obedecían puramente a razones de seguridad y no a que esperara que ella obedeciera.

"Espera, ¿la tercera?" Preguntó Floyd.

Su pregunta fue ignorada.

"¿Dónde está mi ropa?" Ella no podía ver su camisa o pantalones en cualquier lugar de la habitación. "¿Dónde está mi puta ropa?"

"Estaban cubiertos de sangre", le informó Floyd. "Completamente empapados. Tuvimos que..."

Tate sacó una bolsa de la compra.

"Acabo de adivinar tus tallas. El equipo es probablemente menos caro de lo que estás acostumbrado, también ".

Chase cogió la bolsa sin dudarlo. Dentro, había un chándal gris liso.

"Gracias".

Mientras se desnudaba, vio a Floyd mirando a Tate. Y luego todos le dieron la espalda como si le importara que la vieran en ropa interior.

"¿Arma? ¿Placa?"

Floyd cogió un maletín del escritorio junto a la puerta.

"Lo encontré en tu coche. El arma y la placa están ahí".

Ella lo agarró, pero Floyd no lo soltó inmediatamente.

"¿Qué es tan importante para que tengas que salir corriendo de aquí, Chase?", preguntó con ojos suaves. "Henry está muerto. Las otras chicas también están muertas. ¿Qué es tan importante para que te arriesgues a desangrarte de nuevo?".

Chase quiso decírselo entonces: él merecía saberlo. El hombre le había salvado la vida no una, sino dos veces esta semana. Y tal vez lo habría hecho. Tal vez Chase habría dicho: Floyd, el hombre que nos

robó la vida a mí y a mi familia saldrá mañana. Y tengo que estar allí. No estoy seguro de lo que voy a hacer, pero como sabes, no soy mucho de planear.

Pero Tate y el Dr. Heinlin la miraban expectantes. Le quitó a Floyd la pistolera de la mano.

"Sólo... sólo tengo que irme". Luego al médico, Chase añadió: "Pon esto también en mi tarjeta de crédito".

Chase abrió el maletín, comprobó que su pistola y su placa estaban dentro y lo cerró. Se dirigió hacia la puerta, pero se dio la vuelta y vio a tres hombres desconcertados.

"Gracias, gracias a todos".

Un asentimiento sutil de Tate y el Dr. Heinlin, ninguna reacción de Floyd.

"Oh, ¿y Floyd?"

"¿Sí?", dijo, con expectación en sus facciones. Chase le decepcionó una vez más.

"Probablemente sea buena idea mantener mi nombre fuera de tu informe... de todos los informes, en realidad". Chase abrió la puerta antes de volverse por última vez. "¿Dr. Heinlin? ¿Sigue Bridget aquí?"

El médico negó con la cabeza.

"Trasladado a un centro psiquiátrico, por el momento."

"¿Y los cargos?"

"Ninguna puesta en este momento".

"Bien", dijo Chase. "Eso está muy bien."

Quizá no todos los que entran en contacto conmigo acaben muertos, pensó Chase. Pero la sensación de felicidad que lo acompañaba, como el último chute de un drogadicto, era efímera. Y cuando desaparecía, el agujero que dejaba siempre era un poco más profundo.

Capítulo 65

Floyd estaba furioso. Esa era la única forma de describir cómo se sentía ahora mismo: furioso.

Chase le había mentido. Y lo que es peor, le había manipulado.

Ahora tenía sentido. La falta de investigación real sobre su ataque, el pago de todo con dinero en efectivo... no se suponía que estuviera aquí. El director Hampton no la había dejado volver provisionalmente. El hombre ni siquiera sabía que ella tenía algo que ver con el caso.

Y ahora, tuvo que escribir su informe con más líneas redactadas que el Informe Mueller. No, no redactadas. Completamente reescrito, con la indomable presencia de Chase eliminada.

Por si fuera poco, Tate tenía "asuntos importantes que atender".

¿De verdad? ¿Cómo qué?

¿Qué podría ser más importante que visitar a Meredith Griffith y hacerle saber que su hija murió hace dos años?

"Joder".

Floyd se frotó los ojos y sacudió la cabeza.

Era su peor pesadilla manifestada.

Chase le había dicho que encontrara lo que funcionaba para él. Que tenía que encontrar "algo" de lo contrario se cae en algún pozo de mierda a ninguna parte.

Me ayudaría saber dónde buscar, Chase. Muchas gracias. Muchas putas *gracias.*

Cada milla más cerca de la casa de Meredith, otro galón de sudor se filtraba por sus poros. Y entonces Floyd tiró del paracaídas.

No pudo hacerlo. Se dijo a sí mismo que era porque le había prometido a Julia contarle lo que le había pasado a Wayne cuando se enterara. Y aunque eso le excitaba tanto como una colonoscopia sin lubricante, era exponencialmente más atractivo que decirle a una madre que su hijo había muerto, independientemente de lo zorra que fuera la madre y de lo rota que hubiera estado su relación.

Ya he pasado por eso. Tengo la camiseta y la cuchara decorativa.

"Joder".

Floyd cambió la dirección de su móvil por la de Julia. Su ansiedad, que había subido a doce, retrocedió a menos de diez.

En diez minutos llegó a la entrada de la casa de Julia. Normalmente, esta es la parte en la que se sienta en el camino de entrada, trabaja a través de su monólogo, idear planes de contingencia y redundancia.

Pero algo iba mal.

Había dos coches en la entrada, y reconoció a ambos. El primero pertenecía a Julia. El segundo, de Meredith.

Floyd miró más allá de los vehículos, hacia la puerta principal de la casa de Julia Dreger.

La puerta estaba abierta.

Se lamió los labios y salió lentamente del coche. Recordando lo que Tate le había contado sobre la pelea a puñetazos entre las dos mujeres en el funeral, se llevó la mano a la pistola que llevaba en la cadera, pero no la sacó.

Floyd pasó junto al coche de Meredith cuando Julia salió de casa. Se movía con torpeza, como si estuviera muy medicada, y se tambaleaba. Tenía la parte delantera de la blusa manchada de sangre y un cuchillo -no de caza, sino de cocina- en la mano.

"¡Julia!"

Floyd corrió hacia la mujer y el cuchillo cayó al pavimento de ladrillo entrelazado. Ella se desplomó en sus brazos.

"¿Qué ha pasado?", jadeó. "¿Qué demonios ha pasado?"

Julia echó la cabeza hacia atrás y sus ojos se desviaron perezosamente hacia la puerta abierta. En aquel momento a Floyd le recordó a alguien, pero no sabría decir a quién.

"Ella vino aquí", dijo Julia en un susurro casi inaudible. "Ella... ella me atacó... como en el funeral. Y yo... yo..."

Floyd vio un rastro de gotas de sangre, probablemente de la punta del cuchillo que volvía a la casa.

No, por favor.

Tragó en seco, luego guió a Julia hasta su coche y la puso al volante. Respiraba con dificultad, pero no creía que estuviera herida.

"Quédate aquí", le ordenó. Luego Floyd corrió hacia la casa, rezando para que la Sra. Griffith estuviera viva, pero sabiendo, por toda la sangre, que probablemente no lo estaba.

No tuvo que buscar demasiado. Y, por desgracia, sus plegarias no fueron escuchadas.

Floyd encontró a Meredith Griffith en la cocina. Había indicios de lucha -una taza de café rota, el toallero arrancado de la pared-, pero estaba claro que Meredith se había llevado la peor parte.

Estaba desplomada contra los armarios a medida, con varios agujeros en el pecho. Inexplicablemente, parecía tener menos sangre en la camisa que Julia, pero todas las heridas parecían haber dejado de manar.

Floyd se agachó y le tocó el cuello con dos dedos. Si los cortes del cuchillo no eran suficientemente concluyentes, la boca abierta y la mirada perdida lo sellaban.

Como su marido, Meredith Griffith fue asesinada con un cuchillo.

Al darse cuenta de esto, mientras Floyd se agarraba la cabeza y miraba hacia el cielo, asombrado y horrorizado por haber llegado una vez más al escenario de un asesinato cometido con un cuchillo, se

formuló en su mente un pensamiento que nunca olvidaría y del que se arrepentiría para siempre.

Al menos no tengo que decirle a Meredith que su hija se suicidó.

Epílogo

Estaban allí, por supuesto. Chase sabía que estarían, pero aún así le dolía ver a las dos esposas restantes de Brian Jalston esperando su liberación. Sue-Ellen y Portia Jalston.

Su presencia le dolía, pero sus atuendos, vaporosos vestidos blancos, la ponían en peligro.

Y entonces lo vio: Brian Jalston.

Ya no llevaba el jersey naranja, pero lucía la misma sonrisa de comemierda. Bolsa en mano, salió por la puerta como un hombre libre.

Fue increíble.

Brian parecía un hombre que terminaba nueve hoyos y saludaba a su mujer y a su amante en el aparcamiento.

Si Chase se salía con la suya, no volvería a ver un campo de golf en el resto de su -considerablemente- corta vida.

Con la cabeza gacha y la capucha de la sudadera que le había regalado Tate Abernathy tapándole la cara, Chase se movió rápidamente entre los coches aparcados. Esperó a que una de las mujeres, Portia, le entregara un juego de llaves a Brian antes de hacer acto de presencia.

"Disculpe", dijo Chase en voz deliberadamente baja.

Sue-Ellen se volvió para mirarla, pero Chase aún no levantaba la cabeza. Pasó junto al trío y luego repitió las dos palabras, esta vez más alto.

"Disculpe."

Esto atrajo la atención tanto de Portia como de Sue-Ellen, pero Brian, disfrutando de su nueva libertad, no se fijó en Chase.

Ha sido un error.

Chase sacó la pistola del bolsillo delantero de la sudadera, empujó a Portia, que gritó, y se acercó a Brian.

Para cuando reaccionó, ella ya había presionado el hocico contra la columna vertebral del hombre.

"Si alguna de vosotras se me acerca", dijo Chase, dirigiéndose a Sue-Ellen y Portia, "le haré un puto agujero en la espalda. Si tenéis suerte, sólo quedará paralizado de cintura para abajo".

A continuación, Chase se quitó la capucha y quedó al descubierto.

No estaba segura de si las mujeres la reconocían o no, y no le importaba. Lo único que le importaba era que dieran un paso atrás, que estuvieran demasiado asustadas para interferir.

Brian sabía quién era. No la había visto, pero reconoció su voz. Chase se dio cuenta porque se tensó un poco.

"Abre la puerta", ordenó, empujando a Brian hacia el coche. "Abre

la puta puerta".

Brian vaciló, así que ella le apretó aún más el hocico contra la espalda. Él gruñó y abrió la puerta del coche. Chase rodeó al hombre mucho más grande, pulsó el botón de desbloqueo y se sentó detrás del conductor.

Chase dirigió el arma hacia las mujeres para asegurarse de que no se les ocurriera nada, y luego volvió a apuntar a Brian.

"Entra".

"Tú no eres..."

"Cierra la puta boca y entra en el coche", casi gritó Chase. Su voz era tan ronca que apenas la reconocía como suya. "*Ahora.*"

Brian obedeció y el coche se inclinó mientras se sentaba.

"Ahora cierra la puerta."

Una vez más, Brian hizo lo que le dijeron.

"Arranca el coche y conduce".

Cuando salieron del aparcamiento, dejando atrás las caras de terror de Sue-Ellen y Portia, Chase metió la mano en el bolsillo y sacó una única tableta blanca.

El último Cerebrum.

Miró la píldora, girando el pequeño disco en la palma de su mano.

"¿Quién te está cuidando, Brian? ¿Alguien? ¿Alguien?" En el espejo retrovisor, vio cómo el hombre apretaba la mandíbula y Chase sostenía la píldora. "No es Riley, Melissa, Sue-Ellen o Portia, no es ninguna de tus esposas". Hizo una pausa. "Pero más te vale que sea Dios, porque nunca te dejaré tenerla. Ni siquiera volverás a ver a Georgina".

A Chase Adams no se le escapaba la ironía de que su hijo biológico viviera al otro lado del mundo y quisiera una relación, una relación no disputada. Pero eso no significaba nada aquí.

Ahora mismo, su atención se centraba en Georgina.

Estoy viviendo el puto momento, pensó Chase. *Por fin estoy viviendo el momento... y estoy dispuesto a matar por ello.*

Mata.

Una promesa.

Mata.

Una salida.

"Matar".

La palabra había venido de ninguna parte y de todas partes, pero ahora venía de ella.

"Ponte esto en la boca", dijo Chase, empujando la píldora hacia delante. "Y trágatela".

FIN

Nota del autor

¡Bienvenidos de nuevo, *#thrillogans!* Han sido unos años de mucha presión, pero me alegro de que hayas decidido quedarte para continuar con el alocado viaje que es Chase Adams, el (a veces) gran Chase Adams. El siempre decidido, el bocazas, el dañado, el... bueno, ya os hacéis una idea. En cierto modo, Chase no es tan diferente de las víctimas de este libro. De hecho, intenté deliberadamente establecer paralelismos entre muchos de los personajes, incluso entre aquellos que, a primera vista, parecen muy diferentes. Dolor, enfermedad, control... son los títulos de la parte, pero son más que eso. Ellos, como los personajes, son a menudo más parecidos de lo que podríamos creer en un principio. Una mente dañada, por innumerables medios, puede justificar casi cualquier acción. El mundo es real, pero siempre lo interpreta la materia gris que tienes entre las orejas. Y eso se presta a -lo has adivinado- interpretaciones.

Aunque este libro trata de Chase, también trata de Floyd. Trata de su crecimiento (o de la falta de él) y de cómo se ve empujado a situaciones que, francamente, detesta. Tropieza, cae, se levanta, vuelve a caer. Y luego está Tate. Disfruté escribiendo a Tate, y estoy seguro de que no fue un destello en la sartén. Volverá. Si has prestado atención, habrás notado la mención de otro agente, cuya serie ya está en marcha. Espero que aparezca en Direct Evidence, el próximo libro de la serie de Chase Adams. Sobre eso... este verano. Saldrá este verano.

Mantente a salvo, *#thrillogans*.

Tú sigue leyendo, yo seguiré escribiendo.

Pat
Montreal, 2021

P.D. Sigue leyendo para ver un adelanto de DIRECT EVIDENCE, el libro 10 de la serie Chase Adams, ¡disponible AHORA!

Pruebas directas

Un thriller del FBI de Chase Adams
Libro 10

Patrick Logan

Prólogo

Aunque era una noche fresca en Las Vegas, el sudor empapaba la cara del hombre. Esta transpiración era inducida por el miedo tanto como por el aire seco, o el hecho de que había estado corriendo durante los últimos diez minutos.

A pesar de estar lejos de la ostentación y el glamour de The Strip, en lo que todo no residente pensaba cuando pensaba en Las Vegas, el cielo nocturno seguía brillando como diamantes incrustados en el barro.

"Por favor", suplicó. "Por favor, yo-yo no lo hice-no es lo que piensas. No fue real".

Sus piernas eran de goma y su corazón se había cansado de tanto bombear. No estaba hecho para el esfuerzo ni tenía experiencia en él. Lo que a él le parecía un sprint era para la mayoría un trote casual.

"Por favor."

El sudor se mezclaba ahora con las lágrimas, y cuando una de las gotas trazó una línea hasta la comisura de su boca, la lengua del hombre salió instintivamente y se la secó.

Estaba salado, lo cual era de esperar, pero sorprendió el suave dulzor del líquido.

"Contraseña. Dame la contraseña". El hombre que le había estado persiguiendo habló con voz monótona, casi robótica. "Ahora."

"N-no lo entiendes. Esto es real. No puedo simplemente..."

Las piernas del hombre se doblaron y cayó. Su rodilla derecha golpeó con fuerza el pavimento y, para evitar dañarse la otra pierna, pivotó al contacto y absorbió el resto de la caída con el trasero. Inmediatamente trató de levantarse, pero sólo consiguió plantar las manos y llegar a una posición erguida sentado antes de que su perseguidor estuviera sobre él.

Una forma oscura, la silueta de un hombre.

Un hombre sosteniendo un arma.

"No-no, por favor. Por favor."

"Contraseña. Ahora".

"De acuerdo. No me hagas daño, ¿vale? Te lo daré, pero tienes que dejarme ir. Tienes que prometerme que me dejarás ir".

La figura que se cernía sobre él estaba a contraluz, lo que disimulaba los rasgos del hombre y también le hacía parecer distinto del fondo, casi como una imagen mal retocada con photoshop.

Qué apropiado. Qué apropiado que esto parezca una simulación.

Pero no fue así.

Esto es real, y aquí es donde termina mi vida.

"Passwo-"

Se rindió. No le quedaban más opciones.

Pero en cuanto la palabra salió de su boca, supo que era un error. No podía sobrevivir. Como último esfuerzo, retrocedió, pero sólo avanzó unos centímetros antes de detenerse en seco.

Esta vez no fue el cansancio lo que se apoderó de él. Ni siquiera era miedo, aunque el hombre había levantado la pistola y estaba apuntando.

Fue entonces cuando vio claramente la cara del hombre por primera vez.

"Espera, ¿eres tú?"

Un último diamante salpicó el cielo nocturno: un destello primero blanco y luego naranja abrasador.

El último color era rojo: la sangre que manaba del agujero en el centro de la frente del hombre.

Y entonces todo lo que quedaba era pura y absoluta oscuridad.

PARTE I - Culpable

Capítulo 1

"Ven conmigo", ordenó el agente Tate Abernathy en el momento en que Floyd cruzó las puertas principales de la Academia de Formación del FBI en el condado de Stafford, Virginia.

Floyd estaba completamente agotado después del largo viaje que había hecho desde Columbus, Ohio. Y eso sin tener en cuenta la carga emocional de encontrar a Julia Dreger junto al cadáver de Meredith Griffith, con un cuchillo ensangrentado en la mano.

Incluso después de compartir más de lo que estaba obligado con el teniente Lehner de la policía de Columbus, lo que le llevó más de dos horas dadas las complicaciones del caso y sus vínculos con los crímenes de Virginia Occidental, el hombre no reaccionó.

Se quedó mirando, sin pestañear. Ni siquiera le temblaba la barriga.

Floyd había repetido los detalles, centrándose en el síndrome de Cotard y la implicación de Henry Saburra. No sólo estaba por encima del nivel salarial de Lehner, sino que evidentemente también estaba por encima de su nivel de inteligencia. Lo cual estaba bien: todo lo que Floyd quería era que Julia Dreger recibiera un trato justo, asesoramiento y consideración antes de su comparecencia. En su opinión, la mujer había actuado en defensa propia, a pesar de la brutalidad de la escena del crimen. Y eso es lo que puso en su informe al director Hampton.

Y ahora estaba aquí, trabajando con sólo un puñado de horas de sueño, su mente todavía en ebullición, su corazón acelerado, para reunirse con Tate Abernathy.

Su compañero... que lo había abandonado. Igual que Chase.

Tanto sus antiguos compañeros como los actuales conocían su trastorno de estrés postraumático y, sin embargo, le habían enviado solo a informar a Meredith Griffith del fallecimiento de su hija.

"Necesito..." Tate cortó a Floyd a mitad de la frase rodeándole el hombro con el brazo. Floyd estaba tan enfadado que tuvo la tentación de quitárselo de encima, pero estaba demasiado cansado.

"Tienes que venir conmigo, eso es lo que tienes que hacer", dijo Tate con severidad.

Floyd se preocupó y observó a su compañero. El espacio entre los ojos del hombre estaba pellizcado y cuando Tate se pasó una mano por su suave pelo castaño, el movimiento no fue especialmente suave.

Tate tenía el mismo aspecto que Floyd: cansado y agotado.

¿Le había contado al director Hampton la participación no autorizada de Chase en las investigaciones de los asesinatos de Charleston y Columbus? ¿Había delatado a Floyd por no denunciarla él mismo?

No.

No, no lo haría.

Floyd se dejó girar y guiar de vuelta a las puertas que acababa de atravesar.

¿Lo haría?

La verdad es que Tate Abernathy estaba lleno de sorpresas y era un maestro en ocultarlas.

"¿Adónde vamos?" preguntó Floyd secamente. La fatiga se extendía ahora a sus cuerdas vocales.

La respuesta de Tate fue apretarle más, anticipándose a la resistencia de Floyd.

No ofreció ninguna.

Aunque tuviera la energía necesaria, Floyd dudaba que cambiara mucho las cosas. Era veinte años más joven que su compañero, pero donde él era delgado y enjuto, Tate tenía la fuerza de un hombre mayor.

Además, Floyd estaba tan intrigado por el comportamiento de su compañero como preocupado.

Tate dejó caer a Floyd en el asiento del copiloto de su coche, luego dio la vuelta y se puso al volante. Salieron del aparcamiento del FBI y condujeron unos cinco minutos en silencio antes de que Floyd se diera cuenta de adónde iban.

Se dirigían al lugar que Chase había llamado hogar.

No, no más de una vez.

"No", dijo Floyd con firmeza, sacudiendo la cabeza. "No, no quiero ir al apartamento de Chase, no quiero verla. Lo que necesito es hablar con el director Hampton. Julia Dreger está acusada de asesinato. Necesito que dé un paso adelante y haga algo. Ella actuó en defensa propia, y..."

"El director Hampton no va a hacer nada por Julia Dreger, Floyd", le informó Tate con rotundidad.

"Pero tiene que hacerlo", protestó Floyd. "Fue culpa de Meredith; usted estaba allí en el funeral y me dijo...".

"Sí, sí, sé lo que te dije", interrumpió Tate. "Y también sé que hiciste todo lo que pudiste. Presentaste tu informe, que por cierto he mirado, y creo que hiciste un trabajo estupendo. Ahora ya no está en nuestras manos. Si Hampton quiere intervenir, que así sea. Si no, y conociéndole creo que no, bueno, Julia tendrá que confiar en el sistema".

Floyd estaba incrédulo.

¿Fe en el sistema?

"No, ni siquiera deberían acusarla. Fue en defensa propia".

Cuando Tate no dijo nada, Floyd volvió a mirar fijamente a su compañero.

El hombre tenía la mandíbula desencajada, al igual que su postura al respecto.

Si los dos casos de Charleston y Columbus han enseñado algo a Floyd, es que no todas las víctimas son iguales. Y, por extensión, tampoco todos los agresores recibían el mismo trato. Después de todo, Meredith Griffith era la afligida esposa de un cirujano plástico popular y con contactos.

Julia Dreger, en cambio, era una prostituta y una rompehogares. No importaba que ella fuera la que realmente había cuidado del Dr. Wayne Griffith.

Floyd cerró los ojos y se apretó las sienes.

"Y por eso te he traído aquí", dijo Tate en voz baja.

"A Chase's..." Floyd abrió los ojos cuando el coche se detuvo.

No estaban en el apartamento de Chase Adams. En vez de eso, Tate había llevado a Floyd a una instalación que le era familiar.

También era un lugar al que no pertenecía.

Grassroots Recovery era para gente dañada. Era para gente como Chase Adams, para adictos, para individuos que habían perdido por completo el control de sí mismos.

No él. No Floyd Montgomery.

No el hombre de Alaska, el chico al que le encantaban los trenes y que solía llevar a la gente de un lado a otro como chófer.

"No", dijo enérgicamente. "No lo haré. Quiero volver a Quantico. Tengo que hablar con el Director Hampton."

Tate seguía con la mandíbula desencajada, pero ahora asentía ligeramente con la cabeza. Antes de que el hombre abriera la boca para hablar, algo que Chase había dicho apareció de repente en la mente de Floyd.

Encuentra lo que te funcione. Pero tienes que encontrar algo. Tienes que encontrarlo. Se trata de que puedas vivir sin que te atormente tanto lo que ves que te encuentres descendiendo a un pozo del que nunca jamás podrás salir.

Incapaz de encontrar su mirada, Tate dijo: "Mira, esto no es como lo que le pasó a Chase. No soy Jeremy Stitts y no te estoy poniendo en confinamiento involuntario o como demonios se llame. Yo sólo..."

"Espera, ¿cómo sabes sobre..."

Tate levantó una mano, haciéndole callar al instante.

"Todo el mundo lo sabe, todo el puto FBI sabe lo de Chase Adams. Pero esto no tiene nada que ver con ella. Tiene que ver contigo. Mira, casi todo el mundo en el FBI viene a ver al Dr. Matteo en algún

momento u otro. Es... es bueno. Realmente bueno."

Tate sonaba como si ahora hablara por experiencia, pero Floyd se encontró pensando no en el psiquiatra, a quien había conocido para su evaluación psicológica inicial, ni siquiera en su compañero, sino en Chase.

Chase era un desastre objetivo. Parecía que cada paso que la mujer daba hacia adelante tropezaba tres hacia atrás.

Y todo el tiempo había estado viendo al Dr. Matteo.

No es un informe brillante, eso seguro.

"Depende de ti, Floyd", continuó Tate. "Pero si no entras ahí, si no entras en Grassroots ahora mismo, iré contigo a ver al director Hampton". Hizo una pausa, y Floyd vio algo más en los ojos del hombre: compasión. Sólo que esto no encajaba con lo que Tate dijo a continuación. "Iré contigo y le diré a Hampton que no eres apto para estar en el FBI".

Floyd se quedó boquiabierto.

"*¿Qué?* ¿Por qué has hecho eso?"

"Porque", empezó Tate despacio, "porque si no entras, vas a morir. Y no lo digo retóricamente o como un eufemismo. Morirás, joder. Ya lo he visto antes. Si no aprendes a lidiar con la mierda por la que pasamos cada día, no durarás otros seis meses. Lo vi con mi último compañero, y me niego a que pase con mi nuevo compañero... contigo, Floyd. Así que decídete. Y hazlo rápido porque no tengo todo el día".

Capítulo 2

Activadas por el amanecer, las persianas se levantaron silenciosamente y permitieron que la luz del sol inundara las ventanas del suelo al techo. Cuando la luz dio en la mejilla de Stu Barnes, éste suspiró y rodó sobre su espalda.

Dejó que el sol le calentara un poco la cara y, al cabo de unos minutos, los altavoces empotrados en el techo empezaron a reproducir música suave. Sólo entonces abrió los ojos, parpadeó y retiró el edredón. Tras un rápido estiramiento, Stu se dirigió al cuarto de baño, y su movimiento activó sensores que encendieron luces para iluminar el camino. Orinó y luego bebió un vaso de agua fría.

A continuación, se puso la ropa de gimnasia y bajó las escaleras. Su café se había preparado automáticamente al amanecer y cogió una taza antes de continuar hacia el gimnasio de casa.

Hoy era lunes: treinta minutos de esfuerzo moderado en la cinta, seguidos de un entrenamiento de pecho y tríceps. Stu terminó en poco más de una hora. Treinta minutos después de sudar, se duchó y se vistió con unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca lisa de cuello de pico. Para desayunar, se comió dos huevos duros, una rebanada de pan tostado Ezekiel y medio aguacate. Después se tomó un segundo café, éste con una cucharada de mantequilla ecológica de pasto.

Durante el desayuno, Stu apagó la música y escuchó un canal de noticias personalizado con temas relevantes para sus numerosos negocios. No había nada de interés, lo que fue un alivio para él. El mes pasado había sido una pesadilla. Un antiguo empleado de una de las empresas de recopilación de datos de Stu, Kevin Park, había sido acusado de asesinar a otro ex empleado, Connery Sinclair. Esto no era de interés periodístico en sí mismo, pero algún reportero entrometido había desenterrado una demanda civil pendiente que Stu había interpuesto contra ambos hombres y la empresa que habían formado. Pero aunque ganaban dinero con tecnología robada -su tecnología-, no merecía la pena el dolor de cabeza ni la mala prensa. Stu había retirado la demanda, pero era demasiado tarde. Su nombre y su asociación con esos criminales -a pesar de que apenas recordaba a los dos hombres- estaban en todas las noticias. Su imagen se había resentido, lo que significaba que sus finanzas también se habían resentido.

¿Pero hoy? Grillos.

Y eso hizo feliz a Stu Barnes.

Su agenda tampoco era muy apretada: sólo tenía un puñado de reuniones, lo que significaba que probablemente podría asistir al partido de esa noche de los Vegas Golden Knights en su palco privado.

Stu no sonreía del todo, pero sus labios iban definitivamente en esa dirección cuando salió de su mansión del Summit Club, y su buen humor se mantuvo cuando abrió la puerta de su nuevo Mercedes-Maybach S.

Se desvaneció cuando oyó el chirrido de neumáticos y vio luces intermitentes.

Estaba a medio entrar en su vehículo cuando se dio cuenta de que el coche de policía más cercano, sin matrícula pero también inconfundible, se dirigía no por su calle y más allá de su casa, sino hacia su largo camino de entrada de ladrillo entrelazado. Saltó el bordillo y Stu se preocupó de repente de que fuera a estrellarse contra la parte delantera de su Mercedes, o peor aún, que le rozara el lado de la rodilla que aún tenía al descubierto.

Dio un salto hacia atrás justo cuando el coche se detuvo de golpe, a escasos centímetros del parachoques de su Mercedes.

"¿Qué dem...?"

Dos hombres salieron de un salto, con las armas desenfundadas.

"¡Al suelo!" gritó el oficial más cercano. "¡Al puto suelo!"

Stu había levantado instintivamente los brazos cuando pensó que iba a ser atropellado y ahora dejó caer las manos a los lados.

Fue una mala idea.

Mientras el primer agente de paisano mantenía su pistola apuntando al pecho de Stu, el otro se abalanzó sobre él.

Más coches de policía -¿tres? Cuatro... -sirenas a todo volumen, siguieron al vehículo sin matrícula hasta la entrada de Stu, y más hombres armados saltaron.

Stu tuvo un momento para pensar: "¿Qué coño está pasando?", antes de que le torcieran el brazo derecho por detrás de la espalda y le empujaran bruscamente al suelo.

Se colocaron expertamente cremalleras de plástico y luego Stu fue puesto de pie de un tirón.

Desconcertado, otro pensamiento cruzó su mente: estos no son policías.

A pesar de sus uniformes de aspecto oficial y sus excelentes réplicas de coches de policía, se trataba de matones.

No lo estaban deteniendo, lo estaban secuestrando.

Por un rescate, sin duda.

Stu empezó a forcejear y a arrastrar los talones.

"¡Ayuda!", gritó. "¡Ayúdenme!"

Movió la cabeza de un lado a otro y captó varias miradas desconcertadas de los impostores uniformados.

"¿Qué estás haciendo?" Stu gritó. "Déjame..."

El hombre que tenía detrás le levantó las manos por la parte baja de la espalda y Stu gruñó de dolor.

"Cierra la puta boca."

Stu respondió con otra llamada de auxilio, pero esta vez fue una súplica débil y patética.

"¿Ayuda?", repitió el hombre que tenía delante, el primero en apuntar con su arma. "Sí, la vas a necesitar. Vas a necesitar mucha ayuda". Sus ojos se desviaron no tan sutilmente hacia la mansión de Stu. "Pero apuesto a que puedes permitírtelo. Apuesto a que puedes permitirte todo un equipo de abogados. Un puto ejército. Y como dije, los vas a necesitar".

Ya fuera por el efecto del shock o por las palabras del hombre, Stu cambió repentinamente de opinión. Eran policías, policías de verdad, y lo estaban arrestando. Pero esta revelación no trajo consigo una abrumadora sensación de consuelo.

En todo caso, exacerbó su confusión.

"¿Por... por qué? ¿Por qué estoy detenido?"

El policía delante de él levantó la mano, indicando al oficial detrás de Stu que dejara de llevarlo hacia adelante. Lo hizo, pero el policía enojado no bajó las muñecas levantadas de Stu, y el dolor sordo que corría desde la palma hasta más allá de su codo permaneció.

"¿Oyes eso? Se está haciendo el tonto".

Esto fue recibido con una salva de risitas por parte de los demás oficiales.

"Tienes que decírmelo", suplicó Stu. "Tienes que decirme por qué me estás arrestando".

Una sonrisa de satisfacción apareció en el curtido rostro del policía.

"Vale, vale, hazte el tonto. Vale. Eso significa que no hay trato". Hizo un ademán de mirar dramáticamente a su alrededor y luego levantó la voz lo bastante alto como para que lo oyeran todos los policías y vecinos entrometidos en un radio de media milla. "Stu Barnes, queda arrestado por el asesinato de Jake Hollister. Tiene derecho a permanecer en silencio..."

Capítulo 3

Tate Abernathy observó a Floyd subir lentamente los escalones de Recuperación de Base. Cuando el hombre estaba a medio camino de las puertas dobles, se detuvo y se agarró a la barandilla.

"Ve", instó Tate desde el interior de su coche. "Vamos, Floyd, mete tu culo dentro."

Apretaba tanto la mandíbula que empezaba a dolerle. Se obligó a relajarse, mientras intentaba convencer en silencio a Floyd de que entrara. Tate era un experto, sólo superado por su ex compañero, el agente del FBI Constantine Striker, en convencer a la gente de que hiciera lo que había que hacer. En muchas ocasiones, los delincuentes habían afirmado que Tate los había coaccionado o manipulado, pero él seguía las reglas... en la mayoría de los casos. Por eso insistía en las reuniones en persona, mientras que el resto del mundo se había pasado a la comunicación digital.

La verdad era que Floyd le caía bien, le caía muy bien. Y ya era hora de que empezara a transmitir sus conocimientos de años en el FBI a otra persona. Floyd encajaba perfectamente. Y lo que le había dicho a su compañero también era cierto, aunque con un toque dramático. Tate había visto a muchos agentes seguir un camino angustioso y, aunque Floyd fuera demasiado joven e ingenuo para encontrarse en el fondo de una botella o adicto a las pastillas, también era demasiado joven para tirar su vida por la borda. Una de las cosas que Tate más disfrutaba de la compañía de Floyd era que podía joder con él sin preocuparse de que se ofendiera. Una cualidad rara en la era de la máxima sensibilidad. Pero cuando Tate se ponía firme, Floyd sabía que hablaba en serio. Así que, si Floyd cambiaba de opinión, Tate cumpliría su palabra: iría con su socio a ver al director Hampton.

Luego le diría al director, en términos inequívocos, que su experimentada opinión era que Floyd Montgomery no era el hombre adecuado para el puesto.

No era ningún secreto que Jeremy Stitts y Chase Adams habían respondido por Floyd, y ésta era la razón principal por la que había sido aceptado en la Academia. El resto lo había hecho él mismo -aplausos, aplausos-, pero tanto la carrera de Stitts como la de Chase habían dado un giro inesperado. Ahora tenían menos influencia y, además, Tate los superaba a ambos en cuanto a experiencia.

Hampton le escucharía, estaba seguro.

La realidad era que, si Floyd no recibía ayuda, su trastorno de estrés postraumático y otros problemas se volverían más debilitantes. Tal vez no este año, o el siguiente, ¿pero en tres o cuatro? Estos problemas le costarían la vida a Tate, a Floyd o a ambos.

Así que, sí, si Floyd no abría esa puerta, éste sería muy probablemente su último día como Agente del FBI.

"Sólo sube las malditas escaleras."

Cuando por fin Floyd dio otro paso, y luego otro, Tate sintió que se aflojaba parte de la tensión de sus hombros. El movimiento es loción, como suele decirse, y Floyd parecía lubricado por esos dos pasos. En poco tiempo, el hombre llegó a la puerta y la abrió.

Aun así, Tate lo observó atentamente. La verdad era que, aunque llevaban meses siendo compañeros, realmente no sabía mucho sobre Floyd. Había leído el expediente del hombre, por supuesto, y también sabía lo que Floyd había hecho por Chase y Stitts antes de ser admitido en la Academia.

Pero leer algo y experimentarlo en persona eran dos cosas muy distintas, sobre todo para alguien con el talento de Tate. Por lo general, Tate podía clasificar a una persona en una de varias categorías a los pocos minutos de conocerla y hacerle unas cuantas preguntas aparentemente benignas pero específicamente punzantes. Pero Floyd resultó ser más difícil que la mayoría. Tate había decidido que probablemente se debía a la inusual trayectoria del hombre hasta llegar al FBI. Para ser justos, sin la intervención de Chase y Stitts, la probabilidad de que Floyd se acercara a convertirse en agente del FBI era prácticamente nula.

Y luego estaba Chase.

Si Floyd era un rompecabezas, Chase era un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma, gracias, Winston Churchill. Y los dos, a pesar de sus muchas y evidentes diferencias, estaban inexorable e inextricablemente unidos.

Pero llegaría al fondo de ambos.

Esto, al igual que su afirmación a Floyd sobre las consecuencias de no entrar en Grassroots, era una promesa. Pero mientras observaba, el ultimátum anterior se volvió irrelevante: Floyd Montgomery puso un pie en el centro de recuperación. Aun así, incluso después de que las puertas se cerraran tras el hombre alto y delgado, Tate esperó. Para él era una tortura estar sentado sin hacer nada, pero aguantó cinco minutos.

Y tras esos cinco minutos, Tate asintió para sí y finalmente se marchó.

Esperaba que la próxima vez que viera a Floyd, pudiera volver a burlarse de él como amigo y compañero.

Mientras conducía, la mente de Tate vagaba por su último caso, que, incluso a los cuarenta y siete años, casi la mitad de los cuales había estado en el FBI, fue quizá el más extraño en el que había participado. Y por eso necesitaba a alguien como Floyd. Puede que Malcolm Gladwell tuviera la idea de que se necesitaban diez mil horas

para convertirse en un experto en una materia, pero Tate a menudo se preguntaba cuántas horas hacían falta para volverse hastiado y displicente.

Fuera cual fuera ese número, estaba cerca de él, si es que no lo había superado ya. Así que, mientras otros podrían ver la ingenuidad de Floyd como una debilidad, Tate no. Para él, era todo lo contrario: era un arma, del mismo modo que una mirada fresca podía infundir vida a viejas ideas y revitalizar un negocio moribundo. ¿Y había alguna corporación que necesitara más la afluencia de nuevos talentos que el FBI?

Tate no regresó a su despacho y, aunque tenía una cita con el director Hampton, que no guardaba relación con él, también la dejó de lado. En su lugar, condujo por el campus de Quantico y aparcó delante del edificio de conferencias. Tras mostrar sus credenciales al guardia de seguridad de la puerta, uno de los pocos a los que Tate no conocía personalmente, entró en el edificio y se dirigió directamente al aula 3.

Esperaba llegar antes de que empezara la clase, pero Floyd se había retrasado -literalmente- y, cuando Tate abrió la puerta en silencio, ya oía una voz de mando que llegaba desde la parte delantera de la sala.

Sólo había un puñado de asientos vacíos, la mayoría al fondo. A Tate le pareció bien, y se sentó en uno de ellos junto a una mujer de unos once años.

Sonrió con satisfacción al ver su bloc de notas; era como el Necronomicón, con palabras que se extendían más allá de los márgenes de la página e intrincados diagramas garabateados en todo el espacio vacío disponible.

"¿Algo bueno?", susurró con la comisura de los labios.

"¿Me estás tomando el pelo? ¿Sabes quién es?"

Tate inclinó el cuello hacia delante y luego entrecerró los ojos alternativamente. Había un hombre de pelo castaño en un podio, perfectamente peinado, alborotado pero controlado, y se apoyaba en un bastón mientras pronunciaba su conferencia en un tono tranquilo y autoritario.

"¿Oscar Wilde?"

La mujer lo miró y Tate estaba realmente preocupado de que estuviera a punto de empezar a leer de su libro de los muertos.

"No", espetó con desdén, "ese es Jeremy Stitts".

"Ah, cierto". Tate suspiró. "Nunca he oído hablar de él."

Pero, por supuesto, lo había hecho, y Tate Abernathy se recostó en su silla y escuchó al hombre mientras instruía a estos jóvenes reclutas sobre lo que significaba ser un perfilador del FBI.

Y tal *vez* -sólo *tal vez*- esperaba recoger un puntero o dos en el camino.

Para seguir leyendo, ¡hazte con tu ejemplar de EVIDENCIA DIRECTA *hoy mismo!*

Otros libros de Patrick Logan

Detective Damien Drake
Besos de mariposa
Causa de la muerte
Descargar Asesinato
Rey Esqueleto
Tráfico de personas
El Señor de la Droga: Parte I
El Señor de la Droga: Parte II
Lucha premiada
Casi infame
Hombre de paja
Empresa peligrosa
Cara feliz

Chase Adams Thrillers del FBI
Rígido Congelado
Sospechoso en la sombra
Dibujo Muerto
Alerta Amber
La historia de Georgina
Dinero sucio
Guarida del Diablo
Damas pintadas
Efectos adversos
Ya muerto
Pruebas directas
Sangre contaminada

Dr. Beckett Campbell, Médico Forense
Final amargo
Donante de órganos
Inyectar fe
Precisión quirúrgica
No resucitar
Extraer el mal
Residencia del Mal (AKA Beckett's First Kill)

Tommy Wilde Thrillers
Una noche salvaje
Dos semanas Wilde
Tres meses Wilde
Cuatro familias Wilde

Penelope June Thrillers
Morir para respirar
Morir para hablar

Veronica Shade Thrillers
El color del asesinato
El perfume del asesinato

¿Quieres apoyar a tus personajes favoritos? ¡**DRAKE, CHASE** y **BECKETT** ya tienen *MERCH!* Consigue desde sudaderas hasta tazas en: https://authorpatricklogan.live/merch

No olvides pasarte por mi grupo de Facebook y saludarme! https://www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

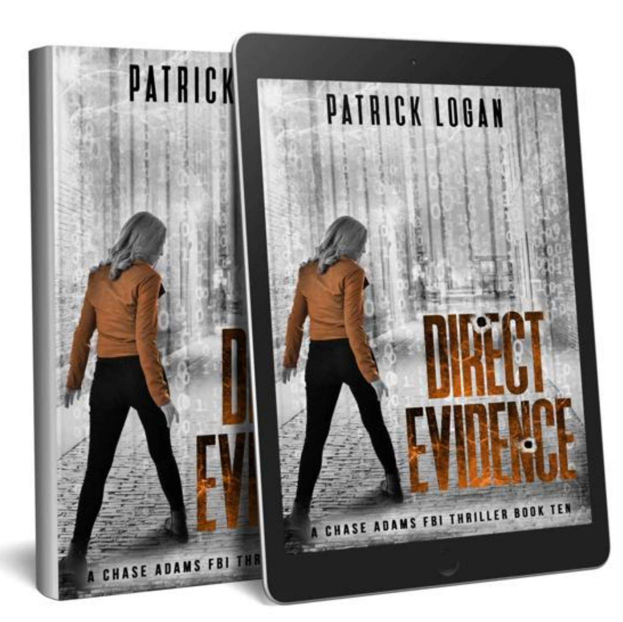
Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes de este libro son totalmente imaginarios o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con lugares, sucesos o localizaciones es pura coincidencia.

Segunda edición: Noviembre 2023

PATRICK LOGAN



UN THRILLER DEL FBI DE CHASE ADAMS LIVRO 10


PATRICK LOGAN
DIRECT EVIDENCE
A CHASE ADAMS FBI THRILLER BOOK TEN

Pruebas directas

Un thriller del FBI de Chase Adams
Libro 10

Patrick Logan

Pruebas directas

Un thriller del FBI de Chase Adams
Libro 10

Patrick Logan

Prólogo

Aunque era una noche fresca en Las Vegas, el sudor empapaba la cara del hombre. Esta transpiración era inducida por el miedo tanto como por el aire seco, o el hecho de que había estado corriendo durante los últimos diez minutos.

A pesar de estar lejos de la ostentación y el glamour de The Strip, en lo que todo no residente pensaba cuando pensaba en Las Vegas, el cielo nocturno seguía brillando como diamantes incrustados en el barro.

"Por favor", suplicó. "Por favor, yo-yo no lo hice-no es lo que piensas. No fue real".

Sus piernas eran de goma y su corazón se había cansado de tanto bombear. No estaba hecho para el esfuerzo ni tenía experiencia en él. Lo que a él le parecía un sprint era para la mayoría un trote casual.

"Por favor".

El sudor se mezclaba ahora con las lágrimas, y cuando una de las gotas trazó una línea hasta la comisura de su boca, la lengua del hombre salió instintivamente y se la limpió.

Estaba salado, lo cual era de esperar, pero sorprendió el suave dulzor del líquido.

"Contraseña. Dame la contraseña". El hombre que le había estado persiguiendo habló con voz monótona, casi robótica. "Ahora."

"N-no lo entiendes. Esto es real. No puedo simplemente..."

Las piernas del hombre se doblaron y cayó. Su rodilla derecha golpeó con fuerza el pavimento y, para evitar dañarse la otra pierna, pivotó al contacto y absorbió el resto de la caída con el trasero. Inmediatamente trató de levantarse, pero sólo consiguió plantar las manos y llegar a una posición erguida sentado antes de que su perseguidor estuviera sobre él.

Una forma oscura, la silueta de un hombre.

Un hombre sosteniendo un arma.

"No-no, por favor. Por favor."

"Contraseña. Ahora".

"De acuerdo. No me hagas daño, ¿vale? Te lo daré, pero tienes que dejarme ir. Tienes que prometerme que me dejarás ir".

La figura que se cernía sobre él estaba a contraluz, lo que disimulaba los rasgos del hombre y también le hacía parecer distinto del fondo, casi como una imagen mal retocada con photoshop.

Qué apropiado. Qué apropiado que esto parezca una simulación.

Pero no fue así.

Esto es real, y aquí es donde termina mi vida.

"Passwo-"

Se rindió. No le quedaban más opciones.

Pero en cuanto la palabra salió de su boca, supo que era un error. No podía sobrevivir. Como último esfuerzo, retrocedió, pero sólo avanzó unos centímetros antes de detenerse en seco.

Esta vez no fue el cansancio lo que se apoderó de él. Ni siquiera era miedo, aunque el hombre había levantado la pistola y estaba apuntando.

Fue entonces cuando vio claramente la cara del hombre por primera vez.

"Espera, ¿eres tú?"

Un último diamante salpicó el cielo nocturno: un destello primero blanco y luego naranja abrasador.

El último color era rojo: la sangre que manaba del agujero en el centro de la frente del hombre.

Y entonces todo lo que quedaba era pura y absoluta oscuridad.

PARTE I - Culpable

Capítulo 1

"Ven conmigo", ordenó el agente Tate Abernathy en el momento en que Floyd cruzó las puertas principales de la Academia de Formación del FBI en el condado de Stafford, Virginia.

Floyd estaba completamente agotado después del largo viaje que había hecho desde Columbus, Ohio. Y eso sin tener en cuenta la carga emocional de encontrar a Julia Dreger junto al cadáver de Meredith Griffith, con un cuchillo ensangrentado en la mano.

Incluso después de compartir más de lo que estaba obligado con el teniente Lehner de la policía de Columbus, lo que le llevó más de dos horas dadas las complicaciones del caso y sus vínculos con los crímenes de Virginia Occidental, el hombre no reaccionó.

Se quedó mirando, sin pestañear. Ni siquiera le temblaba la barriga.

Floyd había repetido los detalles, centrándose en el síndrome de Cotard y la implicación de Henry Saburra. No sólo estaba por encima del nivel salarial de Lehner, sino que evidentemente también estaba por encima de su nivel de inteligencia. Lo cual estaba bien: todo lo que Floyd quería era que Julia Dreger recibiera un trato justo, asesoramiento y consideración antes de su comparecencia. En su opinión, la mujer había actuado en defensa propia, a pesar de la brutalidad de la escena del crimen. Y eso es lo que puso en su informe al director Hampton.

Y ahora estaba aquí, trabajando con sólo un puñado de horas de sueño, su mente todavía en ebullición, su corazón acelerado, para reunirse con Tate Abernathy.

Su compañero... que lo había abandonado. Igual que Chase.

Tanto sus antiguos compañeros como los actuales conocían su trastorno de estrés postraumático y, sin embargo, le habían enviado solo a informar a Meredith Griffith del fallecimiento de su hija.

"Necesito..." Tate cortó a Floyd a mitad de la frase rodeándole el hombro con el brazo. Floyd estaba tan enfadado que tuvo la tentación de quitárselo de encima, pero estaba demasiado cansado.

"Tienes que venir conmigo, eso es lo que tienes que hacer", dijo Tate con severidad.

Floyd se preocupó y observó a su compañero. El espacio entre los ojos del hombre estaba pellizcado y cuando Tate se pasó una mano por su suave pelo castaño, el movimiento no fue especialmente suave.

Tate tenía el mismo aspecto que Floyd: cansado y agotado.

¿Le había contado al director Hampton la participación no autorizada de Chase en las investigaciones de los asesinatos de Charleston y Columbus? ¿Había delatado a Floyd por no denunciarla él mismo?

No.

No, no lo haría.

Floyd se dejó girar y guiar de vuelta a las puertas que acababa de atravesar.

¿Lo haría?

La verdad es que Tate Abernathy estaba lleno de sorpresas y era un maestro en ocultarlas.

"¿Adónde vamos?" preguntó Floyd secamente. La fatiga se extendía ahora a sus cuerdas vocales.

La respuesta de Tate fue apretarle más, anticipándose a la resistencia de Floyd.

No ofreció ninguna.

Aunque tuviera la energía necesaria, Floyd dudaba que cambiara mucho las cosas. Era veinte años más joven que su compañero, pero donde él era delgado y enjuto, Tate tenía la fuerza de un hombre mayor.

Además, Floyd estaba tan intrigado por el comportamiento de su compañero como preocupado.

Tate dejó caer a Floyd en el asiento del copiloto de su coche, luego dio la vuelta y se puso al volante. Salieron del aparcamiento del FBI y condujeron unos cinco minutos en silencio antes de que Floyd se diera cuenta de adónde iban.

Se dirigían al lugar que Chase había llamado hogar.

No, no más de una vez.

"No", dijo Floyd con firmeza, sacudiendo la cabeza. "No, no quiero ir al apartamento de Chase, no quiero verla. Lo que necesito es hablar con el director Hampton. Julia Dreger está acusada de asesinato. Necesito que dé un paso adelante y haga algo. Ella actuó en defensa propia, y..."

"El director Hampton no va a hacer nada por Julia Dreger, Floyd", le informó Tate con rotundidad.

"Pero tiene que hacerlo", protestó Floyd. "Fue culpa de Meredith; usted estaba allí en el funeral y me dijo...".

"Sí, sí, sé lo que te dije", interrumpió Tate. "Y también sé que hiciste todo lo que pudiste. Presentaste tu informe, que por cierto he mirado, y creo que hiciste un trabajo estupendo. Ahora ya no está en nuestras manos. Si Hampton quiere intervenir, que así sea. Si no, y conociéndole creo que no, bueno, Julia tendrá que confiar en el sistema".

Floyd estaba incrédulo.

¿Fe en el sistema?

"No, ni siquiera deberían acusarla. Fue en defensa propia".

Cuando Tate no dijo nada, Floyd volvió a mirar fijamente a su compañero.

El hombre tenía la mandíbula desencajada, al igual que su postura al respecto.

Si los dos casos de Charleston y Columbus han enseñado algo a Floyd, es que no todas las víctimas son iguales. Y, por extensión, tampoco todos los agresores recibían el mismo trato. Después de todo, Meredith Griffith era la afligida esposa de un cirujano plástico popular y con contactos.

Julia Dreger, en cambio, era una prostituta y una rompehogares. No importaba que ella fuera la que realmente había cuidado del Dr. Wayne Griffith.

Floyd cerró los ojos y se apretó las sienes.

"Y por eso te he traído aquí", dijo Tate en voz baja.

"A Chase's..." Floyd abrió los ojos cuando el coche se detuvo.

No estaban en el apartamento de Chase Adams. En vez de eso, Tate había llevado a Floyd a una instalación que le era familiar.

También era un lugar al que no pertenecía.

Grassroots Recovery era para gente dañada. Era para gente como Chase Adams, para adictos, para individuos que habían perdido por completo el control de sí mismos.

No él. No Floyd Montgomery.

No el hombre de Alaska, el chico al que le encantaban los trenes y que solía llevar a la gente de un lado a otro como chófer.

"No", dijo enérgicamente. "No lo haré. Quiero volver a Quantico. Tengo que hablar con el Director Hampton."

Tate seguía con la mandíbula desencajada, pero ahora asentía ligeramente con la cabeza. Antes de que el hombre abriera la boca para hablar, algo que Chase había dicho apareció de repente en la mente de Floyd.

Encuentra lo que te funcione. Pero tienes que encontrar algo. Tienes que encontrarlo. Se trata de que puedas vivir sin que te atormente tanto lo que ves que te encuentres descendiendo a un pozo del que nunca jamás podrás salir.

Incapaz de encontrar su mirada, Tate dijo: "Mira, esto no es como lo que le pasó a Chase. No soy Jeremy Stitts y no te estoy poniendo en confinamiento involuntario o como demonios se llame. Yo sólo..."

"Espera, ¿cómo sabes sobre..."

Tate levantó una mano, haciéndole callar al instante.

"Todo el mundo lo sabe, todo el puto FBI sabe lo de Chase Adams. Pero esto no tiene nada que ver con ella. Tiene que ver contigo. Mira, casi todo el mundo en el FBI viene a ver al Dr. Matteo en algún

momento u otro. Es... es bueno. Realmente bueno."

Tate sonaba como si ahora hablara por experiencia, pero Floyd se encontró pensando no en el psiquiatra, a quien había conocido para su evaluación psicológica inicial, ni siquiera en su compañero, sino en Chase.

Chase era un desastre objetivo. Parecía que cada paso que la mujer daba hacia adelante tropezaba tres hacia atrás.

Y todo el tiempo había estado viendo al Dr. Matteo.

No es un informe brillante, eso seguro.

"Depende de ti, Floyd", continuó Tate. "Pero si no entras ahí, si no entras en Grassroots ahora mismo, iré contigo a ver al director Hampton". Hizo una pausa, y Floyd vio algo más en los ojos del hombre: compasión. Sólo que esto no encajaba con lo que Tate dijo a continuación. "Iré contigo y le diré a Hampton que no eres apto para estar en el FBI".

Floyd se quedó boquiabierto.

"*¿Qué?* ¿Por qué has hecho eso?"

"Porque", empezó Tate despacio, "porque si no entras, vas a morir. Y no lo digo retóricamente o como un eufemismo. Morirás, joder. Ya lo he visto antes. Si no aprendes a lidiar con la mierda por la que pasamos cada día, no durarás otros seis meses. Lo vi con mi último compañero, y me niego a que pase con mi nuevo compañero... contigo, Floyd. Así que decídete. Y hazlo rápido porque no tengo todo el día".

Capítulo 2

Activadas por el amanecer, las persianas se levantaron silenciosamente y permitieron que la luz del sol inundara las ventanas del suelo al techo. Cuando la luz dio en la mejilla de Stu Barnes, éste suspiró y rodó sobre su espalda.

Dejó que el sol le calentara un poco la cara y, al cabo de unos minutos, los altavoces empotrados en el techo empezaron a reproducir música suave. Sólo entonces abrió los ojos, parpadeó y retiró el edredón. Tras un rápido estiramiento, Stu se dirigió al cuarto de baño, y su movimiento activó sensores que encendieron luces para iluminar el camino. Orinó y luego bebió un vaso de agua fría.

A continuación, se puso la ropa de gimnasia y bajó las escaleras. Su café se había preparado automáticamente al amanecer y cogió una taza antes de continuar hacia el gimnasio de casa.

Hoy era lunes: treinta minutos de esfuerzo moderado en la cinta, seguidos de un entrenamiento de pecho y tríceps. Stu terminó en poco más de una hora. Treinta minutos después de sudar, se duchó y se vistió con unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca lisa de cuello de pico. Para desayunar, se comió dos huevos duros, una rebanada de pan tostado Ezekiel y medio aguacate. Después se tomó un segundo café, éste con una cucharada de mantequilla ecológica de pasto.

Durante el desayuno, Stu apagó la música y escuchó un canal de noticias personalizado con temas relevantes para sus numerosos negocios. No había nada de interés, lo que fue un alivio para él. El mes pasado había sido una pesadilla. Un antiguo empleado de una de las empresas de recopilación de datos de Stu, Kevin Park, había sido acusado de asesinar a otro ex empleado, Connery Sinclair. Esto no era de interés periodístico en sí mismo, pero algún reportero entrometido había desenterrado una demanda civil pendiente que Stu había interpuesto contra ambos hombres y la empresa que habían formado. Pero aunque ganaban dinero con tecnología robada -su tecnología-, no merecía la pena el dolor de cabeza ni la mala prensa. Stu había retirado la demanda, pero era demasiado tarde. Su nombre y su asociación con esos criminales -a pesar de que apenas recordaba a los dos hombres- estaban en todas las noticias. Su imagen se había resentido, lo que significaba que sus finanzas también se habían resentido.

¿Pero hoy? Grillos.

Y eso hizo feliz a Stu Barnes.

Su agenda tampoco era muy apretada: sólo tenía un puñado de

reuniones, lo que significaba que probablemente podría asistir al partido de esa noche de los Vegas Golden Knights en su palco privado.

Stu no sonreía del todo, pero sus labios iban definitivamente en esa dirección cuando salió de su mansión del Summit Club, y su buen humor se mantuvo cuando abrió la puerta de su nuevo Mercedes-Maybach S.

Se desvaneció cuando oyó el chirrido de neumáticos y vio luces intermitentes.

Estaba a medio entrar en su vehículo cuando se dio cuenta de que el coche de policía más cercano, sin matrícula pero también inconfundible, se dirigía no por su calle y más allá de su casa, sino hacia su largo camino de entrada de ladrillo entrelazado. Se subió a la acera y Stu se preocupó de repente de que fuera a chocar contra la parte delantera de su Mercedes, o peor, que le rozara el lado de la rodilla que todavía tenía al descubierto.

Dio un salto hacia atrás justo cuando el coche se detuvo de golpe, a escasos centímetros del parachoques de su Mercedes.

"¿Qué dem...?"

Dos hombres salieron de un salto, con las armas desenfundadas.

"¡Al suelo!" gritó el oficial más cercano. "¡Al puto suelo!"

Stu había levantado instintivamente los brazos cuando pensó que iba a ser atropellado y ahora dejó caer las manos a los lados.

Fue una mala idea.

Mientras el primer agente de paisano mantenía su pistola apuntando al pecho de Stu, el otro se abalanzó sobre él.

Más coches de policía -¿tres? Cuatro... -sirenas a todo volumen, siguieron al vehículo sin identificación hasta la entrada de Stu, y más hombres armados saltaron.

Stu tuvo un momento para pensar: "¿Qué coño está pasando?", antes de que le torcieran el brazo derecho por detrás de la espalda y le empujaran bruscamente al suelo.

Se colocaron expertamente cremalleras de plástico y luego Stu fue puesto de pie de un tirón.

Desconcertado, otro pensamiento cruzó su mente: estos no son policías.

A pesar de sus uniformes de aspecto oficial y sus excelentes réplicas de coches de policía, se trataba de matones.

No lo estaban deteniendo, lo estaban secuestrando.

Por un rescate, sin duda.

Stu empezó a forcejear y a arrastrar los talones.

"¡Ayuda!", gritó. "¡Ayúdenme!"

Movió la cabeza de un lado a otro y captó varias miradas perplejas de los impostores uniformados.

"¿Qué estás haciendo?" Stu gritó. "Déjame..."

El hombre que tenía detrás le levantó las manos por la parte baja de la espalda y Stu gruñó de dolor.

"Cierra la puta boca."

Stu respondió con otra llamada de auxilio, pero esta vez era una súplica débil y patética.

"¿Ayuda?", repitió el hombre que tenía delante, el primero en apuntar con su arma. "Sí, la vas a necesitar. Vas a necesitar mucha ayuda". Sus ojos se desviaron no tan sutilmente hacia la mansión de Stu. "Pero apuesto a que puedes permitírtelo. Apuesto a que puedes permitirte todo un equipo de abogados. Un puto ejército. Y como dije, los vas a necesitar".

Ya fuera por el efecto del shock o por las palabras del hombre, Stu cambió repentinamente de opinión. Eran policías, policías de verdad, y lo estaban arrestando. Pero esta revelación no trajo consigo una abrumadora sensación de consuelo.

En todo caso, exacerbó su confusión.

"¿Por... por qué? ¿Por qué estoy detenido?"

El policía delante de él levantó la mano, indicando al oficial detrás de Stu que dejara de llevarlo hacia adelante. Lo hizo, pero el policía enojado no bajó las muñecas levantadas de Stu, y el dolor sordo que corría desde la palma hasta más allá de su codo permaneció.

"¿Oyes eso? Se está haciendo el tonto".

Esto fue recibido con una salva de risitas por parte de los demás oficiales.

"Tienes que decírmelo", suplicó Stu. "Tienes que decirme por qué me estás arrestando".

Una sonrisa de satisfacción apareció en el curtido rostro del policía.

"Vale, vale, hazte el tonto. Vale. Eso significa que no hay trato". Hizo un ademán de mirar dramáticamente a su alrededor y luego levantó la voz lo bastante alto como para que lo oyeran todos los policías y vecinos entrometidos en un radio de media milla. "Stu Barnes, queda arrestado por el asesinato de Jake Hollister. Tiene derecho a permanecer en silencio..."

Capítulo 3

Tate Abernathy observó a Floyd subir lentamente los escalones de Recuperación de Base. Cuando el hombre estaba a medio camino de las puertas dobles, se detuvo y se agarró a la barandilla.

"Ve", instó Tate desde el interior de su coche. "Vamos, Floyd, mete tu culo dentro."

Apretaba tanto la mandíbula que empezaba a dolerle. Se obligó a relajarse, mientras intentaba convencer en silencio a Floyd de que entrara. Tate era un experto, sólo superado por su ex compañero, el agente del FBI Constantine Striker, en convencer a la gente de que hiciera lo que había que hacer. En muchas ocasiones, los delincuentes habían afirmado que Tate los había coaccionado o manipulado, pero él seguía las reglas... en la mayoría de los casos. Por eso insistía en las reuniones en persona, mientras que el resto del mundo se había pasado a la comunicación digital.

La verdad era que Floyd le caía bien, le caía muy bien. Y ya era hora de que empezara a transmitir sus conocimientos de años en el FBI a otra persona. Floyd encajaba perfectamente. Y lo que le había dicho a su compañero también era cierto, aunque con un toque dramático. Tate había visto a muchos agentes seguir un camino angustioso y, aunque Floyd fuera demasiado joven e ingenuo para encontrarse en el fondo de una botella o adicto a las pastillas, también era demasiado joven para tirar su vida por la borda. Una de las cosas que Tate más disfrutaba de la compañía de Floyd era que podía joder con él sin preocuparse de que se ofendiera. Una cualidad rara en la era de la máxima sensibilidad. Pero cuando Tate se ponía firme, Floyd sabía que hablaba en serio. Así que, si Floyd cambiaba de opinión, Tate cumpliría su palabra: iría con su socio a ver al director Hampton.

Luego le diría al director, en términos inequívocos, que su experimentada opinión era que Floyd Montgomery no era el hombre adecuado para el puesto.

No era ningún secreto que Jeremy Stitts y Chase Adams habían respondido por Floyd, y ésta era la razón principal por la que había sido aceptado en la Academia. El resto lo había hecho él mismo -aplausos, aplausos-, pero tanto la carrera de Stitts como la de Chase habían dado un giro inesperado. Ahora tenían menos influencia y, además, Tate los superaba a ambos en cuanto a experiencia.

Hampton le escucharía, estaba seguro.

La realidad era que, si Floyd no recibía ayuda, su trastorno de estrés postraumático y otros problemas se volverían más debilitantes.

Tal vez no este año, o el siguiente, ¿pero en tres o cuatro? Estos problemas le costarían la vida a Tate, a Floyd o a ambos.

Así que, sí, si Floyd no abría esa puerta, éste sería muy probablemente su último día como Agente del FBI.

"Sólo sube las malditas escaleras."

Cuando por fin Floyd dio otro paso, y luego otro, Tate sintió que se aflojaba parte de la tensión de sus hombros. El movimiento es loción, como suele decirse, y Floyd parecía lubricado por esos dos pasos. En poco tiempo, el hombre llegó a la puerta y la abrió.

Aun así, Tate lo observó atentamente. La verdad era que, aunque llevaban meses siendo compañeros, realmente no sabía mucho sobre Floyd. Había leído el expediente del hombre, por supuesto, y también sabía lo que Floyd había hecho por Chase y Stitts antes de ser admitido en la Academia.

Pero leer algo y experimentarlo en persona eran dos cosas muy distintas, sobre todo para alguien con el talento de Tate. Por lo general, Tate podía clasificar a una persona en una de varias categorías a los pocos minutos de conocerla y hacerle unas cuantas preguntas aparentemente benignas pero específicamente punzantes. Pero Floyd resultó ser más difícil que la mayoría. Tate había decidido que probablemente se debía a la inusual trayectoria del hombre hasta llegar al FBI. Para ser justos, sin la intervención de Chase y Stitts, la probabilidad de que Floyd se acercara a convertirse en agente del FBI era prácticamente nula.

Y luego estaba Chase.

Si Floyd era un rompecabezas, Chase era un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma, gracias, Winston Churchill. Y los dos, a pesar de sus muchas y evidentes diferencias, estaban inexorable e inextricablemente unidos.

Pero llegaría al fondo de ambos.

Esto, al igual que su afirmación a Floyd sobre las consecuencias de no entrar en Grassroots, era una promesa. Pero mientras observaba, el ultimátum anterior se volvió irrelevante: Floyd Montgomery puso un pie en el centro de recuperación. Aun así, incluso después de que las puertas se cerraran tras el hombre alto y delgado, Tate esperó. Para él era una tortura estar sentado sin hacer nada, pero aguantó cinco minutos.

Y tras esos cinco minutos, Tate asintió para sí y finalmente se marchó.

Esperaba que la próxima vez que viera a Floyd, pudiera volver a burlarse de él como amigo y compañero.

Mientras conducía, la mente de Tate vagaba por su último caso, que, incluso a los cuarenta y siete años, casi la mitad de los cuales había estado en el FBI, fue quizá el más extraño en el que había

participado. Y por eso necesitaba a alguien como Floyd. Puede que Malcolm Gladwell tuviera la idea de que se necesitaban diez mil horas para convertirse en un experto en una materia, pero Tate a menudo se preguntaba cuántas horas hacían falta para volverse hastiado y displicente.

Fuera cual fuera ese número, estaba cerca de él, si es que no lo había superado ya. Así que, mientras otros podrían ver la ingenuidad de Floyd como una debilidad, Tate no. Para él, era todo lo contrario: era un arma, del mismo modo que una mirada fresca podía infundir vida a viejas ideas y revitalizar un negocio moribundo. ¿Y había alguna corporación que necesitara más la afluencia de nuevos talentos que el FBI?

Tate no regresó a su despacho y, aunque tenía una próxima cita con el director Hampton, que no guardaba relación con él, también la dejó de lado. En su lugar, condujo por el campus de Quantico y aparcó delante del edificio de conferencias. Tras mostrar sus credenciales al guardia de seguridad de la puerta, uno de los pocos a los que Tate no conocía personalmente, entró en el edificio y se dirigió directamente al aula 3.

Esperaba llegar antes de que empezara la clase, pero Floyd se había retrasado -literalmente- y, cuando Tate abrió la puerta en silencio, ya oía una voz de mando que llegaba desde la parte delantera de la sala.

Sólo había un puñado de asientos vacíos, la mayoría al fondo. A Tate le pareció bien, y se sentó en uno de ellos junto a una mujer de unos once años.

Sonrió con satisfacción al ver su bloc de notas; era como el Necronomicón, con palabras que se extendían más allá de los márgenes de la página e intrincados diagramas garabateados en todo el espacio vacío disponible.

"¿Algo bueno?", susurró con la comisura de los labios.

"¿Me estás tomando el pelo? ¿Sabes quién es?"

Tate inclinó el cuello hacia delante y luego entrecerró los ojos alternativamente. Había un hombre de pelo castaño en un podio, perfectamente peinado, alborotado pero controlado, y se apoyaba en un bastón mientras pronunciaba su conferencia en un tono tranquilo y autoritario.

"¿Oscar Wilde?"

La mujer lo miró y Tate estaba realmente preocupado de que estuviera a punto de empezar a leer de su libro de los muertos.

"No", espetó con desdén, "ese es Jeremy Stitts".

"Ah, cierto". Tate suspiró. "Nunca he oído hablar de él."

Pero, por supuesto, lo había hecho, y Tate Abernathy se recostó en su silla y escuchó al hombre mientras instruía a estos jóvenes reclutas sobre lo que significaba ser un perfilador del FBI.

Y tal *vez* -sólo *tal vez- esperaba captar* un puntero o dos por el camino.

Capítulo 4

El constante traqueteo que llenaba la pequeña sala de entrevistas molestaba a Stu Barnes. Lo que le molestaba más que el sonido era el hecho de que era su pierna la que lo hacía. O, más exactamente, el ruido que hacían las esposas que tenía atadas a cada uno de los tobillos y que luego pasaban por un lazo metálico soldado en el suelo.

Pero por más que lo intentaba, Stu no conseguía que sus piernas dejaran de temblar.

Llevaba no más de diez minutos esperando a que su abogado, el hombre al que pagaba un anticipo anual de más de medio millón de dólares, entrara por la puerta y le dijera al guardia que le quitara las esposas y le dijera a él, Stu Barnes, que se iban. Y entonces el trajeado podría seguir diciendo que todo había sido un estúpido error y amenazar con demandar. Stu, contento de salir de la celda de detención del condado de Kanab, disuadiría entonces a su abogado de emprender más acciones legales.

Sin embargo, publicaría un comunicado a través de sus numerosos medios de comunicación explicando que todo era un error y para que el público aceptara que los policías también eran sólo personas. Con el tiempo, sus vecinos lo olvidarían, a los accionistas dejaría de importarles y él volvería a dormir en su cama y a despertarse con el sol brillándole en la cara.

Ese era el plan.

Simple, sin duda, pero eso era todo lo que Stu, que nunca ha sido una persona especialmente creativa, podía inventar dado que nadie le había dado ningún detalle. Lo llevaron a fichar, le tomaron las huellas dactilares y le hicieron una foto policial, que acabaría apareciendo en un sitio menos conocido de TMZ, y luego lo condujeron a una celda.

Una luz roja situada sobre la puerta se encendió de repente, al tiempo que un zumbido arcaico llenaba la habitación. Un segundo después, la puerta se abrió y entró un hombre vestido con un traje a medida.

Stu se levantó instintivamente y luego volvió a sentarse rápidamente cuando las cadenas que ataban sus muñecas a la mesa de metal se clavaron en su piel.

"Will-Will, gracias a Dios que estás aquí", dijo Stu secamente. Carraspeó y vio cómo su abogado le decía algo al guardia antes de que éste cerrara la puerta tras de sí. "No, no", protestó Stu, "no cierres la puerta. Que me quite estas esposas de la muñeca".

Aún así, Will Porter. Esq. no dijo nada. El abogado era

aproximadamente de la edad de Stu, y eso estaba lejos de ser todo lo que tenían en común. Tenían el mismo pelo plateado y bien recortado y la misma constitución alta y delgada. La mayor diferencia era que Stu tenía una sombra de cinco sombras, que mantenía incluso cuando no estaba en la cárcel, mientras que Will Porter estaba completamente afeitado.

Ah, y unos mil quinientos millones de dólares de patrimonio neto.

"Will, ¿qué coño está pasando?"

A Stu no le gustó el silencio, ni tampoco que Will llevara un maletín. Menos le gustó cuando dicho maletín de cuero marrón se puso sobre la mesa y su abogado se instaló en el asiento de enfrente.

"No lo entiendo. Esto es un error". Stu intentó una vez más levantar los brazos con el mismo resultado neto: muñecas doloridas.

Will se relamió y finalmente se dirigió a su cliente.

"Stu, siento haber tardado tanto. Estaba revisando cintas con el detective Tolliver. Creo que lo conociste".

Stu negó con la cabeza.

"Fue él quien hizo la detención", explicó Will.

En su mente, Stu se imaginó al hombre bajito del bigote, el que iba de paisano, que le había apuntado con la pistola y luego le había gritado que estaba detenido por el asesinato de un hombre del que ni siquiera había oído hablar.

"¿Cintas?" Stu negó con la cabeza. "¿Qué quieres decir con cintas? Esto es un malentendido, un error de identidad". Volvió a levantar las manos, esta vez con más cautela. "Will, quítame estas malditas esposas y sácame de aquí".

Will se inclinó hacia delante.

"Stu, soy tu abogado. Todo lo que digas en esta sala", agitó un dedo por encima de su cabeza, "es confidencial. No puede ser grabado. Dicho esto, creo que te conviene mantener la calma. No querrás que sepan que estás nervioso".

Stu estaba incrédulo. No, incredulidad era un sustantivo insuficiente para describir su estado de ánimo.

¿Me han transportado a una dimensión alternativa? ¿Me han sacado de mi casa y me han llevado a un planeta alienígena donde nada tiene sentido? ¿Donde la gente parece y suena como humanos, pero claramente no hablan el mismo puto idioma?

"¿Molesto?" Will se inclinó aún más hacia adelante, pero Stu no estaba dispuesto a ser interrumpido. "Claro que estoy nervioso. Estaba entrando en mi coche cuando esos gilipollas vinieron y me tiraron al suelo, diciendo que había matado a alguien que ni siquiera conozco. Así que, sí, estoy jodidamente nervioso". Stu enseñó los dientes y levantó las manos con tanta fuerza que la sangre empezó a salpicarle las muñecas.

"Cálmate, Stu. Cálmate, Stu. *Por favor*. Estoy haciendo todo lo posible para explicar lo que está pasando aquí, pero tienes que calmarte ".

Stu conocía a Will, lo conocía desde hacía muchos años. El hombre era abogado de empresa de profesión, pero cuando le preguntó a quién quería llamar, Stu no había dudado.

Porque cualquier abogado, alguien que acaba de pasar la barra ayer, podría sacarlo de este caso de identidad equivocada.

Además, Will ya estaba en nómina.

Stu respiró hondo, cerró los ojos, aspiró una enorme bocanada de aire y luego exhaló ruidosamente. Cuando volvió a abrir los ojos, medio esperaba que la pesadilla hubiera terminado y que estuviera de nuevo en su cama. En unos instantes, las persianas detectarían el amanecer y se abrirían, y él volvería a empezar el día. Haría el mismo ejercicio, tomaría el mismo desayuno y bebería el mismo café.

Sólo que, esta vez, nadie le detendría cuando subiera a su coche.

Pero no.

Stu seguía en la celda de detención que olía a humedad con Will Porter mirándole fijamente.

"Sólo quiero repetir lo que dije: todo lo que discutan hoy aquí o en cualquier momento que nos reunamos es privilegiado. ¿Entiendes lo que eso significa?"

Stu asintió, pero el abogado, siendo abogado, sintió la necesidad de explicarse de todos modos.

"Puedes contarme cualquier cosa, y nunca podrá ser usada en tu contra".

¿Qué podría utilizarse en mi contra?

La mente de Stu se agitó, recordando todos sus negocios. Amasar la fortuna que había acumulado a lo largo de los años, que había pasado de 252 millones a más de 1.400 millones de dólares, significaba ganarse muchos enemigos. Y también significaba que no todo se había hecho de forma legal.

Nada criminal... bueno, nada tan criminal. Nada tan criminal.

Nada como el asesinato.

"Necesito que me digas que lo entiendes".

Stu miró hacia el cielo.

"Lo entiendo, lo entiendo. Ahora, por favor, dime qué coño está pasando, Will. *Por favor*."

Will respiró hondo.

"Esto no es un error, Stu. Esto no es un error administrativo ni un error de identidad. Se te acusa del asesinato de Jake Hollister".

"¿Quién? Ni siquiera sé quién es". Stu sacudió la cabeza con incredulidad. "Me han tendido una trampa. Esa es la única explicación. Alguien se cabreó porque compré su negocio a bajo

precio o porque hundí su negocio. Me han tendido una trampa".

Era lo único que tenía sentido.

¿Pero quién?

A quién había cabreado tanto para que le tendieran una trampa por asesinato.

Las dos primeras personas que me vinieron a la mente fueron los ladrones de software de Nueva York: Connery Sinclair y Kevin Park. Pero Connery estaba muerto y Kevin era, al menos por ahora, un hombre que disfrutaba de su libertad.

Si no son ellos, ¿quién?

"Tienes que ser honesto conmigo, Stu."

Stu volvió a mirar fijamente a su abogado y amigo de toda la vida.

"Estoy siendo honesta contigo, Will. No sé quién es Jake Hollister; al menos, no lo creo. El nombre no me suena. Pero sé una cosa con seguridad: yo no lo maté. *Jesús*".

Había algo en la cara de Will que perturbaba a Stu.

¿Qué era exactamente?

¿Confusión? ¿Incertidumbre? ¿Perplejidad?

Tenía que ser uno de ellos porque seguro que no podía ser la incredulidad.

"¿Will? ¿Por qué tengo la idea de que no me crees?". Preguntó Stu, huyendo de su ira.

"No es mi trabajo creerte, Stu. Pero si no..."

"Corta el rollo. Déjate de toda esta charla legal, esta información privilegiada, esta mierda de 'no es mi trabajo creerte'. No me crees, y quiero saber por qué".

Will suspiró y el hombre empezó a abrir su maletín.

"No me dejaste terminar. No sé si creerte, Stu, pero para ser honesto, o no te creo o no creo a mis propios ojos".

Stu entornó los ojos, sin entender.

"¿Qué?"

Will sacó un iPad y lo encendió. Luego lo giró para mirar a Stu.

"Mira-mira y verás. Y lo que vas a ver es a ti. Te verás revoloteando sobre Jake Hollister y disparándole en la cabeza".

Capítulo 5

"¿Puedo ayudarle?" preguntó Jeremy Stitts, con los ojos aún clavados en los papeles que recogía del estrado.

Tate, que había estado sentado en la última fila esperando a que todos los demás se marcharan, retiró los pies del asiento que tenía delante. Se levantó y bajó los escalones hacia el escenario.

"Fascinante presentación, Agente Stitts. Felicitaciones."

Esto llamó la atención de Stitts y el hombre miró a Tate. Al hacerlo, se pasó una mano por el pelo. Tate se maravilló de que cada mechón cayera en su sitio exactamente igual que hacía unos instantes. El perfilador del FBI era más joven de lo que Tate esperaba: al no conocerlo, Tate, basándose únicamente en su reputación, había supuesto que Stitts tendría, como él, unos cuarenta años. En cambio, parecía tener treinta y tantos. Tal vez incluso treinta y tantos, a pesar del bastón.

"Dijiste que la mayoría de los asesinos matan por amor, codicia o venganza. Pero tengo una pregunta para ti..."

Como era de esperar, Stitts mordió el anzuelo.

"Claro. Adelante".

"Gatos", dijo Tate simplemente. Esperó la siguiente pregunta, la que inevitablemente sería "¿Y los gatos?", pero Stitts le sorprendió.

"Claro. La gente ha matado por mucho menos que los gatos".

Bien jugado.

Le tendió la mano.

"Agente Tate..."

"Abernathy", completó Stitts por él, agarrando su palma y bombeando su brazo.

Oh, pensó Tate, es bueno, está intentando despistarme.

"Y usted es el agente Stitts".

"Sólo Stitts".

"Sólo Tate. Bromas aparte, realmente disfruté tu clase".

Stitts metió el resto de sus notas en su cartera de cuero.

"Gracias. Y enhorabuena por el trabajo que hiciste en Columbus en Charleston".

Al parecer, las sorpresas no acababan nunca.

"¿Te has enterado?" preguntó Tate, enarcando una ceja.

Stitts asintió.

"Me gusta estar al día. Puede que ya no salga al campo, pero intento mantenerme al corriente de lo que pasa por aquí". Señaló hacia el proyector que tenía a su espalda y que había mostrado unas

pocas imágenes y palabras durante su conferencia. "Supongo que lo hago para mantenerme al día". Stitts cogió su bastón del podio y se apoyó en él. "Y, con lo elogioso que ha sido, supongo que no ha venido sólo a escuchar mi conferencia".

"No, estoy aquí por otra cosa", admitió Tate.

"*¿Alguien* más, quieres decir?"

A Tate le molestaba que le sorprendiera tanto que el agente Stitts fuera tan intuitivo. Debería haberlo sabido. Tendría que haberlo sabido, porque cualquiera que hubiera sido compañero del enigmático y poco ortodoxo Chase Adams tanto tiempo como ellos o estaba mentalmente trastornado o era especial.

Tal vez ambas cosas.

En este caso, Tate asumió lo segundo.

"Así es, pero no se trata de *ella*".

La sorpresa estaba del lado de Tate esta vez. Por mucho que Stitts trató de ocultar su suposición de que esta conversación era sobre Chase, un pequeño levantamiento de su ceja izquierda lo delató.

"Floyd" entonces. ¿Cómo le va? Sabes, he estado pensando en tomar un café con él, pero esto", Stitts una vez más indicó su entorno, "pasó de ser un trabajo temporal a diez conferencias a la semana".

"Sí, bueno, por eso estoy aquí. Sé lo que tú y Chase hicisteis por él, metiéndole en la academia, y no quiero quitarle nada al chico. Aprovechó su oportunidad y corrió con ella. Y aunque ha sido mi compañero durante unos meses, tengo la impresión de que puede que le conozcas mejor que yo".

Un sutil asentimiento de Stitts.

"Voy a cortar el rollo para ser honesto contigo, está luchando. Recuerdo mi primer mes o así en el FBI siendo una molestia. Y yo venía de hacer cumplir la ley - yo era un policía durante seis años antes de aplicar. Mi primer caso..." Tate dejó que se le escapara la frase. Su estrategia había consistido en abrirse con la esperanza de que Stitts se sintiera cómodo e hiciera lo mismo, pero cuando Tate empezó a recordar su primer caso, se cerró en banda de inmediato. Era algo que no quería hacer.

Ni ahora, ni nunca.

"Sé lo que quieres decir", aceptó Stitts, tomando el silencio de Tate como una invitación a hablar. "Mi primer gran caso fue el de un hombre con una bomba en el cuello. Los equipos de televisión se quedaron mirando, al igual que la ATF, los artificieros, la policía local y el FBI. No acabó bien".

Tate estaba familiarizado con el caso. También era lo bastante mayor como para conocer una época en la que un asesino podía cruzar literalmente una línea imaginaria, entrar en otro Estado y ser completamente desconocido para la policía local. No había forma de

comunicarse entre departamentos, y mucho menos entre Estados. Ahora, era un poco diferente con los registros nacionales, Interpol, etc., pero se habían hecho pocos cambios en lo que respecta a las relaciones interdepartamentales. Sólo hacía falta un policía o un agente con complejo de hombre bajito para que hubiera más medición de pollas que resolución de crímenes.

"¿Eras tú?"

Stitts se encogió de hombros.

"Yo era un junior, mi primer caso. Y fue una auténtica pesadilla".

"Me lo imagino". Tate hizo una pausa. "Volviendo a Floyd... está luchando, y sólo quería tu opinión sobre si crees o no que está hecho para este trabajo, y lo digo sinceramente sin faltarte al respeto ni a ti ni a él. Creo que es un gran ser humano, Stitts, pero como sabes, en este trabajo, ese puede ser un defecto fácil de explotar."

Otra pausa, esta vez mutua.

Stitts se mordisqueó el interior de la mejilla y Tate apreció que el hombre pensara realmente en la pregunta en lugar de limitarse a soltar una respuesta.

Pasaron cinco segundos, diez, y entonces Stitts miró a Tate directamente a los ojos.

"¿Hay alguien?"

Normalmente, a Tate le habría molestado una respuesta tan ambigua y francamente tópica, pero no fue así. No de Stitts. A pesar de que conocía al hombre desde hacía apenas cinco minutos, su interpretación del perfilador era muy acertada. Y si Stitts hubiera sido su compañero y no Floyd, no habría necesidad de consultar con nadie para saber si el hombre estaba hecho para el trabajo.

Nació para ello.

"No, la verdad es que no", respondió Tate. Para el 99% de la población, ver las cosas que él había visto, los actos violentos y despreciables de los que eran capaces los humanos, verlos de primera mano y hablar con los autores, les destruiría. A la larga, los devoraría y los volvería del revés. No podrían dormir e inevitablemente recurrirían a medios químicos para evitar que las imágenes inundaran sus mentes.

Y Tate no era diferente. Pero en lugar de recurrir a la bebida o las drogas, hizo algo diferente.

Cambió el resultado.

El problema era dormir.

Así que simplemente no lo hizo más.

"Floyd tiene un corazón blando, se preocupa... probablemente demasiado", continuó Stitts, sin que nadie se lo pidiera. "Pero también es fuerte. ¿Sinceramente? No lo habría recomendado si no creyera que puede hacer el trabajo. Nada de lo que he visto desde entonces me ha

hecho cambiar de opinión, y eso incluye lo que puso en el informe más reciente."

Tate asintió. Era una respuesta tan buena como cualquier otra.

"Gracias".

"No hay problema".

Stitts se echó el bolso al hombro y se apoyó en el bastón mientras se dirigía a la puerta.

Tate se quedó a su lado.

"¿Lo echas de menos? ¿Estar en el campo?"

Stitts también se tomó su tiempo con éste.

"A veces". Había una mirada lejana en sus ojos. "A veces no".

"Me parece justo", dijo Tate. Volvió a estrechar la mano del hombre y subió las escaleras en dirección a la salida de estudiantes. Casi había llegado a la puerta cuando la voz del hombre atrajo de nuevo su atención hacia el escenario.

Tate había dejado de moverse.

"¿Cómo está?"

Hubo un momento en que Tate se preguntó cómo una persona podía tener un impacto tan fuerte en todos los que conocía.

Pero entonces consideró cuánto ancho de banda mental había agotado pensando en Chase Adams.

Finalmente, Tate Abernathy negó con la cabeza.

"Chase es un maldito choque de trenes. Así que, según sus estándares, es completa y absolutamente normal".

Capítulo 6

"Agente Montgomery, me alegro de que haya acudido a su cita; no estaba seguro de que se presentara", dijo el Dr. Matteo desde detrás de su escritorio.

Floyd aspiró su barbilla.

¿Cita? No tenía cita.

Pensó en el ultimátum de Tate en el coche.

¿Tate concertó la cita por mí?

"Por favor", dijo el Dr. Matteo con una agradable sonrisa. "Tome asiento".

Floyd no quería sentarse. Quería correr.

Pero cuando el Dr. Matteo se ajustó las gafas y siguió sonriendo, Floyd se dejó caer en la mullida silla frente al hombre.

"¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos conocimos, Floyd?", empezó el doctor para romper el hielo.

"No lo sé. Cuando empecé, supongo". A Floyd no le sorprendió su tartamudeo.

Estaba nervioso, aunque no sabía muy bien por qué.

"Bien". El Dr. Matteo sacó una carpeta y la colocó sobre su escritorio. No la abrió. "Y ahora estás de vuelta. ¿Quería hablar de algo en concreto o sólo quiere desahogarse? Te aseguro que cualquiera de las dos cosas me parece bien".

"En realidad, fue T-T-Tate quien..."

"A mí tampoco me importa quién haya concertado la cita", interrumpió el doctor Matteo. Floyd tuvo la impresión de que, aunque no importaba, el psiquiatra sabía perfectamente quién estaba detrás de esta reunión. "Ya estás aquí, ¿por qué no me cuentas lo que te preocupa?".

A pesar de lo tópica que se estaba volviendo esta interacción, Floyd también se sentía cómodo con aquel hombre. Recordó su primera reunión y lo estructurada que había sido. Una evaluación de la personalidad que también era una valoración de su posible encaje en el FBI.

Esto parecía diferente.

Sin embargo, se recordó a sí mismo que ambos eran obligatorios.

"Yo sólo... yo sólo..."

"Respira hondo, tómate tu tiempo".

Floyd inhaló y, cuando llegó el momento de dejar salir el aire de sus pulmones, el flujo constante fue acompañado por un torrente de palabras igualmente constante.

"Las miradas en sus caras", dijo, ya sin rastro de tartamudeo. "Es la cara que ponen cuando les digo que su hijo, su hermana o su marido han muerto. No puedo quitármelo de la cabeza y me quedo bloqueado. Es como si sintiera su dolor, y sé cómo suena esto, si suena falso o falso o cursi o lo que sea, pero siento que es mi propio dolor. Como si fueran mi familia. Y entonces empiezo a sentirme culpable, porque en el fondo no son míos, y en realidad no he perdido nada".

"No puedes evitar lo que sientes".

"Esa es la cosa, Chase me dijo que... ¿estamos autorizados a hablar de Chase?"

El Dr. Matteo se encogió de hombros.

"Esto es sobre ti, Floyd, pero si ayuda hablar de Chase un rato no tengo problema".

Floyd asintió.

"Bueno, Chase tiene esta forma de no mirar a estas víctimas como personas, sino compartimentarlas como algo más... no sé qué... ¿un número? ¿Un color? ¿Quién sabe? Pero yo no puedo hacer eso. Lo he intentado y no puedo. Y luego, cuando pienso que he fracasado en eso, me pongo más nervioso, y entonces sale el tartamudeo..." Floyd respiró entrecortadamente y sintió que empezaban a brotarle lágrimas detrás de los ojos.

No había juicio en el rostro del Dr. Matteo, ni en su voz.

"Lo que funciona para una persona no necesariamente funciona para otra. Floyd, ¿te importa si dirijo esto en otra dirección, sólo por un momento?"

"Claro. Floyd agradeció el interludio: le dio tiempo para serenarse.

"Para poder ayudarte, necesito conocerte un poco mejor. No hablo de hacernos amigos ni nada por el estilo, sólo quiero saber más sobre tus intereses fuera del FBI. Cosas sencillas".

La pregunta dejó perplejo a Floyd.

"¿Intereses?"

"Claro, aficiones, ese tipo de cosas".

Una vez más, Floyd se quedó sin palabras.

Realmente no tenía aficiones. Trabajaba, trabajaba y trabajaba. Esa era su vida.

El doctor Matteo debió de notar un cambio en su expresión, porque rápidamente prosiguió: "Antes de entrar en el FBI, ¿a qué te dedicabas?".

"Trenes".

La palabra salió sola y Floyd se encogió, pensando en lo infantil que debía sonar.

Pero, una vez más, el Dr. Matteo no emitió juicio alguno.

"Trenes... bien, así que te interesaban los trenes. ¿Qué te gustaba de ellos?"

Floyd se encogió de hombros. Nunca había pensado por qué le fascinaban los trenes, simplemente le fascinaban.

"No... no lo sé. Simplemente me gustan, supongo".

El Dr. Matteo se ajustó de nuevo sus gafas redondas, subiéndoselas por la nariz.

"Piénsalo un momento", sugirió.

Floyd se chupó el labio inferior.

"Supongo... supongo que me gustan las vías, las redes de vías que hay por todo este país, y otros. También me gusta la forma en que parecen imparables, especialmente los trenes antiguos...". Ahora hablaba más rápido. "No tanto los trenes nuevos, sino los antiguos... las máquinas de vapor. No paran. No frenan por nada".

"Bien, de acuerdo. Así que te gusta que sigan avanzando. Tiene sentido. Solías tartamudear, ¿verdad, Floyd?"

La pregunta surgió de la nada.

"S-s-sí".

Floyd rió entonces y una pequeña sonrisa se dibujó en los labios del doctor Matteo.

"En pocas palabras, un tartamudeo es algo que te impide llegar a tu destino. En este caso, el final de una frase. Sigues esforzándote por terminar la palabra pero no puedes, como si tu tren del habla hubiera descarrilado".

Floyd asintió complacido. Le impresionó que el Dr. Matteo hubiera conseguido cerrar el círculo, conectar ideas aparentemente inconexas en algo cohesivo.

Y el hombre no había hecho más que empezar.

"Cuando le das la horrible noticia a un padre de que su hijo ha fallecido te quedas atascado, ¿verdad, Floyd?".

"Sí."

"¿Qué haría una locomotora?"

"¿Qu-qué?"

"¿Qué haría una locomotora? Tú mismo lo has dicho, no puedes pisar el freno y esperar que un tren de mercancías se detenga inmediatamente, ¿verdad?".

"YO-YO-YO-"

"Vamos, Floyd, tú eres el experto en trenes. ¿Cuánto tardaría un tren de mercancías que va a, no sé, ochenta kilómetros por hora en detenerse por completo?". presionó el Dr. Matteo.

Floyd no pensó la respuesta; simplemente le vino.

"Poco más de una milla."

El Dr. Matteo sonrió.

"De acuerdo. Esto es lo que quiero que hagas: Quiero que te imagines como una locomotora. No una pieza de maquinaria inanimada y corpulenta, sino algo que sigue avanzando, que tarda

mucho tiempo en frenar, y mucho menos en detenerse. Ahora bien, parte de tu trabajo consiste en dar noticias terribles. Pero ese no es el destino. El destino es dejar a esta gente con estas noticias y volver a la investigación. Eso es lo que quiero que intentes. Quiero que pienses en ti mismo como una locomotora que no se detendrá, ni siquiera disminuirá la velocidad, hasta que esté de vuelta en la estación. ¿Qué piensas, Floyd? ¿Crees que puedes intentarlo?"

Floyd recordó cuando le dijo al Sr. Bailey que su hija Madison se había suicidado. Cómo apenas pudo subir las escaleras del apartamento, cómo había gastado toda su energía mental resistiendo el impulso de no volver atrás.

Cuando le contó al Sr. Bailey lo que había pasado, todo había terminado. No le quedaba nada.

La idea de avanzar constantemente, como un tren, tenía sentido para Floyd.

Que funcionara en la vida real ya era otra cosa. Pero Floyd sintió que el peso que no sabía que había estado sobre su pecho se aliviaba un poco.

"Sí", dijo, casi alegremente. "Creo que puedo intentarlo".

El Dr. Matteo asintió.

"Bien. Ahora, ¿hay algo más de lo que quieras hablar?"

Floyd lo consideró.

"Bueno, sé que la sesión es sobre mí, pero hay alguien más de quien no me importaría hablar...".

Capítulo 7

"No." Stu Barnes sacudió la cabeza y se inclinó hacia atrás en su silla tanto como le permitieron sus grilletes. "Esto no está pasando".

Will apagó el iPad y se dirigió a su cliente.

"*Está* sucediendo, Stu".

"No puede ser. Esto... no es real".

"¿Quieres verlo otra vez?"

"No-Jesús, no."

Ya era bastante malo ver el vídeo la primera vez. Un hombre suplicando por su vida mientras otro *-no* Stu- apuntaba y le disparaba en la cabeza. Dos veces. Y luego se marchó con un maletín en la mano, pero no sin antes girarse y sonreír -en realidad sonreír, joder- directamente a una cámara montada en el puente.

Will suspiró.

"Puede que no quieras verlo otra vez, pero yo lo he visto unas veinte veces. A menos que tengas un gemelo, Stu, ese eras tú".

"Pero no lo era, ha sido alterado. Tiene que estarlo", protestó Stu. "Esto es una puta locura, Will. *Una locura*. Tú me conoces. Yo no lo haría-Mira, nunca he disparado un arma en toda mi vida ".

Will enarcó una ceja.

¿"Nunca"? Vives en Las Vegas... ¿nunca has ido a un campo de tiro a disparar? ¿Sólo por diversión?"

¿"Mierdas y risas"? No. *Nunca*".

Will miró fijamente a Stu el tiempo suficiente para que se sintiera incómodo.

"¿Por qué sigues haciendo eso? ¿Por qué actúas así, Will?". Stu señaló hacia el iPad. "Tú me conoces, y ese... ese no era yo".

"Hago esto porque sigues mintiéndome", dijo Will rotundamente. "Soy tu abogado. Si quieres que te ayude, tienes que decirme la verdad".

"No estoy mintiendo. *Joder*."

Will se relamió y apretó la mandíbula.

"¿Recuerdas cuando te ficharon?"

"Ocurrió hace dos horas", dijo Stu, molesto, "así que sí, lo recuerdo. Había un poli gilipollas, ¿Tolliver, le llamabas? De todos modos, este policía..."

Will cruzó los brazos sobre el pecho, cosa que Stu deseaba desesperadamente hacer él mismo, pero no pudo.

"¿Qué hicieron?"

"¿Qué quieres decir?"

"¿Te tomaron las huellas...?"
"Sí, claro", espetó Stu. "Me hicieron desnudar... ¿A dónde quieres llegar, Will?"
"¿Recuerdas cuando usaban algo que parecía una siesta húmeda en las manos? Sobre todo en la membrana entre el pulgar y el índice".
Stu trató de recordar exactamente lo que había ocurrido después de ser detenido. Normalmente, su memoria era excelente. Pero había estado tan confundido y asustado...
"Creo", respondió con sinceridad. Entonces Stu asintió. "Sí, creo que me hicieron un frotis o algo así. ¿Por qué?"
"Esa fue una prueba de residuos de pólvora, Stu."
Stu supo de repente adónde iba esto y se le encogió el corazón.
"Como te dije, nunca he disparado un arma."
"Bueno, siento decírtelo, pero el test ha dado positivo".
Stu se negó a creerlo.
"No. No, es un error." Ahora sacudía la cabeza continuamente. "Todo esto es un error. Nunca he disparado un arma y nunca he matado a nadie. Esto es una locura. Tengo que despertarme ya. Esta pesadilla tiene que acabar ya, *joder*".
Stu sabía que no era un sueño, pero eso no le impidió levantar los brazos todo lo que pudo. Cuando la cadena se enganchó, siguió tirando, dibujando anillos gemelos de sangre en sus muñecas.
Will le dijo que parara.
"Stu, la policía tiene una citación para tu coche y tu teléfono. Tendrán otra para tu casa en un par de horas. ¿Hay algo que deba saber? ¿Van a encontrar algo? Si es así, tenemos que adelantarnos a esto".
El dolor en las muñecas de Stu en realidad se sentía bien. Eso, a diferencia de todo lo demás, parecía *real*. Aún así, bajó las manos.
"¿Cómo qué?"
"Bueno..." Will hizo una pausa.
"No me preguntes por una puta pistola. Si me preguntas por una pistola, contrataré a otro", advirtió Stu.
"Vale, ¿qué pasa con el GPS de tu coche? ¿Fuiste a algún sitio anoche?"
Una vez más, Stu sacudió la cabeza. Hacía esto tan a menudo que empezaba a sentir náuseas.
"No. No hice nada. Llegué a casa del trabajo, cené sola, me tomé un vaso de vino y luego un whisky, y me fui a la cama. No salí hasta esta mañana. Hasta que ese detective me agarró y me metió en la parte de atrás de su coche. Por cierto, he cambiado de opinión; cuando esto se solucione, cuando se den cuenta de que todo ha sido un puto gran error, quiero la placa de ese detective Tolliver".
"Olvídate del maldito policía, ¿de acuerdo, Stu? Te lo pregunto

como tu abogado y como tu amigo: ¿van a encontrar algo incriminatorio en tu teléfono o en tu coche?".

"No." Entonces Stu señaló el iPad. "Pero esta es la cuestión: yo no salí anoche y tampoco disparé a nadie en la cabeza. Ese vídeo sugiere claramente lo contrario".

Will se rascó la mandíbula mientras contemplaba el comentario de Stu.

"¿Es posible?"

"¿Es posible?" preguntó Stu.

"¿Es posible que alguien haya falsificado el video? Porque, si te soy sincero Stu, se parece a ti. Exactamente como tú".

Stu frunció el ceño.

"Claro que es posible. Es posible porque existe".

Will empezaba a asentir cuando llamaron a la puerta. Se abrió y un guardia se asomó.

"Se acabó el tiempo", dijo el hombre fornido.

"¿Se acabó el tiempo?" Will hizo una mueca. "Acabo de llegar."

El guardia abrió la puerta del todo y llenó el marco con sus anchos hombros.

"Se acabó el tiempo", repitió. "Puedes volver a hablar con él mañana".

"No, eso es mentira", espetó Stu. "Tengo derecho a hablar con..."

"Yo no hago las reglas", dijo el enorme guardia.

Stu miró a su abogado.

"Will, dile que todo esto es un error. Tienes que sacarme de aquí".

"Lo haré, aguanta". Will miró al guardia. "¿Cuándo es la comparecencia?"

El guardia se encogió de hombros.

"Ni idea."

"¿Will?" Stu suplicó. Si hubiera sido capaz, habría agarrado el brazo de su abogado y se habría aferrado para salvar su vida.

"Sólo aguanta, Stu. Vamos a resolver este lío".

Y entonces el abogado se fue.

Mientras el enorme guardia empezaba a desencadenarle de la mesa, Stu pensó en su conversación con Will Porter.

Y cómo su abogado le había advertido sobre mentir.

Pero Stu sí.

Había mentido.

Sólo esperaba que cuando la verdad saliera a la luz no volviera para atormentarle.

Capítulo 8

"Arréglalo", ordenó el director Hampton mientras empujaba el informe por el escritorio hacia Tate.

Tate no intentó agarrar el montón de papeles. Le golpeó justo debajo del pecho, pero se quedó sobre la mesa.

"Ya lo he revisado", dijo, con voz tranquila y uniforme. "No hay nada que cambiar".

El director Hampton, cuyo rostro había adquirido un tono carmesí, se puso en pie y cogió con agresividad el informe que acababa de arrojar. Señaló con un dedo la primera página.

"¿Has revisado esto?" Una sonrisa sádica apareció en los labios del hombre. "La mitad ni siquiera tiene sentido. ¿Por qué estabas en el hospital en primer lugar?"

Tate se encogió de hombros, negándose a morder el anzuelo.

"Está todo ahí. Un drogadicto me tiró una botella y tuvieron que coserme".

Hampton estaba furioso.

"¿De verdad? ¿Dónde?" Realizó un dramático arriba-abajo de todo el cuerpo de Tate. "Porque no veo ningún punto".

"¿Dije puntos? Quería decir pegamento. Era mi tobillo, y por mucho que quiera subirme los pantalones y enseñarte algo de piel, RRHH no lo permitirá".

El labio superior de Hampton se curvó y su sonrisa se convirtió en una mueca.

"El agente Montgomery hizo esto... ¿él lo escribió? Quizás traiga su culo aquí y le pregunte sobre ello. Apuesto a que no será ni la mitad de engreído que tú".

Tate se encogió de hombros.

"Puedes hacerlo. Pero como he dicho, lo he revisado y firmado. Y yo soy el agente superior. Así que..."

Era una apuesta arriesgada, pero calculada. Sabía que si traían a Floyd y el director lo interrogaba como a Tate, el joven se quebraría en cuestión de momentos. Floyd hablaría de la participación de Chase, algo que todos querían evitar. Los había engañado, Tate incluido, haciéndoles creer que su participación había sido aprobada y luego se había convertido en el centro mismo del caso.

Las cosas se complicarían a muchos niveles si el director descubriera lo que había hecho Chase.

Y tras su charla con el agente Stitts, Tate estaba dispuesto a batear por Floyd.

Lo que estaba haciendo ahora, más o menos.

Hampton dejó los papeles sobre el escritorio y se dejó caer en la silla, que crujió con fuerza.

"Si me entero..."

"No lo harás", intervino Tate. "No descubrirás nada, nadie lo hará. Ese es el informe que escribió Floyd y que yo firmé. Así que eso es lo que pasó".

El director le sostuvo la mirada un momento más, pero Tate se negó a retroceder. No era la primera vez que Hampton lo reprendía y no sería la última.

El director era un tiburón y todo lo que tenía que hacer era oler una gota de sangre y se acabó.

Tate se aseguró de que su piel estaba intacta.

"No quiero ver otro informe a medias como éste, ¿entiendes?".

Tate asintió y, a juzgar por la postura de Hampton, el hombre esperaba que se levantara y se marchara.

Tate no lo hizo.

"¿Qué?" Hampton estalló.

"Julia", dijo simplemente Tate.

"¿Quién?"

Tate señaló con la barbilla el informe que había bajo los dedos flexionados del director.

"Julia Dreger. La viuda de Robert Griffith la atacó en su casa y Julia acabó matándola. Está en el informe".

Tate sabía que estaba pisando sobre hielo delgado, pero si estaba en un centavo estaba en una libra.

"No sé de qué coño estás hablando".

"Claro que sí. Meredith Griffith fue a casa de Julia porque se acostaba con su difunto marido. La atacó y Julia se defendió. Meredith terminó muerta".

Los dedos del director Hampton se tensaron un poco más y las páginas del informe se arrugaron.

"¿Y?"

"Y Julia es una prostituta. No me sorprendería que el fiscal pidiera quince años por homicidio".

Viendo a dónde quería llegar, el director Hampton dijo preventivamente: "No interferimos en los asuntos de la policía local".

"¿Interferir?" Tate hizo una mueca y se llevó la mano al pecho. "Ni se me ocurriría. Sólo quiero asegurarme de que no sea discriminada. Ya sabes, algunos de estos pueblos pequeños..."

"No interferimos", repitió Hampton.

"Sólo quiero asegurarme de que recibe un trato justo".

Ahora era el turno del Director Hampton de quedarse callado.

Tate sabía que lo tenía. Lo había planeado perfectamente; Hampton

se había agotado por el arrebato y ya no quedaba lucha en el hombre.

Llamaría al fiscal. Aunque era cierto que el FBI no influía en la política local ni en los procedimientos policiales, no se oponía a ofrecer una pista o una sugerencia de vez en cuando.

Después de todo, la única razón por la que estaban en Columbus en primer lugar era porque se les había pedido un favor.

En el futuro, si se solicitaran más favores, sería conveniente para todos tener en cuenta las sugerencias.

Tate se golpeó las rodillas con ambas manos y se puso en pie.

"Gracias", dijo, y con eso, finalmente salió de la oficina del director.

En cuanto estuvo fuera y la puerta se cerró tras él, Tate exhaló un suspiro y luego levantó los brazos y los agitó. Tenía las axilas húmedas de sudor.

La interacción también le había afectado mucho.

Alguien se aclaró la garganta, llamando la atención de Tate.

La secretaria del director Hampton le miraba fijamente. Si su rostro fuertemente botoxizado hubiera sido capaz de expresarse, Tate sospechaba que sería una máscara de confusión.

En cambio, era una máscara de apatía.

"Creo que es mejor que le sirvas a Hammy descafeinado el resto del día, ¿no crees, Gina?".

Gina no reaccionó y volvió a mirar la pantalla del ordenador.

Tate, consciente de que había tentado a la suerte, se apresuró a salir del edificio y se dirigió a su coche.

Era demasiado pronto para recoger a Floyd y demasiado pronto para ir al bar.

También era demasiado pronto para que un nuevo caso hubiera llegado a su mesa.

¿Y qué hacían los agentes del FBI cuando no tenían un caso?

Papeleo.

Ni hablar.

Tate decidió dar una vuelta para tomar una taza de café -no descafeinado, como le había sugerido a Gina, y definitivamente no esa mierda que ofrecían en Quantico-.

El mejor café del condado de Stafford lo ofrecía un carrito de comida en el extremo oriental del centro. El trayecto le llevó a Tate unos diez minutos, durante los cuales pensó en Floyd. Estaba deseando seguir trabajando con el chico en cuanto se despejara.

Además, Tate sabía lo unidos que estaban Chase y Floyd. Por supuesto, Tate se sentía atraído por la mujer, eso era evidente. No sólo era guapa, sino también inteligente y no caía en sus juegos ni en sus estratagemas como hacían los demás.

Normalmente, Tate podía colarse fácilmente en la psique de alguien, averiguar cómo funcionaba su mente y utilizarla para

convertirse en lo que ellos querían que fuera. Una vez dentro, era fácil manipular los procesos mentales de ambos para adaptarlos a sus necesidades.

Un ejemplo, el Director Hampton.

Era más un arte que una ciencia, sin duda, pero si Constantine Striker era DaVinci, Tate Abernathy era Salai.

Pero Chase... Chase era una pepita difícil de descifrar.

Y eso le gustaba.

Eso le gustaba mucho.

Tate aparcó junto a la carretera y se acercó al camión de café. Era modesto, una cabina amarillo mostaza con ruedas de radios oxidados. Además de servir café, también vendía perritos calientes, grandes salchichas gordas y sudorosas que rodaban sobre aquellos calentadores metálicos.

Pero Tate estaba cansado y sólo le interesaba el café.

Era una de las consecuencias de no dormir nunca.

Siempre estás cansado.

Imagínate.

"¡Tabir!", gritó, agitando la mano.

El indio del otro lado del carro sonrió, aunque la expresión estaba enmascarada y apenas se le veían los dientes a través de una espesa barba negra.

"Sr. Abernathy. ¿El de siempre, supongo?", dijo el hombre con un marcado acento.

"Ya lo creo".

Tabir sirvió un café extragrande en un vaso de plástico blanco y se lo entregó.

Tate sostuvo la taza con una mano mientras sacaba la cartera. La dejó sobre el mostrador y estaba empezando a abrirla con la mano libre cuando oyó que alguien se acercaba por detrás.

"Tomaré eso."

Antes de que Tate pudiera reaccionar, su cartera ya había desaparecido.

Capítulo 9

Will Porter había llenado el economato de Stu. No había sacado a su jefe de la cárcel, no había hecho nada más de valor excepto eso.

Y ahora, mientras Stu hacía cola en el economato del Centro de Detención del Condado de Clark, planeaba usar ese dinero.

"¿Qué te pasa, abuelo?"

Stu tardó unos instantes en darse cuenta de que la persona le estaba hablando.

Se giró y vio a un joven negro con la cabeza rapada y un tatuaje encima del ojo izquierdo que decía "NOW" en cursiva. Llevaba el mismo mono azul del CCDC que llevaban todos, pero el suyo era un extragrande que parecía ceñido hasta reventar, mientras que Stu cabía cómodamente en un mediano.

Inmediatamente preocupado por su seguridad, Stu miró a su alrededor.

De todos los centros de detención de Nevada, el CCDC era quizá uno de los más seguros. Tan seguro, de hecho, que ninguno de los guardias parecía llevar más armas que un espray de pimienta.

Pero Stu no tenía experiencia en prisión. Y aunque esperaba no estar aquí mucho tiempo, no era tan ingenuo como para pensar que, por su edad, no se convertiría rápidamente en un objetivo.

Y eso fue antes de que alguien descubriera quién era y cuánto valía.

El hombre se rió.

"No voy a hacerte daño. Sólo te he preguntado por qué estás aquí".

A Stu le costó tragar el nudo que se le había hecho en la garganta. Se le pasó por la cabeza una idea estúpida.

Debería decirle que soy un asesino en serie. Un maldito real, enfermo y retorcido.

"Yo no hice nada. Me tendieron una trampa".

El hombre echó la cabeza hacia atrás y se rió, mostrando un único incisivo de oro. Era un sonido sorprendentemente agradable, y aunque debería haber sido insultante, Stu no lo interpretó como burlón.

"Sí, acabamos de instalarnos. Me llamo Rodrick, por cierto. Pero todos me llaman Gran Roddy".

En cualquier momento, Stu esperaba ser atacado, asaltado, mutilado por ese enorme matón de modales extrañamente suaves o por alguien de su banda.

Estaba tan paralizado por el miedo que Stu no dijo nada, y Rodrick chasqueó los dedos delante de su cara.

Ahora Stu reaccionó.

Saltó.

"Stu. Me llamo Stu". Odiaba lo manso que sonaba.

Debería haberle dicho que era un asesino en serie.

El hombre volvió a reír.

"¿Qué tiene tanta gracia?" preguntó Stu, inseguro de dónde había surgido ese repentino atrevimiento.

"Nada. Sólo imaginé que tu nombre sería algo así como Stu". Rodrick sacó la lengua. "*Stuart*".

"Sí, ¿por qué?" Si el objetivo de este hombre era desarmarlo, estaba funcionando.

O tal vez era sólo la experiencia de Stu finalmente haciendo su aparición. Estaba acostumbrado a discusiones de negocios de alto nivel, tratos despiadados, ese tipo de cosas.

No es que fueran realmente despiadados, pero si los rumores sobre la prisión eran ciertos, entonces había algunas similitudes en sus estructuras jerárquicas.

O tal vez no.

¿Qué demonios sabía él?

"Bueno", dijo Rodrick encogiéndose de hombros. "Supuse que un viejo blanco como tú tenía que tener un nombre como Stu".

"¿Stu es el nombre de un viejo blanco?"

"Nunca conocí a un negro llamado Stu. ¿Y tú?"

Stu tuvo que admitir que no lo había hecho. Pero en realidad, creía que sólo había conocido a otro Stuart en su vida.

Su abuelo que, antes de morir, también resultó ser un anciano blanco.

"¿Qué puedo ofrecerte?"

Stu se volvió hacia el guardia que estaba detrás del mostrador del economato. Era como un 7-Eleven económico, con algunos artículos expuestos en un estante de alambre y muchos más enumerados en una hoja de papel pegada al mostrador.

Todo lo que Stu quería era una botella de agua y un paquete de chicles y así lo dijo.

"Oye Stu, tienen pasteles de luna. Yo los compraría porque no duran mucho", le informó Rodrick. "Son como crack, ¿sabes?

A Stu no le interesaban los pasteles de luna, ni el crack, pero pidió dos de todos modos. Firmó, cogió el agua y el chicle y se fue.

"Olvida tus pasteles de luna, abuelo", dijo Rodrick.

"Son tuyos".

"No me digas". Rodrick recogió los Moon Pies e hizo su propio pedido.

Stu empezó a dirigirse hacia la zona común, que estaba a través de unas gruesas puertas dobles.

"No, no puede entrar ahí", le informó el mismo guardia corpulento

que había interrumpido la reunión con su abogado.
A Stu no le gustaba estereotipar, pero era difícil no hacerlo cuando eras un pez de colores atrapado en un estanque lleno de tiburones. Los hombres como este guardia querían ponerle las cosas difíciles a la gente como Stu. Cualquier cosa fuera de estas paredes estaba fuera de su control, pero aquí, ellos eran el jefe. El dinero de Stu podría ser el rey en el mundo real, pero significaba poco en el interior.
Y ser un auténtico gilipollas era sólo una de las formas que tenía este hombre de desquitarse con un sueldo de mierda y unas prestaciones mínimas.
El desequilibrio de poder había cambiado definitivamente.
"Sólo quiero sentarme ahí y beber mi agua", dijo Stu, tratando de parecer no amenazador pero no manso.
"Delitos menores sólo ahí, puedes volver a tu celda, bébetelo ahí".
Stu no quería volver a su celda. Le hacía pensar en el futuro.
Sobre la posibilidad de que la celda se convierta en su hogar.
"¿No puedo...?"
"Vuelve a tu celda".
La experiencia de Stu en negociaciones le decía que decir otra cosa sería una pérdida de tiempo o incluso perjudicial para su causa.
Apretando los dientes y exprimiendo su botella de agua, Stu se resignaba a volver a su celda cuando Rodrick se acercó.
"Está bien, está bien", dijo el enorme recluso con algo que podría haber sido un movimiento de cabeza reconfortante. El guardia era un gigante, pero Big Roddy le sacaba por lo menos cinco centímetros y diez, tal vez quince kilos. Ambos eran de los individuos más grandes que Stu había visto en persona.
Lo último que quería era ver a esos dos monstruos enfrentarse, así que se encogió un poco.
Pero ni la postura ni el tono de Rodrick eran agresivos.
"Jefe, este pez no es un chomo, ¿verdad?" preguntó Rodrick. El guardia negó con la cabeza. "¿Por qué está en el calabozo? ¿Cómo le han metido en el agujero?".
"No lo es."
"Tiene unos botines nuevos, ¿verdad?"
"Sí."
Stu entendía una de cada tres palabras, quizá menos. Por lo que sabía, los dos hombres estaban conspirando para extorsionarle.
O violarlo.
"Entonces, ¿por qué él un no-go en gen pop?"
El guardia miró a Stu. Durante todo este críptico intercambio, la dura expresión del hombre no cambió.
"Está en una caliente", dijo el guardia. "Por eso".
Rodrick aspiró con la barbilla y ahora ambos hombres miraban

fijamente a Stu. Sintiéndose incómodo *-más* incómodo- Stu giró el tapón de su agua y bebió un sorbo.

"¿Es un J-Cat?" La voz de Rodrick se elevó al final, confirmando que se trataba efectivamente de una pregunta.

"No."

"No me digas. Entonces te diré qué, Jefe, si todo lo que quiere hacer es beber su agua, yo seré su reloj".

Esto, Stu lo entendió en su mayor parte. Rodrick estaba tratando de hacerle un favor.

Stu no quería un favor porque los favores había que devolverlos.

"Volveré a mi celda", dijo.

"No, no seas babosa. Ven conmigo".

Antes de que pudiera volver a protestar, Rodrick le echó el pesado brazo por encima del hombro y, sin más, el guardia asintió, abrió la puerta y los dos entraron en la zona común.

Había un par de reclusos -media docena, quizá- en la sala, todos vestidos con monos azules, pero nadie les prestó mucha atención.

Stu intentó dirigirlos hacia una mesa libre, sólo quería sentarse y estar solo, pero Rodrick no se lo permitió.

"No, te quedas conmigo. Te traje aquí y ahora me debes un favor".

A Stu le dio un vuelco el corazón.

¿Tan pronto?

"¿Qué...?"

Rodrick le apretó el hombro con tanta fuerza que Stu se acobardó.

"No soy Gump, pero soy un lobo de prisión. Y te vas a ganar tu sustento, abuelo". Los labios de Big Roddy se separaron, revelando ese incisivo dorado de aspecto siniestro. "Te lo vas a ganar muy bien."

Capítulo 10

Tate agarró la muñeca del hombre justo cuando su cartera desaparecía del mostrador. Luego giró y echó un buen vistazo al hombre que se atrevía a robarle.

Era un hombre pálido con los ojos muy abiertos. Sus anchos hombros estaban cubiertos por un pesado abrigo de cuero a pesar de que hacía calor. Llevaba el pelo fatal, casi siempre con mechones oscuros a los lados y pelusilla en la parte superior.

Y sonreía.

Tate lo soltó inmediatamente y dio un paso atrás.

"Llegas tarde", siseó el hombre. Tenía la voz seca y un ligero acento de Europa del Este en la lengua.

"Estaba fuera", respondió Tate a la defensiva.

El hombre del abrigo abrió la cartera, sacó dos billetes de veinte -lo que llevaba Tate- y volvió a dejar la bolsa sobre el mostrador.

"¿Sr. Abernathy? ¿Está todo bien?"

El hombre señaló a Tabil con un dedo rechoncho.

"Cierra el pico", advirtió.

"Oye, no puedes hablarme así. ¡Está en el FBI, sabes! Él..."

El hombre fulminó a Tabil con la mirada.

"Me importa una mierda que sea el presidente. Deberías meterte en tus asuntos. Si no lo haces, te romperé la mandíbula".

Tabil miró a Tate en busca de apoyo, pero Tate no hizo nada. Avergonzado, apartó la mirada. Afortunadamente, Tabil se tomó a pecho la advertencia del hombretón y permaneció callado.

"Llegas tarde", repitió el matón.

Tate dio un paso atrás.

"Lo sé, Marco, como te dije, estaba fuera por trabajo".

El hombre resopló y Tate tuvo la impresión de que en realidad se alegraba de que se le hubiera pasado un pago.

"Y ahora has vuelto. Vamos al banco para que me des el dinero que me debes".

Tate tragó saliva: su nuez de Adán, que casi nunca era prominente, parecía tener ahora el tamaño de una pelota de softball.

"Voy a por tu dinero", dijo, con los ojos desorbitados de un lado a otro.

El matón asintió.

"Vale. Puedes traérmelo mañana". Era una afirmación, no una pregunta.

También era imposible.

Tate sólo tenía doscientos dólares a su nombre. Eso ni siquiera haría mella en su deuda.

Pero no iba a discutir.

"De acuerdo", asintió Tate. "Mañana..."

No vio venir el puñetazo. Hubo un movimiento casi imperceptible cuando la chaqueta de cuero de Marco se flexionó y, a continuación, un puño del tamaño de un bloque de hormigón golpeó a Tate en el estómago. Hubo un extraño retraso de aproximadamente un segundo antes de que la señal de su abdomen llegara a su cerebro, durante el cual todo pareció congelarse... todo excepto los ojos de Tate. De algún modo, aún podía mirar a su alrededor. Vio a Tabil agazapado detrás de su carro, con una expresión de horror en el rostro. Vio que los ojos de Marco se entrecerraban mientras aplicaba toda la fuerza que podía al golpe.

En algún lugar detrás de él, Tate oyó ladrar a un perro, un único y agudo ladrido.

Y entonces sintió como si le hubieran destripado. Tate se dejó caer, no sobre una rodilla, sino sobre las dos, y esta vez le dolieron más las rótulas, los muslos, las caderas y la ingle.

No podía respirar.

Su diafragma se había paralizado y sus órganos internos se habían reorganizado.

Quiso levantar los brazos, pensando que así estiraría mecánicamente los pulmones y los obligaría a expandirse, pero era imposible. Era como si alguien le hubiera pinchado los abdominales con una picana.

En lugar de estirarse, su cuerpo hizo exactamente lo contrario.

Se hizo un ovillo y un horrible croar, como el de una rana toro ahogándose en la arena del desierto, salió de su boca.

La cara de Tate parecía arder y las lágrimas le corrían por las mejillas. Pero no eran lágrimas frías, sino lágrimas de magma caliente que abrasaban su carne.

"Mañana", repitió Marco, y entonces Tate escuchó el vaivén de su chaqueta de charol agrietada mientras el hombretón se alejaba.

Unos segundos después, la conciencia menguante de Tate detectó la presencia de otra persona.

Tabil.

"Sr. Abernathy, ¿quiere que llame a la policía?", preguntó el hombre desesperadamente.

Tate consiguió levantar la vista y, a través de una visión acuosa, vio que Tabil sostenía un teléfono móvil.

Intentó sacudir la cabeza, pero seguía sin controlar sus facultades.

"Llamo a la policía", dijo Tabil asintiendo. "Llamo a la policía".

Esto motivó a Tate y, de algún modo, consiguió levantar un poco el

brazo y alcanzar la pierna del hombre.

"Y llamo a la ambulancia".

"No."

Tate no estaba seguro de si había dicho la palabra o sólo había hecho otro de esos graznidos secos, pero en cualquier caso, Tabil ya había tomado una decisión.

Respira, se dijo a sí mismo. *Respira. Respira, maldito marica.* ¡Respira!

Y entonces lo hizo.

Tate aspiró una enorme y estremecedora bocanada de aire y sintió que el oxígeno inundaba su cuerpo.

La sensación era casi orgásmica.

"Sí, quiero denunciar una agresión".

"No, cuelga el teléfono", dijo Tate con toda la fuerza que pudo reunir.

Tabil cerró un ojo mientras le miraba.

"Cuelga", ordenó Tate.

Tabil se quedó mirando un segundo más y luego guardó el teléfono.

Con la ayuda del hombre, Tate se puso de rodillas y luego en cuclillas. Vio su taza de café, ahora vacía y aplastada probablemente por las botas de Marco, y se acercó a ella.

Le costó tres intentos, pero finalmente Tate consiguió recogerlo.

"¿Hacéis...?", graznó, girando la cabeza en dirección a Tabil, "¿Hacéis recargas gratis?".

Capítulo XI

Stu estaba absolutamente aterrorizado. Esto es lo que temía. Esto es lo que todo el mundo temía.

Pero esto también era la cárcel. La cárcel no debía ser así. La cárcel era para el corto plazo, la prisión era donde sucedían las cosas realmente malas.

Muchas de las personas encarceladas ni siquiera habían sido condenadas por un delito. Lo último que alguien en espera de juicio quería hacer era algo que le garantizara una condena.

Algo que prácticamente garantizaría su envío al mal lugar conocido como prisión.

Pero nada de esto le importaba a un hombre como Rodrick. Un hombre con tatuajes en la cara que había entrado y salido de prisión toda su vida.

Un hombre que no tenía nada que perder, un hombre que sólo quería carne fresca para su-

"Te estoy jodiendo, abuelo", dijo Rodrick riendo. Soltó a Stu y le dio un empujón juguetón.

Stu estaba tan confuso e incómodo con lo que había pasado que tropezó y casi se golpeó contra una mesa de metal corrugado. Se le cayó el paquete de chicles y lo dejó allí, pensando que el paquete azul era más o menos del mismo tamaño y forma que una pastilla de jabón bien gastada.

"Relájate, Stewie. Esto no es ESP", dijo Big Roddy.

¿"E-ESP"? tartamudeó Stu.

Tras echar un rápido vistazo para asegurarse de que no había nadie a su alcance, se agachó y recogió su chicle, poniéndose de pie tan rápidamente que casi se disloca una cadera.

"Sí, la prisión estatal ESP-Ely. Ya sabes, la prisión de máxima seguridad a la que irás si te condenan por un calentón". Rodrick debió ver en su cara que volvía a estar confuso porque aclaró. "Asesinato, tío. Un calentón es un asesinato. Por eso estás aquí, ¿no?".

Stu quería negarlo, le parecía extraño -sí, me acusan de asesinato- y, bueno, falso. Pero no dijo nada.

"Está bien, está bien", dijo Rodrick. Se sentó en una mesa vacía y le hizo un gesto a Stu para que se uniera. Stu agradeció poder descansar sus débiles piernas. Tragó su agua hambriento y observó cómo Rodrick devoraba uno de los pasteles de luna.

No dijeron nada durante algún tiempo, cosa que a Stu le pareció bien. No entendía el idioma de aquí, no entendía la cultura y no

entendía los cargos a los que se enfrentaba. Pero después de un rato, su mente empezó a divagar, empezó a ir a lugares que no quería que fuera.

Y entonces pensó en Rodrick, en 'ESP'. Según el veterano, Stu no tenía que preocuparse por ser violado o sodomizado, o apuñalado en la cárcel, pero que sería una preocupación real en la prisión de máxima seguridad.

Pero eso no podía pasar. No le pasó a gente como él, como Stu Barnes.

Aunque fuera culpable, no ocurrió.

"¿Cuándo es tu comparecencia?" Rodrick dijo después de tragar su segundo pastel de luna.

"No lo sé", admitió Stu.

Rodrick levantó la ceja con el tatuaje "AHORA" encima.

"¿Qué quieres decir con que no lo sabes? ¿Cómo puedes no saberlo?"

Stu se encogió de hombros. Will había preguntado por la comparecencia, pero el guardia gigante se había negado a responder.

Rodrick se rió entre dientes.

"Tenéis un ejército de trajeados de vuestro lado, y no lo sabéis". Sacudió la cabeza. "Bueno, tiene que ser mañana o pasado mañana. Si no ocurre en cuarenta y ocho, tienen que dejarte libre".

La cara de Stu se iluminó, pero Rodrick frustró inmediatamente sus esperanzas.

"No va a suceder en una caliente, sin embargo. No te hagas ilusiones".

"Correcto", dijo Stu secamente. "¿Qué pasa en la comparecencia?"

Sabía tan poco sobre el proceso judicial que era vergonzoso. Pero, ¿qué sabe la gente normal? La gente normal no es arrestada, la gente normal no tiene experiencia en la cárcel o prisión. No saben lo que pasa, y Stu, a pesar de todo su dinero y conocimientos empresariales, tampoco tenía ni idea. Sabía un poco acerca de ser demandado - nadie llegó a donde estaba sin pisar algunos dedos de los pies.

Pero ser demandado era algo que hacían los abogados después de firmar unos papeles.

Incluso demandar a alguien, estando al otro lado de la mesa, era un proceso un poco abstracto. Su altercado con Market Slice y sus propietarios Kevin Park y Connery Sinclair fue diferente. Eso fue jodido en todos los sentidos, pero eso había sido único.

Y Stu había puesto tanta distancia entre él y ellos tan rápido como era humanamente posible.

"En la comparecencia, leerán los cargos y tú declaras. Y luego deciden sobre la fianza". Fianza. Stuart se había olvidado de la fianza. "La cosa es que, como estás aquí por un calentón, probablemente

tarden dos días en llevarte ante el juez. Antes de eso, el fiscal le dará toda la mierda que tiene sobre ustedes a su abogado, para ver si quieren declararse libres".

"¿Suplicarlo?" repitió Stu, incrédulo.

Rodrick se encogió de hombros.

"Sí, tío, alega. La mayoría de estos tipos", señaló a los hombres en la habitación con ellos que estaban haciendo más o menos lo mismo que Stu y Big Roddy estaban haciendo: sentarse, charlar, matar el tiempo. "Se van a declarar culpables. Pagar una multa, probablemente salir en libertad condicional por treinta días o algo así. El problema es que no se dan cuenta de que ahora tienen un delito grave en su historial. Eso significa que no van a conseguir un préstamo para un coche, una hipoteca, abrir un negocio o cualquier otra mierda".

Esto sorprendió a Stu.

"¿Por qué no luchan contra los cargos? ¿Llevarlos a juicio? No pueden ser todos culpables".

Rodrick se le quedó mirando como si hablara en lenguas.

"No lo son, pero c'aint", dijo simplemente.

Una vez más, la confusión de Stu se reflejaba en su rostro.

Rodrick se lamió los labios, se frotó las palmas de las manos y se inclinó hacia delante.

"Esto es lo que pasa", dijo. "Con nosotros los negros, el fiscal hace algo llamado apilamiento. Es cuando te detienen por estar fuera del 7-11 local. Te detienen por llevar un poco de coca o metanfetamina, lo que sea. A lo mejor ni siquiera te cogen a ti, sino a tu chico que está contigo. Lleva algo de dinero encima y entonces empieza a discutir con el 5-0 y puede que tu chico empuje a un poli, o puede que no pero el poli dice que sí. Y tu chico tiene algo encima, porque todos lo tienen. Ahora, realmente te tienen. Te arrastran hasta aquí y te acusan de merodear, posesión, posesión con intento de distribución y posesión ilegal de un arma de fuego. Si tienes antecedentes, te acumulan más cargos: posesión ilegal de un arma de fuego por un delincuente convicto. ¿Por qué carajo hacen eso? ¿Te acusan de dos cosas por tener la misma puta arma?". Big Roddy se chupó los dientes. "Conozco a un tipo; lo detuvieron porque se metió en la cuna de alguien. Popo lo detuvo por allanamiento de morada, pero también llevaba un arma. Ahora lo cogen por allanamiento de morada y tenencia ilícita de armas. Encima, robó algo, claro que sí. Por lo tanto, se apilan en los bienes robados. Rompió una ventana para entrar, así que añadieron destrucción de propiedad. ¡Todo por el mismo maldito crimen! De todos modos, acumulan todos estos cargos, y cuando te reúnes con el fiscal, y tienes este jodido defensor público de Podunk que ni siquiera tiene pelo en las pelotas todavía, y te dice, mira, puedes llevar esto a juicio, pero te van a golpear con todos esos

cargos. ¿Te declaras culpable? Tiran la mitad de ellos. Los hombres hacen que parezca que tienes un trato".

Rodrick le hizo un gesto a Stu y, al principio, no se dio cuenta de lo que quería el otro hombre. Pero luego se dio cuenta de que Big Roddy estaba sediento de tanto hablar.

Le dio su botella de agua y Rodrick bebió de ella. Luego se limpió la boca con el dorso de la manga de su mono CDC.

"Pero no termina ahí. Incluso si quieres luchar, te ponen una fianza de cinco libras, que saben que no tienes. Así que no puedes pagar, lo que significa que tienes que quedarte aquí hasta el juicio. Incluso si ganas, ¿entonces qué? Faltarás al trabajo por lo menos una semana y probablemente te despidan. Ahora estás arruinado, no puedes pagar a tus hijos ni nada, y tu vida es un desastre. Declárate culpable, paga una multa o no lo hagas, lo que sea, pero al menos conservas tu trabajo. Así que sí, casi todo el mundo se declara culpable".

Stu quedó impresionado, no sólo por su conocimiento del proceso legal, sino por su entusiasmo. Tenía experiencia. Eso estaba claro.

"¿Pero contigo? ¿Con una caliente en tu rap? La fianza va a ser apretada."

Stu se resistió.

"¿Qué quieres decir con apretado?"

El hombre se encogió de hombros.

"Tal vez ni siquiera te lo den. Seré honesto, parece que tienes dinero. Y si tienes dinero, entonces no quieren darte fianza porque saben que podrías no aparecer. Te diré algo, abuelo, cuando sepas quién es tu juez, avísame. Los he visto a todos, y todos quieren que actúes un poco diferente. Al final, todas son putas. Tienes que ser su puta, actuar como ellos quieren para que te traten bien".

Stu era aparentemente terrible ocultando sus verdaderos sentimientos.

"¿Qué? ¿No me crees?" Rodrick dijo. "Mira esto". Se echó hacia atrás, silbó y saludó a tres jóvenes negros que estaban sentados juntos. "Carter, trae tu culo aquí".

El más alto de los tres hombres se apresuró a acercarse, con los ojos bajos.

"Oye", dijo Rodrick, "¿Qué pasa si le das al juez Samuel algo de labio?"

Carter ni siquiera dudó.

"Ese mothafucka puso la fianza tan alta que Bill Gates ni siquiera puede pagar".

"¿Y si actúas como si lo sintieras delante del juez Chiarelli?"

"Hace eso con su cara arrugada, y aunque no dice nada sabes lo que piensa: piensa por qué estás triste ahora, si estás triste, deberías

haberlo hecho en primer lugar".

"Así es", dijo Rodrick riendo. "Muy bien, lárguense de aquí".

Carter asintió y volvió con su equipo.

Cuando volvieron a estar solos, Rodrick le dijo a Stu: "¿Ves? Dime a quién tienes, abuelo, y te ayudaré. Ah, y no creas que porque eres un viejo chiflado las cosas van a ser diferentes, ¿sabes? Estos jueces han visto de todo".

Stu dio las gracias a Rodrick y se metió un chicle en la boca.

"¿Por qué haces esto? ¿Por qué me ayudas?"

Rodrick se encogió de hombros.

"¿Por qué? No lo sé... Supongo que porque sé cómo va a ser en ESP. Y no va a ser así. Nada va a ser como esto hasta der ".

Era una respuesta extraña y sin sentido, quizá la primera que Rodrick le daba desde que abrió la boca.

"¿Vas a ESP?"

Rodrick apartó la mirada y tomó aire.

"Sí, probablemente. Como tú, me tienen en una caliente. Y creo que esta vez voy a caer".

Capítulo 12

Tate cruzó el asiento del copiloto y abrió la puerta.

"Entra".

Floyd dudó.

"¿Adónde vamos?"

"Sólo entra en el coche", dijo Tate. "Vamos, no tenemos todo el día."

En cuanto Floyd se sentó y antes incluso de que cerrara la puerta, Tate apretó el acelerador y se alejó de Grassroots.

"Jesús", dijo Floyd, apresurándose a abrocharse el cinturón. "¿Cuál es la prisa?"

¿Por qué tanta prisa? La prisa es que tengo un día para reunir una cantidad impía de dinero que no tengo, pensó Tate. Esa es la prisa.

Eso no sonaba bien, ni siquiera en su propia cabeza, así que Tate ignoró la pregunta y cambió de tema.

"¿Cómo fue tu cita? ¿Una revisión limpia? ¿Sin gonorrea? ¿Cangrejos?", su rostro permaneció estoico a pesar de las bromas.

"No, está todo bien", respondió Floyd con voz lejana.

"¿Sí?" Tate estaba genuinamente interesado ahora.

"Certificado de buena salud". Floyd vaciló y luego añadió: "En serio, gracias por hacerme entrar ahí. Creo que realmente ayudó".

"No hay problema", dijo Tate, pero ahora estaba distraído. Habían llegado a una de las zonas más sórdidas del condado de Suffolk y Tate aminoró la marcha. Aquel lugar le recordaba al Junkie's Row de Columbus. Todas las ciudades tenían una, en mayor o menor grado, y Quantico no era diferente. Pero él no buscaba a cualquier yonqui.

Tate buscaba a alguien en concreto.

"¿Estás bien?" preguntó Floyd. La seriedad en el tono de su compañero hizo que Tate lo mirara.

"Estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?"

Floyd hizo una mueca y se encogió de hombros.

"Lo siento", dijo Tate, dándose cuenta de que estaba siendo excesivamente duro. "Es que he tenido uno de esos días".

"¿Comiste algo malo? ¿Algo no te sentó bien?"

Tate tardó unos segundos en darse cuenta de qué demonios estaba hablando Floyd. Se miró a sí mismo y se dio cuenta de que estaba encorvado y con los hombros girados hacia delante. Todavía sentía el impacto del golpe en el estómago. Sus abdominales estaban anudados y tensos y no podía respirar completamente.

"Oh, sí, sushi de gasolinera. Siempre me pasa lo mismo".

Tate se esforzó por adoptar una postura más natural y volvió a

mirar por la ventana.

Vio una cara asomarse desde un callejón especialmente mugriento antes de volver a esconderse entre las sombras.

"¿Qué estamos haciendo aquí de todos modos? ¿Qué buscáis?"

No qué, sino quién, pensó Tate.

"Este es un lugar local de drogas. Traficantes y proxenetas, ese tipo de cosas. Todos pasan el rato aquí".

Floyd se encogió de hombros.

"Vale, entonces... ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Agarraste otro caso mientras yo veía al Dr. Matteo? ¿Algo local?"

"No", dijo Tate, haciendo saltar la 'p'. "Nada de eso".

Floyd suspiró y se frotó los ojos.

"Entonces qué..."

Tate le cortó señalando de repente a un chico con la cabeza rapada. Tenía los pantalones casi por los tobillos y se agarraba la entrepierna mientras se pavoneaba.

"Sé que no vienes de las fuerzas del orden, no tienes experiencia en ello. Literalmente te saltaste las matemáticas básicas y fuiste directamente al cálculo. Y déjame decirte algo, Floyd, el cálculo es jodidamente difícil".

El labio superior de Floyd se curvó.

"¿Qué? ¿Puedes hablar claro por una vez? No tengo ni idea..."

"¡Allí!" Tate frenó en seco y saltó del coche.

"¿Tate?" Floyd maldijo y siguió a su compañero hasta la calle. "¿Qué demonios estamos haciendo aquí?"

"Aprendiendo matemáticas básicas", gritó Tate por encima del hombro.

El aspirante a matón oyó a Tate y levantó la cabeza por encima del hombro. Cuando vio quién era, sus ojos se abrieron de par en par y se subió los vaqueros.

Entonces empezó a correr.

"¡Mierda!" Tate gritó. Señaló un callejón. "¡Ve por ahí! ¡Floyd, ve por ahí! ¡Córtale el paso!"

Floyd levantó las manos.

"¿Qué están...?"

"¡Vete por ahí!" Tate maldijo. "¡Córtale el paso!"

Esperó a que Floyd empezara por fin a moverse, antes de perseguir al matón. No tardó mucho en atraparlo; sus pantalones eran como un paracaídas, que lo frenaban. En realidad, Tate no pretendía empujar al suelo al hombre, mucho más joven y pequeño, pero el andar del hombre era increíblemente torpe, y sus pies se enredaron.

Y mientras Tate caía, decidió que lo mejor para él era caer encima del otro hombre.

"Te has estado escondiendo de mí, Frankie", dijo Tate,

inmovilizando los brazos del hombre en el suelo bajo él.

Echó un vistazo por encima del hombro. Floyd no aparecía por ninguna parte.

"No me he estado escondiendo, Tate. Ahora, déjame subir."

"Silencio", siseó Tate. Juntó las delgadas muñecas del hombre, por encima de su cabeza, y las presionó con una mano. Luego, con la mano libre, empezó a rebuscar en los grandes bolsillos del hombre.

"¿Qué coño, tío?" Frankie protestó. "Ha sido lento, yo no..."

Tate sacó un grueso fajo de billetes, sujetos por una goma elástica azul, del bolsillo trasero de los vaqueros del hombre.

"Despacio mi culo". Soltó los brazos de Frankie y agitó la pila delante de su cara. "¿Esto es lo que llamas lento?"

"Necesito eso. Ni siquiera es mío".

Tate se incorporó, se puso en pie y se sacudió las rodillas.

"Es la primera cosa verdadera que me dices."

Metió los billetes en su propio bolsillo y Frankie se chupó los dientes.

"¿Qué coño? No lo entiendes, eso..."

De repente, Tate se agachó, agarró al hombre por el cuello y tiró de su esbelto torso para levantarlo del suelo.

"No, no lo entiendes. Teníamos un trato. Tú me das el diez por ciento de tus ganancias y me avisas cuando haya grandes negocios, y yo no te llevo a la cárcel todas las mañanas. Ese es el maldito trato. Y no has pagado últimamente, lo que significa que no estás cumpliendo tu parte del trato. Así que me quedo con este dinero".

La cara de Frankie empezó a ponerse roja, pero antes de que pudiera protestar, Tate volvió a empujarlo.

El joven gruñó cuando sus omóplatos chocaron contra el asfalto agrietado.

"Diez por ciento", siseó Tate. "Diez..."

"¡Tate! ¿Va todo bien?"

Floyd, respirando agitadamente, apareció al lado de Tate.

"Estoy bien". Tate se sacudió de nuevo, esta vez ajustando subrepticiamente la pila de billetes en su bolsillo. "Perfectamente, a-okay."

"¿De acuerdo? Este hijo de puta me acaba de robar", gritó Frankie, haciendo su camino a una posición sentada. "Este corrupto hijo de puta me robó."

Capítulo 13

"¿Por qué pareces tan sorprendido, abuelo? Me dices que estás aquí por un calentón, y cuando te digo lo mismo, parece que te acabas de cagar en los pantalones".

Stu estuvo tentado de corregir al hombre. No había dicho nada de por qué estaba aquí, le había preguntado Rodrick al guardia.

"Lo entiendo, es porque en realidad no hiciste a nadie, ¿verdad? ¿Falsamente acusado?"

Stu asintió levemente, lo que hizo reír a Rodrick.

"¿Quieres saber algo gracioso, abuelo?"

"Claro", respondió Stu secamente.

"Yo tampoco hice la mía". Rodrick hizo un gesto grandilocuente, indicando a todos los presentes en la zona de reunión, incluido el chico que se había acercado antes. "Pero eso es lo que te diría todo el mundo en esta sala. La diferencia es que si tú dices la verdad, yo también".

Rodrick dejó esto en el aire como si rogara a Stu que les desafiara, cosa que no tenía intención de hacer.

Aunque la realidad de estar enjaulado se había instalado, todo el escenario seguía siendo surrealista. Si alguien le hubiera dicho a Stu hace dos días que estaría en la cárcel, sentado en un mono azul del CCDC frente a un hombre negro de 1,80 m con un tatuaje en la cara que le contaba la historia de su vida, habría pensado que había cambiado accidentalmente su microdosis de psilocibina por fentanilo.

Pero aquí estaba, y Stu no veía otra opción en ese momento que dejarse llevar por la corriente.

"¿Quieres ir primero, o yo?" preguntó Rodrick. Stu no estaba muy seguro de lo que se le proponía, así que no dijo nada. El hombre grande suspiró. "Mira, abuelo, si caes por la caliente que no cometiste, será mejor que te acostumbres a escuchar y contar historias. Porque eso es todo lo que hacemos. La gente se queja de que el sistema les ha jodido, de que son negros y por eso están aquí... día sí, día también, y se van de la lengua. Y cuando se les acaban las historias propias, cuentan las de los demás. Al final de tu primer año dentro, ya las has oído todas, y digo todas. La única forma de dejar de oírlas es empezar a contarles las tuyas propias". Rodrick sonrió y entrelazó los dedos. "Entonces, ¿quieres ir primero, o lo hago yo?"

Stu reflexionó sobre las palabras del hombre, se encogió de hombros y empezó a hablar. Le habían dicho que era un buen contador de historias, que era una de las habilidades que le habían

ayudado a convertir su negocio de nueve a diez cifras. Pero la suya no era una gran historia.

"Hay un vídeo", dijo Stu, con los ojos bajos. "Hay un vídeo de alguien que se parece exactamente a mí disparando a uno de mis empleados en la cabeza. Dos veces. No conozco a este tipo, nunca lo he visto. No hago el día a día con ninguna de mis empresas..."

Rodrick le miró fijamente.

"¿Eso es todo?"

"Eso es", admitió Stu encogiéndose de hombros.

"You cappin', homie. Eso no puede ser todo. ¿Qué pasa con la divulgación?"

"Aún no lo he visto. Es todo lo que me han dicho. Pero he visto el vídeo y se parece a mí. Como, *mucho*".

"Ah, mierda", dijo Rodrick, con una leve sonrisa en la cara mientras se inclinaba hacia atrás en la dura silla de metal.

"¿Qué? Yo no lo hice. Sé que se parece a mí, pero tiene que ser falso".

"Eso no". Rodrick hizo oídos sordos a los comentarios de Stu. "Es sólo que realmente deben tenerla contigo, abuelo".

Stu frunció las cejas.

"¿Y eso por qué?"

"Porque te están reteniendo, esperando hasta el último momento para mostrarte lo que tienen contra ti. No me sorprendería que mañana, justo antes de tu comparecencia, recibieras una visita del fiscal ofreciéndote un trato y, al mismo tiempo, te enseñaran lo que tienen. Intentan hacerte sudar, confundirte y agobiarte. Te mantienen encerrado aquí hasta la hora veintitrés y luego te echan encima. Se llama estar en la cocina. Te sorprenden haciéndolo... normalmente sólo sacan esas tácticas de mala muerte para negros como yo".

Rodrick sonreía, pero Stu no.

Estaba enfadado.

"Pero aquí está la cosa, Abuelo, cualquier trato que te ofrezcan mañana, va a ser der dentro de seis meses antes de tu juicio. Te dicen que no, pero así será. Y también mejorará. Como dije antes, abuelo, nadie quiere ir a juicio. Los juicios cuestan dinero y tiempo y nadie tiene nada de eso. Así no funcionan las cosas".

Stu se guardó esta información y tomó nota de que se la comentaría a Will Porter.

"¿Y tú?" preguntó Stu. "¿Cuál es tu historia?"

Preguntarle a Rodrick sobre su caso era de buena etiqueta, dentro de la cárcel o en otro lugar. Pero Stu estaba realmente interesado. El hecho era que, cliché andante o no, Big Roddy era un hombre interesante.

"Recibí una llamada". A Rodrick se le borró la sonrisa de la cara

cuando empezó a hablar. "Un amigo dijo que tenía problemas y que necesitaba que lo recogieran. Así que eso hice, me subí a mi látigo y los recogí. Se subieron al coche y me dijeron que me fuera. Conduje hasta un control de carretera. Hice lo correcto, lo que a todos los negros se les dice que hagan cuando la policía los persigue: poner las manos en el volante, mirar al frente, sin movimientos bruscos. No voy a mentir, abuelo, tengo algunas condenas en mi historial, pero nada importante. Pero mi chico... bueno, sacaron su culo del coche. Le encontraron un arma y algo de dinero. Dicen que atracó a alguien y le robó, luego me llamó para que lo recogiera".

Rodrick se detuvo y Stu esperó a que el hombre terminara su historia.

Pero eso parecía ser el final.

"¿Eso es todo? Y por eso... ¿te acusaron de asesinato?"

Rodrick se encogió de hombros.

"Quiero decir, probablemente lo rebajen a homicidio involuntario, pero sí. Dicen que fui el conductor de la fuga. Y no importa que nunca haya apretado el gatillo. Mis hombres estaban robando a alguien y todas las partes son culpables de todos los delitos durante la comisión de un delito grave."

"¿Alguien te puso en la escena?"

"No."

"¿Y tu amigo? ¿Él...?"

"No sé lo que dijo, pero en realidad no importa. Todos son duros y dicen que nunca se chivarán. ¿Pero cuando un trajeado te dice que te van a encerrar de por vida? Tweeteas como un puto pájaro. Confía".

"¿Pero su coche fue visto en la escena?"

"No, no quiero."

"¿Y no sabes nada de este robo o tiroteo?"

Rodrick se encogió de hombros.

"No sé nada".

"¿Quién es este otro tipo?"

"Lo conozco del barrio. El hijo de puta tiene más antecedentes que la lista de Santa Claus".

Rodrick interpretaba un papel, aquí todos lo hacían. Era el tipo duro, el que veía la cárcel como parte de la vida.

Pero Stu oyó algo en la voz del hombre. No diría que era miedo, pero casi.

Más bien arrepentimiento.

Rodrick, que había estado mirando hacia un lado, apretó de repente la mandíbula e hizo sonar los nudillos.

"De todos modos, esa es mi historia, y es por eso que me voy por un largo, largo hijo de puta tiempo, abuelo."

Capítulo 14

"Voy a robarte la libertad en un minuto, Frankie", advirtió Tate, lanzando al hombre en el suelo una mirada de muerte.

Floyd estaba confuso por lo que estaba pasando. Tate había pasado de obligarle a ver al Dr. Matteo a llevarle a una excursión que le dio la impresión de que debía parecer espontánea y aleatoria, pero que era cualquier cosa menos eso.

Ni siquiera la extraña analogía matemática de Tate encajaba. En muchas ocasiones, su compañero le había dicho directamente que a veces era mejor llegar a la Oficina sin experiencia policial. Así no traías contigo tu bagaje y tus prejuicios.

"Como quieras", refunfuñó Frankie. Tate siguió mirando al hombre delgado, que podía tener entre quince y treinta y cinco años, mientras luchaba por ponerse en pie. "¿Puedo irme ya?" Se subió los pantalones, que eran lo suficientemente grandes como para contener a tres de él. "¿Puedo irme ya, joder?"

"Sí, sólo mantén tu nariz limpia".

Frankie se los quitó de encima, se subió los pantalones y se alejó.

"¿Qué fue todo eso?" preguntó Floyd mientras veían irse al hombre.

"Pensé que era otra persona", dijo Tate. "De todos modos, no llevaba nada encima. Venga, vámonos."

Floyd estaba aún más confuso cuando volvió al coche de Tate.

"¿Quién... quién creías que era?" Preguntó Floyd.

Tate arrancó el motor.

"Nadie".

"Pero tú..."

Las manos de Tate se tensaron sobre el volante.

"Mira", dijo bruscamente, "sólo intentaba darte una lección sobre lo básico, ¿de acuerdo? Olvídalo. Fue una estupidez".

Tate era un maestro del disfraz. Floyd lo sabía mejor que nadie. El hombre tenía una extraña habilidad para averiguar muy rápidamente en qué debía convertirse para obtener lo que quisiera: ya fuera información o una confesión o simplemente un cotilleo.

Esto hacía de Tate, el verdadero Tate, un hombre muy difícil de leer. Nunca sabías si lo que estabas viendo en un momento dado era el verdadero Tate.

Pero esta... esta versión tensa y ligeramente maníaca de su compañero parecía auténtica. Paradójicamente, tampoco se parecía en nada al hombre que Floyd conocía.

O creía saberlo.

Floyd decidió insistir un poco más de lo normal.

"Bien, para que quede claro, ¿pensaste que en lugar de investigar nuevos casos, deberíamos conducir buscando qué? ¿Yonquis? Ese tipo de ahí atrás -Frankie, o lo que sea- ¿qué habrías hecho si hubieras encontrado algo sobre él?"

"Lo que haría cualquiera: llamar a la policía".

La respuesta fue tan extraña que Floyd se vio incapaz de continuar con la conversación.

"Tate, vamos. ¿Qué está pasando? Me envías a Grassroots y..."

"Ahí, justo ahí". Tate señaló la ventana de Floyd. "¿Ves a ese tipo?"

Floyd siguió el dedo del hombre, que apuntaba a un joven negro que llevaba un traje de chaqueta y unos vaqueros de tiro bajo. No tan bajos como los de Frankie, pero casi.

"Sí", dijo Floyd vacilante. "Le veo. ¿Qué pasa con él?"

"Iré directo a por él, tú lánzate por el callejón como la última vez, por si huye".

"Tate..." Antes de que Floyd pudiera terminar la frase, su compañero estaba de nuevo fuera del coche. "Maldita sea."

Lo siguió, no tenía elección.

En lugar de perder el tiempo corriendo por un callejón que, estaba bastante seguro, no le permitiría cortar el paso a nadie, Floyd decidió esconderse fuera de la vista y observar.

Esto es una locura, pensó. *¿Qué le pasa a Tate?*

Nunca había visto a su compañero actuar de forma tan irracional.

Después de su conversación con el Dr. Matteo, Floyd se sentía bien. Mucho mejor que esta mañana. Estaba realmente emocionado por volver al trabajo. No, quizá no entusiasmado, pero al menos no temiendo otro caso como antes.

Ahora... *esto*.

Sólo mantén el tren en movimiento, se instruyó a sí mismo. *Imagina que las ruedas giran, imagina que no te pueden parar.*

Tate empujó al negro al suelo, *con fuerza,* y luego ladró algo que Floyd no pudo entender.

Como ya le habían recordado varias veces, Floyd tenía poca experiencia con los shakedowns. Pero esto le pareció raro. Parecía agresivo y no provocado. Aun así, se quedó atrás y siguió observando.

Cuando Tate sacó un puñado de billetes del bolsillo del chico, que sólo maldijo pero no hizo nada por defenderse, Floyd, experimentado o no, supo que aquello no era normal.

Que estaba mal.

Antes de meterse el dinero en el bolsillo, Tate miró a su alrededor y Floyd se escabulló rápidamente.

Después de tres respiraciones, volvió a echar un vistazo al callejón. El chico ya estaba de pie y Tate le empujaba en el pecho, haciéndole

gestos para que siguiera su camino, cosa que hizo a regañadientes. Al igual que Frankie, este chico también le ofreció a Tate un saludo con el dedo corazón como regalo de despedida.

Floyd subió a la acera.

"¿Tampoco llevaba?", preguntó en voz alta.

Tate se sobresaltó con su presencia, pero se recompuso rápidamente.

"No, no lo era."

Tate no era estúpido y Floyd nunca había sido bueno ocultando sus emociones. Tate podía verlo en toda su cara: Floyd había visto lo que acababa de pasar.

Sin embargo, esta constatación no facilitó la decisión de qué hacer a continuación.

¿Le llamo la atención? ¿O lo dejo pasar?

Si esta mañana no hubiera pasado, Floyd no habría dudado. Habría dicho: "*¿Qué carajo haces, Tate? ¡Te vi robarle a ese chico!"*

Pero las cosas habían cambiado. El ultimátum de Tate, por muy bienintencionado que fuera, había dejado claro que, aunque el FBI consideraba su relación como una asociación, sin duda había una jerarquía en juego.

Justo cuando Floyd se decidía y estaba a punto de romper el incómodo empate, el teléfono de Tate empezó a sonar.

Esto rompió la tensión, y él contestó rápidamente, agradecido por la interrupción.

"¿Si? ¿Va todo bien?" Dijo Tate, dándole la espalda a Floyd como si eso de alguna manera le impidiera escuchar. "¿De verdad? ¿Pero ella está bien?"

Pausa.

"Es temprano. Nunca tiene un episodio tan temprano".

Pausa.

"Vale, vale, ya voy. Quédate ahí hasta que llegue".

Tate colgó el teléfono y lo golpeó contra la palma de la mano.

Cuando se dio la vuelta, la dura mirada de Floyd se encontró con unos ojos amplios y suaves.

Fue en ese momento cuando Floyd se dio cuenta de que realmente no tenía ni idea de quién era el hombre que tenía delante.

¿Quién eres, Tate?

"Floyd, lo siento. Pero realmente tengo que irme".

Floyd, más perdido que nunca, se quedó parado y asintió.

"Lo siento", repitió Tate. A su favor, realmente parecía angustiado. "¿Puedes..."

"Sí, puedo volver por mi propio pie. Sólo vete", instó Floyd.

Tate no necesitaba más ánimos. Ya estaba volviendo a su coche. Cuando el hombre pasó junto a él, ni siquiera miró en dirección a

Floyd.

Mantén el tren en movimiento. No te detengas. Nunca te detengas…

Capítulo 15

Fue imposible para Stu Barnes conciliar el sueño esa primera noche en el Centro de Detención del Condado de Clark. También le fue imposible dormirse la segunda noche.

No sólo tenía la mente agitada por la inminencia de su comparecencia y la posibilidad de que le denegaran la libertad bajo fianza, sino que se había acostumbrado a dormir en un colchón Hästens de 150.000 dólares, sábanas de seda pura, almohadas refrescantes, en una habitación con temperatura controlada y envuelto en la más absoluta oscuridad.

Todo en su celda de CCDC era literalmente lo contrario. La gente gritaba todo el tiempo y, cuando no gritaban, lloraban. Y luego le gritaban a quien lloraba que se callara de una puta vez. Había una débil luz amarilla que provenía de bombillas espaciadas cada pocos metros en el pasillo fuera de su celda y su colchón era delgadísimo.

Olvídate de la almohada refrescante, Stu tenía algo que era casi tan plano como su sábana para apoyar la cabeza. Y las sábanas... estaban limpias.

Eso es todo. Eso es todo lo que podía decir de ellos.

Stu calculó que se había desmayado durante un total de dos horas desde que se apagaron las luces hasta que se encendieron. Y antes de que hubiera podido probar un solo bocado de su desayuno -aquí no había huevos, sólo gachas de diferentes colores-, el gran guardia que nunca parecía estar fuera de turno le tocó agresivamente el hombro.

"El abogado está aquí", fue todo lo que dijo.

Stu abandonó su comida y siguió al guardia fuera del comedor y por una serie de pasillos y corredores interconectados. No estaba seguro de si la cárcel se había diseñado así a propósito -para que fuera lo más difícil posible ir de un sitio a otro en caso de que los reclusos intentaran escapar o se produjera un motín- o si el lugar se había ido ampliando con el tiempo y las distintas secciones se habían ido añadiendo poco a poco.

Tras numerosas vueltas, se detuvieron frente a una de las docenas de salas de reuniones idénticas, cuadradas y de hormigón. El guardia esposó a Stu, esta vez no a la mesa, por suerte, y luego abrió la puerta y lo condujo al interior, donde lo esperaba Will Porter.

"Joder, Will. Dos días, ¿en serio? Dime que tienes buenas noticias", dijo Stu.

"¿Por qué no te sientas?". Will le indicó la silla de enfrente.

Stu negó con la cabeza.

"No, no quiero sentarme. Dime, ¿qué está pasando?"

Durante la mayor parte del tiempo perdido intentando conciliar el sueño, la mente de Stu había estado ocupada por oscuros pensamientos. Pero de vez en cuando, algo brillante intentaba colarse.

Como la idea de que se retiraran los cargos, y que alguien se diera cuenta de lo descabellado que era todo esto.

Porque no lo hizo.

Stu no mató a nadie.

Esta tontería se evaporó rápidamente cuando vio la expresión adusta en el rostro de su abogado.

"Bueno, está bien. Stu, me acaban de revelar esta mañana que tenemos que estar frente al juez en una hora. Te están ofreciendo una declaración de culpabilidad."

"¿Un alegato?" Stu no podía creerlo. Esto era exactamente lo que Rodrick había dicho que pasaría.

Todo, desde hacerle sudar la gota gorda hasta informarle lo más cerca posible de su comparecencia, pasando por ofrecerle un acuerdo con la fiscalía.

"Sí, una súplica. Y tampoco es uno bueno. Pero así son las cosas. Es una negociación y sólo estaban abriendo las líneas de comuni-"

Stu se puso rígido.

"Sin súplica".

"Stu, como tu abogado..."

"Sí, lo entiendo, estás obligado a pasar la información. Pero no me importa. No voy a aceptar un alegato. Ni ahora, ni nunca. No me importa si ofrecen libertad condicional o tiempo cumplido. Lo único que estoy dispuesto a aceptar es una disculpa".

Will suspiró.

"Me imaginé que dirías eso".

El hombre se levantó y se dirigió a la puerta. Llamó una vez y el guardia la abrió.

"Espera, ¿Will? ¿Adónde vas?" A Stu le preocupó de repente haber ofendido de alguna manera a su abogado y la idea de ser abandonado se apoderó de él. "¿Will?"

"Ven conmigo."

Stu siguió al guardia y a Will por otro pasillo.

"¿Adónde vamos?"

En lugar de responder, Will señaló hacia otra sala de conferencias, ésta mucho más grande que la primera. Dentro había cuatro hombres. Stu reconoció a uno como el detective Tolliver, el hombre que lo había arrestado. El hombre de mediana edad con ojos sospechosos al lado del detective que llevaba un traje marrón barato y un corte de pelo más barato era probablemente el ayudante del fiscal del distrito.

Los dos hombres del otro lado de la mesa, con trajes caros y cortes

de pelo caros, eran un misterio.

"Son los dos mejores abogados penalistas de Nevada", le informó Will. "Están aquí para ayudar".

Lo dijo con un aire de orgullo, pensando que esto ayudaría a aliviar parte de la ansiedad de Stu. En todo caso, hizo lo contrario.

La idea de que dos desconocidos, asesores legales excepcionales o no, estuvieran a cargo de lo que muy bien podría ser el resto de su vida era aterradora.

"Vas a quedarte conmigo, ¿verdad?"

Will le miró y asintió.

"Por supuesto. Estaré a tu lado todo el tiempo. Ahora, Stu, cuando entremos ahí, no necesitas decir nada en absoluto. El fiscal y el detective quieren una cosa: que aceptes el trato. Dirán lo que tengan que decir, para que eso suceda. Tú sólo siéntate y escucha. Después, podemos hablar de lo que han dicho... cuando se hayan ido".

"Sí, lo entiendo". Por costumbre, Stu alcanzó la manija de la puerta.

"No lo toques", ladró el guardia, y Stu retiró la mano como si se hubiera electrocutado.

El guardia se abrió paso delante de Stu y Will, chocando accidentalmente a propósito con el primero, y luego usó una llave que parecía de un videojuego de los noventa para abrir la puerta. El hombretón no le quitó los ojos de encima a Stu mientras Will le ponía una mano reconfortante en el hombro y lo conducía al interior de la habitación.

"Recuerda lo que dije", le susurró Will al oído. "Sólo escucha".

Capítulo 16

Marguerite se encontró con Tate en la entrada de su casa. Los rasgos color café y crema de la mujer, típicamente suaves, estaban inusualmente rasgados.

"¿Está bien?", preguntó, deslizándose junto a la diminuta mujer.

"Ella está bien ahora. Tuvo un episodio, pero está bien. La metí en la cama".

Tate asintió y salió al vestíbulo.

Marguerite le siguió.

"¿Rachel? ¿Rachel?", llamó en voz baja mientras subía las escaleras. Sus ojos recorrieron la huella mecánica que seguía el contorno de la pared.

Una vez, Rachel había tenido un ataque en la planta principal. Incluso después de que se le pasara, la chica había quedado tan agotada que Tate tuvo que llevarla en brazos hasta el salvaescaleras. No era tarea fácil, y Tate pesaba ciento ochenta kilos.

Marguerite pesaba apenas la mitad.

Moviéndose lentamente, sin querer asustar o sorprender a Rachel en el raro caso de que aún estuviera despierta, Tate pasó por delante del cuarto de baño y se dirigió directamente a su habitación.

La puerta estaba ligeramente entreabierta y se detuvo en el pasillo para serenarse. No recordaba la última vez que había tenido un episodio tan temprano.

Eran mucho más frecuentes por la noche. A veces ocurrían dos veces.

Tate puso la mano en la puerta, la empujó y se asomó al interior.

Rachel estaba tumbada en la cama, con el pelo corto y castaño esparcido sobre la almohada. Le habían metido las sábanas hasta las axilas y tenía los brazos delgados y pálidos sobre ellas. La silla de ruedas de la chica estaba recogida y doblada hacia un lado.

Aunque sus ojos verdes estaban abiertos, Tate sabía que eso no era garantía de que estuviera despierta.

"¿Rachel?", preguntó en voz baja.

Parpadeó y sus ojos se desviaron perezosamente hacia él.

"Hola, cariño", dijo Tate al entrar en la habitación. Se inclinó y la besó en la frente. Tenía la piel fría y húmeda, como siempre después de uno de sus episodios.

"¿Has venido directo del trabajo, papá?". Rachel le ofreció una débil sonrisa.

"Sí, directamente del trabajo."

Tate se tumbó junto a su hija, ayudándose con el brazo para sostenerle la cabeza. Estaba tan delgada, tan frágil. Antes del accidente, Rachel había sido nadadora y, como todos los nadadores, aunque estaban en buena forma, siempre llevaban un poco de grasa corporal para ayudar a la flotabilidad.

Ahora Rachel era todo huesos.

"Siento haberte hecho venir a casa."

"No seas tonto."

Rachel respiró hondo; hablar ya le resultaba difícil y Tate no la presionó.

Mientras estaban tumbados en silencio, sus ojos se desviaron hacia la fotografía enmarcada encima de la cómoda. Mostraba a tres personas, tres personas felices: Tate, con una amplia sonrisa, Rachel, con su clásica sonrisa ladeada, y Olivia, sonriendo.

Cuando Tate vio a Olivia, sintió una punzada en el estómago, ajena al puñetazo de Marco.

No era la foto favorita de su mujer. Ni siquiera estaba cerca. Pero había algo en los ojos de Olivia en esta foto que captaba quién era realmente, tanto como una fotografía era capaz de hacerlo.

Eran grandes, marrones y anchos, y aunque se podía ver un brillo en los ojos de los tres, había algo en los de Olivia que parecían brillar más que los de Tate o Rachel.

"Estaba pensando en mamá", dijo Rachel en voz baja. Tate asintió y sintió un cosquilleo en los párpados inferiores. "Estaba pensando en mamá cuando empecé a temblar. No sé..."

"Shhh", la silenció Tate. "Shhhh."

Los médicos les habían dicho a ambos que era bueno que Rachel hablara de lo que había precedido a uno de sus ataques, pero Tate rara vez daba una oportunidad a la chica.

Era demasiado duro para él. Y hoy tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Floyd lo había visto; estaba seguro de ello. El hombre era tal vez el peor mentiroso en la historia del FBI, tal vez en cualquier departamento de aplicación de la ley en existencia.

Le había visto coger el dinero de Jabari. Y eso significaba que había una buena posibilidad de que su compañero estuviera ahora de camino para contárselo al Director Hampton. Y no habría manera de salir de esta. Mañana podría quedarse sin trabajo, con o sin experiencia.

¿Y entonces cómo podría devolverle el dinero a Marco?

La verdadera pregunta era ¿por qué había recogido a Floyd en primer lugar? ¿Por qué no ir y tomar el dinero de Frankie y Jabari solo?

Floyd habría encontrado su camino de Grassroots a Quantico.

¿Fue porque quería que lo atraparan?

En la opinión pública existía la idea errónea de que los asesinos en serie dejaban pistas porque querían que los atraparan. En casi todos los casos, esto no era cierto. Al fin y al cabo, a un asesino en serie le gustaba matar, y las opciones se limitaban a uno en régimen de aislamiento.

Pero se sentía cierto alivio cuando te descubrían. Se aliviaba parte de la presión de afrontarlo todo solo, aunque el resultado final fuera negativo.

Al menos alguien más lo sabía.

Tate permaneció completamente inmóvil durante más de diez minutos, con los ojos fijos en la imagen de su esposa.

"¿Rachel?" Al no obtener respuesta, miró a su hija.

Ahora dormía profundamente, con el pecho subiendo y bajando.

Se habría quedado allí el resto del día observándola dormir cuando notó movimiento en su periferia.

Marguerite estaba en la puerta.

Se llevó el dedo a los labios y besó la frente de Rachel. Con la mayor lentitud posible, retiró el brazo de debajo de su cabeza y se deslizó fuera de la cama.

Sólo cuando la puerta se cerró tras ellos, Tate se dirigió a Marguerite.

"Sé que no le gusta que le llamen al trabajo, pero fue una mala, Sr. Abernathy. Gritaba y temblaba, y temí que se tragara la lengua".

"No te preocupes. Hiciste lo correcto". Pero a pesar de sus garantías, la cara de Marguerite no cambió. "¿Qué pasa?"

La mujer se miró los pies.

"Sr. Abernathy, odio hacer esto, pero ya ha pasado casi un mes. Sé que las cosas han sido difíciles para usted y para Rachel, pero tengo mi propia familia que mantener."

Tate hizo un gesto de dolor.

Pago: Marguerite quería cobrar. Y merecía que se le pagara. Sin ella, Rachel estaría atrapada en algún hogar.

Día tras día, la mujer cuidaba de Rachel, ayudándola con sus deberes, preparándole la comida, ayudándola a ir al baño. Y a pesar de la petición de la mujer, la relación entre Rachel y Marguerite era mucho más que una simple transacción.

Rachel quería a Marguerite, lo había dicho en muchas ocasiones, y el sentimiento era recíproco.

Sin ella, tanto Tate como Rachel estarían perdidos.

"Lo sé", dijo Tate. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el dinero que había cogido de Frankie y Jabari.

Dinero que se suponía que iba a ir a Marco.

Y era mucho menos de lo que había pensado en un principio. Lo

malo de los traficantes de drogas y los aspirantes a matones era que siempre llevaban billetes pequeños. Hacía parecer que tenían más dinero del que realmente tenían.

Contó trescientos veinte dólares, más de la mitad de lo que se había llevado, y se los ofreció a Marguerite.

Dudó.

"¿Estás seguro?"

Marguerite conocía bien sus problemas económicos. El hecho era que el FBI no pagaba muy bien y las facturas médicas de Rachel y los honorarios de los abogados se habían comido rápidamente todos los ahorros de Tate y Olivia.

Pero incluso después de que las cosas se arreglaran, el hecho de que Rachel no pudiera valerse por sí misma significaba que Tate tenía que hacer frente a una carga económica constante.

Ahí es donde entra Marco. Préstamos temporales a un alto precio.

"Cógelo, por favor", me instó.

Se mostró reacia, pero al final aceptó el dinero.

"Ya puedes volver al trabajo", dijo Marguerite.

La verdad era que Tate no quería volver al trabajo. No era sólo el hecho de que estaba bastante seguro de que estaba despedido -había puesto su teléfono en silencio antes de entrar en su casa-, sino que quería estar aquí, con Rachel.

"¿Sabes qué? Creo que me quedaré. ¿Por qué no te tomas el resto del día libre?", sugirió Tate. Marguerite empezó a negar con la cabeza, pero Tate insistió. "No, en serio. Tómate el día libre".

"Gracias, señor Abernathy", dijo Marguerite. Lo conocía lo suficiente como para saber que cuando se decidía por algo la probabilidad de que cambiara era casi siempre nula. "Gracias.

Cuando Marguerite se marchó, Tate volvió a la habitación de Rachel. Esta vez, eligió la silla junto a la cama y la observó dormir.

Apenas era mediodía, pero sabía, por la forma en que su hija se retorcía y suspiraba en sueños, que esta noche iba a ser mala.

Lo que significaba, una vez más, que Tate no dormiría nada.

Capítulo 17

Los dos abogados se pusieron en pie y se presentaron a Stu cuando entró en la sala. El fiscal y el detective esperaron a que se sentara para hacer lo mismo.

"Me llamo Matthew Lombardo y soy ayudante del fiscal del estado de Nevada", dijo el hombre del traje barato. "Y creo que ya conoce al detective Ben Tolliver".

El detective frunció el ceño al oír su nombre, pero Stu no le hizo caso. Si algo le habían enseñado sus negocios era que la ira sólo conducía a una de dos cosas: indecisión o malas decisiones.

Estaba claro que los dos hombres esperaban una reacción, porque cuando Stu no respondió, ambos dudaron. Finalmente, el ayudante del fiscal se pasó una mano por el pelo, en el que probablemente se había inspirado un hombre de Lego, y se aclaró la garganta.

"Estoy seguro de que sus abogados le han informado de sus derechos, pero creo que es prudente que se los repitamos ahora". Matthew asintió al detective, que disfrutaba demasiado recitando sus líneas. Cuando terminó, el detective Tolliver preguntó si Stu había entendido.

Stu dijo que sí, y ésas, por consejo de Will Porter, fueron las únicas palabras que salieron de su boca mientras el fiscal y el detective permanecieron en la sala.

Durante un rato después de esta farsa, nadie dijo nada. El detective Tolliver estaba demasiado ocupado preparando su atrezzo como para preocuparse de hablar. Colocó una serie de fotografías, teniendo mucho cuidado de que estuvieran perfectamente espaciadas. La primera era de un hombre -él, o eso decían- de pie con una pistola en la mano, apuntando a Jake Hollister, que estaba sentado con la palma de la mano extendida delante de la cara. La siguiente era un primer plano de la cara de Jake, después del disparo. Había dos claros agujeros de bala, uno casi directamente en el centro de su frente, el otro más cerca de la sien derecha. La lengua del hombre colgaba de su boca y sus ojos mostraban el blanco, lo que Stu encontró más obsceno y perturbador que el daño de las balas.

Este montaje estaba claramente destinado a conmocionarlo, y funcionó. Stu nunca había visto un cadáver antes, no como este.

Nunca había visto nada que le alterara tan visceralmente, pero se negó a darle ninguna satisfacción al detective.

La siguiente fotografía mostraba una lista de coordenadas y direcciones que no significaban nada para Stu. Luego estaba el

resultado de la prueba GSR.

Satisfecho consigo mismo, el detective Tolliver hizo un último ajuste y luego se sentó y cruzó los brazos sobre el pecho.

Esta colección de imágenes contaba una historia, pero por si acaso Stu tenía problemas para seguir la narración, la ADA rompió finalmente el silencio.

"Medios, y oportunidad", dijo Matthew Lombardo con la teatralidad propia de dirigirse a un grupo de miembros del jurado durante los alegatos finales. "Eso es lo que tenemos aquí. Medios", indicó la prueba GSR, "y oportunidad". Matthew bajó el pulgar sobre los datos del GPS, al tiempo que levantaba el índice de la otra mano. "Pero, en realidad, no necesitamos ninguno de estos. Porque tenemos estos".

Con el dedo índice de cada mano, Matthew Lombardo señaló la imagen en primer plano del cráneo de Jake y la imagen de Stu que se cernía sobre él exactamente al mismo tiempo.

"Sr. Barnes", continuó señalando las fotografías, "sabemos que su coche se dirigió al lugar del asesinato según los datos del GPS que obtuvimos de nuestra orden de registro. También sabemos que disparó un arma en los últimos cuatro o cinco días, lo que se confirmó mediante una prueba de residuos de pólvora. Pero nada de eso importa porque-porque-tenemos una cinta de vídeo de usted, clara como el día, disparando y asesinando a Jake Hollister."

Esta última frase quedó flotando en el aire y Stu sintió que todo su cuerpo se tensaba. Todo esto había sido fingido, por supuesto, y le habían tendido una trampa, pero Stu no pudo evitar apreciar la naturaleza convincente del argumento del joven fiscal. En el fondo, sabía que le costaría mucho convencer a su madre, que en paz descanse, de su inocencia, y mucho más a un grupo de miembros del jurado.

Como antes, el ayudante del fiscal y el detective esperaban algo de Stu: ¿un arrebato? ¿Una negación rotunda? ¿Admisión de culpabilidad? Pero él se limitó a permanecer sentado, mirando fijamente al otro lado de la mesa.

La expresión del detective Tolliver, que siempre, y tal vez perpetuamente, era agria, se volvió positivamente acerba.

El fiscal no se inmutó.

"A pesar *de* esta abrumadora evidencia, estamos dispuestos a negociar un acuerdo, Sr. Barnes. Los detalles y detalles se describen en el documento en posesión de sus representaciones. Pero, simplemente, estamos dispuestos a rebajar el cargo de asesinato en primer a segundo grado. Ahora, en el estado de Nevada, un cargo de asesinato en segundo grado normalmente conlleva una sentencia de 15 a 30 años, con un mínimo de 10. Pero este trato depende de que nos diga dónde está el arma homicida".

No puedo decirte dónde está el arma, imbécil, pensó Stu. *Porque no es mía.*

"¿Nada? ¿No tienes nada que decir en tu defensa?" ladró el detective Tolliver.

"¿Dónde está su motivo, detective?" dijo Will, ignorando las preguntas del hombre. "Usted habla mucho de medios y oportunidades, pero ¿por qué querría mi cliente, que es el propietario mayoritario de Happy Valley Gaming, así como de casi cien empresas más, matar a un empleado? ¿Un programador? ¿Hmm?"

La cara del detective Tolliver empezó a enrojecer, pero el ayudante del fiscal interrumpió antes de que el hombre pudiera verbalizar su enfado.

"No te preocupes por el motivo. Tenemos la cinta de vídeo".

"Bien, discutiremos su acuerdo en privado y le llamaremos".

"Maldito gilipollas rico", refunfuñó Tolliver en voz baja mientras se desplomaba en su silla.

"Sr. Lombardo, por favor dígale al detective que..."

"Mis disculpas", dijo el ayudante del fiscal, cortando a Will. "Para que quede claro, este trato estará disponible durante tres horas, hasta la comparecencia del señor Barnes ante el juez Davenport".

"¿Y después?", preguntó otro de los abogados de Stu.

El fiscal se encogió de hombros.

"Ya veremos".

Matthew dio un codazo al detective Tolliver y éste recogió las fotografías con mucho menos cuidado del que había tenido al colocarlas. Luego los dos hombres se levantaron, asintieron y se marcharon sin más pompa ni circunstancias. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Stu dejó escapar un profundo suspiro.

"Está bien, relájate", dijo Will, frotando suavemente la espalda de Stu. "Están posando. El trato no va a ninguna parte".

"¿Qué pasa con el GPS y...?"

Fue el más joven de los dos abogados penalistas, el hombre que se había presentado como Colin algo, quien habló.

"Mike y yo tenemos todos estos documentos en nuestro poder. Habrá mucho tiempo para revisarlos después de la comparecencia. Pero primero, necesitamos discutir el..."

Stu negó con la cabeza.

"No hay trato".

Colin ladeó la cabeza. Estaba claro que Will le había informado de la postura de Stu respecto a un acuerdo y, por lo tanto, no le sorprendió la respuesta preventiva.

"Lo entiendo. Como he dicho, el acuerdo no va a ninguna parte. En tres horas, le apoyaremos cuando se declare inocente ante el juez. Sin embargo, Sr. Barnes, yo..."

"Stu".

"Cierto, Stu. He llevado docenas de casos criminales de alto perfil y negociado declaraciones de culpabilidad en al menos tres veces más. Y aunque probar la culpabilidad es la carga de la acusación, los jurados son humanos. Y a los humanos les encantan las historias". Colin agitó una mano manicurada sobre la mesa donde hacía unos momentos estaban las fotografías. "No les mentiré: el detective Tolliver y el ayudante del fiscal cuentan una historia convincente. Ahora, Mike y yo destrozaremos sus pruebas, se lo garantizo. Cada dato o prueba será cuestionado, interpretado y puesto en duda. Pero la historia ... la historia es algo que vamos a tener dificultades para disimular. En mi experiencia, la mejor manera de combatir la narrativa de la ADA es llegar a una alternativa. Una que sea tan convincente como la suya".

Stu se chupó el labio inferior y asintió.

Inocente hasta que se demuestre lo contrario era un concepto interesante en teoría, pero la realidad era que Stu iba a ser juzgado. Los miembros del jurado reconocieron que eso significaba no sólo que los policías pensaban que era culpable, sino que el fiscal o, en este caso, el ayudante del fiscal, pensaba que había pruebas suficientes para una condena.

Si eso no predisponía a las doce personas sentadas en duras sillas de madera y tomando notas durante horas y horas, entonces Stu no sabía qué lo hacía.

Se produjo un intercambio silencioso entre Colin, Mike y Will. Este último se levantó y ayudó a Stu a ponerse en pie.

"Pero por ahora, sólo tenemos que llevarte ante el juez. Límpiate y nos vemos en una hora, ¿de acuerdo?"

Stu, que seguía algo conmocionado, asintió. Sabía que rumiar todas las pruebas que el Estado tenía contra él no tenía sentido -ni siquiera había podido mirar los supuestos intercambios de correos electrónicos-, pero era difícil no hacerlo.

GPS, GSR, correo electrónico, vídeo, pruebas fotográficas.

¿Por qué? ¿Por qué?

El guardia abrió la puerta y Will dijo algo que Stu no oyó. Lo repitió, pero a Stu ya se lo estaban llevando.

¿Quién me haría esto? ¿Quién?

¿Y cómo?

"Hola, abuelo".

Stu siguió caminando.

"¡Abuelo!"

Por fin levantó la vista. Rodrick también salía de una sala de entrevistas y al ver la expresión de Stu, el hombre bajó la voz.

"Tu comparecencia está fijada, ¿eh?"

"Sí", dijo secamente.

"¿Esta popa?"
"Tres horas".
Rodrick se chupó los dientes.
"Te lo dije, no te van a dar tiempo. ¿Quién es el juez?"
Stu, aún aturdido, no lo recordaba.
"Yo... no lo sé".
"¿Cómo que no lo sabes?"
"Quiero decir, creo que dijeron que su nombre era... uhh... Daven... Deven..."
"¿Davenport?" Rodrick se ofreció.
"Sí, Davenport."
"Sheeet, es un cabrón duro", dijo Rodrick, con expresión y voz repentinamente serias. "Un crack duro de verdad. Le gusta verte con mala cara. Arrepentido. Abuelo, cuando vayas frente al juez, dile que lo sientes".
"Pero yo no lo hice", dijo Stu en voz baja.
Big Roddy sonrió y su diente de oro brilló.
"Nadie aquí hizo nada. Sólo dile a ese hijo de puta canoso que sientes haberle quitado tiempo a todo el mundo. Haz eso, abuelo, y saldrás bajo fianza. Si no... entonces mejor abastécete de pasteles de luna porque mi co-abogado no va a estar libre para siempre."

Capítulo 18

Floyd pensó que el camino de vuelta a Quantico le daría algo de claridad.

No fue así. En todo caso, el tiempo sólo sirvió para enturbiar las aguas.

En varias ocasiones, Tate se había saltado las normas para hacer su trabajo. Todo el mundo ha oído la historia del policía de patrulla que detiene ilegalmente a alguien y registra el coche cuando sabía que estaba cargado de drogas alegando una luz trasera rota. Diablos, tal vez incluso facilitan el plástico roto.

Las drogas eran una plaga, pero las plagas tardan en abrirse camino entre la población. El impacto de un asesino en serie era un poco más inmediato.

Como tal, algunas de sus acciones como agentes del FBI se dejaban a su propia discreción y aún más eran justificables con un resultado positivo. Sin embargo, Tate no había infringido la ley de forma abierta o flagrante, al menos que Floyd supiera.

Hasta hoy.

Asalto y robo.

¿Por qué?

Y, quizá más importante, ¿qué se suponía que tenía que hacer Floyd al respecto?

Llevaba caminando unos diez minutos cuando se dio cuenta de que había vuelto al lugar del primer incidente, el que involucró a Frankie con sus pantalones ridículamente grandes.

Cómicamente grande. Obscenamente-

Era como si el mero hecho de pensar en esos vaqueros hiciera que aparecieran.

Frankie estaba medio dentro y medio fuera de un callejón. El matón vio primero a Floyd.

"No, no tengo nada para ti", dijo. "Ese gilipollas de Tate ya se lo ha llevado todo."

Tate ya se lo ha llevado todo.

Tate.

Se conocían.

Floyd no tenía ni idea de lo que esto significaba. ¿Significaba que tenían una relación? Nunca se imaginó a los dos como amigos, pero ¿quizás Frankie era un informante confidencial?

¿O esta familiaridad era indicio de algo aún más siniestro?

¿Venía Tate regularmente a robar a la gente? ¿Tan a menudo que le

conocían por su nombre?

Parecía ridículo, pero alguien como Frankie no podía ir exactamente a la policía y denunciar que un pícaro agente del FBI le estaba robando su contrabando ilegal o el dinero en efectivo adquirido con la venta de dichas drogas.

¿Y después?

Floyd sintió que se le ponía la carne de gallina en la nuca y sintió que se le arrugaba el cuero cabelludo. El estrés le estaba afectando.

Y amenazaba con tomar el control.

No, se reprendió a sí mismo. *Sigue adelante. Como un tren de mercancías, sigue adelante. ¡Chu-chu!*

Floyd se lamió los labios y tragó en un intento de humedecer su garganta repentinamente seca.

"Todo..." Tosió. "¿Todo?"

Frankie frunció el ceño y se metió las manos en los bolsillos. Los pantalones le colgaban tan bajos que tenía que encorvarse bastante.

"No me mientas", advirtió Floyd.

Frankie intentó parecer duro, pero sólo era un niño. Y también estaba asustado.

"Joder, le di más del diez por ciento, eso seguro".

Entonces me di cuenta.

Diez por ciento.

Lo que había presenciado no era un robo, sino algún tipo de arreglo.

Diez por ciento... ¿para qué?

Floyd quería sentirse aliviado de que Tate no fuera él mismo un matón. Un matón con una placa y una pistola y las habilidades de un camaleón.

Pero no lo era.

"Pero no te voy a dar nada. Ese no es el trato".

El cambio de "*Tate se lo llevó todo"* a "*No te voy a dar nada"* no pasó desapercibido para Floyd. Sin embargo, era irrelevante. Lo único que Floyd quería era información.

Tate había dicho que vino a enseñarle matemáticas a Floyd, pero era mentira. No se había tratado de educar a Floyd en absoluto.

Se trataba de Tate-Tate y un día de pago.

Una serie de fuegos artificiales estallaron dentro del cerebro de Floyd.

Tate está dejando que estos hombres trafiquen con sus drogas por un porcentaje de la recaudación.

Por eso no sintió alivio; Floyd no estaba seguro de qué escenario -Tate el simple atracador o Tate el extorsionador- era mejor.

"¿Cuánto tiempo?", preguntó, sin saber qué más decir.

"¿Qué?"

"¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?"

Frankie, con las manos aún en los bolsillos, se levantó un poco los pantalones como si se dispusiera a salir corriendo.

"No diré nada más. Pregúntale a Tate si quieres saber más".

Mantén el tren en movimiento.

Floyd dio un paso adelante y, no tan sutilmente, se llevó la mano a la pistola que llevaba en la cadera. Frankie se dio cuenta y cuando Floyd volvió a hacer la pregunta, contestó de mala gana.

"Dos años. Pero eso es todo lo que digo. Si quieres..."

"Piérdete".

"¿Qué?"

"No soy tan complaciente como mi compañero. O te vas ahora, o te arrestaré donde estás".

Frankie le leyó la cara, murmuró algo incomprensible y desapareció por el callejón.

Floyd, fiel al consejo del Dr. Matteo, siguió moviéndose. Siguió moviéndose hasta que estuvo de vuelta en el ordenador de su despacho, con el sudor empapándole la parte trasera de la camisa en forma de árbol de Navidad invertido.

Sabía que Tate llevaba siete años en el FBI. Hacía al menos dos años que había empezado a extorsionar a matones locales por dinero.

Dos años era mucho tiempo.

Dos años era más del doble del tiempo que Floyd llevaba en el FBI. En esta coyuntura, se sentía inclinado a limitarse a estancar lo que sabía. Después de todo, Tate no sólo era su superior, sino que era su mentor.

¿Y qué si el hombre infringió la ley? ¿Qué diferencia había? No era como si estuviera haciendo daño a gente buena y trabajadora. De hecho, con un poco de gimnasia mental, saltando un caballo de pomo de racionalidad en lugar de realizar toda una rutina de suelo de razonamiento complicado, Floyd podía ver algo positivo en lo que Tate estaba haciendo.

Pero ese era el viejo él. Este era el nuevo *Choo-Choo* Floyd.

Continuó.

Lo primero que hizo Floyd fue realizar una breve revisión de todos los casos del FBI de Tate que se remontaban a dos años atrás más o menos, con la esperanza de encontrar alguna conexión entre su compañero y Frankie o el otro tipo o simplemente las drogas en general.

No encontró nada.

El caso más notable fue la detención por parte de Tate y su entonces compañero Constantine Striker del famoso asesino en serie apodado The Sandman, pero el impacto de este caso afectó a Con mucho más profundamente que a Tate.

Y con razón.

Floyd cambió de enfoque y se centró más en la vida personal de Tate que en la profesional. Esto resultó más lento, debido a que su socio era extremadamente reservado. Según Floyd, no tenía presencia en las redes sociales.

Aun así, lo encontró. Finalmente, Floyd encontró lo que buscaba.

Cerca de la contraportada de un periódico local, casi como escrito a posteriori, como relleno de un espacio vacío, Floyd descubrió el incidente incitador que, en efecto, había ocurrido casi exactamente dos años antes.

Un accidente devastador que había cambiado para siempre el curso de la vida de Tate y su familia.

Pero ahora que lo había encontrado, ¿qué iba a hacer con esa información?

¿Qué haría Choo-Choo Floyd ahora?

Capítulo 19

Aunque Stu Barnes seguía vestido con el mismo uniforme del CCDC y sus manos seguían esposadas delante de él cuando entró en la sala del tribunal tres horas más tarde, se sentía como un hombre nuevo.

Se sentía preparado para dejar atrás esta pesadilla.

Dos guardias condujeron a Stu a una mesa que ya estaba ocupada por su grupo de caros abogados, incluido Will. La mesa del otro lado del pasillo estaba ocupada por el ayudante del fiscal Matthew Lombardo y otro hombre que parecía un oficinista de algún tipo.

"Todos de pie, el Honorable Juez Davenport residente".

El juez entró por una cámara trasera y subió a su silla, que estaba elevada sobre una especie de plataforma. El juez Davenport tipificaba su profesión: barriga, papada, pelo canoso y mirada gélida.

Tomó asiento e indicó a todos que hicieran lo mismo. Mientras el juez procedía a describir los cargos, Stu no pudo evitar pensar en lo que Rodrick había descrito como "apilamiento".

Estaba el cargo de asesinato en primer grado, por supuesto, pero había una letanía de otros, como posesión de un arma de fuego sin completar una comprobación de antecedentes, descarga ilegal de un arma de fuego y una serie de cargos penales más oscuros que parecían irrelevantes dada la acusación de asesinato.

"Que se ponga en pie el acusado", dijo el juez sin levantar la vista de los papeles que tenía delante.

Un Stu aún encadenado se levantó, pero mantuvo la cabeza inclinada respetuosamente.

"Acusado, ¿cómo se declara para los cargos?"

El juez levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Stu. Había una dureza implacable en su mirada.

Al juez Davenport no le importaba si el hombre juzgado valía un dólar o mil millones.

"Inocente, Señoría", dijo Stu, tratando de sonar seguro. No estaba seguro de haberlo logrado.

El juez le miró fijamente durante varios segundos, como si intentara persuadirle en silencio de que cambiara de opinión.

"Muy bien. El siguiente, la fianza. ¿Sr. Lombardo?"

El alguacil le pidió a Stu que se sentara, pero él decidió quedarse de pie. Quería estar mano a mano con el fiscal cuando argumentaran en contra de su liberación. Pero cuando tanto el juez como el alguacil fruncieron el ceño, Will tiró suavemente de un lado de su camisa y Stu tomó asiento de mala gana en la dura silla de madera.

"Señoría, el acusado ha sido acusado de asesinato en primer grado. Este fue un acto atroz y premeditado que implicó disparar a un hombre desarmado dos veces en la cabeza. Tenemos evidencia en video del acusado asesinando a Jake Hollister. Tenemos residuos de pólvora de la mano del acusado que confirman que disparó el arma y datos de GPS que revelan que el vehículo del acusado estaba en la escena del crimen. Dada la naturaleza condenatoria de estas pruebas, creemos..."

"Su Señoría, no hay motivo para este crimen. Mi cliente..."

"Tendrá su oportunidad, Sr. Porter. Por favor, no vuelva a interrumpir", advirtió el juez. "Sr. Lombardo, por favor continúe".

El ayudante del fiscal se aclaró la garganta antes de continuar.

"Creemos que, debido al volumen de pruebas contra el señor Barnes, combinado con su amplia fortuna, no sólo es un riesgo de fuga, sino que su huida del país está casi garantizada". El fiscal hizo una pausa casi como si se atreviera a interrumpir a Will, pero el abogado de Stu sólo ofreció un gruñido de desaprobación. "El señor Barnes tiene los medios para contratar un jet privado o un yate o cualquier otro método de transporte concebible y huir de Estados Unidos en un momento. Por estas razones, solicitamos que se retenga la fianza".

Stu inhaló bruscamente. Era de esperar, pero aún así le escocía. Se había empeñado en no aceptar ningún trato, pero sabía que una estancia prolongada entre rejas a la espera de juicio le pondría a prueba.

"Ahora le toca a usted, señor Porter", dijo el juez. Su rostro, muy delineado, era ilegible.

"Gracias, señoría. Ahora, a pesar de las afirmaciones de la fiscalía, esto está lejos de ser un caso fácil. Con sus empresas legales, mi cliente ha acumulado una riqueza considerable y ha empleado a cientos de estadounidenses trabajadores. Lo único que la fiscalía no mencionó es un motivo. Porque no hay motivo. Ningún motivo que arriesgaría toda la vida de trabajo duro de mi cliente que..."

"Tenemos un motivo claro en este caso, Su Señoría. Nosotros..."

"Sr. Lombardo, tuvo su oportunidad. Por favor, no interrumpa". El tono del juez durante su amonestación al ayudante del fiscal era considerablemente más agresivo que con Will, y esto hizo que una pequeña sonrisa asomara a los labios de Stu. "Continúe, Sr. Porter".

"Bien, bueno, me gustaría señalar que mientras la fiscalía ve la riqueza de mi cliente como un riesgo de fuga garantizado entre comillas, nosotros lo interpretamos de forma muy diferente. Su estatus asegura que estará presente en el juicio. El Sr. Barnes tiene toda la intención de seguir dirigiendo sus negocios y supervisar a sus más de 500 empleados en la industria tecnológica, mientras esté en libertad

bajo fianza. Es una figura pública, por lo que la idea de que huya del país es ridícula".

El juez Davenport garabateó algo en una hoja de papel.

"Gracias, he revisado las pruebas y los argumentos". Mientras el juez hablaba, miró a Stu. "Y estoy listo para tomar mi decisión".

Stu sabía cuál era esa decisión. Lo sabía en su corazón. El juez Davenport iba a negarle la fianza y él iba a estar encerrado, atrapado tras las rejas por ¿cuánto tiempo? ¿Seis meses? ¿Un año? ¿Dos años? Antes de ir a juicio. Su vida sería destruida. Sus negocios hundidos. Y lo peor de todo, Stu sabía que el acuerdo siempre estaría al acecho, colgando como una zanahoria o un pastel de luna después de que la tienda se acabara.

Para un hombre que poseía una isla, el suelo era sólo tierra. Para un hombre varado en el mar, una ciénaga era un trocito de cielo.

"Señoría", soltó inesperadamente.

Remordimiento, le había dicho Rodrick. *Ten remordimientos, aunque no lo hayas hecho.*

"¿Qué estás haciendo?" Will siseó con la comisura de los labios.

El juez enarcó una ceja gris.

"¿Sí?" Y esa era la invitación que Stu necesitaba.

"Siéntate", le advirtió Will, pero hizo caso omiso de su consejo.

"Sólo quiero disculparme", comenzó Stu. "No hice lo que la fiscalía me acusa de hacer. No estoy admitiendo culpabilidad. Yo no maté a Jake Hollister. Nunca he matado a nadie. Pero comprendo la carga que este juicio supondrá para todos los implicados, incluidos los abogados, los jurados, usted mismo y, quizá lo más importante, la familia de Jake. Sólo quería expresar mi pesar y disculpas por esta tensión en el sistema y por ocupar el tiempo de todos."

Al final del discurso truncado, Stu sintió que las palabras significaban algo. Las había dicho de improviso, y no eran perfectas ni mucho menos, pero lo sentía de verdad. Sobre todo por sí mismo, porque era inocente y le habían tendido una trampa, pero también por Jake. No conocía a Jake Hollister, pero Stu podía pensar en muy pocas razones legítimas por las que alguien merecía ser asesinado, estilo ejecución.

El juez volvió a garabatear en su papel.

"Mi decisión", dijo el hombre, hablando con dolorosa lentitud, "es conceder la libertad bajo fianza al acusado con varias condiciones".

Eso fue todo lo que Stu Barnes oyó. El juez siguió hablando pero la sangre que rugía dentro de la cabeza de Stu le impedía oír nada.

Estoy fuera, pensó. *Me voy. Gracias, Rodrick, te debo infinitas tartas de luna. Gracias, gracias, gracias.*

Este abrumador sentimiento de gratitud duró apenas treinta segundos.

Entonces la mente analítica de Stu tomó el control.

La parte A se ha cumplido.

Ahora pasemos a la Parte B.

Colin Sachs, el carísimo abogado penalista que básicamente no había dicho ni hecho nada a cambio de unos honorarios que, aunque aún no estaban establecidos, probablemente serían astronómicos, miró a Stu.

Esto fue un recordatorio de una mirada. Un recordatorio de que aún tenían trabajo por hacer.

De vuelta en la sala de interrogatorios, Colin había dicho que tenían que inventar un relato igual o más convincente que el del fiscal para vendérselo a los jurados.

Y Stu estaba de acuerdo. La realidad, tal y como él la veía, era que para demostrar que él no había matado a Jake Hollister tenían que averiguar quién lo había hecho.

A la mierda la carga de la prueba. Hablaban de su vida.

Pero, ¿estaba Will a la altura de ese reto? El hombre era bueno, y era un amigo, pero también se estaba haciendo mayor. Por mucho que lo intentara, Stu no podía imaginarse a Will peinando las calles en busca de pruebas, investigando a fondo cualquier pista que pudieran descubrir, renunciando a la comida, al sueño, a la familia... a todo para asegurarse de que Stu no se pudriera entre rejas.

Y si Will Porter no estaba a la altura del desafío, Stu conocía a alguien que sí lo estaba. Y si ella no lo estaba, bueno, él la había salvado dos veces.

Y ahora, era el momento de pedir un favor.

Era el turno de Chase Adams para salvarlo.

PARTE II - Nada es real

Capítulo 20

"¿Crees en Dios, Brian?" preguntó Chase Adams mientras sostenía la pequeña píldora blanca a la altura de los ojos.

Chase ya sabía la respuesta. No importaba lo que Brian Jalston dijera ahora, no importaba cuántas veces hubiera ido a la capilla de la prisión o rezado mientras yacía solo en su celda, Brian no creía en Dios.

La única persona en la que este narcisista extremo creía era en sí mismo. Y Chase sabía que una vez que Brian comiera esta píldora, no habría nada que le impidiera hacer lo que había hecho el padre David, o Madison, Kylie, Brook y Victoria.

Poco después de que Brian Jalston consumiera Cerebrum el hombre vería la luz. Y entonces se quitaría la vida.

Eso era lo que iba a ocurrir, y Chase estaba decidido a verlo.

"Cómete la puta pastilla, Brian", siseó Chase cuando se negó a responder a una pregunta.

"No voy a comer mierda", dijo el hombre, soltando el acelerador.

"Lo harás", prometió Chase. Empujó la pistola hacia el respaldo del asiento de Brian, recordándole que era ella quien tenía el control.

El hombre se rió.

"No, no lo haré."

Chase se lo había imaginado de otra manera, algo más limpio. Brian iba a luchar contra ella, claro que sí, pero al final, Chase imaginó que el hombre se doblegaría. Él se tomaría la píldora, ella saldría del coche y lo mandaría a paseo. En algún punto de la carretera, lo bastante lejos para que Chase estuviera fuera de peligro pero lo bastante cerca para ser testigo, Brian tiraría con fuerza del volante y se desviaría de la carretera.

Entonces se estrellaba de cabeza contra un poste de la luz, poniendo fin a su miserable vida y a la pesadilla de décadas que seguía atormentando a Chase Adams.

Pero si eso no funcionaba, no se oponía a tomar un papel más directo en la muerte del hombre.

Chase levantó la pistola y la puso en la sien de Brian.

El barril debía de estar frío porque inhaló bruscamente.

"Cómete la pastilla o te pego un tiro", dijo. Su falta de entonación la sorprendió incluso a ella. Un comportamiento tan tranquilo para una amenaza tan cargada.

"No creo..."

Las palabras de Brian se vieron interrumpidas por el chirrido de unos neumáticos. Lo primero que pensó Chase fue que se trataba de una táctica del reciente preso en libertad condicional para hacerla volar hacia el asiento delantero, pero entonces vio que otro coche se detenía delante de ellos, levantando una nube de polvo.

La pastilla voló de su mano y rebotó en el parabrisas antes de aterrizar en algún lugar del suelo, pero la principal preocupación de Chase era asegurarse de que, mientras su cuerpo se lanzaba hacia delante, no apretaba el gatillo.

Su hombro golpeó con fuerza contra el asiento del copiloto, y Chase quedó momentáneamente encajado en la abertura entre los asientos delantero y trasero.

Ella esperaba que Brian fuera a por la pistola, pero no lo hizo. En lugar de eso, abrió la puerta y saltó del coche.

"¡Joder!" Chase maldijo.

Tras liberarse, siguió a Brian bajo el sol abrasador.

"¡Alto!", gritó, plantando los pies y apuntando a la espalda de Brian. Él se movía rápidamente y era un blanco mucho más pequeño desde su reciente pérdida de peso. "¡Alto!"

En su periferia, Chase vio cómo se abría la puerta del coche oscuro contra el que casi habían chocado y salía un hombre.

Era delgado, negro y tenía bigote. También llevaba una pistola en la mano, pero no apuntaba a Brian Jalston.

Apuntaba a Chase.

"¿Terrence?"

"Baja el arma, Chase", ordenó el hombre.

Chase seguía apuntando a Brian, que había aminorado la marcha y empezaba a girar.

"Hablo en serio, Chase, bájala".

Brian la estaba mirando ahora. El cabrón le sonreía, y su expresión era tan distinta de la de Terrence Conway, de la Oficina de Investigación de Tennessee, que resultaba chocante.

La mano de Chase empezó a temblar.

Sólo aprieta el gatillo. Aprieta el puto gatillo y ya está.

Pero no pudo.

Ella había matado a Timothy Jalston. Le cortó la garganta.

Pero el hombre había estado violándola. Ella también habría matado a Brian, pero su harén de lavados de cerebro, que incluía a la difunta hermana de Chase, Georgina, había utilizado sus cuerpos para escudarlo y protegerlo.

Chase odiaba a Brian. Lo odiaba más que a nada, pero no podía dispararle.

Así no.

"Yo...", se quebró y finalmente bajó el arma. "Se la va a llevar,

Terrence. Brian se va a llevar a Georgina". Cuando la sonrisa de Brian se convirtió en una mueca lasciva, Chase sintió de repente que recuperaba las fuerzas. Y su determinación. Volvió a levantar la pistola. "Nunca la tendrás".

"Chase", dijo Terrence suavemente. "Hay otras formas de hacer esto".

"¿En serio?", espetó. "¿Cómo qué? ¿Poner mi fe en el sistema? ¿El mismo puto sistema que dejó salir de la cárcel a este pedazo de mierda después de sólo unos años? ¿Después de lo que hizo? No dejaré que la tenga, Terrence, no lo haré".

Terrence asintió sutilmente.

"Lo sé.

La calma del hombre durante este momento de emoción y estrés sin precedentes pareció transferirse a Chase.

Esta vez no se limitó a bajar el arma, sino que la enfundó.

"¿Después de esto?" Brian extendió los brazos. "¿Después de apuntarme con una pistola? ¿De parte de quién crees que va a estar un juez? ¿La tía psicótica de la niña o yo? ¿Su padre?"

Chase entrecerró los ojos contra el sol para ver mejor a Brian.

¿Quiere que le dispare? ¿Se tragó Cerebrum cuando yo no miraba?

"Eso nunca ocurrió", entonó Terrence.

Brian, que en ese momento sólo estaba concentrado en Chase, miró a Terrence y lo fulminó con la mirada.

"¿Qué?"

"Ya me has oído", dijo Terrence. "Nada de esto ha pasado. Vas a volver a tu coche, recogerás a tus esposas y seguirás tu alegre camino".

"¿Y por qué iba a hacer eso?" preguntó Brian con sorna.

"Porque si no lo haces, te haré la vida muy difícil", prometió Terrence. "Yo o uno de mis hombres estaremos apostados fuera de tu casa todos los días. Te seguiremos a todas partes y en el momento en que cometas un desliz, y lo cometerás, porque todo el mundo lo hace, allí estaré. Esta vez, no habrá trato. Esta vez, te encerraré de por vida. Así que, ¿por qué no te metes de una puta vez en tu coche y te largas?".

Brian estaba enfadado. Tenía la cara roja y una fea vena en el centro de la frente que había empezado a latirle.

Pero a pesar de todas sus bravatas, el hombre sabía que estaba derrotado.

"Te veré en el tribunal", dijo el hombre al pasar junto a Chase, que no hizo ningún esfuerzo por apartarse de su camino.

No, no lo harás, pensó Chase. No, joder, no lo harás.

Brian se despegó y, cuando el polvo se disipó, Chase miró a Terrence.

"Quise decir lo que dije. No dejaré que la tenga".

Había una profunda tristeza en los ojos de Terrence.

"Lo sé. Pero hay otras formas de hacer esto, Chase. Hay otras formas, y no todas acaban contigo entre rejas el resto de tu vida".

Pero la mayoría sí, pensó Chase, pero no lo dijo. *Tacha eso, casi todos lo hacen.*

Capítulo 21

Hace seis meses

A Tony Metcalfe se le aceleró el corazón. El sudor empapaba su camisa de vestir barata, haciendo que se le pegara a la espalda y las axilas. También le sudaban las pelotas, lo que le hacía caminar con un incómodo paso de piernas arqueadas.

Vamos, vamos, contrólate. Mantén la calma. Esta es tu oportunidad. Tu única oportunidad.

No era una hipérbole. Tony se sorprendió cuando le concedieron una entrevista en Happy Valley Games, una filial de AI Integrations. Sólo había presentado su solicitud por capricho, y aun así, había confiado en el valor imbuido por media caja de PBR.

El puesto requería una formación en ingeniería informática que, por supuesto, Tony no tenía. De hecho, no tenía ninguna formación oficial.

Eso no significaba que Tony no supiera lo que valía. Era el mejor ingeniero de software de Nevada. Tal vez incluso del país. Simplemente tenía un don para la programación, algo que había hecho durante más de quince años, desde que era un niño pequeño.

Para él, el código era como la prosa lírica, como leer poesía.

A Tony le encantó.

Pero el amor sólo te llevaba hasta cierto punto. No podías ir al banco, depositar amor y usarlo para pagar tu hipoteca.

Mejor programador o no, esta era la oportunidad de Tony. Alguien se había equivocado claramente en Happy Valley Games. Alguien de Recursos Humanos había dado por sentado que tenía un título de la LSVU o de cualquier otro lugar: Stanford, el MIT o Berkeley.

Pero ahora eso no importaba. Todo lo que tenía que hacer era entrar por la puerta, y luego les mostraría.

Siempre y cuando no se derritiera antes en un charco de barro.

El edificio que albergaba Valley Games era impresionante. Tanto que Tony se sintió avergonzado al llegar en taxi y pidió al conductor que aparcara unas manzanas más allá.

Entonces, el calor de Nevada no había sido una consideración.

Ahora, sin duda lo era.

Valley Games era una enorme monstruosidad de cristal de veinte pisos que reflejaba tanta luz solar que Tony se sorprendió de que no hiciera estallar en llamas a los transeúntes.

Ya estás otra vez, Tony. Dejando que tu mente se escape de ti.

Concéntrate... concéntrate... ¡CONCÉNTRALO! No puedes joder esto como la última vez. No puedes.

Eso no era más que un trabajito de mierda en una empresa de mierda que hacía juegos desechables para tu móvil. *Esto* era Valley Games.

Este fue el creador del metaverso más realista y popular jamás realizado.

Y Tony quería formar parte de ella.

Diablos, eso es lo que Tony quería más que cualquier otra cosa.

Se enderezó mientras caminaba hacia las puertas principales, ignorando el roce en el interior de sus muslos.

El interior de Valley Games era sorprendentemente discreto. Era una empresa de videojuegos, lo que significaba que había una plétora de puestos informáticos y un toque de iluminación de cuerda RGB obligatoria, pero no parecía el monolito que era desde fuera.

Era cómodo y acogedor. En lugar de sillas de plástico duro o de madera en el vestíbulo, había pufs.

Quizá un poco cursi, quizá esforzándose demasiado, pero cómodo, al fin y al cabo.

Tony estaba esperando en la entrada, asimilándolo todo y dejando que el aire acondicionado hiciera su trabajo, cuando un hombre se le acercó.

"Jake Hollister", dijo con una sonrisa perfecta. Jake tenía el pelo rubio desgreñado y, en lugar de traje, llevaba una camiseta negra y unos vaqueros oscuros con zapatillas de correr blancas. La clásica elegancia cómoda. "Soy el programador jefe de Valley Games. Ahora, Tony... es Tony, ¿verdad?".

"Sí", dijo Tony, pasándose la palma de la mano por los pantalones para secársela antes de estrechar la mano de Jake. "Tony Metcalfe".

"Eso pensaba". Jake se puso serio de repente y Tony pensó lo peor. Le habían interceptado y estaban a punto de decirle que había habido un error, que no estaba cualificado, y que lo sentían, y bla, bla, bla. "Mira, sé que se suponía que tenías que reunirte con RRHH para una entrevista, pero... voy a ser sincero. Odio RRHH, con sus normas y todas esas tonterías. Sólo quiero saber una cosa, Tony: ¿sabes codificar?"

Tony se quedó sorprendido y no dijo nada, incluso cuando Jake le pasó un brazo por los hombros sudorosos y lo guió hacia el interior del edificio. Pasaron junto a un gran mostrador de cristal tras el cual había una mujer guapa con el pelo rojo casi natural recogido en un moño que contrastaba con sus rasgos pálidos.

"Buenos días, Janice", dijo Jake alegremente.

"Buenos días."

Tony saludó cortésmente a la mujer, y ella le repitió el saludo a él

también.

Jake los condujo a un ascensor y por fin quitó el brazo del hombro de Tony, cosa que éste agradeció. Se imaginó el antebrazo de Jake chorreando sudor.

El ascensor sonó y entraron.

Jake pulsó 16.

"Es un viaje corto, pero tal vez puedas hablarme un poco de ti, Tony". Jake preguntó cuando las puertas se cerraron.

Tony se aclaró la garganta.

"Ahora, yo-yo no tengo ninguna educación formal, pero he estado programando durante años. Estamos hablando de empezar con Turing y luego Visual Basics... sí, todo el camino de vuelta. He hecho de todo, desde trabajar en sitios web hasta crear mis propios juegos. Incluso hubo...

Tony se detuvo.

Estaba a punto de decir que había creado el código base de uno de los juegos para móviles más populares de los últimos diez años.

Antes de que se lo follaran. Antes de que ese pedazo de mierda de compañía lo doblara y le diera por el culo.

Se lo llevó todo. No le dio nada.

Jake hizo un gesto despectivo con la mano.

"Conozco tus logros, Tony, y tu historia. Nos enviaste todo eso, ¿recuerdas? Déjame preguntarte algo más... ¿qué sabes de los juegos del Valle Feliz? ¿Has viajado alguna vez al multiverso?". Jake dijo esta última parte con aire de presentador de un concurso vespertino.

"O-o-por supuesto. Estoy suscrito a los juegos de Happy Valley... Me encanta el multiverso.

"¿Así que eres un fanboy?"

"YO-YO-" Tony no sabía qué decir. No quería parecer demasiado ansioso, pero tampoco quería insultar al programador jefe.

"Oh, vamos." Jake puso los ojos en blanco. "Dime lo que piensas de verdad. No soy blando, puedo soportarlo. Queremos gente que tenga ideas para mejorar el metaverso, no hombres que digan sí. Es un negocio voluble... un día estamos en la cima, al siguiente, otra empresa saca un multiverso mejor, más realista, y nuestros miembros se hunden de la noche a la mañana. Así que, Tony, voy a preguntarte esto sólo una vez: ¿qué le pasa a nuestro multiverso?".

Oh, mierda. Esto es una trampa. He caído en una trampa.

Si no hubiera estado ya empapado en sudor, todo el cuerpo de Tony habría estallado en una capa resbaladiza y grasienta.

¿Qué le digo?

"Tick-tock, Tony. Tic-tac". Jake se rió y señaló la pantalla digital que les indicaba la planta por la que pasaban.

Ya iban por la once.

Tenía que decir algo. *Tenía que hacerlo*.

Esta era su oportunidad.

Su *única* oportunidad.

"El valle misterioso", soltó Tony. Esa era la verdad. Ése era el problema de Happy Valley Gaming y de todos los demás multiversos que había probado.

Jake le miró.

"Continúa".

A la mierda, pensó Tony. *Voy a seguir la corriente. De todas formas, ya es demasiado tarde para retractarse.*

"Las caras de los PNJ, ¿sabes? ¿Los personajes no jugables? Se ven bien, pero no lo bastante reales. Como si... bueno, me incomodaran. Incluso las caras de los otros jugadores... Son demasiado buenos para ser robots, pero no lo bastante buenos para ser humanos. Te hace sentir un poco incómodo, y eso te saca del multiverso. Se supone que tiene que ser completamente envolvente, que te hace olvidar lo que es real y lo que es solo un juego. Pero son esas caras y reacciones... emociones..."

Jake le miró fijamente con una intensidad que Tony no supo leer.

Entonces el hombre se echó a reír.

"¡Sé lo que es el valle misterioso, Tony, amigo!" Le dio una palmada en la espalda a Tony, que emitió un incómodo sonido de chapoteo. "Pero lo has *clavado*. Joder, lo has clavado. Yo soy como tú, quiero estar tan metido en el juego que sea más real que lo real, ¿sabes? Eso es lo que quiero. Pero no podemos hacer eso con estos personajes de rasgos plásticos y... -señaló con los dedos delante de su cara, uno a la izquierda, el otro a la derecha-, ojos saltones cuando se supone que tu mujer de realidad virtual está triste. O cachonda o no sé, ¡muerta! Así que, ¿puedes ayudarnos? Tony Metcalfe, sin educación formal, ¿puedes ayudarnos a atravesar el valle misterioso?".

Tony se puso rígido.

"Puedo", dijo con seguridad. Luego repitió la afirmación. "Sí, puedo".

Jake sonrió de nuevo, mostrando sus dientes perfectamente blancos. El ascensor sonó y las puertas se abrieron.

En la puerta había un hombre de pelo plateado y bronceado. Tony supuso que tendría entre cincuenta y cincuenta años.

"¡Ah, qué oportuno!" Jake dijo alegremente. "Siempre uno para la teatralidad, ¿eh, Stu?"

El zorro plateado sonrió.

"¿Quién es?", preguntó, indicando a Tony con la barbilla.

Jake se hizo a un lado y agitó los brazos.

"Stu Barnes, CEO de Happy Valley Gaming, te presento a Tony Metcalfe, el hombre que por fin nos va a ayudar a romper el valle



misterioso".

Capítulo 22

Chase tuvo mucho tiempo para pensar en lo que había ocurrido con Brian durante su vuelo de Nashville a Nueva York.

¿Le habría matado? Si Terrence no hubiera aparecido cuando lo hizo, ¿podría realmente haber disparado y matado a un hombre desarmado? ¿Incluso si ese hombre desarmado era responsable de gran parte de su sufrimiento y el de los demás?

No.

Tal vez.

Lo que no se cuestionaba era si Chase le habría dado el Cerebrum a Brian si no se le hubiera caído.

Ha sido un sí difícil.

Pero ahora la píldora había desaparecido. Al igual que Terrence y Brian.

Chase se detuvo en el camino de entrada de Louisa, pero no salió de inmediato. Pudo verlos dentro, a Louisa y a sus dos hijos, Brandon y Lawrence, y por supuesto a Georgina. Estaban jugando a algo y riendo.

Estaban contentos.

Esto enfadó a Chase, y también le dieron ganas de darse la vuelta y marcharse, de irse a casa. Tal vez cogería su dron y volaría a través de los campos, zumbando entre las flores, y simplemente dejaría...

"No", dijo en voz alta. "*No.*"

No tenía sentido presentarse. Si se presentaba, Brian podría obtener la custodia de Georgina sin oposición. ¿Y entonces qué?

Chase ni siquiera podía imaginar lo que el monstruo le haría.

Había una audiencia de custodia en dos semanas. Chase estaría allí o no. En cualquier caso, Georgina estaría a su lado.

Louisa, que estaba haciendo la mímica de algo terriblemente inapropiado o actuando como un elefante, miró por la ventana delantera y sus miradas se cruzaron. Louisa apenas dio un paso en falso. Siguió con su rutina.

No la merezco, pensó Chase.

Y realmente no lo sabía. Louisa había pasado por casi tanto como ella. Como Chase, había sido secuestrada por Brian y Tim y había escapado.

Louisa no había dejado atrás a una hermana, pero a ella también la perseguían los demonios. Pero mientras que Louisa había dejado atrás la mayoría de sus malos hábitos y se había volcado en su vida familiar en lugar de limitarse a pasar de un mecanismo de supervivencia a

otro, Chase seguía luchando.

No era justo.

No era justo para Louisa.

Chase se decidió y salió del coche. Louisa debió de darse cuenta porque abrió la puerta principal y Georgina salió corriendo.

La chica sonreía tanto que sus mejillas parecían cerezas cuando abrazó a Chase.

"Te he echado de menos", dijo Chase. Abrazó a su sobrina con tanta fuerza que la niña gruñó de incomodidad. "Te he echado mucho de menos".

"Yo también... te he echado de menos", consiguió Georgina. Se soltó.

"Bienvenido, Chase", dijo Louisa desde la puerta.

"Gracias". Puso su mano en la cabeza de Georgina. "Vamos adentro."

La casa de Louisa era más grande que la de Chase, pero no mucho, y compartía el mismo ambiente hogareño.

Brandon y Lawrence saludaron, y Chase despeinó sus rubias melenas.

"¿Cómo va la escuela?" preguntó Chase a Georgina mientras Louisa le servía una taza de café.

"Es la escuela", dijo Georgina, poniendo los ojos en blanco. "¿Cómo crees que es? *Booooring*".

"Qué aburrido", repitió Brandon.

Chase se rió. Esto era bueno. Aburrido era bueno. La emoción era mala. La emoción significaba que alguien descubría quién era Georgina en realidad.

"Lo está haciendo muy bien", dijo Louisa, notando el cambio en la cara de Chase. "De verdad. Hablé con sus dos profesores y sólo tenían cosas buenas que decir de la pequeña G".

Chase pasó los siguientes veinte minutos poniéndose al día con su sobrina, lo que resultó difícil. Sacar información a la niña era quizá tan difícil como conseguir que un sospechoso admitiera su culpabilidad.

Esto también era normal.

Chase se las arregló para aprender sobre algunos de sus amigos y sus clases, incluida su profesora de Ciencias, la señora Bina, que era categóricamente más mala con Georgina que cualquiera de los otros niños.

Cuando quedó claro que no iba a pasar nada más, Chase volvió a abrazar a Georgina y les dijo a los niños que siguieran, que fueran a jugar.

"¿Cómo estás, Chase?" Louisa preguntó cuando estaban los dos solos.

Chase estuvo peligrosamente a punto de contarle la verdad a su amiga. Estuvo a punto de soltar que Brian Jalston había salido de la cárcel, que buscaba la custodia de Georgina y que se había enfurecido tanto que le había puesto una pistola en la cabeza.

Pero, ¿en qué acabaría esta efusión de verdad? ¿Le contaría a Louisa cómo una de las esposas de Brian había intentado matar a Chase, pero luego, en un giro del destino, se había sacrificado para salvarla?

¿Mencionaría de improviso que esa pobre alma podría haber sido cualquiera de ellos si no hubieran tenido suerte y escapado?

No.

Chase se negó a ceder.

Louisa lo había dejado atrás, y sacar a relucir el nombre del hombre podría bastar para devolverla al oscuro lugar que la había llevado a Grassroots.

No sería justo. Saber que Brian estaba libre atormentaría a Louisa.

"Seré sincera contigo", mintió Chase, que no tenía intención de decir la verdad. Al menos, no toda. No casi toda. "Las cosas no van bien. No-no, no es eso, no son las drogas".

"Pero no me vas a decir lo que es, ¿verdad?" Louisa dio vueltas a su café.

"Ahora no", admitió Chase. "El último caso... bueno, fue duro. Muy duro. ¿Y ahora?", suspiró. "Odio hacer esto. De verdad, de *verdad que lo* odio. Si hay otra opción..."

"¿Practicaste el discurso?" preguntó Louisa con una sonrisa burlona. "Suena ensayado".

Chase tenía.

"Estoy tratando de ser serio aquí, Louisa."

Louisa se puso seria.

"Sé que lo eres. Y sé lo que quieres. La respuesta es sí. Siempre será sí, Chase. *Siempre*".

Chase miró su café, sintiéndose avergonzada de repente. Había rescatado a Georgina de Brian Jalston sólo para entregársela a otra persona. La comparación no era justa, por supuesto, pero seguía sintiéndose mal.

"¿Por qué?" preguntó Chase, con los ojos fijos en su bebida.

"¿Por qué? Porque es una niña increíble, Chase. Sabes, siempre les digo a Brandon y a Lawrence que no quiero que sean perfectos, que lo perfecto es aburrido y que cometer errores es divertido. ¿Pero cuando se portan mal? ¿Cuando llevan las cosas demasiado lejos? Georgina es la que les devuelve a la tierra, la que les ayuda a recuperar el control. Y ellos la admiran; lo sé, es una tontería, ¿verdad? Pero lo hacen. Realmente es una gran chica. Y te lo tiene que agradecer a ti".

se burló Chase.

"¿Yo?" Ella sacudió la cabeza y finalmente levantó la mirada. "Eso es ridículo. Lo único que hago es huir. Eres la única con la que puedo contar. Sin ti... yo... yo..."

Las emociones de Chase amenazaron con apoderarse de ella y se limpió las mejillas con agresividad.

Louisa se acercó y la consoló.

"Eres una buena persona, Chase. Sólo tienes que perdonarte a ti mismo".

Los dedos de Chase en su cara estaban húmedos ahora.

"Gracias", susurró.

Algo que Brian había dicho resonó en su mente.

¿Quién cuida de ti?

Chase no había sabido responder a eso hasta ahora: Louisa.

Abrazó a su amiga con fuerza durante varios minutos antes de soltarla por fin.

"Dos semanas", dijo.

Louisa asintió.

"Cuídate".

Chase se fue sin despedirse.

Si no, habría sido demasiado difícil.

Dos semanas era todo lo que necesitaba. En dos semanas, ella vendría por Georgina y se dirigirían juntas a Nashville para la audiencia de custodia, o Chase tomaría a su sobrina y huiría.

Capítulo 23

Happy Valley Gaming no se parecía a ninguna otra empresa en la que hubiera trabajado Tony Metcalfe, que habían sido muchas. A nadie le importaba que no tuviera un título de lujo, ni siquiera se lo preguntaban. Lo único que les importaba era la productividad.

Más que eso, le gustaba la gente, y a ellos les gustaba él.

Pero el verdadero premio en HVG era Jake Hollister. Era inteligente y uno de los mejores programadores que Tony había conocido. No sólo eso, sino que Jake era capaz de identificar rápidamente en qué era buena la gente y dejar que lo hicieran. En otras empresas, ser nuevo significaba tener que realizar las tareas que nadie más veterano quería hacer, principalmente depurar interminables líneas de código.

Pero no en HVG.

En HVG, a Tony se le dejaba prácticamente solo y se le permitía trabajar.

Y era bueno. Pero su problema era grande.

El valle misterioso.

Después de un duro día de trabajo, cuando la gente llegaba a casa, se ponía las gafas de realidad virtual y cogía los mandos, se transportaba a un mundo diferente: el metaverso. La ironía era que cuanto más se parecía el metaverso al mundo real, más disfrutaba la gente de la experiencia, a pesar de estar concebida como pura evasión. Decenas de miles de personas poblaban el metaverso de HVG, conocido como uno de los más realistas, y se encontraban físicamente repartidas por todo el mundo. Pero el metaverso era vasto, potencialmente infinito, y eso requería un número igual de participantes. Con el tiempo, Jake y el resto del equipo de HVG se convencieron de que, con millones de jugadores, el mundo sería autosuficiente. Pero si eras un trabajador por turnos y decidías ponerte el equipo de RV justo antes de comer, mientras la mayoría de la gente estaba trabajando... ¿podría ser un mundo vacío y solitario? Podría ser un lugar vacío y solitario.

Aparecen los personajes no jugables, los PNJ. Las nuevas herramientas de IA, sobre todo los grandes modelos lingüísticos, han hecho más creíbles a estos personajes generados por ordenador y han conseguido que sus diálogos sean generativos, intuitivos e interesantes, pero seguía existiendo el problema del valle misterioso. Esto afectaba a los modelos que la gente utilizaba para representarse a sí misma, que eran infinitamente modificables, pero los jugadores

tenían más paciencia cuando trataban con otros jugadores que con los PNJ.

Los PNJ de HVG no estaban nada mal. Tony pensaba que eran de los mejores que había. Cuando jugaba y se encontraba con estos personajes, al principio pensaba que se trataba de otros jugadores reales. Pero, invariablemente, algo fallaba y se daba cuenta de que en realidad eran PNJ. Algo tenía que ver con sus expresiones. Eran buenas, pero no geniales. Todo el mundo ha oído hablar del tipo raro cuya sonrisa no le llega a los ojos. Para la gente normal, una sonrisa no se limitaba sólo a los labios o las mejillas, se extendía por todas partes, a sus ojos, demonios, incluso sus orejas se movían.

Y cuando Tony se dio cuenta de que el personaje no era una persona real, de que casi le habían engañado, se le erizó la piel. Los jugadores como él se sentían incómodos y, cuando se sentían incómodos, no querían seguir jugando.

Y ese fue el reto al que se enfrentó Tony. Hacer que los PNJ fueran tan reales que nadie pudiera distinguirlos.

Esto era más crucial para HVG que para las demás empresas que tenían sus propios multiversos porque su modelo de negocio dependía de ello. Mientras otros cobraban una cuota de socio, la plataforma de HVG era gratuita. En lugar de cobrar directamente a los jugadores, recurrían a patrocinios y a la colocación de productos en el juego, junto con "mejoras" opcionales de los personajes. También vendían terrenos digitales tanto a empresas como a jugadores.

En IRL, no pagabas por vivir, pagabas por seguir vivo. Esa era la plataforma de HVG. Y cuando la gente se puso nerviosa por el valle misterioso y se desconectó, HVG dejó de ganar dinero.

"Oye, Tony, ¿estás bien?"

Tony se quitó los auriculares y se frotó los ojos.

"Sí, vale", le dijo a Jake, que estaba apoyado en el tabique que le ofrecía cierta intimidad.

La verdad era que Tony estaba agotado. Hoy había sido un día largo: catorce horas y seguía. Después de una sesión de dieciocho horas a base de bebidas energéticas y zumo de Grappleberry.

"¿Algún progreso?"

Tony sintió una punzada de culpabilidad y una inclinación a mentir. Le trataban tan bien, le pagaban aún mejor, ¿y qué tenía que demostrar?

Un ritmo cardíaco elevado y un teclado mecánico que empezaba a fallar.

"Lo estoy intentando, Jake, de verdad. Estoy intentando controlar los veinte músculos individuales de la cara humana de forma independiente y luego mapear los datos de emoción obtenidos de estos libros de texto de psicología sobre ellos...", suspiró. "No lo sé. A veces

queda muy bien, pero otras veces...".

Jake se rascó la barbilla mientras asentía.

"¿Ya has venido hoy, Tony?"

Los ojos de Tony se dirigieron inmediatamente hacia las gafas de realidad virtual y los mandos que tenía sobre la mesa.

Intentó pensar en la última vez que había cargado. ¿Dos días? ¿Tres? ¿Había sido una semana?

No se acordaba.

"Deberías probarlo", dijo Jake encogiéndose de hombros. "Quizá se te ocurran algunas ideas. ¿Sabes lo que dicen? Todo trabajo y nada de juego..."

"Tal vez tengas razón. Gracias".

Jake le saludó con dos dedos y salió del cubículo al aire libre.

No era raro que la mitad de los cerca de cuarenta ingenieros de software de la decimosexta planta estuvieran en el metaverso en un momento dado. Pero la idea de jugar en horas de trabajo, para investigar o no, incomodaba un poco a Tony.

Sin embargo, ahora no era así. Pasadas las dos de la madrugada, no había nadie más que Jake. HVG no tenía un horario de oficina normal. Eran una empresa orientada a los resultados, y a nadie le importaba si llegabas a las seis de la mañana o al mediodía, siempre y cuando hicieras tu trabajo.

En algún lugar escondido en los oscuros recovecos de su mente, Tony sabía que su comportamiento rozaba lo obsesivo.

También sabía que en su último trabajo le había ocurrido lo mismo.

El trabajo con esos capullos que le habían robado el partido y no le habían dado nada.

Nada.

Pero esto era diferente.

HVG era diferente.

El metaverso era diferente.

No era sólo un juego. Era otra vida. Una vida *mejor*. El gran igualador.

En la vida real, todo el mundo empezó a distintos niveles. Algunos tuvieron suerte y tuvieron padres ricos, otros nacieron en una cuneta de una madre adicta al crack y sin padre a la vista.

Pero en el juego, en el metaverso, todo el mundo empezaba de cero. Y ese era el verdadero sueño americano. Trabajar duro. Asciende. No importaba quiénes fueran tus padres, a qué escuela fueras, dónde obtuvieras tu título... bueno, ni siquiera importaba si tenías un título.

Todo lo que había que hacer era dedicar tiempo y esfuerzo y se podía tener éxito.

Podrías ganar.

Tony haría lo que había prometido. Construiría un puente sobre el valle misterioso y ayudaría a crear un metaverso indistinguible de la realidad.

Cuando Tony era pequeño, había leído algo que le había dejado boquiabierto y había cambiado la trayectoria de su vida para siempre. Fue lo que le hizo interesarse por los ordenadores y la programación informática. Era la sencilla teoría de que si creías que era científicamente posible, quizá no ahora, quizá no dentro de cien años, pero sí con el tiempo, que un ordenador creara un universo tan complejo como el nuestro, entonces se deducía que podría crear un número infinito de dichos universos. En el futuro, un ser más avanzado podría crear esos mundos en sus superordenadores con la facilidad con la que hoy alguien garabatea en MS Paint en su IBM Thinkpad de ocho años.

Y si eso fuera cierto, ¿cuáles son las probabilidades de que este mundo, nuestro mundo, fuera el único real?

Efectivamente cero.

Y si eso no era meta, ¿qué lo era?

Tony sonreía cuando cogió las gafas de realidad virtual. Y esbozaba una sonrisa que le llegaba hasta los ojos y activaba los veinte músculos faciales cuando se dejó caer en el metaverso.

Capítulo 24

Uso. Abusar. Trabajo.

Esas eran las tres salidas de Chase Adams. El Dr. Matteo las había identificado al instante y había hecho que Chase fuera consciente de ellas. Pero esta autoconciencia tenía un coste.

Saber a qué eras adicto podría ayudarte a evitarlos. También podría llevarte a ellas.

Después de salir de casa de Louisa, Chase no fue a casa. En lugar de eso, condujo hasta Nueva York, un lugar en el que no había estado en mucho tiempo.

Un lugar que me trajo sentimientos encontrados.

Condujo por algunos de los barrios más sórdidos, aminorando la marcha al pasar por los callejones oscuros. Sorprendentemente, los recuerdos que evocaban aquellos lugares no tenían nada que ver con su época de detective de la policía de Nueva York. En cambio, le recordaban a Seattle.

Chase siempre había querido trabajar para el FBI porque sabía que era el organismo con más posibilidades de encontrar a su hermana. Pero el FBI la rechazaba continuamente alegando su falta de experiencia. Así que Chase se hizo policía y aceptó el primer trabajo que le ofrecieron: un NARC en Seattle.

Fue en la época en que la crisis de los opioides empezaba a alcanzar su punto álgido. Sus superiores, que intentaban detener la tendencia sin éxito, se dieron cuenta de que el talento especial de Chase podía aprovecharse mejor que olfateando marihuana en la calle.

Principalmente, su juventud y atractivo.

Chase llevaba menos de un año en el puesto cuando le propusieron ir de incógnito.

El FBI quería experiencia, y eso es lo que Chase consiguió... de la peor manera posible.

En varias ocasiones -no, en más de varias- las adicciones de Chase habían estado a punto de costarle la vida.

Chase dirigió la mirada al frente.

Pero todo eso quedó en el pasado.

¿No?

Su móvil sonó, pero el número no estaba programado en su teléfono, así que lo ignoró.

Chase pensaba cada vez más en huir. Había algo de cierto en el dicho de que no se puede huir de los problemas, pero a veces un cambio de aires -quizá también de nombres- era todo lo que se

necesitaba.

Un nuevo comienzo... la gente también decía eso.

Sería duro para Georgina, sobre todo ahora que estaba establecida e iba a una escuela normal.

Pero lo superaría. Tendría que hacerlo.

El problema era el dinero. Chase aún tenía algo guardado, pero las facturas del hospital habían mermado mucho sus ahorros.

Mientras conducía, Chase levantó inconscientemente la mano y se masajeó el lugar cercano a la clavícula donde Bridget, que padecía el síndrome de Cotard inducido, había intentado asesinarla.

La enferma había estado a punto. Pero Chase no era nada si no resistente.

Ella había sobrevivido mucho, mucho más que un cuchillo mellando su carótida.

Casi todo su dinero procedía de jugar al póquer en línea. La policía de Seattle, la de Nueva York y el FBI eran conocidos por muchas cosas, pero no por sus salarios competitivos.

Chase había intentado recientemente volver al juego, pero las cosas habían cambiado. Era considerablemente más difícil, sobre todo en las apuestas más altas. Los otros jugadores, si es que eran jugadores y no robots, no cometían errores. Utilizando la optimización de la teoría de juegos, parecían tomar la mejor decisión posible en todos los escenarios.

Eso significaba que alguien como Chase, que era más un jugador de "tanteo", tendría suerte de vez en cuando, pero al igual que en otros juegos de casino basados en el azar, acabaría perdiendo contra las probabilidades.

Las probabilidades eran el rey.

Necesitaba dinero. Mucho. Suficiente para ir a alguna parte...

Su teléfono volvió a sonar y, aunque no reconoció el número, vio que procedía de un prefijo de Nevada.

Chase se detuvo a un lado de la carretera y contestó.

"¿Hola?"

"¿Chase?"

Al igual que el número, Chase tampoco reconoció la voz.

"¿Quién es?"

"Es Stu. Stu Barnes."

Chase se quedó en silencio mientras imaginaba al apuesto hombre de unos sesenta años. Y entonces empezó a contemplar la coincidencia de pensar en el póquer y que el hombre que la había apostado en una partida mortal la llamara en ese mismo momento.

¿"Chase"? ¿Estás ahí? Estoy en problemas. Estoy en problemas y necesito tu ayuda".

La seriedad de la voz del hombre echó por tierra las tontas

nociones de coincidencias.

"Sí, estoy aquí. Dímelo".

Chase escuchó atentamente mientras Stu le contaba lo de la acusación, las pruebas contra él y su firme afirmación de que no era culpable.

Aunque sus interacciones eran limitadas y a menudo difuminadas por el consumo, Chase sabía que Stu era muchas cosas.

Confianza, generosidad y seguridad me vinieron a la mente.

El asesino no.

Cuando Chase habló a continuación, lo hizo con dos cosas en mente: una, se lo debía. Le debía mucho a este hombre. Dos, él tenía dinero.

Mucho.

"¿Qué puedo hacer?"

"Mis abogados... no son optimistas. Dicen que las pruebas... Chase, dicen que las pruebas pueden enterrarme. La única oportunidad que tenemos es averiguar quién mató realmente a Jake Hollister. Esa es la única forma en que creen que voy a salir libre".

Con los recursos financieros de Stu, Chase sabía que podía permitirse contratar a los mejores detectives privados de Nevada, no, a *todos los* detectives privados de Nevada.

Y sin embargo, la estaba llamando.

¿Por qué?

Como si leyera la mente de Chase, Stu dijo: "No sé en quién confiar, excepto en ti. Puedo confiar en ti, Chase. Y tú... bueno, sé que no pararás hasta descubrir quién hizo esto".

Chase cerró los ojos.

"¿Me ayudarás?" Stu preguntó.

Chase no conocía bien la ley de Nevada, pero pensó que sesenta días era un plazo razonable desde la acusación hasta el juicio. Probablemente poco, pero aun así, no tenía sesenta días.

Ni siquiera tenía treinta.

Chase tuvo dos semanas.

"¿Chase? Por favor."

Los ojos de Chase se abrieron de golpe.

"Yo puedo hacerlo. Puedo ayudar, pero no puedo hacerlo solo. Hay un par de personas más que necesito traer. ¿Te parece bien? Confío en ellos".

Stu se aclaró la garganta.

"Si confías en ellos, entonces, sí, no tengo ningún problema con eso. Cubriré todos los gastos, por supuesto, y..."

"Sólo envíame tu dirección. Tenemos que empezar ayer".

Chase colgó antes de que ninguno de los dos pudiera contemplar lo extraña que había sido toda esta conversación.

Luego hizo otra llamada y un hombre contestó al primer timbrazo. ¿"Floyd"? Soy Chase. Necesito tu ayuda".

Capítulo 25

No era como ser transportado a un mundo diferente. Era como ser transportado al mismo mundo... sólo que diferente. Cómo, exactamente, Tony no podía decirlo. Definitivamente no era la falta de realismo. El metaverso HVG era indistinguible de la realidad. Cuando Tony Metcalfe se paró frente a la sede de HVG, se quedó asombrado de lo mucho que se parecía el edificio a la vida real. El cristal era tan perfectamente reflectante que Tony pensó que podía sentir la luz del sol calentándole la piel.

Alguien había hecho algunas mejoras importantes.

El interior del edificio era igual de detallado que el exterior y Tony sintió rápidamente que la barrera entre la realidad y el juego se disolvía.

Esto es increíble, pensó. Se miró las manos y les dio la vuelta, maravillado por su realismo.

"Buenos días", dice una agradable voz femenina.

Tony miró a Gina, que estaba de pie en su puesto detrás del escritorio de cristal.

"Buenos días", dijo vacilante.

Sintiéndose un poco desorientado, Tony entró en el ascensor y marcó el número 16. Cuando se abrieron las puertas, se sorprendió al ver a Jake esperándole con una amplia sonrisa en la cara. Cuando se abrieron las puertas, se sorprendió al ver a Jake esperándole con una amplia sonrisa en la cara.

"Jesús", dijo Tony. Extendió la mano y rozó la mejilla de Jake con la punta de los dedos. "Pareces tan real".

La sonrisa de Jake vaciló y se apartó.

"Porque soy real".

"No, en serio, Jake, ni siquiera puedo decir que esto es el metaverso. Los cambios, como, debe tener-¿Qué? ¿Qué pasa?"

La comisura de los labios de Jake se había vuelto hacia abajo.

"Recuerda las normas", le recordó a Tony en un susurro.

Tony se arrepintió al instante.

"Por supuesto. Lo siento."

Y entonces marcó mentalmente las tres reglas de oro del metaverso: una, permanecer siempre en el personaje; dos, no matar a otros personajes; tres, sólo se puede ser un personaje a la vez. Nada de cambiar de personaje sobre la marcha.

Había, por supuesto, otras normas, pero estaban enterradas en las condiciones del servicio y eran prácticamente omnipresentes en todos

los juegos multijugador masivos en línea: había que tener 18 años para jugar, nada de incitación al odio, nada de comportamiento abiertamente sexual y, básicamente, cualquier cosa ofensiva podía hacer que te denunciaran y suspendieran o incluso expulsaran.

"¿Qué estás haciendo aquí tan tarde, de todos modos?" Jake preguntó.

"Trabajando en ese problema, ¿sabes?"

Tony dudaba en decir exactamente cuál era el problema porque caía en una extraña zona gris. En el metaverso, la gente tenía trabajo, como en la vida real. Había policías, jueces e incluso programadores informáticos. Pero rara vez había un programador informático trabajando en el juego real mientras estaban en el juego.

Fue una especie de fusión mental.

Jake aclaró esta discrepancia con bastante rapidez.

¿"Uncanny Valley"? ¿Alguna novedad al respecto?"

Tony negó con la cabeza.

"Como he dicho antes, estoy probando de todo. Estoy sacando datos de los archivos de HVG de sus otros juegos, intentando averiguar qué funcionó y qué no. El verdadero escollo es llegar desde aquí -Tony se puso la palma de la mano en la nariz, justo debajo de los ojos, y luego la levantó por encima de la cabeza- hasta aquí. Nada parece funcionar para conectar los ojos con la boca, ¿sabes?".

Jake le mordisqueó el interior de la mejilla, algo que nunca había visto hacer a su jefe.

Le ponía nervioso.

"No, no, hay progreso. Estoy progresando, las cosas están mejorando, pero sólo va a tomar..."

Jake hizo un gesto con la mano.

"Sé que te has partido el culo trabajando. No creas que tus largas horas tampoco se notan. Se notan. Pero el agotamiento es una cosa real, Tony. Deberías pensar en tomarte un pequeño descanso. Nada grande, sólo un poco de tiempo libre. Refresca tu mente".

"Todavía estás aquí", señaló Tony.

Jake sonrió.

"Sí, pero no estoy *reaaalmente* trabajando".

Tony estaba intrigado.

"Cuéntame más", insistió.

Jake pareció pensárselo un momento antes de encogerse de hombros y llevar a Tony a su escritorio.

"Es un trabajo en curso", dice entusiasmado. "Una especie de proyecto de pasión que está fuera del ámbito de lo que hacemos aquí en Happy Valley. Pero si prometes no decir nada..."

Tony se persignó.

"Lo juro."

Jake estaba claramente en conflicto, lo que sólo hizo que Tony deseara aún más ver en qué estaba trabajando su jefe.

"Jake, no diré nada. Puedes confiar en mí".

Jake lo evaluó con un ojo entrecerrado y luego miró nervioso a su alrededor. Tony hizo lo mismo, pero su aprensión era injustificada; al igual que en el mundo real, a esas horas el HVG estaba prácticamente vacío.

Sólo estaban ellos dos.

"Muy bien", dijo Jake, incapaz de mantener la emoción en su voz. "Es un nuevo tipo de metaverso".

Por mucho que lo intentó, Tony no pudo evitar que la decepción apareciera en su rostro.

¿Un nuevo metaverso? ¿Qué tiene de malo el antiguo?

"No, *no*", Jake levantó un dedo, "esto es diferente. ¿Conoces las reglas de las que hablamos antes?".

Tony asintió.

"Sí, las tres reglas de oro".

"Bueno, ¿y si hubiera un metaverso con *una sola* regla?". Jake puso una mano en el hombro de Tony y apretó. "Y esta única regla es: tienes una única oportunidad, eso es todo. Cuando se acaba, se acabó".

Tony miró a su jefe.

"¿Qué quieres decir?"

"Lo que quiero decir es que puedes crear un personaje y ya está. Cuando están fritos, muertos, atascados o lo que sea, ya no puedes jugar más".

Tony quería compartir el entusiasmo de su jefe, pero estaba demasiado cansado para fingirlo.

"Uhh, no sé, lo intentaron con los hackers en Call of Duty. Banean a la gente y se hacen un perfil nuevo, consiguen números de teléfono falsos y vuelven en unos días".

La sonrisa de Jake creció.

"No si tenemos una cerradura de hardware."

"¿Bloqueo de hardware?"

"Sí, es complicado, pero para jugar en este metaverso, tienes que conceder al programa acceso a tus números de serie de GPU, CPU y periféricos. No puedes falsificarlos. El programa los registra contigo y con tu personaje. También estamos trabajando en una biometría muy avanzada para que ni siquiera puedas comprarte un ordenador nuevo e intentar ejecutarlo en él, te bloqueará".

Tony había oído rumores sobre este tipo de tecnología, pero en el pasado había estado vinculada al software y se había diseñado para ayudar a evitar la piratería. Este era un uso totalmente diferente.

"Vale, pero ¿por qué importa eso? ¿Por qué es tan importante que sólo tengas una oportunidad?".

"Por la beta", le informó Jake.

Tony seguía sin entenderlo.

"¿Beta?"

"Vale, vale". Jake exhaló con fuerza y volvió a mirar a su alrededor. "Entre tú y yo, hice que algunas personas probaran una versión temprana de este metaverso: pruebas beta, ¿sabes? *Muy al* principio. Sólo quería ver si les gustaba, si les gustaba la idea, si había un mercado para ello, ese tipo de cosas, antes de dedicarle todo el trabajo. Les dije que era diferente del metaverso de HVG, que era un mundo en el que podían hacer lo que quisieran. Y les concedí el anonimato para apaciguar cualquier preocupación que pudieran tener. Tony, escucha esto: les encantó. Les encantaba, joder". Los ojos de Jake brillaban ahora. "Sí, al principio se mostraron reservados, pero luego les dije que miraran hacia dentro y les recordé que este era un mundo en el que podían hacer realidad sus deseos y fantasías más profundos y oscuros. Una vez que le cogieron el truco, Tony, no te vas a creer la cantidad de tiempo que pasaron conectados".

Jake hizo aquí una pausa embarazosa.

"¿Cuántas horas?" preguntó Tony, frunciendo el ceño.

Jake negó con la cabeza.

"No horas. *Días*. Permanecieron conectados durante *días*".

se burló Tony.

"Vamos."

"No, no bromeo. El tiempo medio de juego diario era de veinticuatro horas. Veinticuatro horas seguidas de juego era el tiempo medio diario. Tony, esto es ridículo. ¿El tiempo promedio de *sesión*? Como, ¿la cantidad de tiempo entre cuando entraron y cuando finalmente se desconectaron? Veintinueve horas".

Era ridículo, pero también imposible. Ni siquiera las cifras del metaverso HVG, las mejores del género, se acercaban a esto, ni siquiera una cuarta parte.

"Lo sé, lo sé, pero lo comprobé dos veces. Corrí todo dos veces, tres veces. Cinco, diez. Comprobé y comprobé. Una persona jugó durante ochenta y ocho horas sin una sola pausa".

"Eso es una locura. ¿Y no es un fallo?"

Jake se rió.

"Sí, una locura. Y no, no es un fallo". Ladeó la cabeza. "Pero no duró".

"¿Qué ha pasado?"

"La cosa es que fue divertido durante un tiempo. Fue una locura, degeneró en una mierda bastante chunga, una locura, pero luego la gente se metía en esas situaciones y lo dejaba. Empezaban un nuevo personaje y hacían otra mierda y luego volvían a dejarlo". Jake finalmente soltó el hombro de Tony y se rascó la barbilla. "Tony,

déjame preguntarte algo: ¿por qué a la gente le gusta hacer paracaidismo?".

"No tengo ni idea."

Esta era la verdad: Tony prefería pasar el tiempo delante de un ordenador. Saltar de un avión sólo con un paracaídas a la espalda no tenía sentido para él.

"Vamos, sígueme la corriente".

"¿Porque es divertido?" Tony sugirió.

"Correcto y..." Jake agitó la mano en un pequeño círculo.

"¿Es... peligroso?"

Ahora, Jake le señaló.

"Cierto, es peligroso. Tiene consecuencias, ¿sabes? Como que podrías morir. Raro, cierto, pero *podrías*. Eso se suma al encanto, la emoción. Eso es lo que creo que salió mal con Cerberus versión uno. No había consecuencias... si te metías en una pelea o... bueno, te daré un ejemplo real. Había un tipo que empezó a cazar gente en la ciudad, al puro estilo Rambo... Se volvió una locura. Estaba literalmente decapitando gente en la calle. Cubierto de sangre y gore. Bueno, como era de esperar, los policías, en su mayoría NPCs, eventualmente lo rodearon y él simplemente lo dejó. Empezó de nuevo. Y fue entonces cuando supe que tenía que hacer algunas consecuencias, para añadir un elemento de peligro. De ahí el bloqueo de hardware. Tony, si podemos poner esto en marcha, va a ser enorme. *Enorme*".

Nosotros, ha dicho "nosotros".

A Tony se le aceleró el corazón y de repente se le secó la garganta. Jake tenía algo entre manos y, si sus cifras eran la mitad de buenas de lo que decía, se trataba de algo enorme. Sus ojos se posaron en las gafas de realidad virtual que estaban sobre el escritorio de Jake e inconscientemente empezó a cogerlas.

"Es..."

Jake se detuvo.

"No, no está listo. Cerberus v2 ni siquiera está en beta, y ahora sólo entro yo. Pero es bueno. Realmente bueno, Tony. Los gráficos, el entorno, todo es mejor en esta versión. Cuando esté lista, te dejaré probarla. Pero... hay algunos problemas".

Ah, ahí estaba.

"Oh, sí, claro. Estoy en ello".

A Jake no le interesaba el valle misterioso sólo para el metaverso HVG, sino para su propia creación.

Para Cerberus.

Y tenía sentido. En el metaverso de HVG, que una secretaria te sonriera y pareciera un poco rara al hacerlo era una cosa: no te hacía querer dejarlo necesariamente. Pero si eras Rambo decapitando PNJ en las calles y a ellos no parecía importarles...

Eso no sería nada divertido.

Sin consecuencias, como había dicho Jake.

Claro que su jefe también había utilizado el término "nosotros", pero había algo implícito que no se había dicho: si solucionas este problema, Tony, si arreglas el valle misterioso, estás dentro.

Si eso ocurre, entonces estamos juntos en esto.

Esto va a ser enorme, pensó Tony. *Mucho más grande que ese estúpido juego de móvil.*

"Voy a resolver esto. Voy a..."

Algo de lo que Jake acababa de decir resonó en Tony e hizo una pausa.

Les dije que miraran hacia dentro y les recordé que éste era un mundo en el que podían hacer realidad sus deseos y fantasías más profundos y oscuros...

"Eso es", dijo Tony en voz baja, y Jake enarcó una ceja.

"Ahora, soy yo el que está perdido".

"Creo que sé cómo resolverlo", explica. "Creo que puedo resolver el valle misterioso".

Antes de que Jake pudiera responder, Tony Metcalfe levantó la mano y le arrancó las gafas de la cara.

Y entonces empezó a trabajar en su idea con un fervor implacable.

No te decepcionaré, Jake. Contratarme fue lo mejor que tú y Happy Valley habéis hecho. Estamos juntos en esto.

Estamos juntos en Cerberus.

Capítulo 26

"Muchas gracias por venir".

Stu dudaba claramente si un abrazo o un apretón de manos era apropiado en este caso. Chase estaba toda abrazada y aunque su "vudú" se había vuelto menos común e intenso, y quizás incluso comprometido por Cerebrum, realmente no quería probar esta teoría con el contacto piel con piel.

Optó por una simple inclinación de cabeza.

"Probablemente deberíamos empezar ahora mismo", dijo, manteniendo un aire de profesionalidad.

Mientras hablaba, Chase se asomó por encima del hombro de Stu y miró la formidable casa del hombre. Al mismo tiempo, Stu miró más allá de ella.

Chase buscaba un equipo de abogados, mientras Stu intentaba identificar a los "otros" que había prometido traer con ella.

Por desgracia, Stu no encontró nada.

Las cosas con Floyd no habían salido según lo planeado.

No, eso fue un eufemismo.

Las cosas con Floyd habían ido terriblemente mal. Todavía estaba enfadado. Muy cabreado con ella por colarse en el último caso y mentirle.

Pensar en el caso Cotard le provocó un entumecimiento cerca de la garganta y Chase se masajeó la clavícula para intentar recuperar la sensibilidad. Los puntos se estaban curando bien, pero quedaría una cicatriz.

Añádelo a la lista.

"Pasa, pasa". Stu la condujo al interior de su mansión, echando una última mirada detrás de ella antes de cerrar la puerta. "Este es Will Porter, es un viejo amigo y parte de mi equipo legal".

El hombre que le ofreció la mano tenía un parecido asombroso con Stu. Tanto, que podrían haber sido hermanos. Chase le dedicó el mismo gesto cortés que a Stu, evitando la palma extendida.

Cuando se presentó, lo hizo como Chase Adams, siendo concienzuda al no mencionar al FBI. Tampoco dijo que era una amiga.

Chase se conformó con ser conocido.

A continuación llegaron Colin Sachs y Mike Portnoy, que eran los típicos trajeados. Según Will, también eran los cerebros de la defensa, aunque en su mayor parte optaron por permanecer relativamente callados y en un segundo plano.

Chase tuvo la impresión de que no estaban muy interesados en su

participación.

No le importaba.

Will, sin embargo, se mostró muy abierto. Casi parecía aliviado por su presencia. Tras presentar a los demás abogados, el hombre agitó una mano sobre pilas de pruebas apiladas en una encimera de mármol.

"Esto es toda la divulgación".

Chase le dio un rápido repaso.

"Revisé las cosas importantes que me enviaste mientras estaba en el avión". Se giró para mirar a Stu. "Es bastante condenatorio".

Stu apretó los labios y asintió.

"Lo sé. *Lo sé*". La segunda iteración fue dicha con más gusto. "Pero yo no lo hice. Yo no maté a nadie, Chase". Stu se acercó y abrió el primer archivo. Dentro había una fotografía del fallecido, Jake Hollister. Stu hizo un gesto de enojo hacia la imagen. "Ni siquiera sé quién es".

El fiscal tenía toda una línea de tiempo preparada, con pruebas individuales para justificar cada paso. No era lo que Chase llamaría "blindado", pero estaba lejos de ser un caso débil.

Y las pruebas en vídeo... fueron las más condenatorias. A los jurados les encantaban los vídeos.

Stu estaba jodido.

Tras una larga exhalación, Chase pensó en qué hacer a continuación, en cómo ponerse en marcha. Esto había ocupado la mayor parte de su mente durante el vuelo, pero no se le había ocurrido nada concreto.

Stu tocó distraídamente la foto de Jake y cerró el archivo.

Esa era la respuesta, por supuesto.

Chase no creía que aquel hombre, alguien que una vez la había abrazado mientras lloraba, fuera capaz de asesinar.

Pero tenía que estar segura.

Sin embargo, dos cosas la retenían: una, la repulsión visceral que sintió al tocar el cadáver en el *depósito de Columbus.*

"No como, porque estoy muerto. No duermo, porque estoy muerto. No me baño, porque estoy muerto".

Sólo de pensarlo ya se le ponían los pelos de punta.

Dos, ¿qué haría si su visión le dijera que Stu estaba mintiendo? ¿Qué haría si descubriera que Stu había asesinado a Jake Hollister?

Sólo había una forma de averiguarlo.

"Stu, vamos a sacarte de esta", dijo Chase, acercándose al hombre.

Y entonces tomó torpemente la mano de Stu entre las suyas.

"Por favor... no me hagas daño. Por favor."

El puente estaba bien iluminado, pero el rostro del hombre estaba extrañamente ensombrecido.

La pistola... la pistola...

Chase soltó la mano de Stu. Lo estaba forzando. Había habido un destello de algo, una mancha de estrellas tal vez, o tal vez no. El problema era que no sabía qué significaba. Podría ser que su habilidad se había ido, o podría ser que Stu era inocente.

Bueno, eso fue de mucha ayuda.

Chase se dio cuenta de que los cuatro hombres la miraban ahora, con expresiones extrañas en sus rostros bronceados.

Si te parece raro...

La presión había aumentado. De todas las personas que Stu podría haber llamado o contratado, había ido con ella. Y Chase no tenía ni puta idea de qué hacer. Todo esto era extraño, desde la lujosa cocina en la que se encontraban, a tener tres abogados con los que tratar, a no estar aquí de manera oficial...

Sin embargo, había un denominador común.

"¿Puedo ver eso? ¿La carpeta?"

Stu se lo pasó y Chase lo abrió.

Un cadáver. Eso era lo que este caso tenía en común.

Jake Hollister...

Parecía más un chico de fraternidad con su pelo rubio y sus dientes de prefecto que un ingeniero informático.

Pero seguía muerto.

Y Chase trabajaba bien con los muertos.

Estamos haciendo todo esto mal... tenemos que aprender sobre Jake y por qué él fue el objetivo y no Stu.

La muerte del hombre no fue al azar. No había duda de que a Stu le habían tendido una trampa, pero a Chase le pareció un escenario de dos pájaros de un tiro.

"¿Quién era él? ¿Quién era Jake?", preguntó distraídamente.

"Jake Hollister era el principal ingeniero de software en Happy Valley Gaming", respondió Will. "Una empresa de la que Stu es dueño y también es el CEO".

Stu levantó los brazos.

¡"CEO"! ¡Visité el lugar una vez! Eso fue todo. Un asesor empresarial me dijo que me expandiera en el ámbito de la RV. Apenas recuerdo el lugar y mucho menos lo que hacen".

"Bueno, Jake es la clave para resolver esto", dijo Chase. Ahora era ella la que tocaba la foto. "Tenemos que ir a Happy Gaming o lo que sea-¿Qué? ¿Qué pasa?"

Tanto Stu como Will fruncían el ceño.

"Eso va a ser un problema", dijo Stu. Se subió la pernera del pantalón, mostrando un monitor de tobillo. "Además de la fianza de 10 millones de dólares, no puedo salir de casa".

Chase maldijo.

"Bueno, eso va a..." Alguien llamó con fuerza a la puerta principal. "¿Esperas a alguien?"

Stu negó con la cabeza y se acobardó un poco cuando continuaron los golpes. Will hizo un movimiento hacia la puerta, pero Chase lo detuvo.

Tenía una mano en la culata de su pistola -del FBI o no, siempre la llevaba consigo- cuando abrió la puerta de par en par.

"¿Qué demonios?" Chase retrocedió dos pasos. "¿Qué están haciendo aquí?"

Capítulo 27

Alimentado por Adderall y bebidas energéticas, Tony trabajó durante toda la noche. En algún momento, Jake debió de marcharse, porque cuando Tony volvió a verle, llevaba una camisa y unos pantalones diferentes.

"Tienes que ver esto, Jake, *tienes que verlo*", dijo Tony con entusiasmo, lamiéndose los labios entre palabra y palabra. Los ojos de Jake se desviaron brevemente hacia la pila de latas vacías sobre el escritorio de Tony, e inconscientemente las tiró a la basura. Varias cayeron al suelo, pero no hizo ningún movimiento para recogerlas.

"¿Has estado en ello toda la noche?"

Tony asintió con entusiasmo.

"Sí, sí, pero creo que lo hice, tío."

"¿Hacer qué?"

"Fue... fue como lo que... lo que... lo que dijiste cuando hablabas de..." Tony se contuvo y bajó la voz. "Ya sabes, el proyecto especial. En fin, hablabas de mirar hacia adentro".

Jake se rascó la nuca. Parecía confuso y más que un poco incómodo.

"¿Yo dije eso?"

"Sí, lo hiciste. Compruébalo". Tony giró su silla pero se pasó un poco y tuvo que ajustarse para centrarse con el teclado y la pantalla. Pulsó unos botones y dos imágenes de su cara aparecieron una al lado de la otra en el monitor. "Una de ellas es un vídeo real mío, la otra es CGI. Pero parecen iguales, ¿no?". No esperó respuesta. "Ahora, mira." Primero, la versión de Tony de la derecha empezó a hablar: "*Me encanta Happy Valley Gaming"; cuando* terminó, la de la izquierda dijo exactamente lo mismo.

Tony, radiante, se dio la vuelta.

"¿Cuál es mi verdadero yo, Jake?"

Jake no lo dudó.

"La izquierda".

Tony chasqueó los dedos.

"Correcto", dijo con una sonrisa. "¿Pero cómo lo sabes?"

A diferencia de su respuesta anterior, Jake se tomó su tiempo con ésta. Pero, evidentemente, este retraso no se tradujo en una mayor perspicacia.

"No estoy seguro. Creo que tal vez la boca es diferente."

Tony negó con la cabeza.

"No lo es. Mira".

Esta vez, Tony cubrió la mitad superior de la pantalla, todo desde la nariz hacia arriba, con una hoja de papel y reprodujo los vídeos.

"Sí, son iguales", concluyó Jake. "Entonces, ¿por qué..."

"Ahora, mira esto". Tony sacó dos vídeos más y los reprodujo sucesivamente. Eran parecidos al primero, pero en lugar de decir *Me encanta Happy Valley Gaming*, decían *Yo soy el valle misterioso*. "¿Y bien? ¿Qué te parece?"

Jake se inclinó más hacia el monitor del ordenador y le pidió a Tony que volviera a jugar a los dos videojuegos.

"Son iguales", concluyó. "No noto ninguna diferencia".

"¿Se ven extraños?"

"No, parecen normales. E idénticos".

Tony soltó una carcajada vertiginosa.

"Tienes razón, son idénticos. Pero nunca dije esas palabras".

"No lo entiendo."

"Son IA. Nunca dije esas palabras. Todo es falso".

"De ninguna manera."

"Sí, así".

Jake dio un codazo a Tony para que se acercara aún más a la pantalla.

"Ponlos otra vez".

Tony lo hizo y esta vez no fueron menos impresionantes.

"No te creo", dijo Jake, cruzando los brazos sobre el pecho. Observó atentamente a Tony como si tratara de distinguir las diferencias entre el rostro real del hombre y la versión supuestamente digital.

"Mira esto."

Tony cambió rápidamente los vídeos de sí mismo por uno de Jake Hollister.

Pulsó el play.

"¡Tony Metcalfe es el mejor programador informático de todo el mundo!". proclamó AI Jake con una sonrisa.

Como Jake no dijo nada, Tony miró a su jefe. La expresión de inquietud en el apuesto rostro del hombre inspiraba dudas.

"¿No es bueno?"

Jake se estremeció.

"No, es increíble. Es una falsificación profunda perfecta. ¿Cómo... cómo lo hiciste?"

La excitación de Tony volvió y se relamió de nuevo.

"Es sobre todo en los ojos, ¿verdad? Los ojos y los pequeños músculos alrededor de los ojos están un poco fuera de lugar en la mayoría de estos modelos. También son los detalles en los iris o lo que sea, son las micro dilataciones, la forma en que el humano sigue un objeto... para ser honesto, ¿Jake? Es una serie de otras cosas, también, pero no estoy muy seguro de qué. Acabo de desarrollar un programa

que analiza cientos de horas de datos y los utiliza como base para el modelo".

"Cientos de horas de datos... ¿de dónde? ¿De quién?" Jake preguntó.

Tony volvió a reír. El sonido era agudo y apretado, un claro indicio de que los estimulantes empezaban a hacer efecto.

"Esa es la parte bonita. Es de ti. Es un vídeo tuyo".

La paciencia de Jake se estaba agotando y sus brazos, que seguían engarzados sobre su pecho, se tensaron.

"No tengo cientos de horas de vídeo".

"Ah, pero tú sí". Tony recogió el casco de realidad virtual de su escritorio. "Desde aquí."

"Tony, yo no..."

"Cierto, lo siento. Anoche, cuando dijiste que mirara hacia dentro, pensé en cómo el casco rastrea tus movimientos, ¿verdad? Bueno, en realidad hay un montón de cámaras de infrarrojos que están constantemente escaneando y grabando tu cara y tus ojos mientras miras hacia el metaverso. Al principio, pensé, no hay forma de que estos datos estén almacenados, pero lo están. Los he encontrado. Está grabado. Así que usé mi programa para desarrollar un modelo basado en cientos de horas de tus datos. Pero aquí está la belleza de esto, puedo acceder a los datos de cada persona que ha caído en el metaverso. No estamos hablando de cientos de horas, sino de millones. Llevará algún tiempo, pero con mi programa y los datos de HVG... Podemos crear PNJ que nadie sabrá nunca que son falsos".

A modo de broma, Tony volvió a poner el vídeo de Jake diciendo que era el mejor programador del mundo.

Pero Jake no sonreía. Tampoco se regocijaba por el descubrimiento.

"¿Has estado despierto toda la noche?"

Tony no entendió la pregunta. ¿A quién le importaba si había estado despierto durante un mes? Lo que había hecho estaba a punto de cambiarlo todo. Consolidaría el metaverso HVG como *el* metaverso.

Por no hablar de lo que podría hacer por Cerberus.

"Tony, parece que necesitas descansar. ¿Por qué no te vas a casa, tomas una ducha, una siesta. Vuelve mañana".

Tony frunció el ceño.

"¿Qué?"

"Vete a casa, Tony."

"No lo entiendo... esto es lo que pediste." La voz de Tony empezó a subir de tono. "Lo que *todos pidieron*".

Jake desplegó los brazos y dejó caer una mano sobre el hombro de Tony.

"Mira, lo has hecho muy bien, de verdad. Pero ahora necesitas

descansar. Me sentaré en esto... no va a ninguna parte. Y cuando vuelvas, podemos mirarlo con ojos frescos, ¿vale?" Le dio un apretón condescendiente en el hombro a Tony. "En serio, esto es genial. Pero necesitas dormir".

Tony miró la pantalla del ordenador y luego volvió a mirar a Jake.

¿Se estaba perdiendo algo? ¿Por qué Jake no estaba más excitado?

"Supongo".

"Así es. Ahora, vete. Duerme un poco, te lo mereces".

Tal vez fuera el cansancio o el efecto de los estimulantes, pero por alguna razón lo que Jake decía empezaba a tener sentido.

¿Para qué esperar un día más? Cuando estuviera más fresco, podrían hacer una presentación y compartir este descubrimiento con todo el mundo.

Al final, no importaba si era lo que Tony quería o no. Porque antes de que se diera cuenta, Jake le había conducido hasta las puertas principales y ahora estaba mirando su propio reflejo deformado en el cristal pulido de la sede de HVG.

Capítulo 28

"No pensarías que íbamos a dejar que una señorita hiciera esto sola, ¿verdad?". dijo Tate Abernathy con una sonrisa. Chase vio a Floyd de pie detrás de su compañera, pero se negó a mirarla a los ojos. "Entonces, ¿qué vamos a hacer?" dijo Tate, pasando junto a Chase y entrando en casa de Stu. "Mantener a otro multimillonario fuera de la cárcel, ¿no? ¿No querríamos otro Epstein en nuestras manos?"

"¿Quién es usted?" Will Porter estalló. "Sra. Adams, esto..."

"Tate Abernathy, FBI. Y el tipo tímido de afuera es Floyd Montgomery, también FBI. Pero no estamos aquí, oficialmente, claro". Tate miró por encima del hombro a Chase y le ofreció un guiño. "Sólo estoy ayudando a un amigo".

"No sé lo que piensas..."

"Está bien", dijo Stu, calmando el temperamento de Will. "Están con Chase".

¿Una especie de...?

Chase no podía creer que Floyd hubiera aparecido. ¿Y había traído a Tate, nada menos?

"Stu Barnes, Will Porter, Colin Sachs y Mike Portnoy".

Mientras Tate saludaba a los abogados y repetía su nombre, Floyd entró en la mansión, sin mirar aún a Chase.

"Floyd, no quise..."

"Está bien", siseó Floyd. Claramente, no estaba bien. Pero él estaba aquí, y eso era algo. "Stu, es bueno verte de nuevo."

Stu y Floyd se dieron la mano.

"¿Os conocéis?" Dijo Tate. "¿Dónde os conocisteis? ¿En Plenty of Fish?"

Stu y Floyd parecían incómodos, pero sólo Chase sabía que no era por la broma grosera. Probablemente se debía a que los dos hombres estaban recordando cuando se conocieron... cuando buscaban lo que entonces esperaban que fuera el cadáver de Chase.

En cambio, la habían encontrado viva, apenas vestida y en ropa interior, con el cuerpo magullado y maltrecho en una gravera abandonada.

Por su sangre había corrido heroína como para matar a un caballo. Afortunadamente, estaba justo por debajo de la dosis letal para un adicto de por vida.

"Bien, bueno, gracias por venir. Vamos a empezar", dijo Chase, tratando de cambiar de tema. No se trataba de ella. Se trataba de ayudar a Stu a no ir a la cárcel. Con esto en mente, pasó los siguientes

diez minutos esbozando el caso contra él, incluyendo mostrarles las imágenes que el detective Tolliver le había mostrado.

Cuando terminó, Tate silbó porque, bueno, era Tate.

"Maldición. Son muchas pruebas".

"Mi cliente no es culpable", dijo Will bruscamente.

Tate era cinco centímetros más alto y diez años más joven que el abogado. Pero éste se negó a dejarse intimidar.

"¿Vamos a hacer eso?" preguntó Tate, sacudiendo ligeramente la cabeza.

"¿Haciendo qué?" Preguntó Will.

"Eso, *mi cliente no es culpable*, esas cosas", dijo Tate con falso acento británico. "Si vamos a colgarnos de tecnicismos, formalidades, practicidades y profesionalidades, averiguar lo que realmente pasó va a ser tremendamente difícil".

"Entiendo", dijo Stu. Y luego se dirigió a su abogado. "Will, confío en Chase. Y si estos son sus amigos, también confío en ellos".

"Son del FBI. Trabajan para..." Will empezó a protestar pero Floyd intervino.

"No estamos aquí oficialmente". Finalmente miró a Chase. Miró, más bien. "Esto es completamente extraoficial. Tanto Tate como yo nos tomamos unos días personales".

"Me aseguraré de compensarte por..."

Ahora Tate cortó a Stu.

"Los detalles los resolveremos más tarde. Primero, como usted es 'inocente'", enmarcó el término entre comillas, "tenemos que averiguar quién lo es. Y eso empieza por saber más sobre la víctima".

A Chase no le sorprendió que Tate hubiera llegado a la misma conclusión que ella -de hecho, se habría preocupado si no lo hubiera hecho-, pero la velocidad era impresionante.

"Eso es exactamente lo que estaba diciendo", estuvo de acuerdo Chase. "Stu, ¿es posible entrar en los registros de empleo de forma remota? ¿Todavía tienes acceso a los ordenadores de Happy Valley Gaming, servidores, ese tipo de cosas?".

Stu iba a contestar, pero Will hizo una mueca y se dirigió a su amigo.

"¿Qué? ¿Qué pasa, Will?"

Will suspiró.

"Bueno, desafortunadamente, hay una cláusula en tu contrato, en la mayoría de los contratos, en realidad, al menos en el nivel C, puesta en marcha después de todo el movimiento #metoo que...".

"Pensé que el tiempo era esencial, ¿aquí?" Tate extendió las palmas de las manos e inclinó el cuello hacia delante.

Will se puso rígido.

"Lo es. Nos movemos como..."

"Entonces deja de hablar con acertijos", espetó Tate. "Sólo dinos lo que quieres decir".

La cara del abogado se puso roja, pero Stu le animó a continuar.

"Bien", dijo Will con petulancia. "Stu, sigues siendo director general de AI Integrations, la empresa matriz de Happy Valley Gaming, pero has sido suspendido indefinidamente. El consejo te ha despojado de toda autoridad y te han revocado el acceso al edificio y congelado las cuentas de la empresa. Nada personal, sólo negocios".

Chase no podía decir si Stu estaba molesto por esta supresión de poder o porque su trabajo acababa de hacerse exponencialmente más difícil.

"¿Podemos citar los registros de empleo, entonces?", preguntó.

"En ello", dijo Colin Sachs desde la mesa de la cocina. "Se ha presentado la solicitud, pero llevará tiempo".

"Habla... Creía que no era más que una estatua", oyó Chase refunfuñar a Tate en voz baja. No pudo evitar sonreír. "¿Y si entráramos con nuestras placas? ¿Dejarían entrar al FBI en el edificio?".

"Pero no somos del FBI", le recordó Floyd a Tate.

Tate puso los ojos en blanco.

"Cierto. No oficialmente".

"Para ser honesto, no sé si ayudará. He estado leyendo un poco sobre el detective que te arrestó..." Dijo Will.

"Tolliver", ofreció Stu.

"Sí, Tolliver. Bueno, tiene fama de acusar de obstrucción a cualquiera que se pase de la raya. Parece que tiene una buena relación con la ADA, también, y en realidad seguir adelante con algunos de estos cargos. "

Tate miró a Chase.

"¿Traducción?"

Chase estaba preparado para responder, pero Will hizo los honores.

"Apostaría a que el detective Tolliver les dijo a todos en Happy Valley que mantuvieran la boca cerrada. Si empiezan a parlotear, es probable que pasen el fin de semana entre rejas".

"No parece justo", comentó Tate sin veneno. "¿Qué hace el Valle Feliz, de todos modos?".

"Hacen juegos, pero su producto estrella es su metaverso realista", respondió Will.

"¿Qué sabes del metaverso, Floyd?" preguntó Chase.

La cara del hombre lo decía todo. Ella esperaba que, siendo tan joven como era, Floyd tuviera alguna experiencia con la simulación de realidad alterada, pero había olvidado de dónde venía.

"¿Es para porno?" preguntó Tate y Chase le lanzó una mirada. "Es broma".

"Creo que Tate y yo deberíamos ir al Valle Feliz. Aunque sean reacios a hablar con nosotros, puede que aún haya cosas que podamos descubrir sobre Jake. Floyd, ¿por qué no te quedas con Stu y Will y te sumerges más en el metaverso?", sugirió Chase.

Floyd le sostuvo la mirada un momento y luego negó con la cabeza.

"Tal y como yo lo veo, la principal prueba contra Stu es la cinta de vídeo. Es la m-más d-demostrativa. Y no puede ser una coincidencia que tanto Jake como Stu trabajen para una empresa de IA y que el vídeo sea claramente falso. Voy a ir a comprobar el lugar desde donde se grabó, a ver si tal vez fue manipulado".

Era una gran idea, pero Chase estaba preocupado.

"¿Sola?"

El labio superior de Floyd se curvó.

"Es mediodía y soy agente del FBI, creo que estaré bien", dijo, claramente ofendido por su insinuación.

Aunque la falsa bravuconería del hombre le ayudó a salvar la cara ante Stu y su grupo de abogados, no hizo nada para calmar la aprensión de Chase. Sin embargo, antes de que pudiera discutir, Tate le susurró al oído.

"Está en terapia".

"¿Qué?"

Tate se aclaró la garganta.

"He dicho que mientras Chase y yo hablamos con unos frikis y Floyd mira a las cámaras, ¿podéis los trajeados averiguar de qué demonios va esto del metaverso?".

"Sí, claro", dijo Will con los labios fruncidos. "Veré si podemos conseguir un ingeniero informático o un programador que nos ayude".

Estaban casi en la puerta cuando Tate se detuvo y levantó un dedo.

"Oh, ¿pero si hay porno? Tengo prioridad, ¿de acuerdo?"

Capítulo 29

Tony no podía dormir. No estaba seguro de por qué pensaba que sería remotamente posible.

El metaverso era el gran igualador.

También era el futuro.

Dentro de unos años, la idea de salir de casa para experimentar cualquier cosa será tan extraña como ir de compras a una tienda de verdad. ¿Quieres ver un partido de hockey de los Vegas Golden Knights? Ponte las gafas y siéntate donde quieras en el estadio. ¿Y un concierto? ¿Un concierto privado con The Weeknd? Claro, a la carta.

Sexo... ése era el gran tema. La industria del porno impulsa la innovación informática y el metaverso era como una orgía gigante.

El único inconveniente era que no era real. En *determinadas* circunstancias, normalmente con psicodélicos, podías engañar a tu cuerpo y a tu mente haciéndoles creer que la RV era un nuevo tipo de realidad.

Pero la mayoría de las veces, había una molesta voz en el fondo de tu cabeza que no se callaba y dejaba de recordarte que, por muy placentera que fuera la experiencia, sencillamente no era real.

Tony se sirvió un vaso de whisky.

Eso era antes.

Fue entonces cuando el valle misterioso era algo que nadie había sido capaz de cruzar.

Hasta que llegó Tony Metcalfe.

Mientras sorbía su bebida, Tony cerró los ojos. Se imaginó la cara de Jake Hollister y oyó las palabras de su jefe: *Tony Metcalfe es el mejor programador informático del mundo.*

Esto está mal, pensó Tony. Abrió los ojos y bebió lo que quedaba en su vaso. *No deberíamos estar durmiendo ahora. Tenemos que trabajar. Tenemos que contarle a la gente lo que he hecho, lo que he conseguido.*

Tony cogió el casco de realidad virtual del escritorio y se lo puso en la cabeza. Luego deslizó las muñecas por las correas del mando y arrancó. Hubo tres segundos de carga, durante los cuales se vio estimulado visualmente por un logotipo giratorio de HVG y un breve anuncio sobre un nuevo reloj digital que se podía comprar en el juego.

Entonces estaba dentro.

La sede de Happy Valley Gaming era tan impresionante en el metaverso como en la vida real.

Indistinguibles, de hecho.

Tony entró por la puerta principal y miró a Gina detrás del

mostrador de cristal.

Él le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

"Buenas tardes, Tony."

"Buenas tardes a ti también, Gina."

Tony utilizó su tarjeta de identidad para desbloquear el torniquete del metro y tomó el ascensor hasta la planta 16. Como de costumbre, el lugar bullía de actividad. Como de costumbre, el lugar bullía de actividad. Tras saludar a unos cuantos amigos, se dirigió a la mesa de Jake.

El hombre estaba sentado frente a su ordenador, de espaldas a Tony.

"¿Jake?"

Jake se giró. Había estado sonriendo, pero cuando vio que era Tony, la expresión desapareció.

"¿Tony? Creí haberte dicho que fueras a descansar".

"No puedo dormir. Estaba pensando en lo que dijiste, en volver al valle misterioso mañana, pero ¿por qué esperar? Cuanto antes analicemos el metraje, antes podremos hacer cambios reales en el metaverso."

Jake torció la cara.

"¿Qué pasa?" Tony dijo, su frustración en aumento. "Es un descubrimiento increíble. Pensé que estarías más contento. Espera, no me crees, ¿verdad? ¿No crees que lo hice? ¿No crees que he conseguido descifrar el valle misterioso?".

"No es..."

"Eso es, de acuerdo. Jake, ponte las gafas. No estoy cappin '. Confía."

"Tony, no es eso."

"Sí, claro. Lo entiendo, lo entiendo. No creerás que yo, Tony 'Nadie' Metcalfe, sin educación formal, al que le jodieron millones en residuales de mi último trabajo, podría averiguar cómo solucionar este problema." Jake intentó interrumpir, pero Tony no le dejó decir ni una palabra. "Escuchad, sabía que seríais escépticos, pero ya he puesto un trozo de código en el juego. Es sólo una pequeña prueba para que algunos de los PNJ sean más creíbles. No será perfecto todavía porque se basa sólo en tus datos, pero... Jake, ponte las gafas y probémoslo".

"Tony. Lo siento, pero..."

"¡Inténtalo!" instó Tony. "Si no es bueno, por Dios, me iré a dormir, lo prometo".

Jake parecía a punto de quejarse, pero Tony ya se apresuraba hacia su escritorio.

"¡Acércate, Jake!" Se puso el casco de realidad virtual. "¡Agáchate!"

Tres segundos después, Tony estaba de nuevo fuera de la sede de HVG. Se apresuró a cruzar las puertas principales, saludó una vez más

a Gina y luego encontró a Jake junto a los ascensores.

"¿Jake?"

Tony escaneó su tarjeta para desbloquear el torniquete, pero éste emitió un pitido y la pantalla LED parpadeó en rojo. Intentó empujar la barra metálica, pero no se movió. Volvió a pasar la tarjeta con el mismo resultado.

"¿Jake?"

Su jefe finalmente le reconoció.

"Lo siento, Tony. La cosa es que no hay grabación de expresiones faciales, ojos o nariz o donde sea. HVG no graba nada del metaverso. Punto. Está en el TOS".

Tony frunció el ceño.

"No, está ahí-está grabado. Todos los datos de seguimiento ocular. Lo encontré y usé los datos para crear el video de ti".

Jake negó con la cabeza.

"No lo hay. Lo sé porque soy el que escribió el código del software de seguimiento ocular. *No hay nada* grabado. Así que no sé qué crees que has encontrado o qué crees que has conseguido crear, pero no acabas de tropezar con una solución al valle misterioso escondida en unas grabaciones de datos. Vamos, sé realista".

Tony no podía creer lo que oía.

O sus ojos.

Entrecerró los ojos para mirar a Jake, prestando especial atención a sus microexpresiones.

"¿Espera? ¿Es una especie de broma? ¿Eres un PNJ?"

"Tony, estoy hablando en serio."

Y Jake lo parecía. También parecía real.

¡Tony Metcalfe es el mejor programador informático del mundo!

Volvió a pasar su tarjeta, pero era evidente que sus credenciales habían sido bloqueadas.

"Lo siento, Tony, pero vamos a tener que dejarte ir."

A Tony le entró un sudor frío en la frente. Todo esto le resultaba demasiado familiar.

"No", afirmó rotundamente.

"Lo siento mucho, de verdad, pero tenemos un código de honor bastante sólido aquí en HVG. Y no podemos tener a alguien diciendo mentiras. Eso comprometería al equipo. Ya sabes cómo es, sólo un poco de mal código puede arruinar todo un programa ".

Tony gruñó y alcanzó a Jake, pero el hombre simplemente retrocedió.

"¡No! ¡Otra vez no! Esto no puede *volver a pasar!*"

Capítulo 30

"Gracias por venir", dijo Chase. "Te lo agradezco."

"Fue Floyd", respondió Tate. "Me convenció".

Chase lo dudaba.

"Stu, es un..." Dejó que su frase se interrumpiera.

¿Qué era Stu para ella? ¿Un amigo? La verdad es que no. ¿Un socio? Eso tampoco funcionaba.

Uno de tantos a los que debía un favor era lo más acertado. Pero no me parecía correcto decirlo en voz alta.

"No necesitas explicarme nada. Puede que no nos conozcamos tan bien, Chase, pero conozco a Floyd. Y si él dice que sois buena gente, entonces sois buena gente".

se burló Chase.

"Sí, no creo que Floyd me describiera así".

"Me pilló en una mentira", dijo Tate con una sonrisa. "De todos modos, tenía que irme". Hizo una pausa y Chase pensó que lo que dijo a continuación era auténtico. "¿Alguna vez sólo necesitas escapar, Chase?"

Todos los malditos días.

Chase se mordió la lengua y un incómodo silencio se apoderó del coche. Si Stitts hubiera estado a su lado, el resto del trayecto hasta Happy Valley Gaming habría transcurrido en silencio. Pero Tate no era Stitts.

"De eso va todo esto del metaverso, ¿no?". Dijo Tate. ¿"Escapar"? ¿Convertirse en otra persona, en otro lugar? Me recuerda a Matrix, ¿recuerdas esa película?".

Chase asintió. Sabía exactamente adónde iba la conversación, pero no podía impedirlo.

"¿Píldora azul o píldora roja?" reflexionó Tate. "¿Sabes que hay gente que cree que el mundo en el que vivimos -el mundo real, no el metaverso- es sólo una simulación? No me refiero a los chiflados del Área 51. Gente inteligente. Si ese fuera el caso, ¿cómo lo sabrías? ¿Cómo podrías notar la diferencia?"

"¿Posicionamiento de productos?" sugirió Chase encogiéndose de hombros.

Tate se rió.

"Ja, sí, latas de Red Bull apareciendo por todas partes mientras nuestra todopoderosa deidad intenta mantenerse despierta mientras programa otro ataque terrorista".

Chase miró a Tate. Mientras hablaba, él miraba por la ventana, y

ella notó una suavidad en su rostro que antes no existía. El hombre tenía la mandíbula cuadrada, la sombra de las cinco en punto y rasgos audaces, pero Tate Abernathy era mucho más que guapo.

Había dolor.

Y eso, Chase lo reconoció casi de inmediato.

"¿Estás...?"

"Aquí es", dijo Tate de repente, señalando por la ventana.

Chase siguió su dedo.

Happy Valley Gaming era un edificio de cuatro plantas aparentemente hecho de enormes losas de cristal reflectante. En el amplio aparcamiento había docenas de coches y, mientras aparcaban, Chase observó que la mayoría eran de lujo medio: BMWs, Audis, Teslas.

"Parece que a Happy Valley le va bien sin su director general", comentó Tate, que se había dado cuenta de lo mismo.

Chase cogió el pomo de la puerta, se detuvo y miró a Tate por última vez antes de salir al sol abrasador.

"¿Cómo quieres manejar esto?"

Tate no dudó.

¿"CEO ausente acusado de asesinar a programador informático de moda"? Creo que es bastante obvio cómo jugar a esto. ¿Quieres que dirija?"

"Sí, me sentaré atrás". A Chase no le importaba hacer de segundo equipo esta vez. Tenía mucho que aprender sobre el metaverso y algo le decía que todo lo que pudiera averiguar sobre el mundo artificial le sería útil más adelante.

"¿Traes tu placa?"

Chase metió la mano en el bolsillo y la sacó. Tate sacó el suyo.

"¿Ves? Estamos enlazando... ahora no eres el único que finge estar en un asunto oficial".

"¿Qué pasa con el detective Tolliver?" preguntó Chase, recordando lo que Will le había contado sobre el detective demasiado entusiasta que amenazaba con acusar a la gente de obstrucción. Estaba bastante segura de que el abogado se refería a los civiles, pero la ley también se aplicaba a ellos.

"Policías locales, dan mucho miedo", se burló Tate.

Mientras caminaban hacia la fachada del edificio reflectante, Chase notó que la postura de Tate era diferente. Estaba un poco encorvado hacia delante.

"¿Estás bien? Caminas raro".

"Sushi de gasolinera", dijo. Chase ya había oído esa frase, pero no recordaba dónde.

Lo dejó pasar. Ambos tenían sus secretos y los problemas digestivos de Tate no eran asunto suyo.

Las puertas correderas de cristal se abrieron al acercarse, revelando un interior pulido que Chase había imaginado casi a la perfección en su mente: un ambiente de fraternidad cara, con demasiados televisores, demasiados ordenadores, demasiadas luces.

"Bienvenido a Happy Valley", dijo alegremente una mujer de pelo castaño corto y pecas en la nariz. "¿En qué puedo ayudarle?"

Tate, ahora con rostro severo, mostró su placa y Chase hizo lo mismo.

La sonrisa de la mujer vaciló al ver la insignia del FBI.

"Estamos investigando el asesinato de Jake Hollister." Su sonrisa había desaparecido por completo. "¿Le conocías?"

"Sí, claro. Él era..." La mujer miró hacia el cielo. "Es tan extraño hablar de él en pasado. Pero Jake era genial. Realmente genial. Todo el mundo te lo dirá. No puedo creerlo, ¿y el director general? ¿Él hizo esto? *¿Por qué?*"

Tate puso fin a las divagaciones de la mujer.

"Eso es lo que estamos tratando de averiguar. ¿Conocía al director general?" El tono de Tate era duro y el uso de "CEO" en lugar de "Stu" o "Sr. Barnes" era deliberado.

"Nunca conocí al hombre. Nunca. Para ser honesto, ni siquiera sabía quién era hasta que... bueno, hasta que pasó esto. Sólo pensé... sólo pensé que Jake estaba a cargo". Bufó y se llevó un dedo a la nariz. Por extraño que fuera el comportamiento de la mujer, a Chase le pareció genuino. "Y ahora..."

"¿Qué puedes decirnos sobre lo que Jake estaba trabajando?"

"¿Trabajando?", dijo la mujer. Sus cejas, finamente tatuadas, bailaban sobre su frente. "El metaverso. Eso es prácticamente todo lo que hacemos aquí. Pero si quiere saber cosas concretas, no puedo ayudarle. Sólo trabajo en recepción".

"¿Quién trabajó más estrechamente con Jake?" continuó Tate.

"No estoy seguro".

Mientras Tate seguía haciendo preguntas que no parecían ir a ninguna parte, Chase miró a su alrededor. Además de los televisores de las paredes, contó siete cámaras de seguridad.

"¿Quién trabajaba bajo sus órdenes, entonces?"

"Eso es... mira, Happy Valley no es como otras empresas. Tenemos un organigrama bastante plano. Aquí no hay lo que llamarías 'jefes'. Estamos unidos en un objetivo común y todos trabajamos juntos para mejorar el metaverso".

Chase puso los ojos en blanco. Esto empezaba a parecerse más a un folleto promocional que a una inquisición *no* oficial del FBI.

"Dijiste que Jake estaba al mando", señaló Tate.

"Lo sé, lo sé. Supongo que técnicamente era el jefe, pero no actuaba como tal".

"Correcto", dijo Chase. "Ahora, entiendo que no hay un jefe real, pero ¿hay alguien con un poco más de autoridad con quien podamos hablar?"

Por el rabillo del ojo, vio que Tate la miraba, pero mantuvo la mirada fija en las finas cejas de la mujer.

"Voy a llamar."

Mientras la secretaria cogía el teléfono de su mesa, Chase señaló una de las cámaras de seguridad, la que más le interesaba.

La que se formó en un torniquete que parecía más ornamental que un verdadero elemento de seguridad.

"También vamos a necesitar sus grabaciones de seguridad".

"No sin una orden".

El hombre que había hablado atravesó el torniquete. Le seguía de cerca la segunda parte de la venta de trajes 2x1 de Brook's Brothers.

"Somos del FBI", dijo Tate, mostrando su placa.

El hombre ni siquiera echó un vistazo superficial a la tarjeta plastificada.

"Las cintas de seguridad fueron entregadas al detective Tolliver. Si las quiere, le sugiero que se las pida al detective".

Chase frunció el ceño. No podía estar en segundo plano mucho tiempo.

"¿Y tú eres...?"

"Legal".

Por supuesto, malditos *abogados*.

"El detective Tolliver no mencionó la implicación del FBI en el caso del señor Hollister", decía la segunda demanda.

"Bien, aquí estamos", dijo Chase alegremente. "Y en vez de poner las cosas difíciles, ¿por qué no nos consigues una copia de las cintas?".

"Hemos cooperado plenamente con LVPD en todo lo posible. Sin embargo, debido a la naturaleza de nuestro negocio, el tiempo de inactividad debe ser limitado. Si necesita algo de nosotros o de Happy Valley Gaming LLC, por favor contacte con el detective Tolliver."

"¿Por qué...?"

Tate se deslizó delante de Chase antes de que su boca pudiera meterla en problemas.

"Gracias, amigos."

Miró a la secretaria, que sostenía el teléfono a un palmo de la oreja. Como si acabara de recordar que lo tenía en la mano, se sobresaltó y lo colgó.

"Los acompañaré afuera".

Legal le lanzó una mirada pero no dijo nada. Se quedaron allí de pie en la clásica pose de abogado mientras la secretaria los conducía innecesariamente a las puertas correderas automáticas.

"Puedo conseguirte las cintas", susurró la mujer cuando estuvieron

fuera del alcance del oído de los dos abogados. "Pero no aquí. Aquí se graba todo, y a todos nos han dicho que no hablemos con nadie de Jake".

"¿Quieres que nos encontremos en un bar o...?" Tate preguntó en voz aún más baja.

La mujer parecía casi horrorizada por la sugerencia.

"¿Un restaurante?" Chase ofreció.

La mujer miró por encima del hombro. Esta idea parecía aún más ofensiva.

"No, de ninguna manera. No es un lugar real".

¿Qué carajo?

Al ver sus caras, la mujer aclara: "El metaverso. Nos vemos en el metaverso cuando salga del trabajo".

Capítulo 31

"¿Despedido? B-b-bromeas".

"Lo siento, Tony. Esto no es una broma", dijo Jake.

"Sr. Metcalfe, por favor venga con nosotros."

Dos hombres rectangulares con trajes a juego aparecieron de la nada.

"¿Qué coño está pasando aquí?" se quejó Tony. Se negaba a creer que esto fuera real. Esto no *podía ser real*.

HVG era diferente. No le quitarían el prestigio que merecía.

No eran como los demás.

"Por favor, Jake, vamos. No estoy mintiendo, viste el video".

La suavidad adornó los ojos de Jake durante medio segundo y luego desapareció.

"Vi un video de IA bastante bueno... ¿supongo? Eso es todo lo que vi. Te lo dije, los datos que dijiste que usaste simplemente no existen. HVG no registra el metaverso".

Tony se quedó boquiabierto.

¡"Sí"! ¿Y bastante bien? ¿En serio? Ese vídeo..."

"Sáquenlo de aquí", ordenó Jake a los dos guardias de seguridad. "Tony, recibirás tu última paga por correo".

"¿El *correo?*" A pesar de todo, Tony encontró esto particularmente insultante. ¿Correo postal? ¿Quién utilizaba el correo caracol? Definitivamente no HVG, creador de la experiencia metaversal más inmersiva. Y, desde luego, no el hombre que por fin había superado el valle misterioso. "No recibo correo. No recibo el *puto correo*".

Los guardias de seguridad atravesaron el torniquete y le agarraron bruscamente por los brazos. Tony empezó a forcejear instintivamente, pero se limitaron a levantarle de los pies.

"¡Jake!" gritó mientras empezaban a llevarlo hacia la puerta. "¡Jake!"

Pero a Jake no le importaba. A Jake nunca le importó.

Sólo quería el código de Tony. Eso es todo lo que querían.

"¡Jake!"

El ascensor sonó y salió un hombre de pelo plateado. Tenía una expresión seria en el rostro. Jake se dirigió inmediatamente a él, que asintió.

Lo conozco... conozco a ese hombre. ¿Quién es él? ¿Quién es *él?*

Se acercaron a la recepción, que estaba desocupada por primera vez desde que Tony se había incorporado a la empresa. Al menos durante el día. La guapa y alegre Gina no estaba por ninguna parte.

Sin embargo, había un casco de realidad virtual blanco con la marca HVG sobre la superficie de cristal. Y fue entonces cuando Tony recordó: el apuesto hombre del pelo plateado no era otro que Stu Barnes, el director general de HVG.

La rabia le llenaba hasta la médula.

"Tú... robaste... mi... *código*."

Tony se soltó. No estaba seguro de si se había sacudido o retorcido o si simplemente se había zafado de las garras de los guardias de seguridad. Lo único que sabía era que un segundo lo tenían agarrado y al siguiente ya no.

Tony cogió la máscara de realidad virtual y corrió hacia Jake y Stu, que estaban conversando. Solo era consciente de que estaba gritando algo.

Ninguno de los dos le prestó atención.

Incluso cuando Tony saltó el torniquete y se abalanzó sobre Jake, los dos hombres no lo reconocieron.

Tony estaba acostumbrado, siempre había sido así. Toda su vida, Tony Metcalfe había sido ignorado. Todo lo que querían era robarle.

"¡Me habéis utilizado!", chilló. Ahora Jake tenía una expresión de puro asombro en la cara. Pero era demasiado tarde. Tony ya estaba sobre él. "¡Me habéis robado el código!"

Lo único en lo que podía pensar mientras volvía a sujetar el casco de realidad virtual con la mano era que, una vez más, se habían aprovechado de él.

Pero esta vez juró que no se saldrían con la suya.

"¡Está aquí!" Tony balanceó la pesada máscara en un arco exagerado. Conectó con el lado de la cabeza rubia de Jake y el hombre se desplomó. "¡Lo resolví!" Otro golpe. "¡Lo he conseguido! He resuelto el valle misterioso". La sangre roció sus brazos, pero Tony siguió golpeando. "¡Lo hice y me lo robaste!"

Al quinto golpe, la cabeza de Jake había quedado reducida a un amasijo de pulpa. Todo lo que Tony podía ver era rojo y un poco de rosa. Pero incluso mientras levantaba la pieza de equipo electrónico ahora destrozada, toda cables y fragmentos de plástico, su rabia persistía.

Los guardias de seguridad estaban saltando el torniquete detrás de él, pero Tony tenía los ojos clavados en Stu, que estaba encogido junto al ascensor, metiendo la mano por detrás y pulsando repetidamente el botón de llamada del ascensor.

"¡Tú!" siseó Jake. Se tambaleó hacia delante, con la sangre chorreándole por el codo, la mano y lo que quedaba de la máscara de RV. "Lo pagarás. Pagarás..."

Algo se estrelló contra su espalda y Tony salió disparado hacia delante. Justo antes de que su cabeza chocara con el esternón de Stu,

oyó un fuerte pitido y todo su campo de visión se volvió rojo.

Capítulo 32

Floyd ya no estaba enfadado ni con Tate ni con Chase. Un vuelo a través del país hacía maravillas para disipar la ira.

Pero estaba confundido. *Muy confundido*. El viaje en avión, al parecer, no aportaba claridad al comportamiento errático.

En realidad, ni siquiera había querido contarle a Tate la llamada de Chase. Su intención había sido enfrentarse a su compañero por los dos robos. Pero Tate era un maestro de la evasión y, en cambio, la conversación había ido muy diferente de lo que Floyd quería.

"Tengo que hablarte de algo, Tate."

"Bien. ¿Esto es por el médico jefe? Porque..."

"No, no sobre eso. Quiero decir, no r-realmente. Es más sobre..."

"Déjame adivinar... ¿Chase?"

Pausa.

"¿Por qué...?"

"Ella ha estado en mi mente últimamente, también. Llamó, ¿verdad? ¿Qué dijo?"

Pausa.

"Ella quiere ayuda. N-n-no un caso, sino un favor a un amigo en Nevada".

¿"Nevada"? Mierda, me vendrían bien unas vacaciones. Alejarme de este lugar de locos. ¿Y tú?"

Y lo siguiente que supo Floyd fue que estaban en un avión, Tate convenientemente "durmiendo" todo el tiempo para evitar cualquier conversación relevante. Hasta que no vio a Chase en el elaborado vestíbulo de Stu Barnes, Floyd no se dio cuenta de que le habían engañado. Tate sabía que había visto los enfrentamientos con Frankie y Jabari, y Chase sabía que había venido.

No era una buena sensación, a pesar de estar ya acostumbrado.

Mantén el tren en movimiento.

Floyd volvió a comprobar las coordenadas en su GPS y se detuvo a un lado de la carretera. Tardó treinta segundos en localizar la cámara que había grabado el asesinato de Jake Hollister. En el lado opuesto de la calle había un almacén *U-Lock-it*. Floyd salió de su coche de alquiler y miró la instalación con las manos en la cadera.

U-Lock-it estaba rodeado por una valla de eslabones de cadena de doce pies, con un pie adicional de alambre de cuchillas en bucle en la parte superior. Una caseta de vigilancia aparentemente vacía con una barricada de rayas blancas y rojas bloqueaba la entrada de vehículos.

Fue allí donde vio la cámara. Estaba orientada de tal forma que

captaba al conductor que se acercaba a la barricada, pero al no haber coche, tenía una visión clara del puente en el que se encontraba Floyd.

No, no exactamente... más bien *aquí*.

Había una mancha oscura en el pavimento que los del CSU no habían intentado o no habían conseguido quitar. De forma oblonga, tal vez de dieciocho o veinte pulgadas en su punto más ancho.

Aquí es donde Jake fue asesinado, pensó Floyd. *Este es el lugar exacto donde tomó su último aliento.*

Floyd inhaló profundamente y luego miró a su alrededor, reacio a dejar que su mente se fijara en pensamientos morbosos.

Choo-Choo.

La cámara y la mancha... algo en la forma en que se alineaban le pareció extraño a Floyd. Se movió primero metro y medio a su izquierda y luego de vuelta a la mancha y luego metro y medio a su derecha.

Si el asesinato de Jake hubiera ocurrido fuera de ese radio de tres o quizá cuatro metros, entonces se habría visto comprometido. Unos metros más y no habría sido capturado en absoluto.

¿Coincidencia?

Floyd no tenía la misma aversión a la idea de una coincidencia que Stitts, pero había estado lo bastante cerca como para saber que cuanto más complicado era un caso, menos probabilidades había de que las cosas simplemente "ocurrieran".

Y para él, esto parecía casi con toda seguridad un montaje.

Con un movimiento de cabeza, se dirigió al otro lado de la calle. La barricada estaba diseñada únicamente para detener coches, y Floyd se agachó bajo ella. Después de observar las dos docenas de unidades de almacenamiento de estilo garaje, Floyd se dirigió al recinto acristalado principal con un cartel de "OFICINA" colgado en la puerta.

Un timbre sonó cuando entró en la estrecha sala, que le recordó el vestíbulo de un motel de la vieja escuela en miniatura. Había una única silla de plástico naranja junto a la puerta y un mostrador de laminado barato que separaba a los empleados de los clientes. Además del monitor de ordenador del mostrador, había otro montado en una esquina de la sala. Había una pantalla cuádruple con cuatro señales de vídeo diferentes, una de ellas de la entrada principal.

Se abrió una puerta interior al fondo de la sala y entró un hombre. Estaba claro que acababa de comer algo, pues tragó saliva y se dio una palmada para quitarse las migas de las palmas de las manos.

"¿Puedo...?" miró a Floyd con un par de ojos grandes y encapuchados. "¿POLICÍA DE LAS VEGAS?"

Floyd negó con la cabeza.

"FBI".

El hombre pareció impresionado.

"Se trata de ese asesinato, ¿verdad?"

Floyd asintió, agradecido de poder ir directo al grano.

"¿Estabas trabajando hace cuatro noches?"

"Sí". El hombre enganchó el pulgar en la puerta de la que acababa de salir. "Justo ahí detrás".

"¿Oíste los disparos?"

El hombre se chupó los dientes.

"Ya le dije a la policía..."

"Entonces no te importará decírselo al FBI, ¿verdad?"

"Sí, vale", cedió el hombre. "Claro, de todas formas no tengo nada que hacer. Esa noche estaba trabajando. Era tarde, quizá las dos..." Las dos y dieciocho, pensó Floyd, recordando la hora del vídeo de seguridad. Oí dos disparos -bam, bam- y salí corriendo por detrás. Vi a un hombre en el suelo -señaló el monitor-, sangrando por la cabeza. Miro por la ventana, calle arriba y calle abajo, pero no veo nada más. No veo nada más. Sólo al tipo en el suelo. Entonces llamé a la policía. Eso es todo, eso es todo lo que escribió".

Floyd se puso en el lugar del hombre, repasando lo que le acababan de decir. Tenía sentido hasta que dejó de tenerlo. Si este tipo había salido inmediatamente después de oír los disparos, entonces no podía no haber visto al verdugo. En el vídeo, Jake había sido asesinado a quemarropa.

En un puente.

Un puente con altos guardarraíles que protegían a coches y peatones de una caída de al menos seis metros hasta la grava.

El asesino no tenía adónde ir.

Excepto...

Los ojos de Floyd se centraron en la pantalla de la cámara de seguridad. Una de las cuatro cámaras apuntaba entre las filas de almacenes.

"Voy a necesitar una lista de todos los que alquilan una unidad aquí. También voy a querer ver las grabaciones de video de hace cuatro noches. Las cuatro cámaras".

El hombre metió la mano debajo del mostrador y sacó un enorme libro de contabilidad.

"Puedo ayudarte con la primera petición", dijo. "Pero no con la segunda".

Floyd pensó inmediatamente en una orden y dijo enérgicamente: "¿Por qué?".

"Porque", respondió el hombre, hojeando las páginas, "ninguna de esas grabaciones se guarda localmente. Está todo almacenado en la empresa... como le dije a la policía de Las Vegas".

Vale, no hace falta una orden.

"¿Por casualidad no sabrás dónde está la sede de *U-lock-it*?".

"No, no es eso". El hombre agitó una mano en el aire. "No *es* U-lock-it-todo esto aquí es propiedad de uno de ellos 'brella corps ".

Floyd tardó un segundo en darse cuenta de que el hombre se refería al paraguas.

"Y antes de que preguntes, porque sé que lo harás, la compañía dueña de este lugar es una plataforma de inteligencia artificial, si puedes creerlo. AI algo u otro".

Capítulo 33

"¿De verdad te impidieron entrar en el edificio?" preguntó Stu.

Chase removió el café en su taza y dejó que las palabras del hombre se prolongaran. La incredulidad en la voz de Stu era reveladora. A la gente con poder le encantaba creerse indispensable. Pero la mayoría de las veces, las máquinas que habían construido, o más probablemente heredado, para generar riquezas incalculables no eran más que eso, una máquina. Y, como ocurre con la mayoría de las máquinas, un engranaje puede romperse o salirse de su sitio, pero todo sigue avanzando. Claro que puede haber paradas momentáneas mientras se arreglan o sustituyen los engranajes y se rocían lubricantes sobre las piezas individuales.

Pero el dinero nunca se detiene.

"Yo diría, fuertemente desaconsejado entrar en el edificio", ofreció Tate. "Seguridad dice que si tenemos preguntas, hablemos con su colega el detective Tolliver".

Stu frunció el ceño.

No queriendo desviarse del tema, Chase retomó la conversación.

"¿Qué pasa con el descubrimiento? Tienen que enviarnos todo lo que sea relevante, ¿no?". Sus ojos se desviaron naturalmente hacia las carpetas del mostrador. "¿Dónde están los archivos de vídeo? ¿Las grabaciones de seguridad? Deberíamos poder rastrear los movimientos de Jake Hollister el día de su asesinato".

"Hemos recibido algunas imágenes de vídeo", les informó Will. "Pero la cosa es que la policía de Las Vegas y la ADA sólo nos envían lo que consideran relevante. En teoría, si hay algo en las imágenes de seguridad del vestíbulo de Happy Valley Gaming que pueda apuntar hacia otro sospechoso, se supone que nos lo tienen que entregar. Se *supone*, es el término clave. La carga de la culpabilidad recae sobre ellos, y a nosotros nos dan todas sus pruebas para analizarlas y refutarlas".

"Excepto que todos estamos de acuerdo en que eso no va a ser suficiente", declaró Tate. "Necesitamos encontrar otro sospechoso".

Will asintió.

"Bien. Puedo poner una petición de imágenes adicionales de HVG y, con toda probabilidad, una orden será..."

"Demasiado tiempo", intervino Tate. "Mira, entiendo que tu juicio no va a ser hasta dentro de seis meses por lo menos, pero en mi experiencia, cuanto más tardan las cosas, más se estancan. Los vídeos se traspapelan, se pierden, se borran. La gente olvida cosas, incluso

cosas importantes".

"Y tú tienes un trabajo al que volver", señaló Stu. No había desdén en su voz. El hombre simplemente estaba constatando un hecho.

"Tenemos trabajos a los que volver", corrigió Tate.

Chase tuvo la impresión, por su tono, de que Tate estaba a punto de pedirle dinero, de forma sutil y respetable, sin duda, y decidió cortar por lo sano.

No se trataba de dinero. Se trataba de devolver un favor, de equilibrar la balanza.

Se lo pensó.

Bueno, en todo caso, hacer mella en la deuda.

"¿Conoces a la secretaria de Happy Valley? No he oído su nombre, pero es guapa, veintitantos, pelo castaño claro...". preguntó Chase.

"Ni idea", respondió Stu encogiéndose de hombros. "Creo que fui una vez, ¿quizá dos? Forma parte de mi cartera. Me nombraron director general interino, pero eso fue sólo para aumentar la credibilidad, supongo".

"Jake era el que mandaba", dijo Tate, repitiendo lo que les había dicho la secretaria.

Chase dio un sorbo a su café y le surgió otra pregunta.

"¿Y el metaverso? ¿Pasas algún tiempo allí?"

Stu frunció el ceño.

"No." Hizo una pausa. "Cuando visité el Valle Feliz por primera vez, querían enseñarme de qué se trataba. Tenían un avatar preparado para mí y me puse el equipo, caminé un poco y saludé. Fue un poco extraño".

"¿Todavía tienes el equipo?" preguntó Tate, mirando a Chase con el rabillo del ojo.

"Creo que sí". Stu parecía sospechoso ahora. "¿Por qué?"

Durante el viaje de vuelta a la mansión de Stu, Tate y Chase habían hablado brevemente sobre la oferta de la secretaria de reunirse con ellos en el metaverso. Ambos se mostraron aprensivos y reticentes, sin duda porque era un concepto extraño.

Garganta profunda en la red profunda. No, eso no estaba bien. ¿La web falsa?

¿Un mundo falso?

"A la secretaria se la cerró el departamento jurídico", dijo Chase a Stu y Will, este último se había acercado aún más, con sus orejas de abogado aguzadas. "Pero nos dijo que le gustaba Jake y creo que quiere ayudar, pero tiene miedo de perder su trabajo. Afirmó que podía conseguirnos las cintas de seguridad de HVG, pero no lo sé".

"¿Robarlos?" Will preguntó.

"Los haría inadmisibles", añadió Colin Sachs, de pocas palabras.

Tate hizo una mueca y puso los ojos en blanco.

"Dijo que podía conseguirlos para nosotros", dijo Chase sin rodeos. "Nunca dijo cómo, sólo dijo dónde".

"¿Dónde?" Con su acto de abogado abajo, Will era muy pobre en ocultar sus emociones.

"El metaverso", respondió Stu.

"Así es. El metaverso", confirmó Tate.

"¿Es legal?" Stu preguntó.

Will miró a Colin y luego a Mike. Los tres abogados se encogieron de hombros.

"No estoy seguro".

"¿Cuánto estás pagando a estos payasos, otra vez?" Tate preguntó.

Will se recuperó.

"Yo soy abogado corporativo, Mike y Colin son abogados penalistas. No somos expertos en leyes de ciberseguridad".

"Soy abogado de empresa", se burló Tate, utilizando una voz nasal para imitar al hombre.

"¡Relajaos! Todos relájense", casi gritó Stu. "Estamos en el mismo equipo". Miró primero a Will. "Si necesitamos un abogado de ciberseguridad, contrata a uno". Ahora se volvió hacia Chase y Tate. "Mientras tanto, si esta secretaria quiere hablar en el metaverso, yo digo que lo hagamos. Yo iré por si hay ramificaciones legales".

Will parecía dispuesto a protestar, pero Tate se le adelantó.

"No es una buena idea."

El asentimiento de Will confirmó que, por una vez, los dos hombres estaban de acuerdo.

"¿Por qué no?" Stu exigió.

"Porque le gustaba Jake Hollister. Realmente le gustaba. Podría estar dispuesta a ayudarnos, al FBI, porque cree que estamos ayudando a Jake. Pero si te ve a ti, no creo que esté tan dispuesta", dijo Chase.

"¿Entonces quién?" preguntó Stu.

"¿Tienes siquiera el equipo?" Will contraatacó.

Sin decir una palabra más, Stu salió de la habitación. Todos guardaron silencio hasta que regresó menos de un minuto después con algo parecido a las gafas que Chase usaba para volar su dron. Solo que estas tenían asas, cables y tentáculos.

Una especie de Cthulhu mecánico.

Después de que Stu lo dejara sobre la mesa, Will, ella y Tate se quedaron mirándolo como si fuera a cobrar vida ante sus ojos.

Aquí es donde se supone que entra Floyd, pensó Chase.

Pero Floyd aún no había vuelto.

¿Algo de lo que preocuparse? Tal vez...

"¿Y? Si no soy yo, ¿entonces quién?". Stu volvió a preguntar.

Chase no iba a acercarse a esa cosa. Había tenido suficientes

experiencias extracorpóreas para toda una vida, no, una docena de vidas. Poner otra lente entre ella y la realidad no era una buena idea.

"No estoy seguro de la legalidad de todo esto", dijo Will, rascándose la nuca.

"Coño", murmuró Tate en voz baja mientras cogía las gafas. "Yo lo haré."

Se puso las gafas, pero estaban torcidas y le tapaban la nariz. Tenía un aspecto tan absurdo que Chase se rió a carcajadas.

"¿Estoy... estoy haciendo esto bien?"

Capítulo 34

"¿Qué-qué-qué está pasando?" Tony tartamudeó. "¿Qu-qué está pasando?"

No hubo respuesta. Sólo estaba la pantalla roja delante de su cara. Incluso faltaba el sonido ambiente del vestíbulo de la sede de HVG, ese extraño eco de la nada en los grandes espacios abiertos.

Entonces volvió a sonar aquel pitido detestable y estridente, esta vez acompañado de un mensaje negro en el mar de rojo: *Has sido expulsado del metaverso de Happy Valley.*

"No", gritó. "De ninguna *puta* manera."

Tony había roto una de las reglas cardinales del metaverso.

Había matado a Jake Hollister.

Maldiciendo, Tony se quitó la máscara y parpadeó rápidamente, esperando a que sus ojos se adaptaran al mundo real.

Pero cuando lo hicieron, Tony se encontró exactamente en el mismo lugar en el que acababa de estar.

"¿Qué está pasando?" Tenía la garganta tan seca que casi le dolía pronunciar las palabras.

Tony estaba de vuelta en HVG, sólo que no había guardias de seguridad abalanzándose sobre él. Tampoco había empleados boquiabiertos con los ojos muy abiertos y la boca muy abierta.

Lo más importante de todo es que Jake Hollister no estaba tirado en el suelo, ahogándose en un charco de su propia sangre.

Con paso inseguro, entró en el ascensor -estaba abierto, como si Stu lo hubiera llamado pero hubiera desaparecido justo al llegar- y se dirigió a la planta 16. Allí encontró a Jake, de espaldas a Tony, con el casco de realidad virtual firmemente sujeto a la cabeza. Allí encontró a Jake, de espaldas a Tony, con el casco de realidad virtual firmemente sujeto a la cabeza.

Tony miró su propio equipo del metaverso, que sostenía en la mano. Ahora era como si toda la humedad de su garganta hubiera emigrado de algún modo a su frente. Le costó ponerse el casco, tenía la piel resbaladiza por el sudor.

El mensaje seguía ahí: "*Has sido expulsado del metaverso de Happy Valley", y* por mucho que pulsaras un botón, no desaparecía.

Todo lo que vio fue ese mensaje y el rojo. Rojo, como la sangre que había salido de la cabeza de Jake.

"No, por favor..."

"¿Tony? ¿Estás bien?"

Tony se quitó las inútiles gafas y vio que Jake había hecho lo

mismo con las suyas. El hombre le miraba, con la cabeza ladeada y un ojo parcialmente entrecerrado.

"¿Estás bien?"

Tony vio un destello y la cara de preocupación de Jake fue sustituida por un desastre salpicado de sangre. Cuando parpadeó de nuevo, el verdadero Jake estaba de vuelta.

"YO-YO-YO-" Fue todo lo que pudo decir.

"No tienes buen aspecto. Demasiada cafeína... ¿y cuánto tiempo llevas así? ¿Dieciocho, diecinueve horas seguidas?"

"Veintiséis", corrigió Tony. Tragó la poca saliva que pudo generar. Se sentía como hojas de afeitar bajando.

Los ojos de Jake se abrieron de par en par, y Tony no pudo evitar notar el contraste entre esto y... *antes*. Ojos saltones ahora, ojos forzados a salir de sus órbitas antes.

Pero eso no pudo haber sido antes. Eso no tendría sentido. Eso tuvo que ser... ¿después?

"Tony... en serio, vete a casa. Tómate un día libre. Te lo has ganado".

"Lo sé, pero mi código... tenemos que introducirlo en el juego. Cuanto antes-" tosió en seco, "-mejor".

"¿Tu... tu código? No estoy seguro de qué código estás hablando". Jake sonrió, mostrando sus grandes dientes blancos. Apretó suavemente el hombro de Tony. "Vamos, amigo, ve a descansar".

Tony se escabulló del agarre del hombre.

"El código... ¿el código de los datos de seguimiento ocular? ¿El valle misterioso?"

Jake se frotó los labios y enarcó una ceja.

¿"Datos de seguimiento ocular"? Realmente necesitas dormir, muchacho. Happy Valley no rastrea ningún dato". Hizo una mueca y levantó las manos como un político diciendo su eslogan. "¡Lo que pasa en el metaverso, se queda en el metaverso!".

No. Él lo sabe. *Sabe lo que he hecho, sabe lo que he logrado, y está tratando de quitármelo.*

Tony recordó a Jake conversando con el director general de pelo plateado.

Oh, Jake sabía muy bien. Pero esto no era obra suya. El mandato de despojar a Tony de su dinero había venido de arriba.

"Claro, por supuesto", dijo con una débil sonrisa. "Tienes razón, sólo estoy cansado. Además, parece que me he quedado fuera del metaverso. ¿Crees que puedo usar tu estatus de administrador para volver a entrar?"

Mientras decía esto, Tony cogió casualmente las gafas de Jake.

"¿Qué has hecho? La expresión jovial del hombre desapareció cuando vio el brillo rojo que salía del ocular de Tony. "Mierda, eso no

es un error de desarrollo, Tony. Eso es... ¿qué hiciste?"

Tony se rió, pero el sonido salió mal. Era apretado y desagradable.

Rejilla.

"*Nada*, nada. Sólo déjame usar tu estatus de administrador para reincorporarme".

Jake no hizo ningún movimiento hacia sus auriculares.

"Tony, ¿qué pasó?"

"Nada". Otra de esas terribles carcajadas brotó de su boca antes de que pudiera atraparla. "Sólo reinicia mi nombre de usuario, Jake. ¡Vamos!"

Jake giró su silla de modo que ahora bloqueaba su equipo.

"No lo creo", dijo rotundamente. "No sé qué te pasa últimamente, pero no estás siendo tú mismo. Te recomiendo que duermas un poco. Podemos hablar de qué reglas has roto en el metaverso cuando hayas descansado del todo".

"Muy recomendable..." Tony no podía parar de reír ahora. Todo esto era tan jodido. "Fue sólo un *error-ha*. Vuelve a meterme. Vamos. Vuelve dentro."

"No, yo no..."

"¡Méteme dentro, Jake!"

Tony alcanzó agresivamente el auricular del hombre.

"¡Qué coño, Tony!" Jake se levantó de un salto. Era unos cinco centímetros más alto que Tony, pero el hombre era delgado, mientras que Tony tenía carne en los huesos.

Puedo con él. Puedo cogerle y romperle la puta cabeza.

"Vete a casa. Y eso no es una recomendación. Es una orden".

"Una orden, ¿en serio?" Tony se rió en su cara ahora. "¿Por qué tienes tantas ganas de que me vaya, Jake? ¿Para que puedas fingir que mi código 'no funcionó' como la última vez? ¿Que no 'existe'?"

"¿La última vez? ¿Qué...?"

"¡Sólo dame las malditas gafas, Jake!" Tony plantó una mano en el centro del pecho de Jake y empujó.

La fuerza generada por el empujón no fue proporcional al daño causado. Mientras Jake se tambaleaba, su talón izquierdo golpeó algo duro: ¿una impresora? ¿Una trituradora de papel? Un cubo de basura... y se retorció torpemente. Empezó a caer y Tony se abalanzó sobre las gafas. Su mano rozó uno de los mandos, pero antes de que pudiera agarrarlo, de algún modo, como Jake, Tony también tropezó.

Los dos cayeron juntos, y Tony aterrizó pesadamente encima del hombre más pequeño. Se oyó un fuerte crujido, seguido de un repugnante crujido húmedo, pero Tony consiguió salir con las gafas.

Inmediatamente fue a ponérselos, pero se detuvo al ver que la pantalla de cristal del interior del casco estaba hecha añicos.

"¡No! ¡Joder, Jake! *¡No!*"

Pero Jake no respondió, al menos no verbalmente. Su respuesta, si es que podía considerarse tal, llegó en forma de espasmos en ambas piernas.

Tony dejó caer las inútiles gafas y miró a Jake.

La oreja derecha del hombre estaba presionada contra su hombro con el cuello completamente extendido. La sangre goteaba de la oreja y los espasmos, que habían empezado en los pies de Jake, subían por su cuerpo como el temblor de un rascacielos durante un terremoto. Cuando llegó a la cabeza de Jake, los espasmos se habían convertido en una convulsión que sacudía todo el cuerpo.

"¿Qué está pasando?", gritó alguien.

"¿Jake? ¿Qué demonios ha pasado?"

"¡Llama al 911!"

Tony caminó hacia atrás y casi vuelve a tropezar.

"Fue un accidente", dijo en voz baja.

Uno de sus colegas le agarró del codo.

"¿Qué pasó, Tony?"

"Fue un maldito accidente", jadeó Tony.

En medio del pánico creciente en la oficina a medida que los demás empezaban a comprender la gravedad de las heridas de Jake, Tony oyó el pitido del ascensor.

"¡Tú! Le dijiste..." Tony miraba hacia el ascensor, pero señalaba hacia Jake. "¡Le dijiste que cogiera mi código, que fingiera que no funcionaba! *Que me robara"*.

Stu Barnes no lo justificó con una respuesta; los de su clase nunca lo hicieron. ¿Por qué iban a hacerlo? Eran mejores que los demás.

Más importante aún.

Pero el hombre sonrió.

Stu le dedicó a Tony Metcalfe una media sonrisa cómplice antes de que todo se tiñera de rojo.

Capítulo 35

Para Floyd, el caso de Stu se parecía cada vez más a un montaje. Conocía a Stu Barnes, una de las razones por las que se había prestado a ayudar a Chase después de que ella casi le costara el puesto, y el hombre no era estúpido. Muchos tipos diferentes de personas caían en el dinero, incluyendo idiotas, imbéciles y criminales. Pero Stu no era ninguno de ellos. No era ningún secreto que había empezado con dinero heredado, pero las inversiones astutas habían multiplicado por más de 10 su patrimonio neto.

Esto hacía dudosa la realidad de este caso, el de Stu asesinando a un empleado a la vista de una cámara colocada en un edificio de su propiedad, nada menos.

Pero también complicó considerablemente las cosas e inspiró un sinfín de palabras interrogativas, como quién, cómo y por qué.

Y a los jurados no les gustaba lo complicado. Lo complicado era difícil de seguir. Preferían limpio y simple, e, invariablemente, alguien traería a colación la palabra de moda en los tribunales Occam's Razer.

Francamente, les gustaban las pruebas de vídeo.

Sacudiendo la cabeza con frustración, Floyd entró en casa de Stu y fue testigo de una escena extraña. Chase, Stu, Will y los otros dos abogados, cuyos nombres ya había olvidado, estaban sentados con los codos apoyados en la gran mesa de la cocina y el cuello inclinado hacia delante.

Estaban mirando a Tate, que parecía un supervillano de una película de ciencia ficción de bajo presupuesto. Bueno, tal vez *supervillano* era un poco exagerado. Más bien un villano chapucero, por la forma tan torpe en que agitaba los brazos. En sus manos había controladores circulares, con cables que se conectaban al casco.

"¿Qué demonios...?"

"¡Shh!", dijeron las tres personas de la mesa a la vez.

"Vale, caramba". Floyd retrocedió hacia la nevera y Chase se levantó para ir a su encuentro.

"Tate está en el metaverso", dijo con naturalidad. Floyd se quedó mirando a Chase hasta que ella se explayó. "En la oficina de juegos nos bloquearon. La secretaria quería decirnos algo, pero sólo lo haría en el metaverso. De ahí el disfraz".

"Ahh."

Tate murmuró algo incomprensible.

"¿Y tú?" Chase preguntó. "¿Cómo te fue con la cámara?"

Oh, con qué facilidad podrían reactivarse los circuitos establecidos

a partir de viejas pautas.

Floyd quería enfadarse con Chase, tenía todo el derecho a enfadarse.

Pero no lo era.

"¿Conoces el edificio donde mataron a Jake?"

"¿El almacén?"

"*U-lock-it*, sí. ¿Quieres probar quién es el dueño?"

Chase arrugó la nariz.

"De ninguna manera."

Floyd asintió.

"Nuestro hombre Stu. Tienen un montón de cámaras -no sólo una- e intenté conseguir imágenes de la noche del asesinato de todas ellas pero..."

"¿A ti también te cerraron?"

"No, la verdad es que no. Quiero decir, ¿quizás? Según el tipo que trabaja allí, todas las grabaciones están almacenadas en alguna gran máquina corporativa. Pensé que tal vez Stu podría acceder a ellas, pero en vista de tu falta de éxito, supongo que no. Sin embargo -Floyd sacó su teléfono y le mostró a Chase una serie de imágenes-, obtuve una lista de las personas que alquilan unidades de almacenamiento."

Continuó explicando a Chase su teoría de que, en ausencia de un vehículo en el vídeo y las afirmaciones del empleado, el verdadero asesino podría haber corrido hacia *U-lock-it*.

"Excepto que el coche de Stu estaba allí", le recordó Chase. "Según los datos del GPS, al menos".

"No... no lo entiendo", admitió. "¿Por qué estaba Stu allí? ¿Por qué estaba Jake allí?"

Chase no dijo nada. Estaba claro, por su intensa concentración en Tate, que la mente de la mujer se había desviado.

Esto enfureció a Floyd más de lo debido.

Sigue avanzando, le instó su cerebro. *Choo-Choo.*

Pero a veces incluso un tren se veía obligado a retroceder.

"Chase... me dejaste. Me mentiste y luego me dejaste".

"¿Hmm?"

Floyd agarró el brazo de Chase. Tenía su atención de nuevo.

"¿Por qué me mentiste?", siseó. "¿Por qué me abandonaste? Chase, tuve que v-v-v-v-visitar... ¿solo-solo por qué?"

No importaba que Floyd no hubiera conseguido formular su pregunta. Ambos sabían lo que estaba preguntando.

¿Por qué me hiciste ir a ver a Meredith Griffith para decirle que su hija estaba muerta? Conoces mis problemas con eso.

Una profunda tristeza cruzó el rostro de Chase.

"Lo siento", dijo simplemente.

"Eso... no es una a-respuesta. ¿Qué tenías que hacer que era tan

importante?"

Chase abrió la boca como para dar más detalles, pero entonces Floyd vio una expresión que, por desgracia, le resultaba familiar. Labios apretados, ceño fruncido.

Clásico, testarudo, sin tonterías.

"Lo siento, Floyd. De verdad que lo siento. Nunca debí ponerte en esa situación".

Pero lo hice porque tenía que hacerlo. Y funcionó: impedimos que Henry Saburra convirtiera a esas niñas enfermas en asesinas.

Y lo volvería a hacer.

Esto, como la pregunta de Floyd, no se dijo y se entendió.

De repente, Tate se quitó la máscara. Sonreía de oreja a oreja.

"Mierda, esto es *increíble*. Es tan real. Chase, tienes que probarlo".

"Ni hablar", dijo Chase, alejándose de Floyd. "¿Has averiguado algo?"

"Oh, alguna vez lo hice", respondió Tate, todavía sonriendo. "¿Esa mujer? ¿La mujer que conocimos en la recepción? Se llama Beverly. Puede que sea secretaria en la vida real, pero aquí...", le dio un golpecito a la máscara, "es una pelirroja que se hace llamar Gina. En fin, Bev me ha dicho que en Happy Valley Gaming animan a la gente a trabajar en sus propios proyectos en horas de trabajo. Y Bev..."

"¿Puedes dejar de llamarla Bev?" Chase estalló.

La sonrisa de Tate se desvaneció.

"Eso es lo que... vale, lo que sea. *Beverly* dijo que Jake estaba trabajando en otro metaverso. Algo mucho más oscuro".

"¿Y las cintas de seguridad?" sondeó Chase.

Floyd pensó que su brevedad podía atribuirse a que se sentía mal por lo que le había hecho.

Por mezquino que fuera, eso le calentó un poco por dentro.

Al igual que ver a Tate, normalmente el que manda y el responsable de ladrar órdenes, siendo reprendido tan abiertamente.

"Están aquí", dijo Tate, golpeando el dispositivo por segunda vez. "En el metaverso".

"No lo entiendo", dijo Will Porter. "¿Las cintas reales o las meta... cintas?"

"Sí, yo tampoco lo entiendo", admitió Floyd.

Tate, que sólo tenía cinco minutos de experiencia en el metaverso, suspiró como si fuera Sam Altman obligado a dar una conferencia a los luditas.

"Las cintas existen en la nube, ¿verdad? ¿En línea?"

La mayoría asiente con la cabeza.

"Bueno, Beverly dijo que puede acceder a las cintas a través del metaverso, las cintas de seguridad reales de Happy Valley Gaming. Y eso es lo que me instaló aquí. Tengo mi propia cabina privada". Tate

sonrió y le guiñó un ojo a Floyd.

Floyd frunció el ceño.

"¿Esto es real?" preguntó Chase, mirando a Stu en busca de una respuesta.

"Yo... ¿supongo? Como os dije, no soy un experto".

"Vale, bien", continuó Chase. "Revisa las cintas, Tate."

Tate saludó a Chase y tanteó con la máscara.

"Una cosa más", dijo Chase antes de conseguir enderezar el aparato sobre su cabeza, "pregúntale a Bev si hay alguna forma de acceder a las grabaciones de vídeo de *U-lock-it* en la zona este. Por lo visto, Stu, también te pertenece".

"¿En serio?" dijo Tate.

"De verdad".

"Vale, preguntaré. Usa mi encanto".

"*¿U-Lock-it* es parte de AI Integrations?" preguntó Stu después de que Tate volviera a ser teletransportado a otro lugar.

"Eso dice el empleado", respondió Floyd.

"Lo comprobaré", dijo Will antes de pasar la tarea a Colin Sachs.

Aunque no compartía la abierta aversión de su compañero por los abogados en general, Floyd estaba de acuerdo con la opinión de Tate de que habían sido relativamente inútiles hasta ese momento.

"Stu, ¿tienes una impresora aquí?" Preguntó Floyd.

"Sí, en algún lugar de mi oficina, creo".

"Muy bien, voy a enviarte una lista de nombres, ¿puedes imprimirla y ver si alguno te resulta familiar?".

"Sí."

Cuando Stu salió de la habitación para buscar, Floyd se dirigió a Chase y Will en voz baja.

"Este lugar... Stu tiene cámaras de seguridad, ¿verdad?"

Will miró a su alrededor y luego señaló un pequeño aparato situado en una esquina de la sala, muy por encima de sus cabezas.

"De acuerdo. Bueno, Stu afirma que nunca salió de la casa la noche que Jake fue asesinado, ¿verdad?"

"Sí", dijo Will vacilante.

"Bueno, revisemos las imágenes para ver..."

"No funciona", dijo Stu al volver a entrar en la habitación. "La impresora no funciona". Levantó la vista y debió ver algo en sus caras. "¿Qué? ¿Qué está pasando?"

Como había sido idea de Floyd, era su responsabilidad pasar la información. Pero no contestó, y la frustración de Stu se desbordó.

"¿Así que tengo que contároslo todo, tengo que ser completamente transparente, y luego cuando salgo de la habitación un minuto, estáis cuchicheando sobre mí? Eso es una mierda. Una puta mierda. ¿Cuántas veces tengo que decir esto? Yo no maté a nadie. Ni a Jake

Hollister, a nadie".

Floyd miró a Chase. Le sorprendió que aún no hubiera hablado y se sorprendió aún más cuando no parecía que tuviera intención de hacerlo.

"Estábamos..."

"Floyd", advirtió Chase.

"No, está bien. Nos ha llamado; quiere que le ayudemos. Así que mantengámoslo al tanto", dijo Floyd, severamente. "Stu, dijiste que no saliste de la casa la noche que Jake fue asesinado, ¿es correcto?"

"Estaba aquí en la mesa".

"Bien, entonces revisemos sus cintas de seguridad y probémoslo".

Todos los ojos estaban puestos en Stu. Si el hombre vacilaba, aunque fuera un momento, podría ser más revelador de su culpabilidad que cualquier prueba de vídeo.

Ni siquiera pestañeó.

"No puedo creer que no pensaras en eso", dijo Stu acusadoramente a Will. Luego al resto: "Hagámoslo. Veamos esas cintas porque te juro que no salí de la casa".

Capítulo 36

Tony estaba tan enfadado que casi tira su casco de realidad virtual. No se lo podía creer: había vuelto a ocurrir.

Había matado a Jake otra vez. Pero esta vez, había sido un accidente. Tenían que saberlo. El *metaverso tenía que saberlo*.

Sin embargo, cuando Tony se calmó lo suficiente como para volver a ponerse las gafas, seguía bloqueado. Probó con su nombre de usuario y contraseña y le informaron de que su cuenta había sido bloqueada.

"Esto no puede estar pasando", se quejó. Intentó acceder a su cuenta una y otra vez, pero no hubo ningún cambio.

Estaba fuera.

Al hombre que había conseguido descifrar el código del valle misterioso se le había negado el acceso a su propio puto juego.

Esta vez, cuando Tony se quitó las gafas, las arrojó sobre su escritorio. Hubo un crujido audible, que atrajo la atención de alguien cerca de él.

"¿Todo bien, Tony?"

Tony estaba demasiado sorprendido para contestar.

Estaba solo... ¿no?

Apretar los ojos no hizo que la persona desapareciera.

"¿Tony?"

Estaba de vuelta en su despacho, de vuelta en su cubículo improvisado con esos separadores móviles que le llegaban hasta el pecho, porque claro que lo estaba.

"Bien", respondió Tony, con los ojos aún cerrados.

Pero no estaba bien.

"¿Tony?" El hombre que estaba a su lado, Paul o Peter o algo así, volvió a llamarlo por su nombre, pero Tony no lo reconoció esta vez.

Se quedó mirando la espalda de Jake, con la cara tan caliente que parecía que tuviera alfileres y agujas en las mejillas. Y sus manos... estaban cerradas en apretados puños.

Tony empezó a avanzar hacia Jake. Zigzagueó entre los separadores, pero cuando estuvo cerca de su jefe, se detuvo.

No. No quieres hacer esto.

Pero lo hizo. En el fondo, Tony sabía que eso no resolvería su problema. Su problema no era con Jake.

Fue con alguien de más arriba.

Fue con Stu, el hombre de arriba. El hombre de la sonrisa sórdida, el bronceado falso y los postizos que había obligado a Jake a mentirle,

a decirle que no habían utilizado su código o que no era lo bastante bueno o que ni siquiera existía. ¡Como si alguien fuera a creer que se lo había inventado! Él, Tony Metcalfe, el creador de uno de los juegos para móvil más populares de los últimos tres años.

De puta risa.

Tony debió de reírse porque Jake levantó las piernas y se giró.

"Hey... ¿qué pasa?"

Tony flexionó los dedos rectos y aspiró un suspiro estremecido.

"¿Tony?"

No dijo nada, sólo se giró.

¿Dónde está Stu Barnes?

Un hombre como él, estaría en el último piso. Tenía que estarlo. Eso es lo que necesitaban todos los directores generales: estar por encima de todos los demás. Física y psicológicamente.

Y sonreírles a todos.

"Oye, Tony, tenemos que hablar de algo", le dijo Jake. Pero Tony estaba en una misión ahora, una misión para encontrar a Stu Barnes.

Y cuando lo encontrara, el hombre mentiría. Porque eso era lo que hacían los hombres como Stu. Mentían y obligaban a gente como Jake a mentir a gente como él. Les obligaban a hacerlo. Porque para ellos, el metaverso no consistía en crear la experiencia más realista, más embelesadora, más abarcadora que nunca.

Tampoco se trataba del valle misterioso.

Se trataba del todopoderoso dólar. Siempre se trataba de dinero.

Cuando Tony llegó al ascensor, tenía los labios pegajosos. Intentó humedecerlos con la lengua, pero se le quedó pegada al labio inferior.

Buscó el botón del ascensor, pero se sobresaltó cuando sonó y las puertas se abrieron antes de que pudiera pulsarlo. Tony tropezó hacia atrás y se encontró mirando al siempre sonriente Stu Barnes. Pero no estaba solo. El director general de HVG estaba flanqueado por dos hombres cuadrados.

Guardias de seguridad, probablemente, pero Tony nunca los había visto antes.

A pesar de querer decir algo, a pesar de haberse preparado mentalmente para este momento, a Tony se le trabó la lengua. Era la puta sonrisa espeluznante del hombre.

"Sr. Metcalfe, tenemos que hablar."

Aún sonriendo. *Siempre sonriendo*.

Tony, con el corazón acelerado ahora por el miedo y no por la rabia, dio un paso de gigante hacia atrás.

Chocó con alguien y se le escapó un pequeño grito ahogado.

Era Jake. El hombre se había acercado sigilosamente por detrás.

"Sólo... déjame en paz...", espetó.

Jake le agarró por los hombros.

"Oye, amigo, ¿estás bien?"

"¿Sr. Metcalfe?"

"No... estás mintiendo... *todos estáis* mintiendo..." La saliva voló de los labios de Tony. "¡Estás mintiendo*, joder*!"

Jake levantó las manos.

"Cálmate, nosotros... eh... sólo queremos hablar contigo".

Tony sacudió violentamente la cabeza.

"¡No quieres hablar, quieres mentir!"

"Tony, no sé..."

"Lo cogiste... mi código..." gimoteó. "Mi cooooode..."

"¿Qué?" Jake parecía genuinamente confundido, lo que sólo enfureció aún más a Tony.

¿Cómo puede fingir que no lo sabía? ¿Cómo puede ser tan convincente? Está arruinando el trabajo de mi vida y él... ¿y actúa así?

Iban a cortarle el grifo. Iban a ganar millones con su descubrimiento, tal vez incluso miles de millones.

Y una vez más se quedaría en la estacada, buscando trabajo sin estudios, sin referencias, sin...

Tony ni siquiera se dio cuenta de que estaba golpeando a Jake. No tuvo ni idea hasta que una gota de sangre le salpicó el puente de la nariz y le goteó en el ojo izquierdo.

Entonces, unos brazos se abalanzaron sobre él, arrancándole del cuerpo de Jake.

Tony forcejeó, pero los dos hombres que le sujetaban eran fuertes y le hicieron girar.

Y allí estaba Stu Barnes. Stu Barnes sonriente.

Y luego, *rojo*.

Rojo.

ROJO.

Has sido expulsado del metaverso de Happy Valley.

Capítulo 37

"No lo entiendo", murmuró Stu. "¿Cómo puede estar todo en blanco?"

Chase vio cómo Floyd hojeaba varios de los vídeos, ordenados por fecha y hora. Ya habían revisado todos los vídeos de las numerosas cámaras de la casa, desde el día en que Jake fue asesinado hasta la actualidad. Estaban en blanco. Todos en blanco. Sólo una pantalla negra.

"No los borré", dijo Stu a la defensiva.

Chase no creía que lo hubiera hecho. Pero alguien lo había hecho. Y si Stu no había salido de su casa el día que Jake Hollister fue asesinado como dijo, entonces tendría sentido que quien estuviera detrás de todo esto destruyera su coartada.

Lo que significaba que alguien había entrado en la casa de Stu o en su sistema.

"Retrocede más", instruyó Chase. "Retrocede hasta que encuentres algo. Concéntrate en la cámara de la parte delantera de la casa. ¿Quién sabe? A lo mejor tenemos suerte y vemos a alguien intentando entrar".

Floyd hizo lo que ella le pidió, pero su expresión sugería que no tenía esperanzas. A decir verdad, Chase tampoco lo estaba. Si la persona que le tendió la trampa a Stu había conseguido falsificar el vídeo del asesinato de Jake, irrumpir en su casa para borrar sus grabaciones de seguridad en la nube parecía pedestre.

Chase apartó los ojos de la pantalla del ordenador y se los frotó. Estaba mucho más cansada de lo que debería, teniendo en cuenta que aún no eran ni las seis: las nueve, hora local, y las ocho, hora de Nashville. Pero decir que el día había sido emocionalmente agotador habría sido quedarse muy corto. Primero, Nashville y ese pedazo de mierda de Brian Jalston. Luego, Nueva York y Luisa y Georgina.

Ahora, Vegas y Tate y Floyd y Stu.

Miró a Tate, que seguía con la cara metida en el casco, viviendo en el metaverso revisando las grabaciones de seguridad de Happy Valley.

Cuanto más le observaba, más curiosidad sentía.

Chase se preguntó qué pensaría su psiquiatra, el Dr. Matteo, del metaverso. ¿Se seguiría considerando vivir el momento, algo que él parecía fomentar hasta la saciedad?

"Aquí, creo que tengo algo", comentó Floyd.

El vídeo ya no era sólo una pantalla negra, sino una imagen clara, cristalina, de los ladrillos entrelazados de la entrada de Stu.

"Esto es tres días antes de la muerte de Jake Hollister", dijo Floyd. Dejó que se reprodujeran las imágenes y todos vieron un montón de nada. Sólo el sol pegando en ese costoso ladrillo hecho a medida.

"¿Qué estamos...?"

Floyd interrumpió a Chase.

"Sólo mira". Unos segundos después, la pantalla parpadeó y luego se volvió negra. "Este es el momento en que se oscurece. Todas las cámaras, todas al mismo tiempo."

"Hazlo retroceder y baja la velocidad", dijo Chase.

Volvieron a mirar, pero esta vez no vieron nada nuevo. Solo un tartamudeo digital esporádico y luego oscuridad.

"Parece que hay un cortocircuito o algo así", sugirió Will Porter. "Mal funcionamiento."

"No lo creo", replicó Chase. "Floyd, ¿puedes hacer cuadro por cuadro? Creo que vi algo en la esquina inferior".

"Claro".

"¡Allí!" Chase casi gritó y Floyd congeló la imagen.

Se inclinó hacia delante y señaló un punto oscuro en la pantalla. Tenía un ángulo diferente al de las rayas y se reflejaba más. No parecía formar parte del fallo.

"¿Qué es eso?" preguntó Will.

Fue Stu quien contestó.

"Eso se parece a mi coche. Parte del capó."

Floyd avanzó y retrocedió el vídeo unos cuantos fotogramas.

"Sí, creo que tienes razón", dijo. Entonces Floyd se apartó dramáticamente del ordenador. "Stu, ¿tienes un altavoz Bluetooth?"

"¿Un altavoz Bluetooth...?"

"Sí, ya sabes, ¿un altavoz inalámbrico?"

La molestia en la voz de Floyd hizo que Chase esbozara una sonrisa.

"Claro, espera."

Stu corrió a la sala de estar y cogió un altavoz de aspecto caro de la repisa de la chimenea. Se lo dio a Floyd, que sacó su teléfono mientras seguía haciendo preguntas.

"Por cierto, ¿de dónde venías?" preguntó Floyd, claramente intentando conectar su teléfono al altavoz.

La cara de Stu sufrió una serie de convoluciones.

"No estoy segura. No me acuerdo. Han sido unos días locos, pero..."

"¿Tienes un calendario?" interrumpió Floyd, aún jugueteando con el altavoz.

"Sí". Stu sacó su propio teléfono.

Chase se sentía extrañamente orgulloso de Floyd. También estaba molesta con él por no haberla puesto al corriente, pero parecía más un agente del FBI curtido en mil batallas que un joven de Alaska

aficionado a los trenes.

"Aquí... dice que tenía una cita con el coche. Cambio de aceite. Probablemente de eso volvía".

Floyd dejó el altavoz.

"No puedo conectar. ¿Dijiste que la impresora no funcionaba?"

Stu asintió.

"Sí, así es. No conectaría".

"¿Qué estás pensando, Floyd?" preguntó Chase.

Sin contestar, Floyd se levantó de la silla y pidió las llaves del coche de Stu. El hombre se las entregó y luego, aún con ese molesto manto de secretismo, Floyd se dirigió a la puerta principal. Chase y Stu lo siguieron mientras Tate se limitaba a agitar las manos como un ciego tratando de encontrar una gema rara entre cientos de piedras brillantes.

Colin y Mike siguieron hablando por teléfono, haciendo cosas de abogados, que Chase había llegado a saber que consistían sobre todo en acumular horas facturables.

"Dejad que os enseñe algo", dijo Floyd mientras los conducía al exterior. El sol seguía en lo alto del cielo, pero ya no hacía tanto calor como antes.

Floyd utilizó el llavero para abrir el Mercedes de Stu. Luego se subió y pasó los dedos por el salpicadero, por debajo de él, buscó en la consola central y luego llegó hasta debajo de los dos asientos delanteros.

Sus labios permanecieron fruncidos todo el tiempo.

"¿Qué estás buscando?" preguntó Stu.

Aún no hay respuesta.

¿Lo hace a propósito? se preguntó Chase. *¿Lo hace porque es algo que yo haría?*

Sacudiendo la cabeza, observó a Floyd salir del deportivo sólo para dejarse caer inmediatamente sobre las manos en posición de flexión.

¿Qué carajo, Floyd? No te digo lo que veo cuando toco un cuerpo porque en ese momento no tengo ni idea de lo que es real y lo que no.

Stu también se tiró al suelo, pero Chase se negó a tragarse esa farsa. En lugar de eso, cruzó los brazos sobre el pecho.

Floyd gruñó mientras extendía el brazo por debajo del coche, y entonces todos oyeron un clic metálico. Cuando sacó la mano, sostenía un aparato rectangular del tamaño de un teléfono móvil, sólo que no se parecía a ninguna marca que Chase hubiera visto nunca.

"¿Qué demonios es eso?" preguntó Stu, dando un paso atrás como si pudiera ser un artefacto explosivo.

Floyd dio la vuelta al objeto negro que tenía en la mano. Si era un teléfono, iban a despedir a alguien de control de calidad: no tenía pantalla ni teclas. Carecía por completo de funciones.

"Esto", dijo Floyd, con una sonrisa todavía pegada a la cara, "es la razón por la que tu impresora y tu altavoz Bluetooth no funcionan. También es la razón por la que tu cámara dejó de grabar en cuanto entraste en tu casa".

Capítulo 38

Tony estaba perdido. Estaba rodeado de oscuridad y envuelto en un olor nauseabundo. Tanteando a ciegas, su mano extendida golpeó algo que se desplomó. Se oyó un fuerte tintineo metálico seguido de un chapoteo húmedo. Inmediatamente se llevó la mano al pecho.

Todavía ciego, todavía confuso, se levantó y dio un paso adelante. Ahora su pie golpeó algo, varias cosas, pero al menos reconoció éstas: latas vacías. Maldijo y se preguntó por qué todo estaba tan oscuro, por qué...

El hilo de pensamiento de Tony se desbarató al darse cuenta de que estaba agarrando algo con cada mano. También sintió algo presionando contra los lados de su cabeza.

Sigo llevando gafas, pensó, *y sigo sujetando controladores.*

Había una extraña desconexión entre este pensamiento y la realidad, casi como si no fuera algo que estuviera sintiendo tanto como una cadena de código que le indicaba estos hechos.

Dejó caer los mandos y éstos se balancearon a sus lados, justo debajo de sus rodillas, suspendidos por los cables que llevaban a sus auriculares.

Tenía los hombros rígidos y doloridos, y quitarse la máscara requería más esfuerzo del que debería haber requerido el simple acto.

Tres parpadeos y su visión se aclaró.

Tony estuvo a punto de volver a ponerse la máscara.

Este lugar era una absoluta pocilga. Las latas que había hecho girar por el suelo eran una mezcla de alubias y bebidas energéticas. También había otros recipientes, docenas de otros de diversos tamaños. La mayoría estaban vacíos, limpios a lametazos, pero en algunos aún había comida calentada en el microondas pegada a las paredes.

Tony gruñó con disgusto.

El olor era probablemente la peor parte. La mayor parte procedía de la basura, un olor dulzón como el de la leche condensada al sol, pero una parte también procedía de él.

No quería mirar hacia abajo, su estómago le advertía que no lo hiciera, pero finalmente, el impulso fue demasiado grande para ignorarlo.

"Oh, Dios."

A Tony nunca le preocupó mucho el estilo. Todos los días en Happy Valley vestía más o menos lo mismo: vaqueros y una camiseta lisa, no siempre oscura, pero rehuía los colores brillantes, el blanco en

particular. Pero su ropa siempre estaba limpia.

Por qué llevaba un pantalón de chándal demasiado grande y una sudadera verde pálido rasgada por varios sitios y deshilachada en el dobladillo era tan misterioso como el origen de la multitud de manchas que le cruzaban el pecho y la cintura.

¿Por qué llevo este asqueroso atuendo?

Tony esperó una respuesta que nunca llegó. Recordó haber ido a trabajar y...

Se quedó en blanco.

¿Qué demonios?

Estaba a punto de darse un golpecito en la frente para animar a su memoria a volver, pero la mancha marrón que notó en sus dos primeros dedos le convenció de lo contrario.

Pensando lo peor, Tony olfateó cautelosamente su mano a unos treinta centímetros de su nariz.

Gracias a Dios. Es sólo comida.

El alivio duró poco. Seguía sin saber dónde estaba exactamente, por qué estaba tan oscuro y cómo había llegado hasta aquí.

Había una única bombilla desnuda sobre él, pero no era del tipo LED y emitía sólo un débil resplandor anaranjado.

Necesitaba luz solar y aire fresco.

A unos dos metros detrás de él, Tony vio una ventana rectangular a la altura de los hombros. Estaba cubierta de cortinas opacas y, con las piernas rígidas, se acercó a ella y apartó una de ellas.

"Joder", gimió, soltando inmediatamente la gruesa tela. El sol era duro y ofensivo. Le cegó, y Tony se vio obligado a entrecerrar los ojos mientras lo intentaba de nuevo, esta vez utilizando el antebrazo para protegerse la cara.

Esperaba que ver el exterior activara su memoria, pero no fue así. La vista no era inspiradora -vio gravilla y el lateral de lo que pensó que era un edificio de apartamentos- e incluso las rejas de la ventana, que rápidamente aprendió que impedían que se abriera además de disuadir del robo, no significaban nada para él.

¿Dónde estoy?

La luz enfocaba más la habitación, pero era un efecto no deseado.

Había estado sentado en un sillón gastado y sucio y el desorden era mucho mayor de lo que Tony había pensado en un principio. Las latas vacías y los recipientes para microondas no se limitaban a las inmediaciones del sillón. El mar de basura estaba prácticamente por todas partes: Tony apenas podía distinguir que el suelo era de madera contrachapada sin tratar. Contrachapado que ahora estaba irremediablemente manchado.

Levantó los ojos, tratando de asimilarlo todo.

Happy Valley le pagaba bien y vivía en un apartamento de un

dormitorio, pequeño pero útil, en un barrio decente de las afueras de Las Vegas.

¿Por qué estoy aquí?

Entonces lo vio.

La pared frente a la silla estaba completamente cubierta de artículos de periódico. Tony, con la garganta repentinamente seca, se acercó al collage.

Algunos de los artículos eran antiguos, pero la mayoría eran recientes. No todo eran artículos de periódico; aproximadamente un tercio de las páginas pegadas a la pared con cinta adhesiva transparente eran impresiones de un sitio web.

Pero, al menos a primera vista, todos parecían tener algo en común: llevaban el nombre o la cara sonriente de Randy Milligan.

Randy Milligan, director general de PopTop Games.

Randy Milligan, el hombre que robó el juego de Tony y ganó millones con él.

Randy Milligan, que había mentido sobre Tony a casi todo el que quiso escucharle, diciéndole que era un programador por debajo de la media, lo que le hacía prácticamente imposible de contratar.

Los labios de Tony se retrajeron en un gruñido, mostrando sus dientes.

Sólo ver la cara de suficiencia del hombre fue suficiente para que el corazón de Tony se acelerara.

"Vete a la mierda", maldijo.

En la pared opuesta, Tony vio una puerta barata que alguien había intentado pintar, pero obviamente habían utilizado el tipo equivocado porque se estaba desprendiendo en enormes láminas.

Agarró el pomo de la puerta y tiró de ella para abrirla, necesitaba salir de allí, necesitaba liberar sus pulmones del aire viciado. Pero el pasillo en el que se encontraba Tony no olía mucho mejor. La moqueta granate estaba desgastada y mohosa, como si se hubiera mojado en algún momento y nadie se hubiera molestado en limpiarla a fondo.

¿Dónde estoy? se preguntó por milésima vez. Y aunque todavía no había una respuesta definitiva, Tony no podía pasar por alto lo obvio.

Había estado sentado en la silla. Llevaba puesto el casco de realidad virtual y sostenía los mandos.

Las manchas marrones de sus dedos se parecían sospechosamente al contenido de varias de las latas vacías.

Y en la pared... en la pared estaba Randy Milligan, el hombre que le había robado millones.

Tony empezó a andar. A cada paso, sus músculos se aflojaban y su andar se volvía más natural.

Sin embargo, su gruñido no cambió.

Tony no estaba seguro de dónde estaba, pero sabía exactamente

hacia dónde se dirigía.

Randy Milligan había descubierto lo que pasaba cuando jodías a Tony Metcalf sin código.

Ahora era el turno de Jake Milligan y Stu Barnes.

La voz de Jake sonó de repente en su cabeza y Tony se echó a reír.

¡Tony Metcalfe es el mejor programador informático del mundo!

Capítulo 39

"Es un codificador Bluetooth", dijo Floyd, girando el dispositivo en su mano. "No soy un experto, pero básicamente mientras esta cosa esté encendida, el Bluetooth no funcionará".

De repente, Stu chasqueó los dedos.

"¿Sabes qué? Volviendo del garaje recuerdo que mi teléfono no se conectaba al coche".

Floyd levantó el codificador.

"Esto lo explica. Tus cámaras funcionan por Bluetooth, así que alguien acaba de poner esto en tu coche y una vez que entraste en la entrada, perdieron la conexión."

"Y perdí una coartada."

Chase siguió a Floyd y Stu de vuelta al interior.

"Por cierto, lo he apagado", dijo Floyd, dejando el aparato sobre el mostrador. "El sistema de seguridad debería volver pronto".

Algo le molestaba a Chase.

"Stu, ¿cómo supiste que tenías que ir a cambiar el aceite?"

Stu hizo una mueca.

"¿Qué quieres decir?"

"¿Estaba en su agenda o tiene un asistente personal?".

"No PA. Algo apareció en el tablero diciéndome que era la hora".

"Hmm", dijo Chase.

"¿En qué estás pensando?" Preguntó Floyd.

"Estoy pensando que si alguien fuera lo suficientemente bueno con los ordenadores para falsificar el vídeo, entonces probablemente sería capaz de hackear el coche de Stu para decirle que se haga un cambio de aceite".

Stu parecía ahora incómodo y Chase tuvo que recordarse a sí misma que, aunque se trataba de un hombre muy rico, seguía siendo un civil. La idea de ser manipulado y objeto de un ataque tan específico tenía que ser alarmante.

"Stu, en qué garaje..."

"Gordon's. Siempre lo llevo a Gordon's".

"¿Y no tienes a alguien que haga esto por ti?"

Stu negó con la cabeza.

"No. Siempre lo hago".

Chase se inclinó y cogió las llaves del coche de Stu del mostrador donde Floyd las había colocado.

"Hola, Tate", dijo en voz alta. El hombre giró la cabeza en su dirección.

"¿Qué pasa?" Su voz era aún más fuerte que la de ella. "¿Qué está pasando?"
Chase miró hacia el cielo.
"¿Quieres dar una vuelta?"
"No puedo". Tate dio unos golpecitos en el casco que llevaba puesto. "Sigo revisando las imágenes. Esto es increíble".
A Chase empezaba a molestarle que el hombre estuviera continuamente asombrado por la tecnología.
"¿Estás descubriendo algo o sólo disfrutando?"
Tate frunció los labios.
"Disfrutando... Estoy trabajando aquí. Todavía no he visto nada más que un montón de empollones informáticos".
Chase frunció el ceño y agitó las llaves que tenía en la mano.
"¿Y tú, Floyd?"
Floyd se encogió de hombros.
"Claro, iré a dar una vuelta".
"¿Qué quieres que haga?" preguntó Stu.
Chase no estaba seguro. Normalmente, no querría a alguien acusado de asesinato involucrado en absoluto. Especialmente un civil. En este caso, sin embargo, Stu debería haber tenido acceso a lo que necesitaban: grabaciones de seguridad de la AVG y contactos en la empresa. Pero todo eso había sido cerrado.
Al menos por medios oficiales.
"¿Se te ocurre alguien en Happy Valley que esté dispuesto a hablar contigo?".
Stu suspiró.
"Yo no... lo intentaré".
Hasta ahora, el hombre había aguantado bastante bien. Mejor que la mayoría. Pero ahora el peso de la situación le estaba presionando claramente.
Stu tenía las facciones dibujadas y ojeras.
"No te preocupes, Stu. Vamos a resolver esto", dijo Chase. Pero en el último segundo, miró hacia otro lado.

***

Gordon's era un taller muy concurrido, con varias naves llenas de coches de lujo que estaban en elevadores o en proceso de ser elevados para ser reparados. Chase aparcó el coche de Stu delante de una de las puertas abiertas.
"Voy a tener una charla con la recepción, mira a tu alrededor. Probablemente tengan cámaras de seguridad en alguna parte".
Chase se dirigió hacia la entrada sin esperar respuesta de Floyd. Un timbre sonó cuando abrió la puerta y sacudió los hombros.

Un garaje de coches no era el lugar adecuado para ser un matón. Aquí necesitaba poner en práctica la técnica de Tate: adoptar una personalidad completamente distinta.

"Hola", dijo alegremente.

El hombre que estaba detrás del mostrador llevaba un mono azul y tenía el dorso de las manos manchado de grasa. La piel de su cara era gruesa y roja.

"¿En qué puedo ayudarle?" Su voz era igualmente curtida.

Chase se encogió dramáticamente.

"*Bueno*, esto va a sonar raro, pero acabo de empezar a trabajar para mi jefe y después de dejarle, su coche empezó a hacer un ruido raro". Chase indicó el coche de Stu a través de la ventana. "Al menos, ¿creo que acaba de empezar? De todas formas, *le encanta* su coche. ¿Hay alguna forma de comprobar si fue algo que hice o si estuvo ahí todo el tiempo?".

El hombre reprimió una risita.

"Puedo echarle un vistazo. Ahora estamos ocupados, pero..."

"¿Puede decirme si el coche tiene algún tipo de historial de tic-tac? Hace tic, tac, tic, tac, cada vez que piso el freno. Me haría sentir *mucho* mejor saber que no fue algo que yo hice. Lo trae aquí para los cambios de aceite".

"¿Cuál es el número de etiqueta?", preguntó el mecánico, volviendo a desviar la mirada hacia la ventanilla.

"Oh, cielos, yo..."

"No importa. Conozco ese coche".

Mientras los grandes dedos del hombre atacaban el teclado, Chase torció los hombros hacia delante, intentando liberar parte de la tensión. No sabía cómo lo hacía Tate. Ser falsa era física y mentalmente agotador y lo único que Chase estaba haciendo era flirtear discretamente con un mecánico.

"No, no, no hay registro de ningún sonido de tic-tac. Pero veo aquí que el coche del Sr. Barnes debe cambiar de aceite pronto. Como puede ver, hoy no es el mejor día pero..."

"¿Qué?" Chase estaba tan sorprendida que dejó de actuar. "¿Qué quieres decir con que le toca un cambio de aceite?".

El hombre frunció los labios.

"Sí, un cambio de aceite. El último fue hace casi seis meses".

Esto no puede estar bien.

"¿Estás seguro?"

"Sí."

"¿Puedes volver a comprobarlo? Es que la última persona que trabajó para mi jefe dijo que llevó el coche a cambiar el aceite la semana pasada."

El mecánico no miró su pantalla.

"No sé qué decirle, señora, si al Maybach-S le cambiaron el aceite, no lo hicieron aquí".

Alguien estaba mintiendo. A Chase no le gustaban los estereotipos, pero ese hombre que tecleaba con sólo dos dedos no le parecía alguien capaz de manipular las imágenes de vídeo del asesinato de Jake.

Por no hablar de por qué lo haría.

Eso significaba una de dos cosas: Stu estaba equivocado, o estaba mintiendo. ¿Pero por qué mentiría? ¿Para convencerlos de su inocencia?

Eso no tenía mucho sentido. Stu tenía que haber sabido que Chase investigaría y descubriría la mentira.

"Gracias", dijo con la comisura de los labios.

"Oye, ¿quieres reservar ese cambio de aceite para más adelante en la semana? Hola? Hola?"

Chase se marchó sin volverse. Sin embargo, no se dirigió al coche, sino que entró en uno de los garajes. Un rápido repaso reveló ocho coches y once mecánicos. Todos ellos eran hombres blancos, salvo uno negro. Todos vestían monos azules y todos tenían grasa untada en alguna parte de la piel.

Floyd, que había estado hablando con el único mecánico negro, la divisó, enganchó una barbilla y se acercó a su lado.

La intimidación no había sido la jugada interior con el hombre del ordenador. Pero ahora que Chase sabía lo que quería, lo que necesitaba, era el momento de volver a su pan de cada día.

Sacó su placa y la sostuvo en alto.

Alzando la voz, dijo: "Me llamo Chase Adams y soy agente especial del FBI. ¿Quién de vosotros puede conseguirme las imágenes de seguridad de hace cuatro días?".

Detrás de ella, se abrió la puerta del vestíbulo que daba directamente al garaje y entró el hombre con el que Chase acababa de hablar.

Miró su placa y frunció el ceño.

¿"FBI"? ¿De verdad? No me gusta que me mientan".

"Ya somos dos. Pero todavía voy a necesitar ver las imágenes de la cámara de seguridad. Y voy a necesitar verlo ahora".

Capítulo 40

El calor combinado con el agotamiento de Tony hizo que Happy Valley Gaming tuviera un aspecto diferente al que él recordaba. Seguía siendo un edificio de cristal, pero ya no era tan reflectante como una plácida masa de agua. Tenía ondas y ondulaciones, pequeñas imperfecciones en el cristal que dispersaban la luz en direcciones impredecibles. También parecía más corto, pero Tony lo atribuyó a la neblina del aire sofocante y al hecho de que cada vez que intentaba mirar hacia arriba, los ojos se le humedecían.

Hacía calor fuera, *mucho* calor. Y Tony llevaba horas sin beber nada. Tenía la sudadera empapada y la cara cubierta de una capa de sudor espeso y aceitoso.

No importaba cuántos pisos hubiera: diez, dieciséis o cien.

Sólo tenía que llegar a la cima.

Cruzó el aparcamiento arrastrando los pies, con la cabeza baja para que su pelo grasiento le cubriera la mayor parte de la cara. En su estado, sería un milagro que le dejaran entrar en el edificio. Pero tuvieron que hacerlo. Una vez que reveló quién era, tuvieron que hacerlo.

La caída de Tony de programador venerado, el hombre que había salvado por sí solo el valle misterioso, a lo que era ahora -despreciable, repugnante, a un paso de vagabundo- no tenía precedentes.

Un día... un día después de ser despedido y esto es en lo que se había convertido.

Tony llegó a la puerta y estaba a punto de abrirla cuando levantó los ojos y miró a través del cristal.

Entonces se quedó inmóvil.

Gina se había ido. La guapa secretaria pelirroja que le había saludado todos los días desde que empezó a trabajar en HVG ya no estaba detrás de su mesa.

¿La habían despedido a ella también? ¿Por qué la habían despedido? ¿Porque había sido amable con él?

Era un pensamiento irracional. Al fin y al cabo, la morena que estaba ahora detrás del mostrador, que, como el propio edificio, parecía más pequeño de lo habitual, podía estar sustituyendo a Gina, que podía estar enferma o haberse tomado un día libre.

Tony se apartó el pelo de la cara y entró en el vestíbulo con aire acondicionado. El aire era tan fresco que le sacudió el organismo y le puso la carne de gallina. Se estremeció, pero siguió avanzando hacia

los torniquetes... no, no eran torniquetes.

Los torniquetes habían desaparecido.

¿Qué coño?

Los torniquetes a los que Tony estaba acostumbrado habían sido sustituidos por nuevas mamparas de plástico, de las que se abren por la mitad y permiten pasar. Los lectores de tarjetas, pequeñas cajas metálicas sobre soportes redondos, eran los mismos, pero eso no importaba porque, de todos modos, él no tenía tarjeta. Se la habían confiscado al despedirle.

O eso es lo que él pensaba. Tony no podía recordar mucho de lo que había pasado, sólo que Jake había estado sonriendo con sus dientes de caballo y Stu...

"¿Perdón?" le gritó el sustituto de Gina. "¿Señor?"

Tony la ignoró y se acercó a las láminas verticales de plástico.

"¿Puedo ayudarle?"

Por costumbre, Tony se dio unos golpecitos en los bolsillos pero, por supuesto, allí no había ninguna tarjeta. Probó el plástico, intentó separar las dos mitades, pero eran sólidas y no se movían.

Tony había estado apretando la mandíbula y se obligó a relajarse. Luego intentó sonreír y se volvió para mirar a la secretaria.

Ella le había seguido hasta la mitad del vestíbulo.

"Hola, necesito hablar con Stu", dijo con calma. La mujer no retrocedió pero había empezado a inclinarse un poco hacia atrás.

"Oh, Stu," la mujer pareció sorprendida por la petición, e intentó guiarle hacia la recepción. Tony no lo hizo. "Bueno, señor, puedo concertarle una cita..."

¿"Cita"? No, yo trabajo aquí", afirmó Tony. Cuando la secretaria se inclinó aún más hacia atrás, suavizó su enfoque. "¿Qué pasó con Gina?"

"¿Gina...?"

A pesar de las palabras de la mujer, Tony se dio cuenta de que sabía exactamente a quién se refería.

"Sí, Gina", dijo impaciente. "Ya sabes, la pelirroja que ha estado trabajando aquí todos los días desde que empecé".

La mujer ladeó la cabeza y entornó los ojos.

"Lo siento, pero no estoy seguro de a quién se refiere".

Tony se acercó a la mujer. Volvió a sentir calor en la piel.

"¿Por qué mientes? ¿Por qué estás...?"

Se oyó un ping, un sonido que Tony reconoció de inmediato, y volvió a girarse.

Era Stu Barnes saliendo del ascensor. Y por una vez, el hombre no sonreía. Lo flanqueaban dos hombres: los abogados, no los guardias de seguridad, aunque eran casi idénticos a Tony. Sin embargo, no llevaban traje, sino ropa informal de negocios.

"Señor, si viene conmigo, puedo reservarle una cita". A su favor, la secretaria se esforzaba, pero era una causa perdida.

"¡Stu!" Tony gritó, agitando la mano.

Stu Barnes atravesó el tabique de plástico, que se abría automáticamente al acercarse desde el otro lado.

"¿Puedo ayudarle?"

Sí, ahora no sonríes, ¿verdad? Tony hizo una pausa. *¿Por qué no sonríes?*

Se había inventado todo un diálogo, una narración, que había ensayado en su cabeza cientos de veces mientras atravesaba el calor para llegar hasta aquí.

Pero ahora que Stu estaba frente a él, y no sonreía... Tony se olvidó de todo.

"Necesito recuperar mi trabajo".

"¿Perdón?"

"No, lo necesito. Mi trabajo. Lo necesito de vuelta. YO-YO-"

Los dos hombres que habían acompañado a Stu fuera del ascensor se pusieron en posturas más protectoras.

"Lo siento mucho, pero no conozco a todos los empleados. Podría ser..."

"¿Por qué mientes?" La voz de Tony era alta y tensa.

"¿Perdón?"

"¡Estás mintiendo! ¡Mientes, *joder*! ¡Robaste mi código! Yo resolví el misterioso..." Uno de los hombres se adelantó y le tendió la mano. Tony le apartó la mano de un manotazo. "No me toques, joder", estuvo a punto de gritar. "¡Robaste mi trabajo igual que Roger!"

"Escucha, colega, vas a tener que irte", dijo el mismo hombre al que Tony acababa de dar un manotazo.

"¿Roger...?" dijo Stu, todavía comprometiéndose con él a pesar del evidente desaliento de sus abogados.

¡"Roger Milligan"! No finjas no conocerlo. ¿El CEO de PopTop? Robó mi código. ¡Y ahora tú has hecho lo mismo!"

La expresión de Stu, que había sido de preocupación, se suavizó un poco.

"Mire, yo soy el director general, pero debo admitir que he pasado muy poco tiempo en Happy Valley y que mi conocimiento de lo que hace la gente aquí es mínimo. Si tiene una queja legítima, puedo organizarle una reunión con alguien que conozca el negocio..." Stu chasqueó los dedos y se volvió hacia el hombre que tenía a su lado. "¿Cómo se llama?"

"Jake".

"¿Jake?" Tony repitió la palabra con disgusto, pero se malinterpretó.

"Sí, Jake..."

El abogado rellenó el espacio en blanco de Stu.

"Hollister".

"Bien, Jake Hollister. Puedo conseguirte una reunión. Pero no puedes venir aquí vestido así y gritando. Eso no es..."

"¿Por qué finges no conocerme?" Tony chilló. "¡Eres un puto mentiroso! ¡Un ladrón y un *mentiroso!*"

Tony buscó la garganta de Stu con ambas manos pero ni siquiera se acercó a tocar al hombre. Los dos abogados se anticiparon al asalto y lo agarraron al mismo tiempo.

Esto desencadenó algo en el cerebro deshidratado de Tony: un flashback. En la vision, estaba siendo arrastrado fuera de HVG por dos hombres cuadrados, hombres mucho mas grandes que los abogados de Stu. Hombres que parecían idénticos el uno al otro.

Y como en el presente, le invadió la rabia.

"Asegúrate de darle agua a este hombre", dijo Stu. "Y dale algo de pasaje, si lo necesita".

"¿Puto dinero del autobús?" Tony gritó. Ahora lo arrastraban y Stu caminaba enérgicamente hacia la puerta principal. *"¿Dinero para el autobús?* ¿Eso es lo que me estás ofreciendo?"

Stu no respondió cuando salió. Tony se estremeció al ver al hombre ponerse al volante de un resbaladizo Mercedes negro como la medianoche.

"Tómalo con calma, amigo. Tómatelo con calma".

Tony ignoró al abogado.

"Vas a pagar", siseó Tony. "Como Roger pagó. Vas a pagar como Roger".

Capítulo 41

Chase no debería haberse sorprendido, pero lo hizo.

No había imágenes de seguridad de los días en que Stu afirmaba haber cambiado el aceite en Gordan's. El hombre al que había mentido era el jefe de mecánicos y también el gerente. El hombre al que había mentido en el vestíbulo era el mecánico jefe y también el gerente y, aunque no le impresionó su engaño, hizo todo lo posible por ser de ayuda. La cuestión era, sencillamente, que el hombre no lo era; no podía, por su vida, explicar por qué ese día era el único en que las cámaras no parecían funcionar.

"¿Alguien recuerda haber visto el coche aquí?" Chase gritó por encima del sonido ambiente del garaje. "Vamos, es un Mercedes-Maybach negro por el amor de Dios."

La mayoría de los hombres negaron con la cabeza.

Al parecer, servir a una clientela que incluía grandes apostadores y artistas de Las Vegas significaba que uno podía viajar en relativo anonimato incluso cuando conducía un coche que valía casi un cuarto de millón de dólares.

"¿Cambio de aceite, el miércoles pasado?" Chase siguió presionando. "¿Alguien?"

Nadie habló y ella maldijo en voz baja.

Estaban perdiendo el tiempo aquí.

Se volvió hacia el mecánico.

"Voy a necesitar una lista de sus empleados."

El hombre asintió y desapareció de nuevo en el vestíbulo. Chase despidió a los demás trabajadores y los observó atentamente, tratando de captar algún indicio.

¿Fue uno de ellos? ¿Fue uno de estos hombres el responsable de asesinar a Jake e inculpar a Stu?

¿Por qué?

No tenía sentido y no había forma de saberlo.

El mecánico volvió y le entregó una copia impresa que tenía manchas de grasa.

"Toma, espero que esto ayude".

Probablemente no lo haría: la persona que buscaban o bien no trabajaba en Gordon's o, si lo hacía, identificar su nombre entre los demás resultaría imposible.

Aun así, el mecánico había sido todo lo servicial que podía ser, cosa que Chase no se merecía, y ella se lo agradeció.

Luego arrastró a Floyd de vuelta al coche de Stu.

"Estoy cansado. Tan malditamente cansado".

"Yo también", admitió Floyd.

"¿Reservaste un lugar para quedarte?", preguntó mientras volvían hacia la mansión de Stu.

Floyd negó con la cabeza.

"No, sólo me subí a un avión. Stu tiene suficientes habitaciones para..."

"Probablemente lo mejor sea que consigas una habitación de hotel", sugirió Chase. Ella no creía que Stu fuera peligroso, ni mucho menos, pero si lo condenaban no quedaría bien que tres agentes del FBI - bueno, dos actuales y un ex- se hubieran alojado en su casa antes del juicio. "Estoy en el Juniper Inn, al final de la carretera. Bonito lugar. Seguro que Stu correrá con los gastos si Tate y tú queréis quedaros allí".

"*Hmm.*"

Esta respuesta estaba empezando a molestar a Chase casi tanto como que se refirieran a ella como "señora". Se detuvo en la entrada de Stu, aparcó el coche y se volvió agresivamente hacia su amiga. Era hora de aclarar las cosas de una vez por todas.

"Floyd, cuando yo..."

"¿Por qué te importa tanto?", interrumpió el hombre.

Chase retrocedió como si las palabras de Floyd equivalieran a una agresión física.

"¿Perdón?"

"¿Por qué te importa tanto Stu Barnes?"

"Es un..."

Una vez más, Floyd se negó a dejarla contestar.

"Entiendo que te salvó. Y sé todo lo que pasó en Las Vegas. Pero aún así", se encogió de hombros, "¿has venido hasta aquí para ayudarle a salir de un aprieto? ¿Por qué?"

Esta no era la pregunta, por supuesto. La verdadera pregunta era la que Floyd no estaba haciendo.

¿Por qué te preocupas tanto por Stu, pero tan poco por mí?

Chase suspiró.

Sólo díselo. Háblale de Brian Jalston, de su salida de prisión y de pedir la custodia de Georgina. Lo entenderá.

Cierto, pero entonces también estaría agobiado por otro asunto y Floyd ya tenía bastante con lo suyo.

"No... no soy buena para ti, Floyd", admitió. Chase miró por el parabrisas hacia la mansión de Stu. "Cuando termine este asunto con Stu, me iré de aquí. Tal vez reciba una tarjeta de Navidad o algo de él en mi cumpleaños. Y si alguna vez voy a Las Vegas, lo buscaré". Esta vez, cuando Chase deseaba interrumpir, Floyd le permitió continuar. Y lo hizo... a regañadientes. "Pero contigo... estamos conectados. Y

cuanto más conectados estamos, más peligroso es para ti. Cuanto peor..." Ella cerró los ojos, pensando en la forma en que solía ser, cómo se arriesgaría a cualquier cosa para conseguir una dosis. "Mira, es mejor para ti si me mantengo alejado."

Floyd se quedó mirándola largo rato sin pestañear siquiera. Pero a Chase no le afectó la conmoción del hombre. A pesar de sus duras palabras, sentía como si se hubiera quitado un peso de encima. Chase no era la más introspectiva de las personas, pero sabía que era tóxica. Brad también lo había sabido: había aceptado la primera y más lejana oferta de trabajo que le habían hecho, había hecho las maletas y se había marchado. Se llevó a Felix con él. Stitts también lo sabía. Y Floyd... era demasiado inocente para ser corrompido por ella.

"Eres un cobarde."

Chase sintió que le sacaban todo el aire de los pulmones como si tuviera un torno de banco alrededor de la cintura.

"¿Qu-qué?"

Pero la palabra cayó en saco roto. Floyd ya había salido del coche y corría hacia la puerta de Stu. Ella lo persiguió, pero él entró antes de que ella pudiera acercarse.

Y en cuanto cruzó el umbral, Chase volvió al modo FBI.

"¿Algo?" Stu preguntó desesperadamente.

Floyd fue quien contestó.

"Lo siento, las grabaciones de seguridad fueron borradas, probablemente usaron el mismo dispositivo que el de tu coche. Peor aún, no tienen constancia de que estuvieras allí".

"Pero lo estaba", protestó Stu. "*Lo estaba*".

"¿Recibiste un recibo?" Preguntó Floyd.

Stu frunció el ceño.

"No hay recibo. Lo tienen todo archivado, normalmente sólo facturan a mi tarjeta. YO-YO-"

"No pasa nada", dijo Chase, intentando calmar al hombre. Sacó la lista de empleados y se la pasó a Stu. Estaba tan frustrado que se la arrebató. "¿Reconoces alguno de estos nombres?"

Stu escaneó rápidamente la lista.

"No lo sé. Creo que no". Stu levantó los ojos del papel y la miró fijamente. "¿Crees que el mecánico fue el tipo que puso esa cosa scrambler en mi coche? Crees que..."

"Tal vez. ¿Recuerdas cómo era? ¿El hombre que te cambió el aceite?"

Ella también sabía la respuesta, pero tenía que preguntar.

"Quiero decir, parecía un tipo normal", tartamudeó Stu. "Un mecánico, ¿sabes?"

Chase asintió. En Gordon's sólo se veían monos azules y manchas de grasa. Stu se estaba desinflando, y la sensación era contagiosa.

"Háblales de Isaac", Will bajó de sus labios una taza de lo que parecía café. "¿Stu?"

"¿Isaac?" preguntó Chase, incapaz de mantener la emoción en su voz. Estaban desesperados y todos lo sabían.

"Sí, Isaac Lomax. Vicepresidente de software en Happy Valley. Me puse en contacto como me pediste y está dispuesto a hablar. Es el *único* que está dispuesto a hablar".

"¿Le conoces bien?"

"No, la verdad es que no. Le he visto una o dos veces. Hablamos por teléfono antes de comprar Happy Valley. Pero dijo que hablaría conmigo".

"¿Cuándo?"

"Esta noche".

Chase se lo pensó y sacudió la cabeza.

"No, esta noche no". Le miró el tobillo. Aunque Stu llevaba pantalones, ella podía ver el bulto del monitor del tobillo debajo. "¿Él lo sabe?"

"No, no lo creo."

"Vale, prepara la reunión para mañana. Desayuno. En algún sitio concurrido".

"No puedo irme, Chase. I-"

"No vas a ir. Yo sí". Nadie protestó, ni siquiera Floyd, así que Chase cambió de tema. "¿Tate? ¿Escuchaste algo de lo que dijimos?"

"¿Qué?" El imbécil aún tenía la cabeza metida en el casco de RV. "¿Chase? ¿Eres tú?"

Por el amor de Dios.

"¿Has averiguado algo?", preguntó en un tono casi de grito.

"No... quiero decir, aparte del hecho de que... joder, espera". Tate se quitó la máscara y estiró la piel bajo los ojos. Luego parpadeó larga y lentamente. "Jesús, eso es desorientador."

"¿Conseguiste algo de las grabaciones de seguridad en HVG?"

"No, la verdad es que no. Se fue tarde la noche que fue asesinado, solo, más o menos a la misma hora que todas las otras noches. Este Jake Hollister trabajaba mucho. Quiero decir, prácticamente dormía en la oficina. Especialmente en los días previos a su asesinato".

"¿En qué estaba trabajando?"

Tate se encogió de hombros.

"Ni idea. Sólo tengo imágenes de gente yendo y viniendo. ¿Quizás este tal Isaac pueda aclararlo?" Tate levantó la barbilla hacia Will. Tenía una línea roja alrededor de la cara de donde la máscara estaba demasiado apretada que recordó a Chase el anillo que los niños pequeños tendrían alrededor de sus culos cuando se sentaban en el inodoro durante demasiado tiempo. "¿Tienes una foto de este tipo?"

Así que te enteraste, pensó Chase. *¿A qué juegas, Tate?*

Will hizo girar el portátil y les mostró la biografía de Isaac Lomax de la página web de Happy Valley.

"No me digas", dijo Tate. Golpeó el casco de realidad virtual. "Isaac está aquí. Pasa mucho tiempo hablando con Jake. Secretos, ¿sabes?"

Tate recogió la máscara, con la clara intención de volver a ponérsela.

"Tal vez deberías tomarte un descanso", sugirió Chase. "Sé que necesito uno".

Tate levantó un hombro.

"*Mehhhh*".

"Bueno, voy a comer algo", dijo Chase. "Stu, contacta con Isaac y cambia la reunión para mañana por la mañana. Diez-ish. Nos reuniremos aquí antes de eso. Temprano"

Y entonces Chase se fue, desafiando a que alguien le dijera que se quedara.

Nadie lo sabía, ni siquiera Floyd, y esto, por alguna razón, entristeció a Chase un poco más de lo que había estado cuando había entrado en la mansión.

Capítulo 42

Tony no se fue a casa. Los dos hombres que lo escoltaron fuera de Happy Valley le dijeron que se fuera a casa, pero no lo hizo.

Claro, fingió que era allí adonde se dirigía, pero rechazó un taxi, que aquellos imbéciles incluso se ofrecieron a pagar, y se puso en marcha a pie. Cuando los dos hombres volvieron a entrar, observó cómo Stu Barnes se marchaba en su lujoso coche desde su escondite. No era una tarea especialmente fácil, dado que la sede de Happy Valley Gaming era esencialmente un espejo en el desierto. Había un único árbol grande en el lado este del edificio, que ofrecía una mísera sombra para una mesa de picnic que sólo un demente utilizaría durante el día. Probablemente algún mandato de Recursos Humanos.

Tony se acurrucó junto a ella, apoyando la espalda contra el tronco, con los ojos fijos en la fachada de Happy Valley.

Y luego esperó.

Y esperó.

Y esperó.

El tiempo tenía una curiosa forma de operar en el desierto, especialmente para alguien que estaba deshidratado y al borde de la insolación. Varias veces, Tony, en un estado de delirio leve, se había levantado con la intención de dirigirse a casa, o de ir a cualquier sitio a beber agua, pero su cuerpo había rechazado la idea.

Se quedó dormido y, cuando despertó un poco más tarde, el sol se había puesto y el aire se había enfriado.

Era tarde cuando Jake salió por fin del edificio. Pasada la medianoche, sin duda, pero más allá de eso, Tony era incapaz de ser más específico.

A pesar de tener la cabeza gacha, Tony podía ver la fatiga reflejada en la postura del hombre. Sus hombros estaban redondeados, su barbilla hacia abajo como si su cabeza se hubiera vuelto demasiado pesada para su cuello. Tony sintió un dolor similar en todo su cuerpo, pero el suyo se extendía hasta la parte baja de la espalda.

Gruñendo, Tony trepó por el tronco hasta ponerse de pie. Se vio obligado a ignorar el dolor y empezó a correr para alcanzar a su ex jefe.

"¿Jake?" Tony dijo cuando estaba a una docena de pies del hombre. "Oye, ¿Jake?"

Sobresaltado, Jake se dio la vuelta. Sus ojos se desorbitaron y se lamió los labios con furia, lo que indicaba claramente que tenía los nervios destrozados por el exceso de cafeína y Adderall.

"¿S-sí?"

¿Sí? ¿Qué clase de pregunta era esa?

"No me digas 'sí'", espetó Tony. "Sabes lo que quiero: me robaste el código".

Jake dio un paso atrás.

"¿Qué? No sé de qué estás hablando."

Oh, era bueno. ¿Quién sabía que Jake era un actor de nivel Oscar para ir junto con un bastardo mentiroso y ladrón?

"No te hagas el tonto conmigo", se mofó Tony. "Yo rompí el valle y tú robaste el código. Luego me despediste. Quiero volver".

"Amigo, no sé de qué estás hablando".

Tony gruñó y se abalanzó sobre el hombre, pero sus músculos estaban débiles y sus movimientos cansados por haber estado sentado al sol todo el día. Jake se puso fácilmente fuera de su alcance.

"Voy a llamar a la policía", advirtió Jake. Miró hacia Happy Valley, pero ambos sabían que nadie iba a salir a salvarle. "Si te acercas a mí, llamaré a la policía".

Estaba mintiendo. Jake no llamaría a la policía porque entonces tendría que explicar el código robado.

"¡Déjame volver a entrar!" Tony gritó mientras se abalanzaba.

Jake estaba agotado, pero Tony estaba en una forma mucho más dura. A pesar de tener el factor sorpresa de su lado, Jake esquivó fácilmente su ataque al tiempo que asestaba una patada de barrido sorprendentemente hábil a los tobillos de Tony.

Estaba en el aire y luego cayó.

Duro.

La barbilla de Tony chocó contra el pavimento y sus dientes rechinaron con una intensidad tan violenta que los dos delanteros se partieron por la mitad. Gritó y la boca se le llenó de sangre: ¿de los labios? ¿De la lengua? ¿De dónde salía la sangre? Tony sólo era consciente pasivamente de que uno de sus codos había recibido el impacto que su barbilla, egoístamente, se había negado a absorber.

"No quería hacerte daño, Tony, no quería. ¡Pero se supone que no deberías estar aquí!"

Aún emitiendo un prolongado graznido originado en algún lugar profundo de su vientre, Tony consiguió levantar los ojos para mirar a Jake a través de una visión bañada en lágrimas.

Fiel a su palabra, había sacado el móvil y se lo había acercado a la oreja.

"Robaste mi código..." Tony trató de decir, pero sus palabras estaban húmedas de sangre.

"No", murmuró Jake. "No, no, no... todo esto está mal".

"¡Lo robaste!" Incluso para Tony, esto sonaba mal-usted *shhhtole etch.*

"9-1-1, ¿cuál es su emergencia?" Tony oyó las palabras a pesar de que el teléfono aún estaba contra el lado de la cabeza de Jake. "¿Hola? ¿9-1-1?"

Jake colgó el teléfono. Su cara parecía diferente ahora. Estaba más enfadado que sorprendido.

"¡No había ningún código, Tony! Cerberus no se trata de código, nunca lo fue. Se trataba de ti. Déjalo en paz. Por favor, déjalo en paz."

La sangre goteaba por la parte posterior de la garganta de Tony y éste escupía y tosía. Cuando se recuperó, Jake ya estaba entrando en su coche.

"¡No!" Tony gimió.

Mientras miraba a Jake alejarse, rodó sobre su espalda, escupió a un lado y se quedó mirando la luna creciente. Pasando la lengua por lo que quedaba de sus dos dientes delanteros, Tony se dio cuenta de que las partes que le faltaban tenían exactamente esa forma: de media luna.

Jake le había dicho que no se trataba de su código.

Pero lo era.

Siempre se trataba del código.

¿Dejarlo estar? ¿De verdad?

Cuando empezó a trabajar en HVG, Tony pensaba que Jake y la empresa eran diferentes.

Pero no lo eran.

Eran como PopTop Games. Igual que Roger Milligan.

Happy Valley, PopTop, Stu Barnes, Roger Milligan, Jake Hollister.

Eran todos iguales. Todos iguales.

Le habían robado, ambos afirmando que era un mentiroso, que su código no existía, que no era nadie, que no valía nada, que no existía.

Tony empezó a despegarse lentamente de la acera, con una mueca de dolor en el codo. La sudadera le apretaba la articulación, que había triplicado su tamaño normal.

Un plan comenzó a formarse en su cabeza. Un plan delicioso, delicioso. Un plan irónico.

Un hermoso plan.

Afirmaban que su código no existía, que él no hacía ningún código. Quizá era hora de hacerles pagar por algo que no habían hecho.

Cuando por fin consiguió ponerse en pie en toda su estatura, Tony volvió a mirar la luna. Luego sonrió, maravillado de que sus dientes se parecieran a la luna. Por ahora, al menos. Pero las cosas cambian. En un día o dos, una semana, tal vez, la luna estaría llena.

Pero los dientes de Tony seguirían siendo medias lunas.

Y su código seguiría desaparecido.

Capítulo 43

Floyd nunca había sido un gran bebedor. No había ido a la universidad y, cuando otros chicos de su edad salían a emborracharse, él estaba demasiado ocupado trabajando para su tío como para pasar muchas noches en la ciudad. Pero no se trataba sólo de falta de oportunidades, sino también de que su tartamudez debilitante le impedía tener amigos con los que salir de fiesta.

Ésta fue la razón principal por la que, tras sólo tres cervezas durante una cena más bien mundana y pedante con sus socios pasados y presentes, Floyd iba camino de emborracharse.

Después de ingerir una cuarta bebida, ya había llegado al final.

Cuando llegó el cheque, Chase fue el primero en cogerlo.

Floyd le hizo un gesto con la mano a Tate.

"Oye, ¿por qué no colaboras?"

Tate, que había bebido más que él pero toleraba mucho mejor el alcohol, frunció el ceño.

"En este momento no tengo dinero".

"Sí, claro", dijo Floyd con risa fingida. "Sin dinero, mi culo".

Tate le lanzó una daga.

"Relájate", dijo Chase, ofreciéndoles a ambos una mirada curiosa. "Se lo pasaré a Stu".

Y el hombre lo pagaría con gusto. Todo lo que Floyd tuvo que hacer fue mencionar que no tenía dónde dormir, y Stu había llamado a la posada Juniper donde Chase tenía una reserva, tal como dijo que haría. Floyd había pedido su propia habitación, pero Tate insistió en que compartieran. Porque, por supuesto, lo hizo.

Choo-Choo, Floyd.

"Estoy cansado", proclamó Chase, un sentimiento compartido por todos. "Creo que me voy a mi habitación".

Se despidieron y Floyd, tropezando un poco, siguió a Tate, que no paraba de divagar sobre lo realista que era el metaverso. Stu le había prestado el equipo de realidad virtual y estaba deseando volver a una realidad alternativa.

Tate utilizó la tarjeta electrónica para desbloquear la puerta de la habitación del hotel y se la abrió a Floyd.

"¿Sabes lo que estoy pensando?" Tate dijo, una gran sonrisa se extendió por su rostro. "Estoy pensando que follar en el metaverso sería..."

"¿Qué pasa con la lucha?"

Tate dejó de sonreír.

"¿Qué?"

Floyd se dejó caer en la cama. Puso las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos.

"Quiero decir, ¿puedes encontrar algún traficante de poca monta al que golpear y s-s-robarle el dinero en el m-metaverso?". Las palabras de Floyd se atropellaban, pero seguían siendo comprensibles.

O eso creía. Pero al no recibir respuesta, abrió un ojo y giró la cabeza para mirar a Tate.

La mandíbula del hombre estaba tensa, al igual que los músculos del cuello.

"No es lo que piensas, Floyd".

Floyd soltó una carcajada.

"Oh, sí, se trataba de enseñarme las cuerdas, ¿verdad? ¿Aprender cómo funcionan las cosas en la calle? ¿Cómo robar a la gente?"

"No", espetó Tate. "Bueno, sí, lo de aprender las calles era mentira. Pero tú no...", dejó que se le cortara la frase.

"Yo no, ¿qué? Sí, claro, el pequeño Floyd con sus pequeños problemas no entiende los grandes problemas de los niños. Estoy harto de oír eso. Tú y Chase sois iguales. No lo entenderás. ¿De verdad? ¿Por qué no lo intentas conmigo, entonces? ¿Eh? Maldita sea, vosotros dos f-f-f-f-f..." Ahora era su turno de terminar su frase prematuramente, aunque probablemente por razones muy diferentes. Pero cuando se dio cuenta de que las manos de Tate se habían convertido en puños, consiguió controlar su tartamudeo y dijo: "¿Qué, vas a pegarme ahora? Para que lo sepas, no tengo dinero para s-robar".

Por alguna razón, los comentarios incendiarios de Floyd, diseñados para incitar, tuvieron el efecto contrario. Los labios de Tate se transformaron de una delgada y apretada línea, a una sonrisa burlona.

"Estás borracho, hermano. Duerme la mona".

"Da igual", refunfuñó Floyd. Volvió a cerrar los ojos y se puso de lado. "¿Qué estoy haciendo aquí?"

Ayudar a un amigo, le decía una vocecita en el fondo de su cabeza. No, eso no está bien. Ayudar *a un amigo de un amigo... a un amigo de un amigo de un amigo... Choo-Choo, el tren se ha detenido en la estación. ¡Última parada, todo el mundo fuera!*

Floyd debió de quedarse dormido porque apenas oyó abrirse la puerta de la habitación del hotel. Se volvió en esa dirección, pero el alcohol había vuelto lánguidos sus movimientos. La puerta se cerró justo cuando Tate salía con el maletín que contenía el equipo de RV en la mano.

Giró la cabeza.

Que se joda él y que se joda Chase, fue el último pensamiento que tuvo Floyd antes de que se lo llevara el sueño.

Aquella noche soñó con un tren. Siguiendo el consejo del Dr. Matteo, la locomotora seguía en marcha y no se detenía. Floyd estaba en la silla del revisor y llevaba un antiguo sombrero a rayas blancas y negras. Más adelante, había una bifurcación en las vías y, al timón de un tren que no podía detenerse, Floyd tenía que elegir qué camino tomar.

Y en cada una de esas vías había una persona. Chase estaba a la derecha, con las manos en las caderas y su extraño pelo blanco grisáceo ondeando al viento. A la izquierda, Tate se masajeaba el bigote con una mano.

Lo viejo y lo nuevo. Pasado y presente.

Es hora de *Choo-Choose*, Floyd.

Es hora de *elegir de* qué lado estás realmente.

Capítulo 44

Era fácil. Demasiado fácil.

Tony ya tenía una pistola, una pieza que había adquirido hacía unos años, cuando se produjo una oleada de robos en su barrio. El codificador Bluetooth lo compró en el condado de Broward con dinero en efectivo. La ubicación que planeaba utilizar era, cuando menos, poética. También era conveniente. Aunque el acceso de Tony a todo lo relacionado con HVG había sido revocado, las instalaciones *de U-lock-it pertenecían a* la misma empresa matriz, la de Stu Barnes, y utilizaban un software de ciberseguridad similar. Pero a diferencia del Metaverso de Happy Valley, que, gracias a su ayuda, era casi imposible de piratear, nadie puso mucho empeño en proteger las grabaciones de seguridad de un almacén en medio de la nada. Lo mismo podía decirse de las cámaras de la casa de Stu Barnes.

Encontrar la dirección del hombre había sido fácil, al igual que piratear su router. Crear la falsificación resultó ser un poco más difícil, sobre todo porque la sincronización tenía que ser perfecta, pero era el *puto* Tony Metcalfe.

Y, según el propio hombre, según Jake Hollister, *¡Tony Metcalfe es el mejor programador informático de todo el mundo!*

Lo más difícil sería atraer a Jake al almacén, sobre todo porque el hombre estaría nervioso por su "encuentro".

Tony se frotó con la lengua los dientes delanteros rotos.

Cerberus... anoche, Jake volvió a mencionar Cerberus.

Su proyecto secreto. En el que, según él, una vez que la gente entraba, no podía evitar quedarse.

Un mundo sin reglas, salvo que sólo tienes una oportunidad. Caos controlado... ¿pero controlado por quién?

Por eso Jake estaba tan desesperado por mejorar la calidad de los PNJ, por hacerlos más reales, más realistas.

Allí había potencial y Tony lo sabía. Había un mercado para el caos. Se vendía en latas de colores brillantes, desfilaba por las calles bajo diferentes banderas, se profesaba en hilos de Reddit que parecían manifiestos.

Tony también sabía que todo lo que se creara bajo el techo de Happy Valley o por un empleado de HVG, ya fuera un trabajo paralelo o en tu tiempo libre, acabaría convirtiéndose en propiedad suya.

Como su maldito código.

Jake había sido muy reservado acerca de Cerberus por una razón.

Porque no quería compartir. No con HVG y después de conseguir lo

que quería de Tony, tampoco con él.

Esto le dio una idea a Tony. No tenía tiempo para crear una identidad completamente nueva, así que modificó a alguien que ya existía, secuestró su perfil, por así decirlo. Alguien con dinero e influencia, alguien que ya hubiera expresado su interés por el metaverso. Entonces sólo tuvo que empezar a tantear, al principio de forma ligera, preguntando sobre nuevos desarrollos y aplicaciones.

Buscando algo nuevo y único para comprar.

Y Jake mordió el anzuelo, el sedal y la *puta* plomada.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba, y Tony levantó los ojos de la pistola que yacía en la entrepierna de sus sucios pantalones de chándal hacia la pared que tenía enfrente.

La pared estaba cubierta de artículos, impresiones, fotos y notas manuscritas.

Ahí estaba Roger Milligan, sonriendo durante su anuncio de que PopTop no sólo había superado, sino que había *hecho añicos* las estimaciones de beneficios trimestrales, tal y como aparecía en la foto de su obituario.

Tony no se detuvo en ellas. Su atención se centró en dos imágenes más recientes: Jake Hollister y Stu Barnes.

La situación de Roger Milligan no había salido como estaba previsto. Ni por asomo. Tony lo había jodido casi todo y casi le habían pillado.

Pero esta vez las cosas serían diferentes.

Alguien sería atrapado por el asesinato de Jake.

Pero no sería él.

También conseguiría la contraseña que necesitaba, la contraseña maestra del metaverso que sólo Jake Hollister poseía. Tony entraría, cogería su código y lo sacaría. Luego lo vendería al mejor postor. Tal vez incluso tomaría Cerberus como propia, vender eso, también. ¿Y por qué no? Era su código lo que hacía que la cosa fuera buena, si es que lo era. Y en lugar de Happy Valley o PopTop cosechando las recompensas esta vez, sería él.

Tony apretó con fuerza la pistola, sin apartar los ojos de las dos fotografías de los hombres que le habían jodido.

"Sí", susurró. "Esta vez seré yo. Por una vez en mi puta vida, será mi momento de brillar. Y todo el mundo sabrá exactamente lo que Jake Hollister ya sabe".

Tony se aclaró la garganta, se pasó la lengua por los dientes astillados y, con su mejor imitación de la voz de su ex jefe, gritó: "*¡Tony Metcalfe es el mejor programador informático de todo el mundo!"*.

Entonces empezó a reírse.

Capítulo 45

Chase había cruzado la perniciosa línea entre estar agotada y no poder dormir. Peor aún, el cansancio había hecho que sus pensamientos se fundieran en una retorcida creación de Salvador Dalí.

Brian Jalston, Floyd, Georgina, Stu, el metaverso. Cerebrum, la píldora que hacía que los no creyentes se quitaran la vida, tuvo un breve papel protagonista.

Al menos Georgina estaba a salvo, al menos por el momento. Louisa protegería a la niña con su vida, pero si los tribunales la llamaban... ¿qué haría entonces?

Chase estaba sentada en la esquina de su cama, retorciendo las sábanas entre sus manos.

No llegaremos a eso. No dejaré que llegue a eso. Si tengo que hacerlo, huiré.

A diferencia de Floyd, que al parecer estaba cabreado con el mundo entero, ella no se había excedido con las bebidas en la cena. Sólo dos pintas, y eran basura comercial de bajo VAB. Lo que quería ahora era un buen whisky. Algo ahumado. Algo con fuerza de barril que calmara su mente y la ayudara a dormir.

Una vez decidida, Chase salió de la habitación del hotel y se adentró en la noche. Aunque no era tan sofocante como antes, seguía haciendo bastante calor. Las Vegas era así de extraña. En casi todos los sitios donde había vivido, desde Seattle hasta Nueva York, había estaciones bien diferenciadas, que se reflejaban a menor escala durante el día. Hacía fresco por la mañana (primavera), calor a mediodía (verano), más fresco por la tarde (otoño) y frío por la noche (invierno).

Pero no en Las Vegas. En Las Vegas hacía un calor sofocante o simplemente un calor normal.

Chase estaba tan inmersa en esta absurda línea de pensamiento que no se dio cuenta inmediatamente de que el hombre que estaba de pie con la frente pegada a la máquina expendedora era Tate.

Estaba completamente inmóvil, con una mano agarrando el asa de un maletín y la otra colgando a su lado.

"¿Tate?"

Cuando el hombre no reaccionó, Chase consideró que tal vez no era Tate. Se acercó para verlo mejor.

"¿Tate? ¿Estás bien?"

Temiendo que hubiera sufrido un derrame cerebral o un infarto, Chase corrió hacia él.

"¡Tate!"

Agarró al hombre por el brazo y lo hizo girar, preparada para atraparlo si se caía; una idea estúpida, dado que Tate pesaba al menos quince kilos más que ella, probablemente más. Pero no se cayó. Por el contrario, finalmente se volvió para mirarla.

Había una profunda tristeza en los ojos de Tate. Un dolor real que Chase reconoció. Un dolor que le resultaba extrañamente familiar.

Se dio cuenta de que *éste era el verdadero Tate*. No la persona que fingía ser, la que le pedía un autógrafo en broma o que disfrutaba asqueando y burlándose de Floyd.

"Mierda, ¿estás bien?"

Tate se estremeció, una pequeña convulsión, y luego le ofreció una débil sonrisa.

"Sí, bien. Creo que le pusieron queso a mi hamburguesa. Maldita lactosa".

Chase soltó el brazo del hombre.

"No hagas eso".

Tate se frotó el bigote.

"¿Hacer qué?"

Chase no estaba seguro de por qué había dicho lo que había dicho. Los asuntos de Tate eran los asuntos de Tate. Apenas conocía al hombre. Pero por mucho que quisiera culpar al agotamiento, Chase sabía que había otra razón por la que lo había desafiado.

Era por lo que había visto en sus ojos. Veía la misma mirada cada vez que se miraba al espejo.

"Miente. Puedes mentirle a Floyd... bueno, yo le miento a él, miento para protegerlo todo el tiempo, pero no necesitas hacerme eso a mí. No necesito protección".

Tate trató de sonreír, pero este intento fue aún más patético que el primero.

Chase volvió a agarrarle del brazo, esta vez con suavidad, y le llevó en dirección a su habitación. No dijeron nada hasta que llegaron a la habitación de ella y Chase, que deseaba desesperadamente un whisky humeante, se decidió por dos botellas pequeñas de Jack Daniels de la nevera. No se preocupó por los vasos, simplemente les quitó la tapa antes de darle uno a Tate y guardarse otro para ella.

Tate se dejó caer en la única silla de la habitación, mientras que Chase optó por su posición habitual en la cama, con la mano libre extendida esta vez en lugar de envolver los dedos en la fina sábana.

Ella no dijo nada, ninguno de los dos lo hizo. Se limitaron a sorber su whisky en silencio.

Sólo cuando terminaron con sus primeras botellas y Chase había recuperado dos más, Tate dijo finalmente: "Le mentí".

La tristeza había vuelto a sus facciones.

"Floyd, le mentí. Y odio haberlo hecho. Es un buen chico, tú lo sabes mejor que yo, pero...". Tate hizo una pausa para ordenar sus pensamientos. "Hay cosas que no necesita saber. Algunas cosas a las que no debería haberle expuesto... joder. No sé por qué..."

"Era adicto a la heroína", soltó Chase. "Trabajaba de incógnito como narco para la policía de Seattle y me pasó algo. Me metí demasiado y tomé mi primera dosis para salvar la cara, pero también para escapar. Luego no pude parar. Me follé a todos y a todo para asegurarme de que podía conseguir otro golpe. Eso era lo único que importaba".

Si Tate se escandalizó por su admisión, o incluso se sorprendió, nunca lo dejó entrever.

¿Qué coño estás haciendo, Chase?

No sabía de quién era esa voz, pero reconoció la que siguió.

Era el Dr. Matteo.

Vive el puto momento.

Bueno, menos lo de *hijo de puta*.

"Intentaba olvidar. Mi hermana...", vaciló Chase cuando un torrente de recuerdos le robó las palabras. Flashes de su hermana con su pelo naranja brillante, pareciéndose tanto a su sobrina, a la pequeña Georgina. "Se la llevaron, la secuestraron. Y no pude encontrarla. Por más que lo intenté, no pude encontrarla. Y la heroína me ofreció algo que nadie ni nada podía ofrecerme: la capacidad de olvidar. La capacidad de olvidar lo que le pasó a ella, a nosotros. No era sólo el subidón, aunque era potente. Era que cuando era adicto lo único que me importaba era conseguir más heroína. Y eso significaba que no podía pensar en nada más... incluyendo a mi hermana".

Tate asintió y se terminó el poco whisky que quedaba en el recipiente de plástico. Luego cruzó las manos sobre el regazo y suspiró.

"Hace un par de años, mi mujer y mi hija sufrieron un terrible accidente. Volvían a casa de un evento, una celebración para mi hija, que acababa de competir en un campeonato de natación. Tenía dieciséis años. Salieron del evento sobre las nueve de la noche. Llovía a cántaros y, por alguna razón, intentaron saltarse un semáforo en rojo. Se desviaron y chocaron contra otro coche. El hombre del otro vehículo no sobrevivió y mi hija quedó paralítica". Cuando Chase vio las lágrimas que corrían por las mejillas del hombre, terminó su bebida y se acercó a él. Le puso una mano reconfortante en el hombro. "Mi mujer... estaba bien, pero también estaba borracha. La arrestaron y me gasté hasta el último centavo en conseguir ayuda para mi hija y en intentar que mi mujer no fuera a la cárcel. Fracasé en ambas cosas. Mi mujer está cumpliendo quince años, mi hija no puede andar y los terrores nocturnos que sufre nos mantienen a los dos despiertos cada

noche."

Chase se apoyó en Tate mientras sollozaba.

"Cada dólar que gano se destina a ayudar a mi hija... Trabajo para pagar que la cuiden durante el día".

Chase tuvo la impresión de que había más en esta historia y que, al igual que ella, Tate estaba omitiendo ciertos detalles, pero eso estaba bien. También tuvo la sensación de que esto era lo máximo que el hombre había compartido con alguien en algún tiempo.

"A veces -continuó Tate tras un puñado de respiraciones temblorosas- dejo que los traficantes vendan su mierda con inmunidad si me pagan una parte. Lo harán de todos modos. Pero limito cuánto pueden mover y dónde, y uso el dinero para...".

Chase levantó la barbilla de Tate.

Y entonces le besó. Quizá fuera la vulnerabilidad del hombre o quizá el hecho de que por fin pudiera relacionarse con alguien cuyo dolor era tan profundo como el suyo.

O tal vez lo que sentía era menos refinado y de naturaleza más carnal.

Tate le devolvió el beso. Su bigote le hizo cosquillas en el labio superior, pero esto sólo hizo que ella se inclinara hacia el beso y su lengua se deslizara de su boca a la de él.

Tate la agarró por la nuca y tiró de ella con fuerza. Se besaron hambrientos, ambos desesperados, ambos necesitados de sentir algo más que dolor.

A pesar de toda su cháchara de macho, Tate era demasiado educado, demasiado reservado. Eso cambió cuando Chase le cogió la mano y se la puso sobre uno de sus pechos. Fue como si ella hubiera activado un interruptor en él: Tate le arrancó la camisa, le desabrochó el sujetador y le apretó el pezón entre el pulgar y el índice, poniéndoselo duro al instante.

Chase jadeó.

Esto fue doloroso, pero fue un buen tipo de dolor.

Tate apartó la cara y trazó húmedos senderos con los labios y la lengua desde la clavícula hasta el pecho, antes de llevarse finalmente el pezón a la boca.

Gimiendo suavemente, Chase metió la mano en sus pantalones, sintió su dureza y empezó a acariciarlo.

Apenas llegaron a la cama.

Chase terminó primero, jadeando, arrastrando las uñas por la espalda de Tate mientras se corría. Unos segundos después, Tate hizo lo mismo, estremeciéndose al desplomarse sobre ella.

Era el mejor sexo que Chase había tenido desde... bueno, desde que tenía memoria.

Después de recuperar el aliento, Tate rodó sobre su espalda. Para

Chase, el sueño llegaba rápido. Para él, no tanto. En algún momento de la noche, Chase se despertó y encontró la cama vacía a su lado.

Pero Tate no la había dejado. Estaba sentado en la silla, con las gafas de realidad virtual de Stu sujetas a la cabeza.

Todos tenemos nuestras adicciones, pensó incomprensiblemente, antes de ponerse de lado. *Algunas son más mortíferas que otras.*

PARTE III - Cerberus

Capítulo 46

"No, no, no", murmuró Tony, sacudiendo la cabeza. Mechones de pelo grasiento, como espaguetis recocidos, se le pegaron primero a la mejilla derecha y luego a la izquierda.

Las cosas habían ido perfectamente hasta que dejaron de ir.

Stu había sido arrestado por el asesinato de Jake incluso más rápido de lo que Tony podría haber esperado. Pero luego lo habían dejado salir de nuevo.

Fianza.

Le dieron la libertad bajo fianza.

Tony no se lo podía creer.

Debería haber dejado el arma. Debería haberla dejado.

Su plan inicial había sido sacar las huellas de Stu de su coche y colocarlas en la pistola con la que había matado a Jake. Pero el estúpido mecánico con la cara arrugada seguía acercándose, metiéndole prisa. Tony no tuvo tiempo de sacar una huella utilizable. Apenas había tenido tiempo de instalar el inhibidor de Bluetooth y esa cosa era magnética.

Así que se había quedado con la pistola.

Ningún tribunal habría dejado salir a Stu bajo fianza si el arma homicida, con sus huellas, se hubiera encontrado en la escena del crimen.

Pero ya era demasiado tarde.

Los ojos de Tony se desviaron hacia la pistola que tenía en el regazo. Aunque había gastado dos balas, ahora la sentía extrañamente más pesada. Como un trozo de mineral.

Deslizó despreocupadamente el dedo sobre el gatillo y lo recorrió con suavidad.

Con los ojos cerrados, se imaginó a Jake Hollister en el suelo, gimoteando, llevándose la mano a la cara.

Las otras veces que Tony había matado a su jefe, observar el miedo en los ojos del hombre al darse cuenta de que estaba a punto de morir, de que por una vez no tenía control sobre la situación, había sido lo más satisfactorio.

Esta vez había sido diferente, porque esta vez Jake le había dado la contraseña maestra y mucho, mucho más.

Y eso había hecho sonreír a Tony.

¿Pero lo mejor? La mejor parte fue cuando Tony entró en la luz y Jake finalmente vio quién era.

El hombre pensó que se reunía con alguien interesado en comprar Cerberus, las circunstancias de capa y espada necesarias por el hecho de que la mayor parte, si no todo, del caótico nuevo metaverso, era propiedad de Happy Valley Gaming. Al inversor no le importaba; al fin y al cabo, la posesión es nueve décimas partes de la ley. Y Jake había prometido borrar todo rastro del desarrollo de Cerberus de los servidores de HVG.

Pero, por supuesto, no había ningún inversor.

Sólo estaba Tony Metcalfe, el *mejor programador informático del mundo*, con una pistola y una venganza. Y cuando Jake se dio cuenta de que...

Tony se lamió los labios, deleitándose con lo alto que las comisuras se habían extendido por sus mejillas.

Sí, esa fue la mejor parte.

Sin duda alguna.

En algún momento de su ensoñación, Tony había cerrado los ojos. Ahora los abrió y se le borró la sonrisa de la cara.

Ahora había gente nueva pegada a su pared. Tres de ellos.

Un chico negro y delgado, un hombre de unos cuarenta años con bigote y pelo castaño, y ella.

La sonrisa amenazó con volver, esta vez más lasciva, y Tony se relamió al pensar en ella. Tenía un pelo extraño, gris, casi blanco, aunque él dudaba que tuviera más de treinta años. Bajita, 1,75 en un buen día, con una figura pequeña pero atlética. Un cuerpo de corredora, tal vez. Había algo en ella, en su forma de moverse. Esta mujer no aceptaba mierda de nadie.

Tony sintió que se le ponía dura.

Había sido fácil identificar a los dos hombres. Ambos eran agentes del FBI: Floyd Montgomery y Tate Abernathy, respectivamente. Uno veterano, el otro novato.

Averiguar quién era la mujer había llevado más tiempo. Mucho más. Alguien había hecho un buen trabajo borrándola de Internet y casi había conseguido eliminar su presencia por completo. Pero la vida era más fácil de borrar que la muerte, y la señora Chase Adams ya estaba muerta. Tony había descubierto una encantadora esquela de Chase publicada en el Times, que o bien se había pasado por alto o alguien la había dejado deliberadamente en línea.

En cualquier caso, fue un error.

Chase Adams estaba muy viva. Dios mío, lo estaba.

Ahora Tony estaba tan duro como la pistola que tenía en la mano.

Sus ojos se desviaron de la fotografía de Jake en su pared, ahora pintarrajeada con una X roja gigante, a Stu Barnes. También había tachado la cara de este hombre, pero había resultado un poco prematuro.

Las caras de Tate y Floyd no tenían marcas -todavía- pero la imagen de Chase, una fotografía que Tony había tomado él mismo fuera de la casa de Stu, estaba rodeada varias veces.

"Oh, Chase", gimió Tony. Soltó la pistola y cogió su equipo de RV. "Chase, Chase, Chase."

Qué nombre tan irónico, pensó. *Chase*.

Se puso las gafas en la cabeza.

Pero la cosa es que no tengo que perseguirte, Chase, porque te tengo aquí mismo.

La pantalla se iluminó ante sus ojos y apareció la palabra *"CERBERUS"* delante de un perro de tres cabezas que crujía.

Jake le había dado mucho más que una contraseña.

Le había dado Cerberus.

Y en el proceso, Jake Hollister había transformado involuntariamente a Tony Metcalfe del mejor programador informático de todo el mundo a un Dios.

Capítulo 47

"¿Estuviste despierto toda la noche?" preguntó Chase cuando se dio la vuelta y vio que Tate seguía sentado en la silla, con las gafas aún en los ojos.

Tate no contestó, así que Chase se incorporó. Estaba desnuda, pero no se molestó en subir la sábana para cubrirse los pechos. No hacía falta. Aunque fuera tímida, que no lo era, Tate no podía verla con los ojos y su mente estaba atrapada en el metaverso.

"¿Tate? ¿Estuviste despierto toda la noche?"

Tate se aclaró la garganta.

"Sí, no podía dormir. Puede que haya encontrado algo".

Chase se levantó, completamente desnudo, y se dirigió al baño para empezar a ducharse.

"¿Cómo qué?", preguntó por encima del hombro, con la mano extendida mientras probaba la temperatura del agua.

"Aún no estoy seguro", admitió Tate. "Voy a seguir buscando".

"Cuidado: si te quedas ahí más tiempo, olvidarás cuál es el mundo real".

"No", dijo Tate, con una risita. "No después de lo de anoche, que fue real".

Chase puso los ojos en blanco y se metió en la ducha. Mientras el agua y el jabón caían sobre ella, pensó en la noche anterior. Tate tenía razón, lo que había pasado entre ellos era real.

También era la primera vez en mucho tiempo, quizá desde que conoció a Brad, que no se odiaba a sí misma ni a la persona con la que acababa de acostarse.

¿Por qué? ¿Era porque realmente sentía algo por Tate? No era su "tipo" habitual, aunque para ser justos, era guapo en el sentido tradicional y Chase nunca había sido tan exigente. A veces un capullo era sólo un capullo. ¿Podría ser que sintiera algo por él? ¿Era eso posible? A pesar de lo de anoche, había pasado... ¿cuánto? ¿Un total de veinte horas con el hombre? ¿Treinta, como mucho?

Chase sabía de primera mano que no todas las horas eran iguales, igual que sabía que lo que Tate había compartido con ella era algo que ni siquiera había insinuado con aquellos con los que pasaba meses, como Floyd.

O era más sencillo... ¿era que eran dos personas rotas y juntas se acercaban a un todo remendado?

Chase se enjuagó el jabón del pelo y se reprendió a sí misma.

¿Por qué estás pensando en esto? Fue sólo una vez; fue sólo un polvo.

Chase se distrajo volviendo al caso, y a su próxima reunión con Isaac Lomax, el único hombre en todo HVG que accedió a hablar con Stu.

¿Tendría alguna idea de por qué Jake fue asesinado? ¿O por quién?

Chase cerró el grifo y salió de la ducha. Se envolvió en una toalla y se asomó a la habitación.

"Tengo esa reunión con Isaac esta mañana, ¿quieres unirte?"

Tate se quitó finalmente el casco y estiró los ojos.

"Me encantaría, pero tengo que preguntarle a Stu sobre algo que vi aquí."

Chase esperó a que el hombre se explayara, pero como no lo hizo, se encogió de hombros.

"De acuerdo". Miró hacia la puerta. "¿Qué pasa con Floyd?"

En la cara de Tate apareció algo que no era exactamente un ceño fruncido, pero casi.

"Probablemente necesita un poco más de tiempo para dormir la mona. Aunque pronto voy a necesitar sus habilidades para leer los labios".

Chase asintió y se estiró. Le hubiera gustado salir a correr esta mañana como había planeado, pero estaba agotada y se había quedado dormida.

Eran casi las ocho de la mañana.

"Voy a ponerme en marcha."

"Claro".

Chase se vistió rápidamente, con la intención de marcharse antes de que las cosas se pusieran incómodas.

Estaba casi en casa con la mano libre en el pomo de la puerta, las llaves del coche enrolladas en un nudillo, cuando Tate dijo: "Chase... ¿se ha acabado?".

Hizo lo posible por no encogerse.

Bueno, ¿lo es, Chase? ¿Fue sólo una aventura de una noche? ¿O algo más?

"¿Chase?"

Se encogió de hombros y abrió la puerta.

"Lo siento, no puedo pensar con el estómago vacío."

***

Isaac Lomax era un hombre inquieto y nervioso.

Chase había llegado pronto a la cita para desayunar -Isaac había accedido a regañadientes a cambiar la hora de la reunión-, pero Isaac había llegado aún más temprano. En lugar de sentarse frente al vicepresidente de software de Happy Valley, Chase optó por sentarse en la barra y pedir un café. Luego miró.

Isaac estaba sentado con las manos sobre la mesa, sus largos dedos entrelazados. Al igual que ella, tenía un café delante, pero no se lo bebía. Varias veces sacó el teléfono, miró la hora y buscó un mensaje de texto que nunca llegó, antes de volver a guardarse el aparato en el bolsillo.

Chase esperó hasta las ocho y media, cuando parecía que Isaac estaba listo para marcharse, para sentarse frente a él, con el café en la mano y sin decir palabra.

"*Uhh*, ¿perdón?"

Chase metió la mano en el bolsillo y dejó caer su placa sobre la mesa. Obtuvo la reacción que buscaba. Esas tres letras (FBI) ponían nervioso a todo el mundo. Era una de las pocas ventajas del trabajo.

"Parece que estás esperando a alguien".

"¿Qué-qué?"

"No, no qué-quién. Sr. Stu Barnes, ¿tengo razón?"

Isaac Lomax parecía que intentaba tragarse un abrojo.

"¿Estoy en problemas aquí?"

Chase se encogió de hombros.

"Eso depende... ¿mataste a Jake Hollister?"

Si el hombre hubiera estado bebiendo su café en lugar de mirarlo fijamente, Chase no dudaba de que lo habría escupido sobre ambos.

"¿Qué? No. No. ¿No es Stu...?"

"Bueno, esa es la cosa. Stu dijo que él tampoco lo hizo. Y, bueno, resulta que soy un buen amigo del hombre. Entonces, ¿a quién estoy más inclinado a creer?"

"Yo no he hecho nada". La nariz del hombre se retorció. "Yo-yo-yo no lo hice."

Chase suspiró.

"Si sigues repitiendo lo mismo, tendré que llevarte a comisaría", se tiró un farol.

"No, yo sólo..."

"Respira hondo, Isaac. Bebe un poco de café".

Isaac hizo lo primero, no lo segundo. Probablemente fue lo mejor. Este hombre ya estaba bastante nervioso sin cafeína.

"Vale, ¿te sientes mejor? Te propongo un trato: contestas a mis preguntas, dices la verdad, y me voy de aquí. Solo. Mientes, aunque sea una vez, y nos vamos juntos. ¿Te parece bien?"

El abrojo se había convertido en una bola blanda.

"Vale. Entonces, dijiste que Stu mató a Jake, ¿verdad?"

"No, quiero decir, eso es lo que..."

Chase lo silenció con un gesto de la mano.

"No te estoy acusando de nada. Pero tienes razón, eso es lo que todos dicen, ¿no? Stu asesinó a Jake. Déjame hacerte otra pregunta: ¿por qué? ¿Por qué Stu querría a Jake muerto? Ni siquiera lo conoce".

Isaac se chupó el labio superior. Parecía a punto de echarse a llorar.

"Recuerda lo que te dije. Dices la verdad o te arresto".

Isaac metió la mano temblorosa en el bolsillo y sacó un trozo de papel. Estaba gastado y parecía húmedo, probablemente por el sudor.

"Encontré esto. Yo... no sé lo que significa".

Chase cogió el papel y lo desdobló. Parecía ser una serie de intercambios de correos electrónicos entre Jake Hollister y alguien llamado Jeremiah Thuring. Chase escaneó rápidamente el texto. Al parecer, Jake y Jeremiah estaban negociando la venta de algo llamado "C". El último mensaje era de Jeremiah, y señalaba una hora y un lugar de encuentro: fuera del *U-Lock-it* la noche en que Jake fue asesinado.

Chase releyó este último mensaje para asegurarse de que no se lo había imaginado.

"Mierda". Chase exhaló. "¿Por qué no le diste esto a la policía?"

A Isaac se le salió el labio superior de la boca con un "plop" audible.

"Yo sólo-cuando Stu-estaba encriptado, ¿de acuerdo?" Isaac se frotó la frente lo suficientemente fuerte como para dejar una marca roja detrás. "Después de que Stu me llamara, intenté entrar en los correos de Jake, ver en qué estaba trabajando... Pero no había recibido nada en la última semana o así".

Chase, sin comprender la vacilación del hombre, se encogió de hombros.

"¿Y?"

"Bueno, no sé sobre el FBI, como cuántos emails recibes o..."

"Ve al grano, Isaac."

Las mejillas de Isaac se pusieron casi tan rojas como su frente.

"Correcto, bueno, en nuestro negocio, recibimos cientos de correos electrónicos a la semana. Sólo hay una razón por la que la bandeja de entrada de Jake estaría vacía".

Chase finalmente se dio cuenta.

"Alguien borró los emails".

"Sí, pero todas las comunicaciones de HVG están respaldadas. Encriptadas, pero entré. En realidad no se suponía que... legal dijo..."

"¿Qué es 'C'?" interrumpió Chase.

"Esa es la cuestión, no tengo ni idea".

Chase frunció los labios.

"¿Jake está vendiendo algo llamado 'C' y tú, vicepresidente de software, no tienes ni idea de lo que es?".

Le corría el sudor por la frente.

"No, lo juro, no tengo ni idea."

"Isaac..."

"¡Lo juro!"
"¿Estaba Jake trabajando en algo que empezara por C o...?"
"Esa es la cuestión", la cara de Isaac se pellizcó, "En absoluto. Su proyecto, la mayoría de nuestros proyectos, era el metaverso. Sin C de metaverso. Técnicamente se llama Happy Valley Gaming Metaverse, o HVGM, o simplemente HVG, pero...".
"Estás divagando".
"Lo siento, pero eso fue lo único que pude encontrar en lo que Jake estaba trabajando. Todo su equipo estaba centrado en el metaverso".
Chase frunció el ceño. No quería creer al hombre nervioso que temblaba como una hoja, pero lo hizo.
"Déjame preguntarte algo más".
"Sí, vale, claro".
"¿Es posible alterar las imágenes de vigilancia? ¿Como intercambiar caras en un vídeo de forma que quien lo esté viendo no pueda notar la diferencia?".
"¿Como una falsificación profunda?"
Chase no estaba segura de lo que era, así que no dijo nada.
"Sí, por supuesto."
"*¿Podrías* hacerlo?"
Isaac canturreaba.
"Hipotético, por el amor de Dios".
"Yo podría hacerlo. Si las palabras fueran habladas sería un poco más difícil, pero cambiar a una persona por otra no es tan difícil. Si tuviera tiempo para prepararme, apuesto a que incluso podría hacerlo en directo". Había un deje de orgullo en la voz del hombre.
"¿Quién más podría hacerlo?"
"Quiero decir, mucha gente, supongo. Hay..."
"¿En Happy Valley? ¿Quién más en Happy Valley podría hacer lo que has dicho? ¿Cambiar las secuencias de vídeo sobre la marcha? ¿Podría Jake?"
"Claro. Cualquiera de su equipo, en realidad".
"¿Y podrías rastrear esto? Como, ¿averiguar quién lo hizo?"
Isaac se rió.
"No, no funciona así. Si son lo suficientemente buenos para hacer la falsificación profunda, son lo suficientemente buenos para ocultar sus huellas ".
Chase lo memorizó, se terminó el café y se levantó.
"¿Eso es todo?" preguntó Isaac, repentinamente nervioso. Se apartaba de Chase como si esperara que ella sacara un par de esposas y se las pusiera.
"No, no es eso". A Chase le hizo gracia este hombre y le dejó sudar durante varios segundos.
"¿Qué más? ¿Qué más?" Sus palabras apenas eran más que jadeos.

"Quiero que sigas investigando. Quiero que averigües qué es 'C' y llames a Stu cuando lo hagas". Isaac asintió. "Y quiero que te quedes por aquí. No dejes la ciudad, ¿me entiendes?"

Capítulo 48

Tate se sintió culpable. Sabía que era injustificado: su mujer no sólo llevaba casi dos años entre rejas, sino que además habían hablado de esa posibilidad y ella le había dado el visto bueno antes de entrar. Pero mientras se dirigía a casa de Stu -sin Floyd, que había seguido durmiendo y roncando mientras Tate se duchaba y vestía-, la culpa lo corroía.

Si se hubiera tratado de una relación casual en un bar, Tate estaba seguro de que esos sentimientos pasarían rápidamente. Pero esto... esto con Chase, por breve que fuera, era diferente.

Tate repasó los acontecimientos de la noche anterior y su ritmo cardíaco se aceleró, sólo un poco.

Esto se sentía como con Robyn. Se sentía real. Se sentía importante.

Años atrás, antes del accidente, su entonces compañero Constantine Striker había dedicado mucho tiempo a enseñarle a manipular a los sospechosos leyendo pistas sutiles, pequeños cambios en el lenguaje corporal, ligeras diferencias en la inflexión, tics faciales, manierismos, cuándo y cómo interactuaban con los demás. Necesitó mucha observación y práctica, pero al final, darse cuenta de estas cosas se convirtió en algo natural. Pronto, la capacidad de Tate para predecir cómo reaccionaría la gente ante distintos escenarios y distintos enfoques interrogativos se hizo casi legendaria en la Oficina. Por ejemplo, Martin, el cocinero del albergue para indigentes de Virginia Occidental. En cuestión de segundos, Tate sabía exactamente cómo acercarse a él para obtener la máxima información. Resultó ser una habilidad inestimable para un agente del FBI y todo el mérito fue de su denostado ex compañero. Pero no fue hasta después del accidente cuando Tate empezó a aplicar estas técnicas en su propia vida de una especie de ingeniería inversa. No para progresar en el trabajo -para ser justos, no era algo que le interesara especialmente-, sino para disimular sus propios sentimientos, para evitar arremeter contra los comentarios inanes y poco originales que la gente hacía tras el accidente.

Siento mucho que su hija sea ahora una lisiada... qué tragedia.

Es una pena que tu mujer esté en la cárcel... la condenaron por homicidio involuntario, ¿en serio? Un golpe, ¿no? Quiero decir, ¿estaba realmente tan borracha?

¿Qué se supone que tenía que decir a esto?

Sí, sí, estoy de acuerdo, absolutamente trágico... fue sólo un pequeño error. Parece injusto.

¿O se suponía que tenía que ir en la otra dirección?

Robyn hizo algo malo, no voy a apoyarla más.

El verdadero problema era que nadie lo entendía. No en un sentido filosófico o emocional, sino de objetividad. No estaban trabajando con todos los hechos.

Sólo tres personas podían hacerlo: él mismo, Rachel y Robyn.

Pero ser un camaleón era adictivo. Cuando la gente dejó de hablar del accidente y sus repercusiones -mucho antes de lo que esperaba, por cierto-, se convirtió en parte de su día a día. Interpretar un personaje, extraer información, pasar a la siguiente misión.

A decir verdad, no era tan diferente de estar en el metaverso.

Con el tiempo, sin embargo, Tate había fingido ser otra persona durante tanto tiempo que temía que su yo genuino se hubiera perdido o confundido en el mejor de los casos.

Y entonces apareció Chase. Claro, él sabía de ella. La mayoría de los agentes del FBI la conocían. Aunque sus problemas de adicción no se discutían abiertamente, todo el mundo era consciente de ellos. Era una figura única y polarizante. Los inadaptados la veneraban y los santurrones la odiaban. Independientemente del sentimiento, si Chase no hubiera sido tan buena en su trabajo como lo era ella, la habrían despedido en su primera semana.

Pero ningún chisme o rumor había preparado a Tate para Chase.

Cuando se conocieron en la cafetería, había estado actuando. Chase se había dado cuenta al instante, aunque ella no le había llamado la atención. Y Tate también sabía que ella estaba actuando.

Anoche fue diferente. Tate se había abierto, no del todo, y ella también.

Por primera vez en tal vez un año, Tate había sido él mismo, y en lugar de hacerle sentir avergonzado o cohibido, Chase le había hecho sentirse cómodo.

Y Tate quería volver a sentirse así.

Entonces tal vez no deberías decir estupideces como, Chase... ¿se acabó? se reprendió a sí mismo. Maldito idiota.

Tate llegó a la mansión de Stu, cogió el maletín con el equipo de realidad virtual y se dirigió a la puerta. Se abrió antes de que pudiera llamar.

Will Porter se lo tendió, con un aspecto sorprendentemente fresco; Tate dudaba de que el hombre se hubiera marchado anoche. Independientemente de lo molesto que le resultara el abogado a Tate, estaba claro que era dedicado y leal. Los otros dos abogados, los supuestos expertos, no tanto; estaban sospechosamente ausentes.

"Agente Abernathy", dijo Will con un movimiento de cabeza.

"Sr. Porter, escudero", respondió Tate al pasar junto al hombre.

Stu estaba sentado en la mesa de la cocina, con un café en la mano.

Aunque su atuendo encajaba con el comportamiento de Will, su rostro contaba una historia diferente: todo en la cara afeitada del hombre parecía agotado.

Al igual que Chase, Tate había llegado a la conclusión de que Stu no era un asesino. También, como Chase, estaba convencido de que Stu estaba ocultando algo.

Algo que Tate creía haber descubierto en el metaverso en las cintas de seguridad de HVG.

Algo importante.

Algo que Stu debería haberles dicho.

Y por fin llegó el momento de desafiar al hombre por ello.

"Buenos días", dijo Stu con una sutil inclinación de cabeza.

"La verdad es que no", respondió Tate. "Quiero decir, fue una buena noche, de eso no hay duda, ¿pero por la mañana? No tanto".

Stu le miró extrañado y Tate colocó el maletín de RV sobre la mesa y empezó a desembalarlo.

"Entonces, Stewie, ¿cuándo ibas a hablarnos del hombre al que echaste del Valle Feliz?". Tate hizo la pregunta de improviso, sin molestarse siquiera en mirar al hombre.

"¿Perdón?"

"Ah, ya sabes", comentó pasivamente Tate, "¿el tipo sarnoso que se te acercó en HVG y al que hiciste echar del edificio por tu equipo de seguridad?".

Ahora, Tate miró a Stu. Lo miró directo a los ojos.

"¿El mismo hombre con el que Jake se peleó en el aparcamiento... el hombre que se fue con la cara cubierta de sangre y los dientes destrozados como un británico adicto a la metanfetamina? ¿Ese tipo? ¿Te suena?"

Capítulo 49

Floyd no se sentía muy bien. Lo bueno era que no se sentía fatal. La única ventaja de no beber tan a menudo era que su tolerancia era bastante baja y sólo necesitaba un puñado de copas para emborracharse. Las resacas eran menos intensas porque el hígado tenía menos toxinas que eliminar.

Lo que le cabreaba más que el leve dolor de cabeza y la sequedad de boca, era el hecho de que estaba solo. Estaba claro que Tate había venido y se había ido -había una toalla húmeda sobre su cama- sin decir una palabra. Floyd recordaba algunos de sus intercambios de la noche anterior, que habían estado lejos de ser elogiosos, pero Tate ya era mayorcito y su relación estaba en un punto en el que creía que podría soportar incluso alguna broma maliciosa.

Tal vez este sea otro momento de enseñanza, pensó Floyd cabizbajo. *Uno en el que se lleva nuestro coche y me deja aquí tirado.*

Pedirle a Chase que le llevara no era algo que le apeteciera hacer -él también seguía cabreado con ella-, pero eso ni siquiera era una opción: su coche tampoco estaba ya en el aparcamiento.

Sin prisa, Floyd se tomó su tiempo para ducharse y prepararse para el día, y luego fue al vestíbulo del motel a tomar un café y un bollo rancio. Se bebió el primero, probó un bocado del segundo e intentó llamar a un Uber, lo que resultó sorprendentemente difícil. Era extraño; técnicamente no estaban en Las Vegas, el hotel estaba situado a las afueras del condado de Clark, pero estaban a unos quince kilómetros de la capital mundial del taxi, Uber y Lyft.

Esto le perturbó tanto -como ocurría con las resacas, que bastaba un estornudo fuerte para cabrearse- que Floyd preguntó a su chófer al respecto cuando por fin apareció uno de ellos.

"¿Están en huelga, o qué? Era casi imposible que me llevaran".

El conductor, un joven de unos veinte años con lo que Floyd describiría como un moderno salmonete, dijo: "Sí, tenemos un sindicato fantástico". Se rió. "No, estamos más ocupados que nunca".

"¿Entonces por qué todo el mundo sigue cancelándome?"

"Si tuviera que adivinar, es a dónde vas."

¿Adónde voy?

Floyd tardó un par de segundos en entender lo que decía el hombre del salmonete. Para ser justos, no se trataba de adónde iba -Stu vivía en una de las zonas más bonitas del estado-, sino de a quién iba a ver.

No había prestado atención a los medios de comunicación desde que llegó a Nevada, pero supuso que la acusación de Stu era algo

importante. La gente se excitaba viendo caer en desgracia a los que envidiaban.

¿Y Stu Barnes, un hombre blanco súper rico? Era el blanco perfecto.

Justo cuando llegaron a casa de Stu, se le ocurrió una idea y sus ojos se desviaron hacia la cámara que colgaba bajo el espejo retrovisor.

Aw, mierda.

Tanto él como Tate habían pedido un permiso personal de una semana, con posibilidad de prórroga, sin mencionar a Stu Barnes. Si el director Hampton se enteraba de que estaban aquí, no suplantando del todo pero tampoco negando que estaban por asuntos del FBI, habría repercusiones. Quizá no tan graves para Tate, dado su historial y antigüedad, pero ¿para Floyd? Podría ser importante.

"¿Qué eres, de todos modos? ¿Un investigador o algo así? ¿Abogado?"

Floyd salió del coche y, mientras cerraba la puerta, dijo: "Sólo soy un empollón informático".

Al acercarse a la mansión de Stu, Floyd sabía que el hombre del Uber le estaba haciendo fotos.

A la mierda, haz todas las fotos que quieras.

Encontró a Stu y Tate sentados a la mesa de la cocina mientras Will revoloteaba sobre la encimera. Chase no estaba por ninguna parte, lo cual no sorprendió a Floyd.

"Deberíamos pensar en cerrar tu puerta", dijo mientras se dirigía a la máquina de café. "Es sólo cuestión de tiempo que empiecen a aparecer los medios de comunicación y no sé si da buena imagen que dos agentes actuales y un ex agente del FBI vayan de la mano con un acusado de asesinato". Sus palabras tuvieron el efecto deseado; los ojos de Stu se agrandaron. "Quiero decir, si queremos mantener nuestros trabajos".

"Yo no me preocuparía por eso", dijo Tate desdeñosamente.

"No lo harías, pero yo..."

"Tú tampoco deberías preocuparte".

Era la forma que tenía Tate de decir que respaldaba a Floyd. Reconfortante, definitivamente, pero Floyd seguía enojado con su compañero.

"Gracias por traerme, por cierto". Floyd se volvió de Tate a Stu. "Te estoy facturando el Uber".

Stu estaba confundido por el extraño baile.

"Sí, por supuesto. Cubriré todos los gastos. Te haré un cheque, sólo avísame".

"Bueno, has llegado justo a tiempo", dijo Tate, cambiando de tema

a la perfección.

Floyd quería seguir enfadado, pero simplemente no tenían tiempo.

"¿Encontraste algo en Internet?"

"Estarías muy orgulloso", dijo Tate, poniéndose en pie y caminando por la habitación. "No sólo he encontrado algo en el metaverso, sino que este viejo ha conseguido hacer una captura de pantalla e incluso imprimirla. Yo solito, ¡lo hice, lo hice!".

Bueno, si había tiempo para que Tate actuara como un idiota, tal vez había tiempo para que siguiera cabreado.

"¿Qué has encontrado?"

Tate cogió una hoja de papel de la impresora.

"Sólo que nuestro chico Stu aquí se metió en una pelea con un absoluto bola de grasa que esperó afuera a Jake que reacomodó los dientes del hombre".

"¿Qué?"

Floyd intentó mirar la impresión, pero Tate ocultó infantilmente la imagen impresa.

"¡Ya te lo he dicho, esto pasó hace más de seis meses!". Stu protestó. "No fue una pelea... no pudo haber sido una pelea. No... no lo recuerdo".

"Mmm, hmmm", dijo Tate, y luego volteó dramáticamente la página. "Tal vez esto te refresque la memoria".

Floyd, que había llegado a la historia a mitad de camino, no esperaba la reacción de Stu. Pero Tate claramente no había esperado que el hombre retrocediera instantáneamente y se pusiera pálido como una sábana.

"¡Ese... ese es el mecánico!" proclamó Stu. Cuando nadie reaccionó, añadió: "¡El mecánico! Ese es el tipo que me cambió el aceite en Gordon's!".

Tate parpadeó.

"¿Seguro?" Acercó la imagen, pero Stu ya estaba asintiendo enfáticamente.

"Sí-tenía el pelo recogido en un moño, y supongo que era más largo, pero es él. Estoy seguro, esos dientes. Recuerdo que pensé en ese momento que parecía que sus dos delanteros habían sido perfectamente rotos, casi como si sólo hubieran crecido hasta la mitad y luego se detuvieron."

"Mierda", dijo Tate con una exhalación. "¿Sabes quién es, sin embargo?"

La cara de Stu era respuesta suficiente, pero por si no quedaba claro, dijo: "Ni idea. No sé su nombre ni quién es. Sólo sé que era mi mecánico, el que me cambiaba el aceite".

"Genial", dijo Floyd. "Entonces, no tenemos nombre y no..."

"Se llama Jerimiah Thuring", dijo una voz desde la puerta. Todos se

volvieron para mirar a Chase que, en algún momento, había entrado en la casa de Stu sin que nadie se diera cuenta. "Y es la persona que realmente mató a Jake Hollister".

Capítulo 50

"¿Thuring? ¿En serio?" dijo Floyd después de que Chase le contara lo que había dicho Isaac Lomax.

"Sí-Thuring. ¿Por qué lo dices así?" Chase preguntó.

"No sé... es que Turing fue el abuelo de la programación informática. Me parece extraño que el nombre de este tipo sea tan parecido. Turing, Thuring. ¿Lo buscaste?"

"No tuve oportunidad. Estaba..."

"Lo tengo", interrumpió Will, haciéndoles señas para que se acercaran a su portátil. En cuanto Chase vio la imagen en la pantalla, supo que Isaac había fabricado los correos electrónicos o que la persona que ofrecía comprar a "C", fuera lo que fuera, no era Jerimiah Thuring.

"Vamos", dijo Tate poniendo los ojos en blanco. "¿Ése es nuestro hombre? Ni siquiera parece lo bastante fuerte para coger una pistola, y mucho menos para apretar el gatillo".

Chase tuvo que darle la razón. Aunque no aparecía ninguna edad debajo de la foto, el anciano demacrado, que supuestamente era un "inversor en tecnología", parecía como si ya hubiera muerto, dos veces, y lo habían apuntalado con una pluma y un cabrestante para la foto. Sospechaba que la única tecnología que Jeremiah estaba interesado en comprar eran cosas que pudieran mantenerle con vida unos segundos más.

"Quiero decir, voy a tender la mano", dijo Will, pero estaba claro por su tono que era tan escéptico como Chase. "A ver si hay alguna conexión".

"Sólo sondeo suave", dijo Chase. "No quiero avisarle."

"Sí, suave", repitió Tate. "Un viento fuerte podría enviar a este tipo a la otra vida."

Chase suspiró. Parecía que cada oportunidad que tenían en el caso sólo conducía a otro callejón sin salida.

"Le pregunté a Isaac sobre el vídeo de seguridad si alguien podría falsificarlo. Dijo que sí, que casi cualquiera de la empresa podía hacerlo".

"Ser capaz de alterar el vídeo y demostrar que fue alterado son cosas muy distintas", dijo Will. Tenía el móvil pegado a la oreja. "Hola, busco a Jeremiah Thuring". Will levantó un dedo y se apartó del mostrador. "Sí, estoy interesado en lanzar una idea..."

Chase se volvió hacia Tate.

"¿Hubo suerte accediendo a las grabaciones de seguridad *del U-*

Lock-it de Brittany?"

"Beverly", corrigió Tate. "Y no. Le he preguntado pero no tiene ni idea de dónde puede estar guardado. Stu, ¿seguro que no recuerdas a ese tipo, el mecánico, que se te acercó en el vestíbulo del HVG? ¿Alguna idea de lo que podría haber dicho? Voy a suponer que él es el tipo detrás de todo esto".

Chase pensó que era una suposición segura. El falso mecánico que había colocado el codificador Bluetooth y abordado a Stu en el vestíbulo tenía que estar implicado.

"No me acuerdo. Quiero decir, cuanto más hablas de ello más creo que lo recuerdo, pero..." Stu dejó escapar la frase.

"¿No hay audio?" preguntó Floyd.

Tate negó con la cabeza.

"No, sólo vídeo. Y están inclinadas de tal forma que no puedes ver sus labios. Pero", Tate levantó un dedo, "¿la del exterior? ¿A última hora de la noche, cuando Jake y nuestro hombre misterioso se enzarzan? Entonces puedes ver sus labios. Floyd, ¿quieres entrar y ver si puedes decirme lo que dicen?".

"Puedo intentarlo".

"Vamos a intentarlo".

Cuando Tate empezó a desempaquetar el equipo de RV, Will regresó con el ceño fruncido.

"Entonces, ese no es nuestro hombre", dijo. "Jeremiah Thuring ha estado en el hospital durante la última semana."

"¿Hospital o morgue?" preguntó Tate mientras le colocaba el casco de realidad virtual a Floyd. Por alguna razón, al joven le quedaba aún más ridículo que a Tate.

"Gracioso", replicó Will con una expresión que indicaba que no le hacía ninguna gracia.

"Muy bien, ya está todo listo. Buena suerte". Tate le dio un golpecito en la cabeza a Floyd y luego se dirigió a Chase, Stu y Will. "¿Sabéis qué? Estaba pensando. He visto las cintas de seguridad en el metaverso, ¿verdad? Stu, ¿pueden alterarse las cintas allí? ¿Se pueden cambiar en el metaverso?".

Stu se encogió de hombros.

"No lo sé. Como he dicho, sólo soy un inversor, no sé cómo funciona nada de esto. El puesto de director general era temporal".

"Pero tu empresa se llama Integraciones AI, ¿no?" desafió Tate.

Stu empezaba a sentirse frustrado.

"Una decisión de la junta, no mía. Querían mantenernos relevantes. ¿Crees que Warren Buffet lo sabe todo sobre las empresas de su cartera?"

Tate no dudó.

"Sí, desde luego".

"Bueno, yo no, ¿de acuerdo? No sé..."
"Cálmate", dijo Chase. "Estamos del mismo lado".
"El lado equivocado", comentó Will. "No estamos llegando a ninguna parte."
Chase lanzó una mirada al hombre.
"Hacemos lo que podemos. Ni tú ni tus colegas abogados hacéis nada productivo que no sea llenar vuestras carteras. ¿Dónde están, por cierto? ¿F. Lee y Bob Shapiro? ¿Gastando un desayuno con mimosa?"
Tate se interpuso entre ellos, pasando de estar molesto a ser la voz de la razón.
"Relájese. Yo no diría que no hemos hecho ningún progreso. Estamos bastante seguros de que Dientes de Metanfetamina es nuestro hombre y sabemos que probablemente falsificó el vídeo. También sabemos cómo anuló tu coartada con el codificador Bluetooth. Eso nos deja el GSR y el GPS del coche. Supongo que si nuestro hombre hackeó el coche para que fueras a un falso cambio de aceite, alterar el sistema GPS no sería tan difícil."
"¿Estás completamente seguro de que no has disparado un arma en los últimos días?". preguntó Chase a Stu.
"Eso no es algo que olvidaría".
Chase tenía una réplica en la punta de la lengua, pero se contuvo.
"Stu", dijo Floyd en voz alta. Levantó la cabeza en su dirección, pero con la máscara, miraba descentrado. "¿Le diste la mano al mecánico en algún momento?"
Stu reflexionó sobre ello.
"Sí, lo hice, me dejó grasa en la palma de la mano. ¿Por qué?"
Una sonrisa bobalicona se dibujó en los labios de Floyd.
Stu se lo pensó un momento y luego asintió.
"Sí, lo recuerdo porque tenía las manos negras de grasa, de lo que sólo me di cuenta después".
Floyd estaba radiante.
"Por eso diste positivo. Mecánicos, soldadores, gente que trabaja con papel... todos pueden dar positivo en GSR aunque nunca hayan disparado un arma. Te transfirió el residuo cuando te dio la mano".
"Mierda", refunfuñó Tate. "Este gilipollas lo planeó todo".
"Así pues, sabemos el *cómo,* el *cuándo* y el *dónde*. Pero aún no sabemos el por qué ni el quién". Stu hizo una pausa como si contemplara sus propias palabras. "Deberíamos investigar los antecedentes de todos los empleados pasados y presentes de Happy Valley. Tal vez hubo un desaire percibido o algo así".
"Menudo desaire", comentó Tate.
Chase cogió la foto del hombre que Tate había impreso.
"¿Podemos pasar esto por el software de reconocimiento facial?"
"Como dije..."

"Sí, lo entendemos", cortó Tate. "No eres un experto. Pero tu empresa claramente lo era".

"Y no tengo acceso..."

Una vez más, Tate no dejó terminar a Stu.

"Contrátalos", sugirió encogiéndose de hombros. "Usen un nombre falso y contraten a su empresa para que investigue a este tipo".

Era arriesgado -si el sospechoso trabajaba para Happy Valley y le hacían esta petición, le delataría-, pero podía merecer la pena. El hombre podría cometer un error, podría equivocarse. Lo había planeado todo al dedillo y si, de repente, las cosas no iban según lo previsto y le preocupaba que lo descubrieran, podría ponerse nervioso y cometer una estupidez.

"Hazlo", le ordenó Chase, y Stu asintió a Will, que volvió al ordenador para empezar. "Esperemos que no nos lleve a otro callejón sin salida. Se nos acaba el tiempo".

Capítulo 51

El metaverso fue desorientador al principio. Costó unos minutos acostumbrarse a la velocidad de fotogramas, pero lo más difícil para Floyd fue adaptarse a tener las manos pálidas.

Bueno, pensó, *si alguna vez quise saber cómo era vivir como un multimillonario blanco de sesenta y tantos años, ésta es mi oportunidad.*

Floyd ladeó la cabeza y vio su reflejo en el monitor del ordenador que tenía delante. Luego se llevó los dedos a la cara, bajó los párpados, se miró a los ojos, pasó la yema del índice y el índice por las finas líneas que flanqueaban su boca. A continuación, le tocó el pelo. Era fino y suave, y se preguntó brevemente si en el metaverso había que lavarlo y acondicionarlo.

¿Tienes que bañarte aquí? ¿Tienes que lavarte los dientes? ¿ir al baño? ¿Comer?

Sintiéndose abrumado, Floyd cerró los ojos un momento, saboreando el consuelo que le proporcionaba la oscuridad, y luego volvió a abrirlos. En pocos minutos, todo se volvió normal. Casi demasiado normal, y el atractivo de este mundo falso se hizo evidente.

Aunque estaba en el avatar de Stu, podía imaginarse fácilmente como su propio personaje en el metaverso. Sería él, pero diferente. Tal vez pesaría cinco kilos más, sería más musculoso que delgado, y de ninguna manera tartamudearía. ¿Su trastorno de estrés postraumático? Desaparecido. Sin necesidad de Choo-Choo Floyd. En el metaverso, podría ser su mejor yo imaginado.

Concéntrate, reprendió. *Concéntrate, Floyd.*

La posibilidad de perderse aquí era real, y si el tiempo no hubiera sido un problema tan acuciante, Floyd habría explorado con gusto este mundo.

Pero no ahora. Después de que mantuvieran a Stu fuera de prisión, tal vez.

En el metaverso, Tate había colocado al falso Stu frente a un ordenador, en algún lugar de HVG, supuso Floyd, y la grabación de seguridad se detuvo en el momento en que Jake salió del edificio. Estaba oscuro y la hora indicaba que eran poco más de las dos de la madrugada. Cabizbajo, un Jake Hollister de aspecto cansado caminaba a paso ligero hacia el aparcamiento cuando apareció una figura por el lateral del edificio. Estaba despeinado, con el pelo largo y grasiento, y vestía ropas sucias. La cámara le apuntaba a la nuca, pero el recién llegado debió de decir algo porque Jake se detuvo y se volvió.

Jake pareció sorprendido al principio, pero rápidamente pasó a

sospechar. Su discusión se acaloró rápidamente y entonces el sudes hizo un movimiento agresivo, intentando agarrar a Jake. Jake esquivó la embestida, pero cuando el hombre lo intentó por segunda vez, le propinó una patada de barrido de libro, que le hizo perder los pies. La cara del hombre golpeó el suelo con violencia, haciendo que la sangre se acumulara en su boca y rompiéndole los dientes delanteros.

Floyd agradeció que no hubiera sonido, pero aun así se estremeció con el impacto, su cerebro fabricando lo que los altavoces no hacían. Volvió a pasar la cinta varias veces, centrándose en los labios de los hombres mientras hablaban.

Robaste... modo.

Eso no estaba bien.

Ralentizó la cinta, utilizando la mano de Stu para girar el dial del metaverso.

Modo no... código.

Robaste el código.

Jake dijo entonces algo parecido a "no sé de qué me estás hablando", lo que enfureció al otro hombre.

¿Despedido? ¿Dijo el otro hombre que fue despedido?

Floyd no estaba seguro de esto, pero entonces Jake amenazó con llamar a la policía. Eso estaba bastante claro y tenía sentido cuando, después de destrozarle la cara al hombre, sacó su móvil.

Con toda la sangre, era imposible saber qué decía el hombre en el suelo, pero Jake...

No hay código. Serpientes no hay código... nunca lo hubo. Eres tú. Déjame en paz. Déjame en paz.

Eso era lo esencial, pero no estaba bien.

Floyd repasó el vídeo varias veces afinando lo que Jake decía.

No hay código. Serpents no se trata de código. Se trata de ti. Déjame en paz. Déjame en paz.

Otra vez.

No había código. Serpientes no se trata de código, nunca lo fue. Se trata de ti. Déjame en paz. Déjame en paz.

Floyd dijo las palabras en voz alta, tratando de averiguar qué estaba mal. *Serpientes*. Eso era... o *no era* eso.

No, serpientes no.

¿Superficie?

Superficie estaba cerca, pero había una sílaba de más al final, una vocal seguida de una s, pensó.

¿Superficies?

Tampoco era eso. No había ningún duro f.

Floyd relajó la boca y miró hacia el cielo. Algo le vino a la mente entonces, algo que Chase había dicho.

Jake vendía algo que empezaba por "C".

No, *superficies* no.

Tenía que empezar por "C".

A Floyd le costó unas dos docenas de intentos, pero al final vio las comisuras de los labios de Stu esbozar una sonrisa en el reflejo del monitor del ordenador.

Lo había descubierto.

Sabía lo que era "C".

Floyd no tenía ni puta idea de lo que significaba.

Capítulo 52

Chase odiaba esperar. Lo detestaba por completo. Pero en realidad no se le ocurría nada que hacer. Había hablado con Isaac Lomax, Floyd estaba perdido en el metaverso intentando leer los labios, Tate estaba ayudando a Will a buscar en los registros de empleados y a contratar a la propia empresa de Stu para que ejecutara un software de reconocimiento facial en el mecánico de dientes rotos, lo que les dejaba a ella y a Stu de brazos cruzados.

Chase pensó en volver a Gordon's para interrogar a los demás empleados, pero dudaba que eso condujera a ninguna parte. ¿Qué posibilidades había de que alguien recordara a un nuevo "trabajador" con los dientes rotos? Incluso si alguien recordaba a un tipo nuevo con mono de trabajo que extrañamente no había sido anunciado ni presentado, ¿qué probabilidades había de que lo delataran? Chase había visto a varios de los mecánicos adornados con los clásicos tatuajes carcelarios -la mayoría letras en los nudillos y al menos una en la cara- y el código de no soborno se extendía a la vida fuera del calabozo. Tampoco es que Chase pudiera hacerles hablar, dado su cargo no oficial, por no hablar del hecho de que técnicamente ya no era del FBI.

Así que se quedó sin hacer nada mientras Stu estaba más cerca de ser encerrado de por vida, si no con la aguja, y Brian estaba más cerca de llevarse a Georgina.

Hacía tiempo que Chase no pensaba en su sobrina -se *lanza al trabajo, consume o practica sexo- y* ahora que lo hacía, no podía quitarse de la cabeza la imagen de la chica pelirroja e inteligente.

"¿Estás bien?"

Chase había estado mirándose las manos y ahora levantó la vista.

Era propio de Stu preguntar por su bienestar cuando era él quien se enfrentaba a la pena de muerte.

No puedo creer que pensara que este hombre era capaz de matar a alguien.

Se encogió de hombros.

"Ha estado mejor".

"También ha habido cosas peores", comentó Stu. No era un insulto, sino un recordatorio de que las cosas siempre pueden ser peores.

A Chase no le interesaba recordar que había tocado fondo.

"¿Y tú?"

Stu se encogió de hombros.

"No lo sé. Para ser sincero, lo peor es el por qué. ¿Por qué alguien

me odia tanto? No soy ingenuo, entiendo por qué le caigo mal a la gente. ¿Pero llegar tan lejos? Parece personal".

No se podía negar lo que dijo Stu.

"Cuando llegué aquí, dijiste que no conocías a Jake Hollister, que nunca lo habías visto. Dijiste lo mismo sobre el mecánico. Pero sabemos que conociste a Jake en HVG y el tipo con nuestro sospechoso te atacó".

"Atacar es una palabra muy fuerte", comentó Stu.

"Todavía".

Suspiró y se frotó los ojos.

"No me acordaba de ellos. Sigo sin recordarlos, la verdad es que no. Chase, quiero decir, vi las imágenes y recuerdo al hombre que se me acercó en el vestíbulo y recuerdo haber hablado con Jake cuando visité Happy Valley, pero trato con mucha gente diferente todo el tiempo. Empleados, inversores, gente enfadada porque yo tengo tanto y ellos tan poco. Cuando alguien, quizá Will o quizá fuiste tú, me preguntó quién querría hacerme esto...". Pensé en..." el hombre de repente tenía una mirada lejana en los ojos. "Bueno, hace tiempo tomé algunas decisiones empresariales de las que no estoy muy orgulloso. Nada que merezca esto, pero la gente estaba enfadada. Pensé en ellos, pensé en una ex novia... no sé, pensé en alguien que tenía que estar lívido conmigo para hacer algo así. No pensé en dos personas que conocí una o *quizá* dos veces".

Chase no respondió, sobre todo porque conocía personalmente a varios sociópatas que se habían lanzado a matar por algo tan insignificante como una mirada, un desaire percibido. En la nueva era de los copos de nieve, el simple uso de un pronombre incorrecto bastaba para enviar una onda a través de Internet lo suficientemente amplia como para incitar a la violencia extrema a ambos lados del charco.

Pero el comentario de Stu la hizo pensar. ¿Qué tipo de persona estaban buscando? Dada la meticulosa planificación que requería este tipo de asesinato e incriminación, el sudes no era un psicópata común y corriente. Y el vídeo falso de Stu Barnes no era solo una prueba de que su hombre tenía conocimientos informáticos, sino también de que se trataba de algo personal. ¿Podría estar relacionado con algo en lo que Jake había estado trabajando en Happy Valley e intentando vender? ¿'C', lo que demonios fuera eso? Isaac Lomax se había puesto nervioso, por lo que a Chase le resultaba casi imposible saber si mentía sobre algo. ¿Sabía más de lo que decía?

¿Por qué no le diste la mano, Chase? ¿Por qué no intentaste usar tu "vudú" con él?

Chase intentó apartar este pensamiento de su mente, pero se negaba a desaparecer.

Podrías ir a la morgue, examinar el cuerpo de Jake Hollister. Tal vez eso te dé algunas pistas.

Pero con el tiempo, durante los últimos seis meses más o menos, Chase se había vuelto cada vez más escéptico de su habilidad especial. Se había vuelto poco fiable y esporádica. ¿Había conseguido leer a Tate cuando estaban desnudos, sus cuerpos entrelazados?

No.

Algo debió de notarse en su cara porque Stu se puso a la defensiva de repente.

"Lo siento, Chase. No quise sugerir que no estabas trabajando lo suficiente. Sé que estás haciendo todo lo que puedes. Es sólo que..."

Chase detuvo la disculpa del hombre negando con la cabeza.

Mi vudú...

La palabra, no la habilidad, le había dado una idea.

Stu estaba equivocado, no estaba haciendo todo lo que podía.

"¿Sabes qué? Dame un segundo", dijo Chase, saliendo de la habitación. Caminó por un largo pasillo adornado con pinturas al óleo que parecían caras. Cuando dejó de oír a Will y a Tate, sacó el teléfono y buscó entre sus contactos.

En el último momento, sintió que sus nervios decaían.

¿Cuánto hace que no hablo con él? se preguntó. ¿Seis meses? ¿Un año? Y ahora me llama para pedirme un favor...

En el fondo, ella sabía que él respondería, sabía que dejaría todo y atendería su llamada. Y que también la ayudaría, porque eso es lo que hacía.

La cuestión era que, una vez más, Chase se sentía culpable. Después de todo, Tate no era el primer compañero con el que se había acostado.

"A la mierda", susurró y pulsó enviar.

Como estaba previsto, el agente especial del FBI Jeremy Stitts contestó antes de que terminara de sonar el primer timbre.

Capítulo 53

"Nada", refunfuñó Tate mientras se apartaba de Will Porter y del ordenador. Happy Valley tenía una lista exhaustiva de los empleados actuales, con fotos de sus cabezas, pero nadie se acercaba al hombre que había abordado a Stu y Jake, con dientes o sin ellos. Por un precio considerable y la promesa de buscar en Internet, habían encargado a Happy Valley que hiciera un reconocimiento facial del hombre, lo que requería firmar media docena de cláusulas de exención de responsabilidad y acuerdos legales que ni siquiera Will había leído. Pero esto llevaría tiempo y, de momento, les dejaba exactamente donde habían empezado.

La frustración de Tate, no sólo con este caso sino también con sus problemas en casa, le había dejado ansioso. Tanto, que incluso se planteó utilizar los recursos del FBI para ayudarles en su búsqueda. Podía conectarse a un servidor remoto y buscar la imagen del hombre en la base de datos de fotografías policiales del FBI, que incluía imágenes a las que Happy Valley probablemente no tendría acceso. Lo único que le detuvo fue algo que Floyd había dicho antes. Cuando Tate se enteró de que el acaudalado "amigo" de Chase había sido acusado de asesinato, pensó dos cosas: día de paga y de ninguna manera. El primero aún parecía acertado, pero ¿el segundo? Culpable o no, si fuera juzgado hoy, Tate no apostaría a que Stu saldría libre. Lo que significaba que Floyd tenía razón. La participación no oficial de dos agentes y un ex agente del FBI en este caso no era buena. Usar recursos del FBI para ayudar a ese hombre sería una pesadilla de relaciones públicas.

Tate suspiró y se jugueteó el bigote con el pulgar y el índice.

Cuanto más tiempo pasaban sin hacer ningún progreso real, más singular se volvía su objetivo: el dinero. Se sentía sucio. Se sentía mal. Pero esa era la verdad, y la verdad tenía una extraña forma de evitar a Tate Abernathy.

Y a pesar de lo incómodo que sería pedirle dinero a Stu teniendo en cuenta que su contribución, la de cualquiera de ellos en realidad, incluido el harén de abogados, era mínima, Tate se tragaría su orgullo y lo haría. Porque no quería recibir otro de los devastadores puñetazos de Marco en el estómago. Porque necesitaba mantener a Rachel cómoda.

"Te diré una cosa, Stu", empezó Tate en voz baja. Miró a Floyd, pero el hombre estaba perdido en otro mundo, y dudaba que con los auriculares puestos pudiera oír nada. Sabía que a Chase no le

importaría, sabía por las historias sobre ella que estaba más preocupada por descubrir la verdad que por su propio bienestar, pero aunque hubiera sido estricta con las reglas como Floyd, ya había salido de la habitación.

"¿Sí?"

"Si en Happy Valley no hay nada, accederé a los servidores del FBI, a ver si doy con algo allí".

Stu le hizo un gesto de aprobación.

¿Era un guiño de diez mil dólares? Tate no pudo evitar preguntárselo. ¿O un "gracias, hermano" y una palmada en la espalda?

El hombre había declarado que el dinero no era un problema, y si fuera Tate en su lugar, entonces toda su riqueza personal era un intercambio justo para mantenerse fuera de la cárcel por el resto de su vida y/o evitar la aguja.

Tate se burló inmediatamente de esta idea.

¿Riqueza personal? ¿Qué riqueza personal?

"¿Estás bien?" preguntó Stu y Tate se dio cuenta de que el hombre seguía mirándolo. Debía de parecer un lunático teniendo una conversación entera en su cabeza, completa con burlas, ceños fruncidos, risitas, lo que fuera.

"Estoy bien", dijo Tate, observando ahora a Stu por la forma en que el hombre le había estado mirando. Sabía que había llegado el momento. "En realidad, ¿sabes qué? Hay una cosa de la que quería hablarte".

Stu se enderezó, su postura se volvió profesional. Sabía lo que se le venía encima y no lo rehuyó.

¿Era una buena señal? ¿O era sólo el principio de una negociación?

"Claro, por qué no vamos..."

"Creo que he encontrado algo", exclamó Floyd de repente mientras se quitaba el casco.

Tate dio un respingo ante la intrusión y luego se sintió mal por su reacción. Para compensarlo, se apresuró a ir al lado de Floyd.

"¿Qué es? ¿Qué has encontrado?"

Ahora, estaba siendo profesional. Bueno, tan profesional como Tate podía reunir.

Floyd sonrió ampliamente.

"Creo que sé lo que nuestro g-g-guy estaba buscando."

Capítulo 54

"¿Está bien Floyd?" Jeremy Stitts preguntó.

A Chase le sorprendió la pregunta, y le dolió un poco. Después de tanto tiempo, la primera pregunta del hombre no era sobre ella, sino sobre Floyd.

"Está bien", dijo bruscamente.

"¿Estás...?"

"Bien, también", respondió Chase preventivamente.

Stitts exhaló audiblemente y Chase no supo cómo continuar.

Cómo estás o cómo te ha ido o cualquier otro facsímil, resultaría poco sincero o, peor aún, trillado. Sin embargo, Chase también sabía que Stitts no sería quien rompiera el silencio. Su frase inicial -¿Está *bien Floyd?*- ya era más de lo que ella había esperado sin necesidad de preguntar. Stitts... el maestro de los silencios incómodos.

Al final se conformó con: "¿Cómo está la pierna?".

"Peachy. Corro una maratón este fin de semana".

"¿Si? ¿Está Piper corriendo contigo?"

Stitts se rió entre dientes.

"¿Me tomas el pelo? Ese perro es la cosa más perezosa de la tierra. Apenas quiere levantar la pata para mear".

"Bueno, está oficialmente retirado, así que ¿puedes culparle?"

Otra carcajada de Stitts y Chase se unió a ella. Su relación nunca había girado en torno al humor, pero no fue hasta ese momento cuando se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos a su ex compañero, con risa o sin ella. Habían pasado por muchas cosas, más que la mayoría, momentos buenos y malos: él había recibido una bala por ella y habían mantenido relaciones sexuales, y ambas cosas habían contribuido a que Stitts siguiera adelante.

"¿Y tú?" dijo Stitts y Chase tardó un momento en darse cuenta de lo que estaba preguntando.

"¿Yo? No estoy exactamente jubilada", dijo, intentando no parecer demasiado seria. "Más bien me he tomado un descanso indefinido".

"Bien", dijo Stitts, y Chase se alegró de seguir oyendo jovialidad en su voz. "Entonces, ¿llamabas para ver cómo está mi pierna?"

"Sí... *aaaaand* ahora que te tengo al teléfono, me pregunto si puedo sonsacarte algo -sólo con fines de investigación y puramente hipotético, por supuesto".

"Pura y 100% mierda, querrás decir. Pero mi objetivo es servir. Esto no tendría nada que ver con un perfil criminal, ¿verdad?". Chase empezó a responder, pero Stitts aún no había terminado.

"¿Especialmente uno que involucra a un hombre apuesto de unos sesenta años acusado de asesinato y a dos agentes del FBI fuera de servicio echando una mano?".

Chase se resistió.

"¿Qué? ¿Cómo lo sabías?" Stitts no respondió, aunque ella no lo esperaba. "Cierto, eres un perfilador. Pero, como dije, esto es puramente hipotético".

"Bueno, para ser honesto, Chase, esperaba esta llamada de Floyd, no de ti."

Chase sonrió.

"¿Pero lo esperabas, lo que significa que estás familiarizado con este escenario absolutamente ficticio?"

Una breve pausa.

"¿Por qué no me dices lo que sabes y yo le pongo algo de psicología criminal 101 a tus palabras? ¿Eso funciona?"

"Perfecto". Chase estuvo de acuerdo y luego le contó a Stitts todo lo que su sudes había hecho para incriminar a Stu. Cuando terminó, Stitts no dijo nada durante treinta segundos. Chase sabía que el hombre estaba pensando y no lo interrumpió.

"Un plan tan elaborado, tan orquestado, es indicativo de un resentimiento profundamente arraigado. Matar a alguien es una cosa, matar a alguien y planear inculpar a otro es otra cosa".

"¿Quién es el objetivo principal aquí?"

"Ambos. *Jake-uhh*, quiero decir, Joe y Steve. ¿Dijiste que sus interacciones con el sudes fueron limitadas?"

"Con Steve, seguro, quizá sólo una visita", confirmó Chase, siguiendo con los nombres falsos aliterados. "No estoy seguro de Joe, pero creemos que sus interacciones también fueron mínimas".

"Bueno, este delito no me parece un desaire del tipo 'no me dio las gracias después de sujetarle la puerta'. Esto es algo más grande. Lo que has descrito es clásico, comportamiento paranoico-esquizoide. Eso, unido a la sofisticación del montaje, me hace pensar que no era la primera vez que tu chico se metía en líos".

Chase enarcó una ceja. Habían estado tan concentrados en Jake y Stu que no se habían planteado esa posibilidad.

"¿Crees que ha matado antes?"

"No lo sé, tal vez. No soy un experto en el mundo de la tecnología, pero lo que sí sé es que algunos de estos tipos están en el espectro, y a menudo la moralidad se deja de lado en favor de la productividad y los beneficios. Alguien con las características que hemos descrito podría tomarse esto demasiado lejos, demasiado literalmente".

"Suena como casi todas las industrias".

"Sí, no me digas. Pero la tecnología es única. Si este tipo ha cometido un crimen similar en el pasado, sospecho que también estará

relacionado con la tecnología", sugirió Stitts.

Chase exhaló con fuerza.

"¿Alguien te ha dicho alguna vez que se te da muy bien esto de hacer perfiles?".

"No, sólo un hobby. Pero hay una cosa más, Chase. Si estoy en lo cierto sobre este perfil, entonces tienes que ser consciente de que estos esquizofrénicos paranoicos a menudo saltan de una idea a otra, fijándose en una determinada industria o idea... o persona."

Ahí estaba, Stitts siendo Stitts, intentando protegerla de todo, incluso de hipotéticos sudes que no tenían ni idea de quién era.

"Sí, claro, tendré cuidado. Siempre lo soy. ¿Qué hay de ti? Viendo que eres tan bueno en esto de hacer perfiles, quizá deberías pensar en convertirte en agente de campo, ¿sabes? Cazar a los malos. ¿Alguna vez has pensado en eso?"

"Sí, eso es exactamente lo que el FBI necesita. Un hombre cojo de unos cuarenta años y su perro perezoso persiguiendo a los más buscados de América".

"¿Y un ex heroinómano con cero respeto por las normas y una inclinación gratuita por la autodestrucción?".

Las palabras de Chase flotaban en el aire, como si se aferraran a los hilos invisibles que unían sus teléfonos a través de las fronteras estatales. Pero no era un silencio incómodo, ni Chase lo percibía como un silencio diseñado por el hombre del otro lado para hacerla hablar más, para sacarle información. Era simplemente la comodidad natural de dos viejos amigos y antiguos amantes disfrutando de su compañía, incluso a distancia.

"Te echo de menos, Chase", dijo Stitts de repente.

"Yo también te echo de menos".

Y ahora el silencio era incómodo.

¿Quiere que le diga que quiero que vuelva? Espera... ¿quererlo de vuelta? ¿Estamos hablando de compañeros otra vez? Compañeros...

A Chase se le ocurren dos significados distintos.

Se mordió el labio inferior.

"Cuando esté en la ciudad, ¿quieres...?"

Tate irrumpió de repente en el pasillo, con la cara roja.

"Floyd encontró algo: Chase, vas a querer oír esto".

"¿Es... es el Agente Abernathy?" Preguntó Stitts.

Chase asintió a Tate.

"Lo siento, Stitts, tengo que irme", dijo ella, ignorando la pregunta del hombre. "Gracias por su ayuda".

Colgó y siguió a Floyd de vuelta a la cocina.

"¿Qué pasa?" Chase preguntó, pensamientos acerca de los socios de cualquier capacidad desde hace mucho tiempo fuera de su mente. "¿Qué has encontrado?"

Capítulo 55

"Cerberus", dijo Floyd con un poco de estilo.

No obtuvo la respuesta que obviamente deseaba.

"¿Qué coño es eso?" soltó Tate. Miró a Chase, que se limitó a encogerse de hombros.

"En el video, Jake dice," Floyd continuó, "No había código. Cerberus no se trata de código, nunca lo fue. Se trata de ti".

Aún así, no fue la reacción que esperaba.

"¿Qué?" Tate balbuceó. "¿Qué coño es Cerberus?"

Fue Stu quien contestó.

"Cerbero es el perro mascota de Hades, un perro de tres cabezas, para ser más específicos". Todos esperaron a que Stu se explayara y, finalmente, dijo: "¿Os saltáis la mitología griega o qué?".

"No estaba entre las lecturas obligatorias de la Academia", respondió Tate.

Stu frunció el ceño pero continuó.

"Cerbero, el perro de tres cabezas, es el encargado de impedir que escapen las almas que han sido desterradas al infierno. Creo que el perro fue finalmente asesinado por Hércules, pero podría estar equivocado en eso".

"Buena lección", dijo Tate, claramente molesto ahora. "¿Pero qué tiene que ver esto con Stu? ¿O Jake?"

Nadie tenía una respuesta.

Cada vez que descubrían algo sobre este caso, algo que debería ser una gran revelación, no se acercaban más a averiguar quién estaba realmente detrás de todo esto.

"No habrás pateado a ningún perro mutante recientemente, ¿verdad?". preguntó Tate a Stu.

La pregunta fue ignorada.

"¿Qué es esto del código?" dijo Chase.

"Cerberus no es sobre el código, nunca lo fue. Se trata de ti". Floyd repitió. "Algo así, de todos modos.

Chase lo interiorizó y luego dijo: "Acabo de hablar con un amigo que tiene experiencia con perfiles".

Tate supo que se refería a Stitts y se preguntó por qué no se dirigía a él por su nombre. También se dio cuenta de que, mientras ella miraba a todos los demás en la sala, parecía evitar el contacto visual con él.

"No cree que sea la primera vez que nuestro sudes hace algo así".

"¿Cómo qué?" Stu preguntó, de repente sonando preocupado.

"¿Incriminar a alguien? ¿O asesinar a alguien?"

Chase se encogió de hombros.

"¿Sinceramente? Probablemente ambas cosas. Will, ¿crees que puedes buscar alguna conexión entre Cerberus y accidentes o muertes recientes? ¿Quizás algo relacionado también con la programación informática?"

Will parecía escéptico, un sentimiento compartido por Tate -era una tarea amplia, por no decir otra cosa-, pero el abogado se dirigió al ordenador sin rechistar. Todos esperaron, para su evidente incomodidad, a que echara un vistazo a los primeros resultados de búsqueda de Google.

"No lo sé", dijo, sonando abatido. "Muchas cosas aquí sobre Hades, y la muerte, pero... quiero decir, puedo seguir buscando pero yo... yo..."

"Una pérdida de tiempo", murmuró Tate. "¿Qué pasa con la búsqueda de reconocimiento facial de Happy Valley? ¿Puedes añadir Cerberus a los parámetros, o lo que sea?"

Una vez más, Will asintió y sus dedos chasquearon el portátil.

"Hecho", dijo al cabo de unos instantes. "Creo. He añadido una búsqueda más para...", le interrumpió el sonido de un correo electrónico entrante. El hombre enarcó las cejas y miró la pantalla. "Mierda, ya han encontrado algo. Dos cosas, en realidad. Esperad". Tate, Floyd, Chase y Stu se movieron para ver mejor. "Pinchado de inmediato. Los empleados de Happy Valley Jake Hollister e Isaac Lomax trabajando en Cerberus, un nuevo tipo de metaverso".

Chase inhaló bruscamente.

"¿Isaac y Jake? Espera un segundo, si 'C' es Cerberus entonces ese cabrón me mintió". Tate le puso una mano en el hombro, pero ella se encogió de hombros. "Él sabía desde el principio lo que era 'C'. ¿De cuándo es ese artículo?"

Will se inclinó hacia el ordenador.

"Tres años, más o menos".

"¿Tres años?" Chase negó con la cabeza. "La línea de tiempo es todo un lío. Se supone que Jake estaba vendiendo esta cosa la noche que murió".

Tate, preocupado porque estaban a punto de desviarse con el por qué cuando lo más importante era el quién, dijo: "¿Y lo otro? ¿Han encontrado una coincidencia para nuestro hombre?".

Will ladeó la cabeza.

"Sí... su cara apareció en un artículo de periódico. Aquí está: *Randy Milligan, CEO programador de PopTop Games encontrado muerto de un aparente suicidio."*

Tate sintió que su corazón se aceleraba.

"¿Otro CEO de software muerto? ¿Qué más dice?"

Will pulsó el trackpad y luego retiró ambas manos del portátil como si éste se hubiera calentado de repente.

"¿Qué pasa?" Chase preguntó.

"No sé, el correo electrónico. Ya no está".

"¿Qué quieres decir con que se ha ido?" preguntó Tate.

Will volvió a poner las manos en las teclas y se movió por su bandeja de entrada, antes de ir a la papelera y luego a las carpetas de basura.

"No está aquí. ¿Qué demonios? El email con las dos coincidencias estaba aquí y ahora no está".

Tate había visto el correo electrónico con las dos coincidencias, pero su mente había divagado cuando Will había mencionado al director general.

"No lo entiendo. ¿Lo has borrado?"

"Yo no he hecho nada. Sólo hice clic en el enlace para ver el artículo y ahora ya no está", protestó Will.

"Compruébalo otra vez", dijo Chase.

Will lo hizo, pero aún no estaba.

"¿Cómo demonios...?" Will fue interrumpido por la notificación de un correo electrónico entrante. Lo abrió rápidamente y lo leyó en voz alta. "*Gracias por su interés en los servicios de Happy Valley. Desafortunadamente, no podemos completar su solicitud en este momento. Recibirá un reembolso completo por cualquier compra".*

"¿Qué coño?" soltó Tate.

Chase se puso rígido de repente.

"Ese imbécil de Isaac", murmuró. "Lo sabe... lo sabe, joder". Ahora, en lugar de evitarlo, Chase miraba a Tate directamente a los ojos. "Me dijo que alguien borró los correos electrónicos de Jake y que no sabía qué era 'C'. Mentía. Estaba implicado y debió de ver tu solicitud. Lo borró y ahora va a salir corriendo. Tenemos que llegar a Happy Valley, *ahora*".

Chase empezó a moverse hacia la puerta y Tate, que aún no estaba segura al cien por cien de lo que ocurría, pero se dejó llevar por su convicción, fue con la mujer.

"¿Crees que se va a presentar?", preguntó.

"Deberías haber visto a este tipo. Estaba muy nervioso. No quiere una confrontación y ahora que sabe que estamos..."

"¡Esperad!" Stu gritó tras ellos. Chase aminoró la marcha, al igual que Tate, pero ninguno de los dos se volvió. "¡Esperad! Tengo a alguien siguiendo a Isaac. Dame un segundo".

¿Cómo?

Tate se detuvo bruscamente y se dio la vuelta para fulminar con la mirada al hombre de pelo plateado, dispuesto a arrancarle una tira -hasta ahí llegaba la transparencia-, pero ya estaba al teléfono. Chase

sintió lo mismo; sus ojos se clavaron en Stu.

"¿Se va?" Stu dijo. "Yo no... vale, espera". Bajó el teléfono. "Mi chico dice que Isaac acaba de salir corriendo de Happy Valley. ¿Qué debe hacer?"

"Síguele", dijo Chase sin vacilar. Stu empezó a llevarse el teléfono a la oreja, pero Chase se precipitó de repente y se lo arrancó de la mano. "Sólo síguelo", ladró. "Dinos a dónde te diriges y nos encontraremos allí. No te comprometas".

Chase mantuvo el teléfono encendido y en la mano mientras señalaba a Tate.

"Ven conmigo."

"¿Y yo qué?" Preguntó Floyd, bastante petulante.

"Investiga el suicidio con el otro director general. Tate y yo vamos a tener una charla con Isaac Lomax".

Mientras Tate se apresuraba a permanecer al lado de Chase mientras volvían a requisar el Mercedes de Stu, no pudo evitar sonreír. Sabía que el hecho de que Chase le dijera que le acompañara no tenía nada que ver con la noche que habían compartido.

Era para proteger a Floyd.

Y eso sólo significaba una cosa: iban a tener algo más que una charla con el señor Lomax. Esto le vino bien a Tate, porque haber maltratado a Frankie y Jabari no había servido de nada para calmar la hostilidad contenida que sentía enterrada en lo más profundo de sus entrañas. Unas tripas que aún estaban magulladas por el puño del capullo de Marco.

Si las cosas se ponían feas, Tate sabía exactamente qué cara se imaginaría antes de clavarle los nudillos.

Capítulo 56

Las instrucciones de Chase al hombre anónimo del teléfono de que se limitara a seguir a Isaac Lomax habían sido desoídas. Había un Chrysler negro aparcado en diagonal en la entrada de una típica casa de las afueras de Las Vegas, de modo que un Tesla no podía salir.

Chase detuvo bruscamente el Mercedes de Stu, sin llegar a bloquear el Chrysler, pero sin duda dificultando que el conductor saliera a toda prisa. En cuanto salió del coche, se abrió la puerta del conductor del Chrysler, que tenía los cristales muy tintados.

Chase puso instintivamente una mano en la culata de su pistola.

"Intentó huir". El hombre que había salido del coche era corpulento, de unos dos metros y medio, y grueso de pecho. Sus bíceps eran tan grandes que su piel oscura era más clara en algunos puntos, como si los músculos que tenía debajo estuvieran a punto de salirse. Al acercarse, Chase vio que tenía un tatuaje encima de un ojo que decía "AHORA".

"Te dije que lo siguieras".

El enorme hombre se limitó a encogerse de hombros.

"Intentó huir. No le hice daño alguno".

Chase miró por la ventanilla trasera del Chrysler y, aunque pudo distinguir una silueta delgada en el asiento trasero, el fuerte tintado impedía saber si se trataba de Isaac Lomax. Sin pedir permiso, abrió la puerta y se asomó al interior del vehículo. Fiel a su palabra, Isaac no parecía estar herido, al menos no en el sentido físico. Sin embargo, estaba extremadamente asustado.

Detrás de ella, Chase oyó a Tate presentarse al hombretón, que se hacía llamar Big Roddy.

"Señor Lomax", dijo Chase, tomando la decisión de mostrar su placa a pesar de que ya se había presentado. Cualquier cosa con tal de aumentar la inquietud del hombre y hacerle creer que aquello -el confinamiento forzoso por parte de uno de los miembros menos conocidos del clan Wutang- y lo que estaba por venir, era legal. "Chase Adams, FBI. Creo que ya nos conocemos".

"Agente Adams". Los ojos de Isaac parecían enormes detrás de sus gafas redondas. "¡Yo no he hecho nada! Este tipo, él sólo..."

"Me mentiste", interrumpió Chase. "Sabes todo sobre Cerberus".

Isaac gimió. Era el sonido más doloroso que Chase recordaba haber oído. Entonces el hombre se miró las manos, cuyos largos dedos estaban entrelazados sobre su regazo.

"Lo siento."

"Yo también", exclamó Chase. "Fuera del coche. Hablemos un poco dentro".

Dio un paso atrás e Isaac salió del vehículo abatido. Con la cabeza gacha, se acercó a la casa, cuya puerta Chase veía ahora abierta. En cualquier momento el hombre podría haberla mandado a la mierda, que no iba a hacer nada de lo que ella dijera. Si lo hacía, y lo que era peor, si Isaac la amenazaba con llamar a la policía, ella iba a tener que tomar decisiones muy difíciles. En el pasado, Chase no habría dudado en infringir ciertas leyes para proteger o defender a sus amigos. Ahora las cosas eran diferentes. Tenía a Georgina y Brian venía a por ella.

Afortunadamente, Chase no estaba dispuesto a arriesgarse para evitar que Stu Barnes fuera a la cárcel, no por el momento. Isaac entró tambaleándose en su casa y Chase le siguió. Cuando llegó a la puerta, Tate se apresuró a su lado.

"Le he dado las gracias a Big Roddy y le he dicho que ya no necesitaremos su ayuda". Chase miró por encima del hombro de Tate y vio al hombre con el tatuaje "Ahora" sobre el ojo asentir con la cabeza y subir a su Chrysler oscurecido. Maniobró con pericia alrededor de su coche y se alejó lentamente hasta perderse de vista. "Pero dudo que vaya a escuchar", dijo Tate, leyendo su expresión. "Big Roddy dijo que..."

"¿Puedes dejar de llamarle así?"

"¿Cómo demonios quieres que le llame? Dijo que su nombre es Big Roddy y yo no iba a discutir. De todos modos, dijo algo sobre deberle a Stu. Puede que se eche atrás mientras estemos aquí, pero dudo que haya ido muy lejos".

"Hmm", fue lo único que se le ocurrió decir a Chase. Ya aclararían esto con Stu más tarde. Esto, y muchas otras cosas. Estaba agradecida de que Rod... ¿Rodrick? ¿Rodney? ¿Rodford? hubiera interceptado a Isaac, porque no sólo encontrar al hombre habría sido un coñazo, sino que el tiempo transcurrido podría haberle hecho entrar en razón y haberle llevado a pedir un abogado. Ahora mismo, sin embargo, Isaac creía que estaba a punto de participar en una entrevista legítima del FBI. ¿Y quién era Chase para decirle lo contrario?

Isaac Lomax estaba desplomado en la mesa de su cocina, una vieja mesa redonda de madera con cuatro sillas que sólo podía proceder de uno de estos dos lugares: la casa de su abuela o un mercadillo. Al igual que en el coche de Roddy, tenía la cabeza gacha y sus largos dedos se frotaban entre sí como si trataran de convertir dos peniques en cinco centavos. Chase saludó a Tate con una rápida inclinación de cabeza y se sentó en la antigua silla de madera frente al hombre. No dijo ni una palabra hasta que Tate volvió con un vaso de agua y lo puso delante de Isaac. La adrenalina siempre deshidrataba, y ésta no era una excepción. La mayor adrenalina que Isaac probablemente había

experimentado antes de hoy fue rescatar a Princesa de Bowser. Ser acorralado por un hombre negro gigante con tatuajes en la cara probablemente puso sus glándulas suprarrenales en insuficiencia orgánica.

El hombre dio un educado sorbo al agua, tiró los modales por la ventana y se bebió de un trago el contenido del vaso. Tate no tardó en rellenarlo. Esta vez, Isaac bebió dos sorbos y se detuvo.

"¿Por qué me mintió, Sr. Lomax? Dijiste que no tenías ni idea de lo que era 'C', pero lo sabías. Usted sabía acerca de Cerberus porque trabajó en él con Jake, ¿no? "

Isaac se mordisqueó el labio superior, lo que le hizo parecer un Bulldog Inglés.

"*Solía* hacerlo", dijo en un mero susurro. "Solía trabajar en algo llamado Cerberus con Jake, pero eso fue hace mucho tiempo".

Chase sonrió. Lo tenía, y todos en la sala, incluido Isaac, lo sabían.

Capítulo 57

Will no tardó en encontrar varios artículos sobre el difunto Randy Milligan. Según casi todos los informes, Randy Milligan había sido un hombre muy querido. A la madura edad de veinticuatro años, fundó una empresa de software especializada en la creación de adictivos juegos para teléfonos móviles. Su empresa, PopTop Gaming, tuvo un par de éxitos menores, pero el verdadero éxito no llegó hasta el juego revelación Captive Carnage.

Se rumoreaba que el juego, que era un clon de tower defense con zombis que atacaban un cementerio y luego una funeraria, recaudaba la friolera de 50.000 dólares al día en mejoras opcionales. Esto hizo que fuera aún más sorprendente cuando el multimillonario fue descubierto en su casa palaciega, con una sola herida de bala en un lado de la cabeza. Cuanto más leía, más sospechaba Floyd que se trataba de un suicidio. Sin embargo, tras lo que los periódicos consideraron una investigación exhaustiva, se llegó a la conclusión de que la herida había sido autoinfligida. No había motivo aparente para el suicidio, y finalmente se atribuyó a las tribulaciones de ser joven y rico. En el lugar de los hechos se encontraron drogas recreativas, que se mencionaron tácitamente. Tras la muerte de Randy, PopTop fue adquirida por un grupo de inversores anónimos.

Floyd, que se consideraba un graduado en la teoría de las coincidencias de Stitts, sintió que algo no encajaba. ¿El director ejecutivo de una exitosa empresa de software muerto por un disparo? Cierto, Jake no era CEO, pero era el programador jefe. ¿Estaban los dos casos relacionados?

La verdadera pregunta era por qué este artículo en particular había sido marcado por su búsqueda de reconocimiento facial. Floyd sólo había echado un vistazo rápido a la fotografía de Randy Milligan, pero el hombre no se parecía en nada al de las imágenes de seguridad de HVG.

"¿Alguna idea de por qué tenemos una coincidencia con Randy Milligan? ¿Qué tiene que ver con nuestro sudes?"

Will se encogió de hombros y Floyd se dio cuenta de que era el único miembro de las fuerzas del orden que quedaba en la sala. Cruzó los brazos sobre el pecho mientras Will buscaba más artículos sobre Randy.

¿Por qué me han dejado atrás? se preguntó con amargura. *¿Por qué Chase se llevó a Tate en vez de a mí?*

Pero él ya sabía la respuesta. Tenía todo que ver con el hecho de

que cuando Floyd se había despertado para mear en mitad de la noche, había estado solo en la habitación.

Su actitud se había agriado lo suficiente, y lo último que Floyd quería hacer era quedarse mirando cómo otra persona buscaba en Internet. Era tan útil como la mesa sobre la que estaba el ThinkPad.

Su mente empezó a divagar, y Floyd se preguntó si tal vez no había ningún vínculo entre Randy y Jake. Stitts no dijo que las coincidencias nunca existieran, sólo que eran raras. Y Floyd sabía de primera mano que si buscabas lo suficiente podías inventar patrones y significados en casi cualquier cosa. Una bolsa en el viento se convertía en un presagio de Dios. Una brizna de hierba doblada frente a las de su lado podía indicar un mar de cambios.

Justo cuando Floyd estaba a punto de sugerir que Happy Valley se había equivocado y que tal vez la razón por la que se había retirado el correo electrónico no era Isaac Lomax, sino que se había hecho por error, Will chasqueó los dedos de repente.

"Compruébalo".

Se había topado con un telediario sobre la muerte de Randy. Era bastante típico, con una mujer rubia -siempre rubia, siempre una mujer- delante de una gran casa hablando de cómo la policía seguía investigando la escena del crimen. A continuación, el presentador de las noticias entrevistó a una mujer llamada Patricia Spitzer, que era becaria en PopTop Games. Pronunció la retórica típica, mencionando que Randy era un jefe tan bueno, que no podía creer lo que había pasado, que lo iba a echar mucho de menos. Pero cuando pasaron a la siguiente persona, Floyd sintió que la mandíbula se le desencajaba tan rápidamente que casi se le disloca la mandíbula inferior.

"Es trágico", dijo el hombre. "Randy fue un pionero".

Eso fue todo, sólo seis simples palabras, de cero importancia.

Lo que importaba era quién las había dicho.

A diferencia de Patricia Spitzer, en la parte inferior de la pantalla no había ninguna etiqueta con el nombre ni un cargo. Pero el hombre, con el pelo largo y oscuro recogido detrás de las orejas, una nariz ligeramente demasiado pequeña para su cara y ojos marrones, era reconocible. Sus dientes eran normales, si acaso un poco grandes, y no estaban rotos.

Pero este era su hombre. Este era el sudes.

"Maldita sea", refunfuñó Will. "¿Por qué no ponen su nombre?"

"Es él", dijo Floyd, más como una exhalación que como una revelación. Todos sabían que era él, el hombre que había atacado a Jake y a Stu.

Este era el hombre que había matado a Jake e incriminado a Stu.

Floyd miró subrepticiamente a Stu, intentando sonsacarle algo, cualquier cosa. Pero Stu se limitaba a mirar la imagen congelada, con

expresión inexpresiva.

¿Estaba entumecido? ¿Por eso Stu no reacciona al ver la cara del hombre, al verlo en el vídeo?

¿O hay algo más?

Stu tenía a alguien siguiendo a Isaac Lomax y no se lo había dicho a nadie. Chase tendría algo que decir al respecto, eso era seguro. ¿Pero qué más estaba ocultando Stu?

"Aquí no hay nada", dijo Will en voz baja. Había escaneado todos los metadatos del vídeo. "No se menciona el nombre del tipo en ninguna parte".

Will consiguió encontrar una segunda versión del vídeo, esta vez en una emisora hermana, pero era un calco de la primera.

"¿Puedes llamarlos?" Preguntó Floyd. "¿Puedes llamar a la estación, preguntar si la gente que muestran en la televisión tiene que llenar un formulario de liberación o algo así?"

"Poco probable", dijo Will. Pero también se estaba agarrando a un clavo ardiendo. "Pero voy a darle una oportunidad."

Stu estaba de repente junto a Floyd, y se dio cuenta de que el hombre ya no carecía de emociones. Tal vez su acción había sido simplemente una respuesta retardada. Floyd pudo oler lo agrio del sudor de Stu y lo reconoció como inducido por el miedo.

"¿Crees... crees que este tipo también mató a Randy?" La voz del hombre se quebró en "también".

Floyd pensó instintivamente en lo que diría Tate, en cómo su compañero analizaría la situación y determinaría lo que Stu necesitaba que dijera para mantener al hombre tranquilo. Después de unos treinta segundos, se dio por vencido.

Él no era Tate. No tenía la habilidad de Tate ni su capacidad para compartimentar y pensar que tenía que hacer las cosas a la manera de Chase y Tate era lo que le había metido en este lío en primer lugar.

Sigue adelante, Floyd.

Choo-Choo.

"No tengo ni idea", respondió con sinceridad.

Stu parecía a punto de ponerse físicamente enfermo. Aunque parecía que el hombre lo tenía todo, riqueza ilimitada, buena apariencia, salud, casa, coche, Floyd tenía que recordarse a sí mismo que nada de eso importaba si lo declaraban culpable y le clavaban una aguja en el brazo. Floyd también pensó, extrañamente por primera vez, que incluso con todas estas cosas, incluso en ausencia de sus cargos capitales pendientes, Stu parecía solo. El hombre no tenía mujer, ni hijos, ni novia, por lo que él sabía. Tampoco había tenido amigos, aparte de Will, que técnicamente era un empleado. Y cuando Stu se había visto envuelto en este lío asesino, había llamado a Chase. No un amigo, sino alguien que le debía un favor.

Era increíblemente triste. Tal vez ser rico más allá de lo creíble era más alienante que cualquier otra cosa.

Floyd, sintiendo que sus emociones empezaban a aflorar, se aclaró la garganta.

Choo-Choo.

"Es posible", admitió, y luego señaló la pantalla. "No lo sabremos hasta que tengamos una pequeña charla con quienquiera que sea".

Capítulo 58

"El metaverso... no iba muy bien. Iba bien pero no tan bien, ¿me entiendes? La gente lo llamaba 'Los Sims' y se estaba aburriendo. La avalancha inicial de jugadores que acudían a él porque era muy realista había disminuido, al igual que el tiempo medio de juego. Pensamos que lo que molestaba a la gente eran las reglas: no romper el personaje, no matar a otros, ese tipo de cosas. Claro, puede que quieran ser camareros en el metaverso durante un día o dos, pero ¿estar atrapados como tales durante una semana? ¿Un mes? Se parecía demasiado a la vida real. No podías salir de la vida en la que te habías metido. Incluso los programadores de Happy Valley se aburrían, Jake y yo incluidos. Otros lo dejaban. Supimos que íbamos a empezar a tener un verdadero problema cuando los streamers, la gente que juega online para que otros lo vean, empezaron a perder interés. Ellos son los que realmente impulsan las compras en el juego de sus espectadores. ¿Y una vez que ellos, que juegan durante horas todos los días y lo han conseguido todo, dejaran de encontrarse con jugadores reales porque se marchaban y en su lugar se limitaran a tratar con NPC? Eso iba a ser el fin.

"Como vicepresidente de software, mi trabajo consistía en mantener contentos a todos en HVG. Tenía que ofrecer paquetes cada vez más grandes para conseguir que los programadores se quedaran. Fue entonces cuando apareció Stu, o al menos uno de sus representantes. Le dijimos que las cosas iban muy bien, que el metaverso estaba creciendo, pero que era..." Isaac hizo una pausa y bebió un sorbo de agua. Chase, queriendo mantener la presión, se apoyó en los codos. "El caso es que lo que hacía especial a nuestro metaverso no era sólo el realismo, sino que había muy pocos PNJ. Así que, sí, nuestros números parecían buenos, pero iba a venirse abajo y todos lo sabíamos".

"No paras de decir eso de los PNJ. ¿Qué demonios significa eso?" Tate preguntó desde detrás de Isaac.

Cuando empezó a girarse, Chase repitió la pregunta, queriendo mantener los ojos de Isaac fijos en ella. Que Tate fuera la figura autoritaria, la voz todopoderosa desde arriba. Que ella hiciera las preguntas.

"¿Qué es un PNJ?"

"Personaje no jugable. Igual que un bot".

Chase se quedó mirando e Isaac se explayó.

"Sabes cuando estás jugando a juegos multijugador, ¿verdad?"

"No hay mucho tiempo para juegos cuando estamos siguiendo la

pista de asesinos por todo el país", dijo Tate con una voz algo más barítona que la suya habitual.

"Claro, por supuesto. Bueno, en los juegos multijugador hay otros jugadores, ¿no? ¿Como otras personas en casa con su Xbox o su PC?".

Chase se encogió de hombros.

"Claro".

Bueno, en muchos de los *MMORPG*, los grandes juegos en línea en los que el universo es enorme...". No hay suficiente gente jugando, sobre todo al principio, y el mundo está prácticamente vacío. Así que hay jugadores por ordenador, supongo que se les puede llamar PNJ, que los sustituyen. La mayoría son pésimos y a los jugadores no les gusta interactuar con ellos. Las conversaciones son poco naturales, torpes, etc., y en realidad son sólo una medida provisional".

"Así que hiciste trampas", comentó Tate. "Fingiste que estos PNJ eran jugadores reales, ¿es eso? ¿Para que el metaverso pareciera atractivo a un inversor como Stu Barnes?".

Isaac abrió mucho los ojos.

"Era... era sólo temporal", se quejó. "Sólo hasta que resolviéramos..."

"¿Trabajo para Hacienda?" preguntó Tate.

"¿Qu-qué?"

Isaac miró por encima del hombro y Chase le dejó esta vez. Tate parecía feroz.

"¿Trabajamos yo o el agente Adams para Hacienda o la SEC?"

balbuceó Isaac.

"¿Qu-qu-qué?"

"¡No es una pregunta retórica, Isaac! ¿Tenemos mi compañero y yo pinta de trabajar para la puta Hacienda o la SEC?".

"N-n-no", logró decir Isaac al fin.

"Claro, porque ya te hemos dicho que estamos en el FBI y nuestro trabajo es rastrear asesinos. Me importan una mierda los NPC del metaverso o que intentes hacer que tu jueguecito parezca mejor de lo que es".

"Lo siento... es... es... no..."

"Queremos saber sobre Cerberus", dijo Chase, dirigiendo la atención del hombre hacia ella.

"¿Ce-Ce-Ce-Cerberus?"

"Isaac", advirtió Tate, y el hombre se puso rígido.

"O-o-okay. Pero primero tengo que hablarte del metaverso de HVG. Tienes razón, hicimos trampas y amañamos los números con los PNJ, como tú dijiste, para que Stu nos comprara. Pero algo extraño ocurrió justo cuando lo compró. Creemos que por accidente, un jugador mató a un PNJ. Aquí está la cosa, nuestro metaverso tiene reglas muy estrictas. Si matas a otro jugador, tu cuenta es cerrada. ¿Pero cuando alguien mató a un PNJ? El software no lo marcó. Este jugador, que se

hacía llamar Cerberus, se lo contó a dos de sus amigos. Eso es lo que creemos que pasó. Entonces los tres empezaron a cazar a los PNJ -no son tan difíciles de encontrar- y actuaron como, no sé, una especie de escuadrón de asalto digital. Iban vestidos de negro, con la cara pintada, todo. Jugaron durante horas, estos tres, registrando la mayor cantidad de tiempo de todos los demás jugadores. Y no pasó tanto tiempo, menos de una semana, antes de que Jake se diera cuenta de lo que estaba pasando".

Chase se estaba aburriendo de las largas explicaciones de Isaac, pero esta última parte le devolvió la atención.

"¿Qué les ha pasado a estos jugadores?", preguntó.

Isaac parpadeó.

"Jake los echó, por supuesto. Arregló el código para que no pudieras matar a los PNJ o, si lo hacías, te expulsaban igual que a un jugador de verdad. Incluso intentó prohibirlos, pero Cerberus encontró la forma de volver al juego, utilizó la tarjeta de crédito de otra persona, ese tipo de cosas... Lo siento, eso no es importante. Lo importante es que, cuando se dieron cuenta de que no podían matar a los PNJ, se desconectaron. No les interesaba. Fue entonces cuando Jake tuvo la idea".

Una bombilla se encendió de repente en la cabeza de Chase.

"Cerberus", murmuró. "Un nuevo metaverso".

A pesar de todo lo que le había pasado a Isaac, de que había intentado huir y Big Roddy se lo había impedido, y de que ahora estaba siendo interrogado por agentes del FBI, seguía esbozando una sonrisita orgullosa.

"Exacto. Cerberus: un nuevo tipo de metaverso, uno en el que matar a otros no conlleva una prohibición, sino que se fomenta. Es como lo opuesto al mundo real. Es anarquía, es caos, es lo que la gente quería. Y por eso mataron a Jake".

Capítulo 59

"Empezó como un divertido proyecto paralelo", continuó Isaac tras otro vaso de agua. "Y yo estaba a bordo. Happy Valley no sólo permitía, sino que animaba a los programadores a dedicar parte de su jornada a algo no relacionado con nuestro trabajo, que era el metaverso principal de HVG. Pero Jake... Jake veía Cerberus como algo diferente. Algo más importante y más popular que el metaverso. Se imaginaba algo así como los círculos del Infierno de Dante, con diferentes tipos de, no sé, tortura, supongo, en cada nivel. Pero en lugar de empezar poco a poco, Jake quería hacerlo a lo grande. Le aterrorizaba que alguien se apropiara de la idea. Pero para llegar al tamaño que quería, necesitábamos PNJ".

"Pensé que habías dicho que..." Chase comenzó, pero Isaac, en un rollo ahora, la cortó.

"Sí, cuando el juego se pone realmente en marcha, cuando se hace popular, no quieres PNJ. Pero cuando empiezas un universo, los necesitas. No sólo sirven para que los primeros usuarios interactúen con alguien, sino que te ayudan a probar cosas diferentes. Pero no podíamos limitarnos a utilizar los PNJ del metaverso en Cerberus. Necesitábamos otro tipo de PNJ. Jake quería que fueran malos, que fueran tan brutales como esperaba que fueran los jugadores, como el jugador original de Cerberus y su pandilla lo habían sido en el metaverso de HVG. Pero eso era difícil, muy difícil". Isaac suspiró. "El caso es que Jake era un buen tipo, ¿sabes? Sí, podía ser un poco maniático y cuando tenía una idea no había forma de disuadirle. Por eso era tan bueno. Y yo soy... bueno, soy lo que ves aquí. No sabemos cómo ser malvados... ¿Malvados? Cada vez que intentamos hacer NPCs que fueran malvados, terminaban siendo ridículamente falsos. Necesitábamos datos, necesitábamos información. Si Cerberus iba a funcionar, tenía que ser real. Jake era inflexible al respecto".

Chase se recostó en su silla.

"¿Qué habéis hecho? ¿Hacer encuestas? ¿Poner una encuesta en Internet?"

"¿Encuestas? ¿Sondeos?" repitió Isaac vacilante antes de negar con la cabeza. "No, no lo entiendes. Necesitábamos gente que jugara al juego, que estuviera en el juego. Jake tuvo la idea de que si tomábamos datos del propio Cerberus durante las pruebas beta, podríamos hacer que los PNJ parecieran más reales. Sólo que eso no funcionaría porque no teníamos beta testers. Reclutamos a algunos empleados para que lo probaran, pero... bueno, no funcionó. Los

programadores no son realmente el mercado objetivo. Se asustaron o simplemente se rieron de lo que vieron. Era como un niño pequeño viendo una película de terror por primera vez. Sus emociones estaban fuera de lugar, y en lugar de darnos datos que hicieran a los PNJ más reales, los empeoraba. Yo estaba a punto de tirar la toalla -en ese momento, Cerberus me ocupaba tanto o más tiempo que el metaverso, que, permítanme recordarles, era mi verdadero trabajo-, pero Jake estaba obsesionado. Decía que teníamos que pensar con originalidad, que teníamos que buscar algo diferente. Necesitábamos gente con... traumas".

Chase entrecerró los ojos acusadoramente y se miró los dedos.

"Sí, lo sé. Estúpido, ¿verdad? Es sólo un juego. Pero el metaverso iba a colapsar. Ambos lo sabíamos. Jake pensaba que Cerberus podría salvarnos, pero para que eso ocurriera quería hacer el juego más realista y sádico posible. Eso es lo que la gente quiere, lo creas o no. Ya no quieren películas con jump scares, quieren películas con decapitaciones y gente cosida de culo a boca. Para hacer nuestro universo creíble, necesitábamos investigar a gente con traumas reales. Y ahí es donde entró el hermano de Jake". Isaac terminó esta última parte con un suspiro.

"¿El hermano de Jake?" Chase preguntó.

No estaba segura de qué era más alarmante, si la dirección que estaba tomando esta historia en capas o el hecho de que ya había hablado con Isaac y nada de esto, ni siquiera un indicio de este nivel de engaño, se le había ocurrido.

Chase se debatió entre estirarse por encima de la mesa y agarrar las manos del hombre, tocar su piel, ver su historia desde una perspectiva en primera persona. Lo único que la detuvo fue saber que Tate estaba allí, observando.

Y explicarle lo que estaba haciendo podría requerir una narración más extensa que la que ya estaban sufriendo.

Chase sacudió la cabeza y recuperó la concentración.

"Sí, el hermano de Jake. Era militar, veterano. Hizo dos misiones en Irak y cuando regresó la segunda vez, el VA le recomendó un psicoterapeuta para ayudarle a lidiar con su trastorno de estrés postraumático. Jake sugirió que podíamos recurrir a ellos. Dijo que si cogíamos a esos soldados con TEPT y los metíamos en escenarios de combate dentro del metaverso, escenarios similares a los que les habían provocado, podríamos ver cómo reaccionaban. Era una mina de oro para encontrar reacciones y comportamientos honestos y aterrorizados... al menos, eso dijo Jake".

Isaac cogió su agua y Chase miró a Tate. El hombre miraba tan fijamente la nuca de Isaac que no se percató de su mirada.

"Aquí es donde tracé la línea", dijo Isaac después de un trago

pesado. "Quiero decir, esto era sólo un proyecto de mascotas, ¿sabes? ¿Pero soldados con estrés postraumático? Y eso fue sólo el principio. Jake quería utilizar al psicoterapeuta para acceder a todo tipo de personas con traumas. Pero incluso si se ignora las consecuencias éticas de desencadenar estas personas, esto nunca sería aprobado ".

"Entonces, ¿lo cerraste?" Chase preguntó. "Detenido Cerberus?"

Isaac hizo eso con su labio superior otra vez.

"Sí, le dije a Jake que lo archivara. Para centrarse en el metaverso HVG. Eso es lo último que supe de él".

Chase frunció el ceño.

"Estás de broma".

"No, yo lo hice", suplicó Isaac. "Le dije..."

"A ver si lo entiendo, tenías lo que Jake -lo que ambos pensaban- era una mina de oro, un nuevo juego de realidad virtual más popular, pero como trataba de soldados con estrés postraumático simplemente... ¿qué? ¿Le dijiste a Jake que lo borrara?"

"¿Crees que somos estúpidos, Isaac?" Tate intervino.

"No-no, ¡pero esa es la verdad! Fue hace tanto tiempo... ¿como tres o cuatro años?".

"¿Y simplemente lo olvidaste?" preguntó Chase, incrédulo.

"Bueno, sí. Poco después nos estaban vendiendo y no paraban de hacerse auditorías. Yo tenía las manos ocupadas tratando de ocultar nuestras pistas sobre exprimir los números de jugadores con NPCs. Y Jake era un buen trabajador. Trabajaba muchas horas. ¿Y honestamente? Me olvidé por completo de Cerberus hasta que..."

"¿Jake fue asesinado?" Tate preguntó rápidamente.

Isaac miró a Tate por encima del hombro, con una expresión de curiosidad en el rostro, y luego negó lentamente con la cabeza.

"Hasta el correo electrónico".

"¿La de Jake vendiendo 'C' a algún inversor?" elucidó Chase.

"Sí, esa".

Chase frunció el ceño.

"¿La que me dijiste que no viste hasta que Jake murió?"

"Quiero decir, como, bueno... puede que lo haya visto antes pero no sabía lo que significaba".

Era mentira. Chase no sabía si Isaac era consciente de que Jake había seguido trabajando en Cerberus después de que le dijeran que lo dejara o si sólo se había enterado cuando interceptó el correo electrónico sobre la venta. ¿Pero importaba? Chase no lo creía. Sin embargo, sí que convertía a Isaac en su principal sospechoso, a pesar del hombre de los dientes destrozados. El propio Isaac le había dicho que era capaz de trucar el vídeo del tiroteo. ¿Era más difícil manipular las grabaciones de seguridad de HVG? ¿Quién iba a decir que no era él quien estaba atacando a Stu y Jake y que sólo había superpuesto a un

grasiento adicto a la metanfetamina en su lugar?

En su periferia, Chase vio que Tate estaba a punto de hablar, pero ella lo disuadió con un sutil movimiento de cabeza. Era el momento de poner en práctica algo del libro de jugadas de Stitts. Y funcionó. Al final, Isaac no pudo evitarlo.

"Tienes que creerme: era el proyecto de Jake, no el mío. Yo sólo estaba ayudando y-y le dije que se detuviera ".

"Apuesto a que sí", dijo Tate con sarcasmo.

"No-no, ¡lo hice! ¡Lo juro!"

"Bien."

"¿Quién más estaba involucrado en Cerberus, Isaac?" Preguntó Chase, dirigiendo la discusión hacia otro lado.

"Nadie. Al menos no cuando le ayudaba. Éramos sólo él y yo. Y luego era sólo él".

Chase bajó la mirada un momento y luego la levantó lentamente.

"¿Por qué me mentiste, Isaac?"

"¿Mentir?"

"Sí, ya sabes, cuando no dices la verdad". Tate se estaba burlando de él otra vez y eso estaba haciendo que Isaac se sintiera aún más incómodo.

"Te lo he contado todo".

"Excepto en la cafetería. Dijiste que no sabías lo que significaba 'C'".

Isaac se encogió.

"Sí, lo sabía, lo sabía. Pero no estaba seguro..."

"Claro, ¿de qué, Isaac? Una agente del FBI viene y te pregunta por Jake, tu colega muerto, y le mientes a la cara. ¿Mentir a un agente federal? Eso conlleva pena de cárcel, Isaac", dijo Tate. Esto no era exactamente cierto, pero Isaac no sabía otra cosa.

"Mira, yo-yo-yo-yo pensé que iba a conocer a Stu, ¿vale? Estaba nerviosa y ansiosa y yo..."

"¿Por qué borraste nuestro correo electrónico?" Preguntó Chase.

Los ojos de Isaac se abrieron de par en par.

"¿Qué?"

"Nuestro correo electrónico. Contratamos a Happy Valley para un trabajo de reconocimiento facial y nos enviaron un correo electrónico con los resultados. Segundos después, se había borrado. Y nuestra cuenta fue efectivamente cerrada. ¿Qué pensabas que íbamos a encontrar?" preguntó Chase.

"¿Qué?"

Tate se hizo cargo de lo que ahora se había convertido en una parrillada.

"Te preocupaba que descubriéramos que estabas cabreado con Jake, que estaba vendiendo Cerberus y querías una parte. ¿No es cierto? "

"N-no. Pensé que Cerberus estaba muerto".

"No te creo", dijo Tate.

"¡Bueno-bueno, es la verdad! ¡Yo-yo no tuve nada que ver!"

"Pero tuviste algo que ver con la muerte de Jake, ¿no?" Dijo Chase.

"¡No!" Isaac empezó a levantarse de repente, pero Tate le puso una mano en el hombro y le obligó a volver al suelo. "¡No, no, no! Quiero un abogado".

Bueno, pensó Chase, *eso llevó mucho más tiempo de lo que esperaba*.

"No será necesario. Hemos terminado aquí". Tate hizo una señal hacia la puerta y Chase se levantó.

"Una cosa más, Isaac, y nos iremos de aquí."

Isaac no dijo nada, pero su rostro sugería que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de sacar a los dos agentes de su casa.

"El hermano de Jake..."

"Dwight".

"Dwight", repitió Chase asintiendo. "¿Dijiste que estaba viendo a un psicoterapeuta y que ibas a pasar por ellos? Es decir, ¿antes de cerrar Cerberus, claro?".

"Sí."

"¿Cómo se llama?"

Isaac negó con la cabeza y por un instante Chase pensó que no iba a contestar o, en el mejor de los casos, que iba a mentir y decir que no se acordaba.

Isaac la sorprendió.

"No m-hombre sino mujer".

"¿Cómo se llamaba?"

"Christina. Su nombre es Christina Bunting".

"Gracias, Isaac". Tate le dio una palmada en la espalda, casi haciéndole caer sobre la mesa antigua. "Ah, y si estás pensando en ir a alguna parte, como en un viaje? Asegúrate de avisarnos con suficiente antelación. Si te olvidas, tendremos que pedirle a nuestro amigo Big Roddy que te controle. ¿Qué te parece?"

Capítulo 60

Christina Bunting no fue difícil de encontrar. En cuanto Tate empezó a buscar su nombre y psiquiatría, se encontró con un anuncio de sus servicios, que prometía asistencia segura, eficaz y a un precio razonable especializada en veteranos con TEPT. Esto sucedió tan rápido que consideró que su teléfono había estado escuchando su conversación con Isaac. No sería la primera vez que ocurría algo así. Una vez, él y Floyd estaban teniendo una discusión sobre el tequila de todas las cosas, con ambos diciendo que no eran grandes fans. Antes de esta discusión, Tate no recordaba haber visto nunca un anuncio de tequila en su teléfono, pero, efectivamente, la siguiente vez que se conectó a Instagram, le sirvieron no sólo uno, sino tres.

Tate transmitió a Chase la dirección de la consulta de la Dra. Bunting y ella la introdujo en el GPS del coche. Tate se alegró de ver que la ruta les alejaba del Strip. No le gustaba Las Vegas. No era el juego, ni la bebida, ni el puro libertinaje de la ciudad, sino las malditas luces. Todo era siempre tan brillante, incluso por la noche, y le dio un dolor de cabeza. Ahora, en pleno día, el sol era abrasador. Incluso con el aire acondicionado del Maybach soplando aire frío, el calor y el sol eran apenas tolerables.

Si Jake Hollister quería crear un infierno con su juego Cerberus, al menos podría haber utilizado el clima de Las Vegas como inspiración.

Tate miró a Chase, que estaba concentrado en la carretera y ensimismado. Quería hablarle de lo de anoche. Tenía *muchas* ganas.

Chase... ¿se acabó?

Tate esperaba que no. Cuanto más tiempo pasaba con la mujer, más tiempo quería pasar con ella. Y esto era algo anómalo para él. Normalmente, Tate era reacio a pasar demasiado tiempo con una sola persona. No es que le preocupara romper su carácter, sino que era una práctica agotadora. Especialmente para un hombre que no dormía.

Una vez más, Tate dejó que sus ojos se posaran en Chase. No se trataba sólo de su belleza, de sus ojos llameantes, de los rasgos pequeños y delicados de su rostro, ni siquiera de su cuerpo, que estaba claro que cuidaba... ahora, al menos. Era su pelo. La forma en que era gris rozando el blanco. No por el color en sí -sinceramente, Tate pensaba que el negro cuervo le sentaría mejor-, sino por el hecho de que había una historia detrás. Eso era Chase: un libro de infinitas historias. Algunas malas, otras buenas, algunas absolutamente brutales como una novela de Kristopher Triana.

Pero eso es lo que la hacía tan interesante y tan atractiva.

Y el sexo. Dios mío, Chase era bueno en la cama. Sabía lo que quería y cómo y no era tímida para pedirlo.

Mantente alejado, le había advertido Floyd. *Ella es una mala noticia*.

En lugar de disuadirle, la advertencia de su compañero había despertado su interés.

"¿Qué opinas de esta mierda del metaverso?", preguntó, buscando abrir un diálogo.

Aunque Tate se sentía cómodo siendo él mismo, su yo vulnerable, delante de Chase, respetaba su dedicación al trabajo, extraoficial o no. Pronto tendrían la charla que él quería y que ambos querían tener.

Pero no ahora.

Chase se encogió de hombros.

"Realmente no me interesa".

"¿No?" Tate bajó la visera para tratar de bloquear parte del sol infernal. "Eso es lo que yo pensaba también. Pero era tan real. Estuve allí, ¿cuánto? ¿Una hora? ¿Dos?"

"Más bien diez".

Tate se rió entre dientes. No podía haber pasado tanto tiempo.

"Claro, bueno, ni siquiera salí de la sala de seguridad donde estaba viendo las cintas, pero después de un tiempo, me olvidé un poco de que era un juego. "

Tras superar la sensación inicial de vértigo, la inmersión del metaverso HVG se había vuelto indistinguible de la realidad.

Casi.

"Me parece otra mentira".

Tate no podía estar en desacuerdo. Era mentira, era falso.

"Cierto, pero ya sabes lo que dicen, todo este mundo", señaló con gesto grandilocuente en el coche, "podría ser sólo una simulación".

"Otra vez no", dijo Chase con una mueca.

"¡Sólo lo digo! Esto podría ser..."

"¿Qué importa?"

La pregunta confundió a Tate.

"¿Qué quieres decir?"

"¿Qué importa? Con simulación o sin ella, no puedo hacer nada. Todavía estoy atrapado aquí, viviendo bajo sus reglas. No hay reinicios, no hay vuelta atrás".

La mente de Tate se dirigió inmediatamente al accidente.

Si hubiera estado allí. Si no hubiera estado trabajando, si hubiera sido yo quien conducía...

"¿Tate? ¿Estás bien?"

Tate se estremeció.

"Lo siento, la matriz acaba de fallar. Pero, sí, sé lo que quieres decir. No hay vuelta atrás en esta vida, simulación o no. No hay vuelta atrás en absoluto".

La involuntaria naturaleza ominosa del comentario les hizo guardar silencio hasta que llegaron al exterior de un pequeño edificio de artes médicas. El cartel indicaba un dentista, un abogado y la doctora Christine Bunting.

Chase aparcó y se quedó mirando el cartel.

"¿Cuáles son las posibilidades de que Jake realmente siguió adelante con esto? ¿Con su plan de reclutar a estos veteranos con PTSD?"

"No estoy seguro. Pero tres años... si crees a Isaac Lomax, cosa que yo no creo, entonces es mucho tiempo para estar refinando el producto", dijo Tate. "Y si era lo bastante bueno como para que alguien quisiera comprarlo...".

"Pero no estoy seguro de que alguien lo hiciera. Quiero decir, ese tipo Thuring era un impostor, ¿verdad?"

"Bien", dijo Tate de mala gana. "¿Por qué Jake estaba de repente ansioso por vender? Quiero decir, si suponemos que siguió trabajando en Cerberus, y estaba convencido de que sería aún más popular que el metaverso HVG, ¿por qué vender ahora?".

Chase se mordió el labio inferior.

"Tal vez se asustó. Tal vez ese loco que vino a su trabajo lo asustó".

"¿Crees que las dos cosas están relacionadas? ¿El ataque y Cerberus?"

"Yo sí", admitió Chase mientras salía del coche. Tate la siguió. "Creo que estaba asustado y solo quería deshacerse de él. Ya viste a Isaac. Estos informáticos suelen ser reacios a los conflictos".

Tate se rió entre dientes.

"Vamos, vamos, Chase, eso sería lo que, en lenguaje industrial, llamamos una generalización".

Tate sintió que le sudaba la frente durante el corto trayecto hasta la puerta principal del edificio de artes médicas.

"Ya sabes lo que dicen de las generalizaciones".

"¿Qué es eso?"

"Generalmente son ciertas".

Chase abrió de un tirón la puerta del edificio. Encontraron el número del despacho de Christina Bunting en la pantalla digital y se dirigieron a las escaleras.

"¿Sabes cuántos psiquiatras hacen falta para cambiar una bombilla?". preguntó Tate cuando llegaron al rellano del segundo piso.

"No estoy seguro de..."

"Uno, pero realmente tiene que querer cambiar".

Chase gimió y se detuvo frente a la puerta con el rótulo de Christina Bunting, Doctora en Filosofía. Levantó la mano para llamar, pero Tate la agarró de la muñeca.

Ella le miró y, por muy cerca que estuvieran, él volvió a ver el

dolor en sus ojos. Ese dolor profundo y familiar.

Tate estuvo tentado de darle la vuelta, apretarla contra la puerta y cogerla allí mismo.

"¿Qué?" Preguntó Chase.

"Nada." Se aclaró la garganta. "Es sólo... ¿cuánto quieres mantener a Stu fuera de la cárcel?"

Las finas cejas de Chase se fruncieron.

"Él no lo hizo".

La pregunta que Tate había formulado pero no había hecho era: ¿Hasta qué punto quieres jugar a esto?

La respuesta que Chase había dado y no había dado era: "Tanto como haga falta".

Tate sonrió.

"Eso es lo que pensaba".

Soltó la muñeca de Chase y agarró el pomo de la puerta. Lo giró y empujó la puerta para abrirla.

Con voz fuerte y estruendosa, gritó: "FBI, ¿dónde está Christina Bunting?".

Capítulo 61

No hay mucho que sorprenda o impresione a Chase Adams en estos días. Pero lo que Tate acaba de hacer fue impresionante.

No era sólo que su voz cambiara, ni siquiera su postura. Era como si, al cruzar el umbral del despacho de Christina Bunting, Tate Abernathy se hubiera convertido en una persona completamente distinta. Su rostro se endureció, sus ojos se entrecerraron e incluso su forma de andar se alteró. Y aunque estos cambios físicos eran evidentes, también había otros cambios. Unos que no le pasaron desapercibidos pero que le resultaron más difíciles de describir.

Christina Bunting, una mujer regordeta de rasgos pastosos y pelo castaño hasta los hombros recogido detrás de las orejas, estaba sentada detrás de su escritorio cuando Tate atravesó la puerta y bramó.

Casi se cae de la silla.

"¿Eres Christina Bunting?" Tate acusó.

Los finos labios de la mujer se abrieron, pero no salió ninguna palabra. Parecía tan asustada que Chase sospechó que, de haber sido capaz de hablar, habría negado aquella afirmación, costara lo que costara.

A grandes zancadas, Tate atravesó el pequeño despacho, compuesto por la mujer, su escritorio y dos cómodos sillones de ante a un lado. Se elevó por encima de ella y golpeó el escritorio con su placa.

"Agente especial del FBI Abernathy, y mi compañero, el agente Mulva."

Chase, que requería un cambio mucho menos dramático, estuvo a punto de romper el personaje.

¿Agente Mulva?

"¿Eres Christina Bunting?" Tate volvió a preguntar.

La mujer seguía boquiabierta, pero ahora había una mirada en sus ojos color avellana que sugería a Chase que sabía exactamente por qué estaban allí.

Las tácticas de Tate, por muy melodramáticas que fueran, parecían haber funcionado.

"Las preguntas sólo van a ser más difíciles", amenazó Tate. "¿Es usted Christina Bunting?"

La mujer recuperó por fin el sentido común.

"S-s-sí, soy yo, soy la Dra. Christina Bunting. ¿De qué va esto?"

Tate se limitó a mirarla.

"¿Estoy...?"

"Sabes de qué va esto, *Christina*".

"Lo siento, yo sólo..."

Sintiendo que Tate podría estar presionando demasiado, Chase dio un paso adelante.

"Christina, estamos investigando el asesinato de Jake Hollister. ¿Creo que conoces al hermano del hombre?"

Christina miró a Chase, con los ojos todavía muy abiertos.

"Sí, yo...", vaciló. "B-bueno, realmente no puedo hablar de los pacientes."

Tate hizo una mueca, que transmitía perfectamente su comentario anterior: *Las preguntas sólo van a ser más difíciles.*

"¿Puedes hablar de Cerberus?"

Algo oscuro brilló en los ojos del Dr. Bunting.

"Yo no..."

"Sí, lo sabes. Sabes lo de Cerberus, porque recomendaste a tus pacientes para el proyecto piloto, ¿no?". Tate interrumpió. "Pacientes como Dwight Hollister."

Miedo.

Al principio, Chase había confundido la sombra oscura con ira, pero ahora la reconocía como miedo.

En cuestión de instantes, habían confirmado que Christina no sólo sabía lo de Cerberus, sino que, de hecho, había recomendado a sus pacientes. Todo estaba en su cara.

"Christina, creemos que Cerberus podría tener algo que ver con la muerte de Jake", dijo Chase, su tono deliberadamente suave.

"¿Qué? ¿Qué? ¿No es ese multimillonario Stu o algo así el que mató a Jake?"

Auténtica sorpresa y confusión.

"Le darán el alta mañana", mintió Tate. Si sólo fuera tan fácil. "Fue Cerberus."

"Wh-wh-wh-" Christina sonó como un helicóptero arrancando. "¿Qu-qué? Sólo era un juego. No puede hacer daño a nadie. Y se suponía que iba a ayudarles. Se suponía que ayudaría a mis pacientes".

Chase estaba desconcertado. Al parecer, el trato con Stu había cambiado su perspectiva de las cosas. Toda la charla sobre compraventa de empresas y paquetes salariales para ingenieros de software la había condicionado a creer que el motivo de todo el mundo era de naturaleza financiera. Ni siquiera se le había ocurrido la idea de utilizar Cerberus para ayudar a los pacientes.

"Todavía estamos tratando de limar los detalles. Pero la cosa es así, Christina", dijo Chase, "tenemos que saber quién entró en el programa".

Christina pareció desgarrada y Tate dio un paso al frente.

"Voy a hacerte un trato, Christina. Un trato, eso es todo. Sin

negociaciones."

La mujer se inclinó hacia delante, su postura confirmaba su disposición aunque sus palabras no lo hicieran.

"Dime los nombres de todos y cada uno de los pacientes que derivaste a Jake y me olvidaré por completo de tu participación en Cerberus. Si no, me veré obligado a informar a la APA y al TTYL de que utilizaste un programa no probado ni aprobado para la terapia de tus pacientes. Y no olvidemos que compartiste información confidencial..."

"Vale", Christina levantó las manos. "Vale, vale". Cogió un trozo de papel de su escritorio y, con mano temblorosa, empezó a escribir. "Realmente pensé que iba a ayudarles".

"Supongo que no lo hiciste gratis, ¿verdad?" Tate presionó.

La mano de Christina se congeló y ahora le tocaba a ella cambiar. Ya no parecía asustada ni conmocionada.

Parecía enfadada.

"No cogí ni un céntimo. Sólo escuché a Jake y lo que propuso. Pensé que les ayudaría. La terapia de exposición leve ha demostrado ser eficaz para muchos pacientes".

¿Suave?

Chase recordó lo que Isaac les había dicho sobre provocar deliberadamente a estos veteranos para garantizar reacciones realistas y potencialmente violentas.

"Los nombres", le indicó Chase, pero fue ignorada.

"¿Crees que hice esto por dinero?" La palabra dinero salió de la boca de Christina como una vil maldición. "No cogí ni un céntimo. Ni un céntimo".

Mierda, esto va cuesta abajo rápidamente.

"Christina, necesitamos los nombres", dijo con severidad.

La mujer frunció los labios y luego rascó con rabia el bloc de papel. Cuando terminó, arrancó una hoja y se la tendió, no a Tate, que estaba más cerca de ella, sino a Chase. Preocupada por si la doctora cambiaba de opinión, Chase cogió rápidamente el papel y se lo metió en el bolsillo sin mirarlo.

"Gracias". Chase cogió a Tate del brazo y tiró de él hacia el vestíbulo. Esperó a que estuvieran en la planta baja antes de volverse hacia él. "Ha estado de puta madre", comentó. "¿Qué demonios es el APA?"

Tate se encogió de hombros.

"Asociación Americana de Psiquiatría".

"Buen toque. ¿Y TTYL?"

Tate sonrió.

"Hablamos más tarde."

Se soltó y se pavoneó hacia el Maybach como si fuera el rey del

mundo.

"¡Espera! ¿Mulva? ¿Agente Mulva? ¿En serio?"

Tate se rió y siguió caminando.

"Oye, era eso o Dolores", dijo por encima del hombro y ahora Chase también se rió.

Capítulo 62

"¿Seguro?" Preguntó Floyd.

Will hizo una mueca.

"No estoy seguro, no, pero viste las fotos. No hay nadie trabajando en HVG que se parezca a nuestro tipo".

"¿Entonces por qué lo entrevistarían para el noticiero? ¿Era un vecino, tal vez?" Floyd sacudió la cabeza con frustración. "No, eso no tiene sentido. Dijo: 'Randy fue un pionero'. Eso implica una relación de trabajo, ¿no?". Al parecer, Will no tenía nada que ofrecer al respecto. "¿Qué hay de la presentadora de noticias? ¿Ha llamado ya?"

Will parpadeó.

"Cierto, lo siento". Se habían puesto en contacto con el canal de noticias y el productor había accedido a revisar sus archivos para ver si tenían el nombre del misterioso hombre de la emisión. Dijeron que volverían a llamar si encontraban algo, y Floyd había estado de pie junto a Will todo el tiempo. El teléfono del abogado había permanecido en silencio. "Es que..."

La puerta se abrió y Chase y Tate entraron con un aspecto sorprendentemente fresco. En la mano alzada de Chase había un trozo de papel.

"¿Tienes algo?", preguntó desesperado.

Chase asintió.

"Una lista de nombres". Le entregó el papel a Stu. "¿Reconoces alguno de ellos?"

Mientras Stu entrecerraba los ojos y leía los nombres, Floyd dijo: "¿De dónde es la lista?".

Chase intercambió una mirada con Tate, lo que molestó a Floyd, pero finalmente, les contó a todos lo que habían aprendido.

"¿Y crees que uno de los chicos que se inscribió en este... ¿cómo lo llamaste? ¿'Cerberus' tratamiento PTSD mató a Jake?" Floyd no pudo evitar la incredulidad que se coló en su voz.

Chase asintió, pero no lo hizo con confianza. Fue más un *Sí, supongo* que un *Eso es exactamente.*

"Vale... ¿por qué? ¿Por qué matar a Jake y por qué matar a Stu?"

En el fondo de su mente, Floyd repitió lo que había leído de las imágenes de seguridad fuera de HVG.

No había código. Cerberus no se trata de código, nunca lo fue. Se trata de ti.

Pero antes de que pudiera verbalizarlo, Tate respondió a su pregunta.

"El psiquiatra dijo que el programa, Cerberus, se suponía que era una especie de terapia de exposición. Eso me recuerda a un episodio de Maury Povich". Tate ignoró las miradas extrañadas que los demás, en particular Will Porter, lanzaban en su dirección. "Maury estaba haciendo un episodio sobre fobias extrañas y utilizaba la terapia de exposición. Había una mujer a la que le aterrorizaban los pepinillos. Cuando ella no miraba, un camarógrafo puso un pepinillo gigante detrás de su silla. Cuando lo vio, se asustó. Saltó fuera de su piel. No sé si era una actuación o no, pero parecía aterrorizada. Y corrió. Salió corriendo del puto estudio. Esto sucedió con algunos de los otros invitados en el programa, pero volvieron y trabajaron a través de su miedo. La chica de los pepinillos no. Se había ido, se había ido".

"¿De qué coño estás hablando?" soltó Floyd.

Tate se encogió de hombros.

"Sólo digo que a veces la terapia de exposición puede empeorar las cosas".

"A ver si lo entiendo", dijo Floyd. "¿Estás comparando el estrés postraumático de la guerra de Irak con el miedo a los pepinillos?"

"No", respondió Tate, "por supuesto que no. Pero..."

"Vale, dejad de pelearos", intervino Chase. "Tate podría estar en algo. Tal vez alguien entró en Cerberus y se fue postal ".

A Floyd le cabreaba que Chase se pusiera de parte de Tate, sobre todo después de su descabellada historia, pero enmarcado así tenía cierto sentido.

"En el vídeo de se-seguridad, Jake le dice al tipo de los dientes que Cerberus no va de código, que va de él".

Tate chasqueó los dedos como si se le hubiera ocurrido algo a él mismo y Floyd frunció el ceño.

"Bien. ¿Y si nuestro hombre se cabreara?", Tate indicó a Chase. "Ya oíste a Isaac, dijo que había reglas en el metaverso. ¿Y si nuestro hombre rompió alguna regla y fue expulsado? ¿Y si quisiera volver a Cerberus pero Jake no le dejara?".

"¿Crees que eso podría cabrear a alguien lo suficiente como para hacerle matar?" Stu preguntó.

Tate se encogió de hombros.

"No lo sé. Esa mierda parece muy real cuando estás ahí".

Stu intentó devolverle la lista de nombres a Chase, pero Floyd la interceptó.

"Bueno, si estas son todas las personas que entraron en este juego o lo que sea, siento decir que no reconozco a ninguno de ellos".

Floyd tampoco los reconoció. Pero hubo un nombre que no vio y que le dio la alarma.

"¿Dónde está el hermano de Jake? ¿No dijiste que él era la razón por la que Jake tuvo la idea de usar veteranos con PTSD?"

Chase frunció los labios y le devolvió el papel a Floyd.
"Sí, él no está allí-Dwight Hollister es su nombre. No sé por qué no está en la lista. ¿Tal vez Jake no quería exponerlo a esto? Quiero decir, fue diseñado para disparar, no importa lo que diga la Dra. Christina Bunting".
"No entiendo nada de esto", refunfuñó Stu. "No entiendo una mierda."
Para ser justos, Floyd no creía que ninguno de ellos lo entendiera realmente. Aún no, quizá nunca. Simplemente no era su mundo.
"Will, muestra el video que encontramos", dijo.
Will reprodujo el noticiario, saltando a la parte en la que aparecía el hombre que todos reconocieron.
"Es él", confirmó Chase. "¿Pero sin nombre?"
"No", respondió Will, abatido.
Chase agitó el papel con los nombres.
"¿Crees que es uno de estos tipos? ¿Puedes buscar estos nombres?"
Ahora el papel pasó a Will.
"Lo intentaré, pero esta es literalmente la única imagen de este tipo que pudimos encontrar en Internet. Única imagen que Happy Valley nos envió, también, antes de que nuestra cuenta fuera bloqueada".
Mientras Will se dedicaba a esta tarea, Tate se dirigió a Stu.
"¿Este es el mecánico? ¿El tipo del vídeo es el mismo que fingió cambiarte el aceite?".
Floyd sospechaba que, de no haber sido así, el hombre ya habría dicho algo, pero Tate tenía razón al confirmar este hecho dada la sospechosa memoria de Stu.
"Sí, es él".
"¿Qué hay del tipo Randy Milligan?" Tate continuó. "El CEO que se suicidó. ¿Lo conoces?"
"No... no, yo no..." La frase de Stu se interrumpió y sus rodillas se doblaron.
Floyd, al estar más cerca del hombre, consiguió agarrarlo antes de que se desplomara y lo guió hacia una silla vacía. Tate le trajo un vaso de agua.
"Lo siento", dijo Stu cuando el color empezó a volver a su cara.
"Está bien", dijo Chase. "Tómate un descanso. Deberías descansar".
"Estaré bien."
Floyd lo dudaba, pero no estaba en posición de decir lo contrario.
"Hay seis nombres", dijo Chase. "Tate, toma tres, yo tomaré los otros tres. Floyd, si tú..."
"N-no", dijo.
"¿Qué?"
"S-seis nombres. Cada uno lleva dos".
Aquí era donde Chase iba a decir que era mejor si se quedaba aquí,

ayudaba a Will a buscar los nombres en la red. Y Floyd se echaría atrás a regañadientes.

Pero hoy no.

Choo-Choo.

"Tomaré dos nombres", dijo enérgicamente. "Will puede usar el ordenador solo".

Chase tenía dudas, pero Floyd se mantuvo firme. Estuvo tentado de echar un vistazo a Tate, pero pensó que si lo hacía, su determinación se desmoronaría.

Después de unos diez segundos, Chase finalmente cedió.

"Bien, dos para cada uno."

"Pero tú te quedas con el alquiler", dijo Tate. "Estoy tomando prestado uno de los coches de Stu."

Capítulo 63

A diferencia de Chase, Tate pensó que era buena idea separarse.

Especialmente Floyd.

No había estado bromeando sobre el episodio de Maury Povich. Bueno, lo había hecho, pero no. Había algo en la terapia de exposición que ella encontraba redentor de una manera simplista. Floyd había ido a ver al doctor Matteo y, aunque Tate no creía que una sola sesión de una hora fuera suficiente para curar nada, ni siquiera una fobia a los pepinillos, su compañero tenía que someterse a la prueba.

Y visitar a un grupo de soldados que jugaban a videojuegos parecía bastante benigno comparado con decirle a una madre que su hijo se había suicidado.

Además, el propio Floyd había insistido. Si eso no era prueba de que estaba en vías de recuperación, ¿entonces qué lo era?

La chica de los pepinillos...

Sí, había que tener en cuenta a la chica de los pepinillos. Ella sólo se rompió y se fue. Desaparecido, destinado a vivir en el miedo perpetuo de pepinos bebé mezclado con sal y vinagre.

Tate no podía ignorar la posibilidad de que, por mucho que intentara convencerse a sí mismo de que enviar a Floyd por su cuenta era algo bueno, esto podría ser contraproducente.

Los agentes podían estallar, y su primer instinto no solía ser huir.

Lo había visto antes. Dos veces, en realidad. El primer compañero de Tate, Constantine Striker, había sido una roca absoluta, pero cuando encontraron a Sandman, un hombre que, en ese momento, era sospechoso de asesinar a una docena de mujeres, incluida la hermana de Con... Con se había vuelto loco. Había estado a punto de asesinar a un hombre desarmado.

El resultado de la segunda ocasión en que Tate había visto a un miembro de las fuerzas del orden chasquear había sido menos que deseable. A los tres años de empezar su carrera en el FBI, Tate había sido llamado para ayudar a investigar una serie de robos en Virginia. Pero había sido un policía de patrulla el que había detenido al hombre que creía responsable, un hombre con un historial de escalada de delitos que acababa de salir de la cárcel por allanamiento de morada. Tate había asistido a la detención, al igual que los medios de comunicación. Aunque él se lo había desaconsejado, los medios habían hecho un reportaje sobre el hombre al que habían encerrado y sobre el policía, diciéndole al público que podía dormir tranquilo.

No pudieron.

El número de robos aumentó y el policía, avergonzado, fue a visitar a la cárcel al hombre que había detenido. Nadie sabe exactamente qué ocurrió después, pero se rumoreaba que el delincuente se había burlado del agente, le había dicho que se había equivocado de hombre y que los medios de comunicación iban a manchar su nombre.

El policía perdió la cabeza. Aporreó al hombre hasta matarlo en la celda de la cárcel.

Floyd no era propenso a la violencia, pero Tate sabía que la violencia no siempre implicaba palizas o asesinatos.

"¿Puedo ayudarle?"

Tate había estado trabajando con el piloto automático y ni siquiera se había dado cuenta de que había llamado a la puerta de Jonathan Sillinger.

"Ejem", tosió en su mano. "¿Jon Sillinger?"

Este hombre no se parecía en nada a la persona que había atacado a Jake. Y cuando abrió la boca para responder, mostrando dos dientes delanteros de tamaño normal, aunque manchados de nicotina y café, Tate supo sin duda que no era a él a quien buscaban.

"Sí, ¿quién eres?"

Tate estuvo tentado de decir, *lo siento, puerta equivocada*, y seguir adelante, pero se dejó llevar por la diligencia debida.

"Sólo estoy haciendo el seguimiento de un servicio que se le prestó hace unos meses, ¿quizá uno o dos años?".

Los labios del hombre se desvanecieron, revelando un conjunto de dientes inferiores que encajaban perfectamente con los superiores en cuanto al color.

"¿Servicio?"

"Sí. Se llamaba Cerberus, y creo que tú eras..."

"Oh, ese pedazo de mierda. El juego apestaba. Intenté deciros que quería un nuevo nivel o lo que fuera, pero nadie respondía a los malditos correos. Espero que no lo quieran de vuelta porque..."

"No, no, quédatelo. Sólo quería saber qué te pareció el partido".

"Te lo dije. Era basura. Siempre era lo mismo: era un niño y mi padre llegaba a casa borracho y me pegaba. Intentaba defenderme, pero hiciera lo que hiciera me daba una paliza. Jugué al juego como cincuenta putas veces, pero nunca cambiaba. Una y otra vez, lo mismo".

"¿En serio?"

Tate se sorprendió. Basándose en lo que Isaac les había contado, esperaba que Jonathan estuviera inmerso en una simulación al estilo de la guerra de guerrillas. ¿Se había equivocado la Dra. Bunting? ¿O el verdadero trauma de este hombre tenía su origen en abusos en la infancia?

"Sí, de verdad."

"Bueno, entonces, en nombre de..." Tate vaciló, intentando dar con un nombre: "Jugadores Anónimos, gracias por probar nuestro producto".

Tate, desesperado por pasar al siguiente nombre de la lista, se dio la vuelta y caminó por el sendero roto hacia el coche de Stu.

"Oye, informático, te vendo este pedazo de mierda, ¿si quieres? ¿Cien pavos? ¡El juego apesta, pero el equipo es bueno! Gafas, mandos, ¡todo!"

"No, gracias", gritó Tate por encima del hombro.

¿"Cincuenta"? ¡Vamos, vale por lo menos cincuenta! ¡Mira el coche que tienes! Te lo puedes permitir".

"Estoy bien."

Mientras Tate se dejaba caer en el mullido asiento de cuero tras el volante, pensó que, como casi todo lo que habían hecho desde que llegaron a Las Vegas, podría tratarse de una pérdida de tiempo.

¿Y por qué estaban repartidos por toda la ciudad, entrevistando a la gente sobre un juego de todas las cosas?

Debido a una persona: Isaac Lomax.

El hombre había sido convincente en la casa: nervioso, con ojos de insecto, deshidratado.

Pero, ¿y si estaba mintiendo? ¿Y si todo sobre Isaac Lomax era mentira?

¿Y si fue él quien mató a Jake Hollister?

Tate se secó el sudor de los ojos, sacó el teléfono y marcó el número de Stu.

En el fondo, tenía la sensación de que le estaban engañando.

¿Y qué es lo que más odian los mentirosos natos?

Que te mientan, por supuesto.

Capítulo 64

La puerta principal de la casa de Paul Wenkler estaba abierta cuando llegó Floyd. Sin embargo, la mosquitera estaba cerrada y a Floyd le costaba ver el interior porque todas las persianas estaban cerradas y las luces apagadas.

"¿Sr. Wenkler?" gritó Floyd. Golpeó el marco de la pantalla, que traqueteó con fuerza. "¿Sr. Wenkler?"

No hubo respuesta, pero percibió una sombra de movimiento en algún lugar cerca de la parte trasera de la casa.

"¿Hola? ¿Sr. Wenkler?"

Esta vez hubo una respuesta. Y la voz que habló -seca y ronca- hizo que Floyd sintiera un escalofrío a pesar del calor de Las Vegas.

"¡No fui yo!"

"Sr. Wenkler, sólo quería preguntarle..."

"¡No fui yo! ¡Yo no lo maté! ¡Yo no *lo maté!*"

La sombra se abalanzó. Al principio, Floyd pensó sin sentido que el dueño de la voz disecada venía hacia él, pero ése era sólo uno de los muchos trucos de la oscuridad. La sombra estaba al menos a seis metros de distancia, cerca de la parte trasera de la modesta casa, y se movía lateralmente, no hacia la puerta de mosquitera.

Pero había algo raro en la forma en que la sombra se balanceaba espasmódicamente que hizo que el instinto natural de Floyd se apoderara de él.

Su instinto de congelación.

Comenzó con un frío glacial en la frente y un engrosamiento de los intestinos inferiores. Pronto, si no hacía nada, se extendería a sus extremidades, convirtiendo sus pies en pezuñas de elefante escalfadas, gruesas e incapaces de moverse.

No.

Floyd imaginó un tren en su mente. No Thomas la máquina de tanques, sino una locomotora grande y negra como la de El expreso polar, un tren nocturno finlandés de dos pisos. Uno que tenía que seguir adelante, que tenía que llegar al Polo Norte, uno que no podía detenerse.

Choo-fucking-Choo.

"¡Sr. Wenkler!"

Floyd vio un destello de pelo grasiento a través de la pantalla y supo que era su hombre. Tenía que serlo.

"¡Yo no le he matado!", gritó el hombre.

Floyd agarró la mosquitera y la abrió de un tirón con tanta

violencia que el desgastado marco de madera se estrelló contra la pared exterior de tablas de madera. Luego se lanzó a la oscuridad.

Su nariz fue inmediatamente asaltada por el agrio hedor del sudor viejo y nuevo, pero esto no le frenó.

Nada podía frenarle.

Floyd podía ver ahora al hombre del pelo ensortijado. Paul Wenkler estaba en la cocina, a tiro de piedra de la puerta principal, y se tambaleaba como si estuviera borracho hacia la salida trasera. Floyd sacó su pistola y la levantó, sorprendido de lo firme que era su puntería.

"¡Paul, no te muevas!"

El hombre vaciló pero, como de costumbre, las órdenes de Floyd, incluso las emitidas con una pistola como apoyo moral, fueron ignoradas.

Paul se dio la vuelta, se tambaleó una vez más y se estampó con fuerza contra la pared junto a la puerta trasera.

"Yo no..."

"Sólo quiero hablar, Paul. Eso es todo."

El hombre llevaba ropa demasiado gruesa para el tiempo que hacía. Eran de color beige pálido o gris. Lo primero que pensó Floyd fue que llevaba una especie de chándal, pero el material parecía demasiado grueso para ser así.

"Voy a encender las luces ahora, ¿de acuerdo, Paul? Sólo quiero hablar. Por favor."

El hombre sacudió la cabeza y se echó el pelo grasiento a la cara.

"¡No puedes! *¡No puedes!*"

Floyd probó con el interruptor de la luz, pero no pasó nada.

Paul había dicho "no *puedo*", no "no puedo", probablemente el hombre no había pagado la factura de la luz.

"Vale, está bien. Entonces, lo que voy a hacer es retroceder lentamente. Quiero que vengas conmigo. Juntos, vamos a salir al sol. Sólo para hablar".

Hubo una pausa y luego Paul hizo algo con la cabeza que Floyd interpretó como un asentimiento. Floyd, seguro ahora de que el hombre le escucharía, dio un pequeño paso atrás, seguido de otro. Paul avanzó de forma menos coordinada.

"Bien. Ahora..." El codo de Floyd derribó algo de la repisa -una olla de metal, seguramente, por el crescendo vibratorio que hizo al golpear el suelo de linóleo- al mismo tiempo que se dio cuenta de lo que llevaba puesto el hombre.

No un chándal, sino uniforme militar.

Paul Wenkler cogió algo de la mesa de la cocina.

"¡Paul!"

"¡Yo no lo maté!"

Antes de que Floyd pudiera siquiera parpadear, la casa de Paul Wenkler se llenó de repente con el resplandor de un fogonazo, el crujido de un trueno y el olor a pólvora.

Capítulo 65

Chase evitó tocar nada mientras bajaba las escaleras que conducían al semisótano de Tony Metcalfe. El hombre vivía en un auténtico tugurio y la escalera era un reflejo de ello. Las paredes estaban cubiertas de vetas marrones cuyo origen Chase no quería ni contemplar, y la pintura que había se había desprendido en su mayor parte para revelar el hormigón que había debajo. La barandilla tenía innumerables agujeros causados por los cigarrillos y faltaba por completo un tramo, que no estaba roto, pero parecía haber sido serrado.

Chase sólo había visto a dos personas en el complejo, a pesar de que tenía una capacidad máxima de probablemente unas cuarenta. Una había sido un vagabundo envuelto en una manta a pesar del calor de más de cien grados, las únicas zonas expuestas eran unos ojos ictéricos y parte de un bigote gris. Dos, un hombre obeso con una camiseta de Disney que no cubría ni la mitad de su incipiente barriga, que estaba contando las baldosas de lo que contaba como vestíbulo, al menos en términos técnicos.

Todas las puertas que Chase cruzaba en el semisótano estaban cerradas y el apartamento 017B no era una excepción. A pesar de que tenía la sensación de que después necesitaría una vacuna contra el tétanos, Chase encontró un lugar relativamente limpio en la madera alabeada y llamó a la puerta. La puerta, al igual que la gruesa moqueta que pisaba, era blanda y sintió que sus labios se curvaban hacia abajo.

Jesucristo, ¿por qué me quedé atrapado en este lugar?

Después de contar hasta diez, volvió a llamar. Como seguía sin oírse nada dentro, Chase miró hacia arriba y hacia abajo por el pasillo.

No había nadie asomado a sus apartamentos para ver quién era, ningún vecino entrometido tomando nota de quién entraba y salía.

En este tipo de lugares, la gente se ocupa de sus propios asuntos.

Si el lugar no hubiera sido tan indigente, Chase se habría planteado investigar el segundo nombre de su lista -Geoffrey Fixman- con la intención de volver más tarde. Pero lo último que quería era volver aquí.

Envolviendo torpemente la mano en la parte delantera de su camiseta, Chase agarró el pomo de la puerta y giró.

Para su sorpresa, se movió libremente y la puerta se abrió sin más provocación. Casi pareció abrirse de golpe.

Qué atrayente, pensó cabizbaja.

"Demonios..." la palabra se le atascó en la garganta, justo después de la primera sílaba de hola. El olor que desprendía el apartamento era tan asqueroso que resultaba impío.

Chase tuvo una arcada.

Temiendo que tal vez Tony Metcalfe hubiera muerto y nadie hubiera acudido a ver cómo estaba, Chase se tapó la boca y la nariz con la camisa y se asomó al apartamento 017B.

"¿Tony?" Su voz estaba amortiguada por su camisa. "¿Tony Metcalfe? ¿Estás aquí?"

Chase salió del apartamento para tomar una bocanada de aire más fresco y aprovechó para observar de nuevo el pasillo.

Seguía sin haber movimiento, salvo un bulto bastante inquietante en la alfombra que podría haber jurado que antes había estado un metro a la izquierda.

A la mierda.

Chase volvió a subirse la camisa y entró.

Ya había estado antes en lugares ruinosos: Chase había vivido en una casa trampa cuando era adicta a la heroína y vendía su cuerpo por el siguiente golpe.

Pero había algo en este apartamento que era de alguna manera peor.

El aire era tan cálido y húmedo que parecía que el sudor le caía por toda la piel a la vez. En cierto modo, el apartamento de Tony le recordaba a la casa trampa, sólo que en lugar de que los olores predominantes fueran el plástico quemado y el olor dulzón y enfermizo de la heroína quemada, inhalaba heces humanas y podredumbre. En lugar de oír el crepitar de la cocaína en una sartén, oía el zumbido de las moscas que se atiborraban de platos apilados a tal altura que camuflaban con bastante eficacia una cocina de cocina.

Pero por muy malas que fueran estas cosas, no eran nada comparadas con lo que encontró en la sala de estar.

De ahí venía el verdadero olor.

La pieza central era una silla con mechones de algodón que salían de los reposabrazos y un cojín de asiento que había sido aplanado hasta el ancho de un trozo de cartón. Apoyado en esta silla estaba lo único limpio de todo el apartamento: un casco de RV y unas asas, que se parecían a las que Stu tenía en su casa. En el suelo había unas cien latas vacías de lo que podrían haber sido SpaghettiOs o comida para gatos. Intercalados entre estos soldados caídos había cubos y recipientes más grandes.

Chase no necesitó mirar dentro para saber lo que contenían: heces y orina humanas.

Ajuste.

Al fin y al cabo, esto era Las Vegas. El hogar de las señoras de pelo

azul que, temerosas de que si dejaban su máquina tragaperras un solo momento perderían el premio gordo destinado a algún transeúnte cansado, llevaban pañales para adultos para asegurarse de no tener que levantarse nunca.

Pero esto era llevarlo al siguiente nivel.

Chase sintió que se le subía la bilis a la garganta y cogió el móvil. Antes de que pudiera sacarlo, una mosca del tamaño de su pulgar pasó zumbando junto a su cara y ella le dio un manotazo. A pesar de su cuerpo asquerosamente hinchado, se las arregló para esquivar el golpe y abrirse camino hacia su derecha. Era hipnotizante -¿cómo puede un insecto tan gordo mantener el vuelo?- y Chase la siguió con la mirada.

Claramente agotada, la mosca se posó en la pared opuesta a la silla, y Chase, conmocionada por lo que veía, aspiró bruscamente.

Se le humedecieron los ojos.

"Oh, Dios", gimió, las palabras inspiradas a partes iguales por las náuseas en la boca del estómago y por lo que veía a través de la visión empapada.

La pared estaba cubierta de arriba abajo de impresiones y artículos de periódico. Había tantos que a Chase le costaba concentrarse. Vio algunos artículos relacionados con Happy Valley y otros sobre una empresa de la que nunca había oído hablar. Cerca del centro de la pared, a la altura de los ojos de la silla, había dos fotografías destacadas: una de Jake Hollister y otra de Stu Barnes.

Podía decir que eran ellos a pesar de las grandes X que habían sido rayadas con bolígrafo rojo sobre las imágenes.

Es él. Tony Metcalfe es el que mató a Jake.

Chase volvió a meter la mano en el bolsillo en busca de su teléfono, pero una vez más se detuvo, congelada por lo que vio: otra foto.

No era ni de lejos tan grande como la de Jake o la de Stu y, en lugar de estar marcada con una X, ésta estaba rodeada docenas de veces.

Era ella.

Era Chase.

La fotografía tenía unos años y, aunque la reconocía, no recordaba exactamente dónde había sido tomada.

"...¿Qué coño?"

Chase consiguió por fin liberar su teléfono de los vaqueros, pero hasta ahí llegó. Se oyó un ruido detrás de ella, una lata cayendo o siendo pateada, y empezó a girarse.

Algo la golpeó detrás de la sien derecha, causando estragos en su equilibrio. Se tambaleó y tropezó, pero aún así tuvo la presencia de ánimo suficiente para evitar estrellarse contra varios cubos rebosantes de desechos humanos mientras caía.

Cuando la oscuridad empezaba a cercarla, oyó una voz almibarada



que le susurraba al oído: "Eres aún más guapa en persona, Chase".

Capítulo 66

"¿Dónde estás ahora?" Tate gritó en su teléfono. ¿"Floyd"? No te quedes en la casa. Hagas lo que hagas, ¡sal de la casa!"

Dio un volantazo entre el tráfico, tratando de abrirse camino en esta ciudad extranjera y llegar hasta su compañero.

¿"Floyd"? ¿Me oyes? Floyd!"

"S-s-sí", tartamudeó Floyd. "Tate, tiene que ser él. Tiene que ser".

"No te preocupes por eso ahora. Sal de ahí de una puta vez". Tate se apoyó en el claxon, maldijo, y luego apretó el acelerador.

"Pero es él, ¿verdad? ¿Ya se acabó?" susurró Floyd con una voz que dejaba claro que se trataba de una consulta interna.

Tate respondió de todos modos.

"Sí, claro. Sólo mantén la calma".

"Mantén el tren en movimiento. Choo... *choooooo*."

Jesús, ha perdido la puta cabeza, pensó Tate. Hacía dos minutos que Floyd le había llamado, pero había tardado cinco en averiguar por qué.

Finalmente, Floyd admitió que el hombre al que había estado visitando, Paul Wenkler, se había disparado en la cabeza.

Avanzamos diez minutos y Tate, agotando todas las posibilidades de uno de los supercoches de Stu, llegó a casa de Paul. Pero, a pesar de su insistencia, Floyd seguía de pie en la entrada principal.

También seguía sosteniendo su arma.

Tate aparcó y saltó de su coche. De momento, ninguna sirena se había infiltrado en el aire sofocante. Pero aunque el barrio no era precisamente de clase alta, alguien lo había oído. Alguna ama de casa. La policía no tardaría en llegar.

Tate agarró a Floyd por los hombros y le hizo girar. El hombre tenía los ojos muy abiertos y la cara pálida, pero no opuso resistencia.

"Vamos, Floyd, vámonos. Vámonos de aquí".

Tate dejó a Floyd en el asiento del copiloto de su coche. Luego miró a su alrededor, intentando localizar el coche de alquiler. Lo encontró a media manzana, aparcado en una calle lateral. Apenas se veía desde la fachada de la casa de Paul. No era lo ideal; con suerte, nadie se daría cuenta y podrían recogerlo más tarde, pero tampoco era lo peor. Al menos Floyd no había aparcado en la entrada.

Tate cerró el coche con Floyd dentro y luego caminó a paso ligero, sin llegar a trotar, hasta la casa de Paul, mirando en todas direcciones para asegurarse de que nadie le veía.

Sin embargo, a estas alturas ya no importaba.

Encontró a Paul en la cocina, donde Floyd había dicho que estaría. El hombre, desplomado en el suelo, con la espalda parcialmente apoyada en una mesa, iba vestido con uniforme del desierto.

No cabía duda de que estaba muerto. Incluso si no hubiera sido por el agujero de bala en su sien izquierda y la sorprendentemente mínima cantidad de sangre, sólo un delgado chorro que goteaba por el lado de la cara y el cuello del hombre, sus ojos abiertos y la mandíbula floja eran reveladores.

Tate hizo una mueca al comprender al instante por qué Floyd le había estado preguntando desesperadamente o diciéndole que ése era el tipo. Porque incluso a un metro del hombre, sabía que no era a él a quien buscaban. Para estar completamente seguro, Tate se acercó aún más, se inclinó y miró la boca del hombre.

Sus dientes frontales estaban intactos.

"Joder".

Tate se aseguró de que Floyd no se había dejado nada en la casa -ni su placa ni una tarjeta- y luego volvió rápidamente al coche. De camino a casa de Stu, llamó a Chase.

Ella no contestó.

Floyd no dijo ni una palabra hasta que llegaron a la entrada de Stu.

"¿Fue él? T-T-Tate, dime que era él".

Tate aparcó y se quedó mirándose las manos mientras giraba el volante.

"No", dijo rotundamente. "No, Floyd, no fue él".

Cuando su compañero no respondió, volvió la cabeza. Tate esperaba que el hombre se derrumbara, llorara, se enterrara la cara entre las manos o simplemente se convirtiera en polvo. Pero el hombre no hizo nada de eso.

Floyd se limitó a asentir.

"¿Qué vamos a hacer?"

Los ojos de Tate se entrecerraron. Quería preguntarle si Floyd estaba bien, quería decirle que podían hablar de ello, pero la comprensión de la realidad del hombre parecía tenue en el mejor de los casos.

"Voy a llevarme a Will conmigo y volveré a por el alquiler", dijo Tate, hablando despacio y con claridad. "Luego voy a hacer una llamada anónima sobre un tiroteo".

Tate salió del coche y dio la vuelta para abrirle la puerta a Floyd.

"Iré contigo. No hay necesidad de involucrar a Will. Estoy bien, Tate. De verdad."

Tate lo creía igual que creía que Isaac Lomax no tenía ni idea de que Jake había seguido trabajando en Cerberus después de haberle dicho que abandonara el proyecto. Pero Floyd se había recuperado milagrosamente, pasando de ser un maniquí de pie con la pistola

desenfundada -ahora enfundada, por suerte- a parecer y actuar como un curtido veterano del FBI.

Pero Tate no se lo creía.

"Will sólo va a dejarme en el alquiler, me inventaré una excusa. No necesita saber nada. Floyd, no vas a ninguna parte. No te muevas, habla con Stu. Si pregunta, dile que no encontraste nada. Que ninguno de los tipos que visitaste sabía nada de Cerberus. Chase y yo terminaremos la lista. Sólo..." Tate dudó. "Tómatelo con calma, ¿vale?"

Si Floyd oyó esta última parte, no lo reconoció.

"¿Conseguiste hablar con Chase?"

Tate frunció el ceño.

"No, estoy empezando a pensar que no es una gran fan de los móviles. O eso o simplemente no le gustamos. Probablemente ambas cosas".

Tate intentaba provocar una risa, en el peor de los casos una mueca, de Floyd, pero no funcionó.

Algo no iba bien con él, y Tate no podía evitar pensar que todo era culpa suya.

Capítulo 67

"No es una buena idea", afirmó Will por sexta o séptima vez. "No es una buena idea en absoluto". Ocho ahora.

Stu no paró de mandar mensajes frenéticamente.

"¿Qué quieres decir?"

Will se frotó los ojos. Stu no había dormido nada desde que pagó la fianza y aunque ayer le había dicho -obligado- a su abogado que se fuera a casa, al menos por unas horas, no creía que el hombre hubiera dormido mucho tampoco. Sin embargo, Stu estaba agradecido por su ayuda. Casi todo el mundo lo había abandonado en cuanto lo arrestaron: la junta directiva de su empresa, sus colegas, los pocos "amigos" que tenía.

Demasiado para inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Pero Will le había apoyado. Will, que era su abogado de empresa y su amigo, estaba haciendo un trabajo de leal mientras su equipo de abogados penalistas estaba... ¿dónde estaban exactamente? Lo último que había oído era que Colin Sachs y Mike Portnoy estaban escudriñando las minucias de la revelación y analizando la cadena de pruebas.

Querían librarle por un tecnicismo.

Les importaba una mierda si había matado a Jake o no.

En esencia, no hacían nada.

El variopinto grupo de agentes del FBI fuera de servicio dirigidos por Chase Adams eran los únicos que realmente conseguían algo.

Y tal vez algunos otros selectos, como Big Roddy.

"Es que todo lo que encuentren va a ser inadmisible. Lo sabes, ¿verdad?"

Stu asintió.

"Lo sé, pero no me importa. Tenemos que encontrar al tipo que mató a Jake, el de los dientes".

"Stu, sé que crees que encontrar a este tipo lo resolverá todo, pero si hay pruebas de que...".

"No me importa", repitió Stu con severidad. Sabía que estaba siendo testarudo, pero no podía evitarlo. También sabía que su actitud rayaba en la ilusión, pensando que si simplemente encontraban al hombre que realmente había cometido el crimen, quedaría exonerado al instante. Pero el sistema legal no funcionaba así, y él lo sabía. Stu no sería la primera persona en ser encarcelada incluso después de que salieran a la luz pruebas exculpatorias. La justicia americana era a menudo tanto para salvar la cara como para asegurarse de que el

hombre correcto estaba entre rejas.

O atado a una silla.

Sin embargo, había una motivación intensamente personal en juego que Stu estaba desesperado por entender. Si no entender, al menos saber.

"¿Averiguaste algo sobre los hombres de la lista?"

Will no hizo ningún esfuerzo por ocultar su disgusto, pero sabía que no debía discutir con Stu cuando se ponía así.

Sacó un documento de Word.

"Cinco de las seis personas de la lista son veteranos del ejército, como dijo Chase. Y el ejército es bastante hermético cuando se trata de bajas, honorables o no, así que no pude saber por qué se fueron o cuál fue la naturaleza de su despido. Excepto Paul Wenkler. Al parecer, estaba en el centro de una polémica relacionada con la muerte de un civil en Afganistán. Paul y su equipo estaban desalojando una casa cuando alguien irrumpió por la puerta principal. Los soldados, incluido Paul, afirmaron que el hombre iba armado. Pero una investigación concluyó que era un civil y que no llevaba armas. Le dispararon y murió, y Paul fue licenciado".

Stu no tenía ni idea de qué relación tenía esto con él, ya que no tenía nada que ver con el ejército.

"¿Quién visitaba a ese tal Paul?"

Will ladeó la cabeza.

"Floyd".

"Hmm. Le avisaré".

Stu conocía a Floyd desde hacía tiempo, lo conocía de antes de que fuera Agente y solo fuera el chófer de Chase y Stitts. Era cariñoso y amable, quizá un poco ingenuo. Probablemente no los mejores rasgos de personalidad para un Agente del FBI. La forma en que Chase y Tate, Chase en particular, lo mimaban probablemente tampoco ayudaba.

"Buena idea", dijo Will. "Ya que estás, llama también a Chase".

Stu enarcó una ceja.

"¿Y eso por qué?"

Floyd podría ser el menos experimentado, pero Chase era definitivamente el más volátil.

"¿El tipo al que iba a visitar? ¿Tony Metcalfe?"

"¿Sí?" El nombre no significaba nada para él. "¿Qué pasa con él?"

"No es como los demás. No encuentro pruebas de que haya estado en el ejército, la marina o algo parecido. No puedo encontrar nada sobre él".

Una extraña expresión cruzó el rostro de Will.

"¿Y?"

"Nada", dijo el abogado, negando con la cabeza.

"No, nada. ¿Qué es? ¿Qué te preocupa?"

"Sólo tengo un mal presentimiento sobre esto, eso es todo."

Stu se quedó mirando a su amigo unos segundos antes de volver a coger el teléfono. Ya había sacado el contacto de Floyd, pero en lugar de hacer clic en enviar, se desplazó hasta el nombre de Chase y la llamó. Cuando sonó y sonó y sonó sin que ella contestara, Stu empezó a compartir la sensación de incomodidad de Will.

Cuando Chase no contestó al tercer intento, la incomodidad se transformó en algo más siniestro.

Capítulo 68

La cabeza de Chase palpitaba, un redoble de dolor que emanaba de un lado del cráneo y se extendía por la frente. Abrió los ojos y se encontró en un entorno desconocido. El suelo era de tierra, marrón, pero no recordaba haber salido, no recordaba nada después de...

Chase se puso en pie. Seguía sin mantener el equilibrio y eso, unido al suelo blando bajo sus zapatos, hizo que avanzara a trompicones. Su visión seguía siendo borrosa y eso tampoco ayudó: no vio los barrotes que tenía delante. Su codo izquierdo y su barbilla chocaron contra el metal y gritó. El dolor del cráneo y de la cara se compensaban, pero ahora le palpitaba el codo.

"¿Hola? Hola?" Sus palabras resonaron en ella, terrosas y húmedas.

Fue la familiaridad de este sonido, este eco, lo que hizo que Chase perdiera la poca compostura que le quedaba.

Todo su cuerpo estaba repentina e inextricablemente congelado... excepto los ojos. Aunque no eran inmunes a la helada sensación de miedo que se apoderó de ella -se movían en sus órbitas como si temblaran-, Chase pudo al menos observar su entorno, que reconoció de inmediato como la mazmorra de Brian Jalston.

Estaba de vuelta en el lugar donde ella y su hermana habían sido llevadas después de ser secuestradas en la feria.

"¿Hola?", gimoteó.

Chase se descongeló en una ráfaga de alfileres y agujas.

"¿Louisa?"

Consiguió girar la cabeza y mirar hacia la jaula que tenía al lado. Chase volvió a tambalearse, pero esta vez estaba demasiado lejos de los barrotes para frenar su caída. Su rodilla se clavó en el suelo, lanzando una pequeña y casi patética nube de polvo al aire.

Se quedó estupefacta.

Era Louisa.

"¿Chase?"

"¿Qué está pasando?" Chase jadeó.

"Él... Bryan me atrapó", dijo Louisa, con voz vacilante. "Me atrapó de nuevo y me trajo de vuelta aquí. A este lugar. ¿Cómo te atrapó?"

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Chase.

"No lo sé", admitió. Tony Metcalfe: el nombre apareció en su mente de la nada. Al igual que una fotografía pegada a la pared y marcada docenas de veces con un rotulador rojo. "Estaba buscando a... espera, ¿dónde está Georgina? ¿Dónde está Georgina?" La desesperación alimentó sus movimientos y Chase levantó su dolorido cuerpo del

suelo. Se agarró a los barrotes y apretó la cara entre ellos. "¿Georgina? Georgina!"

Louisa se quedó boquiabierta y Chase volvió a preguntar.

"¿Dónde está Georgina?"

Louisa se lamió los labios.

"Está muerta."

Chase sintió que su visión se estrechaba y su agarre a los barrotes se aflojó.

Era demasiado. Todo era demasiado.

"¿Cómo?", graznó. Esa era su penitencia, conocer cada detalle de cómo Bryan asesinó a su sobrina. Revivir cada momento hasta que se vengara o sucumbiera a su dolor. "Su propia hija..."

"Georgina fue asesinada por Mark Kruk, Chase. Lo sabes."

"¿Qué?" Chase apretó la mandíbula, que envió dolor punzante alrededor de su cabeza como motocicletas en una esfera de la muerte. "No, mi hermana no... mi sobrina. ¿Qué le pasó a mi sobrina, Georgina?"

La expresión de Louisa permaneció inexpresiva.

"Georgina fue asesinada por Mark Kruk, Chase. Lo sabes." Las mismas palabras, la misma entonación.

¿Qué coño está pasando?

Chase curvó el labio superior y se echó un poco hacia atrás.

"Louisa, no estoy hablando de mi hermana, ¡estoy hablando de mi sobrina! ¿Qué le ha pasado a mi sobrina?"

Algo ocurrió entonces, algo que mareó a Chase. Louisa parecía tener un fallo. No había otra forma de describirlo. El rostro redondo de la mujer pareció disociarse en franjas horizontales de cinco centímetros que no terminaban de alinearse.

Chase tuvo una arcada y retrocedió, casi cayéndose por tercera vez.

Algo iba mal. Algo iba muy mal. Chase examinó su celda. Era como la recordaba: el suelo, la jaula, los barrotes, eran los mismos que en la mazmorra subterránea de Brian. Chase miró más allá de Louisa y entró en la siguiente jaula. Estaba allí, era real, pero más allá de eso, todo estaba un poco borroso.

"No, no, no", dijo Chase, sacudiendo la cabeza. "Esto no es real, nada de esto es..."

"¡Chase!", retumbó una voz. Al igual que sus gritos anteriores, el nombre de Chase rebotó en las paredes de tierra, lo que dificultó determinar su procedencia.

Pero Chase encontró la fuente en una gruesa figura que se acercaba desde el pasillo que discurría entre las dos hileras de jaulas excavadas en la tierra. La luz de fondo impedía distinguir sus rasgos, pero ella no retrocedió.

"¿Dónde está Georgina? ¿Dónde está mi sobrina?", preguntó.

El hombre por fin se acercó lo suficiente para que ella pudiera verle con claridad.

No fue Brian Jalston. Era Tony Metcalfe. Pero a diferencia del video de seguridad, sus dientes no estaban rotos por la mitad. Su cara era más suave de alguna manera, también, como si hubiera aplicado expertamente el encubrimiento.

"Hola, Chase. Me llamo Tony y bienvenido a Cerberus".

Capítulo 69

Tate abrió de un empujón la puerta de la mansión de Stu y guió a Floyd al interior. Una mirada y tanto Stu como Will supieron que algo iba mal. Este último abrió la boca para preguntar, pero Tate negó con la cabeza.

"Larga historia. Aún no hemos encontrado a nuestro hombre. Will, necesito que vengas conmigo". Will hizo una mueca pero no protestó. Tate miró subrepticiamente a Floyd y luego le dijo a Stu: "No dejes que se vaya".

"¿Es Chase?" Stu preguntó.

Una vez más, Tate negó con la cabeza.

"No-espera, ¿por qué preguntas eso?"

Ahora era el turno de Stu y Will de intercambiar miradas.

"¿Qué?" Tate no estaba de humor y no tenía tiempo para esto. Necesitaban recuperar el alquiler de Floyd antes de que alguien se diera cuenta.

"Es que Tony Metcalfe no es un veterano", dijo Will. Su entonación sugería que Tate debía saber quién demonios era. No lo sabía.

"¿Quién?"

"Un hombre de la lista, uno al que Chase estaba visitando", aclaró Stu. "No era un veterano. Nunca estuvo en el ejército".

Tate se encogió de hombros, sin ver la importancia.

"¿Y?"

"Por lo tanto, lo convierte en un caso atípico".

"Vale, bien, la llamaré", dijo Tate, formulando un plan en su cabeza. "Vamos, Will. Vámonos". Y luego, por si Stu no había captado la idea antes, agregó: "Stu, quédate con Floyd. Por favor".

De regreso a casa de Paul Wenkler, un viaje silencioso en el que Will, el abogado, ejerció claramente su derecho a la negación plausible, Tate intentó contactar con Chase varias veces más.

Ni hablar.

¿Dónde coño estás, Chase?

La única buena noticia del día era que la policía aún no había llegado al lugar. Tate se detuvo junto al coche de alquiler y señaló el Nissan a través de la ventanilla.

"Ese es nuestro alquiler". Tate le pasó las llaves a Will. "Llévalo a la casa de Stu".

Will cogió las llaves pero no salió.

"¿Qué? No actúes como..."

"El GPS", dijo Will. "Todos los alquileres tienen rastreadores GPS

incorporados. Vamos a tener que borrarlo. ¿Debería pedirle a Stu que encuentre a alguien?"

La pregunta del abogado le sorprendió y no contestó de inmediato. Tampoco estaba seguro de hasta qué punto Stu podría ayudarle, dada su ineptitud en lo que se refiere a todo lo relacionado con los ordenadores.

Aún era media tarde, lo que significaba que si Paul esperaba a alguien, tal vez no llegaría hasta la noche, tal vez su mujer o su novia. En el peor de los casos, nadie vendría hasta que el olor contaminara las calles.

También fue un claro suicidio, especialmente dado el historial de estrés postraumático del hombre. Si alguien lo viera a él o a Floyd, bueno, dependiendo del tiempo que pasara entre la muerte de Paul y el descubrimiento de su cuerpo, puede que ni siquiera los asociara.

"No, no hagas nada por ahora. Lleva el coche a casa de Stu y espera mi llamada".

"¿Adónde vas?"

"Para encontrar a Chase".

Tate sacó a Will del coche y se marchó a toda velocidad hacia la casa de Tony Metcalfe.

***

Tate ya se había sentido incómodo antes, pero al ver la casa de Tony Metcalfe -un apartamento, no una casa, resultó ser- la sensación se intensificó. El edificio de apartamentos estaba muy deteriorado, a punto de convertirse en una ruina. Tate mantuvo la mano en la pistola mientras entraba en el semisótano. El corazón le latía con fuerza en el pecho y repiqueteó contra su caja torácica cuando vio que la puerta del 017B estaba entreabierta.

Por costumbre, Tate comprobó si había cámaras de vigilancia en las esquinas del pasillo, pero, por supuesto, un lugar en el que era improbable que hubiera agua corriente no tenía nada que mereciera la pena proteger.

Tate sacó su pistola mientras se acercaba a la puerta. Y entonces casi se le cae.

El hedor que salía del hueco de la puerta era tan fuerte que le revolvía el estómago.

"Joder".

Tate usó el cañón de la pistola para abrir la puerta.

"¿Chase?"

En contra de su buen juicio, y para consternación de sus glándulas olfativas, Tate entró en el apartamento. Se movió rápidamente, guiándose con la pistola.

Las fotos de la pared le dijeron todo lo que necesitaba saber. Imágenes de Randy Milligan, Stu Barnes, Jake Hollister y, por supuesto, Chase Adams. Había muchas de ella, diferentes poses, más viejas, en las que tenía el pelo castaño oscuro, otras maquillada con aspecto de cadáver.

Pero fue la gran foto de la cabeza, la que había rodeado muchas veces, la que *realmente* molestó a Tate. Más incluso que las fotos que vio de sí mismo y de Floyd.

Dio un paso atrás y su tacón chocó con un cubo, que se volcó. Un líquido espeso y caliente le empapó el zapato.

"¿Chase? ¿Estás aquí?" gritó Tate en el aire espeso. Sacudió el pie, arrojando excrementos humanos sobre el mugriento linóleo. "¡Chase, si estás aquí, por el amor de Dios, di algo!"

Capítulo 70

Chase se arrancó la máscara de la cabeza, suponiendo que se encontraría de nuevo en el asqueroso apartamento de Tony. El lugar tenía la misma decoración o falta de ella, y la misma iluminación deficiente. Pero tres cosas le indicaron que no estaba en el domicilio del hombre: la primera era que las paredes estaban desconchadas, pero no habia fotografias ni articulos pegados a ellas. La segunda era que no estaba sentada en el suelo, sino en un colchón. En tercer lugar, aunque este lugar no olía muy bien, no era ni de lejos tan asqueroso como el 017B.

Confundida y desorientada, Chase se bajó del colchón e inspeccionó su entorno con más detenimiento. Además del suyo, había más colchones tirados al azar sobre lo que parecía ser un suelo de contrachapado. Todos estaban muy sucios. Entre los colchones, Chase vio parafernalia de drogas desechada: jeringuillas, papel de aluminio arrugado, mecheros, pipas de agua, tubos de goma. Un espejo de mano. Un vial vacío.

En un instante, Chase supo dónde estaba. Pero, a diferencia de cuando se había despertado atrapada bajo la casa de Brian Jalston, este elemento de su pasado no la sorprendió tanto como para perder el equilibrio. Tal vez fuera porque sabía que Tyler Tisdale estaba muerto, o tal vez simplemente porque esa parte de su vida, por maligna que hubiera sido, estaba sumergida en el fondo de un pantano, forzada por tragedias más recientes que flotaban en la superficie. Resultaba extraño comprenderlo, teniendo en cuenta cómo su adicción a la heroína había moldeado su vida, pero probablemente eso lo hacía cierto. Tras décadas de búsqueda, Chase había encontrado por fin a su hermana, viva y -en su mayoría- bien. Sólo que Georgina no era la misma persona. Y luego había muerto en los brazos de Chase. No por la mano de Brian Jalston, pero él era el arquitecto.

Y ahora estaba fuera de prisión y disparando a la sobrina de Chase.

Así que, sí, la adicción a la heroína estaba cerca del final de los acontecimientos transformadores de la vida.

Vive el momento, ¿verdad, Dr. Matteo?

Excepto que no podía vivir aquí porque esto no era real. A pesar del ambiente convincente -no era una casa trampa americana cualquiera; era *la* casa trampa de Seattle- Chase sabía que aquello no era la realidad. El olor a plástico quemado que invadía sus fosas nasales no era real. La textura del colchón, áspero y flexible, bajo sus pies descalzos, no era real. La visión de la jeringuilla de insulina de media pulgada y calibre treinta, con el pasador tan usado que estaba doblado en un ángulo de quince grados, no era real.

Un sonido agitado -también irreal- procedente de su izquierda

atrajo la mirada de Chase. Había un hombre tumbado de espaldas, con las manos sobre el corazón, la parte superior de la cabeza cubierta por una mata de pelo oscuro dirigida hacia ella, que no había estado allí momentos antes.

Tyler.

Era delgado y lucía una camiseta musculosa ligeramente amarillenta. A su favor, el orquestador de este mundo falso había acertado en casi todos los detalles, hasta en los pantalones de chándal Adidas rotos que Tyler siempre llevaba. Chase miró instintivamente al techo, un techo que solía mirar después de inyectarse heroína y caer de espaldas, con los párpados agitados.

Era lo mismo, o casi lo mismo: vigas del suelo combadas y podridas, huecos en el suelo de madera que apenas dejaban pasar unas pocas rendijas de luz.

Esta versión de Tyler gruñó y rodó sobre su estómago, girando la cabeza para poder mirarla.

Era Tony, por supuesto, no Tyler. Pero esto parecía extrañamente irrelevante. Se trataba del esfuerzo que Tony había puesto en recrear aspectos de la vida de Chase. La atención al detalle.

Después de fingir su muerte para atrapar a Mark Kruk, su pasado había sido borrado. Pero Tony lo había descubierto. Ella no sabía cómo, ni por qué, pero él lo había hecho.

Y todo fue por ella.

Chase recordó de repente algo que Stitts le había dicho cuando le llamó para consultarle sobre el caso: su sudes probablemente padecía esquizofrenia paranoide y mostraba los clásicos signos de fijación. Primero ideas, luego cosas, luego personas. En cierto modo, esto era análogo a la progresión natural de la adicción y a intentar recrear tu primer golpe.

Pero con Tony Metcalfe, la heroína de alquitrán negro no era su droga preferida. Era ella.

Chase Adams.

Ella era su droga.

"Hola, Chase", dijo Tony. Como en el mundo anterior, no era exactamente la versión de Tony que había visto en las imágenes de seguridad congeladas: sucio, grasiento, cansado y roto. Era una versión optimizada, la versión que alguien había imaginado para sí mismo, la versión con filtro de las redes sociales.

"Hola", dijo Chase. No estaba segura de por qué estaba haciendo esto, por qué no se arrancó el casco como había hecho en la mazmorra, pero no lo hizo. Lo que era aún más alarmante era el hecho de que ella realmente no tenía ningún deseo de salir de este lugar.

"Pareces estresado", dijo Tony lentamente. "¿Quieres algo para

calmarte?"

Puedo hacerte olvidar, Chase. Puedo hacer que lo olvides todo.

Tony sacó una jeringuilla precargada con una sustancia de color mostaza y se la ofreció.

Chase lo cogió.

¿Y por qué no? Al fin y al cabo, no era real, ¿qué daño podía hacer?

Capítulo 71

"Se ha ido", gritó Tate. "Se ha ido, joder".

Floyd, Stu y Will lo miraron alarmados.

"¿Quién se ha ido?" Preguntó Floyd.

"¡Chase!" Tate miró a su compañero, luego volvió su atención a Will. "Tenías razón, es este maldito Tony Metcalfe. Es *él*. Su apartamento..." Tate miró su zapato marrón y se estremeció. "-Es una puta pesadilla. Mierda por todas partes, literalmente, mierda *por todas partes*. Y tiene fotos... fotos mías", señaló a Floyd, "fotos tuyas y fotos de Chase".

Tate era el veterano aquí, el que debía mantener la calma, sobre todo porque eso era lo que necesitaban que fuera en ese momento: la voz de la razón y el maestro de la acción racional. Pero no podía seguir fingiendo.

No mientras este psicópata *la tuviera*.

"Creo que Chase fue a hablar con este tipo y él la atrapó. La agarró y se la llevó a algún sitio. No había cámaras de seguridad y todos los putos desdentados que me encontré no decían una mierda". Miró a Floyd, recordando su experiencia en Junkie's Row en Columbus. "Intenté pagarles, pero no dijeron nada. *Nada*."

Tate, enseñando ahora los dientes, se agarró al respaldo de una silla vacía. Nadie dijo nada durante tres tiempos hasta que Floyd abrió la boca.

"Tenemos que encontrarla".

"¡Sí, tenemos que encontrarla!" Tate gritó. "¿Pero cómo? *¿Pero cómo?* Espera, ¿el FBI rastrea su teléfono?"

Floyd hizo una mueca.

"El FBI tiene rastreadores en los teléfonos de todos sus agentes, pero Chase no está técnicamente en el FBI. Su teléfono es personal".

Tate levantó las manos y la silla se vino abajo.

"¡Joder!"

"Espera, espera un segundo". Stu empujó una pila de notas del mostrador, mostrando su teléfono móvil. "He estado trabajando con un hacker, un tipo llamado Kendrick Deetle. Quizá pueda rastrear el teléfono de Chase, personal o no".

Tate se mostró incrédulo.

"¿Qué? ¿Un hacker?"

¿Qué coño está pasando aquí?

Los ojos de Stu estaban fijos en su teléfono mientras buscaba el número del tal Kendrick.

"Sí, un hacker... ¿cómo los llaman? ¿Sombrero blanco? ¿Hacker de sombrero blanco? Lo que sea, lo contraté tan pronto como vi el video de *mí* matando a Jake. Se suponía que tenía que averiguar cómo se hizo ese vídeo, quién lo hizo, pero no lo ha hecho..."

Tate se acercó a Stu y lo agarró por el cuello. El hombre se sobresaltó tanto que casi se le cae el teléfono.

"Primero, tienes a ese puto matón siguiendo a Isaac, ¿ahora contratas a un hacker?". La saliva salió de sus labios y manchó la cara de Stu. "¿Qué coño más no nos estás contando?"

Las comisuras de los labios de Stu bajaron y, de un violento manotazo, liberó las manos de Tate de su camisa.

"Es mi vida", gritó. La ira del hombre, reprimida desde la detención, salió ahora con toda su fuerza. "¡Es mi *puta vida*! Así que, sí, ¡tengo a otras personas intentando mantenerme fuera de la cárcel!". Hizo una pausa para recuperar el aliento. Su rostro había adquirido un color carmesí intenso. "¡Y no te lo dije porque no necesitabas saberlo! ¿De acuerdo? Y antes de que empieces a gritarme por guardar secretos, ¿por qué no le cuentas a todo el mundo por qué estás aquí realmente? ¿Qué estás evitando en casa?"

Tate estaba conmocionado. Vio a Floyd, mirándose los dedos de los pies, incapaz siquiera de mirar en su dirección.

"Vete a la mierda", siseó.

"No, *vete a la mierda*. ¿Crees que iba a poner mi libertad en tus manos sin investigar un poco antes? ¿Eh?"

Fue entonces cuando Tate se dio cuenta de que, como él, Stu también estaba jugando un papel. Y se enfadó consigo mismo por no haberlo visto antes. Stu se representaba a sí mismo como un individuo manso y apacible, víctima de un crimen horrible que no podía hacer nada por sí mismo.

Pero no estaba indefenso.

Stu probablemente tenía todo un equipo de gente, toda una legión, buscando al hombre que lo incriminó. Ellos -él mismo, Floyd, Chase, quizá incluso Will- no eran más que una pieza del engranaje.

Tate se sintió impresionado y repelido al mismo tiempo.

"Tenemos que dejar de pelear", entonó Floyd. "Tenemos que encontrarla. Este tipo es inestable. Podría hacer cualquier cosa".

El bigote de Tate se erizó. Por muy indignado que estuviera, Floyd tenía razón. Tenían que encontrar a Chase. Su línea de tiempo se había comprimido antes, pero esto era diferente. No se estaban preparando para un juicio que podría tener lugar dentro de seis u ocho meses.

Chase tenía horas, si eso, antes de que este psicópata se aburriera y pasara a otra cosa o a otra persona.

Tate vio al hombre sonriendo en su mente, mostrando sus dientes

agrietados.

"Tu teléfono", dijo.

Stu, como si acabara de darse cuenta de que lo tenía en la mano y de que había completado una llamada, se lo puso en la oreja.

"No contesta".

"¡Llámalo, entonces!"

Stu negó con la cabeza.

"No ha contestado en días. Kendrick me llamó, me dijo que creía haber encontrado al hombre detrás de todo esto. Dijo que estaba 'entrando' pero no dijo nada más. No he sabido nada de él desde entonces".

Tate sintió que su ira aumentaba de nuevo y tal vez Floyd también lo vio porque habló primero.

"¿Por qué no nos lo dijiste?"

"¿Decirte qué?" Stu estalló. "No había nada que contar. Simplemente asumí que, como todos los demás, simplemente cogió mi dinero y me dejó *pudrirme*".

Tate cerró los ojos con tanta fuerza que vio estrellas.

"¡Vale, *joder*, vale! ¿Dónde está este tipo? ¿Dónde llevó Tony Metcalfe a Chase?" Tate abrió los ojos. No hubo respuesta, y volvió a levantar las manos. "Bueno, no voy a quedarme aquí sentado mientras un hombre que caga en cubos y juega a videojuegos veinticuatro horas al día hace lo que quiere con Chase".

Tate, con el ceño tan fruncido que empezaba a dolerle el cuello, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

"¿Adónde vas?" Floyd gritó tras él.

Tate no lo sabía. Sólo sabía que no podía quedarse aquí. O mataría a alguien o quizá esta nueva versión de Stu Barnes lo mataría a él.

¿"De Isaac"? ¿Del psiquiatra? ¡No lo sé, Floyd! ¡No lo sé, *joder!*"

Capítulo 72

Tony había hecho su investigación, de acuerdo, si de primera mano o no, Chase no podía decirlo. Inyectarse... *algo*... en el metaverso, en *Cerberus, no distaba* mucho de un colocón en el mundo real. Sus sentidos estaban adormecidos, su visión lánguidamente sacádica, su capacidad olfativa apagada pero paradójicamente potenciada para ciertas partículas.

Chase ya no estaba separado del mundo, sino que se había convertido en parte integrante de su tejido.

"Vamos, quiero enseñarte algo", dijo Tony. Su voz era grave y pausada, casi onírica. Esta ilusión se extendía a sus movimientos, que implicaban que se pusiera de pie y tendiera una mano. Chase cogió dicho ofrecimiento y juntos salieron de la casa trampa.

Chase fue recibido por una vista espectacular, y el nombre Cerberus de repente tuvo sentido. Tate -¿o había sido Floyd? Stu, tal vez... -le había dicho que Cerbero era un perro de tres cabezas que impedía que las almas intentaran huir del Infierno.

Esto era el infierno. Y era sorprendentemente hermoso.

La casa trampa no daba a un barrio de mala muerte, con adictos al crack y vagabundos, los menos muertos, desplomados en la acera, como ocurría en Seattle. En cambio, daba a una calle de doble ancho, de hormigón, quizá, pero más brillante. Casi reflectante. A lo largo de la calle había enormes postes de seis metros de altura y, sobre ellos, llamas. Era este fuego, parpadeante por una brisa invisible e imperceptible, lo que hacía que la calle, como un espejo, pareciera viva.

Había otras casas flanqueando la casa trampa, pero parecían menos interesantes, incluso menos desarrolladas. A Chase le recordaban a los edificios que se habían utilizado para probar los efectos de una explosión atómica, irónicamente aquí mismo, en Nevada. Aquellas casas eran algo más que decorados, algo más que secciones pintadas de madera contrachapada sostenidas por dos por cuatro, pero no dejaban de ser cascarones.

"Vamos", instó Tony.

Caminaron por la resbaladiza calle hacia el horizonte, que parecía infinito.

"Hola", dijo alguien a su izquierda.

Chase se volvió y vio a tres jóvenes policías británicos -¿Bobbies? Se reían y jugueteaban y, tras observarlos unos instantes, creyó reconocerlos.

"Esos son..."

"Sí", dijo Tony con una risita. "De La naranja mecánica. Mi película favorita".

Uno de ellos saludó a Tony.

Fueron ellos, Chase vio, los actores que los interpretaron, al menos. Incluido un joven Malcolm McDowell.

Y miraban a Tony con algo parecido a la reverencia.

"Vamos", dijo Tony, tirando de ella. "¡Hay tantas cosas que tengo que enseñarte!"

Era como un niño, vertiginoso y orgulloso de su primer dibujo que podía confundirse con un perro, una casa o una familia.

Más adelante se alzaba un edificio fantástico. Era enorme y aún más reflectante que la calle. Tan alto que los últimos pisos desaparecían entre las nubes, el edificio seguía guardando un parecido asombroso con su inspiración: Happy Valley Gaming.

"Hermoso, ¿no?" Preguntó Tony.

Era llamativo, extremo, algo que pertenecía a Dubai o a los EAU y no a... ¿Seattle?

¿Dónde coño estás, Chase? ¿Y qué coño estás haciendo? Quítate la máscara. Quítate la máscara y agarra a este maldito enfermo.

Esa definitivamente no sonaba como la voz de la razón del Dr. Matteo. Pertenecía a alguien que ella no reconocía.

"Sí", se encontró diciendo. "Hermoso".

Impresionante habría sido más exacto.

Al llegar al edificio había unas escaleras que ni Rocky habría podido subir corriendo sin quedar exhausto. En lo alto de ellas había un trono gigante hecho de espadas.

"Es que..."

"¡Sí!" proclamó Tony alegremente. "Ese es el Trono de Hierro de Juego de Tronos. Me encanta esa serie".

Tony subió corriendo los tres primeros escalones y luego giró sobre sí mismo, extendiendo las manos a los lados en un gesto expansivo.

"¿Qué te parece? Esto es todo nuestro, Chase. Todo *nuestro*. Echa un vistazo".

Y Chase lo hizo, lo que sacó a la luz el verdadero horror del Infierno.

Más postes flanqueaban la entrada a esta versión maligna del Valle Feliz, sólo que no estaban coronados por llamas.

Estaban coronadas por cabezas.

"Jesús", jadeó Chase. Puede que todo esto fuera falso, la construcción de un loco obsesionado, pero las emociones evocadas por las cabezas decapitadas eran muy reales. Si no hubiera estado drogada, la vejiga de Chase podría incluso haberse soltado.

La primera cabeza pertenecía a Stu. Tenía los ojos abiertos y la lengua fuera de la boca. Su piel tenía una palidez inusualmente viva para un hombre muerto. Junto a Stu estaba Jake. Había dos agujeros de bala en su cráneo en los lugares exactos donde habían disparado al Jake del mundo real. No reconoció la tercera cabeza.

Tony siguió su mirada.

"Randy Milligan. Randy *puto* Milligan."

El nombre me resultaba tangencialmente familiar.

"Él... se suicidó, ¿verdad?" La lengua de Chase era espesa, lo que hacía que sus palabras fueran igual de densas.

El rostro de Tony se endureció y parte del acabado de chapa de su cara brilló. Durante una fracción de segundo, Chase vio sus dientes tal y como ella sabía que eran: rotos hasta la mitad de las encías.

"No, es un maldito mentiroso, ladrón. Y pagó por ello". Tony pinchó su pecho. "¿Carnage cautivo? Ese era *mi* juego. ¡Yo hice el código! *Yo lo hice*. También hice el código para el Valle Feliz. Yo rompí el valle misterioso. Todo lo que ves aquí, este *genio*, es obra mía". Tony cacareó. "*¡Tony Metcalfe es el mejor programador informático de todo el mundo!*"

Había más cabezas apartadas de los expositores destacados, una docena en total, pero ella no conocía a esas personas. Probablemente había otros que se habían cruzado con Tony. Chase se preguntó si, en la vida real, habrían corrido la misma suerte que Jake y Randy.

Tony siguió subiendo los escalones y acabó sentándose en su trono.

"Únete a mí", dijo. "Vamos, Chase, *únete a mí*".

Tres hombres salieron de las sombras y flanquearon a Tony. Llevaban uniformes, pantalones negros, jerseys de cuello alto negros y zapatillas Converse blancas.

"Chase, te presento a Geoffrey Fixman, Mark Dyson y Fred Marquette", dijo Tony. "Amigos míos".

Geoffrey, Mark y Fred...

Una bombilla se encendió en la cabeza de Chase.

Eran los tres últimos nombres de la lista. Los tres últimos veteranos de guerra que Christina Bunting había remitido al programa Cerberus.

Y ahora eran, ¿qué? ¿La protección de Tony? ¿Estaban estos hombres realmente en el metaverso, en Cerberus? ¿O eran, como las cabezas de Stu y Jake... NPCs?

"Únete a mí, Chase."

Chase sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

"Aquí arriba", dijo Tony, sonriendo ahora. "Únete a mí aquí arriba."

Todo lo que Chase tenía que hacer era estirar la mano y quitarse las gafas. Y ya está. Una solución tan fácil para un problema tan difícil.

Pero ella no estaba lista para dejar el Infierno. Porque ella pertenecía aquí.

Era un lugar apropiado para ella. Por el dolor que había causado, por la gente a la que había hecho daño.

Por la gente que había matado y por las muertes de las que era responsable.

Así lo hizo Chase: subió esos magníficos escalones y ocupó el lugar que le correspondía junto al trono del Infierno.

Capítulo 73

"Kendrick sigue sin contestar".

"Al carajo con Kendrick", soltó Floyd. "¿Dónde puede estar ese tal Tony? Si su apartamento está tan mal como dice Tate, no es como si tuviera una casa de verano en Martha's Vineyard. Entonces, ¿dónde está?"

"Puedo llamar a un amigo en la policía de Las Vegas", ofreció Will. "Si Tony tiene antecedentes, podríamos..."

"No lo tiene", dijo Stu. "Si lo hiciera, el escáner facial habría recogido su ficha policial. No tiene antecedentes".

"Comprobaré los registros de la propiedad, por si acaso", dijo Will, probablemente sintiendo la necesidad de hacer algo.

Floyd volvió sus pensamientos hacia dentro. Les faltaba algo. El principio... ¿qué había iniciado todo el caso? Estaba el cuerpo, el cadáver de Jake, el vídeo, el GSR, el codificador Bluetooth del coche de Stu.

"¿Se sabe algo de ese canal de televisión? ¿El reportero?" Stu preguntó. "Si Tony era sólo un vecino y la emisora puede decirnos dónde se grabó el vídeo, podríamos tener un punto de partida para buscar a su hombre".

El vídeo...

Floyd chasqueó los dedos.

"¡El puto vídeo!" Will y Stu se quedaron mirando a Floyd mientras éste buscaba frenéticamente en sus bolsillos. Ayer había ido a *U-Lock-it* y había vuelto con una lista de nombres de inquilinos. Se la había pasado a Will y luego, cuando se la habían devuelto, se la había metido en el bolsillo... y luego se había quedado dormido en los pantalones. "Lo tengo."

Floyd sacó el papel y volvió a repasar los nombres. Ningún Tony Metcalfe. Tampoco identificó a ninguno de los otros participantes de Cerberus de la lista.

"Joder".

"¿Qué pasa?" preguntó Will.

Floyd ignoró al abogado.

Tiene que estar aquí. U-Lock-it es la clave, pensó, dándose cuenta de lo estúpido que sonaba incluso en su propia cabeza.

Stu se inclinó sobre Floyd y escaneó la lista.

"¿Te importa si miro?"

Floyd se encogió de hombros y el hombre canoso cogió la hoja de papel.

El lugar del asesinato de Jake no había sido casual. Tony había elegido ese lugar porque tenía fácil acceso a las grabaciones de seguridad *del U-Lock-it* a través del metaverso. Y había conducido hasta allí, o andado, probablemente andado, pero no había salido por el puente.

Tenía que tener una taquilla allí.

Eso era lo único que tenía sentido. Tony Metcalfe, nombre en el manifiesto o no, alquiló una unidad en *U-Lock-it.*

"A la mierda, me voy", dijo Floyd.

El teléfono de Will sonó y contestó.

"¿Hola? Sí, soy Will Porter". La expresión seria en el rostro del abogado impidió que Floyd se fuera. "¿Tienes un nombre, sí?" Pausa. "Espera, *¿qué*?" Floyd se enderezó e inconscientemente se inclinó hacia Will. "¿Estás seguro? *¿Absolutamente* seguro? Gracias. Sí, gracias".

Colgó y se quedó un momento mirando al vacío.

"¿Y bien?" Stu preguntó desesperado. "¿Quién era? ¿Tu amigo policía?"

"No, eso fue-eso fue la estación de noticias", dijo Will distraídamente.

"¿Y? ¿Qué dijeron?" exigió Floyd, con la paciencia completamente acabada. "¿Qué coño han dicho?"

"Dijeron que el hombre del video... ellos... ellos encontraron el formulario de liberación. Ni siquiera sé por qué tienen uno pero... no era Tony Metcalfe, en el video. Dijeron... dijeron que era Isaac... Isaac Lomax."

Los ojos de Floyd se abrieron de par en par.

"¿Qué? Eso tiene que ser un error, ¿no?"

Will se encogió de hombros, desconcertado.

"No lo sé. Ella dijo que estaba claro: *Isaac Lomax*, nombre y firma. Ella me va a enviar por correo electrónico el vídeo original. También hicieron un formulario de cesión de vídeo".

Floyd sintió que algo detrás de su ojo derecho se movía.

"¿Cómo puede ser Isaac? El hombre del vídeo de las noticias era Tony... ¿verdad? Quiero decir, todos lo vimos y..."

"J. Turing", interrumpió Stu, con una voz extrañamente distante.

"¿Qué?" La vena paralela o capilar o músculo detrás de su ojo izquierdo se disparó ahora, también. "¿De qué demonios estás hablando?"

"Aquí, en la lista-J. Thuring. El mismo tipo que..."

"-Envió el correo electrónico a Jake Hollister para reunirse con él fuera *de U-Lock-it* y comprar 'C', comprar Cerberus," Floyd terminó para Stu. "¿Qué número de unidad?"

Floyd cogió sus llaves y salió corriendo hacia la puerta.

"Deja ir a Will", protestó Stu. "Quédate aquí, Floyd. Tate me dijo

que me asegurara de que te quedaras aquí".
"Joder Tate. ¡Dime el número de la unidad!"
Stu entrecerró los ojos y se relamió.
"¡Dime el puto número! A menos que quieras que vaya de puerta en puerta mientras Tony rebana..."
"Cuatro-doce", dijo Stu. "J. Thuring alquila la unidad cuatro-doce."
Pero Floyd ya se había ido.

Capítulo 74

Tate pisó el freno un segundo demasiado tarde y el Maybach de Stu chocó con el parachoques trasero del coche de Isaac. Su cuerpo ni siquiera había dejado de balancearse en su asiento antes de que estuviera fuera y corriendo hacia la casa. No se molestó en llamar esta vez; Tate simplemente entró por la puerta principal.

"¡Isaac! Isaac!", gritó, con el pecho agitado y las manos cerradas en puños.

Tate no estaba actuando ahora, no estaba pensando en cómo actuar, simplemente estaba haciendo. Sucedía que su comportamiento coincidía con los papeles que él y Chase habían representado inicialmente en esta casa.

Tate era el tipo duro y malo, Chase era la voz, o el oído, de la razón.

"¿Hola?", llamó una tímida voz desde la cocina.

Isaac Lomax llevaba un jersey azul pálido y pantalones caquis. Llevaba el pelo, muy fino, peinado hacia atrás. Sobre la mesa, frente a él, había un aparato de realidad virtual.

"Maldito metaverso de mierda", maldijo Tate, golpeando las gafas y haciéndolas caer al suelo.

"¡Oye! *¡Oye!* ¿Qué demonios...?"

"¿Dónde está?" Tate rugió y luego se abalanzó.

Isaac esquivó el descuidado ataque, pero Tate pivotó y consiguió agarrar un puñado de jersey azul.

"¿Dónde está?", volvió a preguntar.

"¿Quién?" Isaac jadeó. Intentó girar para alejarse de Tate, pero lo único que consiguió fue estirarle la camisa.

"¡Chase!" Tate bramó. "¿Dónde coño está Chase?"

"YO-YO-YO-"

Tate le golpeó. No había planeado golpear al hombre; su intención, si es que la tenía, era sólo asustarlo.

Pero había perdido todo el control.

Los nudillos de Tate golpearon a Isaac directamente en la frente. El dolor se irradió desde los nudillos hasta la muñeca y, aunque la cabeza del hombre salió disparada hacia atrás, sospechó que el duro hueso había absorbido la mayor parte del daño.

"¿Dónde está Chase?", preguntó por tercera vez, todavía sujetando al hombre por la camisa que ahora era más poncho que jersey.

"¡Joder!", el hombre se agarró la frente con una mano. "¡No lo sé! Lo juro, ¡no lo sé!"

"¡Entonces dónde está Tony!"

Cuando Isaac respondió con la misma cantinela, Tate volvió a golpearle, esta vez en la mandíbula. Isaac puso los ojos en blanco y perdió el conocimiento.

Tate le sacudió hasta que recuperó fugazmente la lucidez.

"¿Dónde coño está Tony Metcalfe?"

"Yo... no... *lo sé*".

Mientras el hombre gemía y seguía tambaleándose al borde de la consciencia, Tate se dio cuenta de que no era Isaac. Ya no lo era. Se trataba de un truco del metaverso, y el hombre al que estaba golpeando era Marco, el gran bastardo serbio que lo había abofeteado. También era el juez, que había condenado a su mujer cuando el accidente no era culpa suya, cuando ella no era la culpable, era-.

Alguien le agarró por detrás del brazo, alguien fuerte, y le apartó de Isaac Lomax con facilidad. Antes de girarse para ver quién lo sujetaba, Tate vio la cara de Isaac.

Era un amasijo sanguinolento y pulposo. Tenía la nariz inclinada hacia un lado y los labios hinchados y cubiertos de sangre.

"¡Joder!" Tate gritó, sacudiendo su mano magullada. "¡Joder!"

"Tienes que irte", le dijo una voz profunda. "Tienes que salir de aquí".

Era Big Roddy. Big Roddy que evidentemente aún había estado vigilando la casa de Isaac y cuando Tate había llegado, había intervenido.

Un poco tarde, pero tal vez fue a propósito.

"¡Vamos!" Roddy instó. "¡Vete de aquí!"

Tate hizo una mueca, no por el dolor en los nudillos, uno o dos de los cuales probablemente estaban rotos, sino por su propia falta de contención. Acababa de darle una paliza a un hombre. Un hombre más o menos inocente. No era la primera vez que le rompía la nariz a un hombre y le ensangrentaba la cara, y no sería la última.

Pero era la primera vez que lo perdía por completo.

"Joder".

Tate se deslizó más allá de Roddy.

"¿Qué vas a hacer con él?", preguntó.

Los enormes hombros de Roddy subían y bajaban.

"No puedo quedarme aquí, en libertad condicional. Dile a Stu que hice lo que pude".

Detrás del hombretón, Isaac balbuceó algo espeso y húmedo mientras rodaba sobre un costado.

"Lo haré.

Tate corrió hacia el coche de Stu y salió de la calzada.

Isaac podía ser un mentiroso, pero Tate no creía que supiera dónde estaba Tony, dónde tenía el hombre a Chase. Eso era lo que esperaba.

Porque si Isaac lo sabía, había arruinado cualquier posibilidad de sacarle información.

Y en cuestión de horas, Tate sospechó que se encontraría en una situación similar a la de Stu, contratando a un equipo agrietado para preparar su propio juicio. No por asesinato, sino por asalto y agresión.

Al menos, asalto y agresión.

Pero eso estaba bien. Mientras encontrara a Chase, a Tate no le importaba lo que le pasara.

Visitar a Isaac Lomax había sido un desastre sin paliativos, pero se prometió a sí mismo que mantendría el control para su siguiente parada: Christine Bunting.

Estaba a medio camino de la consulta del psiquiatra cuando sonó su teléfono.

"¿Qué?"

¿"Tate"? Soy Will, me acaban de llamar de la cadena de televisión. El hombre del vídeo... no es Tony. Es Isaac".

Los ojos de Tate se dirigieron reflexivamente hacia el espejo retrovisor.

"¿Qué? ¿De qué estás hablando?"

"¿Recuerdas el noticiario? ¿El del suicidio de Randy Milligan? El..."

"¿Qué?" Tate apretó el puño e hizo una mueca de dolor. "¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres decir con que no es Tony?"

"Enviaron el vídeo original... no es Tony quien dice que Randy es un verdadero pionero, sino *Isaac*. Alguien cambió el video para que pareciera Tony. Igual que el asesinato de Jake".

La sangre goteaba desde los nudillos de Tate hasta la palma de su mano.

"¿Por qué? ¿Por qué Tony haría eso?"

"No lo sé. Pero es Isaac".

Tate intentó encontrarle sentido, pero no pudo.

"Sólo estaba allí... sólo..."

"Espera, hay una cosa más."

"¿Sí?"

"Floyd cree que Tony está reteniendo a Chase en *U-Lock-it*. Alguien llamado J. Thuring alquila una unidad allí. Ahora va para allá".

Tate tiró del volante con tanta fuerza que incluso al Maybach, con su suspensión de carreras, le costó agarrarse al asfalto.

"¡Joder, Will! ¡Podrías haber guiado con eso!"

Capítulo 75

"¿Tú... tú hiciste todo esto?" preguntó Chase. Había asombro en su voz, y aunque había planeado fingir la emoción, parte de ella era legítima. Lo que Tony había creado era impresionante.

"Sí, todo esto", Tony hizo un gesto grandilocuente, y los tres veteranos del ejército inclinaron la cabeza. "Todo es para ti, y todo es real".

Está obsesionado. Está completamente obsesionado. Conmigo, con Cerberus.

De esto se trata todo, se dio cuenta Chase. Tony había entrado en el programa piloto de Cerberus a través de su terapeuta, Christina Bunting. Por alguna razón, quizá el periodo de prueba había expirado o Isaac había obligado a Jake a cerrar Cerberus aunque solo fuera por un tiempo, Tony había sido expulsado.

Y todo lo que el hombre retorcido había hecho desde entonces era para volver aquí.

Sobre conseguir las llaves del infierno de Jake.

"No", susurró Chase. "No, no es real."

"¿No es así?" preguntó Tony. "¿Qué te hace decir que esto no es real? ¿No te parece que el aire está caliente? ¿Te atreves a tocar las llamas?"

Sin darse cuenta, los ojos de Chase se desviaron hacia arriba, encontrando las llamas de las que hablaba Tony. En su mente, ella sabía que esto era sólo una simulación, pero la pregunta de Tony la hizo pensar.

¿Se atrevería a tocar esas llamas? No estaba tan segura.

Chase se acordó de un vídeo que había visto hacía años: la ilusión de la mano de goma. Se trataba de un experimento en el que aparecía un hombre sentado con los brazos y las manos colocados sobre un escritorio frente a él. A continuación, se colocaba un separador de madera delante de uno de sus brazos y manos, impidiendo su visión. A continuación, se colocaba delante una mano de goma muy parecida a la suya, dándole la ilusión de que era su mano real. A continuación, el experimentador utilizaba dos plumas para hacer cosquillas simultáneamente en la mano real oculta y en la mano de goma. A continuación, sin previo aviso, se golpeaba la mano de goma con un martillo.

Los participantes gritaban de dolor y tiraban del brazo real hacia atrás, aunque en realidad nunca habían sido golpeados.

¿Gritaría si tocara las antorchas ardientes?

"Bien", continuó Tony con una sonrisa. "¿Estas escaleras? Puedes caminar por ellas. ¿Este trono?", se rió. "No es cómodo. Para nada. Entonces, ¿qué *es real*, Chase? El mundo de ahí fuera, fuera de Cerberus, eso es lo que crees que es real, ¿verdad? Pero, ¿cómo puedes estar seguro?" Tony se dio un golpecito en la sien mientras decía lo siguiente. "Todo lo que ves, todo lo que sientes, oyes, hueles, *tocas*, todo lo interpreta tu cerebro. No es la realidad. Es una interpretación. Y esto de aquí es *mi interpretación*".

Las palabras del loco, aunque no tan elocuentes, imitaban extrañamente algo que Tate había dicho cuando hablaba con ella de su experiencia en el metaverso.

"Pero esto es sólo tu interpretación", contraatacó Chase en beneficio de ambos. "El mundo real está abierto para que cada uno lo interprete".

Tony volvió a reír. Era un sonido inquietante, y Chase se preguntó si también lo habría alterado, si Tony lo habría cambiado para que fuera más maníaco, más amenazador.

"¿Quieres decir que todos interpretamos el mundo igual, Chase? ¿De verdad? Es imposible que creas eso. ¿Musulmanes, judíos, cristianos... negros, blancos, lo que sea? ¿Todos interpretamos el mundo de la misma manera? ¿Y los adictos? *¿Eh*? Ellos ven el mundo de manera muy diferente, pero lo que ven es real, ¿no?"

Lo que Tony decía era cierto. Esa fue la parte más inquietante de su diatriba.

En la Academia, a Chase le habían advertido sobre la naturaleza impredecible y poco fiable de los relatos de crímenes en primera persona. Los recuerdos no eran como las grabaciones de vídeo y, como había descubierto recientemente, incluso éstas distaban mucho de ser fiables.

No, los recuerdos pueden deformarse, influenciarse, borrarse o fabricarse por completo.

Esto, ella lo sabía mejor que la mayoría.

Entonces, ¿qué *era* la realidad? ¿Era el planeta? ¿El sol? ¿El universo? ¿O eran unos y ceros? ¿Estaban todos atrapados en un ordenador cuántico gigante, una de las infinitas realidades alternativas?

¿Era real su vudú? Había vivido con ello, de vez en cuando, durante años. Era algo que Chase no podía tocar ni compartir, ni siquiera explicar. Pero se sentía real. Cuando estaba dentro de la cabeza de una víctima, viendo a través de sus ojos, reviviendo sus últimos momentos en esta Tierra, eso era real. Tenía que serlo.

Pero, al mismo tiempo, no lo era. Era una ilusión, una alucinación, fabricada por su subconsciente.

Los pensamientos revueltos de Chase amenazaron con abrumarla y

sacudió la cabeza.

"No es real", dijo débilmente.

"¿Qué no es real? ¿Esas cabezas que ves? ¿No son reales? ¿No te hacen sentir repulsión?"

Chase tragó saliva, ignorando el impulso de mirar hacia las cabezas decapitadas, de clavar la mirada en sus ojos huecos.

"No, ellos..."

"Te equivocas, Chase. Estas cabezas *son* reales. Mira a Randy aquí... está muerto. *Realmente* muerto. ¿Pero sabes cuál es la verdadera diferencia entre Cerberus y esa simulación que llamas mundo real?"

Chase no quería saberlo: de repente sintió náuseas. ¿Era por el vértigo que Tate había mencionado que puede producirse al dejarse caer? ¿O era la heroína que Tony le había inyectado lo que estaba limpiando su organismo?

"Oh, voy a mostrarte la diferencia". La sonrisa de Tony se extendió de oreja a oreja. Esto, decidió Chase, tenía que haber sido modificado. "La diferencia es... espera... espera..."

Tony levantó ambas manos hacia un lado y sus guardaespaldas del ejército se separaron, revelando la silueta de una mujer. Chase entrecerró los ojos, intentando ver mejor cómo se acercaba la figura. Su largo vestido blanco reflejaba las llamas parpadeantes y parecía un ave fénix que resurgía de las cenizas.

"...la diferencia es que aquí en Cerberus, en mi mundo, en *nuestro* mundo, Chase, lo que está muerto no tiene por qué seguir muerto".

Fue entonces cuando la hermana de Chase se puso delante de Tony y su cara apareció por completo.

"¿Georgina?" Chase jadeó. "Es que..."

"Chase, oh Dios, Chase, te he echado tanto de menos."

Capítulo 76

Era su hermana. Tenía el mismo pelo rojo, los mismos ojos verdes, el mismo... *todo*.

Y fue aterrador.

Chase dio dos pasos torpes por las escaleras de cemento, pero Georgina siguió avanzando. Pasó por delante de Tony en el trono y luego empezó a bajar.

Chase estaba indecisa. Quería huir de la aparición porque sabía que su hermana, su *verdadera* hermana estaba muerta, pero también quería correr *hacia* ella.

Porque esta *era* Georgina.

¿No?

"¿Chase?", dijo la mujer con la voz de Georgina.

"¿Qué coño... qué coño es esto, Tony?" suplicó Chase, sin apartar los ojos de su hermana.

"Te lo dije, esto es real, Chase. Esto es *real*. Esta es tu hermana, la que fue asesinada. Pero ella sigue aquí. Siempre ha estado aquí, esperando a que llegaras".

"Te he echado de menos, Chase."

Esto rompió el hechizo. Georgina nunca diría algo como: *"Te he echado de menos*". ¿Y era Georgina? ¿O Riley? ¿Se hace llamar Riley? ¿O ella va por algo más aquí en este lugar infernal? ¿Lilith, tal vez?

Los tres veteranos, Geoff, Mark y Fred, se separaron y siguieron a Georgina, manteniéndose a un metro y medio de ella en todo momento.

"No es perfecto, lo sé", admitió Tony. "Pero aquí está la cosa, Chase puedes ayudar con eso. Puedes ayudar a hacerla... mejor."

Más real.

Eso es lo que Tony quería decir, Chase lo sabía.

"Pero..."

Eso no sería real.

Y eso es lo que *Chase* quería decir. Tony también tenía una respuesta para eso, aunque sus palabras quedaron sin pronunciar.

"Esa es la belleza de este mundo..." *del Infierno, "*aprende. Lo programé para aprender, para crecer, para *respirar*". Tony sonrió con sus dientes perfectos. "Es un lugar vivo, Chase".

Georgina siguió bajando los escalones con los veterinarios a remolque. Chase dejó de retroceder y, finalmente, se encontraron a escasos centímetros el uno del otro.

La mente de Chase se había vuelto fracturada, incongruente.

Corre.
Quédate.
No es tu hermana.
Riley tampoco era tu hermana.
Esta es Georgina.
Esto es real.
Esto es una simulación.
Cuando Georgina extendió los brazos, Chase no pudo resistirse.
Real o no, una última oportunidad de abrazar a su hermana era algo que no podía rechazar ni en el Cielo ni en el Infierno.
Chase abrazó a Georgina, esperando que estuviera completamente sin forma o, como mínimo, que estuviera fría al tacto, pero no era así. Georgina estaba llena y caliente y... Chase cerró los ojos y respiró profundamente.
Incluso olía como su hermana, lo cual era imposible. Con la destreza informática de Tony, no tendría problemas para encontrar imágenes, incluso enterradas hacía tiempo, de Georgina Adams, alias Riley Jalston. Gracias a Drake y al sargento Yasiv, la muerte de su hermana en los Jardines de las Mariposas era un recuerdo lejano y la cobertura informativa había sido deliberadamente escasa. Pero si buscabas lo suficiente...
¿El olor? ¿Cómo podía saber Tony que su hermana olía ligeramente a vainilla y lilas?
Al inhalar de nuevo, Chase empezó a preguntarse si realmente era el olor de su hermana. Después de todo, los recuerdos más conmovedores que tenía, los que no habían sido borrados de su mente, eran de ellas cuando eran niñas. Georgina no olía a vainilla y lilas entonces, ¿verdad?
Es sólo tu mente proyectando cómo crees *que huele Georgina.*
Esta constatación no la afectó de forma contundente.
Chase ajustó su agarre y sus antebrazos hicieron contacto piel con piel con los hombros de Georgina.
Sucedió al instante; Chase vio a través de los ojos de su hermana. Se vio a sí misma en el campo, con las yemas de los dedos rozando las margaritas. Las dos estaban cantando, cantando Ring-around-the-Rosie.
Las lágrimas fluyeron y Chase dejó que mancharan sus cálidas mejillas.
"Chase", susurró Georgina.
"Georgina."
Se abrazaron, en este mundo, en el otro, en la visión.
"Chase, cuida de mi hija. *Por favor*."
Chase se quedó helado. Aquello era demasiado. Separó lentamente los brazos de su hermana y, cuando abrió los ojos, se encontró de

nuevo en las escaleras de Cerberus.

Tony la miraba fijamente, aún con esa sonrisa de Cheshire.

"No", dijo Chase.

Demasiado... demasiado.

Se secó las lágrimas con rabia.

"No", repitió Chase esta vez con más agresividad. Georgina la alcanzó y volvió a abrazarla. Chase intentó apartarla, pero el agarre de la mujer era fuerte y la apretó con fuerza.

"Para", insistió ella, retorciéndose para intentar soltarse. "Esto está... mal. Está jodido. No es real".

"¿No se siente real?" preguntó Tony.

Así fue. Eso fue lo peor. Se sentía tan *jodidamente* real.

Todo.

"¿No te parece real? ¿Huele de verdad?"

Chase tenía la sensación de estar reviviendo el mismo momento una y otra vez, un macabro Día de la Marmota.

¿Pero era eso tan malo?

"No puedo", gimoteó. Por fin, Georgina la soltó.

"¿Por qué no? Puedes quedarte aquí conmigo". Georgina señaló hacia las cabezas con pinchos. "Podemos hacer lo que quieras. Podemos recuperar todo ese tiempo perdido, todos esos años perdidos".

Fue entonces cuando Chase se fijó en él por primera vez. No estaba segura de si la cabeza había estado montada en un pincho todo este tiempo y ella no se había dado cuenta, o si Tony la había colocado allí cuando había estado usando su vudú para ver a través de los ojos de su hermana.

La cabeza de Brian Jalston. La atención al detalle era increíble. Cualquiera que sea la plantilla que Tony había utilizado, no era de una foto archivada. Era reciente. El pelo del hombre era gris, su mandíbula más cincelada, menos piel flácida en sus mejillas.

Chase empezó a sonreír.

Esto es lo que ella quería. La cabeza de Brian en un pincho.

Y ahora lo tenía.

"¿Lo ves?" bramó Tony, su voz venía de todas partes ahora. "Todo lo que quieras, Chase. Si puedes soñarlo, en Cerberus, puedes tenerlo".

Chase miró fijamente a los ojos sin vida de Brian.

Tony tenía razón, ella *realmente* quería esto.

Sólo había una cosa que había pasado por alto en su intento de que ella se uniera a él en el Infierno.

Su sobrina.

Tal vez había sido un movimiento táctico del hombre, pensando que sería abrumador para ella. O tal vez simplemente no quería recordarle a la pequeña Georgina.

Pero él podía evocarla. No le cabía duda de que Tony podía reproducir el pelo anaranjado de la niña, las pecas del puente de la nariz, sus brillantes ojos verdes, incluso más brillantes que los de su hermana. Pero eso no cambiaría el hecho de que seguía ahí fuera. En el fondo, Chase sabía que Louisa acabaría siendo mejor madre para la niña de lo que ella nunca sería, y que tampoco tendría problemas en ser la madre de alquiler.

Chase podía quedarse aquí, en el Infierno, y dejar su cuerpo donde Tony lo hubiera puesto.

Cuida de mi hija.

Eso es lo que Georgina había dicho.

Y todo lo que Chase hacía ahora era por ella, por la pequeña Georgina.

"No." Ahora no era una pregunta, sino una afirmación. "No puedo quedarme aquí. Y tú tampoco".

La sonrisa de Tony vaciló.

"Esta es mi casa, yo dirijo este lugar".

"Mataste a Jake, Tony. Le tendiste una trampa a Stu. Tienes que pagar por lo que hiciste".

Tony soltó una carcajada maníaca, amplificada por los altavoces invisibles.

"No tienes ningún poder aquí, ninguna autoridad", dijo. "Soy Dios y soy el Diablo, todo en uno. Soy el creador".

"Quizá aquí", admitió Chase con un encogimiento de hombros condescendiente. "Pero no ahí fuera. No en el mundo real".

Pensando que era un momento tan bueno como cualquier otro, levantó los brazos con la intención de quitarse el casco de RV.

Los veteranos se le echaron encima al instante, sujetándole los brazos a los lados.

"¡Suéltame!" Chase gritó, tratando desesperadamente de liberarse. Pero eran tres.

¿Cómo es posible? ¿Alguien me está sujetando los brazos también en la vida real?

Chase no lo sabía, pero supuso que tenía que ser así. Si no... si no, ¿qué significaba eso?

"No, no, no, no vas a hacer eso. Pero esa pose... me da una idea. Tal vez la decapitación no es el camino a seguir contigo. Me gustas más como mártir, quizá te crucifique". Tony se rió de nuevo. "Realmente esperaba que te unieras a mí aquí porque me gustas, Chase. Me caes bien. Pero nadie, ni siquiera tú, vale lo que he creado. Y nadie me lo va a quitar".

Capítulo 77

Floyd llegó a *U-Lock-it* en un tiempo récord. Condujo hasta la barricada y se apoyó en el claxon, mostrando su placa en las proximidades de la cámara.

¡Vamos, vamos, date prisa de una puta vez!

Pasaron unos segundos y entonces se oyó un zumbido y el brazo mecánico empezó a levantarse. Se movió dolorosamente despacio, y Floyd pasó el coche de Stu por debajo antes de que estuviera completamente levantado. Hubo un horrible sonido de arañazo cuando la barra raspó el techo, pero él apenas se dio cuenta.

Los pasillos entre las filas de taquillas, que eran como garajes individuales, eran demasiado estrechos para el coche, así que Floyd lo aparcó lo más cerca que pudo antes de saltar fuera.

412... Necesito la unidad 412...

Tardó treinta segundos en comprender cómo estaban dispuestas las unidades -el primer número representaba la fila, empezando por 0, y enfrente, el siguiente número de la secuencia, mientras que los dos últimos dígitos indicaban las unidades individuales- y Floyd corrió hacia la tercera fila.

No tuvo problemas para encontrar la taquilla, pero cuando llegó frente a la unidad 412, se dio cuenta de que había cometido un error fatal. La puerta del garaje, naranja y con forma de acordeón, no solo estaba cerrada, sino que había un gran candado en el suelo, enganchado a una impresionante argolla metálica incrustada en el suelo de hormigón.

"¡Mierda!" Floyd se dejó caer sobre manos y rodillas e intentó abrir la taquilla de todos modos. Se levantó unos diez centímetros del suelo, pero luego se enganchó. Pegó la oreja a la losa de hormigón y miró por debajo con un ojo. Aquí abajo olía mal, el aire estaba quieto y estancado. "¿Chase?", gritó. No obtuvo respuesta. "¡Chase!"

No podía ver gran cosa: estaba demasiado oscuro y la abertura era demasiado estrecha para poder mirar hacia arriba. Ni siquiera la linterna de su teléfono le permitió ver nada.

"¡Chase!"

Movimiento. Sólo un desenfoque de sombras, pero inconfundible, no obstante.

Floyd se levantó como un cohete e intentó abrir la puerta a tirones, sin dejar de gritar el nombre de Chase. La cerradura se mantuvo firme y Floyd se rindió rápidamente, con los dedos doloridos. Después de dar dos patadas a la puerta, más por frustración que por un intento

razonable de entrar, Floyd volvió corriendo por el pasillo.

El hombre que reconoció de la última vez que estuvo aquí estaba en el pequeño despacho esperándole.

"¡Necesito las llaves!" Floyd gritó, abriendo la puerta de par en par. "¡Necesito las putas llaves de la unidad 412!"

El hombre sacudió la cabeza, con la boca abierta.

"No tenemos llaves. La gente trae sus propias cerraduras. La única persona que tiene la llave es el..."

"Pero tienes algo para abrir las cerraduras, ¿verdad?" interrumpió Floyd. "¡Debes tenerlo! En esos programas, en los que la gente no paga sus cuotas y subastas lo que hay en sus taquillas, cortas las cerraduras. Debes tener una sierra o unas jodidas tijeras grandes". Cuando el hombre se quedó mirando, estupefacto, Floyd golpeó el mostrador. "¡Hay alguien atrapado en la unidad 412! Hay un puto agente del FBI ahí dentro".

Los ojos del hombre se abrieron de par en par.

"Tenemos..." metió la mano bajo el mostrador y sacó un par de enormes cizallas. "... estos."

Floyd no dudó. Le arrebató las tijeras de las manos y corrió hacia el almacén cerrado.

***

"¡Suéltame!" gritó Chase. Pero, por mucho que luchó, no consiguió liberarse del férreo agarre de los hombres que la sujetaban. Uno de los veteranos del ejército la había soltado del brazo y la sujetaba por la cintura. Chase se agitó salvajemente, pero aun así la subieron sin esfuerzo por los escalones hasta el trono de Tony. Como último esfuerzo, miró a Georgina por encima del hombro. "Por favor, ayúdame. Haz que pare".

Georgina apartó la mirada. Chase debería haber esperado esta reacción, ya que era propia de su hermana, teniendo en cuenta cómo la mujer se había inclinado una vez y había ofrecido servidumbre al hombre cuya cabeza estaba clavada en un pincho junto a la de Stu y Jake.

"¡Chase! *Chase!*"

Esta nueva voz, familiar, venía de ninguna parte y de todas partes y su primer pensamiento fue que era Tony.

Pero incluso el propio rey pareció sorprendido por la interrupción, y su amplia sonrisa se contrajo un poco.

"Nadie sale del infierno, Chase. *Nadie*". Tony casi gritó sus palabras, claramente tratando de ahogar al misterioso intruso.

Pero ni siquiera él pudo hablar lo suficientemente alto como para cubrir dos estruendos distintos, como enormes retumbos de truenos,

aunque la textura o el color del cielo no cambiaron.

"Me aseguro de ello".

Las dos últimas palabras de la frase de Tony degeneraron en algo parecido a un gruñido.

Entonces la cara del hombre empezó a cambiar. Su nariz se alargó, volviéndose feroz, como un hocico, y sus orejas se desplazaron de los lados de la cara a la parte superior de la cabeza. Si no hubiera sido tan... natural, como la metamorfosis de una oruga en mariposa, habría sido mucho menos aterrador.

Un escalofrío recorrió todo el cuerpo del hombre, que se cayó del trono y cayó sobre sus manos. Éstas también empezaron a cambiar, a transformarse, los dedos se acortaron y adquirieron forma de garra.

El sonido lo empeoró todo. Un silbido puntuado por lamentos entrecortados. Dos brotes aparecieron en los hombros de Tony, montículos como tumores que no habían sido controlados. Estos crecieron a un ritmo fenomenal, oscureciéndose, moldeándose en cabezas de perros gruñendo.

En menos de un minuto, Tony se había vuelto completamente irreconocible, su forma humanoide había sido sustituida por la de un perro de tres cabezas que chasqueaba y babeaba.

Cuando la bestia impía habló, las palabras surgieron del propio aire.

"Soy Cerbero y nadie escapa del Infierno".

***

Floyd apretó los mangos de la cizalla lo más fuerte posible. El cierre del candado se mostró indiferente; ni siquiera cedió.

"¡Vamos!", gritó. "¡Vamos*!*"

Floyd apretó una de las empuñaduras contra la cara interna de su muslo y la otra contra su vientre. Usando todas sus 173 libras, Floyd apretó con todas sus fuerzas.

Nada más que dolor y hematomas instantáneos.

Floyd volvió a ajustar su agarre y luego gruñó por el esfuerzo. Justo cuando pensaba que era una causa perdida, sintió que las empuñaduras se acercaban un poco más. No mucho, sólo un centímetro, tal vez dos. Pero fue suficiente para inspirarlo a apretar aún más fuerte.

El sonido de las afiladas cuchillas al chasquear fue quizá lo más satisfactorio que Floyd había oído nunca. Pero no perdió tiempo en deleitarse con él. Floyd soltó las cuchillas y pasó el cierre partido a través del lazo en el hormigón. Una vez libre, no dudó en arrojar la puerta hacia arriba con ambas manos. Los listones naranjas emitieron un característico sonido *frrrrrrrp* al plegarse hacia arriba y hacia atrás.

La luz se derramó en el garaje, al igual que el aire fresco, que forzó a su homólogo viciado en dirección a Floyd. Era viciado y fétido, pero lo que dejó sin aliento a Floyd fue la escena del interior de la taquilla, tan perturbadora como el olor del aire.

Había cubos en el suelo, algunos ya rebosantes de desechos humanos, otros vacíos, esperando a ser llenados. También había cajas de agua apiladas contra una pared, casi hasta el techo.

No era una instalación temporal; Tony pensaba quedarse aquí algún tiempo.

Floyd vio dos sillas en la taquilla, una cerca de la entrada y otra más atrás.

Ambos estaban ocupados.

El primero era un hombre, aunque resultaba difícil determinar su sexo sólo por sus rasgos. El cabello de la figura estaba sucio y colgaba en mechones de rastas que caían en cascada sobre las gafas que le cubrían la mayor parte de la cara.

Era Tony.

Los labios del hombre se retrajeron en una media sonrisa, dejando ver aquellos dientes delanteros rotos.

Floyd vio a Chase a continuación.

Estaba sentada en una silla similar a la de su captor, una silla de juegos sucia, y, al igual que Tony, tenía una máscara de RV sobre los ojos. Pero mientras que Tony tenía en las manos mandos que movía libremente, Chase tenía las manos vendadas y las muñecas atadas con cremalleras a los brazos de la silla para que no pudiera moverse.

Mantén el tren en marcha.

"Choo-Choo", susurró Floyd mientras se agachaba para recoger de nuevo los recortes, respiraba hondo y corría hacia Chase.

Capítulo 78

Chase gritó. Tony, ahora completamente canino, saltó hacia ella. Ella apartó la cabeza, pero él apretó el húmedo y cálido hocico de una de sus tres cabezas contra su mejilla, obligándola a enderezarse.

Los veterinarios seguían sujetándola con fuerza, lo que le impedía moverse.

Esto es falso... ¿por qué no puedo quitarme la puta máscara? Todo lo que tengo que hacer es quitarme las gafas y la pesadilla habrá terminado.

Pero Chase no podía levantar los brazos.

¿Era sólo un caso de arte retorcido imitando a la vida? ¿Era el hecho de que sus brazos estuvieran inmovilizados aquí, en el Infierno, la razón por la que no podía volver a moverlos... dondequiera que estuviera?

El aliento de Cerbero estaba caliente en su mejilla y el animal la miraba fijamente con seis ojos extrañamente humanos.

"Nadie se va, Chase".

Las palabras no salieron de la boca de ninguno de los perros, lo que habría roto el hechizo, sino que parecieron resonar dentro de la cabeza de Chase.

Sin embargo, cuando el estribillo fue repetido, primero por los veteranos y luego por alguien con una voz más suave, Chase pudo reconocer fácilmente las fuentes.

"Quédate conmigo, Chase", suplicó su hermana. *"Por favor,* Chase."

"No puedo..." Chase susurró.

Georgina volvió a suplicar, esta vez sólo con sus hermosos ojos verdes.

"Última oportunidad", advirtió Tony. "Última..."

El hombre que sujetaba la mano derecha de Chase, Geoffrey o Fred, no sabía cuál de los dos, de repente... la soltó. Y con la tensión desaparecida, su brazo salió disparado hacia delante, golpeando sin querer uno de los tres hocicos de Tony.

Se echó hacia atrás, gruñendo, pero a Chase sólo le interesaba una cosa.

"Georgina..."

***

En cuanto Floyd cortó la cremallera que sujetaba la muñeca de Chase a la silla, su mano salió disparada hacia arriba. El mando que seguía pegado a su mano chocó con la parte inferior de la mandíbula

de Floyd. El golpe fue más discordante que realmente doloroso, y se vio obligado a dar dos pasos atrás.

"Georgina..." La palabra que salió de la boca de Chase era inquietante y Floyd no quería ni considerar lo que estaba viendo dentro del retorcido metaverso de Tony.

Se recompuso y cortó la otra cremallera, teniendo cuidado de inclinarse hacia atrás esta vez para evitar ser golpeado de nuevo.

***

El veterinario que sujetaba su brazo izquierdo también la soltó. Y con las manos libres, Chase empujó a Tony hacia atrás. El perro de tres cabezas, sorprendido y confuso por lo que ocurría, por qué sus secuaces la soltaban sin que él se lo ordenara, se escabulló hacia atrás.

Chase se dio la vuelta.

"¡Nadie abandona el infierno, Chase!" gritó Tony detrás de ella, su voz adoptando las características de un niño petulante más que las de un líder malévolo.

Chase miró fijamente a los ojos de su hermana. NPC o no, había algo catártico en poder hablar con su hermana por última vez. Decir lo que debería haber dicho cuando Georgina agonizaba en sus brazos.

"Cuidaré de ella", prometió Chase. "Cuidaré de tu hija, Georgina. Te lo juro. No dejaré que le pase nada. Puede que le haya fallado a mi propia familia, pero no le fallaré a ella, y no te fallaré a ti".

Chase sollozó y los ojos de Georgina empezaron a humedecerse.

"I-"

***

"¡No!" Chase gritó.

Floyd dio un salto hacia atrás de medio metro y su talón chocó con uno de los cubos vacíos. Sonó con fuerza, pero no pudo apartar la mirada de Chase. Las gafas que había empezado a quitarle seguían colgando torpemente de su cabeza, medio puestas, medio quitadas, y para su sorpresa, y horror a partes iguales, ella no estaba agradecida por haber sido rescatada. Chase ni siquiera parecía reconocerle. Lo único que le preocupaba era intentar volver a *ponerse* las gafas.

Pero eso no tenía sentido.

"¿Chase?" Las palabras de Floyd fueron ignoradas.

"Maldita cosa", refunfuñó. Sus manos, aún pegadas a los mandos, hacían casi imposible lo que intentaba hacer. "Por *favor*", casi lloró, "Vamos, *por favor*".

"Chase, soy yo, soy Floyd", dijo tentativamente.

Llego demasiado tarde. Su mente... su mente se ha ido.

Avanzó con cautela, intentando cruzar su visión monocular.

"¿Chase?"

Finalmente reconoció a Floyd, el único ojo que no estaba en el visor finalmente se centró en él.

"Ella está aquí, Floyd", susurró Chase. "Ella está *aquí*". Indicó las gafas dándoles golpecitos con el mando en la mano derecha. "Tengo que volver. *Tengo que volver*".

"¿Qué? ¿Quién?" preguntó Floyd. Sabía que si alguna vez había un momento para seguir rodando, para ignorar lo que Chase estuviera diciendo y sacarla por completo del mundo de la RV, era ahora. Pero había algo en su tono, en su mirada, en *ella* que lo hacía imposible. Floyd solo podía quedarse ahí de pie. "¿Quién está ahí, Chase?"

Chase bajó la mirada y dijo algo en voz demasiado baja para que Floyd pudiera oírlo.

"¿Qué?" Dio un paso adelante. "¿Qué has dicho?"

"Georgina... ella está aquí. Tengo que volver... *tengo* que, *tengo* que volver a..."

Otra persona terminó la frase por ella.

"Demonios".

Floyd, que se había olvidado por completo de Tony hasta ese momento, se giró. El hombre se había quitado las gafas y, en lugar de un mando en la mano derecha, sostenía una pistola.

Y apuntaba directamente a la frente de Chase.

"Lo que pasa con el infierno, Chase", dijo Tony, con la voz ceceante y entrecortada debido a sus dientes destrozados. "Es que nadie se va *nunca*. No mientras yo esté al mando".

Y entonces, antes de que Floyd pudiera sacar su propia arma, Tony Metcalfe disparó un solo tiro.

Capítulo 79

Tate estaba llegando a la puerta de *U-Lock-it* cuando oyó el disparo. Maldiciendo, apretó el acelerador y el Maybach atravesó la barricada, que se rompió en mil pedazos. Frenó en seco detrás del coche que Floyd había pedido prestado a Stu y se bajó.

Mirando por las filas de taquillas, sólo vio una cuya puerta estaba abierta.

Tate corrió hacia él.

***

"¡Georgina!" Chase gritó. Que le arrancaran las gafas de la cara no sólo era desorientador, sino nauseabundo. Un ojo estaba atrapado en Cerberus, en el metaverso, mientras que el otro estaba... ¿dónde? En una especie de habitación oscura y apestosa.

Chase estaba atrapado en dos lugares a la vez, en dos mundos.

Y tuvo que volver.

Intentó desesperadamente volver a ponerse las gafas en ambos ojos, murmurando incoherencias mientras lo hacía.

Necesitaba volver a ver a su hermana, sólo una vez más. Tenía que oír a Georgina decir que confiaba en ella, que sabía que Chase cuidaría de su hija.

Que haría un buen trabajo.

"Por favor", gimió Chase.

Tenía las manos como muñones y no podía arreglárselas.

Uno de sus ojos captó a alguien que estaba cerca de ella.

Él podría ayudarla. Este hombre, este extraño *-no es un extraño, es Floyd-* podría volver a ponerle la máscara. ¿Por qué no lo haría?

"Chase, soy yo, Floyd."

¿Floyd? Conozco a un Floyd.

"¿Chase?"

No importaba quién fuera.

"Ella está aquí, Floyd. Ella está aquí. Tengo que volver. *Tengo que* hacerlo."

"¿Qué? ¿Qué? ¿Quién está ahí, Chase?"

"Mi hermana... mi hermana está aquí. Y es *real*".

"¿Qué?" El hombre dio un paso adelante. "¿Qué has dicho?"

"Georgina... ella está aquí. Tengo que volver... *tengo* que, *tengo* que volver a..."

"Demonios".

Esta vez no fue Floyd, sino otra persona.

Chase vio a Tony Metcalfe, de pie en la entrada del garaje, con una pistola en su sucia mano.

"Lo que pasa con el infierno, Chase", dijo Tony. "Es que nadie se va *nunca*. No mientras yo esté al mando".

Y entonces se disparó el arma.

Chase cerró los ojos instintivamente, esperando el dolor abrasador cuando la bala le atravesó el cráneo.

Pero nunca llegó, y Chase tuvo un pensamiento inquietante: ¿y si esto fuera realmente el metaverso? ¿Y si este... garaje o lo que fuera... es Cerberus?

Tengo que volver... Tengo que volver... Tengo que ir...

Floyd gruñó y se desplomó en el suelo, desparramando los cubos.

"¡No!" Chase gritó.

La bala iba dirigida a ella, de eso no había duda. Pero Floyd se había puesto en su camino.

Esto es real.

Pero en lugar de una exaltada revelación, este pensamiento fue recibido con puro horror.

Chase no quería que esto fuera real. Real significaba dolor, real significaba consecuencias.

Real significaba que a Floyd le habían disparado.

Tony, también sorprendido por las acciones de Floyd, ajustó su puntería. Chase se quitó completamente la máscara de la cara y levantó las manos vendadas delante de ella.

"Te lo dije, Chase", dijo Tony, repitiendo lo que claramente había sido una diatriba planeada. Mientras que en este mundo, el hombre era todo humano, todavía había algo salvaje en la forma en que sus labios se torcieron, y gruñó. "Soy Cerberus y nadie sale del Infierno".

"¡Esto no es el puto infierno!" Chase gritó. "¡Esto es real! ¡Esto es jodidamente *real!*"

"Todo es real".

Tony cerró un ojo y extendió la mano con la pistola.

El tiempo pareció ralentizarse y, en algún momento, Chase percibió el sonido de un coche que se acercaba.

Al igual que la respiración de Floyd.

Era dificultoso e irregular, salpicado por el ocasional plop húmedo como una gota de agua cayendo en un fregadero espumoso.

"No, no, no lo es. Cerberus no es real. Mi hermana no es real. "

Tony abrió el otro ojo.

"¿En serio? ¿No era tu hermana?"

"¡No!" exclamó Chase enfáticamente. "Mi verdadera hermana está muerta".

"Pero la viste, la abrazaste. Tú..."

"Sí, la sostuve", contraatacó. "La sostuve en mis brazos cuando *murió"*.

"¿Me estás diciendo que no sentiste nada en Cerberus cuando abrazaste a tu hermana? No me mientas, Chase".

Chase había sentido algo. No se podía negar.

Y ella había querido volver. Pero eso era egoísta, era sólo para ella. La mayor parte de lo que Chase había hecho en los últimos años había sido egoísta, ella lo sabía.

Disparando, teniendo sexo con innumerables sospechosos y colegas por igual. Eso era todo para ella.

Volver a hablar con la falsa Georgina también era para ella.

Tenía que parar. Floyd estaba en el suelo muriéndose. *Realmente* muriendo.

Detrás de Tony, Chase divisó a un hombre que corría hacia ellos. Tony debió notar su mirada cambiante porque empezó a girarse.

"¡Sí!" Chase gritó. "¡Sí, sentí algo! Y lo que sentí fue real. Tony... quiero... quiero volver. Quiero volver a verla. *Lo* necesito". Su intención era distraer pero Chase no podía negar la verdad de sus palabras. "¿Puedo volver?"

La sonrisa lasciva de Tony volvió.

"Podemos hacer lo que..."

"¡Baja la maldita arma!" Tate gritó. "¡Idiota, baja la puta pistola antes de que te haga un agujero en el cráneo!"

Capítulo 80

La escena ante Tate Abernathy era tan confusa como desgarradora. Tony Metcalfe, de espaldas a la taquilla, tenía un arma apuntando a Chase.

La mujer tenía un aspecto terrible, golpeada, abatida y extrañamente triste. Tenía las manos pegadas a trozos de plástico y decía algo mientras sus mejillas enrojecidas se llenaban de lágrimas.

Y luego estaba Floyd. Tate no se fijó en él al principio, no reconoció el cuerpo tendido en el suelo como si fuera una persona. Pero entonces la luz brilló en un líquido oscuro que se acumulaba junto a su cuerpo y atrajo su atención. Con todos los cubos, un puñado de los cuales se habían volcado, Tate pensó inicialmente que ese líquido era mierda, como en el apartamento de Tony. Pero esto no venía de un cubo.

Venía de Floyd. Y era sangre, no mierda.

Tate movió el dedo del guardamonte al gatillo propiamente dicho.

Tony le había disparado a Floyd. Floyd, que había sido el que descubrió qué diablos pasaba en este caso. Floyd, que sólo estaba aquí porque Tate lo había apoyado.

Y ahora el hombre estaba muerto.

Tate se puso rojo.

"¡Baja la puta pistola! ¡Idiota, baja la puta pistola antes de que te haga un agujero en el cráneo!"

A pesar de sus palabras, Tate no quería que Tony bajara el arma. Eso haría más fácil explicar lo que pasó después.

Iba a matar a Tony Metcalfe. Aunque el hombre arrojara la pistola a un rincón oscuro del garaje y se arrodillara, con las manos juntas, y suplicara por su vida, iba a morir.

Tate no sólo vio a Tony, sino también a Marco. Y su ira se desbordaba como lo había hecho en casa de Isaac.

"¡No!" Chase gritó, y esto se quedó su dedo.

La Glock de 9 mm proporcionada por el FBI tenía un gatillo de 2,5 kg. Tate estaba bastante seguro de que la tensión que había aplicado se había acercado a las 5 libras.

¿No? ¿Por qué gritó que no?

"No le dispares."

Pero esta vez, la súplica de Chase cayó en saco roto.

Tate había llegado al punto de no retorno.

Apretó un poco más y sonó un disparo.

***

Matar a Tony Metcalfe sería un error. No porque fuera inherentemente malo, sino porque el hombre merecía sufrir.

Y la muerte sería una liberación para Tony.

El verdadero horror para el hombre no era el infierno que había creado en Cerberus, se dio cuenta Chase. Era el mundo real. Tony gobernaba el infierno. En la Tierra, sin embargo, era un don nadie. Un programador al que podían haber robado o no su código y que había cometido un asesinato, probablemente dos veces. Un hombre retorcido que había incriminado a un inocente. Aqui, en la tierra, Tony era solo un criminal comun.

Y ese era su infierno. El perro de tres cabezas que se aseguraba de que Tony no escapara era un juez, un jurado y una celda.

Pero la mirada en la cara de Tate...

Chase había visto esta expresión antes y sabía que iba a apretar el gatillo. También sabía que no había nada que pudiera decir para evitarlo.

Tate disparó.

El sonido fue ensordecedor, y el estallido sísmico confundió los sentidos de Chase. Al igual que cuando Tony había disparado, no tenía ni idea de dónde había ido a parar la bala. Sin preocuparse por su propia seguridad, Chase saltó de la silla y los cables que iban de los mandos a las gafas se soltaron.

Su intención no tenía nada que ver con Tony y todo que ver con Floyd. Cubrió su cuerpo con el suyo.

"Nadie sale de..."

Tate también se abalanzó, no con el cañón sino con la culata de su arma.

"Cierra la puta boca."

El violento golpe en la parte posterior de la desprevenida cabeza de Tony fue tan contundente que éste se inclinó hacia delante y chocó con el puño de Chase armado con el mando. Se oyó un crujido satisfactorio cuando el plástico duro rompió la nariz de Tony, seguido de un gruñido igualmente satisfactorio procedente de la boca rota del hombre. Se desplomó encima de Floyd, y Chase tuvo tiempo de pensar una tontería: "*¿Es lo bastante real para ti*?", antes de apartar al inconsciente de su amigo. El brazo de Tony derribó un cubo lleno de orina y mierda y el asqueroso líquido empezó a arremolinarse en torno a su cabeza.

Un pensamiento más: *¿Se va a ahogar?*

Tate estaba a su lado ahora, ayudando a rodar a Floyd sobre su espalda.

"¿Dónde le dispararon?" gritó Tate, buscando en el cuerpo del

hombre la herida de entrada.

"¡No lo sé!"

No tardaron mucho en encontrar la fuente de la sangre. Había un agujero en el pecho de Floyd, justo debajo de su clavícula derecha.

El instinto se impuso y Chase aplicó presión sobre la herida, tratando de contener el lento goteo de sangre.

"¡Llama a alguien! Tate, necesitamos una ambulancia, *¡ahora!"*

Capítulo 81

Chase salió de la habitación del hospital con la cabeza gacha. Tate la seguía de cerca y, aunque no podía verlo, se daba cuenta por su respiración de que el hombre sentía lo mismo que ella.

Está estable. Podemos llevar a Floyd a Virginia por la mañana. Ha perdido mucha sangre. Por ahora, permanecerá en coma inducido. ¿En cuanto a una recuperación completa? No puedo asegurarlo. Nadie puede.

Chase caminó por el pasillo, sin decir una palabra a Tate. Se acercaron al agente de policía apostado fuera de otra habitación. Éste los vio llegar, asintió con la cabeza y se levantó. Chase lo vio dirigirse a la máquina de café y empezar a juguetear distraídamente con ella.

Había una taza llena de café en el suelo, justo debajo de su silla.

No quería entrar, no lo necesitaba. No había nada que Tony Metcalfe pudiera decir o hacer que ofreciera alguna pista sobre sus acciones, o algo de valor en absoluto.

Pero se sintió obligada a mirarle.

Estaba tumbado boca arriba, con las manos metidas bajo las mantas. Chase vislumbró las esposas encadenadas a la gruesa cama de metal.

Tony tenía la cabeza cubierta por un grueso vendaje, que ocultaba la herida que había obligado a los médicos a afeitarle el pelo antes de colocarle un stent para aliviar la presión. En las películas, la culata de una pistola en la parte posterior del cráneo te hacía dormir durante unas horas. En las mejores producciones, te despertabas con dolor de cabeza.

En la vida real, un golpe así solía ser mortal. En este caso, Tate se había aliviado lo suficiente y los médicos estaban seguros de que, a diferencia de Floyd, Tony se recuperaría totalmente. Pero por ahora, él también estaba en coma inducido.

La bala que había disparado Tate falló por completo, aunque Chase nunca sabría si había sido deliberado.

"¿Dónde crees que está ahora mismo?" Tate preguntó.

En otras circunstancias, la pregunta podría haberse considerado extraña.

Pero no aquí.

Chase miró fijamente a Tony a través del grueso cristal reforzado.

"Nada de lo que he vivido, ni los lugares que he visitado, el metaverso o Cerberus, me han convertido en un creyente", dijo Chase distraídamente. "Pero te diré una cosa... Realmente espero que Tony esté en el infierno. No en *su* infierno, sino en un lugar donde tenga

cero control sobre nada".

Con esto, Chase agarró a Tate por el brazo y lo apartó del cristal. Era la última vez que quería ver a Tony Metcalfe, en este mundo o en otros.

***

"¿Qué hace aquí? preguntó Will Porter, levantando la barbilla hacia el hosco detective que estaba de pie al fondo de la sala con los brazos cruzados sobre el pecho.

"No te preocupes por él", dijo el ayudante del fiscal Matthew Lombardi. "Deberías preocuparte más por ellos".

No indicó a Chase y Tate, pero eran las únicas otras dos personas en la habitación. Will les había aconsejado que no se unieran a él, al igual que le había aconsejado a Stu que se quedara en casa. Pero sólo Stu había tomado el consejo en serio.

Chase quería estar allí cuando el fiscal pronunciara esas palabras mágicas: "Vamos a retirar los cargos".

"¿Por qué no nos sentamos y charlamos?", sugirió Will.

Matthew negó con la cabeza.

"No hay necesidad de sentarse, esto será breve. Comparamos las marcas de bala de la bala sacada de Jake Hollister con el cañón del arma encontrada en el garaje de Tony Metcalfe. Coincidían". Chase reprimió una sonrisa. "Basándonos en esto y en otra información que ha salido a la luz desde entonces, estamos..." Aquí viene, pensó Chase. *Ya viene.* "Preparados para retirar los cargos contra su cliente Stu Barnes."

El detective Tolliver gruñó y Chase lo miró, desafiándolo a que dijera algo.

El hombre se abstuvo.

"¿Qué hay de Randy Milligan?" Chase preguntó.

"Estamos investigando más a fondo su caso. Pero por ahora, la muerte del Sr. Milligan seguirá siendo un suicidio".

"¿Qué pasa con Stu? Ustedes corrieron su nombre por el barro. Todos..."

Will paró a Chase en seco levantando la mano.

"Nosotros", continuó el fiscal. Parecía un hombre intentando tragarse un cactus. "Estamos dispuestos a pasar por alto la participación no sancionada del FBI en este caso, si Stu está dispuesto a declarar elogiando a la policía de Las Vegas. Y, por supuesto, se le exigirá que renuncie a su derecho a cualquier acción legal contra el departamento."

Chase se burló a pesar de que Will les había preparado para esta posibilidad. Si hubiera sido ella, habría mandado a la mierda a la ADA

y los habría demandado. ¿Después de lo que había pasado Stu? Encerrado y luego en arresto domiciliario, Chase habría demandado a la policía de Las Vegas por una suma incomprensible.

Pero Stu no necesitaba ni quería el dinero, sólo quería dejar todo esto atrás.

"Discutiré esta propuesta con mi cliente, pero estoy seguro de que estará de acuerdo".

"Bien". El ayudante del fiscal esperaba que la discusión terminara ahí, pero Chase tenía otras ideas.

"¿Qué hay de Isaac Lomax?"

Chase estuvo tentado de preguntar también por Geoffrey Fixman, Mark Dyson y Fred Marquette, pero era algo que Will le había desaconsejado encarecidamente.

Preguntar por los tres veteranos y por su implicación en Cerberus los relacionaría inevitablemente con Paul Wenkler, cuyo cadáver había sido descubierto poco después de lo ocurrido en *U-Lock-it*. El forense había marcado la causa de la muerte del hombre como un suicidio.

Querían mantenerlo así.

¿Pero Isaac Lomax? Ese imbécil mentiroso era juego limpio.

"Estamos evaluando lo que nos dijo, agente Adams, pero por ahora, no tenemos planes de perseguir a Isaac Lomax".

Chase negó con la cabeza.

"Él es el que..."

Will la detuvo de nuevo.

"Gracias, fiscal Lombardo".

Tate dio la vuelta suavemente a Chase y se marcharon juntos antes de que ninguno de los dos pudiera decir algo de lo que luego se arrepintiera.

Capítulo 82

Tate y Chase no volvieron a casa de Stu como habían planeado. Will sí, para darles la buena noticia, pero Chase los llevó en dirección contraria.

Aparcaron frente al edificio de oficinas de Christina Bunting y juntos se dirigieron a su despacho, en la segunda planta. No hubo necesidad de intercambiar palabras. No había palabras que intercambiar.

Chase entró sin llamar. Christina estaba hablando con un cliente y ellos esperaban a un lado. Ella se fijó en ellos e interrumpió la reunión. El hombre, que tenía músculos gruesos y llevaba una gorra de béisbol de Estados Unidos, les inclinó el ala al pasar. Chase esperó a que la puerta se cerrara tras el veterano antes de dirigirse a Christina.

Ella comenzó con: "Paul Wenkler está muerto. Se suicidó".

En la ADA, los veteranos habían estado fuera de los límites. Aquí no.

"Lo sé", dijo Christina, con la cabeza gacha.

"Tony Metcalfe asesinó a Jake Hollister."

Esto, a diferencia del comentario anterior de Chase, sorprendió a la psicóloga.

"¿Qué? ¿Tony?"

"Sí. Acaba de llegar de la oficina del fiscal", aclaró Tate. "Va a ser acusado de asesinato en primer grado, entre otras cosas".

Christina sacudió la cabeza con incredulidad.

"No, eso no está bien. Tony... ¿Él hizo *qué*?"

Chase repitió lo que había dicho antes, y Christina siguió incrédula.

"¿De *verdad*?"

Esta vez Chase no reaccionó, ni siquiera asintió.

"¿Quieres saber cuál es el denominador común entre Paul y Tony?" preguntó Chase, incapaz de mantener el veneno de su voz.

"Cerberus", dijo Christina en voz baja.

"Sí. Cerberus."

Silencio.

Chase podía ver las maquinaciones en la cabeza de Christina y sentir literalmente el peso de su consternación. Seguía sin poder entender bien a la mujer: Chase no sabía si Christina pensaba de verdad que Cerberus ayudaría a sus pacientes o si tenía motivos ocultos.

Pero quería que la mujer sufriera.

¿Habría hecho Tony lo que hizo sin Cerberus? Tal vez. Probablemente. Pero Chase no trabajaba con suposiciones. Ella trataba con hechos fríos y duros. Tony había sido reclutado para unirse a Cerberus y luego después de una serie de eventos locos que había disparado Floyd.

"Tony Metcalfe", dijo Chase. "¿Esquizofrénico paranoico, obsesionado con los ordenadores y el metaverso? No soy psiquiatra, Dr. Bunting, pero tal vez la terapia de exposición no era la mejor idea para alguien como él."

"Lo siento", dijo Christina, sonando genuina. "Intentaba ayudar al hombre. No tenía ni idea de que se volvería violento".

"Estaba pensando en eso", dijo Tate. "¿Por qué estabas tratando a Tony de todos modos? Todos los demás eran veteranos que sufrían estrés postraumático. Pero por lo que sabemos, Tony nunca estuvo en el ejército".

"No, no lo era", confirmó Christina. "Pero Isaac lo recomendó, tanto para mi ayuda como para el programa, para Cerberus".

Chase no estaba segura de haber oído bien.

"¿Otra vez?"

"Sí, Isaac Lomax. Trabajé con él brevemente cuando trabajaba en PopTop Games. Tony también trabajaba allí. Antes de cambiar a los veteranos, yo solía consultar para la tecnología. Trataba de poner las cabezas de sus programadores en el espacio correcto para maximizar los retornos. Típicas cosas corporativas. De todos modos, Isaac vino a mí y me pidió que ayudara a su amigo".

Chase apenas podía creer lo que oía. Isaac le había tendido una trampa a Tony.

Miró a Tate. Él también parecía sorprendido por esta afirmación.

Vamos a tener que volver a hablar con Isaac, pensó Chase. Obviamente pensando lo mismo, Tate ya había comenzado hacia la puerta.

"¿Cuándo fue la última vez que supiste de Isaac?" Chase preguntó.

"No lo he visto, bueno, desde que me pidió que inscribiera a Tony en Cerberus".

Chase maldijo y se apresuró a salir de la oficina, pero no sin un disparo de despedida.

"Usted no es Maury Povich", gritó por encima del hombro. "No más terapia de exposición, Dr. Bunting, o volveremos. Y, créame, no querrá que volvamos aquí".

***

No estaba allí, por supuesto. Isaac Lomax se había ido. Les había mentido en múltiples ocasiones. Dijo que se había retirado de

Cerberus cuando Jake quiso reclutar a veteranos con estrés postraumático. Pero eso había sido una mentira: *Isaac fue* quien recomendó a Tony, no Jake.

"Te lo advertí", dijo Tate mientras contemplaban la oscura casa de Isaac a través de la ventana delantera. El coche del hombre había desaparecido y, aunque la casa aún tenía muebles, no parecía haber efectos personales por ninguna parte. Ni fotos, ni cuadros, ni nada. "Las cosas se torcieron la última vez que estuve aquí. Probablemente le asustó".

Tate se miró la mano aún hinchada.

Lo asustó y algo más.

"¿Qué pasa con el amigo de Stu? ¿Big Rod o lo que sea?"

Hizo una mueca, recordando lo que el hombre le había dicho sobre no estar cerca por si aparecía la policía.

"Creo que también se ha ido."

"Joder".

Tate esperaba que atrapar a Tony Metcalfe le diera respuestas. Pero como todo lo demás, sólo planteó más preguntas.

¿Cuál era exactamente el plan de Isaac Lomax?

El hombre tenía los medios y la capacidad para cambiar su identidad, eso era seguro. Demonios, incluso lo había demostrado, cambiando su apariencia en la retransmisión para parecerse a Tony.

¿Pero por qué? ¿Cuál era su objetivo?

"Vamos", dijo Chase alejándose de la casa. "¿Tate?"

"Lo siento."

Tate la siguió hasta el coche.

"¿Adónde?", preguntó.

"Stu's".

Tate asintió. Tenía la sensación de que Chase quería quedarse aquí en Las Vegas tanto tiempo como él.

Y sospechaba que sus razones eran las mismas: evitar volver al mundo real.

Capítulo 83

"¿Quién coño es este tío?" Tate exigió.

"Este es Kendrick Deetle", dijo Stu, indicando al hombre diminuto con un fino bigote rubio. "Él es el hacker..."

"¿Te conozco?" preguntó Chase. Le resultaba familiar, pero no podía reconocerlo.

"Yo-yo-yo no lo creo."

"Hmm."

"De todas formas, Kendrick, por favor, dile lo que has averiguado", insistió Stu.

Kendrick se relamió nervioso.

"Bueno, uhh, Tony Metcalfe solía trabajar para PopTop Games. Era programador junior, pasaba la mayor parte del tiempo en un juego llamado Captive Carnage". Chase se encogió de hombros, indicando que no lo conocía. "Muy popular hace un par de años. Hizo ganar mucho dinero a la empresa y a su propietario, Randy Milligan. RRHH acabó despidiendo a Tony. No sé exactamente por qué. Lo mejor que pude encontrar fueron los papeles de despido formal que decían que Tony había mostrado una conducta inexcusable en el trabajo."

Ahora las cosas empiezan a encajar.

"Así que Tony mató a Randy porque pensó que el hombre le había robado algo de caza". El comentario de Chase fue recibido con una serie de asentimientos. "Déjame preguntarte algo, ¿Christina Bunting trabajaba en PopTop Games?"

Kendrick asintió.

"Era la psiquiatra de la casa. Tener uno fue la tendencia durante un tiempo. ¿Sus archivos, sin embargo? Ni siquiera yo podía entrar".

"¿Al mismo tiempo que Tony estaba allí?"

"Sí", confirmó Kendrick.

"¿Qué posibilidades hay de que se conocieran?" Chase preguntó.

"Bueno, no pude entrar en sus archivos, pero sé cómo funcionan estas cosas. Normalmente, todos los empleados tienen tiempo con el psiquiatra, incluso los programadores junior. Así que, sí, diría que hay muchas posibilidades de que se conocieran. ¿Por qué?"

¿Por que? Porque la Dra. Bunting dijo que Isaac había recomendado a Tony. No mencionó conocerlo de antemano.

"No importa."

"Mierda, tenemos que volver", refunfuñó Tate. "Tenemos que tener *otra* charla con Christina".

Chase suspiró y se frotó las sienes, imaginándose la casa vacía de

Isaac.

"Ella no va a estar allí."

"¿Crees que ella e Isaac follaron juntos?" Tate preguntó.

Eso era exactamente lo que pensaba Chase. Al igual que Isaac, la Dra. Bunting les había estado mintiendo desde el principio.

"Sí, probablemente. ¿Qué más encontraste?" Chase le preguntó a Kendrick.

"Bueno, ¿Cerberus? Inicialmente, no era sólo un programa ".

"¿Qué quieres decir?" preguntó Tate.

"Lo que quiero decir es que cada uno de los participantes en el estudio de Cerberus o programa o lo que sea todos tenían diferentes escenarios. Por ejemplo, Paul Wenkler estaba atrapado en una casa..."

"¿Y Tony?" Dijo Chase, todavía incómodo hablando de Paul, especialmente con Floyd en el hospital.

"Esta es la cuestión: el escenario de Tony era muy diferente a los demás. No tenía nada que ver con el ejército y también era el más realista. En el Cerberus de Tony, Jake le contrató como programador en Happy Valley e hizo un gran descubrimiento, escribió un código especial".

"Mierda", maldijo Chase. "A ver si lo he entendido bien, ¿Tony tenía estrés postraumático de su época en el PopTop, en la que pensaba que Randy le había robado el código, y Jake lo puso en un escenario en el que realmente le robaron el código?".

"Algo así", dijo Kendrick. "Pero no era real. No había ningún código".

Todo es real.

"Fue lo bastante real como para que creyera que había ocurrido", comentó Tate.

Lo suficientemente real como para matar a Jake e incriminar a Stu.

"Lo que significa que Christina estaba definitivamente involucrada", dijo Chase. "La psiquiatra habría sabido de los problemas de Tony en PopTop por haber trabajado allí y lo habría utilizado para ayudar a Jake a hacer el mundo lo más realista posible para él". Jake e Isaac. ¿Pero por qué, Stu? ¿Por qué le tendieron una trampa? ¿Por qué estaba involucrado?

"Bueno, porque estaba allí".

"¿Qué quieres decir con que yo estaba allí?" intervino Stu.

"Jake quería hacer Cerberus lo más real posible, así que te nombró director general de Happy Valley. Supongo que Tony albergaba ira hacia ti cuando le despidieron en el metaverso, y tú te largaste con su código".

"Pero en realidad no hice nada. Incluso intenté ayudarle cuando se me acercó en el vestíbulo aquel día".

"Tú no hiciste nada, pero tu versión digital en Cerberus seguro que

sí", dijo Kendrick.

"¿Y por eso quería inculparme de asesinato?". preguntó Stu, claramente sin creerse la motivación.

"En realidad", sonrió Kendrick, "fue bastante genial la forma en que Jake e Isaac diseñaron el Cerberus de Tony. Hicieron que Tony nunca supiera lo que era el mundo real. Era un meta-metaverso, por así decirlo, en el que se ponía y quitaba las gafas constantemente. Después de un tiempo, creo que su mente se rompió y creyó que todo era real".

"Muy bien, basta de fanboys", ladró Chase.

Kendrick se quedó con la boca abierta y de repente supo de dónde había reconocido a aquel hombre.

Había sido una de las cabezas huecas que se habían montado detrás del trono de Tony en el Infierno.

Kendrick Deetle había estado allí.

"Cierto, lo siento."

Chase estuvo a punto de llamar al hombre, pero se mordió la lengua en el último segundo. Muerta o no, si Kendrick hubiera estado allí, podría haberla visto.

La vio con su hermana.

Chase quería guardarse eso para sí misma.

"Vale, pero ¿por qué? Si Isaac y Christina estaban detrás de esto, que parece que lo estaban y Jake era quizá sólo un peón, ¿qué sentido tenía?", preguntó.

"Oh, esa es la parte fácil", dijo Kendrick. "Para el código. Para Cerberus ".

Chase miró al hombre con los ojos entrecerrados.

"¿Qué quieres decir?"

"Bueno, esto va a ser enorme. Cerberus, el infierno que Tony creó, va a valer... va a valer tu tipo de dinero, Stu".

Y eso sólo lo sabrías si estuvieras allí.

"Espera... *¿será*?" En su mente, Chase sólo imaginaba que cuando Tony había sido sacado de la matriz, ésta se había ido con él. Pero aunque no fuera así, no debería importar porque Jake le había dado a Tony la contraseña maestra antes de que le dispararan y lo mataran. A menos que... "Había alguien más allí, ¿no? En Cerberus, mirando? "

"Así es", confirmó Kendrick. "Después de que Tony consiguiera entrar en el programa maestro de Cerberus y crear su versión del infierno, alguien le siguió y lo observó todo".

"Isaac Lomax."

"Mierda, tenía su equipo de RV sobre la mesa cuando fui a visitarle", les informó Tate. "Apuesto a que se lo acababa de quitar cuando me oyó llegar".

¿Por qué no lo vi antes? Era por el dinero. Siempre *fue por el dinero.*

"El verdadero valor está en lo que Tony creó. Era... retorcido. Y él estaba allí todo el tiempo. La cantidad de datos..." Kendrick rozaba de nuevo la admiración, pero captó la mirada de Chase y se detuvo. "Digamos que cuando Cerberus 2.0 esté disponible va a ser enorme".

Por mucho que quisiera negarlo, Chase sabía que Kendrick tenía razón. Ella había estado allí. ¿Ser capaz de hablar con un ser querido fallecido por última vez? No tenía precio.

Y luego estaban los otros tipos de usuarios. Gente como Tony, que había sido maltratada en el mundo real y quería vengarse en Cerberus. Hacer cosas horribles y despreciables sin repercusiones.

Sí, iba a ser enorme.

"¿Puedes rastrear a Isaac a través del metaverso?" Tate preguntó.

"Desgraciadamente, no. Él es bueno. *Muy bueno*. Escondió bien sus huellas".

El grupo se sumió en el silencio, y Kendrick hizo todo lo posible por evitar la mirada de Chase mientras esperaba más preguntas.

No vino ninguno.

"Gracias, Kendrick."

Stu le despidió y cuando la puerta se cerró y por fin se quedaron solos, el hombre dejó escapar un enorme suspiro.

"Tate, Chase, siento mucho lo de Floyd. Ya he contactado con el hospital. Traeré a un especialista de Boston para que lo vea. Tendrá la mejor atención posible. Lo digo en serio, sin hipérboles. Y probablemente no signifique nada, y dudo que lo que has pasado haya valido la pena, pero gracias. Cualquier cosa que necesites, dilo, es tuyo".

Capítulo 84

DOS DÍAS DESPUÉS

Por naturaleza, Tate no era un hombre nervioso. Si, en raras ocasiones, sentía un malestar en el estómago u opresión en la garganta, simplemente adoptaba una nueva personalidad.

Pero no podía hacerlo aquí. No con ella.

Las prisiones tampoco solían incomodarle. Como agente del FBI, había pasado tiempo hablando con reclusos entre rejas, aunque, hay que reconocerlo, no tanto como su anterior compañero, Constantine Striker.

Sin embargo, mientras estaba sentado en la zona de visitas, entre docenas de personas, en su mayoría esposas de ojos sombríos que esperaban ver a sus maridos encarcelados, Tate se sintió más que incómodo. Se sentía francamente ansioso.

Sus ojos se desviaban hacia el reloj, que parecía haberse ralentizado hasta el punto de moverse imperceptiblemente, incluso el segundero.

¿Por qué siempre tarda tanto? se preguntaba. A lo que rápidamente siguió: "*¿Suele tardar tanto?*

Normalmente, cuando visitaba a su mujer, Tate tenía planeado lo que le iba a decir, lo que le contaría sobre Rachel.

Lo está haciendo bien, diría él. *Más habladora, haciendo amigos, aunque sobre todo en línea. ¿Su sueño? No muy bien. Los terrores nocturnos ocurren con menos frecuencia y son menos intensos. Pero, sí, siguen ocurriendo. Sus sesiones con el psiquiatra han estado ayudando, sin embargo. Dice que está progresando mucho. No puede darnos un plazo exacto, por supuesto -y por qué iba a hacerlo, con el dinero que le pagamos probablemente esté disfrutando de su tiempo en su casa de la playa-, pero las cosas* están *mejorando.*

Pero hoy no se trataba de Rachel. Se trataba de un tema aún más difícil. Incluso imposible. Y a medida que pasaba el tiempo, Tate empezó a reconsiderar su decisión de contarle a Robyn lo que había pasado.

Irónicamente, a pesar de mostrarse fraudulento en casi todas las ocasiones -profesional y personalmente-, se consideraba una persona honesta.

No era la primera vez que Tate se preguntaba si se lo contaría a Robyn en caso de que sólo hubiera sido un rollo de una noche. Probablemente no.

La verdadera cuestión era que era más que eso. Y ella merecía saberlo.

Una puerta se abrió, ruidosa, con las bisagras nunca lubricadas chirriando como banshees en duelo, anunciando la entrada de otro recluso más en la zona de visitas, sacando a Tate de sus casillas.

Robyn Abernathy parecía cansada. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta y le pesaban los párpados que cubrían sus ojos color avellana.

Incluso antes del accidente, nadie consideraba a Robyn una belleza llamativa. Tenía una figura increíble, con unos pechos grandes y firmes, una cintura estrecha y unas piernas torneadas. Pero su cara había sido simplemente bonita.

Pero no aquí, no ahora.

Su cuerpo estaba oculto por un mono mal ajustado y su rostro estaba desgastado.

Una vez, Tate había llevado a Rachel con él a visitar a Robyn. Había sido un terrible error. El viaje solo había sido increíblemente incómodo y el mero hecho de entrar en la prisión había sido una odisea, ya que las prisiones no solían estar adaptadas para personas en silla de ruedas.

No es una gran prioridad para ellos.

Las implicaciones reales de la visita no llegaron hasta más tarde.

Los terrores nocturnos de Rachel habían aumentado y la niña tardó semanas en recuperarse.

Aquella había sido su primera y única visita.

A pesar de esta decisión mutua, cada vez que Robyn atravesaba aquella horrible y chirriante puerta y sus ojos se encontraban con los de Tate, miraba a su alrededor como esperando ver a su hija.

Casi le rompe el corazón a Tate.

Robyn se acercó lentamente y se deslizó en el asiento metálico frente a él.

"¿Está bien?", dijo la mujer, con miedo en los ojos.

"Ella está bien", dijo Tate. "Lo está haciendo bien, de verdad".

Robyn se quedó mirando y Tate sintió que su malestar crecía como un tumor en lo más profundo de su vientre. Y la forma en que ella seguía mirándolo con sus ojos cansados empeoraba aún más las cosas. Siempre había sido increíblemente perspicaz, pero aquello rozaba la clarividencia. Era como si ya lo supiera.

Escúpelo, coño, se reprendió a sí mismo, como había hecho muchas veces con Floyd. *Dilo de una puta vez.*

"Tengo que ser sincero contigo", empezó Tate. "Antes de que vinieras aquí...", hizo una pausa. *¿Antes de venir aquí? ¿Qué es esto, un balneario?* "Antes de que te encerraran, intentaste hablarme sobre... sobre lo que debería hacer en el exterior. ¿Lo recuerdas?"

Genial, obtuso. Qué manera de dejar las cosas claras, Tate.

Pero Robyn, perspicaz como era, captó lo que decía y asintió.

"No quería hablar de ello, te dije que de ninguna manera... que no había ninguna posibilidad. Pero..."

"Está bien, Tate. No pasa nada".

Esto le escocía aún más. Había tratado con sospechosos iracundos, gente que juraba, escupía y peleaba, y tenía experiencia con ellos. Pero esto... esto era nuevo.

¿Comprensión? ¿Compasión? ¿Empatía?

Lo odiaba todo.

"No está bien", dijo enérgicamente. "No lo está. Pero no quiero mentirte. Conocí a alguien. No quería que pasara, pero..."

"Tate, respira", dijo Robyn. "Sólo quiero que seas feliz. Tú y Rachel".

¿Contento? Sí, no lo creo.

"Lo siento mucho, Robyn. No sabía si debía decírtelo, y tal vez no lo habría hecho si no fuera... si no fuera..."

"Lo entiendo. Mientras sea buena para ti y para Rachel, me parece bien. De verdad, lo estoy".

Tate apartó la mirada, con la vista nublada.

"Ella es realmente buena para Rachel. Y", dijo con la voz entrecortada, "creo que también es buena para mí".

Cuando Tate volvió a mirar a su mujer, vio que las lágrimas se derramaban por sus mejillas.

"No le diré que no", se echó atrás. "Lo siento, yo..."

"No, Tate. No hagas eso. Tienes que hacer lo mejor para la familia y lo mejor para ti".

Tate rechinó los dientes.

¿Por qué tenía que ser tan comprensiva? ¿Por qué no puede gritarme? ¿Decirme que soy un gilipollas infiel?

Tate cruzó la mesa y la abrazó con fuerza.

"Prohibido tocar a los reclusos", retumbó una voz potente.

Tate ignoró al guardia hasta que Robyn le devolvió el abrazo.

"No tocar..."

Tate liberó a su esposa.

"Te quiero", dijo.

"Yo también te quiero, Tate."

Por algún milagro, Tate consiguió contener sus propias lágrimas hasta llegar a la seguridad de su coche. Pero cuando llegaron, lo hicieron de la misma forma en que vivió su vida: con fuerza y rapidez.

Capítulo 85

Chase sostuvo la mano de Floyd durante tanto tiempo que su piel se puso húmeda. Finalmente, sus dedos se entumecieron.

Le observó subir y bajar el pecho cientos de veces y, con cada respiración, le instó a abrir los ojos.

Nunca lo hizo.

Stu había ido más allá, pagando un helicóptero privado, con dos enfermeras y un médico, para llevar a Floyd de Las Vegas a Virginia. Allí lo habían internado en una institución privada, mucho mejor que la que hubiera cubierto incluso el seguro del FBI, que probablemente no lo hubiera hecho dado el hecho de que nunca estaban oficialmente de servicio.

Y ahora estaba jugando al juego de la espera. No había cambios externos en el estado de Floyd. Todos los médicos decían que sus constantes vitales estaban mejorando, pero que había perdido sangre y oxígeno en el cerebro.

Ésa era la parte más frustrante. Nadie podía decirle definitivamente a Chase cuándo iba a despertar.

O *si*.

Chase desterró ese pensamiento de su cabeza.

Se pondría mejor. Tenía que hacerlo.

La única razón por la que le soltó la mano fue porque su teléfono empezó a sonar. Esperando que fuera Louisa o su sobrina, Chase salió de la habitación antes de contestar.

"¿Hola?"

"¿Chase?"

No eran ni Louisa ni Georgina.

"¿Terrence? ¿Qué ha pasado?" Preguntó Chase, con alarma en la voz. "¿Qué está pasando?"

Hubo una vacilación.

"¿Qué? ¿Qué pasa? No la tendrá. Te prometo..."

Terrence suspiró.

"¿Vas a decirme que no lo sabes? ¿Que no tienes nada que ver con esto?"

"Terrence, no estoy de humor para juegos."

¿"Juegos"? Yo no soy el que está jugando aquí, Chase. ¿Quieres decirme que no tuviste nada que ver con los dos kilos de coca que un control 'aleatorio' descubrió en casa de Brian?".

"*¿Qué*? ¿De qué demonios estás hablando?" Una enfermera que pasaba por allí la miró con desaprobación. "¿Dos kilos de coca? ¿2

kilos?"

"Brian ha vuelto a la cárcel, Chase. Le han revocado la condicional y se enfrenta a otras diez o veinte".

"Esto... esto tiene que ser una broma".

Pero en el fondo, Chase sabía que no lo era.

Era Stu.

Chase no le había pedido nada, no le había pedido ni un céntimo por mantenerle fuera de la cárcel.

Pero Stu lo sabía. Stu lo sabía porque Kendrick lo sabía. Si tuviera que adivinar, Stu le había pedido a Kendrick que investigara a Chase, como había hecho con Tate. Sólo para estar seguro.

Y sabía lo que el hombre había descubierto.

"No es broma, Chase. Brian ha vuelto a la cárcel. Ya no viene a por Georgina".

Chase debería haber estado eufórica, pero de pie fuera de la habitación de Floyd, no pudo evitar sentir que había renunciado a una catástrofe potencial por una real.

"¿Chase? No creo que..."

"Gracias por llamar, Terrence. No volveré a molestarte".

Y Chase sabía que eso era lo *que* quería, sin que él lo dijera: distancia entre ellos. Ella era asquerosa, un veneno, un cáncer para cualquiera que se acercara.

Chase colgó el teléfono y miró a Floyd a través de la ventana de observación.

Podía irse ahora. Podía llevarse a Georgina, ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa. Podría cortar permanentemente su vínculo con el FBI.

Nunca más aceptes un caso para amigo o enemigo.

Pero ella sabía que Floyd no querría eso. Floyd, que en un momento dado había llegado casi a la catatonia por su trastorno de estrés postraumático, había seguido adelante. Volvió, a pesar de todo, a pesar de lo fácil que habría sido para él hacer las maletas, Floyd había perseverado.

Y eso fue inspirador.

No, no se iba.

Chase había vuelto.

***

"¿Chase?" El director Hampton, que era conocido por tener la mejor cara de póquer del mundo, o un afecto que le impedía mostrar una emoción tan básica como la sorpresa, dejó escapar su máscara. "¿Qué estás... qué estás haciendo aquí?".

Chase cerró la puerta del despacho tras de sí.

"Floyd ha tenido un accidente", dijo sin rodeos.

El director Hampton dejó de revolver los papeles de su mesa.

"¿Un accidente?"

"Le dispararon. Ahora mismo, está en coma".

Hampton se había recuperado del shock inicial de su intrusión y su comentario no levantó ninguna expresión en su rostro.

"¿Qué ha pasado?"

"Le dispararon protegiéndome".

Era una respuesta totalmente inadecuada, pero Hampton sabía que no debía insistir. Con el tiempo, ella se lo contaría. Presionarla ahora sólo haría que se callara para siempre.

"Lamento oír eso", dijo Hampton con rotundidad. Volvía a ser un autómata. Chase no sabía qué versión era mejor. "¿Qué puedo hacer por ti, Chase?"

Cuando Chase se había retirado del FBI, habían mantenido una buena relación y Hampton no había ocultado que quería recuperar a uno de sus mejores agentes. Pero eso había sido hacía mucho tiempo.

Desde aquel día, Chase había causado numerosos problemas, que habían metido a Hampton en más de una delicada situación legal.

"Voy a sustituirle".

"¿Perdón?"

Chase se puso rígido y miró fijamente al Director a los ojos.

"Quiero volver a entrar. Vuelvo al FBI como sustituto de Floyd".

Capítulo 86

Tate ni siquiera le había quitado el café a Tabir cuando oyó unos pasos pesados que se acercaban por detrás. Esta vez, giró antes de que Marco pudiera agarrarle la cartera o el brazo.

El hombre tenía otras intenciones. Tenía la mano derecha metida en el bolsillo de su abrigo de cuero barato.

"Tate, has vuelto a huir de mí", afirmó Marco como un hecho.

Tate tragó saliva. Cualquier hombre que no tuviera problemas en agredir a un agente del FBI en plena acera y a plena luz del día tampoco los tendría en matarlo. De eso, Tate estaba seguro. ¿De su plan? No tanto.

"Trabajo".

Marco dio un paso adelante y su mano derecha empezó a levantarse del bolsillo.

"Pero tengo tu dinero. Todo él."

Marco se detuvo y Tate, muy despacio, metió la mano en el bolsillo interior de su propia chaqueta. Sacó un rollo de billetes, recogidos con una goma elástica.

"Diez mil. Todo". Tate lanzó el dinero y Marco lo cogió con la mano izquierda. Levantó el rollo, lo miró fijamente y luego lo guardó.

"¿Te ha tocado la lotería, o algo así?"

Tate se alegró al ver que Marco sacaba ambas manos -vacías- de sus bolsillos.

"Algo así".

"Cierto, bueno, nos debes algo más que diez de los grandes". Marco empezó a sonreír. "Nos debes los intereses de tu préstamo. Tú..."

"Pensé que dirías eso". Tate metió esta vez la mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacó un fajo de billetes aplastados. "Dos de los grandes. Más que suficiente para cubrir cualquier interés".

Tiró los billetes, Marco los cogió y los guardó con el resto del dinero.

"Tate, nos debes más que esto. Tienes que pagarnos cada semana. Ese era el trato."

La expresión de Tate se agrió.

"Te lo devolví con intereses. *Ese* era el trato", replicó.

Marco soltó una carcajada sin gracia.

"No funciona así".

Tate miró a Tabir por encima del hombro. El hombre pálido hacía todo lo posible por fingir que no estaba escuchando -limpiando la brillante encimera de aluminio, moviendo un dispensador de

servilletas de metal diez centímetros a la izquierda-, pero estaba claro que lo había oído todo.

"Tabir, ¿tal vez deberías ir a dar un paseo?"

Tabir no necesitó que se lo preguntaran dos veces. Asintió y se agachó.

"Tate, quiero que pienses muy bien lo que vas a hacer a continuación", le advirtió Marco. Volvió a meterse la mano en el bolsillo, agarrando un bulto que le resultaba familiar. "Pagas todas las semanas. *Todas las* semanas".

Tate miró fijamente a Marco a los ojos. No hizo ningún movimiento para coger su propia arma, que llevaba enfundada en la cadera.

"¿Entiendes?"

Tate asintió.

"Oh, lo entiendo. También me imaginé que pasaría esto, así que decidí llamar a uno de mis amigos".

Marco no mordió el anzuelo, sus ojos permanecieron fijos en Tate.

"¿Metiste al FBI en esto? Esto no va a terminar bien para ti, Tate. Ni para ti ni para tu hija".

"Sí", dijo Tate, con una sonrisa formándose en sus labios. "Yo también pensé que dirías eso. Pero no, no involucré al FBI".

"Entonces, ¿quién...?"

"El hombre ya te ha pagado, negro."

Tres personas aparecieron de repente detrás de Marco. Big Roddy estaba en el centro, y le flanqueaban dos hombres casi tan intimidantes y grandes como él.

"Da un paseo", ordenó Big Roddy.

El brazo derecho de Marco se flexionó.

"Será mejor que te lo pienses dos veces antes de sacar esa pistola", dijo el hombre de la izquierda. Llevaba unos vaqueros pálidos que le colgaban de las caderas y una camiseta de los Lakers de Los Ángeles. Se levantó un poco la camiseta para mostrar la empuñadura cromada de una pistola.

Marco se sacó las manos de los bolsillos.

"¿Estamos Gucci?" Big Roddy preguntó. "¿O vamos a tener un problema? No me gustan los problemas".

Marco frunció el ceño.

"No hay problema, no hay problema."

"A mi modo de ver, el hombre te ha pagado y su deuda ha desaparecido. ¿Eso te vale?"

Marco vacila.

"Ese trabajo".

"Bien. ¿Y tú?" La pregunta fue formulada a Tate.

"Funciona para mí".

"Bien. Será mejor que te vayas, negro", le dijo Big Roddy a Marco.

Marco, todavía furioso, se alejó.

No miró atrás.

"Gracias", dijo Tate.

"No hay problema. Cuídate, Tate. Y mejor que te pongas hielo en esa mano".

Los tres hombres se marcharon en dirección contraria a la que había tomado Marco.

"Sr. Abernathy, ¿quiere su café ahora?"

Tate saltó.

Tabir estaba de vuelta detrás de su carro, sonriendo como si nada hubiera pasado. Como si no hubiera habido casi un tiroteo en el centro de Virginia entre la mafia serbia y algunos Crips... con el FBI no sólo mirando sino habiendo orquestado el conflicto.

"¿Tienes... algo más fuerte ahí debajo?"

Epílogo

Tate exhaló ruidosamente y rodó sobre su espalda. Chase, con el cuerpo desnudo cubierto de sudor, se esforzaba por recuperar el aliento.

El sexo, cargado de una volátil mezcla de emociones, fue incluso mejor esta vez. Cuando sus corazones dejaron de acelerarse, Tate se inclinó hacia ella y le acarició suavemente la cara. Sus dedos acabaron por encontrar la herida justo debajo de la clavícula. Aunque ya no tenía costras visibles, se había convertido en una masa queloide.

"¿Qué se siente?" preguntó Tate mientras frotaba suavemente el lugar. Al principio, Chase quiso apartarse de su contacto, pero el masaje con dos dedos del hombre le sentó realmente bien.

"No vamos a hacer esto, ¿verdad?"

Tate frunció el ceño.

"¿Hacer qué?"

"Contar historias sobre nuestras heridas como soldados americanos aburridos".

Tate se rió entre dientes.

"Oh, tengo muchos de esos, pero no, no me refería a eso. Me refería a cómo se sintió al estar tan cerca de la muerte".

Si se lo hubiera preguntado cualquier otra persona, Chase, en el mejor de los casos, lo habría ignorado y, en el peor, le habría echado la bronca. Pero esto no era cualquier otra persona.

Era Tate. Cuando tocó su piel desnuda, era un hombre cuyo dolor sentía, un dolor que había vivido y experimentado, un dolor tan similar al suyo.

"He estado más cerca", dijo Chase, retirando la mano de su clavícula.

Pareció entenderlo y no presionó.

Los dos miraron al techo, deleitándose en el cómodo silencio. Eran casi las tres de la tarde y habían pasado todo el día en la cama. Chase había querido salir a correr, recuperar algo de aire en los pulmones y luego volver a ver a Floyd, pero Tate, que se había quedado a dormir en su hotel los últimos días, tenía otras ideas.

Y Chase se alegró.

Pero ahora las cosas se estaban descontrolando un poco. Estaban disfrutando, pero Chase no quería que se llegara a un punto en el que estuvieran juntos simplemente por evitar la realidad.

Se levantó de la cama y se puso el chándal.

"¿Adónde vas?"

Chase, de espaldas a Tate, respondió: "Le dije a Georgina que estaría en casa mañana. Tengo cosas que hacer antes de volar a Nueva York".

Cuando Tate no contestó, se volvió para mirarle. Le estaba mirando con ojos de cachorro.

"¿No puedes empujar un día más?"

"No puede ser. Louisa ya la ha cuidado bastante".

Tate asintió.

"Pero oye", dijo Chase con una sonrisa, "volverás a verme pronto. No me eches mucho de menos".

Tate dio la vuelta al guión.

"Un poco presuntuoso de tu parte, ¿no?"

Chase levantó los hombros hasta las orejas.

"No, la verdad es que no. Quiero decir, dado que ahora somos compañeros vamos a vernos mucho".

"Bueno, tal vez yo... espera, *¿qué?*"

Chase sonrió ampliamente.

"He vuelto, Tate. He vuelto y soy tu compañero."

Había algo en esta afirmación que la ponía nerviosa, y un poco triste. La última vez que había estado oficialmente en el FBI, Floyd había sido su compañero. Y luego había sido de Tate.

Ahora, estaba en coma.

"Estás mintiendo".

"Claro, pero no sobre esto".

Tate se incorporó.

"Es asombroso..."

Le interrumpió un golpe en la puerta.

Tate empezó a levantarse, pero Chase le indicó que volviera a tumbarse. Louisa sabía que se quedaba aquí, Chase le había dado el número de la habitación por si acaso, pero nadie más lo tenía.

Y nadie sabía que Tate estaba aquí.

Chase quería que siguiera así.

Se acercó a la puerta y miró por la mirilla.

"¿Qué? La palabra se le cayó de la boca, y de repente fue incapaz de generar ninguna otra.

Chase ni siquiera creía poder respirar.

"¿Quién es?" preguntó Tate, que había ignorado su indicación de quedarse en la cama.

Chase volvió a mirar por la mirilla para asegurarse de que no se lo había imaginado. Y luego intentó quitarse las gafas de RV que no llevaba puestas.

Esto no era real. No podía serlo.

"¿Chase?" La voz de Tate goteaba preocupación ahora.

Se aclaró la garganta.

"Es Felix... Felix y Brad."
"¿Quién?"
De algún modo, Chase consiguió girarse y miró fijamente al hombre que sólo llevaba puestos los calzoncillos.
"Tate... es mi hijo. Mi hijo y ex-marido."

***

Floyd jadeó y sus ojos se abrieron de golpe.
"Vaya, grandullón, no hace falta que te sientes".
Tuvo una visión de Tony Metcalfe, sonriendo, enseñando sus dientes rotos y apuntando a Chase con una pistola.
"¡Chase!"
"Ella está bien", respondió la voz. "Ella está bien. Tú la salvaste, Floyd".
Floyd respiró aliviado. No reconoció la voz y quiso girar la cabeza en dirección al interlocutor, para averiguar de quién se trataba, pero se detuvo.
El pánico y el dolor invadieron su costado izquierdo.
"¿Quién...?"
"Relájate, estás en el hospital, te pondrás bien, Floyd. Salvaste a Chase y ustedes derribaron a Tony".
"No puedo... no puedo verte", dijo Floyd, presa del pánico.
El hombre se levantó y lentamente llenó su campo de visión.
"No hay mucho que ver, me temo", dijo Jeremy Stitts. "Sólo yo."
Floyd sonrió y se relajó. Le gustaba Stitts, le gustaba mucho Stitts.
"¿Qué estás haciendo aquí, Stitts?"
"Tenía que verte. Después de todo, tengo que aprobarlo antes de que te unas al club".
"¿El... club?"
"Sí", dijo Stitts, señalando el pecho vendado de Floyd. "*Me dispararon mientras trabajaba con el Club Chase Adams*".
Floyd quería reírse, pero temía el inevitable dolor que ello provocaría. Sin embargo, sonrió.
"Gracias por venir."
Stitts le cogió la mano y se la apretó.
"No me lo perdería. Pero probablemente deberías volver a dormir. Vas a necesitar tu energía".
"¿Sí?" Floyd tosió secamente. El dolor se extendió por su pecho y ahora apretó la mano de Stitts. "¿Para qué?"
"Bueno, para seguirle el ritmo a tu nuevo compañero, para empezar. Cojea un poco, pero su energía es inigualable".
Floyd se quedó mirando sin comprender al hombre del pelo perfecto.

"¿Nuevo... nuevo compañero? Lo siento, S-Stitts, yo no r-r-realmente-"

"Sí, alerta de spoiler, soy yo. Acabo de recibir la aprobación del FBI, tú y yo, dos agentes heridos vamos a formar nuestro propio equipo. Vamos a investigar casos sin resolver juntos. Así que, descansa, mi hombre, quiero empezar *ayer*".

Choo-Choo, pensó Floyd, recuperando la sonrisa. *Choo-Choo.*

FIN

Nota del autor

Hacía tiempo que no nos aventurábamos en el mundo de Chase, y es fantástico estar de vuelta por fin. Este ha sido, con diferencia, uno de los libros más complicados que he escrito. También ha sido uno de los más gratificantes. Y muy oportuno, dada la reciente explosión de herramientas de inteligencia artificial disponibles en Internet.

El concepto de realidad siempre me ha fascinado. La verdad, tal y como intento explicarla en este libro, es que todo lo que experimentamos es interpretado por nuestro cerebro. No existe una única experiencia verdadera, por lo que nunca puede haber una única realidad verdadera. La experiencia de cada persona es ligeramente distinta, influida por su biología y psicología específicas. Exploré estos conceptos en Pruebas directas (incluso el título es un juego de palabras) con el obvio trasfondo de caos y asesinato a lo Chase *Adams* y un poco de sexo porque, bueno, porque es Chase.

¿Creo que vivimos en una simulación? Tal vez. En realidad, diría que *probablemente*.

Pero como Chase dijo tan elocuentemente: "¿Qué importa? Con simulación o sin ella, no puedo hacer nada. Todavía estoy atrapado aquí, viviendo bajo sus reglas. No hay reinicios, no hay vuelta atrás".

Nadie va a escribir estos libros por mí. Al menos, todavía no.

Un par de notas breves antes de irme: una, gracias por su paciencia con este libro. Como ya he dicho, además de complicado, es el más largo que he escrito nunca. Espero que la espera haya merecido la pena. Dos, he mencionado anteriormente en las contraportadas de otros libros que Sangre manchada es el siguiente en la serie Chase después de Pruebas directas. Estoy seguro de que eso va a cambiar. Sangre manchada saldrá, pero lo más probable es que sea el duodécimo libro y no el undécimo. El próximo libro será Filthy Secrets y debería salir pronto. Puedes encargarlo por adelantado haciendo clic aquí. Prometo no haceros esperar tanto por éste como por Direct Evidence.

Gracias de nuevo por todo vuestro apoyo y, si tenéis un momento, dejad una reseña y una valoración de este libro.

Tú sigue leyendo, yo seguiré escribiendo.

Lo mejor,
Pat
Montreal, 2023

P.D. ¡Sigue leyendo para ver un adelanto de SECRETOS SUCIOS, el próximo libro de la serie Chase Adams!

Secretos sucios

Prólogo

Brent Matthews se despertó sobresaltado.

¿Dónde coño estoy?

La cabeza le palpitaba y el mundo parecía darle vueltas.

Gimió y sintió que el estómago se le revolvía. De algún modo, consiguió no vomitar.

Brent se inclinó hacia su derecha y sintió algo cálido y suave.

"Suéltame, hombre."

"¿Qué...?"

Con los labios pegajosos, se los lamió e intentó concentrarse. Estaba en un coche, un coche que se movía. Y estaba atrapado entre dos personas en el asiento trasero.

"¿Brent?"

Algo afilado le presionó entre las costillas.

Un codo.

"¿Estás despierto?"

La voz venía de su izquierda.

"Sí, ¿qué coño ha pasado?" La voz de Brent era gruesa y almibarada. Instintivamente se tocó los bolsillos del pantalón, buscando su teléfono.

Estaban vacías.

Brent levantó el culo del asiento y tanteó a su alrededor.

Todavía no hay teléfono.

"Vete a la mierda."

Era Theo, se dio cuenta Brent. Theo está a mi derecha, Ethan a mi izquierda. Estoy en un coche y nos alejamos de...

"Amigo, ¿me estás tocando el culo? Vete a la mierda," Ethan chirriaba.

"No, mi teléfono". Brent deslizó sus dedos entre los asientos. "Creo que perdí mi teléfono..."

Había algo de luz en el coche, sobre todo procedente del salpicadero, y Brent, entrecerrando los ojos con fuerza, miró hacia sus pies.

Nada.

"Joder, ¿dónde está mi teléfono?"

"Bruh, dime que no lo dejaste en la choza", advirtió Ethan con su voz nasal.

Cuando Brent no contestó y siguió buscando, tanto con las manos

como con los ojos, Ethan volvió a clavarle el codo puntiagudo en las costillas.

"No... no lo sé". Brent hizo una mueca. "Me duele la puta cabeza y no recuerdo una mierda. Siento que voy a vomitar".

"Si vomitas en mi Chevelle, te parto la cara", amenazó el conductor.

¿Por qué no puedo recordar? La Choza...

Destellos. Brent vio flashes. Botellas de cerveza, un porro que se pasaban.

Una cortina.

Un colchón.

"¿De verdad lo olvidaste?" Ahora había una pizca de preocupación en la voz de Ethan.

"Yo... sólo levanto sus traseros".

Ethan lo hizo y, con bastante más esfuerzo dado su tamaño, Theo hizo lo mismo. Brent se encogió al deslizar la mano por el cálido cuero donde habían estado sentados.

No hay teléfono.

"Tenemos que... tenemos que volver. Lo necesito. Necesito mi teléfono".

Como estudiante de dieciocho años del último curso de la Academia Tenbury, toda la vida de Brent Matthew estaba contenida en la maravilla tecnológica de quince por quince centímetros que era su teléfono móvil. Pero a pesar de la ansiedad esperada de un adolescente que no es capaz de localizar su sangre vital, Brent se sentía extremadamente incómodo.

"Necesito mi teléfono. Lo necesito".

Un sudor frío le recorrió la frente.

"Joder", maldijo el conductor. "¿Seguro que no está aquí?"

Brent volvió a dar un codazo a Theo, que desde entonces había bajado su gordo trasero sobre el asiento. Esta vez buscó más a fondo, metiendo los dedos entre el respaldo y el cojín del asiento. Ethan encendió la linterna de su propio móvil y, tras recuperarse de la luz que sentía como un picahielo en el cerebro, Brent escudriñó el suelo del Chevelle.

"No está aquí, tío. Joder. Tenemos que volver".

El conductor soltó una retahíla de palabrotas y Brent esperaba que le mandaran a la mierda. Especialmente él.

De repente, el coche dio un bandazo y los neumáticos chirriaron. Brent sintió que no sólo se le subía el estómago a la garganta, sino todos los órganos internos.

Le entraron arcadas cuando el coche dio una vuelta de campana y se vio obligado a llevarse la mano a la boca, pensando que el vómito era inminente y creyendo que cubriéndose los labios con la mano evitaría de algún modo que el vómito le llegara. No tenía sentido, pero

Brent sabía que si vomitaba en el Chevelle, le darían una paliza.

"Maldito imbécil olvida su teléfono", refunfuñó el conductor. "Maldito imbécil absoluto".

Ethan se le había echado encima por el agresivo giro en U y Brent le empujó.

"¡Lo siento, joder! Se me debe haber escapado... no... no recuerdo una mierda".

"¿Cuánto coño bebes, tío?" Preguntó Theo.

"No me acuerdo. Joder".

El conductor pisó el acelerador y todos los ocupantes del vehículo fueron empujados hacia atrás contra sus asientos.

"Tranquilo", dijo Ethan. "No querrás que te paren. Los malditos policías..."

"Policías", sí, como si fueran a hacer algo. Brent, coge tu maldito teléfono y vuelve al coche, ¿vale? ¿Es arriba? Dime que está arriba, al menos."

Algo en el tono del conductor sugería que, de no ser así, otro giro en U era inminente.

"Sí", mintió Brent. "Lo dejé... lo dejé junto a la puerta principal".

Más maldiciones, pero el coche siguió avanzando, aumentando la velocidad. A medida que los árboles pasaban a ambos lados, el miedo a que los detuvieran fue rápidamente superado por el mero hecho de volver vivos a la Cabaña.

"Más despacio, tío", gimoteó Ethan.

"Cierra la puta boca."

Brent no tenía ni idea de cómo el conductor había visto el pequeño camino de tierra en la oscuridad, pero lo hizo, y una vez más tiró del volante hacia la derecha. Hubo una breve caída desde la grava endurecida de la carretera más grande a la de tierra mucho más pequeña y, por un momento, sintió que se iba por el aire.

Cuando los gordos neumáticos del Chevelle se agarraron a la tierra, un fino chorro de vómito llenó la boca de Brent.

De alguna manera consiguió ahogar la bilis acre.

El Chevelle se detuvo unos instantes después frente a La Choza. El edificio de yeso, apenas digno de su homónimo en otro lugar de Hawkesbury, parecía imponente sobresaliendo del bosque e iluminado por los duros faros del Chevelle.

"¡Encuentra tu maldito teléfono, Brent!"

Brent quiso contestar pero mantuvo la boca cerrada por miedo a que se le revolviera el estómago.

Se acercó a Ethan y abrió la puerta, luego esperó a que su amigo saliera. Pero Ethan le agarró del brazo y tiró.

"¡Vete! ¡Sólo vete!"

Brent se deslizó sobre él y cayó del coche. Seguía sin equilibrio y le

costaba mucho ponerse a cuatro patas, parecía un corredor que iba demasiado rápido y sus piernas no podían seguirle el ritmo, aunque apenas se movía.

Brent apretó la mandíbula, y esto pareció tranquilizarle un poco.

¿Qué coño he bebido?

Estaba de pie cuando llegó a la puerta de madera podrida de La Choza. Estaba parcialmente abierta -Brent no creía que fuera capaz de cerrarse del todo- e instintivamente echó mano de su teléfono móvil para iluminar la oscuridad del interior.

Pero, por supuesto, no lo tenía.

"¡Date prisa de una puta vez, Brent!"

A pesar de colgar abierta, la puerta necesitó cierto esfuerzo para ensancharse lo suficiente como para deslizarse dentro de La Choza. Brent dio un paso y estuvo a punto de tropezar con una botella, lanzándola a la oscuridad, donde chocó con una docena de botellas más.

"¡Jesús!"

Brent salió de La Choza y corrió hacia el coche.

"¿Lo encontraste?" Ethan preguntó, colgando a medio camino fuera de la ventana.

"No, está muy oscuro. Dame tu teléfono".

"No te voy a dar mi..."

"¡Dame tu maldito teléfono! ¡No puedo ver nada ahí!"

"Yo no..."

"¡Ethan, dale tu teléfono!" Theo estalló.

Ethan se deslizó dentro del coche.

"Dale *tu* maldito teléfono, Theo. Ya ha perdido..."

"¡Dáselo!", ordenó el conductor.

"Joder".

Ethan sacó el móvil por la ventanilla a regañadientes y Brent se lo arrebató.

"No lo pierdas como perdiste el tuyo".

Brent ignoró a su amigo y se sumergió de nuevo en La Choza, esta vez con el haz luminoso del iPhone de Theo para guiarse. Pero incluso con la luz, Brent se dio cuenta de que encontrar su teléfono no iba a ser tan fácil como pensaba al principio.

El suelo de la estructura de cuatro por cuatro metros estaba lleno de botellas. La Choza nunca había estado limpia, por supuesto, pero Brent no recordaba que estuviera *tan* sucia. Las botellas, en su mayoría de cerveza, solían estar confinadas en las esquinas del espacio lleno de grafitis, pero desde entonces se habían extendido hacia el interior, como bacterias que crecen hacia una fuente central de alimento. Podía haber un camino por el centro, tenía que haberlo para poder moverse por el espacio, pero cuando había pateado accidentalmente la botella,

había derribado otras que obstruían el camino.

Se suponía que estaba buscando su móvil, pero Brent tuvo que dedicar la mayor parte de su esfuerzo a intentar no tropezar y caerse.

Cada pocas zancadas, Brent dejaba de moverse y escudriñaba el suelo, los alféizares, cualquier lugar donde pudiera haber apoyado su teléfono.

"Vamos, *vamos*. ¿Dónde coño estás?"

Estar dentro de La Choza no hizo nada por estimular su memoria. Brent seguía sin reconocer nada. Todo lo que podía evocar eran pequeños flashes incoherentes. Pensó en usar el teléfono de Ethan para llamar al suyo, pero no pudo porque su amigo no se lo había desbloqueado.

Algo se movió en su periferia, y Brent azotó el teléfono en esa dirección. Una rata del tamaño de un castor pequeño le siseó.

"¡Joder!"

Algo colgaba de su boca: la cola de una rata más pequeña.

"¡Enfermo, sal de aquí! ¡Vete!" Agitó el teléfono. "*¡Vete!*"

La rata no se movió.

Brent dio un respingo cuando sonó un claxon en el exterior. Instintivamente miró hacia la puerta y, cuando se volvió hacia la rata, ésta había desaparecido.

"¡Date prisa!" alguien gritó desde fuera. "¡Brent, date prisa de una puta vez!"

Espoleado a partes iguales por la visión de la rata mutante y por el cuerno, Brent empezó a moverse más deprisa, sin preocuparse ya de las botellas bajo sus pies.

Al cabo de un minuto, llegó a la conclusión de que su móvil no estaba en la planta principal. Lo que significaba que tenía que estar en el sótano.

Brent odiaba el sótano de La Choza. Ni siquiera tenía sentido que aquel lugar, situado en medio de la nada, sin acceso a electricidad ni agua, tuviera uno.

Pero lo hizo, y era el único lugar que quedaba por comprobar.

No había puerta que condujera a la planta baja, sólo unos escalones de hormigón detrás de los restos rotos de lo que podría haber sido una cocina, que descendían a un espacio abierto con suelo de tierra.

Brent dio un paso de mala gana y luego, olvidando la escasa altura del techo, gritó cuando la parte superior de su cabeza golpeó el yeso con la fuerza suficiente para que su cuello se sacudiera hacia atrás.

"Joder".

Masajeándose la coronilla, Brent descendió con más cuidado al sótano que le recordaba a algo de La bruja de Blair.

No ayudaba que algún gilipollas hubiera tenido la misma idea y hubiera decidido dibujar manos de tamaño infantil por todas las

paredes.

Con la mano libre, se metió la mano en el bolsillo y sacó su frasco de Zoloft recetado. Sabía que las pastillas podían exacerbar sus náuseas, pero joder, necesitaba algo que lo calmara. Sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

Normalmente no le asustaba la oscuridad, ni siquiera en un lugar tan espeluznante como éste, pero había algo que le ponía los pelos de punta.

Brent se tragó en seco dos pastillas y finalmente llegó hasta el fondo. Aquí abajo olía mal, a calcetines de gimnasia húmedos y a hierba. A diferencia del piso de arriba, donde todo el mundo se quedaba de pie cuando pasaba el rato, el techo bajo hacía que sentarse fuera más cómodo. Había seis sillas de jardín con marcas de cigarrillos colocadas en semicírculo sobre el suelo de tierra.

¿Me senté aquí?

Brent no lo creía.

No recordaba haber venido aquí. Pero no recordaba casi nada de lo que había pasado esta noche.

E incluso eso era una exageración.

Pero su teléfono no estaba apoyado en una de las sillas ni tirado en la tierra bajo ellas.

Algo se arrastró por el pie de Brent y todo su cuerpo estalló en punzadas.

Era otra rata. E, increíblemente, esta parecía aún más grande que la primera.

Brent dio una patada por reflejo, pero en lugar de arrojar a la bestia por el sótano como pretendía, se puso de lado y luego, como una babosa volcada, se enderezó lentamente.

¡A la mierda con esto!

La rata se le quedó mirando, y la mano temblorosa de Brent hizo que la luz que sostenía rebotara arriba y abajo. Se reflejó en algo que había en la boca del roedor. Algo plateado.

Algo que reconoció.

A pesar del miedo que le recorría, Brent se inclinó hacia delante. Era una cadena de metal y arrastrándose por la tierra, sujeto a dicha cadena, había un corazón de plata de ley del tamaño de una moneda de cinco centavos.

Esto inspiró un recuerdo. Un estallido de una escena, de este collar apretado contra una clavícula sudorosa.

Respirar era difícil ahora que la garganta de Brent se cerraba como una pajita de papel engomado.

De repente, su teléfono era lo último en lo que pensaba.

El sótano era en su mayor parte un espacio abierto, pero había una zona separada del resto por tres paredes mal levantadas y ahora

podridas en su mayor parte. Quizá el constructor, quienquiera que fuese, tenía la esperanza de instalar un sistema de calefacción, ventilación y aire acondicionado o un calentador de agua para un suministro de agua inexistente.

No mires, le advirtió a Brent una voz de la razón. *No mires ahí, joder.*

Pero tuvo que hacerlo.

Tuvo que hacerlo.

Sudor, un gemido, un empujón.

En lugar de una puerta o una pared que cerrara la zona de servicios, alguien había colgado una gruesa cortina. Brent se quedó mirándola, incapaz de apartar los ojos de la tela sucia. Se acercó a ella arrastrando los pies, levantando pequeñas bocanadas de tierra al moverse.

No mires. *NO MIRES.*

Con mano temblorosa, cogió la cortina. La tela estaba sucia y llevaba años acumulando restos de humo de cigarrillos y porros. El tacto de esta suciedad en las yemas de los dedos le hizo detenerse.

Estuvo a punto de decir, a la mierda -a la mierda este lugar, a la mierda la choza, a la mierda el collar y a la mierda mi móvil-, y corrió escaleras arriba, probablemente golpeándose el cerebro en el mismo lugar donde se había golpeado la cabeza antes.

Pero entonces oyó otro bocinazo, esta vez sordo, procedente del exterior.

No seas tan cobarde.

Brent descorrió la cortina y un grito se atascó inmediatamente en su garganta. Sus cuerdas vocales no fueron las únicas que se congelaron.

Hacía dos años, cuando jugaba al lacrosse de alto nivel y estaba a punto de conseguir una beca completa para Pennsylvania, Brent había hecho un estúpido pase por encima del hombro a un compañero de equipo en un entrenamiento. Algo le dolía en el brazo, pero no quería parecer débil y siguió adelante.

La lesión empeoró y finalmente se convirtió en un desgarro total del manguito rotador durante un partido de los playoffs de esa misma temporada, lo que puso fin a su carrera. La mañana siguiente a la lesión, Brent se despertó con una extraña sensación.

Su hombro se había bloqueado por completo y era incapaz de moverlo.

Así es como se sentía ahora, sólo que la sensación no se limitaba a su hombro; todo su cuerpo estaba congelado. De no haber sido por el tercer bocinazo del Chevelle, Brent estaba convencido de que no habría vuelto a moverse. Pero el sonido rompió el hielo que cubría sus nervios y Brent dejó que la cortina se le escapara de los dedos. Al

principio, se alejó lentamente de la escena, pero entonces su talón golpeó algo duro y, temiendo que se tratara de nuevo de una rata, se dio la vuelta y echó a correr.

Brent corrió escaleras arriba hacia el sonido de la bocina que ahora sonaba incesantemente fuera. De algún modo, tal vez porque se agachó para correr, consiguió evitar golpearse contra el techo. Atravesó las botellas de la planta principal y salió al exterior, cayendo al suelo.

Sólo ahora hizo una pausa, con el cuerpo agitado como si estuviera realizando una versión dramática de la postura de la vaca-gato del yoga.

"¿Qué coño estás haciendo?" Ethan exigió. "Consigue tu culo-Brent, ¿qué pasó?"

"Está muerta". Lágrimas calientes empaparon las mejillas de Brent mientras levantaba la cara y miraba a su amigo a los ojos. "¡Está jodidamente muerta, Ethan! Está muerta... está muerta... está *muerta...*"

PARTE I - CVU

Capítulo 1

"No he podido evitar fijarme en ti desde el otro lado de la barra", dijo el hombre mientras se acercaba a Chase. "Estaba pensando que quizá querías invitarme a una copa".

No era *sólo* una relación de conveniencia.

Era una relación que resultaba conveniente.

Rachel Abernathy y Georgina Adams... ¿dos chicas jóvenes con traumas en el pasado pero con corazones igual de grandes que se quedan juntas para las vacaciones de primavera? Eso estuvo bien. ¿Conseguir que la niñera de Tate, Marguerite, viviera con ellos en Virginia para que Chase no tuviera que preocuparse por el campamento ni por ninguna de esas tonterías? ¿Todo financiado por la generosa donación de Stu Barnes?

Apúntame de una puta vez, pensó Chase.

Este acuerdo también significaba pasar mucho más tiempo con Tate, algo que sorprendentemente Chase seguía disfrutando.

Al parecer, no todo lo que ocurrió en Las Vegas se quedó en Las Vegas.

Esto le sorprendió un poco, ya que a Chase le preocupaba que, tras volver a la realidad, se sintiera menos inclinada a salir con aquel hombre.

Después de todo, por mucho que tuviera un tipo, Tate no lo era.

Es cierto que Chase no era nada selectiva a la hora de elegir pareja, pero el hombre con el que se había casado, Brad, era alto y delgado, con lo que la mayoría calificaría de rasgos tradicionalmente apuestos.

Tenía el pelo oscuro y desgreñado, y rasgos pequeños pero varoniles.

Este no era Tate.

Tate era grande y audaz, todo en él era grandioso, desde su bigote hasta su forma de comportarse. No era gordo, pero sí corpulento.

Tate tampoco era como Jeremy Stitts. Y aunque Chase amaba a Stitts, no lo amaba románticamente. Pero se había acostado con él, y era más parecido a Brad que a Tate.

Chase no sabía qué pensar de esta extraña dicotomía. Significaba que lo que sentía por Tate era más o menos real?

En el pasado, una pregunta como ésta podría haberla paralizado, pero ahora no. Por una vez, aunque Chase reconocía estas preguntas, no se encontraba analizando en exceso sus acciones o las razones subyacentes para acostarse con aquel hombre.

Y quizá por ello, Chase había decidido, explícitamente, tras una

conversación consigo misma en el espejo, dejar que las cosas sucedieran.

Deja que las cosas sucedan.

Un concepto extraño, pero no carente de mérito evidente. Después de todo, la había traído de vuelta a Virginia, a Quantico, y había presentado a Rachel a Georgina, que se llevaban como dos gotas de agua.

Chase había vuelto a correr, algo que había dejado de hacer durante sus viajes por el país para enfrentarse a Bryan Jalston, e incluso había convencido a Tate para que la acompañara en algunas ocasiones, aunque lo único que hacía era refunfuñar todo el tiempo.

Floyd se había recuperado totalmente y corrían rumores de que iba a iniciar una unidad de casos sin resolver con Stitts.

Por lo que sólo podía considerarse un milagro, la vida de Chase Adams había obtenido un nivel de normalidad casi inaudito.

Excepto por dos cosas: su ex marido Brad y su hijo Felix.

Era agradable ver a Brad. La animadversión que una vez había sentido hacia el hombre por llevarse a su hijo y huir de Estados Unidos hacía tiempo que se había desvanecido. Sólo hacía lo que era mejor para el niño y quizá para él, para su cordura; Chase podía verlo ahora.

Pero Félix... bastaba con vislumbrar el rostro redondo del chico para evocar sentimientos de culpa y vergüenza profundamente arraigados. Eran tan poderosos que amenazaban con empujar a Chase de nuevo al oscuro abismo del que siempre intentaba salir.

No era sólo que hacía tanto tiempo que no pensaba en Félix, y mucho menos hablaba con su hijo, que le costaba recordar su voz, sino que también se trataba de Georgina.

Sobre cuánto tiempo y esfuerzo y cuidado puso Chase en su sobrina mientras descuidaba completamente a Félix.

Chase suspiró y se masajeó la frente.

Culpabilidad.

Eso era lo que la atormentaba... la atormentaba desde que era pequeña.

Desde que ella y su hermana habían sido raptadas, pero sólo una de ellas había escapado.

Quédate conmigo, Chase. Por favor, Chase.

Aunque Chase sabía que Georgina había sido una aparición, la creación de un loco en el metaverso, en Cerberus, los sentimientos invocados al ver a su difunta hermana habían sido absolutamente, cien por cien genuinos.

"Chase, ¿vas a estar bien? No tenemos que hacer esto ahora si no quieres. No hay prisa".

Chase forzó los labios para esbozar una sonrisa.

"Ya deberías saberlo, pero nunca estoy bien", dijo. Era una broma, pero parecía autocompasión.

"No hagas eso", dijo Tate, sacudiendo la cabeza. "No necesitas hacer eso conmigo".

Chase sintió que se le formaba una réplica defensiva en la lengua, pero la apartó. Quería decir: "*No hace falta que me digas lo que tengo que hacer*". Pero ella y Tate habían acordado que si esto, fuera lo que fuera, tenía alguna posibilidad de funcionar, tenían que ser brutalmente sinceros el uno con el otro.

Chase lo era.

En su mayor parte.

Chase volvió a frotarse las sienes.

"Lo sé", dijo ella. "Pero esto es lo que quiero. Esto es lo que ambos queremos, ¿verdad?"

Tate asintió, aparentemente satisfecho con la respuesta.

"De acuerdo, hagámoslo entonces". Tate señaló hacia la puerta con el cartel que decía *Director Hampton* en ella. "¿Quieres hacer los honores?"

Chase sonrió y esta vez la emoción era auténtica.

"Qué caballeroso". Levantó la mano y golpeó la madera con los nudillos tres veces. La respuesta de su interior fue inmediata.

"Adelante."

Chase alcanzó el picaporte de la puerta, pero en el último segundo se detuvo.

"¿Y si no lo hace?"

Ahora era el turno de Tate de sonreír.

"Vamos, ¿realmente tiene elección? ¿De verdad puede rechazar a dos de sus mejores y más jodidos Agentes?"

Capítulo 2

"Pon tus cosas en orden, Brent. Como, *ahora*."

Brent miró por encima del hombro mientras terminaba de mear.

Theo estaba de pie detrás de él, con las manos en sus gruesas caderas y los labios aún más gruesos fruncidos. Puede que le hubiera ordenado a Brent que se pusiera las pilas, pero a juzgar por la forma en que sus ojos iban de un lado a otro, era él quien estaba al borde de un ataque de nervios.

"No voy a hacer nada", dijo Brent. Se estremeció y se apartó del urinario.

"Esa es la cuestión, Brent". Ethan salió de detrás de Theo y se pasó una mano por su largo pelo negro. En casi todos los sentidos, era el opuesto de Theo. Ethan era delgado y enjuto, tenía la nariz estrecha y las mejillas casi cetrinas. Esta contradicción iba más allá del aspecto físico. Ethan no parecía preocupado, sino enfadado. "*No* estás haciendo nada. Llevamos media hora en el colegio y ya tres personas, entre ellas Natalia, me han preguntado qué te pasa."

Brent se lamió los labios.

"No estoy haciendo nada. Lo juro. No he dicho..."

Ethan dio un paso adelante y puso una mano en el centro del pecho de Brent.

"Por supuesto, no vas a decir nada. ¿Verdad? *¿Verdad?*"

Brent hizo un gesto de dolor.

"La vi, sin embargo. Sé que no me crees, pero..."

Ethan metió la mano en la camisa de Brent y tiró de él para acercarlo.

"Estabas drogado y borracho, Brent."

Aquí no había lugar para discusiones. Y aunque Ethan tenía razón en que Brent estaba borracho y probablemente colocado, se equivocaba con Em.

Cada vez que cerraba los ojos, Brent veía su rostro, las venas azules que destacaban en su piel clara como dibujadas a bolígrafo.

Sus ojos nublados.

El collar aferrado en la boca de la rata.

"Estaba *muerta*", casi gimoteó Brent. "Jodidamente muerta, tío. Yo vi..."

"Estabas colocado y jodidamente borracho. No sabes qué *coño has* visto", siseó Ethan entre dientes apretados. La saliva salpicó a Brent.

Si pudiera creerlo.

Si tan sólo pudiera atribuirlo a una pesadilla, tal vez a un mal viaje,

aunque ni siquiera recordaba haberse fumado un porro.

Pero ella le estaba mirando. *Dentro de* él.

Culpándole.

Culpándole de *todo*.

Brent se estremeció y la reacción asustó tanto a Ethan como a Theo; el primero acabó por soltarle la camisa.

Brent frotó distraídamente la tela arrugada.

"No sabes lo que has visto", repitió Ethan, pero su voz carecía de la autoridad de hacía unos momentos.

"¿Está en la escuela? ¿Está Em aquí?" Brent contraatacó. "¿Alguno de vosotros la ha visto? Intenté llamarla, pero no contestó".

Theo bajó la mirada y Ethan acabó negando con la cabeza.

"Probablemente esté durmiendo la mona. Ya sabes cómo pueden ser sus resacas".

Una resaca de dos días no era inaudita, pero ¿una tan mala como para mantener a Em fuera de la escuela? ¿Especialmente cuando sólo faltaban unas semanas para el baile de graduación?

No. Ethan estaba lleno de mierda.

Además, Brent la había visto. Y Emily no tenía resaca.

Estaba jodidamente *muerta*.

Ethan carraspeó y curvó el labio superior.

"Ella aparecerá. Pero no digas nada. Si dices algo, estamos todos jodidos. Yo, Theo, tú y... ya sabes quién más. Mantén la boca cerrada, Brent."

La mirada de Ethan obligó a Brent a bajar la suya.

"Sí, sí, no diré nada. No soy idiota, ni un puto retrasado". Hubo un tiempo, antes de su lesión, en que Ethan no se habría atrevido a hablarle así. Por otra parte, si no hubiera sido por su desgarro del manguito rotador, puede que nunca hubieran llegado a ser amigos en absoluto. "Estoy bien, ¿de acuerdo? Estoy jodidamente bien."

Theo parecía contento con esta respuesta, pero Ethan se negó a apartarse del camino de Brent.

"¿Qué?" Volvió algo de su bravuconería perdida. "¿Quieres hacer algo, Ethan? Porque..."

"Mantén la calma".

"Lo que sea."

Brent pasó junto a Ethan y Theo y se acercó al lavabo para mirarse las manos, evitando deliberadamente su propio reflejo.

"No nos ignores. Responde a tu puto mensaje".

Theo salió primero y Ethan le siguió. Brent se quedó atrás, enjabonándose las manos. El jabón le resbalaba por las muñecas y se dio cuenta de que era la primera vez que se lavaba las manos después de mear.

Después de enjuagarse, por fin levantó la vista. Pero no vio su pelo

rubio, su mandíbula cuadrada ni sus pálidos ojos azules.
La vio.
Vio a Emily.
Un escalofrío le recorrió y el reflejo se hizo lentamente suyo.
Brent suspiró y se frotó los ojos.
No puedo responder a tus malditos mensajes, pensó. *Porque todavía no tengo mi teléfono.*
Pero no podía decírselo. Había mentido y dicho que había encontrado su teléfono en La Choza porque no podía soportar la idea de volver a entrar.
"¿Brent?"
Los ojos de Brent se desviaron hacia la puerta, y se sorprendió al ver que Ethan seguía allí de pie, mirándole fijamente.
"Sí, contestaré a tus mensajes. Ahora, ¿puedo terminar de lavarme las putas manos en paz?"

Capítulo 3

El director Hampton no dijo nada cuando Chase y Tate entraron en la sala, se limitó a mirar un montón de papeles que tenía sobre la mesa. Después de haber pasado por esta rutina quizás una docena de veces antes, Chase sabía que no debía hablar fuera de turno.

A menudo se preguntaba qué había impreso en esas páginas omnipresentes. Estaba claro que el director quería hacerles creer que se trataba de documentos importantes, peticiones del Presidente o transcripciones secretas del Pentágono, pero Chase tenía una idea diferente: novelas románticas, del tipo sucio, harenes, tal vez una que tuviera lugar en un planeta lejano. Demonios, ¿por qué no una con dinosaurios también? Dinosaurios domesticados *y* mujeres.

Fuera cual fuera su gusto literario, no cabía duda de la experiencia de aquel hombre. Antes de convertirse en director de la Academia del FBI, Hampton había sido uno de los mejores agentes, si no *el* mejor, del FBI. Sin embargo, de eso hacía ya algún tiempo, aunque se desconocía exactamente cuánto tiempo había pasado desde que el hombre había estado sobre el terreno. El director Hampton aparentaba tener unos cincuenta años, pero trabajar en el FBI envejece prematuramente.

Podría tener treinta y ocho años por lo que Chase sabía.

Y hoy, Hampton parecía particularmente intratable, las líneas alrededor de su boca como profundos abismos llenos de sentimientos contrariados. Sin levantar la vista, el hombre les indicó que tomaran asiento.

Tate imitó el movimiento, lo que molestó a Chase, precisamente por eso. Aun así, Chase se sentó primero y Tate le siguió.

El director seguía sin decir nada. Barajó las impresiones de su Harem LitRPG, las apiló ordenadamente a un lado, luego entrelazó los dedos y se inclinó hacia delante.

Finalmente, les concedió el privilegio de levantar la vista, sus ojos color avellana se movieron de Tate a Chase antes de detenerse por completo.

"Sabía que te vería aquí algún día".

Eso fue todo.

No, *hola, me alegro de verte. No*, me alegro de que hayas *vuelto, Chase*.

Había habido un momento en que el director Hampton podría haber empezado con algo agradable, ya que el hombre había dejado claro que no estaba contento con la decisión de Chase de marcharse.

Incluso le había dicho que sería bienvenida de vuelta de su año sabático indefinido en cualquier momento.

Pero eso era antes.

Eso fue antes del desastre de Nueva York con las chicas suicidas y Cerebrum. Antes de los dos desastres de Virginia y Columbus, en los que no tenía nada que hacer. Y luego estaba Stu Barnes y el hecho de que había arrastrado a Tate y a Floyd, casi haciendo que mataran a este último. Lo peor era que el FBI no podía atribuirse los "éxitos" de Chase por su condición de no afiliada, pero los medios de comunicación no tenían ningún problema en atribuir sus fracasos al FBI.

"Ya somos uno", respondió Chase, intentando reflejar lo mejor posible el comportamiento del Director.

Los dos se quedaron mirándose hasta que Tate, como un niño al que han dejado de lado, decidió intervenir.

"¿Y yo qué? ¿Esperabas verme aquí?"

Como era de esperar, Hampton ignoró a Tate, lo que ya de por sí era revelador. Si cualquier otra persona hubiera hecho ese comentario inane, probablemente estaría buscando otro trabajo al salir de la sala.

Pero no Tate.

Teniendo en cuenta todo lo que había aprendido sobre su compañero, Chase se dio cuenta de que la trayectoria profesional de aquel hombre era todo un misterio. Sólo por su reputación, sabía que llevaba varios años en el FBI, más que ella, que Floyd y puede que incluso que Stitts. También sabía que había trabajado con el otrora venerado y ahora difamado Constantine Striker y que ambos habían desempeñado un papel decisivo en la detención del famoso asesino Sandman. Tate no había tenido reparos en decirle que Con fue quien le enseñó los métodos del Camaleón, por así decirlo, pero aparte de eso...

"¿Está aquí para disculparse por interferir en un caso federal?"

Aunque Chase se sintiera motivada para responder, que no lo estaba, era imposible saber a qué caso se refería Hampton.

"¿O es para disculparse por haber hecho disparar a uno de mis agentes, un agente que ahora ha dejado el servicio activo para dedicarse a casos sin resolver?".

Chase hizo todo lo posible por reprimir una mueca. Esto tampoco estaba claro. ¿Se refería a Floyd o a Stitts?

Probablemente Floyd, decidió.

Sin embargo, Chase estaba lejos de disculparse.

No era de extrañar que ser secuestrado a una edad temprana, tener a su hermana secuestrada y adoctrinada, ser adicto a la heroína, y pasar por todo desde entonces tuviera a Chase inclinándose más hacia Eeyore que hacia Pollyanna.

Pero no Floyd. De alguna manera, se había mantenido optimista, sin hastiarse, sin convencerse de que el mundo estaba lleno de gente que sólo tenía tres simples deseos: follar, infligir dolor y matar.

En el fondo, se alegró de que Floyd se fuera antes de este inevitable cambio de actitud.

"Si crees que he venido a disculparme, entonces será mejor que me vaya ahora", dijo Chase secamente.

"¿Esperas *que* te disculpe?" Hampton negó con la cabeza. "No. Tú no". Finalmente miró a Tate. "*Tú*, en cambio...".

Tate, a pesar de toda su capacidad para controlar sus emociones, quedó desconcertado y Chase vio al verdadero Tate, que rara vez se dejaba ver en público.

Conmocionado, vulnerable y más que un poco triste.

Sintió entonces el impulso de alargar la mano y abrazarlo, lo que rápidamente la hizo sentirse tonta e infantil.

Era como ver a un mago realizar su truco estrella, uno que había completado con éxito y con el que había asombrado al público cientos, si no miles, de veces, sólo para fallar estrepitosamente.

Había un deseo innato de consolarlos.

Tal vez, después de todo, los humanos eran algo más que follar, herir y matar.

"¿Yo?" Tate odiaba las palabras de relleno, pero aquí estaba, ganando tiempo para deslizarse en una persona protectora.

El director Hampton no picó. Quizá había aprendido de Stitts que callarse suele ser elocuente, mientras que abrir la boca no dice nada.

La nuez de Adán de Tate se balanceó; el hombre se estaba tragando literalmente su orgullo.

El director Hampton no era tonto. Sabía que habían venido aquí porque querían algo, y el hombre no estaba por encima de hacerles arrastrarse por ello.

"Sí". Tate se lamió los labios. "Lo siento. La he cagado".

La relación de Chase con el director Hampton siempre había sido complicada y tensa, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta cómo había sido introducida en el FBI, engañada y casi asesinada por el ex agente Chris Martínez.

Pero hasta ese mismo momento no se había planteado seriamente la violencia física contra el hombre.

Chase sintió un impulso casi incontrolable de borrar la sonrisa del rostro del director Hampton.

Joder, odiaba esa mirada.

"Dejadme adivinar, ¿queréis volver al redil? ¿Queréis asociaros?"

Esta vez, ni Chase ni Tate hablaron, se quedaron mirando. Finalmente, una de las indómitas cejas del director se alzó sobre su frente.

"¿Hay más? ¿Hay un *"y"* a tu petición?"

Chase se encogió de hombros.

"Dado que estás de humor para abrir nuevas divisiones del FBI, como casos sin resolver, esperaba que hubieras considerado una más".

La otra ceja del director se cruzó con la primera.

"Sólo queremos encargarnos de casos concretos", terminó Tate por Chase.

Hampton bajó las cejas, al igual que los párpados, mientras entrecerraba los ojos para mirarlos a ambos.

"Y déjame adivinar, ¿sólo quieres casos que involucren niños?"

A Chase no le sorprendió que el hombre hubiera dado directamente en el clavo.

"Así es", dijo, sosteniendo la mirada del hombre. "Al agente Abernathy y a mí sólo nos interesan los delitos graves contra menores".

Otros libros de Patrick Logan

Detective Damien Drake
Besos de mariposa
Causa de la muerte
Descargar Asesinato
Rey Esqueleto
Tráfico de personas
El Señor de la Droga: Parte I
El Señor de la Droga: Parte II
Lucha premiada
Casi infame
Hombre de paja
Empresa peligrosa
Cara feliz

Chase Adams Thrillers del FBI
Rígido Congelado
Sospechoso en la sombra
Dibujo Muerto
Alerta Amber
La historia de Georgina
Dinero sucio
Guarida del Diablo
Damas pintadas
Efectos adversos
Ya muerto
Pruebas directas
Secretos sucios
Sangre contaminada

Dr. Beckett Campbell, Médico Forense
Final amargo
Donante de órganos
Inyectar fe
Precisión quirúrgica
No resucitar
Extraer el mal
Residencia Evil (AKA Beckett's First Kill)

Tommy Wilde Thrillers
Una noche salvaje
Dos semanas Wilde
Tres meses Wilde
Cuatro familias Wilde

Penelope June Thrillers
Morir para respirar
Morir para hablar

Veronica Shade Thrillers
El color del asesinato
El perfume del asesinato
El sonido del asesinato
El toque del asesinato
El sabor del asesinato

¿Quieres apoyar a tus personajes favoritos? ¡**DRAKE**, **CHASE** y **BECKETT** ya tienen *MERCH!* Consigue desde sudaderas hasta tazas en: https://authorpatricklogan.live/merch

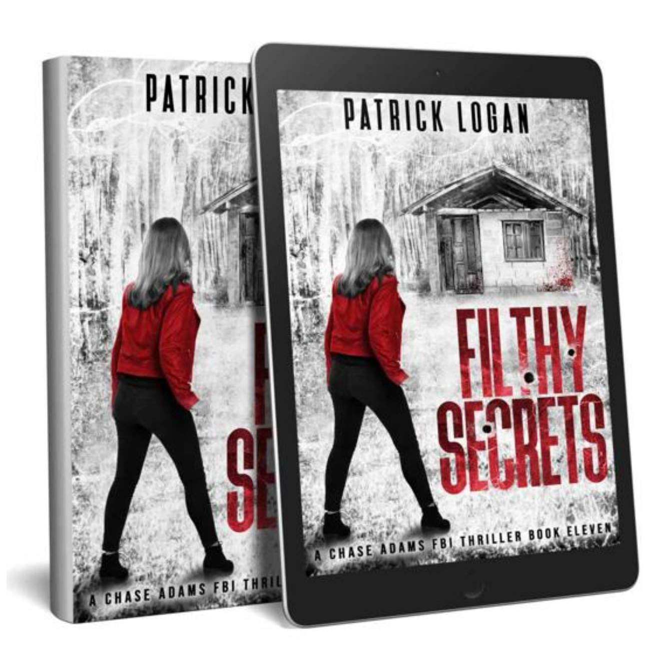
No olvides pasarte por mi grupo de Facebook y saludarme! https://www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Primera edición: Noviembre 2023



SECRETOS SUCIOS

UN THRILLER DEL FBI DE CHASE ADAMS LIVRO 11



Suscríbase a *mi* boletín de noticias para estar al día de las novedades, participar en concursos especiales y recibir descuentos exclusivos. Para empezar, dirija su navegador a www.PTLBOOKS.com.

No deje de visitar mi grupo de Facebook para hablar de mis libros y de todo lo relacionado con el terror y el thriller: www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Secretos sucios

Un thriller del FBI de Chase Adams
Libro 11

Patrick Logan

Secretos sucios

Prólogo

Brent Matthews se despertó sobresaltado.

¿Dónde coño estoy?

La cabeza le palpitaba y el mundo parecía darle vueltas.

Gimió y sintió que el estómago se le revolvía. De algún modo, consiguió no vomitar.

Brent se inclinó hacia su derecha y sintió algo cálido y suave.

"Suéltame, hombre."

"¿Qué...?"

Con los labios pegajosos, se los lamió e intentó concentrarse. Estaba en un coche, un coche que se movía. Y estaba atrapado entre dos personas en el asiento trasero.

"¿Brent?"

Algo afilado le presionó entre las costillas.

Un codo.

"¿Estás despierto?"

La voz venía de su izquierda.

"Sí, ¿qué coño ha pasado?" La voz de Brent era gruesa y almibarada. Instintivamente se tocó los bolsillos del pantalón, buscando su teléfono.

Estaban vacías.

Brent levantó el culo del asiento y tanteó a su alrededor.

Todavía no hay teléfono.

"Vete a la mierda."

Era Theo, se dio cuenta Brent. Theo está a mi derecha, Ethan a mi izquierda. Estoy en un coche y nos alejamos de...

"Amigo, ¿me estás tocando el culo? Vete a la mierda," Ethan chirriaba.

"No, mi teléfono". Brent deslizó sus dedos entre los asientos. "Creo que perdí mi teléfono..."

Había algo de luz en el coche, sobre todo procedente del salpicadero, y Brent, entrecerrando los ojos con fuerza, miró hacia sus pies.

Nada.

"Joder, ¿dónde está mi teléfono?"

"Bruh, dime que no lo dejaste en la choza", advirtió Ethan con su voz nasal.

Cuando Brent no contestó y siguió buscando, tanto con las manos

como con los ojos, Ethan volvió a clavarle el codo puntiagudo en las costillas.

"No... no lo sé". Brent hizo una mueca. "Me duele la puta cabeza y no recuerdo una mierda. Siento que voy a vomitar".

"Si vomitas en mi Chevelle, te parto la cara", amenazó el conductor.

¿Por qué no puedo recordar? La Choza...

Destellos. Brent vio destellos. Botellas de cerveza, un porro que se pasaban.

Una cortina.

Un colchón.

"¿De verdad lo olvidaste?" Ahora había una pizca de preocupación en la voz de Ethan.

"Yo... sólo levanto sus traseros".

Ethan lo hizo y, con bastante más esfuerzo dado su tamaño, Theo hizo lo mismo. Brent se encogió al deslizar la mano por el cálido cuero donde habían estado sentados.

No hay teléfono.

"Tenemos que... tenemos que volver. Lo necesito. Necesito mi teléfono".

Como estudiante de dieciocho años del último curso de la Academia Tenbury, toda la vida de Brent Matthew estaba contenida en la maravilla tecnológica de quince por quince centímetros que era su teléfono móvil. Pero a pesar de la ansiedad esperada de un adolescente que no es capaz de localizar su sangre vital, Brent se sentía extremadamente incómodo.

"Necesito mi teléfono. Lo necesito".

Un sudor frío le recorrió la frente.

"Joder", maldijo el conductor. "¿Seguro que no está aquí?"

Brent volvió a dar un codazo a Theo, que desde entonces había bajado su gordo trasero sobre el asiento. Esta vez buscó más a fondo, metiendo los dedos entre el respaldo y el cojín del asiento. Ethan encendió la linterna de su propio móvil y, tras recuperarse de la luz que sentía como un picahielo en el cerebro, Brent escudriñó el suelo del Chevelle.

"No está aquí, tío. Joder. Tenemos que volver".

El conductor soltó una retahíla de palabrotas y Brent esperaba que le mandaran a la mierda. Especialmente él.

De repente, el coche dio un bandazo y los neumáticos chirriaron. Brent sintió que no sólo se le subía el estómago a la garganta, sino todos los órganos internos.

Le entraron arcadas cuando el coche dio una vuelta de campana y se vio obligado a llevarse la mano a la boca, pensando que el vómito era inminente y creyendo que cubriéndose los labios con la mano evitaría de algún modo que el vómito le llegara. No tenía sentido, pero

Brent sabía que si vomitaba en el Chevelle, le darían una paliza.
"Maldito imbécil olvida su teléfono", refunfuñó el conductor. "Maldito imbécil absoluto".
Ethan se le había echado encima por el agresivo giro en U y Brent le empujó.
"¡Lo siento, joder! Se me debe haber escapado... no... no recuerdo una mierda".
"¿Cuánto coño bebes, tío?" Preguntó Theo.
"No me acuerdo. Joder".
El conductor pisó el acelerador y todos los ocupantes del vehículo fueron empujados hacia atrás contra sus asientos.
"Tranquilo", dijo Ethan. "No querrás que te paren. Los malditos policías..."
"Policías", sí, como si fueran a hacer algo. Brent, coge tu maldito teléfono y vuelve al coche, ¿vale? ¿Es arriba? Dime que está arriba, al menos."
Algo en el tono del conductor sugería que, de no ser así, otro giro en U era inminente.
"Sí", mintió Brent. "Lo dejé... lo dejé junto a la puerta principal".
Más maldiciones, pero el coche siguió avanzando, aumentando la velocidad. A medida que los árboles pasaban a ambos lados, el miedo a que los detuvieran fue rápidamente superado por el simple hecho de volver vivos a la Choza.
"Más despacio, tío", gimoteó Ethan.
"Cierra la puta boca."
Brent no tenía ni idea de cómo el conductor había visto el pequeño camino de tierra en la oscuridad, pero lo hizo, y una vez más tiró del volante hacia la derecha. Hubo una breve caída desde la grava endurecida de la carretera más grande a la de tierra mucho más pequeña y, por un momento, sintió que se iba por el aire.
Cuando los gordos neumáticos del Chevelle se agarraron a la tierra, un fino chorro de vómito llenó la boca de Brent.
De alguna manera consiguió ahogar la bilis acre.
El Chevelle se detuvo unos instantes después frente a La Choza. El edificio de yeso, que apenas merecía su homónimo en otro lugar de Hawkesbury, parecía imponente sobresaliendo del bosque e iluminado por los duros faros del Chevelle.
"¡Encuentra tu maldito teléfono, Brent!"
Brent quiso contestar pero mantuvo la boca cerrada por miedo a que se le revolviera el estómago.
Se acercó a Ethan y abrió la puerta, luego esperó a que su amigo saliera. Pero Ethan le agarró del brazo y tiró.
"¡Vete! ¡Sólo vete!"
Brent se deslizó sobre él y cayó del coche. Seguía sin equilibrio y le

costaba ponerse a cuatro patas, parecía un corredor que iba demasiado rápido y sus piernas no podían seguirle el ritmo, aunque apenas se movía.

Brent apretó la mandíbula, y esto pareció tranquilizarle un poco.

¿Qué coño he bebido?

Estaba de pie cuando llegó a la puerta de madera podrida de La Choza. Estaba parcialmente abierta -Brent no creía que fuera capaz de cerrarse del todo- e instintivamente echó mano de su teléfono móvil para iluminar la oscuridad del interior.

Pero, por supuesto, no lo tenía.

"¡Date prisa de una puta vez, Brent!"

A pesar de colgar abierta, la puerta necesitó cierto esfuerzo para ensancharse lo suficiente como para deslizarse dentro de La Choza. Brent dio un paso y estuvo a punto de tropezar con una botella, lanzándola a la oscuridad, donde chocó con una docena de botellas más.

"¡Jesús!"

Brent salió de La Choza y corrió hacia el coche.

"¿Lo encontraste?" Ethan preguntó, colgando a medio camino fuera de la ventana.

"No, está muy oscuro. Dame tu teléfono".

"No te voy a dar mi..."

"¡Dame tu maldito teléfono! ¡No puedo ver nada ahí!"

"Yo no..."

"¡Ethan, dale tu teléfono!" Theo estalló.

Ethan se deslizó dentro del coche.

"Dale *tu* maldito teléfono, Theo. Ya ha perdido..."

"¡Dáselo!", ordenó el conductor.

"Joder".

Ethan sacó el móvil por la ventanilla a regañadientes y Brent se lo arrebató.

"No lo pierdas como perdiste el tuyo".

Brent ignoró a su amigo y se sumergió de nuevo en La Choza, esta vez con el haz luminoso del iPhone de Theo para guiarse. Pero incluso con la luz, Brent se dio cuenta de que encontrar su teléfono no iba a ser tan fácil como pensaba al principio.

El suelo de la estructura de cuatro por cuatro metros estaba lleno de botellas. La Choza nunca había estado limpia, por supuesto, pero Brent no recordaba que estuviera *tan* sucia. Las botellas, en su mayoría de cerveza, solían estar confinadas en las esquinas del espacio lleno de grafitis, pero desde entonces se habían extendido hacia el interior, como bacterias que crecen hacia una fuente central de alimento. Podía haber un camino por el centro, tenía que haberlo para poder moverse por el espacio, pero cuando había pateado accidentalmente la botella,

había derribado otras que obstruían el camino.

Se suponía que estaba buscando su móvil, pero Brent tuvo que dedicar la mayor parte de su esfuerzo a intentar no tropezar y caerse.

Cada pocas zancadas, Brent dejaba de moverse y escudriñaba el suelo, los alféizares, cualquier lugar donde pudiera haber apoyado su teléfono.

"Vamos, *vamos*. ¿Dónde coño estás?"

Estar dentro de La Choza no hizo nada por estimular su memoria. Brent seguía sin reconocer nada. Todo lo que podía evocar eran pequeños flashes incoherentes. Pensó en usar el teléfono de Ethan para llamar al suyo, pero no pudo porque su amigo no se lo había desbloqueado.

Algo se movió en su periferia, y Brent azotó el teléfono en esa dirección. Una rata del tamaño de un castor pequeño le siseó.

"¡Joder!"

Algo colgaba de su boca: la cola de una rata más pequeña.

"¡Enfermo, sal de aquí! ¡Vete!" Agitó el teléfono. "*¡Vete!*"

La rata no se movió.

Brent dio un respingo cuando sonó un claxon en el exterior. Instintivamente miró hacia la puerta y, cuando se volvió hacia la rata, ésta había desaparecido.

"¡Date prisa!" alguien gritó desde fuera. "¡Brent, date prisa de una puta vez!"

Espoleado a partes iguales por la visión de la rata mutante y por el cuerno, Brent empezó a moverse más deprisa, sin preocuparse ya de las botellas bajo sus pies.

Al cabo de un minuto, llegó a la conclusión de que su móvil no estaba en la planta principal. Lo que significaba que tenía que estar en el sótano.

Brent odiaba el sótano de La Choza. Ni siquiera tenía sentido que aquel lugar, situado en medio de la nada, sin acceso a electricidad ni agua, tuviera uno.

Pero lo hizo, y era el único lugar que quedaba por comprobar.

No había puerta que condujera a la planta baja, sólo unos escalones de hormigón detrás de los restos rotos de lo que podría haber sido una cocina, que descendían a un espacio abierto con suelo de tierra.

Brent dio un paso de mala gana y luego, olvidando la escasa altura del techo, gritó cuando la parte superior de su cabeza golpeó el yeso con la fuerza suficiente para que su cuello se sacudiera hacia atrás.

"Joder".

Masajeándose la coronilla, Brent descendió con más cuidado al sótano que le recordaba a algo de La bruja de Blair.

No ayudaba que algún gilipollas hubiera tenido la misma idea y hubiera decidido dibujar manos de tamaño infantil por todas las

paredes.

Con la mano libre, se metió la mano en el bolsillo y sacó su frasco de Zoloft recetado. Sabía que las pastillas podían exacerbar sus náuseas, pero joder, necesitaba algo que lo calmara. Sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

Normalmente no le asustaba la oscuridad, ni siquiera en un lugar tan espeluznante como éste, pero había algo que le ponía los pelos de punta.

Brent se tragó en seco dos pastillas y finalmente llegó hasta el fondo. Aquí abajo olía mal, a calcetines de gimnasia húmedos y a hierba. A diferencia del piso de arriba, donde todo el mundo se quedaba de pie cuando pasaba el rato, el techo bajo hacía que sentarse fuera más cómodo. Había seis sillas de jardín con marcas de cigarrillos colocadas en semicírculo sobre el suelo de tierra.

¿Me senté aquí?

Brent no lo creía.

No recordaba haber venido aquí. Pero no recordaba casi nada de lo que había pasado esta noche.

E incluso eso era una exageración.

Pero su teléfono no estaba apoyado en una de las sillas ni tirado en la tierra bajo ellas.

Algo se arrastró por el pie de Brent y todo su cuerpo estalló en punzadas.

Era otra rata. E, increíblemente, esta parecía aún más grande que la primera.

Brent dio una patada por reflejo, pero en lugar de arrojar a la bestia por el sótano como pretendía, se puso de lado y luego, como una babosa volcada, se enderezó lentamente.

¡A la mierda con esto!

La rata se le quedó mirando, y la mano temblorosa de Brent hizo que la luz que sostenía rebotara arriba y abajo. Se reflejó en algo que había en la boca del roedor. Algo plateado.

Algo que reconoció.

A pesar del miedo que le recorría, Brent se inclinó hacia delante. Era una cadena de metal y arrastrándose por la tierra, sujeto a dicha cadena, había un corazón de plata de ley del tamaño de una moneda de cinco centavos.

Esto inspiró un recuerdo. Un estallido de una escena, de este collar apretado contra una clavícula sudorosa.

Respirar era difícil ahora que la garganta de Brent se cerraba como una pajita de papel engomado.

De repente, su teléfono era lo último en lo que pensaba.

El sótano era en su mayor parte un espacio abierto, pero había una zona separada del resto por tres paredes mal levantadas y ahora

podridas en su mayor parte. Quizá el constructor, quienquiera que fuese, tenía la esperanza de instalar un sistema de calefacción, ventilación y aire acondicionado o un calentador de agua para un suministro de agua inexistente.

No mires, le advirtió a Brent una voz de la razón. *No mires ahí, joder.*

Pero tuvo que hacerlo.

Tuvo que hacerlo.

Sudor, un gemido, un empujón.

En lugar de una puerta o una pared que cerrara la zona de servicios, alguien había colgado una gruesa cortina. Brent se quedó mirándola, incapaz de apartar los ojos de la tela sucia. Se acercó a ella arrastrando los pies, levantando pequeñas bocanadas de tierra al moverse.

No mires. *NO MIRES.*

Con mano temblorosa, cogió la cortina. La tela estaba sucia y llevaba años acumulando restos de humo de cigarrillos y porros. El tacto de esta suciedad en las yemas de los dedos le hizo detenerse.

Estuvo a punto de decir, a la mierda -a la mierda este lugar, a la mierda la choza, a la mierda el collar y a la mierda mi móvil- y corrió escaleras arriba, probablemente golpeándose el cerebro en el mismo lugar donde se había golpeado la cabeza antes.

Pero entonces oyó otro bocinazo, esta vez sordo, procedente del exterior.

No seas tan cobarde.

Brent descorrió la cortina y un grito se atascó inmediatamente en su garganta. Sus cuerdas vocales no fueron las únicas que se congelaron.

Dos años atrás, cuando jugaba al lacrosse de alto nivel y estaba a punto de conseguir una beca completa para Pennsylvania, Brent había hecho un estúpido pase por encima del hombro a un compañero de equipo en un entrenamiento. Algo le dolía en el brazo, pero no quería parecer débil y siguió adelante.

La lesión empeoró y finalmente se convirtió en un desgarro total del manguito rotador durante un partido de los playoffs de esa misma temporada, lo que puso fin a su carrera. La mañana siguiente a la lesión, Brent se despertó con una extraña sensación.

Su hombro se había bloqueado por completo y era incapaz de moverlo.

Así es como se sentía ahora, sólo que la sensación no se limitaba a su hombro; todo su cuerpo estaba congelado. De no haber sido por el tercer bocinazo del Chevelle, Brent estaba convencido de que no habría vuelto a moverse. Pero el sonido rompió el hielo que cubría sus nervios y Brent dejó que la cortina se le escapara de los dedos. Al

principio, se alejó lentamente de la escena, pero entonces su talón golpeó algo duro y, temiendo que se tratara de nuevo de una rata, se dio la vuelta y echó a correr.

Brent corrió escaleras arriba hacia el sonido de la bocina que ahora sonaba incesantemente fuera. De algún modo, tal vez porque se agachó para correr, consiguió evitar golpearse contra el techo. Atravesó las botellas de la planta principal y salió al exterior, cayendo al suelo.

Sólo ahora hizo una pausa, con el cuerpo agitado como si estuviera realizando una versión dramática de la postura de la vaca-gato del yoga.

"¿Qué coño estás haciendo?" Ethan exigió. "Consigue tu culo-Brent, ¿qué pasó?"

"Está muerta". Lágrimas calientes empaparon las mejillas de Brent mientras levantaba la cara y miraba a su amigo a los ojos. "¡Está jodidamente muerta, Ethan! Está muerta... está muerta... está *muerta...*"

PARTE I - CVU

Capítulo 1

"No he podido evitar fijarme en ti desde el otro lado de la barra", dijo el hombre mientras se acercaba a Chase. "Estaba pensando que quizá querías invitarme a una copa".

No era *sólo* una relación de conveniencia.

Era una relación que resultaba conveniente.

Rachel Abernathy y Georgina Adams... ¿dos chicas jóvenes con traumas en el pasado pero con corazones igual de grandes que se quedan juntas para las vacaciones de primavera? Eso estuvo bien. ¿Conseguir que la niñera de Tate, Marguerite, viviera con ellos en Virginia para que Chase no tuviera que preocuparse por el campamento ni por ninguna de esas tonterías? ¿Todo financiado por la generosa donación de Stu Barnes?

Apúntame de una puta vez, pensó Chase.

Este acuerdo también significaba pasar mucho más tiempo con Tate, algo que sorprendentemente Chase seguía disfrutando.

Al parecer, no todo lo que ocurrió en Las Vegas se quedó en Las Vegas.

Esto le sorprendió un poco, ya que a Chase le preocupaba que, tras volver a la realidad, se sintiera menos inclinada a salir con aquel hombre.

Después de todo, por mucho que tuviera un tipo, Tate no lo era.

Es cierto que Chase no era nada selectiva a la hora de elegir pareja, pero el hombre con el que se había casado, Brad, era alto y delgado, con lo que la mayoría calificaría de rasgos tradicionalmente atractivos.

Tenía el pelo oscuro y desgreñado, y rasgos pequeños pero varoniles.

Este no era Tate.

Tate era grande y audaz, todo en él era grandioso, desde su bigote hasta su forma de comportarse. No era gordo, pero sí corpulento.

Tate tampoco era como Jeremy Stitts. Y aunque Chase amaba a Stitts, no lo amaba románticamente. Pero se había acostado con él, y era más parecido a Brad que a Tate.

Chase no sabía qué pensar de esta extraña dicotomía. Significaba que lo que sentía por Tate era más o menos real?

En el pasado, una pregunta como ésta podría haberla paralizado, pero ahora no. Por una vez, aunque Chase reconocía estas preguntas, no se encontraba analizando en exceso sus acciones o las razones subyacentes para acostarse con aquel hombre.

Y quizá por ello, Chase había decidido, explícitamente, tras una

conversación consigo misma en el espejo, dejar que las cosas sucedieran.

Deja que las cosas sucedan.

Un concepto extraño, pero no carente de mérito evidente. Después de todo, la había traído de vuelta a Virginia, a Quantico, y había presentado a Rachel a Georgina, que se llevaban como dos gotas de agua.

Chase había vuelto a correr, algo que había dejado de hacer durante sus viajes por el país para enfrentarse a Bryan Jalston, e incluso había convencido a Tate para que la acompañara en algunas ocasiones, aunque lo único que hacía era refunfuñar todo el tiempo.

Floyd se había recuperado totalmente y corrían rumores de que iba a iniciar una unidad de casos sin resolver con Stitts.

Por lo que sólo podía considerarse un milagro, la vida de Chase Adams había obtenido un nivel de normalidad casi inaudito.

Excepto por dos cosas: su ex marido Brad y su hijo Felix.

Era agradable ver a Brad. La animadversión que una vez había sentido hacia el hombre por llevarse a su hijo y huir de Estados Unidos hacía tiempo que se había desvanecido. Sólo hacía lo que era mejor para el niño y quizá para él, para su cordura; Chase podía verlo ahora.

Pero Félix... bastaba con vislumbrar la cara redonda del chico para evocar sentimientos de culpa y vergüenza profundamente arraigados. Eran tan poderosos que amenazaban con empujar a Chase de nuevo al oscuro abismo del que siempre intentaba salir.

No era sólo que hacía tanto tiempo que no pensaba en Félix, y mucho menos hablaba con su hijo, que le costaba recordar su voz, sino que también se trataba de Georgina.

Sobre cuánto tiempo y esfuerzo y cuidado puso Chase en su sobrina mientras descuidaba completamente a Félix.

Chase suspiró y se masajeó la frente.

Culpabilidad.

Eso era lo que la atormentaba... la atormentaba desde que era pequeña.

Desde que ella y su hermana habían sido raptadas, pero sólo una de ellas había escapado.

Quédate conmigo, Chase. Por favor, Chase.

Aunque Chase sabía que Georgina había sido una aparición, la creación de un loco en el metaverso, en Cerberus, los sentimientos invocados al ver a su difunta hermana habían sido absolutamente, cien por cien genuinos.

"Chase, ¿vas a estar bien? No tenemos que hacer esto ahora si no quieres. No hay prisa".

Chase forzó los labios para esbozar una sonrisa.

"Ya deberías saberlo, pero nunca estoy bien", dijo. Era una broma, pero parecía autocompasión.

"No hagas eso", dijo Tate, sacudiendo la cabeza. "No necesitas hacer eso conmigo".

Chase sintió que se le formaba una réplica defensiva en la lengua, pero la apartó. Quería decir: *"No hace falta que me digas lo que tengo que hacer*". Pero ella y Tate habían acordado que si esto, fuera lo que fuera, tenía alguna posibilidad de funcionar, tenían que ser brutalmente sinceros el uno con el otro.

Chase lo era.

En su mayor parte.

Chase volvió a frotarse las sienes.

"Lo sé", dijo ella. "Pero esto es lo que quiero. Esto es lo que ambos queremos, ¿verdad?"

Tate asintió, aparentemente satisfecho con la respuesta.

"De acuerdo, hagámoslo entonces". Tate señaló hacia la puerta con el cartel que decía *Director Hampton* en ella. "¿Quieres hacer los honores?"

Chase sonrió y esta vez la emoción era auténtica.

"Qué caballeroso". Levantó la mano y golpeó la madera con los nudillos tres veces. La respuesta de su interior fue inmediata.

"Adelante."

Chase alcanzó el picaporte de la puerta, pero en el último segundo se detuvo.

"¿Y si no lo hace?"

Ahora era el turno de Tate de sonreír.

"Vamos, ¿realmente tiene elección? ¿De verdad puede rechazar a dos de sus mejores y más jodidos Agentes?"

Capítulo 2

"Pon tus cosas en orden, Brent. Como, *ahora*."

Brent miró por encima del hombro mientras terminaba de mear.

Theo estaba de pie detrás de él, con las manos en sus gruesas caderas y los labios aún más gruesos fruncidos. Puede que le hubiera ordenado a Brent que se pusiera las pilas, pero a juzgar por la forma en que sus ojos iban de un lado a otro, era él quien estaba al borde de un ataque de nervios.

"No voy a hacer nada", dijo Brent. Se estremeció y se apartó del urinario.

"Esa es la cuestión, Brent". Ethan salió de detrás de Theo y se pasó una mano por su largo pelo negro. En casi todos los sentidos, era el opuesto de Theo. Ethan era delgado y enjuto, tenía la nariz estrecha y las mejillas casi cetrinas. Esta contradicción iba más allá del aspecto físico. Ethan no parecía preocupado, sino enfadado. "*No* estás haciendo nada. Llevamos media hora en el colegio y ya tres personas, entre ellas Natalia, me han preguntado qué te pasa."

Brent se lamió los labios.

"No estoy haciendo nada. Lo juro. No he dicho..."

Ethan dio un paso adelante y puso una mano en el centro del pecho de Brent.

"Por supuesto, no vas a decir nada. ¿Verdad? *¿Verdad?*"

Brent hizo un gesto de dolor.

"La vi, sin embargo. Sé que no me crees, pero..."

Ethan metió la mano en la camisa de Brent y tiró de él para acercarlo.

"Estabas drogado y borracho, Brent."

Aquí no había lugar para discusiones. Y aunque Ethan tenía razón en que Brent estaba borracho y probablemente colocado, se equivocaba con Em.

Cada vez que cerraba los ojos, Brent veía su rostro, las venas azules que destacaban en su piel clara como dibujadas a bolígrafo.

Sus ojos nublados.

El collar aferrado en la boca de la rata.

"Estaba *muerta*", casi gimoteó Brent. "Jodidamente muerta, tío. Yo vi..."

"Estabas colocado y jodidamente borracho. No sabes qué *coño has* visto", siseó Ethan entre dientes apretados. La saliva salpicó a Brent.

Si pudiera creerlo.

Si tan sólo pudiera atribuirlo a una pesadilla, tal vez a un mal viaje, aunque ni siquiera recordaba haberse fumado un porro.

Pero ella le estaba mirando. *Dentro de* él.

Culpándole.

Culpándole de *todo*.

Brent se estremeció y la reacción asustó tanto a Ethan como a Theo; el primero acabó por soltarle la camisa.

Brent frotó distraídamente la tela arrugada.

"No sabes lo que has visto", repitió Ethan, pero su voz carecía de la autoridad de hacía unos momentos.

"¿Está en la escuela? ¿Está Em aquí?" Brent contraatacó. "¿Alguno de vosotros la ha visto? Intenté llamarla, pero no contestó".

Theo bajó la mirada y Ethan acabó negando con la cabeza.

"Probablemente esté durmiendo la mona. Ya sabes cómo pueden ser sus resacas".

Una resaca de dos días no era inaudita, pero ¿una tan mala como para mantener a Em fuera de la escuela? ¿Especialmente cuando sólo faltaban unas semanas para el baile de graduación?

No. Ethan estaba lleno de mierda.

Además, Brent la había visto. Y Emily no tenía resaca.

Estaba jodidamente *muerta*.

Ethan carraspeó y curvó el labio superior.

"Ella aparecerá. Pero no digas nada. Si dices algo, estamos todos jodidos. Yo, Theo, tú y... ya sabes quién más. Mantén la boca cerrada, Brent."

La mirada de Ethan obligó a Brent a bajar la suya.

"Sí, sí, no diré nada. No soy idiota, ni un puto retrasado". Hubo un tiempo, antes de su lesión, en que Ethan no se habría atrevido a hablarle así. Por otra parte, si no hubiera sido por su desgarro del manguito rotador, puede que nunca hubieran llegado a ser amigos en absoluto. "Estoy bien, ¿de acuerdo? Estoy jodidamente bien."

Theo parecía contento con esta respuesta, pero Ethan se negó a apartarse del camino de Brent.

"¿Qué?" Volvió algo de su bravuconería perdida. "¿Quieres hacer algo, Ethan? Porque..."

"Mantén la calma".

"Lo que sea."

Brent pasó junto a Ethan y Theo y se acercó al lavabo para mirarse las manos, evitando deliberadamente su propio reflejo.

"No nos ignores. Responde a tu puto mensaje".

Theo salió primero y Ethan le siguió. Brent se quedó atrás, enjabonándose las manos. El jabón le resbalaba por las muñecas y se dio cuenta de que era la primera vez que se lavaba las manos después de mear.

Después de enjuagarse, por fin levantó la vista. Pero no vio su pelo rubio, su mandíbula cuadrada ni sus pálidos ojos azules.

La vio.

Vio a Emily.

Un escalofrío le recorrió y el reflejo se hizo lentamente suyo.

Brent suspiró y se frotó los ojos.

No puedo responder a tus malditos mensajes, pensó. *Porque todavía no tengo mi teléfono.*

Pero no podía decírselo. Había mentido y dicho que había encontrado su teléfono en La Choza porque no podía soportar la idea de volver a entrar.

"¿Brent?"

Los ojos de Brent se desviaron hacia la puerta, y se sorprendió al ver que Ethan seguía allí de pie, mirándole fijamente.

"Sí, contestaré a tus mensajes. Ahora, ¿puedo terminar de lavarme las putas manos en paz?"

Capítulo 3

El director Hampton no dijo nada cuando Chase y Tate entraron en la sala, se limitó a mirar un montón de papeles que tenía sobre la mesa. Después de haber pasado por esta rutina quizás una docena de veces antes, Chase sabía que no debía hablar fuera de turno.

A menudo se preguntaba qué había impreso en esas páginas omnipresentes. Estaba claro que el director quería hacerles creer que se trataba de documentos importantes, peticiones del Presidente o transcripciones secretas del Pentágono, pero Chase tenía una idea diferente: novelas románticas, del tipo sucio, harenes, tal vez una que tuviera lugar en un planeta lejano. Demonios, ¿por qué no una con dinosaurios también? Dinosaurios domesticados *y* mujeres.

Fuera cual fuera su gusto literario, no cabía duda de la experiencia de aquel hombre. Antes de convertirse en director de la Academia del FBI, Hampton había sido uno de los mejores agentes, si no *el* mejor, del FBI. Sin embargo, de eso hacía ya algún tiempo, aunque se desconocía exactamente cuánto tiempo había pasado desde que el hombre había estado sobre el terreno. El director Hampton aparentaba tener unos cincuenta años, pero trabajar en el FBI envejece prematuramente.

Podría tener treinta y ocho años por lo que Chase sabía.

Y hoy, Hampton parecía particularmente intratable, las líneas alrededor de su boca como profundos abismos llenos de sentimientos contrariados. Sin levantar la vista, el hombre les indicó que tomaran asiento.

Tate imitó el movimiento, lo que molestó a Chase, precisamente por eso. Aun así, Chase se sentó primero y Tate le siguió.

El director seguía sin decir nada. Barajó las impresiones de su Harem LitRPG, las apiló ordenadamente a un lado, luego entrelazó los dedos y se inclinó hacia delante.

Finalmente, les concedió el privilegio de levantar la vista, sus ojos color avellana se movieron de Tate a Chase antes de detenerse por completo.

"Sabía que te vería aquí algún día".

Eso fue todo.

No, *hola, me alegro de verte*. No, *me alegro de que hayas vuelto, Chase*.

Había habido un momento en que el director Hampton podría haber empezado con algo agradable, ya que el hombre había dejado claro que no estaba contento con la decisión de Chase de marcharse.

Incluso le había dicho que sería bienvenida de vuelta de su año sabático indefinido en cualquier momento.

Pero eso era antes.

Eso fue antes del desastre de Nueva York con las chicas suicidas y Cerebrum. Antes de los dos desastres de Virginia y Columbus, en los que no tenía nada que hacer. Y luego estaba Stu Barnes y el hecho de que había arrastrado a Tate y a Floyd, casi haciendo que mataran a este último. Lo peor era que el FBI no podía atribuirse los "éxitos" de Chase por su condición de no afiliada, pero los medios de comunicación no tenían ningún problema en atribuir sus fracasos al FBI.

"Ya somos uno", respondió Chase, intentando reflejar lo mejor posible el comportamiento del Director.

Los dos se quedaron mirándose hasta que Tate, como un niño al que han dejado de lado, decidió intervenir.

"¿Y yo qué? ¿Esperabas verme aquí?"

Como era de esperar, Hampton ignoró a Tate, lo que ya de por sí era revelador. Si cualquier otra persona hubiera hecho ese comentario inane, probablemente estaría buscando otro trabajo al salir de la sala.

Pero no Tate.

Teniendo en cuenta todo lo que había aprendido sobre su compañero, Chase se dio cuenta de que la trayectoria profesional de aquel hombre era todo un misterio. Sólo por su reputación, sabía que llevaba varios años en el FBI, más que ella, que Floyd y puede que incluso que Stitts. También sabía que había trabajado con el otrora venerado y ahora difamado Constantine Striker y que ambos habían desempeñado un papel decisivo en la detención del famoso asesino Sandman. Tate no había tenido reparos en decirle que Con fue quien le enseñó los métodos del Camaleón, por así decirlo, pero aparte de eso...

"¿Estás aquí para disculparte por interferir en un caso federal?"

Aunque Chase se sintiera motivada para responder, que no lo estaba, era imposible saber a qué caso se refería Hampton.

"¿O es para disculparse por haber hecho disparar a uno de mis agentes, un agente que ahora ha dejado el servicio activo para dedicarse a casos sin resolver?".

Chase hizo todo lo posible por reprimir una mueca. Esto tampoco estaba claro. ¿Se refería a Floyd o a Stitts?

Probablemente Floyd, decidió.

Sin embargo, Chase estaba lejos de disculparse.

No era de extrañar que ser secuestrado a una edad temprana, tener a su hermana secuestrada y adoctrinada, ser adicto a la heroína, y pasar por todo desde entonces tuviera a Chase inclinándose más hacia Eeyore que hacia Pollyanna.

Pero no Floyd. De algún modo, se había mantenido optimista, sin hastiarse, sin convencerse de que el mundo estaba lleno de gente que sólo tenía tres simples deseos: follar, infligir dolor y matar.

En el fondo, se alegró de que Floyd se fuera antes de este inevitable cambio de actitud.

"Si crees que he venido a disculparme, entonces será mejor que me vaya ahora", dijo Chase secamente.

"¿Esperas *que* te disculpe?" Hampton negó con la cabeza. "No. Tú no". Finalmente miró a Tate. *"Tú*, en cambio...".

Tate, a pesar de toda su capacidad para controlar sus emociones, quedó desconcertado y Chase vio al verdadero Tate, que rara vez se dejaba ver en público.

Conmocionado, vulnerable y más que un poco triste.

Sintió entonces el impulso de alargar la mano y abrazarlo, lo que rápidamente la hizo sentirse tonta e infantil.

Era como ver a un mago realizar su truco estrella, uno que había completado con éxito y con el que había asombrado al público cientos, si no miles, de veces, sólo para fallar estrepitosamente.

Había un deseo innato de consolarlos.

Tal vez, después de todo, los humanos eran algo más que follar, herir y matar.

"¿Yo?" Tate odiaba las palabras de relleno, pero aquí estaba, ganando tiempo para deslizarse en una persona protectora.

El director Hampton no picó. Quizá había aprendido de Stitts que callarse suele ser elocuente, mientras que abrir la boca no dice nada.

La nuez de Adán de Tate se balanceó; el hombre se estaba tragando literalmente su orgullo.

El director Hampton no era tonto. Sabía que habían venido aquí porque querían algo, y el hombre no estaba por encima de hacerles arrastrarse por ello.

"Sí". Tate se lamió los labios. "Lo siento. La he cagado".

La relación de Chase con el director Hampton siempre había sido complicada y tensa, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta cómo había sido introducida en el FBI, engañada y casi asesinada por el ex agente Chris Martínez.

Pero hasta ese mismo momento no se había planteado seriamente la violencia física contra el hombre.

Chase sintió un impulso casi incontrolable de borrar la sonrisa del rostro del director Hampton.

Joder, odiaba esa mirada.

"Dejadme adivinar, ¿queréis volver al redil? ¿Queréis asociaros?"

Esta vez, ni Chase ni Tate hablaron, se quedaron mirando. Finalmente, una de las indómitas cejas del director se elevó por su frente.

"¿Hay más? ¿Hay un *"y"* a tu petición?"

Chase se encogió de hombros.

"Dado que estás de humor para abrir nuevas divisiones del FBI, como casos sin resolver, esperaba que hubieras considerado una más".

La otra ceja del director se cruzó con la primera.

"Sólo queremos encargarnos de casos concretos", terminó Tate por Chase.

Hampton bajó las cejas, al igual que los párpados, mientras entrecerraba los ojos para mirarlos a ambos.

"Y déjame adivinar, ¿sólo quieres casos que involucren niños?"

A Chase no le sorprendió que el hombre hubiera dado directamente en el clavo.

"Así es", dijo, sosteniendo la mirada del hombre. "Al agente Abernathy y a mí sólo nos interesan los delitos graves contra menores".

Capítulo 4

Según el horario de Brent, tenía clase el resto de la tarde. Qué eran esas clases y qué se enseñaba era un completo y absoluto misterio.

No podía dejar de pensar en Emily, en sus ojos lechosos, su carne pálida y el extraño hematoma alrededor de su garganta.

Tenía los labios hinchados, lo que le recordó cuando probó un nuevo brillo de labios. Se suponía que rellenaba los labios y funcionaba... funcionaba demasiado bien, de hecho. Emily había tenido una reacción y sus labios, especialmente el superior, se habían hinchado hasta triplicar su tamaño normal.

Brent se había reído sin control y Emily se había cabreado.

No, no estaba muerta. Ethan tenía razón. Sólo estaba borracho y drogado y todo tipo de mierda.

Emily, muerta, tumbada desnuda en un colchón mugriento.

De ninguna manera. De ninguna *puta manera*.

¿Por qué no puedo recordar? ¿Por qué no puedo recordar lo que pasó el sábado por la noche?

Brent rechinó los dientes violentamente.

¿Qué coño me pasa?

Brent, que apenas se daba cuenta de que estaba vagando sin rumbo por los pasillos aunque se suponía que estaba en clase, estaba tan sumido en sus propios pensamientos que casi no se dio cuenta de que lo llamaban por su nombre.

Tal vez si hubiera sido Ethan o Theo, podría haberlos ignorado.

Pero no habían sido sus amigos los que habían dicho su nombre.

En su lugar, la voz procedía del sistema de megafonía de la escuela.

"Brent Matthews, por favor diríjase a la oficina del director".

Brent tropezó y estuvo a punto de caerse.

"Brent Matth..."

La voz fue interrumpida por el sonido de la campana casi centenaria de la Academia Tenbury, que indicaba el final de la clase.

De repente, el pasillo se inundó de estudiantes. Hacían tanto ruido que apenas se oía el interfono.

"-ews, por favor, diríjase a la oficina del director."

Alguien chocó accidentalmente contra él y Brent se encontró apoyado contra una taquilla.

¿Qué carajo?

Brent apoyó ambas palmas en el frío metal y bajó la cabeza entre los brazos.

Esto no está ocurriendo. Esto no es...

Una mano le agarró el hombro y le apretó con fuerza.

"¿Qué coño has dicho, Brent?" Ethan siseó en su oído. "Te dije que mantuvieras la boca cerrada".

Brent se encogió de hombros, pero unas manos más grandes le hicieron girar. Se encontró cara a cara con Theo, con Ethan, el siempre fruncido Ethan, de pie detrás de su amigo mucho más grande.

"Yo no he dicho nada", argumentó Brent, pero su voz era mansa. Intentó apartarse, pero una de las manos carnosas de Theo lo empujó contra la taquilla.

Duro.

"Te lo advertimos..."

"Lo sé". Brent cerró los ojos y vio a Emily. *La* Emily *muerta*. "No", gimió. "No, no es real".

Theo le empujó una y otra vez. La tercera vez fue lo bastante fuerte como para sacarle el aire de los pulmones y obligarle a abrir los ojos.

"Yo no he dicho nada."

Aunque era él quien sujetaba a Brent, había algo de compasión en el rostro de Theo. No lo suficiente como para dejarlo ir, pero *algo*.

"Ponte las pilas, Brent", gruñó Ethan. La gente estaba mirando: en el instituto todo el mundo estaba pendiente de una pelea, y en la prestigiosa Academia Tenbury no era diferente.

Ethan también se dio cuenta, le dio un codazo a Theo en las costillas y le susurró algo al oído. Las manos de Theo pasaron de los hombros de Brent a la parte delantera de su polo blanco. Para alguien que pasara por allí, alguien que no se fijara demasiado, podría parecer que Theo estaba ayudando a alisar la camiseta de Brent. Extraño, sin duda, pero no tan interesante como una pelea. En realidad, los nudillos del hombre estaban rechinando contra el pecho de Brent.

"Está muerta", dijo Brent, haciendo una mueca contra el dolor. "Emily está muerta y yo..."

Ethan prácticamente saltó por encima del hombro de Theo.

"¡Ella está bien! ¡Cierra la puta boca, Brent!"

Las lágrimas se derramaron por las mejillas calientes de Brent.

"No", resopló. "Ella no está bien. Em está muerta y no sé qué le pasó, pero de alguna manera, soy responsable. *Somos responsables*. Simplemente no puedo recordar..."

De repente, Theo le rodeó el hombro con un brazo y prácticamente se llevó a Brent al cuarto de baño, donde habían tenido su primer altercado del día.

Una vez dentro, Ethan comprobó rápidamente que los puestos estaban vacíos.

"¿Por qué no me dices lo que pasó?" Brent gimoteó. "Necesito saber..."

"Bloquea la puerta", ordenó Ethan a Theo.

Theo apoyó su corpulencia contra la puerta y Ethan se encaró con Brent.

"Escucha de una puta vez, Brent. No ha pasado nada. *Nada*. Sólo bebimos y fumamos un porro. Nada más. Probablemente te quieren en la oficina porque olvidaste tu almuerzo o tal vez reprobaste tu maldito examen de álgebra. No tengo ni puta idea. Emily ni siquiera estaba allí... ¿por qué iba a estar? Así que, Brent, vas a mantener la boca cerrada sobre la noche del sábado, ¿de acuerdo?"

Brent gimoteó como un gato herido.

El rostro de Ethan se contorsionó.

"Menciona el sábado por la noche y se lo diré a Jackson. Juro que lo haré. ¿Y crees que soy mala? ¿Eh? Te va a joder, Brent. Como jodió a ese chico mexicano. Miembro que... ¿sí? *Peor*. Jackson te va a joder peor, Brent. Sabes que lo hará".

Brent se secó la cara y respiró profundamente. Seguía sintiéndose mal. Ethan había mencionado una resaca de dos días para Emily, pero así se sentía él. Simplemente... *apagado*.

Espera, Ethan había dicho eso, ¿no? Que Em tenía una resaca de dos días. Sólo que ahora estaba diciendo que ella ni siquiera estaba allí.

"No diré nada".

"Así es, no lo harás. Mantendrás tu puta boca *cerrada*".

¿Por qué miente?

Brent miró a Theo, pero éste se negó a encontrar su mirada.

"Lo siento."

"A la mierda tus sorrys. No digas nada". Ethan miró a Theo, que empujó la puerta. "Vámonos. Y recuerda lo que te dije, Brent. Piensa en lo que Jackson te hará".

Brent se aseguró de que los dos se fueran esta vez antes de salpicarle la cara con agua fría y tirarle de la piel de debajo de los ojos hacia abajo.

Podrían haberle convencido de que lo que había visto era sólo una alucinación. Sobre todo por lo nervioso e incómodo que se sentía. Pero entonces habían mentido. O Ethan, al menos.

Y ahora lo sabía. Emily *había* estado allí, y algo *había* sucedido.

¿Significaba eso también que estaba realmente muerta?

Brent, poco dispuesto a contemplar siquiera la posibilidad ahora, se obligó a salir del cuarto de baño.

La clase estaba a punto de empezar, lo que significaba que los pasillos estaban relativamente vacíos mientras Brent se dirigía directamente al despacho del director.

La Sra. Story, la simpática secretaria sólo unos años mayor que el propio Brent, era conocida por su personalidad efervescente. Burbujeante, rebosante de buen humor.

A Brent se le encogió el corazón al ver sus finos labios rojos

fruncidos.
"Sr. Matthews, por favor entre."
Brent casi se da la vuelta y echa a correr. Esto no le parecía bien. Y cuando miró a través del cristal esmerilado de la puerta del director y vio la silueta no de una, sino de dos personas, estuvo a punto de cagarse encima.
¿"Brent"? Por favor, entra. Están esperando."
Alguien le controlaba ahora; alguien le hacía alcanzar el picaporte de la puerta. Pero no podía abrirla.
La Sra. Story lo hizo por él.
"Pase", le indicó el hombre de pelo rubio sentado detrás del mostrador.
Brent se paró en la puerta; sus ojos se clavaron en la mujer que estaba de pie junto al director.
"¿Brent? He dicho que entres".
La Sra. Story le empujó suavemente dentro de la habitación lo suficiente para que pudiera cerrar la puerta tras él. Cuando el pestillo se cerró, Brent volvió a la realidad.
"Brent, ¿creo que conoces a la Sra. Iris Dawson? Está buscando a su hija. No ha visto a Emily desde el sábado por la noche. ¿La has visto?"

Capítulo 5

"¿Ha ido... bien?" preguntó Tate mientras se alejaban a paso ligero de la sede de la Academia del FBI. Chase no estaba seguro de si su ritmo era deliberado o si les preocupaba que, si no salían de allí cuanto antes, el director Hampton pudiera cambiar de opinión.

"Yo... ¿supongo?" Chase seguía sorprendido. Habían conseguido casi todo lo que habían pedido. "No me gusta mucho el nombre... ¿Unidad de Víctimas Infantiles? Suena a sala de hospital".

Tate se rió entre dientes.

"Sí, y CVU suena como una ETS. Pero sé por qué lo hizo".

Chase le lanzó una mirada inquisitiva.

"Conozco al Director Hampton desde hace mucho tiempo; no es idiota. Básicamente pedimos formar parte del VCAC (Crímenes Violentos contra Menores) del FBI. Pero si lo hace, ya no estaremos a las órdenes de Hampton, sino del pez gordo de Washington".

"Y eso significa que no puede vigilarnos".

"O llevarse el mérito de nuestros éxitos masivos", contraatacó Tate bromeando.

Chase se rió.

"Sí, claro."

Aparte del nombre cursi, Chase podría haber prescindido del periodo de prueba, que significaba que ambos, cualquiera, principalmente ella, podían ser sometidos a pruebas de drogas aleatorias en cualquier momento. La falta de aumento podría haber molestado a algunos, pero no a ella. Stu Barnes se había asegurado de que tanto la cuenta bancaria de ella como la de Tate estuvieran saneadas. También se hizo cargo de las facturas médicas pendientes de Rachel y pagó por Marguerite. El dinero no duraría para siempre, pero sí un tiempo.

Chase había discutido con el Director durante cinco minutos antes de que Tate le indicara que lo dejara estar.

"¿No te molesta que Hampton vaya a elegir nuestros casos por nosotros?", preguntó cuando llegaron a su coche. Chase agarró la manilla y abrió la puerta, pero no entró.

"¿Me molesta?" Tate ladeó la cabeza. "Sí, me molesta, claro. Pero como dije, conozco a Hampton. Quiere *algo de* control. Nos dará uno o dos casos fáciles y luego alargará la cuerda. Dale tres meses y seremos completamente autónomos".

Chase se mostró escéptico. Ya había tenido la posibilidad de seleccionar sus propios casos y eso no había acabado bien. Hampton

sería tonta si volviera a cometer el mismo error. Pero Chase no era nada si no era persistente.

Y testarudo.

El teléfono de Tate empezó a sonar y ambos subieron al coche.

"¿Hola?", dijo en voz alta, luego bajó la voz.

Chase le ignoró mientras conducía, sin saber adónde iban.

Era extraño estar de vuelta, volver a ser oficialmente agente del FBI. También era extraño tener un compañero diferente, el tercero.

Primero Stitts, luego Floyd. Ambos disparados en acto de servicio, ambos relegados a casos sin resolver.

¿Sería Tate el siguiente?

Miró a su nueva compañera, que ahora tenía un dedo metido en la oreja opuesta al móvil.

No. Tate era diferente.

Chase negó con la cabeza.

¿Pero lo era?

"Gira a la izquierda aquí", dijo Tate, colgando el móvil.

Chase hizo lo que le pidieron.

"¿Adónde vamos?"

"Gira otra vez a la izquierda aquí, dos manzanas."

"Tate, sabes cómo..."

"Sí, sí, lo sé, odias las sorpresas. Pero esta te gustará. Sólo gira a la izquierda".

Chase refunfuñó, pero volvió a hacer lo que su nueva compañera le ordenaba.

"¿Puedes decirme adónde vamos?"

"Lo siento, pero ya ha oído al Director: puede que seamos compañeros, pero técnicamente soy su superior. No tengo ninguna obligación de responder a sus preguntas".

Chase puso los ojos en blanco.

"Yo también podría haber prescindido de eso".

Dos indicaciones más y Tate le indicó que se detuviera en el aparcamiento de un pub llamado *The Taverne.*

"¿En serio?"

El lado izquierdo del bigote de Tate se levantó en una media sonrisa.

"¿Qué? Tengo hambre. ¿Dónde creías que te llevaba?"

Chase negó con la cabeza, pero en realidad también tenía un poco de hambre. Cinco millas esta mañana, no era un ritmo récord, pero había sudado bastante. Lo único que Tate había corrido era para ir al baño.

Su nuevo compañero mantuvo abierta la puerta del bar y agitó la mano en un círculo dramático.

"Después de ti", dijo con un terrible acento británico.

"¿Estás enfermo?" Chase fue recibido por el sonido de la música irlandesa, pero por suerte estaba bajo. Después de todo, no eran ni las once de la mañana.

Tate cerró los ojos y siguió extendiendo la mano.

"*M'lady*."

¿En qué demonios me he metido? se preguntó Chase. *¿Qué dicen todos los expertos? ¿No mezcles negocios y placer? ¿Y he seguido adelante y me he asociado con el hombre con el que me acuesto? ¿El hombre con el que prácticamente vivo? Chase, ¿estás...?*

"¡Hey!" alguien gritó, sacando a Chase de su propia cabeza. "¡Mira quién es!"

Chase miró a Tate, que ya había entrado en *la taberna* y sonreía abiertamente.

"¿Qué?", dijo encogiéndose de hombros. "Te dije que te iba a gustar esta sorpresa".

Chase volvió a negar con la cabeza, pero ahora también sonreía.

"Imbécil".

"Culpable de los cargos".

Chase se volvió hacia los dos hombres sonrientes que la saludaban, con sendas pintas en la mano.

"Bienvenido de nuevo", dijo Floyd, inclinando su vaso. La sonrisa del chico era tan grande que amenazaba con partirle la cara por la mitad.

"Sí", añadió Stitts. "¡Bienvenidos de nuevo al espectáculo de mierda que es el FBI!"

Se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla.

"Te he echado de menos, Chase."

"Yo también te he echado de menos". Levantó la voz. "Os he echado mucho de menos a los dos*, joder*".

Capítulo 6

"¿Brent?" preguntó el director. "¿Estás bien?"

Como en el pasillo cuando había oído su nombre por el interfono, Brent Matthews sintió que toda la sangre de su cuerpo empezaba a gelificarse.

Intentaba por todos los medios aparentar normalidad, pero la visión de la señora Iris Dawson, con su pelo castaño que le llegaba hasta los hombros, su rostro juvenil pero también un poco demasiado liso en algunas partes, signo revelador del uso de bótox, casi le destroza.

El corazón de Brent retumbó en su pecho, el músculo tratando desesperadamente de enviar su sangre espesa a su cerebro, a sus extremidades.

"¿Brent?", repitió el director. El hombre empezó a levantarse, con cara de auténtica preocupación, pero Brent se las arregló para levantar la mano.

"Creo", ronroneó, "creo que me estoy enfermando de algo".

Los penetrantes ojos azules del director se entrecerraron.

"Cierto, ¿pero has oído lo que he dicho?"

Brent resistió el impulso de mirar a la angustiada mujer por miedo a que su mente superpusiera la *pálida* cara de Emily sobre la suya.

"Sí, señor."

"¿Y tú? ¿Has visto a Emily Dawson hoy?"

¿Hoy? No, hoy no. Pero el sábado por la noche, técnicamente el domingo por la mañana, supongo, lo hice. La vi tumbada de espaldas, desnuda, con los ojos lechosos abiertos y moratones alrededor del cuello.

Eso es lo que Brent quería decir. Eso es lo que *debería* haber dicho.

Pero era demasiado gallina de mierda. Decirlo lo hacía real. Y no era real. No podía ser real.

Em está borracha. Una resaca de dos días.

"No." Brent negó con la cabeza. "No la veo tan a menudo ahora que rompimos".

El director gruñó, y Brent se preguntó por qué había añadido la última parte. Nadie había preguntado por su estado sentimental, ni falta que hacía: tanto el director como la señora Dawson sabían que habían roto. Todo el mundo en Tenbury lo sabía.

"Brent, ¿estás seguro de que no has visto a Em?". preguntó Iris Dawson, con un temblor en la voz. En las muchas ocasiones en que Brent había sido invitado a cenar a casa de los Dawson, nunca había visto a la mujer ni siquiera cerca de perder el control. Ni siquiera

cuando irrumpió junto a Brent y Emily, con sus rostros enzarzados, la mano derecha de Brent en lo alto del jersey blanco de Emily, manoseándole los pechos. Pero ahora... ahora, la mujer parecía al borde de un ataque de nervios. "Estoy bastante preocupada."

Por alguna razón, esta ruptura de carácter sirvió para enfadar a Brent.

¿Por qué no le preguntas a su nuevo novio, entonces? ¿Eh? ¿Por qué me acosas?

"Em me dijo que iba a salir con unos amigos el sábado, pero no me dijo dónde. No he sabido nada de ella desde entonces. ¿Sabes dónde puede haber ido? ¿O con quién?"

"No, lo siento."

"¿Y su teléfono?", preguntó el director. "¿Puedes rastrearlo?"

El pelo rizado de la señora Dawson se agitó delante de su cara mientras sacudía la cabeza.

"No, está muerto."

Muerto.

La palabra causó estragos en el cerebro aún nublado de Brent. Pasó del enfado a la culpabilidad en un latido.

¿Qué coño me pasa?

"Entonces, ¿no lo sabe?" Suplicó la Sra. Dawson.

Brent sintió que se le retorcía el estómago y estaba a punto de responder cuando una visión pasó ante sus ojos.

Estaba de vuelta en el sótano, no solo esta vez, sino con otros. Cinco, tal vez seis personas en total. Y estaban gritando, abucheando, animando a alguien. ¿Pero a quién? ¿Por qué?

"Ya hablé con Ava, Natalia y Laura; ellas tampoco la han visto", continuó la señora Dawson.

Sí, porque ya no son amigas. No son amigas porque obligué a todos a darle la espalda cuando Emily rompió conmigo.

Pero la visión... Brent vio a Ava y a Em hablando, las vio chocar sus vasos llenos de sólo Dios sabe qué.

No eran amigos, pero seguro que parecían amigos el sábado por la noche.

¿Qué coño ha pasado?

Brent parpadeó y una vez más vio a Emily en el colchón. Esto vino acompañado de una repentina repulsión visceral, una estremecedora oleada de asco.

"Creo que..." Brent comenzó con una serie de duros tragos. Se desplomó contra la puerta cerrada detrás de él y dijo la primera cosa verdadera desde que entró en la oficina del director. "... Creo que voy a vomitar".

Su estómago, que había estado apretado con tanta fuerza que parecía como si un torno de hierro le estuviera estrujando los

intestinos, se soltó de repente, y el vómito caliente brotó de la boca de Brent y empapó la parte delantera de su polo arrugado.

Capítulo 7

Había sido una trampa, por supuesto. La única pregunta era si la falsa reunión improvisada era obra de Tate, de Stitts o de Floyd.

No importaba, era bueno volver a verlos a todos.

"Tu pelo", comentó Stitts, dando un sorbo a su cerveza. "Intentando parecer más distinguidos, ¿no?".

Bueno, eso no duró mucho, pensó Chase, dando un largo trago a su propia pinta. *En realidad, tengo el pelo gris porque me obligaron a tomar Cerebrum, una píldora que empuja a los no creyentes al suicidio. ¿Por qué no* me *sentí obligada a quitarme la vida, te preguntarás? Vamos, mi cerebro no funciona igual que el de los demás... ya lo sabes.*

"Sí, distinguido". Extendió la mano y revolvió el pelo castaño de Stitts, que, por supuesto, volvió a caer como antes.

"Y tienes el pelo exactamente igual", comentó con una sonrisa burlona. "Literalmente".

Stitts se encogió de hombros.

"¿Qué puedo decir? Cuanto más cambian las cosas, más siguen igual".

Chase llevaba ya dos pintas, dos y media, y se sentía feliz. Ni siquiera pensar en Cerebrum y en las pobres chicas de instituto víctimas de la píldora le había amargado el ánimo de forma permanente. Simplemente se sentía *bien*. Bien y a gusto, dos conceptos extraños en ausencia y aún más raros juntos.

Después de felicitarles a ella y a Tate por formar la CVU, un nombre que odiaban incluso más que ella -suena *como el piloto de un programa de televisión fallido sobre escenas del crimen y coches familiares-, Stitts* y Floyd se sinceraron sobre su propio trabajo.

Efectivamente, habían creado una unidad de casos sin resolver que trabajaba desde Quántico. Se centraban en crímenes violentos cometidos veinte años atrás o más, casos que otras divisiones, incluidos otros departamentos de casos sin resolver, no habían logrado resolver. Parecían entusiasmados, revitalizados. Especialmente Stitts, que hacia el final de su tumultuosa colaboración había empezado a sentirse un poco hastiado. El caso en el que estaban trabajando ahora tenía que ver con una corredora que había estado corriendo por Central Park a plena luz del día treinta y seis años atrás. Alguien la había abordado y, con precisión casi quirúrgica, le había extirpado las manos y los pies. La encontraron aún con vida, pero no pudieron hacer nada para evitar que se desangrara.

El tema de conversación cambió cuando Stitts volvió del baño.

Todas las miradas se centraron en el hombre mientras se apoyaba pesadamente en su bastón.

Chase esperaba que surgiera este tema; Tate y Stitts en la misma habitación significaba que era inevitable que se burlaran de ella. Sólo le sorprendió que fuera Tate quien sacara el tema.

"Vale, vamos, veámoslo... déjame ver qué me depara el futuro. Floyd, tú primero".

El joven tardó unos segundos en darse cuenta de lo que Tate quería. Y entonces, tranquilo y discreto como era, Floyd miró primero a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca de ellos. A pesar de lo temprano de la hora, *La Taberna* no estaba completamente vacía; algunos molineros sorbían Guinness, pero estaban deliberadamente sentados en los rincones oscuros del bar.

Satisfecho, Floyd se levantó el dobladillo de la camisa, revelando una fea cicatriz, rosada y gruesa sobre su piel oscura, justo debajo del pezón derecho.

"Oh, *enfermo*", bromeó Tate. "¿Puedo tocarlo?" Extendió dos dedos de forma decididamente sexual, pero Floyd le apartó la mano de un manotazo. "Es broma, es broma. Pero a las tías les va a encantar".

Floyd se quitó la camiseta y Tate se giró para mirar a Stitts.

"Tu turno."

Jeremy Stitts, que llevaba mucho más tiempo que Floyd conviviendo con su herida y, por tanto, se sentía más cómodo, hizo ademán de revelarse. Se apoyó con fuerza en su bastón, haciendo una mueca de dolor mientras se subía una pernera del pantalón de chándal. El hecho de que el hombre llevara pantalones de chándal, algo que Chase nunca le había visto antes, le hizo pensar que tal vez esto, al igual que la reunión, también había sido planeado.

La cicatriz de Stitts, aunque no tan reciente como la de Floyd, era igual o más desagradable. Estaba la herida de bala, por supuesto, pero también había una cicatriz vertical de una incisión que le recorría casi todo el muslo. Chase incluso podía distinguir los pequeños puntos a ambos lados de la línea que una vez habían sostenido gruesas suturas.

"Asqueroso", siseó Tate, y Stitts dejó caer la pernera de su pantalón al suelo. Todos dieron un sorbo a sus bebidas. "Me pregunto dónde me dispararán mientras trabajo contigo", bromeó Tate. "Si Stitts recibió un balazo aquí", indicó su muslo, "y Floyd aquí", ahora señalaba su pecho, "supongo que yo seré el afortunado y recibiré un trozo de plomo *deriiiiii...*". Tate cogió un dedo y se lo puso justo entre los ojos. "*...aquí.*"

Chase sonrió satisfecho.

"Sí, eso suena bastante bien. Pero la principal diferencia es", Chase hizo una pausa para beber, relamiéndose los labios de forma odiosa antes de continuar, "que a Floyd y a Stitts les dispararon unos tipos

malos. Si no te callas de una puta vez, la bala de tu frente va a ser de mi pistola".

Tate rió con ganas y Chase se dio cuenta de que le encantaba su risa. Era ruidosa, bulliciosa y real.

"Touché, Chase", dijo Tate rodeándola con el brazo y apretándola con fuerza. "Bueno, en honor a nuestras heridas, pasadas y futuras, yo digo que tomemos unos chupitos. ¿Alguien quiere tequila?"

Capítulo 8

Lo único bueno de vomitarse encima es que era un billete de ida para salir del colegio, lo que significaba que Brent no tenía que responder a más preguntas sobre Emily o el fin de semana. Al menos, no ahora.

La enfermera le tomó la temperatura, que era sorprendentemente normal -Brent sentía como si le ardiera la cabeza-, y luego le dio una camiseta de repuesto que le quedaba un poco ajustada a pesar de su baja estatura.

Lejos de Iris Dawson y del director y en su coche, Brent empezó a sentirse un poco mejor. No muy bien, dudaba mucho de que si Emily estaba realmente muerta volviera a sentirse bien, pero lo bastante bien como para no estar a punto de desmayarse. Se sintió aún mejor después de meterse en la ducha y enjuagarse los restos de vómito.

No le gustaba su cuerpo, ya no. Antes de romperse el hombro, había sido sólido, no desgarrado, pero había mantenido una cantidad considerable de músculo. Tenía un paquete de cuatro suave, también. A Emily le encantaba su cuerpo. Decía que le encantaba incluso después de que él se viera obligado a dejar el lacrosse y no hubiera podido hacer ejercicio durante tres meses. Pero Brent pensó que mentía. ¿Cómo podía gustarle a alguien? Débil, flaco y gordo.

Pálido.

Joder, estoy pálido.

Brent se cepilló los dientes, lo que le resultó difícil porque parecía tener trismo. Eso, y que estaba haciendo todo lo posible por no volver a mirar su reflejo.

Los recuerdos del sábado por la noche le venían a la memoria. Habían planeado una fiesta -¿fue idea de Theo? ¿O de Ethan? Una reunión de la vieja pandilla. Los siete.

No, *ocho. Emily* estaba allí, y ya eran ocho. ¿Pero por qué? ¿Por qué estaba allí?

Hacía meses que no salían. Ni siquiera se saludaban si se cruzaban en el pasillo. ¿Y por qué lo haría Emily? Después de lo que él había hecho, ella tenía todo el derecho a ignorarlo.

Y está con ese capullo. No lo olvides.

Brent empezó a secarse.

¿Estaba allí? se preguntó Brent. *No, definitivamente no estaba. Lo recordaría si estuviera.*

Su memoria podría estar volviendo, pero era turbia e inconexa.

¿Qué coño hacíamos en La Choza?

Era tradición en la Academia Tenbury que los estudiantes de último curso se fueran de fiesta al edificio abandonado tres veces: una, antes de las vacaciones de primavera, que habían pasado hacía casi tres meses. La segunda vez era después del baile de graduación, y ésa era la grande: no todos venían durante las vacaciones de primavera, algunos tenían vacaciones con la familia, pero todos aparecían después del baile. Por último, la mayoría de los estudiantes de último curso volvieron para una última juerga la semana antes de marcharse a la universidad.

Pero el sábado pasado no había sido ninguna de esas ocasiones.

¿Por qué coño estábamos allí?

Brent apretó la mandíbula y se golpeó la frente con agresividad.

¿Por qué no me acuerdo?

Había tenido algunas resacas épicas antes, algunas de la variedad de dos días que Ethan había mencionado. Pero nunca como esta. Nunca con tales vacíos absolutos en su memoria.

Brent metió la mano en el montón de ropa que tenía en el suelo y encontró su frasco de medicamentos. Tomó dos pastillas y las tragó en seco, lo que le resultó especialmente doloroso por haber vomitado bilis agria hacía menos de una hora.

Se puso unos pantalones de chándal y una camiseta holgada y se sentó en el borde de la cama. Esta cómoda posición hizo que aflorara otro recuerdo, pero no uno de la noche del sábado.

Desde la última vez que Emily había estado en su habitación.

Brent se tumbó y cerró los ojos.

"Es que... es que ya no te quiero, Brent". Dulce, incluso cuando le rompía el corazón, Emily Dawson era dulce.

Brent sintió que sus mejillas se sonrojaban. Había habido rumores sobre otra persona, pero había sido demasiado orgulloso para creerlos.

"¿Qué quieres decir?"

Emily se recogió el pelo rojo detrás de las orejas. Le temblaba el labio inferior como si fuera ella con quien rompían y no al revés.

"No quiero hacerte daño, Brent. No quiero. Pero necesito ser honesta. Es que... ya no siento por ti lo mismo que antes. Lo siento.

Por naturaleza, Brent no era una persona violenta. Pero eran los parciales y sus niveles de estrés estaban por las nubes. No había dormido en toda la noche y estaba funcionando con niveles casi letales de cafeína y Adderall.

Aun así, esto no era excusa para lo que ocurrió después. Nunca habría una excusa para eso. Después de lo sucedido, Emily comenzó a llorar. No lágrimas de dolor, sino de rabia cuando Emily pasó de dulce a acerba.

"¿Quieres saber por qué ya no te quiero?" Emily se limpió las mejillas. "Porque conocí a otra persona, por eso. No te amo, Brent

Matthews, amo a otra persona".

Y así como así, Emily estaba fuera de su vida. Se había ido.

Tal vez si no la hubiera abofeteado podría haber habido una oportunidad de reconciliación. Entonces, ¿ella amaba a otro? ¿Y qué? Con el tiempo, podrían haber sido amigos. Con más tiempo, podrían haber sido capaces de controlar sus hormonas y sus tumultuosos sentimientos de 18 años y descubrir que en realidad eran el uno para el otro.

Pero no después de golpearla. Ese fue el final.

Brent nunca había golpeado a una mujer, *nunca*, y ni siquiera parecía real.

Las cosas no tenían por qué ser así.

Las cosas no tenían por qué acabar con Emily muerta en un colchón.

A Brent le aterrorizaba dormirse, su miedo a las pesadillas, a las ratas gigantes que se comían algo más que plata de ley, era casi palpable. Pero ya no podía mantener los ojos abiertos. Y cuando se quedó dormido, fue cualquier cosa menos una siesta ordinaria.

Brent Matthews dormía como si estuviera muerto.

Capítulo 9

"Eso fue obra tuya, ¿no?" preguntó Chase mientras se acercaban a la puerta principal de la casa de Tate. Aún le resultaba extraño pensar que se había ido a vivir con un hombre al que conocía desde hacía apenas seis meses y con el que salía desde hacía menos de tres. Pero tenía sentido a muchos niveles.

"Bueno", se encogió de hombros Tate, "fue una decisión colectiva. Pero te diré una cosa, Floyd estaba más que dispuesto. Se aseguró de que Stitts estuviera disponible. Y ese Stitts... sólo le he visto un puñado de veces pero parece un buen hombre".

"Eso es", dijo Chase distraídamente mientras alcanzaba el picaporte de la puerta. "Eso es."

Se sorprendió al encontrar la puerta cerrada e instintivamente llamó al timbre mientras Tate buscaba sus llaves en el bolsillo. Chase tenía unas horas libres antes de que Georgina y ella quedaran con Felix y Brad para cenar.

Tate abrió la puerta y ella lo empujó hacia el vestíbulo.

"¿Georgina?", gritó. "¿Rachel?"

Marguerite rara vez cerraba la puerta cuando estaban en casa y era mediodía, lo que significaba que Rachel debería estar durmiendo la siesta.

Sus palabras fueron recibidas con silencio.

Un mal presentimiento comenzó a formarse en sus entrañas, uno que se intensificó cuando vio lo que parecía ser la ropa de Georgina - un par de leggings y una camiseta blanca- tirada en las escaleras.

"¿Georgina?"

Detrás de ella, Tate llamó a su hija.

Chase subió corriendo las escaleras, de dos en dos, utilizando la barandilla para impulsarse a mayor velocidad. La primera habitación era la de Rachel y entró en ella. Había ropa tirada en la cama y uno de los cajones de la cómoda colgaba abierto.

"Mierda".

Chase corrió a la habitación de al lado, la de ella y Tate.

Aquí no había ropa, ni indicios de que alguien estuviera rebuscando entre sus cosas. El alivio que sintió por no haber sido robada duró poco; la alternativa era que quienquiera que hubiera entrado aquí no buscaba bienes materiales.

Buscaban gente.

"¡No están aquí!" gritó bajando las escaleras. "¡Tate, no están aquí!"

Chase se dirigió a la última habitación, esperando encontrarlas a

las tres, Rachel, Marguerite y su sobrina, sentadas en la cama, quizá todas con auriculares y escuchando un podcast. Pero tampoco le sorprendió encontrar la habitación de Georgina vacía. A diferencia de la habitación de Rachel, no uno, sino dos cajones de la cómoda colgaban abiertos, con medias colgando de cada uno como lenguas sucias.

"¿Chase?"

Apenas oyó que Tate la llamaba por su nombre.

Era Brian Jalston. Ella *sabía que* era él, el maldito enfermo. Uno de los delitos de los que había sido acusado, violación de la libertad condicional o lo que coño fuera que Stu Barnes había orquestado, había fracasado y había sido puesto en libertad. Y fiel a la palabra del hombre, Brian había venido por su hija, por Georgina.

Una mano descendió sobre su hombro y Chase, aún imaginando la cara de Brian, giró y le propinó una fuerte patada en la ingle. No le dio en los testículos, sino en la cara interna del muslo. Gritó, cojeó y estuvo a punto de caer.

"¡Jesús, Chase!" Tate maldijo mientras rebotaba sobre una pierna.

Chase saltó hacia atrás, con la postura preparada para la acción.

Tate levantó una mano y se masajeó la pierna dolorida con la otra.

"¡Joder, Chase! No vuelvas a pegarme". Chase notó un pedazo de papel en el suelo, que Tate probablemente había estado sosteniendo antes de que ella lo atacara. Siguió su mirada. "Es una nota de Marguerite. Dice que lamenta el desorden, que salieron tarde a ver una película. Dice que volverán sobre las cuatro y media".

Chase cogió el papel del suelo y lo leyó. Decía casi exactamente lo que Tate acababa de decirle.

"Llámala", dijo rotundamente. "Llama a Marguerite."

"Es su letra, Chase. Es..." Debió de ver algo en su cara porque no terminó la frase. En lugar de eso, Tate se metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil. Lo puso en el altavoz.

"¿Hola? ¿Sr. Abernathy?" No había preocupación en la voz de la mujer.

"Hola, Marguerite. Perdona que te moleste, pero quería asegurarme de que estarías en casa sobre las cuatro y media. Sabes que Georgina tiene planes para cenar con su madre".

"Oh, sí, por supuesto. Siento mucho haber dejado un desastre, pero como dije..."

"No te preocupes", la tranquilizó Tate. "No es gran cosa..."

Esta explicación puede ser aceptable para Tate, pero no para Chase. Alguien podría estar reteniéndolos como rehenes, alguien podría estar poniendo una pistola en la cabeza de Marguerite, diciéndole lo que tenía que decir. Tan rápido como su pierna había salido disparada para golpear, su mano se movió para agarrar la celda.

"Déjame hablar con Georgina", ordenó.
"¿Sra. Adams?"
"Déjame hablar con Georgina."
"Ella está en una película. Creo que..."
"No me importa. Cógela, ahora".
Tate la miró con desaprobación.
"Oh, vale, un momento."
Chase escuchó atentamente, intentando captar toda la información que pudiera. No había nada, sólo ruido aleatorio, y luego lo que era claramente el sonido de la banda sonora de una película. Marguerite susurró algo incomprensible y, un momento después, hubo más movimiento y el sonido se silenció.
"¿Georgina?"
"¿Chase?"
Sintió alivio al oír la voz de su sobrina.
"Sí, soy yo", respondió Chase. Esto era bueno, Georgina sonaba tranquila. Aún así... "Cariño, estoy planeando nuestras vacaciones de verano. ¿Dónde prefieres ir? ¿Cancún o Montreal?"
Hubo un compás y luego Georgina dijo: "Montreal, por supuesto. Cancún es demasiado caluroso en verano".
Y eso fue todo, Chase por fin podía respirar con normalidad, y sintió que se le aflojaba el pecho.
"¿Chase? ¿Está todo bien?" Georgina preguntó en voz baja.
"Sí, por supuesto, sólo quería comprobarlo. Además, no olvides que tenemos cena esta noche".
"Lo sé.
"Bien. Hasta pronto. Te quiero, Georgie."
"Yo también te quiero."
Chase colgó y sintió los ojos de Tate clavados en ella. Sus mejillas se sonrojaron cuando le devolvió el móvil.
"Lo siento", dijo ella, incapaz de mirarle a los ojos.
Tate se masajeó el muslo una vez más, dio un paso adelante y la agarró por la cintura.
"No lo sientas."
"Sí, pero..." La besó entonces, torpemente porque tenía la boca entreabierta.
Chase le devolvió el beso.
Quizá fueran las tres cervezas y el tequila que se había tomado, o el alivio de saber que su sobrina estaba bien. O podría haber tenido algo que ver con el hecho de que el director Hampton hubiera aceptado que formaran una nueva unidad, algo que la había estado estresando durante los últimos días. También podría estar relacionado con la próxima cena con su ex marido. Fuera cual fuera el motivo, Chase necesitaba una válvula de escape.

Y así fue.

Antes de que se diera cuenta, estaban dejando caer la ropa, primero el top de ella, luego el sujetador y después la camisa de él, mientras entraban a trompicones en su dormitorio. A pesar de su pierna dolorida, Tate no tuvo ningún problema en levantar su pequeño cuerpo y bajarla suavemente a la cama. Los labios de Tate pasaron de los suyos a la línea de su mandíbula y luego al hueco de su garganta.

"Tal vez yo sea el compañero afortunado", dijo, continuando bajando, sus labios ahora rozando su esternón, luego su ombligo. "Tal vez no me disparen siendo tu compañero, tal vez sólo me pateen".

"Cállate", dijo Chase, cerrando los ojos y enredando los dedos en el pelo de Tate. Luego guió sus labios suaves y su bigote erizado más abajo aún. "Cállate".

Capítulo 10

Brent no estaba seguro de si los golpes venían de dentro o de fuera de su cabeza. Lo único que sabía era que lo abarcaba todo. Aunque no había tomado la decisión consciente de dormirse, tenía la esperanza de que parte de su niebla cerebral se despejara gracias a ello.

Pero al intentar incorporarse, lo que le llevó tres torpes y vertiginosos intentos, Brent se dio cuenta rápidamente de que no era así. Consiguió sentarse y apoyó los antebrazos en las rodillas mientras esperaba a que cesaran las vueltas. Tenía los labios pegajosos y un sabor agrio le cubría el interior de la boca.

Joder. ¿Qué bebí el sábado por la noche?

Cerró los ojos, pero eso no hizo más que empeorar las vueltas.

El golpeteo regresó y si había alguna gracia salvadora en esta terrible tarde era la comprensión de que el sonido provenía efectivamente de la puerta principal y no se originaba dentro de la cabeza de Brent. Con gran esfuerzo, se puso en pie... y enseguida volvió a sentarse.

La tentación de volver a dormir era casi irresistible. Pero aquel golpeteo en la puerta... era como si alguien usara las dos manos e intentara atravesar la madera.

¿La policía? ¿Podría ser la policía?

Lo único seguro era que, fuera quien fuera, no se iría. El segundo intento de Brent por ponerse en pie fue más fructífero y llegó hasta el vestíbulo antes de tener que detenerse y bracear.

Se sentía como un niño después de montar en las tazas de té de la feria del condado. La atracción había terminado, pero los giros continuaban.

Bang, bang, bang.

Cada golpe resonaba en su cráneo.

"Joder", gimió. Apoyándose pesadamente en la barandilla, las piernas tambaleantes de Brent le guiaron hasta la puerta principal.

Si hubiera estado alerta, Brent habría mirado por la mirilla y probablemente nunca habría abierto la puerta. Pero en ese momento habría hecho cualquier cosa con tal de que cesaran los golpes. Y en el momento en que desbloqueó el cerrojo y abrió la puerta un centímetro, la persona del otro lado empujó con fuerza.

Lo primero que pensó al salir despedido fue que era la policía. Sabían lo de Em y venían a detenerle. Pronto estarían llenando el aire con gritos de "Departamento del Sheriff", "¡Orden de registro!", y disparando los derechos Miranda.

Pero eso no tenía sentido. ¿Por qué esperar a que abriera la puerta? ¿Por qué no patearla? Lo hacían, ¿verdad? Lo hacían en las películas, al menos. Y si alguna vez hubo un momento para tal violencia, era ahora, era después de encontrar a uno de los novios de la Academia Tenbury, Emily Dawson, desnuda y asesinada.

El dolor le subió por los codos impidiendo a Brent levantarse aunque tuviera fuerzas. Que, por supuesto, no tenía.

Y entonces la figura de la puerta, que decididamente no era un agente de policía, se abalanzó sobre él. Brent no opuso resistencia cuando el hombre le agarró de la camisa y le levantó el torso del suelo.

"¿Qué has hecho?", siseó. El aliento del hombre apestaba a cerveza rancia. "¿Qué coño has hecho, Brent?"

Brent no entendía lo que estaba pasando.

¿Quién es este hombre y por qué me grita a la cara?

El hombre lo sacudió violentamente y la cabeza de Brent se movió de un lado a otro como si todos los músculos de su cuello se hubieran disuelto de repente.

"¿Qué le hiciste a Emily? ¿Dónde está? ¿Dónde coño está?"

"¿Qu-qué?" La mención del nombre de Emily trajo consigo un mínimo de lucidez.

"¿Dónde está?"

Los temblores se intensificaron y Brent sintió que le entraban náuseas. Iba a vomitar otra vez.

"¿Qué has hecho?" El hombre gritaba ahora, repitiendo la pregunta una y otra vez, extrañamente al compás de sus sacudidas.

"¡Oye! ¡Quítate de encima de él!"

Alguien más estaba aquí ahora, y esta nueva persona se abalanzó sobre la casa de Brent como la primera. Agarró al hombre que abordaba a Brent y lo empujó hacia atrás. Fue casi cómica la forma en que el hombre cayó de culo como Brent lo había hecho segundos atrás, pero en lugar de quedarse allí, una marioneta borracha para ser abordado a voluntad, se puso de pie.

A Brent ambos hombres le resultaban familiares, pero no podía recordar sus nombres.

"¡Él le hizo algo! Brent le hizo algo!" gritó el primer intruso, y Brent detectó un ligero acento español en su voz. Tenía las manos cerradas en puños, pero el segundo hombre era más ancho, más grueso por el pecho.

"Será mejor que te largues de aquí, Carlos, o te juro por Dios que esta vez te voy a dar una paliza lo suficientemente fuerte como para mandarte al puto hospital".

"Sé que hizo algo". Había furia en los ojos de Carlos, furia que amenazaba con usurpar el sentido común. Brent sabía que el otro

hombre -¿cómo *se llama? ¿Cómo coño se llama?", le haría la* puñeta a Carlos. "Sé que ha hecho algo. Y cuando lo averigüe..."

"Sigue abriendo la boca y te voy a partir los putos dientes peor que la última vez. El hecho es que Emily es tu puta novia, Carlos... si algo le pasara, tú eres el hijo de puta culpable. Así que mejor cuida tu puta boca".

Emily... dulce Emily...

Carlos no reconoció al otro hombre, su atención estaba fija en Brent.

"Si le haces daño, si le vuelves *a* hacer daño, te mataré, Brent".

"¿Ahora le amenazas? *¿A ti?*"

No, no la dulce Emily. Emily mala, Emily malvada. La puta *tramposa Emily.*

Los ojos de Carlos no se apartaban de Brent mientras decía: "Sí, Jackson, le estoy amenazando. Brent, si le hiciste algo a Emily, te mataré".

¡Jackson, eso es! El otro hombre es Jackson Grimes.

Brent vio un destello de la noche del sábado: Jackson, cerveza en mano, una sonrisa socarrona en la cara mientras se llevaba un cigarrillo apagado a los labios.

Él estuvo allí. Sabe lo que pasó.

"Ya he tenido suficiente de tu boca. Ven aquí, joder".

Pero Carlos tenía otras ideas. Antes de que Jackson pudiera agarrarlo, se había ido, dando un fuerte portazo al salir.

Jackson esperó un momento y luego se acercó a Brent y lo puso en pie.

"Necesitas ponerte sobrio de una puta vez, Brent. Y luego necesitamos tener una pequeña charla".

Capítulo XI

"Deja que te arregle el pelo", dijo Chase, inclinándose para ajustar la coleta de Georgina. Su sobrina le apartó la mano.

"Está bien, Chase. Caray".

"No seas grosera, Georgina."

Pero la chica tenía razón: su pelo era fino, una trenza francesa en la espalda que se había hecho ella misma.

Chase estaba nerviosa, una emoción nueva para ella. No era inmune a las mariposas en el estómago, pero normalmente estos insectos sólo revoloteaban en situaciones de vida o muerte. ¿Y esto? Estar nerviosa por... ¿qué era esta noche exactamente? No una cita, seguramente. ¿Una cita? Tal vez. ¿Un encuentro? En cualquier caso, estaba increíblemente nerviosa por conocer a Brad y a Félix, sobre todo a este último.

¿Fue la culpa? Claro, la culpa y el nerviosismo eran primos que se besaban. Pero ella había aceptado esta cena, sugerencia de Brad, y por mucho que quisiera simplemente huir, esa no era una opción viable.

Chase estaba cansada de huir. Además, así era ella antes.

Permanece en el momento, le recordó el doctor Matteo. *No pienses en el pasado, no pienses en el futuro, quédate anclada en el presente.*

"Vamos a llegar tarde", advirtió Georgina, agitando una mano hacia las puertas dobles del restaurante italiano.

"Lo sé, cariño. Lo sé."

Chase se enderezó, se pasó una mano por el pelo y se alisó la parte delantera de su blusa blanca.

¿Una blusa blanca? ¿Es un evento de trabajo?

Chase estaba dudando de todo ahora.

Mantente en el momento.

"Vas a estar genial, Chase", dijo Georgina.

Chase miró a su sobrina y sonrió.

Al menos he hecho algo bien en mi vida, pensó.

Georgina le devolvió la sonrisa.

"Venga, vámonos", dijo la chica, cogiéndola de la mano y tirando de ella hacia la puerta.

El restaurante italiano era una elección extraña para Brad. El hombre siempre había preferido los lugares anticuados, con manteles blancos y cosas así. No es que le gustara especialmente ese estilo, pero esos restaurantes solían ser más tranquilos y más propicios para hablar. Y cuando habían estado juntos, Brad hablaba mucho. Chase, no tanto. Pero este lugar, un pequeño y liliputiense escalón por

encima del Olive Garden, era más o menos la antítesis de un restaurante de lujo. Era ruidoso, bullicioso y casi detestable.

¿Eso significa que no quiere hablar? ¿Brad eligió este lugar para que no tengamos que hacer todo el incómodo "cómo has estado, te extrañé"?

Georgina le tiró de la mano y entonces la chica, muy obviamente, puso los ojos en blanco hacia la izquierda. Chase levantó la vista y vio a una joven y guapa maître que la miraba sin comprender.

"¿Perdón?"

"Le he preguntado si tenía una reserva, porque esta noche estamos completos", dijo la mujer, con aire molesto.

"Sí, una reserva".

La maître-d' no hizo ningún movimiento hacia el ordenador que tenía delante, no hizo nada, y Chase tuvo un curioso pensamiento: ¿es esta mujer un PNJ? ¿Estoy de nuevo en el metaverso?

La incómoda sensación que le roía las entrañas le recordó un poco a cómo se había sentido en *Cerberus*, en la versión del infierno de Tony Metcalfe.

La mujer suspiró.

"¿Bajo qué nombre?" No puso los ojos en blanco, pero sus iris color avellana se desviaron ligeramente hacia arriba.

"Cha..." Iba a decir Chase, pero no tenía sentido. ¿Estaría bajo Brad? ¿Adams, tal vez?

¿Me lo dijo? ¿Mencionó Brad a qué nombre estaba la reserva? Debe haberlo hecho. Pero...

"Creo que están allí", dijo Georgina, señalando una mesa cerca de la esquina trasera derecha del restaurante.

A Chase se le cortó la respiración cuando los vio. Allí estaba Brad, tan guapo como siempre en el sentido más clásico, con el pelo castaño peinado hacia un lado. Estaba un poco más delgado y lucía una sombra de cinco en punto que a ella no le encantaba. Pero seguía siendo él, el hombre al que había amado y con el que se había casado.

Sentado junto a su ex marido estaba Félix. La última vez que Chase había visto a su hijo, tenía el pelo rubio, casi blanco, desgreñado, que le colgaba sobre las orejas y le cubría la frente. Ahora lo tenía más corto, desteñido por los lados y de un color rubio sucio que no era tan oscuro como el de Brad, pero se acercaba. Sin embargo, sus ojos eran del mismo llamativo azul.

A pesar de sus diferencias, eran las mismas personas que Chase conocía y amaba. El único problema era que ella era diferente. Ella había cambiado.

Brad levantó la vista del menú y la vio.

Levantó la mano en señal de saludo.

¿Era demasiado tarde para huir?

"Oh, sí, reserva bajo Félix. Por favor, sígame".

La mano de Georgina volvió a encontrar la suya y la apretó con fuerza. Era extraño que la joven la consolara cuando debería haber sido al revés. Era la primera vez que Georgina conocía a su primo y a su tío. Pero Chase agradeció el apoyo, lo necesitaba.

Cuando se acercaron a la mesa, tanto Brad como Felix se quitaron las servilletas del regazo y se levantaron para saludarles. Brad estaba más cerca, pero Chase no tenía ni idea de cómo interactuar con él. Empezó a levantar la mano, pero Brad se inclinó y la abrazó. Chase le correspondió con torpeza. El siguiente fue Felix y ella instintivamente fue a abrazarlo. Pero él se apartó de ella y le tendió la mano.

Una fisura se formó en el corazón de Chase, pero no obligó a Félix a hacer algo con lo que no se sentía cómodo. Estrechó la mano de su hijo. El apretón del chico era fuerte y profesional. Parecía ensayado.

Chase no estaba seguro de qué decir, pero Brad los salvó a todos de un silencio incómodo.

"Y esta linda joven debe ser Georgina."

"Culpable", dijo Georgina alegremente. "Encantada de conocerte, tío Brad".

Sorprendió a todos dándole a Brad un gran abrazo.

"No tan fuerte, me vas a romper las costillas", bromeó Brad. Georgina respondió abrazándolo aún más fuerte. Luego lo soltó y miró a Félix.

"No te gustan mucho los abrazos, ¿verdad? No pasa nada", le tendió la mano y Félix se la estrechó. "Me alegro de conocerte por fin. No tengo más primos".

"Yo... yo tampoco", dijo Félix dubitativo.

Todos se miraron durante unos segundos más, antes de que Brad dijera: "Venga, sentémonos. Tenemos mucho de qué hablar".

Capítulo 12

El agua caliente caía en cascada sobre el cuerpo de Brent. Estaba seguro de que ya se había duchado hoy, pero no lo recordaba. El día entero no estaba claro, como si todo estuviera cubierto de una película de cera.

"Oí que te llamaron a la oficina hoy", dijo Jackson. "Espero que no hayas hecho nada estúpido".

Brent se llenó la boca con el agua de la alcachofa de la ducha y luego escupió.

"Yo no he dicho nada."

Oyó un traqueteo y supuso que Jackson había encontrado su Zoloft. Jackson no había conocido ningún medicamento, con receta o sin ella, que no le gustara.

"Ethan me dijo que estabas actuando todo sus en la escuela. Todavía con esa mierda de que Emily está muerta".

Está *muerta*, pensó Brent.

"La vi", susurró.

No creyó que Jackson le oyera, pero un segundo después, el hombre corrió la cortina de la ducha. Brent, repentinamente expuesto, intentó cubrirse.

"No sabes de qué coño estás hablando", siseó Jackson. El hombre sólo tenía veintidós años, pero cuando se enfadaba así y su cara se ponía roja, parecía mucho mayor, parecía un tío borracho al que le hubiera dado un infarto a los cuarenta y tantos. "Y vas a mantener la puta boca cerrada".

Brent hizo una mueca.

"¿Qué pasó, Jackson? No me acuerdo de nada. ¿Qué coño ha pasado? Sé que fuimos a La Choza de fiesta. Si hubo un accidente y algo le pasó a Emily..."

La mano de Jackson salió disparada y plantó la palma en el centro del pecho desnudo de Brent, forzándolo contra la pared de azulejos.

"No estábamos allí", dijo Jackson. "Nadie estaba allí, ¿entiendes?"

"Pero..."

Jackson volvió a empujarle, esta vez lo bastante fuerte como para dejar a Brent sin aire en los pulmones.

"No fuimos a La Choza, ¿entendido?"

"De acuerdo".

"¿Qué?"

"Vale, lo tengo."

Jackson se llevó la mano al pecho y miró a Brent con los ojos

entrecerrados, asegurándose de que captaba el mensaje.

"No estábamos allí."

Brent sintió que se le saltaban las lágrimas y se obligó a no llorar.

Jackson le soltó por fin y puso el dial del agua en frío. Brent aspiró con fuerza.

"Creo que te has saltado una dosis", dijo Jackson, recogiendo las pastillas de Brent del mostrador y lanzándoselas. El envase le golpeó en el hombro y cayó a la bañera. "Tómate tus putas medicinas, Brent. Y mantén la boca cerrada".

Y luego se fue, dejando a Brent temblando y llorando bajo una lluvia helada.

***

La pierna de Brent repiqueteaba furiosamente en el asiento delantero de su coche mientras esperaba a que Ava volviera a casa del colegio.

A pesar de las amenazas tanto de Jackson como de Carlos, Brent no podía simplemente "olvidarlo". Eso era ridículo. Le estaban mintiendo, todos ellos. Habían estado en The Shack el sábado por la noche.

Él mismo, Theo, Ethan, Jackson, Ava, Natalia y Laura. La pandilla.

Y Emily, por supuesto.

¿Qué coño ha pasado?

Otra posibilidad entró inesperadamente en la mente de Brent. Tal vez todo esto no era más que una trampa. Tal vez Em había contado finalmente a todo el mundo que él la había abofeteado, y todos sus amigos se habían vuelto contra él. Todo esto podría ser sólo un elaborado plan diseñado para hacerle perder la cabeza como venganza. Poco probable, pero no fuera de lo posible. A Jackson no se le ocurriría algo así solo, ¿pero con la ayuda de Ethan y Laura? ¿Tal vez incluso Ava, ya que solía ser la mejor amiga de Emily antes de la ruptura?

Es posible.

¿Pero el maquillaje? Parecía *tan* real. Y Em estaba *desnuda*. Desnuda, *desnuda*. No era una mojigata, pero estaba lejos de ser una exhibicionista. ¿Iría tan lejos para recuperarlo? Y si era así, ¿por qué ahora? ¿Por qué tres meses después de la ruptura?

Brent vio a Ava y Laura doblando la esquina y se le encogió el corazón. No quería hablar con ellas juntas. Quería hablar con Ava. Si alguien le diría la verdad, si alguien aún se preocupaba por Emily, era ella. Pero entonces Ava y Laura se abrazaron, la primera se dio la vuelta y la segunda siguió recto.

Brent esperó hasta que Ava estuvo a dos puertas de su casa, una casa considerablemente más grande que la suya, antes de saltar del

coche. Intentó que el encuentro pareciera casual, agitando la mano mientras se acercaba, pero cuando Ava se fijó en él, se le borró la sonrisa de la cara.

"¿Ava? ¿Podemos charlar?" preguntó Brent al acercarse.

Ava tenía rasgos estrechos y era demasiado delgada para el gusto de Brent. Hombros huesudos, pechos firmes y turgentes, y prácticamente ningún culo. Cuando se recogía el pelo rubio detrás de las orejas, como lo llevaba peinado ahora, estaba mona, pero eso era lo mejor que iba a conseguir. Ava no era tan guapa como Emily.

"¿Brent? Estás hecho una mierda", comentó Ava, frunciendo los labios pintados.

"Lo sé, lo sé. No he... no he dormido bien. Pesadillas después de lo que pasó el sábado".

Una nube recorrió las facciones de Ava y se lamió el labio inferior con nerviosismo.

"¿Qué quieres decir?"

Mierda.

Esperaba hacerla tropezar.

"Quiero decir, después de La Choza. Mi memoria está jodida". Brent se dio un golpecito en la frente. "Creo que bebí demasiado o algo así".

"¿No te acuerdas?" Ava sonaba casi acusadora.

"¡No!" Brent levantó las manos. "No recuerdo una mierda. Simplemente me desperté en el coche -el coche de Jackson, sí, era su Chevelle- sin mi teléfono. Volví a cogerlo y... joder, entonces fue cuando vi el cuerpo de Em. Si sabes algo, por favor..."

"¿Su... *cuerpo*?" Las palabras de Ava salieron como meros jadeos. "¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres decir con su cuerpo*?"*

La sorpresa de Ava parecía genuina, lo que iba en contra de la idea de una trampa, no es que Brent realmente había puesto mucho en esto en el primer lugar.

Antes de que rompieran, Em, Ava, Laura y Natalia habían sido inseparables. Como él, Ethan y Theo, pero más unidos. Pero entonces la mierda golpeó el ventilador. Brent sabía que era culpable, que no importaba lo que Em hubiera dicho, nunca debería haberla golpeado. Eso estaba prohibido y admitirlo supondría el fin de su vida social. Incluso podría arruinar sus posibilidades de entrar en la universidad, que, a decir verdad, se habían vuelto más sombrías después de su lesión y sus exámenes parciales bombardeados. Así que Brent había pasado a la ofensiva, afirmando que Em le había engañado con Carlos. Esperaba que ella replicara que él la había abofeteado, y Brent estaba dispuesto a decir tonterías, pero por lo que él sabía, Em nunca había dicho nada sobre lo que él había hecho.

Y cuando Em apareció cogida de la mano de Carlos sólo tres días después de que se separaran, su destino estaba sellado. Las chicas

tenían que elegir un bando, y nadie quería estar del lado de la zorra que se acostaba con el becario. Al fin y al cabo, era el instituto y el estatus lo era todo. Especialmente en la Academia Tenbury, donde la mayoría de los padres tenían un patrimonio neto de unas ocho cifras.

Pero eso no cambiaba el hecho de que Ava aún se preocupaba por Em.

"¿Brent? ¿Qué quieres decir con su *cuerpo*?"

Brent tragó saliva, tratando de humedecer la garganta. Esta vez se había tomado tres Zoloft y sintió la conocida sensación de boca de algodón. Al menos esta vez las pastillas parecían ayudarle, calmarle, no como antes, cuando le habían hecho perder el conocimiento y se había despertado sintiéndose peor.

Y aunque los medicamentos no habían hecho nada por su memoria, le hacían pensar con un poco más de claridad. Tal vez decirle a Ava, la que una vez fue la mejor amiga de Em, que él, un ex novio despechado, había descubierto su cadáver desnudo cuando no tenía *todos* los datos, no fuera lo más inteligente.

"Quiero decir, ella estaba allí, ¿verdad?" Brent dijo, tratando de dirigir la conversación de una admisión a un ejercicio de búsqueda de hechos.

"Brent, ¿qué le pasó a Em?"

Cambió el peso de un pie a otro, arrepintiéndose poco a poco de su idea de enfrentarse a Ava.

"No lo sé, esa es la cosa. No me acuerdo".

"Pero dijiste que viste su *cuerpo*".

Brent se lamió los labios.

"Sólo quería decir que sé que ella estaba allí, pero no recuerdo nada más. Quizá si me contaras algo de aquella noche, podría...", dejó escapar la frase.

"¿No conseguiste lo que querías?" dijo Ava, enfadándose de repente. "Tú te quedaste con tu círculo de amigos y Emily se quedó sin nada".

"¿Qué quieres decir?" dijo Brent por reflejo. "Ella me engañó. Fue su elección".

Había algo diferente en Ava. Se había entristecido cuando su amistad con Emily se había roto, pero nunca se lo había echado en cara a Brent.

Hasta ahora.

"Si yo fuera tú, me olvidaría de que estuvimos allí."

"¡Todo el mundo sigue diciendo eso!" Brent casi gritó. "¿Pero *por qué*?"

Ahora estaban en la puerta de Ava. Ella la abrió con la llave y volvió a mirarlo.

"Porque si algo le pasó a Em, fuiste tú el responsable. *Tú* eres el

responsable de todo esto, Brent".

Y entonces Ava le cerró la puerta en las narices.

Capítulo 13

"No, en serio, es lo peor que puedes comer. *Jamás"*. Félix sorbió una hebra de espaguetis. "¿Cómo se llamaba, papá? ¿Esa cosa de pescado apestoso?"

"Surströmming", dijo Brad en lo que a Chase le pareció un acento sueco bastante bueno. "Y no es una cosa apestosa de pescado; es arenque fermentado".

Félix sacó la lengua e hizo la mímica de meterse un dedo en la garganta.

"Ew", dijo Georgina. "Eso suena asqueroso".

Chase observó cómo la chica daba vueltas a sus espaguetis. Georgina miró supersticiosamente a Chase, claramente deseosa de sorber como Félix, pero resistió el impulso. Esto hizo sonreír a Chase.

Las cosas iban mucho mejor de lo que ella podría haber esperado. Por supuesto, Félix estaba frío cuando llegaron, un apretón de manos*, por favor, nada de abrazos,* pero pronto se animó. Y eso se lo tenían que agradecer a Georgina. La chica había metido a Felix en una conversación sin problemas, arrastrándolo, si no a patadas y gritos al menos, clavándole los talones, haciéndole preguntas sobre cómo era vivir en Suecia.

Estaba bueno, aparentemente, aparte del Surströmming.

"¿Intentas parecer mayor?" dijo Brad, tomando un sorbo de vino tinto.

"¿Mayor?"

"Sí, tu pelo".

"Oh, eso es... una larga historia."

"Tengo tiempo".

"También es una historia para un público diferente". Chase señaló hacia Félix y Georgina, que se reían de algo. "¿Y la barba? ¿Se supone que eso te hace parecer *más joven*? ¿Más moderno?"

Brad se frotó la barba incipiente de la barbilla.

"¿Ah, sí?"

"No."

"Tal vez se me olvidó entonces", dijo Brad con una risita.

"Sí, claro. Cero posibilidades de eso. Puede que Suecia haya cambiado tus hábitos alimenticios y de aseo, pero tendrías que vivir en Marte para 'olvidarte' de afeitarte."

Brad se rió y Chase sintió que sus mejillas se sonrojaban. Cogió su propio vino y tragó un bocado.

Es sólo el alcohol, se mintió a sí misma.

Era extraño lo fácil que le resultaba volver a sentirse cómoda con Brad, a pesar de las circunstancias tan incómodas. Antes de salir del país, el hombre había hecho todo lo que estaba en su mano para ayudarla, para mantenerla a flote, pero Chase se había empeñado en ahogarse. Al final, Brad se había venido abajo. Luego, cuando había surgido la oportunidad de trabajo en Suecia, había cogido a Felix y se había marchado. Brad era un buen padre y, si la actitud y el comportamiento de Félix esta noche eran un indicio, seguía siéndolo en el extranjero. Chase no culpaba al hombre por querer proteger a Félix e irse. La verdad era que, en aquel momento, Chase tenía dificultades para cuidar de sí misma y mucho menos de un niño.

Todo esto tenía sentido, al menos a cierto nivel. Lo que no tenía sentido era por qué Chase no se había esforzado más por contactar con ellos. ¿Cuántas veces los había llamado? ¿Cinco? ¿Seis? Seguramente menos de una docena.

¿Por qué?

Chase no estaba preparada para responder a esa pregunta, era algo que incluso al doctor Matteo le habría costado mucho resolver, pero el hecho de darse cuenta de ello no impidió que la pregunta siguiera carcomiéndola.

Dedicaste todo este tiempo y esfuerzo a tu sobrina pero abandonaste a tu propio hijo.

¿"Chase"? Los dos hemos terminado. ¿Podemos coger un chicle de la máquina de delante?" Georgina inclinó su cuenco para demostrar que se lo había comido todo. Felix hizo lo mismo.

Sólo los mejores establecimientos italianos tienen máquinas de chicles a la entrada, pensó Chase.

"Claro". Ella dudó. "Quiero decir, si te parece bien."

Brad se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas.

"No se metan en problemas, ustedes dos".

Y luego se fueron. Chase vio alejarse sus cabezas y, por una vez, no se sintió angustiada por no tener a Georgina a su lado en público.

"¿Estás bien?"

Chase volvió a mirar a Brad.

"¿Sabes qué?", dijo, optando por la sinceridad en lugar de arremeter, que era su mecanismo de defensa habitual cuando alguien le preguntaba cómo le iba. "No siempre ha sido fácil, pero creo que ahora estoy mejor. Gracias".

Un hombre diferente podría estar amargado por esto, un hombre diferente podría ponerse de espaldas, decir, *bueno, supongo que estabas mejor sin mí, entonces*. Pero no Brad. Brad parecía complacido.

"Me alegro. De verdad, Chase".

Joder, ¿por qué tienes que ser así? ¿Por qué no puedes cabrearte y largarte de aquí como una persona normal?".

"¿Y tú? ¿Tú y Félix?" Sólo decir el nombre de su hijo exacerbaba su culpabilidad.

"No te voy a mentir, fue duro adaptarse a la vida en Suecia, y", bajó un poco la voz, "el Surströmming es absolutamente repugnante, incluso el olor es suficiente para darte ganas de vomitar. Pero nos las arreglamos. Y déjame que te hable un poco de Félix, es tu hijo. Terco como el infierno. Pero nos va bien".

De todas las cosas, esto hizo llorar a Chase. No un sollozo, sino dos silenciosos chorros que le caían por las mejillas. Se dispuso a secárselos, pero Brad se le adelantó.

Y entonces se sonrojó.

"Lo siento", dijo y empezó a retirar la mano, pero Chase le agarró la muñeca. Cuando se habían abrazado antes, no habían hecho contacto piel con piel. Y, por primera vez en mucho tiempo, ella no había estado pensando en su vudú.

Pero ahora que se habían tocado, Chase vio algo. Un destello, pero no de una muerte violenta o un crimen como los que había visto innumerables veces antes. En su lugar, se vio a sí misma el día de su boda, con la cabeza echada hacia atrás entre risas y el pelo, más largo y oscuro entonces, alborotado por la brisa.

Fue hermoso y Chase no pudo evitar que cayeran más lágrimas.

"Está bien, puedes tocarme".

Y ella también lo deseaba. Ella *realmente quería* que él, y no sólo su cara, tampoco.

Jesús, ¿qué me pasa?

Brad se sintió incómodo y carraspeó.

"La razón por la que he vuelto es que tengo una oportunidad de trabajo en Estados Unidos. Es en Chicago. Un trabajo muy, muy bueno. Más dinero, mejor horario y es lo que realmente quería hacer".

Chase sintió mariposas en el estómago.

"¿De verdad? ¿Y Félix?"

"¿Te refieres a cómo se sentiría con la mudanza?"

"Sí."

Brad se encogió de hombros.

"Para serte sincero, ¿la educación que recibió en Suecia? Va a estar años luz por delante de sus compañeros de clase aquí. Eso no será un problema. En el aspecto social, es testarudo como el demonio, te lo tiene que agradecer a ti, pero adaptable. Y es un buen chico".

"Lo hiciste bien, Brad. No puedo agradecerte..."

"Te he echado de menos", interrumpió Brad. Miraba su tazón de carbonara medio vacío y el pelo le había caído sobre la frente.

Chase tenía tantas ganas de estirar la mano y apartar aquel pelo. Y luego quiso besarlo. Pero entonces pensó en Tate y Rachel y en la pequeña vida que habían empezado a forjarse juntos. No era gran

cosa, no sabía lo que era, en realidad, pero sabía que no se merecía a ninguno de los dos.

Probablemente, el Dr. Matteo pensó que advirtiendo a Chase sobre sus mecanismos de afrontamiento le resultaría más fácil reconocer los patrones. ¿Pero cómo dice el dicho de Joseph Heller? *¿Sólo porque estés paranoico no significa que no estén tras de ti?*

Que quisiera acostarse con Brad no significaba que sus sentimientos no fueran legítimos.

"Yo también te he echado de menos", dijo Chase. Llegó a la conclusión de que era sincero.

Capítulo 14

Brent no tuvo más remedio que volver. Tenía que saber si lo que había visto era real. Y tenía que coger su teléfono. Nadie le diría lo que pasó el sábado por la noche -Brent también se dio cuenta de que había grandes secciones de la semana anterior que no podía recordar-, pero podría haber pruebas enterradas en sus fotos.

Pruebas...

Volver también era una idea terrible. Ava había intentado advertirle, aunque de forma extraña y agresiva, que si algo le había ocurrido a Emily, él sería el principal sospechoso. Pero no podía abandonarla. Después de todo, era inevitable que la encontraran. Faltaban dos semanas para el baile de graduación y todos los alumnos de último curso de Tenbury estarían en La Choza después de coronar al rey y a la reina. Y la idea de que sus compañeros tropezaran con su cadáver, desnudo y expuesto, era nauseabunda.

Todo esto era nauseabundo.

Brent tragó saliva tres veces seguidas. Si hubiera tenido algo en el estómago que no fuera Zoloft, podría haber vomitado de nuevo.

No dejaba de imaginarse a Emily, tumbada en el mugriento colchón, con aquellos ojos muertos clavados en él.

Como no quería dejar huellas de neumáticos, Brent aparcó en la carretera principal y se dirigió a pie hasta La Choza. Sólo había unos cinco o seis minutos a pie desde donde había dejado el coche, pero ese tiempo era suficiente para que la cabeza le diera vueltas. Intentó pensar en otra cosa, cualquier cosa que no fuera Emily, pero aquello se convirtió en su elefante rosa: dile a alguien que no piense en un elefante rosa e inmediatamente empieza a imaginárselo. Sólo que, en el caso de Brent Matthews, su elefante rosa era una ex novia muerta.

La Choza era un lugar diferente durante el día. Por la noche, era misteriosa, con un aire espeluznante, una vibración distintiva de la Bruja de Blair. Con el sol aún asomando entre los árboles, La Choza era simplemente eso: una choza, sucia, cubierta de grafitis y abandonada.

El exterior del edificio, de unos cuatro metros cuadrados, era de yeso blanco descascarillado por todas partes. Tenía lo que podría haber sido un tejado en algún momento, pero ahora consistía en más agujeros que cobertura. La gruesa y podrida puerta principal se abrió y Brent se sintió transportado instantáneamente a la última vez que había estado allí.

Recordaba haberse caído de La Choza y haber aterrizado a cuatro

patas, gritando que estaba muerta.

¿Cerré la puerta tras de mí?

No, no lo creía. Pero ahora estaba cerrado, más o menos, al menos lo suficiente como para que él no pudiera colarse. ¿Había estado alguien más aquí?

Brent se acercó a la puerta y se detuvo justo antes de tocarla.

Guantes. ¿Por qué no traje guantes?

Había tenido la precaución de aparcar a un kilómetro de distancia, pero no había traído guantes. No tenía sentido, su cerebro aún no funcionaba bien.

Aunque, mientras Brent usaba su bota para abrir la puerta, no pensó que los guantes fueran a cambiar las cosas. Después de todo, había estado aquí, había estado bebiendo aquí, había estado pasando el rato con todo el mundo. Su ADN y sus huellas dactilares estaban probablemente por toda La Choza.

El hedor a alcohol, cigarrillos y marihuana acosó a Brent nada más entrar. Le provocó arcadas y se tapó la nariz y la boca con la camiseta.

Había botellas por todas partes, tiradas por el suelo, y las colillas de cigarrillos cubrían casi todas las superficies planas.

A Brent no le interesaban.

Sus ojos se dirigieron a la escalera. Su teléfono estaba allí abajo.

Y *ella también*.

Corre, sólo corre. Vuelve a tu coche y sigue conduciendo. Sigue conduciendo y no te detengas.

Pero algo le impulsó a seguir adelante. Desencadenado por la escalera baja, los recuerdos volvieron a él. No un diluvio, sino más de esos destellos irritantes.

Ava riendo con Em. Jackson fumando. Su propia mano temblando ligeramente mientras tomaba un sorbo de cerveza.

Con el tiempo, estas imágenes se unieron para formar una narración más coherente.

Brent vio a Em bajando las escaleras y la siguió.

¿Por qué?

Odiaba el sótano espeluznante. Odiaba el olor a tierra; odiaba la falta de luz.

El ensueño se encontró con la realidad, y Brent descendió a un sótano que ni siquiera debería existir. Cada paso parecía más difícil que el anterior, como si sus Chuck Taylors no estuvieran hechas de lona y goma, sino de cemento y armadura. Cuando llegó abajo, el corazón le latía en el pecho con tanta fuerza que todo su cuerpo se estremecía.

No mires, no mires.

Pero tenía que mirar. Salvo que, desde su posición ventajosa, Brent sólo podía ver la cortina medio cerrada y no el interior de lo que una

vez estuvo destinado a ser un armario eléctrico.

Vio su teléfono tirado en la tierra. Sólo estaba a unos tres metros de él, pero eran los tres metros más difíciles que Brent había atravesado nunca.

Incluso agacharse para recogerlo parecía una tarea hercúlea. Pero lo consiguió. Y con el teléfono en la mano, afortunadamente no agrietado ni roto, aunque muy muerto, Brent giró la cabeza y la vio.

La Choza podía ser un lugar muy diferente durante el día, pero Emily Dawson estaba igual: muerta. Tenía cataratas en los ojos y las moscas le zumbaban en la cara. Su piel estaba más pálida y tenía telarañas de venas azules en la cara y el pecho. En la garganta se veían claramente moratones oscuros.

"No", gimió Brent. "No."

Acababa de pronunciar la palabra cuando oyó un ruido detrás de él. Lo primero que pensó fue que se trataba de la rata gigante que había visto la última vez que estuvo aquí. Pero ninguna rata era tan grande. Ni siquiera una que tuviera a Emily Dawson como bufé.

"¿Qué has hecho? ¿Qué coño has hecho?" En algún lugar de la mente de Brent, se dio cuenta de que era la voz de Carlos, y recordó la amenaza del hombre de antes.

Si le haces daño, si le vuelves a *hacer daño, te mataré, Brent.*

Pero incluso cuando el hombre lo abordó, Brent no hizo nada para defenderse. No podía apartar los ojos de Em.

¿Qué pasó, Em? ¿Qué te ha pasado?

Unas manos le rodearon la garganta y apretaron.

¿Em? Lo siento mucho. Yo... te quiero.

Su visión empezó a hacerse túnel, enfocando aún más los rasgos de Em, como la luna amplifica los rayos del sol durante un eclipse.

Te quiero.

Justo antes de que se apagaran las luces, Brent registró otro sonido. Botellas siendo pateadas y rotas en el piso de arriba.

¿Quién es?

No importaba. Nada importaba.

Em estaba muerto.

Se oyó un grito y Carlos le quitó las manos de la garganta. Brent aspiró instintivamente aire fresco y las estrellas motearon su visión cuando una oleada de sangre inundó sus retinas.

No, no merezco vivir.

"¡Departamento del Sheriff de Hawkesbury! ¡Levanten las *malditas* manos!"

Capítulo 15

"¿Cómo ha ido?" Tate preguntó en el momento en que entraron por la puerta principal.

"Oh, fue genial". Georgina respondió alegremente. "Felix es tan agradable. *Muy simpático*. Y tiene tantas historias sobre Suecia. ¿Sabías que comen ese pescado que está como podrido?"

"No podrido", corrigió Chase. "Fermentado".

"Bueno, Félix dijo que olía a podrido, eso seguro". Georgina se pellizcó la nariz y Rachel se rió.

"¿Por qué no le cuentas a Rachel todo sobre tu cena mientras se preparan para ir a la cama?" Tate sugirió.

"Claro. Oye, Rachel, Félix dijo que en la escuela primaria pasan la mayor parte del día afuera. También..."

La voz excitada de Georgina quedó ahogada por el sonido del telesilla que llevaba a Rachel escaleras arriba.

Cuando las chicas estuvieron fuera del alcance de sus oídos, Tate sirvió a Chase un vaso de vino de la botella que había empezado, y a medio terminar, antes de rellenar su propio vaso.

"¿Y? Aparte de aprender sobre Surströmming, ¿cómo fueron las cosas?"

Chase había empezado a llevarse el vaso de vino a los labios cuando se detuvo.

"Espera, ¿cómo sabes lo de Surströmming?"

Tate se alisó el bigote.

"Qué puedo decir, soy un hombre culto".

Cuando Chase esperó una explicación menos trillada, se encogió de hombros y añadió: "Es mi trabajo saber cosas".

"¿Sabes también que Brad tiene una entrevista en Estados Unidos? ¿En Chicago?"

Tate apartó inmediatamente la mirada, lo que fue respuesta suficiente.

"Eso no es justo, Tate, mirándolo así. ¿Qué has hecho? ¿Usar los ordenadores del FBI para investigar a mi ex-marido? ¿O tal vez usar a uno de los chicos de Stu para hackear su e-mail?"

Tate ignoró las dos últimas preguntas.

"Sólo hice un pequeño reconocimiento. Como si tú no hicieras lo mismo. ¿Como si no hubieras investigado a mi mujer? ¿A Robin?"

La tenía allí; eso era exactamente lo que había hecho Chase. Tate le había hablado del accidente, de la detención y posterior condena de su mujer, pero había algo que no encajaba. Sin embargo, su

"investigación" no había revelado ninguna señal de alarma. Robin Abernathy había alegado que la causa del accidente había sido el tiempo y no su concentración de 0,09 de alcohol en sangre. El juez no estuvo de acuerdo y la condenó.

"No es lo mismo", dijo Chase. Tomó un gran trago de vino. "Y tú lo sabes".

"Lo que sé", replicó Tate, "es que estoy disfrutando de mi tiempo contigo, Chase. Creo que Georgina también ha sido una bendición para Rachel. Así que, sí, cuando tu ex-marido ruge en la ciudad y básicamente corres a su encuentro, hice un poco de investigación".

"No me apresuré a verlo". Chase se estaba poniendo a la defensiva, pero no podía evitarlo. Pensó en cómo se había sonrojado cuando Brad le tocó la mejilla. La familiaridad podía generar desprecio, pero también reconfortaba.

"Vale, puede que no. Pero cuando entraste por esa puerta hace menos de cinco minutos, estabas resplandeciente. No estoy demasiado orgulloso de admitir que estoy preocupado. Especialmente porque estás evitando mis preguntas sobre cómo fueron las cosas, y no estoy hablando de arenques fermentados. Estoy preguntando por ti. Estoy preguntando por *él*".

"Pero no estás preguntando por mi hijo, ¿verdad, Tate?"

Take torció la cara. Esto también era injusto. Era mucho para el hombre, pero Chase estaba enojado y no necesariamente con él.

"Bueno, tu falta de respuesta es respuesta suficiente", dijo Tate, dándole la espalda.

Chase sabía que debía decir algo, calmar sus preocupaciones, pero no estaba segura de cómo. Ella no era como Tate, no podía fingir. Ella era real, siempre real.

Dolorosamente real.

Tras terminar su vino en silencio, Chase se dirigió al piso de arriba. Aunque Georgina tenía su propia habitación, solía dormir en un colchón hinchable en el suelo junto a Rachel. Esto había reducido drásticamente los terrores nocturnos de la niña, que habían pasado de ser nocturnos a producirse una vez cada tres días más o menos.

Chase se asomó a la habitación y escuchó por un momento las risitas de las chicas.

"No quiero interrumpir, sólo quería daros las buenas noches, chicas".

"Buenas noches, Chase", dijeron al unísono Rachel y Georgina.

"Buenas noches, tontos".

Estaba a punto de irse a la cama cuando Georgina volvió a llamarla.

"¿Chase?" Su tono era serio.

"¿Sí?"

"Me gusta Felix. Y me gusta Brad. ¿Van a formar parte de nuestra familia también? ¿Van a mudarse aquí con Rachel, Tate y nosotros?"

La pregunta pilló desprevenido a Chase. Alguien de la edad de Georgina, especialmente alguien tan brillante como ella, probablemente debería comprender mejor la dinámica de una familia normal. Pero, de nuevo, la educación de la chica había sido cualquier cosa menos normal. Al principio había sido criada por su padre de mierda y un puñado de madres adoctrinadas en un recinto aislado. Luego se había mudado a la zona rural de Nueva York con Chase, pero prácticamente dividía su tiempo con Louisa y sus hijos. Luego se trasladaron temporalmente a Virginia con Tate y Rachel.

Así que, sí, la pregunta era válida.

"No estoy seguro, Georgina. Brad está solicitando trabajo, pero no sabrá hasta dentro de unas semanas si se queda o no".

Pero antes de que Georgina pudiera rebatirla, como Chase sabía que haría, volvió a darle las buenas noches y cerró la puerta.

En lugar de ir al baño a lavarse, Chase decidió volver abajo. No había sido justa con Tate. Tenía una disculpa en la punta de la lengua, pero la contuvo cuando vio a Tate de pie en el rellano inferior. Lo primero que pensó fue que estaba escuchando a escondidas, pero su expresión le hizo pensar lo contrario. Parecía serio, no atrapado.

"¿Qué pasa?" Chase preguntó.

"¿Sabías que durante la Primera Guerra Mundial, en el Frente Occidental, los soldados aliados y del Centro decidieron dejar de dispararse durante la Navidad? Ni siquiera fue algo declarado, sólo una tregua temporal".

"¿De qué estás hablando?"

"Lo que estoy diciendo, es que nuestra primera pelea va a tener que ser pospuesta por un tiempo". Tate levantó su teléfono móvil. "Era el director Hampton: la CVU acaba de recibir su primer caso y vamos a tener que irnos... *esta noche*".

PARTE II - La Choza

Capítulo 16

En cuanto vio a Harold Grimes, sheriff del condado de Hawkesbury, Chase supo que no iban a llevarse bien. Era un hombre grande y corpulento, con un espeso bigote considerablemente más oscuro que su corto pelo canoso. El rostro del hombre era duro, como de cuero desgastado, lo cual resultaba extraño teniendo en cuenta que estaba a cargo de poco menos de veinte mil personas que vivían en la adormecida ciudad de Pensilvania y sus alrededores. Chase no había tenido ocasión de investigar el índice de criminalidad de Hawkesbury, pero suponía que era más bajo, mucho más bajo, que la media nacional. Sin embargo, el sheriff Grimes se presentaba como alguien que pasaba sus largos días persiguiendo a criminales empedernidos y no poniendo multas por exceso de velocidad o citaciones por alguna ocasional infracción de ruido. Tras pensárselo un momento y dado que lo único que Chase sabía de la ciudad era que albergaba la prestigiosa Academia Tenbury, un instituto privado para gente acomodada, añadió el consumo de alcohol entre menores a la lista.

Tate, que era casi tan experto en percibir una fricción inminente como en cambiar sus galones, tomó la delantera sin vacilar.

"Mira, lo entiendo, de verdad, pero la cosa es así: nosotros", Tate hizo un pequeño gesto con el dedo indicando a Chase y a sí mismo, "no podemos elegir nuestros casos, simplemente vamos donde nos mandan. Y el jefe, bueno, ha puesto en marcha esta nueva unidad, la CVU -sí, suena cursi, lo sé-, y quiere ponerla en marcha. Así que estamos aquí para echar una mano en lo que podamos, no para hacernos cargo. Y cuanto mejor trabajemos juntos, antes podremos dejar de molestarte y volver a Virginia".

El sheriff se erizó y Chase pensó que tal vez Tate había cometido un raro error al acercarse a aquel hombre. Pero entonces el hombretón empezó a asentir.

"Vale, lo entiendo. Sólo que no esperaba que fueran dos o que llegaran tan rápido".

El hombre tenía un acento sureño, que Chase no supo identificar. ¿Luisiana, tal vez? ¿Kentucky?

"Genial. Ahora..."

"Pero", el sheriff levantó una mano, "su estancia podría ser más corta de lo esperado. El caso, por lo que a mí respecta, ya está resuelto".

Tate enarcó una ceja.

"¿De verdad? ¿Tienes a alguien detenido?"

Era como si Chase ya no estuviera allí, lo cual le pareció bien. Permaneció atenta a la conversación mientras observaba los alrededores. La escena del crimen se encontraba a unos quince kilómetros del centro de la ciudad, enterrada en un bosque de robles y nogales, cuyo emplazamiento recordaba a Chase un poco a su casa del estado de Nueva York. Sólo que ésta era más descuidada y orgánica, mientras que la suya, como casi todo en Nueva York, parecía deliberada y fabricada.

A ella le gustaba.

El edificio, al que Chase ya había oído referirse como La Choza en más de una ocasión, no. Su estado de deterioro no era lo único que lo convertía en un adefesio. Era la extrañeza de que estuviera aquí, en un estrecho camino de tierra bien escondido de la carretera principal, lo que le producía una sensación incómoda en las tripas. Sólo pasaban cosas malas en un lugar tan aislado.

Chase hizo unas cuantas fotos del exterior de La Choza, cubierto de grafitis, y luego del camino de tierra. Había tres coches del departamento del sheriff aparcados delante del edificio, y probablemente otros innumerables vehículos que habían ido y venido antes de que ellos llegaran, lo que hacía que las huellas de neumáticos que pudiera identificar más tarde fueran probablemente inútiles, pero no estaba de más ser minucioso.

"Se llama Carlos Mendoza", continuó el sheriff. "Le pillamos aquí con otro chico del instituto. Carlos había tirado al chico al suelo y estaba encima de él, con las manos alrededor de la garganta". Chase se encogió interiormente cuando el sheriff Grimes, con un gusto excepcionalmente malo, hizo la mímica de un estrangulamiento.

"Mierda", respondió Tate. Su voz también había adquirido un tono un poco áspero, y Chase se maravilló una vez más de la capacidad de aquel hombre para transformarse a la perfección en uno de los chicos. "¿Carlos... ¿Martínez?"

"Mendoza", corrigió el sheriff.

"¿Es de por aquí?"

El sheriff emitió un sonido *hmph mientras se dirigían* a la puerta principal, flanqueada por dos ayudantes que a Chase le parecían porteros a tiempo parcial. La puerta en sí, de madera gruesa que, como el resto de la casa, había vivido tiempos mejores, colgaba tanto como permitían sus oxidadas bisagras.

Los hombres no dijeron nada al entrar.

"¿De por aquí? Sí, supongo".

"¿Va a esa escuela de lujo? ¿La Universidad Denbury o lo que sea?"

"Academia Tenbury". Tate tenía una memoria como un tornillo de banco de acero; este error, Chase lo sabía, era deliberado, al igual que el haber metido la pata con el apellido de Carlos. "Sí, va allí. Becado".

Chase observó que el sheriff no había dicho que Carlos recibiera una beca, sino que era un chico becado. Esto le sugirió una etiqueta y tuvo la impresión de que no era una favorable.

"Beca, ¿eh? Supongo que Tenbury no es barato".

"No lo sé."

El sheriff siguió con una risita seca y sin gracia. Sólo dos chicos bigotudos tirándose los trastos a la cabeza.

La Choza olía como Chase esperaba que oliera: húmeda y mohosa, con matices de alcohol, hierba y cigarrillos. El suelo estaba lleno de botellas y latas. La habitación en sí era anodina. Probablemente, el constructor de la cabaña la había concebido como una especie de sala de estar. En la parte trasera había lo que podría haber sido una cocina, pero Chase sólo la reconoció como tal por la encimera, que, aunque muy estropeada y dañada, estaba casi intacta. El edificio carecía de electricidad, pero el piso de arriba estaba bien iluminado, ya que la luz del sol evadía de algún modo el bosque circundante para colarse por las innumerables ventanas rotas. Chase vio una puerta, una abertura detrás de la cocina sin puerta propiamente dicha, que conducía a una escalera descendente, donde sospechaba que no llegaba la luz.

"Entonces, ¿supongo que aquí es donde a los chicos les gusta venir y escaparse? ¿Para soltarse un poco?" preguntó Tate mientras golpeaba una botella de cerveza con la punta de su zapato.

"Es una tradición. Los chicos de Tenbury vienen aquí un par de veces al año. Normalmente, no tienen ningún problema".

Sí, claro. ¿Chicos menores de edad bebiendo y fumando hierba en una choza fuera de la red? ¿Qué podría salir mal?

Bueno, una chica de instituto estrangulada hasta la muerte, para empezar.

"¿Carlos y... cómo se llama el otro chico? ¿El que Carlos estaba atacando?"

"Brent Matthews. Buen chico, conozco bien a su padre".

Chase tuvo la impresión de que Tate alzaba la voz en su beneficio, pero pensó que ya había oído suficiente. El sheriff Grimes pensaba que el caso estaba cerrado y presentaría sus pruebas de forma que reflejaran esta opinión.

Chase prefería un enfoque más imparcial.

Se escabulló de los dos hombres y se dirigió a la escalera. A diferencia de la sala de estar principal, que al menos tenía un contrapiso de madera contrachapada, el suelo del sótano no era más que tierra compactada. Quienquiera que lo hubiera excavado ni siquiera se había molestado en poner cimientos. También era curioso por qué La Choza tenía un sótano.

A Chase le recordaron las jaulas de tierra en las que Brian y Tim

Jalston les habían metido a ella y a su hermana hacía tantos años.

Estar rodeado de tierra es una forma excelente de amortiguar los gritos.

Chase se estremeció.

"Whoa, whoa, no puede estar aquí abajo, señora. Esto es la escena de un crimen."

El departamento del sheriff de Hawkesbury había colocado una serie de focos para iluminar el sótano, con especial atención a una esquina trasera. La voz procedía de esa dirección, pero cuando dio un paso adelante, Chase estaba mirando hacia la luz y solo pudo distinguir su silueta.

"¿Señora?"

Señora. Chase negó con la cabeza.

"Chase Adams, FBI", dijo, sacando su placa y mostrándola. El hombre siguió avanzando y acabó tapando la luz lo suficiente como para que ella pudiera ver mejor sus rasgos.

El ayudante del sheriff era joven, de unos veinte años, con rasgos casi opuestos a los del sheriff en todos los sentidos. Era alto y delgado, de rostro suave y ojos casi compungidos.

Le cogió la placa con cuidado y la examinó. Parecía impresionado cuando se la devolvió.

"Vaya, el FBI, ¿eh?"

Chase no sintió necesidad de decir nada, y el joven ayudante del sheriff captó la idea.

"Lo siento". Le ofreció una sonrisa infantil. "Ayudante Jardine."

Una vez más, Chase permaneció en silencio. Ella ya le había dicho su nombre.

El ayudante del sheriff se aclaró la garganta y se puso manos a la obra.

"Esta zona es donde encontramos a Carlos y Brent peleando". Chase señaló una silla de jardín volcada y una zona con impresiones frescas en la tierra. "Y aquí detrás, tras la cortina y sobre el colchón, es donde encontramos a Emily Dawson".

El ayudante del sheriff se dio la vuelta y la condujo de vuelta por donde había venido. Chase tuvo que andar con cuidado para no patear las botellas y latas sueltas.

"Hemos hecho todo lo posible por mantener a la gente alejada, por si conseguíamos buenas huellas que pudieran coincidir con las de un sospechoso", dijo la ayudante Jardine, fijándose en sus cuidadosos movimientos. "Pero como es de esperar, no tenemos grandes esperanzas en nada de eso. Demasiados chicos han ido y venido a lo largo de los años. Lo mismo para el ADN, las huellas dactilares, ese tipo de cosas".

El hombre tenía razón. Encontrar pruebas utilizables aquí iba a ser casi imposible.

"Emily estuvo aquí".

Con una mano enguantada, el ayudante del sheriff descorrió una cortina mugrienta para dejar al descubierto una pequeña alcoba donde alguien podría haber tenido el designio de poner un calentador de agua algún día. En el suelo yacía el colchón. Estaba tan manchado que cualquier diseño que hubiera podido haber en él -flores, rayas, incluso el dibujo de una bobina- era imposible de discernir. Igual de clandestino era el color original. Probablemente blanco, supuso Chase, pero ahora era una mezcla de marrón y amarillo, como mostaza oxidada.

Le costaba imaginar quién usaría un colchón así. La gente siempre decía que los adolescentes eran repugnantes, pero incluso los lujuriosos niños ricos borrachos y hormonales tenían sus límites. Esto era sobrepasarlo.

Haciendo caso omiso del ayudante del sheriff, que seguía divagando sobre cosas sin importancia, Chase se puso en cuclillas e inspeccionó el colchón más de cerca. Se imaginó a Emily Dawson tumbada de espaldas, desnuda, como aparecía en la fotografía que le había proporcionado el director Hampton. Era surrealista, casi imposible de imaginar.

"El CSU tomó algunas muestras, pero... sí, hay mucho fluido corporal acumulado a lo largo de los años".

Chase sacó unas cuantas fotos con su móvil y se levantó, estirando la espalda.

Por mucho que no quisiera estar de acuerdo con el ayudante del sheriff, tenía razón. Ella no habría sido tan educada, pero en este agujero de mierda no les daban una mierda en lo que a pruebas se refería.

"¿Qué... qué piensas?"

Fue un comentario extraño y Chase miró al joven ayudante del sheriff.

"¿Qué creo?", repitió. "Creo que tienes que llevarme al cuerpo, eso es lo que creo".

Capítulo 17

Fue decisión de Chase separarse y, aunque tenía sentido desde el punto de vista de la investigación, Tate no pudo evitar pensar que esto tenía algo que ver con la discusión de ayer.

La verdad era que cada vez le resultaba más difícil controlar sus emociones cerca de Chase. Cuando hablaba con el sheriff Harold Grimes, el hombretón del asiento del conductor, era pan comido. Sabía exactamente cómo pensaba la gente como Harold, o Hal -se habían hecho tan amigos en la última hora, más o menos, que el hombre insistía en que le llamara Hal-. Pero cuando hablaba con Chase... no podía mentirle. Bueno, *podía*, pero ella se daría cuenta.

Tate tampoco *quería* mentirle. Ella era una de las pocas personas con las que sentía que podía ser sincero... casi sincero. Y ella tenía razón, estaba celoso. Si sólo hubiera sido su ex marido, Tate pensó que podría lidiar con ello. Pero no lo era.

También era su hijo.

Esta revelación había sido un shock. Al igual que Chase, Tate había investigado, pero nada de lo que había descubierto revelaba que ella tuviera un hijo. Al fin y al cabo, él tenía a Rachel, pero odiaba que le sorprendieran así.

Supongo que también tenemos eso en común.

"Dijiste que conocías bien a Brent, ¿qué hay de Carlos? ¿Ha tenido problemas con la ley?" preguntó Tate mientras entraban en el modesto aparcamiento del Departamento del Sheriff.

"*Ajá*. Él y su hermano siempre metiéndose en peleas. Digamos que realmente no encajan".

Al decir tan poco, el sheriff reveló mucho.

"Y ahora esto. Me suena a progresión".

El sheriff no se anduvo con rodeos.

"Así es. Todo el mundo sabía que Carlos y Daniel eran malas noticias. Era cuestión de tiempo que algo así ocurriera".

Ahora sonaba extrañamente personal.

La comisaría de Hawkesbury era exactamente lo que Tate se imaginaba cuando pensaba en las fuerzas del orden de un pueblo pequeño. Pequeña, de una sola planta, probablemente utilizada para alojar a los borrachos mientras se les pasaba la borrachera. Tenía un aire hogareño que a Tate le gustó bastante. Cuando cruzaron la puerta principal, una secretaria de aspecto simpático y rellenita les saludó. Y no: "Buenos días, sheriff", con forzada profesionalidad, como se exigía en las grandes ciudades, sino más informal: "¿Qué tal, Hal?".

"Buenos días, Francie. Este es el Agente Tate Abernathy del FBI."

Los ojos de la secretaria se abrieron un poco y Tate sintió una pizca de orgullo. Al parecer, los años de falsos programas de televisión sobre

el FBI no habían contribuido a minimizar su mística. Ni tampoco los innumerables escándalos.

"Encantado de conocerte, Francie."

"Encantado de conocerle también, Agente Abernathy."

Tate sonrió, sabiendo que estaba a punto de salirse de su personaje, pero sin importarle la atención de la guapa secretaria.

"Sólo Tate, por favor."

"Tate es parte de esta nueva y elegante unidad infantil del FBI. Este es su primer caso".

"Unidad de víctimas infantiles-CVU", detalló Tate.

"Bien, de todos modos, Francie puedes por favor hacer una nota para el ayudante Dean Jardine que me gustaría hablar." Mientras hablaba, el sheriff golpeó el mostrador con un dedo recto.

Tate observó un cambio en los ojos de la secretaria, y supo que esta conversación, cualquiera que fuera su naturaleza, no iba a ser tan amistosa como la actual. Al parecer, Francie también se dio cuenta.

"Sí, Sheriff."

"Gracias". El sheriff se volvió hacia él. "Carlos está en una celda abajo. Déjame llevarte con él".

***

Carlos Mendoza era delgado, de pelo oscuro y ojos sorprendentemente brillantes. En circunstancias normales, Tate habría pasado por guapo al joven, pero en ese momento sólo parecía una cosa: aterrorizado.

"Carlos", ladró el Sheriff Grimes cuando se acercaron. "Alguien quiere hablar contigo. Soy el agente Abernathy de la..."

¿"Carlos"? Me llamo Tate. Soy del FBI". A Tate no le importaba interpretar un papel siempre que se ajustara a sus necesidades, pero aparecer de compinche con el sheriff era poco probable que le consiguiera la información que necesitaba.

Grimes podría estar convencido de que Carlos había matado a Emily, y aunque Tate no estaba en posición de discrepar, tampoco le importaría ver alguna prueba que respaldara esta afirmación.

Carlos, que personificaba la mirada de un ciervo ante los focos, sólo consiguió asentir débilmente.

"¿Tienes un abogado?"

La postura del sheriff se endureció y el hombre exhaló ruidosamente por la nariz.

"Le leí a Carlos sus derechos Miranda y le ofrecí un abogado", dijo a la defensiva. "El hombre se negó. Dos veces".

"Tienes dieciocho años, ¿verdad?"

Otro asentimiento.

"Es un adulto", intervino el sheriff Grimes.

La relación con el sospechoso se impuso a la relación con la policía local.

"Bien, pero Sr. Mendoza, le recomiendo encarecidamente que busque asesoramiento. De hecho, insisto. Una vez que lo haga, me gustaría charlar con usted, si está dispuesto".

Tate no iba de farol. Tenía la ventaja de ser un extraño en esta comunidad tan unida, en la que el sheriff había indicado no tan sutilmente que Carlos tampoco había logrado integrarse, y quería hacerlo lo más obvio posible. Era una táctica sencilla pero a menudo eficaz, una rutina no tan descarada de poli bueno y poli malo. Y el sheriff Grimes la estaba interpretando a la perfección, aunque él no lo supiera.

"Carlos, ya te he informado de tus derechos Miranda, pero no tengo ningún problema en repetírtelos. Tienes derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa..."

"Yo no he hecho nada". Protestó Carlos, con la voz alta y tensa. "No entiendo por qué crees que yo..."

"¿No hizo *nada*?" El sheriff se burló, sin replicar del todo la voz del hombre, pero acercándose. "Estabas estrangulando a Brent Matthews con tus propias manos."

Sigue lanzándome esas pelotas blandas, Hal.

"Pero Brent no está presentando cargos, ¿verdad?"

El sheriff Grimes puso cara de haber pisado un montón de mierda humeante.

"No." La palabra salió como una maldición. "Todavía no, de todos modos. Pero esto no es sobre Brent Matthews. Se trata de Emily Dawson".

Al mencionar el nombre del fallecido, Carlos se levantó y corrió hacia los barrotes. Ahora parecía maniático, intenso.

El sheriff Grimes sonrió satisfecho.

"No maté a Em, la *amaba*". La voz de Carlos era aún más alta ahora. "¡Brent fue quien la mató! Él la mató, no yo. ¡Por eso le estaba atacando!"

Tate dio un paso atrás y observó atentamente esta interacción.

"Ya. ¿Y por qué haría eso?", dijo el sheriff, casi sonando aburrido.

"¡Porque Emily lo dejó por mí! No pudo superarla. El maldito..." La voz de Carlos se quebró. "La mató, joder. Brent la mató".

Por mucho que Tate quisiera que esta exhibición continuara, tenía en mente el juego a largo plazo.

"Carlos, por favor, sigue mi consejo y consigue un abogado".

"Así es, Carlos. Consigue un abogado", dijo el sheriff Grimes, sintiendo la necesidad de salvar las apariencias.

Dejaron a Carlos llorando entre sus manos y, una vez fuera del

alcance del oído, Tate se disculpó preventivamente.

"Lo siento, Sheriff. Esa es la rutina que mi compañera y yo usamos, pero ella es más linda, así que la dejo ser la buena. No estoy tan acostumbrado, así que si parezco condescendiente, no era mi intención".

El sheriff le miró y acabó encogiéndose de hombros.

"No pasa nada. La próxima vez, avísame. Probablemente tengas razón, de todos modos, Carlos va a necesitar un abogado".

"¿Ya le has cobrado?"

"No. Sigo esperando al fiscal. Aunque pronto".

"Entendido. Escucha, ¿quieres tomar una cerveza o algo?" Tate preguntó mientras caminaban hacia la recepción.

"¿Cerveza?" Grimes se rió entre dientes. "¿Te apetece que los chicos del FBI beban cerveza?"

Lo hacemos, pero desafortunadamente, noté algo que tú no. Y tu pinta va a tener que esperar.

"¿Sheriff Grimes? Siento interrumpir", dijo una Francie de aspecto nervioso.

"¿Sí? ¿Qué pasa?"

"El Vicedecano Jardine le está esperando."

Grimes se amargó.

"Tate, ¿qué tal si dejamos para otro día esa cerveza?"

Tate sacó su teléfono.

"Lo dejamos para otro día, claro. Probablemente debería reunirme con mi compañero de todos modos".

"Suena bien."

Se estrecharon la mano y Tate se volvió para marcharse. Caminó despacio, escuchando al corpulento sheriff con su cinturón multiusos de Batman tintinear mientras avanzaba en dirección contraria. A medio camino de la puerta, Tate se detuvo y se dirigió al escritorio de la secretaria.

¿"Francie"? ¿Hay algún baño que pueda usar? He estado aguantando todo el camino desde Virginia, y estoy a punto de reventar."

La mujer sonrió. Era guapa, sin duda.

"Sí, seguro, por el pasillo a la izquierda".

"Te lo agradezco".

Take siguió su dedo hacia el baño, pero en cuanto lo perdió de vista, cambió de rumbo y siguió al sheriff en su lugar.

Grimes se metió en una sala de conferencias que ya estaba ocupada por un delgado ayudante del sheriff con un bigote aún más fino.

Tate, que irónicamente sí que tenía que ir al baño, y de mala manera, se apoyó en la pared y escuchó.

Capítulo 18

El ayudante del sheriff, que desde entonces se había presentado como el ayudante Jardine, se ofreció a acompañar a Chase a la morgue. Ella se negó educadamente al principio, pero cuando él insistió, accedió a seguirle en su propio coche.

Chase estaba bastante segura de que el hombre estaba flirteando con ella y, aunque no llegaría a corresponderle, tampoco se lo cerró. Que Tate se quedara con el sheriff gruñón y ella con el joven y guapo ayudante del sheriff. ¿Quién sabe cuándo alguno de los dos podría ser útil?

Veinte minutos después, llegaron a un edificio a las afueras de la ciudad. Al principio, Chase pensó que el ayudante del sheriff tenía hambre porque había aparcado en un aparcamiento de Subway. Pero no se trataba de un pobre intento de forzarla a una cita; el depósito de cadáveres de Hawkesbury se encontraba en la parte de atrás.

El ayudante Jardine le abrió la puerta.

"¿Tienen un médico forense a tiempo completo en Hawkesbury?"

"No, no médico forense. Y, aviso, aunque es competente, es muy... excéntrico".

Forense, es decir, sin formación médica oficial.

"¿Sigue aquí el forense?"

El pasillo era oscuro y apropiado para una morgue. Paredes duras, iluminación áspera y ecos huecos.

"Sí, le llamé para avisarle de que veníamos. Por cierto, se llama Arthur Ramos".

"Gracias".

El ayudante del sheriff se detuvo ante una puerta sin marcar y Chase, que no quería experimentar ningún tipo de incómoda caballerosidad, la alcanzó.

"Espera. A Arthur no le gusta cuando la gente irrumpe. Se pone un poco asustadizo, si sabes a lo que me refiero."

Chase levantó las manos y dio un paso atrás. El ayudante Jardine llamó tres veces, hizo una pausa y volvió a llamar dos veces más. Esta extraña secuencia le recordó lo que podrían hacer los niños para acceder a una exclusiva casa en un árbol. Y entonces las cosas se volvieron aún más extrañas. El ayudante del sheriff retrocedió dos pasos, inclinó la cabeza y cruzó las manos ante sí.

¿Qué coño es esto?

Pasaron treinta segundos antes de que la puerta se abriera un poco y un solo ojo se asomara tras una lente bifocal.

"Ayudante Jardine", dijo el hombre y abrió un poco más la puerta. Llevaba una desgastada gorra de béisbol de los Oakland A's que no lograba contener una cabeza de espesos rizos grises. "¿Quién es

usted?"

"Chase Adams, FBI."

Me sentí bien al decirlo de nuevo. No debería, no realmente, pero lo hizo.

"¿Insignia?"

Chase puso los ojos en blanco, pero la presentó. Arthur se inclinó hacia ella e inclinó la cabeza hacia arriba para poder leerla a través de las gafas que descansaban en la punta de su nariz en forma de pico.

"Hmm." Aparentemente, lo aprobó. "Arthur Ramos."

"Estoy aquí para ver el cuerpo."

"En efecto".

Sólo ahora Arthur les permitió entrar en la claustrofóbicamente pequeña habitación, que apenas era lo bastante grande para los tres, por no hablar de la mesa de herramientas del forense y la única camilla.

¿Por qué demonios tardó tanto en llegar a la puerta?

Arthur se asomó al pasillo, miró a ambos lados, antes de cerrar la puerta y echar el pestillo tras de sí.

Que mierda.

"Emily está por aquí."

Al menos fue directo.

Arthur tiró de la sábana que cubría la camilla hacia atrás como un mago que retira un mantel de una mesa puesta, dejando al descubierto el cadáver desnudo de Emily Dawson. Chase había visto muchos cadáveres a lo largo de su vida, algunos más jóvenes que la chica que tenía delante, otros en mucho peor estado, pero algo en la carne azulada de Emily le hizo hacer una mueca.

"Aún estoy ultimando el informe, pero la causa de la muerte fue estrangulación manual. Hay una clara hemorragia petequial en ambos ojos y el hueso hioides de su garganta está roto. Pueden ver hematomas aquí en el cuello". Arthur señaló estas lesiones con un lápiz.

Incluso muerta, Chase podía ver que Emily había sido una chica guapa. Cabello oscuro, labios carnosos, ojos grandes y azules.

"¿Hora de la muerte?"

"La temperatura del hígado sugiere algún momento a última hora de la noche del sábado o a primera hora de la mañana del domingo. La sangre se asentó en su espalda, lo que sugiere que murió de la forma en que fue encontrada y es poco probable que fuera movida postmortem."

"¿Algo más que puedas decirme?"

"Todavía estoy terminando mis mediciones. Creo que la persona que la estranguló tenía pulgares que medían entre tres pulgadas y cuarto y tres pulgadas y media de largo."

Chase se miró las manos.

"Eso es bastante grande. ¿Estamos pensando en las manos de un hombre?"

"Lo más probable", confirmó Arthur.

Chase ladeó la cabeza y examinó el cadáver de Emily con más detalle. La chica era de piel clara y ahora sus venas destacaban prominentemente, lo que dificultaba determinar qué era normal y qué patológico. Le pareció ver algunos hematomas bajo el pecho izquierdo y quizá en la cadera derecha.

"Entonces, el FBI..." Arthur dijo, guiando.

"Parte de una nueva rama", respondió Chase, con los ojos aún clavados en el cadáver. "La Unidad de Víctimas Infantiles".

"Bueno, Emily Dawson no es una niña. Tenía 17 años y seis meses en ese momento..."

"Sí, lo sé."

Arthur gruñó y se subió un poco las gafas.

"Sí", dijo el ayudante Jardine, tratando de mantener la paz, "mi hermano se puso en contacto con el FBI, pensó que podrían ayudar. Resolver las cosas rápidamente, ¿sabe? Especialmente teniendo en cuenta lo bien que le caía Emily".

"Ah, ya veo. Bueno, si hay algo... ¿Agente? Agente, tiene que ponerse guantes antes de... ¡por favor! ¡Por favor, no toque el cuerpo!"

Pero esto, como la mayoría de lo que había salido de la boca del molesto forense fue ignorado. Chase ya había sacado todo lo que podía de la inspección del cadáver, por lo que sólo le quedaba una cosa por hacer.

Toca la piel de Emily y mira a través de sus ojos.

***

El mundo está hecho de líneas onduladas... pero no estoy seguro de si se debe a que mi cabeza se mueve en círculos o a que la Tierra gira de repente sobre un nuevo eje.

Un rostro emerge de la oscuridad, cerca del mío, pero luego retrocede. Un momento después vuelve.

Rítmico, aquí ahora, ido, de vuelta otra vez.

Y el sonido... un gruñido cansado, casi aburrido.

Dentro, fuera, dentro, fuera.

Ahora no es sólo una cara, sino un pistón entre mis piernas. Disparando a casa.

Dentro, fuera, dentro, fuera.

La oscuridad envuelve, la oscuridad vence.

Y entonces siento que unas manos ásperas rodean mi garganta y empiezan a apretar...

***

Las imágenes eran tan vívidas y poderosas que el propio mundo de Chase empezó a dar vueltas. Recordó la primera vez que vio a través de los ojos de los muertos, años atrás en Alaska.

Tengo que salir de aquí... ¡Tengo que salir de aquí, ahora!

"¿Agente Adams?" dijo alguien, pero Chase apenas le oyó.

En su prisa por llegar a la puerta, chocó contra la camilla, balanceando el cadáver de Emily.

Balanceo rítmico... empuje... dentro, fuera, dentro, fuera.

"¿Agente Adams?"

Chase consiguió desbloquear la puerta y salió al pasillo dando tumbos.

El aire no era mucho más fresco aquí que en la morgue, pero puso las manos sobre las rodillas e inhaló de todos modos.

A mitad de la respiración profunda, Chase tuvo arcadas y balbuceó. Finalmente degeneró en tos. Una mano se posó en su espalda, pero ella se apartó del contacto.

Pasaron cinco segundos, luego diez. Alrededor de los quince, Chase consiguió incorporarse. Arthur y el ayudante Jardine se habían reunido con ella en el pasillo y le preguntaban si se encontraba bien.

Chase ignoró sus preguntas y resistió el impulso de disculparse o explicar sus acciones.

"La violaron". Chase aspiró otra bocanada de aire. "Tienes que hacer una prueba de violación a Emily."

Arthur frunció los labios.

"No hay evidencia de hematomas o desgarros vaginales. Lo que iba a decirle antes de que tocara el cuerpo es que realicé un frotis y dio positivo para la presencia de semen en su vagina. Emily tuvo relaciones sexuales muy cerca del momento de su muerte. Si fue consentido o..."

"No lo fue", espetó Chase, recuperando casi toda la compostura. "La violaron. Con moratones o sin ellos. Creo que podría haber estado borracha o drogada".

"Hmm. Bueno, sobre eso, envié una muestra de sangre para toxicología. Debería averiguar lo que había en su sistema en unas horas".

"¿Y el ADN del semen?"

"Pasándolo por el sistema".

Chase asintió y luego se arrepintió. El movimiento era demasiado parecido a su visión.

"Si no obtienes ninguna coincidencia, lo buscaré en la base de datos del FBI. ¿Qué tal una autopsia?"

"Tiene que ser ordenado por el Departamento del Sheriff", le dijo Arthur. "Y eso necesita ser realizado por un Médico Forense, que..."

"Yo estoy a cargo aquí, hazlo. Quiero una autopsia completa. Trae un forense tan rápido como puedas".

Arthur miró al ayudante Jardine, que se encogió de hombros.

"Es su caso. Autopsia completa, lo es."

"Por supuesto. Ahora mismo".

Pero a pesar de estas palabras, el hombre no se movió.

"¡Ahora!" Chase gritó.

Arthur se sobresaltó y su sombrero se movió. Se recogió los rizos lo mejor que pudo y regresó a su despacho sudoroso.

"Lo hará", le dijo el ayudante.

"Bien. Quiero una lista de todos los amigos de Emily, cualquiera con quien pudo haber estado en La Choza. En realidad, no, quiero una lista de todos los que saben de La Choza".

El ayudante Jardine se movió incómodo.

"¿Qué?"

"Bueno, eso va a ser un montón de gente. Toda la Academia Tenbury, pasada y presente, desde hace al menos seis años. Incluido su servidor".

"¿Fuiste a Tenbury?"

El ayudante Jardine asintió.

"Mi hermano y yo, los dos".

"Bien. Sólo sus amigos y compañeros de clase, entonces".

A diferencia de Arthur, el ayudante del sheriff no dudó.

"Por supuesto, me pondré a ello".

Se fue y Chase sacó su móvil.

Su compañera contesta al primer timbrazo.

¿"Tate"? ¿Dónde estás ahora mismo? Tenemos que reunirnos y hablar. *Ahora.*"

Capítulo 19

Chase vio a Tate apoyado en la pared exterior de la comisaría del condado de Hawkesbury. Se detuvo junto a él y abrió la puerta. Incluso antes de que estuviera completamente dentro del vehículo, Chase se puso en marcha de nuevo.

"Emily fue violada", dijo rotundamente. "Y quien la violó también la estranguló". No había necesidad de preámbulos; tenían que moverse rápido en esto. Una vez que esta información saliera a la luz, y lo haría, el molino de rumores comenzaría a agitarse. En una ciudad como ésta, se propagaría más rápido que cualquier virus y sería imposible determinar qué era real y qué era un rumor. "Tengo a uno de los ayudantes, el ayudante Jardine, investigando a los amigos de Emily, con quién sale, y quién podría haber estado en La Choza el sábado por la noche".

¿"Ayudante Jardine"? Tate sonaba incrédulo.

A Chase le molestaba que se centrara en esto de entre todas las cosas.

"Sí, ayudante Jardine. ¿Por qué?"

Tate señaló el edificio que se desvanecía rápidamente en la retaguardia.

"Porque acabo de escuchar al sheriff Grimes reprendiendo al ayudante Jardine ahí dentro".

"¿Qué? No es momento para juegos, Tate".

"No es un puto juego. Los vi, estaban discutiendo. Bastante acalorados, también."

"¿Sobre qué?

"Nosotros", el FBI involucrado en el caso, supongo. No se oía muy bien. Las paredes deben ser de hormigón sólido".

"Yo no..." Chase recordó algo de repente. "Espera, ¿cuál es el nombre de pila del ayudante Jardine?"

"Dean".

"Joder". El mío era Tim. Son hermanos".

"Sólo en ciudades pequeñas".

"No me digas. De todos modos, mi chico dijo que fue su hermano quien llamó al FBI".

"Alguien no está contento de que estemos aquí, eso seguro", comentó Tate. "Entonces, ¿Emily fue violada y luego estrangulada? ¿Hubo suerte con el ADN o las fibras? ¿Alguna prueba?"

Chase se avergonzó de haber tenido tanta prisa por salir de allí que se olvidó de preguntar.

"Están trabajando en ello". No es del todo mentira. "Pero no tengo esperanzas. Ya lo has visto: ese lugar, La Choza, es un pozo negro de ADN y huellas dactilares. Recuperaron semen de la víctima, sin

embargo, y lo están analizando ahora".

"De acuerdo".

"¿Y tú? ¿Has averiguado algo?"

"He descubierto que Carlos Mendoza, el chico al que han señalado como asesino de Emily porque estaba estrangulando a Brent Matthews a un metro de su cadáver, ni siquiera tiene abogado".

"Estás de broma".

"Ojalá". El bueno de Hal cree que esto es pan comido. Aparentemente, Carlos no es el chico más popular de la ciudad. Pero no están haciendo las preguntas correctas".

"¿Cuáles son?"

"¿Por qué cojones estaba alguno de ellos allí en primer lugar? Ah, y Carlos dice que Brent mató a Emily porque ella le dejó por Carlos, por cierto".

Chase intentó no imaginarse los moratones y las hendiduras alrededor de la garganta de Emily.

"Tal vez dejaron alguna evidencia."

"¿Ellos?"

Chase se había referido a cualquiera de ellos, pero la pregunta de Tate le dio una idea.

"O, tal vez trabajaron juntos para matar a Emily. No sería la primera vez. Entonces uno de ellos se acobarda y vuelve a la escena. Son interceptados y... bueno, ya conoces el dicho: dos personas pueden guardar un secreto si una de ellas está muerta."

"Supongo que..."

"No hagas eso. Si quieres decir..."

"Es sólo que no me dio la impresión de que Brent y Carlos fueran los mejores amigos. Aunque, si Carlos realmente estaba saliendo con Emily, entonces tal vez".

"Sí, tienes razón, es un poco tonto. Pero..." Chase pasó la mano por encima del regazo de Tate y abrió la guantera. Sacó el expediente del caso y se lo lanzó. "-Hay una forma de averiguarlo. ¿Dónde vive Brent?"

Tate encontró la información en el archivo y se la transmitió, que Chase introdujo rápidamente en Waze.

"Ah, mira eso, no está lejos de aquí. Pueblos pequeños, después de todo".

***

"Jesús, mira este lugar", dijo Tate.

La casa de Matthews era impresionante, como todas las de su calle. Dos pisos, grandes ventanales, columnas corintias en el frente. No era nada parecido a la casa de Stu Barnes en Las Vegas, pero esto era

Hawkesbury. Y estaba en marcado contraste con La Choza donde Emily había sido asesinada.

Había un BMW antiguo aparcado en la entrada, pero fue el vehículo oficial estacionado en la acera lo que llamó la atención de Tate.

"Ese es el coche del sheriff."

Para Chase, era igual que cualquier otro vehículo del Departamento del Sheriff de Hawkesbury.

"¿Seguro?"

"Sí, seguro".

"¿Cómo llegó aquí antes que nosotros? No me digas que también tiene un hermano".

"Ja, no, sólo creo que debe conocer algunas carreteras secundarias que Waze no conoce".

"Te diré una cosa, ya que sois mejores amigos, tú mantén a raya al sheriff Grimes y yo hablaré con Brent", sugirió Chase.

"Suena como un plan".

Cuanto más se acercaban a la casa, más cambiaba la postura de Tate. Fue sutil pero real. Empezó a encorvarse un poco y a ser menos formal.

El sheriff abrió la puerta.

"¿Tate?" Grimes dijo, claramente sorprendido de verlos allí.

"Hal". Sólo queríamos charlar con Brent. Pensé que habías vuelto a la estación".

"En realidad", Grimes levantó una bolsa de pruebas vacía, "le estaba devolviendo a Brent su teléfono".

"¿Qué teléfono?" Chase no pudo contenerse.

"Brent's-estaba en el suelo en The Shack y uno de los ayudantes lo recogió. Lo estoy devolviendo ahora. No está relacionado con la muerte de Emily".

Tal vez alguien más imparcial debería juzgar eso, pensó Chase. *Por ejemplo, alguien que no fuera el sheriff ni estuviera visitando a una de las dos personas de interés en este caso.*

"¿Crees que podríamos echarle un vistazo? ¿Por si acaso?" Tate preguntó, claramente pensando lo mismo que ella.

"No hace daño preguntar, pero ya conoces a los adolescentes y sus teléfonos." El Sheriff Grimes abrió la puerta del todo. "Adelante."

Esto le parecía extraño y Chase no estaba seguro de cómo proceder. ¿Tenía el sheriff autoridad para invitarles a entrar?

"¿Están los padres de Brent en casa?", preguntó.

"No, la Sra. Matthews murió hace casi una década. Robert no estará en casa hasta dentro de una hora o así."

Chase miró a Tate, que puso una cara que sólo podía significar una cosa: pueblos pequeños.

"Hal, ¿le contaste a Brent lo de Emily?" No era una acusación, sólo curiosidad.

"Sí", admitió Grimes. "Lo tomó bastante mal, creo que todavía está en shock. Solían salir juntos".

Esa es una para Carlos, pensó Chase. Había esperado más tiempo antes de que la gente se enterara de lo de Emily pero... pueblos pequeños.

"Brent, ¿puedes venir aquí, por favor? Hay gente que quiere hablar contigo".

Estaban de pie en un gran vestíbulo y Chase dejó que sus ojos se desviaran primero hacia la amplia escalera de la izquierda y luego hacia las puertas cerradas del segundo piso.

"¿Brent?", volvió a gritar el sheriff.

La tercera puerta se abrió y salió un chico pálido que parecía tener trece años más que dieciocho. Llevaba un polo azul y unos vaqueros desteñidos. Llevaba un teléfono móvil en la mano y, a pesar de que el sheriff le había llamado para que saliera de su habitación, sus ojos seguían fijos en la pantalla.

"¿Ves lo que quiero decir?" El Sheriff Grimes le dio un codazo juguetón a Tate. "Brent, estos agentes del FBI quieren hablar contigo."

Al oír hablar del FBI, por fin apartó la mirada de la pantalla. Chase se dio cuenta de que no sólo estaba pálido, sino casi translúcido.

"Baja, Brent." No más bromas para el Sheriff Grimes.

Brent necesitó agarrarse a la barandilla para estabilizarse y Chase se preguntó si era porque acababa de descubrir que su ex novia había sido asesinada o porque él la había matado.

Capítulo 20

Mientras Tate distraía al sheriff Grimes -Chase quería que abandonaran la casa por completo, pero el sheriff no estaba dispuesto a ello-, ella mantuvo una conversación con Brent Matthews. Era joven y estaba asustado, pero era un adulto, lo cual era bueno, y ella le dejó claro que no tenía problemas. Chase sólo quería saber de Emily Dawson.

"Primero, sólo quiero decirte cuánto siento lo que le pasó a tu amiga Emily. No puedo imaginar por lo que estás pasando". Brent asintió apreciativamente y Chase continuó. "Vosotros salíais juntos, ¿verdad?". Otro asentimiento. "¿Durante mucho tiempo?"

Ahora olfateaba y se frotaba los ojos como un niño que se ha acostado tarde.

"Brent, formo parte de una nueva unidad del FBI, llamada CVU. Nos especializamos en crímenes contra jóvenes, como Emily. Sólo quiero aprender sobre ella, saber quién era, cómo era. Te dije antes que no podía entender por lo que estás pasando, pero era mentira. Yo también he perdido a alguien cercano, y si hay un consejo que puedo darte, es que aunque ahora sólo pensar en ella duela, cuanto más hables, mejor te sentirás. Lo digo en serio". Brent parecía a punto de abrirse, así que Chase añadió: "Y esta es tu casa. Si no quieres decir nada, puedes pedirnos que nos vayamos. No estás arrestado y no tienes ninguna obligación de responder a nuestras preguntas. Pero, como te he dicho, te sentirás mejor. Entonces, ¿quieres hablar?"

"Sí", dijo Brent mansamente.

"Bien. Entonces, ¿tú y Emily salieron mucho tiempo?"

Brent se secó las lágrimas silenciosas.

"Alrededor de un año y medio". Su voz se entrecortó a mitad de la frase.

"¿Un año y medio? Eso es mucho tiempo. ¿Cuándo rompisteis?"

La forma en que Brent hizo una mueca cuando Chase dijo "romper" significó algo, pero no fue hasta que el chico respondió a su pregunta que se dio cuenta de su significado.

"Hace tres meses, tal vez un poco más. Aunque aún éramos amigos".

Era mentira. Su ruptura no fue amistosa, por mucho que Brent quisiera que lo fuera. Pero Chase intuyó que si lo retaba, probablemente se cerraría en banda, así que lo dejó pasar por el momento. Referirse a Emily en pasado también era inusual. La mayoría de la gente tardaba meses en hablar de un ser querido que había muerto de otra forma que no fuera en presente.

"¿Emily tenía un grupo de amigos con los que siempre le gustaba salir?"

Brent se encogió de hombros.

"Era popular. Todo el mundo quería a Em".

"Claro, pero cuando estaba en el instituto, yo y tres amigos éramos inseparables. Wendy, Corinne y un tipo tonto al que llamábamos Archie aunque se llamaba Chris -no preguntes- íbamos juntos a todas partes", mintió Chase. En realidad, era algo que le había contado un sospechoso cuando había sido narco en Seattle. Le sorprendió que aquella insignificante información se le hubiera quedado grabada, sobre todo teniendo en cuenta lo trastornada que estaba en aquella época. Pero los recuerdos son así de extraños. "Literalmente por todas partes. ¿Emily tenía un equipo como ese?"

"S-sí". Brent bajó la mirada. "Teníamos un grupo; yo, Ethan, Theo, Ava, Laura, Natalia y, por supuesto, Emily. Salíamos todo el tiempo".

"¿Incluso después de romper?"

Brent hizo una mueca.

"Está bien, lo entiendo. Ustedes eran amigos después de la ruptura, pero era peligroso. Sin embargo, cuando salíais juntos, ¿ibais a tomar algo a The Shack? ¿Eso es algo que podríais hacer?"

Brent negó enérgicamente con la cabeza.

"Los mayores de Tenbury sólo van a The Shack tres veces. Es una tradición, ¿sabes? Una vez durante las vacaciones de primavera, otra después del baile y otra antes de la Uni".

"Pero todo el mundo sabe dónde está, ¿verdad?"

"Claro".

"Entonces, podrías ir allí en cualquier momento, ¿verdad?"

Brent parecía ahora extremadamente incómodo.

"Supongo, pero no lo hicimos. Nadie lo hizo. Sólo esas tres veces".

Chase suspiró y finalmente eligió su sitio.

"Excepto que eso no es cierto, ¿verdad, Brent?" Su tono era muy suave, pero tanto la acusación como su mirada eran firmes.

"¿Qué? ¿Qué quieres decir?"

"Lo que quiero decir, es que no me estás diciendo la verdad, ¿verdad Brent?"

"¿Qu-qué?"

"Tres veces-sólo vas a La Choza tres veces, dijiste. Antes de las vacaciones de primavera, después del baile y antes de la uni. ¿Es eso cierto?"

"Sí, sólo tres veces. Todo el mundo lo sabe".

"Agente Adams, tal vez..."

Al parecer, el sheriff estaba escuchando. Intentó apartarlo sin mirarlo, pero sintió que se acercaba.

Vamos, Tate, mantén a tu perro atrás.

"Pero eso es mentira", insistió Chase.

"No, quiero decir, como..."

"Es mentira, y sé que es mentira, Brent, porque el forense me dijo que Emily fue asesinada el sábado por la noche. También me dijo que no la movieron después de matarla". Chase hizo una pausa para que surtiera efecto. "El caso es que mi sobrina está ahora de vacaciones de primavera, pero sólo está en primaria y eso en Nueva York. Investigué un poco antes de venir aquí y, vaya usted a saber, sus vacaciones de primavera fueron hace casi dos meses. Y el baile de graduación no es hasta dentro de, qué, dos semanas, ¿me equivoco?".

"Más bien tres, pero, sí. Realmente no sé..."

"Eso significa que Emily fue a La Choza fuera de esas tres ocasiones, ¿estoy en lo cierto? ¿Estás de acuerdo?"

"No lo sé". La mirada de Brent se desvió hacia el sheriff, pero Tate se deslizó con pericia entre ellos sin permitir que se miraran.

"¿Qué es lo que no sabes?" dijo Chase.

"Agente Adams, creo..."

Chase interrumpió rápidamente al sheriff.

"Acabo de decirte que estuvo allí el sábado por la noche. ¿Crees que te estoy mintiendo?"

"N-no."

"Entonces por qué no puedes admitir que los mayores van a La Choza en otros momentos además de los tres que has mencionado".

"Bueno, no sé qué era Em..."

"Lo que realmente me interesa, Brent, es quién estaba con ella el sábado por la noche".

Los ojos del chico se abrieron de par en par.

"No tengo ni idea".

"¿En serio?"

"De verdad, lo juro. No sé por qué estaba allí, y no sé con quién estaba".

"¿Estás seguro?"

"¡Sí!"

"Pero había alguien con ella. Lo sé, y no es porque no se estrangulara a sí misma, Brent. Es porque alguien la violó. Alguien violó a Emily y luego la asesinó".

"Ah, Jesús, Agente Adams, esto es llevar las cosas demasiado lejos", dijo el Sheriff Grimes. "Este chico ha pasado por..."

La puerta principal se abrió de golpe y todas las miradas se volvieron hacia el hombre que había entrado. Chase, Tate y el sheriff fueron a por sus armas, pero no desenfundaron.

"¿Hal? ¿Qué demonios está pasando aquí?" Los ojos oscuros del hombre se posaron en Chase y Tate: "¿Y quién demonios son ellos?".

Capítulo 21

El sheriff Grimes tardó unos minutos en calmar al hombre, y la forma en que lo hizo, hablándole suavemente y apretándole el hombro, sugería que tenían algo más que una relación profesional. El sheriff lo presentó como Robert Matthews, el padre de Brent, cosa que Chase ya había deducido por la forma en que el hombre había entrado en la casa y había oído al sheriff referirse a él como Rob dos veces. Tate hizo los honores de reciprocidad. A diferencia del ayudante Jardine, Robert no parecía impresionado por la presencia del FBI en su pequeño pueblo.

"Estábamos haciéndole unas preguntas a Brent sobre Emily", dijo Tate, mostrándose deliberadamente distante, ya que ninguno de los dos estaba seguro de cuánto sabía el hombre de lo que había sucedido en La Choza, tanto el sábado por la noche como hoy temprano. "Su hijo nos dijo que llevaban saliendo bastante tiempo".

Robert se encogió de hombros.

"Lo hicieron, pero son sólo adolescentes. Aún así, esto es duro... era una gran chica y conozco bien a sus padres. Todos en Hawkesbury conocen a los Dawson. Aún no puedo creerlo. No puedo creer que esto haya pasado. *Aquí*. Es como una maldita pesadilla. Lo siento, disculpen el lenguaje, pero es un shock terrible".

Así que lo sabe. Vaya, las noticias viajan más rápido aquí de lo que pensaba.

"Lo entendemos. Creo que estamos a punto de terminar aquí. ¿Agentes?" El Sheriff Grimes estaba claramente tratando de proteger a su amigo y a su constituyente.

"En un minuto", replicó Chase, tratando de sonar despreocupado. En todo caso, la intrusión de Robert actuó como una especie de reinicio, una oportunidad para construir la tensión de nuevo antes de hacer estallar el barril de pólvora. "Le estaba preguntando a Brent por La Choza cuando has entrado. ¿Lo conoces?"

Robert la miró como si tuviera tres cabezas.

"Por supuesto, desde hace mucho tiempo es tradición que todos los mayores de la Academia Tenbury la visiten un par de veces al año". Robert recordó de repente con quién estaba hablando. "Soy consciente de los rumores de que se consume alcohol en el local, que, conste, no tiene ninguna afiliación oficial con la Academia, y yo mismo nunca lo he presenciado. Dicho esto, hasta hace poco, además de ser una tradición, también se ha considerado un lugar seguro para los mayores."

Chase estuvo a punto de perder el control. Le vino a la mente la imagen del edificio aislado y destartalado escondido en el bosque, lleno de botellas, colillas y cucarachas.

¿Un lugar seguro? ¿Un *puto lugar seguro*?

Chase había oído hablar de padres que, bajo el pretexto de querer crear un espacio seguro para sus hijos, les permitían beber o fumar hierba en casa siendo menores de edad. A menudo afirmaban que eso era mejor que emborracharse en casa de un desconocido o ir a beber a algún sitio aún más clandestino. Podían vigilarlos, controlar a los niños, asegurarse de que no hicieran algo estúpido como tomar una sobredosis o conducir. Pero, según la experiencia de Chase, estas personas intentaban revivir su propia juventud y trataban de hacerse amigos de sus hijos en lugar de ser sus padres. Y, a veces, su motivación era aún más nefasta.

¿Consideraba Emily Dawson que era un lugar seguro cuando estaba siendo violada y jadeando?

"De acuerdo", dijo Chase, luchando por no descargar sus sentimientos contra Robert. Se aclaró la garganta. "Entiendo. Y no nos preocupa el consumo de alcohol entre menores. Sólo queremos averiguar qué le pasó a Emily".

"¿Qué le ha pasado?" Robert miró al sheriff.

Ah, así que obtiene su información directamente de la fuente. Interesante.

"¿Pensé que habías arrestado a Carlos Mendoza?"

El sheriff Grimes estaba claramente avergonzado por la filtración porque no se atrevía a mirar ni a Chase ni a Tate.

"Carlos está detenido por el asesinato de Emily, sólo tenemos que presentar nuestro caso al fiscal".

Era casi como si Grimes se disculpara por el curso judicial.

¿Qué tipo de dinámica existe en esta ciudad donde el sheriff se inclina ante-

Chase se dio cuenta de que no sabía a qué se dedicaba Robert en el trabajo.

"Correcto, y sólo queremos asegurarnos de que no haya preguntas cuando esto vaya a juicio", dijo Tate, llenando el silencio que se acercaba al final de la conversación. "Ya sabes, el FBI puede rastrear rápidamente cosas como las pruebas de ADN y utilizar un software especial para levantar huellas dactilares, incluso huellas palmares de la piel humana".

Esto era pura mentira y cualquiera con conocimientos de la ciencia que hay detrás del análisis de la escena del crimen lo sabría al instante. Incluso alguien con sentido común podría ser capaz de olfatear la mentira. Pero tal vez no un niño que creció viendo episodios hipersaturados de CSI donde la PCR se realiza en una muestra de ADN en cuestión de minutos y los resultados son perfectos todas y cada una de las veces.

Chase observó atentamente a Brent, pero el chico permaneció

estoico. O bien estaba engañando a Tate, o no le preocupaba que lo atraparan.

Había una tercera alternativa, por supuesto: no estaba involucrado en el asesinato de Emily.

Chase estaba indeciso.

¿Mataste, Brent? ¿Violaste a Emily y luego le pusiste las manos en la garganta porque te dejó por otro?

"Claro, seguro", dijo Grimes.

"Pero me doy cuenta de que esto debe ser muy difícil para ti, Brent", los ojos de Tate se dirigieron a Robert, "para los dos. Probablemente tendremos más preguntas en los próximos días, pero por ahora-"

Tate estaba terminando, pero Chase aún no había terminado.

"En realidad, sólo tenía una pregunta más para ti, Brent, si te parece bien".

Jugando ahora la carta del chico bueno, haciendo parecer que estaba pidiendo permiso cuando Chase no estaba haciendo nada de eso.

"Sí, claro", respondió Robert un poco vacilante. Aún no sabía qué pensar de aquel joven agente del FBI con el pelo canoso.

Chase era como un perro sarnoso sobre un trozo de carne. Sólo una olfateada y tenía que ser suyo. Y una vez que era suyo, no lo recuperabas.

"Hemos establecido que Emily estuvo en The Shack el sábado por la noche, lo que significa que a veces los chicos van allí fuera de esas tres ocasiones que has mencionado". La palabra ocasiones fue enmarcada por comillas al aire y acompañada de una rápida mirada en dirección a Robert.

"S-sí".

"Bien. Ahora, sólo necesito que admitas que tú también estuviste allí".

"Nooo." La palabra fue como un gemido. "Yo no estaba allí, yo no..."

"Agente Adams", advirtió Grimes, pero cada vez era más fácil ignorar al descarado sheriff.

"Has malinterpretado mi comentario", dijo Chase despectivamente. "Estuviste allí en otra ocasión... Brent, estuviste allí hoy cuando llegó el Departamento del Sheriff".

"Fue abordado por Carlos Mendoza", les recordó Robert. Había estado de pie detrás de Brent, pero ahora se adelantó y puso una mano reconfortante en el hombro de su hijo. "Escuchad, Brent ha estado enfermo hoy y ha salido pronto del colegio. No creo que ahora sea el momento-".

Chase suele tener visión de túnel cuando entrevista a una persona de interés. A veces, como ahora, resultaba beneficioso, ya que podía

ignorar a todo el mundo excepto a sí misma y al entrevistado. Otras veces, como cuando estaba con Brian Jalston, se encerraba tanto en sí misma que se ponía en peligro.

"Como dije, sólo una pregunta más: ¿por qué estabas allí hoy, Brent? ¿Por qué fuiste a La Choza? Si, como dices, no tenías ni idea de lo que le había pasado a Emily Dawson, ¿por qué fuiste allí? ¿Fue sólo una gran coincidencia que tu ex novia estuviera muerta en el sótano cuando decidiste investigar la arquitectura de La Choza?".

Brent parecía que iba a estar físicamente enfermo.

"Lo siento, pero voy a tener que terminar esto aquí", dijo Robert Matthews, apretando ahora con fuerza el hombro de su hijo para evitar que contestara.

Chase se levantó y sonrió débilmente a Brent.

"Por supuesto, siento que tu barriga esté disgustada, Brent. Y... no hace falta que respondas, porque sé por qué estabas allí. Estabas allí por tu móvil... estabas allí porque te dejaste el móvil en The Shack el sábado por la noche, ¿verdad?".

Brent parecía una tortuga intentando meter la cabeza en su caparazón.

Chase se volvió hacia Grimes e iba a hacerle una pregunta, pero Tate se le adelantó.

"Hal, sé que ya le devolviste el teléfono a Brent, pero esperaba que pudiéramos echarle un vistazo."

Chase estaba segura de que el sheriff Grimes se opondría, pero no lo hizo, y Brent la sorprendió sacando el móvil del bolsillo. Con mano temblorosa, se lo tendió.

"No, en realidad, creo que esta entrevista ha terminado", afirmó Robert Matthews, esta vez con confianza. Presionó con la palma de la mano el antebrazo de Brent, obligando al chico a bajar el teléfono. "Quizá después de que descanse un poco, podamos reanudar esta entrevista".

Habían pasado muchas cosas en los últimos segundos que Chase aún estaba procesando. Quería el teléfono, sí, pero no conseguirlo no era su objetivo principal.

"Sí, por supuesto. Siento mucho lo que le pasó a Emily", dijo Chase.

Grimes estrechó la mano de Robert, el tipo de apretón de manos cómplice en el que los agarras cerca del codo con la mano contraria, y luego se unió a Tate y Chase en el exterior.

"Brent parece un buen chico", comentó Tate, volviendo a su papel. "Asustado, pero quién no lo estaría".

El sheriff Grimes se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente.

"Sí, creo que le estás ladrando al árbol equivocado."

El comentario iba dirigido a Chase.

"Oh, no, sólo estoy haciendo preguntas. Tengo un... bueno, a veces puedo ser agresivo. No quería parecer insensible o indiferente".

Tate lanzó una mirada a Hal en respuesta a esto, cuyo significado estaba claro incluso para Chase: *te lo dije.*

Esto hizo que Chase se preguntara de qué demonios habían hablado los dos hombres.

¿Cera para el bigote y el coño?

"¿Y? ¿Qué es lo siguiente para vosotros?"

Tate consultó su reloj.

"Probablemente voy a pasar a ver a los padres de Emily Dawson. ¿Asumo que has dado la noticia?"

"*Uh-huh*. Envié a uno de mis ayudantes allí tan pronto como se pronunció. Ellos, *uhh*, están bastante golpeados."

Significado oculto: tal vez deberías esperar antes de ponerlos a prueba. Sobre todo si vas a volver a ser agresivo.

"Es que han acabado las clases y queríamos hablar con algunos compañeros de Emily juntos".

"¿En serio?" Grimes torció el cuello para mirar hacia la casa Matthews. "Bueno, supongo que verás a Robert Matthews más pronto que tarde, entonces".

"¿Y eso por qué?" intervino Chase.

Grimes bajó la ceja y centró su atención en ella. Tenía una expresión de no *sabes...* en su amplio rostro.

"Porque Robert Matthews es el director de la Academia Tenbury. Todo lo que pasa allí pasa por él".

Capítulo 22

"Bueno, ha sido... interesante", dijo Tate mientras conducían. Por el retrovisor, Chase vio al sheriff Grimes apoyado en el coche, con el móvil pegado a la oreja. Parecía preocupado. "¿Estás enfadado por no haber conseguido el teléfono?"

"La verdad es que no", respondió Chase distraídamente. Seguía dándole vueltas a lo sucedido y sólo escuchaba a su compañera con media oreja.

"¿Por qué?"

"Porque Brent estaba a punto de entregarlo, por eso".

"No te sigo".

El GPS les indicó que giraran a la derecha. Estaban a poco menos de once minutos de la dirección que habían introducido antes de dejar a Brent Matthews y a su padre.

Su padre *principal*.

Chase aún no sabía qué pensar de aquello, pero explicaba algunos de los misterios de aquel lugar. El sheriff no quería enfadar al director de la única atracción de la ciudad. La Academia Tenbury era cara y cara significaba que los padres ricos tenían que pagarla. Padres ricos significaba dinero de campaña y el sheriff de Hawkesbury era un cargo electo.

Malditos pueblos pequeños.

"Brent estaba dispuesto a entregar su teléfono, lo que significa que si había algo incriminatorio en él, ya lo había borrado. De lo contrario, habría luchado con uñas y dientes para asegurarse de que no lo consiguiéramos".

"Pero el Sheriff Grimes no pudo haber estado allí más de cinco minutos antes de que llegáramos. ¿Crees que en tan poco tiempo Brent consiguió borrar todo lo incriminatorio? ¿Las fotos de Dick incluidas?"

"Dale a un adolescente un móvil y dos minutos y probablemente pueda hackear el Pentágono".

Tate sonrió satisfecho.

"Probablemente tenga razón. Supongo que nuestro amigo Hal hizo un gran espectáculo de devolver el teléfono a sí mismo para salvar la cara con el director Rob ".

"Sí."

"Pueblos pequeños".

Aunque esto era exactamente lo que Chase estaba pensando, estaba empezando a tener dudas.

"¿Tienes la impresión de que hay algo podrido aquí en Hawkesbury? ¿Algo que va un poco más allá del asesinato de Emily?"

Cuando Tate no respondió de inmediato, Chase miró en su dirección. Estaba sumido en sus pensamientos.

"Yo... no lo sé. Algo definitivamente no es normal en este lugar, pero no puedo decir si es sólo porque el sheriff está tratando de calmar una tormenta melancólica y mantener su trabajo o hay algo más que eso."

"Brent parecía conmocionado, pero es sólo un niño. El sheriff y el director, por otro lado... Quiero decir, dijeron todas las cosas correctas, pero no parecen tan disgustados de que una chica popular de instituto fuera brutalmente violada y asesinada en su pueblo."

"¿Abogado del diablo?"

"Claro".

"La somnolienta aldea de Pensilvania, rodeada de una hermosa vegetación, no tiene antecedentes de delitos violentos", dijo Tate con acento británico. Volvió a su voz normal. "Todavía están procesando, intentando evitar el pánico y no parecer estúpidos delante de los federales. Además, ya tienen a su hombre y eso les basta".

Tenía sentido, pero estaban haciendo suposiciones y a Chase no le gustaban las suposiciones.

"¿No hay crímenes violentos aquí en Hawkesbury?"

"Buena pregunta. Lo averiguaré". Tate envió un mensaje de texto justo cuando llegaron a la dirección de los Dawson. "Wow."

Era más una finca que una casa y empequeñecía la casa de los Matthews. Tres pisos, grandes ventanales tan limpios que el reflejo de la luz del sol del atardecer era casi cegador.

"¿Quieres tomar la iniciativa en esto, o lo hago yo?" Tate preguntó.

"Toquemos de oído".

Mientras subían por el largo e impresionante camino que los conducía hacia unas enormes puertas dobles, Chase no pudo evitar pensar en Floyd. Floyd y su trastorno de estrés postraumático por tener que dar una noticia impensable a un padre que había perdido a su hijo. Esto no era exactamente lo mismo -según el sheriff, los padres de Emily ya habían sido informados de la muerte de su hija-, pero seguía incomodando mucho a Chase.

El sheriff Grimes le había sugerido sutilmente que se tomara las cosas con calma con los Dawson, que los tratara con guantes de seda, por así decirlo, pero nunca se propuso ser agresiva. Aunque Chase no se hacía ilusiones de que fuera un hombro compasivo en el que llorar, creía que era justa. Pero una vez que alguien empezaba a mentir o a oscurecer la investigación... Se acababan las apuestas.

Atrapar a un asesino triunfó sobre masajear sentimientos todo el día, todos los días.

La mujer que abrió la puerta se parecía tanto a Emily que Chase quedó momentáneamente desconcertado. Tenía los mismos labios grandes y los mismos ojos azules, el mismo pelo castaño. Tenía arrugas en la cara y era obviamente menos pálida. Pero el parecido

era asombroso.

"¿Señora Dawson?" Dijo Chase después de recogerse. "Mi nombre es Agente Adams, y este es mi compañero, el Agente Abernathy. Somos del FBI, una división especial que investiga crímenes contra..." Se detuvo, odiando el acrónimo CVU y sabiendo que decir las palabras tampoco tenía sentido. Emily no era una niña, era una adolescente, prácticamente una adulta. "Crímenes contra niños y jóvenes. Sentimos mucho lo que le ha pasado a su hija Emily".

Un hombre apareció detrás de la señora Dawson. Estaba claro que Emily había heredado la mirada de su madre. El señor Dawson era bajo y corpulento, con la forma de un boliche. El poco pelo que tenía era fino y teñido de marrón mate.

"Son del FBI", dijo la Sra. Dawson a su marido. "Agentes..." Intentó que se le ocurrieran sus nombres, pero como no pudo, se limitó a alzar los brazos. "Oh, no lo sé..."

"Adams y Abernathy", repitió Chase. La mujer retrocedió y el hombre se adelantó, tendiéndole la mano. Tate, conociendo su aversión a los apretones de manos, le hizo los honores.

"Carl Dawson, y mi esposa es Jennifer."

"¿Está bien si entramos?" preguntó Tate. Ahora era el agente de la ley empático que los Dawson necesitaban.

"Claro, pasa".

A diferencia de la casa de los Matthews, que estaba escasamente decorada, el interior de la casa de los Dawson era tan impresionante o más que el exterior. De la mayoría de las paredes colgaban óleos de verdaderos artistas, Chase suponía aunque no lo sabía con certeza, y los muebles parecían caros pero con clase. Chase y Tate siguieron a Carl y Jennifer por una escalera de caracol hasta una sala de estar. Había dos tazas de café en extremos opuestos de una mesa y Chase sabía exactamente qué habían estado haciendo los Dawson antes de que ellos llegaran: nada.

Absolutamente nada.

Sólo miraban su café e imaginaban un tiempo en el que su hija no estuviera muerta.

"¿Quieres un café o algo?" susurró Jennifer Dawson.

"No, estamos bien. Gracias", respondió Chase. "Sra. Dawson, ¿le importaría mostrarme la habitación de Emily?"

***

Chase esperaba que sus sentimientos de pavor y desesperación aumentaran al entrar en la habitación de Emily, pero ocurrió todo lo contrario. Era como si quienquiera que hubiera decorado la habitación lo hubiera hecho tecleando "Habitación de una adolescente" en

Pinterest y replicando la primera imagen que había visto: las paredes estaban pintadas de un lavanda claro; una enorme cama de cuatro postes estaba colocada contra una pared; y un escritorio blanco y limpio con un ordenador portátil cerrado sentado encima contra otra. Había un puñado de obras de arte enmarcadas colgadas, pero todas eran genéricas -una pluma, una silueta, una cita artística- y no revelaban nada de la persona que solía vivir aquí.

"Todavía no puedo creer que Em no vaya a volver a dormir aquí". Chase no sabía qué decir, así que se quedó callada. "Supongo que no le quedaban muchas noches, de todos modos. Em iba a Penn en otoño".

La racionalización del asesinato de Emily picó a Chase.

"Lo siento. Haremos todo lo posible para averiguar qué le pasó".

Una esquina de la colcha color crema se había echado hacia atrás. Jennifer la arregló y luego alisó la tela con las palmas de las manos. Chase se acercó despreocupadamente al escritorio de la chica. Además del ordenador, vio varios blocs de notas. Uno tenía escrito "Planificador de historias" y lo cogió.

"¿Te importa si echo un vistazo?", preguntó, sosteniendo el libro para que Jennifer lo viera.

"Em iba a Penn para la escritura creativa. Le encantaba leer y escribir".

Chase lo tomó como un sí y hojeó las páginas. Le impresionó la letra cursiva que llenaba cada hoja. La mayoría de las chicas de la edad de Emily que tenían inclinación por la escritura y no perdían el tiempo hojeando continuamente sus teléfonos, habrían preferido mecanografiar su trabajo. Emily no. La mayor parte de lo que escribía eran elucubraciones sobre un personaje concreto y algún que otro poema. Hacia el final del libro, una de las entradas más recientes parecía más larga, probablemente el comienzo de una novela.

"¿Sra. Dawson?"

"Por favor, llámame Jennifer". La mujer hablaba en voz baja y con desinterés.

"Bien, Jennifer, sé que esto es difícil pero es importante que nos movamos rápido. Cuanto mejor entienda quién era Emily, más fácil será reconstruir exactamente lo que pasó. ¿Puedes contarme algo sobre sus amigos? ¿Novios, tal vez?"

"He oído que tienen a alguien detenido. ¿Sabes quién...?"

"Esa es la investigación del sheriff, no la nuestra. Somos el FBI así que hacemos las cosas un poco diferentes. Por favor, cualquier cosa que pueda decirme sobre Emily y sus relaciones será de gran ayuda. Brent Matthews dijo que eran cercanos, que él y Emily solían salir".

"Sí, así es."

"¿Sabes por qué rompieron?"

Jennifer se encogió de hombros.

"Em dijo que empezaron a distanciarse. Salieron durante un tiempo pero, para ser sincero, no creo que fuera nunca tan serio".

"Emily era una adolescente, todo es serio cuando eres adolescente".

La afligida mujer sonrió ante esto.

"Tienes razón. En cuanto a las amigas, Emily estaba muy unida a Ava, Natalia y Laura. Pero..."

"¿Pero qué?"

Otra sonrisa, esta vez cansada.

"Digamos que Em estaba entusiasmada con un nuevo comienzo en la universidad".

Chase leyó entre líneas. Cuando las cosas se torcieron con Brent, la relación de Emily con sus amigos también se resintió.

"Jennifer, ¿conoces a un chico llamado Carlos Mendoza?"

Ya no sonríe.

"Sí, formaba parte de un programa de becas de la escuela. Oí que era un buen chico. Su hermano, Daniel, no tanto. ¿Por qué preguntas por Carlos?"

Chase se centró en la narración.

"¿Emily conocía a Carlos?"

"Claro, los dos son mayores".

Tiempo presente.

"¿Y tuvieron alguna cita? ¿Emily y Carlos?"

Jennifer parecía insultada.

¿"Salían"? No, no salían juntos. ¿Por qué preguntas por él? ¿Tuvo algo que ver con la muerte de Emily?"

Chase estaba en una encrucijada. Si mentía sobre el arresto de Carlos, Jennifer lo descubriría -los pueblos pequeños y todo eso- y eso aseguraría que aquella sería la última conversación cordial que tendrían. Probablemente también la última sin abogados presentes.

"Para ser sincero, Sra. Dawson -perdón, Jennifer-, mi compañero acaba de llegar a la ciudad hace sólo unas horas. Nos gusta mantener un poco de distancia entre nosotros y las fuerzas del orden locales, ¿sabe? Intentamos ser lo más imparciales posible mientras recopilamos hechos. Trabajamos juntos cuando es necesario, pero lo que hace el Departamento del Sheriff y lo que hacemos nosotros no siempre es lo mismo." Chase estaba siendo tan ambiguo que empezaba a molestarse. "Sólo tengo una pregunta más para ti".

A la gente le encantaba *una última pregunta*. Ponía un límite de tiempo a las cosas, pero casi nunca se utilizaba literalmente.

"¿Sí?"

"¿Conoces un lugar llamado La Choza?"

"Por supuesto. Todo el mundo conoce La Choza. Los mayores van allí..."

"Tres veces, lo sé. ¿Mencionó Emily ir allí alguna otra vez?"

"No."

La falta de emoción en la voz de Jennifer sugería que no era consciente de que su hija había sido descubierta allí.

"¿Y el sábado por la noche? ¿Dijo Emily a dónde iba?"

La cuenta de la última pregunta había llegado a cuatro.

Jennifer exhaló con fuerza y sus hombros se redondearon.

"Ella dijo... Em dijo que iba al cine sola. Una película... todo esto parece una película. O una pesadilla. Una terrible pesadilla. Mi Em, se ha ido. Se fue para siempre". Jennifer sollozó. "Ella nunca volverá a ver otra película. Y yo nunca la veré..."

Capítulo 23

En cuanto los agentes del FBI se marcharon, Brent se separó de su padre y corrió escaleras arriba. Apenas tuvo tiempo de levantar la tapa del váter antes de vomitar. Su cuerpo se contrajo, deshaciéndose aparentemente de cada gramo de líquido que le quedaba en el estómago, en los intestinos, en cualquier parte. Y entonces, cuando todos sus esfuerzos convirtieron su purga en una tos seca, apoyó la frente bañada en sudor en el antebrazo sobre la taza.

¿"Brent"? Brent, ¿estás bien? ¿Necesitas algo?"

Sí, necesito que todo esto desaparezca. Todo. *Necesito volver a hace tres meses, cuando estaba sentado con Em y me dijo que no me quería. Necesito volver antes de la bofetada.*

"Bien. Sólo enfermo". No estaba seguro de cómo se las arregló para decir incluso esto.

"Vale. He puesto un Gatorade y un Pepto en la puerta, ¿vale? Y cuando te sientas mejor, tenemos que hablar, ¿de acuerdo, hijo?"

Brent oyó a su padre apoyarse en la puerta, pero sabía que el hombre no la abriría. La triste verdad era que nunca habían estado especialmente unidos. Había habido un tiempo, poco después de la muerte de su madre, en que habían intentado conectar a un nivel más profundo, pero siempre se sentía forzado y no duraba. Brent no odiaba a su padre, nada de eso, pero el hombre trabajaba tanto y se estresaba tanto por el dinero que apenas le quedaba tiempo o energía mental para el amor. El hecho de ser el director de Tenbury tampoco ayudaba; Robert no podía arriesgarse a que le acusaran siquiera de un atisbo de favoritismo, así que presionaba mucho en sentido contrario.

"Te quiero, Brent."

Brent no contestó y, después de contar hasta diez, oyó que su padre se alejaba.

Después de recuperar el aliento, Brent se tomó dos Zoloft más. Eran casi imposibles de tragar, pero se los tragó llevándose a la boca agua del fregadero con la mano ahuecada. Ya estaban medio disueltos.

El FBI... el maldito FBI *estaba aquí. Y me habían pedido el móvil. ¿Sabían lo que había en él?*

El agente con bigote que parecía Burt Reynolds había dicho que el FBI tenía todo tipo de herramientas especiales. ¿Podrían usarlas para hackear su teléfono?

¿Habían visto las fotos?

Cuando el sheriff Grimes se había pasado por allí para devolverle el móvil, también había querido hablar. Brent había dicho que se había ido de la escuela porque estaba enfermo y necesitaba acostarse; ambas cosas eran ciertas. Pero también necesitaba tiempo a solas con su teléfono para ver qué había en él.

Y Brent no tuvo problemas para encontrar lo que buscaba: una única fotografía tomada a las 12:34 de la noche del sábado.

Brent también creía que era la última fotografía tomada a Emily en vida.

Eran los siete -Ava, Laura, Natalia, Jackson, Ethan, Theo y Em- y, por supuesto, él, pero Brent estaba haciendo la foto y no salía en ella.

Se abrazaban y sonreían. Brent se acercó a la cara de Em y sintió que sus mejillas se humedecían de lágrimas; al parecer, el vómito no le había librado de todo líquido, después de todo.

Como el resto de ellos, Em estaba sonriendo. Pero él conocía su sonrisa y ésta era falsa. No le llegaba a los ojos.

¿Qué ha pasado? ¿Qué coño ha pasado?

La foto había sido tomada en The Shack, de eso no cabía duda:rent podía ver las botellas en el suelo detrás de ellos y el mostrador en ruinas al fondo.

Pero no recordaba haberla tomado. Y no podía creer que estuviera realmente muerta. Parecía imposible. Aquí estaba Emily sonriendo falsamente en una foto que él había tomado hacía menos de tres días.

Ahora se había ido.

Su mente no estaba procesando esta información correctamente, él lo sabía. Lo estaba enfermando físicamente.

Si tan sólo pudiera recordar, eso mejoraría las cosas.

Esto no tenía sentido, pero Brent estaba desesperado. Y estaba en una especie de estado de fuga cuando envió el mensaje a todos los que habían estado allí.

"The Shack". Encuéntrame en el Shack a las 12:34 esta noche. Si no apareces, le diré a todo el mundo que estuviste allí el sábado".

Y luego, por si acaso pensaban que iba de farol, Brent adjuntó la fotografía al mensaje.

Todos lo leyeron casi al instante, pero nadie respondió. No importaba. Sabía que aparecerían.

Fue entonces cuando sonó el timbre. Brent no sabía quién era, pero sabía que era para él.

Su decisión de borrar la foto y el mensaje que acababa de enviar no fue para cubrirse las espaldas, al menos no del todo.

Si lo arrestaban, quizá nunca descubriera la verdad.

Con gran esfuerzo, Brent consiguió despegarse del suelo del baño, impulsado por la rabia contra sí mismo y contra sus amigos.

Luego se miró las manos.

De ninguna manera maté a Emily. Sus labios se retrajeron en una mueca. *Pero la abofeteaste, ¿verdad? La abofeteaste-Brent, ¿es tan difícil creer que también pudiste estrangularla?*

"Imposible".

Sin embargo, había un atisbo de duda impulsado por sus lagunas de

memoria. ¿Era ésta la forma que tenía su mente de protegerse de la horrible verdad?

A Brent empezaron a castañearle los dientes, y pensó en Carlos Mendoza de entre toda la gente. Carlos, el capullo que se estaba follando a *su* novia, estaba convencido de que Brent había matado a Emily.

Si lo hice, entregaré mi culo, decidió Brent en ese momento. *No me importa lo que me pase. Si la maté, conduciré mi culo hasta la casa del sheriff Grimes y le exigiré que me ponga las esposas.*

Pero primero tenía que averiguar qué había pasado el sábado por la noche.

Y lo haría.

Esta noche a las 12:34 AM.

Brent tomó otro Zoloft.

Hasta entonces, dormiría, porque algo le decía que iba a necesitarlo.

Capítulo 24

"No se hace más fácil, ¿verdad?" preguntó Tate.

"No, no es así", admitió Chase.

Antes de arrancar el coche, Chase arrojó el Planificador de Historias sobre el regazo de Tate.

"¿Qué es esto?" Lo cogió y empezó a abrirlo. "¿Es de Emily?"

"Sí. También tenía un portátil, pero su madre no sabía la contraseña. Si realmente quisiéramos, podríamos enviarlo de vuelta a Quantico y hacer que lo descifren, pero estoy bastante seguro de que este libro nos dirá todo lo que necesitamos saber sobre Emily Dawson."

Tate asintió.

"¿Qué hay de su móvil? ¿Alguien lo encontró?"

"No que yo sepa. No estaba en La Choza y sus padres no saben dónde está. Quien la mató probablemente la tiene".

"¿Número?"

"Debería estar en el archivo".

Tate cambió el bloc de notas de Emily por el expediente del caso y luego hizo una llamada en su teléfono.

"Oye, ¿crees que me harás un favor? No, sólo uno pequeño esta vez. Necesito ver si puedes rastrear esta célula. El número es..." Tate encontró el número, lo leyó y colgó. Se dio cuenta de que Chase le miraba fijamente y dijo: "¿Qué?".

"Nada."

"Oh, ¿estás haciendo eso ahora?"

"Me parece justo, es sólo que me sorprende que la gente de la Agencia todavía hable contigo. Normalmente, cuando un agente se entera de que te has asociado con Chase Adams, tu capacidad para pedir favores se seca muy rápido".

"Realmente tienes un gran concepto de ti mismo, ¿verdad?" bromeó Tate.

"Sí, decir que acercarse a mí es como coger la peste bubónica es una flexión de ego si alguna vez he oído una".

"Bueno, la buena noticia es que estoy bastante seguro de que soy inmune. Al menos por ahora. La verdad es que he estado en este juego mucho tiempo, Chase, y hay un montón de gente que he ayudado a lo largo de los años que me deben. *Realmente* me deben. Creo que vamos a estar bien por el momento. ¿Has averiguado algo de la Sra. Dawson?"

Chase transmitió la información sobre los amigos íntimos de Emily y la negación casi visceral de Jennifer de que su hija estuviera involucrada con Carlos.

"Podría no ser nada, pero podría ser un motivo", dijo.

"Continúa".

"La princesa Tenbury se compromete con el príncipe pero lo deja por el bufón. A la corte no le hace mucha gracia".

"Nunca te consideré un poeta medieval. Pero en este hipotético escenario, ¿crees que la corte abandonaría completamente a la princesa?"

Chase decidió abandonar la analogía.

"¿Si Emily engañó a Brent con Carlos, el chico marginado de la beca? Es posible."

"*Tsk, tsk.* Y yo que pensaba que el denostado Chase Adams estaba por encima de los estereotipos".

"Oh, lo soy. Créeme. ¿Pero sabes quién podría no serlo?"

"¿Gente que vive en casas multimillonarias en el condado de Hawkesbury?" Tate sugirió.

Chase recordó la forma en que Jennifer Dawson se había encogido con sólo mencionar el nombre de Carlos.

"Bingo. ¿Qué te parece si pasamos por casa de los Mendoza y conocemos su versión de la historia?".

"Me parece un plan, mi señor."

***

Carlos Mendoza vivía en un bonito bungalow de una planta en las antípodas de los Matthews y los Dawson. Estaba bien mantenido, el césped recién cortado y la pintura gris de la valla exterior no podía tener más de un año, pero era innegable que no estaba ni cerca de estar en la misma categoría fiscal que los otros dos.

Por el expediente, sabían que Carlos vivía con su madre, Sylvia Mendoza, pero no fue ella quien abrió la puerta. En su lugar, fue un joven de unos veinte años. Estaba sin camiseta, mostrando su cuerpo bronceado pero delgado, y tenía el pelo oscuro y las cejas más oscuras. Estaba bebiendo un vaso de agua.

"Hola, somos del FBI", dijo Chase. "Tu madre no estará por casualidad en casa, ¿verdad?"

"Mamá ha ido a hablar con Carlos". El chico los miró con desdén. "Porque lo arrestaron por lastimar a esa chica, lo cual es mentira. Él no le hizo daño, ¿por qué coño iba a hacer eso?".

Bueno, el gato estaba definitivamente fuera de la bolsa ahora. Sólo para estar seguros...

"¿Te refieres a Emily?" Chase preguntó.

El ceño del hombre se convirtió en algo más parecido a un gruñido.

"Sí, Emily. ¿Quién coño más?"

"¿Estaban saliendo tu hermano y Emily?"

"¿Seguro que eres del FBI? ¿Como si no fueras un detective junior o

algo así?"

"Tranquilo", advirtió Tate.

Chase respondió mostrando su placa. El hermano de Carlos ni siquiera la miró.

"Déjame preguntarte de nuevo, ¿tu hermano y Emily estaban saliendo?"

"Sí, estaban saliendo. Y déjeme decirle, señora, que a los gringos del pueblo no les gustó nada".

"¿Estuvieron juntos mucho tiempo?"

El chico se encogió de hombros. Parte de su ira empezaba a disolverse. Eso era lo malo de estar indignado: siempre se pasaba. Sólo que a veces, lo que dejaba a su paso era peor.

Culpa. Desesperación. Pérdida.

La soledad.

"Un par de meses. Ambos iban a Penn en otoño".

"¿Cómo te llamas?"

Le dio a Chase el viejo up-down.

"¿Cómo te llamas?"

"Chase".

La inmediatez de su respuesta pareció derribar la fachada de tipo duro que no dejaba de asomar.

"Daniel".

"¿Y tú eres el hermano mayor de Carlos?".

"Sí."

"¿Tú también vas a la Academia Tenbury, Daniel? ¿O fuiste tú, quiero decir?"

"No, no tengo las notas como Carlos. Y no podemos permitírnoslo de otra manera".

"¿Conociste a alguna de las amigas de Emily?"

"¿Amigos?" Daniel negó con la cabeza. "No. Como todo el mundo en esta puta ciudad, no quiere tener nada que ver con la simbólica familia mexicana. Al menos no en público. Vendría cuando oscureciera".

"¿No pareces muy molesto por la muerte de Emily?" Dijo Tate.

Daniel se encogió de hombros con desdén.

"No me alegro de que haya muerto. Pero no te voy a mentir, Carlos estaba mejor antes de empezar a salir con ella."

"¿Cómo es eso?"

"Digamos que era feliz cuando la gente nos dejaba en paz. Pero cuando empezó a salir con ella, empezaron a pasar cosas. Salgo del trabajo, mis neumáticos están misteriosamente pinchados. Y luego hubo un par de ventanas rotas, esa mierda es cara de arreglar. Entonces un día, Carlos llega a casa de la escuela con un ojo morado. Nunca me dijo quién lo hizo, pero lo sé. Y déjame decirte, cualquiera

que joda a mi hermano, me jode a mí".

"¿Quién era?"

Daniel soltó una carcajada sin gracia. A pesar de no ser un fan de su naturaleza insensible, Chase entendía de dónde venía. Debía de ser duro para ellos, como marginados, vivir aquí sin el drama de que Carlos le robara la novia a Brent, si es que realmente las cosas habían sido así. Y luego los "accidentes" y ahora esto: Carlos siendo acusado de su asesinato.

"¿Era Brent?" Tate preguntó. "¿Atacó Brent a Carlos?"

Daniel volvió a reír, pero esta vez el sonido estaba impregnado de alegría.

¿"Brent"? ¿Brent Matthews? Tienes que estar bromeando. Oí que solía ser un gran jugador de lacrosse, pero ahora es sólo un flacucho imbécil. No mataría ni a una mosca".

"¿Entonces quién?"

"Ese gilipollas de Jackson", dijo Daniel sin dudarlo. "Pero no te preocupes, lo tengo de vuelta".

"¿Jackson?"

"Shiiit, ustedes realmente son detectives junior, ¿no?"

Chase sintió que Tate se tensaba y se llevó la mano al costado para indicarle que guardara silencio. Al cabo de un momento, Daniel suspiró.

"Jackson Grimes, el hijo del sheriff, ese es. Fue ese hijo de puta el que me pinchó las ruedas, me rompió la ventanilla y le dio un puñetazo en la cara a Carlos. Así que voy y me enfrento a él, ¿vale? Y él me ataca. Y una mierda. Todo lo que hago es defenderme, pero entonces aparece la policía y Jackson, ¿quieres saber lo que hizo? Me plantó algo. Algunas drogas. Ni siquiera sé qué mierda era, ni siquiera puedo pronunciar esa mierda. Pero caí por eso. Claro que sí, porque su padre no quiere que nadie sepa que un sudaca le pateó el culo a su hijo. Su padre, el sheriff, lleva años encubriendo a ese degenerado". Daniel hizo una pausa para respirar hondo. Su cara se había puesto roja. "Como sois detectives novatos o algo así, os ayudaré un poco: si queréis saber quién mató realmente a Emily -y no fue mi puto hermano, eso seguro-, yo empezaría a investigar a Jackson Grimes".

Chase no quería mirar a Tate, pero no pudo resistirse. Y aunque no pasaron palabras entre ellos, dos de ellas fueron directamente del cerebro de ella al de él.

Pequeñas ciudades.

Capítulo 25

Las cosas se complicaron *antes de que* Chase recibiera la llamada durante la cena. Tate hizo una inmersión superficial en Jackson Grimes, limitada sobre todo a una comprobación de antecedentes. No había forma de corroborar nada de lo que Daniel Mendoza les había contado sobre Jackson, pero no esperaban encontrar mucho o nada. El padre del hombre era el sheriff y, como ya habían averiguado, en Hawkesbury las cosas funcionaban de forma algo distinta a como lo harían, por ejemplo, en Nueva York o incluso en el condado de Stafford.

Jackson estaba limpísimo.

Daniel, en cambio, no lo era. Tenía tres detenciones en su historial, dos por agresión y una por posesión de drogas. No figuraba ningún demandante en ninguno de los dos casos, pero si Chase tuviera que apostar, habría apostado todo a que se trataba de Jackson. La detención por drogas era aún más condenatoria. El compuesto que Daniel afirmaba no saber ni siquiera pronunciar era Rohypnol, más comúnmente conocido como la droga de la violación en las citas.

Dentro... fuera... dentro... fuera... todo moviéndose en extrañas líneas onduladas...

Chase estaba deseando volver a charlar con Daniel después de conocer esa información, pero Tate la había disuadido. Por ahora sólo estaban haciendo un reconocimiento preliminar. Las segundas visitas llegarían, pero más adelante. El plan era acorralar a la partida de Brent mañana en Tenbury y ver qué sabían de la noche del sábado pasado. Eran chavales de instituto y si en un pueblo pequeño no había secretos, en las aulas había menos, así que Chase adivinó mucho. Conseguir que hablaran sería la parte difícil. Después, localizarían a Jackson Grimes e intentarían charlar con él. Convencer al hijo del sheriff de que hablara sería casi imposible, pero tenían que intentarlo.

Mientras comíamos unas hamburguesas caseras sorprendentemente buenas en la cafetería local y bebíamos cerveza fría de barril, recibimos la llamada.

"¿Estoy hablando con el Agente Adams del FBI? ¿De la Unidad de Víctimas Infantiles?". Chase, que se había estado riendo a carcajadas de la imitación de Tate del director Hampton, se puso serio de inmediato.

"Sí, soy el agente Adams. ¿Es Arthur Ramos?"

Quiso ponerlo en altavoz para que Tate pudiera escuchar, pero el restaurante estaba demasiado alto.

"Soy él, el forense de Hawkesbury. Quería hacerle saber que llegaron los resultados toxicológicos de Emily Dawson. Ahora, normalmente nunca haría esto por teléfono..."

"¿Qué reveló el análisis toxicológico?"
Arthur se aclaró la garganta, un recordatorio para Chase de lo mucho que odiaba que le interrumpieran. Y lo extraño que era el hombre en general.
"Sí, como te decía, ha surgido algo y no puedo reunirme contigo en persona esta tarde. Dada la sensibilidad de este asunto, he pensado en llamarte para ponerte al día de los hallazgos."
Oh, ponte a ello, joder.
"¿Sí?"
"Descubrimos altos niveles de flunitrazepam en la sangre de la Srta. Dawson".
"¿Qué *gripe*?" soltó Chase.
El hombre se rió. Se rió de *verdad*.
¿Qué coño le pasa?
"Sí, bueno, el flunitrazepam es más conocido por su nombre comercial, Rohypnol. Es una benzodiazepina y es..."
"Sé lo que es". A Chase ya no le importaba interrumpir al extraño hombre. "¿Algo más?"
Una larga pausa.
"Hmm, sí. Además del flunitrazepam también encontramos gonadotropina coriónica humana en la sangre de Emily Dawson."
Oh, Jesús, ¿qué coño es eso, ahora?
"*¿Qué?*"
"Hmm." Sonaba como si Arthur se estuviera excitando con esto.
Oh, mira, el agente del FBI de la gran ciudad ni siquiera sabe lo que es gonadshit crónica humana.
Se le había ido la olla. Una chica de instituto había sido violada y asesinada.
Chase estaba dispuesto a recordárselo.
"Arthur, necesitas..."
El hombre se limitó a hablar por encima de ella.
"La gonadotropina coriónica humana se conoce más comúnmente como HCG, y es producida por el tejido trofoblástico".
HCG, Chase lo sabía, por supuesto.
"Estaba embarazada", respiró Chase.
"Sí, Emily Dawson estaba embarazada en el momento de su muerte."
Tate, que sólo escuchaba su parte de la conversación, se quedó boquiabierto.
"¿De cuánto tiempo estaba?"
"Entre tres y seis semanas".
"Probablemente lo sabía", susurró Chase. "Arthur, ¿quién sabe que Emily estaba embarazada?"
"Bueno, como acabas de mencionar, es probable que Emily notara

la falta de su menstruación, así que..."

"No, me refería a quién le has dicho que estaba embarazada".

"Nadie", dijo Arthur rápidamente. "Yo te llamé primero".

"Y usted sabe que la CVU se ha hecho cargo de este caso, ¿correcto?" Técnicamente no es cierto, pero el forense no lo sabía.

"Pensé que el FBI estaba trabajando en conjunto con el Departamento del Sheriff de Hawkesbury."

Vale, quizás lo hizo.

"Arthur, te digo ahora mismo, que el FBI se está haciendo cargo de este caso."

"¿He hecho algo mal?"

"No, al contrario, lo has hecho muy bien. Agradezco tu rapidez y ahora te pido discreción". Normalmente, aquí es donde Chase lo habría dejado, su no decir las palabras más impactante que deletrear las cosas. Excepto, Arthur Ramos claramente no era normal. "No quiero que nadie sepa que Emily estaba embarazada. Y me refiero a nadie, incluidos el Departamento del Sheriff y el Sheriff Grimes. ¿Me entiendes?"

"Sí, por supuesto".

"Bien. Sólo una cosa más, Arthur. ¿Puedes obtener un perfil de ADN del feto con el fin de identificar al padre o tenemos que llamar a un médico forense para eso?"

"Según su petición, he llamado a un médico forense para realizar una autopsia, pero están atascados. No será..."

"¿Puedes...?"

"-una semana más o menos hasta que puedan entrar. Sin embargo..."

"Arthur, ¿hay...?"

"Sin embargo, ya he conseguido aislar células fetales de la sangre de la señorita Dawson. Crear un perfil de ADN es algo que soy capaz de hacer, pero nuestros recursos son limitados, tanto financieros como tecnológicos."

Chase recordó a Tate y sus favores.

"Eso no es problema. Podemos conseguirle una dirección a la que enviar las muestras. También será bien compensado por su tiempo, Arthur. De nuevo, me gustaría recalcar que esto debe quedar entre el FBI y usted."

"Comprensible. Transmítame la dirección y enviaré la muestra lo antes posible. Mañana por la mañana, lo más probable, porque como he dicho, ha surgido algo y..."

"Gracias".

Chase colgó y dejó el teléfono sobre la mesa, junto a su plato de patatas fritas. Respiró un poco mientras esperaba a asimilar la información.

"¿Y bien?" Dijo Tate, con las manos extendidas.

Chase se inclinó hacia delante y bajó la voz por si los demás estaban escuchando, que por supuesto lo estaban.

"Emily fue dosificada con Rohypnol, y estaba embarazada. Ese forense raro está dispuesto a enviar el ADN fetal a uno de tus contactos para ver quién es el padre". Ella esperaba que Tate insertara un comentario ingenioso, pero él permaneció estoico.

"No hay problema".

Chase apartó su plato de patatas fritas -ya no tenía hambre- y se bebió un buen trago de cerveza.

Tate hizo una llamada rápida, consiguió un nombre y se lo transmitió. A su vez, Chase transmitió la dirección a Arthur. Le sorprendía la rapidez con la que Tate hacía las cosas. Casi le hizo replantearse todas las decisiones que había tomado a lo largo de los años para cabrear a la gente.

"¿Crees que va a funcionar? ¿Crees que este tipo Arthur va a ser capaz de mantener esto entre nosotros?"

¿"Honestamente"? Ni hablar. Sólo espero que tengamos un par de días antes de que sea lo más comentado de la ciudad".

"Sí, pueblos pequeños", dijo Tate, esta vez sin humor. También había perdido el apetito. Ambos terminaron sus cervezas, entonces él dijo: "Vámonos de aquí".

***

Tal vez fuera por enterarse de que Emily estaba embarazada o porque Chase se sentía culpable por haber dejado a Felix tan pronto después de haberse reunido por fin. Fuera cual fuese el motivo, se vio obligada a llamar tanto a su sobrina como a su hijo en cuanto regresó al hotel. La conversación con Georgina transcurrió previsiblemente bien, la efervescente muchacha hablaba con entusiasmo del día que había pasado con Rachel y también con Félix. Al parecer, Brad se había tomado el día libre para preparar su entrevista y se había asociado con Marguerite para llevar a los tres a una feria de arte local. A Chase le pareció extraño porque a Brad nunca le había gustado el arte -era más de números- y no creía que a Georgina tampoco.

Estaba equivocada.

Georgina no podía dejar de delirar con un hombre que pintaba un tema espacial cósmico utilizando sólo una serie de cuencos y botes de pintura en aerosol. Brad le había comprado una de estas pinturas y ella estaba entusiasmada por enseñársela cuando llegara a casa. Naturalmente, esto llevó a la pregunta de *cuándo* volvería Chase a casa.

Ella optó por el clásico y obtuso "*no tardaré en irme*".

Por el contrario, su conversación con Félix había sido tensa. Era como arrancarle una muela al niño de diez años y al final tuvo que hacer referencia a cosas que Georgina le había dicho para que la cosa siguiera adelante. En total, lograron aguantar unos cinco minutos antes de que Felix le devolviera el teléfono a Brad. Chase le explicó que estaba trabajando en un caso, que era un asunto delicado y que esperaba que no le llevara más de unos días. Brad parecía bastante de acuerdo, pero Chase no sabía cómo interpretar esta reacción. Hubo un tiempo en que se quejaba de que trabajara demasiado, de que se implicara demasiado en sus casos, pero ya no. Sencillamente, no le correspondía. A continuación, Rachel se puso al teléfono y Chase se lo pasó a Tate.

Todo esto era surrealista. Chase asociándose con su actual novio, compañero de piso, conviviente, como se le quiera llamar, para formar una nueva unidad del FBI. Su hijo biológico y su ex marido pasando el rato con su sobrina, de la que era tutora legal, y la hija de su novio... era suficiente para hacer girar la cabeza de cualquiera.

Su vida siempre había sido complicada, pero esto la llevaba a un terreno nuevo.

Tate dio las buenas noches a su hija y le devolvió el teléfono. Ambos se sentaron en silencio durante un rato, digiriendo lo que acababa de ocurrir.

"Parece que hoy se han divertido", comentó Tate.

Chase pensó en cómo se había sentido con Brad en el restaurante, en lo cómoda que se había sentido. Cómo había estado a punto de sobrepasar ese límite, el que había saltado cuando había estado casada con Brad demasiadas veces para contarlas. Cómo habían cambiado las cosas... ahora él estaba al otro lado.

"Sí... oye, ¿qué pasó con Daniel Mendoza?", preguntó.

"¿Qué quieres decir?"

Chase no estaba segura de dónde había salido aquello: sólo quería cambiar de tema. Pero ahora que lo pensaba...

"Casi pierdes la calma ahí. Nunca te he visto así delante de un sospechoso o un testigo o lo que sea que consideres Daniel".

Tate se golpeó el pecho con el puño cerrado.

"Se burla de las mujeres. No me gusta cuando se burla de las mujeres".

Chase no se dejó impresionar por este acto.

"¿Realmente te molestó tanto? Un veinteañero cabreado me llamó... ya ni me acuerdo. ¿Detective novato?"

Tate se frotó el labio inferior con el bigote. Ahora no bromeaba.

"Detective junior. Pensé que quizás estaría dispuesto a un pequeño empujón".

"No, no lo hiciste", desafió Chase. "No pensaste eso en absoluto. *No*

pensaba eso. Daniel Mendoza es un joven cabreado con un chip en el hombro. Si le empujas, te devuelve el empujón aún más fuerte. *Eso* hasta un detective novato podría verlo. No necesito que me defiendas, Tate, que me protejas o lo que sea que creas que estabas haciendo".

"Chase, vamos."

Tate parecía dolido, lo cual no había sido el objetivo de Chase. Demonios, ni siquiera había planeado sacar el tema de Daniel. Pero ahora que lo había hecho, Chase sintió una fuerte compulsión por seguir adelante, por no dejarlo pasar.

El Dr. Matteo le había advertido que tenía propensión al autosabotaje. Cuando las cosas iban bien, hacía algo que lo jodía todo. Ella sabía que él decía la verdad e incluso sabía por qué lo hacía. Las cosas habían ido bien con Tate y, aparte del contratiempo con su hijo, las cosas con Brad también iban bien.

Y eso no era bueno.

Eso no era bueno porque Chase no se merecía que las cosas fueran bien.

Basta, Chase, le advirtió una voz en la cabeza. Pero la voz pertenecía a su corteza prefrontal, y su corteza límbica la intimidaba con demasiada facilidad.

"No, hablo en serio. No quiero que des la cara por mí, ¿vale? Ya lo he dicho antes, pero aquí", indicó la habitación en la que estaban, incluidos ellos dos, "somos compañeros. Eso es. Nos vamos a cubrir las espaldas, vamos a complementar nuestro trabajo, pero no vamos a dejar que esto, sea lo que sea, se interponga en el trabajo."

refunfuñó Tate.

"¿Sea lo que sea *esto*?"

No es justo, le decía esa estúpida voz. *No estás siendo justo.*

Le costó todo lo que tenía no contestar.

"Vale", dijo Tate con un movimiento sarcástico de cabeza, "Vale, ya veo por dónde vas. Sólo socios, ¿no? Entonces, supongo que eso significa que esto", hizo un círculo con el pulgar y el índice de una mano y luego usó el puntero de la otra para bombearlo rítmicamente dentro y fuera, "no va a pasar".

Chase odiaba el gesto grosero, odiaba esta versión de Tate.

"No hace falta ser grosero".

"¿No hace falta? ¿De verdad? Pero sólo somos compañeros, ¿no? Si eres *sólo* mi compañero, entonces voy a tratarte de esa manera. Deberías haber oído la mierda que solía decirle a Floyd, te haría cagar en los pantalones".

Al terminar la frase, la cara de Tate se había enrojecido considerablemente. Se puso en pie y se dirigió a la puerta deseando -*suplicando*- que Chase le dijera que significaba algo más que un simple compañero.

Pero no pudo hacerlo.

"¿Adónde vas?"

"A dar un paseo".

Tate cerró la puerta tras de sí.

¿Qué me pasa? Justo cuando las cosas iban bien, has tenido que volver a joderlo todo.

Chase estaba agotada: había sido un día largo y emocionalmente agotador y una semana aún más larga y emocionalmente agotadora. Pero sabía que estaba lejos. No sufría el insomnio extremo que padecía Tate, pero siempre que su mente se tambaleaba de ese modo, le resultaba casi imposible tranquilizarse.

En lugar de luchar en esta batalla perdida, Chase cogió el Planificador de historias de Emily Dawson de la mesilla de noche, se tumbó y empezó a leer.

Capítulo 26

Estaban todos allí. Ava, Natalia, Laura, Theo, Ethan, e incluso Jackson.

Brent llegó primero, pero no entró en La Choza. Se quedó entre las sombras, observando y escuchando. Nadie hablaba mucho, ni siquiera Laura, que normalmente no podía mantener la boca cerrada. No sabía si estaban asustados o si ocultaban algo. Se mencionó un vídeo -Ava sacó el tema, pensó-, pero Laura le dijo que no dijera nada.

Jackson llegó el último, llegando en su Chevelle, con el motor rugiendo y el neumático hundiéndose profundamente en la tierra. En cuanto salió del coche, gritó: "¿Dónde está? ¿Dónde coño está Brent?"

Brent esperó un momento antes de dar un paso adelante.

"Estoy aquí."

Jackson caminó agresivamente en su dirección y Brent se acobardó, pero Ava se interpuso en su camino.

"Joder, te dije que mantuvieras la boca cerrada, Brent. Te lo advertí". Ava intentó calmarlo, pero Jackson estaba demasiado excitado para eso. "¡No deberías haber enviado esa foto!"

"¡Y deberías haberme dicho la verdad!"

"¿La verdad? ¿La puta *verdad*?"

"¡Sí!" La ira de Brent estaba aumentando ahora, también. "¡La verdad!" Aparte de Jackson, todos los demás parecían cansados y avergonzados. "¡Era nuestra jodida amiga! Y...

"Nos dijiste que te había engañado", dijo Ava en voz baja. "Nos hiciste alejarla".

gruñó Brent.

"Entonces, ¿qué? Tuvimos nuestros problemas, sí, pero está muerta. Está muerta, *joder*". Las lágrimas llenaron los ojos de Brent y no hizo ningún movimiento para apartarlas. "¡Y a ninguno de vosotros -los señaló individualmente- parece importarle una mierda!".

"¡Oh, me importa! Me importa". protestó Ava, con lágrimas corriéndole por la cara. "¡A todos nos importa!"

"¡Entonces por qué no hablas de lo que pasó el sábado por la noche!"

"¿De verdad no te acuerdas?" preguntó Theo.

"¡No!" Brent levantó las manos. "¡No! ¡No recuerdo nada!"

"Fue idea tuya". Laura se miraba los pies mientras hablaba. "Fue idea tuya traerla aquí".

"¿Qué?" balbuceó Brent. "¿De qué estás hablando?"

"Viste a Em con Carlos en el colegio el viernes, los viste cogidos de la mano", continuó Laura. "No sé si querías darle una lección o si realmente pensabas que podías traerla de vuelta al grupo, conseguir que dejara a Carlos. Sólo dijiste que querías traerla aquí y que nos

fuéramos de fiesta como en las vacaciones de primavera."

"No, no lo hice."

"Sí, lo hiciste, joder", contraatacó Jackson.

"Pero... yo no..."

"¿Sabes qué? Me estoy cansando bastante de esta mierda de no me acuerdo".

"Sí, se está haciendo viejo", dijo Ethan, haciendo retroceder a Jackson.

"¡Pero es verdad! Y si no me cuentas lo que pasó, iré a la policía. Les enseñaré la foto", alardeó Brent. En realidad ya no tenía la foto, pero ellos no lo sabían. "Juro que lo haré".

Ava se apartó del camino de Jackson y el hombre se adelantó. Tenía una expresión extraña en el rostro.

"¿De verdad quieres saber lo que pasó?"

"¡Sí! ¡Dímelo, joder! ¡Quiero saberlo!"

"¿Estás seguro?"

Brent dudó, recordando la promesa que se había hecho a sí mismo, la promesa de que si hacía daño a Emily, se entregaría.

"Sí", repitió, esta vez con menos énfasis. Cogió su Zoloft. "Cuéntame".

"¿Qué tal si te muestro?"

Mirándole fijamente, Jackson sacó su teléfono móvil.

"Jackson, no", suplicó Ava en voz baja. "Por favor".

Jackson tocó la pantalla.

"No, él quiere saber. Él quiere saber, así que voy a mostrarle ".

¿Mostrarme?

El corazón de Brent empezó a acelerarse.

¿Qué coño ha pasado?

Ava dio un paso adelante e intentó agarrar a Jackson del brazo, pero él se limitó a encogerse de hombros.

"Ava tiene razón, quizá no deberíamos", protestó Natalia.

"Que se joda". De repente, Jackson le puso el móvil en la cara a Brent y ahí se acabó la discusión. Sus ojos tardaron unos segundos en enfocar el vídeo, que para empezar estaba oscuro.

Pero cuando Brent comprendió por fin lo que estaba viendo, deseó estar ciego.

"No", gimió. "No, por favor... esto... esto... no es real".

"Oh, es real, Brent. ¡Querías verlo, joder! Así que, *¡mira!*" Jackson gritó. "¡Me estás diciendo que no recuerdas esto!"

Brent estaba berreando ahora. Intentó darse la vuelta, pero Jackson le puso el teléfono delante y se vio obligado a cerrar los ojos para que el horrible vídeo se detuviera.

"¿Me estás diciendo que no recuerdas *haber violado a* Emily?"

Alguien -probablemente Ava- sollozó.

"Te lo has inventado... es falso. Es un video falso. Esto... esto nunca pasó. Voy... voy a ir a la policía. A la mierda con esto."

"No, carajo que no."

Brent aún tenía los ojos cerrados cuando recibió el primer golpe. Fue duro, más duro que casi cualquier otro golpe que recordara haber recibido en el campo de Lacrosse.

Y cayó como una piedra.

Ni siquiera estaba seguro de dónde le habían golpeado, sólo sabía que había sido en algún lugar alrededor de la cabeza.

"¡Jackson!"

"Que se joda. Iba a ir a la policía".

Otro golpe, esta vez en las costillas. Luego otro a sus piernas.

"Para, por favor."

En su mente destellaron imágenes de sus cuerpos desnudos y los de Emily sobre el colchón.

No la violé.

No lo hice.

Yo no lo haría.

Ahora los golpes eran casi continuos.

La abofeteaste, ¿es muy difícil creer que pudiste violarla? ¿Que podrías matarla*?*

"¡Alto! ¿Qué crees que va a pasar cuando se despierte? ¡Igual va a ir a la policía! Y entonces estaremos todos jodidos. Todos nosotros, ¡incluyéndote a ti!"

La paliza se detuvo.

"Entonces tenemos que adelantarnos, controlar la narrativa".

"¿Cómo?"

"Enviamos el vídeo nosotros mismos, de forma anónima".

Brent gimió e intentó darse la vuelta. Un pie cayó sobre su hombro reconstruido quirúrgicamente, haciendo que el dolor le recorriera la columna vertebral hasta la parte baja de la espalda y le inmovilizara.

"¿A la policía?"

"No, a la policía no. A la escuela, a todos los estudiantes de la escuela".

Un grito ahogado, pero sin discusión.

No pueden ser serios. No pueden enviar esto a la escuela. Por favor, Brent quería gritar, pero su cuerpo había dejado de responder.

"Brent quería verlo, ahora todo el mundo va a tener esa oportunidad".

"Pero Emily..."

"Emily se ha ido."

"Envíalo, Jackson. *Hazlo*."

Algo golpeó a Brent en la cara, una bota o un puño, y la energía se cortó de repente de su cerebro y todo se volvió negro.

PARTE III - Academia Tenbury

Capítulo 27

Chase no recordaba haberse dormido, pero se sacudió de su sueño con un sobresalto.

El libro que llevaba sobre el pecho cayó al suelo y abrió los ojos.

Tate estaba allí, no durmiendo, el hombre nunca dormía, sino tecleando en su teléfono.

"Buenos días", dijo poniéndose en pie. Chase se dio cuenta de que ya estaba vestido con su atuendo de trabajo, un conjunto diferente pero casi idéntico al de ayer. El estilo de Tate era conservador, reservado, pantalones chinos en lugar de vaqueros, y una camisa que normalmente era blanca o blanquecina y tenía botones. "¿Quieres prepararte mientras me tomo un café?".

"Claro", dijo Chase, sentándose. Se había quedado dormida con la ropa puesta. "¿Qué hora es?"

"8:15."

"Mierda". Chase se levantó de la cama y fue al baño. "¿A qué hora empieza la Academia Tenbury?"

"El primer timbre es a las 8:45."

Chase se miró en el espejo. Tenía el pelo revuelto por haber dormido sobre él y la cara pálida y demacrada.

Apenas tuvo tiempo de ducharse, pero tenía que estar presentable. Cuanto más joven pareciera Chase, más cercana resultaría a los chicos del instituto.

"¿Has dormido algo?", preguntó mientras ponía en marcha la ducha. Al no obtener respuesta, Chase se asomó a la habitación del hotel.

Estaba vacía, Tate ya se había ido a buscar café.

Chase sacudió la cabeza, disgustada por la forma en que había actuado ayer.

Debía disculparse, no por lo que había dicho -Chase apoyaría sus palabras, en el trabajo sólo eran compañeros-, sino por cómo lo había dicho. Después de todo, existía el tacto. Pero por ahora, hora de la ducha.

Cinco minutos después estaba fuera, limpia, con los dientes cepillados y el pelo peinado. El color gris no le hacía muchos favores a la hora de parecer más joven y hasta ahora no se había planteado hacer nada con él. No era una prioridad. Además, le gustaba. Chase se recogió el pelo en un moño suelto y se maquilló un poco más de lo habitual.

No podía pasar por una adolescente como cuando trabajaba para la

policía de Seattle -su cuerpo tenía muchos kilómetros-, pero era menuda y estaba en forma, lo que la ayudaba.

Chase esperaba fuera de la habitación cuando Tate regresó con dos cafés. Le dio uno y se dirigieron al coche de ella sin decir más que un cortés "gracias". Chase abrió la boca dos veces para disculparse, pero volvió a cerrarla. Justificó el retraso alegando que técnicamente estaban trabajando.

Ah, y Chase no tenía ni idea de cómo abordar el tema.

Su plan era ir a la Academia Tenbury y pedirle al director Robert Matthews que reuniera al equipo de Brent: Brent, Ava, Theo, Ethan, Natalia y Laura, y sentarlos. Iban a enfrentarlos entre sí, averiguar quién era más cercano a Emily y presionarlos. Dejar que los chicos hablaran más. Si uno o más habían estado en The Shack el sábado por la noche, saldría a la luz.

Chase no se iría hasta que lo hiciera.

El único escollo en su plan era el director Robert Matthews. No había problemas legales para hablar con los alumnos, todos eran adultos, pero Matthews podía ponerles las cosas difíciles.

Sonó el móvil de Tate y le mostró la pantalla de la llamada: Diputado Dean Jardine. Puso la llamada en altavoz.

"Buenos días, ayudante Jardine".

"Cualquier cosa menos eso, Agente Abernathy. Todo menos eso". Había una pesadez en la voz del hombre, una voz que Chase encontró extrañamente similar a la del ayudante Jardine que había conocido.

"¿Qué pasa?" Ahí estaba Tate, manteniéndolo casual, manteniéndolo de pueblo.

"Brent Matthews acaba de ser ingresado en el hospital. Está hecho un lío".

Tate señaló la pantalla del GPS, pero Chase ya estaba en ella. Alejó el zoom, apartándose de la línea azul que dirigía a la Academia Tenbury, y en su lugar los redirigió a la "H" del mapa.

"¿Qué ha pasado? ¿Tuvo un accidente?"

"No lo sé", dijo el ayudante del sheriff. "Hinchazón en el cerebro, contusiones múltiples, hematomas por todas partes."

"¿Está consciente?"

"Ya no. Llegó dando tumbos. Los médicos lo pusieron en coma inducido, tratando de aliviar la inflamación de su cerebro".

"Ah, mierda, vale, estaremos allí en breve".

"Nos vemos pronto."

Tate colgó y miró a Chase.

"Joder, ¿crees que fue Daniel?"

Eso era exactamente lo que Chase estaba pensando. Eso, o tal vez Jackson. No sabía qué sería peor. El hermano del hombre acusado del asesinato de Emily agrediendo a su ex novio o el hijo del sheriff dando

la paliza.

Chase no podía pensar en una motivación sólida para ninguno de los dos sin hacer algo de gimnasia mental, pero tenía que recordar que estaban tratando con adolescentes.

Aparcó en el muelle de ambulancias y salió.

"Ese es el coche del sheriff". Tate señaló a uno de los otros dos vehículos aparcados en el carril de remolque. "Y creo recordar ese coche de cuando salimos de casa de los Matthews. Probablemente del director".

"Sí, creo que tienes razón".

"Esto podría resultar a favor. Tanto el sheriff como el director están aquí en el hospital..."

"... lo que significa que puedo ir a hablar con los niños sin interferencias."

"Exactamente."

Tenía sentido, pero no podía evitar sentirse un poco extraña por separarse de nuevo. Pero era la decisión correcta.

Profesional, mantén las cosas profesionales.

"Suena bien, mantente en contacto. Cuando termines, ve si alguien puede llevarte a la escuela".

"Si no, puedo hacer autostop. Toodles."

Chase puso los ojos en blanco y volvió al coche. Observó a Tate entrar por las puertas automáticas del hospital, admirando la forma en que volvía a meterse en su personaje.

Estaba casi en la Academia cuando recibió una llamada del *otro* ayudante Jardine, Tim.

Malditos pueblos pequeños.

"Agente Adams."

"Hola, soy el ayudante Tim Jardine, tengo algo que querrás ver".

Chase sólo escuchaba a medias. Se agachaba y miraba por el parabrisas para ver mejor la Academia Tenbury.

¿Qué demonios...?

Tenbury se parecía menos a un instituto que a una versión reducida de Yale. El edificio principal estaba construido con gruesos ladrillos grises y había una enorme torre del reloj en el centro. Ivy subió por el lado este del edificio. El aparcamiento de estudiantes estaba lleno de coches extranjeros.

Daniel no mentía cuando dijo que este lugar era para privilegiados.

"En realidad estoy llegando a la Academia Tenbury ahora. ¿Puede esperar?"

"Definitivamente no", dijo el ayudante del sheriff. Fue entonces cuando vio su coche. "Pero la buena noticia es que ya estoy aquí. Nos vemos en la entrada principal".

Capítulo 28

Tate se encontró con el ayudante Jardine en el vestíbulo del hospital y le estrechó la mano.

"Tenemos a Brent en seguridad caminando hacia el hospital, tambaleándose, realmente, pero eso es todo. Ni idea de cómo llegó aquí o qué le pasó. No hay accidentes de coche reportados, al menos no en la ciudad."

Tate miró por encima del hombro hacia la entrada. Era un hospital sorprendentemente moderno y lujoso para una ciudad de ese tamaño.

"¿Hay cámaras de luz roja por aquí? ¿Algo así?"

"No estoy seguro, lo comprobaré".

El hospital parecía estar situado en una parte nueva de la ciudad, casi como si alguien tuviera la esperanza de construir esta zona. Era más probable que las nuevas infraestructuras tuvieran cámaras de semáforo en rojo.

El ayudante Jardine cogió su walkie-talkie y pidió a Francie en la comisaría que se ocupara de conseguir imágenes de las cámaras de semáforo en rojo de la zona. A Tate le pareció un trabajo más propio de un ayudante, pero ya estaban bastante ocupados.

Además, este es un-

Tate dejó de pensar en esas dos palabras. Se estaba volviendo molesto.

"Vamos, te llevaré a la habitación de Brent. El sheriff Grimes ya está aquí y también el padre de Brent, Robert".

La forma en que el ayudante Jardine pronunció el nombre de Robert dio a Tate la impresión de que no le tenía mucho aprecio. Estaba bien, porque Tate sentía lo mismo.

Incluso sin la ayuda del ayudante, Tate no tendría problemas para encontrar la habitación de Brent. Estaba en el primer piso y todo lo que tenía que hacer era seguir el alboroto. Cuanto más se acercaban, más se esforzaba Tate por ponerse delante del ayudante del sheriff. Había establecido una buena relación con el sheriff Grimes y no quería ponerla en peligro.

Al final, poco importó porque el sheriff y Robert Matthews estaban enzarzados en una acalorada discusión y no se dieron cuenta de que se acercaban. Una vez más, parecía que la balanza del poder estaba a favor del director, ya que Robert apuntaba con un dedo furioso al pecho de Grimes.

"Controla tu ciudad, Hal. Las cosas se están poniendo..."

"¿Sheriff? ¿Sr. Matthews?" Dijo Tate, anunciando su presencia. Dejaron de discutir y lo miraron. Tate se dirigió primero a Robert y luego estrechó la mano de Hal. "Siento lo de su hijo. ¿Cómo está?"

"Estable", dijo Robert.

Tate se acercó a la ventana de cristal y miró dentro. El ayudante Jardine no mentía: la cara de Brett era un desastre. Tenía vendas cubriéndole la frente y parte del cráneo, y la nariz descentrada. Tenía los ojos hinchados y los labios tres veces más grandes que ayer.

Un sinfín de equipos médicos estaban conectados a Brent y rodeaban su cama de hospital.

No era una pelea común de instituto. Esto fue violento y brutal. Había un propósito detrás de este ataque.

"Le han inducido un coma para evitar que se le inflame el cerebro", dijo el sheriff Grimes, uniéndose a Tate junto al cristal. "Tres costillas rotas, un hueso orbital fracturado, conmoción cerebral, nariz rota, dos dientes perdidos y un labio partido". Era como si estuviera leyendo una lista de ingredientes.

"Mierda", dijo Tate en voz baja. "¿Alguna idea de quién podría haberle hecho esto?"

"Sí, sé *exactamente* quién coño lo hizo", intervino Robert. "La manzana no cae lejos del árbol, ¿verdad, Sheriff?"

Al principio, Tate pensó que Robert se refería al hijo del sheriff, Jackson. Tate incluso empezó a moverse entre los dos hombres por si empezaban a llegar a las manos. Pero entonces Grimes se frotó el bigote.

"Tengo hombres dirigiéndose a la casa de los Mendoza ahora mismo."

"¿Crees que Daniel está detrás de esto?" Tate omitió deliberadamente el nombre de pila del hombre. Hasta ahora, habían llevado esta investigación en paralelo. Tal vez era hora de unir las cosas.

"Maldita sea, sí que lo es. ¡Primero Carlos asesina a Emily Dawson y luego su hermano casi mata a mi hijo! Son un puñado de putos salvajes".

"Robert, por favor", dijo Grimes, tratando de calmar al hombre. "Como he dicho, tenemos hombres dirigiéndose hacia allí ahora."

"Para arrestarlo, *¿verdad*?"

"Por favor. Déjame hacer mi trabajo".

"¡Entonces *hazlo,* joder! ¿Primero Emily y ahora esto? ¿Qué coño le está pasando a Hawkesbury, Hal?"

El sheriff Grimes miró a Tate, con la cara roja. Estaba claro que estaba acostumbrado a este tipo de reprimendas, pero le avergonzaba que esto estuviera ocurriendo delante del FBI.

"Tranquilo, Robert. Averiguaremos quién le hizo esto a Brent y lo arrestaremos. Estas cosas llevan su tiempo".

¿"Tiempo"? *¿Tiempo?* ¡Mi hijo está en un puto coma!" La solapa del sheriff graznó. "No respondas a eso. ¡Hal! *¡Hal!*"

Pero Grimes ya había contestado.

"*¡Maldita sea!*"

Tate retrocedió, prefiriendo ser un observador pasivo.

No duró mucho.

"¿Qué?" Grimes gritó.

"Sí, tienes que venir a Tenbury ahora. Hay un video de Emily Dawson dando vueltas. Un vídeo del sábado por la noche". La voz que salía del micrófono del sheriff sonaba exactamente igual que la del ayudante Dean Jardine, que Tate había olvidado que estaba allí.

"Estaré allí como..."

El rostro de Robert perdió el color y, para sorpresa de Tate, el hombre se dio la vuelta y echó a correr.

"¡Robert! ¡Hey!" Grimes lo llamó. "*¡Robert!*"

Pero Robert no tenía intención de detenerse.

"Joder", maldijo el sheriff en voz baja. Luego volvió a pulsar el micrófono. "Robert está entrando. ¿A quién tienes ahí contigo ahora?"

"Sólo yo. Ah, y la señora del FBI está en camino".

Señora del FBI.

Grimes miró a Tate y se obligó a apartar el ceño que se le estaba formando en los labios.

"Sí, mi compañero ya está allí. Agente Adams."

"Y tengo a mis otros dos ayudantes en casa de Daniel. Mierda." Grimes pareció meditar sus opciones. "Vale, Tim, ve a Tenbury y reúnete con tu hermano. Tate, ¿quieres venir conmigo?"

"Sí, suena bien".

Esto confirmó la sospecha de Tate de que el Departamento del Sheriff de Hawkesbury estaba muy disperso.

Recordó lo que Chase le había contado sobre lo que había dicho Jardine y, en voz baja, Tate le dijo a su Jardine: "Menos mal que nos has llamado".

El ayudante del sheriff le miró con extrañeza, se dio la vuelta y siguió a Robert sin decir palabra.

Tate dio una palmada.

"Muy bien, vamos a tener otra charla con este imbécil de Daniel Mendoza, ¿de acuerdo?"

Capítulo 29

El ayudante Tim Jardine estaba flanqueado por dos hombres que parecían guardias de seguridad. Chase sospechaba que trabajaban para la escuela.

Se saltó las cortesías y pasó directamente a las instrucciones.

"Quiero a Laura, Natalia, Ava, Ethan, Theo y..." casi dijo Brent pero luego se detuvo. "Quiero a los cinco en la oficina del director ahora".

Los guardias de seguridad se volvieron hacia el ayudante del sheriff, a quien Chase malinterpretó en un primer momento en busca de confirmación. Estaba a punto de gritarles cuando el ayudante se apresuró a hablar, recitando de memoria los apellidos de los estudiantes.

"Ethan Saunders, Theo Blackwood, Ava Morency, Natalia Delarosa y Laura Malone".

Los dos guardias se apresuraron a marcharse.

"¿Qué es ese video que mencionaste?" preguntó Chase cuando se quedaron solos.

El ayudante del sheriff le llevó la mano a la parte baja de la espalda, con la intención de guiarla a un lugar más privado que el centro del pasillo, pero Chase se deslizó fuera de su alcance.

"Lo siento, yo... es sensible."

"¿Muestra su asesinato?"

A la ayudante Jardine le sorprendió su franqueza. Agente del FBI o no, se daba cuenta de que aún albergaba algunas generalizaciones sobre ella basadas en su sexo y su estatura.

"No exactamente. Pero realmente creo que deberíamos ir a algún sitio..."

"Llévame al despacho del director", ordenó Chase, sabiendo que Robert Matthews seguía en el hospital.

Los dos caminaron con decisión por el vestíbulo de doble ancho. Al igual que el exterior, el interior de la Academia Tenbury le recordaba a Chase más a un antiguo castillo francés, algo sacado de un cuento de hadas y trasladado a Hawkesbury que a un instituto. Por supuesto, las paredes estaban adornadas con vitrinas de trofeos llenas de un número igual de logros deportivos y académicos, pero incluso éstos estaban hechos de rica caoba y, aunque eran claramente nuevas adiciones, no restaban valor a la ilusión.

Lo único que desentonaba era el cristal esmerilado con la palabra Office escrita en él ante el que se detuvo Jardine. Chase se sintió inclinado a llamar, influido por la formalidad de su entorno, pero Jardine se limitó a abrir la puerta.

Entraron en una sala de espera en la que había un puñado de sillas -de plástico, nada que ver con la fachada- y un mostrador de secretaría

en forma de U. Detrás del mostrador se sentaba una mujer de rasgos redondeados, muy maquillada. Detrás se sentaba una mujer de rasgos redondeados con los ojos muy maquillados.

"Director Ma..."

Chase ni siquiera la dejó terminar la frase.

"Usaremos su despacho". Sin esperar permiso, Chase se dirigió a una segunda puerta con el mismo glaseado que la primera, sólo que ésta estaba adornada con la palabra "Director".

Estaba cerrada.

Chase gruñó.

"¿Tienes una llave?"

"Sí, por supuesto".

La secretaria rebuscó en un cajón lleno de trastos, sobre todo grapas, lápices y bolígrafos. Encontró una llave y empezó a levantarse. Chase le cogió la llave con un rápido "Gracias" y abrió la puerta del despacho del director Robert Matthews.

Era impresionante. No era demasiado grande, unos tres metros de ancho por dos de fondo, pero todo era de madera oscura, desde la librería empotrada que iba del suelo al techo detrás del enorme escritorio hasta el propio escritorio. La silla de Robert era de un cuero de grano superior, de los que no se agrietan con el paso del tiempo, sino que adquieren una pátina que destila clase. Incluso las dos sillas situadas frente al escritorio, las más cercanas a la puerta, eran de cuero, aunque no tan impresionantes como la del director.

Chase cerró la puerta tras ellos.

"Vale, veámoslo", dijo, haciendo un gesto a Jardine para que sacara su teléfono.

"Sí, claro, pero, advertencia aquí, es gráfico."

Aviso de desencadenante.

Chase negó con la cabeza, molesta, y se limitó a extender la mano. El ayudante del sheriff miró un segundo y le tendió el teléfono. Chase lo cogió y miró.

La advertencia del hombre estaba bien hecha, pero no era la naturaleza gráfica del vídeo lo que incomodaba a Chase, sino la extraña dualidad de la experiencia; sentía como si ya lo hubiera visto: la violación. Sólo que, en la oficina del forense, había visto la violación a través de los ojos de Emily, mirando fijamente a su agresor, entonces desconocido, con la cabeza moviéndose de un lado a otro con cada embestida.

Esto era diferente. Alguien había grabado el vídeo desde detrás y por encima del colchón.

Y lo mostraba todo.

Brent estaba desnudo encima de Emily, con la mejilla apoyada en la cabeza de ella debido a la diferencia de estatura. Se tomó su tiempo

para penetrarla, moviéndose lentamente. Emily, con los ojos desenfocados, no miraba nada y tenía la boca ligeramente abierta. Brent se tomó su tiempo con ella, algo que Chase percibió de inmediato. La mayoría de los violadores, sobre todo los primerizos y los primerizos, trabajaban furiosamente, sin tratar de saborear el momento, sino sólo de correrse lo antes posible, con el miedo a ser descubiertos alimentando su deseo y su excitación.

El vídeo duró catorce segundos antes de detenerse bruscamente sin que se produjera ningún cambio en la escena.

Chase se mordió el interior de la mejilla mientras reproducía el vídeo por segunda vez. Solo estaban ellos dos, Brent y Emily, y aquel mugriento colchón en el marco.

"¿No hay audio?"

El ayudante Jardine negó con la cabeza.

"No hay audio. Sólo el vídeo".

"¿De dónde ha salido?"

"Obligué a un estudiante a enviármelo".

"¿Su nombre?"

"Creo que su nombre era Corinne o algo así. Es una junior".

A Chase le sorprendió que el ayudante del sheriff no conociera su apellido como el de los demás.

"¿Cómo encaja ella en el cuadro?"

El ayudante Jardine ladeó la cabeza, sin entender la pregunta.

"¿Cómo es que esta Corinne o lo que sea conoce a Emily y Brent?"

"Oh, no, lo siento, ella no tiene nada que ver con el caso. Todos en la escuela recibieron el video esta mañana temprano. Vino de un número anónimo".

Chase se lo pensó.

"¿No hay forma de rastrearlo?", preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

"Lo hemos intentado, pero no ha habido suerte. Podemos ponernos en contacto con la compañía telefónica, pedirles ayuda y, si no acceden, conseguir una orden judicial, pero, según mi experiencia, cualquiera que envíe este tipo de material suele utilizar un servicio de enmascaramiento y una VPN. Dudo que la compañía telefónica pueda siquiera rastrearlo".

"Sí, probablemente tengas razón. Algo se le ocurrió a Chase, y se detuvo a mitad de la frase. "¿Dijiste que esto fue enviado a toda la escuela, como, a cada estudiante?"

"Sí. Lo primero que hice fue saltar a la megafonía y decirles que si se ve a alguien reproduciendo o incluso en posesión del vídeo, se enfrentará a cargos penales".

Eso estaba bien -no era exigible, pero a veces una amenaza era tan eficaz como la acción subsiguiente-, pero no era por lo que Chase

preguntaba.

"No sé mucho sobre Tenbury, pero supongo que una lista maestra de los números de móvil de todos los estudiantes no es algo que estaría fácilmente disponible, ¿verdad?".

"Muy dudoso".

"Entonces, ¿quién tendría acceso a esa lista?"

El ayudante Jardine se encogió de hombros.

"El director, tal vez algunos profesores." Enganchó un pulgar sobre su hombro. "Probablemente la Sra. Story".

"Brent". La palabra se le escapó de los labios, no quería decirla en voz alta.

"Sí, quiero decir, si pudiera acceder al ordenador de su padre, estoy seguro de que podría encontrarlo".

"¿Pero por qué lo enviaría?" Tate y Stitts, tal vez incluso Floyd, habrían reconocido su tono y sabido que estaba cavilando para sí misma, pero no Jardine.

"Tal vez estaba presumiendo."

"¿Presumiendo?"

Otro encogimiento de hombros.

"A veces no basta con salirte con la tuya violando a alguien, a veces necesitas que los demás lo sepan, que sepan que eras tú quien estaba detrás del crimen. Como el asesino en serie que se burla de la policía, ¿sabes? Eso también explicaría que alguien le pateara el culo".

Chase lo sabía, pero no tenía sentido. Desde luego, no parecía que Brent estuviera alardeando en el vídeo: no había burlas a la cámara, ni gritos, con sonido o sin él. De hecho, ni siquiera parecía que Brent estuviera disfrutando. En todo caso, él, como Emily, parecía fuera de sí. Aún más confuso es por qué lo enviaría y luego se quedaría en la ciudad. Brent no le parecía a Chase alguien tan desesperado por llamar la atención como para recurrir a medidas tan extremas.

"El sheriff", dijo, una vez más pensando en voz alta.

"Supongo que si el sheriff quisiera, podría acceder a la lista, seguro".

Chase estaba a punto de decir que aplicando la misma lógica que tenían con Brent entonces Jackson Grimes también tendría acceso, pero fue interrumpida por un golpe en la puerta.

"¿Sí?"

Un guardia de seguridad abrió la puerta y la saludó con la cabeza. La mantuvo abierta mientras acompañaba a cinco estudiantes muy asustados al despacho. Agacharon la cabeza y entraron en fila india. Naturalmente, formaban una alineación organizada de sospechosos, lo cual era apropiado porque así era como Chase había pensado dirigirse a ellos: como sospechosos.

"Me llamo agente Chase Adams y soy del FBI", dijo con voz alta y

clara. "Como estoy seguro de que sabéis, está circulando por el instituto un vídeo de vuestra amiga Emily Dawson siendo violada por Brent Matthews". Una de las chicas, la más delgada de las tres, gimoteó pero Chase continuó, impertérrito. "Os he traído hoy aquí porque sólo quiero saber una cosa: ¿Cuál de vosotras, salvajes, fue la que lo grabó?".

Capítulo 30

"Tiene un cuchillo y se niega a salir de casa", informó al sheriff un ayudante al que Tate no reconoció.

"¿Cuánto tiempo lleva ahí?"

"Llegamos hace unos veinte minutos. Llamamos a la puerta, anunciamos que éramos del Departamento del Sheriff y Daniel nos abrió. Mostró el cuchillo, volvió a entrar y cerró la puerta. Tengo a la ayudante Lane detrás por si intenta escapar".

"¿Mencionaste por qué estabas aquí?" preguntó Tate.

"Lo siento, ¿quién eres?"

"Es del FBI".

El ayudante del sheriff, cuyo nombre, al menos según la placa que llevaba en el pecho, era Barill, se puso rígido.

"No, señor, como dije, sólo fuimos a la puerta y anunciamos al Departamento del Sheriff".

"Sabe por qué estamos aquí", dijo el sheriff Grimes en voz baja.

Tate no estaba necesariamente de acuerdo. Daniel había estado cabreado ayer, cabreado con el sheriff, con el hijo del sheriff, con Chase, prácticamente con todo el mundo. El sheriff apareciendo ahora podría haber inclinado la balanza. No era, en su opinión, indicativo de implicación en el ataque de Brent.

"¿Daniel trabaja?" Tate preguntó.

"Sí, trabaja por las noches en Lou's Garage", respondió Grimes.

"¿Alguien contactó a Lou para ver si estuvo trabajando anoche?" Miradas en blanco. "Oh, permíteme."

Tate se alejó de la entrada y encontró el número del Garaje de Lou en la ciudad. Pidió hablar con un supervisor y luego le explicó quién era y que quería saber si Daniel había estado trabajando anoche. Mientras hablaba, Tate observó al sheriff Grimes en acción. El hombre ladraba órdenes como si estuvieran planeando detener a Osama Bin Laden y no a un chico latino delgado con un cuchillo encerrado en su casa.

"Gracias", dijo Tate después de que el supervisor le facilitara la información que le había pedido. "¿Sheriff?"

Pero el sheriff Grimes no podía oírle por encima de sus puños golpeando la puerta.

"Daniel Mendoza, salga con las manos en alto. Si no obedeces, echaremos esta puerta abajo".

Tate oyó algo en español -*ventana* y *coño* y algo más que no reconoció- que le contestó a gritos.

"Danny Mendoza, está bajo arresto por asalto y agresión".

El sheriff desenfundó su pistola e inclinó la gorra hacia el ayudante Barill.

¿Qué coño está pasando aquí?

Que él supiera, ningún juez había emitido una orden de detención contra Daniel Mendoza, y mucho menos de registro e incautación. ¿Y qué significaba exactamente "mostrar un cuchillo"? ¿Había intentado apuñalar a uno de los agentes? Es poco probable, probablemente habrían empezado por ahí. ¿Y si sólo estaba cortando unos tomates?

Esto había degenerado rápidamente, y Tate pensó que las cosas sólo irían cuesta abajo a partir de aquí.

Se apresuró a subir los escalones para reunirse con el sheriff.

"Acabo de hablar por teléfono con el jefe de Daniel. Estuvo trabajando toda la noche, acaba de llegar a casa hace dos horas".

Tate intentaba calmar la situación, pero era evidente que estaba perdiendo el tiempo.

"Y Brent llegó al hospital hace una hora", replicó el sheriff.

Tate echó un vistazo al camino de entrada: no había ningún coche.

"¿Tiene Daniel coche? ¿Y dónde está el Garaje de Lou desde aquí? El hospital es por lo menos-ah, a la mierda ".

Esto no iba a ninguna parte.

"Retrocedan", advirtió el sheriff Grimes. Otra inclinación de cabeza en la dirección del ayudante Barill y el hombre pateó la puerta. Era endeble y hueca y el marco se flexionó. La segunda patada la reventó hacia dentro.

El sheriff Grimes irrumpió en la casa, apuntando con su arma. Un descamisado Daniel Mendoza estaba cerca de la parte de atrás, en la cocina. Sostenía un cuchillo, pero no lo agitaba. Tampoco estaba cortando tomates; en la tabla de cortar había un plátano en rodajas.

"Suelta el puto cuchillo", ordenó Grimes, levantando la pistola y apuntando directamente al centro del pecho desnudo de Daniel.

Siempre había un momento durante cada enfrentamiento en el que Tate imaginaba el peor escenario posible. No era diferente. En su mente, imaginaba a Daniel levantando el cuchillo, quizá dando un paso adelante o dos, quizá no, y entonces alguien, probablemente no Grimes sino un ayudante del sheriff con menos experiencia, dispararía. El sonido sería ensordecedor en el espacio reducido y el olor a pólvora carbonizada llenaría la habitación.

Pero, afortunadamente, esto no ocurrió.

Hoy no.

El cuchillo cayó de la mano de Daniel y tintineó en el suelo. El sheriff enfundó su arma y cargó, mientras Barill mantenía su pistola apuntando al chico.

Tate observaba desde la puerta, dividido entre dos líneas de actuación. Podía intervenir, reclamar una autoridad superior y poner a Daniel bajo custodia federal. O podía no hacer nada y dejar que Grimes se encargara.

Optó por lo segundo. Si intervenía, todo su esfuerzo por entablar una relación con el sheriff obeso sería en vano. Y necesitaba al hombre. Grimes conocía a todo el mundo en la ciudad y, quizás más importante, sabía cómo funcionaban las cosas en Hawkesbury.

Mierda.

Grimes placó al hombre mucho más pequeño con fuerza, demasiada fuerza. Daniel se quedó sin aliento al ser derribado, con la cara roja cuando Grimes le dio la vuelta. Con una rodilla clavada en la nuca de Daniel, le arrancaron las manos por detrás y lo esposaron.

Las maldiciones llegaron en cuanto Daniel pudo volver a respirar.

"Cállate", gruñó el sheriff. Se bajó del sospechoso y lo puso en pie de un doloroso tirón.

Tate tuvo que apartarse para evitar ser arrollado por los dos al salir de la casa de Daniel.

Era como si ni siquiera estuviera allí.

Y entonces el sheriff volvió a ladrar órdenes mientras empujaba a Daniel Mendoza a la parte trasera de su coche.

Tate observaba fascinado. Y entonces, antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, todos se habían ido.

El sheriff y los dos ayudantes le dejaron allí, de pie en la puerta destrozada de la casa de Daniel, solo, con la polla en la mano.

"¿Qué coño?"

Tate miró hacia el cielo y luego hizo una llamada.

"Hola, ayudante Jardine, ¿crees que puedes recogerme? Lo sé, lo sé, probablemente aún no estés en la escuela, pero me vendría bien que me llevaras".

Y un trago. Y un *maldito trago*.

¿Qué le pasa a este sitio?

Capítulo 31

Nadie contestó, no es que Chase esperara que lo hicieran. Pero los cinco chicos pasaron de la indigestión incómoda a cagarse en los pantalones incómodos.

"Oh, tal vez cometí un error. Quizá uno de vosotros no grabó el vídeo". Su alivio era palpable. "Tal vez fue más de uno. ¿Fueron tres de ustedes? ¿Los cinco?"

Los ojos caían, el peso se desplazaba, el sudor brotaba de narices y cejas.

"Este es el trato. Sé que eres amiga de Brent y sé que solías ser amiga de Emily. Lo creas o no, lo fui en el instituto una vez. Pero entonces pasó algo, ¿verdad? ¿Rompieron y tuviste que elegir un bando?"

Todavía nada.

"Las preguntas sólo van a ser más difíciles. Y si no empiezas a responder, te separaré y te llevaré a la comisaría. No es divertido, créeme. Te sentarás en esta habitación cuadrada durante horas, pensando en..."

"Ella le engañó", dijo uno de los chicos. Estaba en el lado más grueso.

"No", replicó una chica. Chase sabía que tenía que ser Ava. "No, no es eso". Miró fijamente al chico. "Brent la golpeó".

"¿Qué?" el otro chico esta vez. "¿De qué estás hablando, Ava?"

"Espera", intervino Chase.

"¡Es verdad! Me dijo..." De repente, Ava dejó de hablar y volvió a bajar la cabeza.

"Mantén la boca cerrada", advirtió el chico flaco.

"Oye, ¿cómo te llamas? ¿Tú?"

"Ethan".

"Ethan, si vuelves a decirle a Ava que se calle, haré que el ayudante Jardine arrastre tu culo a la comisaría. ¿Entendido?"

Ethan se chupó los dientes.

Normalmente, una amenaza como esta a un capullo rico y con derechos le haría ponerse flácido al instante. Pero no Ethan. No parecía endurecido, a pesar de sus mejores esfuerzos. No, era valiente porque era amigo del hijo del sheriff.

"Bien. Muy bien. Ahora, Ava, por favor dime qué pasó. ¿Brent golpeó a Emily? Mano abierta, puño, ¿qué?"

La voz de Ava no era más que un susurro.

"Brent la abofeteó. Ella dijo que no era gran cosa pero..."

"Siempre es un gran problema, ¿de acuerdo? *Siempre*". Chase esperó a que Ava acusara recibo de su comentario antes de continuar. "Entonces, ¿por qué ustedes -todas ustedes- eligieron seguir siendo

amigas de Brent cuando agredió a Emily?".

"Yo no... yo no sabía nada de esto", suplicó una de las otras chicas. "Es la primera vez que oigo que le pega". Sonaba consternada.

"Yo tampoco lo sabía", intervino el gordito.

Podrían estar mintiendo, pero Chase no lo creía.

"¿Por qué te guardas esto para ti, Ava?", la desafió. Ava era la mejor amiga de Emily y Chase sospechaba que también era el eslabón más débil del grupo.

Ava levantó la vista y sus ojos se abrieron de par en par.

"¡Acabo de enterarme! Yo no... ella sólo me lo dijo..."

Esta vez, cuando ella dejó de hablar, Chase rellenó los espacios en blanco.

"Sábado por la noche, ¿verdad? ¿Fue entonces cuando te enteraste de que Brent había pegado a Emily? ¿Ella te lo dijo entonces?"

Chase lo vio en la cara de la chica; eso era exactamente lo que pasaba. Si tan solo pudiera conseguir que Ava lo dijera.

Suspiró y entrelazó los dedos.

"Chicos, dejad que os explique algo. He visto el vídeo y sé que al menos uno de vosotros lo grabó. Lo que significa que estabais allí y no hicisteis nada para impedir la violación". Ava empezó a estremecerse y a llorar. "Déjame que te explique algo: supongamos que eres el conductor de la huida en el atraco a un banco. Nadie se propone hacer daño a nadie, pero las cosas se tuercen y disparan a alguien del banco. Ahora bien, en realidad nunca saliste del coche, ¿pero porque alguien fue asesinado durante la comisión de un delito? Eso no importa. Cada una de las personas involucradas en el robo, incluida la cabeza parlante que lo planeó, será acusada de asesinato. ¿Y quieres saber qué clase de delito es la violación? ¿Hmm? Sí, lo has adivinado, un delito grave. Así que, aunque no le hayas metido la polla..."

La puerta se abrió con tanta fuerza que se estrelló contra uno de los costados del guardia de seguridad, que se dobló de dolor.

"¿Qué demonios está pasando aquí?" Preguntó el director Robert Matthews. Miró a Chase y luego al ayudante Jardine. "¿Ayudante? ¿Quién dejó...?"

"Yo estoy a cargo aquí", dijo Chase. "Y les pido a estos encantadores estudiantes que grabaron el video de Emily siendo violada".

"¿Qué vídeo?"

Uh, oh.

"¿Qué vídeo?" repitió Robert.

"Sr. Matthews, creo que debería contactar con un abogado".

"¿Qué? ¿Por qué?"

En otras circunstancias, Chase podría haberse sentido mal por aquel tipo. Después de todo, su hijo había sido brutalmente atacado y estaba en coma inducido.

Pero entonces recordó lo que Brent le había hecho a Emily.

El director miró a los amigos de su hijo en busca de una respuesta, pero sus zapatillas de correr se convirtieron de repente en lo más interesante del mundo.

"El video de su hijo violando a Emily Dawson", dijo Chase con finalidad. "Así que déjame repetirme: ve a buscar un abogado."

Capítulo 32

"Creía que estabas con el sheriff". preguntó el ayudante Jardine cuando Tate subió al asiento del copiloto de su coche.

"Lo estaba". Tate se abrochó el cinturón. "Ya no lo estoy. Siento haberte hecho llevarme como Miss Daisy".

El ayudante del sheriff miró más allá de él hacia la puerta principal abierta.

"¿Qué ha pasado?"

"Sheriff Grimes pasó."

Evidentemente, esto fue suficiente para Jardine, lo que es revelador en sí mismo.

"¿Adónde?"

Tate no estaba seguro. Estuvo tentado de seguir al sheriff de vuelta al Departamento, hablar de nuevo con Carlos y tal vez hablar con Daniel, pero quizá era mejor dejar que todos se calmaran, incluido el sheriff. Estaba el hospital, pero el médico había prometido que si se producía algún cambio en el estado de Brent, le llamaría. Quedaba la Academia.

"¿Sabes qué? Llévame a Tenbury".

"Claro que sí. Por cierto, puede que haya encontrado algo. No hay cámaras de semáforo alrededor del hospital, pero he conseguido grabar desde un cajero lo que *creo que* es el coche de Brent. Echa un vistazo".

El ayudante Jardine le pasó su móvil a Tate y éste vio el vídeo precargado. Efectivamente, se parecía al BMW negro de Brent que había visto en la entrada de casa de los Matthews. El vídeo era granulado, diseñado para captar a la persona que utilizaba el aparato, y quizá a alguien detrás de ella si se trataba de un robo, y no el tráfico de la calle cercana.

Y esto no tenía sentido, porque el coche no estaba en el hospital. Habían hecho que los de seguridad comprobaran todas las matrículas del aparcamiento.

"Alguien más debía de estar conduciendo", dijo Tate, afirmando lo obvio. Pellizcó el vídeo y lo amplió. Luego lo redujo a media velocidad. Sólo vio a una persona en el coche, el conductor. Pero los cristales estaban tintados y el ángulo era tal que, si hubiera alguien detrás, probablemente no habría podido distinguirlo. Tate se centró en el conductor. Parecía ser una mujer, una mujer de rasgos estrechos.

"Oye", dijo Tate, centrando su atención en el vídeo, "¿puedes decirle a alguien que se pase por casa de los Matthews a ver si está el coche de Brent?".

"Lo intentaré. Podría tomar un tiempo, sin embargo, todo el mundo está atado ".

"Sí, esa es la impresión que tengo. Oye, déjame preguntarte algo, ¿entre nosotros?"

"Claro".

"¿Por qué llamaste al FBI?"

El ayudante del sheriff no dijo nada.

"Ah, ya entiendo. No quieras hablar mal de tu jefe. Otra pregunta para ti: ¿está sucio? ¿Grimes es sucio?"

Tate observó atentamente a Jardine. Seguía sin decir nada, pero los músculos de su mandíbula se tensaron un poco.

"Vale, entendido".

Tate silbó al ver la Academia Tenbury. Era más impresionante de lo que había imaginado, aunque sabía, por el precio que había que pagar por enviar a un hijo allí, que iba a ser un espectáculo. Lo que no esperaba era la masa de estudiantes que se congregaba frente a la escuela.

Como había nacido y crecido en Chicago, pensó inmediatamente en un tirador activo y echó mano a su pistola. Este instinto se desvaneció cuando Tate se fijó en un par de guardias de seguridad que dirigían el tráfico, diciendo a la gente que se fuera a casa. Estaban agitados, pero no tenían esa icónica mirada de "joder, vamos a morir" de la gente inexperta a la que están disparando.

"¿Qué demonios está pasando?" Tate preguntó.

"No lo sé, aún no había llegado cuando me llamaste para que viniera a buscarte".

El ayudante del sheriff Jardine cogió la radio y preguntó qué estaba pasando en Tenbury. La respuesta fue inmediata y la voz le resultó familiar.

Y ese debe ser el ayudante Jardine nº 2, pensó Tate.

"Están enviando a todos a casa. Hubo un video que salió a la luz, y... Dean, trae tu trasero aquí".

"Estoy aquí, estoy aquí."

Tate se inclinó y dijo: "Ayudante, soy el agente Abernathy, ¿puede quedarse con las tres chicas... *eh, eh...* Ava, Natalia y Laura?".

Estática y luego: "Ya se fueron. El director Matthews les ordenó que buscaran un abogado. Ethan y Theo, también".

"Mierda. K, gracias."

"Ya estoy llegando", informó el ayudante Jardine a su hermano.

Tate vio a Chase enseguida, aunque, si no hubiera sido por su reconocible pelo canoso, se habría mezclado fácilmente entre la multitud de estudiantes.

Parecía estar discutiendo con el director Matthews, que estaba medio dentro y medio fuera de su coche.

"¿Puedes llevarme con mi compañera? Ella está allí, adelante"

El ángulo era perfecto, idéntico al del vídeo del cajero automático

que acababa de ver. El coche era diferente, aquel había sido un BMW oscuro, este un Tesla gris claro, pero Tate no tenía ninguna duda de que el conductor era el mismo.

"¡Oye! ¡Ponte delante de eso! ¡No dejes que salga del aparcamiento!"

El ayudante Jardine no preguntó *por qué*, simplemente *lo hizo*, dando un volantazo que casi les hace chocar en T con el otro coche.

Tate pudo ver cómo el conductor entraba en pánico, saltó y corrió hacia la ventanilla.

Apretó su placa abierta contra el cristal.

"Ava, ¿puedes apagar el motor y salir amablemente del vehículo, por favor y gracias".

Capítulo 33

Era extraño ver juntos a los dos ayudantes del sheriff Jardines, lo único que realmente separaba a los gemelos era el bigote de Dean, un bigote débil, pero bigote al fin y al cabo. Chase sospechaba que ése era su propósito: distinguirlos.

No tenía comparación con el calentador de labios de Tate.

"¿Qué está pasando?" Chase se apartó de Robert Matthews y observó cómo Ava salía de su coche. Sus mejillas aún estaban húmedas por las lágrimas.

Tate asintió a su Jardine y le puso las esposas a Ava.

Bueno...

Chase se había dado cuenta del casi accidente y eso la había alejado de Robert. Aprovechó la distracción para entrar por fin en su coche y cerrar la puerta.

Maldita sea.

Le soltó y se acercó a su compañera.

Tate la vio acercarse y dijo preventivamente: "Ava está arrestada por asalto y agresión".

"¿Qué?" Ava se sorprendió tanto como Chase. La primera intentó girarse para mirar a su acusador, pero Dean Jardine la mantuvo firme.

"Sí", confirmó Tate, "Ava fue la que llevó a Brent Matthews al hospital de madrugada. La tengo en vídeo".

"¡Yo no le hice daño!" protestó Ava. "Quiero decir, le dejé, ¡pero no le hice daño! Qué demonios!"

"No digas nada hasta que hables con tu abogado, Ava."

Chase se dio la vuelta. Robert Matthews había cambiado de opinión y había vuelto a salir de su coche. Y ahora estaba interfiriendo.

"¿Qué estás haciendo aquí, de todos modos?" desafió Tate, claramente molesto por la interrupción. "¿No deberías estar en el hospital con tu hijo?".

"Sí, parece que tienes muchas ganas de ayudar a todos menos a Brent a conseguir un abogado, y él lo necesita más que nadie", dijo Chase.

"Ava, abogada", reiteró el director Matthew.

Chase pudo ver que Tate estaba más que molesto ahora, pero antes de que pudiera calmarlo, Dean Jardine tomó el timón.

"Sr. Matthews, ¿no tiene otros asuntos que tratar?". El ayudante Jardine señaló hacia la multitud que en lugar de disminuir había crecido a su alrededor. "Después de todo, la escuela ha terminado por hoy".

Robert Matthews frunció el ceño, pero hizo caso del consejo del ayudante del sheriff... sólo después de ofrecer una severa inclinación de cabeza en dirección a Ava.

"Ayudante Jardine, por favor, lleve a Ava a la sala de espera", ordenó Tate.

"¡No! ¡No le hice daño! Por *favor*."

"Venga, vamos", Jardine tiró de Ava hacia su coche. "¿Vas a estar bien para dar una vuelta esta vez?", sonrió. "O voy a tener que dar la vuelta y recogerte en diez".

"Estaré bien, gracias".

El ayudante Jardine subió a Ava al asiento trasero y se marchó.

Chase miró a su alrededor y encontró al gemelo del hombre.

"¿Puede, ayudante Jardine, hacer una visita a nuestro amigo Brent Matthews al hospital?" Pudo ver cómo se alzaban las cejas de Tate. "No me importa si sigue en coma, quiero que lo esposes. ¿Entendido?"

"Sí, señora".

Se encogió ante la palabra señora, pero la dejó pasar.

Chase estaba junto a Tate mientras ayudaban a los guardias de seguridad a desalojar al resto de los estudiantes. Cuando todos se hubieron ido, dijo: "¿Y ahora qué?".

"Ahora, vamos por el almuerzo y la *salsa de tomate*".

Tate se rió.

***

"Joder", maldijo Tate. Le devolvió el teléfono a Chase. "¿Por qué hacemos esto? Me voy a quedar delgado como sigamos hablando de negocios, viendo vídeos como éste, durante la comida".

De nuevo, ambos habían perdido el apetito.

"Sí, bastante brutal", dijo Chase secamente. Tomó un sorbo de agua, tratando de humedecer la garganta.

"¿Y crees que uno de los cinco amigos de Emily tomó ese video?"

"Seis", corrigió Chase.

Tate contó los nombres con los dedos.

"Laura, Ava, Natalia, Ethan, Theo. ¿Quién me falta aquí?"

"Jackson Grimes."

"Ah. La única persona que *no* va a la Academia Tenbury. Me encantaría charlar con él".

"A mí también. Y ahora podría ser el momento, ya que el sheriff está preocupado por Daniel. ¿Cómo fue eso, por cierto?"

Tate se burló.

"Terriblemente". No sé Daniel de Adán, pero todo el mundo en esta ciudad, incluyendo el sheriff, tiene una erección para ellos. Grimes acaba de derribar su puerta y lo sacó".

"¿Porque creen que fue él quien golpeó a Brent?"

"Bien. *Piensa-sin* pruebas, eso sí".

"Me suena familiar", dijo Chase, su mente se dirigió a Carlos

Mendoza. "Y ahora tenemos a Ava llevando a Brent al hospital. No puedo verla a ella y a Daniel trabajando juntos, no después de lo que el chico tuvo que decir cuando lo visitamos en su casa."

"Yo tampoco".

"¿Entonces quién demonios golpeó a Brent? No puedes pensar honestamente que Ava lo hizo".

Tate negó con la cabeza.

"Ninguna posibilidad. Ella es, ¿qué? ¿Cincuenta kilos empapada? Brent no es Hulk pero..."

"¿Y si uno de los chicos, Ethan, Theo o incluso Jackson, se enterara de que Brent había abofeteado a Emily y decidiera darle un poco de su propia medicina?", sugirió Chase.

Tate le dio la vuelta a la mano.

"¿Tal vez? No podemos olvidar que Daniel fue arrestado por posesión de Rohypnol y Emily tenía algo en su sistema cuando fue violada."

A Chase empezaba a dolerle la cabeza.

"Nada de esto tiene sentido. ¿Por qué Daniel drogaría a Emily y luego Brent la violaría? Brent tiene que odiar a Carlos porque le robó a su novia".

"Y Daniel no tenía exactamente palabras elogiosas que decir sobre Brent, tampoco."

"Este puto pueblo", dijo Chase, un poco más alto de lo que hubiera querido.

"Tengo una más para ti", dijo Tate. "He estado observando la forma en que Grimes y Robert Matthews interactúan, y el director le dice al sheriff dónde cagar".

"Y aún así el ayudante manda a Robert a la mierda y él no dice ni mu".

"Exactamente."

Chase suspiró y bebió más agua. Tate sacó su teléfono.

"¿A quién llamas?"

"Sólo haciendo mi cosa de Maury Povich."

"¿Tu qué?"

Tate levantó el dedo y Chase puso los ojos en blanco.

"Oye, ¿recibiste esa muestra? ¿La que enviaron de Hawkesbury?"

Ah, así que está averiguando quién es el padre del hijo nonato de Emily.

Chase se sentía un poco inútil: Kate tenía sus contactos, su gente, y ella no tenía nada. A nadie.

Excepto que eso no era exactamente cierto.

Chase hizo su propia llamada.

"Agente Adams, ¿a qué debo el placer?"

"Stitts, ¿cuánto tiempo has estado esperando para decir eso?"

"¿Qué parte? ¿La parte del Agente Adams o la parte de a qué debo

el placer?"

"¿Ambos?"

"Unos buenos seis meses. ¿Qué tal, Chase? ¿Cómo te está tratando tu primer caso? ¿El director Hampton te dio una bola blanda?"

Chase cerró los ojos e imaginó a Emily tumbada desnuda en el mugriento colchón.

"Ojalá. Mira, sé que no es tu ámbito, ni tu experiencia, pero si te envío un vídeo, ¿crees que puedes intentar extraer algo de información de él?".

"Tienes razón, no es mi especialidad. Pero puedo hacer que Floyd eche un vistazo. ¿Qué quieres saber?"

Chase reflexionó sobre ello.

"No estoy muy seguro. ¿Una hora y una fecha quizás?" Ella cambió de opinión, no estaba segura de cómo eso sería útil. "¿Y quién lo grabó? ¿Y tal vez hay audio que ha sido borrado o silenciado? La verdad es que no lo sé".

"Lo intentaremos como en la universidad".

"Sólo una advertencia, Stitts, es bastante gráfico."

"Me lo imaginaba".

Chase vio que Tate terminaba su llamada y decidió terminar también la suya.

"Gracias. Sólo... si encuentras algo, por favor llámame. Te lo agradezco."

"No hay problema. Cuídate".

Chase colgó y envió el vídeo a través de un canal seguro y Stitts contestó con un "recibido".

"¿Qué fue eso?" preguntó Tate.

"No eres el único que puede pedir un favor".

Tate sonrió satisfecho.

"Déjame adivinar, ¿es miembro de una nueva unidad del FBI, una unidad de casos sin resolver y resulta que también tiene las iniciales JS?".

Esto molestó a Chase e hizo todo lo posible por ignorarlo.

"¿Consiguen un perfil de ADN del padre?"

Tate dejó de bromear.

"Sí, ahora lo están pasando por el CODIS. Aunque no estamos seguros de lo que podemos averiguar, dado que ni Brent ni Carlos están en el sistema."

"¿Sabes quién es, sin embargo?"

Tate tardó un momento y luego chasqueó los dedos.

"Mierda, tienes razón. Daniel debería estar en el sistema por su arresto por Rohypnol".

"Y si conseguimos una coincidencia parcial, podemos relacionarlo con Carlos".

El teléfono de Chase zumbó y ella frunció el ceño.

Ni siquiera Stitts trabajaba tan rápido.

"¿Hola?"

"Soy el ayudante Jardine. Hice lo que me pidió, esposé a Brent a la cama del hospital".

"Bien, gracias. ¿Sigue en coma?"

"Sí, todavía lo tienen conmocionado. Pero hablé con el médico, y dijo que hizo algunas pruebas en la sangre de Brent".

"¿Y?"

"Y pensé que querías saber que Brent tenía fluniza... *uh*... flunitra..."

"¿Flunitrazepam?"

"Sí, eso es. Brent tenía la droga de violación en su sistema. Mucha de ella, también."

Capítulo 34

"Sabes, cuando era más joven, dieciséis, diecisiete años, algo así, me fui de viaje de mochilero por Europa. Haciendo autostop, albergues, ese tipo de cosas, fue una especie de rito de iniciación, ¿sabes?"

Iban de camino a la comisaría cuando Tate había irrumpido en la historia. Ella pensó que tal vez pretendía distraerlos, para evitar tener que volver a hablar de sus propios asuntos. También era técnicamente una historia personal, y estaban de servicio, pero lo dejó pasar.

"Sí, ¿y?"

"Me encontré con otros viajeros, una pareja de Australia y un chico soltero de Canadá. Así que salimos una noche y nos emborrachamos hasta las trancas. Pero la cosa es que no hay suficientes camas para todos, de hecho, sólo hay una. Como caballeros, le damos la cama a la pareja y el canadiense y yo dormimos en el suelo. Olvidé mencionar que estamos en Portugal y hace un calor asqueroso. Dejamos las ventanas abiertas y nos desmayamos. Por la mañana, se oye un terrible zumbido en la habitación y hay gruesas moscas por todas partes. Me despierto, con resaca, y entonces me doy cuenta: el olor. Huele como si alguien hubiera cagado en la habitación. Y lo hicieron... en el bidé. Es horrible, pero nadie lo admite".

"¿Tiene algún sentido esta atractiva historia?"

"Oh, lo hay. Déjame terminar. Lo echamos a suertes para ver quién tiene que limpiarlo. Por supuesto, a mí me toca la pajita más corta. Corté una de esas grandes botellas de plástico de Coca-Cola por la mitad y me agaché para recogerla. De la noche a la mañana se endureció un poco..."

"Qué asco".

"Pero ahora que está alterado, revelando el centro fundido, *apesta*. Al igual que, absolutamente apesta ".

Los labios de Chase se torcieron hacia abajo mientras esperaba el remate. Nunca llegó.

"¿Eso es todo?"

"Eso es."

"¿Qué demonios, Tate? ¿Estás haciendo eso que solías hacer con Floyd, sólo para probar un punto? ¿Solías darle asco y ahora haces lo mismo conmigo?"

Tate se rió entre dientes.

"No, no lo entiendes".

"No, no lo entiendo", repitió Chase.

"Aunque no lo dijo explícitamente, el Ayudante Jardine nº 2 me dijo que algo en el Departamento del Sheriff apesta".

"¿Y?"

"Y creo que deberíamos remover las cosas y ver qué olores reales podemos desenterrar".

Estaba claro que Tate quería un gran "ajá" de Chase, una bonita analogía, pero ella se negó a dárselo. En lugar de eso, dijo: "Así que, ¿me has contado esta extraña historia sobre unas vacaciones en Portugal y un misterioso zurullo solo para sugerirme que erizáramos algunas plumas?".

"Bueno, sí. Quiero decir, fue un poco más elocuente y atractivo que eso pero... sí".

"¿Por qué no lo dijiste?"

Tate dudó.

"Bueno, es una historia real".

"Cierto o no, es asqueroso". Chase suspiró. "Hazme un favor, Tate. Sé que dije que quería mantener esto profesional, pero mantén estas historias asquerosas para Floyd o algunos de tus compañeros de bebida, ¿de acuerdo?"

Tate se enfurruñó.

"Pensé que era una buena historia". Apoyó la cabeza contra el cristal. "Además, nos están siguiendo."

"¿Qué?" soltó Chase.

"Nos están siguiendo. Chevelle negro, unas dos manzanas atrás."

"¿De verdad?" Chase miró por el retrovisor pero no vio el coche.

"Sip. Verás, tengo una relación con mi historia sobre eso, también, porque condujimos a Portugal en un-"

"Tate".

"Lo siento", refunfuñó.

"¿Estás seguro de que nos están siguiendo?"

"Definitivamente".

Chase entró en el aparcamiento del Departamento del Sheriff.

"Bueno, puede que no sea el experto narrador que eres tú, Tate Hemingway, así que lo diré sin rodeos: soy un absoluto experto en remover la mierda".

***

"¿Por qué está aquí Ava Morency?" Preguntó el Sheriff Grimes en cuanto se percató de su presencia. "¿Y qué es eso que he oído de que han arrestado a Brent Matthews?".

Chase se irguió, aunque apenas llegaba al hueco de la garganta del sheriff.

"Ava Morency está bajo arresto por agredir a Brent Matthews."

"¿Qué?" El sheriff balbuceó. "¿De qué estás hablando?"

"Tenemos un vídeo de Ava conduciendo el coche de Brent con él dentro. Ella lo dejó en el hospital".

Chase esperó a asimilarlo.

"Quiero decir, incluso si esto es cierto", comenzó el Sheriff Grimes, "ella no puede pesar más de cien libras. Es imposible que le hiciera eso a Brent".

Chase se encogió de hombros, sabiendo que su indiferencia sólo serviría para enfurecer aún más al hombre.

"Quiero decir, no peso más de un dólar quince y puedo dar un puñetazo infernal. Y una patada aún mejor".

"¿Qué?" El sheriff parecía incrédulo mientras se volvía hacia Tate. "Tate, puedes por favor..."

"Agente Abernathy", corrigió. A diferencia de Chase, se veía cara a cara con el sheriff.

"¿Qué? Ahora el hombre sólo parecía confundido, y Chase tomó un poco de placer en esto.

"Te dirigirás a mí como Agente Abernathy, Hal. Y en cuanto a tu segunda pregunta, la razón por la que Brent Matthews está siendo arrestado, es porque violó a Emily Dawson. Y eso, por cierto, es probablemente por lo que Ava le dio una paliza". Agitó el dedo en un círculo insoportablemente pequeño. "Círculo completo".

La cara de Grimes estaba más que roja ahora; se había puesto morada.

"He visto el vídeo y lo único que veo es a dos chavales grabando un vídeo sexual".

Eso fue un error.

"¿En serio?" Chase se puso justo en la cara del hombre. "¿Eso es lo que ves?"

Grimes no se echó atrás.

"Eso es lo que veo".

"¿Quieres saber lo que veo?" Tate trató de tirar de Chase hacia atrás, pero ella permaneció arraigada. "Veo a una mujer que fue drogada y luego violada mientras sus amigos lo grababan".

"Bueno, yo..."

"Y entonces veo a esa misma mujer con las manos alrededor de su garganta estrangulándola hasta la muerte."

Finalmente, Grimes cambió de opinión. No sobre los cargos, pero al menos sobre desafiar a Chase.

"Bueno, no es suficiente evidencia para justificar un arresto. Una investigación completa, seguro, pero..."

"¿Qué pruebas tiene de que Daniel Mendoza estuviera implicado en la agresión de Brent? ¿El hecho de que... se negara a abrir la puerta cuando llamaste?". Tate intervino.

"No es- mira, esa familia no ha sido más que problemas. Carlos y su hermano siempre metiéndose en peleas y..."

"Sí, ¿con quién?" Chase pinchó.

"No importa", espetó Grimes. "Sólo han sido un problema. Ah, eso me recuerda que estás hablando de la droga de violación en cita... bueno, Daniel Mendoza tiene antecedentes por posesión de esa droga. Y no olvides que su hermano está detenido por el asesinato de Emily. Así que, tal vez ahora entiendas cuando digo que han sido miembros menos que estelares de la comunidad de Hawkesbury."

El hombre parecía satisfecho consigo mismo, como si ganar esta discusión negara el hecho de que estuvieran investigando la violación y el asesinato de una chica de diecisiete años. En cuanto al Rohypnol, Chase había leído el informe del caso. Daniel fue sorprendido con un vial de la sustancia y afirmó con vehemencia que no era suyo, lo cual no era raro en alguien que se enfrentaba a una pena de cárcel. Además, se daba la curiosa circunstancia de que Brent *también tenía Rohypnol* en su organismo, algo que el sheriff parecía desconocer y que Chase aún estaba intentando comprender.

"Supongo que lo has descubierto todo, ¿eh?" comentó Tate, avanzando. Chase lo detuvo. Ya habían removido la mierda y no les serviría de nada llegar a las manos.

"De todos modos", dijo Chase, "se está haciendo un poco tarde, y tenemos tres entrevistas que realizar hoy: Ava, Carlos y Daniel".

"Creo que me quedaré por aquí", dijo Grimes. "De hecho, creo que me uniré a vosotros".

"No tengo ningún problema con eso", dijo Chase. "¿Y usted, Agente Abernathy?"

"No, ningún problema".

"Excepto, por supuesto, que no puedes estar allí cuando entrevistemos a tu hijo, Jackson Grimes. Ya sabes, conflicto de intereses y todo eso."

Capítulo 35

Carlos Mendoza había seguido el consejo de Tate y había pedido un abogado. Aun así, accedió a hablar con ellos, y bastaron unos segundos de entrevista para darse cuenta de por qué.

"Tiene que soltar a mi hermano", suplicó Carlos, con los ojos clavados en el sheriff Grimes, que estaba detrás de Tate y éste, a su vez, detrás de Chase, que estaba sentado. El sheriff tenía los brazos cruzados sobre su gran barriga. "Él no ha hecho nada. Él... él nunca ha hecho nada".

Carlos tenía miedo de decir lo que realmente quería decir, lo que Daniel ya les había contado: Jackson Grimes le había tendido una trampa y el sheriff lo había liquidado.

"Vamos a ir a hablar con él a continuación, pero quiero centrarme en tu caso por ahora", dijo Chase.

"Sobre eso", empezó el abogado de Carlos. A juzgar por su traje, era un abogado de oficio, lo cual tenía sentido para un chico becado. "¿Cuándo van a retirar esos cargos inventados? Mi cliente no mató a nadie, y mucho menos a la mujer que amaba. Está de duelo y retenerlo aquí sin pruebas es cruel. Cruel y, honestamente... También es vergonzoso".

"¿Señor...?"

"Dawson."

La cara de Chase mostraba sorpresa.

"*¿Qué?*"

"Ninguna relación, sólo una coincidencia".

Joder.

"Le diré una cosa, agente Adams, Carlos está dispuesto a declararse culpable de un delito menor de agresión a Brent Matthews. Pero, dadas las recientes complicaciones del Sr. Matthews, creo que un castigo justo para mi cliente es la libertad condicional. Como he dicho, Carlos está de duelo".

Parte de esta entrevista fue una expedición de pesca; la noticia se extendió rápidamente en Hawkesbury, pero Chase no estaba seguro de *cómo* de rápido.

¿Era esta complicación de la que hablaba el abogado la paliza que había recibido Brent, diez veces más severa que cuando Carlos le había atacado, o el vídeo de la violación?

Chase supuso lo segundo. Si Carlos sabía lo primero, sospechaba que estaría indignado, no deprimido.

"Desgraciadamente, los cargos fueron presentados por el Departamento del Sheriff de Hawkesbury, por lo que en estos momentos son los únicos que pueden retirarlos".

"Mentira", murmuró el abogado en voz baja.

"*Pero-pero*, nos ayudas, nos das algo, y te prometo que haré todo lo posible para que recibas un trato justo aquí".

resopló Carlos.

"Además, ¿no quieres que averigüemos quién le hizo esto a Emily?"

"Por supuesto".

"Entonces empieza por hablarnos de tu relación con ella".

El señor Dawson se inclinó hacia Carlos y le susurró algo al oído. Este asintió.

"Amo a Emily... amaba", corrigió, con la voz entrecortada. "Quería *a Emily*. De verdad. Y ella me quería a mí".

"¿Qué pasa con Brent? ¿Qué pasó allí? Salieron un tiempo y luego..."

"Y luego se separaron".

"¿Amistoso?"

Ahora Carlos se burló.

"No. Estaba *cabreado*. Estaba cabreado y luego puso a todo el mundo en su contra con sus mentiras. Dijo que ella lo engañó conmigo. Pero no lo hizo-esperamos".

No mencionó la bofetada, lo que significaba que Carlos probablemente no lo sabía. Chase empezaba a pensar que sólo Ava sabía que Brent había pegado a Emily, si es que lo había hecho, y aun así, estaba convencida de que la chica acababa de enterarse.

"Aunque salieron mucho tiempo, mucho más que ustedes dos".

"Sí, ¿y qué? Ella no lo amaba. Fueron empujados juntos, ¿sabes? ¿Por sus padres? Sobre todo por el padre de Brent. Dijo que eran," Carlos hizo comillas en el aire, "buenos el uno para el otro. Bueno para la..." más comillas, "comunidad".

"¿En serio?"

"Sí, realmente. El director Matthews hizo lo que pudo para juntarlos. Maldito imbécil". Otro tirón.

A Chase le sorprendió que el chico mantuviera la compostura tan bien.

"¿Qué hay de los amigos de Emily? ¿Qué puedes decirme de ellas?"

"Como dije, la abandonaron, se pusieron del lado de Brent. Imbéciles, todos ellos."

"¿En serio? No me imagino a las chicas siendo gilipollas. Especialmente Ava. Parecía dulce".

Carlos se inclinó hacia delante y miró fijamente a Chase.

"Es la peor de todas. Se supone que es la mejor amiga de Em y acaba de cortar con ella por completo."

"Sólo puedo imaginar lo disgustada que esto puso a Emily".

Carlos parecía estar evaluando a Chase ahora, tratando de adelantarse a la narración. Pero sólo era un niño. Un adolescente hormonado tratando de lidiar con una pérdida increíble que

probablemente aún no había empezado a digerir.

"Sí, al principio. Pero me tenía a mí. Éramos felices. Más felices de lo que nunca fue con *ellos*". Carlos prácticamente escupió la última palabra.

"No lo dudo". Chase respiró hondo. "Ahora, quiero hacerte una pregunta y, si puedes, quiero que intentes mantener toda emoción fuera de tu respuesta y que simplemente digas lo primero que se te ocurra. ¿Crees que puedes hacerlo?"

"Sí."

"Vale-entiendo que Em era feliz contigo, pero tienes que admitir que probablemente echaba de menos a sus amigas, al menos un poco. Especialmente a Ava".

Un encogimiento de hombros sin compromiso.

"Si la llamaran, quiero decir, si Ava llamara a Emily y le dijera, oye, quedemos esta noche, ¿crees que iría?".

Una ligera vacilación.

"No. De ninguna manera."

Estaba mintiendo. Chase podía verlo en su cara. Si Ava llamaba y le pedía quedar, aunque fuera en The Shack, Emily mentiría a su madre, le diría que iba al cine e iría a verlas en un santiamén.

"Vale, has sido de gran ayuda. ¿Una última cosa?"

"¿Sí?"

Ahora el abogado de Carlos se inclinó hacia delante, y Chase vio que extendía la mano, sólo un poco, por si tenía que meter la mano y evitar que su cliente contestara.

"¿Estaría dispuesto a darnos una muestra de su ADN?"

El abogado hizo justo lo que Chase sospechaba: puso la mano en el hombro de Carlos, haciéndole callar.

"¿Y de qué serviría eso? No negamos que mi cliente estuviera en La Choza, admitimos que estuvo allí en dos ocasiones. Me sorprendería que su ADN *no* estuviera presente en la escena".

Chase estuvo a punto de decirlo -estuvo a punto de decir que no tenía nada que ver con el asesinato de Emily, sino con determinar si el feto que llevaba en su vientre le pertenecía-, pero algo la detuvo.

El adolescente mantenía la compostura por el momento, pero Chase tuvo la impresión de que Carlos era como un funambulista aficionado: aparentemente tranquilo, pero literalmente tambaleándose al borde del abismo.

No quería empujarlo.

Normalmente, nada impediría a Chase llegar a la verdad.

¿Me estoy ablandando? Tal vez. Pero lo blando puede ser bueno, ¿no? Lo blando puede pulir piedras, mientras que lo duro sólo puede destrozarlas.

"¿Carlos?" Chase sondeó una última vez.

"No tengo nada que ocultar", dijo Carlos, pero entonces su abogado le susurró algo al oído. "Pero voy a tener que declinar por consejo de mi abogado".

Tate se inclinó hacia delante, pero Chase le hizo un gesto para que se apartara.

"Gracias, Carlos", dijo ella, poniéndose en pie. "Y, si no lo he dicho antes, siento mucho tu pérdida".

Capítulo 36

A diferencia de Carlos, su hermano, Daniel Mendoza, había rechazado un abogado. A diferencia de Carlos, Daniel no estaba tranquilo.

Estaba cabreado.

Cabreado con Tate. También estaba cabreado con el sheriff Grimes, pero el hombre había optado por quedarse detrás del cristal en este caso, una decisión que pronto se revelaría justificada.

"Daniel, soy la agente Adams y este es mi compañero el agente..." Chase no pudo ni decir una frase antes de ser interrumpido.

"¿No crees que es un poco jodido que vengas a mi casa un día, y al siguiente vengas y *El Jefe* me eche la puerta abajo? Mira lo que ha hecho". Daniel se señaló la nariz cubierta de sangre seca.

"Lo vi", admitió Tate.

"Sí, sé que lo viste. Y no hiciste nada".

"Daniel, sé que estás molesto", intervino Chase.

"Vaya, tú también eres un puto genio. El detective junior es un puto genio".

A pesar de su conversación anterior y de la advertencia de Chase, Tate frunció el ceño y pareció dispuesto a atacar.

No lo eches a perder, pensó.

"Estoy intentando ayudarte. Tú no lo crees, pero yo sí. No creo que golpearas a Brent Matthews. Creo que estabas en el trabajo".

Daniel cruzó los brazos sobre el pecho y la miró desafiante.

"Yo... yo no toqué a ese puto niño. Además, la única persona a la que quiero patearle el culo es a ese hijo de puta de Jackson Grimes".

"¿Por qué todo este odio hacia Jackson Grimes? ¿De qué lo conoces? Él fue a Tenbury, tú no".

"¿En serio?" Daniel negó con la cabeza. "Porque es un puto gilipollas, por eso. Se sale con la suya en todo. Me plantó esa droga..."

Chase hizo un gesto con la mano.

"Sé todo eso, pero tuvo que haber algo que iniciara esta disputa".

"¿Algo más que el hecho de que todo el mundo en esta ciudad de mierda es un gilipollas racista?"

"Aparte de eso".

"Ah, bueno, ¿qué tal esto? Tan pronto como Carlos empieza a salir con Emily, misteriosamente empieza a aparecer con los ojos morados, costillas doloridas, ese tipo de mierdas. Fue Jackson. Ese tipo Brent probablemente lo obligó, porque es una perra flaca". Daniel la miró lascivamente. "Como tú."

"*¿Qué?*" Tate se acercó.

"No pasa nada. Sé que no te lo crees, pero estoy aquí para ayudarte, Daniel". Chase le lanzó una daga a Tate. "La cosa es que no puedo

hacerlo si sigues portándote mal. A ver si lo entiendo: Emily y Carlos empiezan a salir, y alguien empieza a acosarle en el colegio".

"¿Tú también eres sordo? ¿El detective junior es sordo?" Miró alrededor de la habitación como si estuviera jugando para un público. "No *alguien,* sino Jackson Grimes. Le estaba pegando a mi hermano".

"Llámala detective junior otra vez y yo..."

Daniel se puso de pie de un salto. Chase echó su silla hacia atrás y Tate se colocó frente a ella.

Maldita sea, Tate.

"¿Qué vas a hacer al respecto? ¿Eh?" Daniel amenazó. "Malditos policías, os creéis muy duros con vuestras armas. ¿Qué tal si peleas con tu mano desnuda?"

"¡Guardia!" Chase gritó. "*¡Guardia!*"

Se preguntó por qué tardaban tanto. Grimes estaba mirando, ¿por qué no envió a alguien?

¿Y cuál era el puto problema de Tate? Las manos de su compañero estaban cerradas en puños y las levantaba como si estuviera listo para golpear. No podía ser tan estúpido, ¿verdad? ¿De verdad podía Tate morder el anzuelo y meterse en una pelea a puñetazos con el acusado?

"Vamos, vamos."

Daniel no estaba cerrando los puños. En cambio, tenía las manos extendidas y los dedos estirados.

Fue entonces cuando Chase se percató de la pequeña sonrisa bajo el bigote de Tate.

Daniel siguió la mirada de Tate y de repente se dio cuenta de lo que parecía todo aquello. De inmediato se llevó las manos a los costados.

"No, tío. No, yo no hice eso". Daniel sacudió la cabeza. "Yo no le hice eso a esa chica".

Pero eso es exactamente lo que parecía. Parecía que Daniel estaba listo para estrangular a Tate.

La puerta se abrió y un sonriente sheriff Grimes entró en la sala de interrogatorios.

"Gracias, Agentes", dijo. Y luego a Daniel: "Parece que cuando te enfadas te gusta apretar algo, ¿no?".

"Yo no hice eso y mi hermano tampoco. Yo no hice nada".

Chase odiaba la expresión de la cara de Grimes, pero no podía negar que aquello tenía mala pinta.

Muy mal.

"Daniel, voy a darte el mismo consejo que le di a tu hermano", dijo Tate, ahora el epítome de la calma. "Consigue un abogado".

***

"Tate, ¿qué demonios ha pasado ahí dentro?"

Tate actuaba como si nada hubiera pasado.

"Quería ver hasta qué punto puede enfadarse Daniel. Lo enfadado que estaba porque su vida había dado un vuelco por culpa de la relación entre su hermano y Emily. No estaba enojado porque..."

"Lo sé, ahora lo entiendo, pero nunca me dijiste que ese era el plan. No tenía ni idea de que eso era lo que estabas haciendo". Las palabras de Chase fueron más duras de lo que pretendía y ella miró a su alrededor. Estaban de vuelta en el pasillo, preparándose para su tercera entrevista del día. El ayudante Jardine y el sheriff Grimes también estaban allí, pero en su propio mundo, riéndose de algún chiste interno.

Tate se pasó una mano por el pelo. Se le quedó recogido y, al darse cuenta, se lo alisó con la palma.

"Tenía que hacerlo parecer real, Chase. Quería que el hombre mostrara sus verdaderos colores y lo hizo. Tú lo viste. Viste la forma en que sus manos estaban así. Quiero decir, no es como una pistola humeante pero..."

"Podrías habérmelo dicho".

Chase estaba más dolida que otra cosa. Dolida porque su compañera no confiaba en que fuera capaz de mantener la farsa.

¿No lo sabía? ¿No sabía Tate que fui un heroinómano de alto funcionamiento durante años? Deberían darme un puto Oscar por mi actuación.

Aun así, vio el valor de lo que había hecho.

Al darse cuenta de su incomodidad, Tate se acercó de repente y le rodeó los hombros con el brazo. Chase quiso apartarse, sacudírselo de encima, volver a recordarle a su compañero que debían mantener la profesionalidad. Pero estaba cansada y le sentó bien que la abrazaran. Había pasado tanto tiempo luchando contra los estereotipos que se había olvidado por completo de que hasta la persona más dura necesitaba que la consolaran de vez en cuando.

Tate la acercó, la apretó y le plantó un beso rápido en la frente.

"Lo siento", repitió. Tate se apartó lo suficiente para levantarle la barbilla y estaba a punto de acercar sus labios a los de ella cuando alguien se acercó.

"No quiero interrumpir", dijo el ayudante Jardine, "pero el abogado de Ava está pidiendo a gritos que la dejen salir. Gritando un montón de mierda acerca de una demanda contra el Departamento del Sheriff y, bueno, su familia y el sheriff ..." dejó que su frase se interrumpiera.

"Sí, lo siento", Chase se apartó de Tate. Se imaginó a Ava tal y como había sido en el despacho del director Matthews: aterrorizada, dispuesta a abrirse con el estímulo adecuado. Y Chase tenía una idea bastante clara de cuál podría ser. "Estoy segura de que esto terminará

rápido".

Chase miró a su compañero, preguntándose si tendría algo más en la manga y, en caso afirmativo, si le diría algo. Pero Tate se limitó a extender la mano, indicando que ya estaba levantada.

Era su turno.

Lo cual era bueno, porque mientras Tate podría saber cómo romper a Daniel, Chase sabía exactamente cómo hacer que Ava Morency se desmoronara.

***

Después de que el abogado de Ava, que llevaba un traje que probablemente costaba más que el coche del abogado de Carlos Mendoza, dijera su perorata, prolongada y repleta de amenazas, Chase tuvo por fin su turno de palabra.

"Ava, ahora mismo, estás siendo acusada de asalto y agresión."

"Esto es..."

"-Va a ir mal si sigue interrumpiendo", advirtió Chase al abogado. Frunció el ceño, pero no dijo nada más. "Bien. Como iba diciendo, tenemos un vídeo en el que se le ve conduciendo el coche de Brent y dejándolo cerca del hospital. También hemos conseguido imágenes adicionales de usted devolviendo el coche a su casa."

"Como dije anteriormente", dijo el abogado en el tono más aburrido imaginable, "mi cliente admite haber conducido el coche de Brent Matthews. En lugar de arrestar a mi cliente, deberían darle las gracias".

"¿Y eso por qué?" preguntó Tate.

"Porque si mi cliente no hubiera llevado a Brent al hospital, podría haber muerto. Ava salvó la vida de Brent".

Era una afirmación mucho más razonable que Ava, delgada como un rayo, pálida como una hoja de papel, le diera una paliza a Brent. Brent no era un hombre grande, pero era mucho más grande que Ava. Pero la verdad era que a Chase no le importaba quién golpeara al violador.

Lo que importaba era quién mató a Emily.

Y su hijo no nacido.

"Me lo creería", dijo Chase con sinceridad, "pero tienes que darme más". ¿Dónde encontraste a Brent? ¿Te lo encontraste sangrando en el campo? ¿En un centro comercial? ¿Y por qué lo dejaste a media manzana del hospital en lugar de llevártelo? ¿Te preocupaba que Brent no diera sus diez mil pasos del día?".

"No, eso no es...", silenció el abogado a Ava con una mirada.

"Ava, sé que tu abogado ya te lo dijo, y lo oíste cuando el ayudante del sheriff te leyó tus derechos: no necesitas hablar con nosotros. Y

seré el primero en admitir que será difícil convencer a cualquier jurado de que realmente golpeaste a Brent". Chase dio la vuelta a su móvil y mostró la foto precargada de la cara hinchada de Brent, con los ojos completamente cerrados, la nariz torcida y los labios empapados de sangre. Ava, como era de esperar, inhaló bruscamente. "Pero mírale la cara. Alguien hizo esto. Alguien peligroso".

"Agente Adams, ¿es esto realmente necesario?"

Chase se desplazó hacia la derecha, pero no apareció otra imagen de la cara de Brent. En su lugar, empezó a reproducirse un vídeo, y Ava se quedó sin aliento.

"Oh-oh, lo siento, este no es Brent. Espera, *es* Brent, solo que no de su paliza".

"Agente Adams, esto es innecesario". Ava intentó apartar la mirada, pero Chase seguía moviendo el teléfono delante de su cara. "Os denunciaré a los dos".

Chase puso el vídeo en pausa y dejó el teléfono boca arriba sobre la mesa. Por pura casualidad, el fotograma congelado mostraba claramente la cara de Emily, con los ojos en blanco y la boca floja.

"Como iba diciendo, probablemente superarás el caso de asalto". Ella asintió como si estuviera de acuerdo consigo misma. "Sí, lo superarás. Incluso si no lo haces, me sorprendería mucho que te dieran algo más que la libertad condicional, seis meses de servicios comunitarios *como máximo*. ¿Pero por violar a Emily? Creo que te caerán quince años. El juez..."

"Bien, esta entrevista ha terminado", dijo el abogado, empezando a levantarse.

"...considerando lo querida que era Emily en la comunidad y el hecho de que solían ser mejores amigas. Creo que quince años suenan bien".

"Agente Adams, esto..."

"Casi he terminado, sólo un segundo". Chase miró del abogado a Ava. "Y si caes por violación, también caerás por asesinato".

"Voy a presentar una queja a la oficina."

"Seguro que sí. Buena suerte con eso". Chase casi sonrió, pensando en cuál sería la respuesta del director Hampton. "Oh, cometí un error. Dije *un* asesinato, pero quise decir *dos*. Y Pensilvania tiene pena de muerte, la última vez que lo comprobé". Un inquietante silencio cubrió la sala de interrogatorios. "Espere, usted sabía que Emily estaba embarazada, ¿no?"

Capítulo 37

"Ahora me toca a mí contarte una historia", dijo Chase.

Tate se acomodó en el asiento del copiloto.

"Vale, pero, aviso, tengo el estómago débil".

"No interrumpas. Esta historia trata de una chica que se enamora de alguien del lado equivocado de las vías. Este tipo es un delincuente, ha estado en la cárcel dos veces, pero sus delitos no son de naturaleza violenta, sólo intentaba proteger a su familia. La chica era de un barrio muy acomodado y no podía hablar con nadie de su relación. Tienen que conocerse en secreto. Tarde o temprano, sin embargo, alguien se entera y la familia de ella les obliga a separarse. Pero, como puedes imaginar, siguen viéndose: ¡están enamorados! Entonces la chica se queda embarazada y no tiene más remedio que contárselo a sus padres. Éstos se asustan y, aunque ella insiste en que todo fue consentido, ellos están convencidos de que fue violada. De ninguna manera su preciosa hija se acostaría con *él*. Entonces hacen lo impensable: lo persiguen y lo matan. Angustiada, con el corazón roto, la chica huye y cría a su hijo sola lejos, muy lejos de sus padres".

Chase dejó de hablar y esperó a que Tate dijera algo. Tardó unos instantes.

"¿Y?"

"Y eso es todo. Esa es la historia. Te advertí que no era muy bueno en esto de contar historias".

"Bueno... vale, me estoy esforzando por entender esto. Suena como Carlos y Emily pero en esta historia, Carlos es asesinado y no Emily. ¿Y no hay una violación real? Hmm... ¿es una de esas historias de re-imaginación? ¿Como una versión Tarantino del Holocausto?"

"Inténtalo de nuevo."

"Vale, ¿esto es como una versión de lo que podría haber sido, si Emily no hubiera sido asesinada? Ayúdame, estoy luchando aquí."

Chase había terminado con la farsa.

"Anoche leí esta historia en el cuaderno de Emily. Se equivocó en el remate, pero todos los elementos están ahí".

"Mierda, eso es jodido."

"Sí, lo es". Chase respiró hondo. "Pero al menos ayuda a aclarar algo. Emily sabía que estaba embarazada, y realmente amaba a Carlos".

"Desgraciadamente, no nos ayuda a averiguar quién la mató realmente, a menos que creas que sus padres lo hicieron por vergüenza...".

"No."

"No lo creo. ¿Había alguna mención de haber sido drogada en alguna parte de la historia de Emily?"

"No."

"Tenemos que volver a hablar con el médico, averiguar lo del Rohypnol. ¿Por qué estaba en el sistema de Brent? ¿Se drogó por accidente?"

Chase se mordió el interior de la mejilla.

"¿Y a propósito?"

Tate hizo una mueca.

"¿Por qué haría eso?"

"Quizá sabía que estaba jodido, sabía que el vídeo iba a salir a la luz y decidió confundir la narrativa".

"¿Y la paliza? ¿Crees que hizo un Ed Norton de la hora 25?"

"¿Otra vez?" Chase no conocía la referencia.

"Es una película en la que Ed se enfrenta a una larga pena de cárcel por unos cargos de drogas, no recuerdo exactamente de qué. Es un chico guapo y no quiere entrar así, así que contrata a sus amigos para que le den una paliza. Le dan una buena paliza. No es una mala película".

Chase consideró lo que su compañero le estaba diciendo.

"Sabes, podrías tener razón".

"¿Pero? Parece que viene un pero".

Chase sonrió.

"Pero... Brent Matthews no me parece tan... no sé... *orquestado*".

"Ya veremos, tal vez esté despierto y podamos preguntarle".

El coche se quedó en silencio un momento y Chase notó que Tate se movía incómoda en su periferia.

"¿Qué?", preguntó sin apartar los ojos de la carretera.

"Uhhh..."

"Oh, joder. Odio cuando haces esto".

"¡Tú eres el que me dijo que no sacara a relucir cosas personales en el trabajo!" Tate protestó.

"Es mejor que verte retorcerte como si te hubieras cagado en los pantalones en Portugal".

"¿Qué? En primer lugar, nadie se caga en los pantalones. Se cagan en el bidé. Y no fui yo".

Chase puso los ojos en blanco.

"Sí, claro. Mira, si tienes algo en mente, sólo dilo, *por favor*."

"Bien. Sólo me pregunto por qué sacaste el tema del embarazo con Ava y no lo hiciste con Carlos. Para ser honesto, creo que hubiera sido más efectivo-no, no efectivo sino más *necesario* con él que con ella."

Porque le habría destrozado. Carlos no ha hecho nada malo. Ava, por otro lado... Ava abandonó a su amiga y lo más probable es que Ava estuviera allí cuando se grabó el vídeo. Lo que significa que si no estuvo involucrada en la violación, al menos fue cómplice. Lo mismo ocurre con su asesinato.

Lo siento si tengo menos compasión por Ava que por Carlos.

Chase sincronizó perfectamente su respuesta con el aparcamiento del hospital.

"Tenías razón, no deberías preguntar cosas personales en el trabajo."

A diferencia de ayer, hoy el hospital estaba todo menos tranquilo. Fuera de la habitación de Brent, encontraron a Robert Matthews y al vicedecano Jardine en una acalorada discusión.

"¡Suéltalo! El sheriff te ha orden*ado* que le sueltes". Robert gritó en la cara del otro hombre.

"Será mejor que retrocedas, Robbo."

"Oye, ¿qué está pasando?" Tate dijo, tratando de calmar la situación.

Un gruñón Robert Matthews se giró.

"El sheriff ordenó que le quitaran las esposas a mi hijo, que sigue en *coma*. Y este ayudante se niega a escuchar a su superior".

"¿El sheriff le ordenó que le quitara las esposas?" Tate le preguntó al ayudante Jardine.

"Lo hizo, pero le dije, como le dije al Sr. Matthews aquí, que el FBI ordenó el arresto así que sólo ellos..."

"¿A quién coño le importa quién dio la orden? ¡El sheriff te dijo que liberaras a mi hijo así que *hazlo, joder!*"

Los ojos de Jardine se convirtieron en rendijas.

"Cuida tu tono".

"Robert gruñó y levantó las manos, frustrado. Luego retrocedió.

Chase, que había estado viendo esto desde la distancia, tomó una decisión táctica instantánea.

"¿Sabes qué? Ayudante, puede quitarle las esposas a Brent. Sus cargos siguen pendientes pero no va a ir a ninguna parte".

Fue el turno del ayudante Jardine de fruncir el ceño.

"¿Seguro?"

"Sí, quita las esposas", confirmó Tate.

Jardine fulminó a Robert con la mirada y se metió en la habitación de Brent.

Tate tiene razón, hay una extraña dinámica en juego aquí.

Chase apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento antes de que Robert se le acercara. Seguía enfadado, pero al menos había dejado de gritar.

"Vi el vídeo", espetó Robert. "Vi ese vídeo de mi hijo y quiero que arresten *inmediatamente* a quien lo grabó y a quien lo envió".

La boca del hombre sufrió tantas circunvoluciones que a Chase le recordó a un dibujo animado.

"Señor Matthews, su hijo...", empezó Chase, pero dejó de hablar cuando Robert acortó la distancia entre ellos.

A su favor, Tate no intercedió. Se hizo notar, pero no dijo nada.

"es víctima de un brutal ataque vergonzoso. Ese vídeo privado nunca debería haber visto la luz".

Chase no podía creer lo que Robert estaba diciendo. No creía realmente que su hijo fuera la víctima, ¿verdad?

"Su hijo violó a Emily Dawson."

"Baja la voz", siseó Robert.

Y ahora Tate se presentó no porque temiera que Robert hiciera algo, o que Chase no pudiera protegerse si el hombre lo hacía.

Fue porque Tate estaba preocupado de que ella fuera a hacer algo.

Todo lo que podía imaginar era la cabeza de Emily balanceándose de un lado a otro mientras Brent bombeaba dentro de ella.

"Muy bien, Sr. Matthews, creo que es hora de dar un paseo".

"Toma..."

"Las esposas están fuera de su hijo, tienes lo que querías. Date un *puto* paseo".

Chase sabía que Tate estaba prácticamente rogándole que le pegara, pero prevaleció la calma. Robert se marchó enfadado y entonces, probablemente porque consideró que el camino estaba finalmente despejado, el médico de Brent apareció de la nada.

"Justo el hombre que buscábamos", dijo Tate, inexplicablemente tranquilo.

Chase seguía luchando por bajar su ritmo cardíaco.

"¿Hmm?"

"Eres el médico de Brent, ¿verdad?" Tate preguntó.

"Dr. Coblentz, sí."

"Agentes Adams y Abernathy. Escuchen, el ayudante Jardine me llamó antes, dijo que detectaron Rohypnol en la sangre de Brent".

Parecía que el médico iba a negarse a revelar información sobre el paciente, pero Jardine salió de la habitación de Brent y le hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

"Así es. Tampoco niveles traza", confirmó el Dr. Coblentz.

"¿Alguna forma de saber cuándo se ingirió la droga?"

"Si supiéramos qué dosis había tomado".

"Pero eso no lo sabemos".

"No, no tenemos."

"Hmm. Bueno, ¿mejor suposición?"

El médico volvió a mirar al ayudante Jardine.

"Está bien, están ayudando con el caso. Cualquier cosa que necesiten saber, puedes compartirla".

El Dr. Coblentz asintió.

"Bien, hicimos la prueba hace una hora, pero la sangre de Brent fue extraída esta mañana. La vida media del Rohypnol es de unas dieciséis horas, más o menos".

Chase no oyó respuesta a la pregunta de Tate, así que volvió a formularla.

"Para ser francos, es imposible saber si Brent había ingerido una dosis muy grande el sábado por la noche o el domingo por la mañana temprano o múltiples dosis más pequeñas a última hora del domingo o el lunes. Podría haber ingerido con la misma facilidad una dosis media más recientemente".

"¿No puede darnos nada más, doc?" Tate preguntó. "¿La mejor suposición?"

"¿Extraoficialmente?"

"Extraoficialmente".

"Bueno, déjame ponerlo de esta manera: nadie micro dosis Rohypnol ".

"Entendido, gracias."

El Dr. Coblentz se excusó y se dirigió a la habitación de Brent, dejando a Chase y Tate con el vicedecano Jardine.

"Y gracias por mantener la calma", dijo Chase al ayudante del sheriff.

El hombre asintió.

"Robert conoce su lugar".

"Bien. Aunque Brent no está esposado, por si se despierta, no quiero que vaya a ninguna parte. Tampoco quiero que lo visite ninguno de sus amigos", dijo Chase. "Está bien que su padre y su abogado hablen con él, pero nada más. ¿Puedes vigilarlo?"

Jardine sonrió.

"Será un placer".

Capítulo 38

"¿Vas a decirle a la Sra. Dawson que su hija estaba embarazada?" Tate preguntó.

Chase respondió a la pregunta con una pregunta propia.

"¿Cuáles son las probabilidades de que ya lo supiera?"

¿"Dada la antipatía general por Carlos Mendoza en esta ciudad? Yo diría que muy baja".

"¿Estás asumiendo que Carlos era el padre?"

"¿No?"

"Creo que es lo más probable, pero podría ser de Brent. O de alguien más. Nunca se sabe".

"Excepto *que* lo sabremos... pronto. No debería llevar más de unas horas pasar el perfil de ADN por el CODIS".

"Sí."

Tate puso fin a sus especulaciones llamando a la puerta de los Dawson.

La primera vez que habían venido, Jennifer Dawson había abierto la puerta de par en par casi como si esperara que su hija estuviera allí de pie, que el Departamento del Sheriff acababa de gastarles una broma horriblemente cruel. Esta vez, se abrió sólo un centímetro.

Un único ojo con los párpados enrojecidos se asomó.

"Sra. Dawson, ¿podemos hablar?" Chase estaba tan convencida de que la mujer abriría la puerta que, de hecho, echó a andar hacia delante y casi chocó con ella cuando se quedó quieta.

"Lo siento, pero no tengo nada más que decirte".

Los párpados de Chase se retrajeron.

"¿Perdón?" No estaba segura de haber oído bien.

"Realmente no tengo nada más que decirte. Lo siento". Su voz era grave y granulada. Tate deslizó su pie dentro justo antes de que la puerta pudiera cerrarse sobre ellos.

"Tal vez no nos recuerde, pero somos del FBI. Intentamos averiguar qué le pasó a su hija".

"Sé lo que le pasó a mi Em". La mujer resopló. "Carlos Mendoza la asesinó. Creo... creo que deberías volver al lugar de donde viniste y dejarnos en paz".

Mierda.

"Todavía estamos investigando..."

"El Departamento del Sheriff nos dijo que Carlos la asesinó, y que el hermano de Carlos casi mata a ese buen chico, Brent Matthews".

Maldito Sheriff Grimes. Tate tiene razón, este pueblo está podrido hasta la médula.

Chase se inclinó hacia delante.

"Jennifer, a pesar de lo que el sheriff pueda haberte dicho, el

asesinato de tu hija sigue siendo una investigación en curso. Hay cosas que no sabemos".

"Lo siento, por favor quite el pie de la puerta".

Tate frunció el ceño pero retiró el pie. Jennifer Dawson les cerró la puerta en las narices.

"¿Qué carajo fue todo eso?" Chase preguntó.

"Se trataba de que el sheriff Grimes estaba cabreado. Eso fue sobre él flexionando en nosotros, recordándonos que Hawkesbury es su ciudad. "

Caminaron de vuelta al coche de Chase.

"Quizá no deberíamos haber removido la mierda", comentó.

"Demasiado tarde ya".

"Demasiado tarde ya". Tate hizo una pausa y añadió: "Malditos pueblos pequeños".

Estuvieron conduciendo cinco minutos antes de que Tate se agachara y mirara por el retrovisor lateral.

"El Chevelle está de vuelta, siguiéndonos de nuevo."

Chase asintió. En realidad había llegado hacía media manzana. El conductor ni siquiera intentaba permanecer oculto.

"Me estoy cansando un poco de este lugar. ¿Y tú, Chase?"

"Enfermo y cansado".

Chase hizo una izquierda rápida y luego una derecha inmediata.

"Espera."

Tirando con fuerza del volante, hizo girar el BMW en U, forzándose a sí misma contra la ventanilla y a Tate contra la consola central. Como era de esperar, el conductor del Chevelle negro temía perderlos y había acelerado.

Apenas consiguieron frenar a tiempo para evitar un choque frontal.

El parabrisas delantero estaba tintado ilegalmente, lo que les impedía saber quién estaba dentro.

Chase sacó su pistola y se acercó al vehículo.

"Sal del coche."

Tate se acercó a la ventanilla del copiloto y golpeó el cristal con el cañón de su propia arma.

"Vete a la mierda", dijo.

El motor del Chevelle se aceleró y Chase dio un paso atrás con precaución.

"Sal del coche o rompemos las ventanas".

El coche siguió en marcha, pero la puerta se abrió lentamente.

A Chase no le sorprendió el joven de pelo oscuro ondulado y mandíbula cuadrada que salió. Y aunque nunca había visto una foto de Jackson Grimes, supo al instante que se trataba de él. Era como una versión más joven y delgada de su padre.

"¿Qué coño quieres?" dijo Jackson, mirando a Chase con desprecio.

Ni siquiera reconoció a Tate mientras se dirigía hacia la parte delantera del coche.

El certificado de nacimiento de Jackson decía que sólo tenía veinte años, pero parecía muchísimo mayor.

"¿Qué coño quiero?" Tate estalló. "Quiero que dejes de seguirnos".

"Es un país libre y sólo voy a dar una vuelta". Jackson sólo miraba a Chase cuando habló.

Cabalga... cabalga...

La palabra activó algo en Chase. Recordó las gruesas marcas de neumáticos dejadas fuera de La Choza.

Se parecían mucho a los neumáticos del Chevelle.

Chase se inclinó y tomó una foto de las huellas.

"¿Qué coño haces?"

"País libre, sólo estaba haciendo una foto", respondió Chase.

"Bueno, vete a la mierda."

"Tranquilo", advirtió Tate.

Los ojos de Jackson se dirigieron finalmente hacia él.

"¿Qué coño vas a hacer?"

"Sabes que soy agente federal, ¿verdad? ¿Sabes que estoy con el FBI?"

"Me importa una mierda si eres el maldito presidente."

La boca de Tate se convirtió en una fina línea bajo su bigote.

"Cálmense", dijo Chase, molesto por la competencia de medir vergas. "Cálmense los dos..."

"¿Por qué no cierras la puta boca, zorra?"

Chase retrocedió. Este Jackson Grimes era una pieza del demonio.

"¡Hey!" Tate gritó. "¿Besas a tu papá con esa boca?"

Chase se dio cuenta de que Tate había guardado su pistola y recordó lo que Daniel le había dicho cuando él y su compañera casi habían llegado a las manos.

Malditos policías, os creéis muy duros con vuestras armas. ¿Qué tal si peleas con tu mano desnuda?

No podía estar pensando en serio en pelearse con ese imbécil, ¿verdad?

"Tate...", pero una vez más Chase fue interrumpido. Aunque Tate se interponía entre ellos, el hombre la miraba por encima del hombro.

"No, yo no beso a mi papi, pero él te va a besar a ti, señorita. Te va a besar, y te va a follar bien".

Tate empujó a Jackson hacia atrás. El chico levantó las manos mientras luchaba por mantenerse en pie. Ahora estaba sonriendo.

"Tate, te está provocando", advirtió Chase, intentando, y fracasando, hacer retroceder a su compañero. "Quiere que hagas algo para que nos obliguen a salir del condado de Hawkesbury".

Sus palabras cayeron en saco roto.

"El Sheriff Grimes te va a follar bien, como Brent se folló a Emily."

Chase vio rojo. Se abalanzó sobre Jackson, pero afortunadamente Tate se interpuso entre ellos. Quizás fue intencionado, quizás no. Pero probablemente salvó sus trabajos.

Tate la agarró y la levantó antes de que chocara con Jackson. El chico ni siquiera se movió, se quedó allí de pie, incitándola con una sonrisa lasciva en su rostro prematuramente curtido.

Tate la llevó como un gato poseído de vuelta a su coche, sufriendo múltiples arañazos leves en el proceso.

"Cálmate". La agarró con fuerza por la cintura. "Como dijiste, esto es lo que él quiere. El sheriff nos quiere fuera de su pueblo, y si sigues así, no tendremos más remedio que irnos. Entonces Carlos se pudrirá en la cárcel o le clavarán la aguja por un asesinato que nunca cometió".

"¡Te va a follar bien!" Jackson se burló, riendo ahora.

Chase hizo un último esfuerzo por liberarse, pero Tate se lo esperaba y la arrojó a su coche.

"Vas a recibir lo que te mereces, Jackson", dijo Tate mientras caminaba hacia el otro lado del vehículo.

"Bring it on." Jackson hizo la mímica de ven aquí. "Bring it *on.*"

"Oh, lo haré", Chase oyó susurrar a Tate. "Es una *jodida* promesa".

Capítulo 39

Tate sabía que Chase echaba humo, pero también sabía que estaba más enfadada consigo misma por haber perdido el control que por lo que había dicho Jackson Grimes. Lo sabía porque él sentía lo mismo.

Pero habían removido la mierda y no podían enfadarse con razón porque ahora tuvieran que soportar el olor. Supuso que después de cabrear al sheriff Grimes había ordenado a su hijo que les siguiera. Y Grimes debía saber que Jackson haría lo que mejor sabía hacer: cabrear a la gente y meterse en peleas.

"Deberíamos haber arrastrado el culo", dijo Chase entre dientes apretados. "Las marcas de neumáticos en The Shack eran suyas y estaban frescas. Estuvo allí el domingo".

"No lo dudo, pero ¿sabes qué habría pasado si decidimos esposarle allí mismo, en la calle?".

"¿Qué?"

"Habría luchado contra nosotros. Habría luchado contra nosotros y, en el proceso, habría acabado herido. Y la historia sería que le dimos una paliza a Jackson. Lo sé, tonto, ¿verdad? Pero apuesto a que los tipos de Jennifer Dawson respaldarían esa historia, y Robert diría que estábamos acosando a los estudiantes. Es mejor que no hiciéramos nada".

"No me parece bien dejarlo libre. Imaginemos que Daniel está diciendo la verdad sobre Jackson plantando el Rohypnol en él. Quiero decir, en ese momento, Daniel no tenía ni idea de que Emily había sido violada o drogada, ¿verdad?"

"Bien."

"Así que, imagina esto, Jackson está cabreado porque odia a Carlos y a su hermano. Lleva años peleándose con ellos. Le dice a Brent, tengo una idea. Convenzamos a Emily para que venga a La Choza-ella quiere a Carlos, pero también echa de menos a sus amigos, ¿sabes? La invitas a comer y beber, si es necesario, la convenzo con un poco de roofie, y lo siguiente que sé es que estoy grabando un vídeo de ti follándotela. Puedes enseñárselo a Carlos y se cabreará tanto que romperán. Entonces Em y tú podréis volver a estar juntos".

Tate se encogía.

"Quiero decir, es una idea jodidamente estúpida... pero tengo la impresión de que eso le gusta a Jackson. Es posible."

"Posible", concluyó Chase. Pero no necesariamente plausible.

"Por cierto, recibí un mensaje de un amigo. Dijo que no ha habido un asesinato en Hawkesbury en más de seis años. El último fue un tipo de fuera de la ciudad, entró en una casa y se enzarzaron en un tiroteo. Ambos acabaron muertos".

"Genial", refunfuñó Chase. "Todas estas teorías del montículo de

hierba podrían ser en vano. Tal vez el Departamento del Sheriff es tan malditamente inexperto que están jodiendo por accidente".

Tate se rió.

"Oh, tengo otro mensaje."

"¿Cuántos malditos amigos tienes?"

"¿Qué puedo decir? Simplemente soy súper popular. De todos modos, el teléfono de Emily llegó a la zona de La Choza a las once de la noche del sábado y se apagó sobre las dos de la madrugada. Ningún ping desde entonces".

"¿Alguien sacó la SIM y la apagó?"

"Lo más probable".

"¿Alguna otra información que quieras compartir?" preguntó Chase, irónico.

"Sí, tengo un video de Jackson Grimes estrangulando a Emily."

"*¿Qué?*"

Tate inspiró de inmediato.

"Mierda, lo siento, chiste malo."

El Sheriff Grimes te va a follar bien, como Brent se folló a Emily.

Había algo malo en Jackson Grimes, de eso no había duda. Pero en la experiencia de Chase, la mayoría de los hombres que hablaban en grande actuaban en pequeño.

Tate, que se había hecho cargo de la conducción tras la crisis de Chase, estaba curiosamente callado.

"¿Por qué tengo la idea de que vuelves a tener uno de esos planes secretos?".

"No se me está ocurriendo, Chase, ya lo tengo. ¿Pero esta? Esta, no vas a querer saberla de antemano. Confía en mí en esto, Chase".

***

Esta vez sí que han conseguido terminar una comida. Sin vídeos, imágenes o comentarios viles que les quitaran el apetito. Y la comida no estaba mal; cumplía su función. Tate no se había dado cuenta de lo hambriento que estaba. Después, volvieron a la habitación del hotel.

Luego esperaron.

Tate esperó a que se pusiera el sol y a que Chase se durmiera, mientras esperaba una llamada del abogado de Ava que nunca llegó. Creía que la presión a la que habían sometido a Ava en la sala de interrogatorios, junto con la bomba de despedida de que Emily había estado embarazada cuando la mataron, había sido suficiente para que se sincerara sobre lo que había ocurrido realmente el sábado por la noche. Tate estaba indeciso sobre si se quebraría.

Tate se puso en contacto con su contacto en el FBI para ver si había alguna coincidencia con el ADN paterno del feto en el CODIS.

Increíblemente, todo el sistema se había colapsado. Al parecer, ni siquiera el puto FBI era inmune a la pantalla azul de la muerte. Esperaban volver a funcionar mañana.

Lo único que quedaba por hacer era hablar con Jackson. Era el eslabón perdido. Habían pinchado y empujado a todos los demás en este caso.

Jackson fue el último.

Lo que le llevó a su plan actual.

"¿Sólo un poco de lectura ligera?", comentó mientras Chase se deslizaba en la cama, con el Planificador de Historias de Emily Dawson en las manos.

"Sabes, Emily Dawson no era una mala escritora. Mira esto". Chase leyó un pasaje de una de las historias cortas de la chica.

"No está mal", dijo Tate, pero Chase pudo ver a través de él.

"No lees mucho, ¿eh?"

"No, la verdad es que no", admitió.

Chase sonrió. Estaba tan guapa tumbada con un libro en las manos, tan normal.

¿Podría vivir alguna vez una vida normal? se preguntaba Tate. *¿Podremos alguno de nosotros?*

La verdadera cuestión era si dos traumas se negaban el uno al otro o si se multiplicaban.

Sólo el tiempo lo dirá.

"¿Vas a dormir algo esta noche?" preguntó Chase, bajando el bloc de notas.

"Estoy agotado, así que sí, tal vez lo haga".

Era mentira y ambos lo sabían. Sin embargo, Tate sintió que se quedaba dormido, cayendo en ese extraño purgatorio entre el sueño y la vigilia, pero en cuanto el Planificador de Historias se dejó caer sobre el pecho de Chase, volvió a estar completamente despierto.

Y listo para cazar.

Capítulo 40

Tate no estaba seguro de si su cola había mejorado o si simplemente eran perezosos.

Pasó entre veinte y treinta minutos conduciendo sin rumbo fijo, pasando cerca pero no demasiado cerca de Tenbury, el Departamento del Sheriff, la casa del director Robert Matthews, cuyas luces estaban encendidas a pesar de que eran más de las dos de la mañana, y la casa de Jennifer Dawson. Por si fuera poco, incluso rodeó el bloque de los Mendoza. Finalmente, vio el Chevelle negro por el retrovisor.

Tate aminoró la marcha, sus giros se hicieron más deliberados, telegrafiados. Finalmente, se acercó al hospital, asegurándose de no pasar por delante del cajero que había recogido a Ava conduciendo el coche de Brent.

No tenía un destino concreto, sólo una idea de adónde ir: una urbanización que aún se estaba construyendo. Las carreteras aún no estaban asfaltadas y los neumáticos del BMW de Chase patinaban en la grava suelta.

Esto va a funcionar bien, pensó. *Realmente bien.*

Tate pisó el acelerador deliberadamente mientras giraba, haciendo que el coche cayera en barrena. Agarró el volante con fuerza y lo hizo girar en la dirección del trompo, lo contrario de lo que se enseña a hacer en los cursos de conducción.

Casi lo lleva demasiado lejos, casi pierde el control por completo.

"¡Lamento lo de tu auto, Chase!"

El vehículo derrapó y algo relampagueó en la mente de Tate.

Una noche lluviosa, su hija gritando. Su mujer...

El coche derrapó y chocó contra un contenedor azul oscuro situado en la entrada de un cascarón de casa. Golpeó la puerta del acompañante, pero no lo bastante como para que saltaran los airbags.

Sabiendo que no disponía de mucho tiempo, Tate forzó los pensamientos y las imágenes del accidente que había privado a toda su familia de una vida normal.

Saltó del coche y cerró la puerta tras de sí. Mientras se agachaba detrás del contenedor, Tate sacó el pasamontañas negro del bolsillo y se lo puso. A continuación, se ajustó los guantes de cuero negro, apretando entre los dedos para asegurarse de que no había posibilidad de que se le resbalaran.

El Chevelle negro tomó la última curva demasiado rápido y ni siquiera sus gruesos neumáticos pudieron mantenerlo en la carretera.

Se dirigía hacia el BMW de Chase, fuera de control.

"Oh, mierda."

Si se estrellaba contra su coche, el plan de Tate se arruinaría.

Pero en el último segundo, el conductor consiguió detenerse a

escasos centímetros del parachoques del BMW.

"¡Qué *coño!*" Jackson gritó mientras salía de su coche.

La espesa nube de polvo de la carretera de grava que flotaba en el aire era la cobertura perfecta para Tate pero, al final, no la necesitó. Al abalanzarse sobre el hombre, Jackson se tambaleó y Tate se dio cuenta de que estaba borracho.

Esto no podría ser más perfecto, pensó.

Jackson nunca lo vio venir.

Tate le clavó el hombro en el costado en un placaje casi perfecto. Jackson, totalmente sorprendido, emitió un extraño *"ehhrp"* al caer con fuerza al suelo. Su cuerpo amortiguó a Tate y la fuerza combinada exprimió hasta la última onza de aire de los pulmones del joven.

Jackson seguía consciente cuando Tate lo puso boca arriba, pero le costaba respirar.

Un puñetazo entre los ojos no ayudó.

El siguiente golpe le rompió la nariz. De algún modo, Jackson respiró de nuevo, con un horrible y húmedo jadeo. Luego balbuceó y escupió sangre.

Tate se puso en cuclillas sobre Jackson, acercando su rostro cubierto.

Luego se limitó a mirar fijamente a los ojos del hombre, apenas consciente, como Jackson había mirado fijamente a Chase ese mismo día.

Aquí era donde se suponía que terminaba todo, donde debía hacer la llamada anónima al Departamento del Sheriff diciendo que un conductor había tenido un accidente. Un conductor *borracho,* como se vio después.

Pero entonces Tate pensó en Marco, el gigantesco mafioso serbio que le había dejado sin aliento con el puño de bloques de hormigón exigiéndole el pago del préstamo. Luego volvió a pensar en el accidente de coche. El accidente de coche que había dejado a su hija en una silla de ruedas y a su mujer en la cárcel.

Golpeó a Jackson con cada recuerdo. Lo golpeó tan fuerte que Tate pensó que podría haberlo matado.

Oh, joder.

Tate se agachó y sacudió los hombros de Jackson.

Nada.

Mierda, mierda, mierda, mierda.

Tate utilizó la palma de la mano para presionar el pecho de Jackson y entonces -gracias a Dios- el chico aspiró, emitiendo un sonido como si el diablo acabara de poseer su alma. Incluso su espalda se arqueó, aumentando aún más la alusión.

Estaba vivo. Y se iba a poner bien.

Ojalá.

Tate hizo la llamada y estaba a punto de volver al coche de Chase cuando no pudo contenerse.

Una vez más, se puso en cuclillas sobre Jackson, sólo que esta vez, Tate dijo: "¿Quién se folló a quién ahora, Jackson? ¿Quién se folló a *quién*?"

PARTE IV - Colchón

Capítulo 41

"¿Estás casi listo?" Tate preguntó.

Por alguna razón, Chase se había tomado su tiempo hoy, duchándose durante más tiempo de lo habitual.

"Casi". ¿Por qué tanta prisa? ¿Qué tenías pensado?"

"Creo que deberíamos volver a hablar con Ava".

"¿En serio?" Chase gritó desde la ducha. El agua se cerró y ella se asomó a la habitación. Su cuerpo estaba casi oculto por el marco de la puerta, pero a Tate le gustó lo que vio. La línea de su clavícula desnuda, la mitad exterior de un pecho y la suave curva de su cadera.

"¿Estás bien?", preguntó con una sonrisa socarrona.

"Mejor que bien".

"Bueno, entonces quita esa mirada de tu cara, tienes prisa, ¿verdad? No hay tiempo para eso".

En cualquier otra circunstancia, Tate habría dicho que a la mierda y se habría unido a Chase en el baño. Pero habían pasado más de cuatro horas desde su encuentro en la urbanización abandonada, y si Jackson no había llegado ya a un hospital o a la oficina del sheriff para hablar con su padre, probablemente estaría muerto. Si ése fuera el caso, Tate iría corriendo a la comisaría y se entregaría.

En cualquier caso, Tate estaba destinado a acabar en el territorio de Grimes.

"En cualquier otro momento, Chase, en cualquier otro momento, pero no ahora. Tenemos que irnos. Ponte algo y salgamos de aquí antes de que cambie de opinión. Porque si lo hago, vamos a pasar todo el día encerrados juntos en esta habitación".

***

"Sé quién lo hizo", dijo Tate, sus ojos se clavaron en los del Sheriff Grimes.

"Acabas de llegar. ¿Cómo...?"

"Fue Daniel Mendoza".

El sheriff puso cara de haberse jugado un pedo y haber perdido.

"¿Qué?"

Tate asintió.

"Sí. Daniel lo hizo."

"¿De qué estás hablando? Estuvo aquí todo el tiempo, encerrado".

"¿Y?" preguntó Tate encogiéndose de hombros.

El sheriff no era tonto, pero no pudo evitarlo.

"Entonces, ¿cómo carajo Daniel golpeó a mi hijo cuando estaba tras las rejas?"

"Supongo que de la misma manera que Daniel logró vencer a Brent Dawson cuando estaba a kilómetros de distancia en el trabajo."

El sheriff gruñó.

"Esto es una mierda. Sólo estás..."

El ayudante del decano Jardine dobló la esquina, con aspecto hosco.

"Agente Abernathy, ¿quiere que le haga la prueba de alcoholemia ahora, o...?"

"¿Prueba de alcoholemia?", espetó el sheriff. "¿De qué está hablando, ayudante?"

"Jackson condujo hasta aquí, ¿correcto?" Tate dijo, su voz ligera y aireada-deliberadamente molesto. Hifalutina. "Me pareció oler alcohol en el vestíbulo por donde entró Jackson. Por si acaso sus heridas se produjeron durante un accidente de coche, creo que lo mejor es que hagamos la debida diligencia y analicemos su tasa de alcoholemia, ¿no crees?".

"No tuvo un accidente. Fue *atacado*".

"Potayto, potayto, asegurémonos".

"No lo creo, carajo. Ayudante Jardine, no se le acerque. Ni se *te ocurra* acercarte a él". El sheriff giró la cabeza. "¿Dónde está Jackson ahora?"

"Celda tres".

La mandíbula del Sheriff Grimes casi se cae al suelo.

¿"Celda de detención"? ¿Le has metido en una puta *celda*? Ha venido a denunciar una agresión". Grimes apuntó con un dedo rechoncho al pecho de Tate. "¡Una agresión que dice que fue llevada a cabo por *este hombre*!"

Chase, que había estado viendo este enfrentamiento desde varios metros de distancia como Tate había sugerido por si las cosas se torcían, habló de repente.

"Esa es una acusación seria, Sheriff. ¿Cuándo ocurrió esta supuesta agresión?"

¿"Supuesto"? Esto no es supuesto. Su cara está... su cara está toda golpeada".

Chase ignoró el comentario y habló como si el hombre hubiera respondido a su pregunta.

"Anoche, ¿verdad? Bueno, el agente Abernathy estuvo conmigo toda la noche, así que no pudo haber sido él. Quiero decir, nadie en su sano juicio pensaría que un agente del FBI, especialmente uno tan condecorado como Abernathy, haría algo así".

"Al igual que no pudo ser Daniel quien golpeó a Brent", añadió Tate, deleitándose con la expresión de pura incomodidad en el rostro

de Grimes.

"Os vais a arrepentir de esto", advirtió el Sheriff Grimes. "Ustedes dos se van a arrepentir de haber venido a Hawkesbury."

"Bueno, eso no lo dudo", admitió Tate. "Pero, por ahora, Jackson Grimes está en la celda de detención tres y el agente Adams y yo vamos a aprovechar esta oportunidad y entrevistarle allí".

"Tú no eres..."

"O suelta a Daniel Mendoza", propuso Chase, "y nos deja interrogar a su hijo, o conseguiré que alguien lo ate mientras yo mismo le saco sangre y le hago la prueba de alcoholemia. ¿Y cómo cree que va a ir eso? ¿Qué? ¿El hijo del sheriff local tiene un accidente estando borracho? Oh, me aseguraré de contactar con el periódico local, también. Eso te lo pondrá mucho más difícil para encubrirlo, ¿verdad, sheriff?".

Lo tenían. Por fin lo tenían.

Tate no había creído antes en la combustión espontánea, pero el sheriff Grimes estaba a punto de hacerle reconsiderar su postura al respecto.

"No le toques, joder. Y no puedes hablar con él hasta que yo lo haga".

Tate dio un paso atrás.

"Me parece bien. Tengo que ponerme hielo en los nudillos".

La mirada que le dirigió ahora el sheriff Grimes fue tan vil que Tate estuvo a punto de arrepentirse de haber hecho el comentario. Pero entonces se marchó enfadado y Tate, que había estado conteniendo la respiración, exhaló.

"Vaya, eso ha sido intenso", dijo el diputado Dean Jardine con enfado, dando a entender que él también había estado de los nervios.

"Me lo dices a mí".

Tate miró a Chase, que era la única a la que no parecía molestarle la interacción. De hecho, parecía encantada.

Era inteligente y sabía lo que Tate había hecho. Tate medio esperaba que ella condenara sus actos, que lo reprendiera, que le dijera que había sido demasiado arriesgado, demasiado volátil.

Pero no lo hizo.

El teléfono de Tate sonó y lo miró. Luego frunció el ceño.

"Era mi contacto en el FBI", dijo. "Conseguí una coincidencia con el ADN del feto. El padre del bebé de Emily Dawson era pariente de primer grado de Daniel Mendoza".

"Mierda, ¿así que Carlos era el padre del bebé de Emily?" Chase preguntó.

Tate asintió. No sabía por qué, pero aquella información le escocía. No debería, no cambiaba nada, pero a Tate de repente se le revolvió el estómago.

Los tres se quedaron allí parados durante varios segundos antes de que el teléfono de Chase empezara a sonar. Mostró a Tate el identificador de llamadas -STITTS- y se alejó para contestar.

Tate la vio marcharse y luego se dirigió al vicedecano Jardine.

"Ayudante, cuando llevó a Jackson a la celda tres, no pasó por casualidad por delante de la sala donde está retenida Ava Morency, ¿verdad?".

"Lo hice."

"¿Crees que lo vio?"

El ayudante del sheriff asintió.

"Creo que todo el mundo en todo el edificio vio y oyó a Jackson Grimes ser traído".

Tate sonrió.

"Perfecto".

Chase colgó el teléfono y corrió hacia ellos. Parecía angustiada.

"¿Qué pasa?"

Sacudió un poco la cabeza y se dirigió al ayudante Jardine.

"Ayudante, ¿está aquí el abogado de Ava? ¿En el edificio?"

"No, no lo creo. ¿Por qué?"

"Porque estoy bastante seguro de que Ava va a querer que esté presente cuando le cuente lo que acaba de descubrir mi colega en Quantico".

Capítulo 42

El comportamiento del abogado de Ava era completamente diferente hoy. Ya no era combativo. Y Chase sabía que después de que ella les contara lo que Stitts había descubierto esto iba a cambiar de nuevo.

Ava parecía cansada y agotada, y aunque no hubiera visto cómo el ayudante Jardine paseaba a Jackson, Chase pensó que una noche entre rejas probablemente bastaría para que la chica cambiara de opinión sobre casi todo.

Pero el problema era que, después de lo que había visto -más bien, de lo que había *oído-, Chase también había* cambiado su opinión sobre Ava.

"Agente Adams, Agente Abernathy, mi cliente me ha informado que tiene cierta información sobre la noche del sábado que estaría dispuesta a compartir, por total inmunidad-"

"Antes de hablar de un trato, hay algo que quiero compartir contigo".

Ava tragó saliva, pero el abogado mantuvo la calma.

"Hemos revisado las imágenes del cajero y..."

"No, esto no es sobre Ava llevando a Brent al hospital. Es sobre la violación de Emily".

Ava gimoteó.

"Agente Adams, estas tácticas de miedo no son necesarias. Mi cliente está detenido por agredir a Brent Matthews, una acusación falsa, pero no tiene nada que ver con la supuesta agresión sexual o muerte de Emily Dawson."

"Sólo mira".

Ava sacudió la cabeza y cerró los ojos. Parecía una niña pequeña obligada a ver una película de terror por un hermano mayor.

"¿No quieres mirar?" preguntó Chase, sacando su teléfono. "No pasa nada; puedes limitarte a escuchar. Quienquiera que enviara este vídeo a la escuela era bastante listo. Ocultaron bien sus huellas y no hay forma de averiguar desde qué teléfono se envió. Pero no fueron *tan* listos. Había audio incrustado en el archivo, sólo que estaba silenciado. Mi amigo del FBI se las arregló para volver a encenderlo. Toma, escúchalo".

Chase reprodujo los catorce segundos de la violación de Emily esta vez con el volumen más alto.

Se oía el sonido de la gente bebiendo, un puñado, quizá más, quizá menos. Al principio, los observadores sonaban estridentes, casi mareados. Chase ya había visto esto antes, gente reuniéndose en torno a dos personas que se peleaban fuera del bar, dos personas que no conocían de nada. Una especie de sed de sangre inducida por la

multitud. Pero luego, una vez derramada la sangre, parecían disgustados, se daban cuenta de que estaban viendo algo serio.

Esto también ocurrió en el vídeo. Después de un momento, se hizo el silencio, un silencio tan profundo que el vídeo no se distinguía de la versión anterior que no tenía pista de audio. Y entonces, clara como el día, una voz femenina dijo: "Haz que pare".

Hubo un recuento de cinco después de que se acabara el vídeo en el que nadie hizo ruido.

Y entonces el abogado dijo: "Podría ser cualquiera".

Chase se aclaró la garganta.

"Podría ser cualquiera, pero no lo es. Eres tú, ¿verdad, Ava?"

La chica sollozó y enterró la cara entre las manos.

"Así que, antes de hablar de tratos..." El teléfono de Chase sonó, sobresaltándola. Era Stitts otra vez, y ella rechazó la llamada. "¿Por qué no nos cuentas lo que pasó el sábado por la noche?"

"Agente Adams, si no tenemos un trato..."

Su teléfono volvió a sonar: Stitts. Chase lo rechazó.

"¿Quieres cogerlo?"

Chase puso su teléfono en modo silencio y le dio la vuelta.

"Ava, esta es tu única oportunidad de confesar lo que pasó el sábado por la noche. Tu única oportunidad". Suspiró dramáticamente. "Mira, sé que amabas a Emily, al menos en algún momento lo hiciste. Y sé que no la mataste. Pero ya te lo he dicho antes, no importa si fuiste tú quien realmente cometió el crimen si estabas allí y lo sabías..." Más sollozos salieron de la chica y Chase decidió cambiar de táctica. "¿Quieres saber lo que pienso? Creo que estás asustada. Creo que Jackson estaba en La Choza y creo que probablemente grabó el vídeo. Entiendo por qué le tienes miedo a Jackson; diablos, me amenazó a mí, un agente del FBI, y mentiría si dijera que no le tengo un poco de miedo también. Y sé que probablemente pienses que es intocable, siendo su padre el sheriff y todo eso. Pero no lo es. Ahora mismo está sentado en la celda contigua a la tuya esperando para cantar. A pesar de lo que te dijo, no va a mantener la boca cerrada. El sheriff Grimes lo va a entrenar y le dirá exactamente qué decir y cómo decirlo para asegurarse de que se vaya a casa al final del día. ¿Y a quién crees que va a culpar por lo que le pasó a Emily?"

Ava empezó a lamentarse. Su abogado intentó consolarla, pero ella se encogió de hombros.

"Su mejor amiga, Ava. A ella es a quien van a culpar de todo esto".

"Yo no... yo no...", las palabras salieron húmedas de la boca de Ava.

"No tienes que decir nada, Ava no tienes ninguna obligación..."

Ava fulminó con la mirada al señor Dawson.

"Sí, tengo que hacerlo". Ava volvió sus ojos húmedos hacia Chase. "Tengo que contarlo... Emily se merece al menos eso... después de lo

que le hicimos". Ahora lloraba libremente. "Después de lo que le hicimos, Emily merece que se cuente su historia".

Capítulo 43

"Fue idea de Brent, al principio, de todos modos. No podía superar lo de Emily. Supongo que ya sabes lo que pasó cuando rompieron: Brent la abofeteó y eso fue todo. Emily nunca volvería con él, aunque Carlos no estuviera en la foto. El caso es que nadie lo sabía; quiero decir, hasta el sábado por la noche, nadie más que Em y Brent sabían lo de la bofetada. Yo ni siquiera lo sabía y era su mejor amiga. Así era Em. No era vengativa ni maliciosa. Tenía un gran corazón, ¿sabes? Y quería a Carlos. Yo... odio haber tenido que elegir. Pero no podía quedarme con Em. Simplemente no podía. Brent le contaba a todo el que quisiera escucharle esos rumores desagradables sobre Em y cómo le engañaba. Yo sabía que no era verdad, pero todos lo decían. Y Carlos... él era diferente. Era el chico de la beca. No estoy orgullosa de ello, pero elegí a Brent. Todos lo hicimos".

Ava cogió un pañuelo de la caja que Chase había colocado delante de ella y se limpió la nariz. Suspiró y continuó.

"Brent vino a verme el viernes. Dijo que se arrepentía de haber dicho esas cosas sobre Em, que quería darle una segunda oportunidad. Yo... también la echaba de menos. Supongo que debería haber sabido que era una broma o un montaje... no sé. Pero fui yo quien la llamó, quien le dijo que viniera a La Choza. Y lo que... -volvió a limpiarse la cara-, lo que de verdad duele es que sonaba... mierda, Em sonaba *tan* emocionada, ¿sabes? Tan *jodidamente emocionada*. Debería haberlo sabido. Debería haber sabido que algo pasaba en cuanto Brent dijo que Jackson también vendría. Mira, Jackson *odia a* Carlos, odia a Carlos y a su hermano con *pasión*. Creo que empezó cuando Jackson estaba en Tenbury y dijo algo sobre Carlos, una broma estúpida sobre que sólo le habían dado la beca porque era mexicano o algo así. Jackson fue suspendido, pero debería haber sido expulsado, ya que Tenbury tiene tolerancia cero con el racismo. Su padre fue quien se aseguró de que pudiera volver. Después de eso, Jackson buscaba cualquier excusa para meterse en peleas con cualquiera de ellos. Y ahora que Carlos estaba con Emily, tenía una excusa incorporada".

Ava cogió su vaso de agua. Le temblaba tanto la mano que se le cayó un poco por la barbilla. Ni siquiera se molestó en limpiarlo.

"Ava", dijo Chase, inclinándose ligeramente hacia delante. "Cuéntame lo que pasó el sábado por la noche".

***

"No va a aparecer", murmuró Brent en voz baja. Bebió un sorbo de cerveza. "No va a aparecer".

Ava golpeó con los dedos el lateral de una Garra Blanca. Por

teléfono, Emily parecía entusiasmada con la idea de reunirse con la vieja pandilla.

"Ella estará aquí."

"No lo sé. Tal vez..."

"Cállate la boca y bébete la cerveza", dijo Jackson con la comisura de los labios. Encendió un cigarrillo. "Ya aparecerá".

"¿Y luego qué?" Preguntó Brent. "Probablemente no querrá tener nada que ver conmigo".

"Deja que me encargue yo", dijo Jackson tirando una lata de cerveza vacía al suelo.

A Ava no le gustaba cómo sonaba eso. De hecho, Jackson no le caía nada bien. Nunca entendió por qué quería estar siempre con ellos. Era tres años mayor y no tenían casi nada en común. Los seis, incluso Theo, iban a la universidad y Jackson apenas había terminado el instituto.

Con manos nerviosas, Ava observó cómo Brent hacía saltar dos Zoloft.

"¿Sabes qué? Dame uno de esos".

Brent no lo dudó; lanzó el frasco de pastillas -cha*, cha, cha- a* Jackson, que las cogió.

El agrio olor a alcohol y orina se estaba volviendo nocivo. Igual que Ava no entendía por qué Jackson salía con ellos, ella tampoco entendía el encanto de La Choza. Claro, no había padres que les molestaran, pero había muchos sitios a los que podían ir a beber y que no olieran tan mal.

"Voy a tomar el aire", dijo, mirando a Natalia y Laura, con la esperanza de que alguna de ellas se ofreciera a acompañarla. No lo hicieron. Permanecieron encaramadas al alféizar de la ventana charlando en voz baja.

Era una noche fresca y Ava se abrazó a sí misma al salir. Dirigió la mirada hacia el cielo, admirando las brillantes estrellas. En ausencia de la contaminación lumínica de la ciudad, parecían cobrar vida.

Ava se alejó aún más de La Choza, sorbiendo su Garra Blanca mientras avanzaba.

Jackson estaba maquinando y eso la ponía nerviosa. Sus ideas casi siempre eran malas noticias y, a diferencia de él, ella no tenía una carta de libertad.

Aún así... *Em*. Echaba de menos a Em.

Echaba de menos sus charlas nocturnas, sus sesiones de cotilleo. Hablando de sus planes para la universidad.

Carlos... ¿por qué demonios tenía que ser Carlos?

Romper con Brent habría puesto las cosas incómodas, pero si Emily no hubiera salido con nadie durante un mes o así, las cosas se habrían arreglado.

Pero no Carlos.

Ava suspiró y terminó su bebida.

Quería otra, pero sabía que no era buena idea. Normalmente sólo tomaba dos o tres Garras Blancas, pero hoy, nerviosa por ver a su mejor amiga después de tanto tiempo, Ava ya se había bebido cinco.

Su cabeza empezaba a nadar.

¿Cuántas veces estuve a punto de llamarte, Em? ¿Cien? ¿Mil? ¿Un millón?

"¿Ava?" La voz surgió de la oscuridad y Ava bajó la mirada de las estrellas. No podía localizar al interlocutor, pero parecía proceder del bosque.

"¿Em? ¿Eres tú?"

Emily Dawson salió de detrás de un árbol. Sí que era ella. La bonita Em, a la que primero le había venido la regla y le habían salido pechos, que Ava seguía esperando que aparecieran. Y ahora, a la madura edad de 18 años, dudaba que llegara. La Em de rasgos bonitos y menudos, excepto por sus grandes ojos, la Em de dientes perfectos, el pelo que parecía peinado aunque estuviera recogido en un moño, como ahora. Em, que sólo llevaba vaqueros y una camiseta del grupo, pero que de algún modo conseguía que el conjunto tuviera clase.

Emily estaba nerviosa; sus ojos no dejaban de mirar hacia la puerta abierta de La Choza, desde la que se oían risas y gritos.

"Intenté llamarte", dijo Emily en voz baja.

Ava hizo un gesto de dolor.

"He estado muy ocupada", mintió. Emily se dio cuenta; siempre se daba cuenta de las mentiras de Ava. De repente, esto ya no parecía una buena idea. Jackson tenía un plan y eso significaba que alguien iba a salir herido. Emily ya había sufrido bastante. "Escucha, Em, no creo que debas estar aquí. Yo no..."

"No tengo a nadie con quien hablar, Ava". Había una profunda tristeza en la voz de su amiga.

"¿Qué pasa con Carlos? ¿Habéis roto?" Ava no pudo evitar que el optimismo se colara en su voz.

Em pateó la tierra con la punta del zapato.

"No, estamos juntos, pero no puedo hablar con él de esto". Emily se acercó.

"¿Qué pasa? Em, ¿ha pasado algo?"

Durante un largo rato, Em no dijo nada, y se vieron inundados por ruidos bulliciosos procedentes de La Choza. Ethan había empatado a uno hoy y se ponía ruidoso cuando se emborrachaba.

"¿Em?"

Ava vio lágrimas en los ojos de Emily. Más culpa, esta vez arrastrándose hacia su garganta como retorcidos ríos de bilis.

"Llego tarde, Ava."

El cerebro de Ava, empañado por el alcohol, tardó varios segundos en darse cuenta de lo que decía su amiga. Cuando lo hizo, la respiración de Ava se volvió superficial.

"¿Tarde? ¿Cómo de tarde?"

"Seis semanas".

Los ojos de Ava se abrieron de par en par.

"*¿Seis semanas*? ¿Has hecho un examen?"

Em negó con la cabeza y, a continuación, metió la mano en el bolsillo y sacó exactamente eso: una prueba de embarazo. Incluso en la casi oscuridad, Ava pudo reconocer la forma característica.

"Estoy demasiado asustada para hacerlo sola. Y no podría hacerlo con Carlos. Acaban de aceptarlo en Penn con una beca y él... y él..."

"Tienes que hacer la prueba, Em. Es mejor saberlo, sea cual sea el resultado".

"Lo sé". Emily ya no parecía la chica segura de sí misma que Ava conocía, la chica que se enamoró de Carlos Mendoza y decidió tirar por la borda todo su último año saliendo con él en lugar de con Brent Matthews. Ahora, Emily sólo parecía asustada.

Ava no la culpaba. Nadie se quedaba embarazada en el condado de Hawkesbury si no estabas casada. Y absolutamente nadie se quedaba embarazada en la Academia Tenbury.

Al menos, si lo hacías, nadie lo sabía. Las cosas estaban... arregladas.

"No tenía a nadie con quien hablar y no sabía qué hacer. Si soy, ya sabes, si es positivo, ¿qué hago? Ava, ¿qué hago? "

Ava se acercó a Emily y la rodeó con sus largos brazos en un profundo abrazo. Emily prácticamente se derrumbó sobre ella.

Se sentía bien, se sentía normal.

"Lo haremos juntas", dijo Ava. "Em, vamos a hacer esto juntos, ¿de acuerdo? Vamos a hacerlo juntas ahora mismo".

Capítulo 44

Brent Matthews abrió los ojos. Al menos, eso intentó, pero sólo uno de ellos obedeció su orden.

No tenía ni idea de dónde estaba ni de cómo había llegado allí. Lo único que sabía era que estaba tumbado en una cama muy incómoda y bastante pequeña. Pero un rápido vistazo a su alrededor, con su único ojo ligeramente borroso y enrojecido, le dijo todo lo que necesitaba saber.

Estaba en un hospital, tumbado en una cama rodeado de equipos médicos. Del dorso de una mano salía un tubo delgado y transparente, y en el dedo índice llevaba un medidor de oxígeno en sangre.

Una máquina sonó y una cascada de recuerdos se agolpó en su memoria. No de cómo llegó al hospital, que seguía siendo un misterio, pero ahora recordaba *aquella* noche, la noche en que se acostó con Emily Dawson en el mugriento colchón de La Choza.

"¿Brent?"

La voz procedía de algún lugar a su derecha y Brent intentó girar la cabeza para mirar al interlocutor.

Ni hablar.

El dolor brotó de su cuello y le llegó hasta la rabadilla. Las estrellas cruzaron su visión.

"¿Brent?" Esta vez, el interlocutor se puso delante de su deformada línea de visión.

"¿Papá?"

"Oh, Brent." Su padre extendió la mano y le acarició suavemente la cara magullada. Brent no podía estar seguro, pero pensó que el hombre había estado llorando. Nunca había visto llorar a su padre. "Todo va a estar bien, hijo."

Robert Matthews dijo esto porque era lo que los padres siempre decían a sus hijos. Eso es lo que los padres dicen a sus hijos, pase lo que pase.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Brent. Y cuando se derramaron sobre sus mejillas, saliendo de su ojo izquierdo como el zumo de un cítrico disecado, sintió una sensación de ardor, como si estuvieran hechas de ácido. Y tal vez lo estaban. Tal vez era su castigo por lo que había hecho... por hacerle *eso* a ella.

Por su Emily.

"No", graznó Brent, "las cosas no van a ir bien". Incluso hablar dolía.

"Hijo, ¿recuerdas lo que pasó? ¿Recuerdas quién te hizo esto?"

Brent cerró los ojos, intentando que el escozor cesara.

"Me acuerdo".

"Bien, *bien*". El alivio en la voz de Robert Matthews era espeso,

tangible. Sintió que su padre se apartaba de la cama y que su mano caía de su mejilla. "¿Ayudante Jardine?"

Esto era; esto haría que Brent se sintiera mejor. La culpa era mucho más dolorosa de soportar que cualquiera de sus heridas.

La puerta se abrió de golpe y oyó el tintineo de un cinturón de la policía de Hawkesbury cuando alguien se acercó.

"Oh, está despierto. Bien".

Brent reconoció la voz del ayudante del sheriff Jardine. Todos los niños bromeaban sobre los hermanos Jardine, llamándolos Tweedledee y Tweedledum a sus espaldas. Nadie podía distinguirlos, ni siquiera después de que a uno de ellos, Dean, le saliera un bigotito pervertido.

A Brent no le gustaba ninguno de los dos, le daban escalofríos, pero era mejor ellos que el sheriff Grimes.

"Mi hijo se acuerda". Robert deslizó su mano en la de Brent y le dio un pequeño apretón. "Se acuerda de lo que le pasó".

"Soy todo oídos".

Brent abrió los ojos y miró primero al ayudante del sheriff Jardine -efectivamente era el del bigote- antes de mirar fijamente a su padre.

"No", empezó, "no recuerdo lo que me pasó. Pero recuerdo lo que le pasó a *ella.* Recuerdo..."

El agarre de su padre sobre su mano fue de repente muy fuerte. Casi dolorosamente.

"Brent, no necesitas decir nada. Necesitas descansar. No piensas con claridad". Brent sacudió la cabeza y casi vomitó, el dolor era tan fuerte. "Brent, no digas nada". Y luego, al ayudante Jardine, Robert Matthews le dijo: "Está bajo los efectos de mucha medicación y...".

"No, estoy bien. Estoy bien, y sé lo que digo. Papá, por favor, necesito hacer esto".

"Brent".

De algún modo, Brent consiguió liberar su mano del férreo agarre de su padre.

"¿Qué es lo que quieres decirme, hijo?". preguntó el ayudante Jardine, deslizándose entre Brent y su padre por si éste intentaba intervenir de nuevo.

"Deberían arrestarme porque yo lo hice. Engañé a Emily para que viniera a La Choza. Y luego..." La voz de Brent se atascó en su garganta. Cuando volvió a hablar estaba tensa y apenas la reconoció como suya. "Y luego violé y asesiné a Emily Dawson".

Capítulo 45

Sábado noche

¿Por qué tarda tanto? ¡Date prisa y mea, ya!

Emily llevaba tres minutos detrás de un árbol y aún no había conseguido ni una gota para la prueba de embarazo.

"Vamos, vamos ya, vamos", dijo Ava en voz baja, pero Emily la oyó igualmente.

"Estoy tratando aquí, caramba. Acabo de ir antes de venir aquí. "

De todos modos, Ava creía saber la respuesta. Em siempre había sido regular y no tener la regla durante seis semanas sólo significaba una cosa. La chica podía negarlo, necesitaba pruebas absolutas, pero estaba claro.

Y la orina debería estar en el maldito palo.

Las preguntas se agolpaban en la mente de Ava mientras esperaba. ¿Estaba Em segura de que era de Carlos? Brent había presumido de haberse acostado con Emily después de que rompieran, pero Ava había pensado que era mentira. Pero si no lo era, ¿podría ser de él?

Y lo más importante, ¿se quedaría con el bebé?

"Ya está", dijo Emily con una sorprendente satisfacción. "Lo he conseguido".

Salió de detrás del árbol, sosteniendo el palo en una mano. Ava retrocedió, con las manos en alto.

"Qué asco, no voy a tocar eso".

Emily sonrió, y por un segundo, por esa fracción de segundo, todo volvió a sentirse normal, todo volvió a sentirse como antes.

Y entonces alguien se asomó a la choza y la ilusión se disolvió.

"¡Hola, aquí estás! Me alegro de que hayas venido". dijo Theo, con una amplia sonrisa en la cara. "Entra. Ven a tomar algo". Sus palabras eran arrastradas y, aunque era difícil entenderle en un día normal, con sus labios sobredimensionados que humedecía casi continuamente, era casi imposible entender lo que decía ahora.

"Vete", dijo Ava al oído de Emily. "Vete. No te quedes aquí".

Em la miró extrañada y luego se rió, pensando que Ava estaba bromeando. Al fin y al cabo, ella le había pedido que viniera. Y eran amigas. Eran mejores amigas. Y quizá podrían volver a serlo.

"Vamos", instó Theo. Detrás de él apareció Ethan. A Ava no le gustó cómo miraba a Em por debajo de su estrecha nariz. "*Lesss* tómate algo. Te hemos echado de menos".

"Claro", dijo Em. Cuando la chica pasó a su lado, Ava se dio cuenta de que ya no tenía la prueba de embarazo en la mano.

Miró hacia atrás, hacia el árbol. Ava no podía estar segura, estaba oscuro y los bosques eran excelentes generadores de sombras, pero le

pareció ver la prueba de embarazo boca abajo en la tierra.

¿Había visto Emily algún resultado?

Ava necesitó toda su fuerza de voluntad para no correr a cogerlo y mirarlo.

***

Había algo raro en todo esto. Había algo terriblemente extraño en el hecho de que nadie pareciera estar abordando el problema: habían condenado a Emily Dawson al ostracismo durante casi tres meses y ahora estaban pasando el rato como si nunca hubiera pasado nada. Aunque Brent y Emily aún no se habían dirigido la palabra, aparte de un escueto "hola", parecían estar en buenos términos.

Todo el mundo estaba destrozado ahora. Todos menos Emily. Ella no bebía -*¿lo sabía o era por precaución*? - y Ava la ayudó a mantenerlo en secreto preparándole bebidas mezcladas vírgenes.

Aunque Ava también estaba borracha, se las arregló para observar a todos desde la distancia. Todos parecían tan... felices. Incluso Jackson parecía feliz, y él *nunca* lo era.

¿Qué demonios está pasando? ¿Qué tiene planeado?

Dos veces, Ava casi le dijo a Em que se fuera. No como fuera pero ordenarle que se largara antes de que pasara algo malo.

Brent estaba aún más borracho que Theo. Y tampoco tenía intención de parar. Sus ojos seguían a Em dondequiera que fuera, y Ava tenía la extraña idea de que aunque Em estuviera embarazada, y aunque fuera hijo de Carlos, si ella lo quería de vuelta, él metería el rabo entre las piernas y correría hacia ella.

Todavía la quería. Brent podría haberle dicho a todo el mundo que era una puta tramposa, sus palabras exactas, pero quería a Em.

"Mira", dijo Jackson, interponiéndose entre Natalia y Em, colocando una mano sobre cada uno de sus hombros. "Sólo voy a decirlo: Sé que las cosas están jodidas entre tú y Brent". Al mencionar su nombre, Brent levantó la barbilla. Sus ojos también se levantaron, pero más lentamente que su cabeza. "Pero las cosas simplemente no eran lo mismo sin ti, Em. Tenemos que arreglar las cosas. Volver a la normalidad, ¿sabes?"

Ava sabía con cada fibra de su ser que esto era absoluta, cien por cien un montón humeante de mierda de perro. A Jackson no le importaba Em, o Brent, para el caso. Lo único que le importaba era él mismo.

Pero Ava seguía queriendo creer. De algún modo, podía olvidar el hecho de que Em seguía con Carlos e incluso podría estar embarazada de él, y pensar, egoístamente, que las cosas podrían volver a ser como antes.

Conocía a Em, y Em era una buena persona. Probablemente demasiado amable, la mayor parte del tiempo. A Ava no le sorprendió que su amiga asintiera. Parecía nerviosa, pero sus grandes ojos azules estaban llenos de esperanza.

Debía de sentirse muy sola, pensó Ava.

"Fue idea suya", dijo Jackson, señalando a Brent. "Se sentía mal por cómo terminaron las cosas, y sólo quiere que seamos amigos. Como todos".

Mentiras, todas mentiras. Em, puedes ver que son mentiras, ¿verdad?

Brent se deslizó por el alféizar y pateó una botella.

"Sí."

Eso es todo lo que dijo, *"sí"*.

Brent había acudido a Ava para pedirle que se pusiera en contacto con Em, pero ahora Ava pensaba que quizá Jackson estaba detrás de todo esto.

Y esa sonrisa... odiaba el rictus de la cara de Jackson.

"Estoy dispuesta a hablar", dijo Em con timidez. Dio un sorbo a su bebida sin alcohol.

No, no, no, esto está muy mal.

"Creo que es una idea fantástica. ¿En algún lugar privado?"

Sólo había un lugar que era privado en La Choza.

Em parecía incómoda ahora, pero Jackson la animaba. Deslizó sutilmente su brazo de Natalia y luego guió a Em hacia Brent. Puso su mano alrededor del hombro de Brent.

"Habladlo, chicos. Vamos, quiero que las cosas vuelvan a ser como antes".

Jackson los llevó a las escaleras y luego los dejó ir.

Aún hay una oportunidad, pensó Ava. *Em, diles que no quieres ir allí. Diles que quieres ir a casa. Demonios, te llevaré a casa, y estoy borracha.*

Em miró a Ava por encima del hombro. Era casi como si lo supiera. Era como si Emily supiera que algo malo iba a ocurrir y estuviera suplicando en silencio que alguien la salvara.

Pero ella no lo sabía.

Ninguno de ellos sabía lo mal que iban a ir las cosas.

Capítulo 46

Tate estaba tan metido en la historia que cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta casi se sobresalta. Chase, que había estado inclinado hacia delante todo el tiempo, también se sobresaltó, aunque no tanto como él.

Ava chilló de verdad.

Joder, pensó Tate. *¿Qué pasa ahora?*

No tuvo que esperar mucho para obtener una respuesta; antes de que pudieran ponerse en pie, la puerta se abrió. El sheriff Grimes los miró, con ojos oscuros.

"Agentes Adams y Abernathy", dijo, "ha habido un desarrollo".

¿Un desarrollo? ¿Qué clase de juego está jugando aquí el Sheriff Grimes?

El momento era inoportuno; era casi como si el hombretón quisiera poner fin a la historia de Ava. Pero, ¿por qué? ¿A quién estaba protegiendo?

"Sheriff, estamos en medio de una entrevista..." Tate fue interrumpido.

"Esto es crítico. Por favor". Grimes señaló hacia el pasillo.

"No trabajamos para..." Empezó Chase, pero Tate la silenció apretándole el hombro y poniéndose en pie.

"Tú te quedas, yo me voy".

A Chase no le gustaba la idea, pero era la única opción lógica que tenían. Grimes no iba a marcharse hasta que al menos uno de ellos se uniera a él y Chase dirigiera la entrevista.

Tate resistió el impulso de golpear a Grimes al pasar junto a él.

"Vamos", espetó Tate, asegurándose de que Grimes cerraba la puerta. Luego lo fulminó con la mirada. "¿Qué coño estás haciendo? Estaba empezando a..."

"Brent Matthews acaba de despertar. Supongo que los médicos decidieron que estaba lo suficientemente bien como para reducir sus medicamentos."

Ya era hora. Pero el despertar de Brent no justificaba una interrupción. No cuando Ava estaba a punto de llegar a lo que le pasó a Emily.

"¿Y?"

"Y confesó".

Tate, que no le seguía, espetó rápidamente: "¿Confesar qué?".

Grimes inclinó el cuello hacia delante.

"Confesó el asesinato de Emily Dawson."

Ahora, Tate no estaba seguro de haber oído bien. Grimes, al ver su expresión de confusión repitió: "Brent Matthews confesó haber violado y asesinado a Emily Dawson, hace unos minutos".

¿Qué coño pasa?

Tate había visto el horrible vídeo, había oído el audio y, aunque no daba demasiada importancia a las corazonadas ni a las premoniciones, algo le parecía raro. Y a pesar de las pruebas que apuntaban a lo contrario, no había creído que Brent Matthews fuera un asesino.

Hal Grimes no los quería en el condado de Hawkesbury y probablemente nunca los quiso allí en primer lugar. ¿Pero mentiría sobre esto? ¿Estaba tan desesperado por no molestar a la jerarquía de la pequeña ciudad y conservar su trabajo que se inventaría una mentira descabellada para que Ava no pudiera contarles lo que realmente había ocurrido?

Si ese fuera el caso, ¿por qué decir que Brent confesó? ¿Por qué no decir simplemente que Carlos lo admitió?

A Tate se le ocurrió una idea.

Quizá el sheriff estaba harto de que Robert Matthews le dijera lo que tenía que hacer. Con su hijo en la cárcel, el director probablemente perdería su trabajo y entonces no tendría influencia en Hawkesbury.

"¿A quién confesó Brent?"

"Ayudante Jardine."

"¿Dean o Tim?"

"¿Qué importa?" Grimes dijo, sonando molesto ahora.

"¿Dean o Tim?" Tate repitió.

"Dean".

Tate se apartó del sheriff y llamó al ayudante. Treinta segundos después, se confirmó la historia de Grimes.

"No tenía por qué ser así. Podríamos haber trabajado juntos", dijo el sheriff.

Tate empezaba a pensar que el sheriff Grimes era bipolar. Nada de lo que decía o hacía era coherente. Un minuto quería colaborar y al siguiente hacía todo lo posible por sabotear la investigación.

"De todos modos, si terminas rápido con Ava, podemos ir juntos al hospital. Haz que Brent firme una declaración oficial. No sé si el ayudante Jardine le mandó una orden, así que es mejor que actuemos rápido".

"Vamos a terminar."

El sheriff Grimes ladeó la cabeza.

"¿Por qué? Ella no hizo nada. Ambos sabemos que Ava no golpeó a Brent y, además, no creo que importe quién lo hizo ahora. No después de la confesión de Brent".

"Porque está en medio de la historia y sería descortés no dejarla terminar".

Y entonces, con Hal Grimes mirándole con odio en los ojos, Tate volvió a la sala de entrevistas.

Chase le lanzó una mirada, pero Tate no la reconoció.

"Lo siento. A pesar de lo que dijo el sheriff, no era una emergencia". Tate tomó asiento junto a su compañero. "Ahora, ¿dónde estábamos?"

Tenía que reconocérselo a Chase, incluso con la interrupción, de alguna manera se las arregló para mantener a la aterrorizada chica dispuesta y lista para contar su historia.

Y eso es exactamente lo que hizo Ava Morency.

Capítulo 47

Sábado noche

Ava intentó seguir a su amigo escaleras abajo o al menos escuchar a escondidas la conversación que Em y Brent estaban teniendo, pero Jackson no se lo permitió. Y Jackson no era el tipo de persona a la que pudieras forzar a pasar o con la que pudieras razonar.

Así que esperó, nerviosa, guardándose casi todo para sí misma. Había tensión en La Choza, y no sólo Ava la sentía. Natalia y Laura estaban hablando, intentando actuar con normalidad, pero cada pocos segundos sus ojos se desviaban hacia las escaleras. Incluso Theo, que estaba sudando ahora que estaba tan borracho, parecía nervioso.

Ava aplastó dos Garras Blancas más llevando su total de la noche a siete. U ocho.

¿Tal vez nueve?

Jackson era el único que parecía imperturbable ante lo extraño de la situación. Estaba sentado en el mostrador deformado, fumando un cigarrillo y con la mirada perdida.

"¿Qué esperas que pase?", se oyó decir Ava.

"¿Qué quieres decir?" respondió Laura. Tuvo hipo, eructó y se echó a reír. Natalie se unió a ella.

"Tú no. Jackson", consiguió decir Ava. Incluso para sí misma, las palabras sonaban mal formadas, tanto en su cerebro como en su lengua. "¿Por qué quieres tanto que sean amigos?".

Jackson ni siquiera lo justificó con una respuesta. Se limitó a fumar y a mirar fijamente.

"¿Tanto odias a Carlos?"

Ava ni siquiera estaba segura de haber dicho esto último en voz alta. Se quedó mirando las escaleras que descendían tanto tiempo que se le nubló la vista.

Debió de quedarse dormida porque lo siguiente que recordaba era haber visto a Emily. Estaba de nuevo en la planta baja y, aunque no parecía enfadada, el buen humor que había estado en su cara cuando bajó al sótano con Brent, ahora había desaparecido.

"¿Entonces? ¿Habéis arreglado las cosas?"

Rodeó los hombros de Emily con el brazo. Ella se zafó de su agarre.

"Eh, ¿qué ha pasado?"

"Nada. Sólo quiero irme". Aunque no había dicho su nombre, Ava sabía que iba dirigido a ella.

"Aw, no puedes ir", argumentó Jackson. "No puedes irte hasta que lo resuelvas todo".

"No hay nada que resolver. Es... sólo quiero irme".

Ahora Jackson miraba fijamente a Ava. La mirada la asustó.

Ava sabía exactamente lo que Jackson quería y estaba destrozada. La verdad era que quería recuperar a su amigo. Quería que las cosas volvieran a la normalidad tanto como cualquiera de ellos. Tal vez incluso más.

"¿Ava?"

¿Era Jackson quien había dicho su nombre? ¿O fue Emily?

Estaba demasiado borracha para contarlo.

Jackson soltó a Emily.

"Aquí, déjame sostener eso mientras ustedes dos hablan."

Jackson cogió la bebida a medio terminar de Emily justo cuando un abatido Brent subía las escaleras.

Emily se acercó a ella y Ava se inclinó hacia ella.

"Si quieres ir, vamos."

Cuando Emily asintió, Ava la llevó fuera.

"¿Qué ha pasado?", preguntó cuando volvieron a quedarse solos.

Emily se acercó a la arboleda y empezó a buscar la prueba de embarazo.

"No lo encuentro", gimoteó la chica, ignorando la pregunta de Ava.

"¿Lo miraste antes?"

"No. Se me cayó".

Ava tampoco pudo encontrarlo. Y al cabo de unos minutos, dejaron de buscar. Era demasiado difícil concentrarse.

"¿Eh, Em?"

"¿Sí?"

"¿Qué pasó realmente entre tú y Brent?"

Emily no contestó de inmediato. Ava iba a preguntar de nuevo cuando Em suspiró.

"Le dije que no le quería. Intenté ser amable, ¿sabes? No quería hacerle daño".

"Pero eso no lo es todo, ¿verdad? Te conozco. Sé que algo debe haber pasado".

Em se mordió el labio inferior.

"No le engañé. No hice nada con Carlos hasta después de que Brent y yo hubiéramos roto".

"Lo sé. Sé que mintió sobre eso. Pero algo debe haber..."

"Me abofeteó".

Ava retrocedió como si acabaran de golpearla.

"¿Qué?"

Em fingió buscar de nuevo la prueba de embarazo.

"Sí. Fue un accidente. Quiero decir, no fue un *accidente,* pero no fue su *intención*".

"¡Eso es jodido, Em!" Ava sintió que le subía la tensión. "Eso es realmente jodido. ¿Por qué no dijiste nada?"

Em emitió un sonido, y Ava supo que se estaba arrepintiendo de su

decisión de contarle lo que había hecho Brent.

"Sabía lo que le haría. Si la gente equivocada se enteraba... podría ser expulsado".

"¡Y qué! Merece ser expulsado. Ese gilipollas. Ese *puto* gilipollas". Ava dio un paso inseguro hacia la puerta principal de La Choza, que colgaba abierta.

"Oye, tío, ¿tienes mis pastillas?" oyó que Brent le preguntaba a Jackson. "¿Mis píldoras de la felicidad?"

Em agarró el brazo de Ava.

"No. Déjame hablar con él. Déjame intentarlo de nuevo. Por favor."

"Em. Vamos."

"Por favor, sólo dame una oportunidad más. Por *favor*. Sé que puedo arreglar esto, hacer que las cosas vuelvan a la normalidad".

Si Ava no hubiera estado tan borracha, habría peleado. Le habría dicho a Em que no es su trabajo arreglar algo que otro rompió.

Ese pedazo de mierda de Brent no la merecía en su vida. No se merecía a nadie.

Pero, en vez de eso, Ava dijo dos simples sílabas: "De acuerdo".

Em le soltó el brazo y le dedicó a Ava una sonrisa triste.

"Estaré bien. Y... gracias, Ava. Gracias a ti."

***

Esta vez, cuando Ava se despertó, se oyó un alboroto. Gritos y alaridos.

gimió. Aunque aún era de madrugada -tenía que serlo-, Ava empezaba a tener resaca: presión detrás de los ojos, la lengua gruesa y la garganta irritada.

Alguien la estaba sacudiendo.

"Tienes que ver esto", dijo Laura. Estaba mareada y tenía los ojos vidriosos. "Vamos, vamos, Ava, tienes que ver esto".

"*Nuh-uh*."

Las manos de Laura pasaron de sus hombros a sus muñecas y antes de que Ava pudiera protestar de nuevo, fue puesta en pie. Tropezó, pero ahora Natalia estaba allí, ofreciéndole apoyo. Ambas se reían.

Entonces, ¿quién animaba?

Los sonidos venían del piso de abajo.

¿Jackson? Sí, eso sonaba bien. ¿Quién más? Probablemente Ethan porque Theo estaba demasiado borracho para hacer nada.

Los tres se dirigieron a las escaleras.

"¿Qué está pasando?" Ava arrastró las palabras. "¿Qué está pasando?"

"Parece que, después de todo, arreglaron las cosas", dijo Laura. Natalia y ella intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

"¿Quién? ¿Qué?"

Por algún milagro, llegaron al final de la escalera sin caerse. Ava estuvo a punto de caer, pensando que había un escalón más, pero consiguió agarrarse al respaldo de una silla de jardín para estabilizarse.

Eran Ethan y Jackson. Este último sostenía un teléfono móvil y la dura luz blanca del flash apuntaba hacia la alcoba.

Jackson se reía, no de esa risa falsa que hacía tan a menudo, sino de una risa real y genuina.

Ethan la miró y soltó una risita.

"Mira esta mierda. Parece que hicieron mucho más que besarse y reconciliarse".

Señalaba y Ava seguía su dedo.

Su cerebro tardó unos instantes en registrar lo que estaba viendo y, cuando lo hizo, Ava sintió náuseas.

"¿Qué coño estás haciendo? ¿Qué coño estás mirando?"

Brent y Em estaban desnudos. Em estaba de espaldas sobre el colchón. Solían bromear sobre ese colchón, hablar de cómo si cualquier parte de su cuerpo entraba en contacto con él, desde la punta del dedo del pie hasta un dedo, se quemarían esa parte.

Pero allí estaba, tumbada *desnuda*. Y Brent se la estaba follando. Empujando perezosamente dentro y fuera. Ava no creía que ninguno de los dos estuviera haciendo ruido. O tal vez sí, y los abucheos los ahogaban.

Fue surrealista.

Fue horrible.

¿Qué ocurre?

Em había pasado de decirle que seguía con Carlos, que nunca había hecho nada con él mientras Brent y ella estaban juntos a... *¿esto*?

¿Em?

¿Emily June Dawson?

Su amiga no era mojigata, pero tampoco exhibicionista, ni mucho menos.

No tenía sentido.

"Haz que pare", gimió Ava. Su estómago se revolvió de repente y giró la cabeza hacia un lado justo a tiempo para evitar vomitar sobre la espalda de Ethan.

"Oh, Jesús, sácala de aquí", gimió Jackson. Dejó de grabar y Ava volvió a ponerse en marcha, esta vez prácticamente cargada escaleras arriba.

"¿Por qué estabas mirando eso? ¿Por qué?"

"No sé, era sólo una broma, supongo. Es gracioso", respondió Laura a la defensiva. "No vamos a enviar el vídeo. Quiero decir, Jackson lo borrará".

Ava cerró los ojos. Su mundo empezó a girar.

"No es gracioso. Es horrible... ¿sabes *lo que* le hizo Brent?"

Ava dejó de moverse.

"¿Qué?" La voz de Jackson. Ava ni siquiera sabía que estaba arriba con ellos. "¿Follártela? Sí, Brent se la folló, ¿y qué? No era la primera vez".

"No, eso no. Él..."

"Sacadla de aquí". La voz de Jackson era ronca. "Llevadla a su puta casa para que pueda dormir la mona. Todos ustedes, vayan a casa, *ahora.*"

Capítulo 48

A Ava le resultaba imposible continuar. Estaba hecha un desastre, con toda la cara roja y húmeda. A lo largo de la historia, había gastado una caja entera de pañuelos.

Chase estaba indignada, por supuesto, pero no sabía qué pensar de lo que Ava acababa de decirles. Claro, habría sido fácil decir: "Lo que hicisteis fue reprobable. Lo que has hecho es imperdonable. Eres un ser humano horrible, horrible, y tus acciones, o la falta de ellas, contribuyeron al asesinato de tu amigo".

Pero las cosas son más complicadas que eso. La vida no sucedió en retrospectiva. La vida sucedió como resultado de una serie de pequeñas decisiones, cuyo peso total a menudo sólo se determina en retrospectiva.

Sí, Ava era una amiga de mierda. Sí, una vez que Ava se enteró de que Brent la había agredido, debería haber hecho todo lo que estuviera en su mano para alejar a Emily lo máximo posible. Pero Ava Morency no era una máquina moral, sino una estudiante de último curso asustada, complicada y conflictiva que intentaba encontrar su lugar en el mundo.

Chase se masajeó el dorso de la mano derecha.

"Ava, ¿qué le pasó a Emily después de que volviste arriba?"

Ava se limpió la nariz. Largos zarcillos de mocos la unían al pañuelo saturado.

"No... no lo sé."

"Vale, ¿qué te pasó entonces? ¿Qué pasó después de que te sacaran del sótano?"

"Nos metimos en el coche y nos fuimos".

"¿Quién conducía?"

"No sé... *¿creo que* Laura?"

"¿Y los chicos?"

Ava cerró los ojos mientras intentaba recordar.

"Se fueron justo después de nosotros. El coche de Jackson es tan ruidoso... Recuerdo haberlo oído arrancar".

"¿Y luego qué?"

"Ya está. Me desperté al día siguiente con una resaca terrible".

"¿Qué creías que le había pasado a Emily? ¿Sabías que la dejasteis allí?" Preguntó Chase.

Ava parecía sobresaltada.

"No, claro que no. No sé si pensé que estaba en el coche con nosotros o si Jackson se la había llevado. Estaba demasiado borracho. Paramos como tres veces para que vomitara. ¡Pero no pensé que la habíamos dejado allí! Tampoco pensé que le hubiera pasado algo. Tienes que creerme en eso".

Ava no se atrevía a decirlo, a decir que no creía que alguien, uno de *ellos*, fuera capaz de asesinarla.

Chase se inclinó hacia delante, con la intención de empujarla en esa misma dirección.

"Ava, quiero que pienses muy bien antes de responder a mi próxima pregunta, ¿de acuerdo?"

Ava asintió.

"¿Estás seguro de que la última vez que viste a Emily todavía estaba viva?"

A pesar de la sugerencia de Chase, Ava respondió al instante.

"¡Sí, estaba viva! Em estaba definitivamente viva. Estoy seguro de ello. ¡Oh, Dios, debería haber hecho algo! Debería haber llamado a alguien..."

Chase sintió la tentación de acercarse y tocar a la angustiada muchacha. Si tenía suerte, podría ver algo que corroborara la historia de Ava. Pero entonces tendría que explicar sus acciones a Tate. Por no mencionar que probablemente no le sentaría bien a la abogada, que estaba inusualmente callada.

"Está bien-Ava, está bien. Según tu historia, vosotros os fuisteis enseguida y Jackson también. Eso significa, con toda probabilidad, que Emily se quedó atrás en La Choza, pero seguía viva. ¿Alguien regresó? ¿Alguien se quedó con ella?"

"No lo sé. *Odio no* saberlo. Por favor... Yo sólo..."

"Ava, piensa."

Ava miró hacia el cielo.

"Quiero decir, sólo teníamos dos coches, el de Laura y el de Jackson. Em debió de coger un taxi o algo así o venir andando desde el pueblo porque su coche no estaba allí. No sé si alguien volvió más tarde o qué, pero no creo que nadie se quedara en La Choza. Si no, Laura o Ethan o alguien habría dicho algo, ¿sabes? Especialmente después de que salieran las noticias sobre... sobre lo que le pasó".

"Algo no le *pasó*, Ava. Emily fue asesinada. Alguien la mató". Chase era consciente de que estaba siendo dura, pero eso era lo que creía que la chica necesitaba ahora mismo. Un poco de amor duro. "No se estranguló a sí misma. Entonces, ¿quién fue? ¿Fue Jackson? ¿Jackson la mató?"

Ava se agarró la cabeza con las manos.

"No lo sé, realmente no lo sé. Jackson es un gilipollas, ¿pero podría matar a alguien? Eso es... una locura".

"¿Y Brent?"

La expresión de Ava sugirió que pensaba que esta sugerencia era certificable.

"¡No! Brent quería a Emily. Sí, estaba enfadado con ella por dejarle, por irse con Carlos, pero no le haría daño".

"¿No la abofetearía?"

Ava empezó a berrear de nuevo.

"Soy tan jodidamente estúpida", se reprendió a sí misma. Ava se golpeó repetidamente la frente con la palma de la mano hasta que su abogado la hizo parar.

"Ya sabemos que Brent golpeó a Em y también sabemos que la violó..."

Ava la miró de repente. Quizá los golpes en la cabeza habían liberado algo. Una ira que había estado enterrada en lo más profundo.

"¿Por qué sigues diciendo eso? ¿Por qué sigues diciendo que Brent violó a Em?"

Chase estaba confuso ante estas preguntas. Claro que Ava había estado borracha cuando vio la exhibición en directo, pero desde entonces había visto el vídeo. Estaba claro para todos que Em estaba fuera de sí.

"¿Qué quieres decir?"

"Sigues diciendo que Brent la violó, pero sólo estaban teniendo sexo. Parecía consentido. Quiero decir, Em no se quejaba ni le suplicaba que parara. Nada de eso".

"Porque", dijo Chase lentamente, "Em tenía una droga de violación en su sistema". Se guardó para sí el descubrimiento de que Brent también tenía Rohypnol. No tenía sentido confundir más la narración.

"*¿Qué?*"

Tate, que había estado increíblemente callado durante la última media hora, lo cual era inusual, especialmente para él, le dio un respiro a Chase y finalmente habló.

"Dijiste que estuviste preparando las bebidas de Emily toda la noche, haciendo bebidas vírgenes porque podría estar embarazada, ¿es eso cierto?"

Ava asintió y volvió a limpiarse la cara. El pañuelo se estaba deshaciendo de tan usado que estaba. Chase quería pedir otra caja, pero Ava estaba al borde del colapso y necesitaban obtener toda la información posible sobre la noche del sábado antes de que se derrumbara.

"Entonces, ¿cómo llegó la droga a su sistema?"

"No lo sé. Yo era la única..." Ava se detuvo a mitad de la frase y se quedó mirando a Tate. Parecía horrorizada.

"¿Ava?"

Todavía nada.

"¿Ava?" Tate pinchó de nuevo.

"Cuando Em subió y salí con ella, le dio su bebida a Jackson".

"¿A Jackson? ¿Seguro?"

"Sí. Estoy seguro. ¿Crees... crees que le puso algo?"

Estoy casi seguro de que le puso Rohypnol en la bebida, pensó Chase.

Pero lo que dijo fue: "Tal vez. Es posible que alguien deslizó algo en su bebida ".

"Volvamos a lo que crees que le pasó a Emily", intervino Tate. Chase pensó que estaba presionando un poco en esto, pero tenía una agenda. Otra agenda *secreta*.

Ella le dejó rodar con él.

"¿Crees que si Emily le dijera a Brent esa noche que sólo quería que fuéramos amigos, que no dejaría a Carlos por él, se cabrearía?".

Ava asintió con la cabeza.

"¿Lo suficientemente cabreado como para pegarle otra vez?"

"Agente Abernathy, ¿cuál es el punto de esta especulación?" preguntó el abogado de Ava. Chase había mirado furtivamente al hombre durante el relato de Ava; el señor Dawson se había quedado tan embelesado como ellos. "Mi cliente ya le ha dicho que cuando salió de La Choza, Emily aún estaba viva. No tiene ni idea de lo que le pasó".

"Sólo intentamos conocer mejor a los implicados. Sólo quiero saber su opinión".

El abogado no parecía complacido, pero no detuvo la línea del interrogatorio cuando Tate continuó.

"¿Se enfadaría Brent si eso ocurriera?"

"Sí, estaría cabreado. ¿Pero lo suficiente como para hacerle daño? De ninguna manera".

"Entonces, ¿no crees que Brent pudo haber rodeado con sus manos la garganta de Emily y asfixiarla hasta que dejó de respirar?".

Incluso a Chase le pareció de mal gusto y buscó la pierna de su compañera por debajo de la mesa.

Tate se arrastró fuera de su alcance.

"Agente Abernathy..."

"¡No!" Ava sacudió la cabeza de un lado a otro violentamente, haciendo que mechones de su fino pelo negro se agitaran en torno a su cabeza. "No, no lo haría. Brent no".

"Porque la amaba, ¿verdad?"

¿Qué estás haciendo, Tate? Presiona más fuerte y la perderemos.

"¡Sí!" Ava se quedó sin aliento. "¡Sí, por eso!"

"Bueno, ya sabes lo que dicen: si yo no puedo tenerte, nadie puede".

Ava volvió a derrumbarse y, como Chase sospechaba, su abogado había llegado al final de su paciencia. Se puso en pie de un salto y la silla chirrió contra el duro suelo.

"Eso es todo, esto ha terminado. Estoy cerrando esto, es improcedente. Puro acoso. ¿Es esto lo que le excita, Agente Abernathy? ¿Torturar a chicas de instituto?"

Tate se levantó casi tan rápido como el abogado.

"No me excita torturar a chicas de instituto", declaró. "Pero Brent

Dawson ciertamente lo hace".

"¿Tate?" Chase intentaba llamar su atención, pero los ojos de su compañero estaban centrados en Ava.

"¿Quieres saber cómo lo sé?" No esperó respuesta. "Porque Brent Matthews acaba de salir del coma. Acaba de despertar y lo primero que hizo fue admitir que violó y mató a Emily Dawson".

Capítulo 49

Finalmente, el abogado cerró oficialmente la entrevista. Esto le pareció bien a Chase porque estaba desesperada por hablar con Tate. El problema fue que el sheriff Hal Grimes los interceptó en el pasillo.

"Lo siento", dijo Tate rápidamente, intentando apartar a Chase del sheriff, pero sin mucha suerte. "Al parecer, como dije allí, el médico redujo la dosis de la medicación de Brent y éste salió del coma y admitió todo". Como cuando Tate había dicho esto momentos atrás, a Chase le costaba creerlo. "El ayudante Jardine estaba allí cuando lo dijo".

Por costumbre, Chase estuvo tentado de preguntar *qué* Jardine, pero decidió que eso no importaba.

Lo que importaba era la confesión. Lo que importaba era que no tenía ningún sentido.

Durante los últimos días, Chase fue alineando los hechos del caso en su mente. La ruptura, el novio marginado, el hijo degenerado del sheriff con una venganza y el reencuentro en La Choza.

El Rohypnol.

La violación.

El asesinato.

La Navaja de Occam sugirió que Brent era el asesino de Emily. Tenía motivo, medios y oportunidad. Quizá tuvo la ayuda de Jackson o quizá se quedó en el sótano después de que todos se hartaran de ser mirones. Y luego, cuando terminó la violación, Brent la estranguló.

Era un plan terriblemente concebido, pero Ava les había dicho que estaban todos borrachos. Quizá, como Ava, Brent acababa de despertarse con resaca y se había olvidado de lo ocurrido o lo había hecho pasar por una pesadilla de borracho.

Para intentar cubrir sus huellas se tragó rápidamente Rohypnol.

Excepto que esa parte, al menos en apariencia, no encajaba con la teoría del crimen pasional y la oportunidad. Eso mostraba previsión, o al menos, post-pensamiento.

Chase se rascó la nuca.

"¿Por qué ahora? ¿Por qué Brent admitió haber matado a Em ahora?"

Era una pregunta retórica, pero el sheriff Grimes no pudo evitarlo.

"Culpabilidad, probablemente. Él sabía después de que el video salió que las cosas se estaban acercando".

Una suposición razonable si la línea temporal tuviera sentido, que no lo tenía. Brent había sido agredido antes de que el video fuera enviado.

Tate estaba acostumbrada a esos largos períodos de silencio mientras Chase resolvía las cosas en su cabeza, pero Grimes no. En

algún lugar lejano oyó al sheriff decirle a Tate que iban a soltar a Ava. Tate replicó que también debían liberar a los dos hermanos Mendoza, y Grimes le informó casi con vértigo de que Carlos ya había sido procesado y puesto en libertad, pero Daniel estaba retenido por una orden de detención pendiente.

Era como si el sheriff estuviera tan feliz de obtener una confesión, tan feliz de tener este caso de mierda fuera de su escritorio, que estaba ofreciendo clemencia a casi todos en todo el Condado.

Chase guardaba esta información, pero dejaba su procesamiento para más adelante.

Seguía obsesionada con ciertos hechos.

Si Brent mató a Emily como afirmaba, ¿por qué volvió a La Choza el lunes? Que Carlos estuviera allí tenía sentido; probablemente estaba muy preocupado por Em cuando no respondía a sus llamadas, siguió a Brent, el ex novio enfadado.

Piensa, Chase, piensa.

De repente le vino a la cabeza algo que dijo Grimes cuando quisieron ver la celda de Brent.

...ya conoces a los adolescentes y sus teléfonos.

Eso fue todo.

La noche que Brent violó a Emily, se le cayó el teléfono. Por eso volvió. Carlos, que le siguió hasta allí, debió ver el cuerpo de Em y se volvió loco. Atacó a Brent.

¿Pero quién atacó a Brent la segunda vez? Carlos estaba en la cárcel al igual que Daniel.

De repente, Tate se puso delante de ella y Chase parpadeó.

"Van a soltar a Ava". No parecía contento, pero Chase sabía que era inevitable.

Su amenaza de acusar a Ava de violación tras la confesión de Brent nunca se sostendría en un tribunal.

La puerta de la sala de entrevistas se abrió. Ava salió primero, con los ojos enrojecidos. La siguió el abogado.

"Ava, sólo tengo una pregunta más para ti", dijo Chase, bloqueando su camino.

"Mi cliente ha dicho basta".

Chase le ignoró.

"Ava, ¿qué le pasó a Brent? ¿Quién le agredió? ¿Quién lo mandó al hospital?"

Ava levantó la vista y dijo una sola palabra: "Jackson".

"Ya basta", dijo el sheriff Grimes, mirando no a Ava, sino a la abogada, que de repente parecía nerviosa. "Sáquenla de aquí".

"Lo siento", se disculpó el abogado, "no se encuentra bien".

Cuando se fueron, fue a Grimes a quien le costó encontrar su mirada.

"Deberíamos hablar con él", sugirió Tate. "Sólo para aclarar algunas cosas, ¿sabes? Entonces será liberado". Era una orden enmarcada como una pregunta y todos lo sabían. "Sólo una charla rápida con Jackson. Brent ya confesó así que... puedes sentarte si quieres".

"Puedes apostar que quiero." El Sheriff Grimes se ajustó el cinturón. "Cinco minutos, eso es todo. Luego saldrá libre".

"Claro".

Chase siguió a la sheriff y a su compañero hasta la celda tres. Entonces recordó que Stitts la había llamado durante el interrogatorio de Ava y decidió sacar el teléfono.

Tenía dieciocho llamadas perdidas.

¿Qué demonios?

"¿Vienes?" preguntó Tate, viendo la expresión de su cara.

Chase quería entrevistar a Jackson, apretarle las tuercas al capullo, ¿pero dieciocho llamadas?

"Ve tú. Tengo que hacer una llamada".

Tate la miró con desconfianza, su mente se encontró con ella en el mismo cruce: los niños.

"¿Todo bien?"

"Sí, creo que sí".

Tate asintió y los dos hombres entraron en la celda mientras Chase retrocedía y hacía una llamada.

Cuando Stitts contestó estaba sin aliento, como si acabara de salir a correr, aunque ella sabía que eso era imposible con su pierna maltrecha.

¿"Chase"? ¿Dónde te habías metido? Llevo una hora intentando localizarte".

Sin bromas esta vez.

"Estaba en una entrevista. ¿Qué pasa?"

"Chase... ¿estás sentado? Vas a querer sentarte para esto".

A Chase no le gustaba el drama.

"No, no me voy a sentar, dímelo de una puta vez".

Pero un momento después, Chase deseó haber seguido el consejo de su ex compañero.

"Encontré más videos de La Choza, Chase. No sólo de Emily. Y no sólo de violaciones".

Capítulo 50

A Tate le costó no sonreír cuando vio la cara hinchada de Jackson. Y entonces pensó: *Vaya, puede que me esté volviendo marica.* El hombre tenía dos ojos morados y la nariz rota, pero las heridas de Jackson no eran tan graves como había pensado en un principio. Definitivamente no había estado cerca de matar al hombre.

"¿Qué coño está haciendo aquí?" Jackson exigió. Se apartó de la mesa y empezó a levantarse.

"Siéntate", ordenó el Sheriff Grimes. "Siéntate y escucha."

Jackson prácticamente echaba humo de lo indignado que estaba por la presencia de Tate, pero hizo caso a su padre.

Todos los presentes sabían quién había orquestado la paliza de Jackson -era una de las pocas palizas que no constituían un verdadero misterio-, pero nadie podía hacer nada al respecto. Fue una experiencia extraña y a la vez innegablemente placentera para Tate, y pensó que eso debía de ser lo que sentían los autores de delitos graves que se salían con la suya. Y sabía que esa sensación, ese subidón de dopamina, podía ser adictiva.

"Solo tengo que hacerle unas preguntas, luego puede seguir su camino." Tate no estaba seguro de cuál sería el mejor enfoque con Jackson todavía, pero sabía que forzar a este hombre sólo daría lugar a otro altercado físico.

Y estaba demasiado cansado para darle otra paliza al chico.

Jackson hizo una mueca, pero no tuvo el efecto deseado; la expresión era casi cómica con los labios hinchados.

"Sr. Grimes, creo que ya nos conocemos, pero en caso de que no lo recuerde, mi nombre es Agente Especial Tate Abernathy del FBI. Trabajo en la Unidad de Víctimas Infantiles. Investigamos crímenes violentos contra jóvenes".

"¿Y?" espetó Jackson con impaciencia.

"Y como usted sabe, Emily Dawson, una estudiante de último año en la Academia Tenbury fue asesinada hace tres noches." Esta vez no hubo respuesta. "Antes de su asesinato, Emily fue violada por Brent Matthews."

Tate decidió que ser franco y directo era el mejor enfoque para Jackson Grimes. Oscurecer la verdad con un lenguaje florido y los hombres como él, hombres que habían estado en el sistema o en torno a él toda su vida, probablemente pensarían que se les estaba coaccionando o confundiendo para que admitieran algo.

"¿No? ¿Nada? ¿No tienes nada que decir?" Tate presionó. A su lado, el sheriff Grimes se movió en su silla.

"Vale, no tienes que decir nada. Seguro que tu padre te lo ha recordado innumerables veces durante tu malograda juventud. Pero lo

que no entiendo es que te diga que una de tus amigas fue violada y asesinada por otra de tus amigas. Y tú te quedas ahí sentado, con los brazos cruzados, la cara hinchada -oops, lo siento- sin reaccionar. Ninguna en absoluto".

Tate apoyó los codos en la mesa metálica que había entre él y Jackson.

"Brent puso sus manos alrededor del delgado cuello de Emily y apretó. Apretó hasta que ella dejó de respirar, hasta que su corazón dejó de latir".

¿Fue un destello de emoción?

Tal vez.

"Tate, si tú..."

Tate interrumpió al sheriff.

"¿Ni siquiera me preguntas cómo lo sé? Está bien, te lo diré. Brent confesó. Confesó haber matado a Emily". Algo más que odio destelló en los ojos de Jackson, animando a Tate a indagar más. "Sólo tengo una pregunta para ti: ¿cómo te las arreglaste para drogar tanto a Emily como a Brent? ¿Fue tan sencillo como echar algo en sus bebidas?"

"¡Ya basta!" Grimes protestó. Alargó la mano hacia el hombro de Tate, pero éste se volvió y levantó un dedo en señal de advertencia.

"Yo no drogué a nadie".

Eso era mentira.

"¿Igual que no le pusiste el Rohypnol a Daniel Mendoza?"

"Yo no hice eso, joder. ¿De qué estás hablando?"

"Claro, seguro, ¿igual que Brent no mató a Emily?"

Jackson se chupó el labio inferior y se reclinó en la silla.

"Agente Abernathy, hemos terminado aquí."

Tate miró a Jackson. Cómo le gustaría tener otra oportunidad de hacer entrar en razón a este chico. Claramente, una paliza no era suficiente.

Pero ya había conseguido lo que quería de él.

"Bien. He terminado aquí, de todos modos. Gracias por tu ayuda, Jackson."

Tate se levantó y se dirigió a la puerta. De espaldas a ella, por fin dejó escapar la sonrisa que había estado conteniendo.

Jackson era un chico sencillo más fácil de leer que una novela de James Patterson.

Había negado dos cosas: drogar a Emily y Brent e incriminar a Daniel.

Había hecho las dos cosas.

Había permanecido en silencio por una: Brent matando a Emily.

Por lo menos, Jackson no creía que Brent fuera capaz de asesinar.

Y, para que conste, tampoco Tate Abernathy.

Capítulo 51

Carlos Mendoza estaba aturdido. Lo estaba desde que encontró a Brent Matthews en el sótano de La Choza y lo atacó. Recordaba vagamente que le habían detenido, le habían tomado las huellas y le habían metido en un calabozo.

Pero todo esto, incluidas las entrevistas con el Departamento del Sheriff de Hawkesbury y el FBI, estaba cubierto de una película grasienta, un barniz de irrealidad.

Lo único que tenía cierto grado de claridad era lo que le había dicho el ayudante del sheriff cuando lo soltaron.

Brent Matthews había confesado el asesinato de Emily.

Carlos lo sabía. Sabía que había sido Brent todo el tiempo.

Pero esto no fue lo que le quebró.

Era lo otro que le había dicho el ayudante del sheriff: que Em había estado embarazada de él.

Su *maldito* bebé.

Carlos había estado deseando ir a Penn con Emily. Le había hecho ilusión salir de esa mierda de ciudad, un lugar que nunca le había aceptado, un lugar que sólo les había puesto las cosas difíciles a él y a su hermano.

Y se había dejado la piel para entrar en Penn, lo que no era tarea fácil para alguien con dinero. ¿Pero para alguien como él? ¿Alguien que necesitaba una beca completa sólo para permitirse el lujo de ir?

Casi imposible. Y sin embargo, se las había arreglado para vencer todos los pronósticos y hacerlo.

Pero nada de eso importaba. No desde que se involucró con Emily.

La Academia Tenbury no era demasiado grande; él sabía quién era ella desde hacía años. Sin embargo, no llegó a conocerla de verdad hasta que pasaron un tiempo juntos preparándose para la selectividad. No hubo chispa, ni relámpago, ni flecha de cupido, ni nada parecido. Pero había algo entre ellos. Algo fuerte, algo imposible de ignorar.

En dos ocasiones habían estado a punto de llegar a las manos, pero Emily se había resistido, diciéndole que seguía teniendo una relación con Brent. Era la clásica historia de amor prohibido y Carlos esperaba que acabara con el corazón roto. Pero cada vez estaban más cerca. Era como si el hecho de no poder tocarse hiciera que lo que tenían fuera aún más fuerte.

Y entonces Emily lo hizo. Llevaba hablando de ello al menos una semana, pero Carlos había pensado que sólo era eso: hablar. Fue justo después de que ambos se enteraran de que habían entrado en Penn. Entonces Emily se presentó en su casa una noche, con los ojos húmedos y la cara roja.

Y eso fue todo.

Estaban destinados a estar juntos. Penn o no, no importaba.

Brent Matthews, esa zorra celosa y conspiradora le había quitado todo.

Luego estaba el vídeo. Si el hecho de que su hijo nonato hubiera sido asesinado junto con Emily no había llevado a Carlos al límite, el vídeo sí lo había hecho.

Lo encontró en su teléfono, un mensaje de texto anónimo.

Y fue horrible.

Brent violando a Emily.

Carlos se secó las lágrimas mientras el Uber llegaba al hospital.

"Aquí está bien".

"¿Seguro que estás bien, colega?"

"Bien."

Carlos salió.

Sabía lo que iba a hacer, sólo que no sabía cómo.

Unas voces fuertes le dirigieron a la habitación de hospital de Brent. Reconoció a Robert Matthews, el padre de Brent, y también reconoció al ayudante del sheriff como el hombre que le había detenido: uno de los hermanos Jardine.

Carlos se hizo lo más pequeño posible, con la esperanza de no llamar la atención. El ayudante del sheriff y el director tenían una discusión tan acalorada que no estaba seguro de que se fijaran en él aunque estuviera dando volteretas mientras cantaba Kumbaya. El director Matthews suplicaba al ayudante del sheriff que liberara a su hijo, alegando su inocencia. El ayudante del sheriff no cedía.

Carlos estaba a menos de un metro de la habitación de Brent cuando creyó ver que el ayudante del sheriff se fijaba en él en su periferia.

Se quedó inmóvil.

Ya está. Desperdicié mi oportunidad.

Pero entonces Robert Matthews gritó: "¿Me estás escuchando? Tienes que dejarlo ir!"

Carlos entró en la habitación del hospital y la puerta giratoria se cerró silenciosamente tras él.

Brent Matthews dormía. Tenía la cara magullada y maltrecha y la cabeza vendada. Pero Carlos no sintió compasión por aquel hombre.

Había una sola silla en la habitación y sobre ella una pequeña almohada de lana ornamental. Carlos se acercó y la cogió. La sentía áspera contra su piel y, por alguna razón, eso le gustaba.

Carlos volvió junto a Brent y le miró la cara hinchada. Agarrando cada lado de la almohada, empezó a bajarla.

Y entonces se detuvo.

Esto no estaba bien. Él *sabía que esto no estaba bien*.

En el fondo, sabía que estaba muy, muy mal.

Carlos aflojó la almohada y se acercó al oído de Brent.

"Despierta", susurró. "Despierta".

Los párpados de Brent parpadearon y sus ojos se abrieron lentamente.

Carlos esperaba que Brent gritara cuando se deshiciera de los últimos vestigios de sueño y se diera cuenta de quién se cernía sobre él.

Pero Brent no hizo nada ni siquiera después de recuperar la lucidez. Cuando Carlos empezó a bajar la almohada de nuevo, no hubo pánico en Brent.

Sin embargo, habló. Sólo dos palabras.

Dos simples palabras: "Lo siento".

"Yo también".

Carlos apretó la áspera tela contra la cara de Brent. El estrecho pecho del chico empezó a agitarse y sus manos y brazos se agitaron. Pero en ningún momento hizo un esfuerzo consciente para que Carlos se detuviera.

Las máquinas pitaban salvajemente y la gente venía corriendo. Intentaron arrancar a Carlos de Brent, pero era un hombre poseído. Todo el cuerpo de bomberos podría haber llegado con las fauces de la vida, y no habrían sido capaces de separarlo del hombre que mató a su novia y a su hijo.

Sólo después de oír el largo pitido monótono de la línea plana y de que Brent dejara de moverse, Carlos soltó por fin la almohada.

Alguien le retorció y le tiró al suelo y su cara se estrelló contra el duro suelo de epoxi.

Carlos cerró los ojos.

"Yo también lo siento. Te quiero, Em."

Capítulo 52

"¿Qué coño pasa?"

A primera vista, el vídeo que Stitts había enviado a Chase a través de un canal encriptado del FBI era muy similar al que ella ya había visto, el que había visto todo el mundo en la Academia Tenbury.

Pero había varias diferencias evidentes.

La primera fue que Brent no estaba en la toma. Emily seguía tumbada en el mugriento colchón, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados y las piernas abiertas. No estaba claro si estaba viva o muerta en ese momento, pero no tenía hematomas ni marcas en la garganta. Chase acercó el teléfono a su cara todo lo que pudo sin que se le nublaran los ojos.

Efectivamente, parecía que el pecho de Emily subía y bajaba lentamente.

La cámara se sacudió cuando alguien entró en el encuadre. Vestido todo de negro y con un pasamontañas de cuero con dos agujeros para los ojos y uno para la boca, era innegablemente un hombre. Era de estatura media, quizá más delgado, pero no tenía rasgos distintivos. Vestía ropas genéricas de color negro.

Se movió hacia el centro del cuadro y se acercó al cuerpo inconsciente de Emily.

Chase se horrorizó cuando se agachó y le rozó la mejilla con el dorso de una mano enguantada, negra como su traje. Emily se movió, confirmando que estaba viva. Y entonces el hombre bajó la mano de la cara de Emily a su pecho desnudo, dándole un apretón antes de pellizcarle el pezón.

Chase se sintió mal, una sensación que siguió creciendo en intensidad cuando pasó de su pecho a sus piernas, abriéndolas de par en par.

Cuando el hombre se bajó la cremallera, Chase cerró los ojos.

Aproximadamente dos minutos después, había terminado, y Emily estaba muerta, estrangulada hasta la muerte.

El hombre abandonó la toma y reapareció instantes después. El hueco de la máscara era lo suficientemente grande como para ver un atisbo de sonrisa en su rostro antes de que la cámara enfocara la cara de Emily.

La joven era indistinguible de como Chase la recordaba de la morgue. Ojos abiertos, vasos sanguíneos rotos en la piel circundante. La lengua le colgaba suelta de la boca, antinatural y gruesa. Moratones recientes alrededor de la garganta.

Chase sintió ganas de vomitar.

Sabía que tenía que volver a ver el vídeo, esta vez entero, y que tenía que prestar mucha atención a cada detalle. Si había algún rasgo

identificable que pudiera ayudarla a averiguar quién era ese monstruo, Chase lo encontraría. Pero no aquí, no en el pasillo del Departamento del Sheriff de Hawkesbury.

Su teléfono sonó y, de alguna manera, consiguió contestar.

"¿Sí?", dijo secamente.

"Lo siento, Chase. Sé que fue brutal", dijo Stitts.

Chase cerró los ojos con fuerza. El médico había dicho que el cuerpo de Emily había sido inundado con Rohypnol. Chase sólo esperaba que fuera suficiente para que Emily no sintiera nada ni se diera cuenta de lo que había pasado.

"¿Dónde lo encontraste?"

"Envié el vídeo a uno de los técnicos que consiguió recuperar el audio y lo pasó por un montón de programas de rastreo, buscando vídeos e imágenes similares, y obtuvo una coincidencia. Estaba escondido en las profundidades de la web oscura. Eso es lo que te envié".

"¿En la web oscura?"

"Sí. Lo subieron ayer. Aparentemente, tenemos a alguien encubierto, haciéndose pasar por uno de esos malditos locos que se excitan con películas snuff. Estaba detrás de un muro de pago, pero se las arregló para obtener una copia."

Chase aún no me seguía.

"Stitts, tienes que deletrearme esto, estoy demasiado cansado."

"Lo siento". Había sequedad en la voz del hombre, lo que indicaba que él también estaba cansado o, lo que era más probable, perturbado por lo que había visto. Tanto ella como Stitts habían presenciado horribles atrocidades cometidas por humanos contra otros humanos, pero algunas te impactaban de forma distinta a otras.

Algunos te agotan, y éste era uno de ellos.

"Envié el vídeo para que recuperaran el audio. Mientras lo hacía, otro técnico utilizó un programa que busca similitudes entre los vídeos de la web y los de nuestro servidor local. Se identificó que el colchón aparecía en varios vídeos de una importante red oscura que vende estas cosas por un precio elevado. Al parecer, hace unos seis meses, alguien olvidó ocultar su dirección IP al descargar una de estas películas snuff. El FBI lo rastreó, averiguó quién era, lo arrestó y ahora se hace pasar por este tipo en Internet. De todas formas, parece que quien grabó este vídeo lo está vendiendo en la dark web".

Chase dejó reposar esta información.

Trabajar con Stu y pasar un tiempo en Cerberus le había enseñado más de lo que nunca quiso saber sobre lo que era posible utilizando ordenadores e Internet. Pero por muy desquiciada y retorcida que hubiera sido aquella experiencia, por muy real que se sintiera, todo era falso.

Esto, el asesinato de Emily Dawson, era real.

"¿Supongo que no hay forma de rastrear quién publicó el vídeo?"

"No, estos tipos no son aficionados. El tipo que el FBI arrestó era un contable rico. Sólo un usuario, no un productor".

"Entonces, nosotros... espera, Stitts, ¿dijiste que hubo más de un golpe en el colchón? ¿Escuché eso correctamente?"

Una larga pausa.

"Sí, hay más. Dos más." Ahora, la voz de Stitts no sólo estaba seca, estaba desecada.

Chase sintió que le subía la bilis a la garganta.

"¿Qué estás diciendo, Stitts?"

"Digo que otras dos chicas fueron violadas y asesinadas en ese mismo colchón, Chase. No creo que estés buscando a un novio de instituto cabreado. Creo que buscas a un violador y asesino en serie".

PARTE V - Secretos sucios

Capítulo 53

Tate supo que algo iba muy mal en cuanto salió de la sala de entrevistas. La falta de color en la cara de Chase, que estaba casi tan pálida como su pelo, le puso la carne de gallina.

"¿Chase?"

Ladeó la cabeza, indicándole que la siguiera. El sheriff Grimes estaba diciendo algo sobre dejar marchar a Jackson.

Jackson Grimes era un desgraciado que merecía estar entre rejas. Tate estaba convencida de que había drogado tanto a Emily como a Brent y luego les había obligado a mantener relaciones sexuales entre ellos. Había filmado el acto y luego se lo había enviado a todos en la escuela como un complot retorcido para joder con Carlos Mendoza. En el proceso, Jackson había infringido media docena de leyes. El problema era probar lo que Tate sabía que era cierto. Nadie le había visto pasar las drogas a ninguno de los dos y ahora, con la confesión de Brent, ¿creería alguien que Jackson estaba implicado?

Probablemente no. Los que pudieran estar convencidos serían disuadidos de hacerlo por el sheriff.

"Déjalo ir", accedió Tate. "Sólo dile que no salga del condado".

Grimes ya se dirigía de nuevo a la celda.

"Deprisa", dijo Chase, agarrándolo del brazo y tirando de él. Caminaron a paso ligero hasta que, al final de un largo pasillo, estuvieron fuera del alcance de sus oídos.

"No creo que Jackson matara a Emily", dijo Tate, preventivamente, aún preguntándose qué le molestaba tanto a Chase. "No creo que Jackson matara a nadie. Estoy bastante seguro de que fue él quien drogó a Emily y a Brent y los juntó para vengarse de Carlos, pero no es un asesino."

"Sé que él no lo hizo". La voz de Chase era ronca. "Mira."

Una simple directiva alentada por su compañera empujándole el móvil a la cara.

Cada segundo del vídeo que se reproducía hacía que los músculos del cuello de Tate se tensaran. Cuando terminó, le dolía todo, desde la barbilla hasta la clavícula.

"Joder". Fue más un grito ahogado que una maldición.

"Stitts lo encontró en la web oscura. Alguien lo estaba vendiendo".

"¿Venderlo?"

Chase asintió y le devolvió el teléfono.

"Sí, pero se pone peor".

A Tate no se le ocurría cómo. El vídeo era una de las cosas más

perturbadoras que había visto nunca.

"Emily Dawson no fue la primera. Dos chicas más fueron violadas y asesinadas en La Choza en ese mismo colchón".

Y así fue.

"*¿Qué?*"

Otro asentimiento.

"El primero fue hace año y medio, el más reciente, aparte de Emily, hace once meses. Stitts me envió ambos vídeos, como este, también se vendían en la web oscura".

Chase agitó el dedo sobre la pantalla y volvió a ofrecerle el teléfono a Tate. Él lo rechazó. Ya era suficiente violación y asesinato por ahora.

"Envíamelo". Chase asintió y se conectó al canal seguro del FBI en su teléfono. "¿Qué coño, Chase? ¿Cómo se nos ha podido pasar esto? ¿Cómo se me *pasó esto*? Un puto asesinato en Hawkesbury en los últimos ocho años. Eso es todo lo que encontré. No tres en un año y medio. *Joder*."

Las uñas de Tate hacían medias lunas en sus palmas.

"Eso es porque no ocurrieron en Hawkesbury. Es decir, lo hicieron, pero Stitts cree que han identificado a una de las víctimas. Se llama Marianne Lupul y no es de aquí; es de Centennial Oaks. Su cuerpo nunca fue encontrado así que, técnicamente, es una persona desaparecida sin vínculo con Hawkesbury".

"¿Dónde coño está Centennial Oaks?"

"Un pueblo a hora y media de aquí".

"¿Y fue asesinada en La Choza?"

"Mismo colchón, mismo suelo de tierra."

"¿Entonces por qué carajo el FBI no dijo nada? Estamos corriendo por aquí-"

"No lo sabían. Hasta que les envié el vídeo de Brent y Emily, no tenían ni idea de dónde se estaban cometiendo estos delitos. Ni siquiera sabían que tenían lugar en Estados Unidos".

Tate echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

"¿Esta Marianne fue a Tenbury?" Seguía furioso por haber perdido la conexión, a pesar de los atenuantes. Habían perdido todo ese tiempo entrevistando a chicos que hacía año y medio apenas habían llegado a la pubertad. ¿Se suponía que debía creer que Brent, a la madura edad de dieciséis años, era un violador y asesino en serie?

"Que yo sepa, no".

"Bueno, ¿qué coño estaba haciendo en La Choza, entonces? Pensaba que sólo lo usaban los mayores de la Academia Tenbury, tres putas visitas como los malditos fantasmas de Navidad".

"Yo también".

Chase parecía ensimismada. O tal vez el estrés del día y el horror de lo que habían visto la habían sumido en una especie de estupor.

Tate no lo creía, dada su determinación, pero todo el mundo tiene sus límites. Tal vez estaba pensando en su hermana, en cómo Georgina había sido violada sistemáticamente durante décadas tras ser adoctrinada por Brian Jalston y su retorcido hermano.

Tal vez esto golpeó demasiado cerca de casa.

Chase era el que normalmente seguía adelante pasara lo que pasara. Ahora, era el turno de Tate para desempeñar ese papel.

"¿Stitts dijo que quien hizo estos videos los estaba vendiendo en la web oscura?"

"Sí, dijo que estaban detrás de un muro de pago muy caro".

Tres violaciones y tres asesinatos. Tate podía creer, aunque fuera improbable, que Brent estuviera detrás del asesinato de Emily y que las similitudes de lugar y situación con las otras dos víctimas fueran pura coincidencia. Pero pensar que Jackson o Brent o los otros tuvieran algo que ver con estas otras muertes era ridículo.

Entonces, ¿a quién buscaban?

Quienquiera que fuera conocía La Choza, lo que lo reducía a un antiguo alumno de Tenbury o a alguien familiarizado con la escuela y sus tradiciones; lo más probable, en cualquier caso. Una de las motivaciones también tenía que ser el dinero, de lo contrario, el autor se quedaría con los vídeos para su visionado personal. Asistir a Tenbury era exorbitantemente caro.

¿Padre o madre? ¿El padre de un alumno?

La madre de Carlos encajaba, excepto que no violaba a nadie.

¿Entonces quién?

El sheriff Grimes dobló la esquina y, al verlos, les indicó que se acercaba.

Bingo.

Una bombilla se encendió en la cabeza de Tate.

"¿Agentes?" Dijo el Sheriff Grimes, agitando la mano en su dirección.

Tate le ignoró y se acercó a Chase.

"¿Cuánto crees que gana un Sheriff del Condado al año?"

Chase le miró como si estuviera loco.

¿"Chase"? ¿Sheriff Grimes? ¿Cuánto gana?"

Grimes estaba a sólo unos treinta pies de distancia ahora.

Chase se encogió de hombros.

"¿No lo sé? ¿Alrededor de cuarenta? ¿A dónde quieres llegar?"

Tate no contestó. No le hacía falta. Su siguiente pregunta dejó las cosas claras.

"¿Y un director de un prestigioso colegio privado?".

"¿Ochenta? ¿Noventa en el extremo superior? Pero probablemente le hagan un descuento por enviar allí a su hijo".

"Sí, pero sigue siendo mucho dinero".

"Tate, realmente no crees que ellos dos puedan tener algo que ver con esto, ¿verdad?"

Sí, mucho.

Pero Tate no tuvo tiempo de responder.

El sheriff Grimes se acercó a ellos y parecía muy afligido.

"Mira, sólo le estaba haciendo preguntas a Jackson, ¿de acuerdo? Sé que..."

"No se trata de Jackson", dijo Grimes en un tono que habría captado inmediatamente la atención de Tate si su expresión no lo hubiera hecho ya. "Se trata de Brent Matthews".

Tate veía ahora al chico bajo una luz diferente. Vio a Brent eclipsado por su padre vestido con una máscara de cuero.

¿Robert había convencido a su hijo de confesar el asesinato de Emily para salvar su propio culo?

No, eso fue saltar demasiado lejos.

"¿Qué pasa con él?"

El sheriff parecía sufrir dolores físicos cuando dijo: "Carlos Mendoza salió de aquí hace unos treinta minutos y se fue directamente al hospital. El ayudante Jardine acaba de avisarme: Carlos ha asfixiado a Brent Matthews con una almohada".

Capítulo 54

Hace una hora, Chase investigaba la violación y el asesinato de una estudiante de instituto. Hace treinta minutos, buscaban a alguien que había violado y asesinado al menos a tres chicas jóvenes y vendido los vídeos en la web oscura. Ahora, se dirigían al hospital para detener a un estudiante de instituto que había asfixiado a uno de sus compañeros. Un compañero que, Chase estaba casi seguro en ese momento, había confesado por error haber matado a Emily Dawson.

Vaya puto primer caso para la CVU.

"No. Chase ni siquiera estaba segura de lo que estaba negando: algo, todo o nada de lo que había sucedido en el transcurso de unos pocos días.

Sin embargo, esta ambigüedad no impidió que el sheriff Grimes respondiera.

"Sí, supongo que Carlos vio el vídeo y oyó que Brent confesó haber matado a Emily. Perdió el control".

No era eso. No era suficiente. Era por el bebé, tenía que ser por el bebé. ¿Pero cómo coño se enteró Carlos de eso?

¿Se lo dijo Ava?

No, eso no tenía sentido.

"Lo que quiero saber es cómo se las arregló Carlos para entrar en el hospital, pasar junto a uno de sus ayudantes y el padre de Brent, entrar en la habitación de Brent y taparle la cara con una almohada sin que nadie dijera ni hiciera nada", espetó Tate. "¿Cómo *coño* ha ocurrido?"

Por primera vez desde que llegó al condado de Hawkesbury, el sheriff Grimes se quedó sin palabras. No parecía enfadado ni molesto, sólo confundido.

¿Podría estar realmente detrás de esto? se preguntó Chase. Eso era lo que Tate había sugerido, aunque no explícitamente.

Robert Matthews y Hal Grimes, ¿eran uno o los dos asesinos? El hombre delante de la cámara no era en absoluto el sheriff, sus cuerpos eran completamente diferentes, pero Robert era más o menos del mismo tamaño y complexión que el hombre de la máscara.

¿Era todo esto -todos estos asesinatos y violaciones- sólo una forma de ganar suficiente dinero para enviar a sus hijos a la Academia Tenbury?

"Chase, ¿tienes tu coche aquí?" preguntó Tate. Como ella no respondió, volvió a formular la pregunta.

"¿Hmm? Sí."

"¿Crees que puedes ir a La Choza, a ver si hay algo que nos hayamos perdido?"

Chase frunció el ceño.

¿De qué estaba hablando Tate? El lugar era un desastre absoluto. Hacía tiempo que habían llegado a la conclusión de que en La Choza no había forma de distinguir las pruebas de la basura.

"¿Por qué?", preguntó sin rodeos.

"Por el... vídeo". Tate estaba claramente moderando sus palabras, no queriendo revelar nada al sheriff.

¿Había visto Tate algo en el vídeo del asesinato de Em que ella no había visto?

"Iré con el sheriff al hospital, hablaré con Carlos".

La miró fijamente hasta que ella se sintió incómoda.

Chase se dio cuenta de que no se trataba de pruebas en La Choza. Se trataba de que a Tate le ponía nervioso que ella estuviera cerca del sheriff Grimes o del director Matthews porque pensaba que eran asesinos.

En condiciones normales, esto habría hecho estallar a Chase. Pero se sintió un poco como cuando entrevistó a Ava la primera vez. Este caso era diferente. Este caso la había afectado.

De vuelta en la habitación del hotel, Chase había leído casi todo lo que Em había escrito en su Planificador de historias. Realmente había sido una escritora decente. Tal vez, con el tiempo, se convertiría en una gran escritora.

Pero ahora el mundo nunca lo sabría.

"De acuerdo", dijo Chase, sorprendiéndose incluso a sí misma. "Mantenme informado. Y cuídate".

Tate, sin dejar de mirarla, alargó la mano y le apretó el hombro.

"Tú también".

***

Cuanto más se acercaba Chase a la Choza, más pensaba que quizá se les había escapado algo. Era consciente de que podría tratarse de un mecanismo de compensación, de que su mente intentaba que lo que estaba haciendo pareciera útil después de haber consentido el chovinismo bienintencionado de Tate.

Pero tal vez no.

llamó Stitts justo cuando Chase giraba por el camino de tierra que llevaba a La Choza.

"Eh", dijo ella, preocupada por si el hombre había encontrado aún más vídeos.

"Creo que he encontrado algo más. Marianne Lupul no fue a Tenbury, pero lo solicitó y fue rechazada. En cuanto a la otra víctima, el reconocimiento facial tiene una probabilidad del 65% de que sea una chica desaparecida llamada Tanya Belk de Brookfield Hollow, a una hora de donde estás. Si es ella, también solicitó plaza en Tenbury,

pero fue rechazada".

De repente, la teoría de Tate tuvo más peso. El director definitivamente sabría quién solicitó y fue rechazado de la escuela. No era una pistola humeante, pero tampoco era exculpatoria.

"¿Chase? ¿Esto ayuda?"

Chase se detuvo frente a La Choza. Saber lo que había pasado aquí le daba un aspecto aún más siniestro. Esto no era la casa de la Bruja de Blair, era el apartamento de Dahmer.

Se estremeció.

"Creo que sí. Stitts, necesito tu ayuda con algo. En aproximadamente media hora, quiero que hagas una llamada, y hay algo muy específico que quiero que digas. ¿Crees que puedes hacerlo por mí?"

"Claro".

Chase explicó lo que quería que dijera Stitts y luego colgó.

Recordando la historia de Ava, decidió buscar primero en el exterior de La Choza. A la derecha del edificio había una serie de árboles, delgados durante los primeros cinco pies más o menos hasta que se volvieron mucho más densos. Chase imaginó a Ava de pie en su lugar exacto, dando golpecitos con el pie, instando a su amiga a que se diera prisa y orinara en el palo del embarazo.

Qué torbellino debieron de ser las últimas horas de la vida de Emily. Muy emotiva porque estaba embarazada y optimista ante la perspectiva de recuperar a sus amigos. ¿Creía que podría traer a Carlos al redil?

Probablemente.

Conocer a Ava debe haberla llenado de euforia. Como en los viejos tiempos.

Qué rápido cambiaron las cosas.

Chase se acercó a los primeros árboles y utilizó el pie para remover suavemente la tierra.

Nada.

Miró a derecha e izquierda y se detuvo. Había algo, algo blanco, un nudo, que sobresalía del suelo.

Chase se acercó y sacó un pañuelo del bolsillo. Se puso en cuclillas y lo cogió.

Era una prueba de embarazo blanca y azul.

Sopló la suciedad de la ventana, revelando dos líneas.

Chase estaba pensando en que Emily nunca sabría con certeza que había estado embarazada y preguntándose si eso era bueno o malo, cuando se detuvo otro coche.

Volvió a bajar la prueba a la tierra y accionó el broche de retención de su funda. Incluso cuando Chase vio que se trataba de un vehículo del Departamento del Sheriff, mantuvo la mano en la culata del arma,

lista para desenfundar.

Pero no era el Sheriff Grimes. En su lugar salió el ayudante Dean Jardine, el del bigote. Chase volvió a abrocharse la funda y saludó. El ayudante pareció tan sorprendido de verla como ella de verlo a él.

"Agente Adams, ¿qué está haciendo aquí?"

"Podría preguntarte lo mismo", respondió Chase. "Pero en vez de eso, quiero preguntarte otra cosa. Quiero preguntarte sobre el Sheriff Grimes".

Dean le había dicho a Tate que había algo podrido en el condado de Hawkesbury. Quería saber exactamente hasta dónde llegaba la infección.

"Sí, creo que puedo hacerlo", dijo el diputado Dean Jardine. "¿Qué quieres saber sobre el propio Hal Grimes de Hawkesbury?"

Capítulo 55

Robert Matthews estaba de rodillas, lamentándose.

En definitiva, fue una reacción bastante natural para alguien que acababa de perder a su hijo.

¿Pero era natural para un hombre que había matado a tres mujeres?

El sheriff Grimes no ayudaba. Estaba tan enfadado que, por una fracción de segundo, Tate pensó que iba a agredir físicamente al ayudante Tim Jardine, que parecía desconcertado y un poco confuso.

"¿Cómo coño dejaste entrar a Carlos aquí? ¿Él asesinó a Brent mientras tú estabas parado frente a la *maldita puerta*?"

"No lo vimos", dijo Jardine como si esto fuera una excusa adecuada. "Estábamos hablando fuera de la habitación y..."

"La jodiste, Jardine. La *cagaste*".

El sheriff Grimes se apartó del ayudante y Tate, convencido ahora de que la temperatura se había calmado, dirigió su atención a Carlos Mendoza.

Carlos era un adulto, pero con la cabeza y las manos esposadas a la espalda, parecía un niño pequeño.

Un niño capaz de asesinar.

El ayudante del sheriff Lane hizo desfilar estúpidamente a Carlos delante de Robert Matthews. Incluso en su extrema pena, el director se dio cuenta del chico y se puso en pie de un salto.

"¡Mataste a mi chico!" Una vez más, el ayudante Jardine fue lento en la toma y Tate se interpuso entre ellos primero. "¡Mataste a mi maldito hijo!"

"Tranquilo, Robert, tranquilo." Luego al ayudante Lane, Tate le dijo: "Saca a Carlos de aquí".

Carlos no reaccionó ante la ira de Robert. No se defendió, aunque habría sido difícil con las manos esposadas a la espalda. Pero tampoco intentó apartarse. Tampoco dijo nada. Simplemente lo aceptó.

"No, llévatelo tú. Jardine, llévate a Carlos a comisaría", ordenó el sheriff Grimes, que quería perder de vista al ayudante.

Lane entregó gustosa al prisionero pero, sabiendo que el sheriff Grimes era capaz de arremeter contra cualquiera que se le acercara, siguió a Jardine por el pasillo.

Robert se derrumbó de nuevo.

"*Asesinó a* mi hijo..."

Una enfermera intentó consolar al Sr. Matthews y Tate se echó atrás.

Este lugar está jodido, pensó.

"¿Cómo ha pasado esto?"

Tate miró al sheriff Grimes, pero el hombre no le había hablado,

sino que murmuraba para sí mismo.

¿Estaba este hombre realmente detrás de esos vídeos?

Estaba absolutamente derrotado.

"¿Por qué no nos querías aquí?" Tate preguntó, tratando de llegar al fondo de esto.

"¿Qué quieres decir?"

"Sólo digo", Tate señaló hacia los dos ayudantes del sheriff que se acercaban a la entrada del hospital. "Parece que te vendría bien nuestra ayuda".

El sheriff Grimes arrugó el ceño.

"¿Qué quieres decir?"

¿Estás siendo deliberadamente denso?

Tate decidió utilizar su encanto patentado.

"Mire, le oí discutir con el ayudante Jardine cuando llegué aquí. Y luego mi compañero me dijo que su ayudante Jardine dijo que usted estaba furioso porque él llamó al FBI. Lo entiendo, no querías que otra persona cortara tu césped, ¿verdad?"

¿No querías que nadie descubriera que estabas asesinando a chicas jóvenes en una película?

El sheriff Grimes hizo una mueca.

"¿Esto es un puto juego? ¿Un truco? ¿A qué estás jugando, Tate?"

Tate dio un cauteloso paso atrás.

"Mira, yo..."

"No, mira tú, joder". Grimes se puso en su cara y Tate se tensó. "En primer lugar, *yo fui* quien os llamó, no Tweedledee o Tweedledum. *Yo*. Y no estábamos discutiendo sobre vuestra implicación. Le estaba gritando a Jardine porque la había cagado. La noche que Emily fue asesinada, recibimos una llamada anónima de que había autos haciendo ruido cerca de The Shack. Lo despacharon y dijo que no vio nada. Pero, obviamente, yo..."

"Espera un segundo. Hubo una llamada y el ayudante Jardine salió, ¿pero no vio nada? ¿Por qué coño no nos lo dijiste antes?"

El sheriff Grimes retrocedió.

"¿Sabes lo difícil que es conseguir diputados en Hawkesbury? Es casi imposible. Te digo que la ha cagado tanto que no tengo más remedio que despedirle. *Tengo que* hacerlo. Y no puedo hacerlo. No después de..."

"Hal, ¿cuánto hace que los hermanos Jardine son ayudantes del sheriff en el condado de Hawkesbury?" intervino Tate.

"Los contraté hace unos dos años. ¿Por qué?"

"¿Son locales?"

Un jadeo repentino y un sollozo llamaron su atención antes de que Hal pudiera responder. Tanto Tate como el sheriff miraron a Robert Matthews. Llevaba el móvil en la mano, pero mientras lo miraban

empezó a temblar tanto que se le cayó al suelo. No hizo ningún esfuerzo por recogerlo.

"¿Robert?", preguntó el sheriff. La enfermera seguía a su lado e intentaba que le dijera qué le pasaba.

Robert no dijo nada. Se levantó y empezó a alejarse. Su andar era extraño, descoordinado.

"¿Robert?" El Sheriff Grimes trató de agarrarlo, pero Tate se interpuso en su camino.

"Déjalo ir."

"Pero..."

"Déjalo ir. Hal, necesito saber si los Jardines son de Hawkesbury. ¿Fueron a la Academia Tenbury?"

"Sí, sí, lo hicieron. ¿Qué pasa, Agente Abernathy?"

Tate sintió que el mundo se le venía encima.

Se equivocaron. *Todo* este tiempo, se equivocaron.

"Joder, joder, joder, joder".

Recordó la extraña expresión de la cara del ayudante Jardine cuando Tate le dijo: "Menos mal que me has llamado". En aquel momento, había pensado que se debía a que Dean se sentía incómodo por actuar a espaldas de su jefe. Pero no era eso. Era porque él no había hecho esa llamada.

Sheriff Grimes tenía.

"Hal, dime algo. ¿Hablaste con la Sra. Dawson? ¿Le dijiste a la Sra. Dawson que no hablara con el FBI?"

"Tate, no sé..."

"¡Dímelo de una puta vez!"

"No-no, ¿por qué iba a hacer eso?"

Otra suposición frustrada.

¿Qué había dicho Jennifer Dawson? Algo así como: "El Departamento del Sheriff nos dijo que Carlos asesinó a Emily".

El *Departamento del Sheriff,* no el *sheriff*. ¿Y por qué haría eso el ayudante Jardine?

Tate tragó saliva.

Porque querían que el FBI se fuera.

Y Carlos... ¿cómo se enteró Carlos de que Emily estaba embarazada de él, lo que probablemente le puso por las nubes?

Sólo había un camino.

Tate se lo había dicho a Chase cuando el ayudante del decano Jardine estaba junto a ellos, joder.

"Sheriff, ¿quién liberó a Carlos esta tarde?"

"Tim".

Sí, claro. Y se le escapó la confesión de Brent y el embarazo.

Con la aparición del nuevo vídeo, era sólo cuestión de tiempo que se pusiera en duda la legitimidad de la confesión de Brent. ¿Y qué

mejor manera de asegurarse de que no podía ser puesta a prueba que si Brent estaba muerto?

Dean Jardine, el hermano de Tim, estaba mirando hacia otro lado cuando Carlos apareció con malas intenciones.

"Maldita sea", maldijo Tate.

Sacó el móvil y cargó el vídeo que Stitts había enviado a Chase. Era un riesgo mostrárselo al sheriff Grimes, pero ahora estaba desesperado.

"Sólo mira esto, ¿de acuerdo?"

Empezó el vídeo.

"¿Qué coño?"

"¡Sólo mira!"

El sheriff Grimes se encogió y gimió pero, para su honra, consiguió superarlo.

"Eso es horrible. Cuando..."

"Escucha. Cuando el hombre de la máscara va detrás de la cámara y vuelve, ¿es la misma persona?"

"No sé a qué te refieres. ¿De dónde has sacado esto...?"

"Concéntrate", gritó Tate en la cara del sheriff. "Cuando el hombre sale del plano y vuelve, ¿parece el mismo hombre?"

Grimes se aclaró la garganta.

"Muéstralo otra vez".

Tate lo hizo y el sheriff negó inmediatamente con la cabeza.

"Es una persona diferente. Mira, ¿ves eso? Cuando el tipo sale parece que tiene un fino bigote ahí, en el agujero de la boca. No tiene eso al principio".

Y eso era exactamente lo que Tate había visto pero no había registrado.

Take se guardó el teléfono en el bolsillo y echó a correr. Como cuando Robert se había alejado extrañamente, Hal gritó tras él, pero no se detenía.

Un ayudante del sheriff, de espaldas a él, estaba metiendo a Carlos en un coche.

Tate sacó su pistola.

"¿Ayudante Jardine?" El hombre se giró. Era el ayudante Lane. "¿Qué coño le ha pasado al ayudante Jardine?"

El hombre puso cara de guppy.

"No lo sé, me dijo que llevara a Carlos".

Tate apretó la mandíbula y escrutó el aparcamiento. Sólo había otro vehículo del Departamento del Sheriff, y lo reconoció como el que conducía Grimes.

"¡Joder!"

"¿Qué está pasando?"

Tate se dio la vuelta. Había olvidado que su arma aún estaba fuera,

y el Sheriff Grimes se agachó.

"¡Tranquilo!"

Tate guardó el arma.

"¿Dónde está el ayudante Jardine?", preguntó.

El sheriff miró por encima del hombro de Tate, vio a Carlos y a la ayudante Lane, y luego miró hacia atrás, confuso.

"No lo sé. Estabas allí, le dije que acogiera a Carlos".

"Él no, el *otro* ayudante Jardine. ¿Dónde está ahora?"

"Yo no..."

"¡No me digas que no lo sabes! ¿Dónde está el otro Jardine?"

"Creo que dijo que iba a La Choza".

Algo dentro de Tate se rompió.

Capítulo 56

"¿Qué piensas del Sheriff Grimes?"

"Bueno, Chase, creo que Hal es un puto marica. Se cree el dueño de esta ciudad, pero no es dueño de una mierda. Nunca lo fue. No tiene ni puta idea de lo que pasa delante de sus narices".

Chase había pedido honestidad, pero esto fue más sincero de lo esperado.

"¿En serio?"

El vicedecano Jardine se echó a reír.

"¿Ah, sí? ¿Sabías que le gusta vigilar a las chicas que solicitan plaza en Tenbury pero no entran?". Los ojos de Chase se abrieron de par en par, recordando lo que Stitts le había contado sobre Marianne Lupul y Tanya Belk. "Sí. Me pregunto qué le gusta hacer con ellas".

Chase tenía una idea bastante clara de lo que al sheriff Grimes le gustaba hacer con esas chicas.

"¿Qué pasa con Robert Matthews?"

El diputado volvió a reírse.

"¿Qué pasa con él?"

"Quiero decir, ¿él y el sheriff son cercanos? Robert parece tener algo sobre Grimes".

El ayudante Jardine cerró los ojos y empezó a reírse como si recordara un viejo chiste.

"Robert, Robert, Robert. También es un pedazo de mierda. Robando dinero de la escuela sólo para devolverlo en la matrícula para Brent. Un poco jodido si me preguntas. Todo parece inútil ahora, ¿no?"

Chase hizo una mueca.

"¿Robert estaba robando en la escuela? Espera-espera."

Su teléfono estaba sonando, y vio que era Tate.

"No te lo vas a creer", dijo Chase, poniendo el teléfono en altavoz. "Pero ayudante..."

"¡Es Jardine!" Tate gritó. "¡Chase, no es el sheriff, son los hermanos Jardine!"

"¿Qué...?"

Algo la golpeó en la base del cráneo y Chase se dejó caer. El teléfono voló de su mano y aterrizó boca arriba en la tierra, no muy lejos del test de embarazo positivo de Emily Dawson.

***

"¿Chase?" Tate gritó. "Chase, ¿me has oído? ¡No es el sheriff, es el ayudante Jardine! ¿Chase? ¡¿Chase*?!*"

Tate gritó el nombre de su compañero al teléfono varias veces más antes de darse por vencido.

El sheriff Grimes le agarró por el brazo. Si estaba molesto porque Tate le creyera capaz de crímenes tan atroces, no lo demostró. Más impresionante aún era que, aunque Hal sólo tenía la mitad de la información que poseía el FBI, parecía haber llegado a la misma conclusión que Tate.

Tate fue arrastrado hacia el coche del sheriff y subió al asiento del copiloto. Grimes lo puso en marcha y encendió las luces.

Entonces lo disparó.

Pero por muy rápido que condujeran no sería suficiente. La Choza estaba en las afueras de la ciudad y el ayudante del sheriff Dean Jardine ya estaba allí con Chase.

Las gemelas habían tardado menos de dos minutos en violar y matar a Emily Dawson delante de la cámara. Más o menos lo mismo para Marianne y Tanya.

Y por mucho que Tate se dijera a sí mismo que la llamada se había cortado porque la recepción era mala, sabía que no era así.

"¿Tienes a alguien cercano a La Choza? ¿Alguien en quien confíes?"

"Nadie", dijo el Sheriff Grimes. "El único ayudante que tenemos es Barill, pero hoy está fuera. Vive en el extremo oeste".

"¡Joder!"

Grimes condujo aún más rápido.

"¿Hay alguien a quien puedas llamar? *¿Alguien*?" Tate estaba desesperado.

"No. Yo no..."

Un coche frenó inesperadamente delante de ellos, y el sheriff tiró del volante hacia un lado con tanta fuerza que el coche quedó suspendido sobre dos ruedas durante un segundo entero antes de caer de golpe al suelo.

"No hay nadie. No puedo..." Grimes se detuvo. "Espera, oh joder, hay alguien a quien puedo llamar. No te va a gustar, pero está cerca y..."

"¡Me importa una mierda quién sea!" Tate gritó. "¡Si confías en ellos, sácalos, sácalos y salva a mi compañero!"

Salva a mi compañero antes de que el ayudante Jardine haga otra película snuff esta vez con Chase Adams.

Capítulo 57

"La primera vez que violamos a alguien en este mismo colchón, mi hermano y yo aún estábamos en la Academia". El decano Jardine ajustó el teléfono montado en el trípode mientras hablaba. "Estábamos en el último curso y era la segunda vez que veníamos aquí, después del baile de graduación. Todo el mundo estaba borracho, y me refiero a *todo el mundo*. La mayoría ya se había subido a un taxi y se había marchado, pero yo no. ¿Recuerdas cuando dije que todo el mundo estaba borracho? Sí, cuenten conmigo en esa lista. Me desmayé. Debí tomarme unas quince cervezas, probablemente más. En fin, estaba dormido en el piso de arriba cuando sentí algo clavándose en mi costado. Era Tim pateándome las costillas".

Dean se acercó a la parte trasera del teléfono y ajustó la línea de visión. Chase intentó gritar algo, pero la sucia mordaza que tenía en la boca se tragó todas las consonantes.

"'Vamos, levanta el culo', me dijo. Yo no quería levantarme. Estaba feliz donde estaba, borracho como una cuba. También estaba un poco cabreado. Para ser honesto contigo, pensé que me iba a follar a mi cita del baile. Maggie Bartok... tenía unas putas tetas enormes". Salió de detrás del teléfono y se llevó las manos al pecho. "Estoy hablando de grandes tetas. Pero se emborrachó y se vomitó encima. Tuvo que irse a casa temprano. De todos modos, Tim me dice otra vez que levante el culo, pero declino su amable oferta. Así que me levanta. "¿Adónde coño vamos?", pero no me lo dice". Dean se rió. "Así es Tim. Me lleva abajo y hay un tipo, creo que se llamaba Brian, no lo sé, y está tumbado boca abajo en el suelo. Y una mierda. Me río, pensando que esto es lo que Tim quería enseñarme, pero me manda callar de una puta vez y me lleva hasta aquí, donde estás tú ahora. Y entonces, muy despacio, como un mago con su gran revelación", el ayudante del sheriff hace la mímica y Chase se da cuenta por primera vez de que ya no lleva el uniforme, va vestido de negro y lleva algo en la cabeza. Algo enrollado como un gorro de lana doblado sobre sí mismo.

Chase sabe que es la máscara.

"*¡Yank!* Corre la cortina y la veo: Stephanie Millward. Ahora, déjame preparar el escenario para ti, Chase".

Una vez más, Chase intentó gritar, pero el sonido era patéticamente débil e ininteligible. Tenía las manos atadas con cremalleras y para levantarse tuvo que rodar. Pero en cuanto empezó a moverse, Dean se abalanzó sobre ella y le puso una bota en el hombro, sujetándola dolorosamente.

"No irás a ninguna parte. Sólo escucha. Ninguna de ustedes, perras, quiere escuchar. Así que, como iba diciendo, su nombre era Stephanie Millward. No es la chica más sexy de la escuela, pero casi, ¿sabes?

Digamos que sale con las chicas atractivas, y es linda pero un poco menos atractiva que las demás. Pero aquí está la cosa: ella tenía el cuerpo más dulce que hayas visto en toda tu vida. No tenía unas tetas enormes como Maggie, pero eran firmes y bonitas, y un culo de puta madre... oh, nena, podrías hacer rebotar monedas de ese culo. Y aquí está, tumbada en el colchón completamente desmayada. Su mano está sobre su cabeza y lleva puesta esta linda falda, es la graduación, ¿verdad? Y este es su segundo atuendo. Tiene los dos botones de la camisa desabrochados y no lleva sujetador, nunca lo ha necesitado. Puedo ver el contorno de un pezón rosa y no te voy a mentir. Borracho o no, se me puso dura en segundos".

Dean quitó el pie del hombro de Chase y empezó a caminar. También empezó a frotarse no sutilmente la entrepierna a través de sus vaqueros negros.

"Ahora, yo era feliz simplemente arrancando uno allí mismo, pero tenía a mi hermano a mi lado, lo que es un poco raro. Tim, tiene esta idea, ¿verdad? Se pone de rodillas y tira de la camisa de Stephanie hacia atrás sólo un poco. Y luego se pone de pie como si esperara que ella se despertara y dijera: "¿Qué diablos estás haciendo?". Y yo estoy medio inclinado hacia la cortina, listo para salir corriendo. Pero ella no se mueve. Esperamos unos segundos y entonces Tim se agacha y le tira un poco más de la camiseta. Y luego un poco más. ¿Y adivina qué? Stephanie gime. Le está gustando. Le *encanta*. Animado, Tim le retuerce un poco el pezón y ella gime aún más fuerte. Lo siguiente que sé es que le está masajeando el coño a través de las bragas. No sé por qué saco el móvil, pero lo hago y empiezo a grabar. Y cuando Tim termina de follársela, graba mi turno. Creo que me va a llevar un rato porque, ya sabes, estoy borracho, pero me corro rapidísimo. Y ella *sigue sin* despertarse. Y eso es lo más caliente, Chase. De verdad, es tan jodidamente caliente".

Dean estaba tan excitado que empezaba a sudar.

Chase, por su parte, sólo escuchaba a medias la desquiciada fantasía del loco.

¿Cómo pudieron equivocarse tanto en todo?

Estaban tan centrados en el drama adolescente que se perdieron el panorama general. Algo estaba podrido en el condado de Hawkesbury, Ava lo había dicho, y Chase sabía en el fondo que era cierto.

No, no *algo*; dos *cosas*. Tim y Dean Jardine.

"Al día siguiente, lo juro por Dios, estoy tan asustada que apenas puedo funcionar. Ni siquiera puedo mirar a mi hermano. No dejo de pensar que la policía va a aparecer en la puerta y nos va a detener. Pero no pasó nada ese primer día ni el segundo. Ni el tercero. Y después de una semana, empecé a pensar que tal vez me lo había imaginado todo. Después de todo, el sexo no podía ser tan bueno,

¿verdad? Pero entonces miré mi teléfono y encontré el vídeo. Oh, sí que pasó. Sucedió, y *fue* así de bueno. Al principio, era sólo un pequeño y sucio secreto mío y de Tim. Un secreto asqueroso, se podría decir. Como ese colchón". Se rió como si fuera el chiste más divertido del mundo. "Voy a saltar hacia adelante unos seis meses. En algún momento, Tim sacó el vídeo de mi teléfono; ni idea de cómo, pero lo hizo. Y lo publicó. Prometió que sería anónimo, que no se nos verían las caras y que nunca nos descubrirían. Estaba enfadada, *muy* enfadada, pero entonces ocurrió algo muy extraño. La gente comentaba el vídeo. Les encantaba. Querían más. Y querían *pagarnos"*.

Dean estaba tan ensimismado con su propia historia que no oyó el bajo y resonante estruendo procedente del exterior. Era distinto y débil, y si Chase no lo hubiera oído antes, no estaba segura de haberlo reconocido por lo que era.

El motor de un coche clásico.

Chase odiaba esta historia y, hasta ese momento, deseaba desesperadamente que terminara. Pero ahora le rogaba a Dean que siguiera hablando. Cuanto más hablaba, más excitado se ponía y menos probable era que oyera el coche.

"Marianne", dijo, aunque debido a la mordaza, salió *ahihahn*.

Pero Dean la entendió. Y sonrió.

"Me imaginé que eventualmente te enterarías de ella. Pero te estás adelantando demasiado, Chase Adams. Pero bueno, puedo ver que estás emocionado. Me saltaré las partes aburridas. Nos acababan de contratar como ayudantes del sheriff y nuestro primer caso era buscar un dinero que había desaparecido de las arcas de Tenbury. Maldito pueblo de mierda. De todos modos, era una broma. Todo lo que teníamos que hacer era mirar quién tenía acceso al dinero y seguirlo. Robert Matthews era el que robaba del fondo de caridad y luego lo devolvía para la matrícula de Brent. Y era tan jodidamente obvio al respecto.

"Todo este asunto del dinero nos puso a pensar... y con ganas de hacer otro vídeo. Pero no íbamos a ser estúpidos como Robert: no cagues donde comes, ¿verdad? No queríamos apuntar a las chicas de Tenbury porque eso nos traería toda la bronca. Pero Tenbury atrae a solicitantes de todo el estado. Pensamos en ello y decidimos que, aunque los estudiantes de Tenbury estaban fuera de los límites, las chicas de lejos que aplicaron pero no fueron aceptadas podrían ser buenos objetivos. Chicas desesperadas, ¿sabes? Hicimos un trato con Robert: podía seguir robando calderilla de Tenbury mientras nos diera una lista de todas las solicitantes que cumplieran ciertos requisitos. Y, *voilá*, nació una relación".

"¿Debe?" Preguntó Chase.

"¿Lo sabía?" Dean repitió.

El sonido del motor se acercaba. Pronto sería imposible no oírlo.

"Es una buena pregunta. Sabes, estoy indeciso al respecto. Tim piensa, sí, él tiene que saber. Pero yo no estoy tan seguro. Robert es un poco idiota. Ese tipo está tan desesperado por seguir siendo relevante, para permanecer principal, que va a hacer casi cualquier cosa. Así que, ¿quién sabe?

"Volviendo a la historia... la primera chica en la que nos centramos, como dijiste, fue Marianne Lupul. No fue tan difícil convencerla de que viniera, sólo inventamos una mierda sobre una verificación de antecedentes o... ni siquiera recuerdo exactamente qué. Fue idea de Tim darle una bebida con un poco de Rohypnol. Lo gracioso es que en realidad lo conseguimos de Daniel Mendoza. Bueno, técnicamente fue la droga de violación de Jackson Grimes... Esta vez, con Marianne tengo que ir primero. Y estuvo bien. No tan bueno como Stephanie, pero casi. Luego, cuando Tim se la estaba cogiendo, empezó a despertarse".

Chase se encogió de hombros. Conocía esta parte de la historia porque había visto el vídeo. Era uno de los que Stitts le había enviado.

"No sé si Tim intentaba matarla o si sólo intentaba que se callara poniéndole la mano en la boca y la nariz. Entonces ella empezó a patalear y él siguió apretando. Pensé que iba a hacer que se desmayara, pero la apretó tan fuerte que la zorra se murió. Y luego Tim termina más o menos al mismo tiempo. Supongo que fue por accidente, nunca le pregunté al respecto, para ser honesto.

"Sirve para un buen video, pero el pánico se instala rápido. No podemos dejarla allí. La buena noticia es que era verano, y ningún mayor iba a venir a La Choza por un tiempo. Cavamos un maldito hoyo y la enterramos atrás. Tan simple como eso. Y entonces, como con Stephanie, el primer día pasa y estoy tan jodidamente ansioso. Pero no pasa nada. Pero no pasa nada. *Nada*. No recibimos una alerta de personas desaparecidas a través del sistema Hawkesbury, nada del Estado, tampoco. Esperamos tres semanas, sólo para estar seguros. Entonces Tim sube el video y esta vez, hace pagar a esos locos. Diez mil pavos por ver el vídeo. Jodidamente absurdo, ¿verdad? Pero, ¿quieres saber qué pasó, Chase?"

Dean hizo una pausa en busca de una respuesta, pero Chase se negó a dignificar su pregunta con una.

Se encogió de hombros y continuó.

"Demasiada gente quería verlo y entró demasiado dinero. Demasiado sospechoso. Lo mantuvimos dos semanas y ganamos más dinero que nuestros sueldos anuales *juntos*. Luego lo quitamos y seguimos con nuestras vidas. Incluso nos dijimos que *nunca más*. Pero ya sabes cómo es. Un día tienes una resaca de locos y prometes no volver a beber. Pasa el tiempo. Y, créetelo, la siguiente cerveza, tres

días o una semana después, sabe de puta madre. Además, no era justo. Tim tuvo toda la diversión. Era mi turno. Hicimos lo mismo con Tanya Belk. Sólo que yo tuve que matarla, y tengo que decirte que fue mejor que con Stephanie".

Dean definitivamente oyó el coche ahora. Chase se dio cuenta por la forma en que aceleraba su relato.

"Tim publica este nuevo vídeo y ocurre lo mismo. Estamos rodando en él. El domingo por la mañana recibo una llamada sobre un disturbio en La Choza. Lo primero que pensé es que alguien había descubierto el cuerpo de Tanya o Marianne, aunque eso no tenía sentido; la llamada era una queja por ruido. Pero vengo aquí y no hay nadie. Me siento un poco nostálgica, así que bajo y... no me lo puedo creer. Es Emily Dawson. Desnuda. Desmayada. Es como un regalo de Dios. Llamo a Tim de inmediato y le digo que traiga su culo aquí. No está tan impresionado como yo. Y no quiere hacerlo, dice que está demasiado cerca de casa. Pero no puede resistirse y realmente no hay forma de que esto vuelva a nosotros. No la atrajimos a ninguna parte; Emily ya estaba aquí. Tim se lo hace con ella y nosotros conseguimos el vídeo. Y entonces, mientras estamos terminando, oímos a alguien volver. *Joder*, ¿verdad? Tim consigue salir, pero yo me quedo atrás, feliz de haber aparcado lo suficientemente lejos -por si acaso- para que fuera improbable que quienquiera que fuera viera nuestro coche".

Dean levantó la vista y entornó los ojos, obviamente concentrado en el sonido.

Chase gritó tonterías para intentar distraerlo, pero él la hizo callar.

"Es Brent Matthews, el ex novio de Emily. Baja las escaleras, buscando algo, su teléfono, y entonces la ve. Estoy como, justo ahí". Dean señala la esquina del sótano. "Todo lo que tenía que hacer era mirar en mi dirección, pero no lo hace. Entonces se asusta y sale corriendo".

"¿Por qué *mientes a los demás*?"

¿Por qué no enterraste a Emily como los demás?

"Bueno, esa es la cosa, hablamos de ello, y para ser honesto, íbamos a hacerlo. Pero entonces, Brent y Carlos y todo ese lío... aún así, íbamos a volver, pero entonces las cosas se jodieron..."

El coche estaba cerca ahora, en el camino de tierra, tal vez.

"*Wha hahhen nehh?*"

¿Qué pasó después?

Dean volvió a callarla y se quedó mirando al techo.

"*Wha hahhen nehh?*" Chase gritó las palabras esta vez.

"Cierra la puta boca."

Pero Chase no se callaba. Empezó a gritar y cuando Dean se agachó para ajustarle la mordaza, ella le mordió con fuerza el dedo. Él gritó y ella saboreó la sangre. Pero entonces él se echó hacia atrás y le dio un

puñetazo en la frente.

Chase vio estrellas pero no se desmayó.

Y entonces Dean Jardine se inclinó y la besó en la boca.

"No te preocupes, Chase. Es sólo Tim que llega para unirse a la fiesta. Prepárate, porque este va a ser nuestro mejor video hasta ahora".

Capítulo 58

"¿Director Matthews? ¿Qué está haciendo aquí?" Preguntó la Sra. Story. "¿Director Matthews?"

Robert no oyó a la secretaria y mucho menos respondió. Lo único que oyó fueron las palabras que el agente del FBI había pronunciado por teléfono.

Las oía una y otra vez.

"Estamos buscando información sobre dos chicas que fueron asesinadas: Marianne Lupul y Tanya Belk. Tengo entendido que una vez solicitaron entrar en la Academia Tenbury, pero en realidad nunca asistieron. Creemos que fueron asesinadas por la misma persona. Si tiene alguna información sobre estos dos individuos..."

Marianne Lupul y Tanya Belk... asesinadas.

Cada trimestre, durante casi dos años, Robert Matthews facilitó una lista de solicitantes rechazados a uno de los hermanos Jardine. A cambio de esta lista, hacían la vista gorda cuando llegaba el momento de que Robert "recaudara dinero" para pagar la matrícula de Brent.

En total, las listas incluían entre cien y ciento cincuenta solicitantes. Algunos fueron rechazados tan rápidamente que Robert ni siquiera miró sus nombres. Otros, como Marianne Lupul, eran difíciles de olvidar.

La habían llamado por segunda vez y la habrían aceptado si los padres de la chica hubieran podido permitírselo. Pero no podían, y Robert recordaba haberse sentido fatal por la situación. Marianne tampoco tenía derecho a asistencia porque su padre, del que estaba separada, ganaba demasiado dinero, del que Marianne y su madre nunca vieron un céntimo.

Al mes de empezar el curso, se modificaron las normas de la beca y dejaron de aplicarse los ingresos de un progenitor que no viviera en la misma casa que el solicitante. Robert se puso inmediatamente en contacto con Marianne, pero le informaron de que había desaparecido.

Robert sabía que algo iba muy mal. Pero era fácil dejar de lado esos presentimientos cuando uno tenía deberes que cumplir.

Dinero para robar.

No reconoció el nombre de Tanya, pero cuando Robert entró en su despacho, cerrando la puerta tras de sí -para disgusto de la señora Story, que no paraba de preguntarle si estaba bien-, supo que ella iba a estar en una de esas listas.

Robert abre el ordenador e inicia sesión con su contraseña. Luego se desplazó por los registros de solicitantes de los dos últimos años.

Por favor no estés ahí, por favor no estés ahí, por favor no estés ahí.

Pero, por supuesto, lo era.

Tanya Belk. Catorce años.

Muerto.
Violada y asesinada por Tim y Dean Jardine.
Y Robert la había servido en bandeja de plata.
O un colchón mugriento.
Robert pensó que estaba todo lloroso de llorar por su hijo.
No lo era.
Su visión se nubló por las lágrimas mientras cargaba la aplicación de bloc de notas en su ordenador y escribía una sola línea de texto.
Luego abrió el cajón del escritorio y sacó lo que parecía un humidor. Estaba cerrado y la llave estaba pegada debajo del escritorio.
En el humidor no había cigarros.
Tenía una pistola Ruger de 9 milímetros.
Como si presintiera que las cosas estaban a punto de dar un giro, la señora Story llamó a la puerta de forma aún más agresiva.
"¿Director Matthews? Director Matthews, ¿está todo bien ahí dentro? ¿Robert?"
No contestó.
No le quedaba nada por lo que vivir. Su hijo había sido asesinado y él había ayudado a dos ayudantes del sheriff corruptos a violar y matar a tres mujeres.
¿Para qué?
¿Para que su hijo asista a esta jodida escuela con derechos?
¿Mereció la pena?
¿Valió la pena?
"Lo siento", susurró el director Robert Matthews mientras se apoyaba el cañón de la pistola en la barbilla. "Lo siento por todo".
Y entonces apretó el gatillo.

Capítulo 59

El ayudante Jardine podía estar convencido de que el coche que llegaba era de su hermano, pero Chase lo sabía seguro.

El sonido pertenecía a un coche de la vieja escuela.

Un Chevelle negro con neumáticos gruesos que masticaban tierra y barro.

Era el coche de Jackson Grimes. El mismo Jackson Grimes que había drogado a Brent y Emily y los había obligado a tener sexo juntos.

Sin eso, Emily probablemente seguiría viva.

En cuanto Dean subió las escaleras, Chase se puso de lado, con una mueca de dolor en el hombro, donde el ayudante del sheriff la había pisado. Luego se puso de rodillas y, finalmente, de pie.

Si Dean había cometido un error fue atarle las manos delante de ella. Detrás de ella, Chase nunca habría podido hacer una llamada. Mientras se esforzaba por girar el teléfono, le vino a la cabeza un pensamiento incomprensible: si los hermanos Jardine ganaban tanto dinero vendiendo sus películas snuff, ¿no podían haberse permitido un equipo de cámara y un montaje mejores?

El teléfono no giraba: el trípode estaba firmemente sujeto. Mientras Chase gateaba por el otro lado, oyó voces y luego a alguien que bajaba las escaleras.

Trabajando frenéticamente, Chase se esforzó por sacar el teléfono del modo cámara y llevarlo a la pantalla de marcación.

"¡Mierda! ¡Tiene el teléfono!" gritó alguien que no era Dean ni Tim.

Chase casi hizo la llamada: tenía dos de tres números antes de que alguien se le echara encima.

"¡No!", gritó, tratando desesperadamente de aferrarse al teléfono mientras era placada sobre el colchón. El trípode se estrelló contra el suelo y Chase centró sus esfuerzos en intentar repeler a su atacante.

Pero él era más fuerte que ella.

Y más joven.

Incluso si no hubiera tenido las manos atadas con cremalleras, Chase dudaba de que hubiera podido quitárselo de encima.

En cuestión de segundos, el hombre la superó. Montó sobre Chase, inmovilizando sus manos bajo él mientras bajaba su peso sobre el pecho de ella.

Era Jackson Grimes, su cara horrible e hinchada.

Intentó gritarle, escupirle, morderle, pero la estúpida mordaza seguía en su boca.

Corcovear tampoco ayudaba. Sólo hizo que la sonrisa malformada de Jackson creciera aún más.

Detrás de ella, Chase vislumbró a Dean, que acababa de pisar el

suelo del sótano. Aún llevaba la máscara en la cabeza y sostenía la pistola reglamentaria en una mano.

"¡Mírame!" Jackson gritó de repente.

Chase se negó, girando la cara de lado a lado.

Jackson la agarró bruscamente de la barbilla y la obligó a enderezar la cabeza. Chase cerró los ojos.

"¡Mírame!", volvió a gritar. La saliva le salpicó la cara. "¡Abre los putos ojos y mírame! ¡Tu compañero hizo esto! ¡Tu puto compañero me hizo esto en la cara!"

La mano que la sujetaba por la barbilla bajó y sus largos dedos rodearon su garganta. Luego le levantó el párpado izquierdo.

Su visión era borrosa, pero ahora no podía evitar ver a Jackson.

"*¡Él hizo esto!*"

La mano en su garganta se tensó aún más.

¿Qué coño está pasando?

Pero ella sabía lo que estaba pasando.

Jackson Grimes también fue parte de esto.

Jackson retiró la mano del ojo de ella y la juntó con la otra. Y ahora, por mucho que Chase quisiera mantener los ojos cerrados, no podía: se le salían de las órbitas.

Como último esfuerzo, Chase se agitó salvajemente, pero Jackson apenas se movió.

La oscuridad comenzó a cerrarse.

"¡Alto! ¡No la mates todavía!" Era Dean Jardine. Había olvidado que estaba allí. "¡Jackson, detente!"

Pero Jackson no se detuvo.

Apretó aún más fuerte.

"*¡Alto!*"

El ayudante del sheriff agarró uno de los hombros de Jackson.

"¡Jackson, estás arruinando esto! *¡Para,* joder!" El ayudante Jardine ajustó su agarre y tiró de Jackson otra vez.

Esta vez ocurrió algo.

Fue un tirón fuerte, pero no lo bastante como para provocar la reacción que siguió. Jackson pareció volar por los aires, soltando la garganta de Chase y girando al mismo tiempo. El hombro del hombre más joven golpeó a Dean en la sección media, cogiéndole por sorpresa. A continuación, Jackson se desplomó sobre el ayudante del sheriff, al igual que había hecho con Chase momentos antes. Esta vez no había colchón que amortiguara su caída y una nube de polvo llenó el aire.

Chase también oyó que algo más caía al suelo, supuso que era la pistola, pero no pudo verlo; su visión seguía plagada de manchas negras.

Tosió, tuvo arcadas y escupió.

Ya no había gritos, sólo gruñidos de esfuerzo mientras los dos hombres se retorcían en el suelo, llenando el aire de una cantidad casi cómica de suciedad y polvo. Y sin embargo, de algún modo, Chase encontró el arma e intentó forcejear para cogerla, pero sus piernas, privadas de oxígeno, fallaron.

Cuando cayó boca abajo, Chase oyó un sonoro golpe, algo duro que golpeaba la piel, otra cosa que se rompía, seguido de un chorro húmedo.

Tres enormes bocanadas de aire después, un hormigueo le atacó las piernas.

La pistola seguía allí, a no más de quince centímetros de la mano de alguien -¿Jackson?

Chase se arrastró hacia él.

En realidad, ella llegó primero, pero con las manos atadas lo hizo a tientas. Y este fue el descanso que uno de los hombres necesitaba.

Lo levantaron y, antes de que Chase pudiera siquiera gritar, todo el sótano se llenó del ensordecedor sonido de los disparos.

Capítulo 60

Cuando Francie, la secretaria del Departamento del Sheriff de Hawkesbury y despachadora *de facto*, no estaba en su mesa, todas las llamadas de emergencia se desviaban automáticamente a la radio del sheriff Hal Grimes.

Esta llamada era casi incomprensible.

"Más despacio. No te entiendo. ¿Quién es?"

La hembra de la línea se ralentizó, pero no mucho.

"Soy Tabitha Story, la secretaria de la Academia Tenbury. Sólo he vuelto aquí para recoger algunas de mis cosas que dejé antes, que se me olvidaron, y entonces apareció el director Matthews. Parecía un fantasma y se encerró en su despacho. Y entonces... ¡y entonces oí un disparo!".

Los ojos de Tate se abrieron de par en par.

"¿Qué coño?"

El Sheriff Grimes pulsó algo en la radio del salpicadero.

"¿Y no puedes entrar ahí?"

"¡No puedo! No tengo la llave. Se supone que está en mi escritorio pero no está aquí. Y yo... ¡no contesta!"

"Sra. Story, esto es lo que quiero que haga: aléjese de la oficina".

"¿Qué?" Ahora sonaba más desesperada que antes.

"Escucha lo que te digo: aléjate de la oficina. Hazlo ahora".

La señora Story era una mujer más pesada y su respiración se hacía más intensa a medida que se movía.

"Ahora, quiero que sigas adelante. Quiero que salgas de la Academia Tenbury. Luego quiero que te subas a tu auto y conduzcas hasta el lugar más alejado del estacionamiento donde aún puedas ver las puertas principales. Y luego quiero que esperes. Si ves salir al director, quiero que te alejes. No hables con él, no lo mires, sólo conduce. ¿Entiendes?"

"Pero hubo un disparo y..."

"¿Entiendes?"

"Sí. Sí. Entiendo."

"Bien. Si sale, conduces cinco millas en cualquier dirección. Luego, cuando estés seguro de que no está cerca, quiero que me llames y me digas que se fue. ¿Entendido?"

"De acuerdo".

"Repítemelo".

La señora Story repitió las instrucciones del sheriff Grimes. Mientras hablaba, Tate recordó a Robert en el hospital.

Había recibido una llamada y luego, como un zombi, se había largado. Y eso fue con el cadáver de su hijo tendido en la habitación de al lado.

¿Quién coño ha llamado y qué ha dicho?

El sheriff Grimes apagó la radio y se volvió hacia Tate.

"Sabía que estaba sucio. Simplemente lo sabía".

Tate no estaba tan seguro de nada. Había pensado que el sheriff Grimes y Robert Matthews estaban detrás de los asesinatos y, aunque el hecho de que uno de ellos no estuviera implicado no hablaba de la inocencia o culpabilidad del otro, la teoría que se le había ocurrido a Tate ya no tenía sentido.

"No lo sé", dijo Tate.

El Sheriff Grimes se erizó.

"Estaba atrapado, y lo sabía. Así que nos fuimos..."

"Para ser honesto, ahora mismo, me importa una mierda", dijo Tate. "Sólo conduce, joder".

Capítulo 61

Chase rodó sobre su espalda y se apartó de los disparos. Los disparos casi la ensordecieron, pero pudo oír los gemidos de dolor de alguien, apagados como si estuviera bajo el agua.

Y luego estaba el polvo.

Había tanto polvo en el aire que era imposible saber a quién habían disparado.

En este punto, Chase ni siquiera estaba seguro de que importara.

Lo único que podía hacer era esperar. Si intentaba encontrar las escaleras ahora, lo más probable era que se diera contra la pared o contra una pistola.

Chase cerró los ojos y contó hasta diez.

Cuando volvió a abrirlos, parte del polvo se había asentado.

El ayudante del sheriff Dean Jardine yacía de espaldas, con los ojos muy abiertos y la sangre manando de tres agujeros de bala distintos: dos en el bajo vientre y uno más arriba, justo debajo del cuello. Tenía la mirada perdida en el techo y pequeñas burbujas rojas se formaban en sus labios al compás de jadeos intermitentes.

A su lado estaba Jackson Grimes. El hombre del rostro magullado y maltrecho sonreía con desprecio y la pistola que empuñaba apuntaba directamente a la cabeza de Chase.

Volvió a cerrar los ojos y respiró hondo.

Aquí fue. Aquí es donde su vida llegó a su fin.

No era la primera vez que Chase se enfrentaba cara a cara con la muerte, pero era una de las pocas veces que lo experimentaba estando completamente sobrio.

Una inquietante calma se apoderó de ella.

No ha pasado nada.

Otra cuenta de tres y cuando Chase oyó ni sintió una bala, se atrevió a abrir los ojos. Jackson seguía allí, pistola en mano. Sólo que le apuntaba con la culata en vez de con el cañón.

"Tómala", dijo Jackson, agitando el arma. "Toma el arma".

Aunque Chase aún tenía las manos atadas, no quería arriesgarse a que cambiara de opinión. Cogió la pistola justo cuando una sombra se movía detrás de Jackson.

"¡Cuidado!", gritó.

De algún modo, Dean Jardine no sólo había conseguido ponerse en pie, sino que los miraba fijamente desde la mitad de la escalera.

Y ya no sangraba.

¿Qué coño?

Pero no era Dean, era Tim.

Jackson giró y disparó dos veces. Su puntería era salvaje. La primera bala impactó en las escaleras justo debajo del pie de Tim. La

segunda, siguiendo la trayectoria del arco del giro de Jackson, dio en la pared junto a la cabeza de Tim. La suciedad roció el lado izquierdo de su cara y luego desapareció.

Jackson hizo un movimiento como para ir tras él, pero Chase lo detuvo en seco.

"¡Mis muñecas! Córtame las muñecas", suplicó. Jackson estaba indeciso, sus ojos iban de Chase a las escaleras y viceversa.

"Joder".

Jackson sacó una navaja de su bota y la utilizó para cortar el grueso plástico.

Chase gimió cuando por fin pudo relajar los hombros.

Ahora Jackson estaba en movimiento de nuevo, corriendo por las escaleras.

"¡La pistola! ¡Dame la maldita pistola! ¡Jackson! *¡Jackson!*"

Arriba, el motor del Chevelle rugió.

Chase empezó a perseguir a Jackson cuando oyó un gemido y algo se enganchó en la pernera de su pantalón.

Fue Jardine.

Pensó que el hombre estaba muerto.

"Chase". Su voz era casi irreconocible.

Chase tiró de su pierna y miró fijamente al violador y asesino.

Por puro rencor, se sintió inclinada a coger el teléfono y el trípode del hombre que yacían en el suelo y grabar su muerte.

Pero no lo vendería, sino que lo regalaría.

Pero Dean Jardine no merecía ser inmortalizado en una película ni martirizado. Tampoco merecía que sus palabras fueran entretenidas, pero esa mirada en su cara...

Chase se vio obligado a agacharse para oír lo que decía.

"Todos los que ven nuestros vídeos dicen lo mismo". Dean tosió y Chase giró la cabeza hacia un lado para evitar la ráfaga de aire caliente. "Dicen... dicen..."

Y entonces Dean Jardine murió.

Chase observó su pecho. No se movía.

Déjalo. Deja que se pudra.

Pero ella tenía otras ideas.

Chase cogió los dos primeros dedos de su mano derecha y los clavó en el agujero de bala cerca del cuello de Dean.

Jadeó y su espalda se arqueó. Chase siguió apretando los dedos en la herida, sintiendo un tejido grueso como un tendón.

"¿Qué dicen?"

Dean tosió sangre.

"Que quieren ver... quieren ver a alguien más joven."

Chase sintió tal repulsión que hundió aún más los dedos. Tocó algo gomoso y el cuerpo de Dean Jardine se paralizó.

Y, sin embargo, de alguna manera, antes de que su cuerpo se aflojara y permaneciera así hasta que le sobrevino el rigor mortis, consiguió decir algo más.

Algo que perseguiría a Chase.

"Sabemos todo sobre ti, Chase Adams."

Chase retiró los dedos y los limpió en los pantalones del hombre. Al dejar de oír el motor del Chevelle, volvió la cabeza hacia las escaleras y se sorprendió de que Jackson estuviera allí de pie.

¿Cuánto vio?

"El hijo de puta me robó el coche", dijo el chico.

Y entonces Jackson finalmente le dio el arma.

Capítulo 62

Tate vio primero los dos coches del Departamento del Sheriff de Hawkesbury y el corazón le dio un vuelco.

El sheriff Grimes conducía demasiado deprisa y no pudo frenar a tiempo. Chocó con uno de los otros coches, pero Tate ni siquiera se dio cuenta. Ya estaba fuera, pistola en mano.

"¡Chase! Cha-"

Dos personas salieron de La Choza.

El primero fue Jackson Grimes. Estaba cubierto de tierra de pies a cabeza y tenía la cara hinchada.

La segunda era Chase Adams. Estaba pálida y sucia, y podía tener el principio de un moratón cerca del nacimiento del pelo, pero aparte de eso, no parecía estar peor.

Tate corrió hacia Chase y la abrazó mientras el sheriff hacía lo mismo con su hijo.

"Dean está muerto", dijo Chase cuando se separaron.

Tate la miró fijamente.

Le importaban un carajo Dean o Tim Jardine. Le importaba ella.

Tate volvió a agarrar a Chase, apretándola tan fuerte esta vez que ella gimió un poco. Luego la besó, y ella le devolvió el beso.

"El hijo de puta me robó el coche", oyó decir a Jackson Grimes.

Tate no sabía qué pensar del chico ahora.

Había hecho cosas horribles. Había incriminado a Daniel Mendoza y drogado a Emily Dawson y Brent Matthews. Y Tate pensó que eso podría ser sólo la punta del iceberg.

Pero también había salvado la vida de Chase.

La salvó de aparecer en otra de las películas snuff de los Jardines.

Tate no dijo nada, Jackson no se lo merecía, pero le hizo un gesto con la cabeza.

Jackson le devolvió el gesto.

"Disparé a Dean en el sótano", dijo Chase a Tate y al sheriff. "Admitió haber violado y matado a Marianne Lupul, Tanya Belk y Emily Dawson con su hermano. También admitió haber violado a una chica llamada Stephanie Millard. Tim bajó y yo también le disparé, pero fallé. Corrió y consiguió robar el coche de Jackson".

Este relato, por parco que fuera, sonaba raro, pero Tate no estaba en condiciones de rebatir a su compañero. El sheriff Grimes no lo puso en duda; inmediatamente cogió la radio y emitió una orden de búsqueda del coche de su hijo. Luego se dirigió a Chase.

"¿Estás seguro de que Dean está muerto?"

"Está jodidamente muerto", confirmó Chase. "Su teléfono está ahí abajo, también, pero no sé lo que hay en él."

Tate volvió a abrazar a Chase.

"Lo único que quiero es ducharme", susurró.

"Podemos volver a-oh, mierda."

"¿Qué?"

Tate resopló.

"Algo pasó con el director Matthews".

Tate relató la llamada de la secretaria. Con cada palabra, los ojos de Chase se agrandaban.

"¿Qué? ¿Qué es?"

Chase se mordió el labio y bajó la voz.

"Cuando dijiste que pensabas que Robert estaba involucrado, le pedí a Stitts que me hiciera un favor. Le dije que llamara a Robert y mencionara los nombres de las chicas, que le dijera que pensaba que habían sido asesinadas. Supuse que si no tenía nada que ver con sus muertes, los nombres no significarían nada para él".

Tate recordó la llamada y la cara de horror de Robert Matthews cuando salió tambaleándose del hospital.

"Oh, significaban algo para él."

"Sí, Dean también dijo que Robert les daba los nombres de los aspirantes que no entraban en Tenbury".

"Fóllame".

Chase respiró hondo y se irguió.

"Tate, tú vienes conmigo", dijo, todo negocios ahora. "Jackson, tú ve con tu padre. Terminemos esto y luego larguémonos de este lugar".

Capítulo 63

"¡Uno, dos, tres!" A la de tres, Tate dio una patada a la puerta del despacho del director Matthews. La madera era gruesa, y se inclinó pero no se rompió. "Joder."

Tate volvió a dar una patada a la puerta y esta vez se oyó un ruido como de astillas, pero aún aguantó.

"¡Espera!" Chase metió la mano en el bolsillo y sacó una llave.

Tate hizo una mueca.

"No preguntes".

Metió la llave en la cerradura y giró. Luego Chase se hizo a un lado y abrió la puerta. Grimes y Tate entraron corriendo en la habitación.

Un segundo después, enfundaron sus armas y Chase entró con las manos vacías.

Robert Matthews estaba sentado en su silla, con la cabeza hacia atrás y los brazos extendidos a los lados, las palmas hacia el cielo. Tenía un horrible agujero bajo la barbilla.

Los libros de la pared detrás de él estaban cubiertos de sangre y materia cerebral.

"Jesús", susurró alguien -*Tate*, pensó Chase.

Pasó junto al fornido sheriff y se acercó al otro lado del escritorio para mirar el portátil abierto.

Había dos cosas destacadas en la pantalla. La primera y más obvia era un bloc de notas con una simple línea de texto que no ofrecía ninguna claridad a su conversación con el vicedecano Jardine.

No lo sabía.

Chase estaba decepcionado.

Esperaba una declaración de culpabilidad.

Esto -no *lo sabía*- no *significaba* nada.

"¿Qué te parece?" preguntó Tate mientras se acercaba a ella.

Lo segundo que apareció en la pantalla fue una lista de antiguos solicitantes de la Academia Tenbury. Los nombres de Tanya Belk y Marianne Lupul estaban resaltados.

"Creo que quiero largarme de aquí", dijo en voz baja.

Tate se acercó y le dio un apretón en el hombro.

"Malditos pueblos pequeños, ¿tengo razón?"

***

No era propio de ninguno de los dos marcharse sin que todo quedara bien envuelto con un lacito. Pero a veces, al menos según Tate, eso es lo que pasaba.

El sheriff Grimes hizo que un equipo excavara detrás de The Shack y descubrieron dos cuerpos muy descompuestos, que supusieron que

eran Marianne y Tanya. Se intentó contactar con Stephanie Millward, una antigua alumna de Tenbury, pero no se consiguió.

Chase esperaba que fuera el resultado de un cambio de nombre y no algo más siniestro.

De alguna manera, Tim Jardine se las había arreglado para escabullirse de múltiples barricadas y controles de carretera en todo el estado mientras conducía ese detestable Chevelle, pero al final, lo atraparían.

Después de todo lo ocurrido, la opinión del sheriff Grimes sobre Carlos Mendoza había cambiado. Con su recomendación, el fiscal había llegado a un acuerdo: diez años por homicidio en segundo grado. Que violaran y asesinaran a tu novia estando embarazada de tu hijo a veces provocaba empatía.

Daniel Mendoza tuvo menos suerte. Le cayeron dos años por no comparecer por una orden falsa.

El sheriff Grimes fue sorprendentemente comunicativo con toda esta información, pero lo único que omitió mencionar fue lo que le había ocurrido a su hijo. Si Chase tuviera que apostar, apostaría a que el nombre de Jackson Grimes no aparecía en ningún documento. Cuando le preguntó por qué Grimes le había dicho a su hijo que les siguiera, se había mostrado obtuso. Algo así como que quería asegurarse de que tenía una línea sobre todos los que entraban y salían de su ciudad.

Chase no estaba tan seguro de si Jackson no lo había hecho por su propia voluntad y su padre, una vez más, le estaba encubriendo.

Por mucho que Chase quisiera largarse de esta ciudad, ambos lo querían, aún había una cosa que tenía que hacer.

"Sra. Dawson... espere. Antes de que cierre la puerta, quería devolverle esto". Chase deslizó el Planificador de Historias de Emily por la rendija de la puerta. "Sra. Dawson, su hija era realmente una escritora excelente. Siento mucho lo que le pasó".

Jennifer Dawson cogió el libro sin decir palabra y cerró la puerta.

De vuelta en su coche, Chase suspiró.

"Y pensábamos que el Director Hampton iba a hacer que nuestro primer caso en la CVU fuera fácil", dijo Tate.

Chase no estaba escuchando.

Algo la inquietaba, y era algo más que el hecho de que Tim Jardine aún no hubiera sido detenido.

"Tienes esa mirada en tu cara, Chase. ¿En qué estás pensando?"

Chase se planteó no decírselo, pero habían acordado ser sinceros el uno con el otro.

"Antes de morir, Dean dijo algo. Dijo: 'Todos los que comentaron el vídeo dijeron que querían ver a alguien más joven'".

"Malditos salvajes".

"Sí, pero luego dijo: 'Sabemos todo sobre ti, Chase Adams'". Tate se quedó en silencio. "¿Crees que significa algo?"

"Creo que significa que deberías llamar a Stitts y ver si puede ver cómo están las chicas".

Chase ya estaba sacando su teléfono.

"Seguro que están bien, pero por si acaso".

"Sí, yo también".

Demasiado para la honestidad.

Epílogo

"¿Crees que esto cuenta como nuestro primer caso?" Preguntó Floyd.

Stitts se apoyó en su bastón con una mano y llamó a la puerta con la otra.

"Ya quisieras. Este no era nuestro caso, era el de Chase y Tate. No te van a reventar la cereza tan fácilmente".

Floyd se rió.

"De acuerdo, viejo. Recuerda, este será *nuestro* primer caso sin resolver. No sólo mío". Se inclinó hacia atrás y miró hacia la ventana del dormitorio sobre la puerta principal. "¿Qué estamos haciendo aquí exactamente, de todos modos?"

"Ni idea. Lo que pasa con Chase es que cuantas más preguntas haces menos respuestas obtienes".

"¿Qué demonios se supone que significa eso? Has preguntado un montón de..."

La puerta se abrió y les recibió una guapa mujer de mediana edad y piel color caramelo.

"¿Hola?", tenía un ligero acento.

Colombiano o cubano, pensó Floyd.

Stitts mostró su placa del FBI.

"Me llamo Jeremy Stitts y soy amigo de Chase Adams. Este es mi compañero, Floyd Montgomery".

Floyd mostró su placa y la mujer se tomó su tiempo para revisarlos a ambos.

"¿Qué puedo hacer por ustedes, Agentes?"

"Chase nos pidió que viniéramos a ver si todo estaba bien, para ver si..."

Una ráfaga de movimientos se dirigió hacia Stitts.

"¡Tío Stitts!" Georgina gritó. "¡No te he visto en *mucho* tiempo!"

Si Stitts no se hubiera apoyado en su bastón, habría sido derribado.

"Demasiado tiempo", dijo, abrazando a la chica lo mejor que pudo con una mano.

Ella lo soltó y luego abrazó a Floyd.

"Yo también te extraño, Floyd".

"Entra, Georgina, deja en paz a los hombres buenos", dijo la mujer.

Georgina dio otro abrazo a Stitts antes de volver a meterse dentro.

"¿Cuándo vuelve Chase a casa?" Georgina preguntó.

"Hoy. No sé exactamente cuándo", respondió Stitts, incapaz de borrar la sonrisa de su rostro. Detrás de Georgina, vio a una joven en silla de ruedas. Rachel, presumiblemente. La saludó y ella le hizo un gesto con la mano antes de marcharse. Georgina, la bola de energía que era, corrió tras ella.

Stitts se quitó un sombrero imaginario ante la mujer que había abierto la puerta.

"Perdona que te moleste. Que tenga un buen día".

"¡Fue un placer verte, Georgina!" Floyd gritó en la casa.

La cara de Georgina reapareció mágicamente.

"¡Vuelve pronto!", dijo con una enorme sonrisa. "¡Tienes que hacerlo! Chase te echa de menos".

De vuelta al coche, con la sonrisa aún grabada en la cara, Stitts llamó a Chase.

"Sí, no hay necesidad de preocuparse, están bien. Están absolutamente bien".

***

"Gracias, Stitts. Te debo una".

Chase colgó el teléfono y se quedó mirando la pantalla en blanco.

"¿Por qué no pareces aliviado?" preguntó Tate.

Estaban a una hora de Virginia, pero cuanto más se acercaban, más se retorcían las tripas de Chase.

Sabemos todo sobre ti, Chase Adams. Todos quieren a alguien más joven.

"¿Chase? No puedo ayudarte si no me hablas".

Chase deseaba que Tate se callara de una puta vez para poder concentrarse. Pero sabía que no la dejaría en paz hasta que dijera lo que pensaba.

"Algo va mal".

"¿Es Tim? Porque lo encontrarán".

Era Tim, pero no de la forma en que Tate pensaba.

"Déjame preguntarte algo. Si me buscaras, si supieras 'todo sobre mí', ¿qué encontrarías?".

"Oh, eso es fácil. Descubriría que eras guapa pero complicada y..."

"Hablo en serio, Tate. ¿Qué encontrarías?"

No había mejor persona a la que preguntar porque Chase sabía que Tate había hecho precisamente eso: buscarla.

"Bueno, la mayor parte de la mierda después de tu fingida 'muerte' a manos del Dr. Mark Kruk ha sido completamente borrada. Quiero decir, si te soy sincero, las cosas de antes de esa época también están bien escondidas."

"Sí, pero Tony Metcalfe lo descubrió todo y lo tiró al metaverso".

"Tony Metcalfe era un psicópata trastornado con estrés postraumático que resulta que también era un experto en ordenadores. Yo no soy ni lo uno ni lo otro".

"Vale, ¿pero encontrarías algo sobre mi pasado? Mi matrimonio con Brad y... oh, joder".

Chase se apresuró a coger su teléfono.

"¿Qué?" Tate sonaba preocupado. "¿Qué pasa? ¿Chase?"

Chase le ignoró y buscó entre sus contactos.

"¿Chase? Estaba a punto de llamarte", dijo Brad.

"¿Dónde está Félix?"

La pausa que siguió no pudo durar más de un segundo, pero fue, sin duda, el momento más largo de la vida de Chase Adams.

"Pensé que estaba contigo."

"¿De qué estás hablando?", jadeó.

"Bueno, el campamento acaba de llamar y dijo que alguien del Departamento del Sheriff recogió a Felix esta tarde. Dijo que era amigo suyo".

"¿Cómo se llamaba?"

"Chase, ¿está todo bien?"

"Brad, ¿cómo coño se llamaba el hombre que recogió a nuestro hijo del campamento?"

"Tim", dijo Brad lentamente. "En el campamento me dijeron que el hombre se llamaba Tim Jardine".

FIN

Nota del autor

Filthy Secrets marca el regreso de Chase a sus raíces, por así decirlo. Siempre me había imaginado su regreso al FBI, pero hasta ahora nunca había estado segura de cómo funcionaría. Chase ha quemado tantos puentes a lo largo de los años que parecía inevitable que estuviera destinada a vivir en una isla. Sola. A menos, claro está, que tenga que dirigir su propia unidad y que la única persona a la que tenga que rendir cuentas sea, efectivamente, ella misma. Y tal vez Tate. Él parece ser la única persona capaz de enfrentarse a ella y no está dispuesto a doblegarse a su voluntad. Pero estamos hablando de Chase Adams, así que nunca se sabe.

Creo que todos tenemos a alguien en nuestras vidas como Chase, bueno, no *realmente* como Chase, pero alguien que comparte ciertos rasgos con ella. Alguien que te hace daño, que se hace daño a sí mismo, que hace daño a los demás, pero que en general tiene buenas intenciones. Y no importa cuántas veces intentes poner distancia entre ellos, siempre te atraen de nuevo.

Para bien o para mal.

Así es Chase. En el fondo, es (casi) una buena persona. La realidad es (o debería decir, *su* realidad es) que la tragedia que ha vivido ha dejado una huella indeleble en su alma.

Espero que sigas viviendo sus aventuras a través de sus ojos. ¡Y es *taaaan* fácil! No hace falta heroína ni tratamiento de electroshock. Todo lo que tienes que hacer es hacer clic aquí para reservar Sangre manchada, la próxima aventura de Chase Adams.

Antes de irme, sólo quería dedicar un momento a decir que os aprecio a todos y os agradezco sinceramente vuestro apoyo a lo largo de los años.

Me encanta escribir libros. Me encanta crear personajes y mundos y escenarios jodidos que a veces palidecen en comparación con el mundo real. A *veces*. Porque el mundo puede ser un lugar jodido y todos necesitamos escapar de vez en cuando.

Introduzca libros.

Notas de salida del autor.

Tú sigue leyendo, yo seguiré escribiendo.

Pat
Montreal, 2023

Otros libros de Patrick Logan

Detective Damien Drake
Besos de mariposa
Causa de la muerte
Descargar Asesinato
Rey Esqueleto
Tráfico de personas
El Señor de la Droga: Parte I
El Señor de la Droga: Parte II
Lucha premiada
Casi infame
Hombre de paja
Empresa peligrosa
Cara feliz

Chase Adams Thrillers del FBI
Rígido Congelado
Sospechoso en la sombra
Dibujo Muerto
Alerta Amber
La historia de Georgina
Dinero sucio
Guarida del Diablo
Damas pintadas
Efectos adversos
Ya muerto
Pruebas directas
Secretos sucios
Sangre contaminada

Dr. Beckett Campbell, Médico Forense
Final amargo
Donante de órganos
Inyectar fe
Precisión quirúrgica
No reanimar
Extraer el mal
Residencia Evil (AKA Beckett's First Kill)

Tommy Wilde Thrillers
Una noche salvaje
Dos semanas Wilde
Tres meses Wilde

Cuatro familias Wilde

Penelope June Thrillers
Morir para respirar
Morir para hablar

Veronica Shade Thrillers
El color del asesinato
El perfume del asesinato
El sonido del asesinato
El toque del asesinato
El sabor del asesinato

No olvides pasarte por mi grupo de Facebook y saludarme! https://www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Primera edición: Noviembre 2023